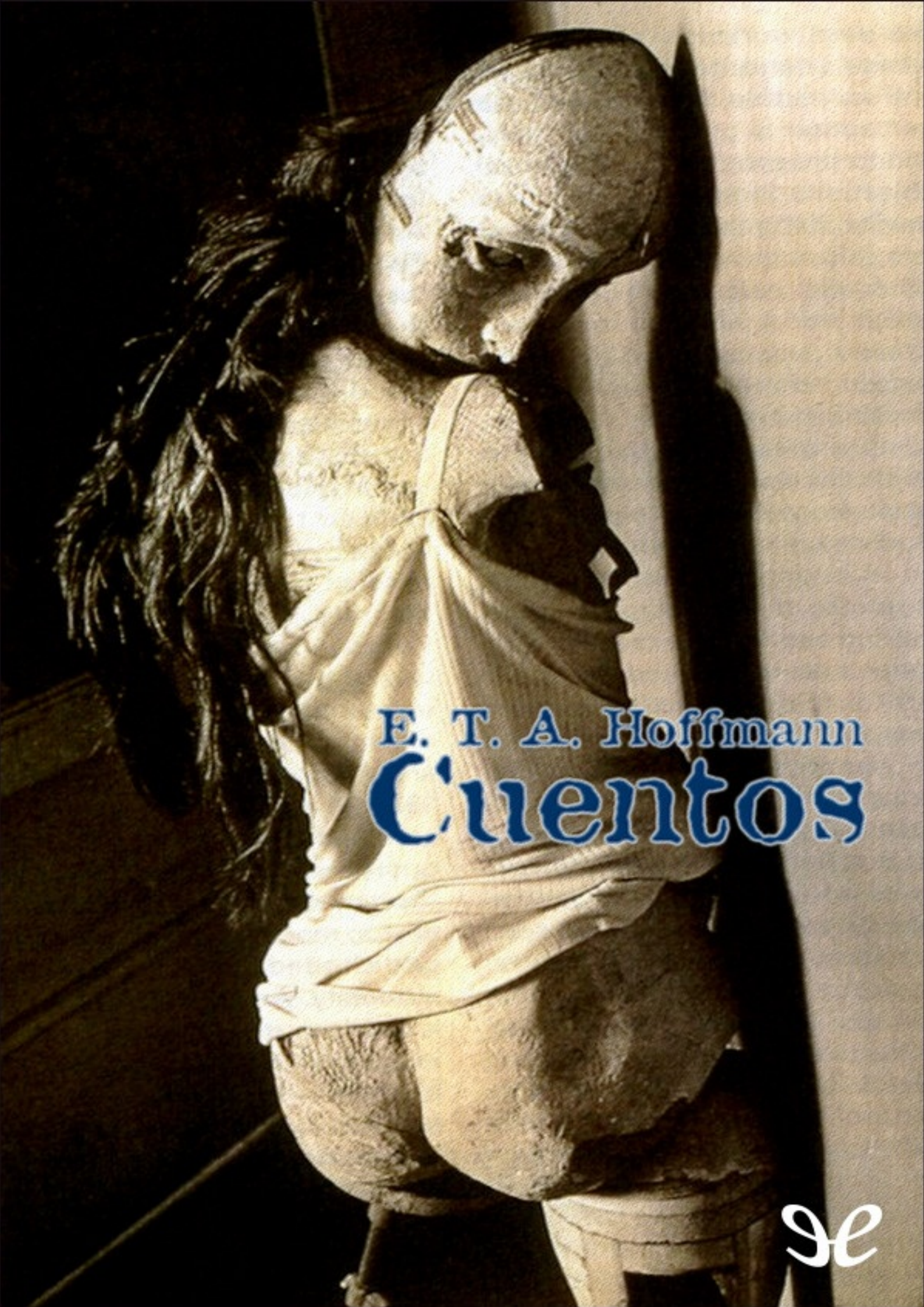
E. T. A. Hoffmann
Cuentos

Novelista y compositor, E. T. A. HOFFMANN nació al filo de una época de transición caracterizada por el surgimiento de la nueva sensibilidad romántica y la difuminación de los claros contornos del mundo clásico.

Para la posteridad ha legado no su talento musical como él hubiera querido, sino sus relatos cortos. Historias extrañas, estremecedoras, fantásticas que tratan de temas como el magnetismo, la telequinesia, el sonambulismo, los presentimientos, la premonición y la telepatía, han abierto nuevos campos literarios influyendo claramente tanto en otros autores literarios (Poe, Dostoievski), como en autores musicales (Offfenbach, Delibes, Schumann) y en la cultura occidental en general.

E.T.A. Hoffmann

Cuentos

ePub r1.1
Titivillus 05.10.15

E.T.A. Hoffmann, 2015
Traducción: C. Gallardo de Mesa
Diseño de cubierta: Hans Bellmer, serie «Doll»

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Introducción

La azarosa vida de un soñador escéptico

Ernst Theodor Wilhelm Hoffmann, quien en homenaje a Mozart cambió su tercer nombre por el de Amadeus, nació el 24 de enero de 1776 en Königsberg[1], Prusia oriental. En esta ciudad bañada por el Pregel, que su compatriota y contemporáneo Kant definió como el mundo en pequeño, pasó Hoffmann su infancia y parte de su juventud. Su padre, abogado de la Audiencia de la Corte de Königsberg y descendiente de una familia de párrocos y maestros, dedicaba al parecer buena parte de su tiempo a la música, la poesía y la bebida. Sin embargo, su ejemplo no pudo ser decisivo en el hijo, pues muy pronto el matrimonio se separó y el pequeño Ernst con tan sólo dos años fue a vivir con su madre y la familia de ésta, no volviendo a ver nunca más a su padre. Se crió en casa de sus abuelos maternos, con su abuela, una tía soltera, un tío retirado y su madre, una mujer enfermiza, muy pía y al parecer histérica. El niño desarrolló tempranamente una imaginación y un espíritu lúdico que le permitieron evadirse de aquella desagradable realidad. A menudo se refugió en la lectura, una de las grandes pasiones de la sociedad burguesa alemana de su época. Obras de Schiller, Goethe, Swift y Sterne pasaron por sus manos. Este último se reveló como una suerte de hermano espiritual, de alma gemela, y ejerció una gran influencia sobre él, especialmente por su ironía y su sentido para las situaciones burlescas. Más tarde leería también a Cervantes, sus *Novelas ejemplares*, y a Shakespeare, cuyos dramas pusieron ante sus ojos un mundo en el que los reyes alternaban como si tal cosa con los espectros.

Desde 1782 Hoffmann asistió a la escuela de Königsberg y cuatro años después conoció allí a Theodor Gottlieb Hippel, sobrino del gobernador de la ciudad, con quien mantuvo una estrecha y larga amistad, a pesar de algunas épocas de mayor distancia debida en gran parte a los distintos tipos de vida que ambos fueron escogiendo. En 1792, al igual que su amigo Hippel, Hoffmann comenzó la carrera de Derecho en la Universidad de su ciudad natal, la «Albertina», aunque en su interior mantenía la esperanza de poder consagrarse al arte. Prueba de ello es que no abandonó las clases de música y dibujo que había iniciado un par de años antes. Aparentemente, Hoffmann se sometió a las normas de la sociedad burguesa, pero a la vez era consciente de la fuerza interior que había en él. Esta dualidad la reflejará más tarde en muchos de sus relatos, entre ellos *El puchero de oro*, donde el personaje de Lindhorst, a un tiempo respetable archivero y salamandra en el reino fantástico de Atlantis, podría muy bien ser un trasunto del propio autor.

Apenas tres años después, Hoffmann se encontraba ya realizando prácticas en un juzgado, pero pronto se vio obligado a abandonar su ciudad. Enamorado de una mujer casada, con varios hijos y unos diez años mayor que él, Dora Hatt, a la que daba

lecciones de música, Hoffmann, celoso por la aparición de un nuevo rival, protagonizó una tensa escena durante un baile de máscaras. La familia de su madre decidió enviarle a Glogau, a casa de otro tío suyo, donde conoció a su prima Minna Doerffer, con la que poco después se comprometió, probablemente buscando dar cierta estabilidad a su vida, forjarse una posición «sólida», según se desprende de las cartas a su amigo Hippel. Por aquella época, su futuro suegro fue nombrado magistrado del Tribunal Superior de Justicia de Berlín y Hoffmann se trasladó también a la capital de Prusia, para terminar allí sus exámenes.

En 1800 Hoffmann fue nombrado asesor en la Audiencia Territorial de Posen, una de las ciudades más antiguas de Polonia, cuya provincia había sido anexionada a Prusia en 1793. En aquella pequeña ciudad militar y administrativa el aburrimiento era mortal y, según parece, la vida social se limitaba a las francachelas de los funcionarios y oficiales. Hoffmann conoció allí a una joven polaca muy hermosa, Marianna Theckla Michaelina Rorer-Trzynska, una morena de ojos azules, a la que él llamaba Mischa y de la que se enamoró rápidamente. Nombrado poco después magistrado en la Audiencia Territorial de Posen, Hoffmann, consciente de que ya no había ninguna razón para posponer el matrimonio con su prima, le escribió sin embargo pidiendo que deshiciera el compromiso. La ruptura con la familia fue entonces definitiva. Poco después se produjo un segundo incidente por el que Hoffmann fue de nuevo trasladado. Durante el Carnaval del año 1802 se repartieron en un baile unas caricaturas de las personalidades más relevantes de la ciudad. Tres fueron los principales sospechosos, entre ellos Hoffmann, el verdadero autor de los dibujos, una «emanación de su satírico pincel». Harto de las intrigas y complots que proliferaban en el seno de la sociedad alemana de Posen y que condujeron al suicidio de un amigo suyo, Hoffmann, que ya desde su llegada consideró la ciudad como una cloaca, había tomado el pincel con la intención de ridiculizar a algunos de sus prohombres. Esta vez el rebelde fue enviado a Plock, un nombre que en sus oídos debió de sonar como una pesada piedra al caer en una ciénaga y que correspondía a una pequeña villa a orillas del Vístula, sin la menor vida cultural. Poco antes de partir, Hoffmann se casó con Mischa, lo que tampoco le favoreció mucho siendo como era un funcionario prusiano protestante, pues ella era polaca y además católica. En Plock, que según parece contaba por entonces únicamente con 389 casas, de las cuales sólo 27 eran de piedra, es decir, que no tenía el más mínimo aspecto urbano, Hoffmann se sintió en el exilio. Por el día ayudaba a condenar a los ladrones de gallinas y por la noche se sentaba al piano y componía. Recluido en su casa, sólo le consolaba la compañía de su mujer. Allí fue donde empezó a redactar un diario. En esta época escribió a su amigo Hippel: «estoy enterrado en vida». Y más que nunca, el arte fue para él un refugio en el que sobrevivir.

Sin embargo, gracias a las gestiones de Hippel, casado con una rica noble y ya muy bien situado, Hoffmann no tardó mucho en conseguir un nuevo traslado, esta vez a Varsovia, la antigua capital de Polonia, anexionada también a Prusia. Allí vivió

unos cuantos años dichoso, disfrutando de la ciudad, ruidosa, alegre y exótica, de mucho tiempo libre para dedicarse a su actividad favorita, la composición musical, y de la compañía de un nuevo amigo, Julius Eduard Hitzig, el que más tarde sería su primer biógrafo y que entonces le abrió las puertas de su biblioteca, dándole a conocer a Tieck, a Novalis, a Brentano, a los hermanos Schlegel, a Wackenroder y a otros muchos representantes de la literatura de su tiempo. Le dio incluso a leer la obra de Calderón de la Barca, bajo cuya influencia Hoffmann escribió más tarde una ópera titulada *Amor y celos*.

Hacia 1805 su mujer trajo al mundo una niña a quien pusieron el nombre de la patrona de la música, Cecilia. Poco después Hoffmann empezó a tener problemas de salud, pero, según él mismo dijo en carta a Hippel, «este miserable cuerpo obedece al espíritu como un esclavo sin voluntad». Ya por entonces se respiraba en la ciudad una atmósfera de intranquilidad y nerviosismo, la guerra se aproximaba, hasta que el 28 de noviembre de 1806, unas semanas después de la batalla de Jena, las tropas de Napoleón ocuparon la plaza, expulsando de su puesto a todos los funcionarios prusianos. Prusia había sido derrotada por Francia en Jena y Auerstädt, con lo que Posen, Plock y Varsovia volvieron a ser polacas. No tardaron en sentirse la pobreza y las demás consecuencias de la guerra —el hambre, las epidemias— y Hoffmann cayó gravemente enfermo. Al borde de la muerte, parece ser que decidió que a partir de ese momento viviría únicamente para el arte. Mischa se había marchado ya con su madre a Posen y Hoffmann se debatía entre ir a Berlín o a Viena. Poco después, las autoridades francesas exigieron a los antiguos funcionarios prusianos que jurasen fidelidad a Napoleón, bajo amenaza de tener que abandonar la ciudad en el plazo de una semana. Hoffmann se negó y, al no conseguir el salvoconducto para ir a Viena, partió hacia Berlín.

Perdido el cargo, intentó sobrevivir con su música y sus dibujos, pero Berlín era en aquellos momentos una urbe empobrecida y ocupada por los franceses y él seguía soñando con Viena. Más que nunca se sintió «atrapado en el cristal», como luego el estudiante Anselmo en *El puchero de oro*. Quería marcharse de Berlín, donde vegetaba una gran cantidad de artistas sin trabajo, donde los teatros estaban al borde de la bancarrota y el precio del pan subía cada día. Las noticias que llegaron desde Posen eran aún peores: su hija Cecilia había muerto y su mujer había caído gravemente enferma. Sin embargo, en Berlín Hoffmann tuvo la oportunidad de conocer a Schleiermacher, Fichte y Chamisso, uno de los primeros en reconocer su talento.

Tras superar el que probablemente fue el año más duro de su vida, Hoffmann recibió una oferta del teatro de Bamberg, una ciudad del sur de Alemania que le hizo sentirse muy cerca de la ansiada Italia y en la que vivió entre 1808 y 1813, trabajando como compositor, director de orquesta, escenógrafo y dramaturgo. Bamberg ofrecía por entonces un ambiente cultural y científico muy enriquecedor. Allí se encontraban el médico F. A. Marcus, quien aplicaba procedimientos muy novedosos que tendrían

gran influencia en la obra de Hoffmann (el magnetismo o mesmerismo, la hipnosis, etc.), el filósofo Friedrich Schelling, con el que la ciudad se convirtió en el centro de la filosofía de la naturaleza, los hermanos Schlegel, y Gotthilf Heinrich Schubert, cuyas obras, especialmente su *Simbología del sueño*, que Hoffmann consideró como una especie de catecismo, tuvieron una gran influencia en el movimiento romántico. Y fue allí, en Bamberg, donde Hoffmann, desilusionado ante el desastre del teatro, al que su director llevó al borde de la ruina, sintiéndose incomprendido y maltratado por las circunstancias y por un público que no estaba preparado para reconocer su talento musical, se decidió a comenzar su verdadera carrera, la de escritor, una carrera que sólo duró doce años, pero con la que cosechó mayores éxitos. Sin embargo, aún tuvo que recurrir de nuevo a dar clases de canto y música a las damas de la alta sociedad, y así se vio rodeado de mujeres, muchas de ellas desgraciadas o insatisfechas en su matrimonio. No tardó en enamorarse de una de sus alumnas, Julia Marc, una joven de quince años, de cabellos negros y ojos azul oscuro. Y como ya ocurriera con Dora Hatt en Königsberg, Hoffmann expresó a menudo sus sentimientos amorosos recurriendo a las referencias literarias, una costumbre de la Alemania de la época, cuya burguesía estaba como ya hemos dicho totalmente impregnada por la pasión de la lectura de novelas, y muy especialmente del *Werther* de Goethe. «Estamos hechos de literatura», afirmó Tieck, cuya traducción de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* se publicó en Alemania entre 1799 y 1801. En su diario, Julia aparece como una mariposa o como «Ktch», en referencia a la *Kätchen von Heilbronn* de Heinrich von Kleist, símbolo de la enamorada que sigue a su amado como una sonámbula, claves que sin duda buscaban burlar la posible vigilancia de su mujer, quien de nuevo se había reunido con él en Bamberg. Pero la joven Julia estaba prometida ya a un rico comerciante y Hoffmann, de nuevo llevado por los celos, se comportó de una manera escandalosa durante una excursión a Pommersfelden, insultando públicamente al prometido de su amada, que a su vez estaba totalmente borracho. Cuando Julia se marchó a Hamburgo para casarse, Hoffmann, que consideraba que ya nada le ataba a la ciudad, pues su situación económica era catastrófica, recibió una oferta de una compañía de ópera que actuaba en Dresde y Leipzig.

El 25 de abril de 1813, E. T. A. Hoffmann llegó a Dresde, «la Florencia del Norte», ocupada desde el día anterior por las tropas prusianas y rusas. El viaje a Dresde llevó a Hoffmann al centro mismo de la contienda. La política, ante la que siempre se mostró escéptico, le atrapó entonces entre sus garras. Hoffmann se vio en medio de las turbulencias de una época que se había vuelto eminentemente política. El poder de Napoleón en Europa estaba en su cénit. La vida en la ciudad se hizo insoportable: escaramuzas entre franceses y rusos, bombardeos… Bajo la impresión de los horrores bélicos, Hoffmann escribió una *Visión del campo de batalla en Dresde*, una espantosa danza de la muerte que en realidad es una denuncia contra Napoleón. Durante el asedio de la ciudad concibió también el proyecto de un cuento

que después consideraría como una de sus obras maestras, *El puchero de oro*.

Entre Dresde y Leipzig, viajando en unas diligencias que ponían la vida en serio peligro, pero que marchaban tan despacio que Chamisso dijo que iban así para que los botánicos pudieran «herborizar», Hoffmann alternó la actividad literaria con la de director de orquesta. Sin embargo, a finales de 1814, habiendo fracasado por segunda vez en este último campo, solicitó el reingreso en la magistratura, volviendo a Berlín, una de sus ciudades favoritas, donde residiría ya hasta su muerte. Su biógrafo Ernst Heilborn dice: «Hoffmann concedió a Berlín un rostro literario… A través de él adquirió carácter… Con ello hizo por Berlín lo que Balzac, unido a él por una extraña afinidad espiritual, ha hecho por París». Hoffmann mostró siempre una gran afición por los planos de ciudades, cuya belleza le ayudaba a dejar correr su imaginación y a preparar minuciosamente la topografía de sus relatos. Por ello, hay quien opina que sus fantasmagorías poseen una magia mucho más convincente que las de Edgar Allan Poe, pues las calles, las plazas, los cafés que aparecen en sus obras tienen siempre nombres reales.

De nuevo emprendió Hoffmann un intento para establecerse como maestro de capilla, pero ninguno de sus movimientos en este sentido tuvo éxito. Convertido en un autor de lo que podríamos llamar *best-sellers*, los salones y círculos literarios de la ciudad le recibieron en cambio con los brazos abiertos, aunque él prefirió el ambiente de las tabernas, en una de las cuales estableció una suerte de despacho donde recibía a sus amigos hasta altas horas de la noche. Hoffmann escribía muy rápido y casi todos sus relatos se publicaban en seguida en revistas, almanaques de bolsillo, para aparecer poco después en recopilaciones. Por fin, en 1816 consiguió ver realizado el sueño de que su ópera *Ondina* se estrenara en Berlín. Tras el éxito, la obra se representó un total de catorce veces, hasta que desgraciadamente el teatro se quemó y con él los magníficos decorados de Schinkel.

En su calidad de consejero de justicia del Tribunal Supremo de Berlín, Hoffmann hizo lo posible por ayudar a los acusados en los procesos contra los llamados «demagogos» —según las autoridades, todos aquellos que cuestionaban la restauración tras el Congreso de Viena—, a pesar de que en modo alguno estaba convencido de las ideas políticas del movimiento liberal. Ello le llevó al extremo de ser acusado de una serie de delitos, planteándose de nuevo la posibilidad de enviarle a una provincia alejada. Cuando se encontraba redactando su defensa, la enfermedad que había venido padeciendo de forma intermitente, una afección de la médula espinal, había avanzado ya hasta el punto de paralizarle las manos, pero él siguió escribiendo al dictado hasta su muerte.

Tras sufrir terribles dolores, en parte provocados por un tratamiento médico brutal, E. T. A. Hoffmann, un soñador que en la escuela de la doble vida aprendió el escepticismo, murió el 25 de junio de 1822. Su vida, compleja tanto en el plano familiar y amoroso como en el profesional y artístico, había sido tan agitada como su época.

El talento literario de un músico frustrado

El «mago del Este», como le llamó Balzac, fue un extraordinario narrador de lo fantástico, de lo inquietante y de lo diabólico. Precursor de los surrealistas, en su obra se confunden sueño y realidad, aunque ironizando siempre acerca de esta última. Las obras de este romántico del «lado oscuro de la naturaleza» han tenido gran influencia sobre un buen número de autores de la literatura universal, entre ellos Honoré de Balzac, Lord Byron, Nicolai Gogol, Edgar Allan Poe o Charles Baudelaire.

Hoffmann poseía un talento artístico extraordinario y polifacético. Fue un excelente dibujante, que supo retratarse a sí mismo e inmortalizar muchas de las figuras de sus propias narraciones. Fue también director de orquesta y compuso, entre otras muchas piezas, la ópera *Ondina*, con texto de la Motte-Fouqué. Como crítico musical nos ha dejado interesantes observaciones acerca de las creaciones de Gluck, Mozart y sobre todo Beethoven. Se ha dicho que Hoffmann no llegó a expresarse perfectamente por medio de la música, a la que consideraba como el arte privilegiado y superior, y que este fracaso le atormentó hasta el fin de sus días. A pesar de estar musicalmente muy dotado, no fue un innovador, sino que se limitó a imitar a Mozart, a Gluck y a los italianos del siglo XVIII: Vivaldi, Cimarosa, Fioravanti, Viotti…

Sin embargo, lo que sí se le concedió fue el don de la palabra, con la que logró traducir maravillosamente las cosas que veía. Sin duda alguna sus creaciones musicales prepararon en cierto modo el camino de su producción literaria. La influencia de la música se deja sentir no sólo en la ocupación principal de sus personajes (el maestro de capilla Kreisler, el consejero Krespel, quien fabrica violines, o el caballero Gluck), sino también en la composición y en el ritmo de la acción. En una carta a su editor, Hoffmann comparó el principio de *Los elixires del diablo* con un *grave sostenuto*, seguido de un *andante sostenuto e piano* y de un *allegro forte*.

Hoffmann inició su actividad literaria muy pronto, pues ya a los veinte años tenía escritas dos novelas, que por desgracia se han perdido. La primera de ellas fue rechazada por el editor, la segunda quedó inconclusa, encerrada como tantas otras en un cajón. Pero Hoffmann, que escribía con una extraordinaria rapidez, no tardó en publicar dos narraciones de tema musical. Se trataba de *El caballero Gluck*, uno de sus relatos más logrados, publicado por primera vez en 1809 en una revista musical en la que colaboraba como crítico, y en el que ya está presente el estilo que fascinará a muchos de sus lectores, y de *Don Juan* (1812). Más tarde estas dos obras se editaron conjuntamente bajo el título de *Fantasías a la manera de Callot* (1814-1815), junto con otros muchos cuentos y relatos, entre ellos el misterioso y poético *El puchero de oro*, acompañados de un prólogo de Jean Paul.

Los elixires del diablo, papeles póstumos del monje Medardo, un capuchino (1815-1816) es, como los *Nocturnos* (1817), que incluye una de sus narraciones más angustiosas, *El hombre de la arena*, y al igual que *Pequeño Zach, llamado Zinnober* (1819), una obra de pasiones y fantasía diabólica. Al parecer, Hoffmann redactó el primer volumen de *Los elixires del diablo* en cuatro semanas, en un estado parecido al de Kafka cuando escribió *La condena*, que le salió, según sus propias palabras, «como un parto en toda regla, cubierto de porquería y mucosidades». La idea principal de la novela, de la que esperaba fuera para él un «elixir de vida» en términos económicos, la expresó en una carta en los siguientes términos: «la vida de un hombre, en cuyo interior y desde su nacimiento imperan los poderes divinos y demoníacos». Con ella quería mostrar los misteriosos nexos del espíritu humano con los principios superiores, ocultos en la naturaleza, que estallan de vez en cuando aquí y allá. En un proceso de disociación de la personalidad, se muestra cómo la represión de la sexualidad, en este caso de un monje, acaba destruyendo al individuo. La novela, que contiene algunos de los motivos más frecuentes en la obra de Hoffmann —el desdoblamiento de la conciencia, la locura, la telepatía—, no se convirtió en el elixir que él esperaba. Tardó un año en encontrar editor y cuando se publicó fue leída por el público con pasión, pero la crítica apenas le prestó atención.

Los hermanos de san Serapión (1819-1821) es una recopilación que contiene algunos de sus relatos más hermosos: *La señorita de Scuderi*, en la que un famoso orfebre del París de Luis XIV se revela como un terrible asesino; *Maese Martín el tonelero*, una historia que se desarrolla en el marco de la ciudad medieval de Nuremberg; *Las minas de Falun; El consejero Krespel* y *El Cascanueces y el rey de los ratones*, cuento en el que el poeta escapa de la vida cotidiana de su época hacia el reino del sueño y de la imaginación infantil.

Opiniones del gato Murr, con la biografía fragmentaria del maestro de capilla Johannes Kreisler, en hojas sueltas de maculatura (1820-1822) recoge muchos de los conocimientos musicales de Hoffmann, oculto tras la figura del músico. Con una clarísima influencia de Lawrence Sterne y de su obra *Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy*, se narran alternativamente la vida del gato y la del genial compositor. El gato, para escribir su autobiografía, utiliza las hojas de otro libro, la biografía inédita de Kreisler, que queda así atrapada entre sus páginas. Gracias al descuido del ficticio editor y al vandalismo del gato, la obra se publica conjunta. Se trata de una excelente parodia del *Bildungsroman*, la novela de formación alemana cuyo máximo exponente es el *Wilhelm Meister* de Goethe, con la que Hoffmann satiriza algunas de las ideas y obras de la Ilustración y del clasicismo alemán.

La princesa Brambilla (1821), según Heinrich Heine y Baudelaire lo más genial dentro de la obra de Hoffmann, es una graciosa e irónica historia ambientada en el mundo de los carnavales de Roma, que encierra en sus páginas una magnífica teoría del arte, «un catecismo de la más alta estética», en palabras de Baudelaire. En el cuento *Maese Pulga* (1822), el autor parece ironizar también sobre lo misterioso,

pero al mismo tiempo dirige sus dardos de una manera oculta contra la persecución de los «demagogos». En él, el «agudo consejero áulico Knarrpanti», fiel reflejo del director de la policía prusiana, Kamptz, hace la siguiente declaración: «Pensar es ya de por sí una operación peligrosa y en un hombre peligroso puede ser aún más peligrosa». Hoffmann, que amaba la libertad, sintió también la amenaza directa de no poder escribir. Una nota de sus últimos años, que muy bien podría haber suscrito Kafka, es sintomática de su manera de pensar: «Sueño. La policía quita todos los relojes de las torres y confisca todos los relojes porque el tiempo debe ser confiscado. Pero la policía no tiene en cuenta que ella misma sólo existe en el tiempo».

Poco antes de su muerte, Hoffmann escribió *La ventana del primo*, una especie de charla autobiográfica en la que se nos muestra cómo veía el autor la vida y a los seres humanos que le rodeaban y cómo los transformó en figuras de su imaginación. Un catalejo desempeña en este cuento, como en otros muchos de la obra de Hoffmann, un papel capital. Gracias a él, el primo, un escritor célebre paralizado por la enfermedad, como el propio autor en aquel momento, viendo limitada su existencia a un reducido apartamento, una de cuyas ventanas da a la plaza del mercado de Berlín, se dedica a contemplar la vida bulliciosa y hormigueante a sus pies. Al narrador que visita a su primo la plaza le parece simplemente un caos vertiginoso. «Te falta un ojo, un ojo que sepa ver», le dice su interlocutor. Lo que es capaz de describir el primo no es sólo lo que ve, sino también —y esto nos hace pensar en el Baudelaire de los *Tableaux parisiens* y del *Spleen de París*— el pasado de los personajes, sus preocupaciones… «Esta ventana es mi consuelo. En ella encuentro la vida, con su cosquilleo, y me siento lleno de ternura hacia su incesante agitación».

Recepción e influencia de la obra de Hoffmann

La recepción de su obra en nuestro país ha sido, como en el caso de otros muchos escritores extranjeros, muy tardía. Ello se debe en parte a que su valoración ha sido muy irregular a lo largo del tiempo, pues en la propia Alemania se le consideró ya durante el siglo XIX como un autor de relatos de terror, sin ninguna calidad artística. Tampoco le favoreció en nada el rechazo expresado por dos vacas sagradas de las letras, Hegel y Goethe, ni el juicio negativo manifestado públicamente por Walter Scott en un artículo, en el que, sin duda arrugando la nariz, afirmó que Hoffmann tenía la fantasía de un opiómano. En el Olimpo cultural de la clásica Weimar, la obra de Hoffmann fue menospreciada por el dominio ejercido por Goethe, quien el 21 de mayo de 1827 apuntó en su diario: «La vida de Hoffmann. Empiezo a leer *El vaso de oro*. Me sentó mal. Maldije las doradas culebrillas». Goethe fue quien se encargó además de hacer la recensión del ensayo de Walter Scott, recomendando vivamente, con el lenguaje pomposo de alguien preocupado por la formación del espíritu nacional, ignorar las «mórbidas obras de un hombre enfermizo» y dictaminando lo siguiente: «Debemos renegar de tales delirios si no queremos también nosotros volvernos locos». Hegel, en sus *Lecciones de estética*, emitió su famoso juicio «sobre el inestable desgarramiento interior… en el que por ejemplo Theodor Hoffmann se sentiría tan a gusto». Y es curioso que opiniones tan subjetivas y partidistas hayan tenido un peso excesivo en el estudio y valoración de una obra que sin duda merece mejores comentarios.

Como muy bien apuntara Ana Pérez en su magnífica introducción a las *Opiniones del Gato Murr* (Ediciones Cátedra, Madrid, 1997), la causa de esta aversión quizá fuera «el profundo temor al poder desestabilizador» que en ellos pudo despertar el inquietante mundo de los textos hoffmannianos. Sin embargo, hubo otros muchos escritores que sí reconocieron su talento y en cuya obra se dejó sentir su influencia: Theodor Fontane, C. M. Wieland, Theodor Storm, Friedrich Hebbel, Heinrich Heine, etc. También los lectores se dividieron en su época entre fanáticos detractores y apasionados admiradores. Gérard de Nerval, traductor del *Fausto* de Goethe al francés y que tan bien conocía la literatura germana, habló de Alemania como «el país de Goethe, Schiller y Hoffmann».

El siglo XX supone un giro completo para la obra de Hoffmann, especialmente entre los escritores alemanes. Son muchos los autores contemporáneos que han valorado su trabajo, entre ellos Franz Kafka, George Trakl o Christa Wolf, quien ha escrito una *Nueva vida de un gato*. Cabe suponer también su influencia en un autor reciente tan leído en nuestro país como el austríaco Thomas Bernhard, en cuyas novelas se pueden encontrar algunos de los elementos desarrollados ya por

Hoffmann, o en la de un premio Nobel como Thomas Mann, que, al igual que Hoffmann en muchas de sus obras, se ocupó del tema de la función del artista y del arte en el *Doctor Faustus*. Ambos autores, Hoffmann y Mann, se enfrentaron también de forma parecida al tema de la magia y sus peligros en la vida política. El tratamiento que Hoffmann dio a la autobiografía ficticia, al yo simulado, tuvo continuidad posterior en Rainer M. Rilke y de nuevo en Thomas Mann. También se encuentran huellas de sus escritos en la obra de Gerhardt Hauptmann o en el expresionismo de George Heym. Por último, señalar su influencia en otro gran maestro de la literatura fantástica, el checo Leo Perutz.

En Gran Bretaña y Estados Unidos la opinión negativa de Scott ha planeado durante mucho tiempo sobre él, aunque se puede encontrar su huella en Charles Dickens, Edgar Allan Poe y Henry James, entre otros. En Francia y en Rusia, el éxito de Hoffmann ha sido muy grande, influyendo en autores como Honoré de Balzac, Teophile Gautier (el héroe de uno de cuyos cuentos, *Onuphrius*, se declara admirador de Hoffmann ya desde el subtítulo), Víctor Hugo, Charles Baudelaire, André Bretón, A. S. Puschkin, Nicolai Gogol, Fiodor Dostoievski o Mijail Bulgakov. En Italia se podría decir que su ejemplo se ha dejado sentir también recientemente en un escritor de la talla de ítalo Calvino. Algunos de sus títulos, como *Si una noche de invierno un viajero*, permiten presentir más de una afinidad.

A España no sólo llegó tarde, en 1830, sino que lo hizo a través del artículo de Walter Scott, cuyas novelas por entonces eran muy populares en nuestro país. Sólo muy poco a poco fueron apareciendo algunas traducciones y se fue corrigiendo la imagen negativa. La monarquía de Fernando VII, ultraconservadora, y esa mentalidad castiza que hemos venido arrastrando hasta hace muy poco, tan magistralmente definida por Américo Castro, dejaron a España desligada casi por completo de la evolución cultural europea. Sólo cuando en 1833 los intelectuales fueron regresando del exilio trajeron consigo el ideario romántico, pero aun así la repercusión de Hoffmann entre los escritores españoles ha sido muy escasa, a pesar de que muchos consideran su producción como la más perdurable del romanticismo y de que su influencia se ha dejado sentir más allá de la literatura, en el campo del cine (Andrej Tarkovski, Manoel de Oliveira, Ingmar Bergman) y de la música (Richard Wagner, Jacques Offenbach, Piotr Ilich Chaikovski).

BERTA VIAS MAHOU

CUADROS FANTÁSTICOS A LA MANERA DE CALLOT

Fantasiestücke in Callots Manier (1814)

El caldero de oro (un cuento de hadas moderno)

Der goldene Topf; in Mährchen aus der neuen Zeit (1813)

Primera velada

La desgracia del estudiante Anselmo. —De la pipa del pasante Paulmann y las serpientes verdes

El día de la Ascensión, a las tres, penetraba un joven en la ciudad de Dresde por la Puerta Negra, metiéndose, sin advertirlo, en un cesto de manzanas y de bollos que vendía una vieja, de modo que toda la mercancía salió rodando y los chiquillos de la calle se apresuraron a apoderarse del botín que tan generosamente les proporcionaba aquel señor. Ante el griterío que armó la vieja, abandonaron las comadres sus puestos de bollos y aguardiente, rodearon al joven y lo llenaron de soeces insultos; tanto, que el infeliz, mudo de vergüenza y de susto, sólo pensó en entregar su no muy bien provisto bolsillo a la vieja, que lo cogió ávidamente, haciéndolo desaparecer. Entonces se abrió el círculo; pero cuando el joven salió huyendo, la vieja le gritó: «¡Corre…, corre…, hijo de Satanás, que pronto te verás preso en el cristal!…». La voz chillona y agria de la mujer tenía algo de horrible; los paseantes se quedaron parados en silencio y la risa de todos desapareció. El estudiante Anselmo —que éste era nuestro joven—, aunque no comprendía el sentido de las palabras de la vieja, se sintió sobrecogido por un involuntario estremecimiento, y apresuró más y más el paso para escapar a la curiosidad de las gentes. Conforme se abría camino entre la multitud, oía murmurar: «¡Pobre muchacho!… ¡La maldita vieja!…».

Las enigmáticas palabras de la vieja dieron a la risible aventura un sentido extrañamente trágico, y todo el mundo se fijó en el hasta aquel momento desconocido joven. Las doncellas comentaban su rostro simpático, cuya expresión realzaba el rubor de la irritación interior, y la estatura extraordinaria del individuo, desgalichado y vestido con descuido. Su levita gris estaba tan mal cortada como si el sastre que la hiciera no tuviese ni la más remota idea de la moda moderna, y sus pantalones, de satén negro, le daban cierto estilo magistral, al que contribuían su prestancia y su apostura. Cuando el estudiante hubo llegado al extremo de la avenida que conduce a los baños de Linke[2], casi le faltaba el resuello. Necesitaba acortar el paso; pero apenas levantaba la vista del suelo, veía los bollos y las manzanas, y las miradas amables de las muchachas que encontraba le parecían el reflejo de las risas de la Puerta Negra. Llegó a la puerta de los Baños; una fila de caballeros bien vestidos penetraba en ellos. Se oían en el interior los ecos de una música de viento y el bullicio de la multitud se hacía cada vez mayor. Las lágrimas acudieron a los ojos del pobre estudiante Anselmo, pues además de que la Ascensión siempre fue para él una fiesta de familia, hubiera deseado penetrar en el paraíso de Linke para tomar una taza

de café con ron y una botella de cerveza, y aún le habría sobrado dinero. Pero el maldito tropezón con el cesto de manzanas le costó todo lo que llevaba consigo. No había que pensar en el café, ni en la cerveza, ni en la música, ni en la contemplación de las muchachas bonitas… Pasó de largo por la puerta de los Baños, y por fin fue a refugiarse en el paseo a orillas del Elba, que estaba solitario. Bajo un saúco que sobresalía de una tapia halló una sombra amable; se sentó tranquilamente y sacó una pipa que le había regalado su amigo el pasante Paulmann. Ante su vista, jugueteaban las ondas doradas del Elba, detrás de las cuales se levantaban las torres esbeltas de Dresde en el fondo polvoriento del cielo, que cubría las verdes praderas floridas y los verdes bosques; y en la profunda oscuridad se erguían las dentadas montañas, nuncios del país de Bohemia. Mirando fijamente ante sí, el estudiante Anselmo sopló en el aire las nubes de humo, y su mal humor se expresó en alta voz, diciendo: «¡La verdad es que he nacido con mal sino! Que no haya sido nunca el niño de la suerte[3], que jamás acierte a pares o nones, que si se me cae el pan con manteca siempre sea del lado de la grasa…, de estas penas no quiero hablar; pero ¿no es un hado funesto que cuando me he decidido a ser estudiante tenga que ser siempre un *kümmeltürke*[4]?. Si estreno un traje, es seguro que el primer día me caerá una mancha o me engancharé en el primer clavo con que tropiece. Si saludo a una dama o a un consejero, no será sin que se me caiga el sombrero o resbale en el suelo y me dé un golpe, provocando la risa de los presentes. ¿He llegado al colegio alguna vez a tiempo? ¿De qué me ha servido salir de casa con media hora de anticipación y colocarme delante de la puerta, con el libro en la mano, pensando penetrar al primer toque de campana, si el demonio me dejaba caer sobre la cabeza una jofaina o me hacía atropellar por uno que salía, metiéndome en un laberinto y echándolo todo a perder? ¡Ay, ay! ¿Dónde estáis, sueños de felicidad, que yo, orgulloso, pensaba podrían conducirme a secretario particular? Mi mala estrella me ha indispuesto con mis más valiosos protectores. Yo sé que el consejero íntimo al que vengo recomendado no puede aguantar los cabellos recortados; con gran trabajo colocó el peluquero una coleta en mi coronilla, pero a la primera reverencia se me cayó el desdichado adorno, y un perrillo juguetón que caracoleaba alrededor mío lo llevó muy contento a su amo. Asustado, me eché encima de él sobre la mesa de trabajo en que estaba almorzando el consejero, di al traste con las tazas, los platos, el tintero…, la salvadera, que se rompieron, ensuciando los papeles de tinta y de chocolate. «¡Es usted el demonio!», exclamó furioso el consejero, y me arrojó de su presencia. ¿De qué me sirve que el pasante Paulmann me haya ofrecido una plaza de escribiente, si mi mala sombra me sigue a todas partes? Lo mismo que hoy… Quería yo celebrar el día de la Ascensión en debida forma. Hubiera podido, como los demás mortales, entrar en los Baños y gritar: «¡Una botella de cerveza…, de la mejor!…». Podía haber permanecido allí dentro hasta muy tarde, rodeado de muchachas bonitas y elegantes. Estoy seguro de que el alma me habría vuelto al cuerpo, que hubiera sido otro hombre, y hasta si me hubiesen preguntado «¿Es muy tarde?» o «¿Qué tocan?», me habría levantado ligero,

sin tirar el vaso ni el banco, y adelantándome unos pasos, hubiera dicho: «Ésta es la obertura de *Donauweibchen*[5]», o «Acaban de dar las seis». «¿Podía alguien haberlo tomado a mal? No, me parece a mí; las muchachas me hubieran mirado riendo burlonas, como suelen hacer, si se me hubiese ocurrido demostrar que yo también entendía algo de la vida y sabía conducirme con las damas. Pero el demonio me lanzó contra el maldito cesto de manzanas, y ahora tengo que arreglármelas solo con mi pipa».

Aquí el estudiante Anselmo vio interrumpido su monólogo por un ruido inesperado que salía de la hierba que le rodeaba, extendiéndose luego a las ramas del saúco que sombreaba su cabeza. Parecía unas veces el viento de la noche que movía las hojas; otras, el bullicioso rumor de pajarillos en las ramas que agitasen inquietos las alas. Luego comenzó a tintinear como si en las ramas colgasen campanillas de cristal. Anselmo escuchaba y escuchaba; de pronto le pareció que el murmullo y el tintineo se convertían en palabras que decían: «A través… o derecho…, entre las ramas…, entre las flores…, rodemos; culebremos, enredemos…, hermanita…; hermanita, da vueltas a media luz…, de prisa, de prisa…, arriba, abajo…; el sol de la tarde nos envía sus rayos…; el viento crepuscular refresca…, agita el rocío; las flores cantan…; movamos las lengüecillas con las flores y las ramas…; las estrellas brillan… arriba, abajo, aquí, acullá…; rodemos, culebremos, enredemos, hermanita».

Y así continuó una charla incongruente. El estudiante Anselmo pensó: «Éste es el viento crepuscular, que hoy me hace comprender sus palabras». Pero en el mismo momento sintió sobre su cabeza como tres notas de campanillas de cristal. Miró hacia arriba y vio tres serpientes de un verde dorado enredadas entre las ramas y que alargaban sus cabezas para recibir el sol poniente. Comenzaron de nuevo a oírse las palabras sin sentido, y las serpientes se deslizaban y se revolvían entre las ramas y las hojas, y al moverse con rapidez, parecía que el saúco estaba inundado de esmeraldas que brillaban entre sus hojas oscuras. «Es el sol poniente que juguetea en el saúco», pensó Anselmo. Pero volvió a oír las campanillas, y vio que una de las serpientes dirigía la cabeza hacia él. Sintió como una conmoción eléctrica y comenzó a temblar interiormente… Miró hacia arriba y observó un par de ojos azul oscuro que se fijaban intensamente en él, sintiéndose entonces acometido de una sensación desconocida de felicidad y de dolor profundo que parecía querer hacerle saltar el corazón. Y mientras, lleno de ardientes deseos, contemplaba los divinos ojos, resonó más fuerte, en armoniosos acordes, el ruido de las campanillas de cristal, y las centelleantes esmeraldas subían y bajaban y le rodeaban de mil llamitas, jugueteando alrededor suyo con hilillos de oro. El saúco se movió y dijo: «Ésta es mi sombra, mi aroma te embalsama; pero no me comprendes. Aroma es mi lenguaje cuando el amor lo inspira». El vientecillo sopló suave y dijo: «Arrullo tu sueño; pero no me comprendes. Céfiro es mi lenguaje cuando el amor lo inspira». Los rayos de sol rompieron las nubes, y la luz dijo: «Te inundo de oro abrasador; pero no me comprendes. Fuego es mi lenguaje cuando el amor lo inspira».

Y cuanto más embebido en la mirada de los ojos deliciosos, más ardientes fueron su anhelo y su deseo. Todo se conmovió como si lo despertase una vida alegre; las flores, los brotes le embalsamaban con su aroma, que asemejaba el cántico maravilloso de millares de flautas, que arrastraba el eco por las doradas nubes crepusculares. Cuando desapareció tras los montes el último rayo de sol y la noche tendió su manto sobre la tierra, una voz ronca y lejana exclamó: «¿Qué significa ese ruido y ese murmullo allá arriba? ¡Viva, viva! ¿Quién me busca en el rayo tras los montes? Basta de ruido, basta de cánticos. ¡Viva, viva! Por los matorrales y por las praderas…, por las praderas y por los arroyos… ¡Viva, viva! Abajo, abajo…».

La voz desapareció como el eco de un trueno lejano; pero las campanillas de cristal se rompieron en una disonancia cortante. Todo quedó en silencio, y Anselmo vio a las tres serpientes que se arrastraban, estremeciéndose, por la hierba hacia el río, y se precipitaron en el Elba, desapareciendo entre sus ondas, y en el sitio preciso se elevó un fuego crepitante que desapareció luego, poco a poco, en dirección de la ciudad.

Segunda velada

De cómo el estudiante Anselmo fue tomado por borracho y por loco. —El paseo por el Elba.
—El aria del director de orquesta graun. —El licor estomacal de Conradi y la broncínea vendedora de manzanas

—Este señor no está en su juicio —dijo una respetable burguesa que, volviendo de paseo con su familia, se quedó parada y con los brazos cruzados contemplando los movimientos del estudiante Anselmo.

Se había este abrazado al tronco del saúco y gritaba, dirigiéndose a las hojas y a las ramas:

—¡Brillad y relucid otra vez, lindas serpientes de oro! ¡Que yo oiga de nuevo las campanillas de cristal! ¡Que me miren vuestros divinos ojos; si no, sucumbiré de dolor y de angustia!

Y suspiraba y gemía profundamente, y sacudía con impaciencia el saúco, que, lejos de responderle, movía sus hojas indiferente y parecía como si se burlase de las ansias del estudiante.

—Este señor no está en su juicio —repitió la buena mujer.

Y al oírlo le pareció a Anselmo que le despertaban violentamente de un sueño profundo o que le rociaban con agua helada para despabilarle. Vio claro dónde se encontraba y recordó que algo muy extraño le había conmovido al punto de hacerle hablar solo. Confuso, contempló a la mujer, y recogió del suelo el sombrero con intención de huir. Mientras tanto, el marido había llegado junto a su mujer, y después de dejar sobre la hierba al chiquillo que llevaba en brazos, contemplaba con curiosidad y admiración al estudiante Anselmo. Cogió la pipa y la tabaquera de éste, que estaban caídas, y dijo, alargándole ambos objetos:

—No se apure el señor ni veje a la gente, que no le falta en nada, por haber bebido un vaso de más… Váyase derecho a su casa y échese a dormir.

El estudiante Anselmo se avergonzó mucho y lanzó un ¡ay! quejumbroso.

—Vaya, vaya —continuó el burgués—, sea razonable y no se apure, que no tiene nada de particular el tomar una copa de más el día de la Ascensión; eso le ocurre a cualquiera. Si me lo permite, voy a llenar mi pipa de su tabaco, pues el mío se ha acabado.

Esto dijo el buen burgués en el momento en que el estudiante iba a guardarse la pipa y la tabaquera; y sin otra ceremonia, limpió la suya y comenzó tranquilamente a llenarla. Algunas muchachas se habían acercado entretanto y cuchicheaban con la mujer, mirando a Anselmo, al que le parecía estar sobre aceradas y ardientes espinas.

En cuanto tuvo en su poder la pipa y la tabaquera, echó a correr sin decir una palabra. Todo lo que viera de maravilloso bajo el saúco había desaparecido, y sólo recordaba haber soñado toda clase de cosas extrañas, acometiéndole una especie de terror involuntario al recordarlo. «Satanás se ha apoderado de ti», le dijo el rector, y no le cabía duda de que estaba en lo cierto. Y tal pensamiento no era soportable para un *candidatus theologiae* borracho el día de la Ascensión.

Iba a internarse por la alameda del jardín de Kosel[6], cuando oyó a su espalda una voz que decía: «Anselmo, Anselmo, ¿dónde demonios va usted con tanta prisa?». El estudiante se quedó como clavado en el suelo, pues estaba seguro de que le sucedería una nueva desgracia. Se oyó otra vez la voz: «Anselmo, vuélvase y venga con nosotros a la orilla del río». Entonces, Anselmo se dio cuenta de que quien le llamaba era su amigo Paulmann, el pasante; dio media vuelta, dirigiéndose hacia la orilla del Elba, y se encontró a su amigo con sus dos hijas y el registrador Heerbrand, que se disponían a tomar una barca. Paulmann invitó al estudiante a que los acompañara a dar un paseo por el río y a pasar la noche con ellos. Anselmo aceptó encantado, pues de aquella manera creía poder escapar a todas las desdichas que le ocurrieran durante el día.

Cuando marchaban por el río vieron que en la orilla opuesta, del lado de Antonschen Garten[7], estaban lanzando fuegos artificiales. Chisporroteando y crepitando, volaban los cohetes por el espacio, lanzando en todas direcciones millares de estrellas, que iluminaban con sus destellos. El estudiante Anselmo iba meditabundo junto al barquero, y cuando vio reflejarse en el agua los fuegos artificiales le pareció que las serpientes doradas salían del fondo. Todo lo que viera bajo el saúco volvió a su imaginación, y de nuevo se sintió acometido del inexplicable deseo y de la ansiedad que le produjeran un encanto doloroso.

—¿Estáis de nuevo en mi presencia, serpientes doradas? Cantad, cantad. En vuestro canto aparecen los ojos azules maravillosos… ¿Estáis en el fondo de las aguas? —así exclamaba el estudiante Anselmo al tiempo que hacía ademán de querer arrojarse al agua.

—¡Es usted el demonio!, exclamó el barquero, cogiéndole por los faldones.

Las muchachas que estaban a su lado comenzaron a gritar asustadas y se escaparon al lado opuesto de la barca. El registrador Heerbrand dijo algo al oído al pasante Paulmann, a lo que éste respondió en voz baja, llegando a Anselmo estas palabras: «Un caso semejante… sin notarlo».

A los pocos momentos se levantó Paulmann, y con gran ansiedad se colocó junto al estudiante, le tomó las manos y le dijo:

—¿Cómo va, Anselmo?

Por poco pierde el conocimiento el estudiante, pues en su interior sintió una confusión que inútilmente trataba de calmar. Vio claramente que lo que había tomado por el brillo de las serpientes no era otra cosa que los fuegos artificiales del Antonschen Garten; pero sentía su pecho agitado por una sensación desconocida, que

no sabía si era dolor o alegría; y cuando el remero sacudió el agua con los remos y ésta salpicó como irritada, oyó una voz que decía: «Anselmo…, An…, ¿no ves que estamos a tu lado? Míranos como a hermanitas… Cree…, cree… en nosotras». Y le pareció que en el reflejo veía tres rayas doradas. Pero cuando contemplaba atento el agua para ver si los lindos ojos le miraban desde el fondo, advirtió, dolorido, que lo que se reflejaba eran las ventanas iluminadas de las casas cercanas.

Permaneció en silencio y luchando en su interior; pero el pasante Paulmann dijo:

—¿Qué tal le va, Anselmo?

—Muy desanimado —respondió el estudiante—. ¡Ay, si usted supiera lo que he soñado mientras permanecía a la sombra de un saúco junto a las tapias del jardín de Linke, me perdonaría el que estuviera tan distraído!

—Vaya, vaya, Anselmo; siempre le he tenido por un joven sano, y eso de soñar… con los ojos abiertos y luego querer arrojarse al agua…, eso, perdóneme, no lo hacen más que los necios o los locos.

El estudiante se quedó confuso ante las duras palabras de su amigo; y la hija mayor de éste, Verónica, una muchacha de dieciséis años, muy bonita, dijo a su vez:

—Querido padre, seguramente a nuestro amigo le ha ocurrido algo extraño, y se ha dormido al pie del saúco y se figura que ha visto en realidad lo que ha soñado.

Tomó entonces la palabra el registrador Heerbrand, diciendo:

—Señorita, amigo mío: ¿no creen ustedes que sin llegar a dormirse se puede caer en un verdadero sopor? A mí algunas veces me ocurre, después de tomar el café, quedarme en un estado casi inconsciente; y sin ir más lejos, ayer mismo me sentí inspirado y vi ante mis ojos una sentencia latina.

—Querido registrador —repuso el pasante—, usted siempre ha tenido cierta inclinación a la poesía, y eso predispone a lo fantástico y a lo novelesco.

El estudiante Anselmo comprendía demasiado que le consideraban como loco o borracho, y se dedicó en silencio a contemplar a Verónica, advirtiendo por primera vez que tenía unos ojos azules preciosos, que le hacían olvidar los que contemplara bajo el saúco. Olvidó casi totalmente la aventura pasada, sintiéndose alegre y satisfecho y llegando hasta ofrecer la mano a su defensora Verónica cuando bajaban de la lancha, dándole el brazo para conducirla a su casa, con tanta soltura, que sólo se escurrió una vez y salpicó de barro su vestido en uno de los mayores charcos que encontraran en el camino.

No pasó inadvertido para el pasante Paulmann el cambio de Anselmo, y queriendo congraciarse con él le pidió perdón por las frases duras que le dirigiera, diciéndole:

—Sí, hay ejemplos de casos en que la fantasía se apodera de los individuos y llega a producir verdaderos trastornos; pero se trata de enfermedades, y para aliviarlas se emplean las sanguijuelas, aplicadas, *salva venia*, atrás, como lo demuestra un sabio muy conocido, ya difunto[8].

El estudiante Anselmo no sabía si estaba loco, borracho o enfermo; pero, de todos

modos, le parecían inútiles las sanguijuelas, pues los fantasmas habían desaparecido por completo y se sentía cada vez más sereno y alegre, y trataba por todos los medios de interesar a la preciosa Verónica.

Como de costumbre, se hizo música al terminar la comida; el estudiante hubo de sentarse al piano, y Verónica dejó oír su voz clara y bien timbrada. El registrador Heerbrand, al oírla, dijo:

—Señorita, tiene usted una voz que parece una campanilla de cristal.

—Eso no —repuso el estudiante sin darse cuenta y provocando las miradas de todos—. Las campanillas de cristal suenan de un modo maravilloso en el saúco —siguió el estudiante a media voz.

Verónica le puso la mano en el hombro y dijo:

—¿Qué está usted diciendo, Anselmo?

El pasante Paulmann le miró muy serio, y el registrador colocó un papel en el atril y se puso a cantar con gran maestría un aria del maestro Graun[9]. El estudiante Anselmo acompañó a otros varios y luego contribuyó al regocijo general cantando con Verónica un dúo compuesto por el mismo señor Paulmann.

Era ya tarde, y el registrador requirió el sombrero y el bastón para marcharse, cuando le abordó el pasante y le dijo:

—¿Quiere usted decirle a Anselmo algo respecto a lo que hemos hablado?

—De mil amores —repuso el registrador Heerbrand, y comenzó, después de sentarse en el círculo—: Hay aquí un hombre maravilloso que, según dicen, es muy versado en las ciencias ocultas; pero como hoy día hay poca ocasión de practicarlas, se dedica a anticuario y tiene fama asimismo como químico. Me refiero al archivero Lindhorst. Como usted sabe, vive solo, en una casa vieja y apartada, y cuando su servicio no lo reclama se le encuentra siempre en su despacho o en su laboratorio, donde no permite a nadie la entrada. Tiene, además de muchos libros raros, manuscritos árabes, coptos, y en signos extraños que no pertenecen a ningún idioma conocido. Desea que le copien éstos, y, para ello, necesita un hombre que sepa hacer primores con la pluma y pueda copiar con toda fidelidad y exactitud los signos que se hallan en el pergamino. Le hace trabajar en un aposento especial de su casa; le paga, aparte de la comida, durante el tiempo que dure el trabajo, un ducado diario, y un regalo si lo termina a su gusto. El horario de trabajo es de diez a seis. De tres a cuatro se emplea en descansar y comer. Ya ha tenido dos o tres jóvenes que no le han satisfecho, y se ha dirigido a mí para que le indique alguien que sea buen plumista. Yo he pensado en usted, querido Anselmo, pues sé que escribe a la perfección y que dibuja con la pluma. ¿Quiere usted ganarse el ducado diario hasta que tenga otra colocación mejor, a más del regalo prometido? Si quiere, vaya mañana, a las doce en punto, a casa del archivero, cuya morada de sobra conoce. Pero tenga cuidado con los borrones, porque si le cae alguno en la copia, tendrá usted que comenzarla de nuevo; pero si le cae en el original, el archivero podría muy bien arrojarle por la ventana, pues es un hombre violento.

El estudiante Anselmo aceptó encantado el encargo del registrador, pues no solamente era una notabilidad con la pluma en la mano, sino que su verdadera pasión consistía en hacer primores caligráficos. Dio las gracias a sus protectores en los términos más calurosos y les prometió no faltar a la cita al día siguiente a las doce.

Durante la noche Anselmo no vio más que relucientes ducados y oyó su tintineo armonioso. ¿Quién podrá censurar que un desgraciado tan perseguido por el infortunio considerase como una bendición la idea del dinero que iba a ganar? Muy de mañana buscó sus lapiceros, sus plumas de ave y la tinta china, pues pensaba que el archivero no tendría mejores materiales. Ante todo reunió y ordenó sus muestras caligráficas y sus dibujos, para presentarlos al archivero como prueba de su habilidad, si así lo deseaba. Todo marchó perfectamente al principio, como si luciera para él una buena estrella: la corbata le salió bien a la primera y no se le hizo ningún punto en la media, como solía ocurrirle; no se le cayó el sombrero, y a las once y media en punto estaba el buen Anselmo, con su casaca gris y su pantalón negro, con un rollo de papeles bajo el brazo y una colección de dibujos a pluma en el bolsillo, en la Schlossgasse, en la tienda de Conradi[10], tomando un vaso del mejor licor estomacal, pues, según pensaba, en sus bolsillos, vacíos aún, no tardaría en haber un ducado.

Sin advertir la gran distancia que recorriera hasta la callejuela en que se encontraba la casa del archivero, el estudiante Anselmo se halló ante la puerta a las doce en punto. Al llegar dirigió la mirada al grueso llamador de bronce; pero cuando, al sonar la última campanada en el reloj de la iglesia próxima, se disponía a cogerlo para llamar, se encontró con que el rostro metálico le dirigía una mirada aviesa al tiempo que una sonrisa asquerosa. ¡Era el rostro de la vendedora de manzanas de la Puerta Negra! Los dientes afilados castañeteaban en la boca flácida, y al castañetear decían: «¡Estúpido…, estúpido…, estúpido…, espera un poco, espera! ¿Por qué has salido, estúpido?». Asustado, el estudiante retrocedió; quiso agarrarse la jamba de la puerta; pero su mano cogió el cordón de la campanilla, que sonó repetidas veces de un modo extraño, y en toda la casa el eco repetía: «¡Pronto caerás en el cristal!». El estudiante se sintió acometido de un terror que le produjo el frío de la fiebre. El cordón de la campanilla se inclinó hacia abajo, convirtiéndose en una serpiente blanca y transparente que le rodeaba y le oprimía cada vez más fuerte en sus contorsiones, hasta que los miembros tiernos, triturados, se rompieron en pedazos, y de sus venas brotó la sangre, que penetró en el cuerpo transparente de la serpiente, poniéndole a él rojo. «¡Mátame, mátame!», quería gritar en su terror; pero sólo conseguía articular un sonido ronco. La serpiente levantó la cabeza y dirigió su lengua afilada desde la tierra al pecho de Anselmo; entonces sintió un dolor agudísimo en el corazón y perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí estaba en una camita modesta, y a su lado el pasante Paulmann, que le decía:

—Por amor de Dios, querido Anselmo, ¿qué extravagancias son ésas?

Tercera velada

Noticias sobre la familia del archivero Lindhorst. —Los ojos azules de Verónica. —El registrador Heerbrand

—El espíritu miró fuera del agua, que se conmovió y saltó en ondas espumosas; éstas se precipitaron en el abismo, cuyas fauces negras se abrieron ansiosas de engullirlas. Como vencedor triunfante, la roqueda de granito elevó su cabeza coronada de picachos, protegiendo el valle hasta que el sol lo acogió en su seno maternal y lo rodeó con sus rayos como brazos ardientes, calentándolo e iluminándolo. Entonces miles de gérmenes que dormían bajo la arena despertaron de un sueño profundo, y estiraron sus hojillas y sus tallos para saludar a su madre, y como niños alegres que juguetean en una pradera, asomaron sus botones, que se abrieron al fin, acariciados por la madre y coloreados por miles de matices a cual más lindo. En el centro del valle se erguía una colina negra que se agitaba como el pecho del hombre cuando le conmueven las malas pasiones. Del abismo subían las emanaciones, y reuniéndose en masas enormes se esforzaban en ocultar el rostro de la madre; pero entonces estalló la tormenta y las alejó de allí, y cuando el rayo límpido volvió a iluminar la colina negra brotó una azucena roja, la cual abrió sus hojas como labios que fueran a recibir el beso de la madre. En el valle apareció una lucecilla brillante: era el joven Fósforo, y al verlo, la azucena exclamó llena de ansiedad: «Sé mío para siempre, hermoso joven. Te amo y moriría si me abandonases». El joven respondió: «Seré tuyo, linda flor; pero tendrás que abandonar a tu padre y a tu madre como un hijo bastardo; no volverás a ver a tus camaradas; querrás ser más grande y más fuerte que todo lo que ahora te alegra y regocija. El anhelo que llena tu ser te servirá de tormento y martirio, pues el pecado dará origen a otros pecados, y la alegría grande que enciende la chispa que yo vierto en ti es el dolor sin esperanza, en el que te sumirás para renacer en una forma extraña. ¡Esta chispa es el pensamiento!». «¡Ay! —exclamó la azucena—. ¿No podré ser tuya en el ardor que me abrasa? ¿Puedo amarte más aún y puedo contemplarte si tú me aniquilas?». Besó al Fósforo, y como penetrada de su luz, se vio rodeada de llamas, de las que salió un ser nuevo, que no tardó mucho en revolotear por el valle, sin preocuparse de los camaradas jóvenes ni del joven amante. Éste se lamentaba por su amor perdido, pues continuaba amando a la azucena en el valle solitario, y las rocas de granito inclinaban sus cabezas tomando parte en los lamentos del joven. Una de ellas abrió su seno, y de él salió un dragón de negras alas que dijo: «Mis hermanos los metales duermen ahí dentro; pero yo estoy alegre y despierto y quiero ayudarte». Subiendo y bajando atrapó el dragón al ser extraño nacido de la azucena, lo llevó a la colina y lo rodeó con sus alas; volvió a ser la

azucena; pero el pensamiento le destrozaba por dentro, y el amor por el joven Fósforo era un lamento cortante, ante el cual, con el aliento emponzoñado, se marchitaban las florecillas que antes alegraban su vista. El joven Fósforo se puso una armadura brillante, que relucía con mil colores, y luchó con el dragón, que con sus alas negras chocó contra la armadura, haciéndola resonar, y entonces las florecillas volvieron a la vida y rodearon al dragón como pájaros maravillosos, haciéndole perder fuerzas y ocultarse en el fondo de la tierra vencido. La azucena estaba libre; el joven Fósforo la abrazó con amor celestial, y las flores y los pájaros y hasta las mismas rocas de granito cantaron un himno de alegría, proclamándola reina del valle.

—Señor archivero —dijo el registrador Heerbrand—, eso es completamente oriental, y ahora deseamos que nos cuente algo, como ha hecho otras veces, de su vida, de sus viajes, algo que sea verdad.

—Lo que acabo de contarles —respondió el archivero Lindhorst— es de lo más verídico que puedo referirles de mi vida, pues yo procedo de ese valle, y la azucena que reinó en él era mi tatarabuela en no sé qué grado, por lo cual, yo también soy príncipe.

Todos se echaron a reír ruidosamente.

—Bueno, ríanse ustedes cuanto quieran —siguió el archivero—. Pueden tomar por insensato todo lo que acabo de contarles, pero no por eso dejará de ser rigurosamente cierto. De haber sabido que la historia de amor a la que debo mi nacimiento les agradaba tan poco, les habría contado algo nuevo que me ha referido mi hermano.

—Cómo, ¿tiene usted un hermano? ¿Dónde está? ¿Dónde vive? ¿Sirve también al rey, o es algún sabio independiente? —le preguntaban todos.

—No —repuso el archivero, tomando una pizca de rapé con suma tranquilidad—; se colocó en la parte mala y está bajo el dominio del dragón.

—¿Bajo el dominio del dragón? —se oyó como un eco por todas partes.

—Sí, bajo el dominio del dragón —continuó el archivero Lindhorst, en realidad en la desesperación—. Ustedes saben, señores míos, que mi padre murió hace poco tiempo, hace unos trescientos ochenta y cinco años, por lo cual aún llevo luto. Yo era su preferido, y me dejó un ónice que también quería poseer mi hermano. Nos peleamos delante del cadáver de una manera muy poco cortés, hasta que el difunto perdió la paciencia, se levantó y arrojó por las escaleras al hermano malo. Le tocó a mi hermano, y fue a parar a los dominios del dragón. Ahora está en un bosque de cipreses cerca de Túnez, donde tiene a su cargo el cuidado de un renombrado carbunclo místico, el cual es buscado por un demonio de nigromante que tiene su residencia de verano en Laponia, y sólo puede aprovechar para venir a verme el cuarto de hora que el nigromante se dedica a cuidar de sus salamandras, aprovechando esos momentos para contarme a toda prisa lo que ocurre de nuevo en las fuentes del Nilo.

Por segunda vez, los presentes se echaron a reír; pero el estudiante Anselmo

comenzó a sentirse inquieto y apenas se atrevía a mirar los ojos grandes del archivero, sin que le invadiera cierto malestar interior. La voz de archivero Lindhorst tenía algo metálico e impresionante que le hacía estremecerse hasta la médula. El objeto que impulsó al registrador Heerbrand a llevarle consigo al café no parecía fácil de alcanzar por aquel día.

Después de lo que ocurriera al estudiante Anselmo a la puerta del archivero, no se atrevió a intentar la visita por segunda vez, pues tenía el convencimiento de que sólo la casualidad le había librado, si no de la muerte, por lo menos de un gran peligro. El pasante Paulmann acertó a pasar por aquella calle cuando él yacía sin sentido delante de la puerta de la casa del archivero, y a su lado una vieja que para atenderle había dejado un cesto lleno de bollos y manzanas. El señor Paulmann había requerido una camilla y lo hizo trasladar a su casa. «Pueden creer lo que quieran de mí —decía el estudiante Anselmo—, pueden tomarme por loco o por… lo que quieran; pero yo estoy seguro de que en el llamador de la puerta me hacía guiños la maldita cara de la bruja de la Puerta Negra. De lo que sucedió después, no quiero hablar; pero si yo llego a recobrar el conocimiento y veo a mi lado a la vendedora de manzanas, que no era otra la vieja que estaba junto a mí, estoy seguro de que me da un ataque o me vuelvo loco».

Ni las reflexiones del pasante Paulmann, ni los discursos del registrador Heerbrand, ni los de Verónica, acompañados de las miradas de sus ojos azules, lograron sacarle del ensimismamiento en que cayó. Lo consideraron mentalmente enfermo y comenzaron a pensar en un medio de distraerle, decidiendo el registrador Heerbrand que nada más a propósito que la ocupación de copiar los manuscritos del archivero. Pensaron, por lo tanto, en el modo de ponerlos en comunicación, y como el registrador sabía que el archivero acudía casi todas las noches a cierto café, invitó al estudiante Anselmo a frecuentarlo a costa suya y tomar una cerveza y fumarse una pipa, hasta que se presentase ocasión de conocer al archivero y tratar con él del asunto de las copias, a lo cual el estudiante accedió de buen grado.

—Merecerá usted bien de la posteridad si consigue volver a la razón al pobre joven, amigo Heerbrand —dijo el pasante Paulmann.

—Sí, es verdad —confirmó Verónica, elevando sus lindos ojos al cielo con expresión piadosa y pensando que el estudiante Anselmo era un joven muy simpático aunque estuviera trastornado.

En el momento en que el archivero Lindhorst se disponía a salir, armado de bastón y sombrero, el registrador tomó a Anselmo de la mano y, cortando el paso al archivero, le dijo:

—Estimado señor archivero: aquí tiene usted al estudiante Anselmo, que es una eminencia en trabajos de pluma y quiere copiar sus manuscritos.

—Me alegro extraordinariamente —respondió el archivero Lindhorst, apresurado.

Se puso el sombrero de tres picos y, apartando al registrador y a Anselmo, echó a correr escalera abajo, quedándose los otros parados y mirando a la puerta, que el

primero cerró de un portazo, haciendo rechinar los goznes.

—Es un viejo extraordinario —dijo el registrador.

—Un viejo extraordinario —repitió Anselmo, sintiendo como si le corriera por las venas una corriente de agua helada capaz de convertirle en estatua de mármol.

Todos los asistentes al café se echaron a reír, y dijeron: —El archivero estaba hoy de humor; mañana seguramente estará tranquilo y no hablará una palabra, sino que se pasará las horas mirando las volutas de humo de su pipa o leyendo periódicos; no hay que hacerle caso.

«Es verdad —pensaba el estudiante Anselmo—, no hay motivo para preocuparse. ¿No ha dicho el archivero que se alegraba mucho de que yo quisiera copiar sus manuscritos? Pero ¿por qué ha cerrado el paso al registrador cuando ha visto que se dirigía a su casa? El archivero es en el fondo una buena persona y generoso en extremo…, pero un poco extraño en sus discursos. En todo caso, ¿a mí qué me importa? Mañana a las doce en punto me presentaré en su casa a pesar de todas las brujas de bronce».

Cuarta velada

Melancolía del estudiante Anselmo. —El espejo de esmeraldas. —De cómo el archivero Lindhorst voló como un milano y el estudiante Anselmo no encontró a nadie

Tengo que preguntarte, amable lector, si en tu vida no has tenido horas y días y semanas en los cuales se te ha presentado todo lo hecho a diario como un verdadero tormento, y en los que todo lo que has considerado como digno de tu esfuerzo te parece estúpido y sin objeto. En esos momentos no sabes qué hacer ni adónde dirigirte; en tu pecho se esconde el sentimiento de que en alguna parte y alguna vez habrá ocasión de llenar cumplidamente todos tus deseos, que el espíritu, como un niño temeroso, no se atreve a formular; y en este anhelo por lo desconocido, algo que flota por dondequiera que vayas y dondequiera que estés se te aparece como un sueño en el que figuran seres translúcidos que te hacen enmudecer para todo lo que aquí te rodea. Diriges tu mirada turbada en derredor como un amante sin esperanza, y todo lo que los hombres hacen en abigarrado revoltijo te produce dolor y mucha alegría, como si no pertenecieses a este mundo. Si te ha ocurrido alguna vez esto, querido lector, conoces por experiencia propia el estado del estudiante Anselmo. Lo que más deseo es haber conseguido pintarle con colores vivos ante tus ojos, pues en realidad en las vigilias que he dedicado a escribir su historia peregrina he procurado hacerlo con toda exactitud, relatando lo maravilloso como si fuera un cuento de aparecidos, al punto que hay momentos en que temo que no creas ni en el estudiante Anselmo ni en el archivero Lindhorst, y que hasta llegues a dudar de la existencia del pasante Paulmann y del registrador Heerbrand, o por lo menos pasen inadvertidos para ti estos estimables señores, que aún se pasean por Dresde. Intenta, estimado lector, penetrar en el mundo de las hadas, lleno de maravillas que provocan las grandes alegrías y los grandes terrores, donde las diosas levantan sus velos para que podamos contemplar sus rostros; pero una sonrisa de incredulidad asoma a todos los labios, la burla con que se acoge siempre todo lo fabuloso, como los cuentos de las madres a sus hijos pequeños. Bien; pues en este reino, que por lo menos en sueños se nos abre algunas veces, trata de penetrar, querido lector, y de reconocer las figuras tal y como las ves en la vida diaria. Entonces creerás que el tal reino está más cerca de ti de lo que te figuras; esto lo deseo con todo mi corazón, para que te puedas hacer más cargo de la historia del estudiante Anselmo.

Como ya hemos dicho, el estudiante Anselmo, desde la noche en que vio al archivero Lindhorst, cayó en una apatía somnolienta que le hacía insensible a todas las emociones de la vida corriente. Sentía en su interior algo desconocido que le

conmovía y le producía una especie de dolor agradable, que es la consecuencia del anhelo que a los hombres promete otro ser más alto. Donde se encontraba más a gusto era en las praderas y en los bosques, en los que podía contemplar a sus anchas la naturaleza y la vida y sumirse en reflexiones interiores. Y ocurrió que volviendo un día de un largo paseo, acertó a pasar por delante de aquel saúco donde fue acometido por las hadas y vio cosas tan raras; se sintió atraído por la alfombra verde del césped, y apenas se había sentado, cuando todo lo que en un día contemplara como en éxtasis, y cuyo recuerdo conservaba en el fondo de su alma, volvió a aparecérsele como si lo viera por segunda vez. Y aún más claro que entonces, vio los ojos azules de las serpientes doradas que en el centro del saúco se erguían, y las campanillas de cristal que brotaban de su contorno, llenándole de encanto y alegría. Lo mismo que el día de la Ascensión, se abrazó al saúco, que dirigiéndose a las ramas y a las hojas, exclamó: «Deslízate e inclínate, serpiente dorada, en las ramas, para que yo pueda contemplarte. Mírame una vez más con tus divinos ojos. Te amo y moriré de pena y de dolor si no vuelves». Todo quedó en silencio, y, entonces, el saúco sacudió sus ramas y agitó sus hojas. Pero el estudiante Anselmo comprendió lo que le inquietaba y conmovía, y que no era otra cosa que el dolor de un anhelo sin fin. «Estoy seguro —dijo— de que te amo con toda mi alma y hasta la muerte, deliciosa serpiente verde; sin ti no puedo vivir, y pereceré miserablemente si no te veo, si no te tengo junto a mí, como la amada de mi corazón…; pero ya sé que eres mía y que ha de llegar un día en que vea realizados mis deseos de otro mundo».

El estudiante Anselmo iba todas las tardes, cuando el sol se filtraba por entre los árboles, a colocarse bajo el saúco y dirigía sus endechas amorosas a las hojas y a las ramas, pensando que llegarían a la serpiente. Una vez que repetía las mismas quejas se le apareció de repente un hombre seco, envuelto en una vestidura gris claro, y le dijo, mirándole con ojos de fuego:

—¿Qué te pasa y por qué te lamentas? ¡Ah!, eres el estudiante que quiere copiar mis manuscritos.

El estudiante se asustó mucho ante la voz estentórea, que era la misma que le dirigiera la palabra el día de la Ascensión. De asombro y miedo, no pudo articular palabra.

—Vamos a ver, Anselmo —continuó el archivero Lindhorst, que no era otro el hombre de la vestidura gris—. ¿Qué quiere usted del saúco y por qué no ha ido usted a mi casa a iniciar el trabajo?

Ciertamente, el estudiante Anselmo no se había vuelto a ocupar de ir a casa del archivero; pero ahora, vuelto en sí de su agradable sueño por la misma voz que en otra ocasión le robara a su amada, se sintió acometido de una especie de desesperación y comenzó a decir:

—Señor archivero, puede usted tomarme por loco o por lo que quiera, me es igual; pero aquí, bajo este saúco, contemplé por primera vez el día de la Ascensión a la serpiente dorada y verde… la amada de mi corazón, y me habló con voz de cristal,

y usted…, señor archivero, la llamó gritando desde el agua.

—¿Cómo es eso, amigo mío? —interrumpió el archivero sonriendo, mientras tomaba un poco de rapé.

El estudiante Anselmo sintió que su corazón se libraba de un peso al poder explicar aquella aventura extraordinaria, y le pareció una gran idea el achacar al archivero la culpa de haberle interrumpido con su voz, que tronó a distancia. Se tranquilizó y comenzó su relato.

—Voy a contarle todo lo que me ocurrió el día de la Ascensión, y después puede decirme y hacer y, sobre todo, pensar lo que quiera de mí.

Le contó, punto por punto, todos los sucesos, desde el desgraciado tropezón con la cesta de manzanas hasta la huida por el agua de las tres serpientes doradas y verdes, y le dijo que la gente le había tomado por loco o por borracho.

—Todo lo que le he dicho —terminó el estudiante— lo he visto realmente, y en el fondo de mi corazón conservo el recuerdo de las adorables voces que me hablaron; no fue en modo alguno un sueño, y para no morirme de ansiedad y de amor tengo que creer en las serpientes doradas, a pesar de que en su risa, señor archivero, comprendo que usted también toma a las tales serpientes como una imagen de mi mente calenturienta.

—No lo crea usted —repuso el archivero con gran tranquilidad y calma—. Las serpientes doradas que usted, Anselmo, vio en el saúco, eran mis tres hijas, y está perfectamente claro que se enamoró usted de la más joven, que se llama Serpentina. Ya lo sabía yo desde el día de la Ascensión, y como estaba trabajando y me molestara el ruido y el estrépito, llamé a las locuelas para que se fueran a casa, pues el sol se había puesto y ya se habían divertido bastante cantando y tomando el sol.

Al estudiante Anselmo le pareció que le decían algo que esperaba hacía mucho tiempo, y que el saúco, las tapias y la hierba se movían en derredor suyo. Quiso decir algunas palabras, pero el archivero no le dejó hablar, sino que, quitándose un guante y mostrando a Anselmo la piedra de una sortija que brillaba con destellos de fuego, dijo:

—Mire aquí, querido Anselmo; seguramente se alegrará de lo que vea.

El estudiante miró la piedra, y, ¡oh maravilla!, ésta se abrió como un gran foco, lanzando rayos en derredor, y los rayos se convirtieron en un espejo de cristal, en el que haciendo mil piruetas, ora huyendo unas de otras, ora entrelazándose, las tres serpientes saltaban y bailaban. Y cuando se tocaban, los cuerpos esbeltos entrechocaban, lanzando chispas brillantes, sonaban los acordes de campanillas de cristal, y la que estaba en medio alargaba la cabeza fuera del espejo y los ojos azul oscuro decían: «¿Me conoces?… ¿Crees en mí, Anselmo?… En la confianza está el amor… ¿Sabes amar?».

—¡Oh Serpentina, Serpentina! —exclamó el estudiante, loco de entusiasmo.

Pero el archivero Lindhorst echó el aliento en el espejo y con la rapidez del rayo desapareció el foco, y sólo quedó en su mano una pequeña esmeralda, sobre la que se

puso el guante.

—¿Ha visto usted a las serpientes doradas, amigo Anselmo? —preguntó el archivero.

—¡Ah, sí —respondió el estudiante—, y a la adorable Serpentina!

—Bueno —continuó el archivero—, basta por hoy. Además, si está usted decidido a trabajar conmigo, podrá usted ver a mis hijas con frecuencia, es decir, le recompensaré a usted con este placer si trabaja bien; esto es, si copia con fidelidad y limpieza todos los signos. Pero usted no ha ido a mi casa, a pesar de que el registrador Heerbrand me aseguró que iría en seguida, y le he estado esperando inútilmente varios días.

En cuanto el archivero nombró a Heerbrand, le pareció a Anselmo que volvía a hallarse sobre el suelo y que en realidad era el estudiante que estaba delante del archivero Lindhorst. El tono indiferente en que hablaba éste contrastando con las apariciones maravillosas que provocara, como verdadero nigromante, tenía algo de siniestro, aumentado aun por las miradas penetrantes que salían de las órbitas huecas de aquel rostro arrugado y huesudo, y el estudiante se sintió acometido de la misma sensación de inquietud que le acometiera en el café la noche en que oyó al archivero relatar aquellas aventuras extraordinarias. Con mucho trabajo logró rehacerse, y cuando el archivero le preguntó de nuevo: «¿Por qué no ha ido usted a casa?», se decidió a contarle todo lo que le había ocurrido el día en que estuvo llamando a su puerta.

—Querido Anselmo —dijo el archivero cuando el estudiante terminó su relato—, querido Anselmo: conozco perfectamente a la vendedora de manzanas de que usted cree hablar; es una criatura fatal que me juega toda clase de malas pasadas y que se ha convertido en bronce, en forma de llamador, para asustar a todas las visitas agradables, lo cual ya me va resultando insoportable. Si usted quiere, mañana, cuando vaya a casa y se le presente el rostro repugnante de la dichosa mujer, échele unas gotas de este licor en las mismas narices y en seguida desaparecerá. Y ahora, adiós, querido Anselmo, tengo algo de prisa; por eso no le quiero molestar diciéndole que me acompañe de vuelta a la ciudad. Adiós y hasta la vista; mañana a las doce.

El archivero entregó a Anselmo un frasquito con un líquido amarillo y salió corriendo tan de prisa, que en la oscuridad sobrevenida entretanto más bien parecía volar que andar. Al rato estaba junto al jardín de Kosel; entonces el viento abrió los dos lados del manto, de modo que flotaron en el aire un par de alas gigantescas, y el estudiante, que lleno de asombro miraba al archivero, creyó distinguir un gran pájaro preparándose a levantar el vuelo. Estaba Anselmo mirando a la oscuridad cuando se alzó con gran estrépito un milano blancuzco, y comprendió que el aleteo que él creía que procedía del archivero, debía de ser de aquel milano, aunque no se había dado cuenta de cómo había desaparecido el archivero. «Probablemente será el mismo archivero que vuela —dijo para sí Anselmo—, pues ahora advierto que todas las maravillas que he visto, suponiendo que pertenecían a un mundo extraño que yo

tomaba por sueños, tienen vida verdadera y juegan conmigo…; pero, sean lo que quieran, tú vives y alientas en mi pecho, adorada Serpentina; sólo tú puedes calmar la ansiedad que me destroza el corazón… ¡Cuándo podré contemplar tus divinos ojos, querida mía!». Así suspiraba el estudiante Anselmo en alta voz. «¡Qué nombre más raro y más poco cristiano!», dijo una voz junto a él, que resultó ser la de un individuo que pasaba por allí. El estudiante se acordó a tiempo de dónde estaba y se apresuró a salir de aquellos contornos, pensando para sus adentros: «La verdad que sería una auténtica desgracia el que ahora me encontrase con el pasante Paulmann o con el registrador Heerbrand». Pero no se encontró a ninguno de los dos.

Quinta velada

La consejera. —«Cicero de officiiS». —Macacos y otras alimañas. —La vieja Elisa. —El equinoccio

—No es posible hacer carrera de Anselmo —decía el pasante Paulmann un día—; todos mis esfuerzos y mis esperanzas son infructuosos; no se quiere aplicar a nada, a pesar de que ha hecho estudios brillantes que son base suficiente para todo.

El registrador Heerbrand respondió, riendo sutil y misteriosamente:

—Déjele espacio y tiempo, mi buen amigo. Anselmo es un sujeto curioso y hay en él madera para muchas cosas; quiero decir que lo hemos de ver secretario de Estado o consejero.

—¿Consejero? —dijo el pasante Paulmann sin acabar casi de articular la palabra por el asombro.

—Poco a poco —continuó el registrador—. Yo sé lo que sé. Ya hace unos días que va a casa del archivero Lindhorst y trabaja en las copias, y este señor me ha dicho anoche en el café: «Me ha recomendado usted un hombre de mérito, que llegará a algo». Y si tiene usted en cuenta las relaciones del archivero…, ya veremos lo que pasa dentro de unos años.

Dichas estas palabras, el registrador se marchó con su risita misteriosa, dejando al pasante, lleno de curiosidad y de asombro, mudo en su silla.

Sobre Verónica la conversación hizo un gran efecto. «¿No he creído yo siempre —pensaba— que el estudiante Anselmo era un joven muy listo y agradable del que se puede esperar algo grande? ¡Si yo estuviera segura de si me gusta en realidad! Aquella noche del paseo por el Elba me apretó dos veces la mano; y luego, mientras cantábamos a dúo, me dirigió unas miradas extrañas que penetraban hasta el corazón. Sí, sí…, me gusta…, y yo…». Verónica se representó, como suelen hacerlo muchas jóvenes, los dulces sueños de un futuro agradable: era la señora del consejero; vivía en una casa espléndida en la calle principal, o en la plaza Nueva, o en la Moritzstrasse… Los sombreros de última moda y los chales turcos le sentaban de maravilla… Desayunaba en una elegante *negligé* en su gabinete, dando órdenes a la cocinera para el servicio del día: «Pero cuidado con echar a perder la terrina, que es el plato favorito del señor consejero». Los elegantes que pasaban, la miraban a hurtadillas, y a sus oídos llegaban palabras como éstas: «¡Qué mujer más admirable es la consejera! ¡Qué bien le sienta la cofia de encaje!». La consejera X enviaba a su criado a preguntar si la señora consejera quería ir con ella a los baños de Linke. «Lo siento muchísimo, pero ya estoy comprometida para tomar el té con la presidenta T.» El consejero Anselmo volvía temprano de sus quehaceres; iba vestido a la última

moda. «¡Ya las diez!», decía al oír el reloj de repetición, que daba la hora; y besando a su mujercita: «¿Qué tal te va, mujercita? Mira lo que te traigo». Y sacaba una cajita en la que guardaba un par de pendientes de un trabajo modernísimo, que ella se ponía en seguida en lugar de los que llevaba, ya usados.

—¡Qué lindos pendientes! —exclamó Verónica en alta voz y levantándose de un salto de la silla en que estaba cosiendo, dejando caer la labor, para colocarse ante el espejo, como si realmente tuviese puestos los pendientes.

—¿Qué es eso? —preguntó su padre, a quien, absorto en la obra *Cicero de officiis*, por poco se le cae el libro de las manos—. ¿Tenemos también ataques como Anselmo?

En aquel momento entró en la habitación el estudiante, que, contra su costumbre, hacía varios días que no aparecía por allí, con gran asombro de Verónica y no menos susto por el cambio que se operaba en él. Con gran aplomo, cosa no habitual en él, habló de la nueva tendencia de su vida, del brillante porvenir que se le abría y que muchos ni siquiera podían presumir.

El pasante Paulmann, recordando las palabras del registrador, se sintió aún más confuso, y apenas si pudo articular una sílaba cuando el estudiante, después de decir que tenía mucho trabajo y muy urgente en casa del archivero y de besar la mano de Verónica de una manera muy elegante, salió de allí. «Así sería el consejero —pensó Verónica—; y me ha besado la mano sin resbalar ni pisarme, como suele hacerlo. Me ha dirigido una mirada tan dulce… Decididamente, me gusta».

Verónica se ensimismó de nuevo en sus sueños, en los que siempre creía ver una figura enemiga mezclada con las apariciones agradables que le hacían imaginarse ya consejera y en su casa. La figura reía burlona y decía: «Todo lo que piensas es una tontería y un puro engaño, pues Anselmo no será nunca consejero ni tu marido; no te ama, a pesar de tus ojos azules, de que eres esbelta y tienes las manos bonitas». Sintió Verónica como si le echaran un jarro de agua helada, y el terror sustituyó a la satisfacción con que pensara en la cofia de encaje y en los pendientes. Las lágrimas asomaron a sus ojos, y en alta voz dijo:

—Es verdad, no me quiere, y nunca seré consejera.

—Romanticismo, romanticismo —exclamó el pasante Paulmann.

Y cogiendo el bastón y el sombrero, se marchó de allí.

—Lo que me faltaba —suspiró Verónica, enfadándose con su hermanilla de doce años, que, indiferente, estaba sentada delante de su bastidor bordando.

Eran casi las tres y tiempo ya de arreglar la habitación y de preparar el café, pues las señoritas de Oster habían anunciado su visita. Detrás de cada armario que Verónica movía, detrás de los libros de cubierta roja que estaban sobre el piano, detrás de todas las tazas, detrás de la cafetera que tomara del armario, se le aparecía la misma figura, como un duende, riéndose burlonamente, castañeteando los dientes y gritando: «¡No será tu marido, no será tu marido!».

Y después, cuando todo estuvo en su sitio y Verónica en medio del cuarto, la vio

aparecer con unas narices muy largas detrás de la estufa y repitiendo la frasecilla: «¡No será tu marido!».

—¿No oyes nada, no ves nada, hermana? —exclamó Verónica, que no se atrevía a moverse, temblando de miedo.

Francisca se levantó muy tranquila de su bastidor y dijo:

—¿Qué te pasa hoy, hermana? Todo lo revuelves y estás haciendo un ruido atroz; voy a ayudarte.

En seguida entraron las amigas, muy alegres, y en el mismo momento comprendió Verónica que había tomado la tapa de la estufa por una figura y el chirrido de la puerta mal cerrada por las palabras odiosas. Descompuesta por el miedo, no se pudo rehacer tan pronto como para que sus amigas no notasen su tensión y la palidez de su rostro descompuesto. Cuando hubieron mencionado todas las cosas alegres que tenían que contar, insistieron para que su amiga les dijera qué le pasaba, y Verónica no tuvo más remedio que confesar que se sentía acometida por ideas extrañas y que en pleno día la invadía un terror a los espectros que no lograba dominar. Les contó cómo veía en todos los rincones la figura de un hombrecillo que se burlaba de ella, hasta que las señoritas de Oster, inquietas, empezaron a mirar a todas partes, y a sentirse incómodas.

Entró Francisca con el café humeante, y las tres se rieron de las tonterías que habían hablado. Angélica, así se llamaba la mayor de las Oster, era novia de un oficial que estaba en la guerra y del cual no había tenido noticias hacía mucho tiempo; tanto, que habían llegado a temer que le hubieran matado o, por lo menos, herido gravemente. Esta idea había preocupado hondamente a Angélica, pero hoy estaba muy tranquila; Verónica se extrañó mucho, y así se lo manifestó.

—Querida mía —dijo Angélica—, ¿crees tú que no quiero a mi Víctor y que no tengo siempre presente su imagen? Por eso, precisamente, estoy tan contenta y me siento tan feliz, pues mi Víctor está bueno y sano y pronto le veré de capitán de Caballería, adornado con las cruces ganadas por su valor. Una herida, no muy grave, en el brazo derecho, causada por un sablazo de un húsar enemigo, le impide escribir, y el continuo cambio de residencia de su regimiento, que no quiere abandonar, le hace imposible darme noticias suyas; pero hoy por la noche recibirá la orden de ponerse en tratamiento. Mañana emprenderá el camino hacia aquí, y cuando vaya a subir al coche tendrá noticia de su nombramiento de capitán.

—Pero, querida Angélica —dijo Verónica—, lo sabes todo.

—No te rías de mí, amiga mía —repuso Angélica—, porque si te ríes, el hombrecillo te hará guiños desde detrás del espejo. Yo no puedo librarme de creer en ciertas cosas ocultas, que algunas veces han sido para mí más que visibles, y creo positivamente que hay personas que poseen un don de vista especial que les permite poner en movimiento medios infalibles para averiguar todas las cosas. En esta ciudad hay una anciana que posee este don en alto rango. No echa las cartas como otras, ni profetiza con plomo derretido ni con flores de café, sino que hace ciertos preparados

a los que dirige sus preguntas, tomando parte la persona interesada, y en un espejo pulimentado aparece una colección de figuras que la mujer va nombrando y que le responden a todas las preguntas que les dirige. Ayer tarde estuve en su casa y me dio las noticias que acabáis de oír sobre mi Víctor, de las cuales no dudo ni un momento.

El relato de Angélica produjo impresión en el ánimo de Verónica, que pensó en seguida ir a consultar a la vieja sobre Anselmo y sus esperanzas. Supo que la buena mujer se llamaba la señora Rauerin y que habitaba en una calle apartada en la Seethor[11]; que se la podía ver los martes, miércoles y viernes desde las siete de la tarde, y además toda la noche, hasta el amanecer, y que recibía con más gusto a los clientes si iban solos. Era miércoles, y Verónica decidió ir a acompañar a las de Oster y después a buscar a la vieja. En cuanto se separó de sus amigas, que vivían en la ciudad nueva, en el puente del Elba, se dirigió volando a la Seethor, y a poco entraba en la calle indicada, a cuyo extremo vio una casita, en la que vivía la señora Rauerin. No pudo dominar cierta emoción al verse delante de la puerta. Se repuso al fin, a pesar de la inquietud que sentía, y llamó a la campanilla, la puerta se abrió y Verónica entró en un corredor oscuro que conducía a la escalera, que la llevó al piso superior, como le indicara Angélica.

—¿Vive aquí la señora Rauerin? —preguntó en el umbral de la puerta, sin ver a nadie.

En vez de respuesta sonó un prolongado maullido, y ante su vista se presentó un gatazo negro con el lomo erizado y la cola oscilante en alto, el cual la guió hasta la puerta de un aposento, que se abrió a otro estentóreo maullido.

—Hijita, ¿estás aquí ya? Entra…, entra.

Así habló una figura que se adelantaba, ante cuyo aspecto Verónica quedó como clavada en el suelo. Era una mujer flaca, envuelta en andrajos negros; al hablar movía la barbilla puntiaguda, abría una enorme boca sin dientes, a la que daba sombra una nariz parecida al pico de un ave de rapiña, y sonreía de un modo horrible, lanzando chispas de sus ojos de gato, cubiertos por unas grandes gafas. Llevaba un pañuelo de colorines a la cabeza, del que salían mechones de cabellos negros enmarañados, y para hacer aún más espantoso su aspecto, tenía dos grandes quemaduras en la mejilla izquierda que le llegaban hasta la nariz.

Verónica se quedó sin respiración y quiso lanzar un grito, que se convirtió en un profundo suspiro, cuando la bruja la cogió con su mano sarmentosa para conducirla a un aposento interior. Allí todo era ruido y confusión: se oían maullidos, chirridos, pitidos y gritos agudos. La vieja dio un puñetazo en la mesa y dijo:

—Quietos, canalla.

Los macacos treparon a lo alto del dosel de la cama, las ratas de Indias se escondieron detrás de la estufa, los cuervos revolotearon alrededor del espejo; sólo el gato negro, como si con él no fuera la cosa, permaneció tranquilo en una butaca, a la que saltara al entrar. Cuando todo quedó en silencio, Verónica cobró ánimos y no se sintió tan asustada como en el corredor; hasta la misma vieja le pareció menos

repulsiva y tuvo valor para mirar lo que había en el aposento. Del techo colgaba toda clase de animales disecados; en el suelo se veían infinidad de cacharros raros y desconocidos para ella, y en la chimenea ardía un fuego azulado y mortecino, que, de cuando en cuando, producía alguna chispa y retrocedía, haciendo que los asquerosos murciélagos que revoloteaban por el techo lanzasen gemidos casi humanos, que hicieron estremecerse a Verónica.

—Con permiso, señorita —dijo la vieja sonriendo; cogió un gran mosquero, y metiéndolo en una caldera, lo sacudió sobre la chimenea.

El fuego se apagó, y, lleno el aposento de humo negro, se quedó completamente a oscuras; la vieja sacó de una camareta una luz encendida y Verónica no vio más los bichos ni los cacharros, quedándose la habitación como cualquier otra. La vieja se acercó a ella y le dijo con voz estridente:

—Ya sé a lo que vienes, hija mía: quieres saber si te casarás con el estudiante Anselmo y si él llegará a ser consejero.

Verónica se quedó paralizada de asombro y terror, y la vieja continuó:

—Ya me lo has dicho todo en tu casa, con tu papá, cuando estaba delante de ti la cafetera; yo era precisamente la cafetera. ¿No me has conocido? Hijita, escucha: más vale que no pienses en Anselmo; es un villano, que ha pisoteado a mis hijas, a mis queridas hijitas las manzanitas coloradas, que cuando la gente las hubiera comprado habrían vuelto de nuevo a mi cesto. Y se entiende con el viejo, y anteayer me ha echado en la cara el *auripigmento*, con el cual por poco me deja ciega. Mira las quemaduras, hijita; no pienses en él, déjalo… No te ama porque está enamorado de la serpiente dorada; no llegará a consejero porque se dedica a cuidar las salamandras y quiere casarse con la serpiente. No te ocupes de él, no te ocupes de él.

Verónica, que había recobrado su presencia de ánimo y vencido su miedo, dio un paso atrás y dijo en tono decidido:

—Anciana: he oído hablar de tu habilidad para predecir el porvenir y quería que me dijeras, quizá pasándome de curiosa y de impaciente, si el estudiante Anselmo, a quien quiero bien, llegaría a ser mío. Si en vez de cumplir mi deseo quieres aturdirme con tus tonterías, haces muy mal, pues yo sólo quiero saber lo que te he dicho. Si, como parece, conoces mis pensamientos íntimos, te será mucho más fácil iluminarme y aclarar mis dudas; pero no me digas más tonterías acerca de Anselmo porque no quiero escucharte. Buenas noches.

Verónica se disponía a salir, cuando la vieja cayó de rodillas ante ella, y exclamó, gimiendo y agarrándose al vestido de la joven:

—Verónica, ¿no conoces ya a la vieja Elisa, que tantas veces te ha tenido en sus brazos y te ha cuidado y te ha acariciado?

Verónica no daba crédito a sus ojos, pues había reconocido a su antigua criada, cambiada ahora por los años —sobre todo por las quemaduras—, y que desapareciera años atrás de casa del pasante. La vieja parecía otra en aquella época, pues llevaba, en vez del pañuelo de colorines, una cofia bonita, y en lugar de los harapos negros un

traje de flores, con lo que resultaba muy bien vestida. Se levantó del suelo y continuó diciendo, al tiempo que cogía en sus brazos a Verónica:

—Aunque todo lo que te he dicho te parezca una tontería, desgraciadamente es cierto. Anselmo me ha hecho mucho daño, aunque en contra de su voluntad; ha caído en manos del archivero Lindhorst, que quiere casarle con su hija. El archivero es mi mayor enemigo, y si te contara sus cosas no las comprenderías o te horrorizarías demasiado. Es un adivino y hechicero; pero yo soy una hechicera también… Ya veo que quieres mucho al estudiante, y voy a procurar por todos los medios que seas feliz y que llegues a casarte con él, como deseas.

—Pero ¡por Dios, Elisa, dime…! —continuó Verónica.

—Calla, niña, calla —le interrumpió la vieja—; sé lo que vas a decir; he llegado a ser lo que soy porque así tenía que ser y no podía librarme de ello. Vamos, pues… Yo conozco el medio para que Anselmo se cure de su loco amor por la serpiente dorada y verde y vaya a caer en tus brazos convertido en consejero; pero has de ayudarme tú.

—Dime lo que he de hacer, Elisa, que te obedeceré ciegamente, pues amo a Anselmo con toda mi alma —repuso Verónica casi a media voz.

—Sé —dijo la vieja— que eres muy valiente; nunca conseguía dormirte con el coco, pues en cuanto te lo decía abrías los ojos para verlo; ibas sin luz a los últimos rincones de la casa y metías miedo a los chicos de la vecindad poniéndote la bata de tu padre. Si quieres vencer al archivero Lindhorst valiéndote de mis artes, si tienes empeño en que Anselmo llegue a ser consejero y a casarse contigo, sal de tu casa, sin ser vista, la noche del equinoccio, a las once, y ven a buscarme; yo iré contigo a la encrucijada de los caminos que atraviesan el campo no lejos de aquí; llevaremos lo necesario, y no te choque nada de lo que veas por extraordinario que te parezca. Y ahora, hijita mía, buenas noches; papá te estará esperando con la sopa en la mesa.

Verónica salió corriendo, con la decisión firme de no faltar la noche del equinoccio, pues pensaba que Elisa tenía razón y que Anselmo había caído en manos de un hechicero; pero estaba segura de que le libraría y que podría llamar suyo para siempre al consejero Anselmo.

Sexta velada

El jardín del archivero Lindhorst con sus pájaros. —El puchero de oro. —La letra inglesa cursiva. —Patas de mosca insultantes. —El príncipe de las tinieblas

«También puede ser —decía para sí el estudiante Anselmo— que el licor estomacal que tomé con tanta avidez en casa de Conradi fuese la causa de todas las fantasías que me acometieron a la puerta de la casa del archivero. Hoy no voy a tomar nada y veremos lo que me ocurre».

Lo mismo que el primer día, se metió en el bolsillo los dibujos y los trabajos caligráficos, la tinta china, las plumas de ave bien afiladas, y cuando se disponía a salir en dirección a la casa del archivero Lindhorst vio el frasquito con el líquido que le diera el mismo personaje. Todas las aventuras extraordinarias que le habían ocurrido volvieron a representársele con vivos colores, y se sintió acometido de una sensación mezclada de alegría y dolor. Sin poderlo remediar, comenzó a decir en alta voz: «¡Ah! ¿No voy a casa del archivero sólo para verte, adorada Serpentina?». Se imaginó que Serpentina sería el premio de un trabajo grande y peligroso que había de emprender, y que este trabajo no era otro que las copias de los manuscritos del archivero Lindhorst. Estaba convencido de que en la puerta le ocurrirían otra vez las mismas cosas extrañas que el día anterior. No pensó más en la bebida de Conradi, sino que se metió en el bolsillo el frasquito, con intención de seguir al pie de la letra las instrucciones del archivero si la vieja vendedora de manzanas comenzaba de nuevo a hacerle gestos. En efecto, cuando al sonar las doce quiso coger el llamador, las narices afiladas le amenazaron y le miraron los brillantes ojos de gato; pero él cogió el frasquito que llevaba en el bolsillo, y sin pensarlo más arrojó su contenido sobre la cara burlona, que se alisó y suavizó al instante, volviendo a su estado de llamador corriente. La puerta se abrió; la campanilla resonó alegremente en toda la casa: tilín, tilín, tilín. Subió la hermosa y amplia escalera y aspiró con delicia el olor raro del humo que inundaba la casa. Indeciso, se quedó parado en el recibidor, sin saber a cuál de las puertas dirigirse, cuando apareció el archivero envuelto en un batín de damasco y dijo:

—Cuánto me alegro, Anselmo, de que al fin haya usted cumplido su palabra; sígame usted, que le voy a llevar al cuarto de trabajo.

Echó a andar por el amplio recibidor y abrió una puertecilla lateral que daba a un pasillo. Anselmo entró en él tras el archivero; llegaron a una sala, o más bien a un invernadero, que desde abajo hasta arriba estaba lleno de las plantas más raras y de grandes árboles con hojas y flores de formas extrañas. Una luz mágica lo iluminaba todo, sin que se supiera de dónde salía, pues no había ventana alguna. Cuando el

estudiante Anselmo estuvo entre las plantas y los árboles le pareció que los paseos se extendían a gran distancia. Entre los oscuros cipreses distinguió estanques de mármol, de los que salían figuras fantásticas haciendo brotar rayos de cristal que al caer se estrellaban con los cálices de los lirios; en el bosque, inundado de aromas embriagadores, se escuchaban voces extrañas. El archivero había desaparecido y Anselmo vio delante de sí un arbusto gigantesco de azucenas rojas, cuyo aroma mezclado con los otros, unido a la contemplación de todas aquellas maravillas, le dejó como extasiado. De pronto comenzó a oír risas sofocadas y vocecillas que, burlonas, decían: «Señor estudiante, señor estudiante: ¿De dónde viene usted? ¿Por qué se ha puesto tan majo, señor Anselmo? ¿Quiere usted charlar con nosotros de cómo la abuela aplastó un huevo con la espalda y el gentilhombre se echó una mancha de tinta en el traje de los domingos? ¿Se sabe usted ya de memoria el aria nueva compuesta por el papá Starmartz? Está usted muy postinero con su peluca de cristal[12] y las botas altas de papel de cartas». De todos los rincones salían las mismas palabras burlonas aturdiendo al estudiante, que de pronto se dio cuenta de que estaba rodeado de toda clase de pájaros que se reían de él sin compasión. En el mismo momento vio avanzar el arbusto de las azucenas rojas, que resultó ser el archivero Lindhorst, al que había confundido a causa de su batín de flores encarnadas y amarillas.

—Perdóneme, Anselmo —dijo el archivero—, que le haya dejado solo; pero es que al pasar me he fijado en el cacto, que esta noche va a abrir sus flores… ¿Le gusta a usted mi jardín?

—Es realmente precioso, querido señor archivero —respondió el estudiante—; pero los lindos pájaros se han burlado no poco de mi pequeñez.

—¿Qué significa esto? —exclamó el archivero indignado, dirigiéndose a la espesura.

Entonces salió un gran papagayo gris y, colocándose en una rama de mirto junto al archivero y mirándole muy serio a través de unos lentes que tenía colocados en el pico, dijo con voz ronca:

—No lo tome a mal, señor archivero; mis chicos han sido un poco locos y desvergonzados; pero el señor estudiante ha tenido parte de culpa, pues…

—¡A callar, a callar! —le interrumpió el archivero—. Conozco a los sinvergüenzas; pero los debes tener mejor acostumbrados, amigo mío… Vamos adelante, Anselmo.

El archivero le condujo a través de una serie de aposentos decorados de un modo extraño, sin que el estudiante pudiese, por la prisa con que los atravesaban, hacerse más que una ligera idea de sus muebles y adornos. Al fin llegaron a una habitación grande, en la cual el archivero se quedó parado con la vista en el techo, y Anselmo tuvo tiempo de contemplar el aspecto de aquel salón, sencillamente adornado. De las paredes, azul cielo, salían los troncos de unas palmeras de bronce, cuyas hojas, brillantes como esmeraldas, formaban bóvedas en el techo; en medio del aposento,

sobre tres leones egipcios de bronce, descansaba una plancha de pórfido, en la que se veía un sencillo puchero de oro, del cual Anselmo no lograba apartar la vista. Le parecía que en su superficie pulida se reflejaban toda clase de figuras…: hasta llegó a verse a sí mismo, con los brazos abiertos, junto al saúco. Serpentina se deslizaba de un lado para otro, mirándole con sus divinos ojos. Anselmo se sintió fuera de sí, entusiasmado.

—¡Serpentina! ¡Serpentina! —exclamó en alta voz.

El archivero Lindhorst se volvió hacia él y dijo:

—¿Qué le ocurre a usted, querido Anselmo? Me ha parecido oír que llamaba usted a mi hija, que precisamente está al otro extremo de la casa dando su lección de piano. Venga usted conmigo.

Anselmo siguió al archivero casi sin saber lo que hacía, y no oyó ni vio más hasta que se sintió cogido de la mano por el dueño de la casa, que le dijo:

—Ya estamos en el sitio preciso.

El estudiante despertó como de un sueño, y vio que estaba en una habitación rodeada de estantes de libros, que no era ni más ni menos que cualquier biblioteca corriente.

En el centro había una gran mesa de trabajo, y delante de ella un sillón tapizado.

—Éste será en lo sucesivo su cuarto de trabajo —le dijo el archivero—. No sé si luego trabajará usted en la biblioteca azul, donde tan de repente se ha puesto a nombrar a mi hija…; pero ahora quiero ver sus habilidades y si es usted capaz de darme gusto en la obra que va a emprender.

El estudiante se alegró mucho y, con cierta suficiencia, sacó sus dibujos y sus trabajos caligráficos en la convicción de que el archivero habría de quedar satisfecho de sus talentos. Apenas el buen señor cogió la primera hoja, una muestra de elegante letra inglesa, comenzó a sonreír de un modo especial y a mover la cabeza a un lado y otro. Lo mismo ocurrió con la hoja siguiente; tanto, que al estudiante se le subió la sangre a la cabeza, y cuando la risa del otro se hizo francamente burlona, le dijo de mala manera:

—El señor archivero no parece muy satisfecho con mis talentos.

—Querido Anselmo —respondió el archivero Lindhorst—: tiene usted condiciones para el arte de la pluma, pero veo que he de contar más con su aplicación y su buena voluntad que con su experiencia. Quizá se deba a los malos materiales de que se ha servido.

El estudiante habló de su arte en la caligrafía y de su habilidad manejando la pluma de ave y la tinta china. El archivero le alargó la hoja de letra inglesa diciéndole:

—Juzgue por sí mismo.

Anselmo quedó como herido por el rayo cuando vio su manuscrito en aquel estado tan lastimoso: no había ningún perfil ni ningún grueso en los rasgos; las letras mayúsculas no se distinguían de las minúsculas, y una multitud de patas de mosca

estropeaban las líneas.

—Y además —le dijo el archivero— la tinta tampoco es buena.

Mojó un dedo en un vaso de agua y lo pasó por encima de las letras, que desaparecieron por completo. Al estudiante Anselmo le parecía que un monstruo le estaba apretando la garganta…, no pudo articular palabra. Se quedó de pie con la malhadada hoja en la mano; pero el archivero, sonriendo, le dijo:

—No se preocupe por eso, querido Anselmo; lo que no ha hecho hasta aquí, quizá lo haga ahora, puesto que dispondrá de mejores materiales que los que ha empleado antes. Empiece su trabajo con confianza.

El archivero sacó una masa líquida, negruzca, que difundió un olor especial; unas plumas de color raro muy afiladas y una hoja de una clase y un brillo particulares; después extendió ante la vista del estudiante un manuscrito árabe que estaba encerrado en un armario y, en cuanto Anselmo se puso a trabajar, salió de la habitación.

Ya había el estudiante copiado algunos manuscritos árabes, así es que la primera parte del trabajo no le pareció difícil de descifrar: «Dios sabe, y el archivero también, cómo han ido a parar las patas de mosca a mis muestras de letra inglesa —se dijo a sí mismo—, porque estoy tan seguro de que no son de mi mano como de que me he de morir».

Con las palabras que veía bien escritas en el pergamino se animó y aumentó su destreza. Realmente escribía con gran facilidad, y la tinta misteriosa cubría la hoja blanca del pergamino con los rasgos, negros como el ala del cuervo. Mientras trabajaba diligente y atento, el cuarto solitario en que se hallaba le parecía cada vez más recóndito; y cuando más ensimismado se encontraba en la obra, que creía poder acabar felizmente, sonaron las tres, y se presentó el archivero llamándole para que se sentara con él a la mesa en una habitación contigua.

Mientras comían, el archivero Lindhorst se mostró de muy buen humor; preguntó a Anselmo por sus amigos el pasante Paulmann y el registrador Heerbrand, y le contó cosas graciosas del último. El vino viejo del Rin agradó mucho a Anselmo y le hizo más locuaz de lo que era corriente en él. Al dar las cuatro se levantó para reanudar su trabajo, y esta puntualidad agradó sobremanera al archivero. Si antes de comer, la copia del manuscrito árabe le había sido fácil, ahora lo hacía con tanta soltura y ligereza que casi le parecía imposible cómo comprendía y trazaba los signos extraños. Creía oír en lo profundo de su ser una voz que le decía: «¡Ah! ¿Podrías hacer lo que haces si no fuera porque la llevas en el pensamiento y en el corazón y porque crees en su amor?». Luego creyó escuchar un ligero rumor de campanillas de cristal, que resonaban por todo el cuarto y en el que distinguía estas palabras: «Estoy a tu lado, cerca…, muy cerca…; yo te ayudo…, ten ánimo…; sé constante, querido Anselmo…; yo hago cuanto puedo para que seas mío». Y al tiempo que se sentía encantado con aquellas palabras, los signos desconocidos le eran más familiares —casi no necesitaba mirar el original—, como si ya estuvieran escritos en el pergamino

y sólo tuviera que pasar la pluma por encima. Así estuvo trabajando, animado con los sonidos agradables y como envuelto en un hálito dulcísimo, hasta que el reloj dio las seis y el archivero Lindhorst entró en el cuarto. Se acercó a la mesa sonriendo de un modo raro; Anselmo se puso de pie sin decir nada; el archivero dirigió la vista a las hojas sin abandonar su risita irónica; pero en cuanto vio lo escrito, ésta se convirtió en una mueca de seriedad que le contrajo todos los músculos de la cara. No parecía el mismo. Los ojos, que siempre brillaban con destellos de fuego, miraron a Anselmo con una dulzura indescriptible. Un ligero rubor se extendió por las pálidas mejillas, y en vez de la ironía que solía apretar su boca, los labios se abrieron para pronunciar palabras amables. Toda la figura adquirió mayor tamaño, más distinción; el amplio batín le caía como un manto real, plegándose majestuosamente en el pecho y en los hombros, y en los blancos rizos que caían sobre su noble frente se entrelazaba una diadema de oro.

—Joven —comenzó a decir el archivero en tono grave—, joven: antes de lo que tú supones he sabido yo los lazos secretos que te unen a lo que yo más quiero… Serpentina te ama, y un destino fatal, cuyos hilos manejan fuerzas enemigas, ha de cumplirse antes de que sea tuya y recibas el puchero de oro, que es su patrimonio. En la lucha has de encontrar el premio. Ante ti se amontonarán los enemigos, y sólo la fuerza interna con que resistas las tribulaciones puede librarte de sucumbir. El tiempo que trabajes aquí será tu aprendizaje; si con firmeza perseveras en la obra que vas a comenzar, la fe y la ciencia te han de conducir a tu objeto. Sé fiel en tu cariño a la que te ama y lograrás llegar a contemplar las maravillas del puchero de oro y a ser feliz para siempre. Adiós, el archivero Lindhorst te espera mañana en el despacho… Adiós.

El archivero condujo a Anselmo tranquilamente hasta la puerta, que se cerró tras de sí, encontrándose en la habitación en que habían comido y cuya única puerta daba al vestíbulo.

Atontado por las maravillosas apariciones, el estudiante permaneció parado a la puerta de la casa; sintió que se abría una ventana, y al mirar para arriba vio al archivero Lindhorst con su vestidura gris, como lo viera en otra ocasión, que le gritaba:

—Querido Anselmo: ¿por qué está usted tan pensativo? ¿Es que aún tiene en la cabeza los signos árabes? Salude al pasante Paulmann si va usted por su casa, y vuelva mañana a las doce en punto. Los honorarios de hoy los encontrará en el bolsillo derecho de su casaca.

El estudiante encontró, efectivamente, el ducado en el bolsillo dicho, de lo cual no se alegró mucho. «Yo no sé lo que resultará de todo esto —se dijo a sí mismo—; si todo lo que veo son fantasmas y quimeras, lo cierto es que en el fondo de mi alma vive y alienta Serpentina, y antes de abandonarla prefiero la muerte, pues estoy seguro de que eternamente he de pensar en ella y no han de borrar su imagen todos los enemigos del mundo, porque su amor es mío».

Séptima velada

De cómo el pasante Paulmann sacudió la pipa y se fue a la cama. —Rembrandt y Brueghel[13].— El espejo encantado y la receta del doctor Eckstein contra una enfermedad desconocida

Finalmente, el pasante Paulmann sacudió la pipa, diciendo:

—Ya es hora de irse a descansar.

—Es verdad —respondió Verónica, a la que tenía un poco inquieta la larga permanencia del padre en la sala, pues ya daban las diez.

Apenas estuvo el pasante en su cuarto y Francisca dio señales de estar dormida, Verónica, que se había metido en la cama para despistar, se levantó con sigilo, se vistió, se envolvió en una capa y salió de la casa.

Desde el momento en que Verónica dejó a la vieja Elisa, no hizo más que pensar en Anselmo; le parecía que una voz interior le repetía que su alejamiento dependía de una persona enemiga de ella que lo tenía sujeto y cuya fuerza Verónica podría destruir por medios ocultos. Su confianza en la vieja Elisa era mayor cada día, y la impresión de terror y de espanto se desvanecía cada vez más; todo lo extraño de sus relaciones con la vieja le hacía ahora el efecto de algo que sólo estaba fuera de lo vulgar, con mucho de romántico, y, por tanto, le atraía con más fuerza. Por esta razón, se decidió desde luego, aun a cambio de correr algún peligro, a ir al encuentro de la vieja en la noche del equinoccio y correr la aventura, venciendo toda clase de dificultades que pudieran surgir. Por fin, llegó la noche fatal en que la vieja había de proporcionar a Verónica los medios para calmar sus ansias; la muchacha esperaba impaciente que se acercase la hora de acudir a la cita, y se alegró mucho cuando logró escapar de su casa. Como una flecha corrió por las calles solitarias, sin parar mientes en la tormenta que se cernía en el espacio ni en las gotas de agua que le mojaban la cara. Con sonido tenebroso dio el reloj las once en el momento en que Verónica, completamente mojada, llamaba a la puerta de la vieja.

—¡Queridita…, queridita!… ¿Ya estás aquí? ¡Espera…, espera! —gritó desde arriba, y a poco apareció en la calle con un cesto bien repleto y acompañada del gato —. Vamos, y haremos todo lo que sea útil y necesario en esta noche que ha de coronar de éxito nuestros trabajos.

Así hablando, tomó de la mano a Verónica, a la que hizo cargar con el cesto, mientras ella cogía una caldera, unas trébedes y una pala. Cuando llegaron al campo ya no llovía; pero la tormenta era más fuerte y sonaba en el aire con ruido espantoso. Un lamento terrible salía de las nubes, que se agrupaban, sumiendo todo en la más

absoluta oscuridad. La vieja andaba de prisa y exclamaba con voz estridente:

—¡Brilla…, brilla, hijo mío!

Entonces los relámpagos lucían y se entrecruzaban, y Verónica vio cómo el gato saltaba delante de ellas lanzando chispas, y oyó su maullido agudo en un momento en que la tormenta amainó. La respiración le faltaba; le parecía que unas garras de fuego le oprimían la garganta; pero logró rehacerse y, agarrándose a la vieja, exclamó:

—Ahora haremos todo lo que sea preciso, y ocurra lo que ocurra.

—Muy bien, hija mía —repuso la vieja—; sé constante, y al fin lograrás algo bueno y conseguirás el amor de Anselmo.

Luego se calló, y al cabo de un rato dijo:

—Ya estamos en el lugar preciso.

Abrió un agujero en el suelo, lo llenó de carbón, colocó encima las trébedes y en ellas la caldera. Todo ello acompañado de gestos extraños y con el gato dando vueltas a su alrededor con la cola erizada, de la que salía un círculo de chispas de fuego. Al momento los carbones comenzaron a arder y no tardaron en salir las llamas azuladas por debajo de las trébedes. Verónica tuvo que quitarse el velo y la capa para agacharse junto a la vieja, que le cogió las manos, apretándoselas fuertemente y mirándola a los ojos sin pestañear. Las cosas raras que la vieja echara en la caldera —flores, metales, hierbas, animales, no se sabía distinguir bien— comenzaron a derretirse y a hervir. La vieja soltó la mano de Verónica y cogió una cuchara de hierro, con la que meneó la masa extraña, mientras la joven, por orden suya, fijaba su mirada en la caldera pensando en Anselmo. Luego echó más metales en la caldera, junto con un rizo de Verónica y un anillo que llevaba puesto hacía mucho tiempo, lanzando gritos, que sonaban de un modo lúgubre en el silencio de la noche, mientras el gato maullaba y corría sin cesar de un lado para otro.

Quisiera, caro lector, que hubieses estado de viaje hacia Dresde el día 23 de septiembre; en vano tratarías de arrancar de la última parada si la noche se había echado encima; el hostelero te dice que llueve mucho y que amenaza tormenta, y, sobre todo, que es peligroso viajar en la noche equinoccial. Si no le haces caso y dices: «Bueno, yo daré un duro de propina al postillón si me lleva a Dresde antes de la una, pues me espera una buena comida y una mullida cama en el Goldnen Engel o en Helm», quizá le decidas a ponerse en camino.

Marchando a través de la oscuridad, ves de repente, a lo lejos, unas luces extrañas. Te acercas, y distingues un círculo de fuego y en medio una caldera de la que sale un humo espeso, y chispas y rayos rojos, y junto a ella dos figuras humanas. El camino pasa precisamente por donde está la hoguera; pero los caballos se espantan y se encabritan… El postillón jura y reza… y fustiga a los caballos, que no se mueven. Sin poderlo remediar, saltas del coche y adelantas unos pasos. Entonces distingues con claridad a la esbelta joven, que en traje de noche, blanco, se arrodilla junto a la caldera. La tormenta ha destrenzado su cabello, que flota al viento en desorden.

Completamente iluminado por el fuego cegador, que sale de debajo de las trébedes, aparece el rostro angelical pálido de terror, que todo lo hiela; en la mirada sin expresión, en las cejas arqueadas, en la boca abierta, como queriendo lanzar un grito de muerte, que, sin embargo, no logra arrancar de su pecho, invadido de indecible tortura, se pinta el terror, el espanto; las manitas, cruzadas, se dirigen hacia el cielo, como implorando al Ángel de la Guarda para que la proteja contra los monstruos del infierno, que, obedeciendo a un conjuro poderoso, han de presentarse en seguida.

Allí está, inmóvil como una estatua de mármol. Frente a ella, acurrucada en el suelo, una mujer larga y seca, de color de cobre, con narices de ave de rapiña y brillantes ojos de gato. De debajo del manto negro que la envuelve salen los brazos sarmentosos que menean el cocimiento infernal, y riendo grita a la joven con voz chillona, que sobresale del ruido de la tormenta.

Yo creo, querido lector, que, aunque no conozcas el miedo, no podrías por menos de sentir erizársete el cabello ante la contemplación de un cuadro vivo digno del pincel de Rembrandt o del de Brueghel. Tu mirada no lograría apartarse de la infeliz joven presa en las redes infernales, y la conmoción eléctrica que sentirías en todos tus miembros y nervios te inspiraría la idea de desafiar el círculo de fuego; con ella desaparecerían tu miedo y tu terror, que puede decirse serían los productores de tan arriesgado pensamiento. Te parecería que eras el ángel protector de alguna joven condenada a muerte que implorase auxilio, y se te ocurriría sacar la pistola y descerrajar un tiro a la vieja sin más preámbulo. Pensando en esto gritas: «¡Hola! ¿Qué es eso?»; o bien: «¿Qué os pasa?».

El postillón toca el cuerno; la vieja se hace una bola dentro de la caldera, y todo desaparece en una humareda espesa. Si has encontrado a la joven a la cual buscabas ávidamente en la oscuridad, no lo sé; pero lo cierto es que habrás deshecho al fantasma de la vieja y que habrás librado del encanto a Verónica.

Pero ni tú ni nadie pasó el día 23 de septiembre por la noche, en medio de la tormenta, por el camino embrujado, y Verónica tuvo que permanecer junto a la caldera, muerta de miedo, hasta que finalizase la obra. Oía perfectamente el estruendo que resonaba en derredor suyo, las voces que, riñendo, mugían y gritaban; pero no abría los ojos, pues comprendía que la contemplación de los horrores que la rodeaban le hubiera hecho perder el sentido irremisiblemente. La vieja había cesado de menear el contenido de la caldera; la humareda se hacía menos espesa, hasta que al fin sólo quedó debajo del fondo de aquella una llamita como de espíritu de vino… Entonces la vieja exclamó:

—¡Verónica, hija mía, querida mía, mira al fondo!… ¿Qué ves?… ¿Qué ves?…

Verónica no estaba en estado de responder, pareciéndole que en la caldera se movían toda clase de figuras mezcladas, que poco a poco fueron haciéndose más nítidas, y al fin salió, alargándola la mano y sonriendo alegremente, el estudiante Anselmo. Entonces Verónica dijo en alta voz:

—¡Ah Anselmo…, Anselmo!

La vieja abrió una espita que tenía la caldera y el metal hirviente salió chirriando y crepitando al caer en un molde que tenía allí mismo. La vieja se levantó de un salto, y con gestos salvajes, horribles, danzando en círculo, comenzó a gritar:

—¡Ya está la obra terminada!… ¡Gracias, hijos míos…, habéis vigilado bien!… ¡Huy…, huy…, ya viene! ¡Matadle de un mordisco…, matadle!

En el aire sonó un ruido como si se cerniera un águila gigantesca agitando con fuerza las alas, y se oyó una voz terrible que decía: «¡Canalla!… ¡Fuera de aquí…, a casa…, a casa!…». La vieja se tiró al suelo aullando y Verónica perdió el sentido.

Cuando volvió en sí ya era de día; estaba en su cama, y Francisca a su lado con una taza de té en la mano le decía:

—Vamos, hermana, dime lo que te pasa, que hace más de una hora que estoy aquí y tú no me atiendes, como si tuvieras el conocimiento perdido por la fiebre, y nos tienes en gran cuidado. Padre no ha ido a clase a causa de tu estado y ha salido a buscar al médico.

Verónica tomó el té en silencio, y mientras lo tomaba tenía ante la vista todas las terribles imágenes de la noche anterior. «¿Habrá sido todo un sueño que me ha atormentado?… Pero yo estoy segura de haber ido anoche a casa de la vieja Elisa, y estábamos a 23 de septiembre. ¿Será que ayer me puse enferma y todo es producto de la fiebre? Entonces es que me ha enfermado el pensar constantemente en Anselmo y en la hechicera que ha fingido ser la vieja Elisa para engañarme».

Francisca, que había salido de la habitación, volvió a entrar con la capa de Verónica chorreando agua.

—Mira, hermana —dijo—, lo que ha pasado esta noche: se ha abierto la ventana con la tormenta; el viento ha derribado la silla en que estaba tu capa y el agua que ha entrado la ha empapado.

Aquello impresionó profundamente a Verónica, que vio bien claro que no había soñado, sino que en realidad había estado con la vieja. El miedo y el espanto se apoderaron de ella, y el frío de la fiebre le hizo temblar. Tiritando, se arropó con la colcha de la cama, y sintió que una cosa dura tropezaba contra su pecho, y al tratar de averiguar lo que era le pareció que se trataba de un medallón; lo sacó cuando Francisca se fue con la capa, y resultó ser un espejito de metal pulido. «Esto es un regalo de la vieja», dijo para sí, y le pareció que del espejo salían rayos de fuego, que penetraban en su ser y le producían inefable bienestar. El frío de la fiebre desapareció y se sintió perfectamente. Sólo se le ocurría pensar en Anselmo, y cuanto más pensaba en él, veía representarse su imagen en el espejito como si fuera una miniatura viva. De pronto le pareció no ver la imagen…, no…, sino al mismo estudiante en persona. Estaba sentado en un aposento adornado de una manera extraña, escribiendo afanosamente. Verónica sentía deseos de dirigirse a él, diciéndole: «Anselmo, mire en derredor suyo, estoy a su lado». Pero no lo hizo porque sintió como si le rodease una gran hoguera; y cuando Verónica pudo volver a verle, sólo distinguió grandes libros

con cantos dorados. Al fin, sin embargo, logró que Anselmo la viera, y entonces creyó que la veía después de estar pensando en ella, pues se sonrió y dijo: «¡Ah! ¿Es usted, querida señorita de Paulmann? ¿Por qué toma usted el aspecto de una serpiente algunas veces?». Verónica se echó a reír ante aquellas palabras; y entonces despertó como de un profundo sueño, escondiendo rápidamente el espejito al ver que se abría la puerta y entraba en la habitación su padre con el doctor Eckstein. Éste se dirigió en seguida a la cama, tomó el pulso a Verónica muy pensativo y dijo:

—¡Hum…, hum!…

Luego extendió una receta, volvió a tomarle el pulso, repitió el «¡Hum…, hum…!» y dejó a la enferma. De las expresiones del doctor Eckstein el pasante Paulmann no pudo deducir lo que le ocurría a su hija Verónica.

Octava velada

La biblioteca de las palmeras. —Suerte de una salamandra desgraciada. —De cómo la pluma negra acarició a una zanahoria y el registrador Heerbrand cogió una gran borrachera

El estudiante había trabajado varios días en casa del archivero Lindhorst; las horas de trabajo eran para él las más felices de su vida, pues siempre rodeado de las palabras armoniosas y consoladoras de Serpentina, acariciado a veces por un hálito suave, se sentía invadido de un bienestar que a ratos llegaba a una verdadera delicia. Los cuidados y preocupaciones diarios desaparecían para él, y, la nueva vida en que se internaba como en un mundo iluminado por el sol, le hacía comprender todas las maravillas que en otra ocasión le habrían hecho asombrarse y cavilar. Las copias adelantaban mucho, le parecía que sólo escribía rasgos conocidos sobre el pergamino, sin tener necesidad apenas de mirar al original para hacerlo con más facilidad. Aparte de a la hora de comer, el archivero Lindhorst se dejaba ver rara vez; pero siempre aparecía en el preciso momento en que terminaba un manuscrito, para entregarle otro, y se marchaba sin decir una palabra, después de haber removido la tinta con un palito negro y de sustituir las plumas usadas por otras nuevas y muy afiladas. Un día en que Anselmo, a las dos en punto, subía por la escalera se encontró cerrada la puerta por la que solía entrar, y el archivero apareció por el lado opuesto con el batín de flores de colorines. En alta voz le dijo:

—Hoy, querido Anselmo, tiene que entrar por aquí, pues tenemos que ir al aposento en que esperan los críticos del *Bhagavata-Guita*[14].

Echó a andar por el corredor, guiando a Anselmo a través de los mismos aposentos y salones por donde pasaran la vez primera.

El estudiante Anselmo se maravilló nuevamente de la magnificencia del jardín; pero vio con asombro que algunas de las flores raras que adornaban los oscuros arbustos eran insectos de colores vivos que agitaban las alas y subían y bajaban danzando y parecía que se acariciasen con los aguijones. Por el contrario, los pájaros color de rosa y azules eran flores olorosas, y el aroma que esparcían salía de sus cálices en una especie de sonido agradable, que se confundía y mezclaba en armoniosos acordes con el murmullo de las fuentes lejanas y con el susurro de las hojas de los arbustos y de los árboles, que producía una inquietud dolorosa. Las urracas, que tanto se burlaron de él la primera vez, volvieron a revolotear en derredor de su cabeza, gritando sin cesar con sus vocecillas chillonas: «Señor estudiante…, no corra tanto…; no vaya mirando a las nubes… que se va a caer de narices… ¡Eh!…

¡Eh, señor estudiante!… Póngase la bata…, el padre búho le rizará el tupé». Y así continuaron diciendo tonterías hasta que Anselmo salió del jardín. El archivero Lindhorst entró al fin en el salón azul cielo; el pórfido con el puchero de oro había desaparecido, y en su lugar había una mesa cubierta de terciopelo violeta, en la que Anselmo descubrió los conocidos utensilios de escribir, y ante ella un sillón.

—Querido Anselmo —dijo el archivero—: ha copiado usted ya un buen número de manuscritos con gran habilidad y prontitud y a completa satisfacción mía; se ha ganado mi confianza. Pero aún queda por hacer lo más importante, que es copiar, o, mejor dicho, calcar, ciertas obras escritas en signos especiales que guardo en este recinto y que tienen que ser copiadas aquí mismo. En lo sucesivo trabajará usted aquí; pero debo advertirle que ha de tener mucho cuidado, pues una equivocación o, lo que el cielo no permita, un borrón en el original le traería a usted una desgracia.

Anselmo observó que de las ramas de las palmeras salían unas hojitas verde esmeralda; el archivero cogió una de ellas, y a Anselmo le pareció ver que se convertía en un rollo de pergamino, que el archivero desenvolvió y puso encima de la mesa. El estudiante se maravilló no poco de los signos entrelazados de manera extraña y de los puntitos, rasgos y adornos, que representaban plantas, musgos, animales, y casi se sintió capaz de llegar a copiarlo bien, quedándose un rato pensativo.

—¡Ánimo, joven! —exclamó el archivero—. Si crees firmemente y amas de verdad, Serpentina te ayudará.

Su voz tenía un sonido metálico, y cuando Anselmo levantó la cabeza, sobrecogido de miedo, vio ante sí al archivero Lindhorst con los atavíos reales, como se le apareciera en la primera visita a la biblioteca. El estudiante sintió impulsos de caer de rodillas ante aquella respetable figura; pero de repente ésta se subió en el tronco de una palmera y desapareció entre las hojas verde esmeralda.

El estudiante Anselmo comprendió que le había hablado el príncipe de las tinieblas, yéndose luego a su cuarto de trabajo para conferenciar con los rayos que algunos planetas enviaban como embajadores, sobre su suerte y la de Serpentina. «También puede ser —continuó pensando— que le esperen noticias de las fuentes del Nilo o que le visite algún mago de Laponia… A mí no me corresponde más que ponerme a trabajar con afán». Y se puso a estudiar los signos enrevesados del pergamino.

La música maravillosa del jardín resonaba en derredor suyo, inundándole de aromas deliciosos; también oía a las urracas charlar, aunque no podía distinguir sus palabras, de lo cual se alegraba. A ratos le parecía que se agitaban las hojas esmeraldinas de las palmeras y que luego brillaban por toda la habitación las campanillas de cristal que oyera aquel famoso día de la Ascensión debajo del saúco. El estudiante Anselmo, reconfortado con aquellos sonidos y aquellas imágenes, trabajaba con mucha atención en descifrar el pergamino, advirtiendo en su interior que las palabras no podían significar otra cosa que «el casamiento de la salamandra

con la serpiente verde».

En el mismo momento se oyó un triple sonido de campanillas de cristal. «Anselmo, querido Anselmo», se escuchó entre las hojas, y ¡oh maravilla!, del tronco de la palmera se separó la serpiente verde.

—¡Serpentina! ¡Querida Serpentina! —exclamó Anselmo como loco de entusiasmo.

Y conforme la miraba la veía convertirse en una joven de ojos azul oscuro, como los que él contemplaba en su interior, que le miraba con una expresión indescriptible de ansiedad y se dirigía hacia él. Las hojas se bajaron y se ensancharon; por todos los troncos asomaron pinchos; pero Serpentina se escurrió y se deslizó a través de ellos, envolviéndose en su vestidura de colores chillones, de modo que, adhiriéndola perfectamente a su esbelto cuerpo, no quedase nada enganchado entre los pinchos de las palmeras. Se sentó junto a Anselmo en el mismo sillón, rodeándole con su brazo y estrechándose contra él, de modo que sentía el aliento en sus labios y el calor eléctrico de su cuerpo.

—Querido Anselmo —comenzó a decir Serpentina—, ya eres casi mío. Por tu fe y tu amor me has ganado, y te traigo el puchero de oro, que nos ha de dar eterna felicidad.

—¡Oh querida, adorada Serpentina! —repuso Anselmo—. Si te tengo a ti, poco me importa lo demás; si tú eres mía, penetraré de buena gana en todo lo fantástico y maravilloso que me rodea desde el primer momento en que te vi.

—Ya sé —continuó Serpentina— que lo desconocido y maravilloso con que mi padre te ha inquietado por divertirse te ha producido miedo y terror; pero yo creo que esto no volverá a ocurrir, pues he venido para contarte, punto por punto, todo lo que debes saber para conocer por completo a mi padre, y, sobre todo, para que te des cuenta exacta de su situación y de la mía.

A Anselmo le parecía que estaba cercado por la amable aparición y que no podía moverse sin ella y que el latido de su pulso era precisamente el que hacía estremecerse sus nervios y sus fibras; escuchaba sus palabras, que le llegaban a lo más profundo del alma, como una luz brillante encendida dentro de él por el mismo cielo. Tenía el brazo puesto sobre su cuerpo, más esbelto que todos los esbeltos; pero la tela brillante y reluciente de su traje era tan escurridiza, tan suave, que daba la sensación de que se le iba a escapar de entre las manos sin que le fuera posible detenerla, y sólo aquella idea le hacía estremecer.

—¡No me abandones, querida Serpentina! —exclamó involuntariamente—. ¡Eres mi vida!

—Hoy no me marcharé —dijo Serpentina— sino después de haberte contado todo lo que puedas comprender en tu amor hacia mí. Has de saber, amado mío, que mi padre procede de la especie maravillosa de las salamandras y que yo debo mi vida a sus amores con la serpiente verde. En tiempos remotos, reinaba en el reino de Atlantis el poderoso príncipe de las tinieblas, Fósforo, al que servían todos los

espíritus elementales. Una vez fue la salamandra, a la que quería más que a ninguno —era mi padre—, al magnífico jardín que la madre de Fósforo había adornado, y paseándose por él oyó a una azucena que cantaba con voz suave: «Cierra los ojos hasta que mi amado, el viento de la mañana, te despierte». Se acercó; con su aliento abrasador mustió las hojas de la azucena, y vio a la hija de ésta, la serpiente verde, que dormía en el cáliz de la flor. La salamandra se enamoró súbitamente de la hermosa serpiente y se la robó a la azucena, cuyo aroma se esparció por todo el jardín lanzando lamentos y llamando a la hija perdida. La salamandra llegó al palacio de Fósforo y le dijo: «Cásame con mi amada, que ha de ser mía para siempre». «¡Loco! ¿Qué pretendes? —dijo el príncipe de las tinieblas—. Has de saber que una vez la azucena fue mi amada y reinó conmigo; pero la chispa que yo vertí en ella amenazó con abrasarla, y sólo la lucha con el dragón, encadenado ahora por el genio de la tierra, logró salvar a la azucena, cuyas hojas fueron bastante fuertes para encerrar dentro de sí la chispa y conservarla. Pero tú abrasas a la serpiente verde, tu amor consumirá su cuerpo y germinará un nuevo ser que se te escapará». La salamandra no hizo caso de las advertencias del espíritu de las tinieblas; llena de entusiasmo estrechó entre sus brazos a la serpiente verde, que desapareció convertida en cenizas, de las cuales surgió un nuevo ser alado que rápidamente desapareció en el aire. La salamandra sintió arder dentro de sí el fuego de la desesperación y, lanzando llamas, echó a correr por el jardín, destruyéndolo todo en su furia salvaje, y las lindas flores y los capullos cayeron abrasados, llenando con sus lamentos el espacio. El espíritu de las tinieblas, enfurecido contra la salamandra, dijo: «Tu fuego ha disminuido…, tus llamas se han apagado…, tus rayos se han oscurecido… Ve a lo profundo de la tierra, para que el genio de ella se burle de ti y te haga prisionero hasta que la materia ígnea vuelva a encenderse y salga contigo el mundo en forma de nuevo ser». La pobre salamandra cayó apagada; pero el gnomo viejo y gruñón, que era jardinero de Fósforo, exclamó: «Señor: ¿quién tiene más motivos de queja que yo contra la salamandra? ¿No había adornado con mis mejores metales las lindas plantas que me ha estropeado? ¿No he cuidado con amor su crecimiento, matizándolas de los más brillantes colores? Y, sin embargo, tomo bajo mi protección a la pobre salamandra, a la cual el amor, del que tú, señor, no pocas veces te has sentido dominado, ha empujado a cometer tan grandes destrozos. ¡Levántale un castigo tan tremendo!». «Su fuego se ha extinguido por ahora —dijo el príncipe de las tinieblas—. En la época desgraciada en que el lenguaje de la naturaleza no le sea comprensible al bastardo género humano; cuando el espíritu elemental, encadenado a su reino, hable a los hombres a gran distancia en sordas resonancias; cuando, escapado al armonioso círculo, un ansia infinita le dé idea de las maravillas del reino en que de otra suerte le sería permitido vivir; cuando la fe y el amor vivan en su alma…, en esa desgraciada época, volverá a encenderse la materia ígnea de la salamandra; pero sólo para dar vida a los hombres y teniendo que entrar por completo en la vida indigente cuyas penas habrá de sufrir. Y no sólo tendrá el recuerdo de su situación original, sino que

vivirá en armonía con la naturaleza, comprenderá sus maravillas y estarán a sus órdenes las fuerzas de los espíritus unidos. En una planta de azucenas volverá a encontrar a la serpiente verde, y el fruto de su unión con ella serán tres hijas, que se aparecerán a los hombres en la forma de su madre. En primavera se enredarán en las oscuras ramas del saúco y harán sonar sus vocecillas de cristal. Si en la época triste y desgraciada de la insensibilidad interior se encuentra un joven que comprenda su canto; si le mira una de las serpientes con sus lindos ojos; si esta mirada despierta en él la nostalgia de un país maravilloso, al cual se elevaría con gusto cuando se desprendiera de la carga de lo vulgar, y con el amor por la serpiente naciese en él la fe en los prodigios de la naturaleza y en su propia existencia en tales maravillas, lograría ser dueño de la serpiente. Pero sólo cuando hayan aparecido tres jóvenes de esta clase que se casen con las tres hijas podrá la salamandra librarse de su pesada carga y reunirse con sus hermanos». «Permite, señor —dijo el gnomo—, que yo haga un regalo a estas hijas para alegrar sus vidas con sus esposos. Cada una de ellas recibirá un puchero del más hermoso metal que yo poseo, el cual puliré con rayos tomados del diamante; en su superficie se reflejará nuestro maravilloso mundo en perfecta armonía con la naturaleza toda, y en su fondo, en el momento de la boda, nacerá una azucena roja, cuya flor imperecedera aromará para siempre al enamorado y fiel esposo. Luego éste comprenderá su lenguaje y las maravillas de nuestro reino y podrá vivir con su amada en Atlantis». Ya ves, querido Anselmo, que mi padre es la salamandra de que te he hablado. A pesar de su alta alcurnia, tiene que someterse a las pequeñeces y sinsabores de la vida corriente, y de aquí procede su carácter, agrio a veces, y la ironía con que suele burlarse de las gentes. Me ha dicho en muchas ocasiones que, para indicar el estado de espíritu que en tiempos remotos pusiera como condición el príncipe de las tinieblas para el casamiento conmigo y con mis hermanas, se usa ahora una expresión que se ha empleado, sin embargo, generalmente mal, a saber: el sentimiento poético. Es muy frecuente hallar este sentimiento en los jóvenes, los cuales, a consecuencia de la sencillez de sus costumbres y de su creencia de refinamientos mundanos, suelen ser objeto de las burlas del pueblo bajo. ¡Ah querido Anselmo!… Tú comprendiste mi canto bajo el saúco… y descubriste mi mirada… Tú amas a la serpiente verde, tú crees en mí y quieres ser mío eternamente… La hermosa azucena florecerá en el puchero de oro y viviremos benditos y felices en Atlantis. Pero no te puedo ocultar que en la lucha terrible entre los gnomos y las salamandras el dragón negro quedó en libertad y salió bramando por el aire. Fósforo lo volvió a sujetar, es cierto; pero de las plumas negras que se le cayeron en la lucha y volaron por la tierra nacieron espíritus enemigos que por doquier atacan a los gnomos y a las salamandras. Esa mujer, querido Anselmo, que tan mal te quiere y que, como mi padre sabe muy bien, ansia la posesión del puchero de oro, debe su existencia al amor de una de esas plumas desprendidas de las alas del dragón por una zanahoria. Ella sabe su origen y su fuerza, pues en los gemidos y en los estremecimientos del dragón prisionero le han sido revelados los

secretos de algunas constelaciones, y emplea todos los medios a su alcance para obrar de fuera adentro, contra lo cual mi padre combate con los rayos que brotan del interior de la salamandra. Todos los principios enemigos que residen en las plantas venenosas y en los animales dañinos los recoge la tal mujer, los mezcla en el momento propicio de la constelación y consigue algunas apariciones, que llenan de espanto y de terror la imaginación del hombre y somete a él a los genios que el dragón vencido engendró. Guárdate de la vieja, querido Anselmo; es enemiga tuya, pues tu ánimo infantil aniquila algunos de sus malos conjuros… Permanece fiel…, fiel… a mí, y pronto tendrás el premio.

—¡Oh querida Serpentina! —exclamó Anselmo—. ¿Cómo podría abandonarte? ¿Cómo podría no amarte eternamente?

Un beso le abrasó la boca; se sobresaltó como si se despertara de un sueño profundo; Serpentina había desaparecido. Daban las seis, y pensó con tristeza que no había copiado nada; miró, preocupado de lo que diría el archivero, la hoja, y, ¡oh maravilla!, la copia del misterioso manuscrito estaba terminada; y fijándose bien, le pareció haber escrito la historia que Serpentina le contara del predilecto del príncipe de las tinieblas, el príncipe Fósforo, del maravilloso país de Atlantis. En aquel momento se presentó el archivero Lindhorst, con su sobretodo gris, el sombrero puesto y el bastón en la mano; miró el pergamino que Anselmo copiara, tomó una pizca de rapé y dijo sonriendo:

—Ya me lo figuraba… Aquí tiene usted su ducado, Anselmo, y venga ahora conmigo a los baños de Linke… Sígame.

El archivero atravesó de prisa el jardín, en el que se oía un ruido confuso de cantos, silbidos y charla; tanto, que el estudiante Anselmo se sintió mareado, y dio gracias a Dios cuando se encontró en la calle. Apenas había andado unos pasos cuando se encontraron al registrador Heerbrand, que se unió a ellos muy satisfecho. En la puerta rellenaron las pipas; el registrador Heerbrand se lamentó de no llevar consigo fuego, y el archivero Lindhorst exclamó involuntariamente:

—¡Fuego! Aquí hay todo el que usted quiera.

Y al decir estas palabras chasqueó los dedos, y salieron chispas, que en un instante encendieron las pipas.

—Vea usted los trucos de la química —dijo el registrador.

Pero el estudiante no pudo menos de pensar con cierta emoción en la salamandra.

En los baños, el registrador bebió tantas jarras de cerveza que, a pesar de que era un hombre tranquilo y callado, comenzó a cantar con voz chillona de tenor canciones de estudiantes y a preguntar a todos si eran amigos suyos o no, y al fin Anselmo tuvo que acompañarle a su casa, mucho después de que el archivero les dejara.

Novena velada

De cómo el estudiante Anselmo llegó a ciertos razonamientos. —La sociedad de bebedores de ponche. —De cómo el estudiante Anselmo tomó al pasante Paulmann por un búho y de la indignación del pasante. —La mancha de tinta y sus consecuencias

Todas las cosas raras y maravillosas que le sucedían a Anselmo le tenían fuera de sí. No veía a sus amigos, y todas las mañanas esperaba impaciente que diesen las doce para que se le abriese el paraíso. Y, sin embargo, mientras todo su ser se dirigía a la hermosa Serpentina y al reino de hadas de casa del archivero, a veces involuntariamente pensaba en Verónica, y hasta le parecía que en algunos momentos se acercaba a él ruborizándose para decirle lo mucho que le amaba y sus esfuerzos para desvanecer los fantasmas que se burlaban de él sin reparo. En ocasiones sentía una fuerza irresistible y desconocida que le arrastraba hacia la olvidada Verónica, y no tenía más remedio que seguirla hasta verse encadenado por la joven. La misma noche en que por primera vez se le apareciera Serpentina en la forma de una muchacha hermosísima y le contara el casamiento misterioso de la salamandra con la serpiente verde, se le presentó Verónica con más claridad que nunca. Claro que al despertar vio que había soñado, pues estaba convencido de que Verónica había estado realmente en su casa, quejándose amargamente, con expresiones que le llegaron al alma, de que sacrificaba su amor verdadero a las fantasías de su imaginación perturbada, lo que le conduciría a la perdición. Verónica estaba más amable que nunca; apenas si podía apartar de ella su pensamiento, y esto le causó cierto malestar, que esperaba disipar con el paseo matutino. Una fuerza mágica le llevó hacia la puerta Pirnaer, y cuando trataba de meterse por una callejuela sintió tras de sí al pasante Paulmann, que le decía a gritos:

—¡Eh, eh, querido Anselmo!… *Amice…, amice*. ¿Dónde demonios se mete usted? No se deja ver por ninguna parte… Ya sabe usted que Verónica está deseando cantar otra vez con usted; así que no tiene más remedio que ir a casa. Véngase ahora mismo conmigo.

El estudiante Anselmo fue a la fuerza a casa del pasante. Cuando entraban en ella les salió al encuentro Verónica, vestida con mucho esmero, lo cual despertó la curiosidad de su padre, que le dijo:

—¿Cómo tan compuesta? ¿Es que esperabas visita?… Aquí te traigo a Anselmo.

Cuando el estudiante besó la mano a Verónica, muy comedido y tranquilo, sintió una ligera presión que le hizo estremecerse como si hubiese tocado fuego. Verónica fue la alegría, la gracia en persona, y cuando el pasante se marchó a su despacho supo

entretenerle con bromas y astucias de todas clases, de modo que llegó a olvidar sus debilidades, y al fin se puso a jugar por la habitación con las alegres muchachas. El demonio de la torpeza volvió a apoderarse de él: tropezó en la mesa y dejó caer al suelo el cesto de la costura de Verónica. Anselmo la recogió; la tapa se había levantado, dejándole ver un espejito redondo, en el que se puso a mirar muy contento. Verónica se colocó detrás de él; le puso la mano en el brazo, apoyándose bien en él, y miró al espejito por encima de su hombro. Entonces le pareció a Anselmo que se entablaba una lucha en su interior… Ideas…, imágenes… se reflejaban y desaparecían…: el archivero Lindhorst…, Serpentina…, la serpiente verde… Al fin, todo quedó tranquilo y lo confuso se hizo más claro y comprensible, y se dio cuenta de que en realidad sólo había pensado en Verónica, que hasta la figura que se le apareció en el aposento azul era la misma Verónica y que la fantástica leyenda del matrimonio de la salamandra la había escrito, pero de ninguna manera se la había contado a nadie. Se asombró de sus sueños y se atribuyó a su exaltación, producida por el amor de Verónica juntamente con la propia del trabajo en casa del archivero Lindhorst, en cuyos aposentos había siempre un olor especial y muy fuerte. Se rió de buena gana de la tontería de creerse enamorado de una serpiente y tomar a todo un señor archivero por una salamandra.

—¡Sí, sí…, es Verónica! —exclamó en alta voz.

Al volverse miró a los ojos azules de Verónica, en los cuales se reflejaban el amor y la ansiedad. Un «¡Ah!» sordo se escapó de los labios de la joven, que en el mismo momento se unieron abrasadores a los de Anselmo.

—¡Qué felicidad! —exclamó el entusiasmado estudiante—. Lo que ayer soñé se ha convertido hoy en realidad.

—¿Y te casarás conmigo cuando seas consejero? —preguntó Verónica.

—De todos modos —repuso el estudiante.

En esto rechinó la puerta, y el pasante entró en la habitación diciendo:

—Hoy, querido Anselmo, no le suelto; se queda usted a tomar la sopa conmigo, y luego Verónica nos preparará un buen café, que tomaremos en compañía del registrador Heerbrand, que me prometió venir.

—¡Ah, señor pasante! —respondió Anselmo—. ¿No sabe usted que tengo que ir a casa del archivero Lindhorst a lo de las copias?

—Vea usted, amice —dijo el pasante, mostrándole el reloj, que marcaba las doce y media.

El estudiante Anselmo vio que era demasiado tarde para ir a casa del archivero y accedió a los deseos del pasante Paulmann, con tanto más gusto cuanto que así podría contemplar a su antojo durante todo el día a Verónica y recibir a cambio alguna mirada, algún apretón de manos y tal vez un beso. A esta altura llegaban los deseos del estudiante Anselmo, y se sentía cada vez más contento conforme adquiría el convencimiento de que se iba a librar de las imágenes fantásticas, que en realidad le podían haber llegado a volver loco. El registrador Heerbrand se presentó,

efectivamente, después de la comida; y cuando hubieron saboreado el café y la tarde avanzó, dio a entender, frotándose las manos, que traía algo que, mezclado por las lindas manos de Verónica y preparado convenientemente —foliado y rubricado, por decirlo así—, a todos les alegraría mucho en aquella fresca noche de octubre.

—Vaya, saque ya eso tan misterioso que trae en el bolsillo, señor registrador —exclamó el pasante Paulmann.

El registrador se metió la mano en el bolsillo de su gabán de mañana y sacó, sucesivamente, una botella de *arrak*, limón y azúcar. Apenas había transcurrido media hora, un sabroso ponche humeaba sobre la mesa del pasante Paulmann. Verónica probó la bebida, y entre los amigos se entabló una animada conversación. Conforme al estudiante Anselmo se le fue subiendo a la cabeza el espíritu de la bebida, volvieron también todas las imágenes de lo maravilloso y extraño que le ocurriera en aquellos días. Vio al archivero Lindhorst con su batín de damasco, que brillaba como el fósforo… Vio la habitación azul, las palmeras doradas, y todo lo tuvo tan presente, que le pareció que debía creer en Serpentina… En su interior advertía un tumulto y una confusión grandes. Verónica le sirvió un vaso de ponche, y al dárselo le rozó suavemente con la mano.

—¡Serpentina! ¡Verónica!… —suspiró en voz baja.

Quedó sumido en una somnolencia profunda; pero el registrador Heerbrand dijo en voz muy alta:

—El archivero Lindhorst es un viejo extraño, al que nadie puede llegar a entender. Brindemos por él, Anselmo.

El estudiante salió de su ensimismamiento y dijo mientras chocaba su vaso con el del registrador:

—Todo consiste en que el archivero es propiamente una salamandra, que destrozó el jardín de Fósforo en un momento de ira porque se le escapó la serpiente verde.

—¿Cómo es eso? —preguntó el pasante.

—Sí —continuó Anselmo—. Por eso tiene que ser archivero y vivir en Dresde con sus tres hijas, que no son otra cosa que serpientes doradoverdosas, que cantan en el saúco y atraen a los jóvenes como las sirenas.

—Anselmo, Anselmo… —dijo el pasante Paulmann—, ¿está usted en su juicio? ¿Cuántas tonterías está usted diciendo?

—Tiene razón el mozo —repuso el registrador Heerbrand—; el archivero es una salamandra maldita que saca de los dedos chispas que hacen quemaduras en la ropa como una esponja de fuego… Sí, sí, tienes razón, hermano Anselmo, y el que no lo crea es mi enemigo.

Y el registrador dio un puñetazo en la mesa que hizo temblar los vasos.

—Registrador, ¿está usted loco? —exclamó el irritado pasante.

—Señor estudiante…, señor estudiante, ¿qué está usted ideando ahora?

—¡Ah! —dijo Anselmo—. Usted no es más que un pájaro…, un búho, que se dedica a rizar los tupés, señor pasante…

—¿Cómo?… ¿Yo un pájaro?… ¿Un búho?… ¿Un peluquero?… —gritó el pasante lleno de ira.

—Usted está loco…, loco… Pero ya caerá sobre él la vieja —dijo el registrador Heerbrand.

—Sí, la vieja es poderosa —repuso Anselmo—, aunque procede de un origen bajo, pues su padre es una pluma vieja y su madre una zanahoria despreciable, y su fuerza la debe principalmente a seres innobles…, canalla malvada y venenosa, de los cuales se rodea.

—Eso es una mentira indigna —exclamó Verónica con los ojos echando chispas —. La vieja Elisa es una adivinadora y el gato negro no es una criatura infernal, sino un joven distinguido de buenas costumbres y primo suyo.

—¿Puede la salamandra comer sin quemarse la barba y desaparecer miserablemente? —preguntó el registrador Heerbrand.

—No, no —exclamó-Anselmo—, no puede ni podrá jamás; y la serpiente verde me ama porque soy inocente y he contemplado los ojos de Serpentina.

—Los cuales le sacará el gato —dijo Verónica.

—¡La salamandra, la salamandra triunfa en todo, en todo! —gritó el pasante Paulmann muy excitado—. ¿Pero estoy en una casa de locos? ¿Es que yo también estoy loco? ¿Qué tonterías se me están ocurriendo?… Sí, es que estoy loco, completamente loco.

Al oír estas palabras el pasante se levantó, se quitó la peluca y la lanzó contra la tapa de la estufa, haciendo que los retorcidos tirabuzones chirriasen y los polvos se esparciesen por la habitación. Entonces el registrador y Anselmo cogieron la jarra del ponche y los vasos, y gritando alegremente los lanzaron contra la estufa, rompiéndolos en mil pedazos, que cayeron al suelo armando gran estrépito.

—¡Viva la salamandra!… ¡Abajo, abajo la vieja!… ¡Romperemos el espejo de metal! ¡Sacaremos los ojos al gato! ¡Pajaritos, pajaritos del aire, viva, viva la salamandra!

Y los tres gritaban y aullaban como demonios.

Llorando a lágrima viva se marchó de allí Francisca, y Verónica quedó echada en el sofá, angustiada y dolorida. La puerta se abrió; todo quedó en silencio de pronto y apareció un hombrecillo con una capa gris. Su rostro tenía cierto aire de dignidad, y en él sobresalía la nariz ganchuda, en la que cabalgaban unos grandes lentes. Llevaba una peluca extraña, que más bien parecía una gorra de plumas.

—Muy buenas noches —dijo el cómico hombrecillo—. Está aquí el estudiante Anselmo, ¿verdad? Muchos recuerdos del archivero Lindhorst, que ha estado esperando inútilmente al estudiante y que le ruega no falte mañana a la hora de costumbre.

Y diciendo esto volvió a salir por la puerta, y todos vieron perfectamente que el grave hombrecillo era un gran papagayo. El pasante Paulmann y el registrador Heerbrand lanzaron una carcajada que resonó por toda la habitación, y Verónica

lloraba y gemía como poseída de profundo dolor, y el estudiante Anselmo, estremecido por la locura de su terror interior, salió corriendo por las calles. Mecánicamente encontró su casa y su habitación. A poco se presentó en ella Verónica, que muy amable y tranquila le preguntó por qué había salido tan precipitadamente y le dijo que tuviera cuidado con los fantasmas mientras trabajaba en casa del archivero Lindhorst…

—Buenas noches, buenas noches, mi querido amigo —susurró Verónica a su oído, dándole un beso.

Anselmo quiso abrazarla; pero la figura desapareció instantáneamente y se despertó alegre y descansado. Se rió para sí del efecto del ponche y, mientras pensaba en Verónica, se sintió invadido por un sentimiento agradable. «A ti sola —se dijo a sí mismo— tengo que agradecer el haber vuelto en mí de mis locuras… Realmente no estaba mucho más cuerdo que aquel individuo que creía ser de cristal, o aquel otro que no salía de su habitación por miedo a que se lo comiesen las gallinas, porque suponía que era un grano de cebada. En cuanto sea consejero, me caso con la señorita de Paulmann y seré completamente feliz».

Cuando al mediodía pasaba por el jardín del archivero Lindhorst no pudo menos de asombrarse de haberlo encontrado tan raro y maravilloso. Sólo veía tiestos de plantas vulgares, geranios de todas clases, ramas de mirto, etc. En lugar de los pájaros de colorines, que tanto se burlaron de él, vio un grupo de gorriones, que armaron un gran alboroto en cuanto advirtieron su presencia. El aposento azul se le representó asimismo de muy distinta manera, y no podía comprender cómo es que aquel azul chillón y aquellos troncos de palmeras artificiales con sus hojas mal dibujadas habían podido gustarle en algún momento.

El archivero le recibió sonriendo de un modo irónico y le preguntó:

—Vamos, Anselmo, dígame qué tal le supo el ponche de ayer.

—¡Ah! Seguramente el papagayo le ha dicho… —comenzó a responder Anselmo, muy avergonzado; pero se calló, porque recordó que el papagayo precisamente fue lo que causó la desaparición de su locura.

—No; es que yo estaba en la reunión —repuso el archivero—. ¿No me vio usted? Y por cierto que por poco salgo mal parado por el monstruo que se apoderó de ustedes, pues precisamente estaba sentado en la jarra del ponche en el momento en que el registrador Heerbrand la cogió para arrojarla contra la estufa, y tuve que esconderme más que de prisa en la pipa del pasante Paulmann. Y ahora, adiós, Anselmo; apliqúese. Le pagaré también el día de ayer, teniendo en cuenta lo bien que ha trabajado hasta ahora.

«¿Cómo puede el archivero decir tales tonterías?», dijo para sí el estudiante Anselmo, sentándose a la mesa para comenzar la copia del manuscrito que, como de costumbre, el archivero había extendido ante su vista. Vio sobre él tanto signo enrevesado y tanto rasgo raro, sin que hubiese un solo punto en que descansar la vista, que le pareció imposible llegar a conseguir copiar bien aquel jeroglífico. Le

daba la sensación de un mármol lleno de miles de vetas o de una piedra en la que hubiera brotado el musgo. A pesar de todo, quiso hacer lo posible por terminar el trabajo, y mojó la pluma muy confiado; pero la tinta no corría; sacudió la pluma, impaciente, y…, ¡oh cielos!, un gran borrón cayó en el extendido original. Silbando salió un rayo de la mancha y culebreando subió hasta el techo. Entonces comenzó a brotar de las paredes un vapor espeso; las hojas susurraron con furia, como agitadas por la tormenta, dejando paso a basiliscos ardiendo, que incendiaron el vapor, rodeando a Anselmo una masa de llamas. Los dorados troncos de las palmeras se convirtieron en gigantescas serpientes, que, al entrechocar sus cabezas, producían un ruido estridente y que se le enroscaban a Anselmo con sus cuerpos cubiertos de escamas. «¡Loco! ¡Recibe el castigo que mereces por tu crimen temerario!», exclamó la voz terrible de la salamandra coronada, que apareció por encima de las serpientes como un resplandor cegador, y sus fauces abiertas comenzaron a lanzar cataratas de fuego sobre Anselmo, que sintió que se enfriaban alrededor de su cuerpo, formando como una masa de hielo. Y al tiempo que sus miembros se entumecían más y más, perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, no se podía mover y le parecía estar rodeado de un resplandor brillante, contra el que tropezaba en el momento en que trataba de moverse o de levantar una mano.

—¡Ah!, estaba metido en un frasco de cristal, muy bien tapado, encima de un estante de la biblioteca del archivero Lindhorst.

Décima velada

Los sufrimientos del estudiante Anselmo en el frasco de cristal. —La vida feliz de los escolares de la Santa Cruz y de los pasantes de pluma. —La batalla de la biblioteca del archivero Lindhorst. —Victoria de la salamandra y libertad de Anselmo

Tengo mis razones para dudar, querido lector, de que alguna vez te hayas visto encerrado en un frasco de cristal, a no ser que en sueños un monstruo mágico te haya aprisionado de esa manera; de ser así, fácilmente te darás cuenta de la tristeza del estudiante; pero si no has soñado nada semejante, entonces por unos momentos encierra tu fantasía conmigo y con Anselmo dentro del cristal.

Te sientes bañado por una claridad cegadora; todos los objetos te parecen iluminados por los brillantes colores del arco iris…; todo tiembla y oscila y vibra en esa claridad…; nada inmóvil y como en un éter helado, que te oprime de manera que el cuerpo, muerto, no obedece a las intimaciones del espíritu… Cada vez más pesada, sientes sobre tu pecho la abrumadora carga…; los suspiros consumen más y más el cefirillo que llena el estrecho recinto…; tus venas se hinchan… y, atravesados de terror espantoso, tus nervios saltan, reventando en una lucha a muerte.

Compadécete, querido lector, del estudiante Anselmo, que tiene que sufrir este inenarrable martirio en su prisión de cristal, comprendiendo que la muerte no habría de liberarle, pues apenas volvió en sí del desmayo en que le sumió su desgracia, comenzó a dar en el cuarto el claro sol de la mañana y empezó nuevamente su martirio. No podía mover ningún miembro, y sus pensamientos se estrellaban contra el cristal, ensordeciéndolo con sus sonidos estridentes y, en lugar de las palabras que otras veces le solía dirigir el espíritu, sólo escuchaba el rumor de la locura.

Entonces, en medio de su desesperación, comenzó a gritar:

—¡Serpentina, Serpentina, sálvame de este tormento infernal!

Le pareció como si a su alrededor sintiera suspiros suaves que se colocaron en el frasco como hojas verdes y transparentes de saúco; los sonidos se apagaron, el brillo cegador se oscureció y respiró libremente.

—¿No soy yo el culpable de mi desgracia? ¿No he cometido un crimen contra ti, hermosa Serpentina? ¿No he sido capaz de dudar de ti? ¿No he perdido la fe y con ella todo lo que me podía hacer feliz?… ¡Ah, nunca serás mía; para mí está perdido el puchero de oro; no volveré a contemplar ninguna maravilla! ¡Ah, si se me permitiera verte una sola vez, querida Serpentina!

Así se lamentaba el estudiante Anselmo, profundamente emocionado; entonces oyó decir a su lado:

—No sé lo que quiere usted, señor estudiante. ¿Por qué se lamenta usted de esa

manera?

El estudiante advirtió que junto a él, en el mismo estante, había cinco frascos, en los cuales vio a tres alumnos de la Santa Cruz[15] y dos pasantes de abogado.

—¡Ah señores míos y compañeros de desgracia! —exclamó—. ¿Cómo es posible que estén ustedes tan resignados y tan contentos como parece por sus rostros? Están ustedes, lo mismo que yo, encerrados en un frasco de cristal, y no se pueden mover, ni siquiera pensar en algo alegre, sin que se arme un ruido endemoniado y sin que les suene la cabeza de un modo terrible. Pero seguramente no creen ustedes en la salamandra y en la serpiente verde.

—Ha dado usted en el clavo, señor estudiante —repuso uno de los alumnos de la Santa Cruz—. Nunca hemos estado mejor que ahora, pues el ducado que nos da el chiflado del archivero por las copias confusas de todas clases nos viene muy bien; no tenemos que aprendernos de memoria ningún coro italiano; vamos todos los días a casa de José o a otra taberna, donde saboreamos encantados las jarras de cerveza, miramos a las muchachas bonitas, cantamos como verdaderos estudiantes *gaudeamus igitur*, y lo pasamos divinamente.

—Estos señores tienen razón —afirmó uno de los pasantes—. Yo también tengo ducados de sobra, lo mismo que mi colega, y prefiero pasear por el Weinberg a escribir actas entre cuatro paredes.

—Pero, señores míos, muy respetables —dijo el estudiante Anselmo—, ¿no advierten ustedes que están todos y cada uno encogidos en frascos de cristal sin poder moverse y, que, por tanto, menos aún han de poder pasear?

Los alumnos de la Santa Cruz y los pasantes soltaron una sonora carcajada, diciendo:

—El estudiante está loco; se figura que está metido en un frasco de cristal, y está en el puente del Elba mirando el agua. Vámonos de aquí.

—¡Ah! —suspiró el estudiante—. Ésos no han visto nunca a la bella Serpentina; no saben que la libertad y la vida están en la fe y en el amor; por tanto, no sienten la opresión del encierro en que los ha metido la salamandra a causa de su tontería, de su inteligencia vulgar; pero yo, más desgraciado que ellos, pereceré en el oprobio y en la miseria si ella, a quien amo con toda mi alma, no me salva.

Entonces, se oyó la voz de Serpentina, que decía:

—Anselmo: cree, ama, espera.

Y cada palabra penetraba en la prisión de Anselmo, afinando y ensanchando el cristal de modo que el pecho del prisionero pudo agitarse y respirar.

Lo angustioso de su situación mejoraba de momento en momento, y comprendía que Serpentina le amaba aún y que ella era la que hacía tolerable su permanencia en la vasija de cristal. No se volvió a ocupar de sus aturdidos compañeros de desgracia, sino que dirigió todos sus pensamientos y su interés a la amada Serpentina.

De pronto sintió un gran ruido en el otro extremo de la habitación. Al momento advirtió que el ruido salía de una cafetera vieja, con la tapa medio rota, que estaba

frente a él en un armario pequeño. Conforme la miraba iba adquiriendo los rasgos repugnantes de un arrugado rostro de mujer, y delante del estante en el que se hallaba Anselmo terminó por presentarse la vendedora de manzanas de la Puerta Negra, la cual, haciendo gestos y riendo, gritaba con voz chillona:

—¡Vaya, vaya, niñito! ¿Piensas perseverar? Ya has caído en cristal… ¿No te lo predije?

—Insulta y búrlate, maldita vieja —dijo el estudiante Anselmo—. Tú tienes la culpa de todo; pero ya dará contigo la salamandra, despreciable zanahoria.

—Vamos, vamos —repuso la vieja—, no tanto orgullo; has pisoteado a mis hijitos, me has quemado las narices, y aún te respeto, pillo, porque antes fuiste buena persona y porque mi hijita no te es indiferente; pero no saldrás de dentro del cristal si yo no te ayudo. Alargarme hasta ti no puedo; pero mi comadre la rata, que vive debajo de ti, en el suelo, puede roer la tabla sobre la que estás, y tú te tambalearás, y al caer te recogeré en el delantal para que no te rompas las narices, sino que recobres tu lindo rostro, y te llevaré volando a casa de la señorita Verónica, con la cual te casarás cuando seas consejero.

—Vete de mi lado, engendro de Satanás —gritó el estudiante lleno de ira—. Tus malditas artes me han llevado a cometer el crimen que estoy purgando. Pero lo sufriré con paciencia todo, pues sólo aquí puedo estar: éste es el sitio en que mi adorada Serpentina me rodea de amor y de consuelo. Escucha, vieja, y desespérate: aunque desafíe a tu poder, amo para toda mi vida a Serpentina…; no seré nunca consejero…; nunca miraré a Verónica, que por tu mediación me ha conducido al mal. Si la serpiente verde no puede ser mía, moriré de pena y de dolor. Largo de aquí…, largo de aquí…, despreciable.

La vieja se echó a reír, resonando su risa en la habitación, y exclamó:

—Entonces quédate ahí y perece; ahora ya es tiempo de obrar, pues mi cometido aquí es de otra clase.

Se quitó la capa negra y se quedó en una asquerosa desnudez; empezó a dar vueltas en círculo, haciendo aparecer grandes folios, de los cuales arrancó hojas de pergamino, y uniéndolas con habilidad las colocó en el cuerpo, quedando vestida con una especie de armadura de escamas. Del tintero que estaba encima de la mesa, salió el gato echando fuego por los ojos, y maullando se precipitó sobre la vieja, que lanzó un grito de júbilo, y los dos desaparecieron por la puerta. Anselmo vio que se dirigían a la biblioteca azul, y en seguida oyó en la lejanía silbar y aullar; los pájaros del jardín alborotaban, el papagayo gritaba: «¡Socorro, socorro! ¡Al ladrón, al ladrón!».

En el mismo momento entró de nuevo la vieja en el cuarto con el puchero de oro entre sus brazos y gritando con ademanes horribles:

—¡Victoria, victoria!… ¡Hijito mío, mata a la serpiente verde, anda, hijito, anda!

A Anselmo le pareció que oía un gemido profundo y la voz de Serpentina. Se sintió poseído de furor y desesperación. Reunió todas sus fuerzas; apretó el cristal con tal violencia que parecía que las venas y los nervios se le iban a saltar… Y el

archivero apareció en la puerta con su batín de damasco.

—¡Eh, eh, canalla, fantasmas estúpidos…, brujerías!… ¡Aquí, aquí! —exclamó.

A la vieja se le erizaron los cabellos, sus ojos hundidos brillaron con fuego infernal, y apretando los afilados dientes de su boca monstruosa, silbó:

—¡Vivo, vivo; fuera!… ¡Sus, fuera!… ¡Sus, fuera!…

Y se reía y bailaba, mofándose y haciendo burla y apretando contra sí el puchero de oro, al tiempo que sacaba de él puñados de tierra brillante y se los echaba al archivero; pero en cuanto la tierra tocaba el batín se convertía en flores, que caían al suelo. Los lirios del batín oscilaron y se incendiaron, y el archivero se los tiró a la vieja conforme ardían, haciéndola aullar de dolor; pero mientras ella daba saltos en el aire, agitando los trozos de pergamino de sus armaduras, los lirios se apagaban y se convertían en cenizas.

—¡Vivo, vivo, hijo mío! —gritó la vieja.

Y a su voz salió el gato saltando, y se lanzó desde la puerta sobre el archivero; pero el papagayo gris, revoloteando, fue a su encuentro, y con el pico encorvado le cogió por el morrillo, haciéndole brotar sangre, y al mismo tiempo se oyó la voz de Serpentina, que decía:

—¡Salvada! ¡Salvada!

La vieja dio un salto llena de ira y de desesperación, poniéndose fuera del alcance del archivero; tiró el puchero detrás de sí y quiso, alargando los dedos sarmentosos, hacer presa al archivero; pero éste dejó caer el batín y se lo echó encima a la vieja. De las hojas de pergamino salieron silbando, chisporroteando, ululando, unas llamas azules, y la bruja se revolvía con aullidos de dolor, y se esforzaba en sacar del puchero puñados de tierra, en arrancar de los libros más y más hojas de pergamino para apagar las llamas, pues en cuanto conseguía echar sobre ellas un poco de tierra o unas tiras de pergamino se apagaba el fuego. Entonces, como de dentro del archivero salieron una especie de rayos luminosos que envolvieron a la bruja.

—¡Viva, viva! ¡Dentro y fuera, victoria a la salamandra! —exclamó el archivero con voz estentórea, que resonó por todos los rincones de la habitación, al tiempo que mil rayos formaban un círculo de fuego en derredor de la vieja, que no dejaba de chillar.

Bramando y gritando con furia rodaron el gato y el papagayo, logrando éste, por fin, arrojar al suelo con sus alas al gato, y sosteniéndose con las garras y obligándole a aullar de dolor en angustias de muerte, con su fuerte pico le sacó los ojos de fuego, y de sus cuencas brotó espuma ardiendo.

Se armó un gran alboroto en el sitio en que la vieja yacía envuelta entre los pliegues de la bata; sus lamentos y sus aullidos se oían a gran distancia. El humo, que esparcía un olor penetrante, se disipó; el archivero levantó el batín, y debajo sólo había una zanahoria vulgar.

—Respetable señor archivero: aquí le traigo al vencido enemigo —dijo el papagayo, mostrando al archivero un pelo negro que llevaba en el pico.

—Muy bien, querido —respondió el archivero—; aquí está también mi derrotada enemiga. Ocúpate ahora de lo demás; hoy, como premio, te darán seis cocos y unas lentes nuevas, porque veo que el gato te ha roto de mala manera las que tenías.

—Largos años de vida a los suyos, respetable amigo y protector —repuso el papagayo muy contento.

Cogió en el pico la zanahoria y salió volando por la ventana que el archivero Lindhorst le abriera. Éste cogió el puchero de oro y gritó:

—¡Serpentina! ¡Serpentina!

Cuando el estudiante Anselmo, muy satisfecho por la derrota de la miserable vieja, contemplaba al archivero, se encontró con la figura majestuosa del príncipe de las tinieblas, que le miraba atentamente.

—¡Anselmo! —exclamó el príncipe—. No tú, sino un príncipe enemigo que trataba de penetrar en tu interior y ponerte a mal contigo mismo fue la causa de tu incredulidad. Has ganado mi confianza; sé libre y feliz.

Un estremecimiento sacudió a Anselmo; el sonido alegre de las campanillas de cristal se hizo más y más perceptible que nunca… Sus nervios y sus fibras se conmovieron…; los acordes sonaban cada vez más claros en el cuarto… El cristal que encerraba a Anselmo saltó en pedazos, y él fue a parar a los brazos de su adorada Serpentina.

Undécima velada

La contrariedad del pasante Paulmann por haber invadido su casa de locura. —De cómo el registrador Heerbrand fue nombrado consejero y con gran frío se paseó con zapatos y medias de seda. —Confesión de verónica.— Promesa de casamiento junto a la sopera humeante

—Pero dígame usted, querido registrador, ¿cómo se nos subió a la cabeza el maldito ponche de ayer y nos hizo cometer toda clase de tonterías?

Así decía el pasante Paulmann al entrar a la mañana siguiente en la habitación, que estaba llena de cacharros rotos y en cuyo centro la desdichada peluca, con sus tirabuzones deshechos, nadaba en el ponche.

Cuando el estudiante Anselmo salió corriendo por la puerta, el registrador y el pasante danzaron por el cuarto gritando como demonios, dándose de cabezazos, hasta que Francisca logró, con mucho trabajo, arrastrar a su atontado padre a la cama, mientras el registrador, muy excitado, caía sobre el sofá, que Verónica abandonara para meterse en su cuarto, maldiciendo. El registrador Heerbrand se había puesto su pañuelo por la cabeza; estaba muy pálido, y con tono melancólico respondió:

—¡Ah señor pasante, no fue el ponche, que estaba perfectamente preparado por la señorita Verónica, no!… El estudiante maldito es el que tiene la culpa de todo. ¿No ha notado usted que hace mucho tiempo está *mentecaptus*[16]? ¿Y no sabe usted que la locura se contagia? Un loco hace ciento, y perdone que cite un adagio antiguo; especialmente cuando se ha bebido un vasito, se cae con facilidad en la extravagancia, y sin poderlo remediar se hacen tonterías y se imitan las acciones que inicia el chiflado director. ¿Cree usted, señor pasante, que no me parece completamente tonto haber creído en el papagayo gris?

—¡Ah! ¡Qué gracia! —replicó el pasante—. Era el criadito del archivero, que llevaba una capa gris y venía a buscar al estudiante.

—Esto será —replicó el registrador—; pero he de confesar que lo he pasado muy mal, pues toda la noche le he estado oyendo silbar y graznar.

—Sería yo —aclaró el pasante—, que ronco muy fuerte.

—Así será —repuso el registrador—. Pero ¡señor pasante, señor pasante!, yo tenía mis razones para preparar ayer una diversión…, y el estudiante me lo echó todo a perder… Usted no sabe… ¡Oh señor pasante, señor pasante!

El registrador Heerbrand se levantó de un salto, se quitó el pañuelo de la cabeza, abrazó al pasante, le apretó la mano con entusiasmo, y repitió con voz lastimera:

—¡Oh señor pasante, señor pasante!

Y tomando su sombrero y su bastón, salió de allí precipitadamente.

«El estudiante no volverá a poner los pies en mi casa —dijo el pasante Paulmann para sus adentros—, pues ahora veo claro que con sus locuras contagia a las personas más sensatas; el registrador está también un poco perturbado…; yo aún me he podido librar; pero el demonio, que ayer en la borrachera sacó la cabeza, podría por fin meterse del todo en casa y conseguir su objetivo… Por tanto, *apage Satanás*[17]! (¡fuera el estudiante!).

Verónica se había quedado muy preocupada, no hablaba una palabra, no se reía sino rara vez y prefería estar sola.

—Aún se acuerda del estudiante —decía el pasante, malicioso—; pero es mejor que no se deje ver; porque me tiene miedo…; por eso no aparece por aquí.

Las últimas palabras las pronunció el pasante en voz alta, y entonces a Verónica, que estaba sentada frente a él, se le llenaron los ojos de lágrimas, y dijo suspirando:

—¿Cómo podría el estudiante Anselmo venir? Está hace mucho tiempo encerrado en un frasco de cristal.

—¿Qué dices? —preguntó el pasante—. ¡Ay Dios mío, Dios mío! También esta padece la misma enfermedad del registrador y cualquier día le dará un ataque… ¡Ah, maldito Anselmo!

Salió corriendo en busca del doctor Eckstein, el cual se echó a reír al escuchar su relato y exclamó:

—¡Vaya, vaya!

No recetó nada, y a los pocos que le preguntaban respondía evasivamente:

—Nervios…, se le curará solo…; aire libre…, paseos en coche…, distracciones…, teatros… *Sonntagskind, Schwestern von Prag*[18]… Eso es lo que le conviene.

«Pocas veces ha sido el doctor tan comedido, pues por lo común es bastante charlatán», pensaba el pasante.

Transcurrieron días, y semanas y meses. Anselmo había desaparecido, y tampoco se dejaba ver el registrador Heerbrand, hasta que el 4 de febrero a las doce en punto de la mañana se presentó en casa del pasante Paulmann, con un traje de última moda y de muy buen paño, medias de seda y zapatos, a pesar del gran frío que hacía, y un gran ramo de flores naturales en la mano, dejándole asombrado con su lujo. Con mucha gravedad se dirigió el registrador al pasante, le abrazó con prosopopeya y comenzó a decir:

—Hoy, día del santo de su respetable hija Verónica, quiero decirle a usted lo que tengo guardado ha mucho tiempo. Hace días, la desgraciada noche en que saqué de mi bolsillo los ingredientes para aquel malhadado ponche, tenía intención de darles una buena noticia y celebrar el día feliz con alegría; aquel día supe que había sido nombrado consejero, y hoy traigo en el bolsillo la patente de tal ascenso *cum nomine et sigillo principis*[19].

—¡Ah, ah!, señor registrador…, es decir, señor consejero —balbuceó el pasante.

—Pero usted, querido pasante —continuó el consejero novel—, usted puede colmar mi felicidad. Hace mucho tiempo que amo a la señorita Verónica en secreto, y por algunas miradas amables de ella me permito suponer que no he de ser rechazado. En una palabra, querido pasante: yo, el consejero Heerbrand, le pido la mano de su amada hija la señorita Verónica, con la cual, si usted no tiene nada que oponer, pienso casarme dentro de muy poco.

El pasante Paulmann cruzó las manos lleno de asombro y exclamó:

—¡Ah, ah!, señor regis…, señor consejero quiero decir, ¡quién había de pensarlo! Si Verónica le ama en realidad, por mi parte no tengo nada que objetar. Quizá su tristeza actual no es otra cosa que amor hacia usted, señor consejero; ya conocemos esas jugarretas.

En aquel momento entró Verónica, pálida y descompuesta, como solía estar. El consejero Heerbrand se dirigió a ella, la felicitó por su santo y le entregó el oloroso ramo de flores al tiempo que un paquetito, en el que al abrirlo relucieron un par de hermosos pendientes.

Un ligero rubor tiñó las mejillas de la joven; los ojos le brillaron de alegría, y dijo:

—¡Ah, Dios mío! ¡Si son los mismos pendientes que llevo hace algunas semanas y que tanto me gustan!

—¿Cómo es posible? —exclamó el consejero, un poco contrariado y desconcertado—. ¿Si no hace una hora que he comprado y pagado esta joya en la Schlossgasse?

Pero Verónica no le escuchaba, sino que, poniéndose en pie, se colocó delante del espejo para probar el efecto de los pendientes, que desde luego se colocó en las orejas. El pasante le comunicó, con expresión y tono serio, la distinción de que había sido objeto su amigo Heerbrand y su demanda. Verónica miró al consejero con mirada penetrante y dijo:

—Hace mucho tiempo que sabía que usted deseaba casarse conmigo. Sea, pues. Le ofrezco mi mano y mi corazón; pero tengo que hacerle…, mejor dicho, que hacerles a usted y a mi padre una confesión que me pesa sobre el corazón y he de hacerla ahora mismo, aunque se enfríe la sopa, que, según veo, Francisca ha puesto ya en la mesa.

Sin esperar la respuesta de su padre ni del registrador, a pesar de que los dos tenían las palabras en los labios, continuó Verónica:

—Puede usted creerme, querido padre, que yo amaba de veras a Anselmo, y cuando el registrador Heerbrand, que ahora es consejero, aseguraba que el estudiante llegaría a ser algo, decidí que él y nadie más fuese mi marido. Como al parecer había algunos seres enemigos que intentaban arrebatármelo, fui a casa de la vieja Elisa, que en otro tiempo fue mi niñera y ahora es hechicera. Ésta me prometió ayudarme para conseguir que Anselmo cayera en mis manos. Fuimos las dos, a la medianoche del día del equinoccio, a la encrucijada de los caminos; ella conjuró al espíritu infernal, y

con ayuda del gato negro consiguieron sacar a relucir un espejo de metal en el que, dirigiendo mis pensamientos a Anselmo, miré atentamente, con objeto de dominarle por completo. Pero hoy me arrepiento de haberlo hecho; abjuro de todas las artes de Satanás. La salamandra ha vencido a la vieja; yo oí sus lamentos, pero no pude ayudarla; y en cuanto desapareció, comida por el papagayo en figura de zanahoria, se rompió mi espejo de metal.

Verónica sacó los dos pedazos del espejo roto, juntamente con un rizo, del cesto de costura, y entregando ambas cosas al consejero Heerbrand, continuó:

—Tome usted, querido consejero, los trozos del espejo; esta noche a las doce tírelos por el puente del Elba en el sitio precisamente en que está la cruz[20], que nunca se hiela, y guárdese el rizo en señal de fidelidad. De nuevo abjuro de las artes de Satanás, y no envidio a Anselmo su dicha, pues ya está unido a la serpiente verde, que es mucho más hermosa y más rica que yo. Y procuraré, señor consejero, amarle y respetarle como una esposa honrada.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó el pasante Paulmann—. Está loca, está loca…; no puede ser esposa de un consejero…, está loca.

—No lo crea usted —repuso el consejero Heerbrand—. Sé perfectamente que la señorita Verónica sentía cierta inclinación hacia el estudiante condenado, y puede ser que en un momento de sobreexcitación haya acudido a la adivinadora, que me figuro no puede ser otra que la echadora de cartas y moledora de café de la Seethor, es decir, la vieja Rauerin. No se puede negar tampoco que posee artes secretas, con las cuales manifiesta su enemistad a las personas. Eso ya lo sabemos de antiguo; pero lo que Verónica dice de la victoria de la salamandra y del casamiento con la serpiente verde no es más que una alegoría poética, o sea una poesía con la que cantan los estudiantes su despedida.

—¿Es que cree usted, querido consejero —dijo Verónica a tal punto—, que lo que yo he dicho es una locura?

—De ninguna manera —repuso Heerbrand—, pues de sobra sé que Anselmo está en poder de las fuerzas ocultas que lo zarandean con toda clase de recursos extraordinarios.

El pasante no pudo contenerse más y dijo impaciente:

—Basta ya, por Dios, basta. ¿Es que hemos vuelto a emborracharnos con el maldito ponche, o que los que tienen en su poder a Anselmo también nos manejan a nosotros? Señor consejero, ¿qué tonterías son esas que está usted diciendo? Quiero creer que es el amor el que le ha trastornado algo, y espero que con la boda mejorará. Si no, sería para mí una preocupación emparentar con un loco, y no estaría tranquilo pensando en la descendencia, que siempre hereda los males de los padres. Quiero dar mi bendición paterna a este matrimonio y os permito que os beséis como novios.

Así lo hicieron y, antes de que la sopa se enfriase, quedó formalizada la petición de mano. Algunas semanas después, la consejera Heerbrand, como se lo imaginara hacía mucho tiempo, estaba sentada en la terraza de una linda casa de la plaza,

mirando, sonriente, a los elegantes que pasaban por allí, y que, dirigiéndole sus impertinencias, decían: «La verdad es que la mujer del consejero Heerbrand está muy bien…».

Duodécima velada

Noticias de la finca que recibió Anselmo como yerno del archivero Lindhorst y de cómo vivía en ella con Serpentina. —Fin

Mucho me alegraría poder expresar la gran satisfacción del estudiante Anselmo, que, unido íntimamente con la hermosa Serpentina, se trasladó al reino maravilloso y oculto que consideraba su patria y en el que hacía mucho tiempo anhelaba penetrar. Pero sería imposible, querido lector, darte una idea exacta de las maravillas que rodeaban a Anselmo; las palabras no son suficientes para expresarlas. Me siento preso en la pobreza y pequeñez de la vida diaria, vagando como un sonámbulo; en una palabra, estoy en la misma situación en que estaba el estudiante cuando te hablé de él en la tercera velada.

Mucho me aflijo cuando, terminada felizmente la undécima velada, la leía de nuevo, y pensé que necesitaba escribir la duodécima como final, pues cada vez que por la noche me disponía a trabajar, me parecía que unos duendecillos pérfidos —quizá parientes de la bruja muerta— me colocaban delante una plancha de metal bruñido, en el que veía reflejada mi propia imagen, pálida, desencajada por la mala noche, melancólica como la del registrador Heerbrand después del ponche famoso. Solía dejar la pluma y marcharme a la cama, para por lo menos soñar con el feliz Anselmo y la bella Serpentina. Esto duró varias noches, cuando, al fin, y sin esperarlo, recibí una carta del archivero Lindhorst, en la que me decía lo siguiente:

> *Caballero: Sé perfectamente que en la undécima velada ha descrito la suerte de mi yerno, el en un tiempo estudiante y hoy poeta Anselmo, lamentándose sobre ella, y que ahora ha tratado en la duodécima de decir algo de su vida feliz en Atlantis, donde se trasladó con mi hija, instalándose en la posesión que tengo allí. Aunque no veo de buen grado que comunique a los lectores mi verdadera personalidad, pues ello podría acarrearme algunas contrariedades como archivero, llegándose a discutir en el Colegio la cuestión de si una salamandra está capacitada para desempeñar servicios del Estado bajo juramento, y, sobre todo, hasta qué punto se le puede confiar negocios importantes, pues, según Gabalis y Swedenborg[21], no se debe confiar en los espíritus…; a pesar de que ahora mis amigos me huirán, creyendo que en un momento de furor puedo comenzar a echar chispas y quemarles sus pelucas o su levita dominguera…; a pesar de todo esto, quiero serle útil en la terminación de su obra, que contiene muchas cosas agradables para mí y*

para mi hija casada —ya quisiera yo que las otras estuvieran tan bien colocadas—. Si quiere usted, pues, escribir la duodécima velada, baje sus condenados cinco pisos, abandone su cuartito y venga a mi casa. En el cuarto azul de las palmeras, que ya conoce, encontrará los materiales para escribir, y con pocas palabras podrá comunicar a los lectores lo que vea, que siempre les será más útil que una larga relación de mi vida que usted sólo conoce de oídas. Con todo respeto se despide su afectísimo,

LA SALAMANDRA LINDHORST,

pro tempore, real archivero particular.

Esta carta del archivero Lindhorst, amable, aunque algo áspera, me agradó mucho. Al parecer, era seguro que el maravilloso viejo estaba enterado del modo como me llegó noticia de la suerte de su yerno, el cual, por haber prometido el más absoluto silencio, a ti mismo, querido lector, te he ocultado, y no lo tomó tan a mal como era de temer. Me ofrecía su ayuda para terminar la obra, y por ello podía deducir con fundamento que en el fondo estaba conforme con que se diese a conocer por medio de la imprenta su extraña existencia en el mundo de los espíritus. Es posible, pensaba yo, que abrigue la esperanza de que así será más fácil que las dos hijas que le quedan encuentren marido, pues quizá una chispa prenda en algún joven, despertando en él el anhelo por la serpiente verde, a la cual luego buscaría bajo el saúco en el día de la Ascensión. En cuanto a la desgracia ocurrida a Anselmo cuando fue encerrado en el frasco de cristal, le podía servir de aviso para librarse de la duda y de la incredulidad.

A las once en punto apagué mi lámpara de trabajo y me dirigí a la casa del archivero Lindhorst, que me estaba esperando en el vestíbulo.

—Ya está usted aquí, caballero… Me alegro mucho de que haya comprendido mi buena intención… Venga conmigo.

Y me guió a través del jardín, iluminado con luz cegadora, hasta el aposento azul celeste en el que vi la mesa cubierta de color violeta en la que trabajó el estudiante. El archivero Lindhorst desapareció, volviendo a entrar al momento con una hermosa copa de oro, de la que brotaba una llama azul.

—Aquí le traigo —dijo— la bebida predilecta de su amigo, el maestro de capilla Kreisler. Es arrak quemado, al que he añadido algo de azúcar. Saboree un poco. Voy a quitarme el batín, y por gusto, y para gozar de su compañía mientras está usted ahí sentado escribiendo, subiré y bajaré a la copa.

—Si lo hace por gusto, muy bien, señor archivero —repuse yo—; pero si es para que yo disfrute de la bebida, no se moleste.

—No se preocupe, mi buen amigo —exclamó el archivero al tiempo que se quitaba el batín.

Y con gran asombro por mi parte se subió a la copa y desapareció entre las

llamas. Sin ningún miedo, y apartando las llamas, bebí de aquel líquido, que estaba sabrosísimo.

* *
*

¿No se mueven con rumor suave las hojas color de esmeralda de las palmeras, como acariciadas por el hálito del viento de la mañana? Despiertan de su sueño, se alzan, y tiemblan y susurran, secretamente hablando de las maravillas que como de lejos anuncian misteriosos sonidos de arpa. El azul se separa de las paredes, y como aromática niebla se cierne arriba y abajo, y de entre ella salen los rayos cegadores que como en una atmósfera gloriosa se retuercen, se elevan y van de un lado para otro, subiendo a lo más alto de la inconmensurable bóveda que cubre las palmeras. Los rayos se hacen cada vez más cegadores, hasta que en medio del resplandor del sol se descubre un bosque inmenso, en el que veo a Anselmo. Magníficos jacintos y tulipanes y rosas levantan sus lindas cabezas; su aroma dice en tono amable al dichoso: «Pasea por entre nosotros, querido, puesto que tú nos comprendes… Nuestro aroma es el anhelo del amor…; te amamos y somos tuyos para siempre». Los dorados rayos murmuran al calentar: «Somos fuego encendido por el amor. El aroma es el anhelo, el fuego es el deseo, y nosotros vivimos en tu pecho, formamos parte de ti mismo». Los oscuros matorrales…, los altos árboles susurran y murmuran: «Ven a nosotros, hombre feliz, amado nuestro. El fuego es el deseo y esperanza, nuestra fresca sombra; te arrullaremos con nuestro rumor, ya que tú nos entiendes, porque el amor vive en tu pecho». Las fuentes y los arroyos cantan y repiten: «Amado, no pases junto a nosotros tan de prisa, mira nuestro cristal… Tu imagen vive en nosotros, que somos constantes en nuestro amor, porque tú nos has comprendido». Y los pajarillos de colores pían y cantan: «Escúchanos, escúchanos: somos la alegría, el goce, el encanto del amor».

Anselmo, lleno de ansiedad, contempla el templo magnífico que se eleva en la lejanía. Sus artísticas columnas semejan árboles, y sus capiteles y sus molduras, hojas de acanto, que forman hermosas decoraciones con adornos y figuras. Anselmo se dirige al templo; contempla con íntima alegría el mármol policromo, los peldaños maravillosamente veteados.

—No —dice como en el colmo del entusiasmo—, ya no está lejos.

Entonces, magníficamente ataviada y resplandeciente de belleza sale del templo Serpentina, con el puchero de oro en la mano, del cual brota un hermoso lirio. Su rostro lleva impresa una expresión inenarrable de arrobo y sus divinos ojos brillan con infinita ternura; sus miradas se dirigen a Anselmo, y le dice:

—Amado mío: el lirio ha abierto su cáliz, hemos llegado a la meta. ¿Habrá en el mundo una felicidad comparable a la nuestra?

Anselmo la abraza con apasionamiento…; los lirios irradian sus rayos de fuego.

Los árboles y los arbustos se agitan con violencia…; los arroyos corren murmuradores…; en el aire se escucha un gorjeo jubiloso…; en el agua…, en la tierra se celebra la fiesta del amor… Luego, de entre los arbustos, brotan relámpagos luminosos…; de los ojos ardientes de la tierra brotan diamantes…; de las fuentes, manantiales saltarines…; aromas embriagadores embalsaman el aire…; son los espíritus, que rinden homenaje al lirio y anuncian a Anselmo la felicidad.

Anselmo levanta la cabeza como rodeado de un nimbo de sabiduría… ¿Son miradas?… ¿Son palabras?… ¿Es un cántico?… Distintamente, se oye: «Serpentina…, la fe en ti, el amor, me han descubierto los profundos secretos de la naturaleza… Me trajiste el lirio que nació del oro, de las entrañas de la tierra, aun antes de que Fósforo iluminase el pensamiento… Él representa el conocimiento de la armonía de todos los seres, y en esta armonía vivo feliz desde aquel momento… Sí, yo, bienaventurado, he conocido lo más alto…; te he de amar eternamente, Serpentina querida…, nunca se marchitarán las doradas hojas del lirio, pues lo mismo que la fe y el amor, es eterna la ciencia».

* *
*

La visión que trajo ante mí a Anselmo en su hacienda de Atlantis se la debo, ciertamente, a las artes de la salamandra; y lo asombroso fue que cuando aquélla se desvaneció como una niebla, encontré todo el relato escrito en un papel, sobre la mesa cubierta de terciopelo violeta. Y entonces me sentí traspasado y desgarrado por un súbito dolor.

¡Oh Anselmo! Dichoso tú, que has conseguido desprenderte de la carga de la vida vulgar y refugiarte en el amor de la hermosa Serpentina y vives feliz y alegre en tu posesión de Atlantis. Pero yo, pobre de mí…, pronto…, dentro de unos minutos, habré salido de este magnífico salón, que no es, sin embargo, una finca de Atlantis, y me veré en mi buhardilla, preocupado con las minucias de la vida miserable y con mi vista atraída por tantas desgracias que la rodean como de una niebla, que no me será posible ver nunca el lirio.

El archivero Lindhorst me tocó en el hombro con suavidad, diciéndome:

—Vamos, vamos, amigo mío, no se lamente de ese modo. ¿No ha estado usted hace un momento en Atlantis y no tiene usted allí una linda posesión en la poesía que llena su inteligencia? ¿Qué es la felicidad de Anselmo sino la vida en la poesía, la cual le ha hecho comprender la sagrada armonía de todos los seres, que constituye el profundo secreto de la naturaleza?

El caballero Gluck

Ritter Gluck (1809)

La última parte del otoño en Berlín suele tener algunos días hermosos. El sol sale de entre las nubes, evaporando la humedad del aire que sopla por las calles. Entonces se ve una multitud de gentes elegantes: burgueses con sus mujeres y sus hijos, vestidos de día de fiesta; clérigos, judíos, licenciados, muchachas alegres, profesores, modistas, bailarinas, oficiales, etc., que atraviesan los tilos en dirección al Jardín Zoológico. Pronto se ocupan todas las mesas de Klaus y Weber[22]; el café negro humea; los elegantes encienden sus cigarros; se habla, se discute de la paz y de la guerra, sobre si los zapatos de *madame* Bethmann[23] son verdes o grises, sobre el comercio privado[24] y los *groschen* falsos, etc., hasta que todo se funde en un aria de *Fanchon*[25], degollada al tiempo que martirizados los oyentes por un arpa desafinada, un par de violines desacordes, una flauta tísica y un fagot con calambres. Junto a la balaustrada que separa el terreno acotado del restaurante de Weber de la Herrstrasse se ven unas cuantas mesitas redondas y sillas de jardín; allí se respira el aire libre, se contempla a los paseantes y se está lejos del desentono de la malhadada orquesta. Allí yo me siento abandonándome a mi fantasía, que me presenta personajes con los cuales puedo hablar de ciencia, de arte, de todo lo más agradable. Cada vez más abigarrada, aumenta la muchedumbre; pero nada me estorba, nada ahuyenta a mi compañía fantástica. Sólo el maldito acorde de un vals canallesco me saca de mis ensueños. Oigo la voz agria del violín y de la flauta y el bajo ronco del fagot, que suben y bajan uno después de otro, deteniéndose en octavas que destrozan los oídos; y sin poderlo remediar, como alguien que se sintiese atacado de un dolor agudo, grito:

—¡Qué horror de música! ¡Dichosas octavas!

—¡Maldita suerte! ¡Otra octava! —oigo murmurar junto a mí.

Levanto la vista y advierto que sin yo notarlo, se había sentado a mi misma mesa un individuo que me miraba atentamente y del cual no podía apartar los ojos.

Nunca había visto una cabeza ni una figura que me produjeran más impresión. La nariz aguileña, se perdía en la ancha y bien dibujada frente, formando dos arcos elevados en las cejas pobladas, bajo las cuales asomaban unos ojos de expresión salvaje y casi juvenil —el hombre tendría unos cincuenta años—. La barbilla blanda contrastaba visiblemente con la boca cerrada y con la sonrisa irónica que contraía los músculos de sus marchitas mejillas y que parecía protestar contra la seriedad melancólica de la frente. La figura delgada iba envuelta en un sobretodo amplio y de última moda. Cuando el hombre se encontró con mi mirada, bajó los ojos y continuó la operación que probablemente le hiciera interrumpir mi exclamación. Consistía ésta en verter, con visible satisfacción, el tabaco de unos cucuruchitos en una caja abierta que tenía delante y humedecerlo con vino tinto de una botella pequeña. La música se había callado; yo sentí la necesidad de hablarle.

—Más vale que se haya callado la música —dije—; ya era insoportable.

El anciano me dirigió una mirada distraída y vertió el último cucurucho.

—Sería mejor que no tocasen —insistí, tomando de nuevo la palabra—. ¿No es

usted de mi opinión?

—Yo no tengo opinión —respondió—. Usted es músico y conoce el oficio.

—Se equivoca usted en ambas suposiciones. Hace tiempo aprendí a tocar el piano y teoría general, como se aprende todo aquello que sirve para la educación corriente, y entonces me dijeron, entre otras cosas, que no hay nada que produzca un efecto más desastroso que la combinación en octavas del bajo y la soprano. Como autoridad lo tomé entonces y, siempre que he tenido ocasión de comprobarlo, me he convencido de lo cierto de aquella afirmación.

—¿De verdad? —preguntó mi vecino.

Y levantándose se dirigió despacito hacia los músicos, mientras de cuando en cuando se golpeaba la frente con la palma de la mano, como el que quiere recordar alguna cosa. Le vi hablar con los músicos, a los que trató con cierta superioridad. Volvió a mi lado, y, apenas se hubo sentado, comenzó la orquesta a tocar la obertura de *Ifigenia en Áulide*[26].

Con los ojos entreabiertos, los brazos cruzados sobre la mesa, escuchó el andante; con el pie izquierdo llevaba lentamente el compás, indicando las entradas de las voces; de pronto levantó la cabeza, miró en derredor, colocó la mano izquierda abierta sobre la mesa, como si quisiera coger algún acorde, y levantó en alto la derecha: era un director de orquesta que daba la indicación de los tiempos. Luego bajó la mano y comenzó el alegro. Las pálidas mejillas de mi vecino se tiñeron de púrpura; sus cejas se fruncieron; la mirada adquirió un fuego violento que poco a poco fue desvaneciendo la sonrisa que aún se dibujaba en la boca entreabierta. Se echó hacia atrás, levantó las cejas, los músculos de las mejillas se contrajeron de nuevo, le brillaron los ojos, una especie de dolor profundo se desvaneció en una voluptuosidad que estremeció todas las fibras de su ser… y suspiró hondamente. Las gotas de sudor perlaban su frente; marcó la entrada del conjunto y algunos puntos importantes; su mano derecha no dejaba de indicar el compás; con la izquierda sacó el pañuelo, que se pasó por el rostro. Y así consiguió dar vida al esqueleto que representaban aquel par de violines. Yo escuchaba las quejas dulces y desvanecidas de la flauta, que se destacaba cuando amainaron los violines y el contrabajo y se apagó el estruendo de los timbales; oí las voces vibrantes del violoncelo, del fagot, que llenaron mi corazón de indescriptible emoción; volvió a comenzar al conjunto como un gigante augusto y venerable, continuó al unísono, las quejas sordas murieron en sus cadencias.

Había terminado la obertura. El hombre dejó caer los brazos y se quedó con los ojos cerrados como quien ha hecho un supremo esfuerzo. Su botella estaba vacía; llené su vaso de borgoña, que me sirvieron poco antes. Lanzó un profundo suspiro y pareció como si despertase de un sueño. Le invité a beber, lo hizo sin resistencia alguna y, mientras vaciaba de un trago el vaso, dijo:

—Estoy satisfecho de la ejecución. La orquesta se ha portado.

—Y, sin embargo —dije yo—, no han hecho más que dar una ligera idea de lo

que es una obra maestra ejecutada con colores vivos.

—Si no me equivoco, usted no es berlinés.

—Efectivamente, no lo soy; sólo resido aquí por temporadas.

—El borgoña es bueno, pero va levantándose frío.

—Si le parece, podemos entrar dentro y allí vaciaremos la botella.

—Muy buena idea. No le conozco a usted ni usted me conoce a mí. No nos preguntaremos nuestros nombres; los nombres suelen ser un estorbo. Estoy bebiendo borgoña que no me cuesta nada, estamos juntos y todo va bien.

Todo esto lo dijo con amable cordialidad. Entramos en una habitación; al sentarse se abrió el sobretodo, y con admiración observé que llevaba una casaca bordada de largos faldones, pantalones de terciopelo negro y una espada pequeña. Luego volvió a abrocharse el sobretodo.

—¿Por qué me preguntaba usted si era berlinés? —comencé yo.

—Porque en ese caso me hubiese visto obligado a dejarle.

—Eso es un enigma para mí.

—No lo será en el momento en que le diga que soy compositor.

—Pues continúo sin dar en el clavo.

—Perdóneme mi exclamación de antes, pues ya veo que no entiende usted nada de Berlín ni de los berlineses.

Se levantó, anduvo apresurado arriba y abajo, se acercó a la ventana y comenzó a tararear el coro de *Ifigenia en Táuride*, al tiempo que marcaba el compás tamborileando en los cristales. Admirado, observé que recorría varios pasajes de la melodía dándoles una fuerza y una novedad asombrosas. Así se lo hice notar. Una vez que acabó, volvió a su asiento. Emocionado por la extraña conducta de aquel individuo y por la demostración de su talento musical extraordinario, me quedé callado. Después de un rato me preguntó:

—¿No ha compuesto usted nunca?

—Sí, alguna vez intenté hacer algo; pero lo que escribí en un momento de entusiasmo me pareció luego al leerlo soso y aburrido, y no volví a insistir.

—Hizo usted mal. El mismo hecho de haber encontrado malos sus primeros ensayos, habla muy en favor de su talento. Aprendemos música de niños porque mamá y papá lo mandan; le hacen a uno rascar el violín o aporrear el piano, pero nadie se preocupa de averiguar si se tienen condiciones y se siente la melodía. Quizá una cancioncita medio olvidada, que se oye cantar a cualquiera, despierta los primeros pensamientos propios, y este embrión, nutrido trabajosamente por fuerzas extrañas, da origen al gigante que lo absorbe todo convirtiéndolo en médula y sangre suyas. ¿Cómo sería posible decir las mil maneras distintas por las que se llega a compositor? Es una gran carretera, en la que la muchedumbre se aprieta y grita: «¡Somos los elegidos! ¡Hemos llegado al límite!». Por la puerta de marfil se entra en el reino de los sueños; pocos son los que llegan a ver la puerta; menos aún los que traspasan sus umbrales. Resulta aventurado internarse por ese camino. Figuras

extravagantes pululan de un lado para otro; pero no dejan de tener carácter tanto unas como otras. No se dejan ver en la calle poblada; sólo se las puede encontrar tras la puerta de marfil. Es difícil llegar a este reino: como ante el pueblo de Alcinen[27], los monstruos cierran el paso…, se agitan…, se yerguen…, muchos son absorbidos por los sueños en el mismo reino de ellos…, se funden en el sueño…, no proyectan sombra; si lo hiciesen, en ella advertirían el rayo que atraviesa este reino; pocos, muy pocos, despiertan y suben y recorren el reino de los sueños llegando a la verdad… al momento supremo: el contacto con lo eterno, con lo inexplicable. Mirad al Sol; él es el triple acorde del que descienden los demás acordes semejantes a estrellas y os rodean de hilos de fuego… Envuelto en fuego os encontraréis hasta que Psiquis se eleve al Sol.

Al decir las últimas palabras se puso de pie y levantó la vista y los brazos al cielo. Volvió a sentarse al poco, vaciando rápido el vaso que yo le llenara. Siguió un silencio que no me atreví a interrumpir por temor a distraer a aquel hombre extraordinario. Al fin continuó:

—Cuando yo habité el reino de los sueños me atormentaron mil dolores y angustias. Era de noche; me asustaban los fantasmas del monstruo que precipitándose sobre mí me arrojaban al fondo del mar o me elevaban por los aires. Los rayos luminosos atravesaban las sombras de la noche, y estos rayos eran notas que me rodeaban de una deliciosa claridad. Despertaba libre de mis dolores y veía un ojo muy grande y claro que miraba desde un órgano, y conforme estaba mirando salían notas que producían las armonías más inefables que nunca pude imaginar. La melodía lo inundaba todo, y yo nadaba en aquel torrente, deseando morir en él. Entonces, el ojo clarísimo me miraba y me transportaba sobre las olas embravecidas. Otra vez era de noche, y a mi encuentro salían dos colosos con brillantes arneses: el Tono maestro y el Quinto, que me arrebataban; pero el ojo clarísimo sonreía: «Yo sé que tu alma está llena de anhelos; el joven y dulce Tercio marchará detrás de los colosos, tú oirás su voz dulce, me volverás a ver y mis melodías serán tuyas».

Permaneció ensimismado.

—¿Y volvió usted a ver el ojo clarísimo?

—Sí, lo volví a ver. Durante muchos años suspiré en el reino de los sueños…, sí…, en un bosque magnífico, y escuché cómo cantaban las flores. Sólo un heliotropo callaba y, triste, inclinaba su cáliz hacia la tierra. Lazos invisibles me llevaron hacia él…; levanté la cabeza…, el cáliz se abrió, y dentro de él pude ver el ojo clarísimo que me miraba. Lo mismo que rayos de luz, las notas se elevaban por encima de mi cabeza en dirección a las flores, que las absorbían con ansia. Las hojas del heliotropo se hacían más y más grandes; de ellas emanaba un calor ardiente…, me rodeaban…, el ojo desapareció, y yo con él, en el cáliz de la flor.

Se levantó al pronunciar estas palabras y salió rápidamente de la habitación. En vano esperé su regreso y, en vista de que no volvía, retorné a la ciudad.

Cerca de la puerta de Brandemburgo, divisé una figura delgada que se paseaba en

la oscuridad y reconocí en ella al hombre original. Le dirigí la palabra:

—¿Por qué me ha abandonado usted tan de repente?

—Hacía mucho calor, y la eufonía comenzaba a sonar.

—No le entiendo.

—Tanto mejor.

—Tanto peor, porque me gustaría entenderle a usted.

—¿No oye usted?

—No.

—Ya ha pasado… Vamos a andar. Si no, no me gusta la compañía; pero usted no compone… ni es usted berlinés.

—No me explico la manía que tiene usted a los berlineses. Aquí, donde tanto se respeta el arte y donde se practica en gran escala, creo yo que debía de encontrarse a gusto un hombre del espíritu artístico de usted.

—Se equivoca usted. Para mi martirio, me veo condenado a errar aquí, como un espíritu en el vacío, aislado.

—¿Aislado aquí, en Berlín?

—Sí, aislado, pues no me sigue ningún espíritu parejo del mío… Estoy solo.

—Pero ¿y los artistas, los compositores?

—¡Al diablo con ellos! No hacen más que criticar…, apurarlo todo hasta lo infinito; lo revuelven todo para hallar un pensamiento indigente; charlan sin tino del arte y su significado, y no llegan a crear nada, y se encuentran tan satisfechos como si hubieran descubierto algo, y el frío de sus obras demuestra la distancia a que se hallan del Sol… Es un trabajo de Laponia.

—Me parece un poco duro su juicio. Por lo menos, podría usted disfrutar de las representaciones teatrales.

—Me decidí una vez a ir al teatro para oír una ópera de un amigo, que no recuerdo cómo se titula. En ella aparece mucha gente; a través del tumulto de gentes acicaladas aparecen los espíritus diabólicos…, el demonio… ¡Ah! *Don Juan*. Pero apenas pude resistir la obertura, que la orquesta atacó prestísimo y sin la menor idea de lo que hacía. Y eso que iba preparado mediante ayuno y oración, pues sé que la eufonía de tales masas se expresa con poca limpieza.

—Ciertamente que las obras maestras de Mozart no encuentran aquí una interpretación muy adecuada; pero, en cambio, las de Gluck suelen tocarlas bien.

—¿Usted cree? Una vez quise oír *Ifigenia en Táuride*. Al entrar en el teatro oigo que están tocando la obertura de *Ifigenia en Áulide*. Vaya, me he equivocado, dan esta *Ifigenia*. Mi asombro no reconoce límites cuando escucho el andante con que empieza *Ifigenia en Táuride* y la tormenta en seguida. Entre ellas han transcurrido veinte años. Toda la fuerza de la tragedia ha desaparecido. Un mar tranquilo, una tormenta, los griegos que caen sobre el país: esa es la ópera. ¿Ha escrito el compositor la obertura del banquete para que la toquen como un aire de trompeta cuando quieran y como quieran?

—Estoy conforme con usted en la falta de tacto. Pero, a pesar de todo, se hace lo posible para dar realce a las obras de Gluck.

—Sí, sí —dijo mi amigo, sonriendo con una amargura cada vez mayor.

De pronto se puso en marcha y fue inútil que tratase de detenerle.

En un momento desapareció, y en vano lo busqué durante varios días por el Jardín Zoológico.

* * *

Transcurrieron varios meses. En una noche lluviosa, me había retrasado algo en un barrio extremo de la capital y buscaba el camino para mi casa, en la Friedrichstrasse. Tenía que pasar por delante del teatro; la música sonora, las trompetas y los timbales me recordaron que se daba *Armida*, de Gluck, y me decidí a entrar, cuando llamó mi atención un señor que hablaba solo junto a la ventana por donde se oían los acordes.

—Ahora llega el rey…, tocan la marcha…; más timbales, más timbales…, es muy alegre; hay que hacerlo once veces…, si no, no tiene lucimiento el cortejo…; ahora, *maestoso*…; escondeos, niños… Ahora se le cae la escarapela del zapato a un figurante. Justo, la duodécima vez, y siempre siguiendo al que dirige… ¡Oh, las fuerzas eternas! ¡Esto no acaba nunca! Ahora saluda… Armida le da las gracias expresiva… ¿Otra vez? Justo; faltan dos soldados. Ahora nos metemos en el recitado… ¿Qué mal espíritu me tiene aquí sujeto?

—El lazo se ha roto —exclamo yo—. Venga conmigo.

Agarro por el brazo a mi original amigo del Jardín Zoológico —que no era otro el individuo que hablaba solo— y me lo llevo de allí. Se muestra sorprendido y me sigue en silencio. Estábamos ya en la Friedrichstrasse, cuando de repente se paró.

—Le conozco a usted —dijo—. Estaba usted en el Jardín Zoológico…, hablamos mucho…, yo bebí algo… y se me subió a la cabeza…; después sonó la eufonía dos días seguidos…; he sufrido mucho…; pero ya ha pasado.

—Me alegro mucho de que la casualidad nos haya vuelto a reunir. Ahora podemos ser amigos. Yo vivo cerca de aquí; si usted quiere…

—Yo no puedo ni debo ir a ninguna parte.

—No, pues no se me escapa usted; le acompañaré yo.

—Entonces tendrá usted que andar aún un par de cientos de pasos conmigo. Pero ¿no iba usted al teatro?

—Pensaba oír *Armida*, pero ya…

—Ahora oirá usted *Armida*. Venga conmigo.

En silencio subimos por la Friedrichstrasse; muy de prisa dimos la vuelta a una calle transversal y, sin apenas poder seguirle, continuamos calle arriba hasta que al fin mi amigo se detuvo ante una casa insignificante. Llamó durante un ratito, hasta que abrieron. A oscuras, tanteando el terreno, llegamos a la escalera y luego al cuarto, que

estaba en el último piso, y entrando en él, mi guía cerró con mucho cuidado la puerta.

Me quedé quieto oyendo abrirse otra puerta, y en seguida apareció el individuo con una luz en la mano, y la vista de la habitación, decorada de un modo extraño, me causó no poca sorpresa. Sillas antiguas ricamente decoradas, un reloj con caja dorada y un ancho y pesado espejo daban al cuarto el aspecto sombrío de un lujo añejo. En el centro se veía un piano pequeño; encima de él, un tintero de porcelana, y junto a él, unas cuantas hojas de papel pautado. Una mirada rápida a aquellos preparativos para componer me convencieron de que hacía mucho tiempo que no se había escrito allí ni una nota, pues el papel estaba amarillento y el tintero cubierto de telarañas. El individuo se dirigió a un armario adosado a la pared, que yo no había visto aún, y al separar la cortina vi una hilera de libros bien encuadernados, en cuyos lomos, con letras doradas, se leía: *Orfeo, Armida, Alcestes, Ifigenia*, etc., en una palabra, todas las obras maestras de Gluck.

—¿Tiene usted las obras completas de Gluck? —le pregunté.

No me respondió; pero una sonrisa forzada contrajo su rostro, dándole una expresión terrible. Dirigió hacia mí su mirada severa y fija y cogió uno de los tomos. Era *Armida*. Con él en la mano se acercó al piano. Yo lo abrí en seguida y preparé el atril, que estaba recogido; aquello le agradó, al parecer. Abrió el libro y… ¿quién podría expresar mi asombro? Sólo vi el papel pautado sin una sola nota.

Luego comenzó a decir:

—Ahora voy a tocar la obertura. Vuélvame las hojas a tiempo.

Así se lo prometí, y comenzó a tocar de modo maravilloso y conmovedor el majestuoso tiempo de marcha con que empieza la obertura, ateniéndose por completo al original; pero el alegro tenía muchas cosas mezcladas a las ideas primordiales de Gluck. Hizo unos cambios tan geniales, que mi asombro iba subiendo de punto. Las modulaciones eran muy vivas, sin llegar a agudas, y mezclaba tantas melodiosas variaciones con las ideas del autor, que las hacía resaltar con más colorido. Su rostro ardía; frunció las cejas y una furia contenida se pintó en sus ojos, que a poco se inundaron de lágrimas. A ratos cantaba el tema, al tiempo que lo acompañaba con infinitas variaciones, con una agradable voz de tenor; luego imitaba los timbales. Yo volvía las hojas siguiendo su mirada. La obertura terminó, y mi amigo cayó extenuado en una butaca, con los ojos cerrados. Se levantó luego y, mientras volvía algunas de las hojas en blanco del libro, dijo con voz opaca:

—Todo esto, señor mío, lo escribí yo cuando retorné del reino de los sueños. Pero confié lo santo a los incrédulos y una mano de hielo hizo presa en el corazón ardiendo. No se rompió; pero yo fui condenado a morar entre los incrédulos como un espíritu aislado… sin forma, por lo cual nadie me conocerá hasta que el heliotropo me eleve de nuevo al Eterno… Ahora voy a cantar la escena de *Armida*.

Y cantó la escena final de *Armida* con una expresión que me conmovió profundamente. También en ella se separó mucho del original, pero sus cambios daban mayor relieve a la música de Gluck. Todo lo que se puede expresar de odio,

amor, desesperación, delirio estaba expresado de la manera más hermosa en tonos enérgicos. Su voz parecía la de un joven, que de la insignificancia más vulgar y monótona se eleva a la fuerza más conmovedora. Todas mis fibras se estremecían…, estaba fuera de mí.

Cuando hubo terminado me eché en sus brazos y le pregunté con voz temblona:

—¿Qué es esto? ¿Quién es usted?

Se puso de pie delante de mí y me midió con su mirada penetrante; cuando iba a continuar preguntándole desapareció con la luz tras de la puerta, dejándome a oscuras. Transcurrió casi un cuarto de hora; iba ya desesperando de verle y buscaba la puerta orientándome por la colocación del piano, cuando de repente apareció vestido con un traje de gala muy bordado, una casaca riquísima, la espada al cinto y con la luz en la mano.

Yo me quedé asombrado. Él se adelantó hacia mí, muy grave, y tomándome de la mano me dijo con una extraña sonrisa:

—Soy el caballero Gluck.

El magnetizador

Der Magnetiseur (1813)

Los sueños son espuma

—Los sueños son espuma —dijo el anciano barón, tendiendo la mano hacia la borla de la campanilla, para que el viejo Gaspar viniese a alumbrarle hasta su alcoba.

Se había hecho tarde; un penetrante viento de otoño se introducía en el salón de verano, mal resguardado, y María, estrechamente envuelta en su chal y con los ojos semicerrados, no podía resistir más el sueño.

—¡Y, sin embargo —continuó el barón, inclinando el cuerpo hacia adelante en su poltrona, las dos manos apoyadas en las rodillas—, y, sin embargo, recuerdo muy bien los extraordinarios sueños que tenía en mi juventud!

—¡Oh, mi buen padre! —repuso Ottmar—, ¿y qué sueño hay que no sea extraordinario? No obstante, sólo aquellos que nos revelan alguna circunstancia maravillosa, los espíritus precursores de los grandes destinos, según las palabras de Schiller; aquellos que nos trasladan con rápido vuelo a esas sombrías y misteriosas regiones, a las que nuestros débiles ojos se atreven a lanzar tímidas miradas; sólo aquéllos nos causan una impresión profunda, cuya fuerza nadie puede disimular.

—Los sueños son espuma —repitió el barón con voz sorda.

—Ése es un dicho de los materialistas, quienes encuentran muy naturales los fenómenos más maravillosos, a la vez que lo más natural les parece prodigioso e inconcebible. Pero hasta en este caso veo yo una certera alegoría —continuó Ottmar.

—¿Qué ves en ese viejo y vulgar dicho? ¿Acaso algo razonable? —preguntó María, bostezando.

Ottmar, riéndose, contestó con las palabras de Próspero:

—«¡Levanta el velo que cubre tus ojos y escúchame atentamente!». En serio, mi querida María, si no tuvieses tantas ganas de dormir, ya habrías adivinado que se trata de los sueños, uno de los fenómenos más sublimes de la vida humana y que la comparación con la espuma sólo puede entenderse si se refiere a la espuma más noble de todas, como lo es, sin duda, la del burbujeante, brillante e impetuoso champagne que no desdeñas saborear alguna vez, a pesar de ese desdén que, como verdadera señorita, sientes por el jugo de la vid, en general. ¡Mira los millares de burbujas que como perlas se alzan de la copa, para convertirse en espuma al llegar a la superficie! Son espíritus que se desprenden con impaciencia de su cárcel material. Así, del mismo modo, semejante a esta espuma, vive y se mueve el excelso principio espiritual que, libre de los lazos terrestres, despliega alegremente sus alas y se lanza a la búsqueda de los espíritus superiores que se encuentran en ese reino celestial, que nos está prometido, y entonces comprende sin esfuerzo, en su más secreta significación, los acontecimientos más maravillosos. También pudiera ser —prosiguió— que los sueños fueran el resultado de esta espuma, de esta fermentación que brota de nuestros espíritus vitales, libres, alegremente bullentes, cuando el sueño

viene a encadenar nuestra vida extensiva y comienza entonces otra vida más intensiva, superior, que no solamente nos hace presagiar las misteriosas relaciones del mundo de los espíritus invisibles, sino reconocer los límites del espacio y del tiempo.

—Me parece estar oyendo hablar a tu amigo Alban —le interrumpió el viejo barón, esforzándose en sustraerse a los recuerdos que le habían dejado pensativo—. Ya sabéis que soy enemigo irreductible de todo esto. Así que, en mi opinión, cuanto acabas de referir está muy bien dicho y ciertas almas sentimentales o sensibles se complacerán en oírlo, pero sólo por el hecho de ser sistemático, es falso. Después de todo lo que has divagado acerca del mundo de los espíritus, creeríase que el sueño debe procurar al hombre un estado de felicidad indecible. Pero todos mis sueños, a los que llamo tales porque la casualidad les ha prestado cierta influencia en mi vida —y llamo casualidad a una especie de coincidencia de circunstancias diversas que se unen en un conjunto de total apariencia—, todos estos sueños, como digo, fueron desagradables e incluso penosos. Tanto que a veces me ponían enfermo, aunque me abstuviese de devanarme los sesos acerca de su significado, ya que entonces no estaba de moda tratar de penetrar y escrutar lo que la Naturaleza nos mantiene secreto.

—Ya sabéis, padre querido —repuso Ottmar—, lo que pienso, con mi amigo, Alban acerca de eso que se llama casualidad, coincidencia de circunstancias, etcétera. Y en cuanto a la moda de las cavilaciones, piense mi buen padre que esta moda se funda en la naturaleza misma del hombre y que es muy antigua. Los adeptos de Sais…

—¡Alto ahí! —dijo el barón—. No nos enfrasquemos en una conversación que hoy precisamente quiero eludir, pues no me siento dispuesto a contrarrestar tu hirviente entusiasmo por todo lo maravilloso. Tampoco puedo negar que hoy mismo, nueve de septiembre, me viene a las mientes un recuerdo de mis años juveniles del que no podré librarme, a menos que os cuente la aventura. Con lo que probaría a Ottmar cómo un sueño o un estado de ensoñación, que se enlazó muy particularmente con la realidad, ejerció en mí una influencia funesta.

—Quizá, padre querido —dijo Ottmar—, nos proporcionaríais, a mí y a mi amigo Alban, un argumento magnífico en apoyo de la actual teoría de la influencia magnética, que procede de las observaciones acerca del sueño y de las ensoñaciones.

—Sólo la palabra magnetismo ya me hace temblar —dijo el barón enojado—, pero cada uno tiene sus ideas, y mejor para vosotros si la Naturaleza soporta que vuestras manos atrevidas alcen el velo que la encubre y no castiga vuestra curiosidad con vuestra ruina.

—¡No disputemos, padre mío —repuso Ottmar—, acerca de cosas que dependen de la más íntima convicción! Pero ¿no podríais referirnos ese recuerdo de vuestra juventud?

El barón se arrellanó en su asiento y comenzó el relato, levantando hacia el cielo sus expresivos ojos, como acostumbraba a hacer cuando se hallaba muy conmovido:

—Ya sabéis que recibí mi educación militar en la Academia de Nobles de Berlín. Entre los maestros que allí había se encontraba un hombre que no podré olvidar en toda mi vida. Hasta hoy, cuando pienso en él, no puedo evitar un estremecimiento de terror y de miedo, por decirlo así. A veces tengo la sensación de que se va a abrir la puerta y va a hacer su entrada fantasmal. Su estatura gigantesca era más notable a causa de la delgadez corporal; no parecía estar hecho sino de músculos y nervios. Debió de haber sido un apuesto mozo en sus años juveniles, pues todavía entonces sus negros ojos lanzaban miradas tan ardientes que apenas se podían resistir. Muy entrado ya en los cincuenta, tenía la fuerza y la destreza de un joven; todos sus movimientos eran rápidos y decididos; en la esgrima, con espada o sable, era superior a los más diestros y domaba el caballo más fogoso, hasta hacerle jadear. En otro tiempo había sido mayor en el Ejército danés y, según decía, se vio obligado a expatriarse por haber matado en duelo a su general. Muchos aseguraban que esto no aconteció en desafío, sino que, por una palabra ofensiva de aquél, el mayor le había atravesado de parte a parte con la espada antes de que pudiera ponerse en guardia. En una palabra, huyó de Dinamarca, y ejercía en la Academia de Nobles, con el grado de mayor, las funciones de instructor superior de fortificaciones.

»Irascible en el más alto grado, era suficiente una sola palabra o una mirada profunda para enfurecerle. Castigaba a los discípulos con sistemática crueldad y, sin embargo, todos le veneraban de una manera incomprensible. Sucedió una vez que el duro castigo que dio a un discípulo, violando todas las costumbres y reglamentos de la disciplina, llamó la atención de los superiores y fue sometido a una investigación sumarial. Pero entonces, el discípulo castigado se acusó a sí mismo y defendió al mayor con tanto ardor que aquél salió libre de todo cargo.

»Algunos días parecía ser otro. Entonces, el acento de su voz grave, que de ordinario era duro, tenía algo indeciblemente sonoro y su mirada fascinaba. Jovial e indulgente, perdonaba todas las pequeñas faltas y, cuando apretaba la mano de aquel de nosotros que mejor había cumplido, era como si le hiciese su esclavo por un poder mágico e irresistible, pues aun cuando en aquel momento le hubiese impuesto en prueba de su obediencia la muerte más dolorosa, la habría sufrido sin decir palabra.

»Pero a estos días de calma seguía, por lo común, una especie de tormenta furiosa, que llevaba a todos a ocultarse y a huir. Poniéndose desde la mañana su colorado uniforme danés, se pasaba incansable todo el día, ya fuese verano o invierno, en el gran jardín contiguo a la Academia de Nobles. Se le oía hablar en danés con una voz espantosa. Gesticulando furiosamente, con la espada desenvainada, parecía como si estuviera combatiendo con un enemigo terrible y lanzándole estocada tras estocada. Finalmente, con un golpe de la mano derecha, derribaba a su antagonista, cuyo cadáver parecía pisotear con juramentos y blasfemias espantosas. Luego huía con una velocidad increíble a través de las avenidas, se encaramaba a los árboles más altos y reía sarcásticamente, de modo que a nosotros, que estábamos en nuestras habitaciones, se nos helaba la sangre de

espanto.

»Estos ataques furiosos le duraban veinticuatro horas y se reparó que era al acercarse los equinoccios cuando sufría tales paroxismos. Al día siguiente parecía no acordarse de nada de lo que había pasado; pero era más intratable, más colérico, más violento que nunca, hasta que, poco a poco, volvía a alcanzar el estado de benevolencia.

»No sé de dónde provenían los extraños y maravillosos rumores que se difundieron entre los criados de la Academia y entre la gente de la ciudad. Se decía que el mayor podía conjurar el fuego y sanar enfermedades con la imposición de manos. Que sólo con la mirada curaba. Pero recuerdo que un día despidió a palos a uno que pretendió que le curase por este procedimiento. Recuerdo también cómo un viejo inválido, que me servía, afirmaba abiertamente que la conducta del señor mayor era sobrenatural y contaba que muchos años antes, durante una tempestad en el mar, se le había aparecido el Enemigo Malo, quien le ofreció, no sólo salvarle del peligro, sino también dotarle de una fuerza sobrehumana y de algunas facultades milagrosas, lo cual aceptó, entregándose a él. De ahí procedían los reñidos combates que tenía que sostener con el demonio, el cual se le aparecía en el jardín, ya en forma de perro negro, ya bajo la de otro animal terrible, para anunciar al mayor que, antes o después, había de sucumbir en terrible catástrofe.

»Por muy necios y vanos que me pareciesen estos relatos, no podía evitar un secreto terror al escucharlos, y a pesar del especial aprecio que me demostraba el mayor, al que yo correspondía con sincera adhesión, se mezclaba en el sentimiento que experimentaba hacia este hombre extraordinario un algo indefinible que me obsesionaba y que yo mismo no sabría explicar. Me parecía como si me viese obligado por un poder superior a permanecerle fiel, como si el instante en que me apartase de su sujeción fuese a ser el de mi perdición. Aunque su presencia me causaba una especie de complacencia, experimentaba también siempre cierto miedo, el sentimiento de una opresión irresistible, manteniéndome en tal tensión que me hacía temblar. Si permanecía mucho tiempo junto a él y me demostraba más amistad que de costumbre, cuando me apretaba la mano en señal de despedida, según solía hacerlo, al tiempo que me miraba fijamente contándome alguna historia extraña, yo no podía evitar aquel estado que me dejaba reducido al máximo agotamiento, hasta el punto de que parecía estar a punto de desmayarme.

»Prescindiré de todas las escenas extrañas que viví con mi maestro, quien llegaba hasta a tomar parte en mis juegos infantiles y me ayudaba activamente a construir las fortalezas que edificaba en el jardín, conforme a las más estrechas reglas militares.

»Así pues, vamos al asunto. Fue la noche del 8 al 9 de septiembre del año de 17…, lo recuerdo muy bien, cuando soñé con toda la fuerza de la realidad que el mayor abría suavemente la puerta de mi habitación, se acercaba despacio a mi cama y, fijando en mí la mirada de sus negros y penetrantes ojos, me ponía su mano derecha sobre la frente, lo que, sin embargo, no me impedía verle de pie delante de

mí… Suspiré a causa del miedo y del terror que me sobrecogían y él entonces me dijo con voz sorda: «¡Pobre ser humano, reconoce a tu maestro y señor! ¿Por qué te resistes bajo el yugo que inútilmente quieres sacudir? Yo soy tu dios y leo en tu interior. Todo lo que has tenido secreto, todo lo que quieres ocultarme, lo veo claro y patente. Para que no te atrevas a dudar de mí, gusano de la tierra, voy a hacer que tú mismo penetres en el secreto obrador de tus propios pensamientos».

»Al instante vi brillar en su mano un instrumento punzante y sentí cómo lo introducía en el centro de mi cerebro. Proferí tal grito que me desperté bañado en sudor, próximo al desvanecimiento. Al fin logré tranquilizarme, pero un aire sofocante y pesado llenó la habitación y me pareció oír la voz del mayor que me llamaba desde lejos, pronunciando mi nombre varias veces. Atribuí esto a los efectos del espantoso sueño; salté de la cama, abrí la ventana para que el aire fresco entrase en la habitación. Pero cuál sería mi asombro cuando, a la luz de la luna, vi al mayor con su uniforme de gala, tal como se me había aparecido en el sueño, dirigirse por la gran alameda hacia la puerta principal. La abrió y salió cerrándola luego de tal forma que los goznes y cerrojos resonaron con un estrépito tal que retumbó mucho tiempo en el silencio de la noche.

»«¿Qué significaba esto? ¿Qué hacía el mayor de noche en pleno campo?», pensé, mientras un miedo y una angustia horribles se apoderaban de mí. Como arrastrado por una fuerza irresistible, me vestí precipitadamente y fui a despertar a nuestro inspector, un buen anciano de sesenta años y la única persona a quien el mayor temía y respetaba hasta en sus más violentos paroxismos. Le conté mi sueño y lo que había sucedido después. El anciano me escuchó con mucha atención y dijo: «Yo también he oído cerrar la puerta del jardín, pero pensé que eran imaginaciones mías; de todos modos puede haberle sucedido algo extraño y conviene que vayamos a ver su habitación».

»La campana del establecimiento despertó a los discípulos y a los maestros, y todos con antorchas, como en una procesión solemne, nos dirigimos por el largo corredor hacia el cuarto del mayor. La puerta estaba cerrada y fueron vanos los esfuerzos que se hicieron para abrirla con la llave maestra, lo que nos convenció de que había echado el cerrojo por dentro. El portón principal que daba al jardín, por el que debía de haber pasado, también estaba cerrado con cerrojo, como de costumbre. Finalmente, hubo que derribar la puerta de la alcoba, al ver que todas nuestras llamadas quedaban sin respuesta.

»¡Allí estaba el mayor, con la mirada fija, espantosa, cubierta la boca de espuma, vestido con su rojo uniforme danés y sosteniendo su espada en una mano convulsivamente arqueada! Todos nuestros esfuerzos para volverle a la vida fueron inútiles.

El barón calló. Ottmar intentó decir algo, pero calló también y, con la frente apoyada en su mano, pareció ocupado en ordenar las reflexiones que le inspiraba la historia. María rompió el silencio diciendo:

—¡Ay, padre mío, qué espantoso acontecimiento! Me parece estar viendo al terrible mayor con su uniforme danés y con la vista fija en mí; ya se acabó mi sueño por esta noche.

El pintor Franz Bickert, quien desde hacía quince años vivía en casa del barón en calidad de amigo íntimo de la familia, y que hasta entonces no había tomado parte alguna en la conversación, como sucedía con frecuencia, sino que paseaba con los brazos cruzados a la espalda, haciendo toda clase de muecas ridículas y hasta ensayando de cuando en cuando un brinco grotesco, de repente exclamó:

—¡La baronesa tiene mucha razón! ¿A qué vienen estas espantosas historias llenas de sucesos novelescos antes de irnos a acostar? Esto, al menos, es contrario a mi teoría del dormir y de los sueños, que se basa en la pequeñez de un par de millones de experiencias. Si el señor barón sólo ha tenido hasta ahora sueños desagradables es porque no conocía mi teoría y, por consiguiente, no podía practicarla. Cuando Ottmar habla de influencias magnéticas, de la acción de los planetas y no sé de qué más historias, puede tener razón hasta cierto punto, pero mi teoría proporciona la coraza a prueba de todos los rayos de los astros nocturnos.

—En tal caso tengo gran curiosidad por conocer tu admirable teoría —exclamó Ottmar.

—Deja hablar a Franz —dijo el barón—, sabrá convencernos de lo que quiera si se le antoja.

Sentóse el pintor frente a María y, después de haber tomado un polvo de rapé, con gesto cómico y sonrisa dulce y burlona, comenzó así:

—¡Noble reunión! Los sueños son espuma. Éste es un proverbio alemán muy antiguo, castizo y expresivo; pero Ottmar lo ha interpretado tan bien, tan sutilmente, que, mientras estaba hablando, yo sentía en mi cerebro esas burbujas desprendidas de la materia que venían a unirse con el principio espiritual superior. Sin embargo, ¿no es en nuestro espíritu donde tiene lugar esa fermentación de la cual se desprenden tales partes más sutiles, que no son sino el producto de un mismo principio? A esto que pregunto respondo inmediatamente: la Naturaleza entera, en todas sus manifestaciones, ofrece al espíritu el vasto campo del espacio y del tiempo, en el que se mueve éste con la ilusión de una plena independencia, cuando en realidad sólo es un trabajador atento y sometido a los fines de ella.

—Estamos tan unidos física y psíquicamente con todos los objetos exteriores, con la Naturaleza entera, que sólo el intentar desprendernos constituiría posiblemente la causa de nuestra propia destrucción. La vida que llamamos intensiva está condicionada por la extensiva. Es sólo un reflejo de ésta en la que las figuras y las imágenes nos parecen recogidas como en un espejo cóncavo, bajo otras proporciones y, por consiguiente, bajo formas extrañas y desconocidas, aunque en el fondo no sean más que caricaturas de los originales que existen en la vida real. Yo sostengo decididamente que jamás ningún hombre ha imaginado ni soñado alguna cosa cuyos elementos no se hallen en la Naturaleza, a la cual no nos podemos sustraer.

Prescindiendo de las impresiones exteriores e inevitables que conmueven nuestra alma y la ponen en un estado de tensión anormal, causándole un repentino susto, un gran pesar, creo que nuestro espíritu puede extraer de las escenas más agradables de la vida esa fermentación de donde, según dice Ottmar, brotan las pequeñas burbujas del sueño. Yo, por mi parte, que al llegar la noche doy pruebas de un humor inagotable, preparo cuidadosamente los sueños nocturnos haciendo pasar por mi cabeza mil locuras, que luego mi imaginación reproduce en mi sueño con los colores más vivos, de manera muy divertida. Lo que prefiero a este propósito son mis representaciones teatrales.

—¿Qué quieres decir con esto? —preguntó el barón.

—Cuando soñamos —continuó Bickert—, nos volvemos, como ya ha señalado un agudo escritor, poetas y autores dramáticos, pues percibimos con precisión los menores detalles de los caracteres y de lo individual. Así pues, al acostarme, yo pienso algunas veces en las numerosas aventuras divertidas de mis viajes, en algunos caracteres cómicos de las gentes con las que he vivido y luego, por la noche, mi fantasía me proporciona el espectáculo más divertido del mundo al mostrarme de nuevo a todas estas personas con sus facciones ridículas y con todas sus tonterías. Tengo la sensación entonces de que, por la tarde, sólo he preparado el cañamazo, el esbozo de la pieza que durante el sueño cobra vida y fuego, conforme al deseo del poeta. Yo llevo en mí toda la compañía de Sacchi, que representa los cuentos de Gozzi muy a lo vivo, con todos sus matices, de manera que el público, que en realidad yo también represento, cree que está viendo algo verdadero. Pero como ya os he dicho, al hablar de estos sueños voluntariamente atraídos, prescindo de aquellos que son el resultado de alguna disposición excepcional del espíritu, de aquellos que provienen de circunstancias extrañas o que son consecuencia de una impresión física externa. Me refiero a los sueños que casi todos los hombres han tenido, como por ejemplo el de caer desde una torre, ser decapitado, etcétera, y que están producidos por algún padecimiento físico, ya que el espíritu más indiferente a la vida animal se separa durante el sueño y por causas fantásticas da lugar, a su manera, a la creación de imágenes. Recuerdo un sueño en el que asistía yo a una alegre velada donde se bebía ponche. Un oficial bravucón, al que conozco mucho, se burlaba de un estudiante, quien acabó por tirarle un vaso a la cara. La consecuencia fue una riña general. Y yo, que quería establecer la paz, me sentí herido en la mano, de tal modo que un dolor intenso me despertó… y ¿qué es lo que vi al despertar? Mi mano realmente sangraba, pues me había arañado durmiendo con un alfiler que estaba clavado en el cubrecama.

—¡Oh, Franz —dijo el barón—, esta vez no te preparaste un sueño alegre!

—¡Ay! —dijo el pintor con voz quejumbrosa—. ¿Quién puede saber lo que el destino nos prepara para castigarnos? Yo también he tenido realmente sueños horribles que me causaron angustia y sudores y me pusieron fuera de mí.

—Cuéntanoslos —exclamó Ottmar—, aunque tus teorías se vengan abajo.

—Por Dios —gimió María—, ¿no os compadecéis de mí?

—De ningún modo —exclamó Franz—, ya no podemos tener compasión. Yo también he soñado, como otro cualquiera, cosas espantosas. ¿Acaso no he estado invitado a tomar el té en el palacio de la princesa Amaldasongi? ¿No me he puesto la más hermosa casaca galoneada encima de un vestido ricamente bordado? ¿No he hablado el más puro italiano, *lingua toscana in boca romana*? ¿No me he enamorado de aquella maravillosa mujer como corresponde a un artista? ¿Y no le estuve diciendo las cosas más divinas y poéticas, cuando por casualidad, al bajar la vista, me di cuenta, consternado, de que iba vestido con un traje de corte a la última moda, pero que había olvidado las medias?

Antes de que nadie pudiera objetar algo, Bickert prosiguió entusiasmado:

—¡Dios mío! ¡Cuántas cosas podría contaros de los tormentos infernales de mis sueños! ¿No había vuelto a mis veinte años y bailaba con aquella deliciosa mujer? ¿No me había quedado sin dinero, a fin de dar a mi viejo traje cierta novedad, haciéndolo volver diestramente, y comprarme un par de medias blancas? Y cuando, al fin, llegué ante la puerta del salón, resplandeciente con mil luces y lleno de gente elegantemente vestida, al entregar mi tarjeta un endiablado perro de portero abrió una ranura y me dijo amablemente que hiciera el favor de pasar por allí para entrar al salón. Pero todo esto no son más que tonterías en comparación con el sueño cruel que me ha atormentado y llenado de temor la noche pasada. ¡Ay!…, me había convertido en una hoja de papel vitela y figuraba justamente en el centro de ella como marca de fábrica, y alguno…, un endemoniado poeta bien conocido de todos, pero digamos alguno, armado de una pluma de ganso larguísima y mal cortada, mientras componía versos cojos y diabólicos, pendoleaba sobre mí. Y cuando, otra vez, un demonio anatomista quiso divertirse conmigo desmontándome como una muñeca de movimiento, y haciendo toda clase de pruebas diabólicas, por ejemplo, ver qué efecto produciría uno de mis pies puesto en mitad de la espalda, o mi brazo derecho pegado al extremo de mi pierna izquierda.

El barón y Ottmar interrumpieron al pintor con una estrepitosa carcajada. El ambiente de gravedad ya se había disipado; así que aquél exclamó:

—Decidme, ¿acaso no tengo razón al afirmar que en nuestra pequeña reunión de familia el viejo Franz es un verdadero *maître de plaisir*? ¡De qué modo tan patético comenzó la discusión de nuestro tema para concluir con una broma de un efecto tan inesperado que hizo estallar nuestra solemne seriedad como con una poderosa explosión! En un abrir y cerrar de ojos nos ha trasladado del mundo de los espíritus a la vida real, alegre y viva.

—Pero no creáis —repuso Bickert— que he referido esto como un payaso que cuenta chistes para divertiros. ¡No! Aquellos sueños horribles realmente me han martirizado, aunque es posible que yo mismo, involuntariamente, los hubiera provocado.

—Nuestro amigo Franz —dijo Ottmar— tiene muchas pruebas en favor de su

teoría de cómo se producen los sueños. Sin embargo, no es muy convincente todo lo relativo al enlace y a las consecuencias de estos principios hipotéticos. Añádase a esto que hay una clase superior de sueños vivificantes y felices, que acercan al hombre al mundo espiritual, apagan su sed y le nutren con fuerza divina.

—Cuidado —dijo el barón—, que Ottmar va a volver a subir inmediatamente en su caballo de batalla para cabalgar por regiones desconocidas, esas que, según supone, nosotros los incrédulos sólo podemos vislumbrar de lejos, como Moisés la tierra prometida. Pero vamos a evitar que se nos vaya, ya que hace una desagradable noche de otoño. ¿Qué os parecería si nos quedáramos una horita más? Atizaremos el fuego de la chimenea y María nos preparará, a su modo, un excelente ponche que será el espíritu que alimente y fortalezca nuestro alegre humor.

Bickert levantó los ojos al cielo y extasiado lanzó un profundo suspiro. A continuación se inclinó rápidamente delante de María, en actitud suplicante. Ésta, que había permanecido sentada y silenciosa, se echó a reír, lo que acontecía raras veces, al ver el gracioso ademán del viejo pintor y se apresuró a levantarse para prepararlo todo cuidadosamente, conforme a los deseos del barón.

Bickert, corriendo de un lado para otro animadamente, ayudó a Gaspar a traer la leña y mientras que, de rodillas en el suelo, y puesto de perfil ante la chimenea, soplaba el fuego, no cesaba de llamar a Ottmar para que diera pruebas de ser su digno discípulo y le dibujase en esta posición, como perfecto estudio de observación de los efectos del fuego dando hermosos reflejos en su rostro. El viejo barón cada vez estaba más alegre y hasta, lo que no acontecía sino en sus horas de mayor satisfacción, mandó que le trajesen su larga pipa turca guarnecida con boquilla de ámbar. Cuando el agradable y sutil aroma del tabaco turco empezó a esparcirse por el salón, y cuando María comenzó a derramar en el bol del ponche el zumo de limón, pareció a todos que un espíritu familiar y grato reinaba en medio de la satisfacción que experimentaban y que venía a hacer olvidar lo pasado y lo porvenir, apareciendo ambos incoloros e indiferentes.

—¿No es admirable —dijo el barón— que a María siempre le salga bien el ponche? Me sentiría incapaz de tomar otro que no fuera el preparado por ella. Es en vano que dé las instrucciones más minuciosas acerca de sus componentes y todo lo demás. Una vez, nuestra lunática Katinka preparó el ponche, siguiendo las instrucciones de ella, pero me fue imposible tomar un solo vaso. Es como si María pronunciase una fórmula sobre la bebida que le proporcionase una fuerza mágica.

—¿Cómo iba a ser si no? —exclamó Bickert—. Es la magia de la gracia, de la elegancia con que María sabe animar todo lo que hace. Basta verla preparar el ponche para hallarlo perfecto y delicioso.

—¡Muy galante —interrumpió Ottmar—, pero con tu permiso, querida hermana, dime que no es cierto! Estoy de acuerdo con nuestro querido padre en que todo lo que tú preparas y ha pasado por tus manos, sólo al tocarlo o probarlo, produce un bienestar muy grande. Pero en cuanto al encanto que lo causa, lo atribuyo a

relaciones espirituales más profundas y no solamente a tu gracia y a tu belleza, como piensa nuestro amigo Bickert, que quiere relacionar todo con esto, pues te corteja desde que cumpliste ocho años.

—¿Qué tenéis todos esta noche conmigo? —exclamó María alegremente—. Apenas me he escapado de las visiones y apariciones nocturnas y ya veis en mí algo misterioso, y aunque no piense en el famoso mayor ni en un doble, corro el peligro de hacerme fantasmagórica y de tener miedo de mi propia sombra reflejada en un espejo.

—En verdad que sería muy penoso que una joven de dieciséis años no pudiera mirarse al espejo sin tomar su propia imagen por una aparición fantasmagórica. Pero ¿a qué viene que hoy no nos podamos librar de lo fantástico? —dijo el barón.

—¿Y por qué vos mismo, padre mío —replicó Ottmar—, me dais involuntariamente a cada instante ocasión de hablar acerca de todas estas cosas que consideráis como trastos inservibles y que hasta son la razón, confesadlo, de que no podáis soportar a mi amigo Alban? La Naturaleza no puede castigar el deseo de investigar, el impulso de saber lo que ella misma ha puesto en nuestro interior. Aún más, parece que ha colocado los peldaños por los que subimos hacia lo alto.

—Y cuando nos parece haber llegado muy alto —exclamó Bickert— resbalamos y reconocemos, en el vértigo que se apoderó de nosotros, que el aire sutil de las regiones superiores no es conveniente para nuestras pesadas cabezas.

—En verdad, no sé —repuso Ottmar— qué pensar de ti; desde hace algún tiempo, incluso diría que desde la llegada de Alban a esta casa. Antes creías con toda tu alma y todo tu ser en lo maravilloso y meditabas acerca de las extrañas formas de las alas de las mariposas, de las flores, de las piedras, tu…

—¡Alto ahí —exclamó el barón—, un poco más y volvemos a recaer en el viejo asunto! Todo lo que investigas por los demás oscuros rincones de tu místico Alban, incluso diría que todo lo que sacáis de ese caos fantástico para construir un edificio ingenioso, pero desprovisto de fundamento, lo considero semejante a los sueños, que, según mi modo de pensar, son y serán siempre espuma. La espuma desprendida de los líquidos es insípida y no tiene consistencia. Lo mismo ocurre con el resultado de vuestro trabajo interior, que es semejante a las virutas producidas por la labor del tornero, a las cuales, por casualidad, da una forma determinada, sin que por eso se piense que tienen la perfección de una obra ejecutada por un artista. Por lo demás, la teoría de Bickert me parece tan esclarecedora que seguramente trataré de practicarla.

—Ya que esta noche no podemos librarnos de los sueños —dijo Ottmar—, permitidme que os cuente un suceso en el que ha participado últimamente Alban y cuya relación no turbará la alegre disposición de espíritu en que estamos al presente.

—Sólo con la condición —replicó el barón— de que seas fiel a lo que has dicho y de que Bickert pueda expresar libremente sus comentarios.

—¡Estás exponiendo los deseos de mi alma, querido padre! —dijo María—, pues los relatos de Alban, por lo general, cuando no son horribles y espantosos, producen

un efecto de tal arte que uno queda como agotado.

—Mi querida María quedará contenta de mí —repuso Ottmar—, pero en cuanto a los comentarios de Bickert no los acepto, porque precisamente en esta historia verá confirmada su teoría de los sueños. Mi buen padre se convencerá de lo injusto que ha sido con Alban y con el arte que Dios le ha concedido ejercer.

—Anegaré en ponche —dijo Bickert— todos los comentarios que se me vengan a la punta de la lengua; pero tendréis que dejarme en cambio hacer todos los gestos que me apetezcan. Eso no podéis impedírmelo.

—Concedido —exclamó el barón.

—Mi amigo Alban —comenzó Ottmar— conoció en la Universidad de J. a un joven, cuya buena presencia atraía a primera vista a todos cuantos le trataban, por lo cual era acogido con confianza y benevolencia por doquier. Los estudios de Medicina que compartían y la circunstancia de que ambos coincidiesen en la misma aula, a la cual su vivo celo les hacía acudir los primeros todas las mañanas, hicieron que naciese una estrecha amistad, pues Teobaldo (así denominaba Alban a su amigo) era muy expansivo y abierto. Sin embargo, a medida que pasaban los días, iba desarrollándose en él una sensibilidad casi femenina y una imaginación idílica, que no pertenece a la época actual, semejantes a un gigante armado de coraza que no atiende a aquello que sus tronantes pasos destruyen y en los que tal actitud parece melindrosa y pedante. La mayor parte de la gente se reía de él. Sólo Alban, lleno de indulgencia por el tierno carácter de su amigo, no desdeñaba seguirle a sus pequeños jardines fantásticos, aunque hacía lo posible para devolverle a las rudas tempestades de la vida real y despertar de este modo las chispas de fuerza y de valor que existían quizá en el fondo de su alma.

»Alban creía que debía hacer esto con su amigo, pues consideraba que los años de Universidad son el único tiempo de que se dispone para acumular las fuerzas suficientes y oponer resistencia a los inesperados golpes del destino, semejantes al rayo que descarga de repente en un cielo sereno. El plan de vida que se había establecido Teobaldo era enteramente conforme a su carácter sencillo y al círculo de sus amistades. Pensaba, después de haber terminado sus estudios y obtenido el título de doctor, regresar a su ciudad natal para casarse con la hija de su tutor (él era huérfano), con la cual se había criado, y tomar posesión de una considerable fortuna, viviendo sólo para sí y para su arte sin practicarlo. El magnetismo animal, recientemente descubierto, cautivaba enteramente su alma. Así que, después de haber estudiado con ahínco, bajo la dirección de Alban, todo lo que se había escrito acerca de esta materia, y después de haber hecho experimentos él mismo, rechazó todos los medios físicos por encontrarlos contrarios a la idea pura de la influencia de las fuerzas activas de la Naturaleza, idea que era el sistema del magnetismo de Berberin, o sea, la antigua escuela de los espiritualistas.

Apenas Ottmar pronunció por vez primera la palabra «magnetismo», el rostro de Bickert se contrajo de pronto, imperceptiblemente. Luego aumentó la mueca y fue

tensando *in crescendo* todos los músculos de su cara, de modo que alcanzó el *fortissimo* cuando miró al barón con un semblante tan grotesco que éste estuvo a punto de soltar la carcajada. Cuando se levantó, haciendo como que iba a tomar la palabra, Ottmar se apresuró a presentarle un vaso de ponche que el pintor bebió de un trago con gesto de malicia. Aquél, sonriendo, continuó su relato.

—Alban se había entregado en cuerpo y alma al mesmerismo, cuando se iba propagando la doctrina del magnetismo animal, y era partidario hasta de las crisis violentas que Teobaldo rechazaba con horror. Mientras los dos amigos exponían sus diversas opiniones acerca del tema, lo que daba lugar a numerosas discusiones, sucedió que Alban, que no podía negar muchas de las experiencias hechas por Teobaldo y que cedía involuntariamente a las seductoras hipótesis de éste, cada vez se iba inclinando más al magnetismo psíquico, hasta que al fin se hizo partidario de la nueva escuela que reunía los dos métodos, al estilo de la de Puysegur. Pero Teobaldo, por lo general tan propicio a someterse a convicciones extrañas, esta vez no se separó lo más mínimo de su sistema e insistió en rechazar toda medicina física.

»La ambición de Teobaldo, a la que quería consagrar su vida, era dedicarse a penetrar en las misteriosas profundidades de la influencia psíquica y, aplicando su espíritu cada vez más fijamente y más libre de otras influencias, convertirse en digno discípulo de la Naturaleza. Con este objeto, la vida contemplativa, a la que se había dedicado, debería ser una especie de sacerdocio y él sería santificado, por una serie de iniciaciones cada vez más elevadas, hasta que le fuese permitido entrar en las cámaras más ocultas del sagrado y gran templo de Isis. Alban, que tenía una gran confianza en el carácter de Teobaldo, le animó en su proyecto y, cuando por fin alcanzó su objeto, o sea, doctorarse, y decidió regresar a su patria, las palabras de despedida de Alban fueron para decirle que se mantuviese fiel a lo que había emprendido.

»Poco tiempo después, Alban recibió una carta de su amigo, cuya incoherencia daba muestras de su desesperación y del desorden interior que se había apoderado de él. La felicidad de su vida, le escribía, quedaba destruida para siempre y quería irse a la guerra, pues abandonado por su joven prometida sólo la muerte podía librarle de la desgracia que le destrozaba. Alban no descansó un momento y partió al instante para ver a su amigo, y sólo después de muchos esfuerzos infructuosos logró devolver a su espíritu cierto grado de tranquilidad. La madre de la joven amada de Teobaldo refirió a Alban que, al pasar las tropas extranjeras, habían alojado en casa a un oficial italiano, quien a la primera mirada se enamoró ardientemente de su hija y la había pretendido con el fuego que caracteriza a los de su nación. Dotado de todas las gracias que enamoran a las mujeres, en pocos días despertó en ella un sentimiento tal que el pobre Teobaldo fue olvidado completamente y desde entonces sólo vivió y respiró por el italiano. Tuvo éste que marcharse a la guerra y, a partir de aquel momento, le persiguió la imagen de su amado. Veíale herido en sangrientos combates, caer a tierra, morir con su nombre en los labios, a tal punto que la pobre

joven llegó a un estado de tal confusión mental que ni siquiera pudo reconocer al pobre Teobaldo, que llegaba muy contento con la esperanza de abrazar a su amada. Cuando Alban pudo lograr que Teobaldo volviese a la normalidad, diciéndole el medio infalible que había concebido para devolverle a su amada, éste halló el consejo de Alban tan conforme a sus íntimas convicciones que no dudó un instante en su feliz éxito, por lo que siguió ciegamente lo que le indicó su amigo… ¡Ya sé, Bickert, lo que vas a decir! —se interrumpió el narrador al llegar aquí—. Siento tu pena y nada me divierte más que la desesperación cómica con que coges ahora el vaso de ponche que con tanta gracia te ofrece María. Pero calla, te lo ruego; tu sonrisa agridulce es el mejor de los comentarios; mejor que cualquier palabra que pudieras pronunciar y que no haría más que estropear el efecto de mi relato. Lo que yo tengo aún que decir es tan admirable y benéfico que estoy seguro de que lo escucharás con interés. Así pues, prestadme atención, y vos, padre mío, veréis como cumplo mi palabra.

El barón sólo contestó con un «¡hum, hum!», mientras María miraba a Ottmar con sus claros ojos, apoyando su hermosa cabecita en las manos, de modo que sus rubios y abundantes cabellos ondeaban por encima de sus brazos.

—Si los días de la joven eran agitados y espantosos —prosiguió Ottmar—, las noches eran horribles. Todas las imágenes que le perseguían a la luz diurna surgían al oscurecer con fuerza más poderosa. Llamaba con acento desgarrador a su amado y, en medio de ahogados sollozos, parecía que iba a exhalar su alma junto al cadáver ensangrentado de aquél. En el preciso momento de la noche en que estos sueños angustiaban más a la joven, la madre, siguiendo los consejos de Alban, conducía a Teobaldo junto a su lecho. Sentábase él allí y dirigía hacia ella su pensamiento con toda la energía de su voluntad. Después que hubo repetido esto varias veces, pareció que el efecto de los sueños era menor, que el tono estridente y poderoso con que antes gritaba el nombre del oficial se hubiera convertido en un lento esfuerzo para pronunciarlo, y profundos suspiros venían frecuentemente a aliviar su pecho oprimido… Entonces, Teobaldo cogía una de las manos de ella entre las suyas y pronunciaba suave, suavemente, su nombre. Muy pronto se vio el efecto. La joven murmuraba ahora el nombre del oficial entrecortadamente; parecía como si tratase de recordar cada sílaba y cada vocal, como si algo extraño se interpusiera en la serie de sus pensamientos. Pronto no dijo ya nada más. Sólo el movimiento de sus labios daba la sensación de que quería hablar, pero que cierto efecto exterior se lo impedía. Esto se había repetido ya varias noches consecutivas, así que en una de ellas Teobaldo, estrechando entre las suyas una mano de ella, empezó a hablarle en voz baja con frases entrecortadas. Por indicación de Alban, le habló de los tiempos de su infancia, a los cuales retornaba. Ora se veía correteando con Augusta (hasta ahora no había recordado el nombre de la joven) por el gran jardín del tío y cogiendo para ella hermosas cerezas, subiéndose a lo más alto de los árboles, pues él siempre se las arreglaba para ocultarlas a los ojos de los demás niños y dárselas a ella, ora rogaba a su tío con ahínco que les enseñase el bello y lujoso libro de láminas con los trajes de

todas las naciones. Entonces los dos niños, arrodillados sobre una silla e inclinados sobre la mesa, lo hojeaban. En cada página había siempre un hombre y una mujer, representando una región de su patria, y siempre eran Teobaldo y Augusta. Ellos también deseaban estar en aquellas regiones vestidos con aquellos trajes extraordinarios y poder jugar con las hermosas flores y las bellas plantas.

»Cuánto se extrañó la madre, cuando, una noche, Augusta empezó a hablar como si hubiera asimilado de repente las ideas de Teobaldo. Ella también se había convertido en una niña de siete años, y ahora ambos jugaban juntos. Incluso Augusta recordó hasta los acontecimientos más característicos de sus años infantiles. Era siempre muy violenta y se rebelaba con frecuencia contra su hermana mayor que, siendo de muy mal carácter, la atormentaba sin motivo, lo que daba lugar a más de una escena tragicómica.

»En cierta ocasión, una tarde de invierno, estaban los tres niños sentados juntos, y la hermana mayor, de peor humor que nunca, molestaba a la pequeña Augusta con tanta obstinación, que ésta lloraba enojada y entristecida. Teobaldo dibujaba como de costumbre toda clase de figuras que sabía explicar luego sensatamente. Para ver mejor quiso espabilar la vela, pero involuntariamente la apagó. Entonces Augusta se aprovechó y rápidamente abofeteó a su hermana, en reciprocidad por los padecimientos anteriores. La chica echó a correr gritando y llorando y fue a decirle a su padre, tío de Teobaldo, que éste había apagado la luz y luego le había pegado. El tío se apresuró y fue a reprochar a Teobaldo su maldad. Éste, que sabía muy bien quién tenía la culpa, no negó haber realizado esta acción. Augusta se puso furiosa cuando oyó a Teobaldo acusarse de haber apagado la vela y luego pegar a su hermana. Cuanto más lloraba, más se esforzaba el tío en tranquilizarla, diciéndole que el verdadero culpable ya estaba descubierto y frustrada toda la astucia del malvado Teobaldo. Un día en que el tío se disponía a propinarle a aquél un duro castigo, ella sintió que se le partía el corazón y entonces confesó todo, pero el tío no tuvo en cuenta esta confesión, convencido de que era efecto del extraordinario amor que sentía la joven por su primo, y la obstinación de Teobaldo, que se sentía feliz de padecer por Augusta con verdadero heroísmo, le dio motivo para castigar al terco muchacho hasta hacerle sangre. El dolor de Augusta no tenía límites, toda la violencia de su carácter y lo imperioso de su manera de ser habían desaparecido. El suave Teobaldo desde ahora se convirtió en el dueño, al cual se plegó gustosamente. Él podía disponer a su antojo de sus juguetes y de sus más hermosas muñecas, y así como antes, para estar a su lado, se veía obligado a coger flores y hojas para su cocinita, ahora era ella quien le seguía muy gustosa a través de la maleza cuando él montaba en su caballo de madera. Y así como la muchacha se aferraba a él ahora con toda su alma, también era como si la injusticia que Teobaldo había padecido hubiera convertido su afecto por ella en el más ardiente amor. El tío se dio cuenta de todo, pero sólo muchos años después supo con gran sorpresa la verdad del suceso y ya no dudó más del verdadero y recíproco amor de los dos niños, y entonces aprobó de muy

buena voluntad su deseo de permanecer unidos toda la vida.

»Precisamente aquel acontecimiento tragicómico de su infancia debería de servir para unir de nuevo a la pareja. Augusta empezó la representación de la escena en el momento en que el tío llegaba encolerizado, y Teobaldo no se descuidó en representar bien su papel. Hasta entonces Augusta se mostraba todo el día callada y retraída, pero a la mañana siguiente a esta noche, confió a su madre la inesperada noticia de que, desde hacía algún tiempo, soñaba vivamente con Teobaldo, y que le extrañaba que no volviese y que no escribiese. Cada vez fue aumentando más su deseo de volverle a ver; así que Teobaldo no titubeó más en presentarse a Augusta como si acabase de llegar de viaje, dado que había evitado cuidadosamente mostrarse desde aquel instante horrible en que ella no le reconoció.

»Augusta le recibió dando muestras del mayor amor. Pronto le confesó, derramando abundantes lágrimas, que le había olvidado, y que un extranjero había logrado, mediante un poder desconocido, desterrarle de su memoria y sacarla fuera de sí; pero la imagen bienhechora de Teobaldo, que se le apareció en sueños, había conjurado los malignos espíritus, de quien se hallaba presa. Ahora tenía que confesar que no podía ya ni recordar el semblante del extranjero, y que sólo Teobaldo era el que reinaba en su corazón. Tras esto, Alban y Teobaldo pudieron convencerse firmemente de que la verdadera locura que se había apoderado de Augusta quedaba disipada y que ya no había ningún obstáculo a la unión de…

Estaba Ottmar a punto de terminar su relato cuando María, lanzando un grito ahogado, cayó desmayada de su silla en brazos de Bickert, que había acudido presuroso a cogerla. El barón se levantó asustado, Ottmar acudió a ayudar a Bickert, y entre los dos la tendieron en el sofá. Yacía pálida como una muerta, y toda huella de vida había desaparecido de su semblante convulsivamente contraído.

—¡Está muerta, está muerta! —gritó el barón.

—¡No —exclamó Ottmar—, debe vivir, tiene que vivir! Alban vendrá en nuestra ayuda…

—¡Alban! ¿Puede Alban despertar a los muertos? —replicó Bickert.

En aquel mismo instante se abrió la puerta y entró el aludido. Con el aspecto imponente que le era peculiar, se acercó en silencio a la joven desmayada. El barón le miraba de hito en hito con cólera; nadie podía hablar. Alban parecía no ver más que a María, en la cual fijaba su mirada.

—María, ¿qué le sucede? —dijo con tono solemne, que hizo que los nervios de ella se contrajeran.

—Señores, ¿a qué viene este temor? El pulso es débil, pero regular… creo que la habitación está llena de humo, abran la ventana y María se recobrará al punto de este ataque de nervios inofensivo y nada peligroso.

Bickert hizo lo que pedía y María abrió los ojos. Su mirada se fijó en Alban.

—¡Déjame, hombre horrible! Quiero morir sin tormentos —murmuró de modo que apenas podía oírse, y dando la espalda a Alban, escondió su rostro entre los

almohadones del sofá, cayendo en un profundo sueño del que daba señales su pausada respiración.

Una extraña y temible sonrisa cruzó el semblante de Alban. El barón se levantó, como si quisiera decir algo. Pero aquél, mirándole fijamente y con un tono grave, en el que se transparentaba a pesar de todo cierta ironía, dijo:

—¡Esté tranquilo, señor barón! La pequeña es algo impaciente, pero cuando despierte de este sueño bienhechor, lo que ocurrirá mañana a las seis de la mañana, hay que darle doce de estas gotas, y entonces todo se habrá olvidado… —y tendiendo a Ottmar un frasquito, que sacó de su bolsillo, abandonó la sala con lentos pasos.

—¡Ya tenemos aquí al doctor maravilloso! —exclamó Bickert, cuando se llevaron a María dormida a su alcoba y hubo salido Ottmar—. La mirada profunda y extática de un visionario, el aire solemne, la predicción profética, el frasquito del elixir maravilloso. Yo estaba mirando a ver si desaparecía por los aires como Schwedenborg, o por lo menos como Beireis, que sabía trocar repentinamente el color de su casaca de negro en colorado.

—¡Bickert! —interrumpió el barón, que había visto cómo se llevaban a María, sin moverse de su poltrona, mudo y consternado—. ¡Bickert! ¿Qué se ha hecho de nuestra divertida velada?… Ya había presentido que nos habría de suceder hoy alguna desgracia, y que veríamos a Alban por algún motivo muy particular… Y precisamente en el mismo instante en que Ottmar le mencionaba hizo su aparición como un genio protector que vela constantemente. ¡Dime, Bickert! ¿Ha entrado por esta puerta?

—Sin duda —repuso Bickert—, y ahora es cuando se me ocurre que, como un segundo Cagliostro, nos ha hecho un juego de manos que nuestra inquietud y ansiedad nos impidieron observar, pues la única puerta del vestíbulo la he cerrado yo mismo y aquí está la llave… pudiera ser que me hubiera engañado, dejándola abierta, pero… —fue a inspeccionar la puerta y volvió riéndose—. Es un Cagliostro completo, la puerta está tan cerrada como antes.

—Hum —dijo el barón—. El doctor maravilloso empieza ya a transformarse en un vulgar prestidigitador.

—Lo siento —repuso Bickert—, pues Alban tiene fama de ser médico muy hábil y cuando nuestra María, siempre tan sana, enfermó de este mal de los nervios tan difícil de vencer, Alban la curó en pocas semanas mediante el magnetismo… Tú accediste con dificultad, aunque después de muchos discursos convincentes de Ottmar, y porque veías que la hermosa flor, que antes elevaba al sol su corola tan libre y atrevida, ahora languidecía…

—¿Crees que hice bien en ceder a los ruegos de Ottmar? —preguntó el barón.

—En aquel tiempo, sí —repuso Bickert—, pero la prolongada estancia de Alban no me resulta agradable, y en cuanto al magnetismo…

—¿Lo desechas por completo? —dijo el barón.

—Nada de eso —repuso Bickert—. No necesitaría para creer en él de tantos

fenómenos como produce y de los cuales he sido testigo. Sí, sé muy bien que las maravillosas relaciones y el encadenamiento de la vida orgánica de la Naturaleza entera residen en él. Pero toda nuestra sabiduría es obra imperfecta, y, si el hombre lograse penetrar los secretos de la Naturaleza, tendría yo entonces la sensación de la madre que, habiendo perdido un instrumento cortante que le servía para labrar muchos objetos hermosos para alegría y recreo de sus hijos, temía que éstos se hiriesen al querer imitarla en la confección de las mismas obras.

—Acabas de expresar mi propio modo de pensar muy certeramente —dijo el barón—, pero respecto a Alban, no veo claro cómo coordinar todos los extraños sentimientos que experimento en su proximidad. Algunas veces creo poder explicarme todo. Su profunda ciencia puede hacerle parecer a veces un charlatán iluso, pero su celo y sus triunfos le hacen digno de estimación. Sin embargo, únicamente cuando está ausente se me aparece así. Pero si se acerca, su imagen se muestra en otra perspectiva, con rasgos deformes, tomados aisladamente sin poder formar un todo análogo, y entonces me lleno de terror. Cuando hace muchos meses Ottmar lo trajo aquí, como a su más íntimo amigo, tuve la sensación de que le había visto en alguna parte. Sus finos modales, su conducta reservada me gustaron, pero en general su presencia me desagrada. Muy pronto, y esto es lo que me llegaba al alma, después de la llegada de Alban, María se vio atacada de una extraña enfermedad. Debo confesar que Alban, cuando al fin le llamamos, emprendió su curación con un celo incomparable, con una constancia, con un amor y una fidelidad que, gracias al buen éxito que obtuvo, le merecieron un afecto y un reconocimiento sin límites. Yo hubiera querido llenarle de oro, pero cada palabra de gracias me resultaba difícil ya que, incluso, su método magnético me inspiraba tanto más horror cuanto mejor le salía. Cada día me resultaba más odioso. A veces pensé que podía librarme del mayor peligro, sin que, por ello, yo le mirase con buenos ojos. Su carácter solemne, sus discursos místicos, su charlatanería cuando magnetizaba por ejemplo los tejados, los álamos y algunos otros árboles, cuando con sus brazos extendidos hacia el Norte pretendía atraer una fuerza nueva emanada del principio universal. Todo esto me conmueve, a pesar del desprecio que siento desde el fondo de mi corazón por semejantes cosas. Pero, escucha, Bickert, escucha bien lo que me parece más extraño: desde que Alban está aquí no hago más que pensar en el mayor danés, cuya historia os he referido hoy. Ahora, precisamente ahora, cuando me habló con aquella sonrisa sardónica y casi infernal, fijando en mí sus grandes ojos negros como carbones, el mayor estaba delante de mí… y era una semejanza horrible.

—Ahora me explico por fin —dijo Bickert— tus extraños sentimientos, esta rara idiosincrasia. No es Alban, no, sino el mayor danés el que te ataca y atormenta. El buen doctor paga la pena de su nariz encorvada y de sus ojos negros radiantes. Tranquilízate enteramente y quítate de la cabeza esas ideas sombrías… Alban puede ser un visionario, pero seguramente quiere el bien y lo practica, dejémosle sus charlatanerías como un juego inocente y concedámosle nuestro aprecio como a

médico hábil y entendido.

El barón se levantó y tomando a Bickert las manos dijo:

—Franz, lo que acabas de decir va en contra de tu íntima convicción. No es sino un paliativo que empleas para calmar mis temores e inquietudes… Pero yo lo conozco en el fondo de mi alma: Alban es mi demonio enemigo. ¡Franz!, te lo ruego, estate atento, aconseja… ayuda… sé un apoyo en el caso de que algún accidente viniese a hacer vacilar el viejo edificio de mi familia. Ya me entiendes… ni una palabra más.

Los amigos se abrazaron en silencio y ya hacía mucho que había pasado la medianoche cuando cada uno de ellos, pensativo e inquieto, se dirigió a su habitación. A las seis en punto María se despertó, como había predicho Alban. Siguiendo sus instrucciones se le dieron las doce gotas de la botellita y dos horas después apareció alegre y hermosa en la sala donde el barón, Ottmar y Bickert la recibieron alegremente. Alban se había encerrado en su cuarto y mandó decir que una correspondencia interesante le tendría ocupado todo el día.

Fragmento de una carta de María a Adelgunda

«¿Te has salvado por fin de los peligros y de las angustias de esta horrible guerra, contra la cual hallaste un asilo seguro? ¡No! No puedo expresarte, amiga de mi corazón, lo que he sentido al recibir noticias tuyas después de tanto tiempo. Por poco rasgo la carta, abriéndola apresuradamente, con la impaciencia de leerla. La he leído y releído, sin poder entender lo que me decías, hasta que, habiéndome tranquilizado, supe con alegría que tu hermano, mi querido Hipólito, está bien, y que pronto le veré. Así pues, ¿no has recibido ninguna de mis cartas? ¡Ay, querida Adelgunda! Tu María ha estado muy enferma, muy enferma, pero ahora está mejor, aunque mi mal fue tan incomprensible, hasta para mí misma, que aún ahora me estremezco sólo de pensarlo. Y esta emoción, según dice mi hermano y el médico, es también un síntoma de enfermedad, que debe destruirse radicalmente.

»No me pidas que diga qué es lo que he tenido, pues ni yo misma lo sé. No puede darse nombre a mi padecimiento, aunque la paz y la alegría habían desaparecido… Todo me parecía transformado… Palabras dichas en alta voz, pasos que me herían la cabeza como aguijones. Algunas veces objetos inanimados a mi alrededor tomaban voz y acento, y con lenguaje extraño me molestaban. Las fantasías más extrañas venían a arrancarme de la vida real. ¿Querrás creer, mi buena Adelgunda, que las locas historias de hadas de «El pajarito verde», del Príncipe Fakardin, de Trebisonda, y qué sé yo cuántos más, como nos sabía contar tan bien la tía Clara, tomaron para mí un carácter verdaderamente terrible, porque era yo misma la que sufría las transformaciones de que me hacía víctima algún perverso genio?… Sí, ahora suena a ridículo decir hasta qué punto estas tonterías obraban en mí y de qué modo tan pernicioso, día a día, iba poniéndome más débil y lánguida. Me afligía mortalmente por nada, y me alegraba hasta la locura por cualquier tontería, así es que me consumía interiormente entre los violentos ataques contradictorios de una fuerza desconocida… Ciertos objetos, que antes ni siquiera miraba, no sólo me llamaban la atención, sino que hasta me atormentaban. Así es que tomé horror a los lirios y me desmayaba al ver algunas de estas flores, aunque estuviesen distantes. Porque veía salir de sus blancos cálices diminutos brillantes que se lanzaban contra mí.

»Pero ¿cómo podré darte, querida Adelgunda, una idea del estado en que me encontraba, al que no podría dar el nombre de enfermedad, si no me hubiera debilitado progresivamente hasta el punto que me consideré ya cercana a la muerte? … Sin embargo, voy a decirte algo muy particular y que tiene relación con mi curación, la cual debo a un excelente hombre, que Ottmar había introducido en casa y que, entre todos los famosos y hábiles médicos de la ciudad, es seguramente el único que posee el secreto de curar pronto e infaliblemente una enfermedad tan extraña como la mía.

»Pero lo más extraño es que en mis sueños y visiones veía constantemente aparecer un hombre hermoso y grave, que, a pesar de su juventud, me inspiraba una profunda veneración y que, bajo diversos trajes, pero siempre con una túnica talar rastreante y una corona de diamantes en la cabeza, representaba al rey romántico del mundo imaginario de los cuentos, y conjuraba los malos hechizos. Una unión íntima y tierna debía de existir entre nosotros, porque me demostraba un afecto por el cual yo hubiera dado mi vida. Tan pronto se me aparecía como el sabio Salomón, como otras veces sin saber por qué pensaba en el Sarastro de «La flauta encantada», que había visto representar en la ciudad. ¡Ay, querida Adelgunda, imagínate qué miedo sentí cuando al ver a Alban por primera vez, reconocí en él al rey romántico de mis sueños! Alban es justamente el médico extraordinario que tiempo atrás Ottmar había traído como su amigo íntimo desde la ciudad y que, sin embargo, en aquella primera y corta visita me había resultado tan indiferente que ni aun recordaba su aspecto. Cuando volvió, llamado para procurar mi curación, me fue imposible definir la extraña sensación que su aspecto me infundía… Como Alban tiene por lo general en su fisonomía y en todos sus modales una cierta dignidad y algo de imperativo que le hace superior a cuanto le rodea, me pareció, desde el momento en que fijó en mí su mirada seria y penetrante, que debía someterme sin contradicción a todo lo que me ordenase, como si le bastase querer mi curación para obtenerla.

»Ottmar decía que iba a tratarme por el magnetismo, y que Alban, por medio de ciertos procedimientos, debía ponerme en un estado de exaltación y de sueño, al despertar del cual sería capaz de ver yo misma mi enfermedad y de establecer el modo de curarme. No podrás creer, querida Adelgunda, el gran sentimiento de inquietud, temor y susto que me agitaba, cuando pensaba en aquel estado superior en que debía encontrarme. Sin embargo, veía muy claro que eran vanos mis esfuerzos para sustraerme a lo que había decidido Alban.

»Se emplearon los medios previstos y, a pesar de mi repugnancia y de mis temores, tengo que decir que sólo he sentido efectos saludables. Volvieron mis colores y mi alegría, y, en vez de esta tensión terrible que hacía de las cosas más indiferentes un suplicio, me encuentro ahora en un estado bastante tranquilo. Han desaparecido las locas visiones de mis sueños, el dormir me descansa, y las extrañas imágenes que se me aparecen durmiendo me divierten en vez de atormentarme. Medita en esto un poco, amiga Adelgunda: ahora sueño con frecuencia. Por ejemplo, con los ojos cerrados, como si tuviese un nuevo sentido, puedo reconocer los colores, distinguir los metales, leer, etc., cuando Alban me lo pide. Con frecuencia me manda examinar mi interior y decirle todo lo que veo en él, lo que hago al momento con la mayor exactitud.

»Algunas veces, de pronto, pienso en Alban, le veo delante de mí y caigo insensiblemente en un estado soñoliento en que pierdo por fin la conciencia de mi individualidad, y entro en una esfera de ideas extrañas que tienen el brillo y la pureza del oro y que me penetran de una animación singular. Reconozco, entonces, que es

Alban quien formula en mí sus divinas ideas, y que él mismo, como chispa vivificadora, está en mi interior. Y si él me dejara, espiritualmente se entiende, porque la distancia física me es indiferente, todo se desvanecería. Sólo *en él* y *con él* puedo vivir de verdad, y, si, dependiendo de él, se separase de mí espiritualmente, mi existencia sucumbiría en un desierto mortal. Sí, mientras estoy escribiendo estas líneas siento más que nunca que él es el único que me inspira al expresar cómo mi ser depende del suyo.

»No sé, querida Adelgunda, si te pareceré ridícula o al menos atacada de una manía fantástica; no sé si me comprenderás. Tengo la sensación de que tus labios han pronunciado suave y tristemente el nombre de Hipólito… Créeme. Nunca he amado tanto como ahora a Hipólito; muchas veces le nombro en mis oraciones para que Dios le preserve de todo mal, para que los santos ángeles le protejan en las sangrientas batallas. Pero desde que Alban es mi señor y dueño, me parece que sólo es por él por quien puedo amar más profunda y ardientemente a Hipólito, e imagino que tengo el poder de lanzarme hacia él como un genio protector, y cubrirle con mis ruegos como un serafín con sus alas, de modo que se frustre la muerte que siempre espía astutamente. Alban, el hombre excelente y sublime, me conducirá a sus brazos como una esposa santificada por esta vida espiritual. Pero ¿la niña inexperta puede aventurarse sin su maestro en las tempestades del mundo?…

»Hace muy poco que he llegado a conocer del todo la verdadera magnanimidad de Alban… Pues ¿quieres creer, querida Adelgunda, que cuando estaba más enferma y en los mayores ataques de irritación, en mi interior se levantaban sospechas contra mi dueño y señor? Creía yo haber hecho traición al amor y a la fidelidad cuando veía elevarse delante de mí, incluso en medio de mis oraciones por mi Hipólito, la figura de Alban irritada y amenazadora. Porque deseaba aventurarme sin él, traspasando los límites que me había prescrito, como el niño travieso e indócil a los consejos de su padre que sale del tranquilo jardín para correr por el bosque, en el que feroces bestias sanguinarias acechan su presa detrás de los verdes y floridos matorrales. ¡Ay, Adelgunda!, qué desgraciada me hacían estas dudas crueles. Ríete de mí si te digo que hasta llegué a pensar que Alban me tendía un lazo y bajo la apariencia de un salvador milagroso pensaba encender en mi interior un amor terrestre. ¡Ay, Hipólito! Recientemente estábamos reunidos mi padre, mi hermano y el viejo Bickert. Alban, según su costumbre, no había vuelto aún de su largo paseo diario. Tratábamos de sueños, y mi padre, como también Bickert, nos habían contado toda clase de historias maravillosas y entretenidas. Ottmar tomó la palabra y narró cómo un amigo de Alban, siguiendo sus consejos y su dirección, logró alcanzar el ardiente amor de una joven, estando junto a ella, sin que ella lo supiese, durante su sueño, y apoderándose en favor suyo, por medios magnéticos, de la dirección de sus pensamientos. Sucedió, además, que mi padre, así como también el anciano amigo Bickert, se declararon enemigos del magnetismo y, en cierto modo, acusadores de Alban.

»Todas las dudas que había concebido contra mi maestro se despertaron con

doble fuerza en mi interior. Supuse que se valía de maniobras misteriosas y diabólicas para hacerme su esclava, y que me ordenaba sólo pensar en él y dejar a Hipólito. Una emoción desconocida me llenó entonces de ansiedad mortal. Veía a Alban en su aposento rodeado de extraños instrumentos, de feas plantas, de piedras y metales radiantes y de horribles animales, describiendo círculos por el aire con gestos convulsivos de sus manos y brazos. Su rostro, por lo general tan tranquilo y grave, presentaba el aspecto de una horrible larva y de sus ojos enrojecidos reptaban, con asquerosa ligereza, inmundos basiliscos, lisos y brillantes, tal como antes los había visto salir de la corola de los lirios.

»De repente me pareció que un torrente de hielo caía por encima de la espalda. Y, al despertar de la especie de desmayo en que me encontraba, vi delante de mí a Alban… Pero ¡Dios mío, aquél no era, no, la larva espantosa que mi imaginación había creado! ¡Cómo me avergoncé de mí misma al día siguiente por la mañana! Alban ya sabía las dudas que yo albergaba hacia él, y sólo su afectuosa benevolencia le impidió dármelo a conocer. Pero ya sabía él cómo se me había presentado su persona puesto que lee dentro de mi ser mis más secretos pensamientos, lo que me impide ocultar mi veneración y sumisión hacia él.

»Además él dio poca importancia a mi estado enfermizo y atribuyó únicamente aquel desvanecimiento al humo del tabaco turco que mi padre había fumado durante la velada. Tendrías que haber visto con qué previsor cuidado y con qué paternales desvelos me trató entonces mi dueño. No es solamente el cuerpo, el que sabe conservar saludable, ¡no!… es también el espíritu, al que conduce a una vida superior.

»Si tú, mi buena y querida Adelgunda, pudieses estar junto a mí, gozarías de la vida realmente bienaventurada que aquí llevamos, en medio de una apacible tranquilidad. Bickert sigue siendo el alegre anciano de siempre. Mi padre y Ottmar son los únicos que de cuando en cuando muestran un humor sombrío; la monotonía de nuestras costumbres no les va a estos hombres, acostumbrados a una vida activa. Alban nos habla con lenguaje pomposo de las tradiciones y de los mitos de la India y del antiguo Egipto y a menudo esto provoca en mí, bajo las frondosas hayas del parque, un sueño invencible y vivificante, del que despierto mucho más animada. Me comparo, entonces, a Miranda en *La tempestad*, de Shakespeare, cuando Próspero procura en vano mantenerla despierta para que pueda escuchar su relato. Recientemente Ottmar me recordaba las palabras de Próspero: «Cede a la fatiga, pues no puedes hacer otra cosa»… «Ahora, mi querida Adelgunda, ya conoces enteramente mi vida interior. Te he contado todo y esto alivia mi corazón. Van unas líneas adjuntas para Hipólito…».

Fragmentos de una carta de Alban a Teobaldo

«… ha quedado atrás. La devoción incluye la piedad y toda acción piadosa es una hipocresía, cuando se hace para engañar al prójimo o para recrearse con el deslumbrante resplandor de la brillante aureola de oro falso, con cuya ayuda se ha coronado santo… ¿No has sentido algunas veces, querido brahmán, elevarse en tu interior ideas que no podías conciliar con las que tienes por justas y prudentes, a causa de la costumbre que te inspiró la caduca moral de las nodrizas? Todas estas dudas contra las lecciones virtuosas de la Madre Oca, todas estas hirvientes inclinaciones que vienen a romperse contra el dique opuesto a su torrente por el sistema de los moralistas, la irresistible tentación de sacudir alegremente en el espacio las rápidas alas de que uno se siente provisto, lanzándose hacia las regiones superiores, son lazos de Satanás, contra los cuales nos previenen los pedantes ascéticos. Debemos cerrar los ojos como niños crédulos para evitar quedarnos ciegos por los deslumbrantes rayos que nos muestra la Naturaleza.

»Cualquier inclinación que nos proponga un objeto superior para ejercicio de nuestras facultades mentales, no debería considerarse ilícita sino, por el contrario, algo inseparable de la naturaleza humana y que cumple los fines de nuestra existencia. ¿Acaso no es otra la finalidad perfecta de la aplicación de nuestras fuerzas físicas y psíquicas?

»Quiero que estés convencido de que yo siento gran consideración por tu vida contemplativa y por los esfuerzos que haces para desentrañar los secretos de la Naturaleza con tu aguda penetración. Pero en vez de obrar como tú, que te complaces en la observación pasiva y callada de la llave de los diamantes, yo la cojo con osadía y atrevimiento y abro las misteriosas puertas, ante las que tú permanecerás por toda la eternidad. Si estás preparado para la lucha, ¿por qué te quedas en esta perezosa quietud? Toda la existencia es lucha y procede de la lucha. En un clima estimulante, los poderosos obtienen el triunfo, y con los vasallos, subyugados, se aumenta su fuerza. Ya sabes, querido Teobaldo, que yo siempre he estatuido esta lucha hasta para el espíritu, y que siempre he afirmado osadamente que hasta la prepotencia espiritual de los hijos mimados de la Naturaleza, el dominio que se arrogan, luego les sirve de alimento y de fuerza para más altos vuelos. Las armas con las que nosotros, los que poseemos fuerza y poder, podemos emprender la lucha espiritual contra el principio subalterno puedo asegurar que están en nuestras propias manos.

»Entonces, ¿cómo es que aquella penetración, aquel completo dominio del principio espiritual, que está fuera de nosotros y que llamamos magnetismo (aunque esta denominación no baste), que procede de una auténtica fuerza física actuante, representa justo lo que queremos saber? Fue precisamente un médico el primero que habló de estos secretos al mundo, secretos que una Iglesia invisible conservaba como

su más valioso tesoro, para utilizarlos como tupido velo, que no podía traspasar la simple mirada de los no consagrados. ¿No es absurdo pensar que la Naturaleza nos ha concedido un talismán maravilloso que nos hace reyes del espíritu, y que podemos curar el dolor de muelas y de cabeza, o lo que sea, con él? No, es el inmediato dominio del principio espiritual de la vida lo que tratamos de obtener por todos los medios, cuando estamos familiarizados con la poderosa fuerza de aquel talismán. Doblegándose ante su hechizo, el espíritu subyugado sólo existe en *nosotros*, y con su fuerza *nos* nutre y fortifica. El foco, en el que todo lo espiritual se reúne, es Dios. ¡Cuantos más rayos se reúnen para formar una pirámide de fuego, más cerca está el foco! ¡Cómo se extienden estos rayos por doquier! Abarcan la vida orgánica de toda la Naturaleza, y es el brillo de lo espiritual lo que anima a las plantas y a los animales. El esfuerzo hacia este dominio es el esfuerzo hacia lo divino, y el sentimiento del poder aumenta en relación de su fuerza el grado de bienaventuranza. ¡La idea de toda la bienaventuranza está en ese foco! Qué mezquinas y despreciables me parecen todas las vanas palabras que se dicen acerca de aquella magnífica fuerza que tienen los consagrados. Se comprende bien que sólo el punto de vista elevado sea la expresión de una íntima consagración, que conduce asimismo a una acción elevada.

»Después de todo esto creerás que soy contrario al empleo de todo medio físico, pero en realidad no es así. Precisamente aquí es donde tanteamos en la oscuridad, ya que no vemos claro la relación de lo espiritual con lo corporal, y podría decir que los medios físicos son como los atributos que el dominador lleva en la mano, aquéllos con los que subyuga a los vasallos desconocidos.

»Yo mismo no sé cómo he llegado a hablar contigo, Teobaldo mío, acerca de un asunto del que siempre hablo de mala gana, pues siento que las palabras vacías sólo tienen peso y consistencia cuando nacen del convencimiento interior de una organización espiritual. Quisiera responder al reproche que me haces de haber seguido una tendencia que va en aumento y haber pecado contra tus opiniones morales, y ahora es cuando me doy cuenta de que te he referido mis relaciones en casa del barón de una manera tan rapsódica, que puede dar lugar a un malentendido. Voy a concederme cierto tiempo para recordar cómo fue mi entrada en la casa, y cuando mi querido y buen brahmán pueda seguirme un instante en la región en que me muevo, entonces quedará limpio de toda culpa.

»Ottmar es uno de estos hombres que, sin carecer de juicio y de razón, y hasta dotado de una viveza entusiasta, abraza con facilidad todo lo que se le presenta de nuevo en el dominio de la ciencia; pero a eso se limitan sus pretensiones, y únicamente adquiere un conocimiento superficial de las cosas, satisfecho de su fuerza interior. Son hombres dotados de inteligencia pero que no profundizan.

»Como ya te he dicho, Ottmar me es muy adicto, y yo, viendo en él al corifeo de una clase de jóvenes sumamente numerosa, sobre todo hoy día, me complazco en divertirme a su costa. Entra en mi habitación con la misma veneración que si fuese el

santuario secreto e inaccesible del templo de Sais, y, como es un discípulo dócil y sumiso, he creído conveniente confiarle algunos juguetes inocentes, que él muestra triunfante a los otros chicos, presumiendo de los favores del maestro. Cuando hube cedido a sus ruegos, acompañándole a las posesiones de su padre, vi en el barón a un hombre caprichoso, acompañado de un viejo pintor humorista y excéntrico, que algunas veces hacía de bufón moralizador y sentimental.

»No recuerdo lo que te dije antes acerca de la impresión que me produjo María, pero en este momento conozco que me sería difícil definirte lo que siento, de tal modo que puedas comprenderme bien… En realidad, ya me conoces y sabes que mis ideas y acciones tienen una tendencia espiritual, que siempre ha sido incomprensible para el vulgo. Tienes que convencerte de que, a pesar de su alta estatura, semejante a una planta magnífica que en su crecimiento se adorna de hojas y flores, tan ricas como delicadas, y de sus ojos azules, dirigidos hacia el cielo, que parecen querer descubrir lo que esconden a nuestras miradas las lejanas nubes… en fin, que a pesar de su angelical belleza una joven como ella jamás podría lanzarme a aquella dulce languidez en que cae un ridículo enamorado…

»Únicamente el descubrimiento instantáneo de una secreta relación espiritual entre mí y María fue lo que me penetró de una sensación verdaderamente extraordinaria. Al mayor placer se junta el irritante aguijón de una rabia secreta nacida de la resistencia que encuentro en María… una fuerza extraña y enemiga retenía su espíritu cautivo y contrariaba mi influencia. Con toda la fuerza de concentración de mi espíritu logré conocer a mi enemigo y entonces me dediqué en una lucha obstinada a reunir en mí, como en un brillante espejo, todos los rayos que brotaban del alma de María.

»El viejo pintor me observaba más que los demás, y parecía adivinar el efecto producido en mí por la joven. Quizá fueron mis miradas las que me traicionaron, pues el cuerpo manda sobre el espíritu de tal modo que el menor de sus movimientos, oscilando entre sus nervios, obra hacia el exterior y modifica las facciones del rostro, al menos la mirada de nuestros ojos. Me divirtió mucho que considerase la cosa de un modo tan trivial; hablaba siempre en mi presencia del conde Hipólito, el prometido de María, y desplegaba delante de mí el variado programa de todas sus virtudes, todo lo cual me incitaba a risa, en mi interior, al ver los afectos dignos de compasión que los hombres abrazan con una pasión tan tonta y pueril; al mismo tiempo me regocijaba conocer esas uniones tan profundas que produce la Naturaleza y poseer poder tan grande para vivificarlas y fecundarlas… Absorber el espíritu de María en mí mismo, toda su existencia, asimilar todo su ser en el mío, de modo que el rompimiento de este íntimo enlace debiese causar su propia aniquilación, tal era la idea de que procurándome una felicidad suprema, al mismo tiempo satisfacía los deseos de la Naturaleza.

»Esta estrecha unión espiritual con la mujer, que es superior a todo goce animal, hasta al más deleitable y elevado, conviene a un sacerdote de Isis, y además ya

conoces mi sistema acerca de esta cuestión.

»La mujer ha recibido de la Naturaleza una organización pasiva en todas sus tendencias. En ese abandono voluntario, en su facilidad, su inclinación a dejarse dominar por un ser extraño, estriba la infantilidad que caracteriza a la mujer cuya conquista y absorción, por sí misma, procuran un placer sin igual. Desde entonces, a pesar de que, como bien sabes, me volví a alejar de las posesiones del barón, permanezco espiritualmente junto a María, y en cuanto a los medios de que me sirvo para acercarme a ella materialmente en secreto, a fin de obrar más eficazmente sobre su voluntad, prefiero no decírtelos, pues son detalles que te parecerían mezquinos, no obstante servir para alcanzar el objetivo propuesto.

»Muy pronto, María cayó en un estado fantástico que Ottmar debió considerar naturalmente como una enfermedad nerviosa, y, así como yo lo había previsto, volví a la casa en calidad de médico.

»María reconoció en mí al mismo que frecuentemente se le había aparecido en sueños, como su soberano en todo el brillo del poder, y lo que hasta entonces había presentido oscuramente, lo vio con los ojos del espíritu con toda claridad. Sólo necesité mi mirada y mi firme voluntad para ponerla en el estado de sonambulismo, que no era otra cosa que sacarla de sí misma y transportar su vida a la esfera superior del dueño. Mi espíritu la acogió y le imprimió el movimiento necesario para huir de la prisión material que la retenía cautiva. Sólo en esta absoluta dependencia de mí pudo María continuar viviendo y permanecer feliz y tranquila… La imagen de Hipólito ya no existe para ella, sino en débiles perfiles, que pronto se desvanecerán ellos mismos como el humo.

»El barón y el viejo pintor me miran con miradas de enemistad, pero es formidable la fuerza de que me ha dotado la Naturaleza. Un extraño sentimiento les obliga a reconocerme como maestro, aun odiándome. Ya sabes de qué rara manera conquisté el tesoro de los conocimientos secretos. Jamás has querido leer este libro, y sin embargo habrías quedado sorprendido de ver en él aclaradas, mucho mejor que en cualquier tratado de física, las raras propiedades de algunas fuerzas de la Naturaleza, y los magníficos resultados de su empleo. Yo no desdeño preparar con cuidado ciertas cosas que podrían llamarse engaño, para que el vulgo se admire y se asuste de lo que mira, con razón, como sobrenatural, ya que el conocimiento de las verdaderas causas destruye solamente la sorpresa mas no el fenómeno.

»Hipólito es coronel en servicio activo; yo no deseo su muerte; puede volver y así mi triunfo será más espléndido, pues la victoria es segura. Aunque el enemigo sea más temible de lo que pienso, puedes creer con confianza que el sentimiento de mi fuerza, etc».

El castillo desierto

La tempestad había pasado y, resplandeciendo con fuego rojizo, el sol poniente penetraba en las sombrías nubes que pasaban raudas, disipándose en blancos vapores. El viento vespertino agitaba sus alas y la marea de perfumes emanados de los árboles, hierbas y flores se esparcía por el aire tibio y puro. Cuando salí del bosque, vi extenderse delante de mí, en medio de los floridos prados del valle, la aldea, cuya cercanía me había señalado el postillón y cuyo paisaje estaba dominado por las góticas torres del castillo, cuyas ventanas brillaban con los rayos del sol como si saliesen llamas de su interior.

Un sonido de campanas y cánticos religiosos llegaron a mis oídos y vi a lo lejos un acompañamiento fúnebre que se dirigía por el camino del castillo al cementerio; al llegar a él, habían ya cesado los cánticos y, conforme al uso del país, se había descubierto el féretro junto a la tumba y el párroco pronunciaba un sermón fúnebre. Al disponerse a cerrar el féretro, me acerqué y miré al difunto. Era un hombre ya de avanzada edad, cuyo rostro sereno y nada descompuesto parecía sumergido en un profundo y tranquilo sueño.

Un viejo campesino dijo muy conmovido:

—Mirad cuan tranquilo descansa nuestro viejo amigo Franz; que Dios me conceda un fin tan religioso. ¡Sí!, bienaventurados los que descansan en el Señor.

Tuve la sensación de que aquélla era la verdadera ceremonia funeraria celebrada por el difunto y, en las piadosas palabras del campesino, vi la más sublime oración fúnebre.

Bajaron el féretro y cuando la tierra empezó a cubrirle, haciendo un sordo ruido, se apoderó de mí una amarga tristeza como si acabasen de meter bajo aquella tierra a mi mayor amigo.

Ya me disponía a subir la colina, en cuya cumbre estaba situado el castillo, cuando el cura se me acercó y le pregunté acerca del muerto que acababan de enterrar. Era el viejo pintor Franz Bickert, que desde hacía tres años vivía en el castillo desierto, del que había llegado a ser el castellano. Tuve deseos de ver el castillo; el sacerdote se había encargado de las llaves hasta la llegada del que presentase los poderes como actual poseedor, y entré, no sin una penosa angustia, en los amplios y vacíos salones, que en otro tiempo habían habitado alegres moradores y que ahora estaban desiertos y en un silencio mortal.

Bickert, durante los tres últimos años que pasó allí como un ermitaño, se había ocupado muy activamente en su arte. Sin la menor ayuda, ni aun para prepararle la mecánica necesaria para sus trabajos, se lanzó a pintar en estilo gótico todo el primer piso en que él ocupaba un aposento. A la primera mirada, se adivinaban ya extrañas alegorías en la fantástica composición que había hecho de los temas heterogéneos,

cuyo empleo motivaban los adornos góticos. Una fea figura de diablo acechando a una doncella dormida se repetía muchas veces. Volé al aposento de Bickert. Su sillón estaba aún a dos pasos de la mesa, en la cual se veía un dibujo empezado, como si el pintor acabase en aquel momento de dejar su trabajo; del respaldo de su sillón colgaba su capote gris y un gorro también gris estaba junto al dibujo… Me parecía que iba a ver entrar al anciano con su rostro complaciente, en el cual ni los padecimientos de la muerte habían dejado huellas, dispuesto a recibir al visitante extranjero con cordial franqueza.

Manifesté al sacerdote el deseo de permanecer algunos días, quizá algunas semanas, en el castillo. Pareció sorprenderle y me dijo que sentía mucho no poder acceder a mis deseos puesto que se debían poner los sellos judiciales para esperar la llegada del poseedor, y que ningún extraño podía vivir en el castillo.

—¿Y si yo fuera el poseedor de estos poderes? —le dije presentándole una escritura muy clara del propietario actual, el barón de F.

Se sorprendió no poco y me hizo mil cumplidos. Pensando que no me gustaría vivir en el castillo desierto, me ofreció un aposento en su casa. Me excusé y permanecí en el castillo, y allí fue donde los papeles que dejara Bickert me dieron ocupación, en mis horas de ocio, del modo más interesante. Pronto descubrí un par de hojas en las que con breves palabras, como corresponde a un diario, encontré la explicación de la catástrofe que aniquiló una rama entera de una familia importante. Todo se explicaba en una carpeta, cuyo contenido llevaba este título humorístico: *Los sueños son espuma*, y en los fragmentos de dos cartas que la casualidad hizo caer en manos del pintor.

Del diario de Bickert

«¡Por San Antonio!, ¿acaso no he luchado contra mil diablos y me he mantenido firme? Cuando se mira a la gente con atrevimiento a los ojos, se aniquilan en polvo y humo… Si Alban pudiese leer en mi alma, vería una hermosa reparación y mis formales excusas por haberle imputado la maldita brujería que mi imaginación demasiado exaltada me representaba en chillones colores, para mi instrucción o para mi mortificación.

»¡Él ha llegado! Fresco, sano, magnífico, floreciente; los rizos de Apolo, la soberbia frente de Júpiter, el ojo de Marte, el aspecto del mensajero de los dioses… ¡sí, en todo el héroe del que Hamlet hace el retrato! María ya no existe en la tierra, se halla en el cielo… Hipólito y María… ¡qué pareja!

»Pero yo no puedo fiarme de él… ¿Por qué se encierra así en su habitación?… ¿Por qué anda toda la noche de puntillas como el asesino que está en acecho? ¡No puedo fiarme de él!… Hasta algunas veces me parece que, rápidamente y sin miramientos, podría atravesarle el corazón con la hoja de mi espada, diciéndole con cortesía: *Pardonnez*! ¡No puedo fiarme de él!

»¡Singular acontecimiento!… Al acompañar por el corredor hasta su habitación a mi viejo amigo, después de una conversación muy sincera en que habíamos abierto nuestro corazón, una figura delgada, con una bata blanca y una luz en la mano pasó por delante de nosotros. El barón exclamó:

»—¡El mayor, Franz! ¡El mayor!

»Sin duda alguna era Alban y seguramente la luz que le alumbraba de arriba abajo, contrayendo aún más sus facciones, le hacía parecer aún más feo. Venía del lado de la habitación de María. El barón se obstinó en ir a verla. Dormía tranquilamente como un ángel puro de los cielos… Mañana es por fin el día tan deseado desde hace mucho tiempo. ¡Dichoso, Hipólito! Pero qué terror me inspira esta aparición, a pesar de todos mis esfuerzos para persuadirme de que era Alban. ¿Pudiera ser que el demonio enemigo, que se aparece al barón desde su juventud, viniese como un genio fatal a amenazarle de un modo visible con alguna desgracia? ¡Pero, alejemos estos sombríos pensamientos! Persuádete, Franz, de que este tejido de sueños espantosos solamente es debido a la turbación de las funciones del estómago… ¿No sería bueno comer *diavolini* para preservarse del malestar de los malos sueños?

»¡Justo Dios!… ¡Ha muerto… ella ha muerto! Debo participar a vuestra Excelencia, para los archivos de la familia, de qué modo ha muerto la hermosa baronesa María. ¡No sirvo para diplomático… y sólo Dios me ha dado un poco de fuerza en la mano para manejar el pincel!… Lo cierto es que, en el momento en que Hipólito abría los brazos para estrecharla en el altar, cayó muerta… ¡Muerta! ¡Lo

demás lo dejo a la justicia divina!

»¡Sí, tú fuiste!… ¡Alban…, astuto demonio! ¡Tú la mataste con tus maniobras satánicas! ¡Que Dios se lo ha revelado a Hipólito! Te fugaste, sigue huyendo… escóndete en el centro de la tierra y la venganza te encontrará para aniquilarte.

»¡No, no puedo disculparte, Ottmar! Tú fuiste quien te dejaste seducir por aquel Satanás, y será a ti a quien Hipólito reclame su adorada… Hoy se han dicho algunas palabras algo duras, el desafío es inevitable.

»¡Hipólito ha sucumbido! ¡Mejor para él! Ahora volverá a verla. ¡Desgraciado Ottmar! ¡Infeliz padre!

»*Exeunt omnes*!… ¡Paz y sosiego a los muertos! ¡Hoy, nueve de septiembre, a medianoche, mi amigo ha muerto en mis brazos!… Yo me siento maravillosamente consolado porque pronto me reuniré con él. La noticia de la sublime expiación de Ottmar, que ha encontrado en un reñido combate la muerte de los héroes, rompe el último hilo que retenía aún mi alma apegada a las cosas terrestres. Es aquí, en este castillo, donde quiero permanecer. ¡Viviré en las habitaciones en que ellos vivieron, aquellos que me han amado…! Con frecuencia oiré sus voces amistosas. ¡Alguna palabra graciosa de la buena y dulce María, alguna broma de mi viejo y constante amigo resonarán en mi corazón como un llamamiento lejano de sus espíritus, y me darán la fuerza y valor para soportar con paciencia hasta el final la carga de la vida!… Ya no hay presente para mí; los felices días del pasado son los únicos que me hacen esperar en la vida futura, que ocupa con frecuencia, con sus brillantes imágenes, mis sueños fantásticos, en los cuales veo a mis amigos queridos llamarme hacia ellos, sonriéndome… ¿Cuándo, cuándo podré reunirme con vosotros?

»¡Al fin voy hacia ellos!

«Don Juan»

Don Juan (1813)

Aventura fabulosa ocurrida a un viajero entusiasta

Una exclamación y un grito agudo que decía: «La función va a empezar» me despertaron de mi profundo sueño; los violones sonaban…, se oía el tamborileo de los timbales…, el sonido de las trompetas…, una nota clara de un oboe…, la voz aguda de los violines; me froté los ojos. ¿Estaba entregado a Satanás? No; estoy en el cuarto del hotel en que me hospedé ayer noche. Encima de mi cabeza cuelga justamente el cordón de la campanilla; tiro de él y aparece el camarero.

—¿Qué demonio significa la música que se oye aquí mismo? ¿Es que hay algún concierto en la casa?

—Excelencia —había bebido *champagne* en la comida—: su excelencia quizá no sabe que este hotel está unido al teatro. Esa puerta que está tapada con una mampara da a un pasadizo que conduce al número 23, que es un palco de los forasteros.

—¿Qué? ¿Teatro? ¿Palco de los forasteros?

—Sí, un palco pequeño, con capacidad para dos o tres personas a lo sumo, sólo para viajeros distinguidos, tapizado de verde, con celosías junto al escenario. Si su excelencia tiene gusto en asistir, hoy damos *Don Juan*, del famoso Mozart, de Viena. El precio de la entrada, un *taler* y ocho *groschen*, se lo cargarán en cuenta.

Esto último lo dijo abriendo la puerta del palco; tan de prisa me dirigí a él en cuanto oí decir *Don Juan*. El teatro, proporcionado al lugar, estaba adornado con gusto y con una iluminación brillante. Los palcos y las butacas, completamente llenos. Los primeros acordes de la obertura me convencieron de que la orquesta era muy buena, y, si los cantantes no estaban a menor altura, iba a pasar un buen rato con la ópera.

En el andante me sentí sobrecogido por la emoción del terrible *regno all pianto*[28]; horribles presentimientos de algo espantoso se apoderaron de mi ánimo. Como un sacrilegio detonante me sonó la trompetería del sexto compás del alegro. Yo veía en una noche oscurísima demonios de fuego alargando sus garras encendidas para alcanzar a los hombres que, descuidados, danzaban alegremente sobre la cubierta liviana del abismo sin fondo. El conflicto de la naturaleza humana con las fuerzas desconocidas y terribles que la rodean aguardando el momento favorable para su perdición se ponía de manifiesto ante los ojos de mi espíritu. Al fin, se calmó la tempestad; el telón se alzó. Frío y apesadumbrado, envuelto en su capa, se adelantó Leporello en la noche oscura, cantando *Notte e giomo faticar*[29]. ¿Italiano? ¿Aquí, en una población alemana, cantaban en italiano? *Ah che piacere*[30]. Iba a escuchar los recitados como los concibió el gran maestro. Salió Don Juan; tras él Doña Ana, detenida por la capa del traidor. ¡Qué aspecto! Podía ser más alta, más esbelta, más

majestuosa, pero ¡qué cabeza! Unos ojos en los que se expresaba el amor, la ira, la desesperación, el odio y lanzaban chispas como si estuvieran abrasados por dentro por un fuego inextinguible. El cabello negro, suelto, flotaba en ondas rizadas por la espalda. La blanca túnica envolvía su figura dejando entrever su encanto supremo. El corazón late con violencia, conmovido por el hecho criminal. ¡Y qué voz! *Non sperar se non m'uccidi*[31]. A través del estruendo de los instrumentos se escucha como si fuera metal etéreo fundido. Es inútil que Don Juan trate de separarse. ¿Lo desea realmente? ¿Por qué no la empuja con decisión y se escapa? ¿Es que la mala acción le ha dejado inerme o la lucha del amor con el odio le quita el valor y la fuerza? El padre ha pagado con su vida la locura de echarse encima del poderoso enemigo en la oscuridad. En un recitado Don Juan y Leporello se adelantan hacia el proscenio. Don Juan se desemboza y aparece ricamente vestido de terciopelo rojo acuchillado con bordados de plata. Es una figura hermosa; el rostro es de belleza varonil; la nariz, prominente; los ojos, expresivos; los labios, finos; las arrugas de la frente le dan a ratos un aspecto mefistofélico a su fisonomía, el cual, sin quitarle nada de su belleza, le confiere cierta expresión de horror. Parece como si fuera capaz de ejercer el arte de la serpiente de cascabel[32]; como si las mujeres, al verlo, no pudiesen apartar la vista de él y fatalmente hubiesen de correr a su perdición atraídas por una fuerza misteriosa. Alto y seco, con su casaca a rayas blancas, una capa corta roja, sombrero blanco con pluma encarnada, Leporello caracolea alrededor suyo. En los rasgos de su fisonomía se mezclan extrañamente la bondad, la pillería, la avaricia y la insolencia irónica. Las cejas negras contrastan violentamente con la cabeza y la barba grises. Se advierte que el viejo merece ser el criado de Don Juan. Por fortuna, han desaparecido tras la muralla… Antorchas. Doña Ana y Don Octavio se presentan en escena. El último es un jovenzuelo guapo, muy compuesto y relamido, de veintiún años a lo sumo. Como novio de Doña Ana, y para poder llamarlo tan pronto, debe de vivir en la casa; al primer ruido que ha oído acude a salvar al padre, pero se ha tenido que componer y no debe de agradarle mucho salir por la noche. *Ma qual mai s'offre, o dei, spectacolo funesto agli ochi miei*[33]!.

Algo más que desesperación por el horrendo crimen se advierte en los recitados y en los dúos. El atentado horroroso de Don Juan, que amenaza con perderle y que a su padre le ha costado la vida, no puede ser únicamente lo que inspira aquellas notas: tienen que ser hijas de una lucha desesperada y a muerte en el fondo del alma.

La seca Doña Elvira, que aún conserva trazas de una belleza pasada, vitupera al traidor Don Juan, diciéndole: *Tu nido d'inganni*[34], y el compasivo Leporello conviene con ella: *Parla come un libro stampato*[35]. En este momento, observo que a mi lado o detrás de mí hay alguien. Sin duda, se ha abierto la puerta del palco y se ha colado una persona…, siento frío en el corazón. ¡Me hallaba tan feliz solo en el palco para poder apreciar a mi gusto las bellezas de la obra maestra y dejarme arrastrar por ellas! Una sola palabra, que además sería una vaciedad, me hubiera arrancado dolorosamente de la exaltación poeticomusical de aquel delicioso momento. Decidí

no darme por enterado de la presencia de mi vecino, y, atento a la representación, no hacer caso de cualquier palabra ni aun de una mirada. Apoyada la cabeza en la mano y volviendo la espalda al vecino contemplaba la escena. La marcha de la representación respondía al magnífico comienzo. La pequeña, maliciosa y enamorada Zerlina consolaba con las notas más armoniosas y tiernas al bondadoso y torpe Masetto. Don Juan expresaba su desprecio por las gentecillas que le rodeaban, sólo atentas a su placer, en el aria salvaje *Fin ch'han dal vino*[36], sin recatarse para nada. Y fruncía el ceño más que nunca. Aparecieron las máscaras. El terceto es una oración que se eleva al cielo en brillantes acordes. Se levantó el segundo telón. La escena es alegre: los vasos entrechocan, los campesinos y las máscaras, atraídos por Don Juan, danzan y bromean. Se presentan los tres juramentados para la venganza. La alegría aumenta hasta que el baile se descompone. Zerlina se salva y, en el final, Don Juan ataca con la espada desenvainada a sus enemigos. Arrebata de las manos la pulida espada al novio y se abre paso en medio del tumulto general; como el valiente Orlando, después de sembrar el desorden en el ejército del tirano Cimorco, aprovechó el desorden para ponerse a salvo[37].

Varias veces creí sentir detrás de mí un aliento suave y tibio y el ruido de un traje de seda, lo cual me hizo suponer la presencia de una mujer; pero, absorto en el mundo de la poesía que la ópera representaba ante mis ojos, no me fijé en ello. Ahora que habían bajado el telón dirigí la vista a mi vecina. No, no hay palabras que expresen mi asombro: Doña Ana, con el mismo traje con que la viera en escena, estaba detrás de mí y me dirigía su mirada expresiva. Mudo la contemplé: su boca se plegó —al menos así me lo pareció a mí— en una sonrisa irónica, con la que yo me vi en ridículo. Sentí la necesidad de hablarle y no logré que mi lengua, paralizada por el asombro y, casi puedo decirlo, por el miedo, articulase una sola palabra. Al fin, casi involuntariamente, dije:

—¿Cómo es posible que esté usted aquí?

A lo que ella, en un toscano puro, respondió que si yo no hablaba italiano tendría que renunciar al placer de mi conversación, pues no sabía otro idioma. Sus palabras sonaban como música. Al hablar, aumentaba la expresión de sus ojos oscuros, y cada uno de sus destellos encendía fuego en mi interior, abrasando mis pulsos y estremeciendo todas mis fibras. Indudablemente era Doña Ana. No comprendía cómo podía estar al mismo tiempo en mi palco y en el escenario. Así como en un sueño feliz se unen las cosas más extrañas y llega a comprenderse lo suprasensible, dándole sin vacilar las apariencias de la vida natural, así yo, al lado de aquella encantadora mujer, caí en una especie de sonambulismo en el que reconocí las relaciones secretas que tan íntimamente me unían a ella, y que no se habían debilitado en lo más mínimo con su aparición en el teatro. Con cuánto gusto te repetiría, querido Teodoro[38], cada una de las palabras de la encantadora conversación que sostuvimos la señora y yo; pero al tratar de traducir lo que ella dijo en simpático toscano encuentro que las palabras son sosas y frías y las frases incompletas.

Al hablar de Don Juan y de su papel me pareció que se descubrían por primera vez para mí los secretos de la obra maestra, pudiendo ver claro un mundo lleno de fantásticas apariciones. Me dijo que su vida era la música, y a veces creía comprender cantando cosas que no tenían sentido habladas.

—Sí, lo comprendo perfectamente; pero alrededor mío todo es frialdad y muerte —continuó diciendo con los ojos brillantes y levantando la voz—, y cuando aplauden un trozo bien cantado, un momento feliz, parece que una mano de hierro me oprime el corazón. Pero tú…, tú me comprendes; yo sé que también tú has visitado el reino de lo maravilloso, donde reside el encanto celestial de las notas.

—Pero, mujer deliciosa…, ¿tú…, tú me conoces?

—¿No se expresa la locura fascinadora del amor en el papel de tu nueva ópera, y no es ella el reflejo de tu espíritu? Yo te he comprendido; tu alma se ha unido a la mía. Sí —aquí pronunció mi nombre—, te he cantado, confundiéndome yo misma con tus melodías.

La campanilla del teatro sonó; una rápida palidez cubrió las mejillas sin pintar de Doña Ana; se llevó la mano al corazón, como si se sintiese acometida por un dolor repentino, y dijo en voz baja:

—Desgraciada Ana, ahora vienen los momentos terribles para ti.

Y desapareció del palco.

El primer acto me había entusiasmado; pero después del extraño suceso, la música me hizo un efecto distinto y extraño. Me pareció que llegaba la realización de los más hermosos sueños y como si los anhelos más secretos del alma, recogidos en notas, adquiriesen formas extraordinarias.

En la escena de Doña Ana me sentí agitado por algo semejante a un aliento suave y dulce que se deslizaba en torno mío invadiéndome de una voluptuosidad embriagadora; involuntariamente mis ojos se cerraron y me pareció que un beso ardiente abrasaba mis labios; pero este beso era una nota sostenida en la que flotaba una pasión ardiente.

El final es de alegría criminal. *Gia la messa è preparata*[39]. Don Juan está charlando amistosamente con dos muchachas y descorcha una botella tras otra con objeto de dar libertad a los espíritus de la alegría, que están encerrados herméticamente. La escena representaba una habitación pequeña con una gran ventana en el fondo, por la cual se descubre la oscuridad de la noche. Mientras Elvira recuerda sus juramentos al infiel, se ven por la ventana los relámpagos y se oye el ruido sordo de la tormenta. Al fin llaman con violencia. Elvira y las cuatro muchachas desaparecen, y, en medio de los acordes más tumultuosos, se presenta el coloso de mármol, ante el cual queda Don Juan en actitud de pigmeo. El suelo tiembla bajo las pisadas del gigante. Don Juan lanza sus No terribles en el fragor de la tormenta, entre el estruendo del trueno y los alaridos del demonio: ha llegado la hora de la ruina. La estatua desaparece; un vapor espeso llena el aposento, y de él salen fantasmas horribles. Torturas infernales acometen a Don Juan, el cual se ve de cuando

en cuando entre los demonios. Una explosión como si estallasen mil truenos… Don Juan, los demonios, han desaparecido no se sabe cómo. Leporello yace sin sentido en el extremo de la habitación. Con satisfacción inmensa se ve aparecer a los demás personajes, que buscan en vano a Don Juan, sustraído a la venganza por fuerzas ultraterrenas: parece como si se hubiera escapado del círculo espantoso del espíritu infernal. Doña Ana aparece cambiada por completo: una palidez de muerte cubre sus mejillas, sus ojos están apagados, la voz temblona y desigual; pero, por ello mismo, más conmovedora en el dúo con el novio, que, una vez libre de las iras del vengador, quiere celebrar las bodas a toda prisa.

El coro en fuga redondeó el conjunto y yo me dirigí a mi cuarto en un estado terrible de exaltación. El camarero me avisó para ir a comer y lo seguí mecánicamente. La concurrencia era muy distinguida y la conversación general giró sobre el *Don Juan* que acababa de representarse. Se alababa a los italianos y su emocionante modo de trabajar, aunque de cuando en cuando se oía alguna observación más o menos maliciosa que, sin embargo, no alcanzaba al espíritu de la ópera de las óperas. Don Octavio gustó mucho. Doña Ana había parecido demasiado apasionada. Según el que hablaba, en el teatro debía evitarse lo demasiado emocionante. El relato de la sorpresa le había consternado verdaderamente. Y tomando una pizca de rapé miró de un modo estúpido a su vecino, el cual dijo que la italiana era muy guapa, pero muy descuidada en el traje y en los adornos; en esa misma escena, se le había deshecho un tirabuzón que le desdibujó por completo el perfil. Otro empezó a tararear en voz baja el aria *Fin ch'han dal vino*, a lo que una señora observó que el que menos le había gustado era Don Juan, porque los italianos eran demasiado sombríos, demasiado serios y no habían comprendido bien los caracteres alegres y frívolos. La explosión final fue muy celebrada. Cansado de la charla insustancial me metí en mi cuarto.

En el palco número 23, el de los forasteros

¡Qué estrecho y qué angustioso encontré aquel reducido recinto! A media noche creí oír tu voz, querido Teodoro. Pronunciaste mi nombre, y me pareció que arañaban en la mampara. ¿Qué me impide visitar otra vez el lugar de mi aventura maravillosa? Quizá allí te vea a ti y a ella, que llena todo mi ser. ¡Qué fácil es trasladar la mesita…, dos candelabros… y recado de escribir! El camarero me busca con el ponche que yo le había pedido, encuentra vacía la habitación, se dirige a la puerta excusada, entra tras de mí en el palco y me mira con expresión de duda. A una seña mía deja la bebida sobre la mesa y se aleja, mirándome con curiosidad, pero sin decidirse a formular la pregunta que tiene en los labios. Volviéndole la espalda me apoyo en la barandilla del palco y contemplo el amplio local, completamente vacío, cuya arquitectura adquiere un aspecto raro y fantástico bajo los reflejos de mis dos luces. El telón se mueve por la corriente del aire. ¿Y si se levantara? ¿Si Doña Ana apareciese, asustada por los fantasmas? «¡Doña Ana!», exclamo involuntariamente.

La exclamación resuena en el local desierto y los espíritus de los instrumentos de la orquesta se despiertan… Una nota tiembla en el espacio como si en ella revolotease el nombre amado. No logro defenderme de un secreto estremecimiento, que, sin embargo, ejerce una influencia beneficiosa en mis nervios.

Soy dueño de mí mismo, y me encuentro dispuesto, mi querido Teodoro, a indicarte, por lo menos, lo que creo haber apreciado de la hermosa obra del divino maestro en su carácter profundo. Sólo el poeta comprende al poeta; sólo un espíritu romántico puede compenetrarse con lo romántico; sólo el espíritu poético exaltado, que en el templo recibió la consagración, puede comprender lo que el consagrado expresa en el momento de la exaltación. Si se estudia la poesía, el *Don Juan*, sin darle una significación profunda, sin tener en cuenta más que la parte histórica, apenas se comprende cómo Mozart pudo componer aquella música y darle una expresión tan poética. Un desahogado a quien le gustan sobremanera el vino y las mujeres, que de un modo provocador invita a su mesa alegre a la estatua que representa al anciano padre a quien ha matado en defensa propia…, en realidad no tiene nada de poético, y, mirándolo bien, tal hombre no es digno de que las fuerzas ultraterrenas lo señalen como favorito del infierno, ni de que la estatua, animada por el espíritu divino, baje del caballo para exhortarle a la penitencia en el último momento, ni de que al fin el demonio envíe uno de sus mejores secuaces para trasladarle a su reino con toda pompa. Puedes creerme, querido Teodoro: Don Juan fue dotado por la Naturaleza, como hijo predilecto, con todas las cualidades que hacen a los hombres asemejarse a los dioses, elevándolo sobre el nivel común, sobre los moldes corrientes, que sólo

suelen ser como ceros dispuestos para colocar ante ellos un número cualquiera, y lo destinó a vencer y a dominar. Un cuerpo fuerte y hermoso; una organización que siente todos los anhelos de lo más alto; un espíritu profundo; una inteligencia clara. Pero las consecuencias terribles del pecado son las que dejan en poder del enemigo la fuerza para acechar a los hombres y colocarles trampas, con las que él tropieza en su lucha por lo más alto, demostración de su origen divino. El conflicto de las fuerzas celestiales con las infernales da origen a la noción de lo terreno, así como la victoria ganada es causa de la noción de la vida supraterrena. Don Juan se sentía fascinado por todos los atractivos de la vida, a que le conducían su organización corporal y espiritual, y un anhelo ardiente y eterno, que hacía correr su sangre ardiente por sus venas, le empujaba a correr insensato tras todas las cosas brillantes del mundo, esperando hallar al fin la satisfacción. No hay nada en el mundo que eleve tanto al hombre como el amor; él es el que, obrando oculto y con energía, revuelve y pone de relieve todos los elementos del ser humano; no tiene nada de extraño, por lo tanto, que Don Juan esperase acallar en el amor el ansia que destrozaba su pecho y que el demonio se aprovechase para echarle el lazo. Al espíritu de Don Juan le inspiró el enemigo eterno, la idea de que por medio del amor, de la posesión de la mujer, podía satisfacerse sobre la tierra lo que vive en nuestro pecho como celestial promesa y es el infinito anhelo que nos pone en relación directa con lo sobrenatural. Volando de una mujer hermosa a otra más hermosa hasta el hastío, hasta gozar de sus encantos en una borrachera destructora, creyendo siempre equivocada la elección, esperando siempre hallar la satisfacción del ideal, Don Juan llegó al fin a encontrar la vida sosa y sin atractivos, y mientras despreciaba a los hombres, se revolvía contra la representación que, considerada por él como lo más alto en la vida, lo engañara tan cruelmente. Ya no miraba a la mujer como la satisfacción de sus sentidos, sino como un medio de venganza de la Naturaleza y del Creador. Un profundo desprecio por la manera corriente de ver las cosas, por encima de la cual se consideraba, y un desdén aún mayor hacia los hombres que en sus amores felices, en sus uniones burguesas, no podían pensar ni en lo más mínimo en la satisfacción de los deseos nobles que la naturaleza traidora puso en nuestro ser, lo empujaban a revolverse y a tratar de hacer daño principalmente a esos seres desconocidos que, satisfechos de su suerte, le parecían malvados y monstruos que obraban en contra suya, llegando a salirles al encuentro, agresivo, siempre que se presentaba la ocasión. La seducción de una novia amada, un golpe asestado a la felicidad de un amante, es siempre un gran triunfo sobre esa fuerza enemiga que lo sacan de la estrechez de la vida…, que lo ponen por encima de la Naturaleza…, del Creador. Él, efectivamente, quiere salirse de la vida, pero para precipitarse en el infierno. La seducción de Ana, con todas las consecuencias, es el summum de su aspiración.

Doña Ana representa, en cuanto a las altas preferencias de la Naturaleza, lo contrario de Don Juan. Así como éste por origen es un hombre fuerte y hermoso, ella es una mujer divina, sobre cuya alma para nada pueden las asechanzas del demonio.

En cuanto Satanás ha consumado su perdición no se hace esperar, por designio del Cielo, la venganza. Don Juan invita en tono de burla a un banquete alegre a la efigie del asesinado anciano, y el espíritu transfigurado, que ve al hombre caído en el pecado, se aflige por él y no se desdeña de tomar un aspecto terrible para exhortarle a la penitencia. Pero su alma está tan pervertida, tan destrozada, que ni la bendición del Cielo logra llevarle la menor esperanza ni encaminarlo hacia el bien.

Habrás comprendido, querido Teodoro, que hablaba de la seducción de Doña Ana, y en este momento en que, sumido en mis ideas, me sobran las palabras, te diré lo más sucintamente posible que la música sola, sin el menor recuerdo del texto, me puso de relieve todas las circunstancias de la lucha de las dos naturalezas contrarias de Don Juan y de Doña Ana… ¿Será que Doña Ana estaba destinada por el Cielo a hacerle descubrir por medio del amor, que hasta aquel instante sólo le sirviera de perdición, sus cualidades divinas y arrancarle a la desesperación de sus esfuerzos inútiles? Demasiado tarde, en el momento del mayor de sus crímenes, la vio y no tuvo otro placer que perderla. No se pudo salvar. Cuando Don Juan huyó, el hecho estaba consumado. El fuego de una sensibilidad sobrenatural, fuego del infierno, inundó todo su ser e hizo imposible toda resistencia. Sólo él, sólo Don Juan, podía engendrar en Doña Ana la voluptuosa locura con que le abrazaba, haciéndole pecar con toda la furia arrolladora e irresistible de los espíritus infernales. Cuando después de cometida la hazaña quiso huir, entonces, Doña Ana se sintió atormentada por la idea insistente y terrible de su perdición, que se le aparecía como un monstruo horroroso, que destilase veneno… La muerte de su padre a manos de Don Juan; su unión con el frío, inhumano y ordinario Don Octavio, al cual un día creyó amar…, la misma llama amortiguada de su amor, que en el fondo de su alma existía, y en los momentos de placer se avivaba para arder con todo el ímpetu del odio inextinguible, todo esto le destrozaba el pecho. Comprendía que sólo la muerte de Don Juan lograría librarla de aquel martirio y llevar la paz a su alma; pero esta paz había de ser también su muerte terrena… Por lo tanto, excitaba a su novio a la venganza; perseguía por sí misma al traidor, y no comienza a recobrar la tranquilidad hasta que las fuerzas infernales no lo han arrastrado al infierno…; aun entonces no quiere ceder a las instancias del novio, deseoso de celebrar la boda. *Lascia, o caro, un anno ancora, allo sfogo del mio cor*[40]. No había de vivir ese año. Don Octavio no sería nunca el esposo de aquella hermosa a la que la piedad salvaría de ser eternamente la esposa de Satanás.

Todas estas sensaciones las sentía yo en lo profundo de mi alma a los tristes acordes de los recitados y en el relato de la sorpresa nocturna. La misma escena de Doña Ana en el segundo acto, Crudele, que vista por encima parece referirse a Don Octavio, expresa en sus secretas acusaciones, en admirables reflejos de su espíritu, toda la dicha terrena de que está poseída su alma. Lo cual asimismo está expresado en la frase del poeta, quizá dicha sin darse cuenta exacta de su significación: *Forse un giorno il Cielo ancora sentirá pietà di me!*[41].

Sonaron las dos. Una sacudida eléctrica recorrió todo mi ser…, aspiré un suave aroma de un perfume italiano muy fino, el mismo que antes me hizo aspirar mi vecina; entonces me sentí invadido por una sensación deliciosa, que consideré imposible expresar de otro modo que con notas musicales. El aire se hizo más perceptible en el salón…, comenzó a oírse a lo lejos la orquesta, que suavemente atacaba las notas, y la voz de Doña Ana, que cantaba: *Non mi dir bell'idol mió*[42]!. ¡Ábrete, reino de los espíritus…, tu Dschinnistan[43], lleno de maravillas, donde se hallan las delicias de la tierra prometida! ¡Déjame penetrar en el recinto de las visiones divinas! Que el sueño, que tan pronto se aparece a los hombres como mensajero de alegría o de horrores, me conduzca, cuando mi cuerpo se halla preso bajo las ataduras del sopor material, a la región etérea.

Conversación sostenida en la mesa, que va a modo de apéndice

Un hombre serio, con una tabaquera en la mano y tamborileando en la tapa con los dedos:

—Es una cosa fatal que no podamos oír ya una ópera como es debido. De todo tiene la culpa la exageración.

Uno con cara de mulato:

—Es verdad; ya lo he dicho yo muchas veces. El papel de Doña Ana es muy sugestivo. Ayer estaba como iluminada. Durante todo el entreacto estuvo desmayada, y en la escena del segundo acto tuvo un ataque de nervios.

Un insignificante:

—Dice usted…

El de cara de mulato:

—Sí, un ataque de nervios, y no se pudo marchar del teatro.

Yo:

—Por Dios…, ¿será cosa de cuidado? ¿Volveremos a *oír* a la *signora*?

El hombre serio de la tabaquera, tomando un poco de rapé:

—Es muy difícil, pues la *signora* ha muerto esta madrugada, a las dos en punto.

La aventura de la Noche de San Silvestre

Die Abenteuer der Sylvesternacht (1815)

Prólogo del editor

El viajero entusiasta de cuyo diario se pone a conocimiento del lector una nueva fantasía a la manera de Cállot, hace tan pocas diferencias evidentemente entre su vida interior y su vida exterior, que apenas si es posible distinguir las fronteras que se paran una de la otra. Pero justamente porque tú, querido lector, no percibes con claridad esa frontera, el visionario tal vez te hará cruzarla sin que te des cuenta, y acaso pronto te encuentres en el desconocido reino mágico cuyos extraños habitantes se introducen en tu vida exterior y te tutean como viejos conocidos. Te pido de todo corazón, querido lector, que los tomes como tales, y que entregado totalmente a su hacer maravilloso, quieras sobreponerte a algún ligero escalofrío que puedan provocarte al apoderarse de ti con mayor intensidad.

¿Qué más puedo hacer por el viajero entusiasta, a quien le han sucedido tantas cosas extrañas y fantásticas en todas partes, y así también en Berlín, durante la noche de San Silvestre?

I

La amada

Tenía la muerte, la muerte helada en el corazón; sí, desde lo más hondo punzaba mis nervios ardientes como con agudos carámbanos de hielo. Salí corriendo hacia la noche oscura y tormentosa olvidando mi capa y mi sombrero en el salón. Las veletas rechinaban; era como si el tiempo estuviera haciendo girar ruidosamente su eterno y terrible engranaje; como si al cabo de un momento el año viejo fuera a despeñarse como una pesada carga hacia el oscuro abismo.

Bien sabes ya que estos días de Navidad y Año Nuevo que tanta alegría despiertan en toda la gente, a mí siempre me arrebatan de mi tranquilo refugio arrojándome a un mar agitado y tumultuoso. ¡Navidad! Días de fiesta que durante tanto tiempo brillaron para mí con sus luces alegres. Ya no puedo seguir esperando — soy más bueno, más niño que durante todo el resto del año; ningún pensamiento maligno alimenta mi pecho abierto a la verdadera dicha celestial; vuelvo a ser el niño que grita jubilosamente. Dulces rostros de ángeles me sonríen desde las policromas tallas de madera de las tiendas navideñas, y por entre la muchedumbre rumorosa de las calles se deslizan como desde la lejanía las melodías sagradas del órgano: «¡Porque un niño ha nacido!».

Pero después de la fiesta todo vuelve a quedar en silencio; las luces se diluyen en la turbia oscuridad. Cada año caen más y más flores marchitas; su semilla se extinguió para siempre y ya no encenderá el sol de la primavera nueva vida en las ramas secas. Bien lo sé. Pero cuando el año está por terminar, los espíritus enemigos me lo recuerdan sin cesar con solapada malicia.

«Mira», escucho susurrar en mis oídos, «mira cuántas alegrías se han alejado este año de ti, que ya nunca regresarán. Pero a cambio de ello, eres más inteligente, y ya no te interesan aquellas tontas diversiones. ¡Estás convirtiéndote en un hombre serio sin alegrías!».

Pero para la noche de San Silvestre el diablo siempre me reserva alguna jugada especial. Sabe clavar en el momento preciso sus afiladas garras en mi pecho con una mueca horrenda, y se ceba con la sangre que entonces mana. Siempre encuentra quien le ayude, y ayer fue el Consejero de Justicia, que lo hizo muy bien.

En su casa (la del Consejero) siempre se reúne mucha gente en la noche de fin de año y él se empeña en prepararle a cada uno una alegría especial para el Año Nuevo; pero es tan torpe, que todo lo que había ideado trabajosamente para provocar alegría se trueca en cómico dolor. Cuando entré al vestíbulo, el Consejero me salió al paso rápidamente impidiendo que yo entrara al santuario de donde llegaba el aroma del té

y del fino tabaco. Parecía muy contento, y lanzándome una mirada maliciosa me sonrió de manera muy extraña mientras me decía: «¡Amiguito, amiguito! En la sala lo espera una deliciosa sorpresa para la linda noche de San Silvestre. ¡No vaya a asustarse!».

Aquellas palabras me llegaron al alma despertando en mi interior oscuros presentimientos; me sentía angustiado, atemorizado. Las puertas se abrieron, entré rápidamente, y en medio de las señoras sentadas en el sofá, me deslumbró su presencia. Era ella, ella en persona, a quien no veía desde hacía muchos años. Los momentos más dichosos de mi vida cruzaron por mi alma como un rayo de luz poderoso y abrasador: ¡no más pérdida mortal, aniquilada toda idea de separación!

Por qué maravillosa casualidad estaba ella; qué circunstancia la había conducido a la reunión del Consejero, de quien yo no sabía que la conociera: en todo eso no pensé. —¡Volvía a tenerla!—. Me quedé allí sin poder moverme, tomó capturado por un repentino hechizo. El Consejero de Justicia me dio una ligera palmada: «¿Y bien, amiguito?», me dijo. Avancé mecánicamente, pero sólo la veía a ella, y del pecho oprimido brotaron penosamente estas palabras: «¡Dios mío, Dios mío! Julia[44] aquí». Enseguida que llegué a la mesa de té Julia me vio. Se levantó y me dijo con una voz casi desconocida: «Me alegra mucho verlo aquí. ¡Tiene usted muy buen aspecto!», y volvió a sentarse, preguntándole a la señora que estaba a su lado: «¿Hay algo interesante en el teatro la semana que viene?».

Te acercas a la flor maravillosa que ves resplandecer entre dulces aromas, pero no bien te inclinas para contemplar de cerca su semblante adorable, sale de entre las hojas brillantes un basilisco frío y escurridizo y quiere aniquilarte con la mirada. ¡Eso era lo que acababa de sucederme! Me incliné con torpeza ante las otras señoras, y para que además de venenoso todo resultara también absurdo, al retroceder rápidamente volqué sobre el Consejero de Justicia que estaba parado detrás de mí la taza de té humeante que tenía en la mano sobre el *jabot* delicadamente plisado. Todo parecía dispuesto para provocar en mí el consiguiente ataque de rabia, pero yo traté de calmarme en mi resignada desesperación. Julia no se había reído; mis miradas trastornadas se posaron en ella y fue como si llegara hasta mí un rayo del maravilloso pasado, de aquella vida de amor y de poesía.

Alguien empezó en ese momento a tocar algunas fantasías en el piano del cuarto vecino, lo que conmovió a toda la concurrencia. Se dijo que se trataba de un gran músico desconocido llamado Berger[45], que ejecutaba divinamente y al que había que escuchar con atención. «¡No hagas tanto ruido con las cucharas, Mina!», exclamó el Consejero, y con un suave ademán señalando hacia la puerta y un dulce «¡Eh bien!», invitó a las señoras a acercarse al músico. También Julia se había puesto de pie y se dirigía lentamente al salón de al lado. Toda su figura tenía algo extraño; me pareció más grande, más formada que antes, con una belleza casi voluptuosa. El corte peculiar de su vestido blanco con pliegues, que sólo ocultaba a medias el pecho, los hombros y la nuca, con mangas amplias hasta los codos y el cabello partido en la

frente y recogido con abundantes trenzas por detrás, le daban un aire antiguo. Tenía casi el aspecto de aquellas vírgenes de los cuadros de Mieris[46] —y sin embargo, ya intuía vagamente haber visto antes, en algún sitio, a aquel ser en que Julia se transformara—. Se había quitado los guantes, y tampoco faltaban los primorosos brazaletes ceñidos a las muñecas para convocar con colores todavía más vivos aquel oscuro recuerdo, a través de la identidad absoluta de su atuendo.

Julia se volvió hacia mí antes de pasar al otro salón, y me pareció que el rostro angelical, delicado y fresco, se desfiguraba en una mueca grotesca; sentí algo espantoso, terrible, como una convulsión que estremeció todos mis nervios.

“¡Oh, toca maravillosamente!” —susurró una señorita exaltada por la dulzura del té, y no sé cómo, de repente la tuve del brazo y la llevaba, o, mejor dicho, ella a mí, hacia el salón vecino. En ese instante, Berger hacía rugir el huracán más violento; los poderosos acordes ascendían y bajaban como bramantes olas del mar. ¡Eso me hacía sentir muy bien!

De repente, Julia estuvo a mi lado y me decía con la voz más dulce y adorable: «¡Cómo me gustaría que estuvieras tú sentado al piano, y cantaras suavemente las pasadas alegrías y esperanzas!». El espíritu maligno había huido de mí, y en el único nombre de Julia quise expresar toda la dicha celestial que en aquel momento me embargaba.

Otras personas que se metieron entre nosotros la habían alejado. Era evidente que huía de mí, pero pronto pude acercarme hasta rozar su vestido, hasta respirar su aliento, .y ante mí se reveló con brillantes colores el tiempo de la pasada primavera.

Berger había dejado que el huracán se calmará; el cielo se había despejado y como pequeñas nubecitas doradas del amanecer lo surcaban apacibles melodías que se disolvían en el *pianissimo*.

El maestro fue calurosa y merecidamente aclamado; la concurrencia empezó a moverse y a mezclarse, y así fue que de repente estaba yo otra vez al lado de Julia. El espíritu se hizo más poderoso en mi interior; quise retenerla, abrazarla enloquecido por el sufrimiento de mi amor, pero el maldito semblante de un criado diligente se metió entre nosotros y, con una enorme bandeja en la mano, exclamó en tono realmente desagradable: «¿Desea usted?». En medio de los vasos llenos de humeante *punch*, había una copa delicadamente tallada, llena al parecer de la misma bebida. Cómo fue que ella llegó a estar allí, entre todos los vasos comunes, lo sabe mejor que nadie aquél a quien poco a poco voy conociendo; hace un firulete con el pie, como Clemente en el Octaviano[47], y le gustan muchísimo los tapaditos y las plumas rojas. Julia tomó aquella copa tallada de extraño brillo, y me la ofreció diciendo «¿Todavía te sigue gustando tanto tomar el vaso dé mi mano?». «Julia… Julia», suspiré yo. Al tomar la copa acaricié sus delicados dedos; llamas de fuego se encendieron en todas mis venas y arterias —bebí y bebí—, sentía como si pequeñas llamitas azules crepitaran deslizándose por el vaso y por mis labios. La copa estaba vacía, y sin saber cómo, me encontré de pronto sentado en una otomana, en un gabinete iluminado tan

sólo por una lámpara de alabastro, y Julia… Julia estaba a mi lado, mirándome con aquella ingenuidad infantil de siempre. Berger estaba otra vez sentado al piano; tocaba ahora el andante de la sublime sinfonía en mi bemol mayor, de Mozart, y en las alas de aquella melodía se conmovió y fue más intenso todo el amor y el placer de mi vida más luminosa. Sí, era Julia… Julia misma, suave y bella como un ángel… Nuestras palabras, nostálgicas quejas de amor, más mirada que palabras. Su mano reposaba en la mía.

«¡Nunca más voy a dejarte; tu amor es la chispa que arde en mí encendiendo una vida superior en el arte y en la poesía!… Sin ti… sin tu amor, todo está muerto, inmóvil. Pero ¿acaso no has venido para ser eternamente mía?».

En ese instante entró al gabinete un hombrecito torpe, con patitas de araña y ojos saltones de sapo, y exclamó chillando horriblemente y con una risita estúpida «¿Dónde cuernos se metió mi esposa?». Julia se levantó y dijo con una voz extraña: «¿Por qué no va usted a la reunión? Mi esposo me está buscando… Estuvo usted muy divertido, querido, siempre con el mismo buen humor de otros tiempos; pero, sea mesurado con la bebida». El hombrecito con patas de araña la tomó de la mano y ella lo siguió riéndose al salón.

«¡Perdida para siempre!» —exclamé—. «Sí, claro, Codille, querido», cacareó una bestia que jugaba a ser humana. Salí corriendo entonces hacia la noche oscura y tormentosa.

II

Los personajes en la taberna

Caminar bajo los tilos suele ser muy agradable, pero no en la noche de San Silvestre con un frío espantoso y una tormenta de nieve. Eso pensé cuando sin sombrero ni capa comencé a sentir escalofríos en medio de un ardor afiebrado. Crucé el puente de la ópera, pasé por el palacio, doblé en una esquina, atravesé el puente de esclusas y la Moneda. Estaba sobre la Jaegerstrwe junto a lo de Thiermann[48]. En las salas ardían luces alegres; iba a entrar porque tenía mucho frío y ganas de tomarme un buen trago de algo fuerte. En el mismo momento salía de allí un grupo de jóvenes muy alegres. Hablaban de sabrosas ostras y del buen Eilfer[49].

«¡Tenía razón!», exclamó uno de ellos, un oficial lancero según pude apreciar a la luz de los faroles, «¡claro que tenía razón aquel tipo que el año pasado se enojó con aquellos condenados que no querían reconocer que el Eilfer era mejor que el Anno 1794!». Todos reían a carcajadas. Yo había avanzado algunos pasos más sin darme cuenta; me detuve ante una taberna de donde salía una luz solitaria. ¿Acaso no se sintió una vez tan cansado y abatido el Enrique de Shakespeare[50], que se acordó de la pobre cerveza inglesa? En realidad, a mí me pasó lo mismo; mi boca estaba sedienta de una buena botella de cerveza. Me metí rápidamente en la taberna.

«¿Qué desea?», me preguntó con amabilidad el tabernero, llevándose la mano a la gorra. Pedí una botella de cerveza inglesa y una pipa de buen tabaco, y al poco rato disfrutaba yo de un filisteísmo tan sublime que el mismo diablo se asustó y se alejó de mi.

¡Oh, Consejero! Si hubieras visto cómo salí de tu claro salón de té para meterme en una oscura taberna, te habrías vuelto con expresión altanera y despectiva y habrías murmurado: «¿Acaso es de sorprender que un tipo así estropee los *jabots* más primorosos?».

Sin capa ni sombrero yo tenía seguramente un aspecto bastante curioso. El hombre de la taberna tenía una pregunta en la punta de la lengua, pero en ese instante alguien golpeó la ventana, y una voz exclamó: «¡Abran, abran, soy yo!». El tabernero salió corriendo y volvió a entrar un momento después con dos candelabros encendidos en las manos; lo seguía un hombre muy alto y muy flaco. Al pasar bajo la puerta pequeña, se olvidó de inclinarse y se dio un buen golpe en la cabeza, pero tenía puesto un birrete como de estudiante que impidió que se lastimara. Se deslizó de manera muy extraña a lo largo de la pared y vino a sentarse frente a mi; mientras tanto, el tabernero ponía luces sobre la mesa.

Casi podría haberse dicho de él que tenía un aspecto distinguido y descontento.

Pidió en tal tono cerveza y tabaco, y con unas pocas pitadas hizo tanto humo que al rato flotábamos en una nube. Además, su rostro tenía algo peculiar y llamativo, que a pesar de ser él tan sombrío, hizo que yo le tomara afecto de inmediato. Tenía el cabello negro y abundante partido al medio con rizos a ambos lados, como en los cuadros de Rubens. Cuando se sacó el inmenso abrigo que llevaba vi que tenía puesto un chaquetón negro con muchos lazos, pero lo que me llamó sobre todo la atención fue que sobre las botas llevara un par de elegantes chinelas. Me di cuenta de eso cuando vació la pipa que se había fumado en cinco minutos. Nuestra conversación no marchaba; el desconocido parecía muy ocupado con todo tipo de plantas extrañas que había sacado de un estuche y que observaba visiblemente complacido[51]. Le manifesté mi admiración por aquellas hermosas plantas y, como parecían recién cortadas, le pregunté si había estado quizás en el Jardín Botánico o en lo de Boucher[52]. Sonrió de manera extraña y replicó: «La botánica no parece ser exactamente su especialidad; si no, no habría hecho una pregunta tan…», se detuvo y yo agregué: «… tonta». Entonces él continuó: «Se habría dado cuenta inmediatamente de que se trata de plantas de los Alpes, y en particular, de las que crecen en el Chimborazo». Estas palabras las dijo el desconocido en voz muy baja, y podrás imaginarte que todo me pareció un poco fantástico. No podía preguntarle nada, pero cada vez intuía más claramente no tanto que hubiera visto muchas veces antes al desconocido, sino que muchas veces había pensado en él.

Entonces volvieron a oírse golpes en la ventana; el tabernero abrió la puerta y se escuchó una voz: «¡Sea usted tan amable de cubrir su espejo!». «¡Ah!», dijo el tabernero. «Aquí llega, aunque tarde ya, el general Suwarow». Acto seguido cubrió el espejo con un paño, y entonces entró de un salto, con una prisa torpe, con pesada ligereza diría yo, un hombrecito enjuto envuelto en una capa marrón, que al moverse su dueño por el cuarto ondulaba de manera peculiar con todos sus pliegues y plieguecitos, de tal manera que al resplandor de las luces, casi parecía que muchas iban juntándose y separándose, como en las fantasmagorías de Ensler[53]. Al mismo tiempo se frotaba las manos ocultas dentro de las amplias mangas, y en un momento exclamó: «¡Qué frío! ¡Qué frío! En Italia es muy diferente, muy diferente». Por fin se sentó entre el grandote y yo, diciendo: «¡Qué humo espantoso! Tabaco y más tabaco. ¿Si tuviera aunque sea una pizca?».

Yo llevaba en el bolsillo la lata de acero bruñida como un espejo que me regalaste hace tiempo; la saqué inmediatamente y quise ofrecerle tabaco al hombrecito. No bien la vio, la agarró con las dos manos y tirándola lejos exclamó: «¡Fuera, fuera con ese horrible espejo!». Su voz tenía algo de espantoso, y cuando volví a mirarlo, perplejo, el hombrecito había cambiado de aspecto. Al entrar lucía un rostro agradable y juvenil; pero ahora me miraba el semblante mortalmente pálido, agostado, arrugado, de un viejo con ojos hundidos. Me volví aterrado hacia el grandote: «¡Por el amor de Dios, mire usted!», quise decirle, pero aquél no participaba de nada; seguía concentrado en sus plantas del Chimborazo. En ese

instante el pequeño ordenó con cuidada pronunciación vino del Norte.

Poco a poco la conversación se fue animando. El chiquito me resultaba muy inquietante, pero el grandote decía cosas profundas y graciosas sobre temas aparentemente insignificantes, aunque parecía luchar con el idioma y a veces introducía alguna palabra que no correspondía pero que daba al asunto uña curiosa originalidad. Y como cada vez me resultaba más simpático, suavizaba la desagradable impresión que me producía el chiquito.

Éste parecía impulsado por mil resortes, porque se movía constantemente sobre la silla de un lado a otro y gesticulaba mucho con las manos. Yo no podía evitar que me corriera un escalofrío por la espalda al notar claramente que parecía mirar desde dos rostros diferentes. Muchas veces miraba con su cara vieja al grandote, cuya agradable serenidad contrastaba notablemente con la agitación del chiquito, pero su mirada no era entonces tan pavorosa como cuando me había mirado a mí.

En el juego de máscaras que es la vida terrena, a menudo el espíritu interior mira con ojos brillantes desde detrás del antifaz reconociendo lo que le es afín; y así puede haber sucedido que nosotros tres, hombres singulares, nos hubiéramos mirado y reconocido de igual modo en aquella taberna. Nuestra conversación se tiñó de aquel humor que brota solamente de un ánimo mortalmente herido.

«Eso también es un clavo»; dijo el grandote. «¡Ay, Dios!», lo interrumpí yo, «¡cuántos clavos ha clavado el diablo para nosotros en todas partes! En las paredes de los cuartos, en las ramas de los árboles, en los rosales; y allí dejamos colgada al pasar una parte de nuestro ser más caro. Me parece, estimados señores, que a todos se nos ha perdido alguna cosa de esa manera; a mí, por ejemplo, me faltan esta noche la capa y el sombrero. Los dos están colgados de un clavo en el vestíbulo de la casa del Consejero de Justicia, como ustedes saben». El chiquito y el grandote se irritaron visiblemente, como heridos por un rayo repentino. El chiquito me lanzó una mirada repulsiva desde su cara vieja, pero enseguida se subió a una silla y aseguró el paño que cubría el espejo, mientras el grandote limpiaba cuidadosamente las luces.

Después de un rato la conversación volvió a animarse. Se habló de un joven y esforzado pintor, de nombre Phillip[54], y del cuadro de una princesa que había pintado poseído de aquel espíritu de amor y aquella piadosa nostalgia de lo supremo que el profundo sentido sagrado de su señora había despertado en él.

«Parece que va a hablar, y sin embargo no es un retrato sino un cuadro», opinó el grandote. «Es muy cierto», repliqué yo, «podría decirse que parece arrebatado de un espejo». Entonces el chiquito saltó furioso, y mirándome con su cara vieja y sus ojos chispeantes exclamó: «¡Eso es estúpido! ¡Es absurdo! ¿Quién puede robar imágenes de un espejo? ¿Quién puede hacer eso? ¿Acaso el diablo? ¡Oh, oh, hermano! El diablo quiebra el cristal con sus garras torpes, y entonces también se lastiman y sangran las delicadas y blancas manos de la mujer. Es absurdo. ¡Absurdo! Muéstrame el reflejo, el reflejo robado, y daré un salto mortal desde mil metros de altura, ¡muchacho tonto!».

Entonces el grandote se levantó y se precipitó sobre el chiquito: «¡No se haga el travieso, amigo», le dijo, «porque puede que se lo arroje por la escalera, y entonces le va a ir muy mal con su propio reflejo!». Entonces: «Ja, ja, ja», chilló el chiquito en son de burla: «¿Eso crees, eso crees? ¡Yo tengo todavía mi preciosa sombra, pobre amigo mío, todavía tengo mi sombra!». «Diciendo esto se precipitó hacia afuera con un salto y lo escuchamos gritar y reír malignamente una vez más: "¡Todavía tengo mi sombra!"».

El grandote se había dejado caer, pálido como un muerto, en la silla; tenía la cabeza entre las manos y del pecho oprimido brotaba un suspiro fatigado. «¿Qué le pasa?», le pregunté queriendo ayudarle. «¡Oh, señor mío!», replicó el grandote, «ese hombre malvado y agresivo que me siguió hasta aquí, hasta la taberna donde siempre vengo y donde siempre estuve solo, porque a lo sumo se asomaba algún gnomo por debajo de la mesa y se comía las miguitas de pan, ese hombre malvado ha vuelto a recordarme mi profunda desgracia. ¡Ay! Ya he perdido irremisiblemente, he perdido mi… ¡Adiós!».

Se levantó, cruzó velozmente la habitación y salió por la puerta. A su alrededor todo era claridad, no tenía sombra. Corrí detrás de él sorprendido. «¡Peter Schlemihl! ¡Peter Schlemihl!»[55], le grité amistosamente, pero él había arrojado sus chinelas[56]. Vi cómo cruzaba corriendo la torre de los gendarmes y se perdía en la noche.

Cuando quise volver a entrar en la taberna, el tabernero me cerró la puerta en las narices diciendo: «¡Qué Dios me libre de semejantes huéspedes!».

III

Visiones

El señor Mathieul[57] es un buen amigo mío, y su ujier es un hombre siempre despierto. Cuando llamé a la puerta del «Águila Blanca», me abrió enseguida. Le expliqué que me había escapado de una reunión sin capa ni sombrero, que en la capa estaba la llave de mi casa, y que sería imposible despertar al ama de llaves que era sorda. Aquel hombre amable (me refiero al ujier) abrió una de las habitaciones, dejó allí las luces y me deseó buenas noches.

El hermoso espejo estaba tapado, y no sé por qué se me ocurrió quitarle el paño que lo cubría y colocar las dos luces sobre la mesa, bajo el espejo. Al mirarme en él me vi tan pálido y demacrado que apenas pude reconocerme. Me pareció que desde el fondo del espejo se acercaba como entre nubes una figura en sombras. A medida que la observaba centrando en ella mi mirada y mi atención, se fueron dibujando en un resplandor extrañamente mágico los rasgos de una mujer encantadora —reconocí a Julia—. Arrebatado por un amor y un anhelo ardientes exclamé suspirando: «¡Julia, Julia!». Entonces escuché que alguien se lamentaba también tras los cortinados de una cama ubicada en el rincón más apartado del cuarto. Presté atención. Los gemidos se hacían cada vez más angustiosos. La imagen de Julia había desaparecido. Tomé entonces resueltamente una luz, corrí de golpe las cortinas de la cama y miré quién estaba allí.

Cómo podré describirte la sensación que me estremeció de pies a cabeza cuando vi acostado en la cama a aquel hombrecito con su rostro joven aunque dolorosamente contraído, que entre sueños suspiraba hondamente: «¡Giulietta, Giulietta!».

El nombre penetró como fuego en mi interior. Ya no sentía miedo. Zarandée al hombrecito con violencia gritándole: «¡Eh, amigo! ¿Qué hace usted en mi cuarto? ¡Despiértese y hágame el favor de irse al demonio!».

El chiquito abrió los ojos y me miró con una mirada sombría: «¡Qué pesadilla!» —dijo—, «gracias por haberme despertado». Las palabras parecían leves suspiros. Ahora el hombrecito me resultaba totalmente distinto, y no sé por qué, el dolor que tanto lo hería penetró en mi ser y toda mi furia se convirtió en profunda melancolía. Bastaron pocas palabras para enterarme de que el ujier, sin darse cuenta, me había asignado la misma habitación que ya había tomado el hombrecito, y por lo tanto era yo el impertinente que lo había despertado de su sueño…

«Señor mío», me dijo, «seguramente mi comportamiento en la taberna debe haberle parecido bastante extraño y turbulento; la culpa la tiene un hechizo fantástico que me domina y me arrastra fuera de todo lo permitido y lo debido; ésa es la verdad.

¿Tal vez le sucede a usted lo mismo a veces?».

«¡Ay, sí!» —le respondí abatido—. «Esta misma noche, cuando volví a ver a Julia». «¿Julia?», graznó el hombrecito con voz desagradable, y su rostro se hizo viejo de repente. «¡Oh, déjeme descansar! Tape por favor el espejo, amigo mío», dijo dejando caer su mirada sobre la almohada, extenuado. «Señor mío», le dije, «el nombre de mi amada, que he perdido para siempre, parece despertar en usted raros recuerdos, y además se le alteran curiosamente los rasgos de la cara. Pero espero poder pasar tranquilo la noche aquí, y por eso voy a cubrir inmediatamente el espejo y me voy a meter en la cama».

El hombrecito me miró tierna y bondadosamente con su rostro joven, me tomó la mano y dijo apretándola un poquito: «Duerma tranquilo, señor mío. Me doy cuenta de que somos compañeros de desgracia. ¿Acaso usted también…? Julia… Giulietta… Bueno, sea como fuere, el asunto es que usted ejerce sobre mí una influencia irresistible. No puedo evitarlo, tengo que descubrirle mi secreto más oculto, ¡luego desprécieme, ódieme!».

Y diciendo estas palabras el hombrecito se levantó despacio, se envolvió en un amplio salto de cama blanco y se dirigió lentamente, como un verdadero fantasma, hasta el espejo, parándose delante. ¡Ah! Nítidas y claras se reflejaban en el espejo las dos luces, los objetos del cuarto, yo mismo, pero al hombrecito no se lo vela en el espejo. Ningún rayo de luz reflejaba su rostro frente al cristal. Se volvió hacia mí, y su semblante manifestaba la desesperación más honda.

«Ahora conoce usted mi desgracia sin límites», me dijo apretándome las manos. «Schlemihl, esa alma noble y pura, es digno de alabanza si se lo compara conmigo, que soy un verdadero condenado. Él vendió su sombra sin darse cuenta de lo que hacía, pero yo… yo le di a ella mi reflejo, a ella. ¡Oh!». Suspirando profundamente y cubriéndose la cara con las manos, el hombrecito se dirigió a la cama y se acostó sin más trámite.

Yo estaba como petrificado. Desconfianza, desprecio, terror, compasión… ni yo mismo sé todo lo que sentía por aquel hombrecito. Pero él empezó a roncar enseguida tan melodiosa y plácidamente que no pude resistir el poder narcótico de aquellos sonidos. Volví a cubrir apresuradamente el espejo, apagué las luces, me acosté también yo y me quedé dormido enseguida.

Debía ser ya de madrugada cuando me despertó un claro resplandor. Abrí los ojos y vi al hombrecito que estaba sentado a la mesa de espaldas a mí, con su blanco salto de cama y su gorra de dormir, y escribía afanosamente con las dos luces encendidas. Realmente, parecía un fantasma; me estremecí. El sueño volvió a apoderarse de mí repentinamente y me llevó de vuelta a la casa del Consejero de Justicia, donde volví a estar sentado en la otomana al lado de Julia. Pero al cabo de un momento, me pareció que toda la reunión era una graciosa exhibición navideña en lo de Fuchs, Weide, Schoch u otra confitería. El Consejero de Justicia era una delicada figurita de azúcar con un *jabot* de papel de seda. Los árboles y los rosales crecían más y más. Julia se

levantaba y, me ofrecía la copa de cristal de la que salían llamitas azules. En ese momento alguien me tironeó de la manga: él hombrecito estaba detrás de mí con su cara vieja y me susurraba: «¡No bebas… no bebas! Mírala bien, ¿no la has visto ya en los cuadros de Brueghel, de Callot o de Rembrandt?». Me estremecí porque era cierto que Julia, con su vestido plisado de anchas mangas y su peinado, se parecía mucho a esas mujeres que en los cuadros de aquellos pintores aparecen rodeadas de monstruos infernales.

«¿Qué temes?», dijo Julia. «Te tengo a ti y a tu reflejo, a ambos». Tomé la copa, pero el hombrecito saltó como una ardilla; y se posó sobre mi hombro. Con la cola, soplaba las llamitas, mientras lanzaba horribles chillidos «¡No bebas, no bebas!», gritó. Pero en ese momento todas las figuras de azúcar cobraron vida y empezaron a mover cómicamente las manitos y los piececitos. El Consejero de azúcar se acercó saltando hasta mi y exclamó con una vocecita muy aguda: «¿Por qué tanto alboroto, querido mío? ¿Por qué tanto alboroto? Párese de una vez sobre sus lindos pies, porque desde hace rato veo que anda usted por los aires sobre las sillas y las mesas». El hombrecito había desaparecido, Julia ya, no tenía la copa en la mano. «¿Por qué no quisiste beber?», dijo. «¿Acaso la llama pura y hermosa que, salía de la copa no era el beso que alguna vez te di?». Quise abrazarla, pero Schlemihl se metió en medio diciendo: «Es Mina, la que se casó con Raskal[58]». Había pisoteado algunas figuritas de azúcar que gemían y gritaban.

Pero de pronto aquellos hombrecitos de azúcar empezaron a multiplicarse vertiginosamente y a saltar a mi alrededor en horrible hormigueo de colores, y a subirse encima de mi zumbando como un enjambre de abejas. El Consejero de azúcar se me había trepado hasta la corbata, de la que tironeaba cada vez con más fuerza. «¡Maldito Consejero de azúcar!», grité, y, me desperté.

Era pleno día, las once de la mañana. «Seguro que también soñé lo del hombrecito», pensé. En ese momento entró el camarero que me traía el desayuno y me informó que el señor qué había dormido esa noche en el mismo cuarto que yo, había partido temprano dejando saludos para mí. Sobre la mesa a la que el fantasmal hombrecito había estado sentado escribiendo durante la noche, encontré una hoja escrita con tinta todavía fresca, cuyo contenido doy a conocer, porque sin lugar a dudas se trata de su fantástica historia.

IV

La historia del reflejo perdido

[59]Por fin había llegado el momento en que Erasmo Spikher pudo cumplir el deseo que había abrigado durante toda su vida. Con el corazón contento y la bolsa llena de dinero se metió en el coche para abandonar la patria del norte en dirección a la bella, a la cálida Italia.

Su esposa santa y buena lloraba sin consuelo; le limpió cuidadosamente la nariz y la boca al pequeño Erasmito y lo metió en el coche para que el padre le diera un beso de despedida.

«¡Que te vaya bien, mi querido Erasmo Spikher!», le dijo su esposa entre sollozos. «Yo cuidaré bien la casa. Piensa en mí, no me olvides; y no pierdas tu linda gorra de viaje al sacar la cabeza por la ventana, como sueles hacer cuando duermes». Spikher le prometió todo eso.

En la bella Florencia encontró Erasmo a algunos compatriotas que desbordantes de alegría de vivir y de ánimos juveniles se abandonaban a los voluptuosos placeres que les ofrecía aquel maravilloso país.

Él demostró ser un notable compañero de aventuras y en todas las fiestas divertidas que se organizaban, su espíritu especialmente alegre y su ingenio travieso daban a todo aquello un aire peculiar.

Así sucedió pues que una noche los jóvenes (entre los que se contaba Erasmo con sus veintisiete años) participaban de una fiesta entretenida en el bosquecillo iluminado y fragante de un hermoso parque. Cada uno de ellos había llevado a una encantadora *donna*, salvo Erasmo. Los hombres lucían primorosos atuendos teutónicos; las mujeres, magníficos vestidos de colores brillantes, todos diferentes, y parecían así deliciosas flores en movimiento. Y cuando ésta o aquélla terminaba de cantar alguna canción de amor italiana al son de las mandolinas, los hombres, entre el alegre tintineo de los vasos llenos de vino de Siracusa, emprendían una ronda alemana a toda voz.

Italia es el país del amor. La brisa nocturna susurraba como suspirando nostálgica, y las fragancias de azahares y jazmines cruzaban el bosquecito como melodías de amor mezclándose entre los juegos frívolos y deliciosos que habían iniciado las mujeres recurriendo a todas las gracias delicadas de que solamente son dueñas las mujeres de Italia. El aire iba animándose más y más, se iba llenando de sonidos.

Federico, que era el más ardiente, se puso de pie; con un brazo había tomado a su *donna* y levantando con la otra mano el vaso lleno de vino perlado, exclamó: «¿En qué otro sitio podría hallarse la felicidad y el placer celestial? Sólo entre ustedes,

dulces y maravillosas mujeres italianas. ¡Ustedes son el amor mismo! Pero tú, Erasmo» continuó dirigiéndose ahora a Spikher, «no pareces sentir lo mismo, porque no solamente no has traído a ninguna *donna* a nuestra fiesta, contra todo uso y costumbre, sino que además pareces triste y ensimismado y no has cantado ni has bebido… ¡casi estoy por creer que de repente te has vuelto un aburrido melancólico!».

«Debo confesarte, Federico», le replicó Erasmo, «que no puedo ser feliz de esa manera. Bien sabes que he dejado en casa a una esposa buena y santa a la que amo con toda el alma y a quien traicionaría abiertamente si eligiera a una *donna* aunque sólo fuera para el juego de una noche. Ustedes que son solteros pueden hacerlo, pero yo, como padre de familia…». Los jóvenes se echaron a reír, porque al decir padre de familia Erasmo había procurado dar a su semblante afable y juvenil una expresión señera que resultó muy cómica.

La *donna* de Federico tradujo al italiano lo que Erasmo había dicho en alemán, y después se volvió a éste con una mirada seria y le dijo, amenazándolo ligeramente con el dedo: «¡Eres un alemán frío, muy frío! ¡Cuídate bien, que todavía no has visto a Giulietta!».

En ese momento se oyó un rumor de hojas que llegaba del bosquecito y de la noche oscura surgió a la clara luz de los faroles una mujer maravillosa. El vestido blanco que sólo ocultaba a medias su seno, sus hombros y su nuca, con mangas amplias hasta los codos, caía en abundantes pliegues; llevaba el cabello partido desde la frente y recogido con trenzas por detrás. Collares dorados en el cuello y ricas pulseras que ceñían sus brazos completaban el atuendo algo antiguo de la joven que parecía una imagen salida de algún cuadro de Rubens o del delicado Mieris.

«¡Giulietta!», exclamaron sorprendidas las otras jóvenes. Giulietta, que superaba a todas por su belleza angelical, dijo con una voz dulce y encantadora: «¿Me dejan participar de la linda fiesta, bizarros jóvenes alemanes? Quiero ser la compañera de aquél que entre ustedes vive triste y sin amor». Y diciendo esto se dirigió graciosamente hacia Erasmo y se sentó en el sillón que había quedado libre su lado.

Las jóvenes murmuraban entre ellas: «¡Miren qué linda está también hoy Giulietta!», y los jóvenes decían: «¡Miren un poco a este Erasmo! Se quedó con la más linda. ¡Buena broma nos ha hecho!».

Al mirar a Giulietta por primera vez, Erasmo había sentido una intensa sensación de bienestar y ni él mismo sabía por qué estaba tan poderosamente conmovido. Cuando ella se acercó, algo extraño se apoderó de él y oprimió su pecho cortándole la respiración. Con la mirada fija en Giulietta y los labios inmóviles estaba allí sin poder decir una sola palabra, mientras los otros jóvenes alababan entusiasmados la elegancia y la belleza de Giulietta.

Ella levantó una copa y se la ofreció a Erasmo; él la tomó acariciando levemente la delicada mano de Giulietta. Bebió y un ardor intenso recorrió sus venas. Entonces se arrojó como delirante a sus pies, estrechó las dos manos de ella contra su pecho y

exclamó: «¡Sí, tú eres mi *donna*, siempre te he amado, criatura angelical! ¡A ti, a ti te he visto en mis sueños; tú eres mi alegría, mi felicidad, mi vida superior!».

Todos pensaron que el vino se le había subido a la cabeza porque nunca antes lo habían visto así; parecía otro. «¡Sí, tú eres mi vida; ardes dentro de mí como un fuego abrasador! ¡Quiero perderme, perderme en ti solamente; quiero ser sólo para ti!», exclamó Erasmo; pero Giulietta lo abrazó suavemente; cuando estuvo sereno se sentó a su lado y de inmediato recomenzó aquel alegre juego del amor con divertidas bromas y canciones, que Giulietta y Erasmo habían interrumpido.

Cuando cantó Giulietta fue como si de lo hondo de su pecho surgieran melodías celestiales despertando en todos un placer que nunca habían conocido, aunque tal vez hubieran presentido. Su maravillosa voz plena y cristalina poseía un fuego misterioso que se apoderaba de todos los espíritus. Cada uno de los jóvenes abrazó apasionadamente a su *donna* y las miradas ardieron con mayor intensidad.

Un resplandor rosado anunciaba ya la llegada del amanecer y Giulietta aconsejó entonces poner fin a la fiesta. Así se hizo. Erasmo se ofreció a acompañarla; ella se negó, pero le indicó dónde podría volver a encontrarla. Mientras los jóvenes cantaban una última ronda alemana para poner fin a la fiesta, Giulietta desapareció del bosquecito; se la vio caminar por una alameda lejana detrás de dos criados que portaban antorchas. Erasmo no se atrevió a seguirla. Cada uno de los jóvenes tomó entonces a su *donna* del brazo y todos se marcharon contentos.

Trastornado, interiormente desgarrado por el dolor de la pasión y la nostalgia, también Erasmo los siguió con su pequeño criado, que con una antorcha le alumbraba el camino.

Después de separarse de sus amigos iba Erasmo caminando por una calle apartada que conducía a su casa. El sol iluminaba ya la mañana y el criado apagó la antorcha golpeándola sobre el pavimento. Entre las chispas que saltaron surgió de pronto una extraña figura ante Erasmo: un hombre alto y delgado, de nariz puntiaguda y aguileña, ojos centelleantes y labios de trazo maligno, vestido con una capa roja como fuego y brillantes botones de metal. Lanzó una carcajada y chilló: «¡Ho, ho! Usted debe haber salido de algún libro de estampas, con esa capa, ese jubón acuchillado y ese birrete de plumas. Tiene un aspecto cómico, señor Erasmo, ¿acaso quiere que la gente se ría de usted por la calle? ¡Vuélvase rápido a su tomo de pergamino!».

«¿Qué le importan a usted mis vestidos?», le dijo Erasmo bastante molesto, y estaba por seguir de largo haciendo a un lado al hombre de rojo cuando éste le gritó: «Bueno, bueno, no se apure tanto, a Giulietta, de todos modos no la puede ver ahora».

Erasmo se dio vuelta instantáneamente. «¿Qué dice usted de Giulietta?», exclamó con voz desaforada, agarrando al hombre rojo de la solapa. Pero éste se dio vuelta con la velocidad de un rayo y antes de que Erasmo se hubiera dado cuenta ya había desaparecido. Erasmo se quedó allí, perplejo, con el botón de metal que le había

arrancado de la capa roja en la mano.

«Era el curandero, el *signor* Dapertutto[60], ¿qué habrá querido de usted?», dijo el criado. Pero Erasmo se estremeció y empezó a caminar rápido para llegar a su casa.

Giulietta recibía a Erasmo con aquella gracia y amabilidad que le eran propias. Oponía a la pasión sin medida que arrebataba a Erasmo una conducta tranquila y apacible. Sólo de vez en cuando centelleaban un poco sus ojos y Erasmo sentía que de su interior brotaban ligeros escalofríos cuando ella le dirigía alguna vez una mirada realmente extraña.

Nunca le dijo que lo amara, pero el modo de comportarse con él, se lo dejaba intuir y de ese modo Erasmo fue quedando atrapado en una red cada vez más fuerte. Comenzó para él una vida realmente luminosa; veía poco a los amigos porque Giulietta le presentó a otras personas desconocidas.

Una vez se encontró con Federico; éste lo retuvo y cuando Erasmo se puso tierno y sensible al recordar su patria y su hogar, Federico le dijo: «¿Sabes, Spikher, que andas en compañías peligrosas? Ya debes haber comprendido que la bella Giulietta es una de las cortesanas más astutas que ha habido jamás. Se cuentan de ella muchas historias raras y misteriosas que la pintan de un modo muy peculiar. Que ejerce sobre los hombres un poder irresistible cuando se lo propone y los atrapa en redes indisolubles es algo que puedo comprobar en ti. Eres otro, estás totalmente entregado a la seducción de Giulietta, ya no piensas en tu buena esposa».

Entonces Erasmo se llevó las manos a la cara y sollozando pronunció el nombre de su esposa. Federico comprendió que se había desatado en su amigo una difícil lucha interior. «Spikher», continuó, «vayámonos hoy mismo». «Sí, Federico», exclamó Erasmo violentamente, «tienes razón. A veces presiento cosas tan horribles y sombrías, ¡tengo que irme, tengo que irme hoy mismo!».

Los dos amigos cruzaron la calle corriendo; se encontraron con el *signor* Dapertutto, que riéndosele en la cara a Erasmo exclamó: «¡Ah, apúrese, apúrese! Giulietta lo está esperando con el corazón anhelante y los ojos llenos de lágrimas. ¡Apúrese, apúrese!». Erasmo se sintió como herido por un rayo. «Ese tipo», le dijo Federico, «ese *ciarlatano* me resulta repugnante, y el hecho de que entre y salga de la casa de Giulietta y le venda, sus polvitos milagrosos…». «¡¿Qué?!», exclamó Erasmo, «¿ese tipo asqueroso en casa de Giulietta?».

«¿Dónde ha estado durante todo este tiempo? Lo estoy esperando… ¿Acaso se ha olvidado de mí?», así exclamó una suave voz desde el balcón. Era Giulietta; sin haberse dado cuenta, los dos amigos habían llegado hasta su casa. Erasmo entró precipitadamente. «Está perdido; ya nada lo puede salvar», murmuró Federico, y se alejó de allí cruzando la calle.

Giulietta no había lucido nunca tan adorable; llevaba el mismo vestido que la noche del parque y brillaba con toda su belleza y su gracia juvenil. Erasmo había olvidado por completo su conversación con Federico. El placer más intenso, el éxtasis más absoluto lo arrebataban irresistiblemente como nunca antes, pero

tampoco nunca le había dejado ver Giulietta tan sin reservas su amor más apasionado; sólo a él parecía verlo, sólo parecía existir para él.

En una villa que Giulietta había arrendado para la temporada de verano iba a realizarse una fiesta. Allá fueron. Entre la concurrencia había un italiano de aspecto muy desagradable y modos todavía peores. Rondaba constantemente a Giulietta y despertó así los celos de Erasmo, que se alejó de la fiesta con reconcentrada furia y se puso a caminar de un lado a otro, por una de las alamedas laterales del parque. Giulietta fue a buscarlo «¿Qué te pasa?», le dijo. «¿Acaso no eres absolutamente mío?». Lo rodeó con sus brazos delicados y lo besó en los labios. Llamas de intenso fuego ardieron en su interior. Estrechó a la amada con delirante frenesí y exclamó: «¡No, no te dejaré! ¡No te dejaré aunque me pierda, aunque me destruya de manera denigrante!». Giulietta esbozó una rara sonrisa al oír esas palabras y lo miró con aquella mirada extraña que siempre estremecía profundamente a Erasmo.

Volvieron a la reunión. El italiano repugnante adoptó ahora el papel anterior de Erasmo; llevado por los celos comenzó a decir todo tipo de cosas ofensivas contra los alemanes y en particular contra Spikher. Éste no pudo soportarlo durante mucho tiempo y se abalanzó sobre el italiano: «Termine con sus pullas contra los alemanes y contra mi, porque de lo contrario voy a arrojarlo a aquella laguna para que aprenda a nadar».

En ese mismo instante brilló un puñal en la mano de aquel hombre; entonces Erasmo lo agarró con furia del cuello y lo arrojó al suelo dándole un puntapié en la nuca con todas sus fuerzas. El italiano expiró con un hondo suspiro. Todos se precipitaron sobre Erasmo. Él estaba aturdido; sintió que lo tomaban del brazo y se lo llevaban.

Cuando despertó como de un profundo desmayo yacía a los pies de Giulietta en un pequeño gabinete y ella, con la cabeza inclinada sobre él, lo sostenía con ambos brazos.

«Eres un alemán malo, muy malo», dijo por fin con dulzura y suavidad. «¡Qué angustia he padecido por ti! Te he salvado del peligro inmediato pero ya no estás seguro en Florencia ni en Italia: Tienes que irte; tienes que dejarme».

La idea de la separación provocó en Erasmo un dolor indescriptible. «¡Quiero quedarme!», gritó. «¡Quiero morir! ¿Acaso no es preferible morir a vivir sin ti?». Sintió entonces como si una voz suave pronunciara dolorosamente su nombre. ¡Ay! Era la voz de su esposa en Alemania. Erasmo se quedó mudo y Giulietta le preguntó con una voz muy extraña: «¿Piensas en tu esposa? ¡Ay, Erasmo, me olvidarás demasiado pronto!». «¡Si pudiera ser eternamente tuyo, para siempre!», dijo Erasmo.

Estaban de pie ante el hermoso espejo colgado en la pared del gabinete a cuyos lados ardían claras velas. Más apasionadamente estrechó a Erasmo contra su pecho mientras le susurraba: «¡Déjame tu reflejo, amado mío; que sea él eternamente mío, para siempre!». «¡Giulietta!», exclamó Erasmo sorprendido, «¿cómo se te ocurre? ¿Mi reflejo?». Al decir esto miró el espejo que lo reflejaba a él y a Giulietta en

amoroso abrazo. «¿Cómo podrías retener mi reflejo», continuó, «que me acompaña a todas partes y me sale al encuentro desde el agua clara o desde cualquier superficie bruñida?».

«¿Ni siquiera vas a concederme ese sueño de tu yo que brilla en el espejo? ¿Y querías ser mío de cuerpo y alma?», le reprochó Giulietta. «¿Ni siquiera tu imagen errante ha de quedarse conmigo y acompañarme en esta vida sin amor y sin placer que habrá de rodearme cuando te hayas ido?». Lágrimas ardientes brotaron de los bellos ojos oscuros de Giulietta. Entonces Erasmo, en el delirio de su dolor innombrable, exclamó: «¿Tengo que alejarme de ti? Si tengo que hacerlo, que mi reflejo quede eternamente contigo. Que ningún poder extraño, ni el mismo diablo, pueda arrebatártelo hasta que me tengas a mí mismo en cuerpo y alma».

Los besos de Giulietta le quemaron los labios como fuego cuando pronunció esas palabras. Luego ella lo soltó y tendió anhelante los brazos hacia el espejo. Erasmo vio entonces que su imagen avanzaba con independencia de sus propios movimientos, se deslizaba en los brazos de Giulietta y desaparecía con ella dejando una misteriosa fragancia.

Se escucharon entonces horribles chillidos y risas demoníacas. Dominado por un terror pánico Erasmo cayó desvanecido, pero el espanto mismo lo despertó de su aturdimiento. En la negra y densa oscuridad salió tambaleándose y bajó la escalera.

En la calle, ante la puerta, lo tomaron de un brazo y lo metieron en un coche que se alejó velozmente.

«Está usted un poco alterado, según parece», dijo en alemán el hombre que iba sentado al lado de él, «pero todo va a salir muy bien si quiere dejarlo en mis manos. Giulietta ya hizo lo suyo y me ha recomendado su persona muy especialmente. Además, es usted un joven muy simpático, con una notable inclinación hacia los placeres que tanto le gustan a Giulietta y a mí. Aquél sí fue un puntapié realmente certero, un puntapié alemán en la nuca. Fue muy gracioso ver cómo aquel amoroso sacaba la lengua azulada y cómo graznaba y gemía sin poder morirse de una buena vez. Ja ja ja».

La voz de aquel hombre era tan sarcástica, tan horrible era lo que decía que sus palabras se clavaron como puñaladas en el pecho de Erasmo.

«Quienquiera que usted sea», dijo Erasmo, «¡cállese, no siga hablando de aquel horrible crimen del que tanto me arrepiento!».

«Arrepentirse, arrepentirse», replicó el hombre. «¿También se arrepiente de haber conocido a su amada Giulietta y de haber ganado su dulce amor?».

«¡Ah, Giulietta!», suspiró Erasmo.

«Bueno, bueno», continuó el hombre, «¡qué infantil es usted! Lo quiere todo pero sin problemas. Claro que fue una fatalidad la que ha motivado que deba abandonar a Giulietta; pero el usted se quedara yo podría salvarlo de los puñales de sus perseguidores y de la venerada justicia».

La idea de poder permanecer junto a Giulietta lo entusiasmó poderosamente.

«¿Cómo sería eso posible?», preguntó.

«Conozco un recurso mágico que cegará a sus perseguidores», continuó el hombre; «en pocas palabras, hace que usted se les aparezca siempre con un rostro distinto, de manera que nunca podrían reconocerlo. Cuando sea de día será usted tan amable de mirarse durante Un rato largo en algún espejo; yo efectúo entonces algunas operaciones en su reflejo sin dañarlo en lo más mínimo y ya está a salvo. Así podría quedarse a vivir con Giulietta sin peligro, gozando de todos los placeres y toda la felicidad».

«¡Qué espantoso!», gritó Erasmo. «¿Qué es lo espantoso, mi estimado amigo?», le preguntó burlonamente el hombre. «¡Yo… yo…!», empezó a decir Erasmo. «¿Dejó su reflejo en lo de Giulietta?», lo interrumpió el hombre rápidamente. «¡Ja, ja, ja; *bravissimo*, amigo! Entonces podrá atravesar campos y bosques, pueblos y ciudades hasta llegar otra vez al lado de su esposa y del pequeño Erasmo y volver a ser un padre de familia, aunque sin reflejo, lo que seguramente no le va a importar a su esposa, porque lo tendrá a usted físicamente. En cambio. Giulietta sólo ha de tener para siempre el yo de sus sueños».

«¡Basta, basta!», exclamó Erasmo. En ese mismo momento, mientras pasaba un grupo de gente cantando alegremente, las antorchas que llevaban iluminaron por un instante el interior del coche. Erasmo pudo ver la cara de su acompañante y reconoció al horrible doctor Dapertutto. Salió del carruaje de un salto y se precipitó tras aquellos hombres cuando reconoció desde lejos la armoniosa voz de Federico. Los amigos volvían de un paseo campestre.

Erasmo le conté rápidamente a Federico todo lo sucedido, salvo lo de la pérdida del reflejo. El amigo lo acompañó presuroso hasta la ciudad, donde hicieron todo lo necesario con tanta prisa que a la madrugada siguiente Erasmo, montado en un caballo veloz, se hallaba lejos de Florencia.

Spikher anotó algunas de las aventuras que le sucedieron durante su viaje. La más notable es la que le hizo sentir por primera vez de manera singular la pérdida de su reflejo. Había hecho alto en una gran ciudad porque su caballo necesitaba descanso y se había sentado ingenuamente a la mesa de una taberna, ocupada ya por muchas personas, sin notar el hermoso espejo que se hallaba frente a él. Un camarero diabólico que estaba detrás de su silla observó que en el espejo la silla permanecía vacía y no reflejaba en absoluto a la persona allí sentada. Se lo hizo notar al vecino de Erasmo, éste a su vecino inmediato y un murmullo corrió por toda la mesa, mientras los comensales miraban primero a Erasmo y después al espejo.

Erasmo no se dio cuenta de que era el centro de todo aquel rumor, hasta que un hombre de expresión seria se levantó de la mesa, colocó el espejo frente a Erasmo, miró al espejo y luego, dirigiéndose a la concurrencia, exclamó en voz alta: «¡Es cierto, no tiene reflejo!».

«¡No tiene reflejo! ¡No tiene reflejo!», empezaron a gritar todos. «¡Es un *mauvais sujet*, un *homo nefas*, sáquenlo de aquí!».

Furioso y avergonzado se refugió Erasmo en su cuarto; pero apenas había llegado allí cuando se le informó que la policía le ordenaba presentarse en una hora con su reflejo entero e idéntico ante las autoridades; en caso contrario debería abandonar la ciudad. Huyó de allí seguido por la gentuza ociosa y los pillos que gritaban: «¡Ahí va el que le vendió su reflejo al diablo!». Por fin llegó al campo raso.

Desde entonces, pretextando un horror natural hacia cualquier imagen reflejada, hacía cubrir enseguida todos los espejos y por eso se lo llamó en son de burla General Suwarow, quien también había tenido la misma costumbre. Su esposa y su hijito lo recibieron muy contentos cuando llegó a su patria y a su casa, y pronto le pareció que en el ambiente tranquilo y sereno de su hogar no tardaría en olvidar la pérdida del reflejo.

Sucedió un día que Spikher estaba jugando con el pequeño Erasmo sin acordarse en absoluto de la bella Giulietta. El pequeño tenía las manos sucias de hollín y acarició con ellas a su padre: «¡Ay papá, papá, mira cómo te ensucié la cara!», exclamó el pequeño y antes de que Spikher pudiera evitarlo sostenía un espejo delante de la cara del padre. Pero lo dejó caer en seguida llorando y se fue corriendo a su cuarto. Al momento entró la señora con expresión de asombro y de miedo. «¿Qué es lo que me ha dicho Erasmo de ti?», le dijo.

«Que no tengo reflejo, ¿no es así, querida?», la interrumpió Spikher con una sonrisa forzada, y trató de probarle que era absurdo creer que uno pudiera perder su reflejo, pero que aun así no se habría perdido mucho, ya que todo reflejo no es más que una ilusión; que la contemplación de si mismo conduce al envanecimiento, y que además esa imagen dividía al propio yo en sueño y realidad.

Mientras decía esto, la señora quitó de repente el paño qué cubría el espejo de la sala y al mirarlo cayó desvanecida, como tocada por un rayo.

Spikher la levantó, pero apenas su esposa hubo recuperado el conocimiento lo apartó con horror de su lado. «¡Vete!» —le gritó—; «¡déjame en paz, hombre espantoso! No eres tú, no, tú no eres mi esposo; eres un espíritu diabólico que quieres empañar mi felicidad, que quieres destruirme. ¡Vete, déjame, no tienes poder sobre mí, condenado!».

Sus gritos resonaron en la habitación y llegaron a la sala; los criados corrieron despavoridos y Erasmo salió apresuradamente de la casa, furioso y desesperado.

Como un enloquecido andaba por los solitarios caminos del parque cercano a la ciudad. La imagen de Giulietta surgió ante él con toda su angelical belleza y entonces le gritó: «¡Te vengas, Giulietta! Te vengas porque te abandoné y te dejé mi reflejo en lugar de mi propia persona. ¡Ah, Giulietta, seré tuyo de cuerpo y alma! Ella me echó; ella, por quien te sacrifiqué. ¡Giulietta, Giulietta, seré tuyo de cuerpo y alma!».

«Eso puede hacerse todavía, mi estimado amigo», le dijo el *signor* Dapertutto, que de repente estaba allí, junto a él, con su capa escarlata de brillantes botones metálicos. Eran palabras consoladoras para el desgraciado Erasmo y por eso no se fijó en la expresión maligna y pavorosa de Dapertutto. Se detuvo y le preguntó con

voz lastimera: «¿Cómo podría volver a encontrarla si la he perdido para siempre?».

«¡No, no!» replicó Dapertutto. «¡No está lejos de aquí y anhela con ansias su cara persona, estimado señor, ya que como usted mismo comprenderá, un reflejo no es más que una ilusión! Además, cuando esté segura de que será dueña de su valiosa persona —de su cuerpo, su vida y su alma—, entonces le devolverá inmediatamente su reflejo sano y salvo con profundo agradecimiento».

«¡Lléveme hasta ella! ¡Lléveme!» —exclamó Erasmo. «¿Dónde está?».

«¡Un momento!», lo interrumpió Dapertutto. «Todavía es necesario efectuar un pequeño trámite antes de que vea a Giulietta y pueda entregarse a ella con todo su ser, contra reintegro de su reflejo. Usted no puede disponer totalmente de su valiosa persona porque todavía está ligado por ciertos vínculos que primero deben ser disueltos. Su amada esposa y su prometedor hijito».

«¿Qué quiere decir con eso?», exclamó Erasmo furioso. «Una disolución de esos vínculos sin que quede vestigio alguno», continuó Dapertutto, «podría efectuarse fácilmente por medios humanos. Usted sabe bien que preparo con bastante habilidad remedios mágicos y así da la casualidad que tengo a mano un brebaje casero. Bastará que aquéllos que se interponen entre usted y la adorable Giulietta tomen sólo un par de gotitas y acabarán silenciosamente y sin ningún sufrimiento. A eso se le llama morir, y dicen que la muerte es amarga; pero ¿no es acaso delicioso el sabor amargo de las almendras? Y ésa es la amargura de la muerte que sobreviene con estas gotas. Apenas hayan desaparecido con alegría, difundirá sobre la amada familia una deliciosa fragancia de almendras amargas. ¡Tome usted, estimado amigo!», y le tendió a Erasmo una pequeña redoma[61].

«¡Qué horror!», exclamó éste. «¿Pretende que envenene a mi esposa y a mi hijita?».

«¿Quién habla de veneno?», lo interrumpió el hombre de rojo. «En la redoma sólo hay, un remedio casero de rico sabor. Tengo otros recursos para dejarlo a usted en absoluta libertad, pero quiero actuar humanamente, por cierto, no quiero molestarlo, en fin, es un capricho. ¡Tómelo con confianza, amigo!».

Erasmo no podía explicarse cómo tenía la redoma en la mano. Corrió irreflexivamente a su casa y se encerró en su cuarto. La mujer había pasado toda aquella noche entre angustias y lamentos. Aseguraba una y otra vez que quien había vuelto no era su marido sino un espíritu diabólico que había adoptado el aspecto de su esposo. No bien Spikher entró a la casa todos salieron corriendo asustados y solamente el pequeño Erasmo se atrevió a acercarse a él y a preguntarle ingenuamente por qué no había traído de vuelta su reflejo, añadiendo que eso haría morir de pena a la madre. Erasmo miró al pequeño con furia. Todavía tenía en la mano la redoma de Dapertutto. El niño llevaba en brazos a su paloma predilecta. Ésta acercó el piquito a la redoma y bebió unas gotas; inmediatamente dejó caer la cabeza: estaba muerta. Espantado, Erasmo se levantó de un salto: «¡Traidor!», exclamó, «¡no me vas a convencer de que cometa un crimen infernal!», y arrojó por la ventana la

redoma, que se rompió en mil pedazos contra las piedras del patio. Por la habitación se difundió un delicioso aroma de almendras. El pequeño Erasmo había huido asustado.

Spikher pasó todo aquel día acosado por infinitos sufrimientos. Hacia la medianoche la imagen de Giulietta fue haciéndose más y más viva en su interior. Una vez, estando él presente, se le había desprendido a ella una gargantilla de esas pequeñas cuentas rojas con que se adornan las mujeres. Al recoger las cuentas Erasmo se había guardado una y la conservaba con cuidado fiel. La sacó ahora y mirándola se puso a pensar con toda su alma en la amada perdida. Entonces fue como si de la perla emanara aquel mágico perfume que lo envolvía cuando estaba cerca de Giulietta. «¡Ah, Giulietta! Verte una vez más y luego morir, terminar de la manera más infame».

Acababa de pronunciar estas palabras cuando comenzó a escucharse un suave rumor en el pasillo delante de la puerta. Oyó pisadas, luego alguien llamó levemente a la puerta del cuarto. Embargado de angustia y esperanza, Erasmo no podía respirar. Abrió. Giulietta entró en la habitación, resplandeciente de gracia y belleza. Delirante, él la estrechó en sus brazos. «¡Aquí estoy, amado mío!», le dijo ella con ternura. «Mira con cuánta fidelidad con servo tu reflejo». Sacó entonces el paño que cubría el espejo y Erasmo vio extasiado su imagen junto a la de Giulietta. Pero era independiente de él, no reflejaba sus movimientos. Se estremeció.

«¡Giulietta!», exclamó. «Mi amor por ti va a volverme loco. Devuélveme el reflejo y tómame a mí, con mi cuerpo, con mi vida, con mi alma».

«Todavía hay algo entre nosotros, querido Erasmo», le dijo Giulietta. «Tú lo sabes. ¿Acaso no te lo ha dicho Dapertutto?».

«¡Por Dios, Giulietta!», la interrumpió Erasmo, «si sólo así puedo ser tuyo prefiero morir».

«Dapertutto no debe incitarte de ninguna manera», continuó Giulietta. «Por supuesto, es espantoso que una promesa y una bendición tengan tanto poder; pero eres tú el que tiene que deshacer el vínculo que te ata porque, de lo contrario, nunca serás totalmente mío. Y para eso hay un recurso más conveniente que el que te propuso Dapertutto».

«¿En qué consiste?», le preguntó ansiosamente Erasmo. Giulietta pasó entonces su brazo por la nuca de Erasmo y con la cabeza reclinada sobre su pecho le susurró levemente: «Escribe en un papel tu nombre, Erasmo Spikher, debajo de las siguientes palabras: Concedo a mi buen amigo Dapertutto poder sobre mi esposa y sobre mi hijo para que haga con ellos lo que quiera, y disuelvo el vínculo que me liga a ellos porque quiero de aquí en más pertenecer con mi cuerpo y mi alma inmortal a Giulietta, a quien he elegido como mujer y a la que me ligaré para siempre mediante un voto especial».

Erasmo sintió una conmoción y un escalofrío recorrió todos sus miembros. Besos de fuego le quemaban los labios; tenía en la mano la hoja de papel que le había dado

Giulietta. De pronto, detrás de ella, inmenso, Dapertutto le tendía una pluma de metal. En ese momento se le reventó a Erasmo una venita de la mano izquierda y empezó a salir sangre.

«Moja la pluma, moja la pluma. ¡Escribe, escribe!», graznó el hombre de rojo.

«¡Escribe, escribe, mi eterno, mi único amor!», susurró Giulietta.

Erasmo había mojado la pluma y se sentó dispuesto a escribir. En ese momento se abrió la puerta y apareció en el cuarto una figura blanca que luego de mirar a Erasmo con ojos fijos, fantasmales, exclamó dolorosa y lúgubremente: «¡Por amor del cielo, Erasmo, no cometas ese horrible crimen!».

Al reconocer a su esposa en aquella figura que le prevenía, Spikher arrojó lejos de sí el papel y la pluma. Relámpagos centelleantes salieron de los ojos de Giulietta; su rostro se deformó convulsivamente; su cuerpo era una llama.

«¡Vete de aquí, criatura del demonio! ¡Mi alma no ha de pertenecerte jamás! En nombre del Señor, apártate de mí. ¡Víbora! En ti arde el infierno». Así gritó Erasmo y empujó violentamente a Giulietta, que todavía permanecía abrazada a él. Se escucharon entonces salvajes alaridos y lamentos y un rumor como de alas de cuervo. Giulietta y Dapertutto desaparecieron entre un humo espeso y hediondo que parecía brotar de las paredes velando las luces.

Por fin entraron por la ventana los rayos de luz del amanecer. Erasmo se dirigió en seguida a ver a su esposa. La encontró serena y afable. El pequeño Erasmo estaba sentado en la cama muy contento. Ella le tendió la mano a su agotado esposo y le dijo:

«Sé de todo lo malo que te ha sucedido en Italia y lo siento por ti, de todo corazón. El poder del enemigo es muy grande y, como tiene todos los vicios, también se dedica a robar y no puede resistir la tentación de apoderarse de tu hermoso reflejo valiéndose de medios realmente malignos. Mírate en ese espejo, esposo mío».

Spikher lo hizo, temblando de pies a cabeza, con expresión verdaderamente desgraciada. El espejo permaneció liso y transparente. Ningún Erasmo Spikher se reflejaba en él.

«Por esta vez es mejor que el espejo no devuelva tu imagen porque pareces en verdad un tonto, querido Erasmo. Seguramente tú mismo comprenderás que sin reflejo siempre serás objeto de burla para todo el mundo y, por lo tanto, no podrás ser un padre de familia correcto y cabal, respetado por su esposa y sus hijos. El pequeño Erasmo ya se ríe de ti y dice que va, a pintarte un gran bigote de carbón porque no podrás verlo. Vete, pues, a recorrer el mundo y trata de sacarle al diablo tu reflejo. Cuando lo hayas recuperado vuelve y te recibiré de todo corazón. Bésame (Spikher lo hizo), y ¡buen viaje! Mándale al pequeño Erasmo un par de pantalones de vez en cuando, porque siempre anda por el suelo y los gasta mucho. Y si vas a Nuremberg entonces envíale también un soldadito de colores y un bizcocho de especias, como un buen padre. ¡Que te vaya bien, querido Erasmo!».

La mujer se dio vuelta y siguió durmiendo. Spikher levantó al pequeño Erasmo y

lo estrechó contra su corazón; pero el niño empezó a gritar y entonces el padre volvió a ponerlo en el suelo y se fue por el ancho mundo.

Una vez se encontró con un tal Peter Schlemihl, que había vendido su sombra; quisieron asociarse de manera que Erasmo Spikher proyectara la sombra y Peter Schlemihl el reflejo, pero no dio resultado.

Postdata del viajero entusiasta

¿Qué es lo que me mira desde ese espejo? ¿Soy yo, realmente? ¡Oh, Julia, Giulietta, imagen celestial, espíritu diabólico, éxtasis y dolor, anhelo y desesperación!

Ya ves, mi querido amigo Teodoro Amadeo Hoffmann, que muchas veces penetra en mi vida una oscura fuerza que seduce mi sueño con las más hermosas visiones y pone extraños personajes en mi camino. Encantado por las visiones de la noche de San Silvestre, casi estoy por creer que aquel Consejero de Justicia era realmente de azúcar; su reunión un adorno de Navidad o Año Nuevo, y la deliciosa Julia, aquella seductora imagen femenina de Rembrandt o de Callot que estafó al desdichado Erasmo Spikher apoderándose de su bello reflejo. ¡Perdóname!

CUADROS NOCTURNOS

Nachtstücke (1816-1817)[61a]

El hombre de la arena

Der Sandmann (1815)[61b]

DE NATANIEL A LOTARIO

»Seguro que estaréis inquieto porque no escribo desde hace mucho, mucho tiempo. Mi madre estará enfadada y Clara pensará que hago aquí vida de loco y que olvido su imagen angelical que tengo grabada en mi mente, pero no es así. Diariamente os recuerdo a todos y contemplo la figura encantadora de Clara, con su cándida sonrisa y sus ojos claros, igual que cuando regresaba a casa… Pero ¡cómo podré escribiros en el estado en que me hallo!… ¡Me ha sucedido algo espantoso! Torvos presentimientos de un destino amenazador y fatal se ciernen sobre mí como negros nubarrones, impidiendo que penetre un rayo de sol… Sólo a ti voy a decirte lo que me ha sucedido. Me imagino que te reirás locamente cuando lo sepas… ¡Ah, mi querido Lotario! ¡Cómo te diré para que lo comprendas que lo que me ha sucedido hace algunos días ha trastornado realmente mi vida! Si estuvieras aquí, tú mismo podrías verlo, pero seguro que me consideras un visionario chiflado… En resumidas cuentas, el espantoso acontecimiento que me sucedió, y cuya tremenda impresión en vano me esfuerzo en olvidar, no es otra cosa sino que hace días, precisamente el 30 de octubre, a las doce del mediodía, un vendedor de barómetros entró en mi casa para ofrecerme la mercancía. No le compré nada, y le amenacé con tirarle escaleras abajo, cosa que no hice gracias a que él se retiró prudentemente.

»Puedes suponerte que en algunos acontecimientos decisivos de mi vida tuvo influencia este suceso, pues fueron funestas mis relaciones con la persona de aquel malvado traficante.

»La cosa fue así. Antes quiero referirte algunos detalles de mi primera infancia, para que comprendas todo y te hagas idea de lo que sucedió. Antes de comenzar me parece verte riendo y oigo a Clara decir: «¡Pero, qué niñerías!». ¡Ríete, sí… ríete de mí todo lo que quieras… os lo suplico…! Pero, por Dios, los pelos se me ponen de punta cuando os pido que os riáis, pues verdaderamente estoy loco y desesperado, como Franz Moor ante Daniel. Pero ¡vamos al asunto!

»En aquel tiempo, mi hermana y yo no solíamos ver a nuestro padre más que a las horas de comer, pues los negocios parecían absorber toda su actividad; poco después de cenar, todas las noches íbamos con nuestra madre a sentarnos alrededor de la mesa redonda de la habitación donde trabajaba mi padre. Mi padre encendía su pipa y llenaba hasta el borde un inmenso vaso de cerveza, y nos refería una infinidad de maravillosas historias; durante la narración se apagaba la pipa y yo me alegraba mucho de ello, porque estaba encargado de encenderla cuando esto sucedía. A menudo, si no

estaba de muy buen humor, nos daba libros muy bonitos con estampas preciosas, y él se recostaba en un sillón de encina, lanzando con febril actividad bocanadas de humo, de forma que desaparecía de nuestra vista como envuelto tras una espesa niebla.

»Aquellas noches, mi madre se ponía triste y, cuando el reloj daba las nueve, nos decía «¡Niños, a la cama, a la cama, que viene el hombre de la arena!». Apenas pronunciaba estas palabras, oía yo en la escalera el ruido de unos pasos pesados: debería de ser el hombre de la arena.

»Cierta noche, aquel rumor fantástico me atemorizó más que de costumbre y pregunté a mi madre: «Oye, mamá, ¿quién es ese hombre de la arena, que siempre nos obliga a salir de la habitación de papá?». «No hay hombre alguno de la arena, querido hijo —repuso mamá—; cuando digo que viene el hombre de la arena, únicamente quiero decir que tenéis sueño y que cerréis los ojos como si os hubieran echado arena». La respuesta de mi madre no me satisfizo, y en mi espíritu infantil arraigó la convicción de que se nos ocultaba la existencia del personaje para que no tuviéramos miedo, pues siempre le oía subir la escalera.

«Dominado por la curiosidad, y deseoso de saber alguna cosa más precisa sobre el hombre de la arena y sus relaciones con los míos, pregunté finalmente a la anciana que cuidaba de mi hermanita quién era aquel ser misterioso: «¡Ah, Thanelchen! —me contestó—. ¿No le conoces? Es un hombre muy malo, que viene en busca de los niños cuando se niegan a acostarse y les arroja puñados de arena a los ojos, los encierra en un saco y se los lleva a la luna para que sirvan de alimento a sus hijitos; éstos tienen, así como los mochuelos, picos ganchudos, y con ellos devoran los ojos de los niños que no son obedientes».

»Desde que oí esto, la imagen del hombre cruel de la arena se fijó en mi mente bajo un aspecto horrible, y apenas oía por la noche el ruido que hacía al subir, me estremecía de espanto. «¡El hombre de la arena! ¡El hombre de la arena!», exclamaba yo, corriendo a refugiarme en la alcoba; y durante toda la noche me atormentaba la terrible aparición. Ya mayor, yo comprendía muy bien que el cuento de la anciana sobre el hombre de la arena y sus hijos en la luna podía no ser verdad; sin embargo, este personaje seguía siendo para mí un fantasma terrible, y me espantaba cuando le oía subir la escalera, abrir bruscamente la puerta del gabinete de mi padre y cerrarla después. Algunas veces pasaban varios días sin que viniera, pero luego se sucedían sus visitas. Esto duró algunos años y nunca pude acostumbrarme a la idea del odioso espectro, cuyas relaciones con mi padre me preocupaban cada día más. No me atrevía a preguntarle a mi padre quién era, aunque siempre traté de averiguar el misterio, de ver al fabuloso hombre de la arena, y a medida que pasaban los años era mayor mi deseo. El hombre de la arena me conducía a

la esfera de lo maravilloso, de lo fantástico, idea que tan fácilmente germina en el cerebro de los niños. Nada me agradaba tanto como oír o leer cuentos de espíritus, de hechiceros y de duendes; pero, a todo esto, se anteponía el hombre de la arena, cuya imagen dibujaba yo con yeso o carbón en las mesas, en los armarios y en las paredes, representándolo bajo las figuras más extrañas y horribles.

»Cuando tuve diez años, mi madre me retiró de la habitación de los niños y me instaló en un cuartito que comunicaba con un corredor, cerca del gabinete de mi padre. Todavía entonces sabíamos que debíamos acostarnos cuando, al dar las nueve, oyésemos pasos del desconocido. Desde mi habitación le oía entrar en la de mi padre, y poco después me parecía percibir un olor extraño. Con la curiosidad se despertó en mí el valor suficiente para trabar conocimiento con el hombre de la arena; muchas veces me deslizaba con la mayor ligereza desde mi cuarto al corredor, cuando mi madre se había alejado, pero sin lograr descubrir nada, pues el hombre misterioso había entrado siempre, cuando yo llegaba al sitio donde hubiera podido verle al pasar. Finalmente, llevado por un impulso irresistible, resolví esconderme en la habitación misma de mi padre y esperar la llegada del hombre de la arena. Cierto día, por el silencio de mi padre y la tristeza de mi madre, presentí que el hombre misterioso vendría; con el pretexto de estar muy cansado salí de la habitación un poco antes de las nueve y me oculté en un rincón. Poco después, la puerta de la casa se abrió rechinando y se cerró; un paso lento resonó en el vestíbulo dirigiéndose hacia la escalera; mi madre pasó junto a mí con mi hermana. Entonces abrí suavemente… suavemente la puerta del gabinete de mi padre. Estaba sentado como de costumbre, silencioso e inmóvil, de espaldas a la puerta, y no me vio. Un momento después me oculté en un armario destinado a colgar ropa, que sólo se cubría con una cortinilla. Los pasos se aproximaban… cada vez más cerca… la campanilla resonó con estrépito. El corazón me palpitaba de temor y ansiedad… Junto a la puerta se oyen los pasos… y la puerta se abre bruscamente. No sin hacer un esfuerzo, me atrevo a entreabrir la cortina con precaución. El hombre de la arena está delante de mi padre y la luz de los candelabros se proyecta en su rostro… Aquel ser terrible que tanto me espantaba es el viejo abogado Coppelius, que come algunas veces en casa. La figura más abominable no me hubiera causado tanto horror como la suya.

»Figuraos un hombre alto, ancho de espaldas, con una cabeza disforme, rostro apergaminado y amarillento, cejas grises muy pobladas, bajo las cuales brillan los ojos de gato, y nariz larga que se encorva sobre el labio superior. La boca, algo torcida, se contrae a menudo con una sonrisa irónica; dos manchas de color rojizo coloran entonces los pómulos, y, a través de los dientes apretados, se escapa una especie de silbido.

»Coppelius vestía siempre levita de color gris, cortada a la antigua, chaleco y calzón del mismo estilo, medias negras y zapatos de hebillas. Su peluca, muy pequeña, apenas tapaba y cubría la parte superior de la cabeza, de modo que los tirabuzones no llegaban ni con mucho a las orejas, muy grandes y coloradas, y en la nuca quedaba descubierta la hebilla de plata que sujetaba su corbata raída. En fin, toda su persona era espantosa y repugnante; pero sus largos dedos huesudos y velludos nos desagradaban más que todo, hasta el punto de que no podíamos comer nada de lo que él tocaba. Él lo había notado y cuando nuestra madre nos ponía furtivamente algún pedazo de pastel o una fruta confitada, se complacía en tocarlo bajo cualquier pretexto; de modo que, llenos los ojos de lágrimas, rechazábamos con disgusto las golosinas que tanto nos gustaban. Lo mismo hacía cuando nuestro padre, en los días de fiesta, nos daba un vasito de vino con azúcar. Pasaba la mano por encima o acercaba el vaso a sus cárdenos labios, y se reía con expresión verdaderamente diabólica al observar nuestra repugnancia y oír los sollozos que manifestaban nuestro disgusto. Siempre nos llamaba sus pequeños animales, y nos estaba prohibido quejarnos o abrir la boca para decir la menor cosa. Nuestra madre parecía temer tanto como nosotros al espantoso Coppelius, pues cuando aparecía, la alegría habitual de su inocente ser se convertía en tristeza profunda.

»Mi padre se comportaba en su presencia como si estuviera ante un superior, cuyos defectos hubiera que soportar, y, por este procedimiento, conservar con buen humor. Se expresaba, entonces, con mucha prudencia, y se servían manjares delicados y vinos raros.

»Cuando al fin vi a Coppelius me imaginé que este odioso personaje no podía ser otro sino el hombre de la arena, pero en vez de ser el de los cuentos infantiles, aquel espantajo que tenía niños en un nido en la luna… ¡no!, veía en él algo de satánico e infernal, que debía atraer sobre nosotros alguna terrible desgracia.

»Yo estaba como encantado. Por miedo a ser sorprendido reprimí un movimiento de espanto y me acurruqué lo mejor que pude en el fondo del armario, dejando sólo el espacio suficiente para ver la escena. Mi padre recibió a Coppelius con el mayor respeto. «¡Vamos, manos a la obra!», gritó éste con voz ronca, despojándose de la levita. Mi padre le imitó y ambos se pusieron unas blusas de color oscuro que sacaron de un hueco practicado en la pared, en el cual vi un hornillo. Coppelius se acercó y casi en el mismo instante vi brotar bajo sus dedos una llama azulada que iluminó la habitación con diabólico reflejo. En el suelo estaban esparcidos extraños instrumentos. ¡Ah, Dios mío!… Cuando mi padre se inclinó sobre el crisol en fusión, su semblante adquirió de pronto una expresión extraña. Sus nobles facciones, crispadas por el dolor íntimo, tenían algo diabólico y odioso. Se parecía a

Coppelius. Este último sondeaba con unas pinzas la materia en fusión, sacaba unos lingotes de metal brillante, y los batía sobre el yunque. A cada momento me parecía que veía saltar cabezas humanas, pero sin ojos.

»—¡Ojos, ojos! —gritó Coppelius con voz ronca.

»No pude oír más, mi emoción fue tan fuerte que, perdido el conocimiento, caí en tierra. Coppelius, precipitándose sobre mí, me agarró, rechinando los dientes, y me suspendió sobre la llama del crisol, que comenzaba a quemarme el cabello.

»—¡Ah! —gritó—. ¡He aquí los ojos, y ojos de un niño!

»Al decir esto sacó del hornillo carbones encendidos y fue a ponerlos sobre mis párpados. Mi padre, suplicante, gritaba: «¡Maestro, maestro! ¡Dejadle a mi Nataniel los ojos…, dejádselos!». Coppelius se rió sardónicamente y dijo: «Bueno, que conserve el chico los ojos, y buen trabajo tiene con lloriquear en este mundo. ¡Pero, por lo menos, quiero ver el mecanismo de sus manos y de sus pies!», y diciendo esto hizo crujir de tal modo las coyunturas de mis miembros que me parecía estar ya todo dislocado. «Hay algo que no funciona, ¡tan bien como estaba todo! ¡El viejo lo ha entendido!», murmuraba Coppelius. Después todo quedó oscuro y silencioso, y ya no sentí nada. Al recobrarme de aquel segundo desvanecimiento, sentí el suave hálito de mi madre junto a mi rostro, y le pregunté balbuciente: «¿Está aquí todavía el hombre de la arena?». «No, ángel mío —me contestó—, se ha marchado y ya nunca más te hará daño». Así dijo la madre, besando y acariciando al hijo que acababa de recuperar.

»¡No voy a cansarte más, querido Lotario! Creo que te he referido todo con pormenor suficiente, y que no queda nada por contar. ¡Basta! Fui descubierto en mi escondite y maltratado por Coppelius. El miedo y el terror hicieron que una fiebre ardiente se apoderase de mí, y estuve varias semanas enfermo. «¿Está ahí el hombre de la arena?», ésa fue la primera pregunta que hice al curarme, cuando estuve sano.

»Pero todavía tengo que contarte algo más espantoso; tú sabes que no es miopía lo que me hace ver todo en este mundo como descolorido, sino que un velo de tristeza cubre mi vida amenazada por un destino fatal, que posiblemente sólo podré desvelar con la muerte.

»No volvimos a ver a Coppelius, y se decía que había abandonado la ciudad. Había transcurrido un año, y, conforme a la antigua costumbre, estábamos sentados en torno a la mesa redonda. Mi padre se mostraba muy alegre y contaba cosas muy entretenidas de los viajes que había hecho en su juventud. Cierta noche, al dar las nueve, oímos la puerta rechinar sobre sus enmohecidos goznes y en la escalera resonaron pesados pasos.

»—Es Coppelius —dijo mi madre palideciendo.

»—¡Sí!, es Coppelius —repuso mi padre con voz débil y temblorosa. A mi

madre se le saltaron las lágrimas:

»—Pero ¡padre, padre! —exclamó—, ¿por qué tiene que ser así?

»—Es la última vez —repuso mi padre—, es la última vez que vendrá, te lo prometo. ¡Vete, acuesta a los niños!… ¡Vete… a acostar! Buenas noches.

»Tuve la sensación de que una piedra pesada y fría me oprimía el pecho, dificultando mi respiración… Mi madre me cogió del brazo, y como yo permaneciese en el mismo sitio, dijo: «¡Ven, Nataniel, vente!». Me dejé conducir, y entré en la habitación. «¡Estáte tranquilo, estáte tranquilo y acuéstate!… ¡Duerme… duerme!», me gritó mi madre; pero mi estado de terror y agitación me impidió conciliar el sueño. El odioso Coppelius se me aparecía y de sus ojos salían chispas, mientras se reía irónicamente. En vano traté de librarme de su imagen. Serían las doce de la noche cuando se oyó un ruido semejante al que produce una detonación de arma de fuego. La casa entera retembló y las puertas y las vidrieras, y alguien pasó corriendo por delante de mi cuarto, y después se cerró con estrépito la puerta de la calle. «¡Es Coppelius!», exclamé espantado, saltando de la cama. En la habitación de mi padre resuenan gritos desgarradores y veo salir de ella una nube de humo negro e infecto, mientras la criada grita: «¡Mi amo! ¡Ah, mi amo!».

«Delante de la chimenea se halla tendido el cadáver de mi padre, ennegrecido y mutilado de una manera espantosa; mi madre y mi hermana, inclinadas sobre él, profieren gritos desgarrados: «¡Coppelius, Coppelius —exclamé yo—, has matado a mi padre!». Y caí al suelo sin conocimiento.

»Dos días después, cuando se depositó el cadáver de mi padre en el ataúd, sus facciones habían recobrado, a pesar de la muerte, la calma y la serenidad de otro tiempo. Fue muy consolador para mi alma que sus relaciones con el diabólico Coppelius no hubieran sido causa de su eterna condenación.

»La explosión había despertado a todos los vecinos, el suceso dio lugar a muchos rumores, y la superioridad decretó exigir responsabilidades a Coppelius, pero éste había desaparecido sin dejar rastro alguno.

»Y ahora, querido Lotario, cuando sepas que el vendedor de barómetros que me visitó no era otro sino ese maldito Coppelius, espero que no dirás que me atormento el espíritu para buscar en los incidentes más comunes presagios de desgracia. Aunque iba vestido de otro modo, he reconocido bien las facciones y la estatura de Coppelius, y no es posible que padezca un error. No ha cambiado mucho su nombre. Se hace pasar por mecánico piamontés y ha tomado el nombre de Giuseppe Coppola.

»Estoy decidido a vengar la muerte de mi padre, pase lo que pase. No le digas nada de la aparición de este horrible monstruo a mi madre… Saluda a mi querida Clara. Le escribiré cuando esté más tranquilo. Que te vaya bien, etc., etc».

DE CLARA A NATANIEL

«Aunque no me hayas escrito desde hace mucho tiempo, creo que no has desechado mi recuerdo de tu pensamiento y de tu corazón, pues el otro día, al escribir a mi hermano Lotario, pusiste en el sobre mi nombre y las señas de mi casa. Muy contenta abrí la carta y me di cuenta del error cuando leí las dos primeras palabras: «¡Ah, mi querido Lotario!». Hubiera querido no leer una palabra más y darle la carta a mi hermano. Pero tú muchas veces me has dicho en broma que debería tener un carácter tranquilo, sosegado, como aquella mujer que estando a punto de derrumbarse su casa, y echando a correr precipitadamente, todavía tuvo tiempo para arreglar un pliegue del visillo del balcón, así es que reconozco que el principio de la historia me ha impresionado mucho. Apenas si podía respirar, todo se desvanecía ante mi vista… ¡Ah, mi querido Nataniel, qué horribles cosas te han sucedido en la vida! ¡Separarme de ti, no volverte a ver más, sólo ese pensamiento me atraviesa el pecho como un puñal ardiente!… Seguí leyendo y leyendo… Tu descripción del horrible Coppelius es espantosa. Ahora me entero del terrible accidente que ocasionó la muerte de tu padre.

»Mi hermano Lotario, al que entregué la carta, en vano trató de tranquilizarme. El maldito vendedor de barómetros, Giuseppe Coppola, me ha perseguido todo el día como un espectro amenazador, y me avergüenzo de confesar que ha turbado mi sueño tranquilo y sosegado con toda clase de extrañas visiones y pesadillas. Aunque al día siguiente he considerado las cosas de otro modo. No te enojes, amado mío, si Lotario te dice que, no obstante tus presentimientos de que Coppelius te va a hacer algo malo, me encuentro otra vez con el ánimo alegre y sereno.

»Precisamente iba a decirte que todo lo terrorífico y las cosas espantosas de que hablas tienen lugar en tu imaginación, y que la realidad no interviene en nada. Coppelius podrá ser el más aborrecible de todos los hombres, y, además, como odiaba a los niños, por eso sentíais aborrecimiento ante su vista. Has hecho la personificación del hombre de la arena tal como podría hacerla un espíritu infantil impresionado por cuentos de nodriza. Las entrevistas nocturnas de Coppelius con tu padre no tenían seguramente más objeto que el de practicar operaciones de alquimia; tu madre se afligía porque este trabajo debía ocasionar gastos muy grandes sin producir nunca nada, y, por otra parte, tu padre, absorbido por la engañosa pasión investigadora, descuidaba los asuntos de su casa y la atención a su familia.

»Tu padre ha encontrado la muerte debido a su propia imprudencia y Coppelius no tiene culpa alguna. ¿Quieres saber lo que ayer pregunté al

boticario vecino? Si era posible encontrar la muerte instantánea, a causa de una explosión, haciendo experimentos químicos. Me dijo: «Sí, ciertamente», y me describió detalladamente muchas sustancias que no puedo repetirte, porque no he podido retener sus nombres.

»Sé que vas a compadecer a tu pobre Clara y vas a decir: «Este carácter razonable no cree en lo fantástico, que envuelve a los hombres con brazos invisibles, sólo considera el mundo bajo su aspecto más natural, igual que el niño pequeño sólo ve la superficie de la fruta dorada y reluciente, sin adivinar la ponzoña que esconde».

»¡Ah, mi querido Nataniel! ¿No crees que también en los caracteres alegres, ingenuos, inocentes puede existir un presentimiento de que hay un oscuro poder capaz de corrompernos?… Perdóname, a mí que soy una joven sencilla, que me atreva a insinuarte lo que pienso acerca de estos combates en el interior de uno mismo. Al final no encuentro las palabras adecuadas, y si te ríes no será por las tonterías que diga, sino porque no me las arreglo para decirlas bien.

»¿Existirá alguna fuerza oculta, dotada de tal ascendiente sobre nuestra naturaleza, que pueda arrastrarnos por una senda de desgracias y desastres? Si existe, está en nosotros mismos, y por eso creemos en ella y la aceptamos para llevar a cabo todas las acciones misteriosas. Si recorremos con firme paso la senda de la vida, la fuerza oculta tratará inútilmente de atraernos a sus brazos. Es cierto, según dice Lotario, que el oscuro poder físico hace que en algunos momentos nuestra imaginación finja fantasmas engañosos, cuyo aspecto nos parezca realmente amenazador, pero estos fantasmas no son otra cosa sino pensamientos que nos influyen de tal modo que nos arrojan al Infierno o nos llevan al Cielo. Ya sabes, querido Nataniel, que mi hermano Lotario y yo hemos hablado de estos poderes ocultos, y que ahora que he escrito lo principal, creo que puedo meditar sobre ello. No entiendo las últimas palabras de Lotario, me supongo lo que quiere decir, y por eso me parece que está en lo cierto. Te suplico que deseches de tu memoria la odiosa figura del abogado Coppelius y del vendedor de barómetros Giuseppe Coppola. Convéncete de que estas figuras no pueden hacerte nada; sólo el pensar en su poder enemigo puede hacerte daño. Si tu carta no llevase en cada línea el sello de una gran exaltación, me divertiría mucho diciéndote todo lo que se me ha ocurrido de extraño respecto al hombre de la arena y a Coppelius, el vendedor de barómetros. ¡Estáte tranquilo… muy tranquilo!

»En caso de que el odioso Coppola se te aparezca otra vez, me he propuesto de nuevo ser tu ángel guardián. Nada conozco más eficaz que una alegre carcajada cuando se quieren desechar los monstruos fantásticos. No le temo, ni tengo miedo de sus garras, ni como abogado ni como hombre de la arena podrá estropearme los ojos. Siempre, tuya, mi amado Nataniel, etc.,

etc…».

DE NATANIEL A LOTARIO

«Me ha contrariado mucho que, debido a mi necia distracción, Clara haya leído la carta que te escribí. Me ha escrito una profunda y filosófica carta en la que me demuestra que Coppelius y Coppola sólo existen en mi interior, y que son un fantasma de mi propio yo, que desaparecerán en el acto en cuanto lo reconozca.

»En realidad no debemos creer que las personas que consideran estas cosas como un sueño extraño y burlón, son también razonables y didácticas. Me refiero a ti. Habéis hablado de mí. Le enseñas lógica para que aprenda pronto a distinguir. ¡Vamos a dejarlo! Reconozco que el traficante en barómetros y el abogado Coppelius son dos individuos diferentes. Ahora tomo lecciones de un célebre físico llamado Spalanzani, de origen italiano, y este hombre conoce hace mucho tiempo al Giuseppe Coppola, que tiene acento piamontés; mientras que Coppelius era alemán, un alemán no muy digno.

»Y ahora, por más que tu hermana y tú creáis que tengo la cabeza vacía, os diré que no puedo borrar de mi mente la impresión que hace en mí el maldito rostro de Coppelius. Me alegro que se haya marchado de la ciudad, según me dice Spalanzani. Este profesor es un personaje muy estrafalario: figúrate un hombre como una bola, con los pómulos muy salientes, la nariz afilada, los labios abultados y ojos brillantes y penetrantes. Mejor que mi descripción, puedes verle si miras el dibujo de Cagliostro que ha hecho Chodowiecki en un calendario de bolsillo… Lo mismo es Spalanzani. Recientemente fui a su casa a ver algunos experimentos; al pasar por el vestíbulo observo que la cortina verde de una puerta vidriera no está corrida como de costumbre; me acerco maquinalmente, impulsado por la curiosidad. Veo a una mujer esbelta y bien proporcionada, muy bien vestida, sentada en el centro de la habitación, apoyados sus brazos sobre una mesita, con las manos juntas; como está de cara a la puerta mis ojos se encuentran con los suyos, y observo, poseído de asombro, a la vez que de temor, que sus pupilas carecen de mirada, mejor dicho, que aquella mujer duerme con los ojos abiertos. Me siento desconcertado, me deslizo por la sala donde un inmenso auditorio espera las lecciones del profesor. Luego, me entero de que la mujer que he visto es Olimpia, hija de Spalanzani, que la tiene secuestrada en su casa y no quiere que nadie se acerque a ella… Quizá la explicación es que ella sea necia o algo por el estilo… ¿Dirás que por qué te escribo todo esto? Hubiera sido mejor que te lo hubiera contado de palabra. Sabe que dentro de quince días estaré con vosotros. Y volveré a ver a mi querida Clara, mi dulce ángel, que después de aquella carta fatal calmará mis inquietudes. Por eso no

le escribo hoy. Mil saludos, etc., etc..»

No puede inventarse, ¡oh amable lector!, nada más raro y maravilloso que lo que te he contado de mi pobre amigo, el joven estudiante Nataniel. Acaso, benévolo lector, has experimentado en tu pecho o has vivido o has imaginado algo que deseas expresar. La sangre te hierve en las venas como si fuera fuego y tus mejillas se enrojecen. Tu mirada parece extraviarse como si vieras figuras en el espacio vacío, que los demás no perciben, y tu voz se convierte en profundo suspiro. Los amigos te preguntan: «¿Qué te sucede, amado mío? ¿Te pasa algo?…». Y tú quisieras expresar cómo son estas imágenes que ves en tu interior con colores brillantes y sombras oscuras y no puedes encontrar palabras. Y desearías expresar con una sola palabra, que fuera como una descarga eléctrica, todo lo maravilloso, horrible, fantástico, espantoso. Pero esa palabra que apenas puedes decir te parece incolora, helada, muerta. Buscas y buscas, balbuceas y titubeas, y las secas preguntas de tus amigos te agitan como un huracán, y remueven tu ser, hasta que te aplacas. Si como un pintor audaz te hubieras atrevido a pintar con algunas pinceladas la silueta de la imagen que has visto, posiblemente con poco trabajo destacarían los colores cada vez más brillantes y una serie de diversas figuras llamarían la atención de sus amigos que se entremezclarían con estas creaciones de tu imaginación.

He de decirte, ¡amable lector!, que hasta ahora nadie me ha preguntado por la historia del joven Nataniel; bien sabes que yo pertenezco a ese maravilloso linaje de autores que si tienen algo que decir tienen también la sensación de que el mundo entero les pregunta: «¿Qué sucedió? ¡Continúa contándonos, querido!».

Por lo tanto tengo verdadero interés en seguir contándote cosas acerca de la fatídica existencia de Nataniel. Mi alma estaba dominada por todo lo raro y maravilloso que había oído, pero precisamente porque, ¡oh, lector mío!, deseaba que tú también tuvieras esta sensación de lo fantástico, me devanaba la cabeza para empezar la historia de Nataniel de una manera original y emocionante: «¡Érase una vez…!». Ese bello principio de cuento me parecía sosísimo. «En la pequeña ciudad provinciana de G. vivía…», un poco mejor, por lo menos preparaba para el clímax… O *in media res*: «¡Voto al diablo!, exclamó furioso e iracundo, echando rayos por los ojos el estudiante Nataniel, cuando Giuseppe Coppola, el traficante de barómetros…». Realmente esto era lo que yo había escrito, cuando creí notar algo ridículo en la mirada del estudiante Nataniel; la historia, sin embargo, no tiene nada de ridícula. Tuve la sensación de que no reflejaba lo más mínimo el colorido de las imágenes que veía en mi interior.

¡Amable lector!, toma las tres cartas que Lotario me dejó por el esbozo de un cuadro que trataré de completar durante el relato, añadiendo nuevos colores. Quizá logre retratar algunas figuras, como esos retratistas, de modo que puedas tener la sensación, sólo al ver el retrato, sin conocer el original, de que has visto a la persona con tus propios ojos. Quizá, ¡oh lector mío!, pienses que no hay nada más absurdo y

fantástico como creer que el poeta puede reflejar la verdadera vida en su espejo bruñido, que sólo da un oscuro reflejo.

Para decirlo todo con exactitud, lo primero que hay que saber y que debe añadirse a las cartas anteriores es que al morir el padre de Nataniel, Clara y Lotario, dos niños lejanos parientes, fueron recogidos en su casa por la madre de Nataniel. Clara y Nataniel se profesaron siempre una mutua simpatía, a la que nadie tuvo nada que objetar; ya eran novios cuando Nataniel tuvo que irse para seguir sus estudios en G…; acabamos de ver, por su última carta, que asistía al curso del famoso profesor de Física, Spalanzani.

Ahora ya me siento más aliviado y puedo continuar la historia; pero, en este momento, la imagen de Clara está tan viva ante mis ojos que (siempre me sucede lo mismo) no puedo dejar de mirarla mientras me sonríe.

Clara no era hermosa en la acepción vulgar de la palabra. Los arquitectos hubieran elogiado sus exactas proporciones, los pintores habrían visto en los contornos de su busto y de su seno la imagen de la castidad, y se habrían enamorado al mismo tiempo de su magnífica mata de pelo como la de una Magdalena, apropiándose del colorido.

Uno de ellos, fanático de la belleza, habría comparado los ojos de Clara con un lago azul de Ruisdael, en cuya límpida superficie se reflejan con tanta pureza los bosques, los prados, las flores y todos los poéticos aspectos del más rico paisaje.

Los poetas y los pintores decían: «¡Qué lago… qué espejo!». Si cuando miramos a esta joven, en su mirada parecen oírse melodías y sonidos celestiales que nos sobrecogen y nos animan a la vez, ¿acaso no cantamos nosotros también, y alguna vez hasta creemos leer en la fina sonrisa que expresan los labios de Clara que es como un cántico, no obstante algunas disonancias?

A estos encantos naturales de la joven, añádase una imaginación viva y brillante, un corazón sensible y generoso que no excluía lo positivo ni lo razonable. Los espíritus románticos no le agradaban del todo; discutía poco con los que son aficionados a divagar, pero su mirada maliciosa decíales con mucha elocuencia: «Amigos míos, inútilmente os esforzáis en conducirme a vuestro mundo imaginario». Muchos acusaban a Clara de insensible y prosaica, pero los espíritus privilegiados admiraban bajo aquella fría apariencia a la amable, delicada y razonable niña. Nadie amaba a Clara como Nataniel, a pesar de su férvida pasión por lo maravilloso, y la joven le correspondía con tierno amor; las primeras nubes de tristeza pasaron por su vida cuando se separó de ella.

Cuando el joven regresó, ¡con qué contento la estrechó en sus brazos al ir a su encuentro en casa de su madre! Sucedió, entonces, lo que Clara había previsto: que desde aquel día desechó de su memoria, sin esfuerzo alguno, a Coppelius y a Coppola.

Sin embargo, Nataniel tenía razón cuando escribió a su amigo Lotario que la presencia del maldito traficante Giuseppe Coppola le había sido fatal. Todos notaron

desde el primer día que estaba totalmente cambiado. Su carácter comenzó a ensombrecerse y se hizo taciturno, tanto que la vida le parecía como un sueño fantástico, y, cuando hablaba, decía que todo ser humano, creyendo ser libre, era juguete trágico de oscuros poderes, y era en vano que se opusiese a lo que había decretado el destino. Todavía más; llegó a afirmar que consideraba una locura creer que nos comportábamos conforme a nuestro gusto y albedrío en el arte y en la ciencia, pues en realidad el entusiasmo que nos llevaba al trabajo creador provenía no de nuestro interior, sino de la influencia de un principio superior que estaba fuera de nosotros.

Sus meditaciones místicas, de las cuales no era posible sustraerlo, ocasionaban gran disgusto a la pobre Clara, sin que toda la sabiduría de sus razonamientos pudiera calmarle. Cierto día en que Nataniel se quejaba de ver sin cesar al monstruoso Coppelius, y dijese que este horrible demonio iba a destruir su felicidad y su futuro, Clara repuso con tristeza:

—Sí, Nataniel, creo en efecto que ese hombre extravagante es tu genio del mal, que es un poder diabólico y que realmente se ha introducido en tu vida, pero a nadie debes culpar sino a ti mismo, porque su fuerza reside en tu credulidad.

Enojóse mucho Nataniel al ver que Clara atribuía la existencia de los demonios a la fuerza de su fantasía, y en su despecho consideró a Clara como uno de esos seres inferiores que no saben penetrar en los misterios de la naturaleza invisible. No obstante lo cual, todos los días, cuando Clara ayudaba a servir el desayuno, le leía tratados de filosofía oculta. Ella, entonces, le decía:

—Creo, en verdad, querido Nataniel, que tú eres el genio de mi café, porque me es preciso descuidar los quehaceres de la casa, perdiendo el tiempo para oírte discurrir. El agua hierve, el café se vierte en la ceniza, y ¡adiós desayuno!

Nataniel, furioso al ver que no le comprendían, cerraba los libros e iba a encerrarse en su habitación. En otros tiempos solía referir narraciones graciosas y animadas que luego escribía, y Clara le oía con el mayor placer; ahora, en cambio, sus poemas eran secos, incomprensibles, informes, de modo que aunque Clara no lo decía, él se daba cuenta de todo. A Clara le fastidiaban mortalmente estas cosas y era evidente el aburrimiento que trataba de dominar, en todos sus gestos. Las poesías de Nataniel en realidad eran aburridísimas. Cada vez era mayor su disgusto por el carácter frío y prosaico de Clara, y Clara, a su vez, no podía evitar su enojo por las pesadas, abstrusas y tenebrosas sofisterías de Nataniel, por lo que cesó la buena armonía entre ambos, y poco a poco fueron distanciándose.

La imagen del odioso Coppelius se iba alejando cada vez más, según confesaba Nataniel, y hasta le costaba trabajo, a veces, evocar a este espantajo fatídico en sus creaciones. Finalmente, le atormentaba el presentimiento de que Coppelius destruiría su amor, todo lo cual fue objeto de un poema. Describía en él la felicidad de ambos, Clara y él unidos, aunque un negro poder les amenazaba, destruyendo su alegría. Cuando, por fin, se encontraban ante el altar, hacía su aparición el espantoso

Coppelius que tocaba los bellos ojos de Clara, y éstos saltaban sobre el pecho de Nataniel como chispas sangrientas, encendidas y ardientes. Luego Coppelius le cogía y le arrojaba en medio de las llamas de un horno que ardían con la velocidad de una tormenta, donde se consumía al instante. En medio del tumulto que parecía el de un huracán que bramaba sobre la espuma de las olas, semejantes a blancos y negros gigantes que combatían furiosamente entre sí, en medio de este tronar furioso, oía la voz de Clara que decía:

—No puedes mirarme, Coppelius te ha engañado, no eran mis ojos los que encendían tu pecho, eran gotas ardientes de tu propio corazón… mira, yo tengo mis ojos… ¡mírame!…

Nataniel pensaba: «Es Clara, y yo soy eternamente suyo…». Entonces parecía como si su pensamiento dominase el fuego del horno donde se encontraba, y el tumulto desaparecía, alejándose en un negro abismo. Nataniel miraba los ojos de Clara, pero entonces la muerte le contemplaba amigablemente desde las profundidades de los ojos de Clara.

Mientras Nataniel escribía estas cosas estaba muy tranquilo y razonable, sentía que cada línea le salía mejor, y entregado a los esfuerzos de la rima, no descansaba hasta que la musicalidad no le parecía perfecta. Cuando, al fin, hubo terminado y se leyó a sí mismo, en alto, su propio poema, quedó horrorizado, y lleno de espanto se dijo: «¿De quién es esa horrible voz?». No obstante lo cual, tuvo la sensación de que este poema estaba muy logrado y que podría inflamar el ánimo de Clara, leyéndoselo, al tiempo que le hacía ver las espantosas imágenes que le angustiaban y presagiaban la destrucción de su amor.

Un día, Nataniel y Clara estaban sentados en el jardincillo de su madre. Clara se hallaba muy alegre porque Nataniel desde hacía tres días, dedicado a escribir su poema, no le había enojado con sus manías y presentimientos fatídicos. También Nataniel hablaba animadamente y muy alegre sobre asuntos divertidos, de modo que Clara le dijo:

—Otra vez estás conmigo; gracias a Dios, nos hemos librado de ese odioso Coppelius.

Entonces Nataniel se acordó de que llevaba en el bolsillo un poema y que tenía intención de leerlo. Sacó las hojas del bolsillo y comenzó su lectura. Clara, imaginándose que sería algo aburrido, como de costumbre, y resignándose, comenzó tranquilamente a hacer punto. Pero de igual modo que los nubarrones cada vez más negros de una tormenta van en aumento, llegó un momento que, abandonando la labor, miró fijamente a Nataniel. Terminada la lectura, el joven arrojó lejos de sí el manuscrito, y con los ojos llenos de lágrimas, encendidas sus mejillas, inclinóse hacia Clara, cogió sus manos convulsivamente, y exclamó con acento desesperado:

—¡Ah, Clara, Clara!

Clara le estrechó contra su pecho y le dijo suavemente, muy seria:

—Nataniel, querido Nataniel. ¡Arroja al fuego esa maldita y absurda obra!

Nataniel, desilusionado, exclamó, apartándose de Clara:

—Eres un autómata, inanimado y maldito.

Y sin decir más, alejóse corriendo, mientras que Clara, profundamente desconcertada, derramaba amargas lágrimas. «Nunca me ha amado, pues no me comprende», sollozaba en alto. Lotario apareció en el jardín y Clara tuvo que referirle lo que había sucedido; como amaba a su hermana con toda su alma, sentía sus quejas en lo más íntimo, de forma que el disgusto que sentía en su pecho a causa del visionario Nataniel se transformó en cólera terrible. Corrió en seguimiento de Nataniel y le reprochó con duras palabras su loca conducta respecto a su querida hermana. Nataniel respondió con violencia. El iluso y extravagante loco se enfrentó con el desgraciado y vulgar ser humano. Decidieron batirse a la mañana siguiente, detrás del jardín, conforme a las reglas al uso.

Llegaron mudos y sombríos. Como Clara hubiese oído la disputa y viese que el padrino, al atardecer, trajese los floretes, imaginó lo que iba a suceder. A la hora designada, las armas estaban sobre el césped que, muy pronto, iba a teñirse de sangre. Lotario y Nataniel se habían despojado ya de sus levitas, y con los ojos brillantes iban a abalanzarse el uno sobre el otro, cuando Clara apareció en el jardín. Sollozando exclamó:

—¡Monstruos, salvajes, matadme a mí, antes de que uno de vosotros caiga, pues no quiero sobrevivir si mi amado mata a mi hermano, o mi hermano a mi amado!

Lotario dejó el arma y miró al suelo silenciosamente. Nataniel sintió en su interior la tristeza y el amor desbordante que había sentido en los bellos días de su primera juventud. El arma homicida cayó de sus manos, y se arrojó a los pies de Clara:

—¡Perdóname, adorada Clara! ¡Perdóname, hermano mío, querido Lotario!

Lotario se emocionó al ver el profundo dolor de su hermano, y derramando los tres abundantes lágrimas abrazáronse reconciliados, y juraron no separarse jamás.

Desde aquel día Nataniel se sintió aliviado de la pesada carga que le había oprimido hasta entonces, y le pareció como si se hubiese salvado del oscuro poder que amenazaba aniquilarle. Permaneció tres días más antes de marcharse a G., adonde debía volver para cursar el último año de sus estudios universitarios y se acordó de que al cabo de este tiempo se establecería para siempre en su país natal, con su prometida.

A la madre de Nataniel se le ocultó todo lo referente a Coppelius, pues era bien sabido que le producía horror su nombre, ya que tanto a ella como a Nataniel le recordaba la muerte de su esposo.

Al llegar a G., Nataniel se sorprendió mucho al ver que su casa había sido pasto de las llamas, que sólo dejaron en pie dos o tres lienzos de pared ennegrecidos y calcinados. Según le dijeron, el fuego comenzó en la botica y varios amigos de Nataniel que vivían cerca de la casa incendiada pudieron salvar algunos de los objetos, instrumentos de física y papeles, todo lo cual llevaron a otra habitación alquilada a nombre del estudiante. Nataniel no podía suponer que estuviera situada

frente a la del profesor Spalanzani. Desde la ventana se podía ver muy bien el interior del gabinete donde, con frecuencia, cuando las cortinas estaban descorridas, se veía a Olimpia muda e inmóvil, y aunque se destacaba claramente su silueta, en cambio los rasgos de su rostro sólo borrosamente. Nataniel se extrañó de que Olimpia permaneciese en la misma actitud horas enteras, sin ocuparse de nada, junto a la mesita, aunque era evidente que, de vez en cuando, le miraba fijamente; hubo de confesarse que en su vida había visto una mujer tan hermosa. Sin embargo, su amor a Clara le llenaba el corazón, preservándole de las seducciones de la austera Olimpia, y por eso el joven dirigía sólo de tarde en tarde algunas miradas distraídas a la estancia habitada por aquella hermosa estatua.

Cierto día, en ocasión de estar escribiendo a Clara, llamaron suavemente a su puerta; al abrirla, vio la desagradable figura de Coppola; un estremecimiento nervioso agitó a Nataniel; recordando los argumentos de Clara y los datos que le diera el profesor Spalanzani acerca de aquel individuo, avergonzóse de su primer movimiento de espanto, y con toda la tranquilidad que le fue posible dijo al inoportuno visitante:

—No necesito barómetros, querido amigo. ¡Idos, por favor!

Pero Coppola, entrando en la habitación, dijo en un tono ronco, mientras su boca se entreabría con una odiosa sonrisa y le refulgían los ojillos entre sus largas pestañas grises:

—¡Eh, no sólo tengo barómetros, no sólo barómetros! ¡También tengo ojos, bellos ojos, ojos!

Nataniel, espantado, exclamó:

—¡Maldito loco!, ¿cómo es posible que tengas ojos?… ¿Ojos?… ¿Ojos?

Al instante Coppola puso a un lado sus barómetros y fue sacando de sus bolsillos gafas que dejó sobre la mesa:

—¡Gafas, gafas para ponérselas sobre la nariz…, ésos son los ojos… los bellos ojos!

Y al decir esto, Coppola continuó sacando anteojos, de modo que la mesa se llenó, y empezaron a brillar y a refulgir desde ella. Miles de ojos miraban fijamente a Nataniel; no podía evitar dejar de mirar a la mesa, y Coppola continuaba sacando anteojos, y cada vez eran más fantásticas y terribles las penetrantes miradas que traspasaban con sus rayos ardientes y rojizos el pecho de Nataniel. Sobrecogido por un espantoso malestar gritó:

—¡Para ya, detente, hombre maldito!

Y sacudiéndole por el brazo detuvo a Coppola, que se preparaba a seguir sacando gafas del bolsillo, aunque la mesa estaba enteramente cubierta de ellas. Coppola, sonriendo a duras penas, se desprendió de él, al tiempo que decía:

—¡Ah!… no las queréis… pues aquí tenéis unos buenos anteojos. —Y después de recoger todas las gafas, empezó a sacar anteojos de larga vista. En cuanto todas las gafas estuvieron guardadas, Nataniel quedó tranquilo como por encanto, y acordándose de Clara, recordó que el fantasma sólo estaba en su imaginación, ya que

Coppola era sólo un gran mecánico y óptico, y en modo alguno el doble de Coppelius. Además, las gafas que Coppola había puesto en la mesa no tenían nada de raro, ni tampoco nada de extraordinario los anteojos, de modo que, algo confuso por haberse entregado a la violencia, Nataniel quiso repararla comprando alguna cosa al traficante Coppola.

Eligió un pequeño anteojo, cuya montura le llamó la atención por su exquisito trabajo, y, para probarlo, miró a través de la ventana. Nunca en su vida había tenido un anteojo con el que pudiera verse con tanta claridad y pureza. Instintivamente, miró hacia la estancia de Spalanzani; Olimpia estaba sentada como de costumbre, ante la mesita, con los brazos apoyados y las manos cruzadas. Por vez primera, Nataniel veía detenidamente el hermoso semblante de Olimpia. Únicamente los ojos le parecieron fijos, como muertos. Pero, a medida que miraba más y más a través del anteojo, le pareció como si los ojos de Olimpia irradiasen pálidos rayos de luna. Tuvo la sensación de que por vez primera nacía en ella la capacidad de ver; y cada vez más intensas brillaban sus miradas. Nataniel se quedó como galvanizado mirando a la ventana, observando a la bella y celeste Olimpia, pero le hizo volver en sí el ruido que hacía Coppola, al tiempo que repetía:

—*Tre zechini* —tres ducados.

Nataniel, que se había olvidado por completo del óptico, se apresuró a pagarle:

—¿No os parecen unos buenos anteojos, eh? ¡Qué buenos anteojos! —preguntó Coppola con su odiosa voz ronca y la sonrisa maliciosa.

—Sí, sí, sí… —repuso Nataniel disgustado—. ¡Adiós querido amigo!

Coppola abandonó la habitación, no sin lanzar antes algunas miradas de reojo. Apenas bajó las escaleras, dejó escapar una innoble carcajada. «Se ríe de mí —pensó Nataniel— porque me ha hecho pagar el anteojo a un precio mucho más caro de lo que vale». Mientras profería en voz baja estas palabras, le pareció oír un profundo gemido en la habitación, que le estremeció. Nataniel sintió tal miedo que se le cortó la respiración. Pronto se dio cuenta de que era él mismo quien había suspirado. «Clara tenía razón —se dijo— al considerarme un visionario; pero lo que más me atormenta ahora y me parece absurdo… incluso más que absurdo, es la idea de que he pagado los anteojos demasiado caros, y eso me inquieta; y no sé cuál es el motivo…».

Dejando todo, se puso a escribir a Clara, pero apenas había cogido la pluma, miró por la ventana para convencerse de que Olimpia estaba allí, sentada. Al instante sintió un impulso irresistible de coger el anteojo de Coppola y permaneció contemplando la fascinante figura de Olimpia, hasta que su compañero Segismundo fue a buscarle para asistir a la clase del profesor Spalanzani.

Desde aquel día los visillos de la habitación de Olimpia estuvieron siempre perfectamente echados, y el enamorado estudiante perdió el tiempo haciendo de centinela durante dos días, anteojo en mano. Al tercer día se cerraron las ventanas. Desesperado y poseído de una especie de delirio, salió corriendo de la ciudad.

La figura de Olimpia se multiplicaba a su alrededor como por encanto, la veía flotar por el aire, brillar a través de los setos floridos y reproducirse en los cristalinos arroyuelos. Nataniel no se acordaba ya de Clara, sólo pensaba en Olimpia, y gemía y sollozaba: «¡Oh, estrella de mi vida, no me dejes solo en la tierra, en la negra oscuridad de una noche sin esperanza!».

Cuando Nataniel volvió a su casa observó que reinaba un gran bullicio en la de Spalanzani; las puertas se abrían, se limpiaban las ventanas, y numerosos obreros iban de un lado a otro llevando muebles, mientras que algunos colocaban tapices con extraordinaria actividad. Nataniel se quedó asombrado, cuando en plena calle, Segismundo apareció y le dijo, riéndose: «¿Qué me dices de nuestro viejo amigo Spalanzani?». Nataniel le aseguró que no sabía nada del Profesor; y que estaba asombrado de que aquella casa silenciosa y sombría estuviera en pleno bullicio y actividad. Segismundo le dijo que Spalanzani daría al día siguiente una gran fiesta, un concierto y baile, al que asistiría lo más notable de la Universidad. Se rumoreaba que Spalanzani iba a presentar en sociedad a su hija Olimpia, a la que hasta ahora había mantenido escondida, fuera de la vista de los hombres.

Nataniel encontró una invitación al llegar a su casa y se encaminó a la vivienda del Profesor a la hora convenida, con el corazón palpitante, cuando ya rodaban otros carruajes y las luces brillaban en los adornados salones. La sociedad allí reunida era numerosa y muy brillante. Olimpia, engalanada con un gusto exquisito, era admirada por su belleza y sus perfectas proporciones. Sólo se notaba algo extraño, un ligero arqueamiento del talle, posiblemente debido a que su talle de avispa estaba en exceso encorsetado. Andaba con una especie de rigidez, que desagradaba y que atribuían a su timidez natural, acentuada al encontrarse ahora en sociedad. El concierto comenzó. Olimpia tocaba el piano con gran habilidad e incluso cantó un aria con voz sonora y brillante que parecía el vibrante sonido de una campana. Nataniel estaba extasiado, pero como llegara un poco tarde le tocó estar en la última fila, y apenas podía ver el semblante de Olimpia, deslumbrado por las luces de los candelabros; instintivamente sacó el anteojo de Coppola y se puso a mirar a la bella Olimpia. Ah… le pareció que ella le miraba con miradas anhelantes, que una melodía acompañaba cada mirada amorosa y le traspasaba ardientemente. Las artísticas inflexiones de su voz le parecieron a Nataniel cánticos celestiales de un corazón enamorado, y cuando resonó el largo trino por todo el salón, a su cadencia creyó que un brazo amoroso le ceñía y extasiado no pudo evitar esta exclamación: «¡Olimpia!».

Las personas más próximas se volvieron y muchas se echaron a reír. El organista de la catedral puso un semblante muy serio y dijo simplemente: «Bueno, bueno». El concierto llegaba a su fin. El baile comenzó. «Bailar con ella… bailar con ella…», todos los deseos de Nataniel tendían hacia este objetivo. Pero ¿cómo atreverse a invitar a la reina de la fiesta? En fin… no supo bien cómo, pero poco después de empezar el baile se encontró junto a Olimpia, a la que nadie había sacado aún, y apenas osando balbucir alguna palabra, tomó su mano. Un sudor frío inundó su frente

cuando con la extremidad de sus dedos rozó los de Olimpia, pues la mano de la joven estaba helada como la de un muerto. Nataniel detuvo en ella su mirada y observó que sus ojos tenían la misma fijeza lánguida, y tuvo la sensación de que el pulso empezaba a latir en su muñeca y la sangre corría por sus venas. También Nataniel sentía en su interior una amorosa voluptuosidad, así es que enlazó con su brazo el talle de la bella Olimpia y atravesó las filas de los invitados.

Creyó haber bailado al compás, aunque sentía que la rigidez rítmica con que Olimpia bailaba a veces le obligaba a detenerse, y entonces se daba cuenta de que no seguía bien los compases de la música. No quiso bailar con nadie más, y si alguno se hubiera acercado a Olimpia para solicitar un baile, de buena gana le hubiera matado. Solamente sucedió esto dos veces; para asombro suyo, Olimpia estuvo sentada durante todo el baile, así es que pudo sacarla cuantas veces quiso.

Si Nataniel hubiera tenido ojos para ver otra cosa que no hubiera sido Olimpia, de seguro que se hubiera encontrado con más de una pelea, pues era evidente que por los rincones los jóvenes se reían de él, y hasta un sinfín de miradas curiosas se dirigían a la bella Olimpia. ¿Podría saberse por qué? Excitado por la danza y el vino, Nataniel había perdido la timidez. Sentándose junto a Olimpia, tomó su mano entre las suyas y le habló de su amor con todo el fuego de la pasión que sentía, aunque ni Olimpia ni él mismo comprendían bien lo que trataba de expresar. Pero ésta mirándole fijamente sólo suspiraba: «¡Ah… ah… ah…!». Nataniel exclamó: «¡Oh, mujer celestial, que me iluminas desde el cielo del amor! ¡Oh, criatura que domina todo mi ser!», y cosas por el estilo, pero Olimpia únicamente respondía: «¡Ah, ah!».

Durante esta singular conversación, el Profesor Spalanzani pasó varias veces por delante de los felices enamorados y los miró sonriendo de una manera extraña. Poco a poco Nataniel se dio cuenta con terror de que el brillo de las luces disminuía en la sala vacía. Hacía mucho que la música y el baile habían cesado. «¡Separarse, separarse ahora!», gritó desesperado y furioso, y besó la mano de Olimpia, e, inclinándose hacia su boca, sus labios ardientes se encontraron con los labios helados de Olimpia. Apenas hubo tocado la fría mano de Olimpia, se sintió dominado por el terror y se le pasó por la mente la leyenda de la novia muerta, pero Olimpia le oprimía contra su pecho y el beso pareció vivificar sus labios…

El profesor Spalanzani atravesó lentamente la sala vacía, sus pasos resonaban huecos, y su figura, que proyectaba una larga sombra, tenía un aspecto fantasmagórico y horrible. «¿Me amas?», musitó Nataniel; pero Olimpia suspiró, poniéndose de pie: «¡Ah! ¡Ah!». «¡Sí, amada mía, criatura encantadora y celestial —decía Nataniel—, tú me aclaras todo y me explicas la existencia!». «¡Ah! ¡Ah!», replicó Olimpia en el mismo tono. Nataniel le siguió y fueron con el Profesor. «Ya veo que lo ha pasado muy bien con mi hija —dijo, sonriendo—. Bueno, mi querido Nataniel, tendremos mucho gusto en que venga a conversar con mi hija, y su visita siempre será bienvenida». A Nataniel le pareció que se le abrían las puertas del Cielo.

El baile de Spalanzani fue durante mucho tiempo tema de conversación. A pesar

de que el Profesor les había obsequiado espléndidamente, no pudo evitar la crítica y, especialmente, recayeron los comentarios sobre la callada y rígida Olimpia, que, no obstante su hermoso aspecto exterior, demostraba ser una estúpida, lo cual justificaba que Spalanzani se hubiera abstenido tanto tiempo de presentarla en público. Nataniel se encolerizaba al oír estas cosas, pero callaba; pues creía poderles demostrar a estos tontos que su propia estupidez les impedía darse cuenta del maravilloso y profundo carácter de Olimpia.

«Dime, por favor, amigo mío —le dijo un día Segismundo—; dime, por favor, ¿cómo es posible que un hombre razonable como tú se pueda enamorar de una muñeca?». Nataniel, encolerizado, fue a responder; pero reflexionó y repuso: «Dime, Segismundo, ¿cómo es posible que un hombre con tan buenos ojos como tú no haya visto los encantos y los tesoros ocultos en la persona de Olimpia? Mejor es que no hayas visto todo eso porque serías mi rival, y uno de los dos tendría que morir». Segismundo comprendió en qué estado se encontraba Nataniel y desvió la conversación, diciendo que en amor era muy difícil juzgar. «Es muy extraño, pero todos nosotros juzgamos del mismo modo a Olimpia. No te enfades, hermano, si te digo que nos parece rígida y como inanimada. Su cuerpo es proporcionado, como su semblante, es cierto… Podría decirse que sus ojos no tienen expresión ni ven. Su paso tiene una extraña medida y cada movimiento parece deberse a un mecanismo, canta y toca al compás, pero siempre lo mismo y con igual acompañamiento, como si fuera una máquina. Esta Olimpia nos ha inquietado mucho, y no queremos tratarnos con ella; se comporta como un ser viviente, aunque en realidad sus relaciones con la vida son muy extrañas».

Nataniel se disgustó mucho al oír las palabras de Segismundo, pero hizo un esfuerzo para contenerse, y, al fin, dijo muy serio: «Todos vosotros sois unos jóvenes prosaicos y por eso Olimpia os inquieta. ¡Sólo a los caracteres poéticos se les revela lo que es semejante! Solamente me mira a mí, y sus pensamientos son para mí, y yo sólo vivo en el amor de Olimpia. Es posible que no logréis entablar con ella una conversación vulgar, propia de los caracteres superficiales. Habla poco, es cierto, pero las escasas palabras que dice son para mí como verdaderos jeroglíficos del mundo del amor, y me abren el camino del conocimiento de la vida del espíritu para la consideración del más allá. Vosotros no comprendéis nada, y es en vano».

—¡Que Dios te proteja, hermano! —dijo Segismundo bondadosamente y casi con tristeza—; pero creo que vas por el mal camino. Puedes contar conmigo cuando… ¡No quiero decir nada más!…

Nataniel pareció conmoverse al oír estas palabras y le estrechó cordialmente la mano, antes de separarse.

En cuanto a Clara, Nataniel la había olvidado por completo, como si jamás hubiera existido, y para nada se acordaba tampoco de Lotario ni de su madre. Sólo vivía para Olimpia, y pasaba los días enteros junto a ella, y le hablaba de su amor, de la ardiente simpatía que sentía, y fantaseaba acerca de las afinidades electivas

psíquicas, y Olimpia escuchaba esto con suma atención. Nataniel iba sacando de su escritorio todo lo que había escrito, poesías, fantasías, visiones, novelas, cuentos, y cada día aumentaba el número de sus composiciones con toda clase de sonetos, estancias, canciones, que leía a Olimpia, que jamás se cansaba de escucharle. Nunca había tenido una oyente tan magnífica. No tejía, no cosía, no miraba por la ventana, no daba de comer a ningún pájaro, no jugaba con algún perrillo ni con algún gatito, no hacía pajaritas ni tenía algo en la mano, ni disimulaba un bostezo fingiendo toser; en una palabra, horas enteras permanecía con la vista fija en los ojos del amado, sin moverse, ni menearse y su mirada era cada vez más ardiente y más viva. Sólo cuando Nataniel, al terminar, se levantaba y se llevaba su mano a los labios para depositar en ella un beso, decía: «¡Ah! ¡Ah!…», y luego: «¡Buenas noches, amor mío!…».

«¡Qué encantadora eres! —exclamaba Nataniel en su cuarto—. ¡Sólo tú, sólo tú me comprendes!». Se estremecía de placer, al pensar qué resonancia tenían sus palabras en el ánimo de Olimpia, pues le parecía que Olimpia hablaba en su interior, y en sus obras se manifestaban las palabras suyas. Así debía de ser, pues Olimpia nunca habló más de las palabras mencionadas.

Algunas veces, en momentos de lucidez, por ejemplo al levantarse por la mañana, reflexionaba sobre la pasividad y el laconismo de Olimpia. Entonces decía: «¿Qué son las palabras? La mirada de sus ojos dice más que toda la elocuencia de los hombres. ¿Puede, acaso, una hija del Cielo descender al círculo mezquino y obligarse a vulgares relaciones?».

El profesor Spalanzani parecía mirar con mucho agrado las relaciones de su hija con Nataniel, y prodigaba al estudiante las mayores atenciones y cordial benevolencia. Así es que cuando Nataniel se atrevió a insinuar un matrimonio con Olimpia, el Profesor, con una gran sonrisa, dijo que dejaba enteramente la elección al juicio de su hija… Animado por estas palabras, con el corazón anhelante, Nataniel al día siguiente se decidió a suplicar a Olimpia que le manifestase con palabras lo que ya le había expresado con ardientes miradas, que deseaba ser suya. Buscó en una cajita el anillo de oro, recuerdo de su madre, para ponerlo en el dedo de su amada como anillo nupcial. Lo primero que encontró en la cajita fueron las cartas de Lotario y de Clara, las cuales apartó con impaciencia, y cuando encontró el objeto corrió a casa del Profesor. Al llegar al último tramo de la escalera, oyó un estrépito espantoso en la habitación de Spalanzani, producido por repetidos golpes en el suelo y las paredes, y luego choques metálicos, percibiéndose en medio de aquella barahúnda dos voces que proferían tremendas imprecaciones: «¡Quieres soltar, miserable, infame! ¿Te atreves a robarme mi sangre y mi vida?». «¡Yo hice los ojos!». «¡Y yo los resortes del mecanismo!». «¡Vete al diablo!». «¡Llévese tu alma Satanás, aborto del Infierno!».

He aquí lo que decían aquellas dos voces formidables, que eran las de Spalanzani y de Coppelius. Nataniel, fuera de sí, descargó un puntapié en la puerta y se precipitó en la habitación, en medio de los combatientes. El Profesor y el italiano Coppola se

disputaban con furia una mujer, el uno tiraba de ella por los brazos, y el otro por las piernas. Nataniel retrocedió horrorizado al reconocer la figura de Olimpia; luego, con furia salvaje, quiso arrancar a su amada de manos de los rabiosos combatientes, pero en el mismo instante, Coppola, dotado de fuerza hercúlea, obligó a su adversario a soltar la presa, gracias a una vigorosa sacudida; luego, levantando la mujer con sus nervudos brazos, descargó tan rudo golpe en la cabeza del Profesor, que el pobre hombre, completamente aturdido, fue a caer al suelo a tres pasos de distancia, rompiendo con su caída una mesa llena de frascos, redomas, alambiques e instrumentos. Coppola se cargó a Olimpia al hombro y desapareció, profiriendo una carcajada diabólica; hasta el fin de la escalera se oyó el choque de las piernas de Olimpia contra los peldaños, el cual producía un ruido semejante al de unas castañuelas.

Al ver la cabeza de Olimpia en el suelo, Nataniel reconoció con espanto una figura de cera, y pudo ver que los ojos, que eran de esmalte, se habían roto. El desgraciado Spalanzani yacía en medio de numerosos fragmentos de vidrio, que le habían ocasionado sangrientas heridas en los brazos, en el rostro y en el pecho.

Recuperándose, dijo: «¡Corre detrás de él! ¡Corre! ¿Qué dudas?… Coppelius, Coppelius, me has robado mi mejor autómata… en el que he trabajado más de veinte años… he puesto en este trabajo mi vida entera, yo he hecho la maquinaria, el habla, el paso…, los ojos… pero yo te he robado los ojos…, maldito… condenado… ¡Vete en busca de él… tráeme a Olimpia… aquí tienes tus ojos!».

Nataniel vio a sus pies, efectivamente, dos ojos sangrientos que le miraban con fijeza. Spalanzani los recogió y se los arrojó al estudiante, tocándole con ellos en el pecho. Apenas sintió su contacto, Nataniel, poseído de un acceso de locura, comenzó a gritar, diciendo las cosas más incoherentes:

«¡Hui… hui… hui! ¡Horno de fuego… horno de fuego!… ¡Revuélvete, horno de fuego! ¡Divertido… divertido! ¡Muñeca de madera, muñeca de madera, vuélvete!», y precipitándose sobre el Profesor, trató de estrangularle. Y lo hubiera hecho si en aquel instante, al oír el ruido, los vecinos no hubieran acudido y se hubieran apoderado de su persona; fue preciso atarle fuertemente para evitar una desgracia. Segismundo, aunque era muy fuerte, apenas si pudo sujetar al loco furioso. Mientras, gritaba, con una voz espantosa: «¡Muñeca de madera, vuélvete!», y se pegaba puñetazos.

Finalmente, varios hombres pudieron hacerse con él, le sujetaron y le ataron. Todavía se oían sus palabras como si fueran los rugidos de un animal, y de este modo fue conducido a un manicomio.

Antes que, ¡oh amable lector!, continúe refiriéndote lo que sucedió al infeliz Nataniel, voy a decirte, pues me imagino que te interesarás por el diestro mecánico y fabricante de autómatas Spalanzani, que se restableció al poco tiempo y fue curado de sus heridas. Más, apenas se halló en estado de resistir el traslado a otro punto, le fue preciso abandonar la Universidad, pues todos los estudiantes que tenían conocimiento de la burla de que Nataniel acababa de ser víctima habían jurado vengarse

terriblemente del mecánico italiano, por haber abusado, sirviéndose de un maniquí, de la confianza de personas tan honorables, pues nadie (excepto algunos estudiantes muy listos) había podido percatarse, ni sospechar nada. ¿Podía, acaso, resultar sospechoso que Olimpia, según decía un elegante que acudía a los tés, ofendiendo todas las conveniencias, hubiera bostezado? En primer lugar, dijo el elegante, había ocultado la maquinaria que crujía, etc.. El Profesor de poesía y retórica tomó una dosis de rapé, estornudó y dijo gravemente: «Honorables damas y caballeros, ¿no se dan cuenta de cuál es el quid del asunto? ¡Todo es una alegoría… una absoluta metáfora!… ¡Ya me entienden!… *Sapienti sat*!».

Pero muchos señores respetables no se conformaron con esto; la historia del autómata había echado raíces y ahora desconfiaban hasta de las figuras vivas. Y para convencerse enteramente de que no amaban a ninguna muñeca de madera, muchos amantes exigían a la amada que no bailase ni cantase a compás, y que se detuviese al leer, que tejiera, que jugase con el perrito, etc., y sobre todo que no se limitase a oír, sino que también hablase y que en su hablar se evidenciase el pensamiento y la sensibilidad. Los lazos amorosos se estrecharían más, pues de otro modo se desataban fácilmente. «Esto no puede seguir así», decían todos. En los tés, ahora se bostezaba para evitar sospechas.

Como hemos dicho, Spalanzani tuvo que huir para evitar un proceso criminal, por haber engañado a la sociedad con un autómata. Coppola también desapareció.

Cuando Nataniel recobró la razón, al abrir los ojos experimentó un sentimiento de bienestar y le invadió un placer celestial. Estaba en su cuarto, en su casa paterna. Clara, inclinada sobre él, y al lado su madre y Lotario: «¡Por fin, por fin, querido Nataniel! Ya estás salvado de una cruel enfermedad. ¡Otra vez eres mío!», dijo Clara con toda su alma, abrazando a Nataniel, mientras derramaba cristalinas lágrimas. «¡Clara! ¡Clara!», murmuró el joven.

Segismundo, que no había querido abandonar a su amigo enfermo, entró en la habitación y le estrechó la mano. Toda huella de locura había desaparecido. Pronto se restableció con los excelentes cuidados de su madre, de su amada y de su amigo. La felicidad volvió a reinar de nuevo en la casa, pues un viejo tío que parecía ser pobre, porque era muy avaro, acababa de morir y había dejado a la madre una casa cerca de la ciudad, con una buena herencia. Toda la familia se proponía ir allí, la madre, Nataniel con Clara, con la que pensaba casarse, y Lotario.

Nataniel estaba más amable que nunca, tenía un carácter infantil, y ahora se daba cuenta del maravilloso y puro carácter de Clara. Nadie se acordaba ya de lo pasado. Sólo cuando Segismundo se despedía de Nataniel, éste dijo: «¡Por Dios, hermano mío, iba por mal camino, pero gracias a este ángel voy por el bueno!».

Así, pues, llegó el día en que los cuatro, muy felices, se dirigieron a la casa. Era el mediodía y atravesaban las calles de la ciudad. Habían hecho ya las compras necesarias. Al pasar junto a la torre de la iglesia, cuya larga sombra se proyectaba sobre el mercado, Clara dijo: «¡Eh! Nataniel, ¿quieres que subamos al campanario

para contemplar una vez más las montañas y los lejanos bosques?». ¡Dicho y hecho! Ambos, Nataniel y Clara, subieron solos, pues la madre había vuelto a la casa para dejar las compras, y Lotario, no queriendo cansarse en subir una escalera de muchos peldaños, prefirió esperar al pie de la torre. Los dos amantes, apoyados en la balaustrada del campanario, contemplaban absortos los grandes árboles, los bosques y las siluetas azules de las montañas que parecían una gigantesca ciudad.

—¿Ves aquel arbusto que se agita allá abajo? —decía Clara—. Diríase que viene hacia nosotros.

Nataniel, mecánicamente, buscó en el bolsillo el anteojo de Coppola. Clara estaba delante del cristal. Entonces Nataniel sintió que su pulso latía rápidamente y que su sangre hervía en sus venas; pálido como la muerte miró a Clara y sus ojos tenían siniestra expresión. Saltó como un tigre, profiriendo un grito ronco y feroz: «¡Muñeca de madera, vuélvete… muñeca de madera, vuélvete!», y después, cogiendo a la joven con fuerza convulsiva, quiso arrojarla desde la plataforma. La pobre Clara, poseída de espanto, agarrábase a la barandilla con la energía de la desesperación, mientras que Lotario, oyendo por fortuna los gritos y sospechando alguna desgracia, franqueaba presuroso la tortuosa escalera de la torre.

Rabioso y asustado golpeó la puerta, que al fin saltó: «¡Socorro, salvadme!», se oía una débil voz… «Ya está sin vida, la ha matado ese loco», exclamó Lotario. También la puerta de la galería estaba cerrada. La desesperación le dio fuerzas descomunales e hizo saltar la puerta. Clara, poseída de espanto, agarrábase a la barandilla con una mano, con la energía de la desesperación. Rápido, como una centella, Lotario agarró a su hermana y asestó un golpe en la cabeza a Nataniel, que soltó su presa y rodó por el suelo. Lotario bajó la escalera con su hermana desmayada en brazos… Estaba salvada… Nataniel, entretanto, corría como un energúmeno por la plataforma y gritaba: «¡Horno de fuego, revuélvete, horno de fuego, revuélvete!». Al oír los salvajes gritos, la multitud se acercó. En medio de los curiosos apareció de repente el abogado Coppelius, que acababa de entrar en la ciudad y se dirigía al mercado. Como algunos hombres quisieran subir para apoderarse del loco, Coppelius, riéndose, dijo: «¡Bah, bah, dejadle, que ya sabrá bajar solo!». Y como mirase hacia arriba como los demás, Nataniel, que acaba de inclinarse sobre la balaustrada, le divisó al punto, y le reconoció, gritando de un modo estridente: «¡Ah, bellos ojos…, bellos ojos!», y saltó al vacío.

Mientras Nataniel yacía sobre las losas de la calle con la cabeza destrozada, Coppelius desaparecía entre la multitud.

Algunos años después hubiera podido verse a Clara en un país lejano, a la puerta de una casita de campo, y cerca de ella un hombre de fisonomía dulce y grave estrechábale la mano; dos graciosos niños jugaban a sus pies. Debe decirse que Clara había encontrado una felicidad doméstica que correspondía a su alegre y dulce carácter, felicidad que nunca hubiera logrado al lado del trastornado Nataniel.

El voto

Das Gelübde (1817)

El día de San Miguel, justo cuando en las carmelitas llamaban a vísperas, un elegante carruaje con un tiro de cuatro caballos de posta cruzaba atronando y rechinando las callejas de la pequeña ciudad fronteriza polaca de L., deteniéndose finalmente ante el portal del anciano alcalde alemán. Los niños asomaron curiosos la cabeza por la ventana, pero la señora de la casa se levantó de su asiento y, mientras arrojaba malhumoradamente sobre la mesa la labor, gritó al alcalde, que presuroso entraba desde la habitación contigua:

—Otra vez huéspedes que toman nuestra casa por una posada. Y todo viene por el emblema. ¿Por qué has hecho dorar la paloma de piedra de la puerta?

El anciano, sin responder, sonrió astuta y significativamente. En un momento se había quitado el camisón y puesto el traje de gala que desde la vuelta de la iglesia permanecía bien cepillado sobre el respaldo del sofá. Antes de que su asombrada esposa pudiera abrir la boca para preguntar, estaba ya, con su gorro de terciopelo bajo el brazo, de forma que su plateada cabeza brillaba en la penumbra, ante el portalón de carruajes que, entretanto, un criado había abierto.

Una mujer ya entrada en años cubierta por un abrigo de viaje bajó del coche, seguida de una alta y joven figura cuyo rostro estaba cubierto por un grueso velo. Ésta, apoyada en el brazo del alcalde, vaciló más que anduvo hacia la casa y nada más entrar en la sala cayó medio desfallecida en el sofá que la dueña de la casa, a una seña del anciano, había arrastrado hacia ella con rapidez. La mujer de edad dijo muy apenada y en voz baja al alcalde:

—¡La pobre niña! Debo quedarme aún unos momentos con ella.

Mientras decía estas palabras hizo ademán de quitarse el abrigo, a lo que le ayudó la hija mayor del alcalde. Se hizo así visible su hábito de monja, además de una cruz de plata que brillaba sobre su pecho, lo cual la caracterizaba como abadesa de un convento cisterciense. La dama cubierta por el velo, entretanto, sólo con un silencioso, casi imperceptible, suspiro, había dado muestras de vida. Finalmente solicitó a la señora de la casa un vaso de agua. Ésta, sin embargo, trajo todo tipo de fuertes esencias y gotas medicinales, ponderando su milagrosa eficacia mientras rogaba a la dama que retirara los gruesos y pesados velos que dificultaban su respiración. Evitando con la mano toda aproximación de la esposa del alcalde y echando hacia atrás la cabeza, dando muestras de repugnancia, la enferma rechazó la propuesta e incluso, cuando por fin consintió en tomar vapores de una fuerte esencia y probó el agua en la que la inquieta señora había echado unas gotas de un probado elixir, todo lo hizo bajo el velo, sin siquiera alzarlo mínimamente.

—¿Habéis preparado, querido señor —se dirigió la abadesa al alcalde—, habéis preparado todo como se deseaba?

—Sí —replicó el anciano—; espero que el Serenísimo Príncipe quede satisfecho conmigo, así como la dama, por quien estoy dispuesto a hacer todo lo que mis fuerzas me permitan.

—Ahora —continuó la abadesa—, dejadme unos instantes sola con mi pequeña

niña.

La familia hubo de abandonar la habitación. Se oyó a la abadesa dirigirse ferviente y patéticamente a la dama, y cómo ésta por fin también comenzó a hablar en un tono que llegaba a lo más hondo del corazón. Aun sin pararse específicamente a escuchar, la señora de la casa permaneció junto a la puerta de la habitación; hablaban en italiano, lo cual hizo que toda la escena le pareciera más misteriosa, y aumentó la ansiedad que había mantenido cerrada su boca. El anciano hizo retirarse tanto a su esposa como a su hija para que se ocuparan del vino y de los refrescos; él volvió a la habitación. La dama del velo, que parecía reconfortada y serena, estaba con las manos cruzadas y la cabeza inclinada ante la abadesa. Ésta no dejó de aceptar uno de los refrescos que la dueña de la casa le ofrecía; luego exclamó:

—¡Ha llegado la hora!

La dama del velo se arrodilló; la abadesa le puso la mano sobre la cabeza y murmuró unas oraciones. Cuando terminó, abrazó a la dama mientras corrían las lágrimas por su rostro, como en un exceso de dolor; dio después, serena y llena de dignidad, su bendición a la familia y se apresuró, guiada por el anciano, hacia el carruaje ante el que relinchaban los caballos de refresco. Cuando la esposa del alcalde se dio cuenta de que la dama del velo, para quien habían sido bajadas dos maletas del carruaje, se quedaba e incluso parecía haberse trasladado para un largo lapso de tiempo, no pudo resistir la curiosidad y la preocupación. Se dirigió al corredor de la casa, saliendo al paso al anciano, quien se dirigía ya a su alcoba.

—Por el amor de Dios —susurró angustiada—, ¿qué huésped me traes a casa? Ya lo sabías todo y me lo has ocultado.

—Todo lo que yo sepa debes conocerlo tú también —respondió el anciano con gran calma.

—¡Ya, ya! —continuó su esposa aún más inquieta—. Pero tal vez tú no lo sepas todo. Si hubieras estado ahora en la habitación… Nada más irse la abadesa, la dama casi se ahoga bajo sus gruesos velos. Se ha levantado el amplio y negro crespón, que le llega casi hasta las rodillas y he visto entonces…

—Bien, ¿qué es lo que has visto? —interrumpió el anciano a su esposa, que miraba temblorosa en derredor como si viera fantasmas.

—No, no he podido reconocer los rasgos del rostro bajo el fino velo que los cubría, pero esa palidez mortal, ¡ay!, ese tono lívido… Pero escucha, escucha con atención; es del todo patente, claro como el cielo en un día de sol, que la dama está en estado de buena esperanza. Dará a luz en pocas semanas.

—Ya lo sabía, querida esposa —dijo el anciano de mal humor—, y para que no te pierda la curiosidad y la inquietud te explicaré todo en dos palabras. Debes saber que el príncipe Z., nuestro serenísimo protector, me escribió hace unas semanas diciéndome que la abadesa del convento cisterciense de O. traería consigo a una dama que debería recibir en mi casa del modo más discreto posible y evitando cuidadosamente llamar la atención. La dama, que sólo quiere ser conocida por

Celestina, aguardará en casa su próximo alumbramiento. En cuanto nazca el niño vendrán a recogerlos. Debo añadir tan sólo que el príncipe me ha encomendado con las palabras más enérgicas tener las máximas atenciones hacia la dama, y para los primeros gastos y molestias me ha dado una bolsa llena de ducados, que puedes ver encima de mi cómoda; espero que acaben así todos tus escrúpulos.

—Entonces —dijo su esposa— debemos amparar graves pecados, por lo que anuncian los prolegómenos.

Antes de que el anciano pudiera responder, su hija salió de la habitación y le llamó, pues la dama anhelaba un poco de calma y deseaba ser conducida a la alcoba que le habían preparado.

El anciano había dispuesto que las dos habitaciones del piso superior fueran acondicionadas lo mejor posible, y quedó algo confuso cuando Celestina preguntó si además de esas dos estancias no había otra cuyas ventanas dieran a la parte posterior. Contestó que no y añadió, para ser todo lo preciso posible, que aunque había una única pieza con una ventana hacia el jardín no podía considerársela una habitación, sino sólo un estrecho cuarto, semejante a una mísera celda conventual, casi sin espacio para contener una cama en él, una mesa y una silla.

Celestina pidió al momento ver ese cuarto, y nada más entrar en él afirmó que precisamente esa estancia se adecuaba a la perfección a sus deseos y necesidades. Por lo tanto, viviría en ella y sólo cuando su estado precisara de un mayor espacio y de una enfermera se cambiaría a uno más grande. Si el anciano había comparado el cuarto con una celda, en ello se había transformado al día siguiente. Celestina había clavado una imagen de María en la pared y sobre la vieja mesa de madera, bajo la imagen, había colocado un crucifijo. La cama estaba hecha de un jergón de paja y una colcha de lana, y excepto un taburete de madera y otra mesa pequeña, Celestina no introdujo otro mueble. La dueña de la casa, reconciliada con la extraña a causa del profundo y extenuante dolor del que daba muestras, creyó necesario charlar con ella para animarla del modo habitual, pero la extraña le rogó, sin embargo, con las palabras más conmovedoras no turbar una soledad en la que encontraba el mayor consuelo, concentrando su pensamiento en la Virgen y en los santos.

Todas las mañanas, nada más apuntar el día, Celestina se dirigía a las carmelitas para oír la primera misa. El resto del día parecía dedicarlo sin interrupción a los ejercicios de devoción, pues siempre que era necesario buscarla en la habitación se la encontraba orando o leyendo libros piadosos. Rechazaba toda comida que no constara tan sólo de verduras, toda bebida que no fuera agua y sólo las más imperiosas advertencias del alcalde respecto a las exigencias de su estado, del ser que en ella vivía, podían finalmente convencerla de probar de vez en cuando un poco de caldo de carne y algo de vino.

En la casa todos consideraban esta dura vida monacal como expiación de algún pecado, pero al mismo tiempo se despertó en ellos un íntimo sentimiento de compasión y un profundo respeto, a lo que contribuía no poco la nobleza de su figura

y el encanto de cada uno de sus movimientos. Pero lo que entretejía en estos sentimientos hacia la forastera un tono sombrío era la circunstancia de que nunca se retirara el velo, por lo que nadie pudo ver su semblante. Nadie se aproximaba a ella, excepto el anciano y las mujeres de su familia, y para éstas, que no habían salido jamás de la pequeña ciudad, era imposible hallar el rastro que les condujera al esclarecimiento del misterio, pues no podían reconocer un semblante que nunca habían visto. ¿Para qué entonces el velo? La activa fantasía femenina elaboró pronto una historia adecuada. Una terrible señal (así rezaba la fábula), la huella de una garra demoníaca había desfigurado horriblemente el rostro de la extraña y a ello se debía el espeso velo. El anciano tuvo que esforzarse por contener e impedir las habladurías y que al menos ante la puerta de su casa no se cotilleara sobre la huésped, cuya estancia en casa del alcalde ya era conocida en la ciudad. Sus visitas al convento de carmelitas tampoco pasaron desapercibidas y pronto fue conocida como la dama negra del alcalde, lo que de por sí se asociaba a la idea de una aparición fantasmal.

El azar quiso que un día en que la hija subía la comida a la habitación de la extraña una corriente de aire levantara el velo. Con la rapidez del rayo la extraña se volvió ocultándose así al momento a la mirada de la muchacha. Ésta, sin embargo, bajó pálida y temblorosa. No había ninguna deformación pero, como su madre, vio un semblante blanco como el mármol, en cuyos ojos, de profundas cuencas, había un brillo singular. El anciano, con razón, atribuyó gran parte a la imaginación de la muchacha, pero también a él, en el fondo, le preocupaba el asunto tanto como a los demás. Deseaba que aquella persona trastornada, a pesar de la piedad que mostraba, abandonara su casa.

Poco después el anciano despertó una noche a su esposa diciéndole que hacía ya unos minutos que oía unos silenciosos gemidos y quejidos, unos golpes que parecían provenir de la habitación de Celestina. La esposa, sospechando la causa, se apresuró a subir. Encontró a Celestina, vestida y envuelta en el velo, casi desvanecida en la cama y se convenció de que estaba próximo el alumbramiento. De inmediato trajeron todo lo necesario, ya preparado hacía mucho, y en poco tiempo nació un sano y hermoso niño. Este acontecimiento, aunque no fuera inesperado, tuvo lugar como si lo fuera y sus consecuencias destruyeron la incómoda relación con la forastera, que había sido una carga para la familia. El niño, como un medio de expiación, pareció acercar a Celestina de nuevo a la humanidad. Su situación no permitía ningún ejercicio ascético, y como su desamparo la obligaba a aceptar a los hombres que con tanto mimo la cuidaban, fue acostumbrándose más y más a su trato. La dueña de la casa, que sólo podía atender a la enferma, cocinarle una suculenta sopa y llevársela, olvidó con estas preocupaciones domésticas todo lo malo que sobre la misteriosa huésped le había venido antes a las mientes. No volvió a pensar que su honrado hogar podía servir de refugio del pecado. El anciano, completamente rejuvenecido y lleno de alegría, mimaba al niño como si fuera su nieto, y tanto él como los demás se acostumbraron a que Celestina cubriera siempre su rostro, incluso durante el parto.

La comadrona tuvo que prometerle que, aun si perdía el conocimiento, nadie levantaría los velos excepto la propia comadrona, y sólo en caso de que hubiera peligro de muerte. Todos estaban seguros de que la vieja había visto a Celestina sin velo, pero ella sólo dijo al respecto:

—¡Ay! La pobre dama ha de cubrirse con el velo.

A los pocos días apareció el monje carmelita que había bautizado al niño. Su entrevista con Celestina, en la que nadie pudo estar presente, duró más de dos horas. Se le oyó hablar y rezar con fervor. Cuando se hubo ido, encontraron a Celestina sentada en el sofá con el niño en el regazo. Éste tenía en sus pequeñas espaldas un escapulario y sobre el pecho un agnusdéi.

Pasaron semanas y meses sin que nadie fuera a recoger a la dama y al niño, como el alcalde creía y el propio príncipe Z. le había dicho. Ella podía haber entrado por completo en el pacífico círculo de la familia si no hubieran existido esos fatales velos que refrenaban el último gesto de acercamiento. El anciano se permitió expresárselo así a la extraña, mas cuando ésta replicó con voz sorda y solemne: «Sólo con la muerte caerán estos velos», él permaneció callado y deseó de nuevo que apareciera el carruaje de la abadesa.

La primavera ya había llegado, cuando la familia del alcalde volvía a casa de un largo paseo con ramos de flores en las manos, destinados los más hermosos a Celestina. Justo cuando iban a entrar en la casa salió un jinete preguntando por el alcalde. El anciano dijo que él mismo era el alcalde y que se encontraban ante su casa. El jinete, entonces, descabalgó de un salto, sujetó al animal a un pilar y se abalanzó dentro de la casa subiendo las escaleras mientras gritaba:

—¡Ella está aquí! ¡Ella está aquí!

Se oyó golpear una puerta y un grito de terror de Celestina. El anciano, dominado por la angustia, se apresuró a subir. El jinete, que por lo que podía verse era un oficial de los cazadores franceses, varias veces condecorado, había cogido al niño de la cuna y lo rodeaba con su brazo izquierdo, envuelto en la manta. Al derecho se había aferrado Celestina, recurriendo a todas sus fuerzas, para retener al ladrón del niño. En la lucha, el jinete arrancó el velo… Un rostro blanco como el mármol y mortalmente rígido, sombreado en derredor por rizos negros, le miró, arrojando rayos brillantes de las profundas cuencas de los ojos, mientras unos penetrantes y agudos gemidos brotaban de los labios medio abiertos e inmóviles. El anciano se dio cuenta de que Celestina llevaba una máscara blanca y muy ceñida a la piel.

—¡Oh, mujer nefasta! ¿Quieres que tu delirio me alcance también a mí? —gritó el oficial, al tiempo que se soltaba con violencia, de forma que Celestina cayó al suelo.

Pero ella abrazó sus rodillas mientras, expresando el dolor más inefable y en un tono que traspasaba el corazón, imploraba:

—¡Déjame al niño! ¡Oh, déjame al niño…! ¡Por la salvación eterna, no puedes quitármelo! ¡Por Cristo, por la Virgen Santa! ¡Déjame al niño…, déjame al niño!

Y al susurrar estos lamentos no movía un solo músculo, no se movían siquiera los labios de aquel rostro cadavérico, y al anciano, a su esposa…, a todos los que les habían seguido, se les heló la sangre en las venas.

—¡No! —gritó el oficial como en plena desesperación—. ¡No! ¡Mujer inhumana e implacable, puedes arrancar el corazón de este pecho, pero no corromperás en tu funesta locura el ser que se reclina buscando consuelo en la sangrante herida!

Aún con más fuerza apretó al niño contra sí, hasta el punto de que éste comenzó a llorar.

—¡Venganza! ¡Caiga la venganza del Cielo sobre ti…, asesino!

—¡Apártate…, apártate…, vete al diablo! —chilló el oficial, apuntando a Celestina con un movimiento convulsivo del pie.

Quiso llegar hasta la puerta. El anciano le salió al paso. Pero el oficial sacó rápidamente una tercerola y exclamó, dirigiéndose al alcalde:

—Una bala en la cabeza para el que piense en arrancar el niño a su padre.

Corrió escaleras abajo, saltó encima del caballo sin soltar al niño y huyó de allí a todo galope.

La dueña de la casa, angustiada por la situación y el porvenir de Celestina, se sobrepuso al pavor que la horrible máscara le producía y se apresuró a acudir a ayudarla. Cuál no sería su asombro cuando vio a Celestina, semejante a una estatua, en el centro de la habitación con los brazos inermes. Le habló, pero no hubo respuesta. Incapaz de soportar la visión de la máscara, le colocó los velos que yacían en el suelo. Ni un solo movimiento. Celestina parecía hundida en un estado semejante al de los autómatas, que llenó de nuevo a la señora de la casa de miedo y pena, de forma que en lo más íntimo de su ser rogó a Dios que la librara al menos de aquella inquietante extraña. Su ruego fue escuchado de inmediato, pues en ese mismo momento paró frente a la puerta el mismo carruaje que había traído a Celestina. La abadesa, acompañada por el príncipe Z., el alto protector del viejo alcalde, entró en la casa. Cuando supo lo que acababa de ocurrir, dijo con, voz suave:

—Entonces hemos llegado demasiado tarde; debemos abandonarnos a la Providencia divina.

Trajeron abajo a Celestina, quien se dejaba conducir rígida y muda, sin un solo signo de voluntad o deseo propio. La introdujeron en el carruaje, que partió al momento. El alcalde y toda su familia tuvieron la sensación de que acababan de despertar de una pesadilla fantasmagórica que les había aterrorizado.

Poco después de que todo esto ocurriera en casa del alcalde de L., enterraban con desacostumbrada solemnidad a una francmasona en el convento de monjas cistercienses de O. Corrió el rumor de que se trataba de la condesa Hermenegilda de C., de la que se creía que había viajado a Italia con la hermana de su padre, la princesa de Z. Por la misma época había aparecido el conde Nepomuceno de C., padre de Hermenegilda, en Varsovia, para ceder sus diversas, cuantiosas e importantes posesiones, excepto una pequeña propiedad en Ucrania que conservó

para sí, a sus sobrinos, los hijos del príncipe Z, en virtud de un acta judicial incondicional. Preguntado por la dote de su hija, levantó su adusta y sombría mirada al cielo y dijo con voz áspera:

—Ya tiene su dote.

No sólo no vaciló en confirmar el rumor sobre la muerte de Hermenegilda en el convento de O., sino en hacer pública la extraordinaria fatalidad que había obrado sobre Hermenegilda llevándola, sufrida mártir, antes de tiempo a la tumba.

Algunos patriotas, inclinados pero no quebrados por la caída de la patria, pensaron en establecer de nuevo con el conde relaciones secretas que se proponían la instauración del estado polaco, pero ya no encontraron al hombre ferviente, inspirado por la libertad y la patria, que antes ofrecía su mano con ánimo inalterable a toda tentativa audaz, sino a un viejo desfallecido y desgarrado por un dolor brutal, distanciado de todos los negocios del mundo y a punto de encerrarse en una profunda soledad. Antes, en la época en que se preparaba la insurrección tras el primer reparto de Polonia, el solar de la estirpe del conde Nepomuceno de C. había sido el lugar de reunión secreto de los patriotas.

Allí se encendieron los ánimos, en solemnes banquetes, para la lucha por la patria destruida. Allí, como la imagen de un ángel enviada por el cielo para dar su sagrada bendición, aparecía Hermenegilda en el círculo de los jóvenes héroes. Como es característico en las mujeres de su nación, tomaba parte en todos los debates, incluso en los políticos, y atendiendo y ponderando con precisión la situación de las cosas, a la edad de diecisiete años, y a veces incluso frente a todos, expresaba una opinión que mostraba la más extraordinaria agudeza y perspicacia, y en muchas ocasiones era quien tomaba la decisión. Además de ella, nadie más poseía el talento de compendiar en una sola ojeada, de concebir y mostrar la situación de las cosas, excepto el conde Estanislao de R., un fogoso y muy dotado joven de veinte años. Sucedía con frecuencia que Hermenegilda y Estanislao mantenían a solas vivas discusiones sobre los diversos motivos que hubieran sido planteados y examinaban, aprobaban o rechazaban las propuestas o sugerían otras; los resultados del diálogo entre la muchacha y el joven eran muchas veces reconocidos por los viejos e inteligentes hombres de Estado que se sentaban al consejo como, los más astutos y mejores. Lo más natural era pensar en la unión de ambos, en cuyos magníficos talentos parecía germinar la salvación de la patria. Además, el vínculo entre ambas familias era políticamente importante, ya que se les creía animados por distintos intereses, como había sido el caso en otras familias de Polonia. Hermenegilda, completamente convencida por estos puntos de vista, consideró al marido que le estaba predestinado como un regalo de la patria y así, con su solemne promesa de matrimonio, concluyeron las reuniones patrióticas en la posesión de su padre. Es sabido que los polacos fueron derrotados, que con la caída de Kósciuszko fracasó la tentativa excesivamente basada en la autoconfianza y en una errónea lealtad caballeresca. El conde Estanislao, cuya temprana carrera militar, cuya juventud y vigor parecían

destinarle a un puesto en el ejército, había combatido con el arrojo de un león. Regresó habiendo escapado con dificultad de una denigrante prisión y casi herido de muerte. Sólo Hermenegilda le mantenía unido a la vida, y en sus brazos creía encontrar de nuevo el consuelo y la esperanza perdidas. En cuanto sanó de sus heridas corrió a la quinta del conde Nepomuceno para ser de nuevo herido de la forma más dolorosa posible. Hermenegilda le recibió con una atención casi burlona.

—¿Estoy viendo al héroe que deseaba ir hacia la muerte por su patria? —exclamó cuando estuvo frente a él.

Parecía como si, en un rapto de locura, tomara a su prometido por uno de aquellos paladines de la fabulosa caballería cuya espada podía derrotar a ejércitos enteros. ¿Para qué servían todas las afirmaciones de que ninguna fuerza humana podía enfrentarse al impetuoso torrente que había inundado y asolado la patrina, para qué servían todas las súplicas del amor si Hermenegilda, como si su helado corazón sólo pudiera encenderse en la brutal actividad del mundanal ruido, había tomado la determinación de otorgar su mano al conde Estanislao sólo cuando los extranjeros fueran expulsados de la patria? El conde comprendió demasiado tarde que Hermenegilda no le amaba, teniendo que convencerse además de que la condición que Hermenegilda había establecido tal vez nunca, o al menos no durante largo tiempo, podría verse cumplida. Jurándole fidelidad hasta la muerte, abandonó a su amada y se alistó en el ejército francés, que lo llevó a las guerras de Italia.

Se dice de las mujeres polacas que un ser veleidoso las distingue. Un sentimiento profundo, una despreocupación apasionada, una frialdad mortal se entremezclan en su ánimo, mostrando en el movimiento de la superficie, en su juego, el reflejo del constante cambio de las murmurantes olas del arroyo que corre en las más insondables profundidades.

Hermenegilda vio partir a su prometido con indiferencia, pero apenas habían pasado unos pocos días cuando se vio embargada por un anhelo inexpresable que sólo nace del amor más encendido. La tormenta de la guerra se había disipado, se proclamó la amnistía y se liberó a los oficiales polacos prisioneros. Sucedió entonces que muchos de los compañeros de armas de Estanislao se reencontraron en la quinta del conde. Con hondo dolor, pero también con el entusiasmo que proporciona el valor, recordaron aquellos infelices días en los que todos habían combatido, aunque ninguno con mayor denuedo que Estanislao. Había conducido a la línea de fuego a los batallones cuando todo parecía perdido, y logró romper las filas enemigas con su caballería. La suerte del día pendía de un hilo cuando fue herido por una bala y con el grito: «¡Patria! ¡Hermenegilda!» cayó del caballo, bañado en sangre.

Cada palabra de este relato fue como una daga que se clavaba profundamente en el corazón de Hermenegilda.

—¡No! ¡No sabía que le amaba desde el primer instante en que le vi! ¡Qué artificio diabólico pudo engañarme, infeliz de mí, que pensaba en vivir sin él, sin él, que es mi vida entera! ¡Yo le he enviado hacia la muerte…, no volverá! —gritó

Hermenegilda entre agitados gemidos que a todos conmovieron.

Desvelada, atormentada por una permanente inquietud, vagaba de noche por el parque y, como si el viento pudiera transportar sus palabras hasta el lejano amante, gritaba:

—¡Estanislao! ¡Estanislao! ¡Vuelve! ¡Soy yo, Hermenegilda, quien te llama! ¿No me oyes? ¡Vuelve…! ¡Si no, moriré de añoranza y desesperación!

Parecía que el estado de sobreexcitación de Hermenegilda terminaría por transformarse en una auténtica locura que le haría cometer mil insensateces. El conde Nepomuceno, lleno de preocupación y angustia por la muchacha, pensaba que tal vez fuera necesario recurrir a una ayuda médica, y de hecho consiguió un doctor que con gusto permanecería unos días en la quinta para tomar a su cargo a la enferma. Cuanto más adecuado parecía ser el método de curación, más bien psíquico que físico, cuanto menos podía negarse también su efectividad, tanto más dudoso era el poder hablar de un auténtico restablecimiento, pues tras largos períodos de calma de nuevo aparecían esos extraños paroxismos.

Un singular incidente dio otro sesgo al asunto. Hermenegilda acababa de arrojar indignada al fuego al pequeño soldado ulano, al muñeco que apretaba contra su pecho dándole los apelativos más dulces, como si fuera su amado, porque el muñeco de ningún modo quería cantar: *Podrosz twoia nam niemita, milsza przyaszn w kraiwbta*, etc. A punto de volver a su alcoba tras esa expedición de castigo, se encontraba en el vestíbulo cuando oyó a alguien andar detrás de ella con un repiqueteo métalico. Miró a su alrededor, vio a un oficial con el uniforme de los cazadores franceses con el brazo izquierdo en cabestrillo y, gritando: «¡Estanislao, mi Estanislao!», cayó desvanecida en sus brazos.

El oficial, paralizado por la sorpresa y el asombro, tuvo que hacer no pocos esfuerzos para mantener en pie con un solo brazo a Hermenegilda que, alta y de carnes exuberantes, no era una carga pequeña. Él la abrazaba cada vez con mayor fuerza y, al sentir en su pecho los latidos del corazón de Hermenegilda, tuvo que reconocer que ésta era de las más excitantes aventuras que había vivido. Pasaron los segundos. El oficial, inflamado por el fuego del amor que brotaba como mil chispas eléctricas de la encantadora figura que sostenía en sus brazos, besaba con pasión sus dulces labios. Así los encontró el conde Nepomuceno cuando salía de su habitación. También él gritó, lleno de júbilo:

—¡Conde Estanislao!

Hermenegilda despertó en ese mismo instante, estrechando al oficial contra su pecho y exclamando fuera de sí:

—¡Estanislao! ¡Mi amado…, mi esposo!

El oficial se sonrojó temblando… Perdió la presencia de ánimo y dio un paso atrás mientras se libraba suavemente del crispado abrazo de Hermenegilda.

—Es el momento más dulce de mi vida…, pero no quiero abandonarme a la felicidad que sólo una equivocación me ha deparado. Yo no soy Estanislao… ¡ay!

Así habló el oficial, tartamudeando; Hermenegilda retrocedió asustada y cuando, al observar con mayor atención al oficial, se convenció de que el extraordinario parecido de éste con su amado le había confundido, huyó gimiendo y lamentándose. El conde Nepomuceno, dado que el joven dijo ser el primo más joven de Estanislao, el conde Javier de R., no pudo creer casi que en tan poco tiempo un niño se desarrollara y transformara en un joven vigoroso. Sin duda, las fatigas de la guerra contribuyeron a dar un mayor carácter de adulto al rostro, a la actitud entera. El conde Javier había abandonado su patria al mismo tiempo que su primo Estanislao y, como él, se había enrolado en el ejército francés y combatido en Italia. Aunque por entonces tenía apenas dieciocho años, pronto se mostró como un héroe prudente y valeroso, de forma que el general le nombró su ayudante y ahora, a los veinte años, había ascendido ya a coronel. Habiendo sido herido, necesitaba descansar algún tiempo. Retornó a la patria y, para transmitir a la amada de Estanislao los encargos de éste, se dirigió a las posesiones del conde Nepomuceno, donde fue recibido como si fuera el prometido mismo. El conde Nepomuceno y el médico hicieron todos los esfuerzos imaginables por calmar a Hermenegilda quien, anonadada por la vergüenza y la amargura, no quería salir de su habitación mientras Javier permaneciera en la casa, pero fue en vano. Javier estaba fuera de sí, ya no podía volver a ver a Hermenegilda. Le escribió diciéndole que expiaba una semejanza nefasta de la que no era culpable. Pero no sólo para él; también al amado Estanislao afectaba el infortunio producido en un funesto momento, pues a él, al portador de una dulce embajada amorosa, le había sido arrebatada toda posibilidad de entregar en propia mano, como debía, la carta de Estanislao que llevaba consigo y transmitir de palabra lo que Estanislao, por la premura del momento, no había podido poner por escrito. La doncella de Hermenegilda, que Javier había ganado para sus intereses, aceptó de buena gana el encargo, y lo que el padre y el médico no habían conseguido lo logró Javier con su nota. Manteniendo un absoluto silencio y con la mirada baja recibió Hermenegilda a Javier en su alcoba. Javier se aproximó con paso vacilante y silencioso y se situó frente al sofá en el que ella se hallaba, pero al inclinarse en su asiento más bien parecía que se arrodillara ante Hermenegilda. Así, con las expresiones más conmovedoras y en un tono con el que parecía acusarse a sí mismo del crimen más imperdonable, le suplicaba no cargara sobre su cabeza la culpa de la equivocación, que sentía más por la felicidad de su querido amigo. No había sido él sino el propio Estanislao quien la había abrazado en el gozo del reencuentro. Entregó la carta y comenzó a hablar de Estanislao, de cómo, con auténtica fidelidad de caballero, pensaba en su dama en plena batalla, de cómo su corazón ardía por la libertad y la patria, etc. Javier se expresaba con vivo ardor, entusiasmando a Hermenegilda, quien, superando pronto todo temor, dirigía hacia él la mágica mirada de sus ojos celestiales de forma que Javier, un nuevo Kalaf alcanzado por la mirada de Turandot, temblaba de dulce dicha, y sólo con esfuerzo podía continuar su relato. Sin saberlo él mismo, acosado por la lucha interior contra la pasión que brotaba en

llamas luminosas, se extendió en la descripción de ciertos combates. Habló de ataques de caballería, masas dispersadas, baterías conquistadas. Impaciente, Hermenegilda le interrumpió exclamando:

—¡Oh, fuera esas sangrientas escenas de un espectáculo infernal! ¡Dime…, dime tan sólo que me ama, que Estanislao me ama!

Javier, conmovido, tomó su mano y la oprimió con fuerza con su propio pecho:

—¡Escúchale, escucha a tu Estanislao! —dijo, y las manifestaciones más fervientes del amor, como sólo corresponden a la locura de la pasión más devoradora, manaron de sus labios.

Había caído a los pies de Hermenegilda y ella le envolvía en sus brazos, mas cuando, alzándose de improviso, quiso estrecharla contra su pecho, se sintió violentamente apartado. Hermenegilda le observaba con una mirada fija y extraña y dijo con voz sorda:

—¡Presumido fantoche! ¡Aunque mi pecho también te dé calor, tú no eres Estanislao y nunca lo serás!

En ese momento abandonó la habitación con paso calmo y silencioso. Javier se dio cuenta demasiado tarde de su imprudencia. Sentía con claridad que amaba con locura a Hermenegilda, a la prometida del amigo y primo carnal, pero también que a cada paso que estaba dispuesto a dar al compás de su pasión habría de acusarse de una desleal ruptura de la amistad.. Tomó la heroica determinación de partir de inmediato y no volver a ver a Hermenegilda, y ordenó que hicieran su equipaje y engancharan los caballos. El conde Nepomuceno se sorprendió sobremanera cuando Javier fue a despedirse de él; le rogó que dejara todo en sus manos, pero Javier, con suma firmeza provocada más por una compulsión que por una auténtica fuerza espiritual, afirmó, terne que terne, que por causas extraordinarias tenía que irse. Ceñida la espada y la gorra en la mano, permanecía en el centro de la estancia; su criado estaba ya en el vestíbulo con el abrigo, y frente a la puerta piafaban los caballos. Se abrió entonces la puerta y entró Hermenegilda. Con un donaire indescriptible se dirigió hacia el conde y dijo sonriendo:

—¿Quiere irse, querido Javier? ¡Y yo que esperaba oír todavía muchas más cosas de mi amado Estanislao! ¿Sabe usted que sus relatos me producen un gran consuelo?

Javier, sonrojado, bajó la vista. Tomaron todos asientos; el conde Nepomuceno aseguró una y otra vez que desde hacía muchos meses no veía a Hermenegilda con un ánimo tan sereno y alegre. A una seña suya, dado que era hora de cenar, prepararon la mesa en aquella misma estancia. El más noble vino de Hungría brillaba en las copas, y Hermenegilda, con ardor en las mejillas y celebrando el recuerdo del amado, de la libertad y la patria, bebía de las copas colmadas. «Saldré de noche», pensaba Javier en su interior, y de hecho, y cuando ya habían recogido la mesa, preguntó a los criados si aún esperaba el carruaje; éste, como había ordenado el conde Nepomuceno, hacía tiempo había sido retirado y desenganchado y estaba en las cocheras, los caballos comían el pienso en las cuadras y Woyzec roncaba abajo, sobre el jergón de

paja. Javier se dio por satisfecho con ello. La inesperada aparición de Hermenegilda convenció al conde de que no sólo era posible sino aconsejable y adecuado permanecer, y este convencimiento le llevó al siguiente: sólo tenía que vencerse a sí mismo, es decir, defenderse de los arrebatos de la pasión interna que, excitando el enfermizo estado de Hermenegilda, sólo a él, en cualquier caso, podían dañar. Fuera cual fuere el rumbo que luego tomara el asunto, Javier tomó la determinación, aun cuando Hermenegilda despertara de sus sueños, de anteponer el alegre presente al sombrío futuro, pues todo dependía de la configuración de circunstancias concurrentes y no había que pensar en deslealtad ni en rupturas de amistad.

Cuando al día siguiente Javier volvió a ver a Hermenegilda, logró de hecho, evitando cuidadosamente la menor nimiedad que pudiera alterar su sangre ardiente, dominar su pasión. Permaneciendo en los límites de la más estricta cortesía, observando incluso un frío ceremonial, dio a su conversación sólo la vibración de esa galantería que suministra a las mujeres un veneno nocivo junto a dulce azúcar. Javier, un joven de veinte años inexperto en las lides del amor, desarrollaba, al compás de la maldad interior, el arte de un maestro. Sólo hablaba de Estanislao, de su inexpresable amor por su dulce prometida, pero en el fuego que encendía supo esbozar hábilmente su propia imagen, de forma que Hermenegilda, perpleja, no lograba distinguir ambas figuras, la del ausente Estanislao y la de Javier. La compañía de éste se convirtió pronto en una necesidad para la desasosegada Hermenegilda, y así sucedió que se les veía incesantemente juntos y con frecuencia como si mantuvieran una íntima conversación amorosa. La costumbre hizo que Hermenegilda fuera olvidando cada vez más sus temores y, en el mismo grado, Javier sobrepasó esos límites del frío ceremonial en los que al principio, prudentemente, se había confinado. Hermenegilda y Javier paseaban del brazo por el parque y ella, descuidadamente, abandonaba su mano en las de él cuando en la habitación escuchaba hablar del afortunado Estanislao. Como no se trataba de asuntos de Estado ni de la patria, el conde Nepomuceno era incapaz de ver más allá y se conformaba con lo que podía observar en la superficie. Su espíritu, insensible para todo lo demás, sólo podía reflejar en el mismo momento las fugitivas imágenes de la vida, que desaparecían sin dejar huella. Sin sospechar siquiera el íntimo carácter de Hermenegilda, daba por bueno el que ésta finalmente hubiera sustituido los muñecos que en sus momentos de delirio habían representado al amado por un joven, y creía suponer con gran perspicacia que Javier, quien como yerno también le profesaba cariño, pronto ocuparía por entero el sitio de Estanislao. Ya no pensaba en éste. Javier era de la misma opinión, ya que, tras un par de meses, Hermenegilda, aún cuando parecía que todo su espíritu estaba lleno del recuerdo de Estanislao, permitía que Javier se hiciera más y más visible con sus propias pretensiones.

Cierta mañana Hermenegilda se encerró en su alcoba con su doncella y no quiso ver a nadie. El conde Nepomuceno pensó que se trataba de un nuevo ataque que pronto remitiría. Rogó al conde Javier que utilizara ahora el poder que sobre

Hermenegilda había adquirido para su curación. Pero cuál no sería su asombro cuando Javier no sólo rehusó acercarse de cualquier forma a Hermenegilda, sino que mostraba haber cambiado por completo de actitud. En vez de presentarse con arrogancia, como antes, parecía intimidado, como si hubiera visto fantasmas; el tono de su voz vacilaba y la expresión era lánguida e inconexa. Habló de que tenía que partir para Varsovia, de que no volvería a ver a Hermenegilda… Renunciaba a toda la dicha del amor…, sentía en la fidelidad de Hermenegilda, lindante con la locura, la deslealtad en que incurría, para su vergüenza, con su amigo… Una huida sin demora era su único medio de salvación. El conde Nepomuceno no entendió nada; le pareció tan sólo que la alocada exaltación de Hermenegilda había contagiado al muchacho. Intentó demostrárselo, pero fue en vano. Javier se opuso con tanta mayor intensidad cuanto más mostraba Nepomuceno la necesidad de que sanara a Hermenegilda de todas sus rarezas y, por lo tanto, la obligación que tenía de volver a verla. La discusión terminó con rapidez pues Javier, como impulsado por un poder invisible e irresistible, salió, se arrojó dentro del carruaje y huyó.

El conde Nepomuceno, lleno de horror e ira por la conducta de Hermenegilda, dejó de ocuparse de ella y así sucedió que pasaron muchos días en los que ella permaneció encerrada y sin ser molestada en su habitación, acompañada tan sólo de su doncella.

Cierto día estaba Nepomuceno en su habitación, sumido en profundas meditaciones, llenas de las heroicas acciones de ese hombre al que por entonces los polacos adoraban como a un falso ídolo, cuando se abrió la puerta y entró Hermenegilda de luto riguroso y con un largo velo de viuda sobre el rostro. Con paso lento y solemne se aproximó al conde, se dejó caer sobre sus rodillas y dijo con voz temblorosa:

—¡Oh, padre mío! El conde Estanislao, mi amado esposo, ha muerto. Cayó como un héroe en el campo de batalla. ¡Ante ti se halla su inconsolable viuda!

El conde Nepomuceno lo consideró una nueva perturbación en el estado de ánimo de Hermenegilda, tanto más cuanto que pocos días antes había recibido noticias según las cuales el conde Estanislao se hallaba perfectamente. Alzó con suavidad a Hermenegilda mientras decía:

—Tranquilízate, querida hija, Estanislao está bien; pronto correrá a tus brazos.

Hermenegilda hizo una profunda inspiración, semejante a un suspiro agonizante, y se hundió, desgarrada por un hondo dolor, entre los almohadones del sofá. Pero a los pocos segundos, recobrándose, dijo con pasmosa tranquilidad y presencia de ánimo:

—Dejadme, querido padre, explicaros cómo ha ocurrido todo, pues debéis saberlo para así reconocerme como la viuda del conde Estanislao de R. Hace seis días me encontraba a la hora del ocaso en el pabellón del sur de nuestro parque. Todos mis pensamientos, todo mi ser se dirigían a mi amado. Sentí que mis ojos se cerraban involuntariamente; no me adormecí, no, sino que caí en un singular estado que sólo

puedo llamar soñar despierta. Pronto me sentí rodeada por terribles zumbidos y estallidos. Oí un gran estruendo. Muy cerca de mí sonaban disparos. Me levanté precipitadamente y me asombré no poco al encontrarme en un cobertizo. Ante mi estaba él arrodillado…, mi Estanislao. Le rodeé con mis brazos, le estreché contra mi pecho. «¡Dios sea alabado! —exclamó—. ¡Eres mía!». Me dijo que justo tras la bendición nupcial me desvanecí y yo, tonta de mí, no recordé hasta entonces que el padre Cipriano, al que en ese momento vi salir del cobertizo, nos había unido en la capilla aneja bajo los truenos de la artillería, bajo el estrépito de la cercana batalla. La alianza de oro brillaba en mi dedo. La felicidad con la que abracé a mi esposo es indescriptible; un éxtasis inefable y nunca antes sentido, el éxtasis de la mujer dichosa, inundó mi alma… Perdí el sentido… Un soplo helado me rozó… Abrí los ojos… ¡Horror…! En medio de la confusión de la feroz batalla ardía ante mí el cobertizo, del que al parecer me habían rescatado… Estanislao, acosado por jinetes enemigos… Sus camaradas se abalanzaron para salvarle… Demasiado tarde; por la espalda, un jinete le derribó del caballo.

De nuevo desfalleció Hermenegilda por el terrible dolor. Nepomuceno corrió a buscar algún medicamento que le devolviera las fuerzas, pero no hizo falta, pues Hermenegilda se recuperó de un modo prodigioso.

—Se ha cumplido la voluntad del Cielo —dijo con voz sorda y solemne—; no debo lamentarme pero, fiel a mi esposo hasta la muerte, ninguna atadura terrenal me separará de él.

Con toda razón el conde Nepomuceno hubo de creer que la locura incubada en el alma de Hermenegilda se desahogaba a través de esa visión, y ya que el plácido duelo de Hermenegilda por su esposo no producía actitudes alarmantes o indecentes, al conde le pareció bien esta situación que terminaría con la llegada del conde Estanislao. Cuando Nepomuceno dejaba caer alguna palabra sobre ensoñaciones o visiones, Hermenegilda sonreía dolorosamente, apretaba la alianza, que siempre llevaba en el dedo, contra sus labios y la regaba de tibias lágrimas.

El conde Nepomuceno se dio cuenta con asombro de que el anillo le era realmente desconocido y que nunca se lo había visto a su hija, pero como había mil circunstancias en las que podía haberlo recogido, no hizo el esfuerzo de investigarlas. Para él era más importante la nefasta noticia de que el conde Estanislao había caído prisionero. Hermenegilda comenzó a debilitarse de un modo extraordinario, se quejaba con frecuencia de una extraña sensación que no podía llamar enfermedad, pero que agitaba todo su ser.

Por aquella época llegó el príncipe Z. con su esposa. La princesa, como la madre de Hermenegilda había muerto a temprana edad, había ocupado su puesto y por ello fue recibida con la abnegación de una hija. Hermenegilda abrió su corazón por entero a la noble dama y con la más amarga tristeza se lamentaba de que se la calificara de loca visionaria a pesar de tener la prueba más convincente, teniendo en cuenta las circunstancias, de la certeza de su unión con Estanislao, realmente consumada. La

princesa, que conocía ya el asunto y estaba convencida del perturbado estado de Hermenegilda, se cuidó muy mucho de contradecirla, contentándose con asegurarle que el tiempo todo lo aclararía y que lo más adecuado era abandonarse a la voluntad del cielo. La princesa puso más atención cuando Hermenegilda le habló de su estado físico, describiendo los extraordinarios ataques que parecían perturbar su interior. Pudo verse cómo la princesa velaba a Hermenegilda con la mayor preocupación y cómo aumentó su aflicción cuando Hermenegilda parecía sentirse recuperada. Las pálidas mejillas y labios recobraron el color, sus ojos perdieron ese fuego inquietante y sombrío, la mirada se hizo dulce y tranquila, las demacradas formas se hicieron más llenas y redondas; en una palabra, Hermenegilda florecía en toda su juventud y belleza. Y sin embargo parecía que la princesa la consideraba más enferma que nunca.

—¿Cómo te encuentras? ¿Qué tienes, mi niña? ¿Qué es lo que sientes? —preguntaba, con grave alarma en el semblante en cuanto Hermenegilda tan sólo suspiraba o palidecía lo más mínimo.

El conde Nepomuceno, el príncipe y la princesa consultaron entre sí qué hacer con Hermenegilda y su idea fija de ser la viuda de Estanislao.

—Lamento creer —dijo el príncipe— que su locura es incurable, pues físicamente está sana y alimenta con todas sus fuerzas el turbado estado de su alma. Sí —continuó mientras la princesa miraba dolorosamente al frente—, está sana, a pesar de que para su perjuicio, es cuidada y mimada como una enferma.

La princesa, a la que estas palabras afectaron sobremanera, miró fijamente al conde Nepomuceno y dijo con decisión:

—¡No! Hermenegilda no está enferma; pero, si no perteneciera al reino de lo imposible el que ella hubiera pecado, estaría convencida de que se halla en estado de buena esperanza.

Se levantó de inmediato y abandono la habitación. Como alcanzados por un rayo, el conde y el príncipe se miraron fijamente. Este último, tomando el primero la palabra, opinó que su esposa también se veía a veces visitada por las visiones más extraordinarias. Pero el conde Nepomuceno dijo con gravedad:

—La princesa tiene razón en que un suceso de ese tipo por parte de Hermenegilda pertenece sin duda al reino de lo imposible, pero si te digo que cuando vi ayer a Hermenegilda andando frente a mí cruzó mi mente un loco pensamiento: «Mirad, la joven viuda está encinta», y que este pensamiento sólo puede ser producido por la observación de su figura, si te digo todo esto, comprenderás que las palabras de la princesa me han llenado de una sombría preocupación, de una penosa angustia.

—Entonces —replicó el príncipe— es el médico o la comadrona quien debe determinarlo, anulando el juicio tal vez precipitado de la princesa o corroborando nuestra deshonra.

Durante varios días ambos dudaron sobre qué resolución tomar. Para ambos, las formas de Hermenegilda se hicieron sospechosas y la princesa debía tomar una

decisión sobre lo que hacer ahora. Rechazó la intromisión de un médico, quizá demasiado locuaz, y opinó que en cinco meses no necesitarían de otro tipo de ayuda.

—¿Qué ayuda? —exclamó asustado el conde Nepomuceno.

—Sí —continuó la princesa alzando la voz—, ya no cabe ninguna duda: o Hermenegilda es la más perversa hipócrita que nunca haya nacido o hay un misterio inescrutable. ¡Es suficiente, está encinta!

El conde Nepomuceno, petrificado de horror, no dijo una palabra. Finalmente, sacando fuerzas de flaqueza, imploró a la princesa que, costara lo que costase, averiguase por la propia Hermenegilda quién era la aciaga persona que había traído la eterna deshonra a su casa.

—Hermenegilda —dijo la princesa— aún no sospecha que conozco su estado. A partir del momento en que hable con ella de lo que le sucede, espero poder saberlo todo. Sorprendida, dejará caer la máscara de hipocresía o bien se hará patente de algún modo su inocencia, aunque no puedo siquiera imaginar cómo puede tal cosa ocurrir.

Esa misma noche estaba la princesa a solas en su habitación con Hermenegilda, cuyo respeto filial parecía aumentar a cada momento. La princesa tomó a la pobre muchacha del brazo, la miró a los ojos y dijo en tono cortante: ¡Querida tú estás encinta!

Hermenegilda alzó la mirada, transfigurada de gozo celestial, y exclamó en el mayor éxtasis:

—¡Oh madre mía! Ya lo sé. Hace tiempo siento que, aunque mi fiel esposo yace bajo los mortales golpes de sus enemigos, debo sentirme indeciblemente feliz. ¡Sí! Aquel momento de máxima felicidad terrenal vive en mí, volveré a tener a mi amado esposo en la fiel prueba de la dulce unión.

La princesa tuvo la sensación de que todo daba vueltas a su alrededor y casi perdió el sentido. La sinceridad de la expresión de Hermenegilda, su entusiasmo, el aura de veracidad que la envolvía no permitía pensar en un fraude y, sin embargo, en sus afirmaciones había algo de extravagante locura. Dominada por esta última idea, la princesa apartó a Hermenegilda de sí al tiempo que exclamaba:

—¡Insensata! ¡Un sueño te ha puesto en un estado que nos trae a todos la ignominia y la deshonra! ¿Crees que vas a poder engañarme con esas necedades? ¡Reflexiona! Recuerda todos los sucesos de los días pasados. Tal vez una confesión arrepentida nos reconcilie.

Hermenegilda, bañada en lágrimas y deshecha por un amargo dolor, cayó a los pies de la princesa y gimió:

—¡Madre! ¿También tú me tomas por una soñadora, tampoco tú crees que la iglesia nos ha unido a Estanislao y a mí, que yo soy su esposa? Pero mira el anillo en mi dedo… ¡Qué digo…! Tú, tú conoces mi estado. ¿No es eso suficiente para convencerte de que no miento?

La princesa se dio cuenta con asombro de que en Hermenegilda no cabía la idea

de un desliz y no había comprendido en absoluto la alusión. Apretando sus manos contra el pecho de la princesa, Hermenegilda continuó su súplica: ahora, dado que su estado estaba fuera de toda duda, ya podía pensar en su esposo.

La dama, sorprendida y seria, ya no sabía de hecho qué decir a la pobre, qué camino debía seguir para desvelar el secreto que explicara todo este asunto. Hasta varios días después la princesa no explicó a su esposo y al conde Nepomuceno que era imposible averiguar algo más a través de Hermenegilda, por completo convencida de estar embarazada de su esposo. Los hombres, llenos de ira, calificaron de hipócrita a Hermenegilda, y el conde Nepomuceno en particular juró que si la indulgencia no conseguía librarla de la idea de que un cuento insípido podía convencerle, él lo intentaría con medidas más duras. Por el contrario, la princesa opinaba que la dureza sería una crueldad inútil. Estaba convencida, como ya se ha dicho, de que Hermenegilda no fingía, sino que creía con toda su alma en lo que decía.

—Hay —continuó— algunos secretos en el mundo que no somos capaces de comprender. ¿Qué ocurriría si la vívida influencia del pensamiento tuviera también un efecto físico y si la reunión espiritual de Estanislao y Hermenegilda la ha situado en ese estado para nosotros inexplicable?

A pesar de su ira y de todas las dificultades del momento, el príncipe y el conde Nepomuceno no pudieron reprimir una sonora carcajada cuando la princesa exteriorizó estas ideas, que los varones denominaron las más sublimes y etéreas que nunca habían oído. La princesa, sonrojada por entero, opinó que a los toscos hombres les faltaba sentido para tales cosas, que encontraba todo el asunto en el que había caído su pobre niña, en cuya inocencia creía incondicionalmente, escandaloso y repugnante, y que un viaje, en el que pensaba acompañarla, sería el mejor y único medio de apartarla de la malicia y la burla de la vecindad.

El conde Nepomuceno se mostró muy satisfecho con este proyecto, pues, ya que Hermenegilda no hacía de su estado ningún secreto, debía ser alejada del círculo de sus conocidos para resguardar su fama.

Tomada esta determinación, todos se sintieron más tranquilos. El conde Nepomuceno casi no volvió a pensar en el alarmante secreto, ya que había visto la posibilidad de ocultarlo al mundo, cuya burla era lo más amargo para él, y el príncipe juzgó con toda la razón que, dado el no fingido estado anímico de Hermenegilda, no se podía hacer otra cosa que dejar al paso del tiempo la solución del enigma.

Precisamente cuando daban por acabada la discusión y cada uno se iba por su lado, la repentina aparición del conde Javier de R. trajo nuevas preocupaciones. Acalorado por la larga cabalgada, cubierto de polvo y con la precipitación de quien es arrastrado por una pasión, entró en la estancia y, sin saludar ni respetar las normas de cortesía, gritó con voz fuerte:

—¡El conde Estanislao ha muerto! No cayó prisionero, no… Cayó abatido por sus enemigos… ¡Aquí están las pruebas! —y diciendo esto, puso varias cartas en manos del conde Nepomuceno, quien comenzó a leerlas completamente desconcertado.

La princesa echó una ojeada a las cartas y nada más leer unas pocas líneas levantó los ojos al cielo, juntó las manos y exclamó llena de dolor:

—¡Hermenegilda! ¡Pobre niña! ¡Qué misterio inescrutable!

Había leído que el día en que murió Estanislao coincidía con el que Hermenegilda había dicho y que todo había ocurrido como ella lo vislumbrara en ese funesto instante.

—Él ha muerto —dijo Javier, impulsiva y fogosamente—. Hermenegilda ha quedado libre y no hay ningún obstáculo para que yo, que la amo como a mi vida, solicite su mano.

El conde Nepomuceno no pudo responder; tomó el príncipe la palabra y explicó que ciertas circunstancias hacían imposible considerar su petición, que en ese momento no podía ver a Hermenegilda y lo mejor era que se alejara rápidamente de allí, tal como había venido. Javier replicó que conocía bien el perturbado estado de ánimo de Hermenegilda, a lo que probablemente se referían, pero que no consideraba esto un obstáculo, tanto menos cuanto que su unión con ella terminaría con él. La princesa le aseguró que Hermenegilda había jurado fidelidad hasta la muerte a Estanislao y, por tanto, desecharía cualquier otra unión. Por otro lado, no se encontraba ya en el palacio. El conde Javier soltó una carcajada y dijo que sólo necesitaba el consentimiento paterno. El conmover el corazón de Hermenegilda dependía por entero de él. Muy enojado por la violenta impertinencia del joven, el conde Nepomuceno explicó que esperaba en vano su consentimiento y que podía abandonar el palacio de inmediato. El conde Javier le miró de hito en hito, abrió la puerta que daba al vestíbulo y ordenó a Woycec que trajera la manta de viaje, desenganchara los caballos y los condujera al establo. Volvió entonces a la habitación, se arrojó sobre el sillón que se encontraba junto a la ventana y explicó calmosa y gravemente que, sin ver ni hablar con Hermenegilda, sólo mediante la violencia sería expulsado del palacio. El conde Nepomuceno replicó que en ese caso podía contar con una larga estancia, aunque debía entonces perdonar el que fuera él mismo quien abandonara el palacio. En ese momento todos, el conde Nepomuceno, el príncipe y su esposa, salieron de la habitación para lograr llevarse a Hermenegilda lo antes posible.

El azar quiso que precisamente en esos momentos, contra su costumbre, se encontrara en el parque Javier, quien miraba por la ventana, la vio pasear en la lejanía. Corrió hacia el parque y alcanzó finalmente a Hermenegilda cuando ésta entraba en ese nefasto pabellón del sur del parque. Su estado era ya perceptible casi para cualquiera.

—¡Oh, Dios del Cielo! —exclamó Javier al encontrarse frente a ella.

Se arrojó entonces a sus pies y le juró con las expresiones más fervientes de devoto amor tomarla por esposa. Hermenegilda, fuera de sí a causa del susto y el horror, le dijo que un mal hado le había enviado allí para perturbar su tranquilidad. Nunca, nunca seria la esposa de otro que no fuera su amado Estanislao, a quien se

había unido hasta la muerte. Mas cuando Javier no cesó en sus ruegos y promesas, cuando finalmente, con una loca pasión, le aseguró que se confundía, que ya le había ofrecido a él los más dulces momentos del amor y, alzándose del suelo, quiso abrazarla, ella le apartó con repugnancia, desprecio y un gesto mortal mientras exclamaba:

—¡Mísero egoísta! ¡Del mismo modo que no podrás destruir la dulce prueba de mi unión con Estanislao, tampoco podrás seducirme para que rompa criminalmente mi fidelidad! ¡Fuera de mi vista!

Extendió entonces Javier el puño cerrado frente a ella y, tras una carcajada burlona, gritó:

—¡Loca! ¿No rompiste tú misma ese necio juramento? El niño que llevas en tu seno es mío, fue a mí a quien abrazaste en este mismo lugar… Fuiste mi amante y mi amante serás si yo no te convierto en mi esposa.

Hermenegilda le miró con un fulgor infernal en los ojos; entonces gritó:

—¡Monstruo! —y se derrumbó como muerta en el suelo.

Javier, como si todas las furias le persiguieran, corrió hacia el palacio. Se topó con la princesa, quien le agarró sin miramientos del brazo y le condujo a la sala.

—¡Me ha apartado horrorizada de su lado! ¡A mí, el padre de su hijo!

—¡Por todos los Cielos! ¿Tú? ¡Javier! ¡Dios mío! Di, ¿cómo fue posible? —exclamó, aterrada la princesa.

Maldígame quienquiera que sea —continuó Javier, con calma—, pero si en sus venas hierve la sangre como en las mías, habría pecado como yo en esos momentos. Encontré a Hermenegilda en el pabellón en un extraño estado que no soy capaz de describir. Yacía sobre el canapé, como si estuviera profundamente dormida y soñara. Acababa yo de entrar cuando se levantó, se dirigió hacia mí, me tomó de la mano y comenzó a andar con paso solemne por el pabellón. Luego se arrodilló, yo hice lo mismo e inició una oración. Pronto comprendí que imaginaba estar ante un sacerdote. Sacó un anillo de su dedo, que ofreció al sacerdote, yo le tomé y le puse otro anillo de oro que quité de mi dedo.

Hermenegilda cayó entonces en mis brazos, llena de íntimo amor. Cuando huí yacía desvanecida.

—¡Hombre horrible! ¡Qué ultraje! —gritó la princesa fuera de sí.

El conde Nepomuceno y el príncipe entraron en la sala. En pocas palabras conocieron la confesión de Javier. La princesa se sintió herida cuando los hombres consideraron que el crimen de Javier era perfectamente excusable y quedaba expiado mediante su unión con Hermenegilda.

—¡No! —dijo la princesa—. Nunca dará Hermenegilda su mano a aquel que, como un maligno espíritu infernal, se atrevió a emponzoñar el momento más sublime de su vida con el crimen más infame.

—Ella —dijo el conde Javier con un orgullo frío e irónico—, ella tendrá que darme su mano para salvar su honor. Permaneceré aquí y todo sucederá por sí mismo.

En ese momento se oyó un ruido sordo. Trajeron al palacio a Hermenegilda, a quien el jardinero había encontrado inerte en el pabellón. La colocaron en el sofá y, antes de que la princesa pudiera evitarlo, llegó Javier y la tomó de la mano. Hermenegilda se levantó sobresaltada, lanzó un grito inhumano, semejante al penetrante aullido de un animal salvaje, y miró horrorizada al conde con ojos centelleantes. Éste, como alcanzado por una mirada letal, retrocedió tambaleante y balbuceó casi inaudiblemente:

—¡Los caballos!

A una señal de la princesa le llevaron abajo.

—¡Vino! ¡Vino! —gritó; bebió unos vasos y, reanimado, montó a caballo y desapareció.

El estado de Hermenegilda, que parecía transformarse de una sorda enajenación en un salvaje delirio, modificó también los sentimientos del conde Nepomuceno y del príncipe, que comprendieron el horror, lo irreparable del acto de Javier. Quisieron llamar al médico, pero la princesa rechazó toda ayuda, dado que sólo el consuelo espiritual podía resultar efectivo. Por tanto, en lugar del médico llegó Cipriano, el monje carmelita confesor de la familia. De un modo sorprendente logró despertar a Hermenegilda de la pérdida de conciencia en la que la había sumido su enajenación. ¡Aún más! Pronto estaba tranquila y serena; habló con toda coherencia con la princesa, a quien manifestó su deseo de vivir tras el parto en el convento cisterciense de O., como permanente acto de contrición y duelo. A su luto había añadido unos velos que ocultaban por completo su rostro y que nunca alzaba. El padre Cipriano abandonó el palacio, pero volvió a los pocos días. Entretanto el príncipe Z. había escrito al alcalde de L., en cuya casa debía esperar Hermenegilda el parto. Sería conducida allí por la abadesa del convento cisterciense, pariente de la familia, mientras la princesa viajaba hacia Italia, supuestamente acompañada por Hermenegilda.

Era medianoche. El carruaje que debía llevar a Hermenegilda al convento esperaba ante la puerta. Inclinado por el dolor, el conde Nepomuceno aguardaba al príncipe, a la princesa y a la infeliz muchacha para despedirse. Entró entonces Hermenegilda, cubierta por el velo de la mano del monje en la habitación iluminada por candelabros. Cipriano dijo con voz solemne:

—La hermana lega Celestina ha pecado gravemente mientras aún se hallaba en el mundo, pues el crimen del diablo ha mancillado su alma pura. Mas un voto indisoluble le sirve de consuelo… ¡Paz y felicidad eterna! Nunca verá de nuevo el mundo el rostro cuya belleza sedujo al diablo. ¡Mirad! Así comienza y consuma Celestina su expiación. Y el monje alzó el velo de Hermenegilda. Un agudo dolor dominó a todos cuando vieron la pálida máscara mortuoria tras la que se ocultaba para siempre la angelical hermosura de Hermenegilda. Ésta se despidió, incapaz de pronunciar una sola palabra, de su padre, quien, deshecho de ardiente dolor, creía no poder seguir viviendo. El príncipe, en otras ocasiones un hombre de sangre fría,

quedó bañado en lágrimas. Sólo la princesa, luchando con todas sus fuerzas contra el horror de ese voto, logró mantener una actitud serena.

Es indescifrable cómo supo el conde Javier la estancia de Hermenegilda y la circunstancia de que el recién nacido iba a ser consagrado a la Iglesia. De poco le sirvió el rapto del niño, pues cuando llegó a P., y quiso dejarlo al cuidado de una mujer de confianza, se dio cuenta de que no estaba desmayado a causa del frío, como él había creído, sino muerto. Después de ello, el conde Javier desapareció sin dejar rastro y se creyó que se había dado muerte.

Habían pasado muchos años cuando el joven príncipe Boleslav de Z llegó a las cercanías del Posílipo en su viaje hacia Nápoles. Allí, en ese ameno lugar, se halla un convento camaldulense al que ascendió el príncipe para gozar de una perspectiva que le habían descrito como la más atractiva de todo Nápoles. A punto de llegar a unos peñascos del jardín que le habían dicho era el lugar más hermoso, descubrió ante él a un monje que había tomado asiento en una gran roca y que, con un devocionario abierto en el regazo, tenía la mirada puesta en el horizonte. Su rostro, de rasgos todavía jóvenes, estaba deformado por un hondo pesar. Cuanto más se acercaba el príncipe al monje más se le venía a las mientes un oscuro recuerdo. Se deslizó junto a él y vio que el devocionario estaba escrito en lengua polaca. Habló entonces en polaco al monje, quien, sobresaltado, se volvió. Pero nada más ver al príncipe ocultó su rostro y con rapidez, como arrastrado por un espíritu malvado, huyó entre los matorrales. El príncipe Boleslav aseguró al conde Nepomuceno, cuando le relató esta aventura, que tal monje no era otro que el conde Javier de R.

La iglesia de los jesuitas de G.

Die Jesuiterkirche in G. (1817)[61c]

Encajonado en un miserable coche de postas, que hasta las polillas habían abandonado, como las ratas abandonaron la embarcación de Próspero, llegué al fin, después de un peligroso viaje, con una rueda medio partida, a la hostería del Mercado de G. Todas las desgracias que hubieron podido sucederme recayeron sobre mi coche, que quedó averiado en la última estación de postas. Finalmente, cuatro macilentos caballos habían podido arrastrar durante varias horas, con ayuda de algunos campesinos y de mi criado, la frágil casa viajera; los expertos, que vinieron a verla, sacudieron la cabeza diciendo que serían necesarios dos o tres días para la reparación.

El lugar me pareció agradable, la región acogedora, lo que no impidió que me asustase un poco la forzada estancia. Amable lector, si te has visto alguna vez obligado a permanecer tres días en una pequeña ciudad, donde no conoces a nadie y nadie te conoce, donde eres un desconocido para todos, ¿no has sentido una profunda angustia, no te ha consumido la necesidad de comunicarte con alguien? De ser así podrás comprender mi malestar.

En realidad, ya se sabe que el espíritu de la vida hállase por doquier; pero a las pequeñas ciudades les sucede lo que a esas orquestas que siempre tocan correctamente las mismas piezas y cualquier tonalidad extraña les parece disonante y las hace callar al punto. De muy mal humor paseaba en mi cuarto arriba y abajo, cuando he aquí que, súbitamente, recordé que un amigo de mi país había pasado, hace algún tiempo, dos años en G. y que me había hablado a menudo de un hombre sabio e instruido con el que tuvo mucho trato. Incluso recordaba el nombre: Aloysius Walter, profesor en el Colegio de los Jesuitas. Decidí dirigirme allí y aprovecharme de la amistad de mi amigo. En el colegio me dijeron que el profesor Walter, en aquel momento, daba la clase, pero que faltaba poco para que terminara; también me preguntaron si quería volver o prefería esperar en las salas exteriores. Escogí esto último.

En todas partes, las residencias, los colegios, las iglesias de los jesuitas se construyen en ese estilo italiano que, inspirándose en formas y cánones antiguos, ostenta la nobleza y la suntuosidad de lo sagrado, de la dignidad religiosa. Así, también aquí, los salones lucían su rica arquitectura, al tiempo que resaltaban las grandes puertas adornadas con genios de la danza, frutas y manjares, alternando con las pinturas de santos, que adornaban los muros entre columnas jónicas.

El profesor entró, le mencioné a mi amigo y ofrecióme hospitalidad durante el tiempo que durase mi forzada estancia. Encontré que el profesor era tal y como me lo había descrito aquél: comunicativo, mundano, en una palabra, con los modales de un sacerdote superior, muy ilustrado, y hombre que había mirado la vida por encima del breviario lo suficiente como para saber cómo marchan las cosas. Cuando vi su cuarto amueblado con moderna elegancia, volví a hacer las mismas reflexiones que hice en los salones y así se lo manifesté a mi amigo.

El profesor sonrióse y dijo:

—Es verdad —repuso—, hemos desterrado de nuestras construcciones aquella

adusta seriedad, aquella majestad peculiar de los tiranos inderrocables que oprimía nuestro pecho en la construcción gótica, causando un siniestro pavor, y realmente ha sido muy beneficioso que nuestros edificios, ahora, muestren la vivacidad y alegría de lo antiguo.

—Pero ¿acaso —repuse yo— no ha sido obra del espíritu del cristianismo la grandeza, la sagrada majestad de la arquitectura gótica que se levanta majestuosa hacia el cielo? ¿No opone el cristianismo lo espiritual a lo sensual y no ataca el espíritu del mundo antiguo, que sólo veía el reino de lo terreno?

—¡Ah, sí! El reino de las alturas también debe conocerse en este mundo y el conocimiento debemos hacerlo por medio de elevados símbolos; así es como la vida del espíritu desciende hacia la tierra. Nuestra patria está allá arriba, pero, mientras vivamos aquí, nuestro reino es de este mundo.

«Sí —pensé—, en todo lo que hacéis demostráis que vuestro reino es de este mundo, incluso sólo de este mundo». Pero no se me ocurrió decirle esto al profesor Aloysius, que continuó diciendo:

—Todo cuanto se dice del lujo de nuestros edificios en este caso debéis referirlo a la gracia de las formas. Aquí donde el mármol tiene un precio exorbitante, donde no disponemos de los grandes maestros de la pintura, conforme a las nuevas tendencias, tenemos que contentarnos con sucedáneos. Hacemos mucho ya con pulir el yeso para que luego el pintor imite diversos mármoles, lo que se está ahora precisamente haciendo en el interior de nuestra iglesia, que, gracias a la generosidad de nuestros protectores, está siendo decorada.

Como manifestase el deseo de ver la iglesia, el profesor me condujo abajo, y cuando entré en la nave central con columnas corintias, que formaba el eje de la iglesia, volví a experimentar de nuevo la agradable impresión y elegancia. A la izquierda del altar mayor habían levantado un andamiaje, sobre el que estaba un hombre pintando las paredes con un tono amarillento, a la manera antigua.

—¿Qué tal, Bertoldo? —gritó el profesor.

El pintor volvióse hacia nosotros, pero al punto continuó pintando, mientras profería con voz imperceptible palabras sueltas:

—¡Muy penoso, es un barullo, no se puede utilizar ni una línea…, animales…, monos…, semblantes de hombres…, semblantes de hombres…, desgraciado de mí!

Estas últimas palabras las pronunció en voz alta, dando muestras de un profundo dolor en lo más íntimo de su ser. Me impresionó de un modo singular, no sólo cada palabra, sino la expresión de su rostro, que, como la mirada que dirigió al profesor, me dieron la sensación de que tenía ante mí la vida destrozada de un pintor desventurado.

El hombre podría tener unos cuarenta años; su figura, aunque desaparecía bajo la amplia y sucia bata de pintor, tenía no sé qué de noble y el profundo disgusto que mostraba sólo podía hacer palidecer su semblante, pero no apagar el fuego que brillaba en sus negros ojos.

Pregunté al profesor qué relación tenía con el artista.

—Es un pintor extranjero —repuso— que se encontraba precisamente aquí cuando se decidió la reparación de la iglesia. Emprendió con alegría el trabajo que le encargamos y, en realidad, su llegada a G. fue una suerte para nosotros, pues en toda la región no hubiéramos podido encontrar nadie tan competente como él, capaz de pintar todo lo que hay que pintar. Añádase a esto que es uno de los hombres mejores del mundo y que todos le queremos; así el colegio le ha recibido con mucho agrado. Además de los honorarios que le corresponden por su trabajo, le costeamos su manutención; sin embargo, todo esto representa muy poco, pues es tan austero que no se cómo resiste tanto su cuerpo, de por sí enfermizo.

—Pero —advertí yo— parece hoy tan disgustado, tan excitado…

—Tiene sus motivos —dijo el profesor—; pero veamos algunos cuadros muy hermosos de los altares laterales, que hace algún tiempo nos proporcionaron una grata sorpresa. Aquí tenemos sólo un cuadro auténtico, un Dominichino, los demás son de maestros desconocidos de la escuela italiana; pero, si no tenéis prejuicios, confesaréis que cualquiera de ellos podría estar firmado por un nombre famoso.

Así lo estimé, tal como el profesor lo había dicho. Cosa curiosa; el único cuadro auténtico era uno de los más flojos, por no decir el más flojo, y, pese a la belleza de muchos cuadros sin nombre, me atrajo irresistiblemente. Uno de los cuadros del altar estaba cubierto por una cortina; pregunté la causa.

—Este cuadro —dijo el profesor—, el más hermoso que tenemos, es la obra de un joven pintor de la actualidad, y seguramente el último cuadro suyo, pues su carrera se ha truncado. Estos días debemos tener tapada la pintura por diversos motivos, aunque mañana o pasado podré mostrárosla.

Quise preguntarle más, pero el profesor echó a andar presuroso por el pasillo, y esto fue suficiente para darme a entender que le disgustaba seguir dando respuestas. Volvimos al colegio y gustosamente acepté la invitación que me hizo el profesor para visitar después del mediodía un lugar de esparcimiento cercano.

Regresamos tarde, amenazaba tormenta y apenas llegué a mi casa comenzó a llover torrencialmente. Sería a eso de la medianoche, cuando el cielo comenzó a aclarar y se fue alejando el ruido de los truenos. A través de la ventana abierta entraba un vientecillo fresco en la habitación calurosa y no pude resistir la tentación, a pesar de estar cansado, de dar un paseo. Tuve la fortuna de poder despertar al portero, que roncaba desde hacía dos horas, y explicarle que no era ninguna locura salir a pasear por la noche, así es que pronto me encontré en la calle. Cuando pasé por la iglesia de los jesuitas me iluminó la luz deslumbrante que refulgía en una ventana. La pequeña puerta lateral estaba entreabierta, pasé y vi que había encendido un hachón colocado frente a un nicho, delante del cual, al acercarme, percibí una gran red tendida verticalmente y detrás de la red una figura en la sombra que subía y bajaba los peldaños de una escalera y que parecía pintar algo en el nicho. Era Bertoldo, que señalaba con rayas negras en la pared todas las líneas de sombra que marcaba la red,

y, poco más arriba, había un gran caballete donde estaba colocado el dibujo de un altar. Permanecí contemplando aquel ingenioso procedimiento. Por poco que te halles familiarizado, amable lector, con el noble arte de la pintura, seguramente adivinarás de qué servía aquella red, cuyos compartimentos trazaba Bertoldo en la concavidad de la pared. Debía pintar en el nicho un altar en relieve y, para hacer con exactitud el dibujo en grande, conforme al modelo en pequeño, iba siguiendo el método ordinario, pasando su croquis a la superficie que había de pintar por medio de la red aplicada en aquel plano. Pero aquí, en vez de una superficie plana era un nicho abovedado donde debía pintar y aquel proceder tan sencillo como ingenioso, por cuyo medio los uniformes cuadros de la red dibujaban en la concavidad de la pared sombras curvilíneas, era el único que se podía emplear para poner exactamente el altar en perspectiva y darle la apariencia del relieve.

Tuve buen cuidado de no acercarme al hachón para no traicionar mi presencia por la sombra, pero me mantuve lo suficientemente cerca para observar a gusto al pintor. Me pareció otra persona. Quizá fuese por efecto de la iluminación, pero su semblante estaba enrojecido, sus ojos brillaban, denotando un contento interior, y, cuando hubo dibujado una serie de líneas, se puso a un lado con las manos apoyadas en la tela y silbó una cancioncilla mientras contemplaba el trabajo. Luego, volviéndose, arrancó la red que había tendido. Entonces es cuando se dio cuenta de que yo estaba allí.

—¡Eh, venid! ¡Eh, venid! —exclamó—. ¿Sois Cristian?

Me acerqué y traté de explicarle que había entrado por casualidad en la iglesia y elogié la ingeniosa invención de la red de sombras, dándome así a conocer como experto y aficionado al noble arte de la pintura. Sin responderme, Bertoldo dijo:

—Cristian no ha regresado, es un vago; de seguro que hubiera querido permanecer conmigo toda la noche, pero ¡vaya usted a saber dónde estará! Tengo que hacer progresos en mi obra, pues mañana será mal día para pintar…, pero yo solo no puedo hacer nada.

Me ofrecí a ayudarle. Se echó a reír, me cogió por los hombros y exclamó:

—Excelente broma, ¿qué dirá Cristian cuando mañana vea que es un asno y que no necesito nada de él? Venid, compañero desconocido, hermano mío, ayudadme a poner los andamios.

Encendió algunos cirios más, atravesamos la iglesia y amontonamos caballetes y tablones de tal forma que pronto estuvo dispuesto un buen andamiaje ante la tela.

—¡Manos a la obra! —exclamó Bertoldo, subiendo.

Quedé asombrado de la rapidez con que trazó la pintura en tamaño grande; dibujaba las líneas con seguridad, sin un titubeo, perfectamente, con gran limpieza. Acostumbrado yo a hacer lo mismo en otro tiempo, serví al pintor con fidelidad, unas veces arriba y otras abajo, procurando ayudarle a trazar las líneas más largas, y le fui entregando los carboncillos bien afilados, etcétera…

—Sois un buen ayudante —me gritó Bertoldo muy contento.

—Y vos —repuse— realmente sois uno de los más expertos artífices que he

conocido; decidme, con una mano tan hábil, ¿no habéis pintado otras cosas? Y perdonadme la pregunta.

—¿Qué queréis decir? —repuso Bertoldo.

—Que valéis para algo más que para pintar paredes de iglesia y columnas de mármol. La pintura arquitectónica siempre ha sido algo de segundo orden; la pintura histórica y de paisajes, indiscutiblemente, es superior. El espíritu y la fantasía, que no están ordenados en líneas geométricas, elevan su vuelo con toda libertad. Incluso lo único fantástico de la vuestra, la engañosa perspectiva, depende de la observación precisa, de modo que no es obra de la creación, producto de un pensamiento genial, sino de la especulación matemática.

El pintor, en tanto que yo hablaba así, permanecía con el pincel en alto y la cabeza apoyada en la mano.

—Desconocido amigo —comenzó a decir con voz forzadamente alegre—, desatináis al querer establecer un rango entre las diversas ramas del arte, como si fueran vasallos de un rey orgulloso, y todavía más cuando sólo reverenciáis al audaz, que, sordo al gemir de las cadenas de los esclavos, insensible a la presión de lo terrenal, trata de elevarse dominante por encima de la luz y la vida, libremente, igualándose con Dios. ¿Conoces la fábula de Prometeo, que intentaba ser un creador y robó el fuego del cielo para animar sus figuras muertas? Al fin pudo lograrlo, las figuras se animaron y en sus ojos resplandeció el fuego celeste, que ardía en su interior; pero el culpable, por haberse querido igualar a los dioses, fue castigado a sufrir eterna pena. El pecho que anheló lo divino y lo sobrenatural fue despedazado por un buitre, nacido para la venganza, que se alimentaba de las entrañas de los atrevidos. Aquel que ha deseado lo divino siente eternamente el dolor terrenal.

El pintor calló y quedó como ensimismado.

—Pero, Bertoldo —exclamé—, ¿qué relación tiene todo esto con vuestro arte? No creo que nadie considere una ofensa pintar figuras humanas o esculpirlas.

Bertoldo rió sarcásticamente:

—¡Ja, ja!, ¿que no son una ofensa los juegos de niños? Eso que hacen es un juego de niños, que mojan sus pinceles en los tarros de pintura y embadurnan lienzos con la necia pretensión de pintar hombres… de verdad. ¡Realmente no son criminales, sino sólo pobres locos infelices! ¡Señor, Señor! Cuando se aspira a lo más alto, no al deleite carnal como Tiziano, sino a lo más elevado de la naturaleza divina, al fuego de Prometeo en el ser humano… ¡Señor!…, hay un abismo, una raya donde uno se detiene como ante el precipicio bajo nuestros pies. Y sobre el precipicio planea el audaz argonauta, pero un engaño diabólico le atrae y le lanza al fondo… y abajo contempla lo que había pretendido contemplar desde las estrellas.

El pintor suspiró profundamente, se pasó la mano por la frente y, mirando hacia lo alto, dijo:

—¡Pero cuántas tonterías estoy hablando aquí contigo, compañero, y mientras sin pintar! Mira, a esto le llamo yo ser fiel y hacer bien las cosas. ¡Qué magnífica es la

regla!… Todas las líneas se unen para un fin determinado, para lograr un objetivo claro y preciso. Sólo aquello que es mensurable es humano; todo lo que se sale de esos límites pertenece al mal. Lo sobrenatural es cosa de Dios o del diablo. Y ¿acaso no deberían incluirse ambos en la matemática de los hombres? ¿Por qué no hemos de imaginar que Dios nos ha creado para que nos ocupemos de lo que se mide con reglas, es decir, de lo conmensurable, para utilizarnos a su servicio, igual que nosotros nos valemos de máquinas tejedoras o aserradoras? El profesor Walter afirmaba recientemente que ciertos animales han sido creados para ser comidos por los otros, lo cual, al fin y al cabo, repercutía en utilidad nuestra; así, por ejemplo, los gatos, que tienen el instinto natural de comer ratones, para que éstos no puedan quitarnos el azúcar que nos servimos en el desayuno. Y realmente el profesor tiene razón. Los animales, e incluso nosotros mismos, ¿no somos meras máquinas para tejer determinadas telas destinadas a la mesa de ese rey desconocido? Y ahora vamos, vamos, compañero, acércame los tarros… Ayer preparé los colores a la luz del sol para no engañarme a la luz de la antorcha. Ahí están numerados en esa esquina. ¡Dame el número uno, joven, el gris! ¿Qué sería de la vida árida y miserable si el Señor del cielo no nos hubiese puesto en las manos tantos juguetes de colores? Las personas juiciosas no hacen como los niños curiosos, que rompen las cajas donde suena la música, mientras giran el manubrio. Dicen que es natural que suene la música dentro, y así yo doy vueltas a la manivela. Cuando dibujo este plano en proporción exacta sé positivamente que el espectador tiene una visión plástica… ¡Dame el número dos, joven! Ahora pinto con el color más conveniente para dar la sensación de una perspectiva de cuatro palmos. Lo sé con toda seguridad. ¡Ah!, qué listos somos… ¿Cómo es posible que los objetos aparezcan más pequeños en la lejanía? Sólo esta necia pregunta de un chico podría desconcertar al profesor Eytelwein; pero saldría del paso con la caja del órgano portátil, diciendo que cada vez que puso un registro en juego obtuvo el mismo resultado… ¡Joven, dame el violeta, número uno! Otra regla… y un pincel grueso bien lavado. ¡Ah!, ¿qué son nuestros esfuerzos hacia lo alto? ¡Nada más que los movimientos desordenados del niño que araña el pecho de la nodriza que le nutre! El violeta, número dos… ¡Rápido, joven! El ideal no es más que un sueño engañador y miserable producido por el hervor de la sangre… Llévate los botes, joven, voy a bajar… ¡Pero el diablo se complace en engañarnos con muñecas, a las que ha puesto alas de ángel!

Me sería imposible repetir todo lo que fue diciendo Bertoldo, mientras pintaba activamente, y se valía de mí como si fuera su aprendiz. En el mismo tono continuó burlándose, con la mayor ironía, de las limitaciones de todas las empresas humanas. ¡Ah! Sus palabras brotaban de un alma mortalmente herida, que se expresaba con el más amargo sarcasmo.

La mañana comenzaba a alborear, la luz de los cirios palidecía ante los primeros rayos del sol. Bertoldo seguía pintando sin cesar, aunque cada vez se iba quedando más silencioso y únicamente algunos débiles sonidos, algunos suspiros se escaparon

de su pecho oprimido. Había ya pintado todo el altar con la gradación de tonos correspondiente, de modo que la pintura presentaba un aspecto maravilloso.

—¡Magnífico! —exclamé entusiasmado—. ¡Magnífico!

—¿Creéis —me dijo Bertoldo con voz débil—, creéis que de aquí puede salir algo? He hecho todo lo posible para que el dibujo fuese correcto, pero ya no puedo hacer más.

—¡No añadáis ni una sola pincelada, amigo Bertoldo! —exclamé—. Es increíble cómo habéis podido adelantar tanto la obra en tan pocas horas, os cansáis demasiado y agotáis vuestras fuerzas.

—Y sin embargo —repuso Bertoldo—, ¡éstas son mis horas más preciosas! Quizá he charlado demasiado, pero sólo con palabras se alivia el dolor terrible que consume nuestro corazón.

—Parece que os halláis atormentado por un profundo pesar, amigo mío —le dije—. Acaso algún tremendo suceso ha trastornado vuestra vida.

El pintor llevó lentamente sus utensilios a la capilla, apagó la antorcha, y adelantándose hacia mí me dio la mano, mientras decía con voz temblorosa:

—¿Podríais descansar confiado y alegre algún instante de vuestra vida si tuvieseis la conciencia cargada con un crimen horrendo, imposible de expiar?

Me quedé petrificado. Los primeros rayos del sol iluminaron el pálido y desencajado semblante del pintor, de tal modo que parecía algo fantasmagórico, cuando se alejó con paso vacilante hacia la puertecita que conducía al interior del colegio.

Al día siguiente apenas pude esperar a que llegase la hora en que el profesor Walter me había dado cita. Le conté toda la escena de la noche anterior, que me había impresionado no poco; y le describí con colores muy vivos la extraña conducta del pintor, y no callé ni una palabra de lo que había dicho, incluso hasta lo que se refería a su propia persona. Cuanto más contaba despertar el interés del profesor, mayor me parecía su indiferencia; hasta terminó riéndose casi despectivamente, cuando vio que yo no cesaba de hablar de Bertoldo y le suplicaba que me refiriese todo cuanto supiera acerca de él.

—¡Es un hombre muy extraño este artista! —comenzó a decir por fin—, muy bueno… trabajador… sobrio, como ya os dije anteriormente, pero de espíritu débil; de otro modo no se explica que haya abandonado su magnífica posición de pintor histórico para convertirse en un miserable pintor de paredes, incluso aunque hubiese cometido un crimen.

Me molestó mucho que le llamase pintor de paredes, y más todavía su indiferencia. Procuré hacerle comprender que todavía Bertoldo, en la actualidad, era un artista digno de aprecio y consideración.

—Bien —me dijo finalmente—, ya que demostráis tanto interés, vais a saber todo lo que sé acerca de él, que no es poco. Pero antes de comenzar, entremos en la iglesia. Como Bertoldo ha pasado la noche trabajando afanosamente hoy, después del

mediodía, descansará.

Nos dirigimos a la iglesia. El profesor descorrió el velo que cubría el cuadro, y ante mi vista apareció la pintura más maravillosa que haya podido ver en mi vida. La composición era al estilo de Rafael, llena de sencillez y de una elevación divina. Representaba a María y Santa Isabel sentadas sobre la hierba de un bello jardín, y, delante de ellas, Juan y Jesús niños, jugando con flores; al fondo se veía un hombre rezando.

El bello y celestial semblante de María, la majestad y devoción de su figura me llenaron de profunda admiración. Era muy hermosa, más hermosa que ninguna mujer de la tierra, pero su mirada, como la de la Virgen de Rafael de la galería de Dresde, manifestaba la omnipotencia de la Madre de Dios. ¡Ay! ¿Cómo dejar de sentir ante aquellos ojos milagrosos, rodeados de misteriosas sombras, el ardor de un deseo sobrehumano e insaciable? Aquellos labios entreabiertos, ¿no parecían consolar, con sus melodiosos acentos y la infinita dulzura celestial de los ángeles? Un sentimiento inexpresable me forzó a prosternarme ante la Reina de los Cielos.

Incapaz de proferir palabra, no podía separar mis miradas del cuadro incomparable. Sólo las figuras de la Virgen María y de los niños estaban acabadas, la de Santa Isabel parecía esperar que el artista diese el último toque, y el hombre en oración todavía no había sido coloreado. Al acercarme reconocí en el semblante de este hombre los rasgos de Bertoldo y presentí lo que poco después me confirmaría el profesor:

—Este cuadro —me dijo—, que nos fue enviado hace algunos años desde Alta Silesia, donde uno de nuestros colegas lo compró en una almoneda, es el último que pintó Bertoldo. Cuando éste llegó y vio el cuadro, lanzó un gran grito y cayó al suelo sin sentido. Después evitó cuidadosamente mirarlo, y me dijo que sería su último trabajo en materia de pintura. Esperaba convencerle para que poco a poco concluyese el cuadro mientras trabajase en la iglesia. Como su vista reparase en él, corría en aquella dirección como atraído por fuerza irresistible, y, entonces, sollozando, entraba en un estado tal de paroxismo que le incapacitaba para trabajar varios días.

—¡Desgraciado! —exclamé—. ¡Desgraciado! ¿Qué demonio ha puesto en tu vida su mano maléfica?

—¡Oh —dijo el profesor—, la mano y el brazo que lo llevan sólo pertenecen a él…! ¡Ja… ja! Él mismo ha sido su propio demonio, su propio Lucifer, que ha encendido en su corazón el fuego fatal. Por lo menos eso me parece deducir de la historia de su vida.

Supliqué al profesor que me dijese todo cuanto supiera acerca de la vida del infeliz pintor.

—Esto sería muy largo de contar y se necesitaría mucho ánimo —repuso el profesor—. ¡No turbemos este hermoso día con asuntos tan sombríos! Vámonos a desayunar, y luego nos iremos al molino, donde nos espera una buena comida.

Sin embargo, no cesé de importunarle y, después de muchos ruegos, me dijo que

Bertoldo, tras su llegada al colegio, había trabado gran amistad con un joven estudiante, a quien había confiado todos los acontecimientos de su vida, y que el joven había escrito todo cuidadosamente, entregando después el manuscrito al profesor.

—¡No es un joven entusiasta como vos, caballero! Perdonad, pero la redacción de la historia sorprendente de Bertoldo ha sido en el fondo para él un excelente ejercicio de estilo.

Con gran trabajo obtuve la promesa del profesor de que aquella misma noche, a nuestro regreso, me entregaría el manuscrito. Ya sea por efecto de mi curiosidad no satisfecha, ya fuera por culpa del propio profesor, lo cierto es que jamás me aburrí tanto como aquel día. La frialdad de éste, respecto a Bertoldo, me hacía un efecto fatal; luego, sus conversaciones con los colegas que participaban en la comida me convencieron de que, a pesar de su ciencia y espíritu mundano, carecía de espíritu para lo más elevado; era el materialista más craso que darse puede. Había realmente adoptado el sistema de comer o ser comido, tal como Bertoldo me lo había explicado. Los elevados esfuerzos de la inteligencia, de la imaginación y del talento, todo lo hacía depender de ciertas predisposiciones del estómago y entrañas, y decía acerca de esto mil absurdos. Por ejemplo, afirmaba muy seriamente que cada pensamiento era el resultado de dos filamentos unidos en el cerebro. Entonces, comprendí hasta qué punto, con semejantes locuras, debía de aborrecer al pobre Bertoldo, ya que repudiaba con desesperada ironía toda influencia de lo alto, y ahondaba con puñal acerado en una herida aún sangrante.

Por fin, al llegar la noche, el profesor me entregó un montón de papeles, diciéndome:

—Ved aquí, mi querido entusiasta, la obra de nuestro estudiante. No está mal escrita, pero no sé por qué el autor introduce sin ningún miramiento los discursos del pintor en primera persona. Os regalo el manuscrito, cuya propiedad me concedió el destino, porque creo que no estoy tratando con ningún literato. Un escritor de cuadros fantásticos, a la manera de Callot, lo hubiera pronto incluido en su género frenético, imprimiéndolo a toda prisa, lo que no debo temer por parte vuestra.

El profesor Aloysius Walter ignoraba que tenía ante sí lo que él temía: un viajero entusiasta de ese género, aunque le hubiera sido fácil averiguarlo. Así es, amado lector, que ahora te puedo comunicar la breve relación del estudiante de los jesuitas, referente al pintor Bertoldo.

La conducta del desgraciado artista se encuentra en él perfectamente explicada, y verás, ¡oh lector!, a qué crueles y deplorables errores nos puede arrojar el sorprendente juego del destino.

«—¡Dejad que vuestro hijo vaya a Italia! Ya es un hábil artista; aquí, en D., tiene todas las facilidades necesarias para estudiar su arte, según los originales más perfectos de toda clase, pero no debe quedarse en nuestro país. Que siga la libre existencia del artista en el risueño país del arte; sus estudios le darán mayor vida y le

inspirarán ideas propias. No le basta el copiar. El ardor del sol es necesario al joven arbusto para hacer crecer sus hojas y madurar sus frutos. Vuestro hijo tiene un verdadero sentimiento de artista, así que no debéis preocuparos.

»Así habló el viejo pintor Esteban Birkner a los padres de Bertoldo. Éstos vendieron cuanto tenían en la casa, de que podían pasarse, y arreglaron las cosas para el lejano viaje del joven, y de este modo Bertoldo vio realizarse el más ardiente deseo suyo: ir a Italia.

»—Cuando Birkner me anunció la resolución de mis padres, salté de alegría y de sorpresa… Hasta el día de mi partida no hice sino pasearme como en sueños. Me era imposible coger un pincel y pintar en el Museo. Fue preciso que el inspector y todos los pintores que habían estado en Italia contestasen a mis preguntas acerca de aquel país donde florece el arte. Por fin llegó el día y la hora. Fue muy dolorosa la despedida de mis padres, que tenían el triste presentimiento de que no volverían a verme, y no querían dejarme marchar. A mi propio padre, hombre firme y decidido, le costaba trabajo mantener la serenidad. «¡Italia, Italia! ¡Vas a verla!», exclamaban con entusiasmo mis compañeros. El ardor de mis deseos creció entonces con la emoción profunda que me agitaba y partí precipitadamente. Ya lejos de la casa paterna me pareció que emprendía la carrera de artista.

»Bertoldo, aunque ejercitado en todos los géneros de la pintura, se había dedicado con preferencia al paisaje, que pintaba con gran entusiasmo. En Roma esperaba hallar grandes recursos para practicar esta rama del arte, pero no fue así. En medio del círculo de artistas y de aficionados en que se encontraba, oía todo el día repetir que la pintura de historia era la cumbre del arte y que todo lo demás le estaba supeditado. Le aconsejaban que, si quería ser un pintor de fama, abandonase su especialidad para dedicarse a aquella otra más alta, a lo que se unía la impresión, jamás experimentada hasta entonces, que recibió de los magníficos frescos de Rafael en el Vaticano, con lo cual decidió abandonar el paisaje. Dibujó al estilo de Rafael y copió otros pequeños cuadros al óleo de otros maestros famosos, y, merced a su mucha práctica, le fue muy bien en este nuevo trabajo, aunque se daba cuenta perfectamente de que la aprobación general de los artistas y los conocedores no eran sino lisonjas para animarle. Él mismo comprendía que sus dibujos y copias estaban faltos de esa vida que animaba los originales. Inspirado por las celestiales creaciones de Rafael y de Corregio, se creía llamado a crear como ellos, pero en cuanto trataba de fijar sus fantasías, las veía desaparecer como entre una niebla, y todo lo que quería ejecutar de invención estaba completamente falto de expresión y carácter, como todo producto de una concepción oscura e incompleta.

»Esta lucha penosa y estos esfuerzos sin resultados llenaron el alma de Bertoldo de una negra melancolía, y más de una vez le alejaba de sus amigos, para vagar solo por los alrededores de Roma y pintar grupos de árboles y trozos de paisaje. Pero tampoco lograba esto con la misma facilidad de antes, de tal modo que llegó a dudar de su verdadera vocación. Sus mejores esperanzas parecía que iban a desvanecerse.

»—¡Ah!, mi buen maestro y amigo —escribió Bertoldo a Birkner—, Me creísteis capaz de hacer algo grande, pero aquí, ahora que he visto claro en mi alma, comprendo que lo que tú llamabas genio de artista sólo era talento y agilidad de mano. Dile a mis padres que pronto volveré para aprender un oficio con el que pueda vivir en lo sucesivo, etc.

»Birkner le contestó:

»—¡Oh, si yo pudiera estar junto a ti, hijo mío, para sostenerte en tu triste estado! Pero, créeme, tus dudas hablan aún en tu favor y son la mejor prueba de tu verdadera vocación. Aquel que lleno de una confianza inalterable en sus fuerzas se imagina hacer diariamente progresos es un loco ciego que se engaña a sí mismo, pues le falta el verdadero impulso para luchar, que nace del pensamiento de la propia inferioridad. ¡Anímate! Pronto te fortificarás y estarás satisfecho de tus obras, no según el juicio y aprecio de tus colegas, que quizá no son capaces de estimularte, anquilosados como están, mientras que tú seguirás tu propio camino conforme a tu talento. Tú mismo eres quien ha de decidir si vas a ser pintor histórico o paisajista y no volverás a pensar más en un indigno desmembramiento de las ramas de un mismo tronco.

Sucedió que precisamente por la época en que Bertoldo recibía la respuesta consoladora de su antiguo maestro, se extendía la fama en Roma de Felipe Hackert. La gracia maravillosa y la perfección de algunas de sus obras, que se hallaban en las exposiciones, confirmaban todos los elogios de que era objeto y hasta los mismos pintores de historia reconocían, en aquella pura imitación de la Naturaleza, que había mucha grandeza y perfección. Bertoldo cobró ánimo… ya no oía despreciar la especialidad del arte que a él le gustaba más, pues veía que un pintor que la ejercía era honrado y elogiado. Súbitamente, como un relámpago, tuvo la idea de que debía marchar a Nápoles y estudiar con Hackert. Lleno de alegría escribió a Birkner y a sus padres, diciéndoles que después de penosos esfuerzos había encontrado el camino verdadero, y que pronto esperaba adquirir renombre en su especialidad.

»El noble alemán Hackert recibió muy amistosamente al discípulo, su paisano, que no tardó en rivalizar con el mismo maestro. Bertoldo se distinguía por reproducir fielmente de la naturaleza toda especie de árboles y arbustos; asimismo representaba no menos bien los efectos de la niebla y los cielos vaporosos, tal y como aparecían en los paisajes de Hackert. Esto le valió muchos elogios, pero con frecuencia, a la vista de sus cuadros y hasta de los cuadros de su maestro, sentía una sensación extraña, como si les faltase algo que no sabía definir, pero que había en los paisajes de Claude Lorraine y hasta en los salvajes desiertos de Salvatore Rosa. Mil dudas se suscitaban en él acerca del genio de Hackert, sintiéndose muy disgustado después de haberle visto un día con cuánto empeño pintaba unas fieras muertas que el Rey le había enviado. Sin embargo, logró sobreponerse a estas penosas ideas que le parecían criminales, y continuó trabajando, con constancia alemana, conforme a los modelos de su maestro, de tal modo que en poco tiempo casi llegó a ser su igual.

»Sucedió pues, que, por instigación de Hackert, tuvo que permitir que se

expusiese al público un gran paisaje que había copiado de la Naturaleza, junto a los cuadros de paisajes y naturalezas muertas de aquél, su maestro. Todos los pintores y aficionados admiraron sinceramente la ejecución franca y esmerada de su obra y elogiaron a Bertoldo. Sólo un hombre de avanzada edad, vestido de manera original, no decía palabra ante los cuadros de Hackert, limitándose a sonreír de un modo significativo en medio de los aplausos y elogios de la multitud. Bertoldo vio claramente cómo el desconocido se detenía ante su paisaje, sacudía la cabeza con aire de profundo pesar y luego se alejaba lentamente. El joven pintor, un tanto engreído por los elogios unánimes que había obtenido, no pudo menos que sentir un secreto despecho hacia el desconocido, y, acercándose a él, le dijo con acento mordaz, recalcando sus palabras:

»—Parece, señor, que no os ha gustado mi cuadro, aunque muchos artistas y conocedores no le han encontrado del todo mal. Os ruego tengáis la bondad de decirme qué es lo que os desagrada para corregir las faltas y, siguiendo vuestros consejos, poder mejorar.

»El desconocido miró de una manera penetrante a Bertoldo y dijo con seriedad:

»—¡Joven, de ti podría esperarse mucho!

»Bertoldo sintió un gran terror ante la mirada y las palabras de aquel hombre; pero no tuvo valor para preguntar más ni para seguirle cuando salió de la sala. Hackert en persona entró poco después y Bertoldo se apresuró a contarle lo que le había sucedido con aquel extraño personaje.

»—¡Ah! —exclamó el maestro sonriendo—; no lo tomes en serio. Es un viejo gruñón que no halla nada a su gusto y todo lo censura. Ya le encontré en la antesala. Ha nacido en Malta de padres griegos, es un sujeto rico y extravagante, no mal pintor, pero todo lo que pinta tiene un aspecto tan fantástico que hay que explicar sus absurdas ideas y locas opiniones acerca del arte y el sistema artístico que ha adoptado y que ni el diablo usaría.

»Sin embargo, aunque Bertoldo sabía dentro de sí que el maltés había puesto el dedo en la secreta herida de su alma, como el cirujano que la sondea para curarla, pronto olvidó esta circunstancia y se puso a trabajar alegremente, como antes.

»El éxito y el triunfo de su primer cuadro le dieron fuerza para ejecutar otro cuadro que hiciera la pareja; el mismo Hackert escogió en los alrededores de Nápoles el sitio más bello, y como el primer paisaje representaba la puesta del sol, decidieron que éste representase el sol naciente. Bertoldo comenzó a pintar muchos y diversos árboles, muchos viñedos y preferentemente niebla y neblinas.

»Una mañana, cuando estaba Bertoldo sentado en una gruesa piedra, en el lugar mismo escogido por Hackert, y acababa de perfilar el gran cuadro, conforme a la Naturaleza, oyó que decían detrás de él:

»—¡Muy exacto, en verdad!

»Bertoldo alzó la vista y el maltés, con la suya fija en su lienzo, continuó diciendo con sonrisa sarcástica:

»—Sólo habéis olvidado una cosa, amigo mío. ¡Mirad allá abajo, la pared cubierta de aquella vid en el último plano! La puerta está entreabierta; sería preciso procurar demostrar esto por medio de una sombra. La puerta entreabierta produce un efecto prodigioso…

»—Hacéis muy mal en burlaros —contestó Bertoldo—. Semejantes menudencias no son tan de despreciar como pensáis, y por eso mi maestro se complace en reproducirlas en sus cuadros. Acordaos del lienzo blanco extendido en el paisaje de aquel antiguo pintor flamenco, y sin el cual no hubiera producido ningún efecto el cuadro. Pero ya veo que no sois amigo de la pintura de paisaje, a la que me he dedicado en cuerpo y alma, así que os suplico que me dejéis acabar tranquilamente mi obra.

»—¡Grande es tu error, joven! —repuso el maltés—. De nuevo te repito que hubieras podido ser un gran artista, porque tus obras manifiestan visiblemente la tendencia a lo ideal, que nunca alcanzarás de seguir ese camino equivocado. ¡Fíjate bien en lo que voy a decirte! Quizá logre encender la llama que duerme en tu interior y que tú con tu ignorancia te obstinas en apagar; entonces a su luz viva podrás ver tu verdadero genio. ¿Me crees tan loco para subordinar el paisaje a la pintura histórica? ¿Crees que no conozco el objetivo único al que se dirigen tanto el paisajista como el pintor histórico? Es tomar de la Naturaleza la manifestación más brillante que revela a todos los seres animados el presentimiento de lo infinito; éste es el sagrado fin del arte. La servil y material imitación de la Naturaleza, ¿puede jamás conducirte a esto? … Qué pobre, qué dura y servil resulta una inscripción en una lengua extraña, cuando el copista no la entiende, y sólo ha reproducido penosamente aquellos caracteres cuyo significado no puede penetrar. Así los paisajes de tu maestro no son más que copias correctas de un original escrito en una lengua extraña. El iniciado percibe la voz de la Naturaleza que se manifiesta en los maravillosos ruidos de los árboles, de los arbustos, de las flores, de los montes, de las aguas y que despiertan en su pecho emociones religiosas y sencillas. Entonces es cuando el espíritu de Dios insufla en su obra sus dones. ¡Joven!, ¿acaso no has experimentado una sensación extraña cuando contemplabas los paisajes de los antiguos maestros? Seguramente en su presencia ya no sólo piensas si las hojas del tejo, del pino o del plátano están pintadas conforme a la Naturaleza, si el agua es más transparente y el cielo más vaporoso, sino que el espíritu que brota del conjunto te eleva a una región ideal donde crees ver una resplandeciente belleza. Así pues, trabaja y esfuérzate en estudiar la Naturaleza, en todo lo que tiene de mecánico, pero no tomes a la técnica por el mismo arte. Únicamente cuando hayas penetrado en el profundo sentido de la Naturaleza verás en tu interior hermosas imágenes en toda su espléndida belleza.

»Calló el maltés, y, mientras Bertoldo, profundamente conmovido, permanecía inmóvil con la cabeza baja, incapaz de articular palabra, se alejó tras estas últimas explicaciones:

—Jamás he tenido el propósito de apartarte de tu vocación, pero sé que un genio

reposa en tu interior, y he querido despertarle con enérgicas palabras para que libremente agite sus alas. ¡Adiós!

A Bertoldo le parecía que el maltés no había hecho sino repetir con palabras lo que hervía en su corazón, y la voz de la conciencia se dejó oír libremente: «¡No! ¡Todos mis esfuerzos, todos mis sufrimientos han sido los pasos engañosos e inciertos de un ciego! ¡Basta ya de todo cuanto me ha deslumbrado!». Ya no le fue posible añadir una sola línea a su dibujo. Abandonó a su maestro y se le vio vagar a la ventura poseído de una salvaje inquietud, suplicando en voz alta que le fuese concedida aquella inteligencia superior de la que había hablado el maltés.

«¡Sólo en sueños era feliz… muy feliz! En ellos era cierto lo que había dicho aquél. Encontrándome tumbado en una verde floresta, respiraba balsámicos aromas y percibía las voces de la Naturaleza que resonaban melódicamente a través del oscuro bosque y decían: “¡Escucha… escucha, joven consagrado! Oye los acentos primitivos de la creación que toman forma para que puedan percibirlos tus sentidos…”. Y conforme oía resonar, cada vez con más claridad, esas voces, me pareció como si naciese en mí un sentido nuevo, gracias al cual comprendía claramente todo lo que hasta entonces me había parecido indescifrable. Como si fueran extraños jeroglíficos, veía dibujarse en el aire los oscuros misterios con rasgos flamígeros; pero este escrito jeroglífico era un extraño paisaje, en el que se agitaban árboles, arbustos, flores, montes y aguas en armonías resonantes».

Mas toda esta felicidad no la sentía el pobre Bertoldo sino en sueños, y luego permanecía aniquilado y deshecho, como cuando en Roma intentó ser pintor de historia. Si se internaba en el bosque sombrío, se apoderaba de él tal terror que, cuando salía y contemplaba las montañas lejanas, sentía su pecho como despedazado por heladas garras; su respiración se detenía y era como si fuera a sucumbir de angustia. Toda la naturaleza, que antes le sonreía tan amigablemente, le parecía ahora un monstruo amenazador, y hasta las voces que oía en el murmullo del viento del atardecer, en el rumor de los arroyos y en el batir de las frondas y los arbustos, que le saludaban con dulces palabras, le parecían ahora amenazadoras y terribles. Finalmente, la benéfica influencia de los deliciosos sueños fue tranquilizándole, aunque ya evitó pasear solo por el campo y, trabando amistad con dos pintores alemanes de carácter alegre, hizo frecuentes excursiones a los más hermosos lugares de las inmediaciones de Nápoles.

Uno de aquellos pintores, a quien llamaremos Florentino, se preocupaba menos de seguir los profundos estudios que exigía su arte que de gozar alegremente de la vida, y así lo mostraba su carpeta, en la que se veían grupos de muchachas campesinas bailando, procesiones y fiestas campestres. Florentino sabía reproducir todo esto con mano ligera y segura.

En todos sus dibujos, aunque fueran sencillos, había vida y movimiento. Añádase a esto que Florentino no era insensible a lo ideal; al contrario, penetraba más hondo que sus compañeros en el sentido simbólico de las antiguas obras maestras. Había

dibujado en su álbum los frescos de una iglesia de Roma, antes de que los muros fuesen demolidos. Representaban el martirio de Santa Catalina. Nada mejor acabado y mejor delineado que aquellos dibujos, que produjeron en Bertoldo una gran impresión. Vio las densas nieblas que le rodeaban iluminarse de repente, y de pronto también comprendió la manera de ver de Florentino, pues éste, aunque muy sensible al encanto de la Naturaleza, tendía principalmente a reproducirla en toda su animación, reconociendo este principio del movimiento como el punto de apoyo en el que debía mantenerse para no desvanecerse en el espacio vacío de lo inanimado.

Mientras Florentino dibujaba con mano veloz los grupos que encontraba, Bertoldo hojeaba el álbum de su amigo y trataba de copiar la maravillosa figura de Santa Catalina, lo que logró bastante bien, aunque hizo vanos esfuerzos, como en Roma, para dar a sus dibujos la vida y animación del original. Se quejó de todo esto a Florentino, a quien creía superior en genialidad artística, y le contó lo que el maltés le había dicho acerca del arte.

»—¡Ay!, amigo Bertoldo —dijo Florentino—, en realidad el maltés tenía razón, y creo que un hermoso paisaje está a la misma altura de las historias sagradas que los antiguos pintores han representado. Pero creo también que lo mejor es hacer familiares los tipos de la naturaleza viviente, que nos son más fáciles de comprender, para iluminarnos en el reino de la noche. Te aconsejo, Bertoldo, que te acostumbres a dibujar figuras para ordenar tus ideas, y todo lo verás más claro.

»Bertoldo hizo lo que le había dicho su amigo y tuvo la sensación de que se disipaban las tinieblas que se cernían sobre su vida.

»«Hacía penosos esfuerzos para ver lo que sucedía en mi interior, pero era como un jeroglífico y los trazos de este jeroglífico tenían la forma de figuras humanas, que aparecían extrañamente entrelazadas para converger en un foco luminoso. Aquel centro de luz era la figura más prodigiosa que jamás había imaginado la fantasía de un pintor; pero en vano me consumía para fijar sus rasgos cuando se me aparecía en sueños, rodeada de rayos celestiales. Todo esfuerzo que hacía para representarla fracasaba, y yo me consumía de ardiente deseo».

«Florentino, dándose cuenta del estado enfermizo en que se encontraba su amigo, le consolaba todo lo mejor que podía. Con frecuencia le decía que estaba a punto de llegar el instante en que brotase la luz; pero Bertoldo continuaba vagando como si fuera un soñador, y todos sus intentos parecían los vagos esfuerzos de un débil niño.

»No lejos de Nápoles hallábase la villa de un duque, desde la cual se gozaba de la magnífica perspectiva del mar y del Vesubio, por lo que permanecía abierta a disposición de los artistas que pintaban paisajes. Bertoldo había ido allí muchas veces a trabajar y con frecuencia se detenía en una gruta del parque, entregado al juego fantástico de su fantasía. Un día que estaba sentado en aquel lugar, desgarrado su pecho por el intenso deseo que le consumía, derramando ardientes lágrimas y pidiendo al Cielo que una estrella le iluminase su oscuro camino, oyó un rumor entre el ramaje y apareció ante su vista, a la entrada de la gruta, una mujer de belleza

extraordinaria.

»«Los rayos del sol iluminaban su rostro celestial. Me miró con una mirada indescriptible… Era Santa Catalina… no, más que ella… era mi ideal, ¡mi ideal! ¡Loco y extático caí de rodillas, y la figura desapareció, sonriéndome plácidamente!».

«Florentino entró en la gruta y con sorpresa vio que Bertoldo salía al encuentro y le estrechó contra su corazón. Derramaban sus ojos abundantes lágrimas y balbució:

»—¡Amigo… amigo mío! ¡Soy feliz, feliz! ¡La he encontrado… la he encontrado!

»Se encaminó al taller presuroso e instaló el lienzo y comenzó a pintar. Como animado por una fuerza divina dio vida intensa a la sobrenatural mujer, tal como se le había aparecido.

»Desde aquel momento todo cambió en su interior. En lugar de aquella tristeza, que le había consumido, recuperó la alegría y el bienestar. Volvió a estudiar con aplicación y energía las obras de los antiguos maestros. Terminó muchas copias a la perfección y en seguida comenzó a pintar cuadros de su invención, que llenaron de asombro a los buenos conocedores. Ya no volvió a pensar más en paisajes, y el mismo Hackert confesó que el joven había encontrado su camino. Sucedió entonces que se le encargó que pintase muchos retablos para las iglesias y otras importantes obras. Lo que con mayor frecuencia escogía eran asuntos graciosos de las leyendas cristianas, pero sobre todo trataba de reproducir la maravillosa figura de su ideal. Viose que ésta era semejante en su semblante y en su figura a la princesa Angela T., y empezaron a suponer que el joven pintor estaba enamorado de la mirada de fuego de la hermosa mujer. Bertoldo se enojaba al oír los necios comentarios de las gentes que se obstinaban en rebajar lo celeste al nivel de lo terreno.

»—Pero ¿podéis suponer —les decía— que en la tierra se encuentre un ser semejante? Yo la he visto en una aparición, en una visión maravillosa que tuve; fue un momento de inspiración artística.

»Bertoldo vivía feliz y satisfecho hasta que las victorias de Bonaparte en Italia condujeron al ejército francés a las puertas de Nápoles y, cuando la revolución destructora estalló, todas las cosas cambiaron. El rey y la reina habían salido de Nápoles y la ciudad fue entregada, pues el vicario general concluyó con el general francés una capitulación vergonzosa, y pronto se vio llegar a los comisarios franceses para cobrar la suma estipulada como contribución de guerra. El vicario general se apresuró a huir del furor del pueblo que le acusaba de traición por haber entregado a sus enemigos la ciudad, que le había sido confiada. Se aflojaron todos los lazos y en la más salvaje anarquía el pueblo vituperó el orden y la ley. Al grito de ¡Viva la Santa Fede!, pandillas de asesinos iban a atacar las casas de los patricios, que imaginaban haberse vendido al enemigo, saqueándolas e incendiándolas. Fueron vanos los esfuerzos de Moliterno y Rocca Romana, que gozaban del afecto del pueblo, para detener los excesos de los más furiosos. Los duques della Torre y Clemente Filomarino fueron asesinados, pero esto no bastó para calmar la sed de sangre de la

plebe furiosa.

»Bertoldo había escapado a medio vestir de su casa incendiada y por el camino topó con un tropel numeroso de gente que se dirigía con antorchas encendidas y brillantes cuchillos al palacio del conde de T. Tomándole por uno de los suyos, aquellos seres enloquecidos le arrastraron, mientras gritaban: ¡Viva la Santa Fede! Un momento después el conde, sus criados y todos los que habían intentado oponer resistencia yacían asesinados, mientras el palacio era presa de las llamas.

»Bertoldo había sido arrastrado, siempre hacia delante; un denso humo invadía los corredores… trató de huir atravesando aposentos diferentes sin hallar una salida.

»De pronto, un penetrante grito de angustia llegó a sus oídos. Se precipitó en la sala y vio a una mujer luchando con un *lazzarone*, que se había apoderado de ella y se disponía a apuñalarla en el pecho. ¡Era la princesa… el ideal de Bertoldo! Inmóvil de terror Bertoldo, de pronto se lanzó contra el *lazzarone*, le asió por el cuello y le derribó al suelo, donde le clavó su propio puñal. Con la princesa en brazos, atravesó huyendo la sala en llamas, bajó las escaleras, corrió a través de la espesa multitud… ¡y todo en un instante!

»Nadie se ocupó en detener a Bertoldo, que corría con el puñal ensangrentado en la mano, ennegrecido el rostro por el humo, con los vestidos rotos, pues le tomaban por un asesino y un saqueador y le dejaban que se llevase su botín. A llegar a un lugar desierto de la ciudad, bajo unas antiguas ruinas donde instintivamente corrió a buscar refugio, Bertoldo cayó sin sentido. Cuando volvió en sí, la princesa estaba arrodillada a su lado, lavándole la frente con agua fresca.

»—¡Oh, gracias! —decía ella—. ¡Gracias a Dios que te vuelve a la vida, tú, mi salvador, mi todo!

»Bertoldo, incorporándose, creía soñar; miró fijamente a la princesa… Sí, era ella, la misma; aquella maravillosa figura celestial que había encendido la chispa divina en su pecho.

»—¿Es posible? ¿Es cierto? ¿Estoy vivo? —exclamó.

»—Sí, vives —dijo la princesa—, vives para mí; lo que no te atreviste a esperar, sucede ahora gracias a un milagro. ¡Oh! te conozco muy bien, eres el pintor alemán Bertoldo. Siempre me has amado y me has reproducido magníficamente en tus hermosos cuadros… ¿Cómo hubiera podido entonces ser tuya? Pero ahora lo seré para siempre. ¡Huyamos, huyamos!

»Una sensación extraña se apoderó de Bertoldo al oír las palabras de la princesa, como si un repentino dolor aniquilara sus más dulces sueños. Pero cuando la maravillosa mujer le estrechó con sus brazos, blancos como la nieve, y le atrajo apasionadamente contra su corazón, entonces, sobrecogido de un estremecimiento de felicidad desconocida, y loco de placer, exclamó:

»—¡Ah, no es una ilusión, no! ¡Es mi esposa a quien abrazo, y ya nunca me separaré de ella, que viene a colmar los ardientes deseos de mi corazón!

»Era imposible salir de la ciudad pues el ejército francés la rodeaba. El pueblo,

apenas armado y sin ningún jefe, la defendió sin embargo durante dos días enteros. Bertoldo, yendo de escondrijo en escondrijo con Ángela, logró al fin huir de la ciudad. La princesa, movida del amor más ardiente hacia su salvador, no vacilaba en dejar Italia. Así su familia la daría por muerta y ella permanecería con Bertoldo. Un collar de brillantes y algunos anillos costosos que llevaba les proporcionaron lo más necesario en Roma, adonde habían ido peregrinando, y desde allí pudieron llegar felizmente a M. en la Alemania del Sur, donde Bertoldo pensaba establecerse y vivir de su arte. ¿No era para él una inaudita e inimaginable felicidad verse esposo de Ángela, aquella celestial mujer, el ideal de sus sueños de artista, después de que tantas circunstancias de la vida parecían oponerse como un muro siempre inseparable entre él y su amada? Bertoldo apenas podía resistir tanta felicidad y permanecía inmerso en aquella delicia amorosa, hasta que al fin una voz secreta, pero muy imperiosa, le recordó que debía volver a pensar en su arte. En M. resolvió cobrar fama pintando un gran cuadro, que destinaba a la iglesia de Santa María de aquel lugar.

»Concibió un plan muy sencillo: la Virgen y Santa Isabel, sentadas sobre la hierba en un bello jardín; el Niño Jesús y San Juan, jugando delante de ellos. Esto era el cuadro. Pero en vano trató de lograr una impresión espiritual del conjunto. Igual que en aquella época desdichada de sus crisis, se le desvanecían las figuras, y, en vez de la Virgen divina, sólo veía a Ángela desfigurada de un modo horrible. Esperaba, sin embargo, triunfar del siniestro poder que le tenía encadenado. Preparó los colores y comenzó a pintar, pero había perdido las fuerzas y todos sus ensayos fueron inútiles; parecía un niño incapaz, impotente. Todo lo que pintaba era frío e inanimado, incluso la misma Ángela… Ángela, su ideal, parecía en el lienzo una figura de cera, lúgubre, que le miraba tristemente con ojos de vidrio. Entonces sintió que una negra melancolía se apoderaba de él y le robaba el gozo de la vida. No podía, no quería seguir trabajando, así es que pronto cayó en la miseria más completa, que le humillaba aún más, porque Ángela no dejaba oír una sola palabra de queja.

»“Esta impotencia funesta me llenaba de rabia y llegó a ponerme en un estado próximo a la locura. Mi esposa me dio un hijo, que acabó por aumentar la desventura en que estaba, y toda la escondida furia que había en mi interior se manifestó entonces con la violencia de un odio feroz. ¡Ella, sólo ella era la causa de mi desgracia! ¡No, no era el ideal que se me había aparecido! Ángela se me apareció, para perderme para siempre, con el semblante y la figura de aquella mujer celestial. En mi salvaje desesperación la maldije y también al inocente niño. Les deseé la muerte para verme libre del tormento que me afligía, y que atravesaba mi pecho como cuchillos ardientes. Pensamientos infernales se apoderaron de mí. En vano leí en el semblante pálido de Ángela, en sus lágrimas, el espanto que le producía mi conducta criminal. «Has destrozado mi vida, mujer maldita», exclamé con rabia, derribándola al suelo con el pie, donde quedó medio desmayada abrazando mis rodillas”.

»La conducta cruel y frenética de Bertoldo, respecto a su mujer y su hijo, llamó la atención de los vecinos, que le denunciaron a la autoridad. Quisieron prenderle, pero cuando los agentes de policía se presentaron en su domicilio, había desaparecido con su mujer y el niño. Volvió a ser visto en N., en la Alta Silesia; ya no llevaba consigo a la mujer y al hijo, y entonces comenzó a pintar lleno de entusiasmo el cuadro que no había podido terminar en M. Pero sólo pudo concluir el rostro de la Virgen María y del Niño Jesús, pues se vio atacado de una enfermedad que le puso al borde de la muerte. Para sufragar sus necesidades se vendieron todos los efectos y hasta aquel cuadro empezado. Apenas se sintió con algunas fuerzas se fue solo, como un mendigo enfermo y despojado de todo. Y así es como continúa viviendo, alimentándose miserablemente por medio de la pintura de paredes que le encargan aquí y allá.

—Esa historia de Bertoldo es algo espantosa y horrible —le dije al profesor, y, aunque sea aventurado afirmarlo, creo que es el vil asesino de su mujer y de su hijo.

—Es un loco y un pobre diablo —repuso el profesor—, pero no le creo capaz de una acción semejante. Jamás se ha aclarado nada acerca de este punto, y aún es cuestión de saber si él mismo cree ser el autor de la muerte de su esposa y de su hijo; ahora está pintando imitaciones de mármol, la próxima noche terminará el altar; entonces quizá sea una buena ocasión para que le preguntéis algo acerca de este punto delicado.

Confesaré con franqueza que la idea de volver a hallarme a solas en la iglesia con Bertoldo y a medianoche, ahora que sabía su historia, hizo que un estremecimiento recorriese todos mis miembros. Pensé que podía tener relación con el diablo, y que, no obstante su amabilidad y buen carácter, era preferible que hablase con él a la luz del sol.

Le hallé subido a su gran andamio, con aspecto sombrío y trazando en la pared vetas para imitar el mármol. Subí junto a él y en silencio le alargué los botes de color. Asombrado se volvió hacia mí y entonces le dije:

—Soy vuestro aprendiz.

Por lo que se sonrió. Entonces empecé a hablarle de su vida, de forma que notase que estaba enterado de todo, aunque vi que él mismo creía haberme contado su historia la noche última. Poco a poco llegué a la horrible catástrofe, y entonces le dije de repente:

—¿Fue en un ataque de locura furiosa cuando matasteis a vuestra mujer y a vuestro hijo?

Al oír estas palabras dejó caer el pincel y el bote y gritó, fijando en mí una mirada horrible y con las manos levantadas al aire:

—¡Estas manos están limpias de la sangre de mi mujer y de mi hijo! ¡Una palabra más y me tiro con vos desde aquí arriba, para que nuestros cráneos se estrellen contra las losas de la iglesia!

En aquel instante me encontré en una situación extraña, tuve la sensación de estar

ante algo desconocido.

—¡Ah, mirad, amigo Bertoldo —le dije con toda la sangre fría y tranquilidad de que fui capaz—, cómo está corriéndose ese amarillo ocre pared abajo!

Volvió la cabeza y, mientras recogía el color con un grueso pincel, descendí a escondidas del andamio, abandoné la iglesia y me dirigí a la casa del profesor, que se burló de mi indiscreta curiosidad.

Como mi coche ya estaba reparado, abandoné G. no sin que Aloysius Walter me prometiese seriamente hacerme saber todo lo que le sucediese desde ahora en adelante al pintor Bertoldo.

Debía de haber pasado ya medio año cuando recibí una carta de aquél, en la que se extendía sobre su satisfacción acerca de nuestro encuentro en G. Con respecto a Bertoldo me informaba de lo siguiente: «Poco después de vuestra marcha, nuestro original artista se mostró más extraño que nunca. De pronto se apoderó de él una gran alegría y terminó con prodigiosa habilidad el gran cuadro del altar que llena de admiración a todos los que lo contemplan. Luego desapareció, y, como no se había llevado nada consigo y algunos días después se hallase su sombrero y su bastón a orillas del río O., todos creemos que murió de muerte voluntaria».

El mayorazgo

Das Majorat (1817)[62]

I

En las orillas solitarias de un lago del Norte se ven todavía las ruinas de una antigua finca que lleva el nombre de R… Unos áridos brezales la rodean por entero; cierran el horizonte por uno de sus lados las aguas tranquilas y profundas, y por el otro un bosque de pinos que cuentan siglos remeda en medio de la niebla unos brazos negros de espectros. Un cielo siempre enlutado cobija como únicos moradores unos pájaros de fúnebre aspecto. A un cuarto de hora del camino, cambia de pronto la decoración: surge una aldea risueña en medio de unos prados salpicados de flores; y en un extremo de esta aldea, no lejos de la mancha verde de un bosque de alisos los vecinos señalan al viajero los cimientos de un castillo que uno de los señores de R… proyectaba levantar en aquel oasis la naturaleza pródiga. Quizá poco dispuesto a compartir con los mochuelos el caserón familiar, el barón Roderich de R… no se preocupó de continuar la construcción de la mansión de recreo comenzada por sus antecesores. Se había limitado a llevar a cabo alguna reparación en los puntos más castigados, para encastillarse en la antigua finca con un grupo de servidores, no menos taciturnos que él, y mataba el tiempo recorriendo a caballo las orillas del lago; raramente se le veía en la aldea de sus vasallos, de manera que su nombre había pasado a ser una especie de «coco» para asustar a los chicos. Había mandado disponer por encima de la atalaya, una especie de azotea provista con todo el instrumental de astronomía conocido hasta aquella fecha, y allí se pasaba a veces días y noches enteros, en compañía de un intendente, que compartía todas sus extravagancias.

En la comarca le atribuían extensos conocimientos en artes mágicas, y algunos llegaban a afirmar que le habían expulsado de Curlandia por haberse permitido sin reboso tener relaciones ilícitas con el espíritu maligno.

Sentía Roderich por el caserón de los suyos un afecto supersticioso; para restablecer su importancia feudal se decidió a erigirlo en mayorazgo. Pero, ni si hijo Huberto, ni el actual poseedor de la primogenitura, que se llamaba Roderich como su abuelo, compartían las ideas de su pariente y habían arraigado en sus dominios de Curlandia, donde la vida era más llevadera y no tan sombría. El barón Roderirch daba hospitalidad a dos hermanas de su padre, venerables ruinas de la más rancia nobleza. Las cocinas ocupaban la planta baja; una especie de palomar destartalado daba abrigo a un montero casi inválido, que hacía las veces de guardián, y los servidores restantes habitaban en la aldea con el señor intendente. Todos los años, a fines de otoño, el castillo salía del silencio lúgubre que pesaba sobre él como una mortaja, y vibraban los viejos muros al ladrido de las jaurías. Las amistades del barón Roderich festejaban alegremente las cacerías en que se les ponían a tiro lobos y jabalíes. Hasta seis semanas se prolongaban las partidas, y durante este tiempo el mayorazgo se

convertía en posada pródiga para todos. De ningún modo descuidaba el Barón su señorío y asesorado por el abogado V… administraba justicia a sus vasallos. De generación en generación, la misma familia se había encargado de los asuntos legales de R…

En el año 179…, el digno abogado, cuya cabeza entrecana contaba ya más de sesenta inviernos, me dijo un día con una sonrisa sutilmente irónica: —Primo— yo era sobrino segundo del abogado, pero me llamaba primo por el hecho de llevar ambos el mismo nombre de pila—, me siento tentado a llevarte a R… El viento Norte, el grato frescor de las aguas y las heladas tempranas comunicarán a tus órganos algo del vigor que necesitas para consolidar tu salud. Allá podrás prestarme más de un servicio en la redacción de las actas que van amontonándose, y tendrás para distraerte los cotos de caza—. Sabe Dios cómo me llenó de júbilo la proposición de mi tío-abuelo. Al día siguiente corríamos en una berlina, bien equipados, y con buenos abrigos de pieles, a través de una comarca cuyo carácter agreste se acentuaba cuanto más nos acercábamos al lado Norte, entre nieves y bosques de pinos interminables. Para hacerme el viaje más agradable, mi tío me contaba anécdotas de la vida del barón Roderich —el fundador del mayorazgo—. Sirviéndose de pintorescas figuras, me ponía en el secreto de los hábitos y de las aventuras del viejo señor de R… y se lamentaba de que ese gusto por la vida agreste llegara a absorber toda la inteligencia del heredero actual, un joven que era antes de carácter más bien amable, y de naturaleza enclenque. Me manifestó, por lo demás, que me encontraría muy a mis anchas en el castillo, y acabó describiendo las habitaciones a ambos destinadas, que daban por un lado a la antigua sala de las audiencias de los señores del castillo y por el otro a la habitación de las dos damas a que antes me he referido.

Era ya noche cerrada cuando llegamos al territorio de R… La aldea estaba de fiesta; resonaba la música en la casa del intendente, iluminada de arriba abajo, y la única posada rebosaba de gozosos convidados. Y volvimos a emprender el viaje por la carretera ya casi intransitable a causa de la nieve que la cubría. Un cierzo helado rizaba las aguas del lago y hacía crujir el ramaje de los pinos con ruido siniestro y la silueta del caserón, con los rastrillos echados, se recortaba en negro en medio de una especie de mar de niebla. Reinaba en el interior un silencio de muerte y no asomaba ni un rayo de luz a las ventanas, que más bien parecían troneras.

—¡Ea! ¡Franz! ¡Franz! —gritaba mi tío-abuelo—. ¡Levántate! Nos cae encima la nieve y nos iría muy bien un buen fuego.

Un perro guardián fue el primero en responder a nuestra llamada, y hasta al cabo de un rato no se oyó ningún indicio de vida humana en el interior; los reflejos de una antorcha agitaron las sombras, rechinaron pesadamente en la cerradura unas toscas llaves, y el viejo Franz nos dirigió un: —¡Buenas noches, señor letrado! ¡Bienvenido! … Pero ¡qué tiempo del demonio!—. Con una mala librea, que parecía bailar sobre su cuerpo mísero, mal calzado, nos daba la bienvenida una figura de las más cómicas. Impresa en sus arrugadas facciones se veía una sumisión embobada, y su oficioso

recibimiento llegaba casi a hacer olvidar su fealdad—. Mi digno señor —dijo—, nada tenemos a punto para recibir a usted; hiela en los cuartos, no están puestas las camas y, además, el viento hace sonar sus esquilas de Levante a Poniente a través de los cristales rotos. Ni con la lumbre encendida se puede soportar. Y tú viejo pícaro —exclamó mi tío, sacudiendo la nieve de su abrigo de pieles—, ¿no podrías, ya que eres el guardián de esta casa, velar por la reparación de lo que esté averiado? Dices, tan desenvuelto, que mi cuarto está inhabitable.

—Casi, casi —respondió Franz, haciendo una reverencia hasta el suelo en correspondencia a mi estornudo—. El cuarto del señor abogado se encuentra a estas horas sembrado de escombros. Hace tres días que se hundió el pavimento de la sala de audiencias a consecuencia de una sacudida imponente. —Mi tío se disponía a lanzar una exclamación de asombro, pero se refrenó y volviéndose a mí y calándose más hondo el casquete de piel de zorro—: Primo —me dijo—, veremos de arreglarnos como se pueda. En principio, procuremos evitar las preguntas que se refieran a este maldito castillo, porque serían capaces de innovarnos cosas mil veces más desesperadoras. Veamos —insistió dirigiéndose a Franz—. ¿No podrá habilitarnos otro cuarto?

—Nos hemos adelantado a lo que el señor pide —replicó con vivacidad el viejo servidor; y abriendo él la marcha, nos llevó, por una escalerilla de caracol a una larga galería, iluminada por una sola antorcha que prestaba formas fantásticas a los objetos más comunes. Al llegar al cabo de la galería, que se ramificaba en múltiples ángulos, nos guió a través de varias salas, húmedas, sin un mueble, y abriendo una última puerta nos introdujo en un salón, en cuya chimenea ardía un generoso fuego. La vista de las llamas me confortaba, y mi tío paseaba alrededor una mirada en la que se agitaba algo inquietante.

—¿Es ésta la sala que en lo sucesivo ha de servir para las recepciones? —Franz adelantó unos pasos hacia uno de los ángulos del salón, y a la luz de la antorcha que llevaba, distinguí sobre la pared un rastro blanco, alto y ancho, que por sus proporciones parecía una puerta tapiada.

Luego Franz se afanó en preparar lo que necesitábamos. Puso la mesa, muy diligente, y después de una cena reparadora, mi tío preparó un ponche caliente que bebido hasta la última gota había de proporcionarnos un largo y reposado sueño. Franz, una vez terminado su servicio se retiró discretamente. La luz de dos velas y las llamas que se extinguían en la chimenea prodigaban los más caprichosos reflejos en la decoración gótica de la sala. Adornaban las paredes unos cuadros que representaban cacerías o escenas de guerra, y los parpadeos de las llamas parecían dar movimiento de vida a los personajes de aquellos cuadros. Noté unos retratos de familia, de tamaño natural, que seguramente perpetuaban los rasgos de los miembros más significados de la estirpe de los señores feudales de R… Las viejas arcas y arquimesas adosadas a las paredes, que los años habían patinado, daban todavía más carácter a la mancha blanca cuyo aspecto me había sorprendido. Sencillamente,

supuse que había existido allí una puerta de comunicación, que más tarde había sido tapiada, sin que cuidara nadie de disimular aquella labor de albañil echando encima una capa de pintura que correspondiera con el decorado de la sala. Bastante ocupada estaba mi imaginación, y más que la realidad vivía unos sueños heterogéneos. Poblaba el castillo de apariciones por encima de lo natural, creándome un ambiente de miedo. Hasta que la casualidad o la oportunidad quisieron que, echando mano a mi bolsillo, diera con un libro que era en aquel entonces el inseparable de la juventud —me refiero al «Visionario»—. Esta lectura estimuló con creces la actividad de mi imaginación. Engolfado en un medio alucinante motivado por las escenas que en la lectura pasaban por mis ojos, me pareció oír unos pasos ágiles, que atravesaban la sala. Azuzando el oído percibo un sordo gemido, que cesa de pronto, para volverse a oír inmediatamente. Diríase que alguien escarba en el muro detrás de la mancha blanca parecida a una puerta tapiada. No hay duda, allí detrás está encerrado algún mísero viviente. Voy a golpear el suelo con el pie y cesará el ruido o bien el cautivo dará señales de vida… ¡Oh, terror! No cesan de escarbar con verdadera furia… Aparte de este ruido, todo permanece en silencio, la sangre parece helarse en mis venas y me asedian las ideas más incoherentes. Estoy como clavado en la silla —no me atrevo a moverme— cuando la garra misteriosa deja por fin de escarbar y vuelven a oírse los pasos. Me levanto, como impulsado por un resorte, y sin más luz que la de una antorcha a punto de extinguirse, ando hacia el extremo de la habitación. De pronto siento una corriente de aire helado en las mejillas, y en el mismo instante asoma la Luna por detrás de la nube, y veo iluminarse temblorosamente el retrato de un hombre en pie, de cara repulsiva, y me rodean unas voces, que no son como las de la tierra, murmurando estas palabras muy parecidas al sollozo:

—¡No adelantes un paso más! ¡Vas a caer en el abismo del mundo invisible! La sala se estremece con el ruido de una puerta que se cierra con violencia y oigo unos pasos que corren a lo largo de la galería, y luego, abajo, las herraduras de unos caballos que hieren las baldosas del patio. Se ha levantado el rastrillo… Sale alguien, y a poco vuelve a entrar… ¿Es realidad o un sueño de mi espíritu en delirio? Mientras estoy bregando con mis dudas, oigo a mi tío que suspira en el cuarto inmediato. ¿Se habrá despertado? Con el candelabro en la mano entro en su cuarto. Estaba revolviéndose contra la congoja de un sueño cruel; le estrecho la mano para que despierte, y da un grito ahogado, pero me reconoce en seguida. —Gracias, primo —me dice—. Tenía una terrible pesadilla, en la que figuraba este aposento mezclado a unos viejos sucesos que en él he vivido. Pero ¡bah!… Volveré a probar si me duermo, y será mejor—. Con estas palabras se arropó bien, se subió el embozo hasta cubrirse la cara, y en efecto me pareció que conciliaba nuevamente el sueño. Pero, apenas hube apagado las candelas y me hube vuelto a mi exigua cama, oí que mi digno tío murmuraba en voz baja unas plegarias, y maquinalmente hice como él.

Al día siguiente nos levantamos muy temprano y entramos en funciones. Hacia el mediodía nos hicimos anunciar a las dos damas. La antesala fue larga. Una anciana

jorobada con un vestido de seda de color de hoja seca nos acompañó a sus habitaciones. Las dos castellanas que vestían a la moda de antaño, me miraban con un pasmo tan cómico que estuve a punto de echarme a reír en sus barbas; pero mi tío se apresuró a decirles con su jovialidad habitual que yo era un joven versado en Leyes que estaría de temporada en R… La faz de aquellas dos antiguallas femeninas se alargó de tal modo que hacía sospechar que no confiaban mucho en mi porvenir profesional. En resumen la visita no me satisfizo gran cosa. Agitado por los incidentes que me habían ocurrido en la noche anterior, creía recordar a una bruja disfrazada de oropeles, como los que daban a las damas de R… un aspecto de gonfalones. Sus figuras, macilentas, sus, ojillos bordeados de un rojo de sangre, su nariz puntiaguda y su acento gangoso, únicamente podían pertenecer lógicamente a unos seres escapados de otro mundo.

Llegó el ocaso de esta primera jornada. Sentados ambos en el cuarto de mi pariente, con las piernas cruzadas, y calentándonos los pies al amor de la lumbre, me preguntó mi tío, el excelente abogado: —¿Qué diablo te tiene embrujado desde ayer? No te apetecen ni comida ni bebida, y pones una cara que pareces un sepulturero…

Me creí en el deber de confesarle lo que causaba mi malestar. A medida que le hablaba, la seriedad de su rostro iba en aumento.

—¡Qué rareza! —me dijo—. Todo lo que me estás contando lo he visto yo en sueños la noche pasada. He visto un inquietante fantasma que entraba en tu cuarto, que se arrastraba hasta la puerta tapiada, y que rascaba en ella con tal furor que sus dedos quedaban desgarrados; y luego bajó al patio, mandó ensillar un caballo de la cuadra, y lo volvió al establo al poco rato. Hasta que no volví en mí no logré vencer el íntimo horror que nace hasta de los más insignificantes tratos con el mundo invisible.

No me atrevía a hacer ciertas preguntas al anciano. Y él me dijo: —¿Tendrás bastante valor para esperar a mi lado, con los ojos abiertos, la próxima visita del fantasma?

Sin vacilar acepté la idea.

—Pues, bien, aguardemos la noche —concluyó—. Tengo fe en la buena intención que me impulsa a luchar contra el genio adverso a este castillo. Sea cual fuere el éxito de mi propósito quiero que participes tú también de lo que pueda acontecer para que des testimonio de ello, y espero con la ayuda de Dios quebrantar el hechizo que mantiene alejados de esta finca a los herederos de R… Si sucumbiera en la empresa me quedará, por lo menos, la satisfacción de inmolarme a esta buena intención. Y en cuanto a ti, primo mío, ningún peligro te amenaza en lo que suceda. El espíritu del mal no podrá nada contra ti.

Franz nos atendió como el día anterior. Nos regaló con una cena excelente y un buen jarro de ponche, y se retiró luego. Una vez solos vimos en el cielo la luna llena en todo su esplendor; oíamos silbar el viento en torbellinos por encima de los bosques, y de minuto en minuto las vidrieras parecían dar quejas removidas en sus

marcos de plomo. Mi tío había puesto sobre la mesa su reloj de repetición. Al dar las doce… la puerta se abrió con estrépito, y volvieron a oírse los pasos que rozaban el pavimento, como la noche anterior. Mi tío palideció, pero, sin ceder a la flaqueza, se levantó y se volvió hacia el lado de donde procedía el ruido, con el brazo izquierdo apoyado en la cadera, y extendiendo la mano derecha en actitud heroica. Al roce de los pasos se mezclaban ahora unos sollozos, y luego se oyó rascar con fuerza contra la puerta tapiada. Mi tío se adelantó y llamó en voz alta: —¡Daniel! ¡Daniel! ¿Qué haces a estas horas?—. Respondió a la llamada un gran lamento, seguido de la caída de un cuerpo pesado—. ¡Pide gracia al pie del trono de Dios! —exclamó mi tío con un acento cada vez más animado—. Y si el Señor no te perdona sal de estos lugares donde no hay sitio para ti.

Hubiera dicho que un gemido prolongado se perdía afuera mezclándose a los murmullos del viento. Mi tío volvió pausadamente a su sillón cerca de la lumbre. Tenía un no sé qué de iluminado, con los ojos centelleantes como ascuas, y con las manos juntas y la mirada puesta en alto, parecía orar. Después de un breve silencio me dijo: —Ea, primo, ¿qué te parece de todo lo que va sucediendo?—. Dominado por el terror y el respeto, me arrodillé ante el anciano y cubrí sus manos de lágrimas. Me dio un fuerte abrazo y añadió: —Ahora a descansar. Se ha restablecido la calma—. Y tenía razón; nada más turbó las noches, y en los días que siguieron conseguí volver a experimentar lo que es la franca alegría en la cual más de una vez pagaban la fiesta las ancianas baronesas con sus ridiculeces, si bien, por lo demás, eran bastante buenas personas.

A poco de instalarnos en R… llegó nada menos que el mismo barón Roderich acompañado de su esposa, y llegó con ellos la servidumbre precisa para la época de las cacerías. Acudieron en gran número los invitados y el castillo parecía adquirir una fisonomía festiva, muy diferente de sus trazas en el resto del año. El Barón vino a saludamos, contrariado al parecer en los primeros momentos a causa del cambio de cuarto a que hubiera de verse obligado el señor abogado de V. Al poner los ojos en la puerta tapiada su semblante se puso sombrío y se pasó la mano por la frente como para ahuyentar un penoso recuerdo. Increpó severamente al pobre Franz porque nos había destinado unas habitaciones tan destartaladas, y rogó a mi tío que mandara y dispusiera de todo el castillo, como si estuviera en su casa. Me di cuenta de que los modales del Barón para con su abogado no solamente eran muy corteses, sino que iban entreverados de señales de un respeto casi filial, que podía hacer suponer entre ambos relaciones más íntimas que las que apreciaba la gente. A mí no alcanzaban esas demostraciones de cordialidad; el Barón me trataba con creciente altanería, y estoy seguro que, a no ser por la intervención tutelar de mi pariente, nuestro desacuerdo se habría traducido en alguna escena de acrimonia, y aún de violencia.

La esposa del barón Roderich de R… me había causado desde buen principio una impresión que no dejaba de contribuir a que yo soportara con paciencia las asperezas del castellano. Serafina resultaba un delicioso contraste con sus dos ancianas

parientas, que ya empezaban a acabarme la paciencia. Su belleza, realzada por todas las seducciones propias de la juventud tenía un sello de idealidad sorprendente. Me pareció un ángel de luz, más poderoso que cualquier exorcismo para echar fuera a los genios malignos que rondaban el castillo. La primera vez que la adorable criatura tuvo a bien dirigirme la palabra fue para preguntarme cómo me iba la sombría soledad de R… Me sobrecogieron de tal manera el encanto de su voz y la celeste melancolía de sus ojos de ensueño, que no hallé más respuesta que unos monosílabos incoherentes. Debí parecerle el más tímido y el más torpe de los adolescentes. Las viejas tías, convencidas de mis cortos alcances, se propusieron encomendarme a las bondades de la dama; lo hicieron con una oficiosidad tan cargada de orgullo, que no pude menos que dedicarles algunos cumplidos que rayaban en sarcasmo. Desde aquel día vino a unirse a la pena que me hacía sentir mi posición de inferioridad, el calor de una pasión; por muy convencido que estuviera de la locura de un sentimiento tal, me era imposible resistirle y pronto se convirtió en una especie de delirio. Durante mis largos insomnios llamaba a Serafina en los transportes de la desesperación. Una noche mi tío despertó sobresaltado al oír mis monólogos extravagantes.

—Primo, ¿has perdido el seso? Si te agrada tienes el día para sentirte enamorado —me gritó desde su cama—. La noche es para dormir.

Lo que yo temía era que mi tío hubiera oído el nombre de Serafina escapar de mis labios, y que me echara una seria reprimenda; pero su conducta en el caso fue de lo más reservado y discreto.

Al día siguiente, cuando entramos en la sala donde estaban reunidos todos para la audiencia de justicia, dijo en voz alta: —Quisiera Dios que todos y cada uno sepan velar con prudencia sobre sí mismos—. Y, como yo me sentara a su lado, se inclinó hacia mí y añadió: —Primo, procura escribir sin que se turbe el pulso para que yo pueda descifrar, sin estropearme la vista, tus garrapatos judiciales.

Mi tío se sentaba a la mesa a la derecha de la bella Baronesa, y no dejaba de despertar celos en algunos esta preferencia. Yo, según se presentara la oportunidad, iba de un lado a otro entre el cuadro de convidados, que solía componerse de oficiales, de la guarnición vecina, que nos ponían a prueba en las proezas de la bebida y de la charla. Durante una cena, la casualidad me acercó a Serafina, de la que siempre me había mantenido a distancia; yo acababa de ofrecer el brazo a su dama de compañía para pasar al comedor, cuando al volvernos para los saludos de rúbrica me di cuenta, con grato sobresalto, de que estaba cerca de la Baronesa. Con una dulce mirada me permitió que me sentara a su lado, y durante la cena, que dejé casi intacta, entré únicamente en conversación con la dama de compañía, pero todo lo que se me ocurría de delicado y de amable se dirigía a la Baronesa y a ella iban también mis miradas. Después de la cena, al hacer Serafina los honores de la sala, se acercó a mí, y como el primer día, con la misma graciosa afabilidad, me preguntó si la estancia en el castillo me era agradable. Le respondí, lo mejor que supe, que al principio aquel agreste lugar me había parecido más bien enojoso, pero el aspecto había cambiado

desde la llegada del señor Barón; y que, si valía mi voto, únicamente suplicaría que se me excusara de tomar parte en las partidas de caza.

—Creo haber oído decir —observó la Baronesa— que es usted músico y que escribe versos. A mí las artes me agradan con pasión y he logrado algún resultado en el arpa; pero es un placer del que me veo privada porque a mi marido le desagrada la música. —Me apresuré a replicar que la señora Baronesa podría permitirse el gusto de dedicarse a la música durante las largas partidas de caza de su marido. Era imposible que entre el mobiliario del castillo no se escondiera algún instrumento de música. No le valió a la señorita Adelaida, la dama de compañía, jurar que nadie recordaba que jamás hubiera resonado en R… otra música que la de los cuernos de caza y los ladridos de las jaurías. Yo insistía en mi idea cuando acertó a pasar Franz.

—He aquí el último hombre, que yo sepa —exclamó la señorita Adelaida—, capaz de dar una solución atinada a los asuntos más embarazosos; desafío a quien le haga pronunciar la palabra: «imposible».

Le llamamos.

El bonachón de Franz, después de haber dado mil vueltas entre los dedos a su gorro, acabó por recordar que la esposa del señor Intendente, que vivía en la aldea vecina, tenía un clave con el que en otro tiempo se acompañaba para cantar con acento tan patético que al oírla no había quien no llorara como si se hubiera frotado los ojos con una corteza de cebolla.

—¡Un clave! ¡Tendremos un clave! —exclamó la señorita Adelaida.

—Sí —dijo Franz—, pero sufrió un percance; el organista de la aldea quiso ensayar en él un cántico de su composición y dislocó el instrumento…

—¡Dios mío! —exclamaron a una voz la Baronesa y su dama.

—De manera —continuó Franz— que fue preciso llevar el clave a la ciudad para componerlo.

—¿Pero, no estará ya reparado? —le interrumpió con viveza la señorita Adelaida.

—Sin duda, noble señorita —replicó Franz—, y la esposa del señor Intendente se verá muy honrada, encantada.

En este momento el Barón se paraba delante del grupo, y pasó luego adelante, mientras decía a su esposa: —¿Qué hay, querida? Parece ser que el viejo Franz no desmiente su fama de hombre de recursos—. La Baronesa no halló respuesta y Franz permanecía como clavado en el suelo con los brazos caídos. Las viejas tías llegaron poco después y se llevaron a Serafina; la señorita Adelaida las siguió, y yo no me moví del sitio, soñando en la feliz casualidad que me había deparado una conversación tan grata, y renegando del barón Roderich, a quien sólo podía concebir como a un tirano brutal, indigno de una mujer tan admirable. Allí me hubiera quedado plantado a no ser por mi tío, que me buscaba hacía un rato y me dijo, golpeándome la espalda, con su bondadosa voz y en todo amistoso: —Primo, primo, no te manifiestes tan asiduo cerca de la Baronesa. Deja para los insensatos que no tienen en qué ocuparse la peligrosa profesión de suspirante—. Yo le hice un largo

discurso para probarle que no me había permitido nada que pasara de los límites de lo decoroso; pero él se encogió de hombros, atiborró la pipa y empezó a hablar de la partida de caza del día anterior. Una noche hubo baile en el castillo. La señorita Adelaida había tenido la ocurrencia de reclutar una banda de músicos ambulantes. Mi tío, amigo de la comodidad, se acostó a la hora de todos los días. Pero la juventud y el amor hacían que yo bendijera la ocasión del baile improvisado. Acababa de acicalarme cuando Franz llamó a mi puerta, anunciándome que habían traído el clave de la señora del Intendente en un trineo, y que la Baronesa había mandado colocarlo en su cuarto, donde me esperaba con su dama de compañía. Júzguese del estremecimiento de felicidad que circulaba en todo mi ser al oír la invitación. Embriagado de amor y de deseos, corrí al lado de Serafina. La señorita Adelaida no cabía en sí de gozo, pero la Baronesa, ya vestida para el baile, estaba en pie, más bien silenciosa y en actitud de melancolía, cerca de la caja que encerraba el tesoro de acordes que en mi calidad de músico y de poeta yo tenía que despertar.

—Teodoro —me dijo llamándome, como es costumbre en el Norte, por mi nombre de pila—, aquí tenemos el instrumento esperado. Dios quiera que cumpla usted lo prometido—. Me acerqué al clave, pero apenas había levantado la tapa, se rompieron ruidosamente varias cuerdas, y las enteras debían ser de tan mala calidad que únicamente lograban producir un sonido ofensivo al oído menos exigente.

—Aseguraría que el organista ha querido ensayar una vez más —exclamó la dama de compañía, con una alegre carcajada.

Pero Serafina no compartía su humor risueño.

—¡Fatalidad! —dijo a media voz—. ¡Está visto que aquí no podré nunca procurarme ni un solo placer! —Pero, rebuscando en la caja del clave, tuve la suerte de dar con un juego de cuerdas de recambio—. ¡Estamos salvados! —exclamé—. ¡Paciencia y ánimo! Ayúdenme; pronto estará arreglado.

La Baronesa ayudó a la tarea con sus dedos delicados, mientras Adelaida desenvolvía cada una de las cuerdas, a medida que yo iba indicándolas por los números del clave a que correspondían. Después de más de una docena de pruebas, coronó nuestra perseverancia un éxito completo. Como por encanto se restableció la armonía; faltaba poco para que el instrumento quedase afinado, y este celo, este amor al arte ejerciéndose en común habían hecho desaparecer las distancias. La bella Baronesa participaba ingenuamente de la dicha de un éxito prometedor de gratas distracciones. El clave se convirtió en algo como un vínculo activo; se borraron mi timidez y mi desmaña y quedó el amor, el amor que dominaba todo mi ser. Preludié en el acariciado instrumento una de las tiernas sinfonías que tan poéticamente pintan las pasiones del mundo meridional. Serafina, en pie delante de mí, me escuchaba con toda el alma; me llegaban los rayos de luz de sus ojos y los escalofríos que agitaban su seno; volaba alrededor de mí su aliento como el beso de un ángel y mi alma ascendía al empíreo. De pronto su semblante pareció inflamarse, sus labios murmuraron unas notas cadenciosas, olvidados de tiempo; mis dedos recorrían el

instrumento, y fui recordando nota por nota la melodía, en tanto que la voz de Serafina prorrumpía en música, como un repique de campanillas de cristal.

Era un verdadero alarde de divina poesía, un océano de armonías, en el cual se engolfaba mi corazón rogando a Dios que nos llevara a su reino… Al salir del éxtasis, me dijo Serafina: —Le agradezco la hora que le debo y que no olvidaré jamás—. Me tendió la mano, y yo caí de rodillas para besarla. Me parecía sentir la cobración de sus nervios; pero la fiesta la reclamaba y desapareció.

Mi tío me acogió con expresión más severa que nunca. No ignoraba los detalles de mi entrevista con la Baronesa.

—Mucho tiento, primo —me dijo—, porque te deslizas sobre un hielo quebradizo que oculta un abismo insondable. ¡Que el demonio se lleve la música si ha de servirte únicamente para cometer necedades y sembrar la perturbación en la vida de una mujer inclinada a lo romántico! Mucho tiento, porque no hay nada tan cerca de la muerte como un enfermo que se cree sano.

—Pero, tío —le dije, dispuesto a sincerarme—, ¿me creería usted capaz de soñar siquiera en abusar de la benevolencia de la Baronesa?

—¡Qué fantoche eres! —exclamó él hiriendo en suelo con el pie—. ¡Si por un minuto creyera tal cosa ya te habría echado ventana abajo!

La vuelta del Barón había cambiado el aspecto de las circunstancias, y por mucho tiempo nuestra tarea profesional no me permitió acercarme a Serafina. Pero nuestro trato se reanudó poco a poco. La dama de compañía cumplió a menudo el encargo de hacerme llegar misivas secretas de parte de su señora y en las frecuentes ausencias del Barón nos reuníamos alrededor del clave. La presencia de la dama de compañía, cuyo carácter era bastante adocenado, nos impedía, por otra parte, la posibilidad de una excursión hacia el país del sentimentalismo. Serafina abrigaba en su alma un fondo de tristeza que minaba lentamente su vida.

Un mediodía, no apareció a la mesa. Los convidados se apresuraron a preguntar al Barón si la indisposición de su esposa era o no inquietante.

—¡De ningún modo! —respondió el castellano—. El aire estimulante de esta comarca, sumado a la ronquera que puede resultar del abuso de las sesiones musicales deben ser la causa de su indisposición; pero es cosa pasajera. —Al decir esto el Barón me miró de soslayo con expresión muy significativa. La señorita Adelaida comprendió la alusión hasta el punto de ruborizarse. No levantó los ojos, pero su postura parecía indicarme que en lo sucesivo sería preciso tomar nuevas precauciones para no excitar los celos del Barón, del cual era de temer alguna mala partida. Se apoderó de mi espíritu una viva ansiedad; no sabía qué decidir. El aire amenazador, revestido de sorna, del Barón, me irritaba más todavía porque mi conciencia estaba tranquila; pero temía los arrebatos del Barón cerca de Serafina. ¿Era aconsejable salir del castillo? Renunciar a Serafina me parecía un sacrificio superior a mis fuerzas. Supe que todo el grupo iba a salir para la caza después de la comida; y anuncié a mi tío que yo sería también de la partida.

—¡Enhorabuena! —me dijo el anciano—. Es un ejercicio propio de tu edad, y puedes desde luego disponer de mi fusil y de mi cuchillo de caza.

Partimos. En el bosque vecino se señalaron los apostaderos para cercar a los lobos. Caía la nieve en copos espesos, y cuando el día iba hacia el ocaso se abatió la bruma encima de todo, de modo que no se veía ningún objeto a seis pasos. Yo sentía más frío a cada momento, y busqué abrigo en lo más frondoso del bosque; después de apoyar en el tronco de un pino mi fusil, volví a mis sueños a propósito de Serafina. Pero, he aquí que suenan unos disparos sucesivos, de puesto en puesto, y a diez pasos de la espesura en que busqué abrigo veo plantado un lobo enorme; apunto, disparo, me falla el tiro… y el lobo corre hacia mí; pero no pierdo la serenidad y recibo al animal enfurecido sobre la punta de mi cuchillo de caza, hundiéndole el acero hasta la guarda. Acude a sus aullidos uno de los monteros, se repliegan hacia nuestro lado los cazadores, y el Barón viene hacia a mi encuentro.

—¿Está usted herido?

—No, señor —le respondo—; mi mano ha sido más certera que la carabina. —Dios sabe los elogios que me valió aquella proeza. El Barón se empeñaba en que me apoyara en su brazo para la vuelta al castillo. Un montero se hizo cargo de mi fusil. Estas atenciones que el señor de R… me prodigaba me conmovieron en el alma, y desde entonces formé de él otro juicio. Vi que era hombre de bien y enérgico; pero no por ello logré dejar de pensar en Serafina. Convencido de que las distancias se habían acortado, concebí las más audaces esperanzas. Cuando por la noche, radiante de orgullo, conté a mi tío la aventura, se contentó con decirme compasivamente: —Dios demuestra su poder por la mano de los débiles.

Hacía mucho rato que había sonado la hora de recogerse cuando, al cruzar la galería para ir a mi cuarto, se me pone delante una figura blanca, con una lamparita en la mano. Era la señorita Adelaida. —Buenas noches, gran cazador de lobos —me dijo soltando la risa—. ¿Por qué pasea usted sin luz ni compañía, como un espectro auténtico?—. Al oír las últimas palabras me estremecí de pies a cabeza, recordando las dos primeras noches de mi estancia en el castillo. Y ella se dio cuenta de la impresión—. Pero ¿qué le pasa? —exclamó, cogiéndome la mano—. Tiene la mano fría como el mármol. Venga conmigo a que le devuelva salud y vida. La Baronesa se desvive aguardándole.

Sin resistencia, pero también sin gozo, me dejé llevar. Una fatal preocupación me dominaba. Al vernos entrar, la Baronesa se adelantó unos pasos hacia mí e inició una exclamación, que ahogó en su garganta antes de acabar, como herida por una sospecha fatal. Le cogí la mano, que no retiró y se la besé; y ella dijo: —Teodoro, ¿cómo le ha ocurrido ir de caza? ¿Cómo puede manejar las armas y puede matar la mano que crea unos acordes de tanta dulzura?—. Penetró hasta mi alma el timbre de su adorada voz, se nublaron mis ojos, y ni sé cómo sucedió, pero al despertar a la realidad me encontré sentado al lado de Serafina en el sofá, y le conté mi rara aventura de caza. Al enterarse de las atenciones de su marido, que contrastaban

acentuadamente con su envaramiento habitual, me interrumpió, y con la voz más amable que nunca me dijo: —Teodoro, no conoce usted todavía al Barón; es aquí únicamente donde su temple se muestra tan poco grato. Todas las veces que viene le persigue una idea fija: que este castillo viene llamado a ser teatro de alguna catástrofe terrible para nuestra familia y para su propia tranquilidad. Se obstina en creer que un enemigo invisible ejerce sobre esta finca un poder que se convertiría tarde o temprano en una desgracia inmensa. Se cuentan cosas extraordinarias del hombre que instituyó este mayorazgo, y puedo asegurar, por mi parte, que el castillo encierra un secreto de familia; la pavorosa tradición se hace realidad; un fantasma frecuenta el castillo y asedia a su propietario de modo que todos permanecen aquí poco tiempo. Cada vez que vengo con mi marido vivo en un terror continuo, y sólo al arte de usted debo esta vez algún alivio, que no sé cómo agradecerle dignamente.

Esta confidencia me dio ánimos y le conté a mi vez las aprensiones que experimentaba; ocultándole los pormenores demasiado horribles vi que su rostro se cubría de una palidez mortal, y entendí que era preferible revelárselo todo a dejar rienda suelta a la imaginación. Cuando le refería lo de la garra misteriosa que escarbaba detrás de la puerta tapiada, Serafina exclamó:

—¡Sí, sí, en ese muro se encierra el misterio fatal! —Y escondiendo la cara entre las manos, cayó en una profunda reflexión. Hasta este punto no me di cuenta de que Adelaida se había retirado. Ni yo referí nada más, ni Serafina decía una sola palabra. Hice un esfuerzo para levantarme y acercarme al clave. Algunos acordes que de él arranqué la sacaron de su abatimiento; me escuchó apaciblemente mientras yo cantaba una tonada triste como nuestras almas, y vi inundarse de lágrimas sus ojos. Me arrodillé a sus pies, y ella se inclinó hacia mí y se unieron nuestros labios en un beso celeste; luego se alejó de mis brazos, y ya en el umbral del cuarto se volvió y me dijo: —Querido Teodoro, su tío es un hombre digno, que ha actuado siempre, creo yo, como protector de esta casa. ¡Dígale, se lo ruego, que rece todos los días por nosotros, para que Dios quiera guardarnos de todo mal!

La dama de compañía volvía a estar en la habitación. Yo no sabía qué responder a Serafina; estaba tan conmovido, que seguramente hubiera dicho sandeces. La Baronesa me tendió la mano.

—Hasta la vista, querido Teodoro —me dijo—. No olvidaré esta noche.

Encontré a mi tío durmiendo. Yo tenía los ojos llenos de lágrimas; el amor de Serafina me oprimía dolorosamente el corazón, y mis sollozos fueron al poco rato tan precipitados y tan vehementes, que mi pariente despertó.

—Decididamente, primo, padeces de locura, diría yo. Hazme el favor de ir a acostarte, pero ¡vivo! —Este vulgar apostrofe me devolvió, con algo de aspereza, a la vida real. No quedaba más remedio que obedecer. Unos instantes después oí un ir y venir de pasos, ruido de puertas al abrirse o cerrarse, y luego rumor de pasos en la galería. Llamó alguien a mi puerta.

—¿Quién es? —pregunté con voz de pocos amigos.

—Señor Letrado —respondieron desde fuera—. ¡Pronto! ¡Levántese! —Era la voz del viejo Franz.

—¿Hay un incendio? —pregunté.

Al oír la palabra incendio, mi tío, saliendo del sueño dio un brinco y se dispuso a abrir.

—¡Apresúrese, por Dios! —decía Franz—. El señor Barón le llama; la señora Baronesa está grave. —El pobre servidor tenía la cara lívida. Acabábamos de encender una antorcha.

—¿Podría hablar inmediatamente con usted, querido V…?—. Era la voz del Barón.

—¡Diablo! —exclamó mi tío—. ¿Qué vas a hacer?

—Verla una vez más, decirle que la amo, y morir luego —respondí con una voz quebrada y profunda.

—Hubiera debido suponerlo —replicó mi severo pariente, cerrando la puerta y guardándose la llave en el bolsillo. En la embriaguez de la cólera quise hacer saltar la cerradura, pero, volviendo en mí, a la idea de las consecuencias que pudiera acarrear mi corazonada resolví esperar con paciencia que volviera mi tío, decidido por otra parte a escurrirme, costara lo que costara así que estuviera de vuelta. Le oí hablar con el Barón a cierta distancia, pero sin que pudiera distinguir el sentido de las palabras; en ellas se mezclaba mi nombre. La ansiedad se me hacía intolerable. Por fin, el Barón se alejó. Mi tío quedó estupefacto al hacerse cargo de mi estado de delirio.

—¿Ha muerto? —grité al verle—. Voy a bajar; la veré ahora mismo y si intenta impedirlo me levanto la tapa de los sesos delante de usted.

Mi tío, impasible, midiéndome con una mirada fría, me dijo: —¿Acaso crees que doy tanto valor a tu vida y que la amenaza de que te vales ha de impresionarme? Tú, ¿qué papel representas cerca de la esposa del Barón? ¿Qué derecho tienes para ocupar un sitio en el cuarto de un difunto, cuyo umbral te está vedado, ahora más que nunca, después de tu ridícula conducta?—. Sin consuelo, aniquilado, me dejé caer sobre un sillón—. Ahora —prosiguió mi tío— me cumple decirte que el pretendido riesgo de la Baronesa no era más que una nadería. Has de saber que a la señorita Adelaida cualquier cosa le hace perder el tino, y entonces tienen que acudir las dos tías ancianas y prodigar a la pobre Serafina sus cuidados y sus elixires; pero luego todo acaba en un desmayo o en una crisis de nervios, que el Barón atribuye a los efectos de la música. Ahora, pues, que estás al parecer más tranquilo, voy a fumar una pipa, con tu permiso, y después ni por todo el oro del mundo renunciaría a reanudar el sueño hasta el amanecer. Mira, primo —insistió, después de una pausa, y echando una densa bocanada de humo—, te aconsejaría que no tomes en serio la categoría de héroe que te están colgando, a raíz de tu aventura de la caza de lobos. Un pobre diablo como tú se expone a veces a malos trances, cuando por pura vanidad pretende salir de su esfera. Recuerdo que en mis tiempos de estudiante tuve amistad con un joven de carácter sencillo, apacible y siempre igual. El azar le enredó en un lance de

honor, y se portó con una firmeza que dejó a todos estupefactos. Desgraciadamente, el éxito y la admiración que le rodearon de halagos dieron de pronto un nuevo sesgo a su carácter, y el que había sido sencillo y formal se convirtió en un tipo pendenciero y fanfarrón… Resumiendo, un día insultó a un camarada sólo por el gusto de la bravata; pero le mataron como a una mosca. Si te cuento esta historia, primo, es únicamente para ocupar en algo el tiempo; pero podría ser que llegada la oportunidad te aprovechara. Y ahora, a ver si logramos dormir un par de horas. La pipa está vacía y el alba todavía tardará.

En este momento, la voz de Franz nos anunciaba el estado de la enferma.

—La señora Baronesa se ha repuesto del todo de la indisposición, que atribuye a una pesadilla. —Al oírle iba a soltar una exclamación de júbilo, pero selló mis labios una mirada de mi tío-abuelo.

—Perfectamente —dijo a Franz—. Es lo que esperaba para recobrar el sueño, porque a mis años el insomnio es perjudicial. ¡Que Dios nos guarde, y acabe la noche en paz! —Franz se retiró, y si bien se oían cantar los gallos en la aldea vecina, el abogado se arropó de nuevo hasta las narices.

Muy de mañana bajé con paso silencioso para pedir a la señorita Adelaida noticias acerca de la salud de mi querida Serafina. Pero en el umbral di con el Barón; midiendo mi cuerpo de arriba abajo con una mirada penetrante me preguntó con voz ahogada: —¿Qué busca usted por aquí?—. No me fue difícil frenar la emoción y sobreponiéndome contesté con bastante aplomo que deseaba informarme de la salud de la señora Baronesa, de parte de mi tío—. Todo va bien —respondió fríamente el Barón—. Como otras veces, sólo ha sido un ataque de nervios. Está descansando; y espero que hoy mismo la veremos en el comedor. Dígale esto. Puede retirarse.

El tono de la respuesta delataba impaciencia, como si el Barón estuviera más inquieto de lo que demostraba. Saludé e iba a retirarme, pero él me cogió del brazo, me echó una mirada, que yo juzgué fulminante, y dijo: —He de hablarle, joven—. El tono que imprimió a sus palabras me movía en aquellos momentos a hacer las más temibles suposiciones. Me veía en presencia de un marido que había adivinado lo que en mis afectos sucedía, y que al parecer se disponía a exigir cuenta rigurosa de lo que pudiera ofenderle. Mi única arma era un cuchillito primorosamente labrado, regalo de mi tío; lo palpaba en el fondo del bolsillo. Era un momento supremo, y una sensación de seguridad reaccionó en mí. Seguí al Barón, decidido, si las cosas tomaban un sesgo trágico, a vender cara mi vida. Una vez en su cuarto, el Barón cerró la puerta con cautela, paseó varias veces su extensión, y acabó parándose delante de mí, con los brazos cruzados sobre el pecho: —Joven, he de hablarle— replicó. Puse en el trance toda mi energía y contesté: —Espero señor Barón, que lo que va a decirme no necesitará por mi parte ninguna exigencia de reparación—. El Barón me miró, como si no hubiera comprendido bien, bajó los ojos, y volvió a pasear el cuarto de un cabo a otro, con las manos juntas a la espalda. Le vi descolgar su fusil y examinar la carga; bajo la aprensión del peligro sentí arder la sangre, y con la mano hundida en el

bolsillo abría mi cuchillito y adelanté un paso hacia el Barón, a fin de que no pudiera apuntar. —Bonita arma— dijo él. Y dejó el fusil en un ángulo. Yo no sabía qué actitud tomar, cuando el Barón, volviéndose hacia mí, me puso la mano en el hombro y me dijo: —Teodoro, esta mañana debo resultarle algo excéntrico. Efectivamente, las congojas de anoche me han trastornado. La crisis nerviosa de mi mujer no ha sido en sí misma inquietante, pero hay en este castillo no me explico qué genio fatídico que pone crespones de luto en todo lo que uno ve. Es la primera vez que la Baronesa se encuentra enferma aquí, y la culpa de esas crisis la tiene usted.

—Verdaderamente —dije yo con toda calma— no me explico…

—Quisiera —me interrumpió él— que ese clave infernal se hubiera roto en mil pedazos el mismo día que entró en esta casa. Desde el primer día debí haber vigilado lo que aquí está pasando. Mi esposa es de complexión tan delicada que el menor exceso en las sensaciones puede causarle la muerte. Yo había hecho el propósito de traerla conmigo, para que el clima tonificante junto con los ejercicios propios de la vida en el campo promovieran en ella una reacción favorable; pero usted parece haberse propuesto enervarla más todavía con sus lánguidas melodías. Como si no estuviera y bastante predispuesta por su exaltada imaginación a experimentar penosas sacudidas, llega usted y le asesta un rudo golpe refiriendo en su presencia no sé qué peregrina historia de almas en pena. Lo sé por su tío, de modo que no puede usted negarlo. Lo que le pido es que me repita lo que pretende haber visto.

El giro que había tomado la conversación me tranquilizó lo bastante para que me fuera dado obedecer a las órdenes del Barón. Las únicas interrupciones a mi detallado relato fueron alguna que otra exclamación que inmediatamente reprimía. Cuando le describí la escena del poderoso conjuro de mi tío al fantasma invisible, levantó al cielo las manos juntas exclamando: —Sí, él es genio tutelar de la familia, y cuando Dios le llame, quiero que sus restos reposen con todos los honores cerca de los de mis antepasados—. Y notando mi silencio, me cogió la mano y prosiguió: —Joven, es usted quien involuntariamente ha sido causa de los trastornos de mi esposa. De usted le ha de venir, pues, la curación—. Sentí que el rubor me subía a la cara. El Barón, que me observaba, sonrió al ver mi perplejidad y en un tono que lindaba con la ironía, continuó: —No se trata de una enferma peligrosa; y le diré el servicio que pienso pedirle. La Baronesa se encuentra bajo la influencia de la música, y suprimirla sería una crueldad. Le autorizo, pues, a continuar, pero le exijo que cambie el género de las piezas que ejecute para ella. Concierte una selección graduada de sonatas, cada vez más enérgicas; combine hábilmente lo alegre y lo serio; y ante todo háblele a menudo de la aparición que ya le ha relatado. Que se familiarice con la idea, y acabará por no darle importancia. Usted me comprende, ¿no es cierto? Confío en que cumplirá usted exactamente mis deseos—. Después de darme estas instrucciones se despidió de mí. En la confusión de verme juzgado como a un ser tan inofensivo, incapaz de despertar los celos de un hombre con mis asiduidades cerca de la mujer más hermosa que fuera posible imaginar, se rompía mi sueño de heroísmo y me encontraba al nivel del niño

que en sus diversiones toma en serio su corona de papel dorado.

Persuadido de que había hecho una escapatoria, mi tío esperaba con impaciencia mi regreso.

—¿De dónde vienes? —me preguntó en cuanto me vio.

—Vengo —le dije serenamente— de conversar con el Barón.

—¡Ay de nosotros! —dijo el digno abogado—. ¡Cuando te advertí que eso acabaría mal!

La carcajada con que mi tío acompañó la afirmación me daba una prueba patente de que por todas partes se burlaban de mí. Sufría mucho, pero me guardé muy bien de exteriorizarlo. Tenía tiempo por delante para vengarme de los que me daban tan poca importancia. La Baronesa asistió a la comida. Su blanquísimo vestido se hermanaba con la palidez mate de sus mejillas. Su fisonomía irradiaba como nunca la más suave nostalgia. Ante su presencia el corazón se me derretía en el pecho. Yo, no obstante, a despecho de su divina belleza experimentaba algo de adverso hacia ella, algo de la cólera que el Barón me había inspirado. Me parecía como si aquellos dos seres se confabularan para abusar de mi credulidad. Me parecía ver traslucir en los ojos velados de Serafina un no sé qué de irónico, y toda la amabilidad con que antes me había acogido me dolía ahora como un embuste odioso. Cuidé muy bien de alejarme lo más posible de ella y me senté entre dos militares, con los cuales chocamos repetidamente nuestros vasos colmados. Hacia el fin de la comida, un camarero me puso delante una bandeja llena de almendras en dulce, y me susurró al oído: —De parte de la señorita Adelaida—. En la mayor leí estas palabras trazadas con la punta del cuchillo: —¿Y Serafina?—. Sentí una corriente de fuego en las venas. Miré furtivamente a Adelaida, y ella me hizo una seña como diciendo: —¿Se olvida usted de beber a la salud de Serafina, señor bebedor?—. Inmediatamente acerqué el vaso de los labios, lo vacié de una vez, y al dejarlo sobre la mesa me doy cuenta de que la bella Baronesa y yo hemos bebido en el mismo instante. Las miradas se cruzan; pasa una nube delante de mis ojos, y el resquemor de mi ingratitud me remuerde en el alma. Ya no tengo derecho a dudar de que Serafina me ama; mi dicha está a punto de convertirse en locura. Pero he aquí que uno de los comensales se levanta, y como es costumbre en el Norte, propone beber a la salud de la castellana. No sé qué despecho bulle en mi cerebro; levanto el vaso y me quedo rígido e inmóvil. Fueron unos instantes de fascinación en que me pareció que iba a caer a los pies de la amada.

—¡Ea! ¿Qué espera usted, amigo? —me advierte mi vecino. Estas palabras rompen el hechizo; mis ojos vuelven a ver claramente los objetos. Pero Serafina ha desaparecido.

Al salir del comedor mi embriaguez se había hecho tan imperiosa que me sentía impulsado a salir del castillo, y sin hacer caso de los torbellinos del huracán ni de la nieve que caía en espesos copos, me eché a correr entre las matas que bordean el lago. Gritaba con todas mis fuerzas: —¡Cómo hace bailar el diablo al necio que pretendía coger el fruto vedado en el jardín del amor…!—. Y corría hasta perder el

aliento. Sabe Dios dónde hubiera ido a parar si una voz conocida, que me llamaba por mi nombre en el bosque no me hubiera retenido. Era la del jefe forestal de R… —¿Cómo le va, querido señor Teodoro? ¿A qué diablos viene, hundiendo los pies en la nieve y exponiéndose a pillar un enfriamiento mortal? Le he buscado por todos lados; el señor abogado le está aguardando en el castillo hace dos horas largas—. Vuelto a las sendas del sentido común al recuerdo de mi tío, seguí como un autómata al guía que él había mandado salir en mi busca.

Encontré a mi tío en la sala de audiencias, ya ocupado en sus graves funciones. Esperaba que iba a reprenderme, pero él, siempre bondadoso, dio muestras de la mayor indulgencia: —Primo —me dijo, sonriendo—, has hecho muy santamente paseando el vino, pero en lo sucesivo ten más juicio, que no es edad la tuya para permitirte tales calaveradas—. Viendo que no le respondía y que, semejante a un escolar que ha incurrido en alguna falta, procuraba desviarle de su tema, poniéndome al trabajo. —Cuéntame al menos —insistió mi tío— lo que ha sucedido entre el Barón y tú—. Le confesé sin reservas lo sucedido—. Muy bien— me interrumpió él, ya enterado de lo que deseaba—; ¡ahí es nada la misión que el Barón te confía! Y suerte tiene de que salgamos mañana de aquí—. A estas palabras me pareció que iba a caerme. Pero al día siguiente mi tío cumplía lo que acababa de afirmar, y desde entonces no he visto nunca más a Serafina.

Pocos días después de la salida del castillo, el digno abogado sufrió unos accesos de gota muy violentos. El dolor le convirtió en un hombre malhumorado y taciturno; a pesar de todas mis solicitudes y de los auxilios de la medicina, la enfermedad fue de mal en peor. Una mañana me mandó llamar con urgencia. Acababa de sufrir un ataque más grave que los anteriores, en el que había llegado casi a la muerte. Le encontré en cama, apretando en la mano una carta; reconocí la escritura del intendente de los dominios de R… Pero, mi dolor era tan grande, que vencía cualquiera curiosidad. Temblaba creyendo ver morir a aquel anciano de mi sangre, tan querido y que me había dado pruebas de tan sincero afecto. Por fin, tras unas horas de angustia, pudo más la vida: el pulso volvió a latir y la robustez del anciano venció a las asechanzas de la muerte. Poco a poco se alejó el peligro, pero mi tío pasó unos meses todavía sin moverse apenas, confinado en su cama de enfermo. La sacudida había quebrantado de tal manera su salud, que se vio forzado a abandonar sus funciones de administrador de justicia. Desaparecieron mis esperanzas de volver a R… El pobre enfermo no toleraba otros cuidados que los míos y para descansar de los sufrimientos no conocía mayor consuelo que el conversar conmigo. Nunca hablaba de nuestra estancia en R…, ni yo me atrevía a recordársela. Cuando a costa de cuidados y de largos desvelos hube logrado devolver a mi tío una salud aparente, despertó en mi corazón el recuerdo de Serafina, rodeado de un encanto más poderoso que nunca.

Un día, al abrir una carpeta que había usado durante mi estancia en R…, se deslizó de ella algo blanco: era un lazo de seda que ataba un mechón de pelo de

Serafina; al examinar esta prenda de un afecto que el hado había roto apenas nacido, vi una mancha rojiza en el lazo.

¿Era sangre? Y, si tal era, ¿no presagiaba algún acontecimiento trágico? Mi imaginación se entregó a las suposiciones más infaustas pero yo no disponía de ningún medio ni para comprobar mis sospechas ni para ponerles término.

Entre tanto mi tío-abuelo recobraba las fuerzas paso a paso, con el buen tiempo.

En una noche tibia le había llevado a pasear bajo los olorosos tilos de nuestro jardín. Él tenía el humor risueño.

—Primo —me dijo—, mi fortaleza es todavía bastante firme, pero no he de engañarme acerca del mañana: esta recuperación de salud es parecida a los vivos destellos de una lámpara que va a extinguirse. Antes de entrar en el sueño último, cuya inminencia siento, debo saldar contigo una deuda. Bien te acuerdas de nuestra temporada en R… Pesa sobre los señores del castillo una historia de misterio, en la que estuviste a punto de verte mezclado por tu falta de prudencia… Ahora que el peligro ha pasado, óyeme: antes que la muerte nos separe quiero revelarte hechos extraños, de cuyo conocimiento tal vez saques provecho con el tiempo.

Y he aquí lo que me contó mi tío, hablando de sí mismo en tercera persona.

II

Durante una noche borrascosa del año 176…, los habitantes del castillo de R… despertaron sobresaltados por una sacudida semejante al terremoto. Los servidores de la sombría finca reconocieron con pavor todas las dependencias, para averiguar la razón de aquel fenómeno, pero no pudieron hallar ningún vestigio de destrucción, y la antigua residencia de la familia de R… volvió a su calma secular. Pero Daniel, el viejo mayordomo, el único que subió a la sala de los Caballeros, adonde se retiraba todas las noches el barón de R… después de sus trabajos de alquimia, a los que se entregaba con fervor, quedó aterrorizado a la vista de un lamentable espectáculo; entre la puerta del cuarto de Doderich y la de otro cuarto, había una tercera puerta que daba salida a lo alto de la torrecilla, y allí tenía el señor de R… su pabellón para los experimentos que hemos dicho.

Al abrir Daniel esta puerta una ráfaga de viento apagó la antorcha que llevaba en la mano; unos ladrillos se desprendieron del muro y con un rumor bronco cayeron al abismo. A Daniel le flaquearon las piernas y cayó de rodillas exclamando: —¡Misericordia! ¡Nuestro buen señor ha perecido de muerte terrible!—. Los desolados servidores volvieron a poco llevando en brazos el cuerpo exánime, lo vistieron con sus mejores galas y lo pusieron en la capilla ardiente erigida en el centro de la sala de los Caballeros. Del examen sobre el terreno resultó que la bóveda superior de la torre se había hundido interiormente; el peso de las piedras que formaban la clave había roto el pavimento, las vigas arrastradas en el derrumbamiento derrocaron bajo su peso una parte de pared medianera, y atravesaron las plantas interiores, de modo que al abrir en la obscuridad la puerta del salón era inevitable que quien pretendiera poner el pie en la torre se abismara a una profundidad de más de cien pies.

El viejo barón Roderich había presagiado la fecha de su muerte y lo había anunciado a su hijo primogénito, Wolfgang, al cual pasaba el mayorazgo de R… Recibido en Viena el mensaje de su padre, el joven hidalgo se había puesto en camino sin demora, y a la llegada vio cruelmente confirmado aquel anuncio y cayó casi sin sentido al lado del lecho mortuorio:

—¡Pobre padre! —exclamó con voz quebrada por los sollozos, tras una larga pausa de silenciosa impotencia y de desesperación—. ¡Pobre padre! ¡El estudio de los misterios del universo no ha podido darte la ciencia que prolonga la vida!

Ya celebrados los funerales del viejo castellano, el joven barón quiso que Daniel le contara los detalles del hundimiento de la torre, y como el mayordomo solicitara sus órdenes para llevar a cabo las reparaciones —¡nunca!, había dicho Wolfgang—. ¿A mí qué me importa esta vieja morada donde mi padre gastaba en obras de magia los tesoros a que yo tenía derecho como heredero? Yo no creo que la bóveda de la torre viniera abajo por efecto de un accidente ordinario; mi padre ha perecido víctima

de la explosión de sus crisoles malditos en los que disolvía mi fortuna. No saldrá de mi bolsa ni un florín para reponer siquiera una piedra a este triste caserón. Prefiero que acaben de construir el pabellón de recreo que empezó a levantar en el valle uno de mis antepasados.

—Pero —observó Daniel— ¿qué va a ser de los antiguos y leales servidores de que es albergue esta finca? ¿Habremos de verles mendigando el pan de la misericordia?

—Y a mí ¿qué? —replicó el heredero—. ¿De qué me servirán todos esos vejestorios? En cambio, daré a cada uno de ellos una gratificación proporcionada al tiempo que hayan durado sus servicios.

—¡Ay de mí! —se lamentaba Daniel, el mayordomo—. ¡Verme despedido a mis años de la casa donde esperaba que mis huesos reposarían en paz! —¡Perro maldito! —rugió Wolfgang levantando el puño contra él—. Hipócrita condenado, ¿qué favores esperas de mí? ¿Crees engañarme, después de haber secundado a mi padre en los sortilegios que tragaban día tras día lo más saneado de mi patrimonio, y después de haber instado el corazón de un viejo a todas las extravagancias de la codicia? ¿No merecerías que te matara a palos?—. El miedo de Daniel llegó al colmo y se arrastró para humillarse a los pies de su nuevo señor, el cual le hizo rodar al suelo sin compasión de una violenta patada. El mísero mayordomo ahogó un grito en la garganta como una fiera herida de muerte, y se levantó a duras penas, echando una mirada de soslayo, cargada de odio y sed de venganza, y sin recoger siquiera un bolso de monedas de oro que el barón Wolfgang había dejado caer, como para alivio de los malos tratos impuestos a su servidor.

El nuevo propietario de R… creyó conveniente, como primera providencia, compulsar el estado de las rentas en el mayorazgo con la ayuda de su abogado V…, mi tío-abuelo. Terminado este examen, que se llevó a cabo con minucioso cuidado, el abogado quedó convencido de que el viejo barón Roderich no podía haber gastado el total de las rentas anuales de su dominio; y como entre sus papeles únicamente se habían hallado unos valores insignificantes en letras de cambio, resultaba evidente que el numerario debía de estar oculto en algún sitio, del cual sin duda poseía el secreto el mayordomo Daniel, confidente del difunto. El barón Wolfgang contó al abogado la escena violenta en medio de la cual había descargado unos golpes sobre Daniel, y le expuso su temor de que éste, para vengarse, se negara a descubrir el escondrijo en que probablemente estaban los ducados. El señor abogado, como hombre de buen sentido y legista de recursos, hábil en hacer cantar la palinodia a la gente, aconsejó tranquilidad a Wolfgang, y le declaró que él se encargaba de interrogar a Daniel. A los primeros tientos respondió Daniel con una sonrisa sardónica: —Por Dios, señor administrador de justicia, no crea que voy a hacer ningún misterio del paradero de unos miserables escudos. Buen acopio de ellos encontrará usted en una cueva que linda con el dormitorio de mi pobre señor. Y si le interesa el resto —añadió con luminosos reflejos de color de sangre en los ojos—

sería preciso buscarlos entre los derribos de la torre. ¡Apuesto cualquier cosa a que se podría sacar de allí oro bastante para comprar una provincia!

Siguiendo estas instrucciones, se excavó y salió a la luz un arca grande de hierro, colmada de piezas de oro y de plata, y un pergamino enrollado debajo de la tapa en que constaban, de puño y letra del viejo barón, las siguientes palabras: «Después de mi muerte, el heredero del mayorazgo de R… retirará de este fondo la cantidad de ciento cincuenta mil ducados, y es mi última voluntad que los emplee para construir en el ángulo occidental de este castillo, y para reemplazar a la torre que hallará derruida, un faro que deberá encenderse todas las noches para iluminar a los viajeros del lago».

Iba firmado este original testamento con el nombre y las armas de Roderich, barón de R…, y llevaba la fecha de la noche de San Miguel de 176…

Una vez verificado el recuento de los ducados, Wolfgang se volvió a Daniel: —Has sido un fiel servidor —le dijo— y me duele haberte tratado con violencia, sin razón ninguna. Para resarcirte, te deseo que sigas aquí en tus funciones de mayordomo. Se dará cumplimiento al deseo de que tus huesos reposen en este castillo; pero, antes que esto suceda, sabe que siempre que te haga falta dinero puedes bajarte a la cueva y sacarlo a manos llenas—. Un ronco gemido fue la única respuesta de Daniel. El abogado se estremeció al oír el tono excepcional de esta voz que parecía sollozar en una lengua infernal: —No quiero para nada tu oro. Es tu sangre lo que quiero—. Wolfgang, deslumbrado a la vista de aquel montón de riqueza que resbalaba entre sus dedos, no había observado la expresión equívoca de Daniel al encorvarse, con el acobardamiento de un perro apaleado, para besar la mano de su señor y darle las gracias por sus bondades.

Cerró el arca Wolfgang, y guardándose la llave en el bolsillo salió de la cueva.

—¿Sería muy difícil —dijo a Daniel con la frente sombría—, descubrir los tesoros enterrados en las ruinas de la torre?—. Mudo, Daniel abrió la puerta que salía a la torre; apenas abierta, un torbellino de viento proyectó en la sala una estela de nieve, y se levantó del abismo un mochuelo que después de algunos vuelos circulares volvió a sumergirse en él, amedrentado, dando unos gritos lúgubres. El Barón se adelantó hasta el borde del abismo, y no pudo reprimir un estremecimiento al sondear con los ojos su negra profundidad. El abogado, temiendo los efectos del vértigo, obligó a Wolfgang a que retrocediera, mientras Daniel cerraba a toda prisa la puerta fatal y se lamentaba: —¡Así es!… Allí yacen enterrados, a pedazos, los instrumentos de la elevada ciencia de mi honrado señor, objetos de gran precio—. ¡Pero tú me hablabas —observó el Barón— de tesoros en monedas, de cantidades considerables!

—¡Oh! —replicó Daniel— lo que quise decir es que los telescopios, las retortas, los círculos y los crisoles debieron costarle un dineral… No sé nada más. —Y nada más pudo sacarse del mayordomo.

El barón Wolfgang gozaba de tener a su disposición el dinero suficiente para atender a los gastos de la nueva edificación, a la que deseaba dar cumplimiento.

Llamó a un arquitecto de fama para diseñar los planos a elegir; pero no se decidía por ninguno y optó por dibujar él mismo un boceto de la elegante morada. Por lo demás, no le dolieron prendas, y pagaba liberalmente a los obreros encargados de la edificación.

Daniel parecía olvidar sus resquemores, y se portaba con el Barón con un respeto y una discreción evidentes.

Un tiempo después de estos acontecimientos, la vida apacible de los moradores de R… fue turbada por la presencia de un nuevo personaje, Huberto, el hermano menor de Wolfgang. Su inesperada visita causó una impresión singular al titular del mayorazgo; mantuvo a distancia a su hermano en sus efusiones, y le llevó sin ninguna amabilidad a un cuarto, en el que permanecieron encerrados unas horas. Después de una larga entrevista salió Huberto visiblemente consternado, y montó a caballo, dispuesto a partir. El abogado V…, en la confianza de que el acercamiento no podía menos de restablecer la concordia entre los dos hermanos, demasiado tiempo divididos por las disensiones familiares, rogó a Huberto que prolongara su estancia unas horas al menos, y Wolfgang unió sus ruegos a los del abogado.

—Espero —dijo a su hermano— que cederás dentro de poco a la reflexión. —Pareció que estas palabras calmaban la agitación de Huberto, que optó por quedarse en el castillo.

Al anochecer subió mi tío al cuarto de Wolfgang para consultarle a propósito de un detalle de orden administrativo relativo al mayorazgo. Dominado por una violenta ansiedad, recorriendo el cuarto a largos pasos, Wolfgang parecía presa de una obsesión.

—Mi hermano —dijo— ha llegado hace poco y me ha dado nuevas pruebas de la aversión, originada por asuntos de familia, que me profesa desde hace años. Huberto me odia porque soy rico, y él ha devorado como un verdadero pródigo casi toda su fortuna. Me acosa como si fuera yo el responsable de sus locuras, pero no puedo ni quiero desprenderme en lo más mínimo de las rentas del mayorazgo, aunque, como buen hermano, consentiría en cederle la mitad que me pertenece de un vasto dominio que mi padre poseía en Curlandia. Este sacrificio permitiría a mi hermano hacer frente a las deudas que ha contraído, y sacar de la escasez a su mujer y sus hijos, que actualmente sufren las consecuencias de su imprevisión y sus desórdenes. Pero, figúrate, mi querido V…, que este pródigo singular ha descubierto, no sé con qué sortilegios, la existencia del arca que encierra los ciento cincuenta mil ducados, y pretende obligarme a que le ceda la mitad. ¡Un rayo me parta antes que ceder; y si acaso él medita alguna mala partida contra mí, que Dios me guarde y haga fracasar sus intenciones!

No perdonó medios el abogado para presentar a Wolfgang la vista de su hermano bajo un aspecto menos odioso. Por fin el Barón le confió el encargo de negociar una transacción con Huberto, y el abogado puso en esta misión un celo ilimitado. Huberto, acosado por la necesidad apremiante de dinero, aceptó las ofertas de

Wolfgang, pero exigió dos condiciones: la primera, que Wolfgang añadiría a su parte de la herencia un suplemento de cuatro mil ducados, destinados a calmar las instancias de los acreedores más encarnizados; la segunda, que le sería permitido prolongar por algunos días la estancia en R… al lado de su querido hermano.

A esta última petición respondió Wolfgang con viveza que no podía acceder, tanto más cuanto que su mujer estaba a punto de llegar al castillo; tocante a la donación, prometió a Huberto dos mil piezas de oro. Al oír el mensaje del abogado, Huberto frunció las cejas.

—Reflexionaré —dijo—, pero, provisionalmente, me he instalado aquí y de aquí no me muevo.

El abogado agotó sus recursos para disuadirle de su resistencia a los deseos del Barón. Huberto no sabía resignarse a ver el mayorazgo en manos de un hermano privilegiado gracias a los derechos de primogenitura. La ley se le antojaba soberanamente injusta, y más dura de soportar que una injuria la generosidad de Wolfgang.

—¡Así, pues —exclamó—, mi hermano me trata como a un mendigo! No lo olvidaré jamás; y espero que abrirá pronto los ojos a las consecuencias de su modo de proceder para conmigo. —Cumpliendo lo dicho, Huberto se instaló en una de las alas del viejo caserón. Salía de caza, acompañado algunas veces de Daniel, el único de los moradores cuyo trato parecía convenirle. En retiro casi absoluto, evitaba sobre todo los encuentros con su hermano. No tardó el abogado en concebir sospechas y desconfiar de la existencia misteriosa de Huberto. Éste entró una mañana en su habitación para anunciarle que sus puntos de vista habían cambiado, y estaba dispuesto a abandonar R… para siempre, con tal de que le abonaran al punto las dos mil monedas de oro. Según dijo, partiría al día siguiente por la noche. Saldría a caballo para la ciudad de K…, en la que pensaba establecer su morada, y pediría que le fuera librada la cantidad convenida por medio de una letra de cambio dirigida al banquero Isaac Lazarus de aquella ciudad. La noticia causó gran satisfacción a Wolfgang.

—Mi querido hermano —dijo mientras firmaba los documentos pertinentes— ha abandonado sus enojosas disposiciones hacia mí. Por fin se restablece entre nosotros la buena armonía, o, por lo menos, su presencia dejará de perturbar este castillo.

A la noche siguiente el abogado V… despertó sobresaltado; se oía un gemido, una lamentación. Una vez incorporado aguzó el oído; pero todo permanecía en silenciosa calma. Se decidió a creer que había tenido una pesadilla, y para apaciguar el ánimo saltó de la cama y se acercó a la ventana. Al cabo de unos minutos de respirar el aire fresco de la noche, vio abrirse el pesado portalón, y oyó rechinar sus goznes. Daniel, el mayordomo, provisto de una linterna sorda, sacaba de las cuadras un caballo ensillado y lo llevaba al patio. Otro hombre, envuelto en su abrigo de pieles hasta los ojos, salió del castillo: era Huberto. Estuvo conversando unos minutos con el mayordomo, acompañando las palabras de gestos muy animados, y en seguida volvió

a entrar en el castillo. Daniel condujo nuevamente el caballo a la cuadra, la cerró, como también el pesado portalón, y se retiró cautamente.

El abogado hizo toda clase de suposiciones a propósito de la suspensión de la partida preguntándose por qué razones Huberto había cambiado de plan. ¿Existiría entre él y el mayordomo algún vínculo de complicidad para algún crimen? Todas las suposiciones eran igualmente peligrosas e inquietantes; se necesitaban una extrema sagacidad y una vigilancia infatigable para desenmascarar los proyectos solapados que pudieran urdir aquellas dos personas, la última de las cuales sobre todo, maese Daniel, se iba revistiendo a los ojos del abogado de un nimbo maléfico inquietante. V… pasó lo restante de aquella noche en medio de esas singulares reflexiones, y al nacer el día, cuando probaba de conciliar el sueño oyó un denso rumor de voces confusas y de gente que corría en todas direcciones, y un grupo de criados desatinados llamó a su habitación para anunciarle, con la mayor consternación, que el barón Wolfgang había desaparecido, sin que nadie supiera lo que había sido de él. A la hora de costumbre se había acostado, pero luego debió levantarse, en bata y llevando una antorcha, ya que esos objetos habían desaparecido del sitio que ocupaban la víspera en su habitación. A la luz de una idea súbita que le acongojaba cruelmente, el abogado V… recordó la escena de que había sido testigo casual aquella noche; recordó asimismo la lamentación que había oído, y llena el alma de las más fúnebres impresiones, corrió a la sala de Caballeros. ¡La puerta que comunicaba con la torre estaba abierta…! El abogado señaló con el índice el abismo de la torre, y dijo a los servidores, helado de espanto: —¡Aquí encontró la muerte anoche nuestro desgraciado señor!

Efectivamente, a través de una espesa capa de nieve, amontonada durante la noche encima de los escombros, se veía asomar un brazo rígido entre las piedras. Al cabo de horas de trabajo y corriendo los peores riesgos, se logró al fin, por medio de escaleras de mano atadas entre sí, sacar el cadáver del barón Wolfgang; apretaba todavía con la mano crispada la antorcha que le había alumbrado hasta allí; todos sus miembros aparecían horriblemente dislocados por la caída y desgarrados.

Uno de los primeros que acudió fue Huberto, con todas las huellas de la desesperación en el rostro. Dejaron el cadáver de Wolfgang encima de una mesa grande, la misma en que se había expuesto el del anciano Roderich un tiempo antes. Huberto se echó sobre el cadáver llorando y exclamó: —Hermano, no soy yo quien haya pedido a los demonios que me acosaban esta venganza fatal—. El abogado, que estaba presente, no descifró el misterio de estas palabras, pero un instinto irrefrenable le señalaba a Huberto como asesino del titular del mayorazgo. Unas horas después de esta escena de dolor, Huberto fue a su encuentro en la sala de audiencias. Pálido y extenuado, se sentó en el sillón de roble y empezó a hablar con un acento que la emoción hacía tembloroso—. He sido enemigo de mi propio hermano —le dijo— por culpa de una ley absurda que enriquece al hijo mayor de la casa en perjuicio de los hijos restantes. Una desgracia pavorosa ha puesto fin a sus días. Hago votos para que

no sea un castigo del cielo a la dureza de su corazón. Heme aquí titular del mayorazgo. Dios sabe cómo este cambio de fortuna aflige mi alma; desde hoy no existe la dicha en el mundo para mí. En cuanto a usted señor abogado, le confirmo plenamente en los cargos y poderes que en vida de mi padre y de mi hermano le fueron confiados; puede regir según su criterio este dominio, y atender a mis intereses. Yo me despido del castillo; no podría vivir ni un día más en el que ha sido teatro de unos sucesos tan deplorables. —Sin decir más, se levantó Huberto y abandonó la sala. Dos horas más tarde cabalgaba a rienda suelta por la carretera de K…

Seguía su curso la investigación de las causas que pudieran haber determinado la muerte del desventurado barón. La opinión más común era que, habiéndose levantado para sacar algún libro de la biblioteca, soñoliento aún, equivocó la puerta, abriendo la del centro, que daba al abismo; pero la suposición no prosperó, ya que la puerta de la torre solía quedar cerrada con llave y fuertemente asegurada, de modo que el abrirla requería tiempo y fuerzas. ¿Cómo se tomaría, pues, en serio la suposición de que el castellano pudiera caer en semejante error? El abogado se perdía en un laberinto, cuando Franz, el servidor predilecto de Wolfgang, que escuchaba su soliloquio, le interrumpió: —¡No es en esta forma que ha sucedido la desgracia, señor abogado!—. Pero, delante de los testigos no pudo obtenerse de él ni el más mínimo rayo de luz. Declaró que solamente hablaría al abogado y bajo promesa de secreto. Más adelante en una entrevista misteriosa, refirió cómo el difunto hablaba con frecuencia de los tesoros enterrados según él debajo de los escombros de la torre; afirmó también que había pedido la llave a Daniel, y que con frecuencia iba en plena noche a asomarse al abismo como para soñar a su sabor en las riquezas inmensas que su sed de oro le hacía suponer enterradas en aquellas honduras. Probablemente le habían asaltado el vértigo durante una de esas peregrinaciones nocturnas y había caído al abismo. Daniel, que parecía el más sensible de todos al horror del accidente, propuso que se mandara tapiar la puerta; y su parecer fue puesto en obra inmediatamente.

Investido de su mayorazgo, Huberto volvió a su Curlandia, dejando al abogado V… todos los poderes requeridos para administrar la finca de R… Se renunció al proyecto de construcción de un nuevo castillo, y únicamente se acudió a sostener los restos del antiguo.

Bastantes años después de estos sucesos, Huberto reapareció un día en R… Era a principios de otoño. Durante su breve permanencia tuvo varias entrevistas privadas con el abogado, le habló de su muerte cercana y le anunció que el testamento estaba ya en manos de los magistrados de la ciudad de K… Cumpliéronse sus presentimientos murió un año más tarde. Su hijo, que llevaba el mismo nombre de pila que él, se dirigió a R… para tomar posesión de la herencia. El joven señor parecía inclinado a todos los vicios, y desde su entrada en R… se granjeó la animosidad de cuantos vivían en la finca; el primer acto de voluntad venía llamado a soliviantar a todos, cuando se irguió el abogado, declarando que se oponía

formalmente a la ejecución de las órdenes que había dado aquel joven insensato hasta que se abriera el testamento, el único que podía, dentro de ciertos límites, conferirle los derechos que ahora pretendía atribuirse.

El joven castellano estaba lejos de esperar una resistencia tal de parte de un hombre que, a sus ojos, no era más que un criado de primera categoría. No le valieron al joven Huberto sus transportes de cólera; el abogado hizo frente a la borrasca, y manteniendo valerosamente la intangibilidad de sus atribuciones llegó a ordenarle que se retirara de R… hasta la fecha señalada para la lectura del testamento. A los tres meses se abrió éste en K… en presencia de los magistrados. Además de los testigos indispensables, el abogado V… venía con un joven de buen talante aunque vestido con sencillez, que hubiera podido pasar por su secretario. El futuro poseedor del mayorazgo se presentó con aire arrogante, y reclamó la pronta lectura del documento, pues no le sobraba el tiempo, según dijo, para perderlo en necias formalidades.

En el testamento, el difunto barón, Huberto de R… declaraba que no había poseído nunca el mayorazgo como verdadero titular, y que lo había regido en interés del hijo único de su hermano Wolfgang de R… Como su abuelo, este hijo de Wolfgang llevaba el nombre de Roderich, y únicamente él podía heredar legítimamente el mayorazgo. Refería además el testamento que en una de sus estancias en Ginebra, el barón Wolfgang se había unido en matrimonio secreto con una muchacha de la nobleza, pero sin dote. Al cabo de un año quedó viudo y con un hijo, a quien nadie podía discutir la legitimidad de su nacimiento, y que estaba llamado, por lo tanto, al título del mayorazgo. Huberto, para justificar su silencio constante a propósito de esta revelación, alegaba que un pacto entre Wolfgang y él hacía de este silencio una obligación sagrada. Ya leído el testamento, el abogado V… se levantó, y presentando a los magistrados el joven que le acompañaba, les dijo: —Señores, he aquí al barón Roderich de R…, hijo legítimo de Wolfgang de R… y por derecho de herencia señor del mayorazgo de R…

Anonadado, como si hubiera estallado un rayo por encima de su cabeza, Huberto tardó un rato en reaccionar; tendió convulsivamente el brazo amenazador hacia el joven que tan inesperadamente le arrebataba la fortuna, y se precipitó fuera de la sala con todos los síntomas de ser presa de un acceso de locura. Entretanto, obedeciendo a la petición de los magistrados, Roderich presentó los documentos que establecían su identidad, así como unas cartas de su padre a la esposa. Pero, en los primeros, Wolfgang aparecía como hombre de negocios, con el seudónimo de De Born, y en cuanto a las cartas, si bien la semejanza de la letra era de fácil verificar, llevaban por única firma la inicial W. Asunto importante, que dilató la decisión de los jueces y fue motivo de una escrupulosa investigación. Enterado de lo que sucedía, Huberto dirigió inmediatamente una reclamación a la regencia del distrito para que, sin demora, le pusieran en posesión del mayorazgo, a falta de pruebas suficientes favorables a su adversario. El tribunal decidió que así se cumpliría si dentro de un corto plazo el joven Roderich no había aportado testimonios irrefutables de la legitimidad de sus

pretensiones.

El abogado V… hizo un minucioso estudio de la documentación que obraba en poder de Wolfgang de R… Una noche —serían las doce— estaba sentado en el cuarto del difunto barón, enfrascado en la consulta de antiguos legajos. Afuera lucía la luna con un fulgor siniestro, y sus reflejos lívidos surcaban las paredes de la espaciosa sala inmediata, cuya puerta estaba abierta de par en par. De pronto, un rumor de pasos en la escalera y el tintineo de un manojo de llaves le sacaron de su ocupación. Se puso en pie y dio unos pasos por la sala aguzando el oído… Una puerta se abrió y entró con paso vacilante, a medio vestir, un hombre pálido y transfigurado, que llevaba una linterna sorda en la mano. V… reconoció a Daniel. Iba a hablarle, cuando fijándose mejor en los rasgos del viejo mayordomo se dio cuenta de que obraba en completo sonambulismo, ya que andaba con los ojos cerrados. Se dirigió el sonámbulo hacia la puerta tapiada, dejó en el suelo la linterna, escogió una llave de las que llevaba colgadas al cinto y se puso a escarbar la puerta, dando roncos gemidos; unos instantes después aplicó el oído a la pared, como para escuchar algo, y con gesto imperativo pareció querer hacer callar a alguien. Al cabo de esas misteriosas demostraciones se inclinó para recoger la linterna y se alejó por el mismo camino. El abogado le siguió disimuladamente. Daniel bajó, fue a abrir la puerta, ensilló un caballo, le condujo hasta el patio del castillo, y luego, inclinando la cabeza en la postura de un palafrenero que escucha las órdenes de su amo, volvió el caballo a la cuadra y subió de nuevo a su cuarto, que cerró cuidadosamente con llave y cerrojo. Esta escena rara promovió en el espíritu del abogado la sospecha de que se había cometido en el castillo un crimen que Daniel había presenciado, y del que acaso había sido cómplice.

Al anochecer del día siguiente, al presentarse Daniel para recibir órdenes del abogado éste le cogió ambas manos y le obligó a sentarse en un sillón frente a él.

—¿Qué me dice —le preguntó— del resultado del embrollo legal entre Humberto y el joven Roderich?

—¡Vaya! ¿A mí qué me importa que mande en el castillo el uno o el otro? —respondió Daniel parpadeando y bajando la voz como temeroso de que alguien más le oyera.

—¿Pero, qué le pasa, Daniel? Está temblando como si hubiera cometido un crimen —repuso el abogado—. Se diría que ha pasado usted una noche agitada.

Por toda respuesta, Daniel se levantó con dificultad y se disponía a salir, con torva mirada, pero el abogado le hizo sentar por fuerza y le increpó severamente: —¡No salga, Daniel! Dígame ahora mismo qué hizo anoche. Más propiamente, déme una explicación de lo que vieron mis ojos—. Por Dios, ¿qué es lo que vio? —preguntó el anciano con un escalofrío. El abogado le relató la escena que ya conocemos. Al oírle, el viejo mayordomo, estupefacto, se había acurrucado en su sillón y se tapaba la cara con ambas manos para evitar la mirada fiscalizadora que le interrogaba—. Parece ser, Daniel —prosiguió el abogado—, que se le ocurre, precisamente de noche, hacer una visita a los tesoros que el anciano barón Roderich había amontonado en la torre. Los

sonámbulos responden con sinceridad, cuando están bajo los efectos del acceso a las preguntas que se les hacen; la noche que viene vamos a hablar sobre estos asuntos. —A medida que el abogado hablaba, crecía la turbación de Daniel, y a las últimas palabras de V… dio un grito agudo y cayó en un síncope. Avisados los servidores, le llevaron a su cama sin conocimiento, y de esta crisis pasó a un estado de completo letargo, que duró unas horas.

Al despertar reclamó algo de beber, despidió al criado encargado de velarle y se encerró en su cuarto.

A la noche siguiente, como cavilara el abogado sobre la manera de servirse de Daniel para obtener una prueba decisiva del presunto crimen, se oyó un ruido de vidrios al romperse. Corrió a la ventana: un denso vapor salía del cuarto de Daniel, cuya puerta hubo de ser forzada para poder salvarle. Le hallaron tendido en el suelo; rota a su lado se veía la linterna, que había abrasado las cortinas de la cama, y a no ser por los prontos auxilios, le hubieran consumido las llamas del incendio, pues para llegar a Daniel fue preciso romper la puerta, asegurada con dos enormes cerrojos. El abogado se hizo perfectamente cargo de que el viejo había querido asegurarse la imposibilidad de salir del cuarto en medio de su crisis de sonambulismo, pero el instinto ciego había podido más que la voluntad. Al encontrar un estorbo desacostumbrado despertó dejando caer al suelo la linterna que ocasionó el incendio; el temor le había privado del uso de los sentidos. Vuelto en sí, sufrió Daniel una grave y larga enfermedad, que le dejó sumido en un estado de debilidad alarmante.

El abogado, siempre en busca de las pruebas que establecieron los derechos de Roderich, su protegido, hurgaba una noche en los archivos de R… Daniel entró en el cuarto, midiendo los pasos, con las trazas de un espectro, fue directamente a la mesa-escritorio del abogado, dejó encima de ella una cartera de cuero obscuro, y cayó de rodillas, exclamando: —¡Hay un Juez en el cielo! ¡Quisiera tener tiempo de arrepentirme!—. Y abandonó la estancia tan lentamente como había entrado.

La cartera obscura contenía documentos importantísimos de puño y letra del barón Wolfgang y marcados con su sello; en ellos quedaba claramente establecida la legitimidad de su hijo, y a su través podía seguirse la historia de su casamiento secreto. Se trataba de unas pruebas indiscutibles. Huberto se vio obligado a reconocerlas, y declaró ante los jueces que renunciaba a todas sus pretensiones a la herencia de su tío Wolfgang de R… Después de esta diligencia dejó la ciudad y la comarca, y se oyó decir que había partido para San Petersburgo y que servía en el ejército ruso, con el cual había sido enviado a Persia. Después de estas noticias, su madre y su hermana se ocuparon de restablecer el orden en sus dominios de Curlandia. Roderich, locamente prendado de la hermana de Huberto, siguió a las damas en sus feudos, y el abogado V… salió para K…, quedando el castillo de R… más desierto y más sombrío que nunca.

Desde la escena de la cartera, Daniel había recaído a tal punto, que fue preciso traspasar sus atribuciones a otro mayordomo. Le sucedió Franz, en justa recompensa

de sus fieles servicios. Poco tiempo después los asuntos del mayorazgo quedaron dilucidados del todo, y se cumplieron las formalidades legales con el asesoramiento del abogado V…, que no descansó hasta ver al joven Roderich instalado en sus posesiones y a salvo de cualquier temor para el porvenir. Pronto se tuvo noticia de que su competidor Huberto había perecido en una batalla contra los persas, y en consecuencia sus bienes de Curlandia pasaron a la bella Serafina, su hermana, que compartía el amor de Roderich y que pronto se unió a él con los lazos conyugales.

Los esponsales tuvieron efecto en R… a principios de noviembre del mismo año y no se ahorraron medios para dar a la ceremonia el esplendor que requerían el elevado rango y la riqueza de los futuros esposos. El abogado V…, que se consideraba años ha como inseparable de los señores de R…, había reservado para su morada el antiguo dormitorio del viejo Roderich, pareciéndole el sitio más a propósito para vigilar los secretos de la conducta de Daniel. Una noche, el Barón y su abogado, alrededor de una mesa puesta delante del enorme brasero, trabajaban en la contabilidad de las rentas del dominio. Afuera roncaba el huracán con verdadera furia, crujían los abetos del bosque, y los murmullos del viento se quebraban y se retorcían gimiendo en las galerías.

—¡Qué espanto de tiempo, y qué bien se está aquí! —exclamó V…

—¡Sí, sí, espantoso! —repitió maquinalmente Roderich, a quien nada había logrado hasta entonces distraerle de sus cálculos. Se levantó entonces para acercarse a la ventana y observar los efectos de la tormenta, pero de pronto volvió a caer sobre el sillón, con la boca entreabierta y el brazo tendido hacia la puerta, que acababa de abrirse para dar entrada a una forma humana lívida y descarnada, que hubiera aterrado al más valiente.

Era Daniel. Aún más pálido que él y con febriles movimientos, al ver al anciano mayordomo, que escarbaba la puerta tapiada, el barón Roderich se precipitó hacia él, voceando: —¡Daniel! ¿A qué viene a estas horas, Daniel?—. El mayordomo dio un alarido, y cayó de espaldas; quisieron levantarle, y el desdichado era ya cadáver: —¡Dios eterno! —exclamó Roderich juntando las manos—. ¡A qué crimen me ha llevado un momento de terror! Este hombre era sonámbulo; y ¿por ventura no nos dicen los médicos que el llamar a una persona en ese estado por su nombre puede acarrearle la muerte?

—¡Barón —dijo gravemente el abogado—, no se acuse del castigo del hombre que acaba de morir; era el asesino del padre de usted…!

—¿De mi padre?…

—Sí, señor; al hablarle, la mano de Dios le ha caído encima. El terror de usted procede del instinto de odiosa repulsión que se apodera de nosotros a la vista o al contacto de un malvado. Las palabras que ha dicho a Daniel, y que le han herido como un rayo, son las últimas precisamente que el desventurado padre de usted había pronunciado.

Y poniendo ante sus ojos un escrito sellado y firmado por Huberto, hermano de

Wolfgang de R…, empezó a descorrer a la vista de Roderich misteriosos velos de odio y venganza: la carrera de desdichas de la familia de R… Era una especie de confesión, en la que el mismo Huberto, padre del que había muerto en Persia, declaraba que la animosidad contra su hermano Wolfang databa del establecimiento del mayorazgo de R… Este acto de la voluntad de su padre, que le privaba a él de lo más saneado de su patrimonio y daba todas las ventajas al hermano mayor, había sido la semilla de un rencor que nada lograría extinguir. Desde aquella época, cediendo a un afán irresistible de venganza, Huberto había concertado con Daniel los medios más eficaces para fomentar la desunión entre Wolfgang y el anciano barón Roderich, quien, con el deseo de dar lustre al nuevo mayorazgo proyectaba para su primogénito un matrimonio que le emparentara con una de las más antiguas familias del país. En medio de sus observaciones de los astros, había llegado a la convicción de que en su curso venía señalado este casamiento, de manera que cualquier otra elección que pudiera formar Wolfgang hubiera sido para él causa de mortal disgusto y maldición. Wolfgang, locamente enamorado, en Ginebra, de una joven de noble linaje pero sin dote, esperaba que con el tiempo llegaría a convencer a su anciano padre y lograría hacerle aprobar su casamiento secreto con la mujer adorada. Entretanto, el viejo barón, que vio en las constelaciones signos de su muerte próxima, había escrito a Ginebra para ordenar a Wolfgang que acudiera inmediatamente a su lado. Pero, a la llegada, su padre había muerto, como se ha visto en el comienzo de esta historia. Más tarde, cuando Huberto llegó a R… para arreglar el asunto de la sucesión con su hermano, Wolfgang le informó sin reserva del misterio de su casamiento, y le declaró su gozo por haber recibido el don celeste de un hijo y por poder descubrir a su esposa muy amada que el negociante «De Born», con el cual había unido su destino, era nada menos que el rico y poderoso heredero de los barones de R… Le confió también su propósito de volver a Ginebra para llevarse consigo a la Baronesa. Pero la muerte le impidió el viaje. Huberto sacó provecho de esta muerte para hacer valer su derecho a la sucesión directa en el mayorazgo, ya que nada establecía los derechos del hijo de Wolfgang; pero tenía un natural fondo de lealtad, y pronto se apoderó de su espíritu el remordimiento. Un incidente que juzgó providencial acabó de despertar en él un temor de castigo del cielo. Tenía dos hijos de doce y once años que estaban en continuo desacuerdo. Un día el mayor decía al otro: —Tú eres un miserable, mientras que a mí me verás algún día señor de R… Entonces, mi querido hermanito, tendrás que acercarte humildemente para pedirme algo con qué comprarte un jubón nuevo—. Irritado por esta burla, el menor le asestó una cuchillada, cuyas consecuencias fueron mortales. Huberto, aterrorizado por esta desgracia, mandó a San Petersburgo al único hijo que le quedaba, el cual entró en uno de los cuerpos de ejército a las órdenes del general Suvarof. La pena que le roía el alma llevó a Huberto a serias reflexiones. Con escrupulosa solicitud recogió los fondos del mayorazgo, y bajo el nombre supuesto de un pariente del negociante De Born mandó a Ginebra abundantes socorros pecuniarios para subvenir a las necesidades del hijo de Wolfgang, muy joven todavía.

En cuanto a la muerte de Wolfgang, había permanecido mucho tiempo velada por un horrible misterio, que la enfermedad de Daniel permitía por fin vislumbrar.

He aquí cómo se explicaba en la confesión de Huberto:

La noche en que iba a partir, Daniel, intentando sin duda sacar provecho de la animosidad que dividía a los dos hermanos, le había retenido en el momento de poner el pie en el estribo para hacerle ver que no era caso de abandonar de tal modo una herencia magnífica a las codicias de Wolfgang.

—¿Qué he de hacer, pues? —había gritado Huberto, iracundo, y dándose una palmada en la frente y acompañando las palabras con un gesto amenazador de su carabina, había exclamado—: ¡Y que no haya sabido hallar la oportunidad, en medio de la confusión de una partida de caza, para hacerle tragar plomo!

—¡Felicítese de no haber cedido a tal imprudencia! —replicó Daniel, apretándole el brazo—. Pero, suponiendo que no tuviera usted la responsabilidad de los medios, ¿estaría dispuesto a recobrar la posesión de estas tierras?

—¿Cómo no? —murmuró sordamente el embravecido Huberto.

—¡Quédese, pues! —le dijo Daniel—. ¡Está usted en sus dominios, barón de R…, ya que su antecesor ha muerto anoche, aplastado entre los escombros de la torre!

El drama fatídico se realizó en esta forma: Daniel, obstinado en hacerse con una buena cantidad en dinero, sin contar las dádivas del nuevo barón, había observado que Wolfgang venía todas las noches a meditar al borde del abismo que abrió un día la caída de la clave de la bóveda de la torre. Una noche, cuando ya estaba enterado de la próxima partida de Huberto, se había apostado en un ángulo sombrío de la sala de los Caballeros, a la hora en que Wolfgang solía circular por aquel sitio; y cuando el desventurado Barón abrió la puerta de la torre, le había empujado por la espalda al abismo.

Su baja codicia alcanzaba, pues, la realización de sus anhelos, y su odio se había saciado en la venganza.

Dolorosamente conmovido por tan horribles revelaciones, el barón Huberto no podía vivir en aquel castillo cubierto por un velo sangriento. Volvió a sus tierras de Curlandia y únicamente iba a R… en la época otoñal de la caza.

Y Franz, el nuevo mayordomo contaba durante mi estancia en R… que, cuando había luna llena, la sombra de Daniel se veía vagar a través de las galerías y las amplias salas del caserón.

Tal fue la versión de mi tío-abuelo, el abogado. Yo arriesgué una interrogación acerca de Serafina.

—Primo —me dijo el buen anciano—, el destino cruel que pesaba sobre el hogar de K… no se ha apiadado tampoco de la pobre joven. Dos días después de nuestra partida se despeñó durante una salida en trineo y se rompió el cráneo. El Barón no logró consolarse de esa pérdida. Primo, no volveremos nunca más a R…

Con estas últimas palabras la voz de mi tío se anegó en las lágrimas, y me despedí de él descorazonado.

* * *

Pasaron los años. El abogado dormía en la tumba hacía tiempo. La guerra y Napoleón asolaban el Norte, y yo volvía de San Petersburgo por la costa. Al pasar cerca de la pequeña ciudad de K…, distinguí a lo lejos una llama como de luz estelar. A medida que me acercaba iba acentuándose mejor lo que parecía una hoguera. Pregunté al postillón si no sería aquello un incendio.

—No, señor —me respondió—; es el faro de R…

¡El faro de R…! El nombre despertó un torrente de recuerdos en mi alma. Veía a mi adorada Serafina rodeada de una pálida aureola. Me hice acompañar a la aldea donde había morado el Intendente del dominio, y pedí que me anunciaran a éste. Quitándose la pipa de entre los labios, un hombre que vestía la librea real, me dijo: —Señor, el intendente de los dominios de R… ya no existe. Esas tierras pasaron a la Corona, al morir sin herederos el último barón de R…, hace dieciséis años.

Quise subir al caserón; únicamente vi allí unas ruinas. Los más ricos materiales se habían empleado en la construcción de un faro elegido sobre la roca. Un campesino que encontré en la ladera de un bosque de abetos me contó, muy impresionado, que en las noches de luna llena aparecían a menudo unas sombras que se perseguían entre las ruinas dando lamentos. ¡Alma de mi Serafina! —dije para mí—. Nunca más volveré a verte en estos sitios. ¡Dios te llamó a Él para unir tu voz a las de los coros angélicos!

La casa vacía

Das öde Haus (1817)

—Ya sabéis —comenzó a decir Teodoro— que pasé el último verano en ***. Los numerosos amigos y conocidos que encontré allí, la vida amable y despreocupada, las numerosas manifestaciones artísticas y científicas, todo me retuvo. Nunca me sentía tan contento como cuando me entregaba por entero a mi pasión de vagabundear por las calles, deteniéndome para ver los grabados en cobre que se exhibían en las puertas, deleitarme con los letreros y observando a las personas que salían a mi encuentro, con idea de hacerles un horóscopo; pero no sólo me atraía irresistiblemente la riqueza de las obras de arte y el lujo, sino la contemplación de los magníficos y suntuosos edificios. La alameda ornada de construcciones semejantes, que conduce a la Puerta de ***, es el punto de reunión de un público dispuesto a gozar de la vida, ya que pertenece a la clase alta o acomodada.

»En los pisos bajos de los grandes palacios se exhibían la mayor parte de las veces mercancías lujosas, mientras que en los altos habitaba gente de las clases mencionadas. Las hosterías más elegantes estaban, por lo general, en esta calle y los representantes extranjeros vivían en ella; así podéis suponer que allí había una animación especial y mayor movimiento que en otro lugar de la ciudad, dando la sensación de hallarse más poblada de lo que realmente estaba. El interés por vivir en aquel sitio hacía que muchos se conformasen con una pequeña vivienda, menor de lo que les correspondía, de suerte que muchas familias habitaban en una misma casa, como si ésta fuera una colmena.

»Con frecuencia paseaba yo por tal avenida, cuando un día, de pronto, me fijé en un paraje que difería de los demás de extraña manera. Imaginaos una casita baja, con cuatro ventanas, en medio de dos bellos y elevados edificios, cuyo primer piso apenas si se elevaba más que los bajos de las casas vecinas, y cuyo techo, en mal estado de conservación, así como las ventanas, cubiertas en parte con papeles, y los muros descoloridos, daban muestra del total abandono en que la tenía su propietario. Suponed qué aspecto tendría aquella casa entre dos mansiones suntuosas y adornadas con lujosa profusión. Permanecía delante contemplándola y observé al aproximarme que todas las ventanas estaban cerradas, que delante de la ventana del piso bajo se levantaba un muro y que la acostumbrada campanilla de la puerta cochera, así como la de la puerta principal, no existían; ni tan siquiera había un aldabón o llamador. Con el tiempo llegué al convencimiento de que la casa estaba deshabitada, ya que nunca, pasase a la hora que fuera, veía la menor huella de un ser humano. ¡Una casa deshabitada en esa parte de la ciudad! Era algo muy raro, aunque posiblemente tendría una explicación natural: que su dueño estuviese haciendo un largo viaje o que viviese en posesiones muy lejanas, sin atreverse a alquilar o vender este inmueble, por si lo necesitaba en el caso de volver a ***. Eso pensaba yo, y, sin saber cómo, me encontraba siempre paseando por delante de la casa vacía, al tiempo que permanecía no tanto sumergido en extraños pensamientos, como enredado en ellos.

»Bien sabéis todos, queridos compañeros de mi alegre juventud, que siempre me considerasteis un visionario, y que cuantas veces las extrañas apariencias de un

mundo maravilloso entraban en mi vida, vosotros, con vuestra rígida razón, lo combatíais. ¡Pues bien! Ahora podéis poner las caras de desconfianza que queráis, pues he de confesaros que yo también a veces he sufrido engaños, y que con la casa vacía parecía ir a ocurrir algo semejante, pero… al final vendrá la moraleja que os dejará aniquilados. ¡Escuchad! ¡Vamos al asunto!

»Un día, y precisamente a la hora en que el buen tono ordena pasear arriba y abajo por la alameda, estaba yo, como de costumbre, absorto en mis pensamientos, contemplando la casa vacía. De pronto, noté sin mirar que alguien se había colocado a mi lado y me observaba fijamente. Era el conde R, en muchos puntos tan afín a mí, y no me cabe la menor duda de que también estaba interesado en la casa misteriosa. Me sorprendió que, al comunicarle la extraña impresión que me había causado esa casa deshabitada en aquella parte tan frecuentada de la ciudad, sonriese irónicamente, si bien al punto me aclarase todo. El conde P. había ido mucho más lejos que yo. Después de múltiples observaciones y combinaciones, había dado con la explicación de por qué se encontraba la casa en aquel estado, y precisamente la explicación estaba relacionada con una extraña historia que sólo la más viva fantasía del poeta podía haber imaginado. Voy ahora a referiros la historia del conde, que recuerdo con entera claridad, y, por lo que respecta a lo que me sucedió luego, me siento tan excitado todavía, que os lo contaré después.

»¡Qué sorpresa fue la del conde al enterarse de que la casa vacía sólo alojaba los hornos del confitero, cuyos lujosos escaparates atraían al viandante! Por eso las ventanas del bajo, donde estaban los hornos, permanecían tapiadas, y las habitaciones del primer piso, con las cortinas echadas para evitar el sol y los insectos, protegiendo así los artículos confitados. Cuando el conde me contó esto, sentí como si me hubieran arrojado un jarro de agua fría o como si demonios enemigos hicieran burla de mis sueños poéticos… Pese a aquella explicación prosaica, siempre que desde entonces pasaba ante ella no dejaba de mirar la casa deshabitada, y, siempre que la miraba, sentía ligeros estremecimientos al imaginar toda clase de escenas extrañas. No me acostumbraba a la idea de la confitería, de los mazapanes, de los bombones, de las tartas, de las frutas escarchadas, etc. Una extraña combinación de ideas hacía que todo me sonase a secretos simbolismos y que pareciese decirme: «¡No os asustéis, amigo mío! Somos dulces criaturas, pero de un momento a otro estallará un trueno».

«Entonces yo volvía a pensar: «¿No eres acaso un loco, un iluso, que siempre tratas de convertir lo vulgar en algo maravilloso? ¿Tienen razón acaso tus amigos cuando te consideran un exaltado visionario?».

»La casa, no podía ser de otro modo, permanecía siempre igual. Llegó un momento en que, al habituarse mi vista a ella y a las ilusorias figuras que parecían reflejarse en las paredes, éstas poco a poco fueron desapareciendo. Sin embargo, una casualidad hizo que lo que parecía dormido volviese a despertar. El hecho de haber quedado todo, a pesar mío, reducido a algo prosaico, como podéis imaginar, no

impedía que yo siguiese mirando la fabulosa casa conforme a mi manera de pensar, pues soy fiel caballero de lo maravilloso.

»Sucedió, pues, que un día en que, como de costumbre, paseaba por la alameda a las doce, mi mirada se fue a detener en las ventanas cubiertas por cortinas de la casa vacía. Noté que la cortina de la última ventana, justamente junto a la tienda de la confitería, comenzaba a moverse. Se dejaron ver una mano y un brazo. Con mis gemelos de ópera pude observar claramente la bella mano femenina, de blancura resplandeciente, en cuyo dedo meñique refulgía con desusado destello un brillante, y desde cuyo brazo redondeado, de belleza exuberante, lanzaba sus destellos un rico brazalete. La mano colocó un frasco de cristal de extraña forma en el alféizar de la ventana y desapareció tras la cortina.

»Me quedé inmóvil; una rara y agradable emoción recorrió mi interior, a la manera de un calor eléctrico. Fijamente permanecí mirando a la ventana fatal y de mi pecho se escapó un suspiro. Por último, sentí como si fuese a desmayarme, y poco rato después me encontré rodeado de gentes de todas clases, que me observaban con semblante de curiosidad. Esto me disgustó, pero en seguida me di cuenta de que toda aquella muchedumbre no cesaba de comentar admirada que había caído desde un sexto piso un gorro de dormir sin que se le hubiese desgarrado ni una sola malla. Me alejé lentamente, mientras el demonio prosaico me susurraba con toda claridad al oído que la mujer del confitero, alhajada como en día de fiesta, se había asomado para dejar en la ventana un frasco de agua de rosa vacío. ¡Qué extraña ocurrencia! Pero, de pronto, tuve un pensamiento audaz; regresé al instante a contemplar el escaparate de la confitería inmediato a la casa vacía y entré.

»Mientras soplaba la espuma del hirviente chocolate que había pedido, comencé a decir:

»—En realidad habéis ampliado mucho vuestro establecimiento…

»El confitero echó con presteza un par de bombones de colores en el cucurucho de papel y, dándoselos a la encantadora joven que los solicitaba, apoyó sus brazos en el mostrador, mirándome sonriente. Volví a repetirle que había hecho muy bien en colocar el horno en la casa contigua, aunque resultaba extraña y triste la casa vacía en medio de la animada fila de edificios.

»—¡Eh señor! —repuso el confitero—. ¿Quién le ha dicho que la casa de ahí al lado me pertenece? Han sido vanos todos mis intentos de adquirirla, aunque bien creo que esa casa posiblemente oculte un enigma.

»Ya podéis suponeros, amigos míos, en qué estado de excitación me dejó esta respuesta y qué reiteradamente le supliqué que me dijese algo más de la casa.

»—¡Pues, sí, señor mío! —me dijo—. En realidad no sé nada raro de la casa; únicamente puedo aseguraros que pertenece a la condesa de S., que vive en sus posesiones, y desde hace muchos años no viene a ***. Como entonces no se habían construido los magníficos edificios que existen ahora, según me han contado, la casa está en el mismo estado que antaño y nadie sabe nada de la completa decadencia en

que se encuentra ahora. Sólo dos seres vivientes la habitan: un ancianísimo administrador muy huraño y un perro gruñón, que a veces, en el patio de atrás, ladra a la Luna. El rumor popular dice que debe de haber fantasmas en la casa vacía. Realmente mi hermano (el dueño de la tienda) y yo hemos oído varias veces en el silencio de la noche, sobre todo en Nochebuena, cuando el negocio nos hace estar al pie del mostrador, ruidos extraños que parecen venir a través de la pared desde la casa vecina. Luego comienzan a oírse unos sonidos estridentes y un rumor que nos parece horrible. Aún no hace mucho que una noche se oyeron cánticos, tan raros que apenas si puedo describirlos. Parecía la voz de una mujer de edad, pero el tono era tan penetrante, las cadencias tan variadas y los gorgoritos tan agudos, que ni siquiera los he oído en Italia, en Francia o en Alemania a las muchas cantantes que he conocido. Me pareció como si cantase con palabras francesas, que, sin embargo, no podía distinguir bien, aunque llegó un momento en que no pude oír más aquel canto loco y fantasmal que me ponía los pelos de punta. A veces, cuando el bullicio de la calle cesaba un poco, oíamos detrás del cuarto trasero profundos suspiros y luego un reír sofocado que parecía venir del suelo; pero, con el oído pegado a la pared, podía percibirse que era en la casa vecina donde suspiraban y reían. Fíjese —dijo mientras me conducía a la habitación última y señalaba a través de la ventana—, fíjese usted en aquel tubo de metal que sale del muro. A menudo humea tanto, incluso en verano, cuando nadie necesita calefacción, que mi hermano muchas veces ha regañado con el inquilino por temor a un incendio. Pero éste se disculpa, diciendo que cocina su comida. Ahora bien, lo que coma, eso sólo Dios lo sabe, pues con frecuencia se propaga un olor muy especial, sobre todo cuando el tubo humea mucho.

»La puerta de cristal de la tienda resonó, y el confitero se apresuró, al tiempo que me lanzaba una mirada y me hacía una seña indicando a la persona que entraba, seña que comprendí perfectamente. ¿Quién podía ser aquel extraño personaje sino el administrador de la casa misteriosa? Imaginaos un hombrecillo delgado y seco, con semblante de momia, nariz aguda, labios contraídos, ojos chispeantes y verdes, de gato, sonrisa de loco, el pelo negro rizado a la antigua moda y empolvado, un tupé altísimo engomado y, colgando, una gran bolsa de piel llamada *Postillon d'Amour*. Usaba un viejo vestido de color café desvaído, aunque muy bien cepillado y limpio, y grandes zapatos desgastados, con hebillas. Imaginaos que esta personilla se dirigió, mejor dicho dirigió su enorme puño, de dedos largos y robustos, hacia el escaparate y, medio sonriendo y medio contemplando los dulces preservados por el cristal, dijo con voz gemebunda y desvaída:

»—Un par de naranjas confitadas, un par de almendrados, un par de *marrons glacés*.

»Decidme y juzgad si no había motivo para pensar algo raro. El confitero sirvió todo lo que el anciano pedía.

»"¡Pesadlo, pesadlo, honorable señor vecino!", parecía susurrar aquel hombre extraño.

»Luego sacó del bolsillo, mientras gemía y suspiraba, una pequeña bolsa de cuero y buscó trabajosamente el dinero. Noté que las monedas que iba contando sobre el mostrador estaban ya en desuso. Con voz quejumbrosa murmuró:

»—Dulce…, dulce…, dulce debe ser todo… Por parte mía, todo dulce… Satanás unta el hocico de su novia con miel…, pura miel.

»El confitero me miró riéndose, y luego dijo al viejo:

—Se diría que no os encontráis bien; la edad, debe de ser la edad; las fuerzas disminuyen.

»Sin alterar su gesto, el viejo exclamó con voz aguda:

»—¿Edad? ¿Edad? ¿Que disminuyen las fuerzas? ¿Débil yo, flojo? ¡Ja, ja, ja!

»Y tras esto cerró los puños, haciendo crujir sus articulaciones, y dio tal salto en el aire, tras pisar con fuerza, que toda la tienda se estremeció y los cristales resonaron temblorosos. Pero en el mismo instante se oyó una algarabía espantosa: el viejo había pisado al perro negro, que se fue a meter entre sus piernas.

»—¡Maldita bestia! ¡Maldito perro del infierno! —dijo en voz baja, mientras, abriendo el cucurucho, le ofrecía un almendrado grande. El perro, que se había puesto a llorar como si fuera una persona, se tranquilizó, sentóse sobre sus patas traseras y empezó a roer el almendrado como un hueso. Ambos terminaron a la vez: el perro con su almendrado y el viejo zampándose todo el cucurucho.

»—Buenas noches, querido vecino —dijo alargando la mano al confitero y dándole tal apretón, que éste lanzó un grito de dolor—. El viejo y débil anciano os desea buenas noches, honorable señor confitero —repitió saliendo de la tienda y tras él su perro negro, relamiendo los restos del almendrado esparcidos por su hocico.

»Me pareció que ni siquiera había reparado en que estaba yo allí, inmóvil y asombrado.

»—Ahí le tenéis —comenzó a decir el confitero—, ahí le tenéis; así es como obra este viejo extraño, que aparece por aquí cuando menos dos o tres veces por semana, pero no hay forma de sacarle nada; sólo que es el mayordomo del conde de S., que ahora administra esta casa donde vive, y que espera todos los días, y así lleva muchos años, que la familia condal de S. retorne, y que por ese motivo no alquila la casa. Mi hermano un día fue a su encuentro y le preguntó qué era ese ruido tan extraño que hacía a medianoche, pero él, muy tranquilo, respondió:

»—Si la gente dice que hay fantasmas en esta casa, no lo creáis, no es cierto.

»A todo esto sonó la hora en que el buen tono ordena visitar las confiterías. La puerta se abrió, y una multitud elegante entró, de modo que ya no pude preguntar más. No cabía la menor duda de que las noticias del conde P. acerca de la propiedad y el empleo de la casa eran falsas, que el viejo administrador, no obstante su negativa, no vivía solo, y que allí se ocultaba un secreto. ¿Tenía alguna relación el extraño y espantoso cántico con el bello brazo que se mostró en la ventana? Aquel brazo no correspondía, no podía tener relación alguna, con el cuerpo de una mujer vieja. El cántico, sin embargo, conforme a la descripción del confitero, no provenía de la

garganta de una muchacha. Además, recordé la humareda y el extraño olor de que me había hablado, así como el frasco de cristal visto por mí, y muy pronto se ofreció a mi mente la imagen de una criatura de bellos ojos, presa de poderes mágicos. Creí ver en el viejo un brujo fatal, un hechicero, que posiblemente no tenía relación alguna con la familia condal de S. y que, por cuenta propia, se encontraba en la casa abandonada haciendo de las suyas. Mi fantasía se puso a trabajar, y aquella misma noche, no sólo en sueños, sino en el delirio que precede al dormir, vi claramente la mano con el brillante refulgente en el dedo y el brazo ceñido por el rico brazalete. Un semblante bellísimo se me apareció entre la transparente niebla gris, semblante que tenía ojos azules, tristes y suplicantes, y luego la figura encantadora de una joven en la plenitud de su belleza. Muy pronto me di cuenta de que lo que tomaba por niebla era la humareda que se desprendía del frasco de cristal que tenía la figura entre sus manos, y que subía en rizadas volutas hacia lo alto.

»«¡Oh mágica visión —exclamé extasiado—, oh mágica visión! ¿Dónde te encuentras, quién te ha encadenado? ¡Oh, cuánto amor y tristeza hay en tu mirada! Bien sé que la magia negra te tiene prisionera, que eres la desgraciada esclava de un demonio malicioso, vestido con ropas marrones que trastea por la confitería, da saltos capaces de destruir todo y pisa a perros infernales, que alimenta con almendrados, cuando, a fuerza de aullidos, han consumado sus evocaciones satánicas… ¡Oh, ya lo sé todo, bella y encantadora criatura! ¡El diamante es el reflejo de tu brillo interior! ¡Ah!, si no le hubieses dado la sangre de tu corazón, ¿cómo iba a brillar así, con rayos tan multicolores y con tonos tan maravillosos que jamás ha podido ver un mortal? Sí, sé muy bien que el brazalete que ciñe tu brazo es una argolla de la cadena a que hacía referencia el hombre vestido de marrón, que es un eslabón magnético. ¡No le hagas caso, hermosa mía! Ya veo cómo se suelta y cae en la encendida retorta, desprendiendo llamas azuladas. ¡Yo lo he echado y ya estás libre! ¿Acaso no sé todo, acaso no sé todo, amada mía? Pero escúchame, encantadora, abre tus labios y dime…».

»En el mismo instante un puño poderoso me empujó contra el frasco de cristal, que se rompió en mil pedazos, esparciéndose por el aire. Con un débil quejido de dolor, la encantadora figura desapareció en la oscura noche…

»¡Ah! Veo por vuestra sonrisa que de nuevo me tomáis por un visionario. Pero os aseguro que todo el sueño, si es que no queréis prescindir de este nombre, tenía el perfecto carácter de una visión. Como veo que continuáis sonriéndoos y negándoos a creerme, de un modo prosaico, prefiero no decir nada, sino terminar de una vez.

»Apenas amaneció, corrí muy intranquilo y lleno de deseos hacia la alameda y me aposté frente a la casa vacía. Además de las cortinas interiores, había rejas. La calle estaba totalmente vacía. Me acerqué a la ventana del piso bajo y me puse a escuchar atentamente. Pero no oí nada; todo estaba en un silencio sepulcral. Ya se hacía de día y comenzaba a animarse el comercio; debía irme de allí. Os cansaría si os contase cuántos días fui a la casa en momentos diversos, y todo en vano, sin poder descubrir

nada, y cómo todas mis investigaciones y observaciones no me procuraron ninguna noticia. Así es que, finalmente, la bella imagen de la visión que había contemplado fue esfumándose.

»Mas he aquí que un día que volvía de dar un paseo por la tarde, al pasar por delante de la casa vacía noté que la puerta estaba medio abierta; entré. El hombre del traje marrón se asomó. Yo había tomado una resolución. Pregunté al viejo:

»—¿Vive aquí Binder, el consejero de Hacienda?

»Al tiempo empujaba la puerta para entrar en un vestíbulo iluminado débilmente por la luz de una lámpara. El viejo me miró con su sonrisa permanente y dijo con voz lenta y gangosa:

»—No, no vive aquí; nunca ha vivido aquí, nunca vivirá aquí y tampoco vive en toda la alameda. Pero la gente dice que en esta casa hay fantasmas. Sin embargo, puedo asegurarle que no es cierto; es una casa muy tranquila, muy bonita, y mañana vendrá la respetable condesa de S. ¡Buenas noches, mi querido amigo!

»Apenas terminó de decir esto, el viejo se las ingenió para echarme de la casa y cerrar la puerta tras de mí. Oí cómo resonaban las llaves en su llavero, mientras subía las escaleras, carraspeando y tosiendo. Aquel escaso tiempo fue suficiente, sin embargo, para que viese que en el vestíbulo colgaban tapices antiguos de varios colores y que la sala estaba amueblada con sillones de damasco rojo, todo lo cual le daba un aspecto extraño. ¡Nuevamente volvieron a despertarse en mi interior la fantasía y la aventura tras de haber entrado en la casa misteriosa!

»Imaginaos…, imaginaos al día siguiente en qué estado volví a recorrer la alameda al mediodía. Al dirigir la mirada involuntariamente hacia la casa vacía, observé que algo brillaba en el piso alto. Al acercarme vi que la persiana estaba levantada y la cortina medio corrida. ¡Oh, cielos! Apoyado en su brazo, el bello semblante de aquella visión mía me miraba suplicante. ¿Era posible permanecer quieto en medio de la muchedumbre? En aquel momento me fijé en el banco destinado a los viandantes, colocado precisamente ante la casa vacía aunque de espaldas a la fachada. Con paso rápido caminé por la alameda y, apoyándome sobre el respaldo del banco, pude contemplar sin ser molestado la ventana fatal. ¡Sí!, era ella, la encantadora y bella criatura, los mismos rasgos… Sólo que su mirada incierta… no se dirigía a mí, según me pareció, sino más bien denotaba algo artificial, como muerto. Daba la engañosa impresión de pertenecer a un cuadro, impresión que hubiera sido completa de no haberse movido el brazo y la mano. Totalmente absorto en la contemplación del extraño ser que estaba asomado a la ventana, y que me causaba tan rara exaltación, no oí la voz temblona de un vendedor ambulante italiano que inútilmente me ofrecía su mercancía. Como me tocase el brazo, volvíme con presteza y le reñí furioso. No me dejaba un instante con sus súplicas pedigüeñas. En todo el día no había ganado nada; decía que le comprase un par de lápices o un paquete de mondadientes. Impaciente, para librarme a toda prisa de aquel pesado, metí la mano en el bolsillo en busca de mi bolsa mientras él me decía:

»—Aún tengo cosas más bonitas.

»Buscó en su caja y sacó un espejito, que estaba en el fondo con otros cristales, y me lo mostró de lejos. Volví a mirar la casa vacía, la ventana y los rasgos de aquel encantador y angelical semblante de la visión que se me había aparecido.

»Apresurado compré el espejito, que me permitió, sin necesidad de molestar al vecino, mirar hacia la ventana. Así es que, contemplando durante largo rato el rostro misterioso, me sucedió que experimenté un sentimiento rarísimo e indescriptible, como si estuviera soñando despierto. Tuve la sensación de que me paralizaba, pero más bien que los movimientos del cuerpo, la mirada, que no podía apartar del espejo. Confieso con rubor que recordé aquellos cuentos infantiles que me relataba en mi tierna niñez la criada al acostarme, cuando me divertía contemplándome en el gran espejo de la habitación de mi padre. Me dijo entonces que, cuando los niños se miran mucho por la noche al espejo, ven la cara horrible de un desconocido, y esto hacía que a veces permanecieran mirando fijamente. Aquello me parecía horroroso, pero aún sobrecogido por el espanto, no podía dejar de mirar a través del espejo, porque tenía una gran curiosidad de ver el semblante desconocido. Una vez me pareció ver un par de ojos brillantes, horribles, que despedían chispas desde el espejo; me puse a gritar y caí desvanecido. En aquella ocasión se me declaró una larga enfermedad, y todavía hoy tengo la sensación de que aquellos ojos me están mirando. En una palabra: todas aquellas boberías de mi infancia pasaron por mi imaginación; sentí que se me helaban las venas, y quise apartar de mi lado el espejo…, pero no pude. Los ojos celestiales de la encantadora criatura me contemplaban. Sí, su mirada penetraba directamente en mi corazón.

»Luego aquel espanto que me sobrecogió repentinamente cesó y dio paso a un suave dolor y a una dulce nostalgia, semejante al efecto de una sacudida eléctrica.

»—¡Tenéis un espejo envidiable! —dijo una voz junto a mí.

»Desperté como de un sueño, y cuál no sería mi desconcierto cuando encontré a mi lado unos semblantes que sonreían de modo equívoco. Varias personas se habían sentado en el mismo banco y era lo más probable que, por mi insistencia en mirar al espejo y quizá por los extraños gestos que debí de hacer en el estado de exaltación en que me encontraba, diese un espectáculo muy divertido.

»—Tenéis un espejo envidiable —repitió la voz al ver que yo no respondía—. ¿Por qué miráis con tanta fijeza?

»Un hombre ya de edad, vestido muy cuidadosamente, que en el tono de su conversación y en la mirada tenía algo de bondadoso e inspiraba confianza, era quien me hablaba. No tuve reparo en decirle que precisamente en el espejo veía a una joven maravillosa que estaba asomada a la ventana de la casa vacía. Fui más lejos aún: pregunté al viejo si veía él también aquel maravilloso semblante.

»—¿Ahí, en aquella casa vieja…, en la última ventana? —me preguntó asombrado el viejo.

»—Ciertamente, ciertamente —repuse.

»El viejo se sonrió y comenzó a decir:

»—Os habéis engañado de un modo extrañísimo… Doy gracias a que mis viejos ojos… ¡Dios bendiga mis viejos ojos! ¡Eh, eh, señor mío! En efecto, sí, yo también he visto con estos ojos bien abiertos el semblante maravilloso asomado a la ventana. Aunque realmente bien creo que se trata de un retrato al óleo.

»Rápidamente me volví hacia la ventana: todo había desaparecido y la persiana se había bajado.

»—Sí —continuó el viejo—; sí, señor mío, no es demasiado tarde para convencerse de que precisamente ahora el criado que vive ahí solo, como un castellano, en los cuarteles de la condesa de S., acaba de limpiar el polvo del cuadro, lo ha quitado de la ventana y bajó la persiana.

»—¿Así que era un cuadro? —pregunté totalmente desconcertado.

»—Confiad en mis ojos —repuso el viejo—. Al ver en el espejo sólo el reflejo del cuadro ha sido usted fácilmente engañado por la ilusión óptica. ¿Acaso yo, cuando tenía vuestra edad, gracias a mi fantasía, no era capaz de evocar la imagen de una bella joven y de darle vida?

»—Pero la mano y el brazo se movían —insistí.

»—Sí, sí; se movían, todo se movía —dijo el viejo sonriendo y dándome un golpecito en el hombro. Luego se levantó y después de hacerme una reverencia se despidió con estas palabras—: Tened cuidado con esos espejos de bolsillo, que mienten tan engañosamente. Téngame por su más obediente servidor.

»Podéis imaginar cuál sería mi estado de ánimo cuando me vi tratado como si fuera un ser fantástico, necio y visionario. Quedé convencido de que el viejo tenía razón, de que toda aquella loca fantasmagoría había tenido lugar en mi interior, y que todo lo de la casa vacía, para vergüenza mía, sólo era una mixtificación repelente. De muy mal humor y muy disgustado abandoné el banco, decidido a librarme de una vez para siempre del misterio de la casa vacía o, por lo menos, dejar transcurrir unos días sin pasear por la alameda ni por aquel sitio.

»Seguí tal propósito al pie de la letra. Pasaba las horas ocupado en los negocios de mi bufete, y al atardecer pasaba el rato en un círculo de alegres amigos, de tal modo que no volvieron a atormentarme aquellos secretos. Únicamente me sucedía algunas noches que me despertaba como si alguien me tocase, y entonces tenía la clara sensación de que sólo el ser misterioso que se me había aparecido al mirar la ventana de la casa vacía era la causa de mis sobresaltos. Incluso cuando estaba en mi trabajo o en animada conversación con mis amigos me estremecía con este pensamiento, como si hubiese recibido una sacudida eléctrica. Pero esto sucedía en momentos fugaces. El pequeño espejo de bolsillo, que en otro tiempo tan mentirosamente había reflejado la imagen amable, ahora me servía para menesteres prosaicos: acostumbraba a hacerme el nudo de la corbata ante él. Pero sucedió un día que lo encontré opaco, y echándole el aliento lo froté para darle brillo. Se me detuvo el pulso y todo mi ser se estremeció al experimentar un sentimiento de terror no

exento de cierto agrado. Sí…, ciertamente tengo que calificar de ese modo la sensación que me sobrecogió cuando eché el aliento al espejo, pues contemplé, en medio de una neblina azul, el bello rostro, que me miraba suplicante, con una mirada que traspasaba el corazón. ¿Os reís? Sí, estáis convencidos de que soy un visionario sin remedio. Mas decid lo que queráis, pensad lo que queráis; no me importa. La maravillosa mujer me miraba, en efecto, desde el espejo; pero en cuanto cesé de echarle aliento al espejo, desapareció su rostro de él… No quiero fatigaros más. Pues voy a referir todo lo que sucedió después. Sólo os diré que incansablemente yo repetía la experiencia del espejo y casi siempre lograba evocar la imagen, aunque algunas veces mis esfuerzos resultaban infructuosos. Entonces corría como loco hacia la casa vacía y me ponía a contemplar la ventana; pero ningún ser humano se asomaba… Vivía sólo pensando en ella; todo lo demás me parecía muerto, sin interés; abandoné mis amigos, mis estudios.

»En estas circunstancias muchas veces sentía un dolor suave y una nostalgia como soñadora. Parecía a veces como si la imagen perdiese fuerza y consistencia, aunque en otras ocasiones se agudizaba de tal modo que recuerdo algunos momentos con verdadero espanto.

»Me encontraba en un estado de ánimo tal, que hubiera estado a punto de ser mi perdición. Pero aunque os riáis y os burléis de mí, escuchad lo que voy a contaros. Como ya os dije, cuando aquella imagen palidecía, lo que sucedía muy a menudo, sentía un malestar muy grande. Entonces la figura hacía su aparición con una viveza tal, con un brillo tan grande, que me daba la sensación de poder tocarla. Aunque realmente también tenía la horrible impresión de ser yo mismo la figura envuelta por la niebla que se reflejaba en el espejo. Aquel estado penoso terminaba siempre con un agudo dolor en el pecho y luego con una gran apatía que me dejaba presa de un total agotamiento. En los momentos en que fracasaba en mi intento del espejo, notaba que me quedaba sin fuerzas; pero cuando volvía a aparecer la imagen en él, no he de negar que experimentaba un extraño placer físico. Esta continua tensión ejercía sobre mí un influjo maligno; con una palidez mortal y totalmente destrozado, andaba vacilante; mis amigos me consideraban enfermo y sus continuas advertencias me obligaron a meditar seriamente acerca de mi estado.

»Fuera intencionadamente o de forma casual, unos amigos que estudiaban medicina, en una visita que me hicieron dejaron allí un libro de Reil sobre las enfermedades mentales. Comencé a leerlo. La obra me atrajo irresistiblemente, pero ¡cuál no sería mi asombro al ver que todo lo que se decía en torno a la locura obsesiva lo experimentaba yo!

»El profundo espanto que sentí, al imaginarme cercano al manicomio, me hizo reflexionar, y tomé una decisión, que ejecuté al momento. Guardé mi espejo de bolsillo y me dirigí rápidamente al doctor K., famoso por su tratamiento y curaciones de dementes, debidas al profundo conocimiento que tenía del principio psíquico, que a menudo es causa de enfermedades corporales, pero mediante el cual también

pueden curarse. Le referí todo, no oculté ni el menor detalle, y juré que haría cuanto pudiera para salvarme del monstruoso destino en que veía una amenaza. Me escuchó atentamente, y luego noté cómo en su mirada se reflejaba un gran asombro.

»—Aún no está el peligro cerca —me dijo—; no está tan cerca como creéis, y os afirmo con toda certeza que puedo alejarlo. No hay la menor duda de que padecéis un mal psíquico, pero el mismo reconocimiento del ataque de un principio maligno os permite tener a mano el arma con que defenderos. Dejadme el espejo, dedicaos a algún trabajo que ocupe todas vuestras fuerzas, evitad la alameda, trabajad desde muy temprano todo lo que podáis resistir. Después de un buen paseo, reuníos con vuestros amigos, que hace tanto que no veis. Comed alimentos saludables, bebed buen vino. Como veis, trato de fortalecer vuestro cuerpo y de dirigir vuestro espíritu hacia otras cosas, para alejar de vos la idea fija, es decir, la aparición que os ofusca, ese semblante en la ventana de la casa vacía que veis reflejada en vuestro espejo. ¡Seguid al pie de la letra mis prescripciones!

»Me resultaba difícil separarme del espejo. El médico, que ya lo había cogido, pareció notarlo. Echó su aliento sobre él y me preguntó mientras lo retenía:

»—¿Veis algo?

»—Nada, ni la menor cosa —repuse, como realmente sucedía.

»—Echad vos el aliento —dijo el médico, mientras me lo devolvía.

»Así lo hice, y la imagen maravillosa apareció más claramente que nunca.

»—¡Aquí está! —exclamé en voz alta.

»El médico miró y dijo:

»—No veo absolutamente nada, pero no he de ocultaros que, en el mismo instante en que miré en vuestro espejo, sentí un estremecimiento siniestro, que se me pasó en seguida. Bien sabéis que soy muy sincero, y por eso merezco vuestra confianza. Repetid la prueba.

»Así lo hice; el médico me rodeó con sus brazos; sentí su mano en mi nuca. La imagen volvió. El médico, que miraba conmigo en el espejo, palideció; luego, quitándome el espejo de la mano, miró de nuevo, lo guardó en su pupitre y volvióse hacia mí, mientras se secaba el sudor de la frente.

»—Seguid mi prescripción —comenzó a decir—. Seguid punto por punto mi prescripción. Tengo que reconocer que aquellos momentos en que vuestro yo interior siente un dolor físico me resultan muy misteriosos, aunque espero poder deciros pronto algo acerca de este asunto.

»Seguí al pie de la letra los consejos del médico, por muy penoso que me resultara, y aunque pronto sentí la influencia beneficiosa de la dieta ordenada y de los diversos trabajos en que se ocupaba mi espíritu, sin embargo no pude verme totalmente libre de aquellos horribles accesos, que solían manifestarse al mediodía, y sobre todo a las doce de la noche. Incluso en medio de las más alegres reuniones, bebiendo y cantando, me sucedía como si atravesasen mi interior puñales incandescentes, y entonces eran inútiles todos los esfuerzos que hacía para resistir;

tenía que alejarme, pudiendo solamente volver a casa cuando retornaba de mi desvanecimiento.

»Sucedió, pues, que un día, estando en una reunión nocturna en la que se hablaba de efectos e influencias, se trató también del oscuro y desconocido campo del magnetismo. Se hacía referencia preferentemente a la posible influencia de un lejanísimo principio psíquico, y se pusieron muchos ejemplos. Sobre todo, un joven médico, muy dado al magnetismo, demostró que, tanto él como otros muchos, mejor dicho, como todos los magnetizadores poderosos, podía obrar desde lejos mediante su pensamiento y voluntad sobre una sonámbula. Todo lo que habían dicho Kluge, Schubert, Bartels y otros podía demostrarse con pruebas.

»—Me parece que lo más importante —terminó finalmente uno de los presentes, un conocido médico que estaba allí como atento observador—, lo más importante de todo es que el magnetismo parece encerrar muchos enigmas, que, por lo general, no se consideran secretos en la vida diaria, sino simples experiencias. Así pues, tenemos que andar con pies de plomo. ¿Cómo es posible que suceda que, aparentemente, sin motivo alguno externo o interno, y rompiendo la cadena de los pensamientos, una determinada persona o simplemente la imagen fiel y viva de algún acontecimiento se apodere de nosotros de manera que nos quedemos asombrados? Lo más notable es lo que a menudo experimentamos en sueños. Toda la imagen del sueño se hunde en un negro abismo, y he aquí que de nuevo, independientemente de la imagen de aquel sueño, surge otra con poderosa vida, imagen que nos transporta a lejanas regiones y de pronto nos pone en relación con personas aparentemente desconocidas, en las que hacía ya muchos años no pensábamos. Sí, y todavía más, a menudo contemplamos personas desconocidas o que conocimos hace muchos años. Como cuando decimos algunas veces: «¡Dios mío! Este hombre, esta mujer me resultan conocidos; me parece haberlos visto ya en alguna parte», es probable, aunque parezca mentira, que sea el recuerdo oscuro de un sueño. ¿Cómo podría explicarse esta súbita aparición de imágenes extrañas en medio de nuestras ideas, que suelen apoderarse de nosotros con una fuerza especial, si no fuese porque son motivadas por un principio psíquico? ¿Cómo sería posible ejercer influencia en un espíritu extraño en determinadas circunstancias, y sin preparación alguna, de forma que podamos obrar sobre él como si estuviera muerto?

»—Un paso más —añadió otro riéndose— y estamos en los embrujamientos, la magia, los espejos y las necias fantasías y supersticiones de los tiempos antiguos.

»—¡Eh! —interrumpió el médico al escéptico—. No hay ninguna época anticuada, y mucho menos puede considerarse necios a los tiempos pasados en que hubo hombres que pensaron, pues también tendríamos que considerar necia nuestra propia época. Hay algo, por mucho que nos esforcemos en negarlo, y que más de una vez se ha demostrado, y es que en el oscuro y misterioso reino, que es la patria de nuestro espíritu, arde una lamparita, perceptible por nuestra mirada, ya que la Naturaleza no ha podido negarnos el talento y la inclinación de los topos, pues,

ciegos como somos, buscamos orientarnos a través de caminos de tinieblas. Y así como los ciegos de la tierra reconocen la proximidad del bosque por el rumor de las hojas de los árboles, por el murmullo y el sonido de las aguas, y se cobijan en sus sombras refrescantes, y el arroyo les calma su sed, de forma que su anhelo alcanza la meta deseada, del mismo modo presentimos nosotros, gracias al resonante batir de alas y al aliento espiritual de los seres, que nuestro peregrinaje nos conduce al manantial de la luz, ante la cual se abren nuestros ojos.

»No pude resistir más tiempo, y, volviéndome hacia el médico, le dije:

»—Considero, y no quiero entrar en más profundidades, considero posible no sólo esta influencia, sino también otras, y creo que en el estado magnético pueden realizarse operaciones gracias al principio psíquico. Asimismo —continué— creo que existen fuerzas demoníacas enemigas que pueden ejercer su poder maléfico sobre nosotros.

»—Serán partículas malignas de espíritus caídos —repuso el médico riéndose—. No, no debemos admitir esto, y sobre todo les suplico que no tomen estas insinuaciones mías sino como simples sugerencias, a las que voy a añadir que no creo en un indiscutible dominio de un principio espiritual sobre otro, sino más bien tengo que admitir que todo sucede a causa de una debilidad de la voluntad, cambio o dependencia que permite este dominio.

»—En fin —comenzó a decir un hombre de edad que había permanecido callado, aunque escuchando muy atentamente—, en fin, estoy de acuerdo con vuestras extrañas ideas acerca de los misterios impenetrables con los que tratamos de familiarizarnos. Si existen misteriosas riquezas activas, que se ciernen sobre nosotros amenazadoramente, tiene que existir alguna anormalidad en nuestro organismo espiritual que nos robe fuerza y valor para resistir victoriosamente. En una palabra: sólo la enfermedad del espíritu, los pecados, nos hacen siervos del principio demoníaco.

»Es digno de notarse —prosiguió— que ya, desde los tiempos más remotos, las fuerzas demoníacas sólo actuaban sobre los hombres que sufrían grave trastorno espiritual. Me refiero, sobre todo, a encantos o hechicerías amorosas de que están llenas todas las crónicas. En los más disparatados procesos brujeriles aparecen siempre, e, incluso en los códigos de algunas naciones muy civilizadas, se habla de filtros amorosos, destinados a obrar psíquicamente, que no sólo despiertan el deseo amoroso, sino que irresistiblemente obran sobre una determinada persona. Ya que la conversación trata de estas cosas, recordaré un suceso trágico que sucedió en mi propia casa hace poco tiempo. Cuando Bonaparte invadió nuestro país con sus tropas, un coronel de la Guardia Noble italiana se alojó en mi casa. Era uno de los pocos oficiales de la llamada Grande Armée, que se había distinguido por su conducta digna y correcta. De semblante pálido, sus ojos hundidos daban señales de estar enfermo o presa de una profunda preocupación. Pocos días después de su llegada, estando conmigo, sucedió algo que manifestó la especie de enfermedad de que se veía

atacado. Me encontraba yo precisamente en su habitación cuando, de pronto, comenzó a suspirar y se llevó una mano al pecho, o mejor dicho, a la altura del estómago, como si sintiese dolores mortales. Llegó un momento en que no pudo hablar, viéndose obligado a tumbarse en el sofá; luego, de pronto, perdió la visión y se quedó rígido, sin conocimiento, como un palo. Pero después se incorporó como si despertase de un sueño, aunque era tal su cansancio, que durante mucho tiempo no pudo moverse. Mi médico, a quien yo envié después de haber probado diversos métodos, comenzó a tratarle magnéticamente, y esto pareció ejercer algún efecto. Pero, en cuanto dejaba de magnetizarle, el enfermo experimentaba un sentimiento insoportable de malestar. Como el médico se había ganado la confianza del coronel, le confesó éste que en aquellos momentos veía la imagen de una joven que había conocido en Pisa; tenía entonces la sensación de que su mirada ardiente penetraba en su interior, y era cuando experimentaba aquellos dolores insoportables, hasta que caía inconsciente. Aquel estado le causaba tal dolor de cabeza y una tensión tal como si hubiera vivido un éxtasis amoroso.

»Nada dijo de cuáles fueran las relaciones que hubiera tenido con aquella mujer. Las tropas estaban a punto de emprender la marcha; el coche del coronel hallábase a la puerta, éste estaba desayunando, y he aquí que, en el mismo momento de llevarse a los labios un vaso de vino de Madera, se desplomó, cayendo al suelo, al tiempo que profería un grito. Estaba muerto. Los médicos diagnosticaron un ataque nervioso fulminante. Unas semanas después, me entregaron una carta dirigida al coronel. Yo no tenía intención de abrirla, pues pensaba dársela a algún amigo de sus familiares, al tiempo de comunicarles la noticia de su repentina muerte. La carta provenía de Pisa, y supe que contenía las siguientes palabras: «¡Infeliz! Hoy, día 7, a las doce del mediodía, falleció Antonia, abrazando amorosamente tu imagen traicionera». Miré el calendario, en el que había señalado el día de la muerte del coronel, y vi que el fallecimiento de Antonia había sido a la misma hora que el suyo.

»No quise escuchar el resto de la historia que refería aquel hombre, pues me invadió tal terror al reconocer mi propio estado en el del coronel italiano, que salí apresurado, rabiando de dolor, poseído por el loco anhelo de ver la imagen desconocida. Corrí hacia la casa fatal. Desde lejos me pareció ver brillar luces a través de las persianas bajadas; pero, a medida que me fui aproximando, se desvaneció el brillo.

»Furioso, ebrio de amor, me lancé hacia la puerta, que cedió a mi empuje. Me encontré en un vestíbulo débilmente iluminado. El corazón me saltaba del pecho, tal era la angustia y la impaciencia que sentía; se oyó un cántico caudaloso que parecía provenir de una garganta femenina cuyo tono agudo resonaba en toda la casa; en fin, no sé cómo sucedió que me encontré de pronto en una gran sala iluminada con muchas velas, amueblada a la manera antigua, con muebles dorados y muchos exóticos jarrones japoneses. Una nube de humo se elevaba, como una neblina azul.

»—¡Bienvenido seas, seas bienvenido…, dulce desposado!… ¡Ha llegado la hora

de la boda! —se oyó gritar a una voz de mujer.

»Como todavía no sé cómo hice mi aparición en la sala, tampoco puedo decir de qué modo apareció de improviso resplandeciente, a través de la niebla, una bella figura juvenil, ataviada con ricos vestidos, que se dirigió hacia mí con los brazos abiertos mientras repetía: «¡Bienvenido seáis, dulce desposado!», al mismo tiempo que un semblante horriblemente deformado por la edad y la locura me miraba con fijeza a los ojos. Mi espanto fue tan grande que vacilé, como si estuviera fascinado por la mirada penetrante y vivaz de una serpiente de cascabel; no podía apartar los ojos de aquella vieja horrible ni tampoco podía dar un paso.

»Acercóse a mí, y entonces tuve la sensación de que su espantoso rostro era sólo la máscara recubierta de un tenue velo, que mostró con apariencia más bella a través del espejo. Sentía ya el contacto de las manos de aquella mujer cuando, dando un agudo chillido, se tiró al suelo. Se oyó entonces una voz detrás de mí que decía:

»—¡Vaya, vaya! Otra vez el diablo está de broma con Vuestra Excelencia. ¡A la cama, a la cama! ¡Si no habrá palos muy fuertes!

»Me volví rápidamente y vi al administrador en camisa, agitando un látigo sobre su cabeza. Trataba de descargar sus golpes sobre la vieja, que se revolcaba en el suelo dando alaridos. Le agarré el brazo y, tratando de evitarme, exclamó:

»—¡Truenos y centellas, señor mío! Satanás hubiera estado a punto de matarla de no haber aparecido yo a tiempo. ¡Largo, largo de aquí!

»Salí de la sala, y en vano traté de encontrar la puerta de la calle en la oscuridad. Desde allí escuché los latigazos y los gritos y gemidos de la vieja. Empecé a pedir auxilio a gritos, pero noté que el suelo se hundía bajo mis pies y caí escaleras abajo, yendo al fin a dar contra una puerta, de tal modo que ésta se abrió y fui rodando a parar a un cuartito. Cuando vi la cama, en la que había huellas de haber sido abandonada recientemente, y observé la levita color marrón que estaba colgada en una silla, reconocí al instante la casaca del viejo administrador. Pocos instantes después, se oyeron pasos por la escalera, y éste descendió y vino a ponerse a mis pies.

»—¡Por todos los santos —me suplicó con las manos unidas—, por todos los santos, no sé quién sois y cómo la vieja bruja ha podido atraeros! Pero os ruego que calléis, que no digáis nada de lo que aquí ha sucedido; de lo contrario, me quedaré sin empleo y sin pan. Su excelencia, la loca, ya ha recibido su castigo y se encuentra atada a la cama. Dormid bien, honorable señor, con toda tranquilidad. ¡Sí, que podáis dormir bien! Es una noche de julio muy agradable y calurosa, y aunque no hay luna, el resplandor de las estrellas os alumbrará… Así es que, ¡muy buenas noches!

»Apenas terminó su discurso, el viejo se levantó y, cogiendo una luz, me empujó fuera del subterráneo, y, haciéndome cruzar la puerta, la cerró.

»Me encaminé hacia mi casa completamente desconcertado y, ya podéis imaginar que, sin dejar de pensar en el horrible secreto, ni poder de momento establecer la menor relación entre aquellas cosas y lo sucedido el primer día. Sólo estaba seguro de algo: de que estaba ya libre del poder maligno que me había retenido durante tanto

tiempo. Todo el doloroso anhelo que había sentido por causa de la encantadora imagen había desaparecido, pues súbitamente, con aquella visita había tenido la sensación de entrar en un manicomio. No me cabía la menor duda de que el administrador era el guardián tiránico de una mujer loca, de noble cuna, cuyo estado quizá quisiera ocultarse al mundo; pero lo que no se explicaba era el espejo…, aquel semblante encantador… En fin, ¡sigamos, sigamos!

»Pasado algún tiempo asistía a una reunión muy concurrida del conde P., y éste, llevándome a un rincón, me dijo sonriendo:

»—¿Sabéis que ya se empieza a descifrar el secreto de nuestra casa vacía?

»Intenté escuchar lo que el conde trataba de referir, pero como en aquel momento se abrieron las puertas del comedor, nos encaminamos a la mesa. Totalmente ensimismado, pensando en los secretos que el conde iba a revelarme, ofrecí el brazo a una joven dama y mecánicamente seguí el rígido ceremonial de la fila. La conduje al puesto que nos ofrecían y, al contemplarla, vi los mismos rasgos que la imagen del espejo, y eran tan exactos que no cabía engaño. Ya podéis imaginaros que me estremecí, pero también puedo asegurar que no hubo entonces la menor resonancia de aquella loca y fatídica pasión que se apoderaba de mí cada vez que veía en el espejo la imagen de aquella mujer.

»Mi sorpresa, aún más, mi espanto, debió reflejarse en mis ojos, pues la joven me miró asombrada, de tal modo que consideré necesario sobreponerme y, con toda la serenidad de que era capaz, la expliqué que tenía la sensación de haberla visto en alguna parte. La breve explicación que me dio era que esto no era posible, pues ayer por primera vez había venido a ***, lo que realmente me desconcertó. Enmudecí. Sólo la mirada angelical que me lanzaron los bellos ojos de la joven me reanimó. Bien sabéis cómo en estas ocasiones las antenas espirituales se tienden y palpan suave, suavemente, hasta que se vuelve a captar el tono. Así lo hice y muy pronto hallé que aquella encantadora criatura tenía cierta sensibilidad enfermiza. Cuando yo salpicaba la conversación con alguna palabra atrevida y rara, para darle sabor, noté que sonreía, aunque su sonrisa era dolorosa.

»—No estáis alegre, amiga mía; quizá haya sido la visita de esta mañana.

»Esto dijo un oficial, no lejos de nosotros, a mi dama; pero en el mismo instante su vecino le cogió del brazo y le dijo algo al oído, en tanto que una señora, al otro lado de la mesa, con las mejillas encendidas y la mirada refulgente, se puso a hablar en voz alta de la magnífica ópera que había visto representar en París y a compararla con las actuales. A mi vecina se le saltaron las lágrimas.

»—Soy tonta —dijo volviéndose hacia mí.

»Como antes habíase quejado de jaqueca, le dije:

»—Esto es resultado de su dolor de cabeza y lo mejor para estar alegre es la espuma que rebosa esta bebida poética.

»Al decir estas palabras serví *champagne* en su copa, que rehusó al principio, aunque luego probó, y con su mirada agradeció la alusión a sus lágrimas, que no

podía ocultar. Pareció alegrarse un poco y todo hubiera ido bien si yo, inesperadamente, no hubiese tropezado en un vaso inglés, que resonó con un sonido estridente y agudísimo. Mi vecina palideció mortalmente e incluso a mí mismo me sobrecogió un espanto repentino, porque el sonido de la copa era igual a la voz de la vieja loca de la casa vacía.

»Cuando nos dirigíamos a tomar café tuve ocasión de acercarme al conde P.; él se dio cuenta en seguida del motivo.

»—¿Sabéis que vuestra vecina es la condesa Edmunda de S.? ¿Sabéis que la hermana de su madre está encerrada en la casa vacía desde hace varios años como loca incurable? Hoy por la mañana, ambas, madre e hija, estuvieron a ver a la desdichada. El viejo administrador, el único que era capaz de dominar los tremendos ataques de la condesa, y que había tomado sobre sus hombros esta responsabilidad, ha fallecido, y se dice que la hermana, por fin, ha sido confiada en secreto al doctor K., que buscará remedios extremos, si no para curarla totalmente, al menos para librarla de los horribles ataques de locura furiosa que padece de vez en cuando. No sé más por ahora.

»Como algunos se acercaran, interrumpió la conversación. El doctor K. era precisamente la única persona a la que yo había comunicado mi extraña situación; así es que podéis suponeros que, en cuanto pude, me apresuré a verle y a referirle punto por punto todo lo que me había sucedido desde la última vez que le vi. Le supliqué que, para tranquilidad mía, me contase todo lo que supiese acerca de la vieja loca y no tardó lo más mínimo, después que le prometí guardar el secreto, en confiarme lo siguiente:

»—Angélica, condesa de Z. —así comenzó el doctor—, no obstante estar bordeando los treinta años, se encontraba en la plenitud de su singular belleza, cuando he aquí que el conde de S., más joven que ella, tuvo ocasión de verla en la corte de *** y quedó prendado de sus encantos. La pretendió al punto e incluso, como la condesa aquel verano regresase a las posesiones de su padre, él la siguió con el fin de comunicarle al viejo marqués sus deseos, al parecer no sin esperanzas, según se deducía de la conducta de Angélica.

»Pero apenas el conde S. llegó y vio a Gabriela, la hermana pequeña de Angélica, fue como si le hubieran hechizado. Angélica perecía marchita al lado de Gabriela, cuya belleza y bondad atrajeron irresistiblemente al conde S., de tal modo que, sin consideración a Angélica, pidió la mano de Gabriela, a lo que muy gustosamente accedió el viejo conde Z., ya que Gabriela también demostraba inclinación decidida por aquél. Angélica no exteriorizó el menor disgusto por la infidelidad del enamorado. «¡Creerá que me ha dejado! ¡Qué loco! ¡No se ha dado cuenta de que no era yo su juguete, sino él el mío, y que acabo ahora de tirarlo!». Así hablaba con orgullosa burla y en realidad todo su ser daba muestras de que era verdadero el desprecio que mostraba por el infiel. Bien es verdad que, mientras el lazo entre Gabriela y el conde de S. fue estrechándose, se vio muy pocas veces con Angélica.

Ésta no aparecía en la mesa y se decía que vagaba solitaria por los bosques próximos, que había escogido para sus paseos.

»Un extraño suceso vino a interrumpir la monotonía que reinaba en el palacio. Sucedió que los cazadores del conde de Z., con ayuda de un grupo de campesinos, habían logrado, por fin, capturar a una banda de gitanos, a los que se culpaba de todos los incendios y robos que desde hacía poco asolaban la región. Trajeron a todos los hombres encadenados en una larga cadena y un carro lleno de mujeres y niños, y los dejaron en el patio del palacio. Algunos, de rostros obstinados y ojos de mirada salvaje y brillante, como la del tigre apresado, miraban con atrevimiento y denotaban quiénes eran los ladrones y los criminales. Sobre todo llamaba la atención una mujer muy delgada, con aspecto espantoso, cubierta con un chal encarnado de la cabeza a los pies, que, subida al carro, gritaba con voz de mando que la dejasen bajar, sucediese lo que sucediese.

»El conde de Z. bajó al patio del palacio y ordenó que fuesen encarcelados individualmente en los calabozos de palacio. Pero he aquí que, mientras decía esto hizo su aparición la condesa Angélica, desmelenada, con el terror y el espanto reflejados en su semblante, y poniéndose de rodillas, gritó con voz estridente: «¡Deja libres a esta gente…, déjalos libres…, son inocentes, son inocentes!… Padre, ¡libértales! Si derramáis una sola gota de su sangre me clavaré este cuchillo en el pecho». No bien acabó de decir esto, la condesa blandió un cuchillo en el aire y cayó desmayada. «Muñequita mía, tesoro mío, ya sabía yo que no lo permitirías», dijo la vieja vestida de rojo. Luego se arrodilló junto a la condesa y cubrió su rostro de besos nauseabundos, en tanto que murmuraba: «¡Hijita linda, hijita linda, despierta, despierta, que viene el novio! ¡Eh, eh, que viene el lindo novio!».

»Al mismo tiempo, la vieja sacó una redoma con un pececillo dorado, que se agitaba en una especie de alcohol plateado. Colocó la redoma sobre el corazón de la condesa y al instante ella se despertó; pero apenas vio a la gitana, se incorporó de un salto y, abrazándola con ardor, se apresuró a entrar en palacio en su compañía. El conde de Z., Gabriela y su novio, que habían contemplado la escena, permanecían inmóviles, como si se hubiera apoderado de ellos un terrible espanto. Los gitanos seguían indiferentes y tranquilos. Fueron soltados de la cadena y vueltos a encadenar individualmente para ser encerrados en los calabozos del palacio.

»A la mañana siguiente, el conde de Z. reunió al pueblo; se trajo a su presencia a los gitanos y declaró que eran inocentes de todos los robos que habían acaecido en la comarca, de modo que, después de quitarles las cadenas, con asombro de todos, bien provistos de pases, fueron dejados en completa libertad. Se echó de menos a la mujer de rojo. Algunos decían que era la reina de los gitanos, que se distinguía de los demás por la cadena de oro que le colgaba del cuello y que el plumero rojo, que llevaba en su chambergo español, había estado por la noche en la habitación del conde. Poco tiempo después quedó aclarado que los gitanos no habían tenido la menor participación en los robos y en los crímenes de la comarca.

»Estaba ya próxima la boda de Gabriela. Un día ésta vio con asombro que se preparaba una mudanza en varios carros que llevaban muebles, baúles con trajes, ropa; en una palabra, todo lo que denota un traslado. A la mañana siguiente se enteró de que Angélica, en compañía del ayuda de cámara del conde S. y de una mujer vestida de modo semejante a la gitana de rojo, había emprendido viaje aquella misma noche. El conde Z. descifró el enigma, aclarando que, por determinados motivos, veíase obligado a ceder a los deseos absurdos de Angélica, y no solamente le regalaba la casa amueblada en la alameda de ***, sino que le permitía que llevase allí una vida independiente. Incluso veíase obligado a admitir que nadie de la familia, ni siquiera él mismo, podría entrar en la casa sin un permiso especial. El conde de S. añadió que, por deseo insistente de Angélica, debía cederle su ayuda de cámara, que había emprendido el viaje a ***. Tuvo lugar la boda. El conde de S. fue con su esposa a *** y así pasó un año gozando de una alegría no turbada. Pero poco después comenzó a sentir una extraña enfermedad. Sucedía que un oculto dolor le robaba las fuerzas vitales y el goce de la vida, y eran vanos los esfuerzos de su esposa para descubrir el secreto que parecía destrozarle. Como, finalmente, los frecuentes desvanecimientos hicieran que su estado cada vez fuese más peligroso, cedió a los consejos de los médicos y se encaminó a Pisa. Gabriela no pudo acompañarle, ya que esperaba dar a luz en las próximas semanas.

»—A partir de aquí —prosiguió el médico— lo que le sucedió a la condesa Gabriela es tan extraño que basta con que escuchéis lo que viene a continuación. En una palabra: su hija desapareció de la cuna de forma inexplicable y fueron inútiles todas sus pesquisas; su desconsuelo se convirtió en desesperación, ya que al mismo tiempo el conde de Z. le comunicó la horrible noticia de que su yerno, al que creía camino de Pisa, había sido encontrado muerto de un ataque fulminante precisamente en casa de Angélica, en ***; que Angélica se había vuelto loca, todo lo cual le resultaba insoportable al conde de Z.

»En cuanto Gabriela de S. se recuperó un poco, se apresuró a dirigirse a las posesiones de su padre; después de pasar una noche entera insomne, contemplando la imagen del esposo y de la niña perdidos, creyó oír un ligero rumor en la puerta de su alcoba; encendió el cirio del candelabro que le servía durante la noche, y salió. Y ¡santo Dios!, acurrucada en el suelo, envuelta en su chal rojo, permanecía la gitana, mirándola con ojos fijos e inmóviles, y en sus brazos tenía una criatura que lloraba tan angustiosamente que a la condesa le dio un vuelco el corazón: ¡Era su hija!… ¡La hija perdida! Arrancó la niña de los brazos de la gitana y apenas lo había hecho cuando ésta cayó retorciéndose y quedó como una muñeca inanimada. A los gritos de espanto de la condesa todos despertaron y acudieron presurosos, encontrando muerta a la gitana, que por medio ninguno pudo ser reanimada, y el conde hizo que la enterrasen. No pudo hacer otra cosa sino apresurarse a ir hacia la enloquecida Angélica, donde quizá pudieran descubrir el secreto de la niña. Pero encontró que todo había cambiado. La furia salvaje de Angélica había alejado a todas las criadas;

sólo el ayuda de cámara permanecía con ella. Luego, Angélica volvió a tranquilizarse y a recobrar la razón.

»Pero cuando el conde le refirió la historia de la niña de Gabriela, juntando las manos, dijo riéndose a carcajadas: «¿Ya ha venido la muñequita? ¿Ya ha venido?… ¿Enterrada, enterrada? ¡Jesús! ¡Qué elegante está el faisán dorado! ¿No sabéis nada del león verde con los ojos azules?».

»Con gran espanto se dio cuenta el conde del retorno de la locura, mientras súbitamente el semblante de ella parecía adquirir los rasgos de la gitana. Decidió entonces llevársela a sus posesiones, aun cuando el ayuda de cámara aconsejara lo contrario.

»En el mismo instante de empezar los preparativos para partir, se apoderó de nuevo de Angélica el ataque de rabia y de furor. En una pausa de lucidez, suplicó a su padre con ardientes lágrimas que la dejase morir en la casa, y éste, conmovido, accedió, aunque consideró que la confesión que se escapó de sus labios era sólo una prueba más de la locura que sufría. Angélica confesó que el conde S. había vuelto a sus brazos y que la niña que la gitana había llevado a casa del conde de Z. era el fruto de esta unión.

»En la ciudad todos creyeron que el conde de Z. había llevado a la infeliz a sus posesiones, aunque en realidad permanecía oculta en la casa vacía, al cuidado del ayuda de cámara. El conde Z. murió poco tiempo después y la condesa Gabriela de S. vino con Edmunda para arreglar los papeles familiares. No renunció entonces a ver a su infeliz hermana. En esta visita debió de haber sucedido algo raro, aunque la condesa no me confió nada; sólo habló, en general, de que se habían visto obligadas a librar a la infeliz loca de la tiranía del viejo ayuda de cámara. Ya en una ocasión éste trató de dominar los ataques de locura, castigándola cruelmente, pero se dejó embaucar al oír las alusiones de Angélica, que decía saber hacer oro, y junto con ella había emprendido toda clase de extrañas operaciones, al tiempo que le proporcionaba todo lo necesario para esta transformación.

»—Sería superfluo —me dijo el médico poniendo así fin a su relato—, sería superfluo que os dijese precisamente a vos, que os fijasteis bien en la rara relación que tienen todas estas extrañas cosas. Estoy convencido de que sois quien desencadenó la catástrofe que debía ocasionar la inmediata curación o la muerte de la vieja. Por lo demás, no quiero ocultar que me he asustado no poco cuando entré en relación magnética con usted, lo cual ocurrió al mirar en el espejo. Sólo usted y yo sabemos que contemplamos la imagen de Edmunda.

»Como el médico creyó oportuno no añadir ningún comentario más, yo también considero innecesario extenderme sobre el asunto y, sobre todo, acerca de las relaciones posibles entre Angélica, Edmunda, yo y el viejo ayuda de cámara, y no traté de averiguar nada tampoco sobre las místicas y recíprocas relaciones que desempeñaron su papel demoníaco. Únicamente añadiré que la impresión siniestra que estos sucesos me produjeron fueron causa de que tuviera que irme de la ciudad, y,

aunque pasado algún tiempo olvidé todo, creo que en el mismo instante en que falleció la vieja loca experimenté un sentimiento de bienestar.

Así terminó Teodoro su relato. Mucho hablaron sus amigos de aquella aventura y todos estuvieron de acuerdo en que en ella se unía lo raro con lo maravilloso en extraña mezcla.

El Sanctus

Das Sanctus (1816)

El doctor movió la cabeza pensativo… «¿Cómo? —exclamó vivamente el director de orquesta, levantándose de la silla—. ¿Cómo? ¿Entonces, el catarro de Bettina puede tener consecuencias?».

El doctor golpeó suavemente el suelo varias veces con su bastoncito, tomó una dosis de rapé, que volvió a dejar sin estornudar, y mirando con fijeza hacia lo alto, como si contase los rosetones del techo, carraspeó sin decir palabra. Esto sacó de sus casillas al director de orquesta, pues sabía por experiencia que estos gestos del doctor no significaban otra cosa más que: «Un caso difícil… no sé qué hacer ni cómo salir del paso, no hago más que dar vueltas, como aquel doctor del *Gil Blas de Santillana*».

—Bueno, diga Ud. algo —exclamó furioso el director de orquesta—, díganos que no es más que una simple ronquera que Bettina ha cogido a causa de la imprudencia de no ponerse el chal cuando salió de la iglesia… y que no le costará la vida a la pequeña.

—En absoluto —dijo el doctor, tomando de nuevo la dosis de rapé, y estornudando esta vez—, en absoluto; pero, a lo que parece, ya no podrá cantar en toda su vida una sola nota.

Al oír esto, el director de orquesta se tiró de los pelos con ambas manos, de forma que los polvos se esparcieron por el suelo, y recorrió el cuarto arriba y abajo, gritando como un loco:

—¿No cantar más?… ¿No cantar más? ¿Bettina no cantar más?… ¿Se acabaron las magníficas *canzonettas*…, los maravillosos boleros y seguidillas… que brotaban de sus labios como un sonoro aliento perfumado de las flores? No oír nunca más los piadosos *Agnus*, los consoladores *Benedictus*… ¡Oh! ¡Oh!… ¿Nunca más un *Miserere* que me purifique de toda la escoria terrenal, de los pensamientos que me invaden cuando estoy componiendo los más puros temas religiosos? ¡Mientes, doctor, mientes! ¡Satanás te tienta para que mientas! El organista de la catedral, envidioso que no cesa de perseguirme desde que compuse un *Qui tollis* de ocho voces, que maravilla al mundo entero, ¡te ha sobornado!… ¡Lo que te propones es que caiga en la más horrible desesperación y que lance al fuego la misa que acabo de componer, pero no lo lograrás…, y tú tampoco lo lograrás!… Aquí, aquí la traigo, ¡con el solo de Bettina! —dijo golpeándose el bolsillo derecho de su casaca, donde crujieron los papeles—, y la pequeña, como siempre, cantará con su voz sublime, que supera a la voz de las campanas.

El director de orquesta cogió el sombrero, y ya iba a marcharse, cuando el doctor le retuvo y le dijo suavemente, en voz baja:

—Admiro vuestro entusiasmo, ¡queridísimo amigo!, pero no exagero. No conozco al organista de la catedral. Todo va a suceder como digo. Desde que Bettina canta en los oficios divinos de la Iglesia católica los solos del *Gloria* y del *Credo*, ha recaído en una ronquera y en una afonía que me hace temer, siendo ineficaz toda mi ciencia, que no volverá a cantar más.

—Bien —exclamó el director de orquesta con una resignada desesperación—, entonces dadle opio que le produzca una dulce muerte, pues si Bettina no vuelve a cantar más, no podrá tampoco vivir más, pues únicamente vive cuando canta… sólo existe en sus cánticos…; celestial doctor, hazme el favor de envenenarla, y cuanto antes mejor. Tengo muy buenas relaciones con el Colegio de Criminalistas, estudié con el Presidente en Halle, era uno de los mejores músicos de cuerno, y juntos tocábamos al anochecer, acompañados de coros de perros y gatos… No te harán nada por esta muerte digna… Pero, por favor, envenénala…, envenénala…

—¿Se puede tener unos cuantos años, se puede uno empolvar el pelo desde hace tiempo, y respecto a la música hablar así? No es necesario gritar de este modo, no hay necesidad de hablar con esa audacia de muerte y de asesinato, así es que siéntate tranquilo y cómodamente en esa silla, y escúchame con calma.

El director de orquesta exclamó con voz llorosa: «¿Qué vas a decirme?», e hizo lo que le indicaron.

—Realmente —comenzó el doctor— en el estado en que se encuentra Bettina hay algo raro y extraño. Habla alto, con toda la fuerza de que es capaz el organismo; no hay que pensar ni remotamente en las enfermedades usuales, incluso es capaz de dar el tono musical, pero en cuanto trata de elevar la voz, parece como si algo la paralizase, es como un picor, unas cosquillas, unas punzadas, que obran al modo de una enfermedad, de tal modo que los tonos de su voz, sin ser impuros o parecer propios de un catarro, suenan débiles e incoloros. A Bettina, incluso, le parecía que estaba como en un sueño cuando se intenta volar, y no se puede alzar uno del suelo. Esta actitud enfermiza estaba fuera de los límites de mi ciencia, y eran vanos todos los medios para combatirla, pues el enemigo al que debía combatir era semejante a un duende incorpóreo, contra el que daba en vano golpes de ciego. En cierto modo tenéis razón, director de orquesta, pues la existencia entera de Bettina está condicionada por el canto, ya que solamente se puede concebir cantando a esta pequeña ave de paraíso, y creo que precisamente por eso está tan agitada, porque sabe que si su canto se agota, ella morirá al mismo tiempo, todo lo cual le perjudica mucho y dificulta mis esfuerzos para curarla. Bettina es, según ella misma confiesa, de naturaleza aprensiva, y por eso estoy convencido, después de ir a la deriva como un náufrago que se agarra a una tabla, de que la enfermedad de Bettina es más psíquica que física.

—Es cierto, doctor —exclamó el entusiasta viajero, que había permanecido en silencio con los brazos cruzados, sentado en un rincón—; es cierto, doctor, por una vez habéis acertado, mi querido doctor. El enfermizo sentimiento de Bettina es la consecuencia física de una impresión psíquica, y precisamente por eso es peor y más peligroso. ¡Yo, solamente yo, puedo explicaros todo, señores míos!

—Me gustaría saber qué es lo que voy a escuchar —dijo el director de orquesta, más quejumbroso aún que la vez anterior; el doctor acercó su silla, aproximándose al viajero entusiasta, y le miró sonriendo muy complacido. El entusiasta viajero elevó su mirada hacia lo alto, y sin mirar al doctor ni al director de orquesta, dijo:

—¡Director de orquesta! Una vez vi una pequeña mariposilla que había quedado aprisionada entre las cuerdas de un clavicordio. La mariposilla revoloteaba alegremente de un lado a otro, y con sus alitas tan pronto tocaba las cuerdas de arriba como las de abajo, y producía suaves acordes, tan suaves que ni el más fino oído hubiera podido percibirlas, de tal modo que el animalito, a fuerza de balancearse, parecía estar mecido por suaves olas. Pero, alguna vez, sucedía que una cuerda tocada más fuerte, como si estuviera enfadada, diese en las alas de la alegre mariposilla, y entonces el polvillo coloreado que adornaba sus alas se perdía. Ésta, sin prestar atención, seguía dando vueltas y vueltas, girando y cantando, hasta que las cuerdas, a fuerza de golpearla, llegaron a herirla, y entonces la mariposilla se desplomó inerme y callada en el hueco que da a la caja de resonancia.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó el director de orquesta.

—¡*Fiat applicatio*, amigo mío! —dijo el doctor.

—Realmente, éste no es un caso en que se pueda hacer una aplicación —continuó el entusiasta—; yo quería, ya que he oído a la citada mariposa tocando en el clavicordio del director de orquesta, expresar una idea en general, que se me ocurrió hace tiempo, y que me lleva a lo que voy a decir acerca del mal que padece Bettina. Podéis considerar todo como una alegoría, y dibujarlo en el álbum de alguna virtuosa de la música viajera. Siento como si la naturaleza estuviese en torno nuestro como un clavicordio, cuyas cuerdas rozásemos, creyéndonos que los acordes y los tonos los habíamos producido voluntariamente, y muchas veces, si somos heridos mortalmente, ignoramos que el tono inarmónico es el que nos ha producido la herida.

—Muy oscuro —dijo el director de orquesta.

—¡Oh! —dijo el doctor, riéndose—. Paciencia, ya está con su tema predilecto, y a todo galope, en el mundo de los presentimientos, sueños, influjos psíquicos, simpatías, idiosincrasias, etc., hasta conducirnos al magnetismo, donde hará una parada para desayunar.

—Poco a poco, mi estimado doctor —dijo el entusiasta viajero—, no menospreciéis cosas, pues aunque os resistáis a aceptarlas, debéis considerarlas con humildad y con mucha atención. ¿No habéis dicho vosotros mismos, hace un instante, que la enfermedad de Bettina tiene origen psíquico o, mejor dicho, que es un mal psíquico?

—Bueno —dijo el doctor, interrumpiendo al entusiasta—. Pero ¿qué relación tiene la infeliz mariposa con Bettina?

—Cuando se quiere hilar tan delgado —continuó el entusiasta— y se examina y se cuenta cada grano, el trabajo se hace aburridísimo, en verdad que es el aburrimiento mismo. ¡Dejad en paz a la mariposilla y al clavicordio del director de orquesta!… Además, dime, director de orquesta, ¿no es, acaso, una verdadera desgracia que la sacrosanta música se haya convertido en una parte integrante de nuestra conversación? ¡Los más soberbios talentos tienen que descender a la vida vulgar y menesterosa! En vez de que la música, sus tonos y sus cánticos resuenen

desde una divina lejanía, semejante al reino celeste, ahora todo está a mano, y se sabe con precisión cuántas tazas de té tiene que beber una cantante o cuántos vasos de vino un bajo para poder cantar una tramontana. Naturalmente, ya sé que hay asociaciones poseídas de un verdadero espíritu musical que trabajan con auténtica pasión, pero hay otras mezquinas y cursis…, pero, bueno, no quiero enfadarme. ¡El año pasado cuando vine aquí, la pobre Bettina estaba de moda…! era, según se dice, buscadísima, no se podía tomar el té sin el aditamento de una romanza española, de una *canzonetta* italiana o de una cancioncilla francesa: *Souvent l'amour*, etc., como es natural, cantadas por Bettina. Verdaderamente yo llegué a temer que la pobrecilla se anegase en el mar de tazas de té que derramaban en torno suyo, pero la catástrofe empezó cuando…

—¿Qué catástrofe? —exclamaron el doctor y el director de orquesta.

—Considerad, señores —continuó el entusiasta—, que, en realidad, la pobre Bettina está hechizada, bajo un encantamiento, y aunque me sea muy duro reconocerlo, yo… yo mismo soy el hechicero, que ha llevado a cabo este hechizo, y lo mismo que el aprendiz de brujo no puedo deshacer el encanto.

—Bobadas, bobadas, y aquí estamos sentados con toda la calma, escuchando estas mistificaciones —exclamó el doctor, levantándose.

—Por todos los demonios, la catástrofe… ¿cuál es la catástrofe? —gritó el director de orquesta.

—¡Calma, señores! —dijo el entusiasta—. Hay un hecho que no puedo ocultar, aunque os burléis de mi brujería, ya que ni yo mismo puedo comprender que, inconscientemente, haya servido de medio de una desconocida fuerza física para influir en Bettina. He servido de conductor como en una cadena eléctrica.

—Bueno, bueno —exclamó el doctor—, ya va a todo galope.

—¡Pero, vamos a la historia, a la historia! —dijo, entretanto, el director de orquesta.

—Dijisteis —añadió el entusiasta—, habíais mencionado, director de orquesta, que Bettina, la última vez que perdió la voz, había cantado en la Iglesia católica. Recordaréis que esto sucedió el primer día de Pascua del año pasado. Os habíais puesto vuestro traje negro de fiesta para dirigir la hermosa *Misa en do menor* de Haydn. Entre las sopranos había un ramillete de graciosas jóvenes que unas veces cantaban y otras no; entre ellas se hallaba Bettina, que cantaba el solo con su maravillosa y potente voz. Ya sabéis que yo soy tenor. El *Sanctus* había comenzado, sentí el estremecimiento de la más profunda devoción, cuando oí un murmullo y roce de ropas. Volví la cabeza involuntariamente, y vi con asombro que Bettina se apresuraba a salir entre las filas de cantantes y de músicos, para abandonar el coro.

»—¿Os vais? —le dije.

»—Ya es la hora —me repuso amablemente— de que vaya a la Iglesia de *** para acompañarles en una cantata que les he prometido, y todavía hoy al mediodía tengo que ensayar un par de duetos que tendré que cantar en el té de esta tarde en

***, y luego en la cena de ***. ¿Vendréis? Habrá un par de coros del *Mesías* de Haendel y el final de las *Bodas de Fígaro*.

»Durante esta conversación resonaron los acordes del *Sanctus*, y el humo del incienso se esparció en nubéculas azules por la alta bóveda de la iglesia.

»—¿No sabéis —le dije— que es un pecado, que no queda sin castigo, abandonar la iglesia durante el *Sanctus*?… Nunca más volveréis a cantar en la iglesia…

»Era una broma, pero no sé cómo fue que mis palabras produjeron un efecto grave. Bettina palideció y abandonó en silencio la iglesia. Desde aquel momento perdió la voz.

El doctor había vuelto a sentarse, y con la barbilla apoyada en el puño del bastón, permanecía mudo, en tanto que el director de orquesta exclamaba: «¡Maravilloso, verdaderamente maravilloso!».

»—Realmente —continuó el entusiasta—, jamás se me ocurrió relacionar mis palabras con el suceso de la iglesia, y menos con la pérdida de voz de Bettina. Sólo cuando regresé aquí y supe por el doctor que Bettina seguía padeciendo la molesta enfermedad, me acordé de una historia que leí hace muchos años en un libro antiguo, y que voy a contaros, porque es muy bonita y emocionante.

—¡Contadla —exclamó el director de orquesta—, quizá haya materia para una buena ópera!

—Director de orquesta —dijo el doctor—, si podéis poner música a los sueños… a los presentimientos… y los estados magnéticos, os ayudaré y la historia irá como sobre ruedas.

Sin dar respuesta al doctor, el entusiasta tosió ligeramente, y comenzó a cantar con voz altisonante: «Inmenso se extendía el campamento de Isabel y Fernando de Aragón en el sitio de Granada…».

—¡Dios del Cielo y de la tierra!… —interrumpió el doctor al narrador— empezáis como si no fuerais a terminar en nueve días y nueve noches, y yo aquí sentado y los pacientes lamentándose. ¡Váyanse a todos los diablos vuestras historias raras, de Gonzalo de Córdoba, he leído muchas, tantas como he oído cantar seguidillas a Bettina, así es que basta, Dios bendito!

Rápidamente se dirigió el doctor a la puerta, pero el director de orquesta siguió sentado y dijo:

—Será una historia de la guerra de los moros con los españoles, me parece, que me gustaría mucho componer… Batallas… tumulto… romanzas… cabalgatas… címbalos… corales… tambores y timbales… Todo junto. ¡Seguid contando, amable entusiasta! Quién sabe qué semilla dejará caer en mi espíritu esta historia tan deseada, y qué lirios brotarán luego…

—Luego todo se os convertirá en una ópera, director de orquesta —repuso el entusiasta—, y ya veréis cómo la gente razonable, que está acostumbrada a gozar la música en pequeñas porciones para fortalecer su estómago, os tomará por loco. En fin, voy a contaros la historia, y si os apetece, podéis ir haciendo algunos acordes.

El que esto escribe se ve obligado, antes de continuar transcribiendo lo que dijo el entusiasta, ¡oh amable lector!, a anotar los acordes que le corresponden al director de orquesta. Así que, en lugar de escribir: «Aquí habló el director de orquesta», dirá simplemente: «el director de orquesta».

«Inmenso se extendía el campamento de Isabel y Fernando de Aragón ante los altos muros de Granada. En vano esperaba ayuda, al estrecharse cada vez más el cerco, y temblaba el cobarde Boabdil, mientras el pueblo se burlaba de él, llamándole pequeño Rey, que únicamente encontraba consuelo en el sacrificio sangriento y cruel de las víctimas. Conforme aumentaba la desesperación y el desánimo entre el pueblo y el ejército de Granada, mayor era la esperanza de victoria en el campamento español. No se hacía necesario ningún ataque. Fernando se conformaba con asaltar las murallas, y hacer unas cuantas bajas entre los sitiados. Estas pequeñas escaramuzas parecíanse más a alegres torneos que a combates serios, e incluso la muerte de los caídos en la batalla bastaba para elevar la moral, pues celebrándose con la pompa del culto cristiano aparecían aureolados por la gloria del martirio, al sacrificar su vida por la fe.

»Nada más entrar Isabel en el campamento, hizo construir en medio un edificio de madera con torres, en cuyos pináculos ondeaba el estandarte de la Cruz. El interior fue habilitado como monasterio y como iglesia, que ocuparon los monjes benedictinos, desempeñando diariamente el servicio divino. La Reina, acompañada de su séquito y de sus caballeros, diariamente iba a oír la misa que decía su confesor, acompañado de los cánticos de un coro de monjas. Sucedió que una mañana, a Isabel le llamó la atención una voz que resonaba entre las otras voces del coro como el tañido maravilloso de una campana. El cántico parecía el gorjear triunfante de un ruiseñor, príncipe de los bosques, que obsequiaba al pueblo que gemía. Y, sin embargo, el acento de las palabras era extranjero, e incluso el peculiar estilo del canto era tan raro que denotaba que la cantante no estaba acostumbrada al estilo eclesiástico, y que quizá por vez primera cantaba en una misa. Asombrada, miró Isabel en torno suyo, y vio que su séquito compartía su mismo asombro; imaginándose que había por medio alguna aventura, se fijó de pronto en el capitán Aguilar, que también estaba entre el séquito. De rodillas en su reclinatorio, con las manos cruzadas, miraba fijamente hacia la verja del coro y sus ojos secos expresaban un ardiente e intenso anhelo.

»Cuando la misa terminó, Isabel se dirigió a las habitaciones de la priora, Doña María, y le preguntó quién era la cantante extranjera. «¿Recordáis, oh Reina —dijo Doña María—, que antes de la luna menguante, Aguilar quiso asaltar y conquistar aquel edificio, adornado de una magnífica terraza, que servía de lugar de esparcimiento a los moros? Cada noche resonaban los cantos soberbios de los paganos en nuestro campamento, como voces atractivas de sirena, y justo por eso quería el valiente Aguilar destruir el nido del pecado. Tomaron, al fin, el edificio, se hicieron prisioneras a las mujeres, cuando un imprevisto refuerzo aumentó la defensa,

y tuvieron que abandonarlo, retirándose al campamento. El enemigo no se atrevió a perseguirlos, de modo que se encontraron con el rico botín de las prisioneras. Entre las mujeres apresadas había una cuyo llanto, cuya desesperación llamó la atención de Aguilar. Se aproximó a la mujer cubierta de velos y le dirigió amables palabras, pero como su dolor no podía expresarse en otro lenguaje que el del canto, al tiempo que se acompañaba de una cítara que llevaba colgada por una cinta dorada del cuello, comenzó a cantar a sus acordes una romanza que expresaba con sonidos desgarradores y lánguidos la separación del amado, que la privaba de la alegría de la vida. Aguilar, muy impresionado por los maravillosos cánticos, quiso dejar a esta mujer que volviese a Granada; ella, entonces, se arrojó a sus pies, y se quitó el velo».

»«Aguilar exclamó fuera de sí: “¿No eres Zulema, la luz del canto de Granada?”». La joven, a la que el guerrero había visto ya una vez en Granada, durante una embajada en la corte de Boabdil, y cuyo cántico resonaba aún en su pecho, era Zulema. «Te concedo la libertad», exclamó Aguilar, pero entonces el respetable padre Agustín Sánchez, que llevaba la Cruz en la mano, dijo: «Acuérdate, señor, de que si dejas en libertad a la prisionera, cometes una gran injusticia, pues lejos de la idolatría, podría ser iluminada por la gracia del Señor, y entrar en el seno de la Iglesia».

»Aguilar dijo: «Bien, que esté con nosotros durante un mes; si el espíritu del Señor no la penetra, entonces que regrese a Granada». Así sucedió, ¡oh Señora!, que Zulema fue atendida por nosotras en el monasterio. Al principio, se abandonó a su dolor inconsolable, luego cantaba romanzas que resonaban de un modo salvaje y espantoso por todo el monasterio, y por todas partes se oía su voz penetrante como el tañido de una campana. Sucedió que un día estábamos a media noche reunidos en el coro de la iglesia, y cantábamos las horas a la manera santa, que es tan hermosa, que nos enseñó Ferreras, el gran maestro de canto. A la luz de los candelabros vi que Zulema estaba ante la puerta del coro, y con mirada seria y pensativa nos contemplaba; cuando nos retiramos de dos en dos del coro, vi a Zulema arrodillada ante una imagen de María. Al día siguiente no volvió a cantar ninguna romanza, y estuvo en silencio, muy reservada.

Poco después trató de ensayar en la cítara los acordes de aquella coral que cantábamos en la iglesia, y, poco a poco, empezó a cantar en voz baja, y hasta a intentarlo con las mismas palabras que hablaba con su media lengua.

»«Pronto me di cuenta de que el espíritu del Señor le había hablado con voz suave y consoladora, y que su pecho se abría a la gracia; así es que envié a la hermana Emmanuela, la maestra del coro, para que encendiese la chispa que empezaba a brillar, y así sucedió que se encendió la fe, gracias a los divinos cánticos de la Iglesia. Todavía no ha ingresado Zulema en el seno de la Iglesia mediante el bautismo, pero se le ha concedido pertenecer al coro, para que eleve su voz a mayor gloria de la religión».

»La Reina se dio cuenta de lo que sucedía en el interior de Aguilar, cuando cedió

a las presiones de Agustín y no envió a Zulema a Granada e hizo que permaneciese en el monasterio, así es que se regocijó mucho de su conversión a la verdadera fe. Pocos días después, Zulema fue bautizada y recibió el nombre de Julia. La Reina en persona, el Marqués de Cádiz, Enrique de Guzmán, el Capitán Mendoza, Villena, fueron testigos de la ceremonia sagrada. Se podría pensar que el cántico de Julia, ahora que se había convertido, sería más auténtico y verdadero, para dar prueba de la hermosura de la fe, y así sucedió durante cierto tiempo, pero pronto notó Emmanuela que Julia se apartaba del canto general, mezclando tonos muy particulares. Con frecuencia resonaba, a través del coro, algo así como el sonido sordo de una cítara bien templada. El tono no era semejante a la resonancia de las cuerdas agitadas por una tormenta. Julia empezó a mostrarse inquieta e incluso llegó un día en que, involuntariamente, pronunció una palabra mora en un himno latino. Emmanuela conminó a la recién conversa para que resistiese al enemigo, pero dando muestras de ligereza, Julia no hizo caso, y con gran enojo de las hermanas, se dedicó a cantar, precisamente cuando tocaban las solemnes y divinas corales de Ferreras, alegres cancioncillas moras de amor, acompañadas de la cítara, que había vuelto a templar. Los tonos de la cítara resonaban de una manera extraña a lo largo del coro, y más de una vez daban una sensación desagradable, como los silbidos discordantes de las pequeñas flautas moras».

El director de orquesta: «Flautipiccoli… Flautistas de octava. Pero, amigo mío, por ahora no veo nada digno de una ópera… ni exposición, y siempre el mismo tema, afinar la cítara. ¿Crees, acaso, que el diablo es un tenor? ¡Es falso… el diablo siempre canta en falsete!…».

El entusiasta: «¡Dios del Cielo!… Cada día que pasa sois más inteligente, director de orquesta. Pero, tenéis razón, dejemos que el principio diabólico se cierna sobre los silbidos y ruidos extraños, etc.. Y vamos a seguir narrando, que ya me va resultando muy penoso, porque a cada momento corro el peligro de saltarme lo mejor».

«Sucedió que la Reina, acompañada por el Capitán del campamento, se dirigió como de costumbre a la misa en la iglesia de los monjes benedictinos. Ante la puerta yacía un miserable y harapiento mendigo; los guardianes querían expulsarle de allí, pero en cuanto le levantaban, se desprendía de los brazos y se arrojaba al suelo, dando alaridos, de forma que la Reina se conmovió. Furioso saltó Aguilar, y quiso dar al infeliz un puntapié. Éste se incorporó, y acercándose a él, le dijo: «¡Pisa la víbora… pisa la víbora… que te va a morder, causándote la muerte!», y empezó a tocar una cítara que llevaba escondida entre sus harapos, sacando unos sonidos tan estridentes y desagradables que todos quedaron sobrecogidos de espanto. Los guardias expulsaron al horrible fantasma y se dio esta explicación: el hombre era un moro loco prisionero que divertía a los soldados del campamento con sus absurdas bromas. La Reina entró y la música dio comienzo. Las hermanas del coro entonaron el *Sanctus*, y justo cuando Julia, con voz poderosa, debía entonar: *Pleni sunt coeli gloria tua*, se oyó un tono estridente de cítara a través de todo el coro, Julia pasó la

hoja con presteza y trató de abandonar el coro.

»—¿Qué haces? —exclamó Emmanuela.

»—¡Oh! —dijo Julia—. ¿No oyes los hermosos tonos del maestro?… Voy con él, debo cantar con él… —y Julia se apresuró hacia la puerta, pero Emmanuela dijo con voz seria y grave:

»—Pecadora, que te vas del servicio del Señor, tú que haces su alabanza con tus labios y llevas en tu corazón pensamientos mundanos. ¡Vete de aquí! ¡Se ha roto la fuerza del canto en ti, y ya no resonará más la música en tu interior, que encendió la gracia del Señor!…

»Al oír las palabras de Emmanuela, que fueron como un rayo, Julia se tambaleó… Iban a reunirse las monjas al anochecer para cantar las vísperas, cuando se oyó un estrépito en toda la iglesia. Rápidamente, las llamas crepitando penetraron desde el edificio antiguo e hicieron pasto de su fuego al monasterio. Con gran trabajo, lograron salvar sus vidas las monjas. Las trompetas y los cuernos resonaron en el campamento, y los soldados que estaban en el primer sueño se levantaron precipitadamente; se vio al capitán Aguilar con el cabello abrasado, con los vestidos medio quemados, lanzarse al monasterio. Había intentado, en vano, salvar a Julia, a la que no encontraron, pues no había dejado la menor huella. Fue infructuosa la lucha contra el incendio que, atizado por la tormenta, cada vez tomaba mayores proporciones: en poco tiempo el magnífico y soberbio campamento de Isabel se convirtió en un montón de cenizas. Los moros, convencidos de que la desgracia de los cristianos les proporcionaba la victoria, se atrevieron a atacar, aprovechándose de su considerable poder. Nunca fueron tan brillantes los españoles en el combate, y cuando al son de las trompetas retornaron victoriosos a sus fortificaciones, entonces la reina Isabel subió al trono colocado al aire libre, y dio orden que se construyese una ciudad en el lugar del campamento incendiado. Así los moros de Granada tendrían que verla siempre, y se darían cuenta de que el sitio jamás se levantaría».

El director de orquesta: «Cuando en el teatro hay que tratar de cosas espirituales, se tienen ciertas dificultades con el público, así es que de vez en cuando hay que meter una coral. De no ser así, Julia no saldría favorecida. Pensad que hay que utilizar un doble estilo para que pueda lucirse, primero unas romanzas y luego cantos de iglesia. Ya tengo preparadas unas cancioncillas moras y españolas muy bonitas, tampoco estará mal la marcha guerrera de los españoles; además he tratado melodramáticamente las órdenes de la Reina, y todo va a resultar perfecto, ¡bien lo sabe el Cielo!… Pero, sigue contando, volvamos a Julia, que estoy seguro de que no pereció en el incendio».

El entusiasta: «Pensad, querido director de orquesta, que aquella ciudad que los españoles construyeron en veintiún días y rodearon de muros hoy todavía existe, y es Santa Fe. Así es que ahora que vuelvo a dirigiros la palabra, adoptaré el tono solemne que corresponde a la solemne historia. Me gustaría que tocaseis alguno de los *Responsorios* de Palestrina, que están sobre el pupitre del pianoforte».

El director de orquesta así lo hizo, y el viajero entusiasta continuó:

«Los moros no dejaron de inquietar a los españoles todo el tiempo que duró la construcción de la ciudad, la desesperación les hacía audaces hasta la temeridad, así es que las batallas fueron más duras que nunca. Aguilar había hecho retroceder un escuadrón árabe, que había caído sobre los guardianes españoles, hasta los muros de Granada. Volvió con sus jinetes y permaneció no lejos de las fortificaciones, oculto en un bosquecillo de mirtos, y despidiendo a su séquito, se entregó a sus graves pensamientos y a los recuerdos entristecedores que embargaban su ánimo. La imagen de Julia estaba viva en su alma. Ya durante la batalla había oído resonar su voz, ora amenazando, ora quejándose, y también en aquel momento tenía la sensación de que se oía un suave cántico medio moro y medio cristiano a través de los verdes y oscuros mirtos. De pronto salió del bosque un caballero moro vestido con un albornoz plateado, sobre un caballo árabe ligerísimo, y casi al mismo tiempo pasó silbando un venablo sobre la cabeza de Aguilar. Quiso con la espada desenvainada atacar al enemigo, pero voló el segundo venablo, que fue a clavarse en el pecho de su caballo, que se encabritó por el dolor y la rabia, de modo que Aguilar tuvo que descabalgar rápidamente, para no ser objeto de un golpe mayor. El moro se abalanzó con el alfanje, y lo descargó sobre la cabeza descubierta de Aguilar. Pero Aguilar, con gran habilidad, paró el golpe, que hubiera sido mortal, y golpeó al moro con tanta fuerza, que sólo tuvo tiempo de salvarse, escondiéndose tras el caballo. A continuación, el caballo del moro se lanzó sobre Aguilar, de manera que no pudo golpearlo otra vez, pues el moro sacó su puñal, pero antes de que pudiera descargar el golpe, Aguilar le detuvo con sus fuerzas hercúleas, le hizo descabalgar, tirándole al suelo. Puso su rodilla sobre el pecho del moro, y mientras con la mano izquierda sujetaba el brazo derecho del moro que permanecía inmóvil, le quitó el puñal. Apenas había levantado el brazo para atravesar la garganta del moro, que éste suspiró profundamente y dijo: «¡Zulema!».

»Aguilar se quedó como si fuera de piedra, y no pudo llevar a cabo su acción. «¡Desgraciado! —exclamó— ¿Qué nombre has mencionado?». «¡Clávamelo —gritó el moro— clávamelo, matarás al que te ha jurado la muerte y la perdición! Sí, sabe, cristiano traidor, sabe que soy Hichem, el último descendiente de Alhamar, al que has robado Zulema… Sabe que aquel mendigo harapiento que merodeaba por vuestro campamento, fingiéndose loco, era Hichem, sabe que pudo lograr incendiar la oscura prisión donde vosotros, malditos, teníais encerrada a la luz de mi vida, y salvar a Zulema».

»—Zulema… Julia vive —exclamó Aguilar.

»Se rió amargamente Hichem, y con tono irónico dijo: «Sí, vive, pero vuestro ídolo ensangrentado, con su corona de espinas, me la ha hechizado, y a la aromática y bella flor de la vida me la ha envuelto en los paños mortuorios de esas ilusas mujeres, que dicen ser las novias de vuestro dios. Sabe que el cántico y la música se han agostado en su pecho como si el hálito ponzoñoso del simún hubiese soplado. Se

acabó el placer de la vida en las canciones de Zulema, así es que mátame… ya sé que no puedo vengarme de ti, pues me arrancas lo que es más valioso que mi vida».

»Aguilar dejó a Hichem. Se levantó y enfundó lentamente la espada en la vaina. «Hichem —dijo—, Zulema, que recibió en el sagrado bautismo el nombre de Julia, fue mi prisionera en lucha honrosa y descubierta. Iluminada por la gracia del Señor, renunció al indigno servicio de Mahoma, y lo que tú, condenado moro, denominas el malvado hechizo de la imagen de nuestro ídolo era sólo la tentación del malo, al que no supo oponer resistencia. Si tú llamas a Zulema tu amante, entonces Julia, convertida a la fe, es la dama de mis pensamientos, y con *ella* en mi corazón, para mayor gloria de la fe verdadera, quiero combatir contra ti en digna lucha. Toma tus armas y atácame como quieras, conforme a tus costumbres». Rápidamente, Hichem cogió la espada y la tarja y, lanzándose sobre Aguilar dando alaridos, montó en el caballo que estaba junto a él y emprendió el galope. Aguilar no supo qué significaba esto, pero al instante el digno anciano Agustín Sánchez habló detrás de él, con voz suave, sonriéndose: «¿A quién teme Hichem, a mí o al Señor que vive en mí y cuyo amor desprecia?».

»Aguilar refirió todo lo que sabía de Julia y ambos recordaron las palabras proféticas de Emmanuela, cuando Julia, atraída por los sonidos de la cítara de Hichem, abandonó el coro durante el *Sanctus* perdiendo toda la devoción.

El director de orquesta: «Ya no pienso en óperas, aunque la lucha entre el moro Hichem, en albornoz, y el capitán Aguilar me resultó musical… Diablos… no se puede hacer mejor que lo ha hecho Mozart en su *Don Juan*. Ya sabes que… en el primer…».

El entusiasta viajero: «¡Basta, director de orquesta! Voy a dar el último toque a mi historia, que ya se va haciendo demasiado larga. Ahora viene lo bueno, y es necesario prestar atención, sobre todo porque pienso en Bettina, lo que me preocupa no poco. Me gustaría que no perdiese nada de mi historia, que me parece que está escuchando detrás de esa puerta, aunque pudiera ser pura imaginación». Pero, sigamos:

«Día tras día, perdiendo todos los combates, acosados por el hambre cada vez más grande, los moros se vieron obligados a capitular, y con la pompa más solemne, entre las descargas de artillería, hicieron su entrada Fernando e Isabel. Los sacerdotes habían consagrado la gran mezquita como Catedral, y hacia allí se dirigió el cortejo, para dar gracias al Dios de los Ejércitos, en una devota misa y en un solemne *Te Deum laudamus*, para dar gracias por la gloriosa victoria sobre los servidores de Mahoma, el falso profeta. Conociendo la furia de los moros, por el momento artificialmente aplacada, cubrieron las calles con destacamentos de tropas, que hacían guardia por las calles más alejadas, vigilando la procesión que tenía lugar por la calle principal. Sucedió que Aguilar, al frente de un destacamento armado a pie, se dirigía, dando un rodeo, a la Catedral, donde ya había comenzado el servicio divino, cuando se sintió herido por una flecha, que fue a clavarse en su hombro izquierdo. En el

mismo instante, se echó encima un grupo de moros que, saliendo de un callejón, se lanzó sobre los cristianos con rabia desesperada. Hichem, al frente, corrió hacia Aguilar, que, herido ligeramente sin sentir la herida, paró el potente venablo, y en el mismo instante Hichem cayó a sus pies con la cabeza abierta.

»Los españoles se apresuraron a lanzarse sobre los traidores moros que, rápidamente, dando alaridos, fueron a ocultarse en una casa de piedra, cuya puerta cerraron al punto. Los españoles se abalanzaron hacia la casa, pero llovían flechas de las ventanas; Aguilar ordenó que se echasen antorchas encendidas. Pronto prendieron las llamas en el tejado, cuando he aquí que, entre el estruendo de los cañones, se oyó resonar una voz maravillosa: *Sanctus… Sanctus Dominus Deus Sabaoth*. «¡Julia!… ¡Julia!», gritó Aguilar con un dolor inconsolable. Se abrieron las puertas y Julia, en traje de monja benedictina, salió cantando con voz potente: *Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Sabaoth*, y detrás de ella iban los moros reverentes, con las manos plegadas sobre el pecho en forma de cruz. Asombrados, los españoles se echaron a un lado y Julia atravesó las filas con los moros, hacia la Catedral… y, al entrar, entonó: *Benedictus qui venit in nomine Domini*. Involuntariamente, como si hubiera descendido una santa enviada del Cielo, para anunciar lo sagrado a los siervos del Señor, el pueblo dobló la rodilla. Con paso firme, la mirada clara dirigida al Cielo, Julia se dirigió al altar entre Fernando e Isabel, cantando la misa, y conforme a la liturgia sagrada, con gran devoción. Al proferir el último cántico: *Dona nobis pacem*, cayó Julia inanimada en los brazos de la Reina. Todos los moros que la seguían, convertidos a la fe, recibieron aquel día el sagrado bautismo.

Cuando el entusiasta terminaba su historia, entró el doctor armando mucho ruido, y golpeando en el suelo con el bastón, gritó colérico:

—¿Todavía están ustedes ahí sentados y contando absurdas historias fantásticas, sin tener en consideración a los vecinos, y haciendo que la gente se ponga peor?

—¿Qué ha sucedido ahora, querido mío? —dijo el director de orquesta, completamente asustado.

—Ya lo sé —dijo el entusiasta, tranquilamente—. Ni más ni menos que Bettina, al oírnos hablar en alto, ha escuchado todo y se ha ido del gabinete, pues ya lo sabe todo.

—Todo lo habéis echado a perder —farfulló el doctor— contando esas condenadas historias, llenas de embustes, iluso entusiasta, que envenenan vuestro espíritu excitado, con vuestra lengua de loco; pero ¡ya os daré yo…!

—¡Magnífico, doctor! —interrumpió el entusiasta al colérico—, no os apresuréis y recordad que la enfermedad psíquica de Bettina requiere medios psíquicos, y que quizá mi historia…

—¡Silencio, silencio! —dijo el doctor, tranquilizándose—, ya entiendo lo que queréis decir.

—No sirve el tema para una ópera, pero hay algunos extraños acordes… —murmuró el director de orquesta, mientras cogía el sombrero y seguía al amigo.

Cuando, tres meses después, el entusiasta viajero rendidamente besase la mano de Bettina, ya curada, que acababa de cantar el *Stabat Mater* de Pergolese, con su maravillosa voz de campana (y no lo había cantado en la iglesia, sino en una gran estancia), ésta, llena de alegría, le dijo: «Ciertamente que no sois un hechicero, aunque a veces sí sois una naturaleza obstinada». «Como todos los entusiastas», añadió el director de orquesta.

Ignaz Denner

Ignaz Denner (1817)

Hace ya mucho tiempo vivió en un bosque solitario y salvaje de la región de Fulda un valiente cazador, de nombre Andrés. Había sido montero del conde Aloys von Vach, a quien había acompañado en sus viajes por las bellas tierras italianas y al que una vez, cuando se encontraban recorriendo los peligrosos caminos del reino de Nápoles, le había salvado la vida gracias a su valentía y astucia al ser atacados por unos salteadores de caminos. En la posada de Nápoles en la que se alojaron vivía una pobre y bellísima muchacha que el posadero había recogido, pues era huérfana, pero a la que maltrataba y condenaba a realizar los trabajos más bajos y humillantes en el patio y en la cocina. Andrés se le acercó y, en la medida en que pudo hacerse comprender, procuró consolarla con bondadosas palabras. La muchacha sintió tal cariño por él que ya no pensó en abandonarlo y decidió seguirlo a la fría Alemania. El conde von Vach, conmovido por los ruegos de su criado y las lágrimas de Giorgina —así se llamaba la joven—, permitió a ésta sentarse junto a Andrés en el pescante del coche y que hiciera a su lado aquel largo y fatigoso viaje. Antes incluso de que hubieran cruzado la frontera italiana, se casó Andrés con su Giorgina, y cuando por fin se hallaron de nuevo en los dominios del conde von Vach, éste creyó otorgar una buena recompensa a su sirviente nombrándolo su guardabosques. Con su esposa y un viejo criado se trasladó el valiente joven al bosque agreste y solitario que, desde entonces, debería proteger de cazadores furtivos y ladrones de madera. Pero en lugar del ansiado bienestar que le había prometido el conde von Vach, la vida del guardabosques se tornó penosa, pesada y oscura, y muy pronto la pequeña familia cayó en el desánimo y la miseria. El escaso salario en dinero contante que Andrés recibía del conde apenas si le alcanzaba para vestirse él mismo y su Giorgina; las minúsculas comisiones que le correspondían por la venta de la madera eran infrecuentes e inciertas, y los jabalíes y los lobos devastaban constantemente el huerto que tan necesario le era para subsistir; usí, por mucho que se mantuviera al acecho con su criado, podía ocurrir que sólo en una noche se viera frustrada la última esperanza de obtener su alimento. Además, su vida estaba constantemente amenazada por los ladrones de madera y los cazadores furtivos. Andrés, como hombre valiente y justo que era, resistía todo tipo de tentaciones; así, prefería vivir pobremente antes que apropiarse de bienes que no le pertenecían; desempeñaba su trabajo con fidelidad y valor, por lo que corría a veces un grave peligro. Sus fieles dogos le defendían de los ataques nocturnos de los ladrones. Giorgina, no habituada a aquel clima y a aquella nueva forma de vida en el inhóspito bosque, comenzó a languidecer y a marchitarse. Su rostro bronceado comenzó a amarillear, sus ojos centelleantes y vivarachos perdieron su brillo y su cuerpo sano y fuerte fue tornándose más escuálido cada día. A menudo se despertaba en las noches de luna. Se oían disparos que desgarraban la noche, en la lejanía, a través de la espesura; los dogos aullaban, su marido se levantaba del lecho sin hacer ruido y, junto con el criado, se internaba murmurando en el bosque. Entonces, ella pedía fervorosamente a Dios y a todos los santos que la libraran, junto a su fiel esposo, de esa terrible soledad y de aquel peligro

de muerte que constantemente los amenazaba. El nacimiento de su primer hijo encadenó definitivamente a Giorgina al lecho de enferma y, cada vez más débil, creyó inminente el fin de sus días. Ensimismado y sombrío, el desdichado Andrés no hacía más que caminar nerviosamente de un lado para otro; con la enfermedad de su esposa, había desaparecido de él todo rastro de alegría. Las piezas de caza, ocultas entre los arbustos, aparecían de pronto como seres burlones y fantasmales; apenas disparaba su escopeta, se esfumaban en el aire. Al contrario de lo que siempre había ocurrido, por aquel entonces era incapaz de acertarle a ningún animal y solamente su criado, un hábil cazador, proporcionaba las piezas que, por contrato, estaba obligado a entregar al conde von Vach.

Cierto día, Andrés se hallaba sentado junto al lecho de Giorgina, con la mirada inmóvil puesta en su querida esposa, que exhausta y mortalmente pálida, apenas podía ya respirar. En su dolor oscuro y callado tenía él cogida la mano de su mujer y no oía el llanto del niño, hambriento, que parecía a punto de desfallecer. El criado había partido muy temprano hacia Fulda para traer, con los últimos ahorros que les quedaban, algún alimento para el pequeño. Ni un solo ser humano había allí que pudiera consolarlos; tan sólo el vendaval ululaba con tono desgarrador y su espantoso lamento atravesaba los oscuros abetos mientras los dogos aullaban con tristes gemidos alrededor de su desdichado amo. De súbito, Andrés oyó frente a la casa algo parecido a pasos humanos. Creyó que era el criado que regresaba, sin darse cuenta de que era aún demasiado pronto; pero los perros se irguieron de un salto y comenzaron a ladrar frenéticamente. Tenía que tratarse de un desconocido. Andrés se acercó a la puerta: se encontró con un hombre alto y enjuto, vestido con un abrigo pardo y un gorro de viaje calado hasta los ojos.

—¡Eh! —exclamó el forastero—. ¡Vaya una forma de extraviarme en el bosque! Se avecina tormenta; nos aguarda un tiempo terrible. ¿Me permitiríais, estimado señor, entrar en vuestra casa? Necesito descansar de tan fatigoso viaje para reponer mis fuerzas y poder continuar mi camino.

—¡Ah, señor! —respondió el apesadumbrado Andrés—. Llegáis a una casa en la que sólo moran la necesidad y la miseria; aparte de la silla en la que podréis descansar, apenas puedo ofreceros otra clase de alivio; mi pobre mujer enferma carece también de él, y mi criado, a quien he enviado a Fulda, no volverá hasta el atardecer con algunas provisiones.

Con estas palabras, habían entrado ya en la habitación. El forastero se despojó de su gorro y de su abrigo, bajo el cual traía una alforja de cuero y una pequeña caja. También sacó un estilete y un par de tercerolas que dejó sobre la mesa. Andrés se había acercado al lecho de Giorgina, que yacía inconsciente. El desconocido lo siguió, contempló a la enferma largamente con mirada penetrante y, atenta y con mucho cuidado, tomó su mano para comprobar el pulso.

—¡Ay, Dios mío, se va a morir! —exclamó Andrés desesperado.

—¡En absoluto, amigo mío! —respondió el forastero—. ¡Estad tranquilo! A

vuestra esposa sólo le hace falta una sólida y buena alimentación. De momento voy a administrarle un remedio que anima y fortalece al mismo tiempo y que da excelentes resultados. Yo no soy médico, sino comerciante, pero poseo alguna experiencia en el arte de curar; además, tengo desde hace tiempo algunos arcanum que siempre llevo conmigo y que también vendo.

El forastero abrió su caja, y sacó de ella una redoma; vertió unas gotas del licor rojizo que contenía en un poco de azúcar y se lo dio a la enferma. Luego sacó de su alforja una pequeña botella de cristal esmerilado de delicioso vino del Rin y le suministró a Giorgina un par de cucharadas. Aconsejó que se colocase al niño en el lecho, junto al regazo de la madre, y que se dejase descansar a ambos. A Andrés le parecía como si un santo hubiese descendido del cielo en medio de aquel inhóspito lugar para proporcionarle ayuda y consuelo. Al principio le había asustado la mirada extraña y penetrante del forastero, pero ahora sentía plena confianza hacia él, dado el evidente cuidado y el interés que mostraba para con la pobre Giorgina. Le contó con toda franqueza al desconocido cómo precisamente a causa de la gracia que su señor, el conde von Vach, había querido concederle, se hallaba ahora en aquella indigencia, y cómo había llegado a la conclusión de que no podría salir en toda su vida de aquella miseria. El forastero le consoló asegurándole que a menudo un azar fortuito traía al más desesperado todos los bienes de este mundo y que uno debía correr algún riesgo para hacerse digno de la fortuna.

—¡Ah, estimado señor! —repuso Andrés—, Yo confío en Dios y en la intercesión de los santos a los que tanto mi fiel esposa como yo rezamos con fervor. Pero, ¿qué debo hacer para conseguir dinero y demás bienes? Si la sabiduría del Señor no me los concede, sería pecado desearlos. Pero si es que estoy destinado a poseer todavía algún bien en esta tierra, lo que sólo deseo a causa de mi pobre esposa, que abandonó su hermoso país para seguirme a este desierto, entonces habrán de venir sin que tenga que arriesgar mi vida por ellos.

Mientras así hablaba el piadoso Andrés, el desconocido sonreía de una manera extraña, y ya se disponía a responder, cuando Giorgina, lanzando un profundo suspiro, despertó del sueño en el que había estado sumida. Se sentía asombrosamente repuesta; también el pequeño gorjeaba alborozado en su regazo. Andrés no cabía en sí de gozo: lloraba, rezaba y brincaba por toda la casa. Entretanto regresó el criado, quien, con las vituallas que había traído, preparó todo lo bien que pudo la cena, a la que también fue invitado el desconocido. Éste cocinó una sustanciosa sopa para Giorgina, y pudo verse cómo sazonaba el plato con toda suerte de especias y demás ingredientes que había traído consigo. Como ya era noche cerrada, el forastero no tenía más remedio que quedarse a dormir en la casa del guardabosques. Pidió que le prepararan un lecho de heno en la misma habitación donde dormían Andrés y Giorgina, y así se hizo. Andrés, a quien la preocupación por su mujer no le dejaba dormir, advirtió que el desconocido se estremecía casi a cada suspiro de Giorgina y que se levantaba a cada hora, acercándose una y otra vez a la cama de la enferma para

examinarle el pulso y suministrarle unas gotas de algún medicamento.

Cuando amaneció, Giorgina había mejorado muchísimo. Andrés se deshacía en muestras de gratitud para con el forastero, a quien llamó su ángel benefactor. También su esposa manifestó que había sido enviado por Dios para salvarla, en atención a sus fervorosas plegarias. En cierta manera, tales muestras de gratitud parecían resultarle penosas al forastero; éste se mostraba visiblemente confundido y no cesaba de repetir una y otra vez que no sería humano si no hubiera intentado aliviar a la enferma con los conocimientos que poseía y las medicinas que llevaba consigo. Por otra parte, no era Andrés quien debía estar agradecido, sino *él*; era *él mismo* quien debía darle las gracias al guardabosques, puesto que, a pesar de la gran necesidad que reinaba en aquella casa, le habían acogido de tan buen grado, y de ninguna manera quería dejar de agradecer su bondad. Sacó una opulenta bolsa y extrajo de ella unas cuantas monedas de oro que ofreció al guardabosques.

—¡Ah, señor! —exclamó éste—, ¿Cómo y por qué motivo habría de aceptar yo tanto dinero de vos? Acogeros en mi casa, puesto que os hallabais extraviado en ese terrible bosque, no era más que mi deber de cristiano, si esto os parece digno de alguna gratificación, ya me la habéis dado con creces, más de lo que pueda expresaros con palabras, pues vos, un hombre sabio y experimentado, habéis salvado a mi mujer de una muerte a todas luces segura. ¡Ah, señor! Lo que habéis hecho por mí no podré olvidarlo jamás; ¡ojalá quisiera Dios concederme el poder de recompensaros por vuestra noble acción con mi vida y mi sangre!

Ante estas palabras del valeroso Andrés, una especie de fulgor luminoso relampagueó por unos instantes en los ojos del desconocido.

—Tenéis, buen hombre, que aceptar el dinero —dijo—. Hacedlo por vuestra esposa, pues con él podrá conseguir mejores alimentos y los cuidados que necesita para no recaer en su enfermedad y poder alimentar a vuestro pequeño.

—Señor —repuso Andrés—, perdonadme, pero una voz interior me dice que no debo aceptar un dinero que no he ganado. Esta voz interior, en la que yo siempre he confiado sabiendo que me la inspira mi santo patrón, me ha conducido con gran seguridad durante toda mi vida y ha sido mi protectora frente a los peligros que acechan al cuerpo y al alma. Ya que deseáis ser generoso y conceder algo a mi pobreza, entonces no tenéis más que dejarme una botellita de vuestra maravillosa medicina para que su poder pueda sanar del todo a mi esposa.

Giorgina se incorporó en el lecho y le dirigió a Andrés una mirada implorante con la que parecía rogarle que por esta vez no fuera tan severo y dejara de hacer caso a aquella voz interior, y aceptara el regalo de aquel hombre. El forastero, advirtiendo esto, dijo:

—Bien, si no hay modo de que aceptéis mi dinero, entonces se lo regalo a vuestra querida esposa, que no desdeñará mi voluntad de aliviar un tanto vuestra amarga situación.

Tras estas palabras, introdujo de nuevo su mano en la bolsa y, acercándose a

Giorgina, le entregó el doble de dinero que antes le ofreciera a Andrés. La mujer contempló aquel oro resplandeciente con los ojos brillantes de alegría, incapaz de pronunciar una sola palabra de agradecimiento; lágrimas cristalinas corrían por sus mejillas. El forastero se apartó rápidamente de ella y se dirigió a Andrés:

—Ved, estimado amigo, cómo podéis aceptar sin temor mi regalo, ya que sólo os doy una mínima parte de lo mucho que poseo. Quiero confesaros que no soy lo que aparento. A juzgar por mi humilde vestimenta, y como además viajo a pie como un desdichado buhonero, habréis pensado con toda seguridad que soy pobre y que apenas puedo mantenerme con lo poco que gano en ferias y mercados; pues bien, he de deciros que, mediante excelentes negocios de joyas en los que desde hace años vengo participando, he llegado a convertirme en un hombre muy rico, aunque aún conservo la costumbre de viajar como en los viejos tiempos. En esa alforja de cuero y en esta caja guardo joyas y demás preciosidades, gran parte de ellas talladas en la más remota antigüedad, que tienen mucho, muchísimo valor. Esta vez he hecho muy buenos negocios en Frankfurt, de modo que lo que le regalo a vuestra querida esposa no es, desde luego, ni la centésima parte de mis beneficios. Por otra parte, tampoco os doy el dinero a cambio de nada; antes bien, exijo de vos que me hagáis algunos favores. Como de costumbre, yo me dirigía de Frankfurt a Kassel cuando, al tomar un atajo, me equivoqué de camino y me perdí. Sin embargo, me encuentro con que el camino que atraviesa este bosque, que suele asustar a los viajeros, es, por el contrario, muy ventajoso para quien va a pie; por eso he decidido seguirlo de ahora en adelante siempre que tenga que realizar este viaje, y me detendré aquí, en vuestra casa. Así pues, me veréis dos veces por año: en Pascua, cuando vaya de Frankfurt a Kassel, y a finales de otoño, cuando desde la feria de San Miguel de Leipzig me dirija a Frankfurt y, desde allí, a Suiza o a Italia. Entonces tendréis que albergarme —pagándoos bien, claro está-durante dos o tres días en vuestra casa. Éste es el primer favor que os pido.

«Además, he de pediros también que guardéis hasta el próximo otoño, cuando vendré a recogerla, esta pequeña caja que contiene mi mercancía, pues no la necesito en Kassel y me resulta incómoda para caminar. No os ocultaré que los objetos que contiene son de mucho valor, pero sé que no hace falta que os diga que la guardéis con especial cuidado, pues confío en que, vista vuestra lealtad y vuestra honradez, lo haríais así con cualquier cosa mía que yo dejara a vuestro cuidado y, por lo tanto, mucho más esmero tendréis con esos objetos tan valiosos que contiene la caja. Advertid que éste es el segundo favor que os pido. Lo tercero que deseo de vos será, sin duda alguna, lo que os resultará más penoso y que ahora es para mí el favor más necesario. Tendréis que abandonar a vuestra querida esposa sólo por este día y acompañarme a través del bosque hasta la carretera de Hirschfeld, donde tengo que ver a algunos amigos antes de seguir mi camino hacia Kassel. Y es que, aparte de que no conozco bien el camino que atraviesa el bosque y de que podría perderme sin que esta vez diera con un hombre tan valiente como vos, no es precisamente ésta una

región que carezca de peligros. Nadie osará atacar a un cazador de la región, pero yo, un caminante solitario, podría verme amenazado por graves peligros. En Frankfurt corrían rumores sobre una banda de ladrones que hasta ahora había operado en la región de Schaffhausen, haciéndola sumamente peligrosa y casi intransitable, y que luego se había extendido hasta Estrasburgo; pero ahora parece ser que actúa en la región de Fulda, ya que los comerciantes que viajan de Leipzig a Frankfurt les proporcionan mejores ganancias que las que podrían obtener en aquel otro lugar. Sería, pues, muy fácil que ya desde Frankfurt supieran que soy un rico comerciante de joyas. Así que, si por casualidad merezco alguna recompensa por la salvación de vuestra esposa, podéis agradecérmelo con creces si me acompañáis por el bosque y me guiáis por sus caminos y senderos.

Andrés, muy alegre, se mostró de acuerdo en cumplir los deseos del forastero, y se dispuso a salir de inmediato, tal como el otro quería, poniéndose su uniforme de cazador, tomando su escopeta de dos cañones, colgándose a la cintura su eficaz cuchillo de monte y ordenando al criado que le trajera dos de sus dogos. Entretanto, el forastero había abierto la caja y extraído de ella los más hermosos adornos: joyas, collares, anillos… que había extendido sobre el lecho de Giorgina, de tal forma que ella no podía ocultar su asombro ni su alegría. El extranjero la animó a que se adornase con uno de los collares más hermosos y a que se pusiera en sus maravillosos y bien torneados brazos las pulseras, mientras éste sostenía delante de ella un espejito de bolsillo en el que Giorgina podía contemplarse a su gusto. Andrés se acercó al forastero y le dijo:

—Mi querido señor, ¿cómo despertáis en mi pobre mujer tales caprichos de adornarse con cosas que no le pertenecerán nunca, y que además no le sientan bien en absoluto? ¡No me lo toméis a mal, señor!, pero prefiero mil veces el sencillo collar rojo de corales que mi mujer llevaba al cuello cuando la vi por primera vez en Nápoles que todas estas alhajas brillantes y resplandecientes, que me parecen vanas y engañosas.

—Sois demasiado severo —objetó el forastero riendo irónicamente—, puesto que ni siquiera permitís a vuestra esposa que está enferma y tan sólo por una vez, que se adorne con mis joyas, que en absoluto son falsas sino completamente auténticas. ¿Acaso no sabéis que estas cosas les proporcionan a las mujeres una inmensa alegría? Y, respecto a lo que habéis dicho de que vuestra Giorgina no tendrá nunca tales adornos, me veo obligado a sostener lo contrario. Vuestra esposa es lo suficientemente bella como para adornarse así, y vos no sabéis si alguna vez no será también lo suficientemente rica como para poseer y llevar ella misma adornos como éstos.

Andrés habló esta vez en un tono bastante más severo:

—¡Os lo ruego, señor! ¡No habléis de ese modo tan misterioso! ¿Deseáis, acaso, atontar a mi pobre mujer y que el deseo de adornos y vanidades mundanas le haga más opresivo el peso de la pobreza en la que vivimos y que de ese modo pierda toda

su tranquilidad y su alegría? ¡Guardad esas cosas tan hermosas, estimado señor! Yo os las cuidaré fielmente hasta que regreséis. Pero, decidme: si por casualidad os ocurriera alguna desgracia —¡el Cielo no lo quiera!—, de modo que ya no regresarais más a mi casa, ¿adonde debo enviar la caja, y cuánto tiempo debo esperaros antes de enviar las joyas a aquel a quien vos me nombraréis, tal y como ahora os pido que me digáis vuestro nombre?

—Me llamo —contestó el forastero— Ignaz Denner, y soy, como ya sabéis, comerciante y hombre de negocios. No tengo ni mujer ni hijos y mis parientes viven en las tierras del Valais. A ellos, sin embargo, no puedo quererlos ni apreciarlos de ningún modo, puesto que cuando yo era pobre y estaba necesitado no se ocuparon de mí en absoluto. Si transcurridos tres años no me hubiera dejado ver por aquí, entonces quedaos tranquilamente con la caja; pero como bien sé que ambos, vos y Giorgina, os resistiríais a aceptar tan rico legado, en tal caso, determino que el cofrecito lleno de joyas sea para vuestro hijo, a quien os pido que cuando le confirméis, le añadáis el nombre de Ignatius.

Andrés no supo en aquel momento cómo reaccionar ante la rara magnanimidad y el desinterés de aquel extraño. Se quedó parado, completamente mudo, mientras Giorgina le agradecía su buena voluntad, asegurándole que rezaría a Dios y a los santos para que le protegieran en su arduo y peligroso viaje, y para que siempre le devolvieran sano y salvo a aquella casa. El forastero sonrió, tal y como era su costumbre, de una manera muy peculiar, y afirmó que los rezos de una mujer hermosa tendrían más poder que los suyos. Por eso le dejaba a ella gustoso la tarea del rezo mientras que él se confiaría al vigor de su curtido cuerpo y a la excelencia de las buenas armas que consigo portaba.

Al piadoso Andrés no le gustaron nada aquellas manifestaciones del forastero, pero, por lo pronto, guardó silencio y se calló lo que a punto estuvo de decir al respecto; antes bien, animó al comerciante a iniciar el viaje a través del bosque cuanto antes, ya que, de no ser así, tendría que regresar en plena noche, provocando la angustia de su esposa.

Al despedirse, el forastero expresó a Giorgina su deseo de que se adornara con las joyas que contenía la caja si es que ello le causaba alegría, ya que en aquel bosque inhóspito y salvaje seguro que carecía de cualquier otra diversión. Giorgina se ruborizó de gozo, puesto que no podía sustraerse al entusiasmo que sienten los de su nación por el brillo y la elegancia y, especialmente, por las piedras y los adornos preciosos.

Denner y Andrés partieron de inmediato y se internaron a través del oscuro y solitario bosque. En la más profunda espesura, los dogos parecieron ventear algo y comenzaron a gañir y a mirar a su dueño con ojos inteligentes y expresivos.

—Algún peligro nos acecha —susurró Andrés.

Amartilló su escopeta y comenzó a caminar con precaución delante del comerciante, sujetando los perros. A veces le parecía oír como un murmullo entre los

árboles, y pronto descubrió, a lo lejos, oscuras siluetas que desaparecieron enseguida en la espesura. Quiso soltar a sus dogos.

—¡No hagáis eso, buen hombre! —exclamó Denner—, Puedo aseguraros que no tenemos que temer lo más mínimo.

Apenas hubo pronunciado estas palabras cuando, a unos pocos pasos por delante de ellos, surgió de entre la maleza un tipo grandote y adusto, casi negro, con los cabellos estropajosos y enredados y un gran bigote, portando una escopeta en la mano. Andrés se preparó para disparar.

—¡Alto, deteneos, no lo hagáis! —exclamó Denner.

El tipo moreno dirigió al comerciante un amable y significativo movimiento de cabeza y desapareció al instante entre los árboles. Al fin, salieron del bosque y llegaron a la animada carretera.

—Sólo me queda ya agradeceros de todo corazón vuestra compañía —dijo Denner—; ahora, regresad a vuestra casa. Si volvieran a aparecer en vuestro camino personajes como el que hemos visto, andad tranquilo sin preocuparos de ellos; haced como si no notarais nada y mantened a vuestros dogos bien atados, pues llegaréis sin peligro a vuestra casa.

Andrés no sabía qué pensar de todo aquello, y sobre todo de aquel extraordinario comerciante que, como si fuera un conjurador de espíritus, parecía hechizar al enemigo y alejarlo de él. No podía comprender por qué había querido que lo acompañara a través del bosque. Más calmado, Andrés emprendió el camino de regreso; no advirtió nada sospechoso y llegó sano y salvo a su casa, donde Giorgina, que ya se hallaba repuesta y había dejado el lecho, se arrojó jubilosa en sus brazos.

Gracias a la generosidad del comerciante, la pequeña economía hogareña de Andrés adquirió un cariz muy diferente. Apenas Giorgina se recuperó del todo, los esposos fueron a Fulda y, aparte de lo más necesario, compraron también algunos muebles distintos de los que hasta entonces constituían sus haberes, con los que su morada adquirió la apariencia de un cierto bienestar. Además, parecía que desde la visita del comerciante los cazadores furtivos y los ladrones de madera hubieran desaparecido de los alrededores, de modo que Andrés podía permanecer en su puesto con absoluta tranquilidad. También volvió a tener suerte en la caza, y ahora, como siempre había sido habitual en él, casi nunca erraba un disparo. El forastero volvió por San Miguel y permaneció tres días en casa del guardabosques. Haciendo caso omiso de la tenaz negativa de sus anfitriones, fue tan generoso con ellos como la primera vez. Les aseguró que era su intención proporcionarles algún bienestar para poder disfrutar también él mismo de su propio cuartel de descanso en el bosque, haciéndolo mucho más agradable y acogedor.

La bella Giorgina pudo ahora vestir mejores ropas; confesó a Andrés que el extranjero le había regalado una horquilla de oro finamente repujada, como las que suelen llevar las muchachas y las mujeres en algunas regiones de Italia para sujetarse el cabello, entrelazado y recogido en rodetes. El rostro de Andrés se ensombreció,

pero en aquel mismo instante Giorgina había salido corriendo por la puerta y poco después volvió vestida y adornada tal y como su esposo la viera por primera vez en Nápoles. La hermosa horquilla de oro resplandecía en el negro cabello, que Giorgina, con exquisito gusto artístico, había engalanado con flores de colores; ante esto Andrés no tuvo más remedio que admitir que el forastero había sabido elegir con mucho acierto su regalo, el cual verdaderamente había causado una gran alegría a su mujer.

Andrés manifestó su parecer sin disimulo alguno y Giorgina adujo que el desconocido tal vez fuera su ángel custodio, que la sacaba de su terrible estado de necesidad y la elevaba hasta aquel otro de abundancia, y que no podía comprender por qué Andrés se comportaba con tanta adustez y desconfianza para con el forastero, y cómo podía estar siempre tan triste y ensimismado.

—¡Ah, esposa querida de mi corazón! —repuso Andrés—, La voz interior que antaño me advirtió que no debía aceptar nada del forastero no ha callado ni un solo momento. A menudo me siento torturado por íntimos reproches; me parece como si con su dinero hubieran entrado en mi casa bienes indebidos y falsos, y por eso nada de lo que proviene de él me causa verdadera alegría. Ahora puedo saborear con frecuencia platos suculentos y un buen vaso de vino; pero, créeme, querida Giorgina, cuando antes hacía una buena venta de madera y el buen Dios me premiaba con unos cuantos *groschen* más que de costumbre, ganados honradamente, un vaso de mal vino me sabía mucho mejor que ése tan excelente que ahora nos trae el forastero. No puedo sentir ninguna amistad por ese extraño comerciante; es más, a menudo me siento en su presencia muy incómodo. ¿Acaso no has notado, querida Giorgina, que es incapaz de mirar a nadie a los ojos? Y que, además, sus ojillos hundidos brillan de una forma extraña y a veces, ante nuestras sencillas palabras, se ríe de una manera… yo diría que tan picara y malvada que me produce escalofríos. ¡Ah! Ojalá no sea cierto lo que pienso, pero a menudo me parece como si algo oscuro y terrible se agazapara tras todo esto, alguna desgracia que el forastero puede traer sobre nosotros una vez nos tenga bien atrapados en sus redes.

Giorgina intentó alejar de la mente de su marido aquellos negros pensamientos asegurándole que muy a menudo en su país, y sobre todo en la posada de sus padres adoptivos, había conocido tipos con aspecto mucho más siniestro y, a pesar de eso, luego habían demostrado ser buena gente. Andrés aparentó consolarse, pero en su interior decidió mantenerse alerta.

El forastero apareció de nuevo en la morada del guardabosques precisamente el día en que el pequeño de la casa, un niño maravilloso, el vivo retrato de su madre, cumplía nueve meses. Aquel mismo día era, además, el santo de Giorgina; ésta había acicalado al pequeño de forma extraordinaria y ella misma se había puesto su querido traje napolitano además de haber preparado una comida muy especial, para la que el forastero extrajo una botella de vino de la alforja de cuero. Se hallaban ya sentados alegremente a la mesa y el niño contemplaba todo con sus ojos hermosos e

inteligentes; el huésped se levantó y, alzando su copa, dijo:

—Vuestro hijo parece prometer mucho con esa manera suya de comportarse; es una pena que no estéis en posición de educarle como se merece. Desearía haceros una propuesta al respecto, a pesar de que sé que la rechazaréis, si bien deberías pensar que su intención es únicamente contribuir a vuestra felicidad y a vuestro bienestar. Sabéis que soy rico y sin hijos, y que siento gran cariño y sincera inclinación por vuestro pequeño… ¡Dádmelo! Me lo llevaré conmigo a Estrasburgo, donde una amiga mía, una respetable dama ya mayor, le dará una excelente educación; esto, tanto para vosotros como para mí, debería constituir una gran alegría. Por otra parte, sin vuestro hijo os veríais libres de un pesado lastre. Pero habréis de tomar vuestra decisión enseguida, pues debo partir esta misma noche. Llevaré en brazos al niño hasta el próximo pueblo, y una vez allí tomaré un carruaje.

Ante estas palabras, Giorgina tomó al niño de encima de las rodillas del forastero, donde había estado jugando al caballito, y lo estrechó fuertemente contra su pecho mientras las lágrimas asomaban a sus ojos.

—Ved, querido señor, cómo responde mi mujer a vuestra propuesta, y yo soy de su mismo parecer —dijo Andrés con frialdad—. Vuestra intención podrá ser muy buena, pero, ¿cómo pretendéis privarnos de lo que más queremos en el mundo? ¿Cómo podéis llamar lastre a lo único que alumbró nuestra vida cuando nos hallábamos sumidos en la más profunda miseria, de la que nos sacó vuestra generosidad? Observad, querido señor; vos mismo habéis dicho que no tenéis ni mujer ni hijos; no conocéis, pues, la felicidad, el gozo idéntico a la gloria celestial que emana de un hombre y de una mujer ante el nacimiento de su hijo. Cuando los padres observan al niño que, tranquilo y sereno, duerme en el regazo de su madre, les invade algo parecido al más puro gozo, al más puro amor, pues esta imagen les habla de la felicidad más grande que pueda imaginarse. No, querido señor. Por muy grandes que sean las bondades que habéis tenido para con nosotros, no contrarrestan ni con mucho el peso de nuestro hijo, pues, ¿dónde existirá tesoro alguno en este mundo que pueda compararse a tal posesión? No nos tachéis de ingratos, buen señor, por negarnos tan categóricamente a secundar vuestras intenciones. Si vos fuerais padre comprenderíais que no necesitamos de ninguna otra excusa más.

—Bueno, bueno —repuso el forastero mientras miraba sombríamente hacia otro lado—; creía procuraros un bien haciendo a vuestro hijo rico y dichoso. Pero si eso no os gusta, no se hable más del asunto.

Giorgina besaba y acariciaba al niño como si se lo hubieran devuelto tras salvarlo de un gran peligro. El forastero pugnó visiblemente por aparentar de nuevo alegría y despreocupación; sin embargo, se advertía con claridad cuánto le había contrariado la negativa de sus anfitriones a entregarle el niño. En vez de partir aquella misma tarde, como había anunciado, permaneció todavía tres días en casa del guardabosques, en los que, en vez de quedarse junto a Giorgina, como era su costumbre, salía de caza con Andrés; estas ocasiones las aprovechaba para enterarse de algunas cosas acerca

del conde von Vach. Cuando, en lo sucesivo, el forastero regresó a casa de su amigo Andrés, no volvió a mencionar su plan de llevarse al niño consigo. A su manera, se comportó con el matrimonio tan amablemente como antes y continuó haciéndole valiosos regalos a Giorgina, a la que no cesaba de animar para que se adornara con las joyas que contenía la caja que había dejado al cuidado de Andrés, algo que, de todos modos, ella hacía de vez en cuando a escondidas. A menudo quiso Denner jugar con el pequeño, tal y como había sido hasta entonces su costumbre, pero éste se resistía y lloraba; de ningún modo quería estar con él; era como si supiera del nefasto deseo de arrebatárselo a sus padres que aquél había albergado.

Durante dos años más siguió presentándose aquel extraño en casa de Andrés, y así el tiempo y la costumbre hicieron desaparecer el temor y la desconfianza respecto a Denner, de modo que el guardabosques disfrutaba de su bienestar gozoso y tranquilo. En el otoño del tercer año, cuando la época en que Denner solía presentarse ya había pasado, una noche de tormenta, alguien llamó con gran violencia y apremio a la puerta de la casa de Andrés mientras varias voces roncas gritaban su nombre. Asustado, el guardabosques saltó del lecho; cuando se asomó por la ventana y preguntó quiénes eran aquellos que osaban molestarle en medio de una noche tan terrible y amenazó con soltar a los dogos a fin de ahuyentar a huéspedes tan intempestivos, alguien le rogó que abriera la puerta, pues allí estaba un amigo, y Andrés reconoció la voz de Ignaz Denner. Cuando, con una luz en la mano, abrió la puerta de la casa, se encontró frente a Denner, que estaba completamente solo. Andrés dijo que le había parecido oír varias voces que gritaban su nombre; aquél, en cambio, aseguró que debía de haberle confundido el aullido del viento. Cuando entraron en la habitación, grande fue la sorpresa del guardabosques al observar mejor a Denner y advertir el extraordinario cambio de su vestimenta. En lugar del sencillo traje gris y el abrigo, vestía un jubón rojo oscuro y un anchísimo cinturón de cuero en el que llevaba un estilete y cuatro pistolas; también iba armado con un sable. Incluso su rostro parecía distinto; su frente, por lo normal despejada, estaba ensombrecida por unas cejas muy pobladas, y una barba negra y cerrada cubría ahora sus labios y sus mejillas.

—¡Andrés! —exclamó Denner mientras lo miraba con ojos relucientes—. ¡Andrés! Cuando hace casi tres años salvé a tu mujer de la muerte, deseaste que Dios te concediera algún día la oportunidad de poder recompensarme por mi buena acción con tu sangre y con tu vida. Tu deseo se ha cumplido. Vístete, toma tu escopeta y ven conmigo; sólo a unos pocos pasos de tu casa sabrás el resto.

Andrés no supo qué pensar de lo que Denner le exigía; habiendo recordado entre tanto aquellas palabras que pronunciara años atrás, aseguró a Denner que estaba dispuesto a hacer por él lo que le pidiera siempre que no fuera contrario a la justicia, la virtud o la religión.

—De eso puedes estar seguro —repuso aquél mientras le palmeaba la espalda sonriendo; y como había visto que Giorgina estaba ya levantada y que se había

abrazado a su marido temblando de miedo, la tomó de los brazos y, atrayéndola suavemente hacia sí, le dijo—: ¡Dejad que vuestro esposo se venga conmigo y veréis cómo en pocas horas regresa junto a vos sano y salvo y además os trae alguna cosa bonita. ¿Os he pedido alguna vez algo malo? ¿Acaso no he pretendido siempre, desde que me conocéis, lo mejor para vosotros? Verdaderamente, sois gente muy desconfiada.

Andrés dudaba todavía si vestirse o no; entonces, Denner se volvió hacia él y, mirándole con dureza, le espetó:

—¡Espero que mantendrás tu palabra, pues sólo se trata de eso, de que demuestres con hechos lo que prometiste!

Andrés se vistió con rapidez, y al salir con Denner por la puerta dijo otra vez:

—Todo, estimado señor, estoy dispuesto a hacer por vos; sin embargo, no me pidáis algo que sea injusto, pues no haré nada que contradiga en lo más mínimo mi conciencia.

Denner guardó silencio y salió presuroso de la casa. Penetraron en la espesura hasta llegar a un claro bastante espacioso; allí, Denner silbó tres veces con tal fuerza que el silbido resonó en los terribles precipicios, que se abrían unas leguas más allá y que devolvieron su eco multiplicado. Por todas partes, en la espesura, comenzaron a tremolar faroles, y por las oscuras sendas y pasillos del bosque pudieron oírse infinidad de murmullos y tintineos metálicos, hasta que aparecieron unas negras y terribles figuras fantasmales que formaron un círculo en torno al forastero. Una de ellas surgió de entre las demás y, señalando a Andrés, dijo:

—Éste debe de ser nuestro nuevo camarada, ¿no es verdad, capitán?

—Sí —respondió Denner—. Lo he sacado de la cama. Hoy hará su primera prueba. Ya podemos irnos.

Ante estas palabras, Andrés despertó como de una sorda ofuscación, un sudor frío comenzó a empapar su frente; pero logró serenarse y exclamó con vehemencia:

—¡Vaya, miserable impostor! ¡Así que te hacías pasar por comerciante, pero en realidad te dedicas a un oficio infame y canalla y eres un maldito bandido! ¡Jamás seré tu compañero ni participaré en tus canalladas, a las que, como si fueras el mismo Satanás, querías atraerme con engaños y malas artes! ¡Deja que me vaya ahora mismo, maldito embustero, y aléjate de esta comarca con tus secuaces o delataré tu escondite a la justicia para que recibas la recompensa que merecen tus crímenes! Pues bien sé ahora que tú no eres otro que Ignaz el Negro, que con su banda ha devastado, robado y asesinado en toda esta zona de la frontera… ¡Déjame marchar ahora mismo, no quiero volver a verte!

Denner soltó una estridente carcajada.

—¿Cómo, cobardica? —dijo éste—. ¿Es que te atreves a rebelarte contra mi voluntad? ¿Acaso no eres ya desde hace mucho tiempo nuestro camarada? ¿Es que no vives desde hace casi tres años de nuestro dinero? ¿No se adorna tu mujer con nuestro botín? Ahora que te hallas entre nosotros, ¿te niegas a pagar por aquello de lo que has

disfrutado? Si no nos sigues ahora mismo, si no te muestras como un valiente camarada, mandaré que te aten y te arrojen a nuestra cueva e inmediatamente mis hombres irán a tu casa, la incendiarán y asesinarán a tu mujer y a tu hijo. Sin embargo, espero no verme obligado a tener que dar esas órdenes que sólo serán consecuencia de tu estupidez. ¡Vamos! ¡Elige! ¡Es hora de que nos pongamos en camino!

Bien comprendió Andrés que la más mínima negativa por su parte le costaría la vida a su querida Giorgina y al pequeño. Maldiciendo en su interior al malvado Denner, decidió, sin embargo, someterse aparentemente a su voluntad, si bien permanecería al margen de los robos y los asesinatos y aprovecharía su conocimiento de los miembros de la banda y de sus escondites para denunciarlos en cuanto tuviera ocasión y hacer todo lo posible para que los apresaran. Iras haber tomado esta secreta determinación, explicó al capitán de los bandidos cómo a pesar del íntimo rechazo que sentía por aquel oficio, era tan grande el agradecimiento que sentía por la curación de Giorgina que se veía obligado a correr algún riesgo, y que por eso se decidía a acompañarlos en su expedición, aunque pedía que, como nuevo e inexperto miembro que era evitara en lo posible su participación directa en los hechos. Denner alabó su decisión asegurándole que en modo alguno le exigiría pertenecer formalmente a la banda, sino que, antes bien, debería permanecer en su puesto de guardabosques, pues tanto ahora como en el futuro les sería sin duda de gran utilidad. Se trataba nada menos que de asaltar y robar la vivienda de un rico arrendatario, situada a las afueras del bosque y lejos del pueblo. Se sabía que, aparte de las riquezas y la gran cantidad de objetos valiosos que poseía aquel hombre, acababa además de cobrar una gran suma de dinero por la venta de cereales, suma que guardaba en su casa; por eso, los ladrones confiaban en obtener un rico botín. Apagaron los faroles y comenzaron a caminar en silencio por los estrechos senderos del bosque hasta que llegaron muy cerca del edificio, que algunos miembros de la banda rodearon de inmediato. Otros, en cambio, escalaron el muro que circundaba la vivienda y abrieron por dentro la puerta del patio; unos pocos quedaron de guardia, entre ellos Andrés. Enseguida oyó éste cómo los ladrones abatían las puertas y penetraban en la casa; advirtió sus juramentos y sus gritos, los alaridos de sus víctimas. Sonó un disparo; con seguridad, el arrendatario, un hombre fuerte, debía de haberse resistido. Luego todo quedó en silencio. Comenzó a oírse el ruido metálico que hacían los candados al saltar, y se vio a los ladrones llevando cajas a través de la puerta del patio. Alguno de los servidores del arrendatario debió de haber huido al amparo de las tinieblas y haber llegado hasta el pueblo, dando la voz de alarma, pues, a través de la noche, se oyó el tañido de la campana de la iglesia tocando a rebato, y poco después pudo verse cómo una multitud de gente provista de luces se dirigía hacia la propiedad del arrendatario. Luego se oyeron sucesivos disparos. Los ladrones, que también habían encendido antorchas y faroles, se agruparon en el patio y derribaron a todos aquellos que se atrevían a escalar el muro. Andrés, situado en un

pequeño promontorio, pudo observarlo todo con claridad, y cuál no sería su sorpresa y espanto al distinguir entre los campesinos a algunos cazadores vestidos con la librea de su señor, el conde von Vach. ¿Qué podía hacer? Unirse a ellos era imposible, sólo una rápida huida podía salvarlo, pero permaneció allí, como si estuviera clavado al suelo, mirando fijamente el patio, donde la lucha se tornaba cada vez más cruenta, pues los cazadores de von Vach habían logrado penetrar en el interior por una pequeña puerta lateral y luchaban cuerpo a cuerpo con los ladrones. Estos últimos tuvieron que retroceder, y comenzaron a replegarse abandonando el patio y dirigiéndose hacia donde se encontraba Andrés. Vio a Denner, que cargaba sus armas sin descanso y nunca erraba el tiro. Un joven ricamente vestido, rodeado de cazadores del conde von Vach, parecía ser el comandante; hacia él apuntó Denner, pero antes de que tuviera tiempo de disparar, cayó él mismo al suelo emitiendo un sordo gemido, herido de bala. Los ladrones huían; los cazadores de von Vach estaban ya casi encima; entonces, como impulsado por un extraño poder, Andrés saltó hacia el lugar en que había caído Denner y, cargándoselo a la espalda, pues el guardabosques era un hombre fornido, lo puso a salvo llevándoselo de allí lo más rápido que pudo. Sin nadie que los persiguiera, alcanzaron el bosque en poco tiempo. Se oían aún algunos disparos aislados, pero enseguida se hizo el silencio, señal de que los ladrones que no habían quedado heridos en el sitio habían logrado escapar y esconderse en el bosque, donde ni los campesinos ni los cazadores habían creído prudente proseguir la persecución.

—¡Bueno, bájame ya, Andrés! —dijo Denner—, Me han herido un pie, ¡maldita sea, no sé por qué me caí! Aunque me duele mucho la herida, no creo que sea nada de cuidado.

Andrés así lo hizo. Denner extrajo una pequeña redoma del bolsillo, que al abrirla dejó escapar un brillante destello, gracias al cual el guardabosques pudo examinar atentamente la herida. Denner tenía razón, la bala sólo le había rozado el pie derecho, causándole un profundo rasguño que sangraba mucho. Andrés vendó la herida con un pañuelo. El jefe de los bandidos emitió un pitido con su silbato y a lo lejos se oyeron otros silbidos como respuesta; luego, Denner pidió a Andrés que lo condujera con cuidado por el estrecho sendero del bosque, pues pronto llegarían al lugar convenido. En realidad no pasó mucho tiempo hasta que comenzaron a ver otra vez el brillo de faroles encendidos a través de la cerrada maleza y llegaron hasta el claro desde el que habían partido al comienzo de su aventura, donde ya estaban reunidos los ladrones que habían logrado salvarse. Todos se mostraron jubilosos cuando su jefe apareció entre ellos y aclamaron al guardabosques, quien profundamente ensimismado permaneció en silencio. Descubrieron que más de la mitad de los miembros de la banda habían muerto o habían quedado malheridos en la casa del arrendatario; entre tanto, varios ladrones designados expresamente para poner a salvo el botín habían conseguido transportar varias cajas con objetos valiosos y sacarlas del campo de batalla, del mismo modo que también habían logrado hacerse con una considerable

suma de oro, de forma que, aun a pesar de que todo hubiera salido al revés, se habían hecho con un buen botín. Denner, con la herida ya perfectamente vendada, apenas si parecía sentir ya dolor alguno; una vez que hubo tratado de lo más necesario con sus hombres, se volvió hacia Andrés y le dijo:

—Yo salvé a tu mujer de la muerte, y tú me has salvado a mí esta noche del cautiverio y también me has librado de la muerte, a la que con toda certeza me habrían condenado. ¡Ahora estamos en paz! Puedes regresar a tu casa. En los próximos días, tal vez incluso mañana, abandonaremos la comarca; por lo tanto, puedes estar tranquilo, que no volveremos a exigirte algo parecido a lo de hoy. Eres un tonto demasiado temeroso de Dios, inservible por tanto para nosotros. Por otra parte, es justo que tomes una parte del botín y que te recompense por haberme salvado la vida. Toma, pues, esta bolsa de oro y guarda buen recuerdo de mí, porque más o menos dentro de un año espero volver a aparecer por tu casa.

—¡Dios me libre de tomar un sólo *pfennig* de vuestro vergonzoso botín! —exclamó Andrés con violencia—. Sólo gracias a vuestras terribles amenazas me habéis obligado a acompañaros, algo de lo que me arrepentiré eternamente. Bien puede ser que haya cometido un pecado al sustraerte, ¡maldito canalla!, de tu bien merecido castigo; pero el Dios del Cielo me lo perdonará en su indulgencia. En aquellos instantes fue como si mi Giorgina me hubiera suplicado por tu salvación, puesto que tú la habías rescatado a ella de la muerte, y no pude hacer otra cosa que, poniendo en juego tanto mi vida y mi honor como el bienestar y el sufrimiento de mi mujer y de mi hijo, librarte del peligro. Pues dime: ¿qué hubiera sido de ellos si llegan a herirme? ¿Qué hubiera sido de mi mujer, de mi niño, si me llegan a encontrar muerto entre tu banda de infames asesinos…? Puedes estar seguro de que si no abandonas la comarca, si me entero de que aquí se comete un solo robo o asesinato, iré a Fulda al instante y delataré a las autoridades tu escondite.

Los ladrones quisieron abalanzarse sobre Andrés para castigarlo por sus palabras, pero Denner los contuvo diciendo:

—Dejad al pobre tipo que desvaríe; ¿a nosotros qué nos importa…? —Y añadió—: Andrés, tú estás en mi poder tanto como tu mujer y tu hijo. Pero nada ha de sucederos ni a ti ni a ellos si me prometes que permanecerás tranquilo en tu casa y no dirás una sola palabra respecto a lo que ha ocurrido aquí esta noche. Y esto último te lo aconsejo severamente, puesto que mi venganza sería terrible, además de que las autoridades no dejarían pasar tan fácilmente el hecho de que hayas colaborado con nosotros en esta acción ni que llevaras tanto tiempo disfrutando de mis riquezas. A cambio, te vuelvo a prometer que abandonaré la región y que ni yo ni mi banda realizaremos aquí ninguna otra fechoría.

Una vez que Andrés, obligado por la necesidad, aceptó las condiciones impuestas por el capitán de los ladrones y hubo jurado solemnemente guardar silencio, dos bandidos lo condujeron por senderos estrechos y llenos de maleza hacia otro camino bastante más ancho; ya de mañana, llegó el guardabosques a su casa y pudo abrazar a

su Giorgina, que estaba pálida como un cadáver a causa de la inquietud y el miedo. Andrés le contó, sin entrar en detalles, que Denner se le había mostrado abiertamente como un infame canalla y que por eso había decidido romper toda relación con él; ese hombre jamás debería volver a poner los pies en el umbral de aquella casa.

Pero, ¿y el cofrecito con las joyas? —le interrumpió Giorgina.

Andrés sintió de súbito algo parecido a un gran peso en el corazón. Había olvidado por completo las joyas que Denner dejara bajo su custodia, y lo que no comprendía era que el capitán de los ladrones no hubiera dicho una sola palabra sobre el asunto. Para sus adentros se preguntó qué era lo mejor que podía hacer con el cofrecito. Pensó en llevarlo a Fulda y entregárselo a las autoridades; pero, ¿cómo podría explicar la manera en que éste había ido a parar a sus manos sin correr el gran peligro de traicionar la promesa de silencio que había hecho a Denner? Al fin resolvió que guardaría fielmente el tesoro hasta que la casualidad le brindase la oportunidad de devolverlo a su dueño o, mucho mejor, de entregarlo a las autoridades sin verse obligado a romper su promesa.

El asalto a la casa del arrendatario había causado gran conmoción en la comarca, ya que se trataba de la hazaña más arriesgada que desde hacía años habían realizado los ladrones, señal inequívoca de que la banda, que al principio se había dado a conocer por robos comunes y luego por el asalto y el atropello a viajeros aislados, había crecido considerablemente. El arrendatario debía el haber salvado su vida y una buena parte de su fortuna únicamente a la casualidad de que aquella noche se hallara alojado en el pueblo cercano el sobrino del conde von Vach, acompañado de algunos hombres de su tío, los cuales, uniéndose a los campesinos en cuanto éstos dieron la alarma, acudieron en su ayuda para enfrentarse a los ladrones. Tres de los bandidos que habían quedado tendidos en el patio seguían aún con vida al día siguiente y se confiaba en que podrían sanar de sus heridas. Se les había vendado cuidadosamente y encerrado en la cárcel de la aldea; pero cuando iban a ser trasladados, en la mañana del tercer día y a hora muy temprana, se los halló muertos, cosidos a puñaladas, sin que nadie pudiera explicarse cómo había podido suceder aquello. Con esto se esfumaron todas las esperanzas por parte del tribunal de obtener de los prisioneros alguna información precisa sobre la banda. Andrés se estremeció al oír estos acontecimientos, y mucho más cuando se enteró de que varios campesinos y cazadores del conde von Vach habían perdido la vida o habían sido heridos de gravedad. Poderosas patrullas de jinetes de Fulda peinaban el bosque y aparecieron varias veces por casa de Andrés; éste temía a cada momento que trajeran preso al mismo Denner o cuando menos a algún miembro de la banda, y que éste entonces lo reconociera como su cómplice en aquel audaz crimen y lo delatara. Por primera vez en su vida padeció la dura tortura del cargo de conciencia; sin embargo, sólo el amor a su mujer y a su hijo le obligó a secundar las criminales intenciones de Denner.

Todas las investigaciones posteriores resultaron vanas. Era imposible hallar el rastro de los bandidos, y Andrés se convenció pronto de que Denner había cumplido

su palabra abandonando la comarca junto con su banda. El dinero que todavía le quedaba de sus regalos, así como la horquilla de oro, fueron a parar a la caja junto a las joyas, pues no quería cargar sobre sí más culpa al beneficiarse de bienes robados. De ese modo, Andrés volvió a encontrarse en el mismo estado de necesidad y pobreza de antes; pero conforme más tiempo transcurría sin que nada turbase la tranquilidad de su vida, más se alegraba en su interior. Al cabo de dos años, su mujer le dio otro hijo, y aunque ésta no enfermó como la primera vez, recordaba con añoranza las atenciones y los cuidados que tanto bien le habían hecho entonces y de los que ahora se veía privada. Un día, al caer la tarde, Andrés se hallaba sentado plácidamente junto a su mujer, que tenía al pequeño en brazos, mientras el niño mayor jugueteaba en el suelo con el perro grande, al que, por ser el favorito de su amo, se le permitía permanecer en la habitación. Entonces entró el criado diciendo que un hombre que le parecía muy sospechoso llevaba casi una hora merodeando por los alrededores de la casa. Ya estaba Andrés a punto de salir con su escopeta cuando oyó que alguien gritaba su nombre. Abrió la ventana y al instante reconoció al odiado Ignaz Denner, quien de nuevo se había vestido con las ropas de comerciante y portaba una alforja de cuero bajo el brazo.

—¡Andrés! —gritó Denner—, ¡Tienes que albergarme por esta noche en tu casa y mañana continuaré mi camino!

—¿Qué? ¿Tú, desvergonzado e infame canalla? —repuso Andrés, colérico—. ¿Cómo te atreves a volver por aquí? ¿Acaso no me he mantenido fiel a mi promesa de guardar silencio para que te alejaras de esta región y no volvieras jamás? ¡No te permito que pises el umbral de mi casa! ¡Lárgate enseguida o te mato de un tiro, asesino! Pero espera, que antes quiero arrojarte el oro y las joyas con que tú, maldito Satanás, quisiste deslumbrar a mi mujer; después tendrás que marcharte enseguida. Te doy tres días de tregua; si a partir de entonces sospecho lo más mínimo de tu presencia o la de tu banda, iré inmediatamente a Fulda y contaré cuanto sé de ti a las autoridades. Y si acaso deseas cumplir tus amenazas contra mí y contra mi mujer, me pondré en manos de Dios y bien sabré, maldito bandido, cómo acertarte con mi escopeta.

Andrés se apresuró a ir a buscar el cofrecito para arrojárselo al bandido, pero cuando volvió a la ventana, éste se había esfumado. A pesar de que el guardabosques rastreó con sus dogos los alrededores de la casa, le fue imposible dar con el más mínimo rastro de Denner. Bien sabía Andrés que, expuesto a la maldad del terrible asesino, corría un gravísimo peligro; por este motivo, montaba guardia todas las noches, pero como todo permanecía tranquilo acabó por convencerse de que Denner debía de haber salido del bosque. Entre tanto decidió, para calmar su conciencia que lo abrumaba con sus reproches, no seguir callado por más tiempo, sino ir a Fulda e informar al Consejo de sus inocentes relaciones con Denner y, al mismo tiempo, entregarles el cofre con las joyas y el dinero. Sabía perfectamente que no saldría de allí sin recibir algún castigo; sin embargo, confiaba en su sencillo arrepentimiento por

haber cometido un error al que el infame Ignaz Denner, como si hubiera sido el mismo diablo, le había tentado e inducido, y también en el apoyo de su señor, el conde von Vach, el cual no negaría a su fiel servidor un testimonio favorable. Andrés ya había recorrido varias veces el bosque junto a su criado y nunca observó nada sospechoso; así pues, su mujer no corría ningún peligro. Por eso se dispuso a viajar a Fulda sin más dilación para poner en práctica su propósito. La mañana en que se preparaba para partir llegó un mensajero de su señor, el conde von Vach, el cual le conminaba a presentarse inmediatamente en su castillo. Así, en vez de ir a Fulda, se dirigió junto al mensajero a ver al conde, no sin sentir temor ante lo que podría significar aquel requerimiento tan inusual por parte de su señor. En cuanto llegó al castillo, tuvo que presentarse de inmediato en los aposentos del conde.

—¡Alégrate, Andrés! —exclamó aquél saliéndole al paso—, pues has tenido una suerte inesperada. ¿Te acuerdas aún de nuestro viejo y gruñón posadero napolitano, el padre adoptivo de tu Giorgina…? Ha fallecido; sin embargo, en el lecho de muerte su conciencia debió de conmoverse al recordar el mal trato que daba a la pobre niña huérfana y por eso le ha dejado dos mil ducados que se hallan ya en Frankfurt en letras de cambio y que tú puedes recoger allí de manos de mi banquero. Si deseas partir inmediatamente hacia Frankfurt, te extenderé ahora mismo el certificado que te acreditará ante él para que no tengas inconveniente alguno que te impida recibir tal suma.

Andrés quedó mudo de contento y no menos gozoso se sintió el conde ante la alegría de su fiel servidor. Cuando volvió en sí, Andrés decidió darle a su mujer una alegría inesperada, así que aceptó de inmediato el amable ofrecimiento de su señor y, provisto de su certificado de legitimidad, emprendió el camino hacia Frankfurt.

Mandó recado a su mujer comunicándole que el conde lo había enviado a realizar unos encargos importantes y que permanecería fuera algunos días. Cuando llegó a Frankfurt, el banquero del conde al que Andrés se presentó lo remitió a otro comerciante que era quien estaba autorizado a realizar el pago del legado. El guardabosques dio al fin con él y obtuvo la considerable suma en dinero contante. Pensando siempre en Giorgina, en poder proporcionarle una gran alegría, compró para ella cantidad de cosas bonitas y también una horquilla de oro idéntica a la que Denner le había regalado, y como Andrés no podía llevar a pie él solo la enorme alforja, tuvo que hacerse con un caballo. Así pues, tras seis días de ausencia, emprendió, muy contento, el viaje de regreso. Pronto alcanzó el bosque y su casa. La encontró cerrada a cal y canto. Llamó a gritos al criado, a su Giorgina… Nadie contestaba; sólo los perros gemían, encerrados en la casa. Entonces presintió una gran desgracia y golpeando la puerta con violencia gritó:

—¡Giorgina! ¡Giorgina!

Entonces Giorgina se asomó por la ventana del sobrado y exclamó:

—¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¿Andrés, eres tú? ¡Alabado sea el poder del Cielo que ha hecho que hayas vuelto!

Cuando Andrés entró por fin en la casa, su mujer, con una palidez mortal y gimiendo y sollozando desconsoladamente, se arrojó a sus brazos. Él permaneció de pie, sin poder moverse; finalmente, asió a su mujer, que a causa de su gran debilidad parecía que iba a caerse al suelo, y la trasladó al interior. Pero, de pronto, como atenazado por una garra gigantesca, quedó paralizado por el terror ante la terrible visión que apareció frente a él. Las paredes y el suelo de la habitación estaban manchadas de sangre… ¡el niño pequeño yacía muerto en su camita con el pecho destrozado…!

—¿Dónde está Georg, dónde está Georg? —gritó Andrés, preso de una inmensa desesperación, pero en aquel mismo instante oyó cómo el muchacho bajaba la escalera llamándolo. Por todas partes había esparcidos vasos rotos, botellas, platos. Habían corrido la enorme y pesada mesa que normalmente estaba junto a la pared hasta el centro de la habitación; sobre ella se hallaba un extrañísimo brasero de carbón, varias redomas y una fuente que contenía sangre derramada. Andrés tomó a su pobre hijito de la cama. Giorgina comprendió lo que su marido quería; trajo unos lienzos en los que envolvieron el cadáver y lo enterraron en el jardín. Andrés hizo una pequeña cruz de madera de roble y la clavó sobre la tumba. Ni una sola palabra, ni el más mínimo sonido salió de los labios de los desdichados padres. En un silencio lúgubre y sombrío habían concluido su trabajo, y ahora se sentaban ante la casa a la luz del atardecer, con la mirada perdida en el vacío.

Hasta el día siguiente no pudo relatarle Giorgina a su marido lo que había sucedido durante su ausencia. Al cuarto día después de que Andrés hubiera dejado su casa, hacia el mediodía, el criado volvió a ver toda clase de figuras sospechosas merodeando por los alrededores, lo cual hizo que Giorgina deseara ardientemente el regreso de su marido. En medio de la noche la despertó un gran griterío justo delante de la casa. El criado apareció precipitadamente y, muerto de miedo, anunció que estaban rodeados por los ladrones y que era imposible pensar en defensa alguna. Los dogos ladraban furiosos, pero enseguida pareció que alguien los calmaba mientras se oía gritar:

—¡Andrés, Andrés!

Armándose de todo su valor, el criado se asomó a la ventana y gritó que su amo no estaba en casa.

—¡Eso no importa! —contestó, desde abajo, una voz—. Abre la puerta, que tenemos que entrar en vuestra casa; Andrés no tardará ya mucho en venir.

¿Qué otra cosa podía hacer el criado sino abrir la puerta? Entonces, el grupo de ladrones entró como un torrente y saludó a Giorgina como a la mujer del camarada al cual debía su capitán la libertad y la vida. Exigieron que Giorgina les preparara una suculenta comida, ya que aquella noche habían realizado una peligrosa empresa, cuyo resultado había sido todo un éxito. Medio muerta de miedo, Giorgina encendió un gran fuego en la cocina y preparó la comida, para la que un ladrón que parecía ser el cocinero o el tabernero de la banda le entregó un venado, vino y otros ingredientes. El

criado tuvo que traer vajilla y colocar la mesa. Cuando encontró el momento oportuno se deslizó hasta la cocina, donde estaba su ama.

—¡Ay, señora! —comenzó a susurrar aterrorizado—. ¿Sabéis qué es lo que han hecho los ladrones esta noche? Tras una larga ausencia y una buena preparación, acaban de asaltar hace apenas unas horas el castillo del señor conde von Vach, y tras encontrar gran resistencia por parte de las gentes del noble, han acabado por matar a muchos de ellos y también al mismísimo conde; luego, han quemado el castillo.

Giorgina exclamó en voz baja:

—¡Ah, si mi marido hubiera estado allí! ¡Ay, pobre señor!

Entre tanto, los ladrones voceaban y cantaban, y procuraban que corriera el vino mientras llegaba la comida. Ya amanecía cuando apareció el odiado Denner; entonces se abrieron las cajas y las alforjas que habían sido traídas a lomos de caballerías. Giorgina oyó cómo contaban gran cantidad de dinero y cómo tintineaban los cubiertos y demás objetos de plata; parecía que lo estuvieran anotando todo. Por fin, ya muy entrada la mañana, se marcharon todos los ladrones, y sólo quedó allí Denner. Se dirigió a Giorgina con gesto inocente:

—Estáis muy asustada, querida señora; al parecer, vuestro marido no os ha dicho que hace ya tiempo se hizo nuestro camarada. Siento que no haya regresado aún a casa; ha debido de tomar otro camino y nos habremos perdido. Estuvo con nosotros en el castillo de ese infame, del conde von Vach, que desde hace dos años nos ha perseguido con saña y del que al fin nos hemos vengado la pasada noche… Cayó luchando, a manos de vuestro marido. Tranquilizaos, querida señora, y decid a Andrés que no volverá a verme tan pronto, pues la banda se separa por una temporada. Os dejaré esta misma tarde… ¡Tenéis unos niños muy hermosos, querida señora! ¡Éste es otro niño espléndido!

Diciendo estas palabras, cogió al más pequeño de brazos de Giorgina y comenzó a jugar de manera tan cariñosa con él que el niño sonrió jubiloso y pareció sentirse a gusto con el ladrón hasta que éste se lo entregó de nuevo a la madre. Ya oscurecía cuando Denner le dijo a Giorgina:

—Observaréis que a pesar de que no tengo esposa ni hijos, lo cual a veces deploro, no por ello me disgusta jugar con niños pequeños. Dejadme otra vez a vuestro hijito los últimos minutos que pasaré con vosotros. El niño cumple precisamente ahora nueve semanas, ¿no es cierto?

Giorgina hizo un gesto afirmativo y, no sin cierto reparo, le entregó el niño a Denner, quien se sentó con él ante la puerta de la casa; luego el ladrón pidió a la mujer que le preparara la cena, pues quería partir una hora más tarde. Apenas había entrado en la cocina, cuando Giorgina advirtió que Denner penetraba de nuevo en la casa con el niño en brazos. Poco después se propagó por todas las habitaciones un extraño vapor que olía de manera muy desagradable y que parecía provenir del cuarto donde se hallaba Denner. Giorgina se sintió embargada de una angustia terrible; corrió enseguida hacia allí y encontró la puerta cerrada por dentro. Le pareció oír al

niño lloriquear muy bajito.

—¡Salva, salva a mi hijo de las garras de ese malvado! —le gritó al criado, intuyendo un hecho terrible.

Aquél cogió enseguida un hacha y derribó la puerta. Un vapor espesísimo y pestilente les salió al paso. Giorgina entró de un salto en la habitación; el niño yacía desnudo, sobre una fuente en la que goteaba su sangre. Pudo ver todavía cómo el criado alzaba el hacha para herir a Denner, y cómo el ladrón esquivó el golpe y comenzó a luchar contra él. Le pareció oír entonces varias voces junto a la ventana y, sin conocimiento, cayó al suelo. Cuando volvió en sí, era ya noche cerrada; aturdida como estaba, fue incapaz de mover ninguno de sus miembros. Al fin se hizo de día y pudo ver, horrorizada, cómo la sangre cubría toda la habitación. La ropa de Denner se hallaban esparcida por todas partes… un gran mechón desgarrado, sin duda, de los cabellos del criado… el hacha salpicada de sangre… y el niño, inerte encima de la mesa, con el pecho destrozado. Giorgina se desvaneció de nuevo, creyó morir, pero despertó de aquel letargo mortal hacia el mediodía. Logró incorporarse con gran esfuerzo. Llamó a gritos a Georg, pero al no obtener respuesta alguna, creyó que también éste había sido asesinado. La desesperación le dio fuerzas. Salió corriendo de la habitación al patio y gritó:

—¡Georg! ¡Georg!

Entonces, una voz lastimera se oyó a través de una ventana del sobrado.

—¡Madre, madre querida! ¿Eres tú? ¡Ven, ven, sube aquí conmigo! ¡Me muero de hambre!

Rápidamente, casi a saltos, llegó Giorgina donde se encontraba su hijo, el cual, aterrorizado, se había encerrado en el desván y no se había atrevido a salir de allí. Giorgina estrechó al pequeño contra su pecho con inmenso alivio. Cerró la casa con llave y, agazapada, esperó hora tras hora a Andrés, al que también creía perdido. El chico pudo observar desde su escondite cómo varios hombres entraban en la casa acompañando a Denner, y cómo al poco salían transportando un cadáver. Al fin, cuando Giorgina concluyó su historia, advirtió los hermosos regalos que su marido había traído de su viaje, y el dinero.

—¡Ay, entonces es verdad! —exclamó, horrorizada—. Entonces, tú también…

Andrés no la dejó continuar con sus recriminaciones, sino que le contó detalladamente la fortuna que le había caído en suerte y cómo él había ido a Frankfurt, donde había cobrado el dinero de la herencia. El sobrino del asesinado conde von Vach se había convertido ahora en el nuevo propietario de todas las posesiones de su tío; a él quería presentarse Andrés y contarle detalladamente todo lo que había sucedido, delatar los escondites de Denner y pedirle que le librara de un cargo que tantos peligros y sinsabores le deparaba. Giorgina no debía quedarse sola en casa con el niño, así que Andrés decidió cargar en un pequeño carro sus mejores pertenencias, enganchar el caballo y, junto con su mujer y su hijo, abandonar para siempre una comarca que sólo despertaba en él los más aciagos recuerdos y que

jamás habría de procurarle paz ni seguridad algunas. El tercer día, que era el señalado para el viaje, se hallaban, precisamente, terminando de empaquetar algunas cajas, cuando les sorprendió un gran estruendo de caballos que parecía acercarse cada vez más. Andrés reconoció al antiguo guardabosques, que vivía en el castillo; tras él venía una compañía de dragones de Fulda.

—¡Vaya! ¡Aquí tenemos al maldito bribón tratando de poner a salvo su botín —exclamó el comisario del juzgado, que también venía con el grupo.

Andrés quedó petrificado de asombro y de espanto. Giorgina estuvo a punto de desvanecerse. Los hombres cayeron sobre el guardabosques, lo ataron junto a su mujer y después los echaron a ambos en el carro, que ya estaba frente a la casa. Giorgina comenzó a gritar llamando a su hijo y pidiendo y rogando que lo dejaran con ella.

—¿Para qué, para llevarte a tu cría contigo al infierno? —dijo el comisario arrancando con violencia al niño de los brazos de la mujer.

Iban a llevárselos cuando el viejo guardabosques, un hombre recio y honesto se asomó de nuevo al carro y dijo:

—Andrés, Andrés; pero, ¿cómo has podido dejarte seducir por Satanás para cometer tales crímenes? Tú, que siempre fuiste tan piadoso y leal…

—¡Mi querido señor! —exclamó Andrés, completamente apesadumbrado—. ¡Tan cierto como que hay Dios en el Cielo, y como que espero morir en su gracia, que soy inocente! ¡Vos me conocéis desde que era niño! ¿Cómo podría yo, que jamás hice daño a nadie ni cometí injusticia alguna, convertirme de pronto en un canalla tal? Bien sé que me consideráis un bribón y que creéis que he participado en ese crimen horrible que se llevó a cabo en el castillo del bueno y desdichado de mi señor. ¡Pero os juro, por mi vida y por la paz de mi alma, que soy inocente!

—Bien —dijo el viejo guardabosques—, si eres inocente, acabará sabiéndose, a pesar de todas las pruebas que hablan contra ti. Yo me ocuparé cuidadosamente de tu hijo y de todas tus propiedades, de modo que cuando se demuestre tu inocencia y la de tu mujer encuentres de nuevo al jovencito sano y contento, y a salvo todas tus pertenencias.

El comisario del juzgado confiscó el dinero. Por el camino preguntó Andrés a Giorgina dónde había guardado el cofrecito con las joyas; ella confesó que sentía habérselo devuelto a Denner, pues ahora podrían habérselo entregado a las autoridades. En Fulda separaron a Andrés de su mujer y lo confinaron en una celda oscura y profunda. Transcurridos unos días, se le condujo a prestar declaración. Había sido acusado de cómplice en el crimen del castillo de Vach, y se le conminó a que contara la verdad, puesto que prácticamente se hallaban ya probados los cargos contra él. Andrés relató fielmente todo lo sucedido desde que el abominable Denner apareció por vez primera en su casa hasta el instante mismo de su propia detención. De lo único que se acusó, lleno de arrepentimiento, fue de haber participado, por salvar a su mujer y a su hijo, en el asalto a la casa del arrendatario así como de haber

salvado a Denner de una condena segura... Proclamó rotundamente su inocencia respecto al último crimen cometido por la banda de ladrones puesto que, en esa fecha, él se hallaba en Frankfurt. En esto, se abrieron las puertas de la sala de juicios y trajeron al abominable Denner. En cuanto vio a Andrés, soltó una carcajada burlona y dijo:

—Pero, camarada, ¿también has dejado que te pescasen? ¿Es que no te han servido para nada las oraciones de tu mujer?

Los jueces instaron al bandido a que repitiera su testimonio en contra de Andrés; Denner dijo entonces que el guardabosques del conde von Vach, de nombre Andrés, allí presente, estaba en tratos de alianza con él desde hacía cinco años y que su casa del bosque había sido, hasta ese momento, su mejor y más seguro escondite. Andrés siempre había recibido su parte correspondiente del botín, si bien tan sólo había participado en dos acciones: una vez, en el asalto a la casa del arrendatario, en la cual le había salvado a él mismo de un peligro inminente, y luego, en la que se llevó a cabo contra el castillo del conde Aloys von Vach, el cual, precisamente, había caído muerto a consecuencia de un certero disparo del guardabosques. Andrés ya no pudo más y estalló de cólera al escuchar aquella desvergonzada mentira.

—¿Qué? —gritó—, ¿Tú, diablo, te atreves a acusarme a mí del asesinato de mi querido y pobre señor, de un asesinato que sólo tú has cometido? ¡Claro! ¡Ya lo sé! ¡Sólo tú eres capaz de actuar así! ¡Ésta es tu venganza, que me persigue por no haber querido colaborar en tus crímenes, porque te amenacé con pegarte un tiro si volvías a poner un pie en el umbral de mi casa, y por tratarte como al maldito ladrón y asesino que eres! ¡Por eso asaltaste mi casa con tu banda, por eso tuviste que asesinar a mi pobre e inocente hijito y a mi fiel criado! ¡Pero no podrás escapar al terrible y justo castigo de Dios, aun cuando tenga que vencerme tu maldad!

Entonces, volvió Andrés a repetir la totalidad de su propio testimonio bajo el más sagrado juramento; sin embargo, Denner rió sarcásticamente y afirmó que sólo su gran temor a la muerte hacía que mintiera de tal forma al tribunal, y que vaya una piedad de la que hacía alarde si recurría a Dios y a los santos como refuerzos de sus falsas declaraciones.

En realidad, los jueces no supieron qué debían pensar de Andrés, cuya expresión y palabras parecían corroborar la verdad de su testimonio, ni tampoco de la fría seguridad que mostraba Denner. Seguidamente, se hizo pasar a Giorgina, que se arrojó a los brazos de su marido llorando desconsoladamente. Ella no refirió más que un relato inconexo, y aunque acusó a Denner de la espantosa muerte de su hijito, éste no pareció alterarse en absoluto por ello, sino que afirmó, como ya lo había hecho antes, que Giorgina jamás supo nada de las andanzas de su marido, y que ella era completamente inocente. Andrés fue conducido de nuevo a su celda. Unos días después, el carcelero, que era un buen hombre, le comunicó que como tanto Denner como los demás ladrones habían asegurado que Giorgina era inocente, no existiendo ya ninguna otra acusación contra ella, la habían puesto en libertad. El joven conde

von Vach, que parecía abrigar sus dudas respecto a la culpabilidad de Andrés, había pagado la fianza, y el viejo guardabosques había venido a recoger a Giorgina en un hermoso carruaje. En vano había rogado Giorgina que le permitieran ver a su marido; el tribunal se lo había negado rotundamente. Esta noticia consoló muchísimo a Andrés, ya que, mucho más que su propia aflicción, era para él un pesar inmenso la idea de los padecimientos de su mujer en la cárcel. Su proceso, en cambio, tomaba un cariz más sombrío cada día: se había comprobado que, efectivamente, Andrés había vivido desde hacía más o menos cinco años en un considerable bienestar, cuya fuente no podía ser otra que su participación en los beneficios producidos por los robos. A pesar de lo mucho que aseguró y repitió Andrés su ausencia del castillo de Vach durante los terribles sucesos que allí habían ocurrido, sus declaraciones acerca de la herencia recibida y su estancia en Frankfurt seguían siendo de lo más sospechosas, porque fue incapaz de recordar el nombre del comerciante que le había pagado el dinero. Tanto el banquero del conde von Vach como el posadero en cuya casa se había hospedado Andrés en Frankfurt, aseguraron unánimemente que no recordaban en absoluto al guardabosques que se les había descrito; el apoderado del conde von Vach que había extendido el certificado para Andrés había muerto y ninguno de los servidores del conde sabía nada de la herencia, puesto que éste no había dicho nada al respecto, y Andrés también había guardado silencio puesto que había querido sorprender a su mujer entregándole el dinero al regresar de Frankfurt. De esta manera, todo lo que el guardabosques alegó para demostrar que se encontraba en Frankfurt durante el asalto al castillo y que había obtenido el dinero de forma honrada quedó sin comprobar. En cambio, Denner mantuvo sus primeras declaraciones, que fueron corroboradas por los demás ladrones capturados. Todo ello no hubiera convencido a los jueces de la culpa del desdichado Andrés, de no ser por la declaración de dos cazadores del conde von Vach, que admitieron haber visto y reconocido con toda claridad, a la luz de las llamas, a Andrés, y cómo éste había derribado al conde. Así, el guardabosques resultó ser a los ojos del jurado un criminal tozudo e hipócrita y, ante los resultados de aquellas declaraciones, concluyeron por condenarlo a ser torturado con el fin de doblegar su voluntad y hacerle confesar su crimen.

Ya hacía casi un año que Andrés se consumía en prisión; la tristeza había agotado sus fuerzas y su cuerpo, fuerte y robusto antes, era ahora débil y había enflaquecido y enfermado. Se acercaba el día en que iban a hacerle confesar mediante la tortura un crimen en el que jamás había tomado parte. Le condujeron a la cámara del tormento, donde se hallaban instrumentos de la más refinada crueldad. Los ayudantes del verdugo lo tenían ya todo dispuesto para maniatar al desdichado e iniciar su martirio. De nuevo se instó a Andrés a que confesara el crimen del que se le acusaba y que, con la declaración de aquellos cazadores, ya estaba incluso probado. Éste volvió a proclamar su inocencia y repitió detalladamente las circunstancias de su amistad con Denner, utilizando las mismas palabras que había usado en el primer interrogatorio.

Tras esto, los ayudantes del verdugo lo agarraron, lo amarraron con fuertes cuerdas y comenzaron a torturarlo desencajándole los miembros y clavándole ganchos en sus tensas carnes. Andrés no pudo soportar tales torturas: destrozado y violentamente desgarrado por el dolor, deseando la muerte, confesó todo lo que los jueces quisieron y, al fin, lo condujeron sin sentido a su celda. Como solía hacerse con quienes habían sido torturados, se le fortaleció con vino, tras lo cual, Andrés cayó en un estado de profunda ensoñación y apatía, entre la vigilia y el sueño. Le pareció que las piedras del muro que lo rodeaba se desprendían y caían al suelo de su celda con gran estrépito. Entonces, penetró en la estancia un rayo luminoso de color rojo sangre y, con él, también una figura que aun teniendo rasgos parecidos a los de Denner, no parecía, sin embargo, que se tratara de éste. Sus ojos brillaban como ascuas, su pelo, mucho más negro, áspero y erizado, se erguía sobre la frente, y las oscuras cejas se enraizaban con firmeza en el grueso músculo que sobresalía justo por encima de su nariz aguileña. Su rostro se contraía en una mueca curiosa y extraña y las ropas que vestía eran raras y extravagantes, como él nunca se las había visto a Denner. La figura vestía una capa muy amplia de color rojo fuego y bordada en oro que pendía de sus hombros formando gran cantidad de pliegues; llevaba también un sombrero español de ala ancha adornado con una enorme pluma roja que parecía flotar en lo alto, además de una larga daga que llevaba sujeta a la cintura. Bajo el brazo izquierdo, traía algo que parecía ser una caja pequeña. Aquel engendro fantasmal dio unos pasos hacia Andrés y, en un tono de voz ronco y profundo, le dijo:

—Y bien, camarada, ¿te ha gustado el tormento? Todo esto no tienes que agradecérselo más que a tu tozudez; si hubieras admitido abiertamente que eras un miembro de la banda, ya estarías a salvo. Pero yo te ofrezco un remedio: si me juras entregarte por completo a mi voluntad y, venciendo tu repugnancia, te atreves a beber de estas gotas hervidas con la sangre del corazón de tu hijo, te habrás librado enseguida de todas tus penas. Te sentirás curado y fortalecido, y ya me ocuparé yo después de tu liberación.

Andrés fue incapaz de articular palabra debido al espanto, la angustia, el cansancio y la debilidad que le embargaban; vio la sangre de su hijo flamear con rojas llamitas en la piola que le ofrecía la figura; con gran devoción rogó a Dios y a los santos que tuvieran a bien liberarle de las garras de Satanás que lo perseguía y quería privarle de la salvación y la vida eterna que ansiaba merecer, a pesar de que fuera a morir en la ignominia. En ese momento, y tras lanzar una carcajada que resonó por toda la celda, la figura desapareció envuelta en densa humareda. Andrés despertó al fin de su profundo embotamiento letárgico y pudo incorporarse en el lecho; mas cuál no sería su sorpresa al advertir que el pasto sobre el que había tenido apoyada su cabeza comenzó a moverse hasta que acabó por apartarse a un lado. Se dio cuenta de que, desde abajo, alguien estaba desencajando una piedra del suelo de la celda; a la vez, oyó susurrar varias veces su nombre. Andrés reconoció la voz de Denner y exclamó:

—¿Qué quieres de mí? ¡Déjame en paz! ¡Yo no tengo nada que ver contigo!

—Andrés —dijo Denner—, he atravesado varias bóvedas subterráneas para llegar hasta ti y salvarte, pues si te llevan al lugar de la ejecución, de donde yo sin duda escaparé, estarás perdido. Sólo te ayudo a causa de tu mujer, la cual me ha apoyado más de lo que tú crees. Realmente eres un cobarde falto de valor. ¿Qué fruto ha dado tu lamentable negativa? Me cogieron, simplemente, porque tú no regresaste del castillo de Vach a tu casa cuando debías, y porque yo me quedé demasiado tiempo con tu mujer. ¡Venga! Toma la lima y la sierra, libérate de las cadenas la próxima noche y corta el candado de la puerta de la celda. ¡Deslízate por el pasillo! La última puerta a mano izquierda estará abierta y fuera encontrarás a uno de los nuestros, que será quien te guíe a partir de ahí. ¡Pórtate bien! ¡Esta vez, no lo eches a perder!

Andrés tomó las herramientas que Denner le había entregado y colocó la piedra de nuevo en su sitio. Había decidido hacer únicamente aquello que le dictara la voz de su conciencia. Cuando se hizo de día y apareció el carcelero, el preso le comunicó que quería ser conducido de inmediato ante el juez, pues tenía que denunciar algo muy importante. Esa misma mañana se cumplió su deseo, ya que los jueces estaban convencidos de que el prisionero revelaría algo nuevo sobre otros hechos criminales de la banda, desconocidos hasta entonces. Andrés entregó las herramientas que Denner le había proporcionado y relató el suceso de la noche anterior.

—A pesar de que estoy sufriendo y padeciendo aunque soy completamente inocente, Dios me guardará muy bien de que trate de conquistar mi libertad por medios ilícitos, ya que de esa forma yo mismo me pondría sin remisión en manos del infame Denner, quien ya me ha cubierto de vergüenza y por cuya maldad estoy abocado a la muerte; entonces sería cuando esa acción criminal me haría merecedor, en verdad, del castigo que ahora voy a sufrir siendo inocente.

Así concluyó Andrés su testimonio. Los jueces parecieron asombrarse mucho y apiadarse algo del infeliz, si bien eran tantas las pruebas que hablaban contra él que esta conducta no les pareció lo suficientemente poderosa como para sembrar de nuevo la duda acerca de la veracidad de su culpa. Sin embargo, la sinceridad de Andrés y, sobre todo, la circunstancia de que tras su denuncia se hubieran visto y apresado en la ciudad y en los alrededores de la cárcel a varios miembros más de la banda de ladrones, trajeron como consecuencia una grata influencia en su situación. Así, poco después, se le trasladó desde el calabozo subterráneo en el que había estado encerrado a una celda más luminosa y muy cercana a la vivienda del carcelero. Allí pasaba su tiempo sumido en pensamientos acerca de su fiel esposa y de su hijo, y poco a poco, con enorme piedad y resignación, fue sintiéndose impulsado a arrojar de sí la vida, aun de forma dolorosa, como si de un pesado lastre se tratara. Al buen carcelero no dejaba de asombrarle aquel piadoso condenado, y al fin no le quedó más remedio que convencerse de su inocencia.

Había transcurrido ya cerca de un año cuando se cerró el difícil y complicado proceso contra Denner y sus cómplices. Se descubrió que la influencia de la banda ya

llegaba más allá de la frontera, hasta Italia, y que hacía mucho tiempo que robaba y mataba en infinidad de regiones. Denner sería ahorcado y su cadáver sería quemado después en la hoguera. También al desdichado Andrés se le condenó a la horca, pero, gracias a su arrepentimiento y a sus declaraciones, por las cuales había sido posible apresar a otros miembros de la banda y descubrir así la operación de fuga que tenían preparada, se tuvo a bien permitir que su cuerpo fuera descolgado y que se le diera sepultura en tierra sagrada.

Llegó el día en que Denner y Andrés iban a ser ajusticiados; la puerta de la celda se abrió y apareció el joven conde von Vach en busca de Andrés, que se hallaba postrado de rodillas rezando, recogido y en silencio.

—Andrés —dijo el conde—; vas a morir. ¡Pero aún puedes aliviar tu conciencia confesándolo todo con sinceridad! Dime: ¿mataste a tu señor? ¿Eres tú verdaderamente el asesino de mi tío?

Andrés fue incapaz de contener el llanto y repitió, desesperado, todo lo que había dicho ante el tribunal antes de que el intolerable dolor producido por la tortura le obligase a mentir. Invocó a Dios y a todos los santos como testigos de la verdad de su testimonio y les rogó para que intercedieran por él y le ayudasen a demostrar su absoluta inocencia en la muerte de su querido señor.

—De modo que aquí hay en juego un misterio inexplicable —prosiguió el conde von Vach— Yo mismo, Andrés, estaba convencido de tu inocencia a pesar de todas las pruebas que te acusaban; pues bien sabía yo que desde tu juventud siempre fuiste el más fiel servidor de mi tío, y que incluso una vez, en Nápoles, lo salvaste de caer en manos de unos salteadores de caminos poniendo en gran peligro tu vida. Sin embargo, ayer mismo los dos viejos cazadores de mi tío, Franz y Nikolaus, me juraron que, efectivamente, te habían visto con toda claridad entre los ladrones y que habían podido observar también cómo fuiste tú mismo quien abatió de un disparo a mi tío.

Andrés se sintió desgarrado por sentimientos terribles; le parecía como si el propio Satanás hubiera adoptado una forma humana idéntica a la suya para perderle, incluso el mismo Denner había hablado en la celda sobre aquel suceso; es decir, realmente creía haberle visto en el escenario del crimen, y por eso su testimonio ante los tribunales parecía surgido de una verdadera e íntima convicción. Andrés afirmó esto sin ningún tipo de reparo, añadiendo que se sometía a la decisión del Cielo, según la cual debería sufrir una muerte ignominiosa reservada a los criminales, pero también que, aunque esto sucediera, mucho tiempo después de la ejecución, habría de salir a la luz su inocencia. El conde von Vach se hallaba profundamente conmovido; apenas si fue capaz de decirle a Andrés que, tal y como él le había pedido, no le había comunicado a su desdichada mujer, que se hallaba junto con su hijo hospedada en casa del viejo guardabosques, la fecha del día de la ejecución. La campana del ayuntamiento comenzó a tañer con tono lúgubre, lenta y pausadamente. Vistieron a Andrés para la ejecución y la comitiva, seguida de una gran multitud de gente, partió,

con la acostumbrada ceremonia, hacia el cadalso. Andrés rezaba en voz alta, y todos cuantos lo observaban quedaban asombrados y conmovidos con su piadoso comportamiento. Denner, en cambio, tenía el gesto de un criminal infame y obstinado; miraba a su alrededor con suma arrogancia y prepotencia, mientras se mofaba del porte piadoso y humilde de Andrés. Este iba a ser ahorcado en primer lugar; con expresión serena ascendió por la escalera del cadalso, acompañado del verdugo; en ese instante, una mujer lanzó un grito desgarrador y, acto seguido, cayó desmayada en brazos de un anciano. Andrés miró hacia allí: era Giorgina. En voz alta pidió al Cielo que le diera fortaleza y serenidad en sus últimos momentos.

—¡Allá arriba volveré a verte, mi queridísima y amada esposa, pues muero inocente! —añadió, dirigiendo una mirada cargada de melancolía hacia lo alto.

El juez instó al verdugo a que se apresurase, pues un murmullo amenazador surgía de la muchedumbre y algunas piedras habían volado hacia Denner, quien también había comenzado a subir por la escalera del cadalso mientras se burlaba de los espectadores a causa de la compasión que mostraban para con el piadoso Andrés. El verdugo rodeó con la soga el cuello del guardabosques. Pero en ese mismo instante, una voz clamó entre la muchedumbre:

—¡Alto, alto! ¡En nombre de Cristo! ¡Deteneos! ¡Ese hombre es inocente! ¡Vais a ejecutar a un inocente!

—¡Alto, alto! —gritaron entonces cientos de voces.

Los guardias apenas podían contener a la multitud, que pugnaba por llegar hasta la escalera y bajar a Andrés. El hombre que había gritado primero se acercó montado en un caballo; Andrés reconoció al instante en aquel extraño al comerciante que le había entregado el dinero de la herencia de Giorgina en Frankfurt. Su pecho estuvo a punto de estallar de gozo, casi no podía tenerse en pie al querer bajar de la escalera. El comerciante aseguró al juez que, en el mismo momento en que se cometían el asalto y el crimen en el castillo de Vach, Andrés se hallaba efectivamente en Frankfurt, es decir, a muchas millas de distancia del cruel escenario, y que él mismo estaba dispuesto a demostrarlo como correspondía ante el tribunal mediante documentos que lo probaban. Entonces, habló el juez:

—La ejecución de Andrés no puede llevarse a cabo de ningún modo; si esta circunstancia extraordinaria se confirma, la absoluta inocencia del acusado quedará demostrada. ¡Que se le conduzca de inmediato a su celda!

Denner había contemplado tranquilamente la escena desde lo alto de la escalera. Pero cuando el juez pronunció estas últimas palabras, sus ojos, inyectados en sangre, comenzaron a girar en sus órbitas, sus dientes rechinaron, y prorrumpió en desesperados alaridos que resonaron en el aire como el aullido de una locura fiera e indescriptible:

—¡Satanás, Satanás, tú me has traicionado…! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Todo está perdido…! ¡Todo perdido!

Lo bajaron de la escalera, pero cayó al suelo y, gimiendo sordamente, sollozó:

—¡Lo confesaré todo, lo confesaré todo!

Su ejecución también fue aplazada; hasta entonces se le encerró de nuevo en la prisión, donde ya se cuidarían bien de que no pudiera escapar. El odio de sus guardianes sería la mejor protección contra la astucia de sus cómplices.

Pocos instantes después de que Andrés llegara acompañado por el carcelero, estrechaba a Giorgina en sus brazos.

—¡Ah! ¡Andrés, Andrés! —exclamaba—. ¡Al fin te tengo otra vez por entero, ahora que sé que eres inocente, pues yo también había llegado a dudar de tu honradez y de tu piedad!

A pesar de que se le había ocultado a Giorgina la fecha de la ejecución, ésta, embargada por una extraordinaria angustia e impulsada por una extraña premonición, se había apresurado a ir a Fulda, llegando precisamente al lugar del ajusticiamiento cuando su marido estaba a punto de subir la terrible escalera que habría de conducirle a la muerte. El comerciante estuvo de viaje durante todo el tiempo que había durado la investigación; viajó por Francia e Italia y ahora acababa de regresar por Praga y Viena. La casualidad, o mejor dicho, una gracia especial de la Providencia, quiso que llegase al lugar de la ejecución en el momento decisivo y que salvara al pobre Andrés de morir en la ignominia, como un criminal. En la posada se enteró de toda la historia del guardabosques, y enseguida le asaltó la sospecha de si no se trataría del mismo hombre que hacía dos años había cobrado una herencia que su mujer había recibido de Nápoles. Salió rápidamente y, en cuanto vio a Andrés, quedó convencido de la verdad de su sospecha. Gracias a los hábiles esfuerzos del discreto comerciante y del joven conde von Vach, pudo reconstruirse la estancia de Andrés en Frankfurt casi a cada hora, y con eso quedó probada su absoluta inocencia. El propio Denner acabó por confesar la verdad de la declaración del guardabosques sobre la relación que ambos habían mantenido, añadiendo que debía de haberle cegado el mismo diablo, ya que, de hecho, era cierto que había creído ver a Andrés luchando a su lado en el castillo de Vach. Por su forzada participación en el asalto a la propiedad del arrendatario, así como por el encubrimiento y la salvación de Denner, algo que atentaba contra las leyes, el juez dictaminó que Andrés ya había pagado lo bastante por ello con sus dos largos y durísimos años de cautiverio, la tortura y la angustia de la pena de muerte; por eso, se le declaró libre de cualquier otro cargo. Tras esto, Andrés se trasladó enseguida con su Giorgina al castillo de Vach, donde el noble y bondadoso conde le había destinado una vivienda en un edificio adyacente. El conde exigiría de él tan sólo que supervisara los mínimos servicios relacionados con la preparación de sus partidas privadas de caza, actividad que constituía la principal diversión del noble. El conde corrió también con los gastos del proceso, de modo que Andrés y Giorgina pudieron conservar íntegra su fortuna.

El proceso contra el infame Ignaz Denner dio entonces un giro completamente nuevo. Los sucesos acaecidos al pie del cadalso parecían haber operado en el criminal un intenso cambio. Su orgullo cínico y luciferino parecía haberse doblegado, y de su

interior abatido y desgarrado surgían confesiones que llenaban de asombro a los jueces. Denner se acusó a sí mismo, mostrando evidentes signos de arrepentimiento, de haber hecho un pacto con Satanás en su primera juventud; por este motivo, todas las investigaciones que se llevaron a cabo a partir de ahí contaron con la presencia de unos cuantos eclesiásticos designados al efecto. Denner contó tantas cosas de sus años juveniles que, de no ser porque las informaciones que se solicitaron a Nápoles, su aparente lugar de nacimiento, no las hubieran confirmado, tendría que haberse creído que tales cuentos eran un mero producto de los delirios de la mente de un loco. Un extracto de las actas manejadas por el tribunal eclesiástico de Nápoles refieren las siguientes circunstancias sobre la extraña procedencia de Denner.

Hace muchos años vivía en Nápoles un viejo y extraño doctor, de nombre Trabaccio, al que, por razón de sus misteriosas pero siempre eficacísimas curas, solía conocérsele como el «doctor maravilla». Parecía que la edad no hiciera mella alguna en él, pues caminaba raudo y con agilidad juvenil, a pesar de que varios lugareños calculaban que debía de tener ya cerca de ochenta años. Su rostro siempre estaba contraído en una mueca horrible y desagradable, y su mirada no podía apenas sostenerse sin que quien así lo hacía se sintiese embargado por un súbito y profundo temor, si bien dicha mirada contribuía muchas veces a la curación de sus pacientes, de tal modo que se decía que tan sólo usando su terrible mirada era, a menudo, capaz de vencer algún mal grave y contumaz. Por encima de su traje negro solía llevar echada una amplia capa roja adornada con ribetes bordados y borlas doradas, cuyos hinchados pliegues dejaban entrever el largo estoque. Así recorría las calles de Nápoles, llevando una caja que contenía los medicamentos que él mismo preparaba, visitando a sus enfermos y despertando el recelo de todos cuantos le veían. La gente sólo recurría a él cuando no le quedaba más remedio, en casos de extrema necesidad; sin embargo, jamás se negó a visitar a un enfermo, incluso cuando no esperara ganar dinero alguno con él. Se le habían muerto rápidamente varias esposas. Todas ellas habían sido muy bellas y, por lo general, muchachas campesinas. El médico las encerraba en casa y sólo les permitía asistir a misa acompañadas de una vieja alcahueta, fea y repugnante. Esta mujer era insobornable, así que todo intento de acercamiento a las bellas del doctor Trabaccio por parte de los jóvenes enamoradizos resultaba infructuoso. Además de que el tal Trabaccio se hacía pagar muy bien por sus clientes ricos, poseía también una inmensa fortuna en dinero y joyas que amontonaba en su casa y que en modo alguno ocultaba; este caudal era enormemente desproporcionado con relación a sus ganancias. Al mismo tiempo, el médico era, a veces, de una prodigalidad rayana en el derroche. Tenía la costumbre de dar un banquete funerario cada vez que fallecía una de sus mujeres, cuyo coste ascendía a mucho más del doble de lo que su trabajo como médico le aportaba en un año. Con su última esposa había concebido un niño, al que también mantuvo encerrado como a sus otras mujeres; nadie pudo llegar a verlo. Sólo en el banquete que el médico

ofreció con ocasión de la muerte de su mujer se sentó el pequeñín de tres años a su lado y todos los comensales se maravillaron de la belleza y la inteligencia del niño, el cual, de no haber sido porque su cuerpo delataba su edad, hubiera podido pasar, por sus maneras y sus razonamientos, por un muchacho de doce años. Precisamente en ese banquete, el doctor Trabaccio anunció que, como ya había satisfecho su deseo de tener un hijo, no volvería a casarse. Su inmensa fortuna, pero aún más su misteriosa persona y sus curaciones maravillosas que a veces rozaban el límite de lo increíble, ya que unas cuantas gotas preparadas y administradas por él, e incluso únicamente su tacto o su mirada, eran capaces de domeñar las enfermedades más graves, dieron pie a multitud de extraños rumores que se extendieron rápidamente por todo Nápoles. Se tenía al doctor Trabaccio por un alquimista, por alguien que conjuraba al demonio. Al final, en efecto, se le acabó acusando de haber pactado con Satanás. Este último rumor surgió a raíz de unos acontecimientos en los que participaron algunos nobles de Nápoles. Estos volvían una noche, a una hora ya tardía, de un banquete y, a causa de la embriaguez, equivocaron su camino y fueron a parar a una zona solitaria. Oyeron entonces, delante de ellos, un murmurar y susurrar, advirtiendo de pronto, con horror, que ante sí tenían un gallo rojo que resplandecía con una gran cornamenta de ciervo, coronada de muchas puntas y que, con las alas extendidas, les contemplaba con una mirada fulgurante, humana. Los nobles se parapetaron tras una esquina. El gallo pasó de largo; le seguía una alta figura que llevaba una capa muy holgada, con adornos dorados. En cuanto desaparecieron, alguien del grupo comentó:

—Era Trabaccio, «el doctor maravilla».

Ya sobrios a causa de aquella terrible aparición, se armaron de valor y siguieron al presunto doctor y al gallo, cuyo fulgor iluminaba el camino. Observaron con asombro cómo las dos figuras se dirigían hacia la casa de Trabaccio, la cual se ubicaba en una plaza lejana, desangelada y vacía. Llegados a la casa, el gallo se elevó en el aire y con sus alas llamó a la pesada ventana del balcón, que se abrió con estruendo; la voz regañona de una anciana exclamó:

—¡Venid, venid a casa; el lecho está caliente, y vuestra queridita espera ya desde hace mucho, mucho tiempo!

Pareció que el doctor ascendía por una escalera invisible y seguía al gallo a través de la ventana, la cual se cerró luego de tal modo que hizo que retumbase y se estremeciese la calle solitaria. La escena desapareció envuelta en la densa oscuridad de la noche, mientras el grupo de espectadores quedaba boquiabierto, ofuscado y sobrecogido por el espanto. Esta aparición, la convicción de los nobles de que la figura a la que el gallo iluminaba no era otra que la del mal afamado doctor Trabaccio, fue para el tribunal eclesiástico, a oídos del cual llegó después toda la historia, razón suficiente para comenzar a espiar con absoluta discreción a aquel hombre misterioso y satánico. De hecho, se corrió la voz de que en las habitaciones del doctor Trabaccio se encontraba a menudo un gallo rojo, con el que el doctor parecía hablar y discutir de manera prodigiosa, como si lo estuvieran haciendo dos

versados eruditos sobre objetos relativos a su ciencia. El tribunal eclesiástico estaba a punto de prenderlo bajo la acusación de brujería, pero el tribunal civil se le adelantó e hizo que los esbirros lo detuvieran y lo condujeran a la cárcel en el mismo momento en que el doctor volvía de visitar a un enfermo. Entre tanto, habían sacado de la casa a la vieja ayudante, pero al niño no lo habían podido encontrar. Finalmente, cerraron y sellaron las puertas de las habitaciones y apostaron guardias alrededor de la casa.

La causa de este proceso criminal era la siguiente: desde hacía ya algún tiempo habían muerto varias personas distinguidas de Nápoles, todas ellas en la misma zona, y, según los juicios unánimes de los médicos, habían sido envenenadas. Estos sucesos dieron lugar a multitud de investigaciones que resultaron infructuosas hasta que, al fin, un joven napolitano, un conocido calavera cuyo tío había muerto envenenado, confesó su horrible acción añadiendo que había comprado el veneno al ama de llaves de Trabaccio. Se vigiló a la vieja estrechamente y la atraparon justo en el momento en que trataba de trasladar una cajita, en la cual se hallaron pequeñas redomas que estaban etiquetadas con multitud de nombres de distintos remedios medicinales, pero que contenían en realidad veneno líquido. La vieja no quiso confesar nada, pero al amenazarla con el tormento reconoció que hacía ya muchos años que el doctor Trabaccio se dedicaba a preparar aquel veneno artificial conocido como Aqua Toffana2 y que la venta secreta de éste, de la que ella se encargaba, había sido desde siempre la principal fuente de sus riquezas. Por lo demás, era completamente cierto que el doctor hubiera hecho un pacto con el diablo, el cual solía visitarle adoptando las más diversas formas. Cada una de sus esposas le había dado un hijo, sin que nadie de fuera de la casa lo hubiera sospechado. Luego, cuando las criaturas habían llegado a la edad de nueve semanas o también de nueve meses, las había asesinado de manera inhumana en medio de una gran ceremonia y un solemne ritual en cuyo transcurso les había abierto el pecho y sacado el corazón. Satanás se hallaba presente en dichas ceremonias, adoptando formas distintas cada vez, si bien, por lo general, aparecía como un murciélago con máscara humana que atizaba con sus anchas alas el fuego de carbón con el que Trabaccio preparaba unas excelentes gotas con la sangre del niño que servían para combatir con gran eficacia todas las enfermedades. A sus esposas las había ido matado a todas de una u otra forma secreta, y siempre de tal modo que ni la mirada del más perspicaz de los médicos hubiera podido encontrar huella alguna del asesinato. Sólo la última mujer de Trabaccio, que le había dado un hijo que aún vivía, había fallecido de muerte natural.

El doctor Trabaccio confesó todo sin la más mínima reserva, y parecía encontrar un enorme placer al escandalizar al tribunal con el relato de sus abyectos crímenes y, sobre todo, con los detalles más nimios de su espantosa relación y pacto con el diablo. Los eclesiásticos que también conformaban el tribunal se esforzaron todo lo posible por hacer que el doctor se arrepintiera de sus pecados y muriera habiendo regresado al buen camino, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, pues el médico no hacía más que burlarse y reírse de ellos. Ambos, la vieja y Trabaccio, fueron

condenados a morir en la hoguera. Entre tanto, se había efectuado un registro en la casa del doctor y confiscado todas sus riquezas, las cuales, tras pagar los costes del proceso, habrían de repartirse entre los hospitales. En la biblioteca de Trabaccio no se encontró un solo libro sospechoso ni tampoco se halló instrumento alguno que hubiera podido hacer pensar en las satánicas artes que debía de haber ejercido el doctor. Sin embargo, una cripta muy bien clausurada, de cuyos muros sobresalían múltiples tuberías que delataban la existencia de un laboratorio, resistió a todas las habilidades y a toda la fuerza que se quiso emplear para abrirla. En efecto, cuando cerrajeros y albañiles, bajo la vigilancia del tribunal, consiguieron tras innumerables esfuerzos abrir un hueco tal que les hizo pensar que enseguida lograrían el fin que se habían propuesto, empezó a oírse en el interior de la cripta una algarabía de voces espantosas; por todas partes comenzaron a resonar jadeos y susurros, y algo parecido a unas alas frías como el hielo rozó el rostro de los obreros mientras una corriente de aire, cortante como un cuchillo, salía silbando con tonos tremebundos a través de la abertura, de tal modo que nadie osó acercarse a la puerta de la cripta por miedo a volverse loco de terror y de angustia. A los eclesiásticos que trataron de acercarse a aquella puerta tampoco les fue mejor y no les quedó más remedio que esperar la llegada desde Palermo de un anciano padre dominico, cuya constancia y piedad habían hecho ceder hasta entonces a todas las artes de Satanás. En cuando este monje llegó a Nápoles, se dispuso a enfrentarse con las diabólicas apariciones de la cripta de Trabaccio, desplazándose hasta allí portando consigo un crucifijo y agua bendita; asimismo, llegó acompañado por varios eclesiásticos y otros miembros del tribunal, los cuales, sin embargo, permanecieron a bastante distancia de la puerta del laboratorio. El anciano dominico se colocó frente a la cripta y comenzó a rezar; pero entonces los susurros y los quejidos surgieron con más fuerza y las voces desgarradas de los espíritus siniestros lanzaron sus terribles aullidos con más violencia que nunca. El clérigo no se dejó amedrentar, sino que aumentó el vigor de sus rezos mientras que, con el brazo extendido, mantenía alzado el crucifijo en dirección a la puerta y asperjaba ésta con el agua bendita.

—Que alguien me alcance una palanqueta —gritó.

Temblando, se la acercó un peón de albañil; pero apenas afianzó la herramienta en la puerta, ésta estalló con un estruendo terrible. Llamas azules lamían la cripta por todas partes y ascendían por las paredes, y un calor abrumador y asfixiante salió a raudales del interior. El dominico se dispuso a entrar sin hacer caso alguno de esto; pero, en ese instante, el suelo de la cripta se hundió haciendo retumbar todo el edificio y del fondo del abismo se elevaron enormes llamaradas que comenzaron a morder y a prender todo cuanto había alrededor. El dominico y sus acompañantes tuvieron que salir huyendo rápidamente para no perecer quemados o quedar atrapados entre los escombros. El pueblo se había acercado corriendo y contemplaba, gritando jubiloso, el incendio y la destrucción de la casa del infame brujo, sin hacer ni el más mínimo esfuerzo por salvar algún bien. Ya se había hundido el tejado, y el arte-

sonado de madera que recubría el interior se hallaba envuelto en llamas; tan sólo las enormes vigas de los pisos superiores resistían todavía la acometida del fuego. Mas el pueblo entero gritó de terror al ver cómo el hijo de Trabaccio, de doce años de edad, atravesaba caminando una de estas vigas llevando una cajita bajo el brazo. Esta visión duró tan sólo unos instantes y desapareció de súbito entre las llamas.

El doctor Trabaccio pareció alegrarse de todo corazón al enterarse de tal circunstancia y se dispuso a morir con suma altanería. Cuando se le ató al poste, rió abiertamente y, dirigiéndose al verdugo, que, con mirada asesina, apretaba con gran firmeza las ligaduras, le dijo:

—¡Ten cuidado, compadre, no vaya a ser que las cuerdas te quemen las manos!

Al monje, que al final quiso acercarse a él para reconfortarlo, le espetó con gran violencia:

—¡Fuera! ¡Aléjate de mí! ¿Acaso te has creído que soy tan tonto como para soportar una muerte dolorosa sólo porque a vosotros os apetezca? ¡Todavía no ha llegado mi hora!

Entonces, la leña, ya prendida, comenzó a chisporrotear; pero apenas habían alcanzado las llamas a Trabaccio cuando surgió una inmensa llamarada resplandeciente, como si se estuviera quemando un montón de pasto, y pudo escucharse una carcajada lejana y burlona. Todos los presentes dirigieron hacia allí sus miradas y el espanto sobrecogió a la multitud cuando vio al doctor Trabaccio en persona, vistiendo su traje negro y su capa con adornos dorados, el estoque a la cintura, el sombrero español de alas anchas adornado con la pluma roja en la cabeza, levemente inclinado sobre los ojos, y la cajita bajo el brazo, ral y como solía vérsele por las calles de Nápoles. Jinetes, esbirros, cientos de personas del pueblo se apresuraron a marchar hacia la colina, pero Trabaccio había desaparecido. La vieja entregó su alma en medio de los más horribles tormentos, imprecando con pavorosas maldiciones a su diabólico señor, con quien tantos crímenes había compartido. El tal lgnaz Denner no era otro que el hijo del doctor, quien antaño se había salvado de las llamas gracias a las maléficas artes de su padre, llevándose consigo una cajita que contenía las más raras y ricas joyas que pudiera imaginarse. Ya desde su más tierna infancia le había iniciado el doctor en las ciencias ocultas, y había consagrado su alma al diablo incluso antes de que tuviera uso de razón. Cuando encarcelaron al doctor Trabaccio, el muchacho permaneció oculto en la cripta clausurada, entre los abyectos espectros que había conjurado la magia demoníaca del padre. Como al fin el poder del dominico logró rechazarlos, el muchacho puso en acción una serie de mecanismos ocultos y, así, en pocos minutos, surgieron las llamas que acabaron por incendiar y destruir todo el edificio, mientras que él, ileso, huía a través de ellas; luego, cruzando la puerta de la ciudad, se apresuró a ocultarse en el bosque que su padre le había indicado. Poco después se reunió con él el doctor Trabaccio. Este huyó rápidamente con su hijo hasta que, a tres días de camino de Nápoles, llegaron a las ruinas de un viejo edificio romano, donde se hallaba oculta la entrada a una cueva

secreta, muy ancha y espaciosa. Aquí, el doctor Trabaccio fue acogido con gran júbilo por una banda de ladrones con quienes se hallaba en contacto hacía ya mucho tiempo, y a los que había prestado grandes servicios con sus saberes secretos y sus malas artes. Los miembros de la banda no quisieron premiarle con menos que con la corona de «rey de los ladrones», con lo cual el doctor se hubiera convertido en la cabeza principal de todas las partidas que operaban en Italia y en el sur de Alemania. El doctor Trabaccio explicó que él no podía aceptar tal honor, pues, debido a la singular estrella que lo gobernaba, debía llevar una vida errante que no le permitía estar sujeto a nada ni a nadie; pero, por lo demás, seguiría ayudando a los ladrones con sus artes, y se dejaría ver de vez en cuando. Entonces, los ladrones decidieron elegir como rey al Trabaccio de doce años, con lo que el doctor quedó enormemente satisfecho. El muchacho permaneció desde ese mismo momento con los ladrones y cuando cumplió los quince años se convirtió en su auténtico cabecilla. A partir de entonces, su vida no fue sino una maraña de crímenes, crueldades y artes diabólicas en las que su padre, que aparecía por allí a temporadas y permanecía en la cueva encerrado durante semanas enteras a solas con su hijo, lo iba iniciando cada vez más. Las severas disposiciones que el rey de Nápoles había dictado contra las bandas de ladrones, que se habían vuelto más audaces y temerarias, y, sobre todo, las rivalidades que surgían cada vez con más frecuencia entre los bandidos, deshicieron el peligroso pacto que los agrupaba bajo un único cabecilla, y ni siquiera el joven Trabaccio, al que ya odiaban por su orgullo y crueldad, podía estar a salvo, mediante las artes diabólicas aprendidas de su padre, de los puñales de sus subordinados. Ante esta situación, el joven huyó a Suiza, se hizo llamar Ignaz Denner y, convertido en comerciante, comenzó a visitar las ferias y los mercados anuales de Alemania, hasta que, de los miembros diseminados de aquella gran banda, se formó otra agrupación más pequeña que decidió nombrar cabecilla al antiguo rey de los ladrones.

Trabaccio-Denner aseguraba que su padre, el viejo doctor, vivía aún, que había acudido a visitarle a la cárcel y que le había prometido que lo sacaría de allí. Pero bien comprendió el jefe de los ladrones que, al haber actuado la mano del Cielo que había salvado a Andrés en su último minuto, el poder de su padre quedaba ahora anulado por completo; por eso ahora, como pecador arrepentido, quería abjurar de todas sus artes demoníacas y sufrir con paciencia la justa condena.

Andrés, que había sabido todo esto por boca del conde von Vach, no dudó ni un solo instante de que había sido la banda de aquel Trabaccio el joven la que asaltó a su señor antaño, en Italia, y estaba también convencido de que no fue otro que el viejo doctor Trabaccio quien se le apareció en la cárcel como el mismísimo Satanás, que había pretendido seducirlo y ganarlo para sus sórdidas empresas. Ahora podía ver con claridad en qué peligro tan grande se había encontrado desde que Trabaccio apareciera en su casa, aunque, por otra parte, no lograba comprender aún por qué aquel infame se había apegado tanto a él y a su mujer, pues la ventaja que la estancia

en la casa del bosque le aportara no podía haber sido, en modo alguno, tan importante.

Andrés se hallaba al fin, tras aquellos terribles y tempestuosos sucesos, en un lugar tranquilo y feliz; sin embargo, aquella tormenta había bramado con tal brutalidad como para que jamás pudiera olvidarla en lo que le restara de vida. Aparte de esto, su salud, la propia de un hombre robusto y fuerte, había sufrido tal quebranto con su melancolía, además de la larga estancia en la cárcel y los dolores de la tortura, que el pobre guardabosques ya no era ni la sombra de lo que había sido, y apenas podía ya salir de caza. Lo mismo le sucedió a Giorgina, quien se marchitó por completo a causa de tanto dolor, tanta angustia y tanto miedo que acabaron por minar de forma irreversible y desgarradora su jovial naturaleza sureña. Ninguna ayuda hubo ya para ella: murió a los pocos meses del regreso de su marido. Andrés estuvo a punto de enloquecer; sólo su bello e inteligente muchacho, el vivo retrato de su madre, pudo consolarlo en su desesperación. Únicamente por su hijo trató Andrés de conservar la vida y de fortalecerse cuanto pudo, de tal modo que al cabo de casi dos años, su salud había mejorado considerablemente, gracias a lo cual pudo emprender alguna cacería de placer por el bosque. El proceso contra Trabaccio había llegado finalmente a su término: éste había sido condenado a morir en la hoguera, al igual que antaño lo fuera su padre; la sentencia se ejecutaría en poco tiempo.

Un día, al oscurecer, Andrés volvía del bosque acompañado de su hijo; ya se hallaban cerca del castillo cuando el guardabosques advirtió un gemido lastimero que parecía provenir de la hendidura de un cauce seco de las inmediaciones. Andrés se acercó allí rápidamente y vio que en el fondo de aquella zanja yacía un hombre envuelto en harapos a quien, en medio de grandes dolores, su alma parecía querer abandonar de un momento a otro. El guardabosques tiró a un lado su escopeta y su morral y, con bastante esfuerzo, logró sacar de allí al desdichado; mas cuando pudo detenerse a mirar su rostro, reconoció con horror que se trataba de Trabaccio, el cabecilla de los ladrones. Volviendo la vista hacia otro lado, Andrés quiso alejarse de él, pero entonces Trabaccio comenzó a gemir con voz apagada:

—¡Andrés, Andrés! ¿Eres tú? ¡Por el amor y la misericordia de Dios, a quien he confiado mi alma, apiádate de mí! Si me salvas, habrás librado un alma de la condenación eterna, pues pronto me sobrevendrá la muerte sin que haya tenido tiempo de expiar mis pecados.

—¡Maldito hipócrita! —exclamó Andrés—. ¡Asesino de mi mujer y de mi hijo! ¿No es Satanás quien te envía de nuevo para que causes mi perdición? ¡Nada tengo que ver contigo! ¡Muere y púdrete como una carroña, canalla!

Andrés quiso empujarlo otra vez al fondo del cauce, pero entonces Trabaccio aulló con desesperación:

—¡Andrés! ¡Salvarás al padre de tu mujer, de tu Giorgina, que ahora pide por mi alma junto al trono del Altísimo!

Andrés se estremeció. Al oír el nombre de Giorgina se sintió embargado por una

dolorosa melancolía. Apiadándose del asesino de su tranquilidad y de su dicha, asió a Trabaccio, cargó con él con gran esfuerzo y lo llevó a su casa, donde lo atendió y le administró algunos reconstituyentes. Pronto despertó éste de su desvanecimiento y pudo relatar su aventura.

La noche antes de la ejecución, Denner se sintió consumido por una angustia espantosa, pues estaba seguro de que esta vez no habría nada capaz de salvarlo del terrible martirio que lo aguardaba en la hoguera. Entonces, impulsado por su desesperación, sacudió los barrotes del ventanuco de su celda y se encontró con que éstos se hicieron pedazos entre sus manos. Un rayo de esperanza iluminó su alma. Lo tenían encerrado en una torre que daba al foso que rodeaba la ciudad, que entonces estaba seco; miró hacia abajo y al instante tomó la decisión de saltar al vacío, ya fuera para salvarse o para morir. Con poco esfuerzo, se deshizo enseguida de las cadenas. Al saltar, perdió el conocimiento; despertó cuando el sol lucía ya en lo alto. Entonces advirtió que había caído entre matorrales y maleza alta, pero le dolían de tal modo todos sus miembros que era completamente incapaz de moverse. Moscardas y demás insectos se cebaban en su cuerpo medio desnudo, picándole y chupándole la sangre sin que él pudiera hacer nada para defenderse. Así pasó el día entero, sometido a los más terribles tormentos. Hasta por la noche no consiguió arrastrarse, siendo para él suficiente satisfacción llegar a un lugar en el que se había acumulado algo de agua de lluvia, que bebió con gran avidez. Se sintió algo más reconfortado y, con enorme afán, fue capaz de escalar el muro del foso y arrastrarse después hasta alcanzar el bosque que se extendía casi desde la misma Fulda hasta los alrededores del castillo de Vach. Así había llegado hasta el lugar donde Andrés y su hijo lo encontraron luchando con la muerte. El esfuerzo tan terrible que había hecho le fatigó tanto que si Andrés hubiera llegado un poco más tarde lo habría encontrado muerto. Sin pensar qué pasaría en el futuro con Trabaccio, el cual había huido de la justicia, Andrés lo trasladó a una habitación solitaria donde comenzó a cuidarle lo mejor que pudo, pero lo hacía con tanto sigilo que nadie advirtió la presencia del extraño; incluso el muchacho, acostumbrado a obedecer ciegamente a su padre, guardó fielmente el secreto. Una vez que Trabaccio estuvo instalado y a salvo, Andrés le preguntó si de verdad era el padre de Giorgina.

—Desde luego que lo soy —respondió Trabaccio—, En la región de Nápoles rapté a una hermosa muchacha que me dio una hija. Como ya sabes, Andrés, una de las mayores artes de mi padre consistía en preparar aquel riquísimo y maravilloso licor cuyo principal ingrediente es la sangre de niños de nueve semanas, nueve meses o nueve años y que hayan sido cedidos de buen grado por sus progenitores a quien lo elabora. Cuanta más estrecha es la relación entre éste y los niños, mucho más poder vital saldrá de esa sangre, quizá la eterna juventud, o incluso, puede que quepa la posibilidad de fabricar con ella oro artificial. Por eso asesinaba mi padre a sus hijos y yo estaba contento con la hijita que mi mujer me había dado, puesto que pensaba sacrificarla de manera infame en pro de otros fines más elevados. Sin embargo, yo no

pude saber con qué certeza preveía mi mujer mis aviesas intenciones, pues justo al cumplirse las seis semanas del nacimiento de la criatura desapareció llevándosela consigo y hasta muchos años después no volví a tener noticias de ella. Supe que mi mujer había muerto en Nápoles y que mi hija Giorgina se estaba criando en casa de un posadero tacaño y gruñón. También se me informó de su matrimonio contigo y de dónde os habíais instalado. Ahora podrás entender, Andrés, el porqué de mi inclinación por tu mujer, y la razón de que persiguiera yo a tus hijos de esa manera, obnubilado como estaba por mis artes satánicas… Pero, únicamente a ti, sólo a tu maravillosa salvación guiada por la Providencia Divina debo el profundo arrepentimiento de mi alma, mi íntima contrición. Por cierto, el cofrecito con joyas que di a tu mujer no es otro que el que yo rescaté del fuego por orden de mi padre; puedes quedártelo con toda tranquilidad para tu hijo.

—El cofre —interrumpió Andrés—; ¿no os lo devolvió Giorgina aquel aciago día en el que cometisteis el infame asesinato?

—Desde luego —repuso Trabaccio—. Sólo que, sin que ella lo supiera, volvió a perteneceros. Mirad en el arcón negro del zaguán; en su fondo hallaréis el cofrecito.

Andrés buscó en el arcón y encontró el cofre en el mismo estado en que Trabaccio se lo entregó aquella primera vez para que se lo guardara.

Andrés sentía gran inquietud. No podía librarse del deseo de haber hallado muerto a Trabaccio cuando lo encontró en el cauce. Por otra parte, el arrepentimiento y penitencia de éste parecían ser sinceras, pues, sin abandonar su clausura, pasaba el tiempo ocupado en la lectura de libros piadosos y su única diversión eran las charlas con el pequeño Georg, a quien parecía querer sobre todas las cosas. Por lo pronto, Andrés decidió mantenerse alerta y, en la primera oportunidad que tuvo, puso al corriente de todo el secreto al conde von Vach, quien se mostró sinceramente sorprendido por las singularísimas filigranas que adoptaba el destino. Así transcurrieron algunos meses; el otoño casi había finalizado, y Andrés comenzó a salir de caza al bosque con más frecuencia de lo habitual. El pequeño solía quedarse en casa con su abuelo y con un viejo cazador a quien habían puesto al corriente del secreto. Una noche volvía Andrés del bosque, cuando el viejo cazador, con la sinceridad que le caracterizaba, le dijo:

—Señor, tenéis un mal compañero en casa a quien visita el diablo; entra por la ventana y vuelve a salir entre humos y vapores.

Al escuchar esto, Andrés se sintió como si le hubiera atravesado un rayo. Demasiado bien sabía él qué era lo que esto significaba; el viejo cazador siguió contándole que hacía ya algunos días que, al anochecer, oía voces extrañas en la habitación de Trabaccio que parecían estar enzarzadas en alguna disputa; y hoy, continuó diciéndole, había abierto rápidamente la puerta del cuarto del bandido y le había parecido que una figura vestida con una capa de color rojo con bordados dorados había desaparecido enseguida saliendo por la ventana. Terriblemente enfurecido, Andrés corrió en busca de Trabaccio, le repitió lo que le había contado el

viejo cazador y lo amenazó advirtiéndole que si no cesaba en el ejercicio de sus malas artes, lo encerraría en la prisión del castillo. Trabaccio no se inmutó y, en tono lastimero, repuso:

—¡Ah, mi querido Andrés! En verdad es cierto que mi padre, cuya hora aún no ha llegado, me desazona y martiriza de manera extraordinaria. Desea que retorne a él y que renuncie a mi piedad y a la salvación de mi alma; pero yo me mantengo imperturbable, por eso no creo que se atreva a volver por aquí, ya que ha visto que su poder nada puede conmigo. Queda, pues, tranquilo, y permíteme que muera en tu casa como un buen cristiano, en paz con Dios.

Ciertamente, la figura enemiga e infernal parecía mantenerse alejada; sin embargo, desde hacía tiempo parecía que los ojos de Trabaccio volvían a refulgir como antaño, y también que sonreía de nuevo con tanta ironía como acostumbraba a hacer entonces. Durante la hora de la plegaria que Andrés solía compartir con él cada tarde, parecía como si lo acometieran temblores convulsivos. A veces, una corriente de aire gélido atravesaba la habitación donde se hallaban y pasaba con furia las hojas de los libros de oración, e incluso, en ocasiones, arrebataba a Andrés los libros de entre sus manos.

—¡Impío Trabaccio, maldito Satanás! ¡Tú eres quien provoca estos fenómenos infernales! ¿Qué quieres de mí? ¡Fuera! ¡No tienes poder para vencerme!

Así clamaba Andrés, con voz potente. Entonces, una risa irónica y malvada resonaba en toda la habitación y parecía como si unas alas negras batieran y revolotearan contra la ventana. Sin embargo, era tan sólo la lluvia lo que arremetía contra ella, y el viento otoñal, el que cruzaba la habitación; así opinó Trabaccio cuando una vez se repitió aquel fenómeno con más violencia de la habitual y Georg prorrumpió en llanto a causa del miedo.

—¡No! —exclamó Andrés—. ¡Vuestro impío padre no andaría por aquí provocando estos fenómenos infernales si vos hubierais cortado por lo sano con él!

Trabaccio comenzó a llorar desconsoladamente, pidiendo que, en nombre de todos los santos, se le permitiese permanecer en la casa, y Georg, sin saber muy bien de qué se trataba, se unió también a sus ruegos.

—Bien, podéis quedaros aquí hasta mañana; quiero ver qué pasa a la hora de la plegaria, cuando regrese de caza.

El día siguiente amaneció espléndido, y Andrés se alegró mucho con la promesa de una buena caza. Cuando volvía de su puesto ya había oscurecido. Se sentía extrañamente agitado: su singular destino, el recuerdo de Giorgina, el de su hijo asesinado, se le presentaron con tanta viveza que, cada vez más ensimismado, comenzó a caminar más despacio que los demás cazadores, hasta que, despistado, se encontró de repente a solas en un camino secundario del bosque. Cuando se disponía a retroceder hasta el camino principal, advirtió una luz muy brillante que titilaba a través de la espesa maleza. Entonces, lo asaltó una terrible premonición, la intuición de que muy pronto ocurriría algo diabólico, de una inmensa crueldad; rápidamente,

Andrés se adentró en la espesura, y llegó a un lugar en el que ardía un fuego. Allí pudo vislumbrar la figura del viejo Trabaccio con su capa ribeteada de oro, el estoque a la cintura, el ancho sombrero español ladeado sobre los ojos, adornado con su pluma roja, y la caja con los remedios bajo el brazo. La figura miraba la hoguera con ojos brillantes, mientras las llamas culebreaban bajo la retorta cual serpientes rojas y azuladas. Ante el fuego yacía Georg, desnudo, sobre una especie de caballete. El infame hijo de aquel doctor satánico empuñaba en aquellos instantes el brillante puñal, dispuesto a asestar el golpe de muerte. Andrés lanzó un grito de pavor; mas en cuanto el asesino se volvió hacia él, disparó su escopeta y Trabaccio, con la cabeza destrozada de un balazo, cayó sobre el fuego, apagándolo al instante. La figura del doctor había desaparecido. Andrés se acercó de un salto, apartó a un lado el cadáver, desató al pobre Georg y se lo llevó a casa lo más rápido que pudo. El muchacho estaba sano y salvo, aunque el miedo le había hecho perder el sentido. Luego, Andrés se apresuró a volver al bosque, pues quería convencerse de la muerte de Trabaccio y enterrar enseguida el cuerpo. Despertó al viejo cazador, que se hallaba sumido en un profundo sueño, quizá provocado por Trabaccio, y, llevando consigo linternas, azadas y palas, se dirigieron hacia el lugar donde había sucedido todo, que no quedaba muy lejos. Allí yacía el sanguinario Trabaccio; pero en cuanto Andrés se le acercó, el herido se incorporó un tanto y le lanzó una mirada asesina; lanzando un gemido, alcanzó a decir con voz estentórea:

—¡Asesino! ¡Asesino del padre de tu mujer! ¡Mis demonios te martirizarán!

—¡Vete al infierno tú, canalla del diablo! —gritó Andrés, tratando de sobreponerse al horror que estaba a punto de dominarle—. ¡Vete al infierno tú, que mereces cien veces la muerte, a quien he matado porque iba a asesinar a mi hijo, al hijo de su hija! ¡Tu arrepentimiento y tu penitencia han sido sólo una farsa para poder llevar a cabo tus aviesas intenciones! ¡Pero ahora Satanás se cebará en tu alma, la misma que tú le vendiste!

Entonces Trabaccio se desplomó y, entre gemidos y estertores, cada vez más débiles, entregó su espíritu. Andrés y el cazador cavaron un hoyo al que arrojaron el cadáver.

—¡Su sangre no caerá sobre mí! —exclamó Andrés—. ¡No tuve más remedio! ¡Yo era el elegido por Dios para salvar a mi Georg y vengar cientos de crímenes! No obstante pediré por su alma y pondré una pequeña cruz sobre su tumba.

Cuando al día siguiente Andrés quiso cumplir sus propósitos, se encontró con la tierra removida y con que el cuerpo de Trabaccio había desaparecido. Quedó en duda si lo habían desenterrado las alimañas o si había sucedido de otra manera. Andrés se presentó ante el conde von Vach en compañía de su hijo y del viejo cazador, y le informó fielmente de lo acaecido. El conde aprobó la acción de Andrés, que había matado a un ladrón asesino para salvar a su hijo, y mandó que se escribiera toda la historia para que quedara constancia de ella en los anales del castillo.

Aquel terrible suceso había afectado profundamente a Andrés, y esto era, tal vez,

lo que le impedía dormir y le hacía revolverse inquieto en el lecho. Estando ya medio dormido, le pareció oír en la habitación leves movimientos y murmullos, y advirtió un rojo resplandor que cruzó la estancia desapareciendo enseguida. Prestando atención, se esforzó por vislumbrar algo, y logró captar un leve susurro:

—Ahora eres maestro… tú tienes el tesoro… tienes el tesoro… Tuyo es el poder.

A Andrés le pareció que lo embargaba un agradable sentimiento de fortaleza y alegría de vivir; pero, en cuanto la aurora asomó por la ventana, se recuperó y comenzó a rezar al Señor como de costumbre, con su ánimo y piedad habituales.

—¡Todavía sé cuál es mi misión: derrotar al Maligno y expulsar el pecado de mi casa! —exclamó con vehemencia. A continuación cogió el cofrecito de Trabaccio y lo arrojó al fondo de un profundo barranco.

Andrés vivió aún muchos años, y disfrutó de una vejez tranquila y dichosa que ningún poder adverso fue capaz de destruir.

LOS HERMANOS DE SERAPIO

Die Serapionsbrüder (1819)

Consejero Krespel

Rat Krespel (1817)[63]

El consejero Krespel era uno de los hombres más extraordinarios con que he tropezado en mi vida. Cuando fui a H… para pasar una temporada, toda la ciudad hablaba de él, pues acababa de realizar una de sus excentricidades. Krespel era famoso como hábil jurista y como diplomático. Un príncipe reinante de Alemania, de segunda categoría, se había dirigido a él para que redactase una Memoria en la que quería hacer constar sus bien fundados derechos a cierto territorio y que pensaba dirigir al emperador. Consiguió su objeto, y recordando que Krespel se había lamentado una vez de no encontrar casa a su gusto, se le ocurrió al príncipe, para recompensarle por su obra, comprar la casa que eligiera Krespel; éste no aceptó el regalo en esta forma, sino que insistió en que se le hiciera la casa en el hermoso jardín que había a las puertas de la ciudad. Compró toda clase de materiales y los llevó allí; luego se le vio, durante días enteros, con su extraordinaria vestimenta —que se mandaba hacer según modelos especiales—, matar la cal, cribar la arena, amontonar ladrillos, etc. No trató con ningún maestro de obras ni pensó siquiera en un plano. Un buen día se fue a ver a un maestro de obras de H… y le rogó que a la mañana siguiente, al amanecer, estuviera en el jardín con oficiales, peones y ayudantes para edificar la casa. El maestro de obras le preguntó, como era natural, por el proyecto, y se asombró no poco cuando Krespel le respondió que no lo necesitaba y que todo saldría bien sin él. Cuando al día siguiente, el maestro y sus obreros estuvieron en el sitio indicado, se encontraron con una hondonada cuadrada, y Krespel le dijo:

—Aquí hay que fundar los cimientos de mi casa, y luego las cuatro paredes, que subirán a la altura que yo diga.

—¿Sin puertas ni ventanas? ¿Sin muros de través? —preguntó el maestro, asustado de la locura de Krespel.

—Ni más ni menos que como le digo, buen hombre —repuso Krespel tranquilamente—. Lo demás ya irá saliendo.

Sólo la promesa de una recompensa crecida pudo convencer al maestro para edificar tan extraño edificio; pero jamás se ha hecho nada con más alegría, pues los obreros, que no abandonaban la obra porque allí se les daba de comer y de beber espléndidamente, levantaban las paredes con gran rapidez, hasta que un día Krespel dijo:

—Basta ya.

Pararon los martillos y las llanas; los obreros se bajaron de los andamios y rodearon a Krespel preguntándole muy sonrientes:

—¿Qué hacemos ahora?

—¡Dejadme pensarlo! —exclamó.

Y se marchó corriendo al extremo del jardín, desde donde volvió muy despacio hasta el cuadrado construido; al llegar al muro movió la cabeza de mal humor, se dirigió al otro extremo del jardín, volvió a la edificación y repitió los mismos gestos de antes. Varias veces realizó la operación, hasta que al fin, corriendo, con la cabeza

levantada hacia el muro, exclamó:

—Aquí, aquí me tenéis que abrir la puerta.

Dio las medidas en pies y pulgadas y se hizo como él quiso. Entró en la casa sonriendo satisfecho, cuando el maestro le hizo observar que las paredes tenían la altura de una casa de dos pisos corrientes. Krespel recorrió el recinto muy preocupado, llevando detrás a los obreros con los picos y los martillos, y de repente gritó:

—Aquí una ventana de seis pies de altura y cuatro de ancho… Allí una ventanita de tres pies de alto y dos de ancho.

E inmediatamente quedaron abiertas.

Precisamente en esta ocasión fue cuando yo llegué a H…, y era muy divertido ver cientos de personas que rodeaban el jardín lanzando gritos de júbilo cada vez que caían las piedras dando forma a una ventana donde menos se lo podía figurar nadie. El resto de la casa y todos los trabajos necesarios para ella los hizo Krespel del mismo modo, colocando todas las cosas según se le ocurría en el momento. Lo cómico del caso, el convencimiento cada vez más cierto de que al cabo todo se acomodaría mejor de lo que era de esperar, y sobre todo la liberalidad de Krespel, completamente natural en él, tenía a todos muy contentos. Las dificultades que surgieron con aquella manera absurda de edificar se fueron venciendo poco a poco y no mucho tiempo después se veía una hermosa casa que por fuera tenía un aspecto extraño, puesto que ninguna de las ventanas eran iguales, pero en el interior tenía todas las comodidades posibles. Todos los que la veían lo aseguraban así, y yo mismo pude convencerme de ello cuando me la enseñó Krespel después de conocerme. Hasta aquel momento, yo no había hablado con este hombre extravagante, pues la obra le tenía tan ocupado que no acudió ni un solo día, como era costumbre suya, a las comidas de los martes en casa del profesor M…, y le contestó a una invitación especial, que mientras no inaugurase su casa no saldría a la puerta de la calle. Todos los amigos y conocidos esperaban una gran comida con tal motivo; pero Krespel no invitó más que al maestro, con los oficiales, los peones y los ayudantes que edificaron su casa. Los obsequió con los más exquisitos manjares; los albañiles devoraron sin tino pasteles de perdiz; los carpinteros de armar se atracaron de faisanes asados, y los peones, hambrientos, se hartaron por aquella vez de *fricasse* de trufas. Por la noche acudieron sus mujeres y sus hijas y se organizó un gran baile. Krespel bailó un poco con la mujer del maestro; luego se colocó junto a los músicos y, tomando un violín, dirigió la música hasta el amanecer. El martes siguiente a esta fiesta, que el consejero Krespel dio en honor del pueblo, lo encontré al fin, con gran alegría por mi parte, en casa del profesor M… Cosa más extraña que la manera de presentarse de Krespel no se puede dar. Tieso y desgarbado, a cada momento se figuraba uno que iba a tropezar con algo y hacer una tontería; no ocurrió así, sin embargo, a pesar de que más de una vez la dueña de la casa palideció al verlo moverse alrededor de la mesa donde estaban las preciosas tazas, o cuando maniobraba delante del magnífico espejo que llegaba al

suelo, o cuando cogía el jarrón de porcelana y lo alzaba en el aire para contemplar sus colores. En el despacho del profesor fue donde Krespel hizo más cosas raras por curiosearlo todo, llegando hasta a subirse en una butaca tapizada para alcanzar un cuadro y volverlo luego a colgar. Habló mucho y con vehemencia, saltando de un asunto a otro —sobre todo en la mesa—, o insistiendo en una idea como si no pudiera apartarse de ella y metiéndose en un laberinto en el que no se lograba entenderle, hasta que por fin dejaba el tema y la emprendía con otro. Su voz era unas veces alta y chillona, otras apenas perceptible, otras cantarina, y nunca estaba de acuerdo con lo que Krespel decía. Se hablaba de música, encomiando a cierto compositor, y Krespel se echó a reír, diciendo con su voz cantarina:

—Yo quisiera que el demonio, con su negro plumaje, metiera en el infierno, a diez mil millones de toesas, al maldito retorcedor de notas.

Y luego, alto y con vehemencia:

—Es un ángel del cielo, que dedica a Dios sus notas. Su canto es todo luz.

Y se le saltaban las lágrimas.

Hubo que hacer un esfuerzo para recordar que una hora antes habíamos estado hablando de una cantante. Se sirvió asado de liebre, y yo observé que Krespel limpiaba con mucho cuidado los huesos que le tocaron y trató de obtener informaciones precisas de las patas de la liebre, las cuales le dio, sonriendo amablemente, la hija del profesor, muchacha de cinco años. Los niños miraron al consejero con mucha amabilidad durante la comida, y al terminar se levantaron y se acercaron a él, pero con cierto respeto y manteniéndose a tres pasos de distancia.

«¿Qué va a ocurrir aquí?», me pregunté a mí mismo.

Se alzaron los manteles; el consejero sacó del bolsillo una cajita, en la cual tenía un torno de acero, lo sujetó a la mesa y empezó a tornear con gran habilidad y rapidez con los huesos de la liebre toda clase de cajitas y libritos y bolitas, que los chicos acogieron con gran algazara.

En el momento de levantarnos de la mesa, la sobrina del profesor preguntó:

—¿Qué hace nuestra querida Antonieta, querido consejero?

Krespel puso una cara como la del que muerde una naranja agria y quiere demostrar que le ha sabido dulce, convirtiéndose esta expresión en otra completamente hosca y en la que se podía vislumbrar, a mi parecer, mucho de ironía infernal.

—¿Nuestra? ¿Nuestra querida Antonieta? —preguntó con voz arrastrada y desagradable.

El profesor acudió en seguida. En la mirada amenazadora que dirigió a su sobrina comprendí que había tocado una cuerda sensible en Krespel.

—¿Cómo va con el violín? —le preguntó el profesor, cogiendo al consejero las dos manos.

El rostro de Krespel se alegró, y con su tono de voz fuerte respondió:

—Perfectamente, querido profesor. Hoy mismo, he abierto el magnífico violín de

Amati[64], del que ya le conté por qué casualidad vino a parar a mis manos. Espero que Antonieta habrá desmontado lo restante.

—Antonieta es una buena chica —continuó el profesor.

—Así es, en efecto —repuso el consejero.

Y cogiendo su sombrero y su bastón salió precipitadamente del cuarto.

En el espejo vi sus ojos húmedos de lágrimas.

En cuanto se hubo marchado insté al profesor para que me dijera qué tenía que ver con el violín y sobre todo con Antonieta.

—¡Ah! —exclamó el profesor—. Así como el consejero es en todo un hombre extraño, del mismo modo resulta en la construcción de violines.

—¿En la construcción de violines? —pregunté asombrado.

—Sí —siguió el profesor—. Krespel construye los mejores violines que se pueden hallar en nuestra época, según la opinión de los entendidos; antes solía permitir algunas veces que alguien tocase en ellos, pero hace mucho tiempo que no ocurre así. En cuanto construye un violín toca con él una o dos horas, con gran fuerza y expresión, y luego lo cuelga junto a los otros que posee, sin volver a tocarlo ni permitir que nadie lo toque. Cuando encuentra en cualquier parte un violín de un maestro famoso, lo compra al precio que sea, toca en él una vez, lo deshace para ver cómo está construido y, si no encuentra lo que busca, lo tira a una gran caja llena de violines deshechos.

—¿Y quién es Antonieta? —pregunté con vehemencia.

—Ésa sería una cosa —repuso el profesor— que me induciría a despreciar al consejero si no estuviera convencido de que en el fondo hay algo que está unido al carácter bondadoso de Krespel. Cuando, hace muchos años, el consejero llegó a H… vivía como un anacoreta, con un ama de gobierno, en una casa oscura de la calle de… Sus excentricidades despertaron la curiosidad de los vecinos, y en cuanto él lo advirtió buscó y encontró amistades. Lo mismo que en mi casa, se habituaron a él en todas partes, al punto de resultar indispensable. No obstante su exterior áspero, los niños le tomaban cariño en seguida, sin llegar nunca a molestarle, pues a pesar de sus familiaridades siempre le profesaron un cierto respeto que le ponía a cubierto de los abusos. Ya ha visto usted cómo sabe ganarse el afecto de los niños. Todos le teníamos por solterón y nunca protestó por ello. Después de llevar aquí algún tiempo hizo un viaje, nadie supo a dónde, y regresó a los pocos meses. A la noche siguiente del regreso de Krespel se vieron las ventanas de su casa iluminadas de un modo inusitado, lo cual llamó la atención de los vecinos, y mucho más al oír una voz de mujer que cantaba acompañada por un piano. Luego sonaron las cuerdas de un violín, haciendo la competencia a la voz. Se supo que quien tocaba era el consejero. Yo mismo figuraba entre la multitud que el extraordinario concierto reunió delante de su casa, y puedo asegurarle a usted que en mi vida he oído nada parecido y que el arte de las más famosas cantantes me resultó en aquel momento soso y sin atractivos. No tenía la menor idea de aquellas notas sostenidas, de aquellos arpegios, de aquel subir

hasta lo más alto del órgano y descender hasta lo más bajo. No hubo una sola persona que no se sintiera invadida por el encanto dulcísimo, y cuando la cantante calló sólo se oyeron suspiros. Sería ya media noche cuando oímos hablar al consejero; al parecer y por el tono, otra voz masculina le hacía reproches, y una voz de mujer que se quejaba. Cada vez con más vehemencia gritaba el consejero, hasta que al fin habló en el tono bajo que usted conoce. Un grito más alto de la mujer le interrumpió; luego todo quedó en silencio de muerte. De súbito se abrió la puerta y apareció en ella un joven que sollozando se metió en una silla de posta que estaba parada allí cerca y que desapareció inmediatamente. Pocos días después, se presentó el consejero muy satisfecho y nadie tuvo valor para preguntarle nada sobre aquella famosa noche. El ama de gobierno contó a los que le preguntaron que su amo había traído una joven lindísima que se llamaba Antonieta y que era la que cantaba tan primorosamente. También los acompañó un joven que se mostraba muy obsequioso con Antonieta y que debía de ser su novio; pero por voluntad de Krespel se había marchado en seguida. Las relaciones de Antonieta con el consejero son hasta ahora un secreto; pero lo cierto parece que tiraniza de un modo cruel a la pobre muchacha. La guarda como el Doctor Bartolo de *El barbero de Sevilla* a su pupila, al punto que apenas si la permite asomarse a la ventana. Si alguna vez, y a fuerza de muchos ruegos, la lleva a una reunión, la persigue con mirada de Argos y no permite que cante ni toque ni siquiera una nota, cosa que, por lo demás, tampoco hace dentro de casa. El canto de Antonieta en aquella famosa noche ha llegado a ser para la ciudad como una fantasía o una leyenda maravillosa, y hasta los que la oyeron suelen decir cuando oyen a alguna cantante que viene: «Valiente flauta. La única que sabe cantar es Antonieta».

Usted sabe que yo soy muy aficionado a estas cosas fantásticas y, por lo tanto, comprenderá que fue para mí una necesidad el conocer a Antonieta. Había oído muchas veces la opinión del público sobre el canto de Antonieta; pero no sospechaba yo que la maravilla estuviese en este mismo pueblo y encerrada y tiranizada por Krespel. Consecuencia natural de mi fantasía fue oír a la noche siguiente el canto de Antonieta, y como quiera que en un adagio —que me resultó tan risible como si lo hubiera compuesto yo— me conjuró del modo más conmovedor a que la salvase, decidí penetrar en casa de Krespel como Astolfo en el castillo encantado de Alcineo y salvar a la reina del canto[65].

Pero ocurrió precisamente lo contrario de lo que yo pensara, pues apenas vi dos o tres veces al consejero y hablé con él sobre la estructura de los violines me invitó a visitar su casa. Así lo hice y me enseñó todo el tesoro que poseía en violines. En una habitación había colgados unos treinta, entre ellos uno que tenía todas las trazas de una respetable antigüedad —con cabezas de león talladas, etcétera— y que, colgado un poco más alto que los demás y con una corona de flores, parecía reinar sobre los otros.

—Este violín —dijo Krespel, respondiendo a mis preguntas—, este violín es muy notable; es una pieza admirable de un maestro desconocido; a mi parecer, de tiempos

de Tartini[66]. Estoy convencido de que en el fondo de su estructura hay algo especial y que en cuanto lo desarme descubriré el secreto tras el cual ando hace mucho tiempo; pero… ríase de mí si quiere…, esta cosa muerta, que sólo vive mediante mi mano, me habla a veces de un modo extraño, y el día que toqué este violín por primera vez me pareció que yo no era sino el magnetizador que despertaba a la sonámbula que me anunciaba su presencia con palabras armoniosas. No crea usted que soy tan tonto que dé importancia a tales fantasías; pero lo que sí puedo asegurarle es que no me he atrevido a deshacer este instrumento. Y ahora me alegro de no haberlo hecho, pues desde que Antonieta está aquí toco en él y a la muchacha le gusta mucho oírlo.

Estas palabras las pronunció el consejero muy conmovido, lo cual me animó a preguntarle:

—Mi querido amigo, ¿no querría usted hacerlo también en mi presencia?

Krespel puso un gesto agridulce y me respondió con su voz arrastrada y cantarina:

—No, querido compañero.

Con aquella respuesta quedaba la cosa indefinidamente aplazada. Luego me entretuvo enseñándome toda clase de rarezas, y al fin cogió una cajita, y sacando de ella un papel me lo puso en la mano diciéndome:

—Usted es un aficionado al arte; acepte este obsequio como un recuerdo que le ha de ser caro sobre todas las cosas.

Y con estas palabras me empujó suavemente hacia la puerta y me abrazó en el umbral. En realidad, me había puesto de patitas en la calle. Cuando desdoblé el papel me encontré con un trocito como de una octava de pulgada de una prima y un letrerito que rezaba: «De la prima que tenía el violín de Stamitz cuando dio su último concierto».

El modo con que me echó de su casa Krespel cuando hice mención de Antonieta pareció demostrarme que nunca llegaría a verla; pero no fue así, pues el día que fui a visitar por segunda vez al consejero la encontré en el cuarto de éste, ayudándole a armar un violín. El aspecto exterior de Antonieta no era nada notable a primera vista; pero fijándose en ella quedaba uno suspenso de sus ojos azules y de sus hermosos labios rojos y de su aire dulce y amable. Estaba muy pálida; pero apenas se decía algo espiritual o alegre sonreía dulcemente, arrebolándose sus mejillas, que luego quedaban cubiertas de un ligero rubor. Sin encogimiento alguno hablé con Antonieta, sin advertir durante la conversación la mirada de Argos del consejero que le atribuyera el profesor; antes al contrario, continuó en su actitud corriente y hasta me pareció que aprobaba mi conversación con la joven. Repetí con alguna frecuencia las visitas a casa del consejero, y ocurrió que los tres nos habituamos a vernos y formamos un círculo muy agradable. Krespel me resultaba sumamente divertido con sus bromas; pero lo que me producía un verdadero encanto y me hacía soportar toda clase de cosas que en cualquier ocasión me habrían hecho impacientar, era Antonieta. En las rarezas y excentricidades propias del consejero se mezclaba mucho de soso y

aburrido. Sobre todo observé que en cuanto hablábamos de música, particularmente de canto, sonreía con su expresión diabólica y decía alguna cosa incongruente y vulgar con la voz cantarina. En la profunda turbación que en tales momentos se leía en las miradas de Antonieta advertí claramente que aquello tenía por objeto evitar que yo le pidiera que cantase. No me di por vencido. Con los obstáculos que Krespel me ponía creció mi deseo de vencerlos y de oír cantar a Antonieta para no ahogarme en sueños y ansias. Una noche estaba Krespel de extraordinario buen humor; había desarmado un violín antiguo de Cremona, encontrándose con que el alma estaba colocada media línea más inclinada de lo usual. ¡Oh admirable experiencia!

Conseguí que se entusiasmase hablando del arte de tocar el violín. La manera de interpretar los grandes maestros, los verdaderos cantantes de que hablaba Krespel, trajo sin buscarla la observación de que ahora se volvía sin poderlo remediar a la afectación instrumentalista que tanto dañaba al canto.

—¿Hay nada más insensato —exclamé yo, levantándome presuroso y dirigiéndome al piano, que abrí sin más rodeos—, hay nada más insensato que esa manera retorcida que en vez de música parece como si las notas fuesen guisantes vertidos en el suelo?

Canté algunas de las fermatas modernas, que sonaban a ratos como un peón suelto, desafinando en algún momento a sabiendas. Krespel se reía con toda su alma.

—¡Ja, ja! Me parece que estoy oyendo a uno de nuestros italianos-alemanes o alemanes-italianos atreverse con un aria de Pucitta[67], o de Portogallo[68] o de cualquier otro maestro *di capella o schiavo d'un primo uomo*.

Creí que había llegado el momento.

—¿No es verdad —dije, dirigiéndome a Antonieta—, no es verdad que Antonieta no sabe nada de estos canturreos?

E inmediatamente entoné una deliciosa canción del viejo Leonardo Leo[69]. Se arrebolaron las mejillas de Antonieta, sus ojos brillaron con brillo inusitado, se acercó al piano…, abrió los labios…, pero en el mismo instante la separó Krespel; me cogió a mí por los hombros y exclamó en voz chillona de tenor:

—Hijito… Hijito… Hijito.

Y luego continuó, murmurando a media voz y cogiéndome de la mano:

—En realidad, faltaría a todas las leyes de la urbanidad y a todas las buenas costumbres, mi querido señor estudiante, si expresase en alta voz mi deseo vivo y ferviente de que el mismísimo demonio le agarrase en este momento por el pescuezo y le llevase a sus dominios; sin llegar a eso, puede usted comprender, querido, que como está muy oscuro y no hay faroles encendidos, si yo le echara por la escalera abajo es posible que se hiciera usted daño en algún miembro importante. Lárguese de mi casa, pues, sin dilación y recuerde con todo el cariño que quiera a su buen amigo, a cuya casa…, entiéndalo bien…, a cuya casa no debe volver nunca.

Con estas palabras me abrazó y se volvió, sujetándome bien, dirigiéndose hacia la puerta de modo que no me fue posible mirar a Antonieta. Comprenderá usted que en

mi situación no era posible que yo pegase al consejero, que era lo único que se me ocurría. El profesor se rió mucho de mí y me aseguró que el consejero había acabado para él. Hacer el amor al pie de la ventana y rondar la casa no entraba en mis cálculos, pues para ello estimaba demasiado a Antonieta, mejor dicho, la consideraba como sagrada. Dolorido profundamente, abandoné H…; pero, como suele suceder, los vivos colores de aquel cuadro fantástico fueron palideciendo, y Antonieta y su voz, que nunca había oído, se me representaron al cabo del tiempo como una luz rosada.

A los dos años estaba yo en B… y emprendí un viaje por el sur de Alemania. En el crepúsculo rojizo aparecieron ante mi vista las torres de H… Conforme me iba acercando a la ciudad me sentía invadido de un sentimiento de angustia inexplicable; parecía como si me hubieran puesto en el pecho un peso enorme; no podía respirar; tuve que salirme del coche. Aquella opresión llegó a producirme hasta dolor físico. Al rato creí oír los acordes de un coro que flotaban en el aire…, se hicieron más precisas las notas; distinguí notas masculinas que cantaban un himno religioso.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —pregunté, sintiendo como si me atravesasen el pecho con un puñal.

—¿No lo ve usted? —respondió el postillón, que iba sentado junto a mí—. ¿No ve usted que están enterrando a una persona en el cementerio?

La verdad era que estábamos junto al cementerio, y advertí un círculo de personas vestidas de negro que se mantenían alrededor de una fosa que estaban cubriendo. Las lágrimas se me saltaron, y me pareció como si allí estuviesen enterrando toda la alegría de la vida. Bajamos rápidamente la colina y desapareció el cementerio; el coro se calló y no lejos de la puerta vi a unos cuantos señores en traje de luto que regresaban del entierro. El profesor y su sobrina iban cogidos del brazo, muy enlutados, y pasaron junto a mí sin conocerme. La sobrina se tapaba los ojos con el pañuelo y sollozaba violentamente. No me fue posible penetrar en la ciudad; envié a mi criado con el equipaje a la fonda en que había de alojarme y me dediqué a correr por aquellos contornos, tan conocidos para mí, con objeto de librarme de una sensación que quizá no tuviera por causa más que el efecto físico del calor del viaje, etc. Cuando penetré en la avenida que conduce a un sitio de recreo, se presentó ante mi vista el espectáculo más extraño que pueda darse. El consejero Krespel iba conducido por dos hombres, de los cuales quería a todo trance escapar con los saltos más extraordinarios. Como de costumbre, iba vestido con una levita gris cortada por él mismo, y en el sombrero de tres picos, echado materialmente sobre una oreja, llevaba un crespón que ondeaba al viento. Pendía de su cintura un tahalí negro, pero en lugar de espada llevaba metido en él un arco de violín. Me quedé helado. «Está loco», pensé, siguiéndole despacito. Aquellos hombres condujeron a Krespel hasta su casa y él los abrazó con grandes risas. Lo dejaron allí, y entonces dirigió la vista hacia donde yo me encontraba, casi a su lado. Me miró fijamente un rato y luego dijo

con voz sorda.

—Bienvenido, señor estudiante… Ya comprende usted.

Y cogiéndome por el brazo me arrastró a la casa…, me hizo subir la escalera y me metió en el aposento donde estaban colgados los violines. Todos ellos tenían una cubierta de crespón. Faltaba el violín del maestro antiguo y en su sitio había colgado una corona de hojas de ciprés… Comprendí lo que había sucedido.

—¡Antonieta! ¡Ay, Antonieta! —exclamé sin consuelo.

Krespel estaba junto a mí como petrificado, con los brazos cruzados. Yo le señalé a la corona de ciprés.

—Cuando murió ella —comenzó a decir el consejero con voz cavernosa—, cuando murió se rompió el alma de aquel violín y la caja se hizo mil pedazos. No podía vivir más que con ella y dentro de ella; se puso en la caja y fue enterrado con ella.

Conmovido a más no poder, caí en una butaca. El consejero comenzó a cantar con voz ronca una canción alegre. Era un espectáculo tristísimo el verle saltar de un lado para otro y el crespón, flotando por el cuarto —tenía el sombrero puesto—, enganchándose en los violines. No pude contener un grito una vez que me rozó el crespón; me pareció como si me arrastrara a los profundos abismos de la locura.

De repente, Krespel se quedó tranquilo, y en su tono cantarín comenzó a decir:

—Hijito…, hijito…, ¿por qué gritas de ese modo? ¿Has visto al ángel de la muerte? Eso sucede siempre antes de la ceremonia.

Se colocó en medio del aposento, sacó de la vaina el arco de violín, lo levantó por encima de su cabeza y lo partió en pedazos. Y riendo a carcajadas exclamó:

—Crees que se ha roto, hijito, ¿no es verdad? Pues no lo creas…, no es así…, no es así… ¡Ahora estoy libre…, libre…, libre…, libre! ¡Ya no construiré ningún violín…, ninguno…, ninguno!

Y empezó a entonar una dulce melodía y a bailar a sus acordes en un pie. Lleno de espanto quise alcanzar la salida, pero Krespel me sostuvo y muy tranquilo comenzó a decir:

—Quédese, querido amigo; no considere locura la expresión del dolor que me martiriza mortalmente, y crea que todo ha sucedido por haberme hecho una bata con la que quería tener el aspecto de la Suerte o de Dios.

El consejero siguió diciendo todo género de incoherencias hasta que se quedó completamente agotado. A mi llamamiento acudió el ama de llaves y me sentí muy feliz cuando me vi libre de aquella especie de pesadilla. No dudé un momento de que Krespel se había vuelto loco, pero el profesor creía lo contrario.

—Hay hombres —decía— a los que la Naturaleza o una fatalidad cualquiera les arranca la cubierta con que los demás ocultamos las tonterías. Lo que para nosotros queda en pensamiento, Krespel lo pone en acción. Arrastrado por la amarga ironía espiritual, Krespel hace y dice tonterías. Pero esto es sólo su pararrayos. Devuelve a la tierra lo que es de la tierra y sabe conservar lo divino, continuando en perfecto

estado en su interior, a pesar de las locuras que hace. La muerte repentina de Antonieta le ha sido muy dolorosa, pero apostaría a que mañana mismo el consejero continúa dando sus coces habituales.

Y verdaderamente ocurrió una cosa parecida a lo predicho por el profesor. Al día siguiente, Krespel estaba poco más o menos como antes; pero declaró que nunca más volvería a construir un violín ni a tocarlo. Según he sabido después, cumplió su palabra.

Las indicaciones del profesor fortalecieron mi íntimo convencimiento de que la relación, oculta tan cuidadosamente, de Antonieta con el consejero y su misma muerte eran un remordimiento para él que, con seguridad, llevaba aparejada cierta culpa. No quería abandonar H… sin reprocharle el crimen que yo presentía; deseaba llegar hasta su alma para provocar la completa confesión del horrible hecho. Cuanto más pensaba en ello, más claro veía que Krespel era un malvado y más firmemente me aferraba a la idea de espetarle un discurso que, desde luego, pensaba yo que habría de ser una obra maestra de retórica. Así dispuesto y muy sofocado acudí a casa del consejero. Lo encontré torneando juguetes, con su sonrisa tranquila.

—¿Cómo es posible —comencé a decirle sin preparación alguna—, cómo es posible que pueda usted disfrutar de un instante de paz sin sentirse atormentado por el recuerdo del horrible hecho cometido por usted y que debiera producirle siempre el efecto de la picadura de una víbora?

Krespel me miró sorprendido, dejando el cincel a un lado.

—¿Qué quiere usted decir, amigo mío? —me preguntó—. Siéntese en esa silla.

Muy excitado continué mi perorata, entusiasmándome más y más, acusándole de haber asesinado a Antonieta y amenazándole con la venganza eterna. Más celoso que ningún abogado, llegué hasta a asegurarle que procuraría averiguar todos los detalles de la cosa hasta conducirle ante el juez. Me desconcertó un tanto el ver que, cuando terminé mi pomposo discurso, el consejero me miró muy tranquilo sin responder una palabra, como si esperase a que siguiera hablando. Lo intenté, en efecto, pero me salió tan torpe y tan estúpido todo lo que dije, que me callé en seguida. Krespel gozó en mi confusión y su cara se iluminó con una sonrisa irónica. Luego recobró su seriedad y comenzó con tono grave:

—Joven: puedes considerarme loco o tonto; te lo perdono, pues los dos estamos encerrados en el mismo manicomio y te parece mal que yo me tenga por el Dios padre sólo porque tú te tienes por el Dios hijo; pero ¿cómo te atreves a querer meterte en una vida y a atar sus hilos, que son y serán siempre extraños para ti? Ella se ha ido y el secreto ha desaparecido.

Krespel se quedó pensativo; se levantó y dio dos o tres pasos por la habitación. Yo me atreví a rogarle que me aclarase el misterio; él me miró fijamente, me cogió de la mano y me llevó a la ventana, abriendo las dos hojas. Se asomó a ella, y con los brazos apoyados en el alféizar, me contó la historia de su vida. Cuando terminó me separé de él confuso y avergonzado.

Me explicó de la siguiente manera sus relaciones con Antonieta:

A los veinte años, su pasión favorita llevó a Krespel a Italia en busca de los violines de los mejores maestros. Entonces aún no los construía él y no se atrevía, por tanto, a desarmar los que caían en sus manos. En Venecia oyó a la famosa cantante Ángela…, que figuraba como primera parte en el teatro de San Benedetto. Su entusiasmo no se limitó a la parte artística, sino que se extendió a su belleza angelical. Krespel trabó amistad con Ángela, y a pesar de su carácter áspero logró conquistarla, particularmente por su pericia en tocar el violín. Las relaciones los llevaron en poco tiempo al matrimonio, que convinieron en mantener secreto, pues Ángela no quería retirarse del teatro ni cambiar el nombre que tantos triunfos le proporcionara por el poco armonioso de Krespel.

Con ironía mezclada de rabia, me pintó Krespel el martirio que hubo de sufrir una vez casado con Ángela. Toda la terquedad y la mala educación de todas las cantantes de primera fila juntas se encerraban en la figurita de Ángela. Si alguna vez trataba de hacerse el fuerte, Ángela le ponía delante todo un ejército de abates, maestros y académicos que, ignorantes de sus relaciones verdaderas, le consideraban como el adorador impertinente, sólo consentido por la bondad excesiva de la dama. Después de una escena de esta clase, bastante borrascosa, Krespel huyó a la casa de campo de Ángela y procuró olvidar las tristezas del día fantaseando en su violín de Cremona. No llevaba mucho tiempo tranquilo cuando su mujer, que salió casi inmediatamente detrás de él, apareció en el salón. Llegaba del mejor humor y, dispuesta a mostrarse amable, abrazó a su marido y, mirándole con dulzura, apoyó la cabeza en su hombro. Pero Krespel, ensimismado en el mundo de la música, continuó tocando el violín, haciendo repercutir sus ecos, y sin querer rozó a Ángela con el brazo y el arco. Ella se retiró furiosa. ¡Bestia tedesca!, exclamó con ira; y arrancando a su marido el arco de la mano lo partió en mil pedazos contra la mesa de mármol. El consejero se quedó como petrificado ante aquella explosión de furor, y luego, como despertando de un sueño, cogió a su mujer con fuerzas hercúleas, la arrojó por la ventana de su casa y, sin preocuparse de más, huyó a Venecia y después a Alemania. Algún tiempo más tarde, comprendió lo que había hecho. Aunque sabía que la ventana sólo estaba a unos cinco pies del suelo y que en aquellas circunstancias no hubiera podido hacer otra cosa que lo que hizo, se sentía atormentado por cierta inquietud, tanto más cuanto que su mujer le había dado a entender que se hallaba en estado de buena esperanza. No se atrevía a hacer indagaciones, y le sorprendió sobremanera el que al cabo de ocho meses recibió una carta amabilísima de su adorada esposa, en la que no hacía la menor alusión al suceso de la casa de campo y le daba la noticia de que tenía una linda hijita, manifestándole al tiempo sus esperanzas de que el *marito amato e padre felicissimo* no tardaría en ir a Venecia. Krespel no fue allá; valiéndose de un amigo se enteró de todo lo ocurrido desde el día de su precipitada fuga, y supo que su mujer había caído sobre la hierba como un pajarillo ligero, sin sufrir el más mínimo daño en la caída. El acto heroico de Krespel hizo en su mujer una impresión

extraordinaria, produciendo un verdadero cambio; no volvió a dar muestras de mal humor ni de caprichos estúpidos, y el maestro que trabajaba con ella se sentía el hombre más feliz del mundo porque la *signora* cantaba sus arias sin obligarle a hacer las mil variaciones que solía. El amigo le aconsejaba, sin embargo, que mantuviese en secreto el método de curación empleado con Ángela, pues, de divulgarse, se vería a las cantantes salir a diario por las ventanas. Krespel se emocionó mucho; mandó enganchar; se metió en el coche; pero de repente exclamó: «Alto. ¿No es posible —se dijo a sí mismo— que en cuanto me vuelva a ver se sienta otra vez acometida por el mal espíritu y volvamos a las mismas de antes? Una vez la tiré por la ventana: ¿qué habría de hacer en otro caso semejante? ¿Qué me queda?». Se apeó del coche, escribió una cariñosa carta a su mujer expresándole lo mucho que agradecía su amabilidad al decirle que la hijita tenía como él una pequeña marca detrás de la oreja, y… se quedó en Alemania. La respuesta fue muy expresiva. Protestas de amor…, invitaciones…, quejas por la ausencia del amado…, esperanzas, etc., recorrieron constantemente el camino de Venecia a H… y de H… a Venecia. Ángela fue por fin a Alemania y deslumbró como *prima donna* en el teatro de F… A pesar de no ser ya joven, deslumbró a todos con el encanto de su voz, que no había perdido nada. Entretanto, Antonieta había crecido y la madre se deshacía en elogios de la manera de cantar de la niña. Los amigos que Krespel tenía en F… se lo confirmaron, instándole a ir a F… para admirar a las dos sublimes cantantes. Pocos sospechaban el parentesco tan cercano que le unía a ellas. Krespel hubiese visto de muy buena gana a su hija, a la que quería de verdad y con la cual soñaba con frecuencia; pero en cuanto pensaba en su mujer, se ponía de mal humor y se quedaba en su casa, entre sus violines desarmados.

Habrá usted oído hablar del compositor B…, de F…, que desapareció de repente sin saber cómo, o quizá le haya conocido. Este individuo se enamoró de Antonieta locamente, y, como quiera que ella le correspondiera, rogó a su madre que consintiera en una unión que había de ser beneficiosa para el arte. Ángela no se opuso, y el consejero accedió también, con tanto más gusto cuanto que las composiciones del joven maestro habían encontrado favor en su severo juicio. Krespel esperaba recibir noticias de haberse consumado el matrimonio, pero, en vez de esto, llegó un sobre de luto escrito por mano desconocida. El doctor B… anunciaba a Krespel que Ángela había enfermado de un grave enfriamiento a la salida del teatro, y, que precisamente la noche antes de ser pedida Antonieta, había muerto. Ángela le había confesado que era mujer de Krespel, y Antonieta, por lo tanto, hija suya, y le rogaba que se apresurase a ir a recoger a la huérfana. Aunque la repentina desaparición de Ángela no dejó de impresionar al consejero, en el fondo se vio libre de un gran peso y sintió que al fin podía respirar con libertad. El mismo día en que recibió la noticia, se puso en camino hacia F… No puede usted figurarse la emoción con que el consejero me pintó su encuentro con Antonieta. En la misma forma extraña de su expresión había algo tan fuerte que no podría nunca repetirlo con exactitud. Antonieta tenía todas las

condiciones buenas de su madre y, en cambio, ninguna de las malas. No albergaba ningún demonio que pudiera asomar la cabeza cuando menos se esperase. El novio estaba también allí. Antonieta conmovió a su padre hasta lo más íntimo cantando uno de los motetes del viejo padre Martini[70], que sabía le cantara su madre en los tiempos de sus amores. Krespel vertió un torrente de lágrimas; nunca oyó cantar a Ángela de aquella manera. El tono de voz de Antonieta era especial y raro: unas veces semejaba al hálito del arpa de Eolo; otras, el trino del ruiseñor. Parecía como si las notas no tuviesen sitio suficiente en el pecho humano. Antonieta, sofocada de alegría y de amor, cantó y cantó todas sus canciones más lindas y B tocó y tocó entretanto, haciendo aún mayor la inspiración. Krespel oyó primero entusiasmado; luego se quedó pensativo…, silencioso…, ensimismado. Al fin se levantó, estrechó a Antonieta contra su pecho y le rogó en voz baja y sorda:

—No cantes más, si me quieres…; me oprimes el corazón…, me da miedo…, miedo…; no cantes más.

—No —le dijo al doctor R… el consejero al día siguiente—, no era simple semejanza de familia el que su rubor se concentrase, mientras cantaba, en dos manchas rojas sobre las pálidas mejillas; era lo que yo temía.

El doctor, que al comienzo de esta conversación se mostró muy preocupado, respondió:

—Quizá consista en haber hecho esfuerzos para cantar en edad demasiado temprana o un defecto de su constitución; pero el caso es que Antonieta padece de una afección de pecho, que precisamente es lo que da ese encanto especial y extraño a su voz, y la hace colocarse por encima de todas las voces humanas. Pero ello mismo puede ser causa de su muerte prematura, pues si continúa cantando no creo que tenga vida para más de seis meses.

A Krespel le pareció que le atravesaban el pecho con cien puñales. Sentía algo así como si en un árbol hermoso brotasen por vez primera las hojas y los capullos y tuviese que arrancarlo de raíz para que no pudiesen florecer más. Tomó una decisión. Explicó el caso a Antonieta y le dio a elegir entre seguir a su novio y las seducciones del mundo y morir en la flor de la juventud o proporcionar a su padre la tranquilidad de su vejez y vivir largos años. Antonieta abrazó a su padre, llorando; no quería comprender toda la verdad del caso temiendo el momento desgarrador de la decisión. Habló con su novio; pero, a pesar de que éste prometió que nunca saldría de la garganta de Antonieta una sola nota, el consejero sabía de sobra que el mismo B… no resistiría a la tentación de oír cantar a Antonieta, aunque no fuese más que las composiciones suyas. El mundo, los aficionados a la música, aunque supiesen el padecimiento de Antonieta, no se resignarían a no escucharla, pues la gente es egoísta y cruel cuando se trata de sus placeres. El consejero desapareció con Antonieta de E.. y se trasladó a H… Desesperado, supo B… la partida. Siguió las huellas de los fugitivos, alcanzó al consejero y llegó tras él a H…

—Verle una vez más, y después morir —suplicó Antonieta.

—¿Morir? ¿Morir? —exclamó el padre, iracundo y sintiendo que un escalofrío le estremecía.

La hija, el único ser en el mundo que podía proporcionarle una alegría jamás sentida, lo único que le ligaba a la vida, imploraba, y él no quería ser cruel con ella; así que decidió que se cumpliese su destino.

B… se puso al piano. Antonieta cantó. Krespel tocó el violín satisfecho, hasta que en las mejillas de la joven aparecieron aquellas dos manchas fatídicas. Entonces mandó callar. Pero cuanto Antonieta se despidió de B… cayó al suelo lanzando un grito.

—Yo creí —así dijo Krespel—, creí que la predicción se cumplía y que estaba muerta; y como no era para mí una novedad, pues me había colocado en lo peor desde el principio, tuve cierta serenidad. Cogí a B… —que con el sombrero tenía el aspecto más ridículo y tonto del mundo— por los hombros, y le dije —el consejero adoptó su voz cantarina—: «Ya que usted, señor pianista, como se había propuesto, ha asesinado a su querida novia, puede usted marcharse tranquilamente, pues si permanece aquí mucho tiempo es posible que le clave en el corazón un cuchillo de monte, para que su sangre dé color a las mejillas de mi hija, que, como usted ve, están muy pálidas. Huya pronto de aquí si no quiere que le persiga o arroje sobre usted un arma». Indudablemente, estas palabras las debí pronunciar en un tono terrible, pues, lanzando un grito de espanto, el bueno de B… se separó de mí y salió precipitado de la casa.

Cuando se marchó B…, el consejero volvió al aposento donde se hallaba Antonieta tendida en el suelo, sin conocimiento. Vio que trataba de incorporarse, que abría un poco los ojos, pero que volvía a cerrarlos como si se hubiera muerto. Krespel comenzó a gritar inconsolable. El médico, que acudió al llamamiento del ama de llaves, declaró que Antonieta padecía un ataque grave, pero que no era de peligro; y, en efecto, se restableció rápidamente, mucho antes de lo que su padre se podía imaginar. La joven se unió a Krespel íntimamente, demostrándole un cariño sin límites; se compenetró con sus caprichos, con sus rarezas y sus extravagancias. Le ayudaba a desarmar violines antiguos y a armar los modernos.

—No quiero cantar más, sino vivir para ti —decía muchas veces, sonriendo, a su padre, cuando se había negado a acceder al ruego de alguien que le había pedido que cantase.

Krespel, sin embargo, procuraba evitar estos momentos, y por eso aparecía muy poco en sociedad y evitaba sobre todo que se encontrase donde hubiese música. Sabía muy bien lo duro que era para Antonieta el renunciar al arte en que se había distinguido tanto. Cuando Krespel compró el admirable violín que enterrara con Antonieta y lo iba a desarmar, su hija le miró con mimo y le preguntó:

—¿También éste?

El consejero no sabía qué fuerza superior le impulsó a dejar intacto el violín y a tocar en él. Apenas comenzó a tocar las primera notas, cuando Antonieta exclamó:

—Ahí estoy yo… Ése es mi canto…

En verdad, los sonidos argentinos de aquel instrumento tenían algo maravilloso, parecían salir del pecho humano. Krespel se sintió profundamente conmovido; tocó con más gusto que nunca, y conforme atacaba las escalas, dándoles toda la expresión de que era capaz, Antonieta palmoteaba y exclamaba encantada:

—¡Qué bien lo he hecho! ¡Qué bien lo he hecho!

Desde aquella época su vida fue mucho más tranquila y alegre. Muchas veces le decía a su padre:

—Quisiera cantar un poco, padre.

Krespel descolgaba el violín y tocaba las más lindas canciones de Antonieta, lo cual le producía inmensa alegría. Poco antes de llegar yo, el consejero creyó oír en el cuarto junto al suyo que tocaban el piano; escuchó atento y distinguió claramente que B… preludiaba una pieza con su estilo acostumbrado. Quiso levantarse, pero se sintió como preso por fuertes ligaduras que no le permitieron moverse. Antonieta comenzó a entonar en voz baja una canción, llegando poco a poco a subir, subir hasta el *fortissimo*, y bajando de nuevo al tono profundo en que B… escribiera para ella una de sus canciones amorosas conforme al estilo del antiguo maestro. Krespel me decía que se encontraba en una situación incomprensible, pues sentía una satisfacción inmensa al tiempo que una profunda angustia. De repente le rodeó una gran claridad y vio a Antonieta y a B… abrazados y contemplándose con arrobo. Las notas de la canción y las del acompañamiento seguían sonando sin que Antonieta cantase ni B… pusiese las manos en el instrumento. El consejero cayó en una especie de desmayo, en el cual siguió oyendo la música y viendo la imagen. Cuando volvió en sí, le pareció que había tenido una pesadilla horrible. Precipitadamente penetró en el cuarto de Antonieta. Con los ojos cerrados, iluminado su rostro por una sonrisa celestial, con las manos cruzadas, yacía sobre el sofá, como si estuviese dormida y soñase con todas las delicias del cielo. Estaba muerta.

La Fermata

Die Fermate (1815)

El cuadro, alegre y lleno de vida, de Hummel que representa una reunión en una taberna italiana, se hizo célebre en la Exposición de Berlín de 1814, en la que figuró, causando las delicias de muchos. Un emparrado de vegetación lujuriante…, una mesa con vinos y frutas…; en ella, dos mujeres italianas sentadas frente a frente: una que canta y otra que toca la cítara. Detrás de ellas, entre las dos, un abate que hace de director de orquesta. Con la batuta en alto espera el momento en que la cantante, con la vista fija en el cielo, acabe la canción, en una nota prolongada, para bajarla, y que la citarista ataque valientemente el tema principal. El abate está lleno de admiración, de placer celestial…, y, sin embargo, una tensión angustiosa. Por nada del mundo querría marcar mal. Apenas se atreve a respirar. De buena gana ataría las alas a las abejas y a las moscas para que no hiciesen el menor ruido con sus vuelos. Y aborrece con tanto más motivo al hostelero, que en aquel preciso instante aparece trayendo el vino que le han pedido. Ilumina la terraza la luz, que entra a raudales por las arcadas. Un jinete espera al pie a que le sirvan un vaso de vino sin apearse del caballo.

Ante este cuadro estaban parados los dos amigos Eduardo y Teodoro.

—Cuanto más miro —decía el primero— a esta cantante, algo anticuada, pero llena del espíritu de una verdadera artista, con su traje de colores vivos; cuanto más contemplo el perfil romano y la hermosa figura de la citarista; cuanto más me fijo en el distinguido abate, tanto más me impresiona el conjunto y me da idea de verdad. Quizá sea un poco exagerado, en el buen sentido; pero lleno de alegría y de gracia. Me gustaría poder subir a la terraza y coger alguna de las frutas que me están invitando. Me parece que llega hasta mí el aroma del vino generoso. No; esta inspiración no ha brotado en el ambiente frío y seco que nos rodea. Vamos a honrar el cuadro y al arte y a la hermosa Italia, donde se siente la alegría de vivir, bebiéndonos una botella de vino italiano.

Mientras Eduardo pronunciaba con frases entrecortadas este discurso exaltado, Teodoro permaneció en silencio y meditabundo.

—Sí, vamos —dijo como despertando de un sueño, pero apartándose del cuadro con gran trabajo y siguiendo casi maquinalmente a su amigo; y al llegar a la puerta volvióse de nuevo para dirigir una última mirada a la cantante y al abate.

La proposición de Eduardo se llevó a efecto. Atravesaron la calle y a poco estaban en la sala Tarone con una botella delante, semejante en todo a la del emparrado.

—Me parece —dijo Eduardo después que hubieron vaciado algunos vasos, y Teodoro continuaba callado y ensimismado—, me parece que a ti el cuadro no te ha hecho el mismo efecto de alegría que a mí.

—Te aseguro que comprendo perfectamente toda la parte alegre y graciosa del cuadro; pero lo raro es que representa fielmente una escena de mi vida y los personajes son verdaderos retratos. Convendrás conmigo en que los recuerdos alegres rara vez logran conmover al aparecer repentinamente y como evocados por un conjuro mágico. Y, sin embargo, éste es mi caso.

—¿De tu vida? —exclamó Eduardo asombrado—. ¿Una escena de tu vida es lo que representa ese cuadro? Desde luego me ha parecido que el abate y la cantante son verdaderos retratos; pero no acierto a comprender qué puedan tener de común contigo. Cuéntame la cosa; estamos solos y nadie ha de venir a interrumpirnos.

—De buena gana lo haría —repuso Teodoro—; pero lo he de tomar de muy atrás…, de los tiempos de mi juventud.

—Cuenta sin miedo —respondió Eduardo—. Sé muy poco de tus años juveniles, y si el relato es largo, lo único que puede ocurrir es que tengamos que pedir otra botella, lo cual no ha de ser una desgracia para nosotros, y mucho menos para Tarone.

—A nadie le extrañó —comenzó a decir Teodoro— que dejara todas las cosas para dedicarme a la música, pues ya desde mis primeros años no hacía casi nada y me pasaba los días enteros aporreando el piano, viejo y desafinado, de mi tío. Era muy difícil en mi pueblo estudiar música, pues no había nadie que pudiera enseñarme más que un organista viejo y terco, que me atormentaba con tocatas oscuras y disonantes. Pero, sin amedrentarme por eso, yo seguía valientemente. A veces aborrecía al viejo; pero se ponía a tocar a su manera una composición buena y me reconciliaba con él con el arte. Algunas composiciones, sobre todo las del viejo Sebastián Bach, me hacían una impresión extraña: me parecían relatos llenos de episodios sobrenaturales y terroríficos que me sobrecogían con esos estremecimientos tan corrientes en la juventud. Abríase para mí un edén cuando en invierno, como solía ocurrir, el director de orquesta de la ciudad, con sus compañeros y un par de aficionados, organizaban un concierto y, por mi buen oído, me encargaban de tocar los timbales. Después he pensado muchas veces en lo risible y ridículo de tales conciertos. Por lo general, mi maestro tocaba dos conciertos para piano, de Wolf o de Emanuel Bach; uno de los violines se esforzaba por interpretar a Stamitz, y el recaudador de contribuciones soplaba en su flauta con tanto afán y tanta fuerza que apagaba las dos velas del atril, que constantemente tenían que estarse encendiendo. En canto no había que pensar, lo cual criticaba mucho mi tío, gran amigo de la música. Recordaba con entusiasmo los antiguos tiempos en que los cuatro cantores de las cuatro iglesias del pueblo se unieron para cantar en un concierto *Lonchen um Hofe*. Lo que más solía alabar era el espíritu de tolerancia que llevó a los cantores a unirse en honor del arte, pues además de los católicos y los evangélicos, los reformistas, representados por dos jóvenes, dividían a alemanes y franceses. El cantor francés acaparó el papel de Lottchen, y según aseguraba mi tío lo cantó de la manera más prodigiosa que se puede imaginar, con su voz de falsete. Vegetaba a la sazón entre nosotros, en mi pueblo quiero decir, una señorita llamada Amable, que recibía una pensión exigua como cantante retirada de la Corte, y mi tío pensó que nadie mejor que ella podía figurar en los conciertos, mediante una pequeña retribución. La señorita se hizo mucho de rogar; pero al fin accedió, y se cantaron arias en los conciertos. Esta señorita Amable era una persona extraordinaria. Aún recuerdo perfectamente su flaca figura. Con mucha seriedad y prosopopeya solía aparecer ante el público, con un vestido de colorines y la partitura

en la mano, haciendo una ligera inclinación de la parte superior del cuerpo para saludar. Llevaba un adorno de cabeza extraño, en cuya parte delantera figuraba un ramo de flores de porcelana, que temblaban y se movían mientras cantaba. Cuando terminaba su parte y la concurrencia cesaba de aplaudir, entregaba a mi tío la partitura, dirigiéndole una mirada altiva y permitiéndole tomar un polvo de rapé de la tabaquera que ella sacaba para tomarlo, y que ostentaba en la tapa la imagen de un perro de lanas. Tenía una voz fea y chillona, hacía toda clase de floreos absurdos y de gorgoritos, y te puedes figurar el efecto que tales cosas me harán unidas al aspecto risible de su físico. Mi tío se deshacía en alabanzas, cosa incomprensible para mí, que era de la opinión de mi organista, el cual, en su humor hipocondríaco, y por ser además un detractor del canto, se burlaba lindamente de la ridícula señorita.

Cuanto más vivamente compartía con mi profesor el desprecio por el canto, tanto más se esforzaba éste por desarrollar en mí el genio musical. Con gran afán me enseñó el contrapunto, y tardé muy poco en ejecutar las piezas más difíciles. Acababa de tocar una de éstas el día de mi cumpleaños diecinueve, delante de mi tío, cuando el camarero de nuestra posada más distinguida se presentó anunciando a dos damas que acababan de llegar. Antes de que mi tío tuviera tiempo de quitarse la bata de flores y ponerse la levita entraron las anunciadas. Ya sabes tú la impresión que produce la presencia de todo lo extraño en las gentes educadas en la estrechez de los pueblos; la de aquellas personas, que tan inesperadamente llegaban, era de lo más a propósito para dejarme como encantado. Imagínate dos italianas altas y esbeltas, vestidas a la última moda, un poco exagerada, con aires de inteligentes y muy amables, que se dirigieron a mi tío con voz armoniosa. ¿Qué idioma extraño hablaban? Sólo alguna vez sonaba como alemán… Mi tío no les entendía una palabra… Un poco azorado, les señaló el sofá. Ellas se sentaron y hablaron entre sí unas palabras que sonaron como música. Por fin lograron hacerse entender de mi tío; le dijeron que eran cantantes, que iban de viaje, que querían dar algún concierto en el pueblo y que se dirigían a él por ser el que se ocupaba en aquellas cosas.

Mientras hablaban entre sí yo escuché sus nombres, y me pareció que de aquella manera podía comprender mejor a cada una de las dos, que juntas me impresionaban demasiado. Lauretta, la mayor de aspecto, de ojos luminosos, hablaba con viveza extraordinaria y gesticulando mucho. Aunque no era muy alta, tenía muy buena figura, y mi vista se perdía en sus encantos, para mí completamente desconocidos hasta entonces. Teresina, más alta, más esbelta, de rostro más largo y más serio, hablaba poco, y en cambio parecía más inteligente. De cuando en cuando sonreía de un modo especial, como si le produjera una sensación agradable el ver a mi tío, que se envolvía en su bata de seda y trataba en vano de ocultar una cinta amarilla, delatora de la camisa de dormir, que sin cesar le asomaba por debajo del cuello. Al fin se levantaron; mi tío les prometió organizar el concierto para tres días después, y ellas le invitaron en compañía mía, que les fui presentado como un joven virtuoso, a tomar chocolate aquella tarde…

Subimos la escalera con mucha solemnidad y como si nos dirigiéramos a una aventura para la cual no estuviésemos preparados. Después que mi tío, preparado de antemano para ello, habló largamente de arte, diciendo una porción de cosas que no comprendimos nadie, ni siquiera él; después de que yo me abrasé la lengua dos veces con el chocolate ardiendo, emulando con ventaja a Escévola, dijo Lauretta que iba a cantar algo.

Teresa tomó la cítara, la templó y atacó las primeras notas. Nunca había oído yo aquel instrumento, conmoviéndome en extremo la dulzura llena de misterio con que sonaban las cuerdas. Lauretta comenzó la canción muy piano, subiendo lentamente hasta el fortísimo y atacando con valentía las octavas. Aún recuerdo la letra del principio: *Sento l'amica speme*. Se me oprimió el pecho; jamás había podido presumir aquello. Conforme Lauretta cantaba y con su fuego se encendían los rayos que me rodeaban, sentía yo que despertaba el sentimiento musical que llevaba dentro y se encendía en llamas hermosas y fuertes. ¡Ah!, por primera vez en mi vida oía música. Las dos hermanas cantaron el dúo, serio y profundo, del abate Steffani. El contralto lleno y celestial de Teresina me llegó al alma. No pude contenerme: las lágrimas brotaron de mis ojos. Mi tío carraspeaba, dirigiéndome miradas de descontento; pero de nada le valió. Yo estaba fuera de mí. A las artistas les agradó aquello, al parecer, se interesaron por mis estudios musicales; yo, avergonzado, declaré mis esfuerzos, y con la audacia que me daba el entusiasmo confesé que hasta aquel día no había oído música. *Il bon fanciullo*!, murmuró Lauretta con dulzura y amabilidad. Al volver a casa se apoderó de mí una especie de furor; reuní todas las sonatas y fugas que tenía, incluso cuarenta y cinco variaciones sobre un tema canónico que compusiera el organista, y que me había confiado en borrador, las arrojé al fuego y me reí con fruición al ver cómo chisporroteaban y se consumían aquellos papeles. Luego me senté ante el piano y traté de imitar el sonido de la cítara y de tocar y cantar la melodía que cantaron las hermanas. A media noche salió mi do de su cuarto y, apagándome las dos luces, dijo: «No se hacen esos gorgoritos ni se atormentan los oídos de ese modo». Y se volvió a su habitación. No tuve más remedio que obedecerle. El sueño me descifró el enigma de la canción…; por lo menos así me lo figuré yo, pues canté perfectamente *sento l'amica speme*. A la mañana siguiente puso a prueba mi tío a todos los que sabían tocar algún instrumento. Quería mostrar lo bien que se portaba nuestra orquesta, y se sintió muy descorazonado con la prueba. Lauretta propuso una gran escena; pero en el recitado todos desafinaron y se fueron cada uno por su lado, como quien no tiene la menor idea del acompañamiento. Lauretta gritó…, se enfadó…, lloró de rabia e impaciencia. El organista estaba sentado al piano, y a él fueron dirigidos los cargos más violentos… El organista se levantó y, muy indignado y sin decir una palabra, se fue del salón. El músico de la ciudad, a quien Lauretta llamó *asíno maledetto*, se colocó su violín debajo del brazo y se puso el sombrero sin cumplimientos. Se dirigió acto seguido hacia la puerta, siguiéndole sus compañeros, con el arco metido entre las

cuerdas y las boquillas sin quitar. Los aficionados contemplaban la escena con mirada triste, y el recaudador de contribuciones exclamó en tono trágico: «¡Dios mío, que nervioso me ponen estas cosas!». Mi timidez desapareció como por encanto; me atravesé en el camino del músico de la ciudad, le rogué, le supliqué, le prometí seis minués nuevos con doble trío para el baile. Logré por fin convencerle. Volvió a colocarse ante el atril, sus compañeros hicieron lo propio; la orquesta se organizó a poco sin faltar más que el organista, que, muy despacito, atravesaba la plaza del mercado sin atender a ningún llamamiento. Teresina había permanecido durante toda la escena con la risa contenida; Lauretta estaba en este momento tan alegre como iracunda estuvo antes. Alababa sobremanera mis esfuerzos. Me preguntó si tocaba el piano, y antes de que yo contestara afirmativamente me vi sentado en el puesto de organista con la partitura delante. Nunca había acompañado a cantar ni dirigido una orquesta. Teresina se colocó a mi lado para indicarme los tiempos, y Lauretta me animaba a cada momento con un «¡bravo!»; la orquesta seguía y todo marchaba a maravilla. En la segunda prueba cada cual tocó lo mejor que pudo, y el efecto del canto de las dos hermanas en el concierto fue indescriptible. En la residencia real se preparaban varias fiestas con motivo del regreso del príncipe, y las invitaron a que cantaran en el teatro y en salas de conciertos. Hasta que llegase aquella fecha decidieron permanecer en nuestro pueblo, y, por tanto, aun dieron algunos conciertos más. La admiración del público llegó al delirio. Sólo la vieja Amable, tomando un polvo de rapé de su tabaquera con el perrito de lanas, aseguraba que aquellos gritos no eran canto; mi organista no apareció por parte alguna, y, a decir verdad, no le eché de menos. Yo era el hombre más feliz de la tierra. Pasaba todo el día con las dos hermanas, las acompañaba y sacaba de las partituras las voces que habían de necesitar en la Corte. Lauretta era mi ideal; sufría con paciencia sus malos humores, sus violencias… sus vejaciones de virtuosa, en el piano. Ella, y sólo ella, me había puesto de manifiesto lo que era la verdadera música. Comencé a estudiar italiano y a ensayar con cancioncitas. Me elevaba al séptimo cielo cuando Lauretta cantaba mis composiciones y les dirigía elogios. A veces me parecía que yo no había pensado ni escrito nada, sino que la inspiración estaba en el canto de Lauretta. A Teresina no podía acostumbrarme: cantaba muy rara vez, no me daba la menor importancia y en ocasiones creía yo observar que se reía de mí. Por fin llegó el momento de la marcha. Entonces comprendí lo que Lauretta era para mí y lo imposible que me sería separarme de ella. Algunas veces, después de haber ensayado, me acariciaba, aunque de una manera absolutamente indiferente; pero mi sangre se encendía, y sólo la frialdad corriente en ella me impedía estrecharla frenético en mis brazos. Tenía yo una voz pasable de tenor, muy poco ejercitada, y ella me la educó. Solía cantar con Lauretta esa serie innumerable de *duettini* italianos. Próxima la marcha, cantábamos un día uno de ellos… *Senza di te, ben mío, vivere non poss'io*. No pude resistir más y, desesperado, me eché a los pies de Lauretta. Ella me levantó, diciéndome: «Pero, amigo mío, ¿es que vamos a separarnos?» Yo la escuchaba asombrado. Me expuso su

plan de que me fuese con ella y Teresina a la residencia de la Corte, pues alguna vez habría de salir de mi pueblo si me había de dedicar por entero a la música. Imagínate una persona que se halla en una sima profunda, que desespera de la vida, y en el instante en que cree llegado su fin se encuentra en un edén florido, con mil lucecillas alegres que lo rodean y le dicen: «Querido, puedes vivir aún». Eso fue lo que yo sentí. ¡Con ellas a la Corte! No podía pensar en otra cosa. No te cansaré contándote mi trabajo para convencer a mi tío de que convenía marchar a la Corte, que, por otra parte, no estaba muy lejos. Por fin cedió, prometiéndome ir él también. Aquello no entraba en nuestros planes. Por tanto, hube de ocultar mi decisión de marchar con las cantantes. Un oportuno catarro que cogió mi tío me salvó. Salí en el correo, pero sólo hasta la primera parada, donde me quedé esperando a mis diosas. Un bolsillo bien provisto me ponía en condiciones de preparar todo convenientemente. Mi espíritu romántico me hizo concebir la idea de acompañar a mis damas a caballo, como un paladín. Me procuré un rocín, no muy bello que digamos, pero muy seguro en opinión de su dueño, y salí al encuentro de las cantantes. A poco apareció el coche; en el asiento de detrás venían las dos hermanas, y en el de delante la doncella, la regordeta Juana, una napolitana morena. Además, el carruaje iba cargado con toda clase de cajas, paquetes y cestas, de los que no se separan las señoras que van de viaje. Juana llevaba sobre la falda dos perritos de aguas, que me recibieron ladrando cuando me acerqué a saludar a las que llegaban. Todo marchó bien al principio; pero al llegar a la última parada se le ocurrió a mi caballo la idea de volverse a su patria. El convencimiento de que en tales casos no es conveniente emplear los medios violentos me indujo a intentar convencerle con suavidad; pero el terco animal permaneció insensible a todas mis amabilidades. Yo quería ir hacia delante y él hacia atrás, y todo lo que al cabo de esfuerzos sobrehumanos pude conseguir fue que en lugar de andar en la dirección que él quería comenzase a dar vueltas. Teresina sacó la cabeza fuera del coche, riéndose con toda su alma, mientras que Lauretta, tapándose el rostro con ambas manos, gritaba lo mismo que si me viera en peligro de muerte. La desesperación me dio ánimos: clavé las espuelas en los ijares del bruto, y en el mismo momento me vi en el suelo. El caballo se quedó parado tranquilamente y mirándome con aire socarrón. Yo no lograba ponerme en pie; el cochero se apresuró a acudir en mi auxilio; Lauretta se bajó del coche llorando y gritando; Teresina reía sin poderse contener. Me había torcido un pie y no podía montar de nuevo. ¿Qué hacer en aquel apuro? Ataríamos el caballo al coche y yo me metería en él como pudiera. Figúrate dos muchachas robustas, una criada gruesa, dos perros, una docena de bultos, cajas y cestas, y además yo, en un coche pequeño…; imagínate los lamentos de Lauretta, protestando por lo incómodo del asiento…, los aullidos de los perros…, las murmuraciones de la napolitana…, los gestos de Teresina…, el dolor agudísimo que yo sentía en el pie, y te podrás hacer cargo de lo agradable de mi situación. Teresina dijo que no podía más. Nos paramos, y de un salto se apeó del coche. Desató mi caballo, se colocó a horcajadas en la silla y comenzó a trotar y a hacer corcovetas

delante de nosotros. No tuve más remedio que reconocer que lo hacía muy bien. Su gracia y su distinción resaltaban aún más a caballo. Pidió la cítara, y, con las riendas en el brazo, empezó a cantar romanzas españolas a toda voz. Su vestido claro de seda flotaba al aire en pliegues armoniosos y las plumas de su sombrero ondeaban como movidos por los espíritus de las notas. El conjunto resultaba de lo más romántico, y yo no apartaba los ojos de Teresina, a pesar de que Lauretta consideraba que era una loca, cuya audacia podía costarle cara. Afortunadamente nada ocurrió: el caballo había perdido su terquedad o le agradaba más la cantante que el paladín; en una palabra, hasta las mismas puertas de la residencia real no volvió Teresina a meterse en el coche.

Aquí me tienes en los conciertos y óperas y en todo lo que era música…, sirviendo de repetidor de arias, dúos y de todo lo que se quería estudiar. Observarás que mi espíritu ha cambiado por completo. Toda mi antigua timidez ha desaparecido; como un maestro me siento ante el piano con la partitura delante para dirigir la parte de mi dama. Toda mi inteligencia.., todos mis pensamientos son melodías… Compongo toda clase de canciones y de arias sin preocuparme para nada del arte del contrapunto, y Lauretta las canta, aunque siempre en nuestra habitación… ¿Por qué no querrá nunca cantar nada mío en los conciertos?… No lo comprendo… Teresina se me representa sobre un corcel orgulloso, con la lira en la mano, como la figura misma del arte romántico… Y sin poderlo remediar escribo algunas canciones serias. Lauretta maneja las notas como un hada. ¿Qué será lo que intente y no le salga bien? Teresina no hacía escalas…; lo más era una ligera apoyatura; pero sus tonos sostenidos llegaban a lo más íntimo del alma. Yo no sé cómo estuve tanto tiempo sin ver esto.

El concierto benéfico en que habían de tomar parte las dos hermanas llegó; Lauretta cantó conmigo una larga escena de Anfossi. Estaba yo sentado al piano, como de costumbre. Era el momento de la última fermata. Lauretta acudió a todos los recursos de su arte; parecía que un ruiseñor trinaba sin cesar…; luego, notas sostenidas…, escalas limpias: todo un *solfeggio*. La cosa me pareció demasiado larga; sentí detrás de mí como un ligero soplo. Teresina estaba allí. En el mismo momento Lauretta comenzó a lanzar gorgoritos sin interrupción, intentando seguir con ellos hasta entrar en el otro tono. El demonio me inspiró: con las dos manos indiqué el tiempo; la orquesta me siguió; los gorgoritos de Lauretta se terminaron causando asombro general… Lauretta, dirigiéndome miradas con las que hubiera querido atravesarme, rompió la partitura, me la tiró a la cabeza, haciendo volar en derredor mío los pedazos de papel, y como una furia atravesó por entre la orquesta para dirigirse al salón contiguo. En cuanto se terminó la pieza me apresuré a ir tras Lauretta. Estaba llorando y pataleando. «¡Fuera de mi vista, maldito hijo del infierno!». Se arrojó sobre mí y yo salí escapado. Durante el concierto, que se continuó, Teresina y el director de orquesta lograron calmarla y que se decidiera a cantar; pero con la condición de que yo no me sentara al piano. En el último dúo que

cantaron las dos hermanas, Lauretta hizo primores de garganta, siendo muy aplaudida y quedando en muy buen lugar. Yo no podía consentir los malos tratos sufridos delante de tantas personas extrañas, y decidí marcharme a la mañana siguiente a mi pueblo. Estaba haciendo el equipaje cuando se presentó Teresina en mi cuarto. Al ver mis preparativos se quedó llena de asombro. «¿Quieres abandonarnos?». Yo le expliqué que después de la vergüenza por que me había hecho pasar Lauretta no podía permanecer un día más a su lado. «¿Entonces te vas por causa de las tonterías de una loca?» —dijo Teresina—. «¿Crees tú que vas a vivir dentro del arte en otro sitio mejor que a nuestro lado? Tú puedes perfectamente evitar que Lauretta continúe con esos arranques. Has sido demasiado condescendiente con ella, demasiado dulce, demasiado blando. Sobre todo, exageras demasiado el arte de Lauretta. Ciertamente, tiene buena voz y mucha práctica; pero ese afán de gorgoritos, esas escalas interminables, esos eternos trinos, ¿qué son sino artificios que deben considerarse como los saltos audaces de un bailarín en la cuerda floja? ¿Pueden tales cosas impresionar y conmover? Esos gorgorios que tú has destrozado no los puedo sufrir, me hacen daño, me molestan. Y ese subir y subir el tono, ¿qué es sino pura afectación? A mí lo que más me gusta es el tono medio y el bajo. Y, sobre todo, lo más admirable es un verdadero *portamento di voce*. Nada de adornos inútiles: un tono sostenido y fuerte… que impresione el alma. Ése es el verdadero canto, y así canto yo. Si ya no puedes resistir a Lauretta, piensa en Teresina, que te quiere bien y que con mucho gusto te verá convertirte en su compositor y maestro. No lo tomes a mal: todas tus canciones y arias valen muy poco comparadas con la única». Teresina se puso a cantar con su voz llena y bien timbrada una canción que había compuesto hacía poco en tonos sacros. Nunca pude imaginarme que aquello pudiera sonar así. Las notas me hacían un efecto inesperado: las lágrimas acudían a mis ojos, lágrimas de alegría y entusiasmo; cogí la mano de Teresina y se la besé mil veces, jurando no separarme de ella jamás. Lauretta miraba mis relaciones con Teresina con cierta cólera envidiosa y echaba de menos mi ayuda, pues, a pesar de todo su arte, no estaba en condiciones de estudiar sola nada nuevo, pues leía mal y no cogía bien los tonos. Teresina, en cambio, repentizaba perfectamente y tenía un sentido exacto de tono. Lauretta demostraba más que nunca su terquedad y su mal genio cuando se la acompañaba. Nunca estaba a tiempo…; trataba al acompañante como si fuera un mal necesario…; no quería que se oyese el piano: siempre había que tocar *pianissimo*, cediendo y cediendo de cadencia en cadencia como a ella se le antojaba. Yo me ponía en contra de su sistema, luchaba con sus malas costumbres, le demostraba que sin energía no se concebía acompañamiento alguno, que el arte de canto tiene que diferenciarse de la facilidad sin armonía. Teresina me apoyaba. Yo me dediqué a hacer composiciones en las que los solos eran siempre para la voz baja. Teresina también me manejaba a su gusto, con gran satisfacción mía, pues yo suponía que sabía más y comprendía mejor que Lauretta la seriedad alemana. Recorrimos el mediodía de Alemania.

En una ciudad pequeña nos encontramos con un tenor italiano que iba de Milán a Berlín. Mis damas se entusiasmaron con su compatriota; no se separaban de él. El cantante demostraba preferencias por Teresina, y, con gran molestia por mi parte, me vi reducido a hacer un papel muy secundario. Un día que iba a entrar en la habitación con una partitura debajo del brazo oí que hablaban en tono más animado mis dos damas y el tenor. Ya entendía perfectamente el italiano y no se me podía escapar una palabra. Lauretta le contaba el suceso del concierto, diciéndole que le había estropeado su escala. «*Asino tedesco*», exclamó el tenor; y su frase me hizo concebir la idea de arrojar por la ventana al héroe de teatro, pero me contuve. Lauretta siguió, diciendo que habían querido echarme de su lado inmediatamente; pero que, en vista de mis súplicas accedieron a que continuase con ellas, soportándome por compasión, ya que tenía empeño en estudiar el canto a su lado. Teresina se mostró de acuerdo con su hermana, ante mi asombro extraordinario. «Es un buen chico —dijo— además, ahora está enamorado de mí y todo lo escribe para mi voz. No deja de tener talento, pero trabaja con la tiesura y la torpeza propias de los alemanes. Yo espero hacer de él un compositor, pues, como ha escrito poco para la voz alta, me ha hecho algunas cosas buenas; por eso le dejo que siga adelante. Muy aburrido resulta con su amor y sus lisonjas, y también es un martirio el tener que sufrir sus composiciones, que muchas son bastante malas». «Por lo menos, de eso ya me veo yo libre —dijo Lauretta—: pero tú sabes muy bien lo que me ha perseguido con sus arias y sus dúos». Y empezó a tararear un dúo mío, que en su época había alabado mucho. Teresina hacía la segunda voz, y las dos se burlaban lindamente de mí y de mi obra. El tenor se reía a carcajadas. Me quedé frío, y tomé una decisión rápida. En silencio me trasladé a mi cuarto, cuya ventana daba a una callejuela. Enfrente estaba el Correo y a la puerta el coche de Bamberg. Los pasajeros iban en dirección a la puerta, y, por tanto, tenía una hora de tiempo. Recogí mis cosas a toda prisa, pagué la cuenta entera en la posada y me dirigí al Correo. Cuando iba por la calle principal vi a mis dos damas, que aún estaban en la ventana con el tenor y se asomaban atraídas por el sonido del cuerno del postillón. Me acurruqué en el interior del coche, y pensé con alegría en el efecto de las cartas llenas de amargura que había dejado para ellas.

Con mucha parsimonia apuró Teodoro el resto de la botella de vino de Elea que Eduardo le sirvió.

—No esperaba yo —dijo, después de limpiarse los labios—, no esperaba yo tal deslealtad en Teresina. Su imagen simpática en el caballo, haciendo corvetas y cantando romanzas españolas, no se aparta de mi mente. Ése fue su punto culminante —continuó Teodoro—. Aún recuerdo la impresión extraña que me produjo la escena. Olvidé mis dolores, y Teresina se me apareció como un ser extraordinario. ¡Qué verdad que tales momentos quedan grabados para siempre y no se borran nunca! Siempre que me ha salido bien una romanza he tenido presente la imagen de Teresina en aquella ocasión.

—Sí —dijo Eduardo—; pero no debemos olvidar tampoco a la artista Lauretta, y

brindaremos a la salud de las dos hermanas.

Así lo hicieron.

—¡Ah! —exclamó Teodoro—. ¡Cómo aspiro en este vino los dulces aromas de Italia!… ¡Cómo siento que inundan mis nervios y mis venas de frescura! ¿Por qué abandoné tan pronto aquel delicioso país?

—Pero —repuso Eduardo— en todo lo que me has contado no veo relación alguna con el cuadro, y me parece que ya no tienes nada que decirme de Lauretta y Teresina. Claro está que demasiado he comprendido que las dos damas del cuadro en cuestión no son sino dos artistas.

—Así es, en efecto —respondió Teodoro—, y mi nostalgia del delicioso país me lleva directamente a lo que tengo aún que decirte. Cuando hace cosa de dos años me disponía a abandonar Roma, di un rodeo yendo a caballo. A la puerta de una taberna vi una muchacha muy linda, y se me ocurrió tomar una copa servida por las manos de aquella niña. Me detuve en la puerta, al pie del emparrado que iluminaban los rayos del sol. A lo lejos creí oír voces que cantaban y los acordes de una cítara. Escuché con atención, pues aquellas voces de mujer me hacían un efecto extraño, evocando recuerdos que no deseaba evocar. Me apeé del caballo, y, despacito; me acerqué al emparrado, de donde parecía salir la música. La primera cantaba sola una *canzonetta*. Cuanto más me acercaba tanto más desaparecía lo conocido que me emocionara al principio. La cantante ejecutaba una *fermata* complicada. Las escalas se oían más altas y más bajas…; al fin se escuchó una nota sostenida… Pero, de repente, una voz de mujer empezó a lanzar todo género de maldiciones, de denuestos, de improperios. Un hombre protestaba, otro reía. En la disputa se mezcló otra voz de mujer. A cada momento los gritos eran más fuertes y más furiosos. Al fin me encontré junto al emparrado… un abate salió corriendo junto a mi sin ceremonia alguna…; me miró; reconocí en él a mi amigo el *signor* Ludovico, mi mentor musical en Roma. «¿Qué le pasa?», exclamé. «¡Ah, *signor* maestro, *signor* maestro —clamó él—; líbreme de esa furia…, de ese cocodrilo…, de ese tigre…, de esa hiena…, de ese demonio de mujer! Ciertamente que he entrado a destiempo en la fermata de la *canzonetta* de Anfossi y que he destrozado su escala; pero ¿por qué la miré a los ojos, diosa satánica? Al demonio todas las *fermatas*…, todas». Muy emocionado, penetré en el emparrado con el abate, y a la primera mirada reconocí a Lauretta y a Teresina. Aún estaba la primera chillando y pataleando; su hermana le dirigía la palabra, tratando de calmarla; el hostelero, con los desnudos brazos cruzados, las miraba riendo, mientras una criada colocaba botellas encima de la mesa. En cuanto las cantantes me vieron se acercaron a mí. «¡Ah *signor* Teodoro!», decían y me abrumaban con demostraciones amistosas. Toda la disputa se había olvidado. «Aquí tiene usted —dijo Lauretta al abate— un compositor con tanta gracia como un italiano y tan fuerte como un alemán». Las dos hermanas, quitándose una a otra la palabra, hablaron de los días felices que habíamos pasado juntos, de mis aficiones musicales desde muy joven, de nuestros estudios, de las excelencias de mis composiciones…; nunca habían logrado

cantar nada con más gusto que lo compuesto por mí. Teresina me anunció que estaba contratada como primera cantante trágica para el próximo Carnaval; pero que quería poner por condición para aceptar que se me encargase una ópera trágica, pues ella era de opinión que mi especialidad era lo trágico. Lauretta opinaba lo contrario, y creía que era una lástima que no me dedicase a la ópera bufa. Estaba precisamente contratada para ésta y desearía vivamente que fuese yo el autor de la obra en que ella pudiera lucirse. Puedes imaginarte mis sentimientos entre las dos hermanas. Además, advierte que la reunión en que yo aparecí era la misma pintada por Hummel en el preciso instante en que el abate está a punto de estropear la *fermata* de Lauretta.

—Pero ¿no se acordaban —preguntó Eduardo— de tu despedida; de tu carta?

—No dijeron una palabra que hiciera referencia a ello —repuso Teodoro— y yo tampoco, pues ya hacía mucho tiempo que se me había pasado el rencor y mi aventura con las dos hermanas se me aparecía como cosa de broma. Lo único que me permití fue contar al abate que hacía algunos años me ocurrió exactamente lo mismo que le había sucedido a él con un aria de Anfossi. Me esforcé en pintar mi unión con las hermanas, y, dejando caer ciertas observaciones como de pasada, les hice comprender que la experiencia de la vida y del arte me había dado cierta superioridad sobre ellas. Y después de todo —continué—, fue un bien que yo hiciera aquello con la *fermata*, pues estaban las cosas de un modo que habrían sido eternas, y si dejo seguir a la cantante, aún estaría sentado al piano. «Pero —repuso el abate— ¿qué maestro puede permitirse dictar leyes a la *prima donna*? Y además, su falta de usted fue mucho más grave, por estar en la sala de conciertos, que la mía aquí en el emparrado… Claro está que yo no representaba más que la idea de maestro, y estoy seguro de que si no me miran esos ojos celestiales con su fuego y su dulzura no habría sido tan asno». Las últimas palabras del abate fueron salvadoras, pues Lauretta, que durante la conversación se había ido enfureciendo, se calmó con ellas.

Pasamos juntos la velada. Catorce años —tanto tiempo había transcurrido desde mi separación de las dos hermanas— hacen cambiar mucho. Lauretta había envejecido bastante, aunque no perdió del todo sus encantos. Teresina se conservaba mucho mejor y tenía la misma figura arrogante. Además iban vestidas con atildamiento y su aspecto era en el arreo exterior el de siempre, aunque catorce años más joven que ellas. Accediendo a mis ruegos, Teresina cantó una de aquellas canciones serias que tanto me impresionaban; pero me pareció que sonaba de otro modo, y lo mismo me ocurrió con Lauretta, cuya voz había perdido mucho a pesar de conservar aún fuerza y frescura, si bien era muy distinta de la que yo recordaba. La comparación de los sentimientos interiores con la no siempre agradable realidad tenía que serme más molesta aún recordando la conducta hipócrita de las hermanas, sus éxtasis fingidos y su admiración concedida con aire protector. El grotesco abate, que cortejaba a las hermanas con toda asiduidad; el buen vino, abundantemente escanciado, me devolvieron mi buen humor, y la noche transcurrió en la mejor armonía. Con mucha insistencia me invitaron las dos hermanas a que fuera a su casa

para tratar de todo lo necesario con destino a las partituras que había de escribir dedicadas a ellas. Me marché de Roma sin intentar verlas.

—Y sin embargo, a ellas les debes el haber despertado tu afición al canto —dijo Eduardo.

—Indudablemente —repuso Teodoro—, y además una porción de melodías de las mejores; pero, a pesar de todo, no hubiera querido volver a verlas. Todo compositor recuerda alguna impresión profunda que el tiempo no puede borrar. Y llega un momento en que el espíritu que vive en las notas habla, y es la palabra creadora que despierta a los demás espíritus que duermen dentro de él, haciéndolos salir para no desaparecer jamás. Y se nos figura que todas las melodías que brotan de ese modo pertenecen a la cantante que encendió la primera chispa. Las oímos, escribimos lo que ella cantó, nuestra debilidad nos hace aferrarnos a la pequeñez y nos empeñamos en rebajar lo sobrenatural a los límites de la estrechez terrena. Y la cantante se convierte en nuestra amante o en nuestra esposa. El encanto desaparece y las melodías íntimas se desvanecen con la rotura de una sopera o con una mancha de tinta en la ropa limpia. Muy de alabar es el compositor que no desciende a la vida terrena y sabe conservar vivo el fuego sagrado de la música dentro de su ser. Ojalá el joven se sienta profundamente conmovido por los tormentos del amor y de la desesperación si la divina encantadora se separa de él; entonces su figura se convierte en notas maravillosas y celestiales y él vive en una juventud eterna produciendo melodías que son siempre ella. En este caso ella es el ideal supremo, que vive en el fondo del alma y se exterioriza en formas distintas.

—Un poco extraño es eso; pero, de todos modos, digno de elogio —dijo Eduardo cuando, del brazo de su amigo, salía de la taberna de Tarone.

El salón del rey Artús

Der Artushof (1816)

Seguramente, querido lector, habrás oído hablar de la antigua y encantadora ciudad comercial de Danzig. Quizá conozcas las cosas dignas de verse que en ella se encuentran por las descripciones varias que abundan; pero lo que más me agradaría sería que hubiese estado en ella en tiempos remotos y hubieses visto la hermosa sala a que te quiero conducir ahora. Me refiero al salón del rey Artús. En las horas del mediodía se agitan en su recinto los hombres de negocios de todas las nacionalidades, y un murmullo ensordecedor resuena en sus ámbitos; pero cuando han transcurrido las horas de la Bolsa, cuando los negociantes están sentados junto a las mesas y sólo pululan por el salón algunos individuos que cruzan de una calle a otra de las dos a que sirve de pasaje, entonces debes visitar el salón del rey Artús siempre que estés en Danzig. La luz tamizada que penetra por las opacas ventanas da animación y vida a todos los cuadros y grabados con que están adornadas las paredes. Los ciervos, con sus cornamentas monstruosas, y otros animales fantásticos te miran con ojos brillantes, aunque tú apenas los puedas distinguir, y conforme se va acentuando la oscuridad tanto más siniestra te resultará la mesa de mármol que se halla en el centro. El gran cuadro que representa todos los vicios y las virtudes, con sus nombres inscritos junto a cada una de las figuras, parece un poco reñido con la moral, pues mientras las últimas están envueltas en una niebla gris que las hace poco menos que invisibles, los primeros tienen forma de mujeres hermosas ataviadas con lujo, que se adelantan sonrientes como tratando de seducirte con un dulce cuchicheo. Con satisfacción detienes la mirada en el friso estrecho que rodea casi todo el salón, y que representa milicias ricamente engalanadas de tiempos antiguos. Los nobles burgomaestres, con sus rostros de facciones enérgicas, cabalgan a la cabeza en hermosos caballos con arreos lujosos, y los timbaleros, los pífanos, los alabarderos los siguen en actitud tan viva que crees escuchar la música marcial y te figuras que ellos van a salirse por la gran ventana y a continuar su marcha por la plaza del mercado. Porque si quisiesen marcharse, no podrás por menos, querido lector, siendo como eres un dibujante experto, de tomar la pluma y la tinta y retratar aquellos nobles burgomaestres con sus lindos pajes. En las mesas de alrededor hay siempre papel, pluma y tinta, costeados por el servicio público; por tanto, a tu disposición tendrías los materiales y te atraería la tarea con fuerza irresistible.

A ti, amable lector, te estaría permitido esto; pero no al joven comerciante Traugott, que en un caso semejante se encontró en mil apuros y dificultades.

—Dé usted cuenta a nuestro amigo de Harburgo del estado del negocio, querido Traugott.

Esto dijo el comerciante Elías Roos, con el que estaba asociado Traugott y con cuya única hija, Cristina, quería casarse. Traugott encontró con dificultad un asiento en las mesas, rodeadas de gente; cogió una hoja de papel y se dispuso a comenzar un primor caligráfico. Cuando estaba pensando en el negocio sobre que tenía que escribir, levantó la vista. Quiso la casualidad que se hallase precisamente delante de una de las figuras del friso que le producían más impresión. Era un hombre muy

serio, casi adusto, con barba negra y rizada y muy ricamente vestido; montaba un caballo negro, conducido de las riendas por un hermoso joven, que con sus rizos y su atavío más bien parecía una mujer. La figura y el rostro del hombre despertaban el terror de Traugott; pero el semblante del jovenzuelo le producía un mundo de impresiones dulces. No lograba nunca apartar la vista de las dos figuras, y así le ocurría en aquel momento, en que en vez de mandar el aviso de Elías Roos a Harburgo permanecía contemplando el cuadro y emborronaba el papel sin saber lo que hacía. Debía de llevar algún tiempo en aquella actitud, cuando le tocaron en el hombro por detrás, y una voz ronca dijo: «Bien, muy bien, así me gusta; esto puede resultar». Traugott se volvió, despertando de su sueño, y quedó como herido por un rayo. El asombro, la admiración le dejaron mudo y mirando fijamente a la cara del hombre ceñudo pintado en la pared. Éste era quien había pronunciado aquellas palabras, y junto a él hallábase el dulce y hermoso joven, sonriéndole con una especie de amor indescriptible.

—«¿Sois vos? —exclamó Traugott contra su voluntad—. ¿Sois vos? Os quitaréis en seguida esa horrible capa y os quedaréis con el brillante atavío antiguo».

La muchedumbre se agitaba sin cesar, en el tumulto desaparecieron las dos figuras extrañas, y Traugott continuó con la carta de aviso en la mano, como si se hubiera convertido en estatua, hasta que hubieron transcurrido las horas de Bolsa con exceso y sólo cruzaba la sala alguna que otra persona. Al fin Traugott advirtió que Elías Roos, acompañado por dos caballeros desconocidos, se dirigía a su encuentro.

—¿Qué medita usted, si ya es mediodía, querido Traugott? —preguntó Elías Roos —. ¿Ha enviado usted el aviso que le encargué?

Distraído, alargóle Traugott la hoja de papel; pero Elías Roos se llevó las manos a la cabeza, golpeó el suelo con suavidad primero, luego con furia, y gritó con toda su voz, que resonó en el salón:

—¡Dios mío!… ¡Dios mío!… ¡Garabatos!… ¡Estúpidos garabatos!… Querido Traugott…, yerno inútil…, asociado infiel… ¿Sois el demonio? El aviso, el aviso. ¡Dios mío! ¡El correo!

Elías Roos estaba a punto de ahogarse de indignación; los amigos se reían, mirando la hoja en que estaba el aviso, que, en verdad, no era muy útil que digamos. Inmediatamente después de las palabras: «Refiriéndonos a su grata del 20 del corriente», Traugott había dibujado los contornos de las dos figuras maravillosas: la del viejo y la de jovenzuelo. Los desconocidos trataron de tranquilizar a Elías Roos hablándole en tono afectuoso; pero él se tiraba de la redonda peluca, daba golpes en el suelo con su bastón de caña y gritaba:

—¡El hijo de Satanás!… Tiene que enviar una nota y se pone a pintar figuras. ¡Diez mil marcos me va a costar el negocio! ¡Diez mil marcos!… —repitió, soplándose los dedos.

—Tranquilícese, querido Roos —dijo, al fin, el más viejo de los amigos—. El correo ha salido ya; pero dentro de una hora va a partir para Harburgo un mensajero

que envío yo, al cual se le puede dar la nota, y llegará más pronto que si hubiera ido por el correo corriente.

—¡Hombre sin igual! —exclamó Roos, iluminándosele el rostro de alegría.

Traugott, que se había repuesto un poco de su confusión, trató de acercarse a la mesa con objeto de escribir la nota; pero Roos le separó violentamente, mirándole iracundo y murmurando entre dientes:

—No te necesito, hijo mío.

Mientras Elías escribía afanoso, el más viejo de los desconocidos se acercó a Traugott, que permanecía avergonzado, y le habló así:

—Me parece que no está usted colocando en el puesto que le corresponde, querido. A un verdadero comerciante no se le hubiera ocurrido ponerse a dibujar figuras en vez de escribir las notas que debía.

Traugott consideró aquellas palabras como un reproche bien merecido.

—Muy confuso respondió:

—¡Dios mío! ¡Las notas que habrá escrito esta mano sin que me haya ocurrido una cosa semejante a la de hoy! Estas malditas ideas no me dan sino raras veces.

—Amigo mío —continuó el desconocido—, no debe usted considerarlas como ideas malditas. Estoy seguro de que todas las notas comerciales no están tan bien hechas como estos dibujos, valientes y limpios. En ellos se ve el genio.

Al decir estas palabras el desconocido, le cogió de las manos la nota emborronada, la dobló cuidadosamente y se la guardó. Traugott se quedó muy satisfecho, pensando que había hecho algo que valía más que una nota comercial; sintió que en su interior se albergaba un espíritu superior; y cuando Elías Roos, después de terminar su escrito, se acercó a él y con tono agrio le dijo: «Sus garabatos han estado a punto de costarme diez mil marcos», le respondió en voz más alta que de costumbre y con más energía:

—No se ponga así su señoría, porque si no, no vuelvo a escribir en mi vida una carta comercial y nos separaremos.

Elías Roos se colocó la peluca con ambas manos y, mirándole fijamente, le dijo:

—Mi querido asociado, amado hijo, ¿qué tonterías dices?

El amigo viejo intervino, y no necesitó hablar mucho para restablecer la paz, y todos juntos se dirigieron a casa de Roos, que tenía invitados a los dos desconocidos.

La joven Cristina recibió a los huéspedes muy compuesta y emperejilada, y en seguida comenzó a manejar con mano experta el pesado cucharón de plata.

Quisiera, amable lector, presentarte en efigie a los cinco personajes que están sentados a la mesa, aunque me temo que mis trazos no sean suficientemente claros y sí, desde luego, como es natural, muy inferiores a los empleados por Traugott en emborronar la malhadada nota. La comida, además, se acabará pronto, y la historia del animoso Traugott, que me he propuesto contarte, me atrae con fuerza irresistible.

Que Elías Roos lleva peluca ya lo sabes desde el principio, y no debo, por tanto, repetirlo. Por lo que le has oído hablar, además, puedes imaginarte a este hombrecillo

rechoncho con su levita parda y chaleco y pantalones con botones dorados. De Traugott tengo mucho que decir, porque, aparte de que es su historia la que cuento, sobresale bastante por sí mismo. Si es cierto que el modo de pensar y de conducirse salen de dentro del individuo, modelando y formando su exterior, y que lo maravilloso no sirve sino para completar la armonía del conjunto, o sea lo que se llama carácter, espero que con mis palabras te imagines a Traugott como si lo tuvieras delante. Si no es así, entonces mi charla no habrá servid para nada y puedes considerar mi cuento como no contado.

Los dos caballeros desconocidos son tío y sobrino, un tiempo comerciantes, y al presente hombres de negocios, muy relacionados con Elías Roos por amistas y asuntos de interés. Viven en Königsberg, se visten a la inglesa, van acompañados de un criado inglés con botas de color de caoba, poseen un gran gusto artístico y son, sobre todo, gente muy bien educada. El tío tiene una galería artística y colecciona dibujos (*videatur* la nota robada). Ya no me resta, lector amable, sino presentarte en debida forma a Cristina, pues presumo que apenas si la recordarás, y, por tanto, no está de más que dibuje algunos de sus trazos más salientes, aunque luego desaparezcan. Imagínate, lector, una joven robusta de unos veintidós a veintitrés años, con una cara redonda, la nariz pequeña y un poco respingada y ojos azules claro, que sonríen amables y parece como si le quisieran decir a todo el mundo: «Me voy a casar pronto». Tiene además una piel blanquísima, el cabello demasiado rojizo, unos labios tentadores que forman una boca redonda y más bien grande, que cuando sonríe deja ver dos hileras de dientes perlinos.

Si la casa del vecino se incendia y las llamas llegan hasta su cuarto, se apresurará a dar de comer al canario, guardará la ropa limpia y luego seguramente se irá al escritorio a decir a su padre que su casa está ardiendo. Nunca le ha salido mal una tarta de almendras y siempre logra que espese la salsa blanca, porque jamás la mueve hacia la izquierda y siempre hacia la derecha, haciendo un círculo completo con la cuchara.

Mientras Elías Roos servía el último vaso de vino del Rhin al viejo Franz observé yo, como de pasada, que Cristinita quería mucho a Traugott al casarse con él; aunque, después de todo, yo no sé qué es lo que podría hacer si no se convertía en esposa de alguien.

Una vez terminada la comida, Elías Reos invitó a sus huéspedes a dar un paseo por las fortificaciones. Traugott, que aún se encontraba inquieto y emocionado por todo lo maravilloso que le sucediera en aquel día, se habría negado de buena gana a acompañarlos; pero no lo logró, pues en el momento en que intentaba escurrirse, sin siquiera haber besado la mano de su novia, le cogió de la levita Elías Roos, diciéndole:

—Supongo, querido yerno, amable asociado, que no pensará usted en abandonarnos.

Y no tuvo más remedio que resignarse.

Un profesor de Física exponía la teoría de que en el mundo existe en alguna parte una máquina de electricidad, como en cualquier gabinete experimental, y que de ella salen invisibles hilos que se unen a la vida, los cuales nos rodean y nos envuelven lo mejor posible; pero en un momento dado los pisamos, y entonces los rayos y los choques llegan a nuestro interior, cambiando todo lo que existe en nosotros. Traugott debía de haber pisado los hilos invisibles en el instante en que, sin advertirlo, se puso a dibujar lo que tenía a la espalda, pues con la fuerza del rayo le estremeció la presencia de los desconocidos, y le pareció que en aquel preciso momento veía perfectamente claro lo que hasta entonces creyera sueño y suposición. El temor que le hizo enmudecer cuando le hablaron de las cosas que yacían escondidas en el fondo de su alma como un secreto sagrado desapareció por completo, y cuando el tío comenzó a denigrar las imágenes, medio pintadas, medio grabadas, del salón de Artús, considerándolas como faltas de gusto, y, sobre todo, calificó de extravagantes los cuadros de soldados, él sostuvo audazmente la opinión de que bien podía todo aquello no estar conforme con las reglas del buen gusto, pero que él encontraba muy bien hechas algunas de las figuras y aseguraba que en el salón de Artús se había abierto para él un mundo maravilloso y fantástico, y hasta algunas de sus figuras le habían dirigido miradas expresivas y la palabra, haciéndole desear el ser un maestro tan hábil y dibujar y grabar como aquellos cuyas obras tenía delante.

Elías Roos se mostraba más tonto que de costumbre mientras el joven pronunciaba tan sublimes palabras, y el tío le repuso con expresión maliciosa:

—De nuevo me asombra el que quiera ser comerciante y no se haya dedicado por entero al arte.

A Traugott le era aquel hombre profundamente antipático, y por esta razón decidió en el paseo acercarse al sobrino, que le parecía más amable y digno de confianza.

—¡Dios mío! —le dijo éste—. No sabe lo que envidio su talento. ¡Si yo supiera dibujar como usted! Y no crea que me falta genio. He dibujado bastante bien ojos, y narices, y orejas, y hasta cabezas enteras; pero ¡los negocios!…

—Yo creía —repuso Traugott— que cuando se tiene verdadero genio y una afición decidida al arte no debía uno dedicar a otro negocio.

—¿Usted piensa ser artista? —preguntó el sobrino—. Parece imposible que diga usted eso. Mire, amigo mío, en estas cosas he reflexionado quizá más que nadie, y como soy entusiasta del arte he procurado profundizar en el asunto más de lo que me permitían las indicaciones que poseía.

El sobrino tomó un aspecto tan serio y pensativo al decir estas palabras, que Traugott sintió por él cierto respeto.

—Me dará usted la razón —continuó, después de tomar un polvo de rapé y estornudar dos veces—, me dará usted la razón si le digo que el arte entreteje de flores la vida. Alegrar y distraer de los negocios serios es la misión de todos los esfuerzos del arte, y tanto más lo conseguirá cuanto más perfectas sean sus

producciones. En la misma vida se ve claramente este objeto, pues sólo los que se dedican al arte en esta forma disfrutan de la comodidad, que huye eternamente de aquellos que no advierten la verdadera naturaleza del asunto y consideran el arte como el objeto principal y único de su vida. Por tanto, amigo mío, no tome en serio los consejos de mi tío, con los cuales trata de distraerle de los negocios graves de la vida para empujarlo a una ocupación que no tiene apoyo alguno, y, por consiguiente, tiene que ser insegura.

Aquí el sobrino se quedó callado, como si esperase que Traugott le respondiera algo; pero éste no sabía qué decir. Todo lo que el otro hablaba le parecía una cosa tonta. Se contentó con preguntar:

—¿Qué es lo que usted quiere significar en definitiva con negocios serios?

El sobrino le miró un poco confuso.

—¡Dios mío! —exclamó al cabo—. Me concederá usted que hay que vivir, a lo cual rara vez llega el artista que hace del arte su única profesión.

Se metió en retorcidas frases y en una charla sin ton ni son. De ella venía a sacarse en consecuencia que él llamaba vivir a no tener preocupaciones, sino disponer de mucho dinero, comer y beber bien, tener una mujer bonita e hijos juiciosos que nunca se echasen una mancha de grasa en el traje dominguero.

A Traugott aquello le oprimió el corazón, y se consideró por demás dichosos cuando el sobrino se despidió de él y se halló solo en su cuarto. «¡Vaya una vida triste y digna de compasión la que yo llevo! En las hermosas mañanas doradas de primavera, cuando hasta en las calles oscuras de la ciudad sopla el viento tibio como si quisiera hablarnos en su susurro de todas las maravillas que brotan en el bosque y en la llanura, yo me deslizo indolente y de mal humor hacia el escritorio, lleno de humo, de Elías Roos. En él me encuentro con unos cuantos rostros pálidos, que se inclinan sobre informes pupitres, y sólo interrumpe el silencio tétrico en que todos parecen trabajar afanosos el ruidito de las hojas de los libros y el tintineo del dinero. ¿Y el trabajo? ¿Para qué tanto pensar y tanto escribir? Para que aumenten las monedas en las cajas, para que el tesoro maldito de Fafnir continúe luciendo y brillando eternamente. En cambio, ¡qué feliz el pintor o el escultor que puede salir alegre y con la cabeza alta disfrutar de todas las delicias de la primavera que brotan de lo profundo de la tierra, adquiriendo formas hermosas llenas de vida! De los oscuros arbustos emergen seres admirables, que conservan su espíritu y permanecen siendo parte suya, pues en ellos reside el secreto encanto de la luz, del color, de la forma, y así consigue aprisionar todo aquello que ve con los ojos de su inteligencia al representarlo con su arte. ¿Qué es lo que me detiene de soltarme de las ligaduras de esta vida odiosa? El anciano me ha asegurado que tengo vocación de artista, y aún más lo he comprendido en el apuesto joven. Aunque no me dijo una palabra, advertí en su mirada lo que yo anhelo interiormente, y que, sujeto por mil y mil dudas, no me he atrevido nunca a expresar. ¿No podía yo ser un pintor célebre, en vez de arrastrar esta vida triste?». Traugott sacó todo lo que dibujara y lo contempló con mirada

escrutadora. Muchos de sus dibujos le parecieron distintos de cuando los hiciera, y desde luego mejores. Sobre todo se fijó en una hoja hecha en su niñez, en la cual aparecían desfigurados pero perfectamente visibles, los trazos del famoso burgomaestre con el hermoso paje, y recordaba muy bien que ya en aquella época estas figuras ejercían sobre él una influencia extraña, y que una vez, al oscurecer, arrastrado por una fuerza irresistible, huyó de los juegos infantiles y se encerró en el salón de Artús para copiarlas. Traugott sintióse acometido de una inquietud profunda y dolorosa al contemplar aquel dibujo. Tenía que ir a trabajar al escritorio un par de horas, como de costumbre; pero no le fue posible hacerlo, y se marchó a pasear a Karlsberg. Desde allí se dedicó a mirar al mar impetuoso; en las olas, en las nubes, que se agrupaban maravillosamente sobre Hola, trataba de adivinar, como si se reflejara en un espejo mágico, la suerte de su vida futura.

¿No crees tú, lector querido, que todo lo que viene a nosotros desde el reino elevado del amor se nos presenta primero como una impresión dolorosa? Ésas son las dudas que atormentan el espíritu del artista. Advierte el ideal y siente la imposibilidad de alcanzarlo; ve que huye de su lado, y le parece que ha de ser para siempre. Luego, sin embargo, recobra la esperanza, lucha denodadamente, y la desesperación se convierte en un anhelo dulce, que lo reconforta y lo anima a esforzarse por llegar al objeto amado, al cual ve cada momento más cerca, sin llegar a alcanzarlo nunca.

Traugott sintió que ese dolor sin esperanza lo invadía por completo. Cuando a la mañana siguiente volvió a mirar los dibujos, que se hallaban esparcidos sobre la mesa, le parecieron insignificantes y nimios, y recordó las palabras de un artista amigo suyo, que solía decir que la mayor dificultad que había en el arte era que muchos tomaban por verdadera vocación lo que no era sino un impulso del momento.

Traugott no se hallaba en manera alguna inclinado a tomar por impulso del momento la impresión que en él producían las figuras del viejo y del joven del salón de Artús; maldijo de su suerte al tener que volver al escritorio, y trabajó con los demás dependientes de Elías Roos, sin parar mientes en el asco que de cuando en cuando le acometía, obligándole a salir corriendo al aire libre. Estos impulsos tomábalos Roos como síntomas de la enfermedad que, en su opinión, debía padecer el joven, y que se advertía en su palidez.

Transcurrió algún tiempo; llegó la feria de agosto de Danzig, a cuya terminación Traugott debía casarse con Cristina y anunciar públicamente su asociación con Elías Roos en los negocios. Aquella época era para él la renuncia a todas sus esperanzas y sueños, y le angustiaba sobremanera ver a Cristinita muy afanosa, que mandaba encerar y frotar los pisos, doblaba por sí misma las cortinas, y daba la última mano a la espetera de latón.

Un día, cuando mayor era la concurrencia en el salón de Artús, oyó Traugott una voz inmediatamente detrás de sí, cuyo metal conocido le impresionó mucho.

—¿Debía estar este papel en tan malas condiciones? Traugott se volvió con rapidez y vio, presumía, al admirable anciano, que se dirigía a un agente para vender

un papel cuya cotización en aquel momento era muy baja. El hermoso mancebo permanecía detrás del anciano y miraba amable a Traugott. Éste se acercó al anciano, y le dijo:

—Permítame, señor mío: el papel que quiere usted vender está en este instante muy bajo, como usted ha dicho muy bien; pero la cotización ha de variar en sentido favorable en pocos días. Si quiere seguir mi consejo, guarde el papel algún tiempo, y no le pesará.

—Señor mío —repuso el anciano secamente y con aspereza—, ¿quién le mete en mis asuntos? ¿Sabe usted por ventura si en este momento el papel no me es absolutamente inútil, y, en cambio, necesito dinero contante y sonante?

Traugott, que se quedó un tanto desconcertado al ver que el anciano tomaba tan a mal su consejo desinteresado, trató de alejarse, cuando el joven le dirigió una mirada preñada de lágrimas.

—Lo he hecho con buena intención —respondió con presteza al anciano—, y no consentiré que sufra usted daños considerables. Véndame el papel, con la condición de que le abonaré la diferencia de cotización cuando suba dentro de pocos días.

—Es usted un hombre admirable —dijo el anciano—. Sea como usted quiere, aunque no comprendo su interés en enriquecerme.

Al pronunciar estas palabras echó una rápida mirada al joven, que, avergonzado, bajó la vista. Los dos siguieron a Traugott al escritorio, donde le entregaron al anciano el dinero, que, con expresión seria, se embolsó. Mientras tanto, el joven decía a Traugott en voz baja:

—¿No es usted el mismo que hace unos días hizo unos dibujos tan lindos en el salón de Artús?

—Exactamente —respondió Traugott, sintiendo que el recuerdo del cómico incidente con la nota comercial le hacía subir los colores a la cara.

—Entonces —continuó el joven— no le sorprenderá…

El anciano miró iracundo al joven, que se calló inmediatamente. Traugott no podía reprimir cierta angustia en presencia de aquel desconocido, y así continuaron, sin que se atreviera a insinuar la más ligera averiguación sobre la vida y circunstancias de tales personajes. La presencia de ambas figuras tenía algo de prodigioso, que no escapó siquiera al personal del escritorio. El tétrico tenedor de libros se puso la pluma tras de la oreja y los codos apoyados en la mesa, contemplando al anciano con curiosidad.

—¡Dios me valga! —dijo cuando hubieron desaparecido los desconocidos—. Ese individuo, con su barba crespa y la capa negra, parece un retrato del año mil cuatrocientos, de los que hay en la iglesia de San Juan. El señor Roos lo consideró como un judío polaco, a pesar de su apostura noble y su rostro serio de alemán antiguo, y refunfuñó:

—Mala bestia: vende hoy el papel, y dentro de diez días valdrá un diez por ciento más.

Claro está que no sabía nada del trato hecho con Traugott, en virtud del cual éste había de pagarle de su bolsillo la diferencia, cosa que hizo efectivamente cuando, algunos días más tarde, volvió a encontrar al anciano con el jovenzuelo en el salón de Artús.

—Mi hijo —le dijo el anciano— me ha recordado que es usted artista, y por eso acepto lo que en otro caso hubiera rechazado.

Estaban junto a una de las cuatro columnas que sostienen la bóveda del salón, muy cerca de las figuras que un día pintara Traugott en la carta comercial. Sin reserva alguna habló Traugott de la semejanza asombrosa de aquellas figuras con el anciano y su acompañante. El anciano sonrió de manera enigmática, puso la mano sobre el hombro de Traugott y comenzó a decirle en voz baja y pensativo:

—¿No sabe usted que yo soy el pintor Godofredo Berklinger y que las figuras que tanto admira están pintadas por mí cuando aún era un aprendiz de artista? En el burgomaestre traté de retratarme de memoria, y el paje que conduce el caballo es mi hijo, de lo cual se convencerá fácilmente si se fija en ambos rostros.

Traugott enmudeció de asombro: comprendió que aquel anciano, que aseguraba ser el artista que doscientos años atrás realizara la obra que admiraban, padecía una locura rara.

—Era una época —continuó el anciano levantando la cabeza y mirando a uno y otro lado—, era una época próspera y brillante sobre toda ponderación cuando yo decoré este salón para honrar al rey Artús y a sus caballeros, pintando en él todos estos retratos. Hasta creo que fue el mismo rey Artús el que, una vez que estaba yo trabajando, se me presentó con toda pompa y me animó a que hiciera una obra más perfecta que todas las anteriores.

—Mi padre —interrumpió el joven— es un artista como hay pocos, señor mío, y estoy seguro de que no se ha de arrepentir si se digna ver sus obras.

Entre tanto el anciano había emprendido la marcha a través del salón, ya vacío, y ordenaba a su hijo que le siguiera, cuando Traugott le rogó que le permitiera ir a ver sus pinturas. El anciano lo miró con mirada penetrante y al fin exclamó muy serio:

—Es usted, en verdad, un poco temerario al intentar penetrar en el santuario sin haber llegado a la edad de aprender; pero… sea como usted quiere. Si no está usted en condiciones de ver, a lo menos podrá adivinar. Vaya usted mañana temprano a mi casa.

Le indicó su vivienda, y Traugott procuró al día siguiente desentenderse pronto de sus quehaceres para dirigirse apresurado a la calle retirada donde vivía el anciano. El joven, vestido a usanza antigua alemana, le abrió la puerta y le condujo a un aposento espacioso, donde se hallaba el anciano sentado en un taburete ante un lienzo enorme preparado en tono gris.

—Llega usted en un momento feliz —exclamó el anciano al ver a Traugott— amigo mío, pues precisamente acabo de dar la última pincelada en el gran cuadro en que llevo trabajando un año entero y que me ha costado no pocos esfuerzos. Es la

pareja del gran cuadro que representa el Paraíso perdido, que terminé el año anterior, y que también puede usted ver. Éste es, como usted ve, el Paraíso recuperado, y sería muy triste para usted y para mí si quisiera sutilizar en él una alegoría. Los cuadros alegóricos no los hacen más que los débiles y los ignorantes. Mi cuadro no significa una cosa; es una cosa. Usted ve estos grupos apretados de hombres, animales, frutas, flores, piedras que se unen en un conjunto armónico, cuya música celeste es el acorde supremo de la eterna glorificación.

El anciano comenzó a describir los grupos aislados, llamando la atención de Traugott sobre la distribución de la luz y de la sombra, sobre los reflejos de las flores y de los metales, sobre las maravillosas figuras que emergían de los cálices de los lirios, sobre los hombres barbudos que, llenos de vigor y de juventud en sus miradas y en sus movimientos, parecía que conversaban con los animales más extraños.

La expresión del anciano se hacía cada vez más fuerte, aunque menos comprensible.

—Deja que brille tu corona de diamantes, gran anciano —exclamó al fin, dirigiendo la vista centelleante al lienzo—. Quítate el velo de Isis que llevas sobre la cabeza cuando los profanos se acercan a ti. ¿Por qué aprietas contra el pecho con tanto cuidado tu sombría vestidura?… Quiero ver tu corazón… Ésta es la piedra de la sabiduría, ante la cual se descubren todos los secretos… ¿No eres tú yo?… ¿Por qué te separas con tanta rapidez y tanto empeño de mi lado?… ¿Quieres luchar con tu maestro? ¿Crees que mi pecho puede pulverizar el rubí que llevas en el corazón?… Levántate…, sal…, ven aquí…; yo te he creado…, luego soy yo.

Al llegar a este punto, el anciano cayó al suelo como herido por un rayo. Traugott lo levantó; el joven acercó rápidamente una butaca y colocaron en ella al anciano, que se quedó como sumido en un profundo sueño.

—Voy a decirle a usted, querido señor —dijo él joven en voz baja y lentamente— lo que le ocurre a mi padre. La mala suerte le ha privado de sus facultades, y ya hace varios años que ha muerto para el arte, que era toda su vida. Se pasa los días enteros sentado delante del lienzo preparado, con la mirada rija en él; a eso llama pintar, y ya ha visto usted a qué extremos le lleva su exaltación. Además, está continuamente atormentado por una idea triste que me hace pasar una vida horrible; pero lo sobrellevo con paciencia, por considerarlo como una fatalidad que me ha arrastrado a mí, al tiempo que a él, a la desgracia. Si quiere usted distraerse de este mal rato, venga conmigo a ese otro aposento, donde podrá contemplar algunos cuadros de la época buena de mi padre.

Traugott se quedó admirado al ver una serie de cuadros pintados con arreglo al estilo holandés, que parecían obra de los más reputados maestros. La mayoría eran cuadros de género; por ejemplo: una reunión de personas que, de regreso de la caza, se distraían haciendo música, y otras escenas por el mismo orden, las cuales denotaban un talento grande, siendo, sobre todo, la expresión de las cabezas de lo mejor que se puede admirar.

Ya se dirigía Traugott al salón grande cuando se fijó en un cuadro, ante el cual se quedó como petrificado. Representaba a una joven vestida a la antigua usanza alemana, y tenía absolutamente el mismo rostro del joven, con un poco más de color; también la estatura parecía más aventajada. Traugott sintióse estremecido de entusiasmo ante la contemplación de aquella hermosa mujer. El cuadro tenía la fuerza y la vida de una obra de Van Dyck. Los ojos, oscuros, miraban con arrobo a Traugott; los lindos labios, entreabiertos, parecía que susurraban dulces palabras.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —suspiró Traugott—. ¿Dónde, dónde la podré encontrar?

—Vámonos de aquí —repuso el joven.

Pero Traugott insistió, como loco de alegría:

—Sí, es ella, es la amada de mi corazón, la que llevo hace tanto tiempo grabada en el alma, la que presentía. ¿Dónde, dónde está?

Al joven Berklinger se le saltaron las lágrimas y se mostró muy conmovido y como luchando con un dolor intenso; por fin logró dominarse, y con tono firme dijo:

—Venga, venga; ése es el retrato de mi desgraciada hermana Felícitas, que ha desaparecido para siempre. Nunca la verá usted.

Casi sin darse cuenta se halló Traugott en la habitación inmediata. El anciano estaba aún dormido; pero de repente despertó, y mirando a Traugott con mirada iracunda, exclamó:

—¿Qué quiere usted? ¿Qué quiere usted?

El joven se adelantó y recordó a su padre que aquel señor había ido a ver su cuadro. Berklinger se quedó como pensando en todo aquello, visiblemente muy débil, y al fin dijo con voz opaca:

—Amigo mío, perdone a un viejo esta falta de memoria.

—Su nuevo cuadro —comenzó a decir Traugott— es admirable, yo no he visto otro igual en mi vida, y se necesita mucho estudio y mucho trabajo para llegar a pintar una cosa parecida. Yo creo que tengo algunas condiciones artísticas, y le ruego encarecidamente, querido maestro, que me acepte como discípulo.

Al anciano le alegró sobremanera la proposición; abrazó a Traugott y le prometió ser su maestro fiel. Traugott, pues, fue a diario a casa del anciano pintor, e hizo grandes progresos en el arte. El negocio, en cambio, le gustaba cada día menos; lo abandonó tanto que Elías Roos se quejaba de él constantemente, y al fin vio con satisfacción que Traugott dejó por completo de asistir al escritorio, so pretexto de una enfermedad desconocida, la cual también le sirvió de achaque para aplazar indefinidamente su boda, con gran indignación de Cristina.

—Su amigo Traugott —le dijo un día un compañero a Elías Roos— debe de tener alguna preocupación seria, quizá algún asunto de amor antiguo que querrá resolver antes de casarse. Está palidísimo y descompuesto.

—Estaría bueno —repuso Elías Roos; y luego de transcurrir un rato continuó—: ¿Por qué no le había de hacer una trastada la picaruela de Cristina? El tenedor de

libros está enamorado como un burro y le aprieta y le besa la mano siempre que tiene ocasión. Traugott también está enamoradísimo de mi hija, eso me consta… Quizá dándole celos… Voy a ver si le hago saltar.

Por más que hizo no pudo sacar nada en limpio, y al cabo de unos días dijo a su amigo:

—Ese Traugott es un *homo* de lo más raro, y no hay más remedio que dejarle con sus chifladuras. Si no tuviera en mi casa cincuenta mil duros, ya sabría yo lo que había de hacer con él.

Traugott hubiera sido completamente feliz con la vida que llevaba en las regiones del arte si su amor fogoso por la bella Felícitas, a la que veía con frecuencia en sueños, no le hubiese destrozado el corazón. El retrato desapareció. El anciano se lo llevó, y Traugott no podía preguntar por él sin exponerse a las iras del maestro. Por lo demás, el viejo Berklinger era cada vez más confiado, y consintió en que Traugott mejorase las condiciones de su pobre hogar en vez de pagarle honorarios por la enseñanza. Por el joven Berklinger supo Traugott que el anciano había sufrido un engaño manifiesto al vender un cuadrito, y que aquel papel que Traugott cambió era parte del dinero recibido y su único patrimonio. Pocas veces podían hablar Traugott y el joven a solas, pues en cuanto el anciano los veía juntos procuraba interrumpir su conversación, llegando hasta tratar con dureza a su hijo. A Traugott le molestaba aquello, tanto más cuanto que quería entrañablemente al joven por su parecido con Felícitas. Había momentos en que le parecía que tenía junto a sí la imagen querida, que sentía el hálito dulce del amor, y de buena gana habría estrechado contra su corazón al joven, como si fuera la misma Felícitas.

Transcurrió el invierno; la primavera inundó de alegría montes y praderas. Elías Roos aconsejó a Traugott que se fuera a una cura de aguas o de régimen. Cristina volvió a ilusionarse con la boda, a pesar de que Traugott no la miraba casi ni trataba de reanudar su intimidad. Una liquidación indispensable retuvo un día a Traugott en el escritorio hasta más tarde de lo que solía, y hubo de retrasar la hora de la lección de pintura; tanto, que llegó a casa de Berklinger poco antes de anochecer. No halló a nadie en el aposento de fuera y oyó en el contiguo sonidos de laúd. Nunca había escuchado allí tal instrumento. Escuchó… Como un suspiro, acompañaba a los acordes un canto dulcísimo. Abrió la puerta y, ¡oh cielos!, con la espalda vuelta hacia él vio una figura de mujer vestida a la usanza antigua alemana, con un alto cuello de encaje exactamente igual al retrato. Al ruido que Traugott hizo, sin querer, abriendo la puerta, se irguió un poco, dejó el laúd sobre la mesa y volvió la cabeza. Era ella misma.

—¡Felícitas! —exclamó Traugott entusiasmado, tratando de arrodillarse ante la imagen divina; pero sintió que le cogían por detrás y que lo sacaban de allí a la fuerza.

—¡Traidor!… ¡Malvado! —exclamó el viejo Berklinger tirando de él—. ¿Ésta era tu afición al arte? ¿Quieres asesinarme?

Y lo echó violentamente. En su mano brillaba un cuchillo. Traugott salió huyendo escaleras abajo, y aturdido, medio loco de alegría y de susto, se dirigió apresurado a su casa.

Toda la noche estuvo dando vueltas en la cama sin lograr conciliar el sueño.

—¡Felícitas!… ¡Felícitas! —exclamaba una y otra vez, atormentado por el martirio del amor—. Estás ahí…, estás ahí, y no puedo verte, no puedo estrecharte en mis brazos. Me amas, lo sé. En el dolor que martiriza mortalmente mi corazón siento que me amas.

El sol penetraba por las ventanas del cuarto de Traugott; se levantó presuroso y decidió descubrir el secreto de la casa de Berklinger a toda costa. Se dirigió a la vivienda del anciano; pero se quedó parado al ver todas las ventanas abiertas y a las criadas que limpiaban las habitaciones. Se imaginó lo sucedido. Berklinger había abandonado la vivienda con su hijo a altas horas de la noche, y nadie sabía dónde se había marchado. Un carro con dos caballos llevaba las cajas con los cuadros y los dos cofres pequeños, que constituían todo el ajuar de Berklinger. Él y su hijo salieron media hora después. Todas las pesquisas para averiguar dónde se encontraban fueron inútiles; ningún alquilador había alquilado caballos ni coche a personas cuyas señas coincidiesen con las que daba Traugott; en las puertas de la ciudad tampoco obtuvo dato alguno; en una palabra, Berklinger había desaparecido como si lo hubiera cubierto el manto de Mefistófeles. Desesperado, retornó Traugott a su casa.

—¡Se ha marchado, se ha marchado… la amada de mi corazón!… ¡Todo, todo está perdido!

Así clamaba al pasar por delante de Elías Roos, que se encontraba en el portal de su casa, al dirigirse a su cuarto.

—¡Dios del cielo y de la tierra! —exclamó Elías, dándole vueltas a la peluca—. ¡Cristina… Cristina!… —comenzó a gritar al fin, haciendo retumbar con su voz toda la casa—. ¡Cristina!… ¡Infame! ¡Hija desnaturalizada! Los empleados del escritorio salieron asustados; el tenedor de libros preguntó emocionadísimo:

—¿Pero qué pasa, señor Roos? Éste seguía gritando:

—¡Cristina! ¡Cristina!

La señorita Cristina apareció en la puerta de la calle, y mientras se quitaba el sombrero de paja preguntó por qué estaba su padre tan alborotado.

—No admito de ninguna manera tales paseos —dijo Elías Roos—. Mi futuro yerno es un hombre melancólico, y los celos le hacen sentirse turco. Hay que estar en casa, si no se quiere dar lugar a una desgracia. Ahí está mi socio llorando y gimiendo por la novia vagabunda.

Cristina miró asombrada al tenedor de libros, el cual indicó con una mirada expresiva al escritorio, donde se hallaba el armario de cristal en que Roos guardaba el licor de canela.

—Vamos a consolar al novio —continuó diciendo mientras se dirigía al cuarto de Traugott.

Cristina fue al suyo a cambiarse de vestido, a sacar la ropa y a dar órdenes a la cocinera para la comida del domingo, y al mismo tiempo oír alguna de las novedades de la ciudad, dejando para después el ir a ver qué le ocurría a su novio.

Ya sabes, querido lector, que todos, en la situación de Traugott, hubiéramos pasado por diferentes fases, como no podía menos de sucederle a él. A la desesperación siguió una especie de sopor, y pasada esta crisis se convirtió en el dolor agudo que la Naturaleza suele emplear como método curativo.

En este estado de dolor beneficioso estuvo Traugott durante varios días, en uno de los cuales dirigió sus pasos al Karlsberg, y de nuevo contempló las olas y las nubes grises que se cernían sobre Hela. Pero aquel día no se le ocurrió pensar en cuál sería su suerte futura; todo había desaparecido, todo lo que soñara y lo que anhelara.

—¡Ay! —suspiró—. ¡Qué amargo engaño fue mi vocación artística! Felícitas era la ilusión que me sedujo para creer en lo que no vivía, sino en la fantasía perturbada de un enfermo. Y ha desparecido… Vuelta a la cárcel…, que se ha cerrado tras de mí.

Traugott volvió a trabajar en el escritorio, y la boda con Cristina se fijó de nuevo para una época determinada. El día antes de llegar ésta hallábase Traugott en el salón de Artús, mirando con tristeza las figuras del viejo burgomaestre y su paje, cuando descubrió al agente que en una ocasión quería negociar el papel de Berklinger. Sin reflexionar sobre lo que hacía, casi inconscientemente, se acercó a él y le preguntó:

—¿Conocía usted a aquel viejo extraño de la barba negra rizada que hace algún tiempo solía andar por aquí acompañado de un bello joven?

—¡Cómo no había de conocerle! —respondió el agente—. Era el pintor loco Godofredo Berklinger.

—¿Sabe usted qué ha sido de él y dónde se encuentra? —preguntó de nuevo Traugott.

—Ya lo creo —respondió el agente—. Está tranquilo en Sorrento, con su hija, hace una temporada.

—¿Con su hija Felícitas? —exclamó Traugott tan alto y con tanta viveza que todo el mundo se volvió hacia él.

—Claro está —continuó el agente muy tranquilo—, el joven que le acompañaba aquí era ella. Medio Danzig sabía que era una muchacha, a pesar de que el pobre loco suponía que todos lo ignoraban. Le habían predicho que en cuanto su hija se enamorase de alguien moriría él de muerte trágica, y por esta causa trataba de que nadie supiese que tenía una hija, y la hacía pasar por muchacho. Asombrado se quedó Traugott, permaneciendo inmóvil durante un rato; luego echó a correr por las calles y salió al campo, repitiéndose en alta voz: «¡Desgraciado de mí! Era ella…; a su lado he pasado días enteros…, he comido miles de veces…, me he mirado en sus divinos ojos…, he respirado su aliento…, he escuchado sus palabras…, y todo lo he perdido… No, no lo quiero perder. Iré tras ella al país del arte…; la suerte me llama…; me voy a Sorrento».

Volvió a casa. Elías Roos le salió al encuentro, y al verle le sujetó y le obligó a

entrar en su cuarto.

—No quiero casarme con Cristina —exclamó—. Se parece a las *voluptas* y a las *Luxuries* y tiene los cabellos como las Ira de las pinturas del salón de Artús. ¡Oh, Felícitas, Felícitas!… ¡Divina amada mía!… ¡Tú me tiendes los brazos amorosos!… Ya voy…, ya voy. Y ha de saber usted, Elías —continuó, zarandeando al comerciante—, que no me volverá usted a ver en su maldito escritorio. Me revientan sus libros mayores y sus cuentas. Yo soy un pintor de los mejores; Berklinger es mi maestro, mi padre, mi todo, y usted no es nada, nada.

Y sacudía a Elías Roos, quien gritaba con toda su alma:

—¡Auxilio! ¡Auxilio!… ¡A mí, a mí; mi yerno se ha vuelto loco… mi socio está furioso!… ¡Auxilio!… ¡Auxilio!…

Todos los empleados acudieron a los gritos; Traugott había soltado a Elías Roos, y, agotado, cayó en una butaca. Todos le rodearon, y él se levantó de un salto, gritando:

—¿Qué queréis?

Entonces salieron todos en fila, llevando en medio a Roos. A poco se oyó rumor de seda y una voz que preguntaba:

—¿Es verdad que se ha vuelto usted loco, querido señor Traugott, o es que está usted bromeando?

Era Cristina.

—No me he vuelto loco, ni mucho menos, ángel mío —respondió Traugott—; pero tampoco estoy bromeando. Tranquilícese usted, querida; nuestra boda no se celebrará mañana, ni nunca.

—No es necesario —repuso Cristina, muy serena—; hace mucho tiempo que no me gusta usted nada, y hay personas que se han sabido hacer querer y pueden conducir al altar a la bella Cristina Roos… Adiós.

Y salió de la habitación.

«Se refiere al tenedor de libros», pensó Traugott. Más tranquilo, se dirigió al despacho de Roos y le expuso su deseo de que no contara con él ni para yerno ni para socio. Elías Roos se avino a todo, y en el escritorio aseguró más de una vez que daba gracias a Dios de verse libre del loco Traugott… cuando éste estaba lejos, muy lejos de Danzig.

A Traugott parecióle la vida digna de vivirse cuando se halló en el país deseado. En Roma los artistas alemanes lo recibieron en su círculo, y resultó que pasó más tiempo allí del que podía suponerse, dado su anhelo por encontrar a Felícitas. Su afán, sin embargo, se había enfriado un poco; la veía como un sueño delicioso que perfumaba toda su vida, y creía que su manera de ser y el ejercicio de su arte estaban dirigidos a una región más alta y sobrenatural. Todas las figuras de mujer que creaba su mente de artista tenían los rasgos de la divina Felícitas. A los artistas jóvenes les chocó no poco aquel rostro admirable cuyo original no encontraban en Roma, y abrumaban a preguntas a Traugott para que les dijese dónde había visto aquella

hermosura.

Traugott tenía cierto temor de contarles su extraña historia de Danzig, hasta que una vez, algunos meses más tarde, un amigo de Köningsberg, llamado Matuszewski, que en Roma vivía en relación con los artistas, le aseguró que había visto en la misma ciudad a la muchacha que Traugott pintaba en todos sus cuadros.

Fácil de imaginar es el entusiasmo de Traugott; no tuvo oculto más tiempo el motivo de su afán por el arte y de su viaje a Italia, y todos encontraron la aventura de Danzig tan rara e interesante que le prometieron ayudarle a encontrar a la amada. Los esfuerzos de Matuszewski fueron los más fructuosos: dio con la vivienda de la muchacha, y averiguó que era hija de un pintor viejo que precisamente estaba revocando la pared de la iglesia Trinitá del Monte. Traugott se dirigió con Matuszewski a la plaza donde se hallaba esta iglesia y creyó reconocer a Berklinger en el pintor que estaba encaramado en un alto andamio. Desde allí se dirigieron apresurados los dos amigos a la casa del pintor, cuidando de no decirle una palabra.

—Ella es —exclamó Traugott cuando distinguió a la hija del pintor, que, ocupada en una labor de aguja, estaba en el balcón—. ¡Felícitas!… ¡Mi Felícitas! —gritó Traugott, penetrando en la casa como una tromba.

La muchacha le miró asustada. Tenía los mismos rasgos que Felícitas, pero no era ella. Traugott sintió un dolor como si le atravesaran el corazón con mil puñales.

Matuszewski explicó en dos palabras el caso a la joven. Estaba admirable con sus mejillas cubiertas de un rubor divino y los ojos bajos, y Traugott, que en el primer momento trató de escapar, se quedó como sujeto por lazos fuertes cuando dirigió una mirada a la linda criatura. Dorina levantó las oscuras cortinas de sus ojos y miró al extranjero con sonrisa amable, diciendo que su padre volvería pronto del trabajo y se alegraría mucho de encontrar en su casa artistas alemanes, por los que tenía verdadera admiración. Traugott hubo de confesarse que, fuera de Felícitas, ninguna mujer le había impresionado tanto como Dorina. Era, en realidad, casi igual a Felícitas; pero sus rasgos parecían más acusados y el cabello más oscuro. Era el mismo retrato, pintado por Rafael y por Rubens. Al poco tiempo llegó el viejo, y Traugott vio que el alto andamio le había equivocado por completo. En vez de un hombre fuerte como era Berklinger, tenía delante un viejecillo delgado, tímido, agobiado por la pobreza. Una sombra engañosa le hizo ver en su cara afeitada la barba negra de Berklinger. En cuestiones de arte mostró el viejo conocimientos verdaderamente prácticos, y Traugott decidió cultivar una amistad que en el primer momento tan dolorosa le resultara, pero que luego le pareció muy agradable. Dorina, que era la bondad y la sencillez personificadas, dejó pronto traslucir su inclinación por el joven pintor. Traugott la correspondió encantado. Se habituó de tal modo a aquella muchacha de quince años, que se pasaba días enteros con la reducida familia; trasladó su estudio a una habitación espaciosa que estaba vacía, junto a la casa, y concluyó por vivir con ellos. De este modo mejoró su situación económica con delicadeza, haciéndoles participar de su bienestar, y el viejo tuvo la seguridad de que Traugott pretendía

casarse con su hija, dándoselo a entender lo más claro que pudo. Traugott se asustó un poco, pues aquello le hizo pensar en el objeto de su viaje. Tenía siempre a Felícitas delante, y, sin embargo, le parecía que no podía separarse de Dorina. Lo más raro era que no pensaba en la desaparecida para su mujer. Felícitas se le representaba como una imagen espiritual, que nunca perdería para siempre, pero que no lograría alcanzar. Eterna compañía espiritual de la amada…, jamás posesión física. Dorina, en cambio, se le aparecía como su mujer. Sentíase ante ella estremecido por sacudidas dulcísimas, su sangre corría más de prisa por sus venas, y sin embargo, le parecía que era hacer traición a su antiguo amor el unirse a nadie con lazos indisolubles. Traugott luchaba con los más encontrados sentimientos: no podía decidirse; esquivó al viejo. Éste creyó que Traugott trataba de engañarle a él y a su hija querida. Habló del matrimonio de Traugott con su hija como de cosa convenida, y dejó traslucir que sólo en ese supuesto había permitido su relación con Dorina, que de otro modo sólo podía servir para hacerle perder la fama.

La sangre italiana del viejo se encendió al fin, y declaró un día a Traugott que o se casaba con su hija o se marchaba inmediatamente, pues no le consentiría que pasase una hora más a su lado.

Traugott se quedó confuso e irritado. Le pareció que el viejo era uno de tantos padres que quieren aprovecharse de las circunstancias para colocar a sus hijas, y consideró su conducta como una traición grosera y repugnante hacia Felícitas. La despedida de Dorina le destrozó el corazón; pero se soltó valientemente de los lazos que él creía podían sujetarlo. Se dirigió apresurado a Nápoles y a Sorrento. Transcurrió un año de minuciosas pesquisas tras las huellas de Berklinger y de su hija, pero todo en vano: nadie sabía nada de ellos. Todo lo que pudo sacar en limpio fue una ligera suposición, basada en el dicho de que hacía varios años visitó Sorrento un pintor alemán. Como las olas del mar, que van y vienen sin cesar, estuvo Traugott en algún tiempo, hasta que al fin se estableció en Nápoles, dedicándose al arte y consiguiendo al cabo que su pasión por Felícitas fuese cediendo en intensidad. Ninguna muchacha le parecía semejante a Dorina, en figura ni en porte, y cuando contemplaba a alguna sentía hondamente la pérdida de aquella dulce niña. Cuando pintaba, nunca pensaba en Dorina, sino en Felícitas; ésta continuaba siendo su ideal. Pasado bastante tiempo recibió cartas de su ciudad natal. Elías Roos, según le anunciaba el notario, había entregado su alma a Dios, y era necesaria la presencia de Traugott para entenderse y ponerse de acuerdo con el tenedor de libros, que, como marido de la señorita Cristina, se había puesto al frente del negocio. En el primer correo salió Traugott para Danzig. Allí volvió a encofrarse en el salón de Artús; entre las columnas de granito y frente a las figuras del burgomaestre y de su paje recordó su aventura extraordinaria, y, acometido de una profunda melancolía, se quedó contemplando al bello joven, que parecía mirarle con ojos expresivos y decirle con una voz dulcísima: «No podías separarte de mí».

—¿No me engañan mis ojos? ¿Está su excelencia ya de vuelta, sano y salvo y

curado de su melancolía?

Así graznó junto a Traugott una voz ronca, que pertenecía a su amigo, el conocido agente.

—No los he encontrado —dijo Traugott casi involuntariamente.

—¿A quiénes, a quiénes no ha encontrado su excelencia? —preguntó el agente.

—Al pintor Godofredo Berklinger y a su hija Felícitas —repuso Traugott—. Los he buscado por toda Italia; en Sorrento nadie me dio razón de ellos.

El agente le miró asombrado, y, con los ojos muy abiertos, murmuró al cabo de un rato:

—¿Dónde ha ido su excelencia a buscar al pintor y a su hija Felícitas? ¿A Italia? ¿A Nápoles? ¿A Sorrento?

—Naturalmente —replicó Traugott, iracundo.

El agente cruzó varias veces las manos, exclamando al tiempo:

—¡Gran Dios! ¡Gran Dios! ¡Pero señor Traugott, señor Traugott!

—¿Qué es lo que tanto le admira? —continuó éste—. No haga tanto aspaviento. No creo que tiene nada de particular ir a Sorrento detrás de la amada. Sí, yo estaba enamorado de Felícitas y me fui a buscarla.

El agente seguía dando saltos en un pie y no cesaba de exclamar:

—¡Gran Dios! ¡Gran Dios!

Hasta que Traugott le cogió por el cuello y, mirándolo indignado, le preguntó:

—¿Quiere usted decirme, con mil diablos, qué es lo que encuentra de extraño en todo esto?

—Pero, señor Traugott —respondió al fin el agente—, ¿no sabe usted que el señor Brandstetter nuestro respetable consejero municipal y decano, llama Sorrento a la finca que posee al pie del Karlsberg, en bosque de abetos, camino de Konradshammer? Este individuo compró sus cuadros a Berklinger y se lo llevó con su hija a su casa, es decir, a Sorrento. Allí vivieron varios años, y allí habría podido usted contemplar a la bella Felícitas, paseándose por el jardín con su traje a usanza antigua alemana, como el retrato que tanto le encantó, sólo con que se hubiera molestado en subir a media ladera del Karlsberg, y sin necesidad de ir a Italia. Luego, el viejo…; pero ésta es una triste historia.

—Cuente, cuente —dijo Traugott con voz sorda.

—Pues verá —continuó el agente—: volvió de Inglaterra el hijo de Brandstetter, vio a la señorita Felícitas y se enamoró de ella. La sorprendió en el jardín un día, cayó de rodillas a sus pies a la manera más romántica y juró que había de casarse con ella y libertarla de la tiranía de su padre. El anciano estaba detrás de los jóvenes, sin que ellos lo advirtieran, y en el momento en que Felícitas dijo: «Seré tuya», cayó al suelo lanzando un grito espantoso, y quedó muerto. Debía de estar horrible…, morado y sanguinolento, pues no se sabe cómo le saltó una vena. Felícitas no quiso nada desde aquel momento con el joven Brandstetter, y transcurrido algún tiempo se casó con el magistrado Mathesius de Marienwerder. Allí puede su excelencia visitar a la señora

del magistrado, como una relación antigua. Marienwerder no está lejos como el Sorrento de Italia. La amable señora debe de estar muy bien y tener varios hijos.

Mudo y pensativo se alejó de allí Traugott. Aquel desenlace de su aventura le llenó de rabia y de tristeza. «No, no es ella —se decía a sí mismo—, no es ella… no es Felícitas, la criatura angelical, la que encendió en mi pecho una pasión inmensa, tras la que he recorrido países lejanos, viéndola siempre como la estrella luminosa de mi esperanza. ¡Felícitas… esposa del magistrado Mathesius!… ¡Ja, ja, ja!». Traugott, riendo a carcajadas, salió corriendo, como en otro tiempo, por la puerta Oliva, atravesando Langfuhr hasta el Karlsberg. Desde allí contemplo Sorrento con lágrimas en los ojos.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Cuán hondamente hiere el pobre pecho del hombre esa fuerza misteriosa que todo lo gobierna! Pero no, no, no, no se puede quejar de dolores incurables quien se arroja a las llamas en vez de mantenerse a cierta distancia del fuego, para gozar del calor y de la luz. La forma me atrajo con fuerza; pero mi mirada no supo distinguir el ser extraordinario, y, engañado, imaginé que lo creado por el maestro adquiría vida para rebajarse conmigo hasta las tristezas de la vida terrena. No, no, yo no te he perdido, Felícitas; vives en mí eternamente, pues eres la facultad creadora y artística que alienta en mí. Hasta ahora no te he reconocido. ¿Qué tienes tú que ver, ni yo tampoco, con la esposa del magistrado Mathesius? Nada, absolutamente nada.

—No sabía que tuviera usted relación alguna con ellos, querido Traugott —dijo una voz.

Traugott despertó de su sueño. Encontróse, sin saber cómo, en el salón de Artús, apoyado en una de las columnas de granito. El que le dirigía la palabra era el marido de Cristina, quién le entregó una carta recién llegada de Roma. Era de Matuszewski, que le escribía: «Dorina está más guapa y más simpática que nunca, aunque un poco pálida y triste, pensando en ti, querido amigo. Te espera a todas horas, pues tiene el convencimiento de que no has de abandonarla. Te quiere apasionadamente. ¿Cuándo te vemos por aquí otra vez?».

—Me alegro mucho —dijo Traugott al marido de Cristina— que hayamos terminado hoy nuestros asuntos, pues mañana me voy a Roma, donde me espera ansiosa una novia querida.

Las minas de Falun

Die Bergwerke zu Falun (1819)

Un brillante día soleado de julio toda la población de Gotemburgo se reunió en la costa. Una espléndida nave procedente de las Indias Orientales, que había regresado de un largo y próspero viaje, estaba fondeada en el puerto de Klippa, sus gallardetes y banderas con los colores de Suecia flameando alegres en el límpido aire azul, mientras cientos de botes, esquifes y lanchas, cargados de pescadores jubilosos, iban de un lado a otro sobre las aguas lisas como un espejo del Gota Alv, y los cañones de Masthurggetorg hacían llegar a gran distancia sobre el mar el ruido atronador de una salva de bienvenida. Los caballeros de la Compañía de Indias Orientales se paseaban por el muelle, calculando con una sonrisa las ganancias que habían hecho, y regocijándose ante el éxito que crecía año a año de su azarosa empresa, y ante la prosperidad comercial en aumento de su amada Gotemburgo. Por los mismos motivos, todos miraban a estos valientes caballeros con orgullo y deleite y se regocijaban con ellos; porque su éxito infundía un nuevo vigor a toda la actividad de la ciudad.

La tripulación de la nave, unos buenos ciento cincuenta hombres, desembarcó en una cantidad de botes, decorados para la ocasión, y se preparó para su *hónsning*. Ése es el nombre que le dan a la fiesta que la tripulación hace en tales ocasiones, y que con frecuencia dura varios días. Al frente marchaban los músicos con uniformes maravillosos, tocando con ganas sus flautas y violines, sus oboes y tambores. Después venían los alegres cantores, y detrás de ellos los marinos, de a dos en fondo. Algunos, con cintas de color en la gorra o la chaqueta, agitaban banderines; otros bailaban y hacían cabriolas; y todos gritaban y saludaban, hasta llenar el aire con el estruendo de su alegría.

Así marchó la alegre procesión a través de los muelles y los suburbios hasta que llegaron a Haga, donde les habían preparado un gran banquete en una posada, con comida y bebida en abundancia para todos.

Allí la cerveza fluía a chorros, y los vasos se vaciaban uno tras otro; y, como ocurre cuando los marineros regresan de un largo viaje, pronto se unieron a ellos bonitas muchachas de todo tipo. Entonces empezó el baile, la diversión se volvió cada vez más salvaje, y más alto y demencial el alboroto.

Sólo un marinero, un hombre delgado y apuesto de apenas veinte años, se había alejado del tumulto, y estaba sentado afuera, solo, en un banco junto a la puerta, donde lo descubrieron dos de sus compañeros.

—¡Elis Froebom! ¡Elis Froebom! —llamó uno de ellos con una carcajada—. ¿Otra vez te estás haciendo el idiota melancólico, perdiéndote la diversión con tus estúpidas cavilaciones? ¡Caramba, si no participas de nuestro *hónsning*, será mejor que no vuelvas a subir al barco! Nunca haremos de ti un buen marinero, si sigues portándote así. Eres bastante valiente, y también arrojado en el peligro, pero no sabes beber. Supongo que prefieres guardarte el dinero en el bolsillo antes que dárselo a estas ratas de tierra firme. Pero bebe y alégrate, viejo, o algún día Nácken el demonio del mar y todos sus *trolls* te atraparán.

Elis Froebom se levantó del banco con un rápido salto y miró con ojos ardientes de furia a sus compañeros. Después tomó un vaso, que estaba lleno hasta el borde de aguardiente, y dijo mientras lo vaciaba de un trago:

—Ahí tienes, Joens, como ves, puedo beber como uno de ustedes. Y en cuanto a si soy o no un buen marino, el capitán puede juzgarlo. ¡Así que cierra tu maldita boca y ahueca el ala! No puedo soportar el escándalo que hacen ustedes. Lo que hago aquí afuera no es asunto tuyo.

—Vamos, vamos —contestó Joens—. Sabemos que eres de Nerika, y todos los de allí son tristes y sombríos, no participan realmente de la vida feliz de un marino. Pero aguarda un momento, mi querido Elis, y te mandaré a alguien que te arrancará de ese banco al que te clavó el viejo Nácken.

Un momento después una hermosa muchacha salió por la puerta de la posada y se sentó junto al melancólico Elis, que estaba otra vez en el banco y cavilaba en silencio. Tanto el vestido como el aspecto de la muchacha decían a las claras que era una mujer de las calles, pero la vida que llevaba no había destruido del todo la seducción de su rostro. No había rastros de descaro repulsivo en sus ojos oscuros, sino una especie de anhelo sereno y triste.

—¿No vas a reunirte a tus camaradas, Elis? —preguntó—. ¿No sientes en ti ninguna alegría, ahora que has escapado de todos los peligros de los mares traicioneros y estás otra vez en casa, con los pies pisando la tierra natal?

Hablaba con voz suave, amable, y rodeó con los brazos la cintura del hombre. Entonces, como si saliera de un sueño, Elis Froebom miró a la muchacha a los ojos, le tomó la mano y se la llevó al pecho. Era evidente que sus palabras le habían llegado al corazón.

—Ah —dijo, después de una pausa, como si le costara esfuerzo pensar—. La alegría y el placer ya no tienen sentido para mí. Al menos no puedo reunirme a la ruidosa parranda de mis compañeros de tripulación. Entra querida niña, y alégrate y canta con los demás. Deja al melancólico Elis en paz. El sólo echaría a perder la fiesta. Pero aguarda. Me gustas, y quiero que a veces pienses en mí cuando esté otra vez en alta mar.

Mientras hablaba sacó dos ducados brillantes del bolsillo y un hermoso pañuelo indio del pecho y se los entregó a la muchacha. Pero ésta se levantó, con lágrimas en los ojos, y dejó el dinero en el banco.

—Oh, guárdate tus ducados —dijo—. Sólo me harán sentir desdichada. Pero usaré el pañuelo, para recordarte. Cuando regresen el año que viene para el *hónsning* es probable que no me encuentren en Haga.

La muchacha se apartó de la posada, y bajó la calle corriendo, cubriéndose la cara con las manos, dejando que Elis Froebom cayese una vez más en su lúgubre ensoñación, y quedara hundido en ella. De pronto, sin embargo, cuando el estruendo de la taberna se hizo más alto y más salvaje, exclamó en voz alta:

—Me gustaría estar enterrado en las profundidades del mar. Porque no queda

nadie en el mundo con quien pueda ser feliz.

Entonces una voz profunda y ronca habló detrás de él:

—Tiene que haberte pasado una desgracia, muchacho, para que desees la muerte justo ahora que la vida se abre ante ti.

Elis se dio vuelta y vio a un viejo minero apoyado contra las paredes de madera de la posada, cruzado de brazos, mirándolo con ojos graves, penetrantes.

Después de devolverle la mirada por un momento, a Elis la pareció que una figura familiar había entrado en la soledad en la que se había creído perdido, para consolarlo y protegerlo. Así que trató de recobrarse, y le contó al anciano minero que su padre había sido un experto timonel, y había muerto en una violenta tormenta en la que él mismo se había salvado por milagro, que sus dos hermanos soldados habían muerto en batalla, y que él había quedado para mantener a su pobre madre viuda con la paga generosa que obtenía después de cada viaje a la India. Dijo que, como lo habían criado para el mar, se había visto obligado a ser marino, y que cuando entró al servicio de la Compañía de las Indias Orientales pensó que había tenido un golpe de suerte. Esta vez las ganancias habían sido mayores que nunca, y cada marino había recibido una suma considerable de dinero aparte de la paga. Así que se había apresurado, muy alegre, con el bolsillo lleno de dinero, hacia la cabaña donde vivía la madre. Pero rostros extraños se habían asomado a las ventanas, y una joven que por fin le abrió la puerta le había contado fría y groseramente, cuando le dijo quién era, que su madre había muerto hacía tres meses, y que podía recoger lo poco que había quedado de su dinero después de pagar los gastos de entierro, en el Ayuntamiento, donde lo esperaban. La muerte de la madre le había roto el corazón. Se sentía abandonado por el mundo entero, solo como en una balsa desolada, impotente y desdichado. Toda su vida en el mar le parecía un esfuerzo demencial, insensato. Cuando pensaba en la pobre madre, probablemente mal atendida por extraños y agonizando sin el consuelo de su presencia, le parecía algo malvado y horrible haber partido como marino en vez de quedarse en casa y cuidarla. Sus camaradas lo habían arrastrado al *hónsning*, y él mismo había imaginado que la diversión y la bebida fuerte podrían matar su pena, pero en vez de eso pronto había sentido que cada una de sus venas le estallaba en el pecho y estaba a punto de sangrar hasta la muerte.

—Bueno —dijo el viejo minero—, pronto estarás otra vez mar afuera, Elis, y entonces superarás tu pena con bastante rapidez. Los viejos mueren, es inevitable. Y, como tú mismo dijiste, la vida que tu madre dejó atrás era una pobre vida de preocupaciones.

—Oh, nadie cree en mi pena —dijo Elis—. Todos creen que soy un tonto, y me llaman condenado idiota. Eso es lo que me desespera. No volveré al mar. En otros tiempos mi corazón saltaba de alegría cuando la nave se deslizaba veloz sobre las aguas, con las velas desplegadas como alas enormes, gloriosas, y cuando las olas salpicaban y sonaban como una música feliz, y el viento cantaba en los mástiles crujientes. Entonces podía cantar a voz en cuello sobre cubierta, con mis compañeros;

y en las medianoches quietas y oscuras en que me tocaba hacer la guardia podía pensar en mi regreso a casa, e imaginar la alegría de mi madre al tener de nuevo a su Elis sano y salvo. Bien podía regocijarme en el *hónsning* cuando había derramado mis ducados y muchas otras cosas raras que había traído de otras regiones. Entonces sus ojos se iluminaban de placer, entonces batía palmas, incapaz de controlar su deleite, entonces iba corriendo a buscar para su Elis la mejor cerveza que le había guardado, y por las noches me quedaba sentado con la anciana y le contaba acerca de la gente extraña que había conocido, acerca de las costumbres y modales y todos los paisajes maravillosos que había visto en mi largo viaje. A ella eso le encantaba, y después me hablaba de los fantásticos cruceros de mi padre al lejano Norte, y me ofrecía más de un cuento de marinos que ya había oído cien veces, pero que nunca me cansaba de oír. Oh, ¿quién puede devolverme esa felicidad? No, no regresaré al mar. ¿Qué podría hacer entre mis compañeros de tripulación, que no harían más que burlarse de mí? ¿Y cómo podría encontrarle gusto al trabajo? No sería más que una tarea agotadora, sin sentido.

—Escucharte ha sido un placer, muchacho —dijo el minero cuando Elis terminó—. Así como ha sido un placer observarte, cosa que estuve haciendo en las dos últimas horas, sin que tú lo notaras. Todo lo que has hecho y dicho me muestra que tienes un carácter piadoso, inocente y profundamente reflexivo, y el Cielo no podía darte mejor don. Pero el mar no se hizo para ti. ¿Cómo va a caerle bien la salvaje vida del mar a un tranquilo y melancólico hombre de Nerika? Porque tus rasgos y toda tu actitud me dicen que lo eres. Rices bien en abandonar esa vida para siempre. Pero seguramente no piensas quedarte cruzado de brazos, ¿verdad? Sigue mi consejo, Elis Froebom, vete a Falun y sé minero, capataz y así sucesivamente, cada vez más alto. Tienes unos cuantos ducados en el bolsillo Inviértelos, ahorra más, y conseguirás una concesión para ti, y después, quizás, intereses en la mina. Sigue mi consejo, Elis Froebom, y sé minero.

Elis Froebom estaba casi asustado por las palabras del anciano.

—¡Cómo! —dijo—. ¿Qué me estás aconsejando? ¿Pretendes que deje la tierra hermosa y libre y el cielo brillante, soleado, que me revive y me alivia, para bajar a ese terrible pozo infernal, y que cave y cave como un topo en busca de minerales y metales, por una paga miserable?

—¡Típico de los hombres! —exclamó el anciano con furia—. Desprecian lo que nunca tuvieron oportunidad de conocer. ¡Una miserable paga! Como si las angustias constantes y dolorosas de la superficie fueran más nobles que el trabajo de un minero, cuya tarea habilidosa y paciente es recompensada por la naturaleza con la revelación de sus tesoros secretos. Hablas de una paga miserable, Elis Froebom. Pero puede haber algo más valioso en juego. Tal vez el ciego topo cave la tierra por ciego instinto, pero bien puede ser que en las más hondas profundidades, al débil resplandor de un lámpara de minero, los ojos de un hombre vean con mayor claridad. Puede ser que al fin se vuelvan tan penetrantes que vean reproducido en las gemas subterráneas

el reflejo de secretos que están ocultos por encima de las nubes. No sabes nada de minería. Déjame contarte algo al respecto.

Con estas palabras el anciano se sentó en el banco junto a Elis y, para paliar su ignorancia, empezó una minuciosa descripción de los distintos procesos, que presentaba en detalle con los colores más límpidos y brillantes. Habló de las minas de Falun, en la cuales, según dijo, había trabajado desde su más tierna juventud. Describió él gran pozo de entrada con sus paredes de color marrón negruzco, y habló de las riquezas incalculables de la mina en piedras preciosas. Sus palabras se hicieron cada vez más vividas, los ojos despedían un fulgor cada vez más feroz, a medida que atravesaba las distintas galerías como si se tratara de los senderos de un jardín encantado. Las joyas cobraban vida, los fósiles empezaban a moverse, la maravillosa pirosmalita y la almandina brillaban a la luz de las lámparas de los mineros, los cristales de roca centelleaban y rielaban. Elis escuchó con atención; el modo extraño en que el anciano hablaba de aquellas maravillas subterráneas, como si estuviera de pie en medio de ellas, subyugaba todo su ser. Sentía la respiración sofocada; era como si ya hubiese bajado a esas profundidades en compañía del anciano, y lo retuviera abajo un sortilegio poderoso, de modo que nunca volvería a ver la luz del día. Pero también sentía como si el anciano le hubiese abierto un mundo nuevo y desconocido, en el que se sentía cómodo, y como si ya hubiese conocido toda la magia de ese mundo en su más tierna infancia, por medio de premoniciones extrañas y secretas.

—Elis Froebom —concluyó el anciano—, te he presentado todas las glorias de un oficio para el que la Naturaleza realmente te ha destinado. Ahora consulta contigo mismo, y haz lo que tu juicio te indique.

Después saltó del banco y se alejó, sin despedirse de Elis o al menos darse vuelta para mirarlo. Pronto se perdió de vista.

Entretanto el alboroto de la posada se había calmado. El poder de la cerveza fuerte y el aguardiente había triunfado. Muchos marinos se habían escabullido con las muchachas, otros estaban tendidos en los rincones, roncando. Elis, que no podía regresar a su antiguo hogar, pidió un cuarto para dormir, y se lo dieron.

Pero acababa de tenderse, cansado y agotado, en la cama, cuando los sueños agitaron las alas sobre su cabeza.

Parecía ir navegando a toda vela en una espléndida nave sobre un mar liso como un espejo, con un cielo oscuro que se alzaba sobre él. Sin embargo, cuando bajó los ojos hacia las olas, pronto vio que lo que había tomado por el mar era una sustancia firme, transparente, centelleante, en cuyo resplandor toda la nave se había fundido maravillosamente, dejándolo de pie sobre un piso de cristal sobre el que se alzaba una bóveda de roca negra, fulgurante. Porque lo que al principio había tomado por el cielo era en realidad roca. Impulsado por un poder desconocido, siguió su camino. Pero todo empezó a moverse de inmediato a su alrededor, y flores y plantas magníficas de metal brillante, se alzaron del suelo como olas, disparando sus hojas y

capullos desde las más hondas profundidades y entrelazándose entre sí en las formas más bellas. El suelo era tan transparente que Elis podía distinguir con claridad las raíces de las plantas. Pero cuando su mirada llegó a mayor profundidad, vio al fondo las formas de incontables doncellas hermosas, que se abrazaban las unas a las otras con brazos blancos y lustrosos, y las raíces de las flores y las plantas crecían de sus corazones. Cuando las doncellas sonrieron un dulce sonido resonó en toda la amplia bóveda, y las flores metálicas crecieron más alto y con mayor alegría aún. El joven se sintió invadido por una sensación indescriptible de pena y ansiedad; un mundo de amor y anhelo y deseo ardiente se alzó dentro de él.

—¡Bajar, bajar hasta ustedes! —exclamó, y se arrojó con los brazos abiertos sobre el piso cristalino. Pero éste cedió bajo él y pareció flotar en un éter centelleante.

—¿Y, Elis Froebom, qué te parece este mundo glorioso? —exclamó una voz poderosa, y Elis advirtió que el anciano minero estaba junto a él. Pero cuando lo miró con mayor atención se transformó en una forma gigantesca moldeada en metal luminoso. Elis empezaba a tener miedo, pero en ese instante algo como un relámpago brilló en las profundidades para revelar el rostro solemne de una mujer majestuosa. Elis sintió que el deleite crecía y crecía en su corazón hasta convertirse en un dolor aniquilante. El anciano le tomó el brazo y exclamó:

—Ten cuidado, Elis Froebom, ésa es la reina. Ahora puedes alzar los ojos.

Alzó la cabeza sin querer y divisó las estrellas del cielo nocturno que brillaban por una grieta de la bóveda. Una voz suave pronunció su nombre en tonos de pena inconsolable. Era la voz de la madre, y creyó ver su forma a través de la grieta. Pero se trataba de una mujer joven y hermosa, que tendía la mano hacia él dentro de la bóveda, y pronunciaba su nombre.

—Llévame arriba —le gritó al anciano—. Pertenezco al mundo superior y al cielo amistoso.

Pero ahora, cuando bajó los ojos otra vez hacia el rostro severo de la mujer majestuosa, sintió que todo su ser se fundía en la roca luminiscente. Gritó con un miedo innombrable y despertó del extraño sueño, cuyo hechizo y terror despertaban ecos profundos en su espíritu.

—Supongo que no podía dejar de soñar en todas esas cosas extraordinarias —se dijo Elis mientras recobraba con esfuerzo el control de sí mismo—. El viejo minero me habló tanto de las maravillas del mundo subterráneo que me llenó la cabeza. Nunca me he sentido como ahora. Tal vez aún sueño. No, no, lo más probable es que esté descompuesto. Saldré al aire libre, un poco de brisa marina me curara.

Logró levantarse, y corrió al puerto de Klippa, donde los festejos del *hónsning* comenzaban una vez más. Pero pronto advirtió que toda la alegría lo dejaba indiferente, que no podía retener los pensamientos, y que premoniciones y anhelos sin nombre le cruzaban la cabeza sin pausa. Pensó con profunda pena en su madre muerta. Y después le pareció que sólo ansiaba ver otra vez a la muchacha que le había hablado con tanta amabilidad el día anterior. Y después tuvo miedo de que si la

muchacha surgía de alguna calle, resultaría ser al fin el viejo minero, de quien no podía dejar de tener miedo, sin saber el motivo. Sin embargo le habría gustado oírlo hablar más de las maravillas de la mina.

Sacudido por el tumulto contradictorio de sus pensamientos, bajó los ojos hacia el agua, y le pareció ver que las olas plateadas se endurecían en ese centelleo mineral en el que se había fundido la nave, mientras las nubes densas que empezaban a oscurecer el cielo parecían a punto de bajar y condensarse hasta convertirse en una bóveda rocosa. Estaba otra vez en el sueño. Una vez más contemplaba el rostro solemne de la mujer majestuosa, y una vez más lo invadía el dolor desorientante de su anhelo apasionado.

Sus compañeros de tripulación lo sacaron del ensueño. Tuvo que seguirlos. Pero ahora le parecía oír una voz desconocida que le susurraba sin pausa al oído: «¿Qué estás haciendo aquí? ¡Vete! Tu hogar está en las minas de Falun. Allá te espera toda la gloria que soñaste. ¡Vete, vete a Falun!».

Elis Froebom vagó durante tres días por las calles de Gotemburgo, perseguido sin cesar por las imágenes extrañas del sueño, exhortado sin cesar por la voz desconocida. Al cuarto día estaba en la gran puerta de la que partía el camino que llevaba a Gefle, cuando un hombre de gran corpulencia pasó junto a él a grandes trancos. Elis creyó reconocer al viejo minero e, impulsado por una urgencia irresistible, se apresuró a seguirlo. Pero no le dio alcance. El hombre siguió y siguió sin detenerse, y Elis supo que debía de encontrarse en el camino a Falun. Esto lo tranquilizó, de un modo extraño, porque estaba seguro de que la voz del destino le había hablado a través del viejo minero, que ahora lo guiaba hacia su suerte prefijada.

En efecto, sobre todo en los momentos en que sentía alguna incertidumbre con respecto al camino a tomar, a menudo veía al viejo aparecer de pronto, saliendo de un barranco o de entre densos macizos de arbustos o rocas oscuras y caminar ante él, sin darse vuelta, para desaparecer rápidamente otra vez.

Por último, después de muchos días de marcha agotadora, Elis vio dos grandes lagos a lo lejos y un denso humo que se elevaba entre ambos. Cuando trepó más alto por las pendientes que se dirigían hacia el oeste, distinguió algunas torres y techos oscuros en medio del humo. El viejo se erguía como un gigante ante él, señalando el humo con los brazos tendidos, y después desapareció entre las rocas.

—¡Es Falun! —exclamó Elis—. Falun, la meta de mi viaje.

Estaba en lo cierto. Porque la gente que le dio alcance le confirmó que la que se extendía allí, entre los lagos Runn y Warpann, era la ciudad de Falun, y que la colina por la que él subía era el Guffrisberg, donde estaba situado el «*pinge*» o pozo principal de la mina. Avanzó con valor. Pero cuando estuvo ante aquella sima monstruosa, infernal, se le heló la sangre en las venas, y se quedó paralizado ante el espectáculo de toda aquella terrible desolación.

Es bien sabido que el pozo principal de la mina de Falun tiene trescientos sesenta metros de largo, ciento ochenta de ancho y cincuenta y cuatro metros de profundidad.

Las opacas paredes marrones son en su mayor parte perpendiculares en la entrada, pero a una profundidad moderada empiezan a inclinarse por los grandes montones de piedras y escombros. En estos contrafuertes de escombros y en los muros puede verse aquí y allá el maderámen de viejas galerías, formados con grandes leños, puestos uno junto al otro y ensamblados en el extremo, según el método de la construcción de blocaos. Ni un árbol, ni una hoja de hierba crecen en este lúgubre abismo de piedra, desde el que se proyectan en todos los costados masas dentadas de roca con formas extrañas, a menudo de fósiles monstruosos, o de gigantes de forma humana. En la sima propiamente dicha hay piedras y escoria —deshechos de fundición— y un permanente vapor sulfuroso, sofocante, que se alza desde abajo, como si estuviera cociendo un caldo infernal cuyos vapores envenenan toda la belleza verde de la Naturaleza. Podría pensarse que fue aquí donde Dante bajó y vio el Infierno con todo su horror y sufrimiento incesante.

Cuando Elis se asomó al monstruoso abismo, recordó una historia que le había contado hacía mucho tiempo el viejo timonel de la nave. Aquel compañero había estado una vez con fiebre, acostado, cuando había sentido que las olas del mar huían todas y el abismo inconmensurable se abría debajo de él, de tal modo que veía los monstruos horribles de lo profundo enroscándose y retorciéndose en tremendas contorsiones en medio de crustáceos extraordinarios y grupos de coral y entrando y saliendo entre rocas extrañas, hasta que al fin quedaban con las fauces abiertas, helados por la muerte. El viejo marino dijo que aquella visión pronosticaba que pronto moriría ahogado, y en efecto, poco después tropezó por accidente en cubierta, cayó al mar y desapareció antes de que pudieran rescatarlo. Eso fue lo que recordó Elis. Porque el abismo le recordaba el lecho del mar seco, y las rocas negras y los montones rojizos y azulados de escoria le parecían monstruos deformes que tendían hacia él sus repugnantes tentáculos de pulpo.

En ese preciso momento salían unos obreros de la mina, y con sus prendas de trabajo oscuras, con sus rostros negros y torvos, parecían criaturas terribles, que se arrastraban dolorosamente fuera de la tierra, tratando de llegar a la superficie.

Elis sintió que lo recorría un escalofrío de miedo, y sintió un vahído de una intensidad que nunca había conocido en el mar. Era como si manos invisibles lo arrastraran al abismo.

Corrió unos pasos con los ojos cerrados, y sólo cuando se encontró otra vez bajando el Guffrisberg, a cierta distancia del pozo, y pudo alzar los ojos hacia el cielo soleado se sintió libre del terror que lo había atacado ante aquel espectáculo temible. Entonces volvió a respirar libremente y exclamó en voz alta, desde lo más profundo de su corazón:

—¡Señor de mi vida! ¿Qué son todos los horrores del mar comparados con el terror que habita ese tajo desolado entre las rocas? La tormenta puede bramar, las negras nubes pueden bajar sobre el oleaje rugiente, pero pronto triunfa el sol glorioso; la tormenta se aplaca bajo sus rayos bienvenidos. Pero el sol nunca entra en esas

cavernas negras, nunca una brisa primaveral alivia el pecho allí. No, no me uniré a ustedes, gusanos de tierra, nunca podré acostumbrarme a vuestra vida lúgubre.

Elis decidió pasar la noche en Falun y después regresar a Gotemburgo, a primera hora de la mañana. Cuando llegó a la plaza del mercado —o Helsingtorget, como allí la llaman— encontró una multitud congregada en ella. Una larga procesión de mineros con sus mejores galas y llevando sus linternas de trabajo, con una banda en la cabeza, acababan de detenerse ante una casa de muy buen aspecto. Salió un hombre alto, delgado, maduro, y miró a su alrededor con una sonrisa. Sus modales espontáneos, la mirada franca y los brillantes ojos azules decían a las claras que era un auténtico hombre de Dalecardia. Los mineros lo rodeaban en círculo, y él les estrechó la mano y tuvo palabras de afecto para cada uno.

Cuando preguntó, Elis Froebom se enteró de que se trataba de Pehrson Dahlsjoe, supervisor en jefe del distrito y propietario de una valiosa *frálse* en Stora–Kopparberg. *Frálse* es el nombre que le dan en Suecia a la tierra entregada en concesión para la explotación del cobre y la plata. Los propietarios de las mismas tienen acciones de las minas, y son responsables de su administración. A Elis también le contaron que habían terminado las sesiones del Tribunal de las minas y que los mineros festejaban el último día yendo en manifestación a las casas del dueño de la mina, de los supervisores y de los capataces, todos los cuales los recibían con gran generosidad.

Cuando miró a aquellos hombres agradables, apuestos, de rostro franco y amistoso ya no pudo seguir pensando en los que le habían parecido gusanos de tierra en el pozo principal. La saludable alegría que se reavivó en todo aquel círculo cuando Pehrson Dahlsjoe salió era de un tipo muy distinto al estruendoso escándalo de los marinos en su *hónsning*. El modo en que se regocijaban los mineros le llegó al corazón al silencioso y taciturno Elis. Sentía una felicidad indescriptible, y apenas pudo contener las lágrimas cuando uno de los trabajadores más jóvenes empezó una antigua canción, de melodía sencilla y espontánea, que ensalzaba la vida de los mineros.

Cuando la canción terminó Pehrson Dahlsjoe abrió las puertas de su casa, y todos los mineros entraron, uno tras otro. Elis los siguió sin querer, pero se quedó parado en el umbral, desde el que podía abarcar todo el espacioso salón, donde los mineros se habían sentado en bancos. Sobre la mesa estaba dispuesto un generoso banquete. En ese momento se abrieron las puertas del extremo opuesto a Elis, y una hermosa muchacha entró, vestida de fiesta. Tenía todo el encanto de la más tierna juventud; era alta y esbelta, llevaba el cabello recogido alrededor de la cabeza en varias trenzas, y un limpio y bello jubón asegurado con broches enjoyados. Cuando entró todos los marineros se levantaron y un murmullo bajo de deleite recorrió sus filas. «¡Ulla Dahlsjoe! ¡Ulla Dahlsjoe!» exclamaban. «Una hija tan encantadora y virtuosa ha sido una verdadera bendición de Dios para nuestro supervisor». Hasta los ojos de los mineros más viejos centelleaban cuando Ulla les estrechaba la mano en un amistoso

saludo, como hizo con todos. Después trajo espléndidos jarros plateados, llenos de la famosa cerveza fuerte de Falun, y se los alcanzó a los felices invitados, con su rostro puro brillando de inocencia angélica y franca.

En cuanto Elis Froebom posó los ojos sobre la doncella, un rayo pareció atravesarle el corazón, encendiendo toda la pasión que había en él, toda la gloria del cielo y todos los sufrimientos del amor. Porque era Ulla Dahlsjoe quien había tendido la mano para rescatarlo en su sueño de mal agüero. Ahora creía entender el sentido más profundo del sueño y, olvidando al viejo minero, agradeció el destino que lo había llevado a Falun.

Pero después, parado en el umbral, sintió que era un extraño desconocido, infeliz, desconsolado y abandonado, y deseó haber muerto antes de ver a Ulla Dahlsjoe, porque ahora iba a morir de amor y deseo. No podía apartar los ojos de la encantadora criatura y, cuando pasó cerca de él, pronunció su nombre en tonos temblorosos. Ella se volvió y vio al pobre Elis, parado con los ojos bajos y el rostro escarlata, inmóvil e incapaz de decir palabra.

Ulla se acercó entonces a él, y dijo con una dulce sonrisa:

—Tienes que ser forastero, querido amigo. Puedo verlo en tus ropas de marino. ¿Pero por qué te quedas parado en la puerta? Entra, por favor, y disfruta con nosotros.

Mientras decía estas palabras lo tomó de la mano, lo guió, al interior del salón y le alcanzó un jarro lleno de cerveza.

—Bebe, querido amigo —dijo—. ¡Salud a nuestra fiesta!

Entonces Elis se sintió como en el glorioso paraíso de un sueño, del que pronto despertaría para descubrir su desdicha indecible. Vació el jarro con un gesto mecánico. En ese momento Pehrson Dahlsjoe se acercó a él, y después de estrecharle amistosamente la mano le preguntó de dónde venía y qué lo traía a Falun.

Elis sintió que la calidez de la bebida le recorría todas las venas y, cuando miró al amable Dahlsjoe a los ojos, se sintió alegre y audaz. Contestó que era hijo de un marino, y que había estado en el mar desde la infancia; que acababa de regresar de un viaje por las Indias Orientales para encontrarse con que la madre, para quien había guardado sus ganancias, ya no vivía; que ahora se sentía completamente solo en el mundo, y que la alborotada vida del mar le resultaba desagradable por completo; que sus verdaderas inclinaciones lo habían llevado a las minas, y que en Falun trataría de conseguir empleo como minero. La última afirmación, tan contraria a su decisión de unos minutos antes, se le escapó sin querer. Fue como si no pudiese darle al supervisor otra respuesta, como si en realidad hubiese expresado su deseo más profundo, del que él mismo había sido inconsciente hasta ese momento.

Pehrson Dahlsjoe le dirigió al joven una mirada muy grave, como si quisiera leerle el corazón, antes de contestar:

—Elis Froebom, supongo que no es el simple amor al cambio lo que te ha llevado a abandonar tu antiguo oficio, ni que has dejado de reflexionar seriamente en las penalidades y sacrificios de una vida de minero antes de decidirte a emprenderla. Una

vieja creencia nuestra es la de que los poderosos elementos con los que tiene que verse un minero lo destruyen a menos que esfuerce todo su ser por dominarlos, o si permite que otros pensamientos socaven su vigor, que debe reservar por completo para sus trabajos con la tierra y el fuego. Pero si has puesto a prueba suficientemente su llamado interior, y lo encuentras auténtico, has venido en el momento justo. Hay escasez de trabajadores en mi parte de la mina. Puedes quedarte desde ya aquí, si gustas, y mañana bajarás con el capataz, que te mostrará cuál es tu trabajo.

El corazón de Elis dio un salto ante las palabras de Pehrson Dahlsjoe. No pensó ni un momento en los terrores del terrible pozo infernal al que se había asomado. Ver a la amable Ulla todos los días, vivir bajo el mismo techo con ella, lo llenaba de gozo; se entregaba a la más dulce de las esperanzas.

Pehrson Dahlsjoe informó a los mineros que un joven acababa de pedirle empleo, y les presentó a Elis. Todos miraron con aprobación al vigoroso joven, y observaron que con semejante cuerpo prieto y poderoso había nacido para minero; tampoco creían que le faltase laboriosidad o aplicación.

Uno de los mineros, ya bien entrado en años, se acercó y, estrechándole la mano con cordialidad, dijo que era el capataz en jefe de la mina de Pehrson Dahlsjoe, y que le alegraría mucho darle todas las instrucciones que necesitara. Elis tuvo que sentarse junto a él, y el anciano empezó de inmediato, por encima del jarro de cerveza, a darle abundante información sobre los primeros trabajos de minería.

Elis recordó al minero de Gotemburgo y, por algún motivo extraño, pudo repetir casi todo lo que el viejo le había dicho.

—¡Caramba! —exclamó asombrado el capataz—. ¿De dónde sacaste todo lo que sabes, Elis Froebom? Con eso no pasará mucho tiempo sin que llegues a ser el mejor obrero de la mina.

La amable Ulla, que iba de aquí para allá entre los invitados, para atenderlos, le dirigía con frecuencia a Elis un amistoso movimiento de cabeza, y lo animaba a disfrutar de la reunión.

—Ahora ya no eres un extraño —dijo—. Estás en tu casa. Has terminado con los mares traicioneros. Ahora tu hogar está en Falun, con sus ricas minas.

Las palabras de Ulla hicieron que el joven se sintiera en el cielo. Era evidente que le gustaba estar cerca de él, y su padre también observaba su modo de ser silencioso y taciturno con obvia aprobación.

Pero el corazón de Elis aceleró sus latidos cuando se encontró una vez más al borde de aquella boca infernal llena de vapores, en ropa de minero, calzado con pesadas botas con suela de hierro, y cuando bajó con el capataz al profundo pozo. Los vapores calientes pronto le oprimieron el pecho y amenazaron con sofocarlo. Pronto las lámparas mineras titilaron en las corrientes frías y penetrantes que soplaban en los niveles más bajos. Bajaron más y más hasta que por fin tuvieron que hacerlo por escalerillas de hierro de menos de medio metro de ancho y Elis Froebom descubrió que la destreza obtenida como marino al trepar por el velamen no le servía allí de

nada. Por fin llegó al fondo de la mina, y el capataz marcó el trabajo que Elis debía hacer.

Pensó en la amable Ulla. Vio su forma como la de un ángel brillante que se cernía sobre él, y olvidó todos los terrores del pozo, toda la dureza de su trabajo agotador. De una cosa estaba bien seguro: sólo si se entregaba al trabajo con Pehrson Dahlsjoe con toda la energía de su mente y toda la potencia de la que su cuerpo era capaz, había alguna posibilidad de que sus esperanzas se hicieran realidad. Y fue así como en un tiempo increíblemente breve llegó a trabajar tan bien como el obrero más diestro de la mina.

Pehrson sentía cada vez más afecto por aquel joven bueno y laborioso a medida que pasaban los días, y con frecuencia le decía francamente que había encontrado en él no sólo un minero de primera sino también un hijo amado. También la mirada afectuosa de Ulla se hizo cada vez más obvia. A menudo, cuando partía hacia el trabajo y había algo de peligroso en la tarea del día, le rogaba y le imploraba, con lágrimas en los ojos, que se cuidara mucho, y a su regreso se precipitaba feliz a su encuentro. Siempre le tenía lista la mejor cerveza fuerte, o un plato suculento para reanimarlo.

El corazón de Elis dio un salto de alegría cuando Pehrson Dahlsjoe le dijo en una oportunidad qué dado que había traído consigo una buena cantidad de dinero y que era de carácter tan laborioso y sobrio, llegaría sin duda el momento en que lograría una concesión, o incluso una mina propia, y que ningún propietario de mina de Falun lo rechazaría si él le pedía la mano de su hija. A Elis le hubiese gustado revelar en ese mismo momento la profundidad del amor que sentía por Ulla, y cómo había puesto todas sus esperanzas en hacerla suya. Pero una timidez insuperable, o quizás más bien la brusca duda acerca de si Ulla lo amaba realmente —aunque sospechaba con frecuencia que sí lo hacía— le cerró la boca.

Ocurrió un día que Elis Froebom estaba trabajando en el fondo mismo del pozo, tan envuelto en el denso vapor sulfuroso, que su lámpara apenas lo atravesaba y casi no podía distinguir cómo corría el filón. De pronto oyó un golpeteo que parecía sonar a una profundidad aún mayor, como si alguien trabajara allí con un martillo. Como ese tipo de trabajo no era posible a semejante profundidad, y como Elis sabía muy bien que nadie había bajado ese día aparte de él, porque el capataz había puesto a trabajar a todos sus hombres en el pozo de extracción, el golpeteo le sonó inconcebible. Bajó la maza y el pico y prestó atención a los golpes retumbantes, que parecían acercarse cada vez más. De pronto advirtió una sombra negra junto a él y, en el momento en que una fuerte corriente apartó el vapor sulfuroso, reconoció al viejo minero de Gotemburgo parado a su lado.

—¡Salud! —exclamó el viejo—. ¡Salud a Elis Froebom aquí, en medio del mineral! ¿Cómo va esa vida, camarada?

Elis estuvo a punto de preguntar por qué milagro el hombre había entrado al pozo. Pero éste siguió golpeando la roca con el martillo, con tanto vigor que saltaban

chispas ardientes por todas partes y en la galería había un eco como de truenos lejanos.

—Hay una espléndida veta de *trap* aquí —gritó el anciano con una voz terrible—. Pero un vagabundo miserable como tú no puede ver más que un filón de *trum* que no vale ni cinco centavos. Acá abajo eres un topo ciego, y el Príncipe de los Metales nunca será tu amigo. Tampoco sirves de nada en la superficie. Nunca lograrás encontrar el metal puro. Quieres casarte con Ulla, la hija de Pehrson Dahlsjoe, ¿verdad? Por eso estás trabajando aquí, no por amor o interés en tu trabajo. ¡Cuídate, tramposo barato, o el Príncipe de los Metales al que desafías puede pulverizarte los miembros con rocas agudas! Y Ulla nunca será tu esposa, esto te lo aseguro.

La rabia de Elis hirvió ante las palabras insultantes del viejo.

—¿Qué estás haciendo en la mina de mi patrón, Pehrson Dahlsjoe? ¡Trabajo lo mejor que puedo, y cumplo con mi deber! Vete de aquí por donde viniste, o veremos en seguida quién es más capaz de abrirle la cabeza al otro.

Con estas palabras Elis adoptó una posición amenazante frente al viejo, y agitó el martillo, con el que había estado trabajando, por encima de su cabeza. El viejo soltó una risa desdeñosa, y Elis vio con horror como subía las estrechas escalerillas a los saltos, como una ardilla, y desaparecía en las negras galerías.

Elis sentía todos los miembros paralizados. No podía seguir con su trabajo, y subió a la superficie. Cuando el viejo capataz, que había subido del pozo de extracción, lo vio, exclamó:

—¿Por Dios, qué te ha pasado, Elis? Estás pálido como un muerto. Sin duda fue el vapor de sulfuro. Aún no te acostumbraste. Toma un trago, muchacho. Te hará bien.

Elis tomó un trago de aguardiente del frasco que le ofrecía el capataz, y después, una vez que recobró un poco las fuerzas, le contó lo que le había pasado abajo en la mina, y el modo extraño en que había conocido al viejo minero de Gotemburgo.

El capataz escuchó todo con calma, después sacudió la cabeza pensativo y dijo:

—El que encontraste era el viejo Torbern, muchacho, y ahora sé que lo que cuentan sobre él por aquí no son cuentos. Hace más de cien años hubo en Falun un minero llamado Torbern. Fue uno de los primeros que llevó el oficio de la minería a la perfección, y en sus tiempos las ganancias eran mucho mayores que ahora. No había nadie que supiera de minería más que Torbern. Tenía grandes conocimientos científicos, y en Falun era el mejor de toda la industria. Los filones más ricos se le revelaban como si estuviera dotado de poderes ocultos y poderosos; y como además era un hombre melancólico y sombrío, sin esposa ni hijos, sin siquiera un hogar propio en Falun, y que apenas salía a la superficie, ya que trabajaba sin cesar en las galerías, inevitablemente empezó a correrse la voz de que estaba aliado a los poderes ocultos que rigen en las entrañas de la tierra y que funden los metales. Sin tener en cuenta las advertencias de Torbern (por que insistía en profetizar que ocurriría un desastre una vez que los mineros dejaran de verse impulsados al trabajo sólo por el

verdadero amor a los maravillosos metales) siguieron extendiendo las galerías cada vez más, por amor al lucro, hasta que al fin, en el Día de San Juan del año 1678 se produjo el terrible derrumbe que creó nuestra entrada principal presente, y que arruinó tanto las instalaciones de la época, que sólo mediante grandes esfuerzos y considerable ingenio pudieron abrirse otra vez muchas de las bocas. Nada volvió a saberse de Torbern, ni se lo volvió a ver, y parecía seguro que se encontraba trabajando bien hondo y había sido enterrado por el derrumbe. Pero no mucho después, cuando el trabajo empezaba a desarrollarse otra vez, algunos mineros afirmaron que habían visto al viejo abajo, que les había dado buenos consejos, y les había señalado los filones más ricos. Otros lo habían encontrado paseándose por el borde del pozo principal, a veces lamentándose en voz alta y a veces con ataques de ira. Otros aun, jóvenes que vinieron aquí como tú lo has hecho, declaraban que un viejo minero los había alentado a emprender la minería y les había mostrado el camino a este lugar. Esto siempre ocurría cuando había escasez de obreros Debe de haber sido su modo de preservar el oficio. Si era realmente el viejo Torbern aquel con quien discutiste en el pozo, y si te habló de un buen filón de *trap*, sin duda hay una buena veta metálica allí, y mañana nos fijaremos. Porque como sabes a los filones con hierro les llamamos *trap*, y un *trum* es una veta de esa clase que se subdivide una y otra vez hasta que probablemente termina en nada.

Cuando Elis regresó a la casa de Pehrson Dahlsjoe, la mente llena de ideas contradictorias, Ulla no salió a darle la bienvenida, como de costumbre. Estaba sentada con los ojos bajos y, según le pareció a Elis, con señales de llanto en la cara; y junto a ella estaba un apuesto joven, sosteniéndole la mano y haciendo grandes esfuerzos por decir cosas agradables a las que Ulla no prestaba la menor atención. Ganado por un sombrío presentimiento, Elis fijó los ojos en la pareja.

Pero Pehrson Dahlsjoe lo llevó a otra habitación y empezó:

—Elis Froebom, pronto podrás darme una prueba de tu amor y lealtad. Siempre te he tratado como a un hijo, y pronto serás realmente un hijo para mí. El hombre que nos visita es Eric Olavsen, un rico mercader de Gotemburgo. Ha venido a pedir la mano de mi hija, y se la daré; se la llevará a Gotemburgo y tú quedarás solo conmigo para sostenerme en mi vejez. Pero, Elis, ¿por qué no dices nada? Estás pálido… Espero que mi decisión no te disguste, y que ahora que mi hija debe abandonarme no te vayas tú también. Pero oigo que el señor Olavsen me llama. Debo ir.

Una vez dichas estas palabras regresó al salón, dejando a Elis con la sensación de que le abrían el corazón con cuchillos al rojo. No podía encontrar palabras, ni lágrimas. Se precipitó fuera de la casa en loca desesperación, hacia el gran pozo de la mina.

El enorme abismo ya parecía bastante terrible a la luz del día, pero ahora que había caído la noche y el disco de la luna acababa de alzarse, las rocas desoladas parecían un rebaño innumerable de monstruos horribles que rodaban y se arrojaban a la sima, como una monstruosa progenie infernal que se retorcía sobre el piso

humeante, disparando miradas ardientes y tendiendo sus garras gigantescas para atrapar a la raza del hombre.

—¡Torbern! ¡Torbern! —exclamó Elis con una voz terrible, que resonó en la galería desolada—. ¡Torbern, aquí estoy! ¡Tenías razón, soy un miserable vagabundo y no puedo fijar mis estúpidas esperanzas en la superficie! Mi tesoro está abajo. ¡Allí está mi vida, todo! Baja conmigo, muéstrame los ricos filones de *trap* y yo cavaré, sudaré y trabajaré, y nunca volveré a la luz del día. ¡Torbern, Torbern, baja conmigo!

Elis sacó pedernal del bolsillo, encendió su linterna y bajó por el pozo en el que había estado el día anterior, sin ver en ningún momento al anciano. Pero una vez en el fondo descubrió para su asombro que podía distinguir con claridad la veta del *trap* y hasta seguir el borde y la dirección del filón. Pero a medida que sus ojos se fijaban con mayor firmeza en la maravillosa veta de la roca, una luz deslumbrante pareció llenar toda la galería y sus paredes se volvieron transparentes como el más fino cristal. El sueño fatídico que había soñado en Gotemburgo volvió a él. Se encontraba mirando los campos celestiales de árboles y plantas minerales, de los que colgaban joyas encendidas en vez de frutos y capullos y flores. Vio las doncellas y contempló el rostro de la reina majestuosa, que lo tomó por los hombros, lo atrajo hacia ella y lo apretó contra su pecho. Entonces una luz ardiente le atravesó el corazón y dejó de tener conciencia de todo lo que no fuera flotar en las ondas de una niebla azul, transparente, centelleante.

—¡Elis Froebom! ¡Elis Froebom! —exclamó una voz poderosa desde arriba, y la galería fue inundada por un reflejo de antorchas. Era Pehrson Dahlsjoe en persona, que había bajado con el capataz a buscar al muchacho, a quien habían visto correr como un loco hacia el pozo principal. Lo encontraron parado y rígido, con el rostro apretado contra la roca fría.

—¿Qué estás haciendo acá abajo por la noche, pedazo de idiota? Recóbrate y sube con nosotros. Tal vez arriba te esperan buenas noticias.

Elis subió en completo silencio; en completo silencio siguió a Pehrson Dahlsjoe, que no dejó de increparlo con severidad por haber corrido semejante peligro. Cuando llegaron a la casa era pleno día. Allí Ulla se arrojó con un grito a los brazos de Elis, tratándolo con las palabras más tiernas, y el padre exclamó:

—¡Idiota! ¿Acaso crees que no sabía desde hace tiempo que amabas a Ulla, y que era por ella que trabajabas duro en la mina? ¿Acaso crees que no sabía desde hace tiempo que Ulla también te amaba desde el fondo de su corazón? ¿Qué mejor yerno podía desear que un minero trabajador y concienzudo como tú, Elis? Pero no decías nada, y eso me hería.

—¿Acaso nosotros mismos sabíamos que nos amábamos? —intervino Ulla.

—Sea como fuere —siguió Pehrson Dahlsjoe— me fastidiaba que Elis no me lo dijera con franqueza y honestidad, y fue por ese motivo, y porque también quería poner a prueba tu corazón, Ulla, que inventé ayer la historia sobre Eric Olavsen, que casi te llevó a la muerte, muchacho. ¡Mira que eres loco! Eric Olavsen hace años que

está casado, y te doy la mano de mi hija a ti, Elis, porque, déjame decirlo una vez más, no podría desear un yerno mejor.

Lágrimas de alegría corrieron por las mejillas de Elis. La buena suerte había bajado sobre él de modo tan inesperado que casi le parecía que se trataba de otro dulce sueño. Pehrson Dahlsjoe invitó a todos los mineros a una cena para festejar el acontecimiento. Ulla se vistió con sus mejores ropas y parecía más encantadora que nunca, tanto que todos exclamaban una y otra vez:

—¡Oh, qué hermosa novia consiguió nuestro amigo Elis Froebom! ¡Qué el cielo los bendiga a los dos por su bondad y virtud!

Sin embargo el terror de la noche aún cruzaba el rostro pálido de Elis, y a menudo miraba fijo ante él, como abstraído de lo que lo rodeaba.

—¿Qué te pasa, Elis, querido? —preguntó Ulla, y él le contestó mientras la apretaba contra su pecho:

—Sí, sí, ahora eres mía realmente, y todo está bien.

Pero en medio de su felicidad Elis seguía sintiendo como si una mano de hielo le estrujara el corazón, y le parecía oír que una voz lúgubre le decía: «¿Así que ése es tu mayor ideal: casarte con Ulla? ¡Pobre tonto! ¿Acaso no miraste a la reina en la cara?».

Se sentía abrumado por una angustia indecible; y lo torturaba la idea de que uno de los mineros podía asumir bruscamente proporciones gigantescas, y después, para su terror, vería que se trataba de Torbern que había venido a hacerle recordar el terrible mundo subterráneo de gemas y metales al que él se había entregado. Y sin embargo no podía ver motivos para que aquel viejo fantasmal fuera su enemigo, ni qué relación había entre su pericia como minero y su amor.

Pehrson advirtió la abstracción de Elis, pero la atribuyó a la pena por la que había pasado y a la noche pasada en el pozo. No pasaba lo mismo con Ulla, que sentía un presentimiento secreto y presionaba a su amante para que le contará qué cosa terrible le había pasado para apartarlo tanto de ella. Elis sentía como si se le fuera a reventar el corazón. Se esforzó en vano por hablarle a su amada del rostro maravilloso que se le había revelado en la mina. Era como si un poder desconocido le cerrara los labios por la fuerza, como si la cara imponente de la reina se asomara desde su propio corazón, como si en caso de pronunciar él su nombre todo lo que lo rodeaba fuera a transformarse en piedra opaca, negra, agrietada, como ante la mirada de una horrible cabeza de Medusa. Toda la magnificencia que en la mina lo había inundado de felicidad ahora le parecía un infierno de torturas sin fin, engañosamente embellecido para llevarlo a la ruina.

Pehrson Dahlsjoe le dijo a Elis que se quedara en la casa por uno días, para recobrarse del todo de la enfermedad que parecía haberlo atacado, y durante este tiempo el amor de Ulla, que brillaba fulgurante y límpido en sus ojos inocentes, disipó el recuerdo de la funesta aventura de la mina. Su felicidad lo devolvió a la vida y a la creencia en su buena suerte que, según le parecía, ningún poder maligno podía

perturbar ahora.

Cuando bajó una vez más a la mina, todo le pareció cambiado. Los filones más espléndidos aparecían nítidos ante sus ojos, trabajaba con celo redoblado, olvidado de todo lo demás. Cuando subía a la superficie tenía que pensar en Pehrson Dahlsjoe y su amada, pero el esfuerzo parecía dividirlo en dos. Era como si su yo más auténtico y mejor bajara al centro de la tierra y se quedara allí, en brazos de la reina, mientras él regresaba a su triste vivienda de Falun. Cuando Ulla le hablaba de su amor y de su feliz vida futura juntos, él empezaba a hablar de los esplendores de las profundidades, y de las enormes riquezas que allí yacían, expresándose todo el tiempo en un lenguaje tan extraño e incomprensible que la pobre muchacha se sentía invadida por un miedo opresivo, y no podía explicarse cómo Elis había llegado a cambiar tanto. Elis siempre les contaba al capataz y al propio Pehrson Dahlsjoe cómo había descubierto las vetas más ricas y los mejores filones de *trap*. Y cuando sus hallazgos demostraban ser sólo roca estéril soltaba una risa despectiva y afirmaba que él era realmente el único hombre que comprendía los signos secretos que la reina había grabado en las piedras, y que bastaba con comprenderlos, sin revelar su significado a los demás.

Cuando Elis hablaba con ojos demenciales y ardientes sobre el paraíso que refulgía en las profundidades de la tierra, el viejo capataz lo miraba con tristeza.

—Oh, señor —le susurraba al oído a Pehrson Dahlsjoe— ese terrible Torbern ha embrujado al pobre muchacho.

—No creas en esos cuentos de viejos mineros —contestaba Dahlsjoe—. Lo que pasa es que es uno de esos tipos solemnes de Nerika, y el amor le ha hecho perder la cabeza. Eso es todo. Espera sólo a que se realice la boda, y entonces terminará con sus filones de *trap* y sus tesoros y su paraíso subterráneo.

Al fin llegó el día fijado por Dahlsjoe para la boda. En los días anteriores Elis había estado más silencioso, grave y abstraído que nunca. Pero, por otro lado, nunca había parecido tan enamorado de Ulla como entonces. No podía apartarse de ella ni por un instante, y por lo tanto no había bajado a la mina. Parecía haber olvidado por completo su inquieto entusiasmo por los trabajos mineros, porque sus labios no pronunciaron una sola palabra acerca del reino subterráneo. Ulla sentía una felicidad gloriosa. Había olvidado sus temores acerca de que los poderes amenazantes de las profundidades, que había oído mencionar con frecuencia a los viejos mineros, pudiesen llevar a Elis a la perdición. Y Dahlsjoe, también, le dijo al viejo capataz con una carcajada:

—Ya ves: Elis estaba un poco trastornado por el amor a mi Ulla, nada más.

A primera hora de la mañana del día de la boda —era el Día de San Juan— Elis llamó a la puerta de la novia. Ella abrió y dio un salto atrás, aterrada al verlo, ya con su traje de novio pero mortalmente pálido y con un fuego sombrío en los ojos.

—Querida Ulla —dijo él con voz suave y temblorosa—, quería decirte solamente que estamos a punto de alcanzar la mayor riqueza que pueden tener los hombres sobre la tierra. Me fue revelado anoche. En lo más hondo de la mina, oculta entre

clorita y mica, espera una veta de almandina de reflejos rojos como la sangre, sobre la que está grabada el destino de nuestras vidas, y que debes recibir de mí como regalo de boda. Es más bella que el más espléndido rubí rojo sangre; y cuando estemos unidos por nuestro amor y miremos en sus reflejos luminosos, entonces veremos cómo nuestros corazones han terminado por fundirse en esa veta maravillosa que surge del corazón de la reina en el centro de la tierra. Sólo necesito traer esa piedra a la luz del día; y es lo que haré ahora. Cuídate, querida Ulla. Pronto regresaré.

Ulla le imploró con lágrimas amargas que abandonara aquel proyecto visionario, porque sentía un agudo presentimiento de desastre. Pero Elis Froebom declaró que sin la piedra jamás se sentiría en paz, y que no había posibilidad de peligro. Después abrazó cariñosamente a su amada, y se retiró.

Los invitados ya se habían reunido para acompañar a los novios a la iglesia de Copparberg, donde después de la misa se celebraría la ceremonia nupcial. Un grupo de muchachas con ropas de brillantes colores, que iban a caminar ante la novia, de acuerdo a la costumbre nacional, reían y bromeaban alrededor de Ulla. Los músicos afinaban sus instrumentos y ensayaron una alegre marcha nupcial. Era casi mediodía y seguía sin haber señales de Elis Froebom, cuando de pronto llegaron unos mineros, con el miedo y el horror pintados en sus rostros pálidos, para avisar que acaba de ocurrir un terrible derrumbe, que había destruido todas las galerías de Pehrson Dahlsjoe.

—¡Elis, oh, Elis, has muerto, has muerto! —exclamó Ulla con un grito salvaje, y se desmayó.

Recién entonces Pehrson Dahlsjoe supo, de labios de su capataz, que Elis había bajado por la entrada principal a primera hora de esa mañana. Nadie más había estado en la mina. Porque el capataz y los mineros habían sido invitados todos a la boda; Dahlsjoe y los demás partieron de inmediato, pero todas las búsquedas, incluso con grave riesgo de sus propias vidas, fueron en vano. No encontraron a Elis Froebom. No había dudas de que el derrumbe había sepultado en la roca al desdichado. De ese modo la desolación y el llanto cayeron sobre la casa del bravo Pehrson Dahlsjoe en el momento en que él creía haberse asegurado la paz y el descanso para sus años postreros.

Hacía mucho que Pehrson Dahlsjoe, propietario y supervisor de minas, había muerto; hacía mucho también que su hija Lilla había desaparecido. En Falun nadie los recordaba, y habían pasado unos buenos cincuenta años desde el desafortunado día de boda de Froebom, cuando unos mineros que estaban abriendo un pasaje de comunicación entre dos galerías descubrieron por casualidad, a una profundidad de doscientos setenta metros, tendido en un charco de líquido brillante, el cadáver de un joven minero que, según lo que vieron al sacarlo a la superficie, parecía haberse petrificado.

El joven se veía como si estuviera profundamente dormido, tan frescas y bien conservadas estaban sus facciones, tan impecables sus ropas nuevas de minero, y

hasta las flores que llevaba en el ojal. Cuando lo sacaron de la mina toda la gente de las cercanías lo rodeó. Ninguno de los mineros recordaba que alguno de sus compañeros hubiese quedado atrapado en las galerías, y estaban por llevar el cadáver a Falun cuando una mujer canosa, muy anciana, se acercó trabajosamente sobre sus muletas.

—Es la viejita del Día de San Juan —exclamó uno de los mineros.

Le habían dado ese nombre, porque habían advertido durante muchos años que la mujer se presentaba en cada Día de San Juan y se asomaba al pozo de la mina, estrujándose las manos y gimiendo de un modo lamentable. Después rodeaba la entrada mayor y desaparecía.

En cuanto la anciana vio el cuerpo rígido dejó caer ambas muletas, alzó los brazos al cielo y exclamó con una voz desgarradora:

—¡Oh, Elis Froebom! ¡Elis mío! Mi dulce novio.

Y se arrodilló junto al cadáver, tomó sus manos de piedra y las apretó contra su pecho helado por la edad, en el que aún latía un corazón encendido de amor, así como arde una llama sagrada de petróleo bajo una capa de hielo.

—¡Ay! —exclamó, mirando a los que la rodeaban—. Nadie, ninguno de ustedes reconoce ya a la pobre Ulla Dahlsjoe, que fue la novia feliz de este mozo hace cincuenta años. Cuando, en medio de la pena y la desesperación, me fui a Ornaes, el viejo Torbern me consoló con la promesa de que vería aún una vez más sobre esta tierra a mi Elis, que quedó sepultado entre las rocas en el día de nuestra boda. Por eso he venido aquí año tras año y me he asomado con ojos ansiosos y amantes al pozo de la mina. Y hoy me ha sido otorgada la bendita visión.

¡Oh, Elis mío, mi novio amado!

Abrazó una vez más al joven con sus brazos delgados, como si no quisiera soltarlo nunca, y los hombres que la rodeaban se sintieron profundamente conmovidos. Sus gemidos y sollozos se hicieron cada vez más suaves, hasta apagarse. Los mineros se acercaron y trataron de alzarla en sus brazos. Pero ella había exhalado su último soplo de vida sobre el cuerpo del novio. Entonces los espectadores vieron que el cuerpo sólo había parecido petrificado, porque empezó a convertirse en polvo.

En la iglesia de Copparberg, donde tendría que haberse celebrado la boda cincuenta años antes, enterraron las cenizas de Elis Froebom, y con él el cuerpo de su desdichada novia, que le había sido fiel hasta la muerte.

El Cascanueces y El rey de los ratones

Nussknacher und Mäusseköning (1816)

La Nochebuena

El día 24 de diciembre, los niños del consejero de Sanidad, Stahlbaum, no pudieron entrar en todo el día en el *hall*, y mucho menos en el salón contiguo. Refugiados en una habitación interior estaban Federico y María; la noche se venía encima y les fastidiaba mucho que —cosa corriente en días como aquel— no se ocuparan de ponerles luz. Federico descubrió, diciéndoselo muy callandito a su hermana menor —apenas tenía siete años—, que desde por la mañana muy temprano había sentido ruido de pasos y unos golpecitos en la habitación prohibida. Hacía poco también que se deslizó por el vestíbulo un hombrecillo con una gran caja debajo del brazo, que no era otro sino el padrino Drosselmeier. María palmoteo alegremente, exclamando:

—¿Qué nos habrá preparado el padrino Drosselmeier?

El magistrado Drosselmeier no era precisamente un hombre guapo; bajito y delgado, tenía muchas arrugas en el rostro; en el lugar del ojo derecho llevaba un gran parche negro, y disfrutaba de una enorme calva, por lo cual llevaba una hermosa peluca, que era de cristal y una verdadera obra maestra[71]. Además, el padrino era muy habilidoso; entendía mucho de relojes y hasta sabía hacerlos. Cuando uno de los hermosos relojes de casa de Stahlbaum se descomponía y no daba la hora ni marchaba, se presentaba el padrino Drosselmeier, se quitaba la peluca y el gabán amarillo, se anudaba un delantal azul y comenzaba a pinchar el reloj con instrumentos puntiagudos que a la pequeña María le solían producir dolor pero que no se lo hacían al reloj, sino que le daban vida, y al poco comenzaba a marchar y a sonar, con gran alegría de todos. Siempre que iba llevaba en el bolsillo cosas bonitas para los niños: un hombrecito que movía los ojos y hacía reverencias muy cómicas, una cajita de la que salía un pajarito, u otra cosa. Pero en Navidad siempre preparaba algo artístico, que le había costado mucho trabajo, por lo cual, en cuanto lo veían los niños, lo guardaban cuidadosamente los padres.

—¿Qué nos habrá hecho el padrino Drosselmeier? —repitió María.

Federico opinaba que no debía de ser otra cosa que una fortaleza, en la cual pudiesen marchar y maniobrar muchos soldados, y luego vendrían otros que querrían entrar en la fortaleza, y los de dentro los rechazarían con los cañones, armando mucho estrépito.

—No, no —interrumpía María a su hermano—: el padrino me ha hablado de un hermoso jardín con un gran lago en el que nadaban blancos cisnes con cintas doradas en el cuello, y que cantaban las más lindas canciones. Y luego venía una niñita, que al llegar al estanque llamaba la atención de los cisnes, y les daba mazapán.

—Los cisnes no comen mazapán —repitió Federico, un poco grosero—, y tampoco puede el padrino hacer un jardín grande. La verdad es que tenemos muy

pocos juguetes suyos; en seguida nos los quitan; por eso prefiero los que papá y mamá nos regalan, pues esos nos los dejan para que hagamos con ellos lo que queramos.

Los niños comentaban lo que aquella vez podría ser el regalo. María pensaba que la señorita Trudi —su muñeca grande— estaba muy cambiada, porque, poco hábil como siempre, se caía al suelo a cada paso, sacaba de las caídas bastantes señales en la cara y así era imposible que estuviera limpia. No servían de nada los regaños, por fuertes que fuesen. También se había reído mamá cuando vio que le gustaba tanto la sombrilla nueva de Margarita. Federico pretendía que su cuadra carecía de un alazán y que sus tropas estaban escasas de caballería, y eso su padre lo sabía muy bien. Los niños sabían de sobra que sus papás les habrían comprado toda clase de bonitos regalos, que se ocupaban en colocar; también estaban seguros de que, junto a ellos, el Niño Jesús los miraría con ojos bondadosos, y que los regalos de Navidad esparcían un ambiente de bendición, como si los hubiese tocado la mano divina. A propósito recordaban los niños, que sólo hablaban de esperados regalos, que su hermana mayor, Elisa, les decía que era el Niño Jesús el que les enviaba, por mano de los padres, lo que más les pudiera agradar. Él sabía mucho mejor que ellos lo que les proporcionaría placer, y los niños no debían desear nada, sino esperar tranquila y pacientemente lo que les dieran. La pequeña María se quedó muy pensativa; pero Federico se decía en voz baja:

—Me gustaría mucho un alazán y unos cuantos húsares.

Había oscurecido por completo. Federico y María, muy juntos, no se atrevían a hablar una palabra; les parecía que en derredor suyo unas alas revoloteaban muy suavemente y que a lo lejos se oía una música deliciosa. En la pared se reflejó una gran claridad, lo que hizo suponer a los niños que Jesús ya se había presentado a otros niños felices. En el mismo momento sonó un tañido argentino: «Tilín, tilín». Las puertas se abrieron de par en par y del salón grande salió tal claridad, que los chiquillos exclamaron a gritos: «¡Ah!… ¡Ah!…» y permanecieron como extasiados, sin moverse. El padre y la madre aparecieron en la puerta; tomaron a los niños de la mano y les dijeron: —Venid, venid, queridos, y veréis lo que el Niño Dios os ha regalado.

Los regalos

A ti me dirijo, amable lector u oyente, Federico…, Teodoro…, Ernesto, o como te llames, rogándote que te imagines el último árbol de Navidad, adornado de regalos preciosos; de ese modo, podrás darte exacta cuenta de cómo estaban los niños; quietos, mudos de entusiasmo, con los ojos muy abiertos; y sólo después de transcurrido un buen rato la pequeña María articuló, dando un suspiro:

—¡Qué bonito!… ¡Qué bonito!

Y Federico intentó dar algunos saltos, que le salieron muy bien. Para conseguir aquel momento los niños habían tenido que ser buenos durante todo el año, pues en ninguna ocasión les regalaban cosas tan bonitas como en ésta. El gran árbol, que estaba en el centro de la habitación, tenía muchas manzanas, doradas y plateadas, y figuraban capullos y flores, almendras garapiñadas y bombones envueltos en papeles de colores, y toda clase de golosinas, que colgaban de las ramas. Lo más hermoso del árbol admirable era que en la espesura de sus hojas oscuras ardía una infinidad de lucecitas, que brillaban como estrellas; y mirando hacia él, los niños suponían que los invitaba a tomar sus flores y sus frutos. Junto al árbol, todo brillaba y resplandecía, siendo imposible de explicar la cantidad de cosas maravillosas que se veían. María descubrió una hermosa muñeca, toda clase de utensilios monísimos y, lo que más bonito le pareció, un vestidito de seda adornado con cintas de colores, que estaba colgado de manera que se le veía desde todas partes, haciéndole repetir:

—¡Qué vestido tan bonito!… ¡Qué precioso!… Y de seguro que me permitirán que me lo ponga.

Entretanto, Federico ya había dado dos o tres veces la vuelta alrededor de la mesa para probar el nuevo alazán que encontrara en ella. Al apearse nuevamente, pretendía que era un animal salvaje, pero que no le importaba y que en él haría la guerra con los escuadrones de húsares, que aparecían muy nuevecitos, con sus trajes dorados y amarillos, sus armas plateadas y montados en sus caballos blancos, que parecían asimismo de plata pura.

Los niños, algo más tranquilos, se dedicaron a mirar los libros de estampas que, abiertos, exponían ante su vista una colección de dibujos de flores, de figuras humanas y de animales, tan bien hechos que parecía iban a hablar; con ellos pensaban seguir entretenidos, cuando volvió a sonar la campanilla. Aún quedaba por ver el regalo del padrino Drosselmeier, y apresuradamente se dirigieron los chiquillos a una mesa que estaba junto a la pared. En seguida desapareció el gran paraguas bajo el cual se ocultaba hacía tanto tiempo, y ante la curiosidad de los niños apareció una maravilla. En una pradera, adornada con lindas flores se alzaba un castillo, con ventanas de espejo y torres doradas. Se oyó una música de campanas, y las puertas y las ventanas se abrieron, dejando ver una multitud de damas y caballeros, chiquitos

pero bien proporcionados, con sombreros de plumas y trajes de cola, que se paseaban por los salones. En el central, que parecía estar ardiendo —tal era la iluminación de las lucecillas de las arañas doradas—, bailaban unos cuantos niños, con camisitas cortas y enagüitas, siguiendo los acordes de la música de las campanas. Un caballero, envuelto en una capa esmeralda, se asomaba de vez en cuando a una ventana, miraba hacia fuera y volvía a desaparecer, en tanto que el mismo padrino Drosselmeier, aunque de tamaño como el dedo pulgar de papá, estaba a la puerta del castillo y penetraba en él. Federico, con los brazos apoyados en la mesa, contempló largo rato el castillo y las figuritas, que bailaban y se movían de un lado para otro; luego dijo:

—Padrino Drosselmeier, déjame entrar en el castillo.

El magistrado le convenció de que aquello no podía ser. Tenía razón, y parecía mentira que a Federico se le ocurriera la tontería de querer entrar en un castillo que, contando con las torres y todo, no era tan alto como él. En seguida se convenció. Después de un rato, como las damas y los caballeros seguían paseando siempre de la misma manera, los niños bailando de igual modo, el hombrecillo de la capa esmeralda asomándose a la misma ventana a mirar y el padrino Drosselmeier entrando por aquella puerta, Federico, impaciente, dijo:

—Padrino, sal por la otra puerta que está más arriba.

—No puede ser, querido Federico —respondió el padrino.

—Entonces —repuso Federico— que el hombrecillo verde se pasee con el otro.

—Tampoco puede ser —respondió de nuevo el magistrado.

—Pues que bajen los niños; quiero verlos más de cerca —exclamó Federico.

—Vaya, tampoco puede ser —dijo el magistrado, un poco molesto—; el mecanismo tiene que quedarse como está.

—¿Lo mismo?… —preguntó Federico en tono de aburrimiento—. ¿Sin poder hacer otra cosa? Mira, padrino, si tus almibarados personajes del castillo no pueden hacer más que la misma cosa siempre, no sirven para mucho y no vale la pena asombrarse. No; prefiero mis húsares, que maniobran hacia adelante y hacia atrás, según mi deseo, y no están encerrados.

Y saltó en dirección de la otra mesa, haciendo que sus escuadrones trotasen y diesen la vuelta y cargaran y dispararan a su gusto. También María se deslizó en silencio fuera de allí, pues, lo mismo que a su hermano, le cansaba el ir y venir sin interrupción de las muñequitas del castillo; pero como era más prudente que Federico, no lo dejó ver tan a las claras. El magistrado Drosselmeier, un poco ofendido, dijo a los padres:

—Estas obras artísticas no son para niños ignorantes; voy a volver a guardar mi castillo.

La madre le pidió que le enseñara la parte interna del mecanismo que hacía moverse de un modo tan perfecto a todas aquellas muñequitas. El padrino lo desarmó todo y lo volvió a armar. Con aquel trabajo recobró su buen humor, y regaló a los niños unos cuantos hombres y mujeres pardos, con los rostros, los brazos y las

piernas dorados. Eran de Thorn[72] y tenían el olor agradable y dulce del alajú, de lo cual Federico y María se alegraron mucho. Luisa, la hermana mayor, se había puesto, por mandato de su madre, el traje nuevo que le regalaran, y María, cuando se tuvo que poner el suyo también, quiso contemplarlo un rato más, cosa que se le permitió de buen grado.

El protegido

María se quedó parada delante de la mesa de los regalos, en el preciso momento en que ya se iba a retirar, por haber descubierto una cosa que hasta entonces no había visto. A través de la multitud de húsares de Federico, que formaban en parada junto al árbol, se veía un hombrecillo, que modestamente se escondía como si esperase a que le llegara el turno. Mucho habría que decir de su tamaño, pues, según se le veía, el cuerpo, largo y fuerte, estaba en abierta desproporción con las piernas, delgadas, y la cabeza resultaba, asimismo, demasiado grande. Su manera de vestir era la de un hombre de posición y gusto. Llevaba una chaquetilla de húsar de color violeta vivo con muchos cordones y botones, pantalones del mismo estilo y unas botas de montar preciosas, de lo mejor que se puede ver en los pies de un estudiante, y mucho más en los de un oficial. Ajustaban tan bien a las piernecillas como si estuvieran pintadas. Resultaba sumamente cómico que con aquel traje tan marcial llevase una capa escasa, mal cortada, que parecía de madera, y una montera de gnomo; al verlo pensó María que también el padrino Drosselmeier usaba un traje de mañana muy malo y una gorra impropia y, sin embargo, era un padrino encantador. También se le ocurrió a María que el padrino tenía una expresión tan amable como el hombrecillo, aunque no era tan guapo. Mientras María contemplaba al hombrecillo, que desde el primer momento le había sido simpático, fue descubriendo los rasgos de bondad que aparecían en su rostro. Sus ojos verde claro, grandes y un poco parados, expresaban agrado y bondad. Le iba muy bien la barba corrida, de algodón, que hacía resaltar la sonrisa amable de su boca.

—Papá —exclamó María al fin—, ¿a quién pertenece ese hombrecillo que está colgado del árbol?

—Ése, hija mía —respondió el padre—, ha de trabajar para todos partiendo nueces, y, por tanto, pertenece a Luisa, lo mismo que a Federico y a ti.

El padre lo cogió y, levantándole la capa, abrió una gran boca, mostrando dos hileras de dientes blancos y afilados. María le metió una nuez, y… ¡crac!…, el hombre mordió y las cáscaras cayeron, dejando entre las manos de María la nuez limpia. Entonces, todos supieron que el hombrecillo pertenecía a la clase de los partidores y que ejercía la profesión de sus antepasados. María palmoteo alegremente, y su padre le dijo:

—Puesto que el amigo Cascanueces te gusta tanto, puedes cuidarle, sin perjuicio, como ya te he dicho, de que Luisa y Federico lo utilicen con el mismo derecho que tú.

María lo tomó en brazos, le hizo partir nueces; pero buscaba las más pequeñas para que el hombrecillo no tuviese que abrir demasiado la boca, que no le convenía nada. Luisa lo utilizó también, y el amigo partidor partió una porción de nueces para

todos, riéndose siempre con su sonrisa bondadosa. Federico, que ya estaba cansado de tanta maniobra y ejercicio y oyó el chasquido de las nueces, fue junto a sus hermanas y se rió mucho del grotesco hombrecillo, que pasaba de mano en mano sin cesar de abrir y cerrar la boca con su ¡crac!, ¡crac! Federico escogía siempre las mayores y más duras, y una vez que le metió en la boca una enorme, ¡crac!, ¡crac!…, tres dientes se le cayeron al pobre partidor, quedándosele la mandíbula inferior suelta y temblona.

—¡Pobrecito Cascanueces! —exclamó María a gritos, quitándoselo a Federico de las manos.

—Es un estúpido y un tonto —dijo Federico—; quiere ser partidor y no tiene las herramientas necesarias ni sabe su oficio. Dámelo, María; tiene que partir nueces hasta que yo quiera, aunque se quede sin todos los dientes y hasta sin la mandíbula superior, para que no sea holgazán.

—No, no —contestó María llorando—; no te daré mi querido Cascanueces; mírale cómo me mira dolorido y me enseña su boca herida. Eres un cruel, que siempre estás dando latigazos a tus caballos y te gusta matar a los soldados.

—Así tiene que ser; tú no entiendes de eso —repuso Federico—, y el Cascanueces es tan tuyo como mío; conque dámelo.

María comenzó a llorar a lágrima viva, y envolvió cuidadosamente al enfermo Cascanueces en su pañuelo. Los padres acudieron al alboroto con el padrino Drosselmeier, que desde luego se puso de parte de Federico. Pero el padre dijo:

—He puesto a Cascanueces bajo el cuidado de María, y como al parecer lo necesita ahora, le concedo pleno derecho sobre él, sin que nadie tenga que decir una palabra. Además, me choca mucho que Federico pretenda que un individuo inutilizado en el servicio continúe en la línea activa. Como buen militar, debe saber que los heridos no forman nunca.

Federico, avergonzado, desapareció, sin ocuparse más de las nueces ni del partidor, y se fue al otro extremo de la mesa, donde sus húsares, después de haber recorrido los puestos avanzados, se retiraron al cuartel. María recogió los dientes perdidos de Cascanueces, le puso alrededor de la barbilla una cinta blanca, que había quitado de un vestido suyo, y luego envolvió en su pañuelo con más cuidado aún, al pobre mozo, que estaba muy pálido y asustado. Así lo sostuvo en sus brazos, meciéndolo como a un niño, mientras miraba las estampas de uno de los nuevos libros que les regalaran. Se enfadó mucho, cosa poco frecuente en ella, cuando el padrino Drosselmeier, riéndose, le preguntó cómo podía ser tan cariñosa con un individuo tan feo. El parecido con su padrino, que le saltara a la vista desde el principio, se le hizo más patente aún, y dijo muy seria:

—Quién sabe, querido padrino, si tú también te vistieses como el muñequito y te pusieses sus botas brillantes si estarías tan guapo como él.

María no supo por qué sus padres se echaron a reír con tanta gana y por qué al magistrado se le pusieron rojas las narices y no se rió ya tanto como antes.

Seguramente habría una razón para ello.

Prodigios

En el gabinete del consejero de Sanidad, según se entra a mano izquierda, en el lienzo de pared más grande, se halla un armario alto de cristales, en el que los niños colocan las cosas bonitas que les regalan todos los años. Era muy pequeña Luisa cuando su padre lo mandó hacer a un carpintero famoso, el cual le puso unos cristales tan claros y, sobre todo, supo arreglarlo tan bien, que lo que se guarda en él resulta más limpio y más bonito que cuando se tiene en la mano. En la tabla más alta, a la que no alcanzaban María ni Federico, se guardaban las obras de arte del padrino Drosselmeier; en la inmediata, los libros de estampas; las dos inferiores se reservaban para que Federico y María las llenasen a su gusto, y siempre ocurría que la más baja se ocupaba con la casa de las muñecas de María y la otra superior servía para cuartel de las tropas de Federico.

En la misma forma quedaron el día a que nos referimos, pues mientras Federico acondicionaba arriba a sus húsares, María colocaba en la habitación, amueblada con gusto, y junto a la señorita Trudi, a la elegante muñeca nueva, convidándose con ellas a tomar una golosina. He dicho que el cuarto estaba amueblado con gusto y creo que tengo razón, y no sé si tú, atenta lectora María, al igual que la pequeña Stahlbaum —me figuro que estás enterada de que se llamaba María—, tendrás, como ésta, un alegre sofá de flores, varias sillitas preciosas, una mesa de té monísima y, lo más bonito de todo, una camita reluciente, en la que descansaban las muñecas más lindas. Todo esto estaba en el rincón del armario, cuyas paredes aparecían tapizadas con estampas, y puedes figurarte que en tal cuarto la muñeca nueva, que, como María supo aquella misma noche, se llamaba señorita Clarita, se encontraría muy a gusto.

Era ya muy tarde, casi media noche; el padrino Drosselmeier se había marchado hacía rato, y los niños no se decidían aún a separarse del armario de cristales, a pesar de que la madre les había dicho repetidas veces que era hora de irse a la cama.

—Es cierto —exclamó al fin Federico—; los pobres infelices —se refería a sus húsares— necesitaban también descansar, y mientras yo esté aquí estoy seguro de que no se atreven a dar ni una cabezada.

Y al decir esto se retiró.

María, en cambio, rogó:

—Mamaíta, déjame un ratito más; sólo un ratito. Aún tengo mucho que arreglar; en cuanto lo haga, te prometo que me voy a la cama.

María era una niña muy responsable, y la madre podía dejarla sin cuidado alguno con los juguetes. Para que María, embebida con la muñeca nueva y los demás juguetes, no se olvidase de las luces que ardían junto al armario, la madre las apagó todas, dejando solamente encendida la lámpara colgada que había en el centro de la habitación, que difundía una luz tamizada.

—Acuéstate en seguida, querida María; si no, mañana no podrás levantarte a tiempo —dijo la madre, desapareciendo para irse al dormitorio.

En cuanto María se quedó sola, se dirigió decididamente a hacer lo que tenía en el pensamiento y que, sin saber por qué, había ocultado a su madre. Todo el tiempo llevaba en brazos al pobre Cascanueces herido, envuelto en su pañuelo. En este momento le dejó con cuidado sobre la mesa; le quitó el pañuelo y miró las heridas. Cascanueces estaba muy pálido, pero seguía sonriendo amablemente, lo cual conmovió a María.

—Cascanuecitas mío —exclamó muy bajito—, no te disgustes por lo que mi hermano Federico te ha hecho; no ha creído que te haría tanto daño, pero es que se ha hecho un poco cruel con tanto jugar a los soldados; por lo demás, es buen chico, te lo aseguro. Yo te cuidaré lo mejor que pueda hasta que estés completamente bien y contento; te pondré en tu sitio tus dientecitos; los hombros te los arreglará el padrino Drosselmeier, que entiende de esas cosas.

No pudo continuar María, pues en cuanto nombró al padrino Drosselmeier, Cascanueces hizo una mueca de disgusto y de sus ojos salieron chispas como pinchos ardiendo. En el momento en que María se sentía asustada, ya tenía el buen Cascanueces su rostro sonriente, que la miraba, y se dio cuenta de que el cambio que había sufrido se debía sin duda a la luz difusa de la lámpara.

—¡Qué tonta soy asustándome así y creyendo que un muñeco de madera puede hacerme gestos! Cascanueces me gusta mucho, por lo mismo que es tan cómico, y a un tiempo tan agradable, y por eso he de cuidarlo como se merece.

María tomó en sus brazos a Cascanueces, se acercó al armario de cristales, se agachó delante de él y dijo a la muñeca nueva:

—Te ruego encarecidamente, señorita Clara, que dejes la cama al pobre Cascanueces herido y te arregles como puedas en el sofá. Pienso que tú estás buena y sana —pues si no, no tendrías esas mejillas tan redondas y tan coloradas— y que pocas muñecas, por muy bonitas que sean, tendrán un sofá tan blando.

La señorita Clara, muy compuesta con su traje de Navidad, se quedó un poco contrariada y no dijo esta boca es mía.

—Eso lo hago por cumplir —dijo María.

Y sacó la cama, colocó en ella con cuidado a Cascanueces, le lió un par de cintas más de otro vestido suyo por los hombros y lo tapó hasta las narices.

—No quiero que se quede cerca de la desconsiderada Clarita —dijo para sí.

Y sacó la cama con su paciente, poniéndola en la tabla superior, cerca del lindo pueblecito donde estaban acantonados los húsares de Federico. Cerró el armario y dirigió sus pasos hacia su cuarto, cuando…, escuchad bien, niños…, comenzó a oír un ligero murmullo, muy ligero, y un ruido detrás de la estufa, de las sillas, del armario. El reloj de pared andaba cada vez con más ruido, pero no daba la hora. María lo miró, y vio que el búho que estaba encima había dejado caer las alas, cubriendo con ellas todo el reloj, y tenía la cabeza de gato, con su pico ganchudo,

echada hacia delante. Y, cada vez más fuerte, decía: «¡Tac, tac, tac!; todo debe sonar con poco ruido…; el rey de los ratones tiene un oído muy sutil…; ¡tac, tac, tac!, cantadle la vieja cancioncilla…; suena, suena, campanita, suena doce veces».

María, toda asustada, quiso echar a correr, cuando vio al padrino Drosselmeier, que estaba sentado encima del reloj en lugar del gran búho, con su gabán amarillo extendido sobre el reloj como si fueran dos alas; y haciendo un esfuerzo dijo:

—Padrino Drosselmeier, padrino Drosselmeier, ¿qué haces ahí arriba? ¡Bájate y no me asustes!

Entonces se oyó pitar y chillar locamente por todas partes, y un correr de piececillos pequeños detrás de las paredes, y miles de lucecitas cuyo resplandor asomaba por todas las rendijas. Pero no, no eran luces: eran ojitos brillantes; y María advirtió que de todos los rincones asomaban ratoncillos, que trataban de abrirse camino hacia fuera. Al momento comenzó a oírse por la habitación un trotecillo, y aparecieron multitud de ratones, que fueron a colocarse en formación, como Federico solía colocar a sus soldados cuando los sacaba para alguna batalla.

María avanzó muy resuelta, y como quería no tener el pánico de otros niños a los ratones, trató de vencer el miedo; pero empezó a oírse tal estrépito de silbidos y gritos que sintió por la espalda un frío de muerte. ¡Y lo que vio, Dios mío!

Estoy seguro, querido lector, de que tú, lo mismo que el general Federico Stahlbaum, tienes el corazón en su sitio; pero si hubieras visto lo que vio María, de fijo que habrías echado a correr, y mucho me equivoco si no te metes en la cama y te tapas hasta las orejas. La pobre María no pudo hacerlo porque… escucha, lector…: bajo sus pies mismos salieron, como empujados por una fuerza subterránea, la arena y la cal y los ladrillos hechos pedazos y siete cabezas de ratón, con sus coronitas, surgieron del suelo chillando y silbando. Al momento apareció el cuerpo a que pertenecían las siete coronadas cabecitas, y el ratón grande con siete diademas gritó con gran entusiasmo, vitoreando tres veces al ejército, que se puso en movimiento y se dirigió al armario, sin ocuparse de María, que estaba pegada a la puerta de cristales.

El miedo le hacía latir el corazón a María de modo que creyó iba a salírsele del pecho y morirse de repente, y ahora le parecía que en sus venas se paralizaba la sangre. Medio sin sentido retrocedió, y oyó un chasquido…: ¡prr…, prr…!; la puerta de cristales en que apoyaba el hombro cayó al suelo rota en mil pedazos. En el mismo instante, sintió un gran dolor en el brazo izquierdo, pero se le quitó un gran peso de encima al advertir que ya no oía los gritos y los silbidos; todo había quedado en silencio, y aunque no se atrevía a mirar; le parecía que los ratones, asustados con el ruido de los cristales rotos, se habían metido en sus agujeros.

¿Qué sucedió después? Detrás de María, en el armario, empezó a sentirse jaleo y unas vocecillas finas empezaron a decir: «¡Arriba…, arriba…!; vamos a la batalla… esta noche precisamente…; ¡arriba…, arriba…, a las armas!». Y escuchó un acorde armónico de campanas.

—¡Ah! —pensó María—. Es mi juego de campanas.

Entonces vio que dentro del armario había gran revuelo y mucha luz y un ir y venir apresurado. Varias muñecas corrían de un lado para otro, levantando los brazos en alto.

De pronto, Cascanueces se incorporó, echó abajo las mantas y, saltando de la cama, se puso de pie en el suelo.

—¡Crac…, crac…, crac!…; estúpidos ratones…, cuánta tontería…; ¡crac…, crac! …; partida de ratones…; ¡crac…, crac!…, todo tontería.

Y diciendo estas palabras y blandiendo una espadita, dio un salto en el aire, y añadió:

—Vasallos y amigos míos, ¿queréis ayudarme en la dura lucha?

En seguida respondieron tres Escaramuzas y un Pantalón[73], cuatro Deshollinadores, dos Citaristas y un Tambor:

—Sí, señor, nos unimos a vos con fidelidad; con vos iremos a la muerte, a la victoria, a la lucha.

Y se lanzaron hacia el entusiasmado Cascanueces, que se atrevió a intentar el salto peligroso desde la tabla de arriba al suelo. Los otros se echaron abajo con facilidad, pues no sólo llevaban trajes de paño y seda, sino que, como estaban rellenos de algodón y de paja, cayeron como sacos de lana. Pero el pobre Cascanueces se hubiera roto los brazos y las piernas —porque desde donde él estaba al suelo había más de dos pies y su cuerpo era frágil, como hecho de madera de tilo— si en el momento que saltó, la señorita Clarita no se hubiera levantado rápidamente del sofá para recibir en sus brazos al héroe con la espada desnuda.

—¡Ah, buena Clarita! —susurró María—. ¡Cómo me he equivocado en mi juicio respecto de ti! Seguramente que dejaste tu cama al pobre Cascanueces con mucho gusto.

La señorita Clara decía, mientras estrechaba contra su pecho al joven héroe:

—¿Queréis, señor, herido y enfermo como estáis, exponernos a los peligros de una lucha? Mirad cómo vuestros fieles vasallos se preparan y, seguros de la victoria, se reúnen alegres. Escaramuza, Pantalón, Deshollinador, Citarista y Tambor ya están abajo, y las figuras del escudo que está en esta tabla ya se están moviendo. Quedaos, señor, a descansar en mis brazos, o, si queréis, desde mi sombrero de plumas podéis contemplar la marcha de la batalla.

Así habló Clarita; pero Cascanueces se mostró muy molesto y pataleó de tal modo que Clara no tuvo más remedio que dejarlo en el suelo. En el mismo momento, con una rodilla en tierra, dijo muy respetuoso:

—¡Oh, señora! Siempre recordaré en la pelea vuestro favor y vuestra gracia.

Clarita se inclinó tanto que lo pudo coger por los brazos, y lo levantó en alto; se desató el cinturón, adornado de lentejuelas, y quiso ponérselo al hombrecillo, el cual, echándose atrás dos pasos, con la mano sobre el pecho, dijo muy digno:

—Señora, no os molestéis en demostrarme de ese modo vuestro favor, pues…

Se calló, suspiró profundamente, se desató rápidamente la cintita con que María le vendara los hombros, la apretó contra los labios, se la colgó a modo de bandolera y se lanzó, blandiendo la pequeña espada desnuda, ágil y ligero como un pajarillo, por encima de las molduras del armario al suelo.

Habréis advertido, queridos lectores, que Cascanueces apreciaba todo el amor y la bondad que María le demostraba, y por ello no había aceptado la cinta de Clarita, aunque era muy vistosa y elegante, prefiriendo llevar como divisa la cintita de María.

¿Qué ocurrió después? En cuanto Cascanueces estuvo en el suelo, volvió a comenzar el ruido de silbidos y gritos agudos. Debajo de la mesa se agrupaba el ejército innumerable de ratones, y de entre ellos sobresalía el asqueroso de siete cabezas. ¿Qué iba a ocurrir?

La batalla

—¡Toca generala, vasallo Tambor! —exclamó Cascanueces en alta voz.

E inmediatamente comenzó Tambor a redoblar de una manera artística, haciendo que retemblasen los cristales del armario.

Entonces se oyeron crujidos y chasquidos, y María vio que la tapa de la caja en que Federico tenía acuarteladas sus tropas saltaba de repente, y todos los soldados se echaban a la tabla inferior, donde formaron un brillante cuerpo de ejército.

Cascanueces iba de un lado para otro, animando a las tropas con sus palabras.

—No se mueve ni un perro de Trompeta —exclamó de pronto irritado.

Y volviéndose hacia Pantalón, que algo pálido balanceaba su larga barbilla, dijo:

—General, conozco su valor y su pericia; ahora necesitamos un golpe de vista rápido y aprovechar el momento oportuno; le confío el mando de la caballería y la artillería reunidas; usted no necesita caballo, pues tiene las piernas largas y puede fácilmente galopar con ellas. Obre según su criterio.

En el mismo instante, Pantalón se metió los secos dedos en la boca y sopló con tanta fuerza que sonó como si tocasen cien trompetas. En el armario se sintió relinchar y cocear, y los coraceros y los dragones de Federico, y en particular los flamantes húsares, se pusieron en movimiento, y a poco estuvieron en el suelo.

Regimiento tras regimiento desfilaron con bandera desplegada y música ante Cascanueces y se colocaron en fila, atravesados en el suelo del cuarto. Delante de ellos, aparecieron los cañones de Federico rodeados de sus artilleros, y pronto se oyó el ¡bum…, bum!, y María pudo ver cómo las grajeas llovían sobre los compactos grupos de ratones, que, cubiertos de blanca pólvora, se sentían verdaderamente avergonzados. Una batería, sobre todo, que estaba atrincherada bajo el taburete de mamá, les causó grave daño tirando sin cesar granos de pimienta sobre los ratones, causándoles bastantes bajas.

Los ratones, sin embargo, se acercaron más y más, y llegaron a rodear algunos cañones; pero siguió el ¡brr…, brr!…, y María quedó ciega de polvo y de humo y apenas pudo darse cuenta de lo que sucedía. Lo cierto era que cada ejército peleaba con el mayor denuedo y que durante mucho tiempo la victoria estuvo indecisa. Los ratones desplegaban masas cada vez más numerosas, y sus pildoritas plateadas, disparadas con maestría, llegaban hasta dentro del armario. Desesperadas, corrían Clarita y Trudi de un lado para otro, retorciéndose las manitas.

—¿Tendré que morir en plena juventud, yo, la más bonita de las muñecas? —decía Clarita.

—¿Me ha conservado tan bien para sucumbir entre cuatro paredes? —exclamaba Trudi.

Y cayeron una en brazos de la otra, llorando con tales lamentos que a pesar del

ruido se las oía perfectamente.

No te puedes hacer una idea del espectáculo, querido lector. Sólo se escuchaba ¡brr…, brr!…; ¡pii…, pii!…; ¡tan, tan, rataplán!…; ¡bum…, bum…, burrum!…, y gritos y chillidos de los ratones y de su rey; y luego la voz potente de Cascanueces, que daba órdenes al frente de los batallones que tomaban parte en la pelea.

Pantalón ejecutó algunos ataques prodigiosos de caballería, cubriéndose de gloria; pero los húsares de Federico fueron alcanzados por algunas balas malolientes de los ratones, que les causaron manchas en sus flamantes chaquetillas rojas, por cuya razón no estaban dispuestos a seguir adelante. Pantalón los hizo maniobrar hacia la izquierda, y, en el entusiasmo del mando, siguió la misma táctica con los coraceros y los dragones; así que, todos dieron media vuelta y se dirigieron hacia casa. Entonces quedó en peligro la batería apostada debajo del taburete, y en seguida apareció un gran grupo de feos ratones, que la rodeó de tal modo que el taburete, con los cañones y los artilleros, cayeron en su poder. Cascanueces, muy contrariado, dio la orden al ala derecha de que hiciese un movimiento de retroceso.

Tú sabes, querido lector entendido en cuestiones guerreras, que tal movimiento equivale a una huida, y, por tanto, te das cuenta exacta del descalabro del ejército del protegido de María, del pobre Cascanueces. Aparta la vista de esta desgracia y dirígela al ala izquierda, donde todo está en su lugar y hay mucho que esperar del general y de sus tropas. En lo más encarnizado de la lucha, salieron de debajo de la cómoda, con mucho sigilo, grandes masas de caballería ratonil, y con gritos estridentes y denodado esfuerzo se lanzaron contra el ala izquierda del ejército de Cascanueces, encontrando una resistencia que no esperaban. Despacio, como lo permitían las dificultades del terreno, ya que tenían que pasar las molduras del armario, fue conducido el cuerpo de ejército por dos emperadores chinos y formó el cuadro.

Estas tropas valerosas y pintorescas, pues en ellas figuraban jardineros, tiroleses, peluqueros, arlequines, cupidos, leones, tigres, macacos y monos, lucharon con espíritu, valor y resistencia. Con espartana valentía, alejó este batallón elegido la victoria del enemigo, cuando un jinete temerario, penetrando con audacia en las filas, cortó la cabeza de uno de los emperadores chinos, y éste, al caer, arrastró consigo a dos tiroleses y un macaco. Se abrió entonces una brecha por la que penetró el enemigo y destrozó a todo el batallón. Poca ventaja, sin embargo, sacó aquel de esta hazaña. En el momento en que uno de los jinetes del ejército ratonil, ansioso de sangre, atravesaba a un valiente contrario, recibió un golpe en el cuello con un cartel escrito que le produjo la muerte. ¿Sirvió de algo al ejército de Cascanueces, que retrocedió una vez y tuvo que seguir retrocediendo, perdiendo gente, hasta que se quedó sólo el jefe con unos cuantos delante del armario?

—¡Adelante las reservas! Pantalón…, Escaramuza…, Tambor…, ¿dónde estáis?

Así clamaba Cascanueces, que esperaba refuerzos para que le sacaran de delante del armario.

Se presentaron unos cuantos hombres y mujeres de Thorn, con rostros dorados y sombreros y yelmos, pero pelearon con tanta impericia, que no lograron hacer caer a ningún enemigo, y no tardaron mucho en arrancar la capucha de la cabeza al mismo general Cascanueces. Los cazadores enemigos les mordieron las piernas, haciéndoles caer y arrastrar consigo a algunos de los compañeros de armas de Cascanueces.

Cascanueces estaba rodeado por el enemigo, en el mayor apuro. Quiso saltar por encima de las molduras del armario, pero sus piernas resultaban demasiado cortas. Clarita y Trudi estaban desmayadas y no podían presentarle ayuda. Húsares, dragones, saltaban alegremente a su lado. Entonces, desesperado, gritó:

—¡Un caballo…, un caballo…; un reino por un caballo!

En aquel momento, dos tiradores enemigos lo cogieron por la capa y en triunfo, chillando por siete gargantas, apareció el rey de los ratones. María no se pudo contener:

—¡Pobre Cascanueces! —exclamó sollozando.

Sin saber a punto fijo lo que hacía, cogió su zapato izquierdo y lo tiró con fuerza al grupo compacto de ratones, en cuyo centro se hallaba su rey. De pronto desapareció todo, y María sintió un dolor, más agudo aún que el de antes en el brazo izquierdo, y cayó al suelo sin sentido.

La enfermedad

Cuando María despertó de su profundo sueño, estaba en su camita, el sol entraba alegremente en el cuarto por la ventana cubierta de hielo. Junto a ella, estaba sentado un señor desconocido, que luego vio, era el cirujano Wendelstern, que, en voz baja, decía:

—Ya despierta.

Se acercó entonces la madre y la miró con ojos asustados.

—Querida mamaíta —murmuró la pequeña María—, ¿se han marchado ya todos los asquerosos ratones y está salvado el bueno de Cascanueces?

—No digas tonterías, querida niña —respondió la madre—. ¿Qué tienen que ver los ratones con el Cascanueces? Tú, por ser mala, nos has dado un susto de primera. Eso es lo que ocurre cuando los niños son caprichosos y no obedecen a sus padres. Te quedaste anoche jugando con las muñecas hasta muy tarde. Tendrías sueño, y quizá algún ratón, aunque no los suele haber en casa, te asustó, y te diste contra uno de los cristales del armario, rompiéndolo y cortándote en el brazo de tal manera, que el doctor Wendelstern, que te acaba de sacar los cristalitos de la herida, creía que si te hubieras cortado una vena te quedarías con el brazo sin movimiento o que podías haberte desangrado. A Dios gracias, yo me desperté a media noche y te eché de menos, y me levanté, dirigiéndome al gabinete. Allí te encontré, junto al armario, desmayada y sangrando. Por poco me desmayo yo también del susto. A tu alrededor vi una porción de los soldados de tu hermano, y otros muñecos rotos, hombrecillos de pasta, banderas hechas pedazos y al Cascanueces, que yacía sobre tu brazo herido, y, no lejos de ti, tu zapato izquierdo.

—¡Ay, mamaíta, mamaíta! —exclamó María—. ¿No ven ustedes que ésas son las señales de la gran batalla habida entre los muñecos y los ratones? Y lo que más me asustó fue que los últimos querían llevarse prisionero a Cascanueces, que mandaba el ejército de los muñecos. Entonces fue cuando yo tiré mi zapato en medio del grupo de ratones, y no sé lo que ocurrió después.

El doctor Wendelstern guiñó un ojo a la madre, y ésta dijo con mucha suavidad:

—Bueno, déjalo estar, querida María. Tranquilízate: los ratones han desaparecido y Cascanueces está sano y salvo en el armario.

En el cuarto entró el consejero de Sanidad y habló largo rato con el doctor Wendelstern; luego tomó el pulso a María, que oyó perfectamente que decían «algo de fiebre traumática». Tuvo que permanecer en la cama y tomar medicinas durante varios días, a pesar de que, aparte de algunos dolores en el brazo, se encontraba bastante bien. Supo que Cascanueces salió ileso de la batalla, y le pareció que en sueños se presentaba delante de ella y con voz clara, aunque melancólica, le decía: «María, querida señora, mucho le debo, pero aún puede usted hacer más por mí».

María daba vueltas en su cabeza qué podía ser aquello, sin lograr dar solución al enigma.

María no podía jugar a causa del brazo herido, y, por tanto, se entretenía en hojear libros de estampas; pero veía una porción de chispitas raras y no aguantaba mucho tiempo aquella ocupación. Las horas se hacían larguísimas y esperaba impaciente que anocheciese, porque entonces su madre se sentaba a su cabecera y le leía o le contaba cosas bonitas. Acababa su madre de contarle la historia del príncipe Faccardín[74] cuando se abrió la puerta y apareció el padrino Drosselmeier diciendo:

—Quiero ver cómo sigue la herida y enferma María.

En cuanto esta vio al padrino con su gabán amarillo, recordó la imagen de aquella noche en que Cascanueces perdió la batalla contra los ratones y, sin poder contenerse, dijo, dirigiéndose al magistrado:

—Padrino Drosselmeier, ¡qué feo estabas! Te vi perfectamente cuanto te sentaste encima del reloj y lo cubriste con tus alas de modo que no podía dar la hora, porque entonces los ratones se habrían asustado, y oí cómo llamabas al rey. ¿Por qué no acudiste en mi ayuda y en la de Cascanueces, padrino malo y feo? Tú eres el culpable de que yo me hiriera y de que tenga que estar en la cama.

La madre preguntó muy asustada:

—¿Qué es eso, María?

Pero el padrino Drosselmeier hizo un gesto extraño y, con voz estridente y monótona, comenzó a decir incoherencias que semejaban una canción en la que intervenían los relojes y los muñecos y los ratones.

María miraba al padrino con los ojos muy abiertos, encontrándolo aún más feo que nunca, balanceando el brazo derecho como una marioneta. Seguramente se habría asustado ante el padrino si no está presente la madre y si Federico, que entró en silencio, no lanza una sonora carcajada y dice:

—Padrino Drosselmeier, hoy estás muy gracioso; te pareces al muñeco que tiré hace tiempo detrás de la chimenea.

La madre, muy seria, dijo a su vez:

—Querido magistrado, es una broma un poco pesada. ¿Qué quiere usted decir con todo eso?

—¡Dios mío! —respondió riendo el padrino—. ¿No conoce usted mi canción del reloj? Siempre se la canto a los enfermos como María.

Y, sentándose a la cabecera de la cama, dijo:

—No te enfades conmigo porque no sacara al rey de los ratones los catorce ojos; no podía ser. En cambio, voy a darte una gran alegría.

El magistrado se metió la mano en el bolsillo y sacó… el Cascanueces, al que había colocado los dientecillos perdidos y arreglado la mandíbula.

María lanzó una exclamación de alegría, y la madre dijo riendo:

—¿Ves tú qué bueno ha sido el padrino con tu Cascanueces?

—Pero tienes que convenir conmigo, María —interrumpió el magistrado—, que

Cascanueces no posee una gran figura y que tampoco tiene nada de guapo. Si quieres oírme, te contaré la razón de que en su familia exista y se herede tal fealdad. Quizá sepas ya la historia de la princesa Pirlipat, de la bruja Ratona y del relojero artista.

—Escucha, padrino Drosselmeier —exclamó Federico de pronto—: has colocado muy bien los dientes de Cascanueces y le has arreglado la mandíbula de modo que ya no se mueve; pero ¿por qué le falta la espada? ¿Por qué se la has quitado?

—¡Vaya —respondió el magistrado de mala gana—, a todo le tienes que poner faltas, chiquillo! ¿Qué importa la espada de Cascanueces? Le he curado, y ahora puede coger una espada cuando quiera.

—Es verdad —repuso Federico—; es un mozo valiente y encontrará armas en cuanto le parezca.

—Dime, María —continuó el magistrado—, si sabes la historia de la princesa Pirlipat.

—No —respondió María—; cuéntala, querido padrino, cuéntala.

—Espero —repuso la madre—, querido magistrado, que la historia no sea tan terrorífica como suele ser todo lo que usted cuenta.

—En absoluto, querida señora de Stahlbaum —respondió Drosselmeier—; por el contrario, es de lo más cómico que conozco.

—Cuenta, cuenta, querido padrino —exclamaron los niños.

Y el magistrado comenzó así:

El cuento de la nuez dura

—La madre de Pirlipat era esposa de un rey, y, por tanto, una reina, y Pirlipat fue princesa desde el momento de nacer. El rey no cabía en sí de gozo con aquella hijita tan linda que dormía en la cuna; mostraba su alegría exteriormente cantando y bailando y dando saltos en un pie y gritando sin cesar: «¡Viva!… ¡Viva! ¿Ha visto nadie una cosa más linda que mi Pirlipatita?». Y los ministros, los generales, los presidentes, los oficiales de Estado Mayor, saltaban como el señor, en un pie, y decían: «No, nunca». Y hay que reconocer que en aquella ocasión no mentían, pues desde que el mundo es mundo no había nacido una criatura más hermosa que la princesa Pirlipat. Su rostro parecía amasado con pétalos de rosa y de azucena y copos de seda rosada; los ojitos semejaban azur vivo, y tenía unos bellísimos bucles, iguales que hilos de oro. Además, la princesita Pirlipat había traído al mundo dos filas de dientecillos perlinos, con los que, a las dos horas de nacer, mordió en un dedo al canciller del reino, que quiso comprobar si eran iguales, obligándole a gritar: «¡Oh! ¡Gemelos!», aunque algunos pretendían que lo que dijo fue: «¡Ay, ay!», sin que hasta ahora se hayan puesto de acuerdo unos y otros. En una palabra: la princesita Pirlipat mordió, efectivamente, al canciller en el dedo, y todo el encantado país tuvo pruebas de que el cuerpecillo de la princesa daba albergue al talento, al espíritu y al valor. Como ya hemos dicho, todo el mundo estaba contento menos la reina, que, sin que nadie supiese la causa, se mostraba recelosa e intranquila. Lo más chocante era que hacía vigilar con especial cuidado la cuna de la princesa. Aparte de que las puertas estaban guardadas por alabarderos, a las dos niñeras destinadas al servicio constante de la princesa, agregábanse otras seis que, noche tras noche, habían de permanecer en la habitación. Y lo que todos consideraban una locura, cuyo sentido nadie acertaba a explicarse, era que cada una de estas seis niñeras debía tener en el regazo un gato y pasarse la noche rascándole para que no se durmiese. Es imposible, hijos míos, que averigüéis por qué la madre de Pirlipat hacía estas cosas; pero yo lo sé y os lo voy a decir.

Una vez, se reunieron en la Corte del padre de Pirlipat una delegación de reyes y príncipes poderosos, y con tal motivo se celebraron torneos, comedias y bailes de gala. Queriendo el rey demostrar a sus huéspedes que no carecía de oro y plata, trató de hacer una incursión en el tesoro de la corona, preparando algo extraordinario. Advertido en secreto por el jefe de cocina de que el astrónomo de cámara había anunciado ya la época de la matanza, ordenó un banquete, se metió en su coche y se fue a invitar a reyes y príncipes, diciéndoles que deseaba fuesen a tomar una cucharada de sopa con él, con objeto de disfrutar de la sorpresa que habían de causarles los platos exquisitos. Luego dijo a su mujer: «Ya sabes lo que me gusta la matanza». La reina sabía perfectamente lo que aquello significaba, y que no era otra

cosa sino que ella misma, como hiciera otras veces, se dedicase al arte de salchichera. El tesorero mayor mandó en seguida trasladar a la cocina la gran caldera de oro de cocer morcillas y las cacerolas de plata, haciendo preparar un gran fuego de leña de sándalo; la reina se puso su delantal de damasco y al poco tiempo salía humeante de la caldera el rico olor de la sopa de morcilla, que llegó hasta la sala del Consejo donde se encontraba el rey. Éste, entusiasmado, no pudo contenerse y dijo a los ministros: «Con vuestro permiso, señores míos», y se fue a la cocina; abrazando a la reina, movió la sopa con el cetro y se volvió tranquilamente al salón.

Había llegado el momento preciso en que el tocino, cortado en cuadraditos y colocado en parrillas de plata, había de tostarse. Las damas de la Corte se marcharon, pues este menester quería hacerlo sólo la reina por amor y consideración a su augusto esposo. Cuando empezaba a tostarse el tocino, se oyó una vocecilla suave que decía: «Dame un poco de tocino, hermana; yo también quiero probarlo; también soy reina; dame un poquito». La reina sabía muy bien que quien así hablaba era la señora Ratona, que tenía su residencia en el palacio real de muchos años atrás. Pretendía estar emparentada con la real familia y ser reina de la línea de Mausoleo, y por eso tenía una gran corte debajo del fogón. La reina era bondadosa y caritativa; no reconocía a la señora Ratona como reina y hermana suya, pero le permitía de buena gana que participase de los festines; así es que dijo: «Venga, señora Ratona; ya sabe usted que siempre puede probar mi tocino». En efecto, la señora Ratona se acercó, y con sus patitas menudas fue tomando trozo por trozo los que le presentaba la reina. Pero luego salieron todos los compadres y las tías de la señora Ratona, y también sus siete hijos, todos muy traviesos, que se echaron sobre el tocino, sin que pudiera apartarlos del fogón la asustada reina. Por fortuna, se presentó la camarera mayor, que espantó a los importunos huéspedes, logrando así que quedase algo de tocino, el cual se repartió concienzudamente en presencia del matemático de cámara, tocando un pedacito a cada uno de los embutidos.

Sonaron trompetas y tambores; todos los potentados y príncipes se presentaron vestidos de gala; unos en blancos palafrenes, otros en coches de cristales, para tomar parte en el banquete. El rey los recibió con mucho agrado, y, como señor del país, se sentó en la cabecera de la mesa, con cetro y corona. Cuando se sirvieron las salchichas de hígado, se vio que el rey palidecía y levantaba los ojos al cielo, lanzando suspiros entrecortados, como si le acometiera un dolor profundo. Al probar las morcillas se echó hacia atrás en el sillón, se tapó la cara con las manos y comenzó a quejarse y a gemir sordamente. Todo el mundo se levantó de la mesa; el médico de cámara trató en vano de tomar el pulso al desgraciado rey, que lanzaba lamentos conmovedores. Al fin, después de muchas discusiones y de emplear remedios eficaces, tales como plumas de ave quemadas y otras cosas por el estilo, empezó el rey a dar señales de recobrarse un poco, y, casi ininteligibles, salieron de sus labios estas palabras: «¡Muy poco tocino!». La reina, desconsolada, se echó a sus pies, exclamando entre sollozos: «¡Oh, augusto y desgraciado esposo mío! ¡Qué dolor tan

grande debe de ser el tuyo! ¡A tus pies tienes a la culpable!… ¡Castígala, castígala con dureza! ¡Ay!… La señora Ratona, con sus siete hijos y sus compadres y sus tías, se han comido el tocino y…». La reina se desmayó sin decir más. El rey se levantó de su asiento, lleno de ira, y dijo a gritos: «Camarera mayor, ¿cómo ha ocurrido eso?». La camarera mayor contó lo que sabía, y el rey decidió vengarse de la señora Ratona y de su familia, que le habían comido el tocino de sus embutidos.

Llamaron al consejero de Estado y se convino en formar proceso a la señora Ratona y encerrarla en sus dominios; pero como el rey pensaba que aun así seguirían comiéndosele el tocino, puso el asunto en manos del relojero y adivino de la Corte. Este personaje, que precisamente se llamaba igual que yo, Cristian Elías Drosselmeier, prometió al rey ahuyentar para siempre del palacio a la señora Ratona y a su familia valiéndose de un plan ingenioso. Inventó unas maquinitas al extremo de las cuales se ataba un pedazo de tocino asado, y Drosselmeier las colocó en los alrededores de la vivienda de la golosa. La señora Ratona era demasiado lista para no comprender la intención de Drosselmeier; pero de nada le valieron las advertencias y las reflexiones: atraídos por el agradable olor del tocino, los siete hijos de la señora Ratona y muchos parientes y compadres acudieron a las máquinas de Drosselmeier, y en el momento en que querían apoderarse del tocino quedaban presos en una jaula y eran transportados a la cocina, donde se los juzgaba ignominiosamente. La señora Ratona abandonó, con los pocos que quedaron de su familia, el lugar de la tragedia. La pena, la desesperación, la idea de venganza inundaban su alma. La Corte se alegró mucho; pero la reina se preocupaba, pues conocía a la señora Ratona y sabía que no dejaría impune la muerte de sus hijos y demás parientes. En efecto, un día que la reina preparaba un plato de bofes, que su augusto marido apreciaba mucho, apareció ante ella la señora Ratona y le dijo: «Mis hijos, mis tías…, toda mi parentela han sido asesinados; ten cuidado, señora, de que la reina de los ratones no muerda a tu princesita… Ten cuidado». Y, sin decir otra palabra, desapareció y no se dejó ver más. La reina se llevó tal susto que dejó caer a la lumbre el plato de bofes, y, por segunda vez, la señora Ratona fue causa de que se estropease uno de los manjares favoritos del rey, por cuya razón se enfadó mucho. Pero basta por esta noche; otro día os contaré lo que queda.

A pesar de que María, que estaba pendiente del cuento, rogó al padrino Drosselmeier que lo terminase, no se dejó convencer, sino que, levantándose, dijo:

—Demasiado de una vez no es sano; mañana os contaré el final.

Cuando el magistrado se disponía a salir, le preguntó Federico:

—Padrino Drosselmeier, ¿es verdad que tú inventaste las ratoneras?

—¡Qué pregunta más estúpida! —exclamó la madre.

Pero el magistrado sonrió de un modo extraño y respondió en voz baja:

—¿No soy un relojero hábil y no es natural que pueda haber inventado ratoneras?

Continuación del cuento de la nuez dura

—Ya sabéis, hijos míos —continuó el magistrado Drosselmeier a la noche siguiente—, la razón por la que la reina hacía vigilar con tanto cuidado a la princesa Pirlipat. ¿No era de temer que la señora Ratona cumpliese su amenaza y matase de un mordisco a la princesita? Las máquinas de Drosselmeier no valían de nada para la astuta señora Ratona, y el astrónomo de cámara, que al tiempo era astrólogo, trató de averiguar si la familia del Morrongo estaba en condiciones de alejar de la cuna a la señora Ratona. Por ello, cada una de las niñeras recibió un individuo de dicha familia, que estaban destinados en la Corte como consejeros de Legación, obligándolas a tenerlos en el regazo y, mediante caricias apropiadas, hacerles más agradable su difícil servicio.

Una noche, a eso de las doce, una de las dos niñeras particulares, que permanecían junto a la cuna, cayó en un profundo sueño. Todo estaba como dormido; no se oía el menor ruido… Todo yacía en silencio de muerte, en el que se oía el roer del gusano de la madera. Figuraos cómo se quedaría la jefa de las niñeras cuando vio junto a sí un enorme y feísimo ratón que, sentado en las patas traseras, tenía la odiosa cabeza al lado de la de la princesa. Con un grito de espanto se levantó de un salto… Todos despertaron; pero en el mismo momento, la señora Ratona —era ella la que estaba en la cuna de Pirlipat— huyó rápidamente al rincón del cuarto. Los consejeros de Legación echaron a correr detrás de ella, pero… demasiado tarde. A través de una rendija del suelo desapareció. Pirlipat despertó con el susto, llorando lastimeramente. «¡Gracias a Dios! —exclamaron las guardianas—. ¡Vive!». Pero grande fue su terror cuando la miraron y vieron lo que había sido de la preciosa niña. En lugar de la cabecita angelical, de bucles dorados y mejillas blancas y sonrosadas, aparecía una cabezota informe, que coronaba un cuerpo encogido y pequeño; los ojos azules se habían convertido en verdes, saltones y mortecinos, y la boca le llegaba de oreja a oreja. La reina por poco se muere de desesperación, y hubo que almohadillar el despacho del rey porque se pasaba el día dándose con la cabeza en la pared y gritando con voz quejumbrosa: «¡Pobre de mí, rey desgraciado!». Hubiera debido convencerse de que habría sido mejor comerse los embutidos sin tocino y dejar a la señora Ratona en paz con su familia debajo del fogón; pero esto no se le ocurría al padre de Pirlipat, sino que echó toda la culpa al relojero de cámara y adivino, Cristian Elías Drosselmeier de Nuremberg. En consecuencia, dictó una orden diciendo que concedía cuatro semanas a Drosselmeier para devolver a la princesa su primitivo estado, o por lo menos indicar un medio eficaz para conseguirlo, y en caso de no hacerlo así, al cabo de ese tiempo, sufriría la muerte más vergonzosa a manos del verdugo.

Drosselmeier se asustó mucho, a pesar de que confiaba en su arte y en su suerte, y

procedió desde luego a obrar con arreglo a lo que creyó oportuno. Desarticuló por completo a la princesita Pirlipat, inspeccionó las manos y los pies y se fijó en la estructura interna, resultando de sus investigaciones que la princesa sería más monstruosa cuanto más creciera y sin hallar remedio para evitarlo. Volvió a articular a la princesa y se quedó preocupado junto a su cuna, de la que la pobre niña no habría de salir nunca. Llegó la cuarta semana; era ya miércoles, y el rey, que miraba irritadísimo al relojero, le dijo amenazador: «Cristian Elías Drosselmeier, si no curas a la princesa, morirás». Drosselmeier comenzó a llorar amargamente, mientras la princesa Pirlipat partía nueces muy satisfecha. Por primera vez, pensó el sabio en la extraordinaria afición de Pirlipat a las nueces y en las circunstancias de que hubiera nacido con dientes. Después de la transformación, la princesita gritó de un modo lamentable, hasta que, por casualidad, le dieron una nuez, que partió en seguida, comiéndose la pulpa y quedándose tranquila. Desde aquel momento las niñeras no hacían otra cosa que darle nueces. «¡Oh divino instinto de la Naturaleza, impenetrable simpatía de todos los seres! —exclamó Cristian Elías Drosselmeier—. Tú me indicas el camino para descubrir el secreto». Pidió permiso para tener una conversación con el astrónomo de cámara y le condujeron a su presencia, custodiado por varios guardias. Ambos sabios se abrazaron con lágrimas en los ojos, pues eran grandes amigos; se retiraron luego a un gabinete apartado, y registraron muchos libros que trataban del instinto y de las simpatías y antipatías y de otras cosas ocultas. Se hizo de noche; el astrónomo de cámara miró a las estrellas y estableció el horóscopo de la princesa Pirlipat, con ayuda de Drosselmeier, que también entendía mucho de esto. Fue un trabajo muy rudo, pues las líneas se retorcían más y más; por fin…, ¡oh alegría!…, vieron claro que para desencantar a la princesa, haciéndole recobrar su primitiva hermosura, no tenían más que hacerle comer la nuez Kracatuk.

Esta nuez tenía una cáscara tan dura que podía gravitar sobre ella un cañón de cuarenta y ocho libras sin romperla. Debía partirla, en presencia de la princesa, un hombre que nunca se hubiese afeitado ni puesto botas, y con los ojos cerrados darle a comer la pulpa. Sólo después de haber andado siete pasos hacia atrás sin tropezar, podía el joven abrir los ojos. Tres días y tres noches trabajaron el astrónomo y Drosselmeier sin interrupción; estaba el rey sentado a la mesa al mediodía del sábado, cuando Drosselmeier, que debía ser decapitado el domingo muy de mañana, se presentó de repente lleno de alegría, anunciando el modo de devolver a la princesa Pirlipat la perdida hermosura. El rey lo abrazó entusiasmado, y le prometió una espada de diamantes, varias cruces y dos trajes de gala. «En cuanto acabe de comer —dijo— nos pondremos manos a la obra; cuide, señor sabio, de que el joven sin afeitar y sin zapatos esté a mano con la nuez Kracatuk, y procure que no beba vino, para que no tropiece al dar los siete pasos hacia atrás como un cangrejo; después puede emborracharse si quiere». Drosselmeier quedó perplejo ante las palabras del rey, y temblando y vacilante, balbuceó que desde luego se había dado con el medio de desencantar a la princesa, que consistía en la nuez susodicha y en el mozo que la

partiese, pero que aún quedaba el trabajo de buscarlos, pues había alguna duda de si se encontrarían la nuez y el partidor. Irritadísimo el rey, agitó en el aire el cetro y gritó con voz fiera: «En ello te va la cabeza». La suerte para el apurado Drosselmeier fue que el rey había comido muy a gusto y estaba de buen humor para escuchar las disculpas que la reina, compadecida de Drosselmeier, le expuso. Drosselmeier recobró un poco el ánimo y concluyó por decir que había cumplido su misión descubriendo el medio con que podía ser curada la princesa, y con ello creía haber salvado la cabeza. El rey repuso que eso era charlar sin sentido; pero al fin decidió, después de tomar un vasito de licor, que tanto el relojero como el astrónomo se pusiesen en camino, y no volviesen sin traer la nuez. El hombre capaz de partirla podía hallarse insertando un anuncio repetidas veces en los periódicos del reino y extranjeros y en las hojas anunciadoras. El magistrado suspendió el relato, prometiendo contar el resto al día siguiente.

Fin del cuento de la nuez dura

A la noche siguiente, en cuanto encendieron las luces, se presentó el padrino Drosselmeier y siguió contando:

—Drosselmeier y el astrónomo estuvieron quince años de viaje sin dar con las huellas de la nuez Kracatuk. Podría estar contándoos cuatro semanas seguidas los sitios que recorrieron y las cosas raras que vieron; pero no lo haré ahora, y sólo os diré que Drosselmeier comenzó a sentir nostalgia de su ciudad natal, Nuremberg. Y tal nostalgia fue mayor que nunca, un día que, hallándose con su amigo en medio de un bosque en Asia, fumaba una pipa de tabaco. «*¡Oh hermosa ciudad! - quien no te haya visto nunca, - aunque haya viajado mucho, - aunque haya visitado Londres, París y San Petersburgo, - no le ha saltado nunca el corazón - y sentirá la nostalgia de ti, - ¡oh Nuremberg, hermosa ciudad, - que tiene tantas casas y ventanas bellas!*» Cuando oyó lamentarse tanto a Drosselmeier, el astrónomo sintió gran compasión y comenzó a su vez a lanzar tales gemidos que se podían oír en toda Asia. Logró, sin embargo, rehacerse, se secó las lágrimas y preguntó a su compañero: «Querido colega, ¿por qué nos hemos sentado aquí a llorar? ¿Por qué no nos vamos a Nuremberg? Después de todo, lo mismo nos da buscar la fatal nuez en un sitio que en otro». «Es verdad», respondió Drosselmeier, consolado.

Los dos se pusieron en pie; sacudieron las pipas y se fueron derechos, desde el bosque del centro de Asia, a Nuremberg.

En cuanto llegaron allá, Drosselmeier fue a casa de su primo, el fabricante de muñecas, dorador y barnizador Cristóbal Zacarías Drosselmeier, a quien no veía hacía muchísimos años. Le contó toda la historia de la princesa Pirlipat, la señora Ratona y la nuez Kracatuk, lo cual le obligó a juntar las manos repetidas veces, en medio del mayor asombro, y decir al cabo: «¡Ay, primo, qué cosas tan extraordinarias me cuentas!». Drosselmeier continuó relatando las peripecias de su largo viaje, de cómo había pasado dos años con el rey de las Palmeras, de cómo le despreció el príncipe de los Almendros, de cómo pidió inútilmente ayuda para sus investigaciones a las encinas; en una palabra, de cómo por todas partes fue encontrando dificultades, sin lograr dar con la menor huella de la nuez Kracatuk. Mientras duró el relato, Cristóbal Zacarías chasqueó los dedos varias veces, se levantó sobre un solo pie y murmuró: «Hum…, hum…, ¡ah!…, ¡ah! ¡Eso sería cosa del diablo!». Al fin, lanzó al aire la montera y la peluca, abrazó a su primo con entusiasmo y exclamó: «¡Primo, primo! Estás salvado; te digo que estás salvado; si no me engaño, tengo en mi poder la nuez Kracatuk». Y sacó una cajita, en la que guardaba una nuez dorada de tamaño mediano.

«Mira —dijo enseñando la nuez a su primo—, mira. La historia de esta nuez es la siguiente: Hace muchos años, en Navidad, vino un forastero con un saco lleno de

nueces, que vendía baratas. Justamente delante de mi puerta empezó a reñir con el vendedor de nueces del pueblo, que le atacaba, molesto porque el otro vendiera su mercancía, y para defenderse mejor dejó el saco en el suelo. En el mismo momento, un carro muy cargado pasó por encima del saco, partiendo todas las nueces menos una, que el forastero, riendo de un modo extraño, me dijo que me vendía por una moneda de plata del año 1720. Sorprendente me pareció encontrar en mi bolsillo una moneda precisamente de aquel año; compré la nuez y la doré, sin saber a punto fijo por qué había pagado tan caro una simple nuez, y por qué la guardé luego con tanto cuidado».

Las dudas que pudieran quedarles sobre la autenticidad de la nuez desaparecieron cuando el astrónomo miró detenidamente la cáscara y descubrió que en la costura estaba grabada en caracteres chinos la palabra Kracatuk. La alegría de los viajeros fue inmensa, y el primo se consideró el hombre más feliz de la tierra, pues Drosselmeier le aseguró que había hecho su suerte y que, además de una pensión fija, podría tener cuanto oro quisiese para dorar. El relojero y el astrónomo se pusieron los gorros de dormir y se iban a la cama, cuando el último, es decir, el astrónomo, dijo: «Apreciable colega: una alegría no viene nunca sola; yo creo que hemos encontrado, juntamente con la nuez Kracatuk, el joven que debe partirla para que la princesa recobre su hermosura. Me refiero al hijo de su primo de usted. No quiero dormir —continuó—, sino que voy a leer el horóscopo del joven». Se quitó el gorro de dormir y se puso a hacer observaciones.

El hijo del primo era un muchacho fornido y simpático, que no se había afeitado todavía y nunca había usado botas. Siendo más joven, fue durante un par de Navidades un muñeco de guiñol, cosa que ya no se le notaba merced a los solícitos cuidados de su padre. En los días de Navidad usaba un traje rojo con muchos dorados, una espada, el sombrero debajo del brazo y una peluca muy rizada con redecilla. Así se lucía en la tienda de su padre, y por galantería partía nueces para las muchachas, por lo cual le llamaban el lindo Cascanueces.

A la mañana siguiente cogió el astrónomo al sabio por los cabezones y le dijo: «Es él…, ya lo tenemos…, lo hemos hallado. Sólo nos quedan dos cosas que prever: la primera es que yo creo se debe colocar al joven una trenza de madera unida a la mandíbula inferior, con objeto de sujetarla bien; y la segunda, que cuando lleguemos a la Corte debemos ocultar con sumo cuidado que llevamos con nosotros al joven que ha de partir la nuez Kracatuk. He leído en su horóscopo que cuando el rey vea que algunos se rompen los dientes tratando de partirla sin resultado, ofrecerá al que lo consiga, y con ello devolver la perdida hermosura a su hija, la mano de ésta y los derechos de sucesión al trono». El primo fabricante de muñecas se quedó encantado ante la perspectiva de que su hijo pudiese ser príncipe y heredero de un trono, y se confió en absoluto a los embajadores. La trenza que Drosselmeier colocó a su sobrino resultó muy bien; tanto, que mediante aquel refuerzo podía partir hasta los durísimos huesos de los melocotones.

En el momento en que Drosselmeier y el astrónomo anunciaron a la Corte el hallazgo de la nuez, se hicieron todos los preparativos necesarios, y en cuanto llegaron con el remedio para la perdida belleza, encontraron reunidos a una porción de jóvenes, entre los cuales figuraban bastantes príncipes que, confiando en sus fuertes dientes, trataban de desencantar a la princesa. Los embajadores se asustaron mucho cuando volvieron a ver a Pirlipat. El cuerpecillo, con sus manos y sus pies casi invisibles, apenas si podía sostener la enorme cabeza. La fealdad del rostro se veía aumentada aún más por una especie de barba de algodón que le habían puesto alrededor de la barbilla y de la boca. Todo ocurrió como estaba predicho en el horóscopo. Un barbilampiño tras otro, calzados con zapatos, fueron estropeándose los dientes y las mandíbulas con la nuez Kracatuk, sin conseguir nada práctico; y cuando eran retirados, casi sin sentido, por el dentista nombrado al efecto, decían suspirando: «¡Qué nuez tan dura!». En el momento en que el rey, dolorido y triste, prometió al que desencantara a su hija la mano de la princesa y su reino, apareció el joven Drosselmeier de Nuremberg, que pidió le fuera permitido hacer la prueba. Ninguno como él había agradado a la princesa Pirlipat; así es que se colocó las manos sobre el corazón y suspirando profundamente dijo: «¡Ah, si fuera éste el que partiera la nuez y se convirtiera en mi marido!».

Después que el joven Drosselmeier hubo saludado cortésmente al rey, a la reina y a la princesa Pirlipat, tomó de manos del maestro de ceremonias la nuez Kracatuk, se la metió sin más entre los dientes, apretó y…, ¡crac!, la cáscara se partió en cuatro. Limpió la pulpa de los fragmentos de cáscara que quedaban adheridos y, con una humilde reverencia, se la entregó a la princesa, cerrando inmediatamente los ojos y comenzando a andar hacia atrás. La princesa se comió en seguida la nuez y, ¡oh maravilla!, en el momento desapareció la horrible figura, dejando en su lugar la de una joven angelical, cuyo rostro parecía hecho de azucenas y rosas mezcladas con capullos de seda; los ojos, de un brillante azul; los cabellos, de oro puro. Las trompetas y los tambores mezclaron sus sonidos a los gritos de júbilo del pueblo. El rey y toda su Corte bailaron sobre un pie, como el día del nacimiento de Pirlipat, y la reina hubo de ser socorrida con agua de Colonia, porque perdió el sentido a causa de la alegría y la emoción. El gran barullo desconcertó un poco al joven Drosselmeier, que aún no había terminado sus siete pasos; logró dominarse, y echó el pie derecho para dar el paso séptimo; en el mismo instante, salió chillando la señora Ratona de una rendija del suelo, de modo que al dejar caer el pie el joven Drosselmeier la pisó, tropezando de tal manera que por poco se cae. ¡Qué torpeza! Apenas puso el pie en el suelo, quedó tan deformado como antes lo estuviera la princesa Pirlipat. El cuerpo se le quedó encogido y apenas si podía sostener la enorme cabeza con ojos saltones y la boca monstruosa y abierta. En vez de la trenza, le colgaba a la espalda una capita que estaba unida a la mandíbula inferior. El relojero y el astrónomo estaban fuera de sí de miedo y de rabia, viendo con gusto que la señora Ratona yacía en el suelo cubierta de sangre. Su maldad no quedaría sin castigo, pues el joven Drosselmeier le dio en la

cabeza con el tacón de su zapato, hiriéndola de muerte. Agonizando ya, se quejaba de un modo lastimero, diciendo: «¡Oh Kracatuk, nuez dura, causa de mi muerte! ¡Hi, hi, hi! Hermoso Cascanueces, también a ti te alcanzará la muerte. Mi hijito, el de las siete coronas, dará su merecido a Cascanueces y vengará en ti a su madre. Vive tan contento y tan colorado; me despido de ti en las ansias de la muerte». Y acabado de decir esto, murió la señora Ratona y fue sacada de la estufa real.

Nadie se había ocupado del pobre Drosselmeier; la princesa recordó al rey su promesa de darle por esposa al vencedor, y entonces se mandó llamar al joven héroe. Cuando se presentó el desgraciado en su nuevo aspecto, la princesa se cubrió el rostro con las manos, exclamando: «¡Fuera, fuera el asqueroso Cascanueces!». El mayordomo mayor le cogió por los hombros y le echó fuera del salón. El rey se enfureció mucho al pensar que le habían querido dar por yerno a un Cascanueces; echó toda la culpa de lo ocurrido al relojero y al astrónomo, y los mandó desterrar del reino. Esta parte no figuraba en el horóscopo que el astrónomo leyera en Nuremberg; no por eso se abstuvo de observar las estrellas y le pareció leer en ellas que el joven Drosselmeier se portaría tan bien en su nueva situación que, a pesar de su grotesca figura, llegaría a ser príncipe y rey. Su deformidad no desaparecería hasta que cayese en su poder el hijo de la señora Ratona, que después de la muerte de los otros siete había nacido con siete cabezas y ahora era rey, y cuando una dama lo amase a pesar de su figura. Seguramente habrá podido verse al pobre Drosselmeier en Nuremberg, en Navidad, en la tienda de su padre, como cascanueces al mismo tiempo que como príncipe. Éste es, queridos niños, el cuento de la nuez dura, y de aquí viene el que la gente, cuando encuentra difícil una cosa, suela decir: «¡Qué nuez tan dura!», y también el que los cascanueces sean tan feos.

Así terminó el magistrado su relato.

María sacó en consecuencia que la princesa Pirlipat era una niña muy cruel y desagradecida. Federico, por el contrario, era de la opinión de que si Cascanueces quería volver a ser un guapo mozo no debía andarse con contemplaciones respecto al rey de los ratones y así no tardaría en recobrar su primitiva figura.

Tío y sobrino

Si alguno de mis lectores u oyentes se ha cortado con un cristal, sabrá por experiencia lo malo que es y lo que tarda en curarse. María tuvo que pasarse una semana en la cama, porque en cuanto trataba de levantarse se sentía muy mal. Al fin, sin embargo, se puso buena, y pudo, como antes, andar de un lado para otro. En el armario de cristales todo estaba muy bonito, pues había árboles y flores y casas nuevas y también preciosas muñecas. Pero lo que más le agradó a María fue encontrarse con su querido Cascanueces, que le sonreía desde la segunda tabla, enseñando sus dientecillos nuevos. Conforme estaba mirando a su preferido, recordó con tristeza todo lo que el padrino les había contado de la historia de Cascanueces y de sus disensiones con la señora Ratona y su hijo. Ella sabía que su muñequito no podía ser otro que el joven Drosselmeier de Nuremberg, el sobrino querido de su padrino, embrujado por la señora Ratona. Y tampoco le cabía a la niña la menor duda de que el relojero de la Corte del padre de Pirlipat no era otro que el magistrado Drosselmeier.

—Pero ¿por qué razón no acude en tu ayuda tu tío? ¿Por qué? —exclamaba tristemente al recordar, cada vez con más viveza, que en la batalla que presenció se jugaron la corona y el reino de Cascanueces—. ¿No eran súbditos suyos todos los demás muñecos, y no era cierto que la profecía del astrónomo de cámara se había cumplido y que el joven Drosselmeier era rey de los muñecos?

Mientras la inteligente María daba vueltas en su cabecita a estas ideas, le pareció que Cascanueces y sus vasallos, en el mismo momento en que ella los consideraba como seres vivos, adquirían vida de verdad y se movían. Pero no era así: en el armario todo permanecía tranquilo y quieto y María se vio obligada a renunciar a su convencimiento íntimo, aunque desde luego siguió creyendo en la brujería de la señora Ratona y de su hijo, el de las siete cabezas. Y dirigiéndose al Cascanueces le dijo:

—Aunque no se pueda usted mover ni decirme una palabra, querido señor Drosselmeier, sé de sobra que usted me comprende y sabe lo bien que le quiero; cuente con mi apoyo para todo lo que usted necesite. Por lo pronto, voy a pedir al padrino que, con su habilidad, le ayude en lo que sea preciso.

Cascanueces permaneció quieto y callado; pero a María le pareció que en el armario se oía un suspiro suavísimo, apenas perceptible, que al chocar con los cristales producía tonos melodiosos, como de campanitas, y creyó escuchar las palabras siguientes: «María, angelito de mi guarda…, he de ser tuyo y tú mía».

María sintió un bienestar dulcísimo en medio de un estremecimiento que recorrió todo su ser.

Anocheció. El consejero de Sanidad entró con el padrino Drosselmeier y, a poco Luisa preparó el té, toda la familia se reunió alrededor de la mesa, hablando

alegremente. María fue a buscar su silloncito en silencio y se colocó a los pies del padrino Drosselmeier. Cuando todo el mundo se calló, María miró con sus grandes ojos azules muy abiertos al padrino y le dijo:

—Ya sé, querido padrino, que mi Cascanueces es tu sobrino, el joven Drosselmeier de Nuremberg. Ha llegado a príncipe, mejor dicho a rey, cumpliéndose la profecía de tu amigo, el astrónomo; pero, como tú sabes perfectamente, está en lucha abierta con el hijo de la señora Ratona, con el horrible rey de los ratones. ¿Por qué no lo ayudas?

María le volvió a referir toda la batalla que ella presenciara, viéndose interrumpida varias veces por las carcajadas de su madre y de Luisa. Solamente Federico y Drosselmeier permanecían serios.

—¿De dónde se ha sacado todas esas tonterías esta chiquilla? —dijo el consejero de Sanidad.

—Es que tiene una imaginación volcánica —repuso la madre—. Todo ello no son más que sueños producidos por la fiebre.

—Nada de eso es cierto —exclamó Federico—; mis húsares no son tan cobardes. ¡Por el bajá Manelka! ¿Cómo iba yo a consentir semejante cosa?

Sonriendo de un modo especial, tomó Drosselmeier en brazos a la pequeña María y le dijo, con más dulzura que nunca:

—Hija mía: tú posees más que ninguno de nosotros; tú has nacido princesa, como Pirlipat, y reinas en un reino hermoso y brillante. Pero tienes que sufrir mucho si quieres proteger al pobre y desfigurado Cascanueces, pues el rey de los ratones lo ha de perseguir de todos modos y por todas partes. Y no soy yo quien puede ayudarle, sino tú; tú sola puedes salvarle; sé fuerte y fiel.

Ni María ni ninguno de los demás supo lo que quería decir Drosselmeier con aquellas palabras. Al consejero de Sanidad le chocaron tanto que, tomando el pulso al magistrado, le dijo:

—Querido amigo, usted padece de congestión cerebral; voy a recetarle algo.

La madre de María movió la cabeza, pensativa, y dijo:

—Yo me figuro lo que el magistrado quiere decir, pero no lo puedo expresar con palabras corrientes.

La victoria

No había transcurrido mucho tiempo cuando María se despertó, una noche de luna, por un ruido extraño que parecía salir de un rincón de su cuarto. Era como si tiraran y rodasen piedrecillas y como si al tiempo sonasen unos chillidos agudos.

—¡Los ratones, los ratones! —exclamó María, asustada.

Y pensó en despertar a su madre; pero cesó el ruido y no se atrevió a moverse.

Por fin, vio cómo el rey de los ratones trataba de pasar a través de una rendija y cómo lograba penetrar en el cuarto, con sus siete coronas y sus ojillos chispeantes, y de un salto se colocaba en una mesita junto a la cama de María. «Hi…, hi…, hi!…; dame tus confites…, dame tu mazapán, linda niña…; si no, morderé a tu Cascanueces». Así decía el rey de los ratones en sus chillidos, rechinando al mismo tiempo los dientes de un modo espantoso y desapareciendo a los pocos momentos por el agujero. María se angustió tanto con aquella aparición que al día siguiente estaba pálida y ojerosa y, muy conmovida, apenas se atrevía a pronunciar palabra. Cien veces pensó quejarse a su madre, a Luisa o, por lo menos, a Federico de lo que le había ocurrido; pero pensó:

—No me van a creer y además se van a reír de mí.

Comprendía claramente que para salvar a Cascanueces tenía que dar confites y mazapán, y a la noche siguiente colocó cuanto poseía en el borde del armario.

Por la mañana, la consejera de Sanidad dijo:

—Yo no sé por dónde entran los ratones en la casa; pero mira, María, lo que han hecho con tus confites: se los han comido todos.

Así era en efecto. El mazapán relleno no había sido del gusto del glotón rey de los ratones, de suerte que sólo lo había roído con sus dientes afilados y, por tanto, no había más remedio que tirarlo. María no se preocupó para nada de sus golosinas; al contrario, estaba muy contenta porque creía haber salvado así a su Cascanueces. Pero cuál no sería su susto cuando a la noche siguiente volvió a oír chillar junto a sus oídos. El rey de los ratones estaba otra vez allí, y sus ojos brillaban más asquerosos aún que la noche anterior, y rechinaba los dientes con más fuerza, diciendo: «Me tienes que dar azúcar… y tus muñecas de goma, niñita, pues si no morderé a tu Cascanueces». Y en cuanto hubo pronunciado tales palabras, desapareció por el agujero.

María quedó afligidísima. A la mañana siguiente fue al armario y contempló a sus muñecos de azúcar y de goma. Su dolor era muy explicable, porque no te puedes imaginar, querida lectora, las figuritas tan monas de azúcar y de goma que tenía María Stahlbaum. Además de un pastorcillo muy bonito, con su pastorcita, y un rebaño completo de ovejitas blancas como la leche, que pastaba acompañado de un perro saltarín y alegre, había dos carteros con cartas en la mano y cuatro parejas de

jovenzuelos y muchachitas vestidos de colorines, que se balanceaban en un columpio ruso. Detrás de unos bailarines asomaba el granjero Tomillo con la Doncella de Orleáns, los cuales no eran muy del agrado de María; pero en el rinconcito estaba un niño de mejillas coloradas: su predilecto. Las lágrimas asomaron a los ojos de la pobre María.

—¡Ay! —exclamó dirigiéndose al Cascanueces—. Querido señor Drosselmeier, ¿qué no haría yo por salvarlo? Pero, la verdad, esto es demasiado duro.

Cascanueces tenía un aspecto tan triste, que María, que creía ver al repugnante rey de los ratones con sus siete bocas abiertas lanzándose sobre el desgraciado joven, decidió sacrificarlo todo.

Aquella noche colocó todos sus muñecos de azúcar en el borde del armario, como hiciera la noche anterior con los confites. Besó al pastor, a la pastora, a los borreguitos y, por último, cogió a su predilecto, el muñequito de goma de los carrillos colorados, colocándolo detrás de todos. El granjero Tomillo y la Doncella de Orleáns ocuparon la primera línea.

—Esto es demasiado —dijo la consejera de Sanidad a la mañana siguiente—. Debe de haber anidado en el armario algún ratón grande y hambriento, pues todos los muñecos de azúcar de la pobre María están roídos y deshechos.

María no lograba contener las lágrimas, pero al fin consiguió sonreír, pues pensó: «Con esto, seguramente, estará salvado Cascanueces».

Cuando por la noche la señora contaba al magistrado la fechoría y manifestaba su creencia de que en el armario debía de esconderse un ratón, dijo su marido:

—Es terrible que no podamos acabar con el asqueroso ratón que se oculta en el armario y se come todas las golosinas de María.

—Mira —exclamó Federico muy satisfecho—: el panadero de abajo tiene un magnífico consejero de legación gris; voy a subirlo; él pondrá las cosas en orden y se comerá al ratón, aunque sea la misma señora Ratona o su hijo, el rey de las siete cabezas.

—Sí —repuso la madre riendo—, y se subirá encima de las sillas y de las mesas, y tirará los vasos y las tazas, y hará mil fechorías por todas partes.

—De ninguna manera —replicó Federico—. El gato del panadero es muy hábil; ya quisiera yo saber andar con tanta suavidad como él por los tejados.

—No traigáis un gato por la noche —exclamó Luisa, que no podía soportar a tales animalitos.

—Realmente —dijo el padre—, Federico tiene razón; pero también podemos colocar una ratonera. ¿No tenemos alguna?

—Nos la puede hacer el padrino, que es quien las inventó —dijo Federico.

Todos rieron la ocurrencia; y ante la afirmación de la madre de que en la casa no había ninguna ratonera, declaró el magistrado que él tenía varias, y se fue en seguida a su casa a buscar una de las mejores.

Federico y María recordaban el cuento de la nuez dura. Y cuando la cocinera

preparaba el tocino, María comenzó a temblar y a estremecerse, y dijo:

—Señora reina, tenga cuidado con la señora Ratona y su familia.

Y Federico, desenvainando su sable, exclamó:

—Que vengan, si quieren, que yo los espantaré.

Todo permaneció tranquilo debajo del fogón. Cuando el magistrado hubo concluido de poner el tocino en el hilo y colocó la ratonera en el armario, le dijo Federico:

—Ten cuidado, padrino relojero, no vaya a ser que el rey de los ratones te juegue una mala pasada.

¡Qué mal lo pasó María a la noche siguiente! Una cosa fría como el hielo le tocaba el brazo, posándose asquerosa en sus mejillas y chillando a su oído. El repugnante rey de los ratones estaba sobre su hombro, y soltaba una baba de color rojo sanguinolento por sus siete bocas abiertas, y castañeteando y rechinando sus dientecillos murmuraba al oído de María: «¡Ssss…, sss!; no iré a la casa…, no iré a comer…, no caeré en la trampa…; ¡sss!… dame tu libro de estampas… y además tu vestidito nuevo, y si no, no te dejaré en paz. Has de saber que si no me haces caso morderé a Cascanueces. ¡Hi…, hi…, hi!…».

María se quedó muy triste y apesadumbrada, y por la mañana estaba palidísima cuando su madre le comunicó:

—El pícaro ratón no ha caído.

Y suponiendo la buena señora que la causa de la tristeza de María era la pérdida de sus golosinas, añadió:

—Pero, pierde cuidado, querida mía, que ya lo cogeremos. Si no valen ratoneras, acudiremos al gato gris de Federico.

En cuanto María se vio sola en la habitación, se acercó al armario de cristales y, suspirando, dijo al Cascanueces:

—Querido señor Drosselmeier: ¿qué puede hacer por usted esta desgraciada niña? Si le doy al asqueroso rey de los ratones mis libros de estampas y el vestidito que me trajo el Niño Jesús, me seguirá pidiendo cosas hasta que no tenga ya nada que darle, y me muerda a mí en vez de morderle a usted. ¡Pobre de mí! ¿Qué haré…, qué haré?

Llorando y lamentándose, la pequeña María notó que de la famosa noche le quedaba al Cascanueces una mancha de sangre en el cuello. Desde el momento en que María supo que el Cascanueces era el joven Drosselmeier, el sobrino del magistrado, no lo llevaba en brazos ni lo besaba ni acariciaba; es más: por una especie de respeto, ni se atrevía a tocarlo. Este día, sin embargo, lo tomó con mucho cuidado de la tabla en que estaba y comenzó a frotarle la mancha con su pañuelo. Qué emoción la suya cuando observó que Cascanueces adquiría calor en sus manos y empezaba a moverse. Muy de prisa volvió a ponerlo en el armario, y entonces oyó que decía muy bajito:

—Querida señorita de Stahlbaum, respetada amiga mía, ¡cómo le agradezco todo! … No, no sacrifique usted sus libros de estampas ni su vestido nuevo…;

proporcióneme una espada…, una espada; lo demás corre de mi cuenta…

Aquí perdió Cascanueces el habla; y sus ojos, que adquirieran cierta expresión de melancolía, volvieron a quedarse fijos y sin vida.

María no sintió el menor miedo; antes al contrario, tuvo una gran alegría al saber un medio para salvar al Cascanueces sin mayores sacrificios. Pero ¿de dónde podría sacar una espada para el pobre pequeño? Decidió tomar consejo de Federico; y por la noche, después de haberse retirado los padres y sentados los dos junto al armario, le contó todo lo que le había ocurrido con el Cascanueces y con el rey de los ratones y la manera como creía poder salvar al primero. Nada preocupó tanto a Federico como el saber lo mal que los húsares se portaron en la batalla. Preguntó de nuevo a su hermana si estaba segura de lo que afirmaba, y cuando María le dio su palabra de que cuanto decía era la verdad, se acercó Federico al armario de cristales, dirigió a sus húsares un discurso patético y, para castigarlos por su cobardía y su egoísmo, les quitó del quepis la divisa y les prohibió tocar la marcha de los húsares de la Guardia durante un año. Después que hubo ordenado el castigo, se volvió a María y le dijo:

—En cuanto a lo del sable, yo puedo ayudar a Cascanueces. Ayer precisamente he retirado a un coronel de Coraceros, concediéndole una pensión, y, por tanto, ya no necesita su espada.

El susodicho coronel disfrutaba su retiro en el más oculto rincón de la tabla superior; allí fueron a buscarlo. Le quitaron el sable, con incrustaciones de plata, y se lo colgaron a Cascanueces.

María no pudo dormir aquella noche de puro miedo. A eso de las doce le pareció oír en el gabinete ruidos extraños. De pronto oyó un chillido.

—¡El rey de los ratones! ¡El rey de los ratones! —exclamó María; y saltó de la cama horrorizada.

Todo estaba en silencio; pero al rato llamaron suavemente a la puerta y se escuchó una vocecilla tímida:

—Respetada señorita de Stahlbaum, abra sin miedo… Le traigo buenas noticias.

María reconoció la voz del joven Drosselmeier; se puso el vestido y abrió la puerta. Cascanueces estaba delante de ella, con la espada ensangrentada en la mano derecha y una bujía en la izquierda. En cuanto vio a María, puso la rodilla en tierra y dijo:

—Vos, señora, habéis sido la que me habéis animado y armado mi brazo para vencer al insolente que se había permitido insultaros. Vencido y revolcándose en su sangre yace el traidor rey de los ratones. Permitid, señora, que os ofrezca el trofeo de la victoria y dignaos aceptarlo de manos de vuestro rendido caballero.

Y al decir estas palabras, dejó ver las siete coronas de oro del rey de los ratones, que llevaba en el brazo izquierdo, entregándoselas a la niña, que las tomó llena de alegría.

Cascanueces se puso de pie y continuó:

—Respetada señorita de Stahlbaum: ahora que mi enemigo está vencido, tendría

sumo gusto en mostrarle una porción de cosas bellas, si tiene la bondad de seguirme unos pasos. Hágalo, hágalo, querida señorita.

El reino de las muñecas

Me parece a mí, queridos lectores, que ninguno de vosotros habría vacilado en seguir al buen Cascanueces, que no era fácil tuviese propósito de causaros mal alguno. María lo hizo así, con sumo gusto al contar con el agradecimiento de Cascanueces; estaba convencida de que cumpliría su palabra haciéndole ver multitud de cosas bellas. Por lo tanto, dijo:

—Iré con usted, señor Drosselmeier, pero no muy lejos ni por mucho tiempo, pues no he dormido nada.

—Entonces tomaremos el camino más corto, aunque sea el más difícil —respondió Cascanueces.

Y echó a andar delante, siguiéndole María, hasta que se detuvieron frente al gran armario ropero del recibimiento. María se quedó asombrada al ver que las puertas del armario, habitualmente cerradas, estaban abiertas de par en par, dejando al descubierto el abrigo de piel de zorra que el padre usaba en los viajes y que colgaba en primer término. Cascanueces trepó con mucha agilidad por los adornos y molduras, hasta que pudo alcanzar el hermoso hopo que, sujeto por un grueso cordón, colgaba de la parte de atrás del abrigo de piel. En cuanto Cascanueces se apoderó del hopo, echó abajo una escala de madera de cedro a través de la manga de piel.

—Haga el favor de subir, señorita —exclamó Cascanueces.

María lo hizo así; pero apenas había comenzado a subir por la manga, casi en el momento en que empezaba a mirar por encima del cuello, quedó deslumbrada por una luz cegadora y se encontró, de repente, en una pradera perfumada, de la que brotaban millones de chispas como piedras preciosas.

—Estamos en la pradera de Cande —dijo Cascanueces— y tenemos que pasar por aquella puerta.

Entonces María advirtió la hermosa puerta que no había visto hasta aquel momento, y que se elevaba a pocos pasos de la pradera. Parecía edificada de mármol blanco, pardo y color corinto; pero mirándola despacio, descubrió que los materiales de construcción eran almendras garapiñadas y pasas, por cuya razón, según le dijo Cascanueces, aquella puerta por la que iban a penetrar se llamaba la «puerta de las Almendras y de las Pasas». La gente vulgar la llamaba la «puerta de los Mendigos», con muy poca propiedad. En una galería exterior de esta puerta, al parecer de azúcar de naranjo, seis monitos, vestidos con casaquitas rojas, tocaban una música turca de lo mejor que se puede oír, y María apenas si advirtió que seguían avanzando por un pavimento de lajas de mármol que, sin embargo, no eran otra cosa que pastillas muy bien hechas.

A poco se oyeron unos acordes dulcísimos, procedentes de un bosquecillo maravilloso que se extendía a ambos lados. Entre el follaje verde había tal claridad

que se veían perfectamente los frutos dorados y plateados colgando de las ramas, de colores vivos, y éstas y los troncos aparecían adornados con cintas y ramos de flores, que semejaban novios alegres y recién casados llenos de felicidad. Y de vez en cuando el aroma de los naranjos era esparcido por el blando céfiro, que resonaba en las ramas y en las hojas, las cuales, al entrechocarse, producían un ruido semejante a la más melodiosa música, a cuyos acordes bailaban y danzaban las brillantes lucecillas.

—¡Qué bonito es todo esto! —exclamó María, encantada y loca de contenta.

—Estamos en el bosque de Navidad, querida señorita —dijo Cascanueces.

—¡Ay —continuó María—, si pudiera permanecer aquí! ¡Es tan bonito!

Cascanueces dio una palmada y aparecieron unos pastores y pastoras, cazadores y cazadoras, tan bonitos y blancos que hubiera podido creerse estaban hechos de azúcar, y a los cuales no había visto María a pesar de que se paseaban por el bosque. Llevaban una preciosa butaca de oro; colocaron en ella un almohadón de malvavisco y, muy corteses, invitaron a María a tomar asiento en ella. Apenas lo hizo, empezaron pastores y pastoras a bailar una danza artística, mientras los cazadores tocaban en sus cuernos de caza; luego desaparecieron todos en la espesura.

—Perdone, señorita de Stahlbaum —dijo Cascanueces—, que el baile haya resultado tan pobre; pero los personajes pertenecen a los de los bailes de alambre y no saben ejecutar sino los mismos movimientos siempre. También hay una razón para que la música de los cazadores sea tan monótona. El cesto del azúcar está colgado en los árboles de Navidad encima de sus narices, pero un poco alto. ¿Quiere usted que sigamos adelante?

—Todo es precioso y me gusta muchísimo —dijo María levantándose para seguir a Cascanueces, que había echado a andar.

Pasaron a lo largo de un arroyo cantarín y alegre, en el que se advertía el mismo aroma delicioso del resto del bosque.

—Es el arroyo de las Naranjas —respondió Cascanueces a la pregunta de María —; pero, aparte su aroma, no tiene comparación en tamaño y belleza con el torrente de los Limones, que, como él, vierte en el mar de las Almendras.

En seguida escuchó María un ruido sordo y vio el torrente de los limones, que se precipitaba en ondas color perla entre arbustos verdes chispeantes como carbunclos. Del agua murmuradora emanaba una frescura reconfortante para el pecho y el corazón. Un poco más allá corría un agua amarillenta, más espesa, de un aroma penetrante y dulce, y a su orilla jugueteaban una multitud de chiquillos, que pescaban con anzuelo, comiéndose al momento los pececillos que cogían. Al acercarse, observó María que los pececillos parecían avellanas. A cierta distancia se divisaba un pueblecito a orillas del torrente; las casas, la iglesia, la rectoral, las alquerías, todo era parduzco, aunque cubierto con tejados dorados; también se veían algunos muros tan bonitos pintados como si estuviesen sembrados de corteza de limón y de almendras.

—Es la patria del Alajú —dijo Cascanueces—, que está situada a orillas del

arroyo de la Miel; ahí habitan gentes muy guapas, pero casi siempre están descontentas porque padecen de dolor de muelas. No los visitaremos por esta razón.

Luego divisó María una ciudad pequeña, compuesta de casitas transparentes y claras, que resultaba muy linda. Cascanueces se dirigió decididamente a ella, y María escuchó un gran estrépito, viendo que miles de personajes diminutos se disponían a descargar una infinidad de carros muy cargados que estaban en el mercado. Lo que sacaban aparecía envuelto en papeles de colores y semejaba pastillas de chocolate.

—Estamos en el país de los Bombones —dijo Cascanueces—, y acaba de llegar un envío del país del Papel y del rey del Chocolate. Las casas del país de los Bombones estaban seriamente amenazadas por el ejército que manda el almirante de las Moscas, y por esta causa las cubren con los dones del país del Papel y construyen fortificaciones con los envíos del rey del Chocolate. Pero en este país no nos hemos de conformar con ver los pueblos, sino que debemos ir a la capital.

Y Cascanueces guió hacia la capital a la curiosa María.

Al poco tiempo notó un pronunciado olor a rosas y todo apareció como envuelto en una niebla rosada. María observó que aquello era el reflejo de un agua de ese color que en ondas armoniosas y murmuradoras corría ante sus ojos. En aquel lago encantador, que se ensanchaba hasta adquirir las proporciones de un inmenso mar, nadaban unos cuantos hermosos cisnes plateados, a cuyos cuellos estaban atadas cintitas de oro y cantaban a porfía las canciones más lindas; y en las rosadas ondas, los pececillos diamantinos iban de un lado para otro, como danzando a compás.

—¡Ah! —exclamó María entusiasmada—. Éste es un lago como el que me quería hacer el padrino Drosselmeier en una ocasión, y yo soy la niña que acariciaría a los cisnes.

Cascanueces sonrió de un modo más burlón que nunca y dijo:

—El tío no sabría hacer una cosa semejante; usted quizá sí, querida señorita de Stahlbaum… Pero no discutiremos por esto; vamos a embarcarnos y nos dirigiremos, por el lago de las Rosas, a la capital.

La capital

Cascanueces dio una palmada: el lado de las Rosas comenzó a agitarse más, las olas se hicieron mayores y María vio que a lo lejos se dirigía hacia donde estaban ellos un carro de conchas de marfil, claro y resplandeciente, tirado por dos delfines de escamas doradas. Doce negritos, con monteritas y delantalitos tejidos de plumas de colibrí, saltaron a la orilla y trasladaron a María y luego a Cascanueces, deslizándose suavemente sobre las olas, al carro, que en el mismo instante se puso en movimiento. ¡Qué hermosura verse en el carro de concha, embalsamado de aroma de rosas y conducido por encima de las olas rosadas! Los dos delfines de escamas doradas levantaban sus fauces, y al resoplar brotaban de ellas brillantes cristales que alcanzaban gran altura, volviendo a caer en ondas espumosas y chispeantes. Luego pareció como si cantaran multitud de vocecillas. «¿Quién boga por el lago de las Rosas?… ¡El hada!… Mosquitas, ¡sum, sum, sum! Pececillos, ¡sim, sim, sim! Cisnes, ¡cua, cua, cua! Pajaritos, ¡pi, pi, pi! Ondas del torrente, agitaos, cantad, observad… el hada viene. Ondas rosadas, agitaos, refrescad, bañad». Pero los doce negritos, que habían descendido del carro de conchas, tomaron muy mal aquel canto y sacudieron sus sombrillas con tal fuerza que las hojas de palmera de que estaban hechas empezaron a sonar y castañetear, y ellos al tiempo acompañaban con los pies, haciendo una cadencia extraña y cantando: «¡Clip, clap, clip, clap!, cortejo de negros, no calléis; no os estéis quietos, pececillos; danzad, cisnes; balancéate, carro de concha, balancéate. ¡Clip, clap, clip, clap!».

—Los negros son muy alegres —dijo Cascanueces un poco sorprendido—, pero alborotan todo el lago.

En efecto, en seguida se oyó un gran murmullo de voces extraordinarias que parecía como si saliesen del agua y flotasen en el aire.

María no se fijó en las últimas, sino que miró y las ondas rosadas, en las que vio reflejarse el rostro de una muchacha encantadora que le sonreía.

—¡Ah! —exclamó muy contenta palmoteando—. Mire, señor Drosselmeier, allá abajo está la princesa Pirlipat, que me sonríe de un modo admirable. ¿No la ve usted, señor Drosselmeier?

Cascanueces suspiró tristemente y dijo:

—Querida señorita de Stahlbaum, no es la princesa Pirlipat; es su mismo rostro el que sonríe en las ondas de rosa.

María volvió la cabeza, avergonzada, y cerró los ojos.

En aquel instante se encontró trasladada por los mismos negros a la orilla, y en un matorral casi tan bello como el bosque de Navidad, con mil cosas admirables y, sobre todo, con unas frutas raras que colgaban de los árboles, que no sólo tenían los colores más lindos, sino que olían divinamente.

—Estamos en el bosque de las Confituras —dijo Cascanueces—; pero ahí está la capital.

Entonces vio María algo verdaderamente inesperado. No sé cómo lograría yo, queridos niños, explicaros la belleza y las maravillas de la ciudad que se extendía ante los ojos de María en una pradera florida. Los muros y las torres estaban pintados de colores preciosos; la forma de los edificios no tenía igual en el mundo. En vez de tejados, las casas lucían coronas lindamente tejidas, y las torres, guirnaldas de hojas verdes de lo más bonito que se puede ver. Al pasar por la puerta, que parecía edificada de macarrones y de frutas escarchadas, siete soldados les presentaron armas, y un hombrecillo con una bata de brocado se echó al cuello de Cascanueces, saludándolo con las siguientes palabras:

—Bienvenido seáis, querido príncipe; bienvenido al pueblo de Mermelada.

María se admiró mucho al ver que Drosselmeier era considerado y tratado como príncipe por un hombre distinguido. Luego oyó un charlar confuso, un parloteo, unas risas, una música y unos cánticos que la distrajeron de todo lo demás, y sólo pensó en averiguar su causa.

—Querida señorita de Stahlbaum —respondió Cascanueces—, no tiene nada de particular. Mermelada es una ciudad alegre; siempre está igual. Pero tenga la bondad de seguirme un poco más adelante.

Apenas anduvieron unos pasos, llegaron a la plaza del Mercado, que presentaba un aspecto hermoso. Todas las casas de alrededor eran de azúcar trabajada con calados y galerías superpuestas; en el centro se alzaba un ramillete a modo de obelisco; cerca de él lanzaban a gran altura sus juegos de agua cuatro fuentes muy artísticas de grosella, limonada y otras bebidas dulces, y en las tazas remansaba la crema, que se podía coger a cucharadas. Y lo más bonito de todo eran los miles de lucecillas que, colgadas encima de otras tantas cabezas, iban de un lado para otro gritando, riendo, bromeando, cantando…, en una palabra, armando el alboroto que María oyera desde lejos. Se veían gentes bellamente ataviadas: armenios, griegos, judíos y tiroleses, oficiales y soldados, sacerdotes, pastores y bufones; en fin, todos los personajes que se pueden hallar en el mundo. En una de las esquinas era mayor el tumulto; la gente se atropellaba, pues pasaba el Gran Mogol en su palanquín, acompañado por noventa y tres grandes del reino y ciento siete esclavos. En la esquina opuesta, tenía su fuerte el cuerpo de pescadores, que sumaba quinientas cabezas; y lo peor fue que el Gran Señor Turco tuvo la ocurrencia de irse a pasear a la plaza, a caballo, con tres mil jenízaros, yendo a interrumpir el cortejo que se dirigía al ramillete central cantando el himno Alabemos al poderoso Sol. Hubo gran revuelta y muchos tropezones y gritos. Al rato se escuchó un lamento: era que un pescador había cortado la cabeza a un bracmán, y al Gran Mogol por poco lo atropella un bufón. El ruido se hacía más ensordecedor a cada instante, y ya empezaba la gente a llegar a las manos cuando hizo su aparición en la plaza el individuo de la bata de damasco que saludara a Cascanueces en la puerta de la ciudad dándole el título de

príncipe, y subiéndose al ramillete tocó tres veces una campanilla y gritó al tiempo:

—¡Confitero!… ¡Confitero!… ¡Confitero!

Instantáneamente cesó el tumulto; cada cual procuró arreglárselas como pudo, y, después que se hubo desenredado el lío de coches, se limpió el Gran Mogol y se volvió a colocar la cabeza al bracmán, continuó la algazara.

—¿Qué ha querido decir con la palabra confitero, señor Drosselmeier? —preguntó María.

—Señorita —respondió Cascanueces—, confitero se llama aquí a una fuerza desconocida de la que se supone puede hacer con los hombres lo que le viene en gana; es la fatalidad que pesa sobre este alegre pueblo, y le temen tanto que sólo con nombrarlo se apaga el tumulto más grande, como lo acaba de hacer el burgomaestre. Nadie piensa más en lo terreno, en romperse los huesos o en cortarse la cabeza, sino que todo el mundo se reconcentra y dice para sí: «¿Qué será ese hombre y qué es lo que haría con nosotros?».

María no pudo contener una exclamación de asombro y de admiración al verse delante de un palacio iluminado por los rojos rayos del sol, con cien torrecillas alegres. En los muros había sembrados ramilletes de violetas, narcisos, tulipanes, alhelíes, cuyos tonos oscuros hacían resaltar más y más el fondo rojo. La gran cúpula central del edificio, lo mismo que los tejados piramidales de las torrecillas, estaban sembrados de miles de estrellas doradas y plateadas.

—Estamos en el palacio de Mazapán —dijo Cascanueces.

María se perdía en la contemplación del maravilloso palacio; pero no se le escapó que a una de las torres grandes le faltaba el tejado. Al parecer, unos hombrecillos encaramados en un andamiaje armado con ramas de cinamomo trataban de repararlo. Antes de que preguntase nada a Cascanueces, explicó éste:

—Hace poco amenazó al hermoso palacio un hundimiento serio, que bien pudo haber llegado a la destrucción total. El gigante Goloso pasó por aquí, se comió el tejado de esa torre y dio un bocado a la gran cúpula; los ciudadanos de Mermelada le dieron como tributo un barrio entero y una parte considerable del bosque de confituras, con lo cual se satisfizo y se marchó.

En aquel momento, se oyó una música agradable y dulce; las puertas del palacio se abrieron, dando paso a los doce pajecillos con tallos de girasol encendidos, que llevaban a modo de hachas. Su cabeza consistía en una perla; los cuerpos, de rubíes y esmeraldas, y marchaban sobre piececillos diminutos de oro puro. Los seguían cuatro damas de un tamaño aproximado a la muñeca Clarita, de María, pero tan maravillosamente vestidas que María reconoció en seguida en ellas a las princesas. Abrazaron muy cariñosas a Cascanueces, diciéndole conmovidas:

—¡Oh, príncipe! ¡Oh, hermano mío!

Cascanueces, muy conmovido, se limpió las lágrimas que inundaban sus ojos, tomó a María de la mano y dijo en tono patético:

—Esta señorita es María Stahlbaum, hija de un respetable consejero de Sanidad y

la que me ha salvado la vida. Si ella no tira a tiempo su zapatilla, si no me proporciona el sable del coronel retirado, estaría en la sepultura, mordido por el maldito rey de los ratones. ¿Puede compararse con esta señorita la princesa Pirlipat, a pesar de su nacimiento, en belleza, bondad y virtud? No, digo yo; no.

Todas las damas dijeron asimismo «no», y echaron los brazos al cuello de María, exclamando entre sollozos:

—¡Oh, noble salvadora de nuestro querido hermano el príncipe!… ¡Oh, bonísima señorita de Stahlbaum!

Las damas acompañaron a María y al Cascanueces al interior del palacio, conduciéndolos a un salón cuyas paredes eran de pulido cristal de tonos claros. Lo que más le gustó a María fueron las preciosas sillitas, las cómodas, los escritorios, etc., que estaban diseminados por el salón, y que eran de cedro o de madera del Brasil con incrustaciones de oro semejando flores. Las princesas hicieron sentar a María y a Cascanueces, diciéndoles que iban a prepararles la comida. Presentaron una colección de pucheritos y tacitas de la más fina porcelana española, cucharas, tenedores, cuchillos, ralladores, cacerolas y otros utensilios de cocina de oro y plata. Luego sacaron las frutas y golosinas más sabrosas que María viera en su vida, y comenzaron, con sus manos de nieve, a prensar las frutas, a preparar la sazón, a rallar la almendra; en una palabra, trabajaron de tal manera, que María pudo ver que eran buenas cocineras y comprendió que preparaban una comida exquisita. En lo íntimo de su ser, deseaba saber algo de aquellas cosas para ayudar a las princesas. La más hermosa de ellas, como si hubiese adivinado su deseo, alargó a María un mortero de oro, diciéndole:

—Dulce amiguita, salvadora de mi hermano, machaca un poco de azúcar cande.

Mientras María machacaba afanosa y el ruido que hacía en el mortero sonaba como una linda canción, Cascanueces comenzó a contar a sus hermanas la terrible batalla entre sus tropas y las del rey de los ratones, la cobardía de su ejército, que quedó casi batido por completo, y la intención del rey de los ratones de acabar con él, y el sacrificio que María hizo de muchos de sus ciudadanos, etc. María estaba cada vez más lejos del relato y del ruido del mortero, llegando al fin a ver levantarse una gasa plateada a modo de neblina en la que flotaban las princesas, los pajes, Cascanueces y ella misma, escuchando al tiempo un canto dulcísimo y un murmullo extraño, que se desvanecía a lo lejos y subía y subía cada vez más alto.

Conclusión

¡Brr…!, ¡pum!…, María cayó de una altura inconmensurable… ¡Qué sacudida!… Pero abrió los ojos y se encontró en su camita; era muy de día, y su madre estaba a su lado, diciendo:

—Vamos, ¿cómo puedes dormir tanto? Ya hace mucho tiempo que está el desayuno.

Comprenderás, público respetable, que María, entusiasmada con las maravillas que había visto, concluyó por dormirse en el salón del palacio de Mazapán, y que los negros, los pajes o quizá las princesas mismas la trasladaron a su casa y la metieron en la cama.

—Madre, querida madre, no sabes dónde me ha llevado esta noche el señor Drosselmeier y las cosas tan lindas que me ha enseñado.

Y contó a su madre todo lo que yo acabo de referir; y la buena señora se maravilló mucho.

Cuando María acabó su narración, dijo su madre:

—Has tenido un sueño largo y bonito, pero procura que se te quiten esas ideas de la cabeza.

María, testaruda, insistía en que no había soñado y que en realidad vio todo lo que contaba. Entonces su madre la tomó de la mano y la condujo ante el armario, donde enseñándole el Cascanueces, que, como de costumbre, estaba en la tercera tabla, le dijo:

—¿Cómo puedes creer, criatura, que este muñeco de madera de Nuremberg pueda tener vida y movimiento?

—Pero, querida madre —repuso María—, yo sé muy bien que el pequeño Cascanueces es el joven Drosselmeier de Nuremberg, el sobrino del magistrado.

El consejero de Sanidad y su mujer soltaron la carcajada.

—¡Ah! —dijo María casi llorando—. No te rías de mi Cascanueces, querido padre, que ha hablado muy bien de ti; precisamente cuando me presentó a sus hermanas, las princesas, en el palacio de Mazapán, dijo que eras un consejero de Sanidad muy respetable.

Mayores fueron aún las carcajadas de los padres, a las que se unieron las de Luisa y Federico.

María se metió en su cuarto, sacó de una cajita las siete coronas del rey de los ratones y se las enseñó a su madre, diciendo:

—Mira, querida madre, aquí están las siete coronas del rey de los ratones que me entregó anoche el joven Drosselmeier como trofeo de su victoria.

Muy asombrada contempló la madre las siete coronitas, tan primorosamente trabajadas en un metal desconocido que no era posible estuviesen hechas por manos

humanas. El consejero de Sanidad no podía apartar la vista de aquella maravilla, y ambos, el padre y la madre, insistieron en que María les dijese de dónde había sacado aquellas coronas. La niña sólo pudo responder lo que ya había dicho, y como su padre no la creía y le decía que era una mentirosa, comenzó a llorar amargamente, diciendo.

—¡Pobre de mí! ¿Qué puedo decir yo?

En aquel momento se abrió la puerta, dando paso al magistrado, que exclamó:

—¿Qué es eso, qué es eso? ¿Por qué llora mi ahijadita? ¿Qué pasa?

El consejero de Sanidad le contó todo lo ocurrido, enseñándole las coronitas.

En cuanto el magistrado las vio se echó a reír, diciendo:

—¡Qué tontería, qué tontería! Ésas son las coronitas que hace años llevaba yo en la cadena del reloj y que le regalé a María el día que cumplió dos años. ¿No os acordáis?

Ni el consejero de Sanidad ni su mujer se acordaban de aquello; pero María, observando que sus padres desarrugaban el ceño, se echó en brazos de su padrino y dijo:

—Padrino, tú lo sabes todo. Dile que Cascanueces es tu sobrino, el joven de Nuremberg, y que él es quien me ha dado las coronitas.

El magistrado se puso muy serio y murmuró:

—¡Tonterías, extravagancias!

Entonces el padre tomó a María en brazos y le sermoneó:

—Escucha, María: a ver si te dejas de imaginaciones y de bromas; si vuelves a decir que el insignificante y contrahecho Cascanueces es el sobrino del magistrado Drosselmeier, lo tiro por el balcón, y con él todas tus demás muñecas, incluso a la señorita Clara.

La pobre María no tuvo más remedio que callarse y no hablar de lo que llenaba su alma, pues podéis comprender perfectamente que no era fácil olvidar todas las bellezas que había visto. El mismo Federico volvía la espalda cuando su hermana quería hablarle del reino maravilloso en que fue tan feliz, llegando algunas veces a murmurar entre dientes:

—¡Qué estúpida!

Trabajo me cuesta creer esto último conociendo su buen natural; pero de lo que sí estoy seguro es de que, como ya no creía nada de lo que su hermana le contaba, desagravió a sus húsares de la ofensa que les hiciera con una parada en toda regla; les puso unos pompones de pluma de ganso en vez de la divisa, y les permitió que tocasen la marcha de los húsares de la Guardia. Nosotros sabemos muy bien cómo se portaron los húsares cuando recibieron en sus chaquetillas rojas las manchas de las asquerosas balas…

A María no se le permitió volver a hablar de su aventura; pero la imagen de aquel reino encantador la rodeaba como de un susurro dulcísimo y de una armonía deliciosa; lo veía todo de nuevo en cuanto se lo proponía, y así, algunas veces, en vez de jugar como antes, se quedaba quieta y callada, ensimismada, como si la

acometiera un sueño repentino.

Un día, el magistrado estaba arreglando uno de los relojes de la casa. María, sentada ante el armario de cristales y sumida en sus sueños, contemplaba al Cascanueces; sin advertirlo, comenzó a decir:

—Querido Drosselmeier: si vivieses, yo no haría como la princesa Pirlipat; yo no te despreciaría por haber dejado de ser por causa mía un joven apuesto.

El magistrado exclamó:

—Vaya, vaya, ¡qué tonterías!…

Y en el mismo momento se sintió una sacudida y un gran ruido, y María cayó al suelo desmayada.

Cuando volvió en sí, su madre, que la atendía, dijo:

—¿Cómo te has caído de la silla siendo ya tan grande? Aquí tienes al sobrino del magistrado, que ha venido de Nuremberg…; a ver si eres juiciosa.

María levantó la vista. El magistrado se había puesto la peluca y su gabán amarillo y sonreía satisfecho; en la mano tenía un muñequito pequeño, pero muy bien hecho: su rostro parecía de leche y sangre; llevaba un traje rojo adornado de oro, medias de seda blanca y zapatos y en la chorrera un ramo de flores; iba muy rizado y empolvado, y a la espalda le colgaba una trenza; la espada, sujeta de su cinto, brillaba constelada de joyas, y el sombrerillo, que sostenía debajo del brazo, era de pura seda. Demostraba sus buenas costumbres en que había traído a María una infinidad de muñequitos de mazapán y todas las figuritas que el rey de los ratones se comiera. A Federico también le traía un sable. En la mesa partió con mucha soltura nueces para todos; no se le resistían ni las más duras; con la mano derecha se las metía en la boca, con la izquierda levantaba la trenza y…, ¡crac!…, la nuez se hacía pedazos.

María se puso roja cuando vio al joven, y más roja aún cuando, después de comer, el joven Drosselmeier la invitó a salir con él y a colocarse junto al armario de cristales.

—Jugad tranquilos, hijos míos —dijo el magistrado—; como todos mis relojes marchan bien, no me opongo a ello.

En cuanto el joven Drosselmeier estuvo solo con María se hincó de rodillas y exclamó:

—Distinguidísima señorita de Stahlbaum: aquí tiene a sus pies al feliz Drosselmeier, cuya vida salvó usted en este mismo sitio. Usted, con su bondad característica, dijo que no sería como la princesa Pirlipat y que no me despreciaría si por su causa hubiera perdido mi apostura. En el mismo momento dejé de ser un vulgar Cascanueces y recobré mi antigua figura. Distinguida señorita, hágame feliz concediéndome su mano; comparta conmigo reino y corona; reine conmigo en el palacio de Mazapán, pues allí soy el rey.

María levantó al joven y dijo en voz baja:

—Querido señor Drosselmeier: es usted un hombre amable y bueno, y como además posee usted un reino simpático en el que la gente es muy amable y alegre, le

acepto como prometido.

Desde aquel momento, fue María la prometida de Drosselmeier. Al cabo de un año dicen que fue a buscarla en un coche de oro tirado por caballos plateados. En las bodas bailaron veintiún mil personajes adornados con perlas y diamantes, y María se convirtió en reina de un país en el que sólo se ven, si se tienen ojos, alegres bosques de Navidad, transparentes palacios de Mazapán, en una palabra, toda clase de cosas asombrosas.

Éste es el cuento de EL CASCANUECES Y EL REY DE LOS RATONES.

Los maestros cantores

Der Kampf der Sänger (1818)

I

En la Corte de Turingia

El *landgrave* que gobernaba en Turingia en 1208 era un gran amigo y protector de los maestros cantores.

Éstos formaban asociaciones reglamentadas compuestas por discípulos, poetas, músicos y amigos del arte lírico.

El duque que en aquella época tenía a su cargo el gobierno de Turingia había reunido a seis ilustres maestros cantores, que intervenían en brillantes fiestas y torneos.

Entre las damas de la corte había una particularmente aficionada a ese arte. Era la condesa Matilde.

Enrique de Ofterdingen era un joven y apuesto maestro cantor a quien el *landgrave* distinguía sobre los demás.

Este favorito de la corte estaba enamorado de la condesa Matilde; pero ésta, que conservaba el recuerdo de su difunto marido como un sagrado culto, no correspondía a sus galanteos.

La llegada de otro maestro cantor eclipsó en parte gloria y el prestigio del afortunado joven.

A pesar de querer mucho a su rival y de haber aceptado con resignación el olvido en que lo tenía el *landgrave*, Enrique se sentía desdichado.

Poco tiempo después, positivamente enfermo, abandonó el castillo de Wartburgo, y se fue a la ciudad de Eisenach.

Los maestros compañeros suyos se afligieron mucho al ver su estado. Únicamente Wolfram pareció alegrarse. Decía que ahora que su enfermedad era física a todas luces, debía de estar próxima su total curación. Pero viendo que el tiempo pasaba y que no tenía noticias del restablecimiento de su amigo, decidió un día visitarlo.

Cuando el enfermo notó la presencia de su amigo en el dormitorio, se incorporó con dificultad y le tendió la mano.

—Sé que mi mal es mal de amor —le dijo—. Estoy perdidamente enamorado de la condesa Matilde. Y como estoy convencido de que nunca podré ser correspondido por ella, he preferido venir a terminar mis días lejos del castillo renunciando a ella definitivamente.

—Haces mal en perder las esperanzas.

—Agradezco tu buena intención, pero sé que tú también la amas y que ella te corresponde.

A pesar de su promesa de no regresar al castillo de Wartburgo, el pobre

enamorado intentó más de una vez emprender el viaje.

Y un día, al anochecer, sin saber cómo, se encontró de pronto en la selva que circulaba el castillo.

No comprendiendo lo que le pasaba y presa de gran desesperación se echó sobre el pasto.

De pronto oyó a sus espaldas una risa estridente que le heló la sangre. Se volvió asustado y vio una figura alta y oscura que con voz irónica y destemplada le dijo:

—No dudo que yo puedo ser el más grande de los maestros, pero no debo daros lecciones.

—¿Es posible? —preguntó Enrique.

—Sí. Pero no os desaniméis. Puedo daros varios consejos tan valiosos como un curso completo. ¿Habéis oído hablar alguna vez de un célebre maestro cantor llamado Klingsohr?

—Sí. He oído hablar de él.

—El pueblo dice que es un poderoso nigromante y que tiene relaciones con el diablo.

—¿Y qué debo hacer?

—Irlo a ver. Él os enseñará el camino para triunfar.

—¿Dónde lo puedo ver?

—En Hungría. Si no podéis ir en seguida, y para que os sirva de ayuda en vuestros estudios, os entregaré un librito compuesto por él. Contiene además de las verdaderas reglas del arte, algunas bellas canciones de Klingsohr.

Apenas terminó de pronunciar estas palabras, el hombre vestido de negro sacó de un bolsillo interior un librito con tapas de color rojo vivo. Después de entregárselo a Enrique, desapareció.

El joven se quedó dormido, y al despertar notó que el sol estaba ya muy alto. Sobre sus rodillas vio el libro de tapas rojas.

II

De regreso

Deseando tener noticias de Enrique, Wolfram volvió otro día a Eisenach. Se dirigió a la casa donde se hospedaba su amigo, pero no lo encontró. Y allí le informaron que había desaparecido.

Triste por la inesperada noticia, regresó a la corte.

Un día de primavera hubo un torneo poético en el jardín de la residencia ducal.

Iba a empezar Wolfram con uno de sus cantos, cuando de entre los árboles apareció un joven. Todos reconocieron a Enrique en él. Y grande fue la alegría de todos, ya que lo habían dado por perdido. Se dirigieron a él y le prodigaron afectuosos saludos. El joven maestro, en cambio, sin fijar apenas la atención en tan sinceras pruebas de amistad, se acercó al landgrave, e inclinándose ante él y ante la condesa Matilde, manifestó que estaba definitivamente curado de la enfermedad que había motivado su alejamiento y que deseaba tomar parte en el torneo.

Todos notaron un cambio raro en su físico y en sus maneras. Ya no era, como antes, un joven tímido y soñador.

Wolfram entonó un canto en honor del dueño del castillo. Luego se refirió al regreso del querido amigo a quien creía perdido, improvisando unos versos llenos de sentimiento.

Enrique, lejos de manifestarse agradecido, frunció las cejas y, poniéndose luego en medio del círculo destinado a los cantores, empezó una melodía tan diferente a las demás, que dejó sorprendida a la reunión.

Una vez que hubo dado la nota final se hizo un largo silencio al que sucedieron entusiastas aplausos. La misma condesa Matilde, no pudiendo contener su admiración, se levantó de su asiento y acercándose a Enrique le colocó en la frente la corona que constituía el trofeo destinado al vencedor.

Mientras todos dirigían sus alabanzas al joven maestro, una sola persona permanecía silenciosa y preocupada: el landgrave.

Desvanecida la primera impresión producida por el maravilloso canto de Enrique, los maestros no tardaron en observar todo lo que en él había de falso brillo y de audacia sin recato.

Únicamente la condesa Matilde seguía siendo una entusiasta admiradora del joven poeta.

Y en poco tiempo todo el mundo notó un gran cambio en la noble dama.

Por eso el landgrave, temiendo que las otras damas de la corte siguieran tan poco recomendable ejemplo, prohibió que se dedicasen a la poesía. La que así lo hiciere

sufriría pena de destierro.

La condesa Matilde se vio obligada a retirarse de Wartburgo. Y se instaló a poca distancia de la ciudad de Eisenach, a un castillo donde Enrique pensaba también ir. Pero el señor de Turingia le ordenó que se quedara en su mansión para tomar parte en el torneo al que lo habían retado los demás maestros.

—Con vuestro comportamiento —dijo—, habéis creado la división en el círculo amable y cerrado que yo había formado aquí.

—No sé, señor —contestó Enrique—, cómo he podido hacerme acreedor de tan fieros reproches. La casualidad quiso que cayera en mis manos un bello libro, obra de un célebre maestro. Y, subyugado por su contenido, sentí el deseo de conocer al autor de tamaño prodigio y estudiar su arte maravilloso. A Hungría me fui, y allí visité al maestro Klingsohr, a quien debo el arte sobrenatural de mis versos.

—Varias veces me ha elogiado vuestro maestro el duque de Austria —contestó el landgrave—, y por él se que es hombre versado en las ciencias ocultas. Pero un poeta deber ser sencillo. Los maestros cantores de esta corte están irritados por vuestro comportamiento altanero. Quieren disputar el premio del canto. Es necesario que respondáis a su desafío.

Enrique aceptó. Llegó el día del torneo, y, ya fuese por la poca consistencia de las lecciones recibidas o el exaltado entusiasmo de sus rivales, fue vencido.

Entonces éste, enfurecido, entonó, un canto irónico con indirectas hirientes para el landgrave y las damas de la corte.

Se irritaron todos los presentes, y viendo enrique en peligro su vida, rogó al dueño del castillo que lo protegiera y permitiera ser juez, en una próxima lucha, al mismo maestro Klingsohr.

—Las cosas han llegado a un extremo —contesto el noble señor— que ya no se trata de vencer en un torneo poético. Me habéis insultado habéis atentado contra el honor de las damas de la corte que, por serlo, merecen el mayor respeto. Del concurso que pedís depende, no solamente vuestra reputación sino también mi dignidad y el honor de las damas de Wartburgo. Consiento en que se celebre y en que actúe como juez el maestro Klingsohr. Uno de los cantores será vuestro competidor. Lo designará la suerte, y vos mismo elegiréis el tema que más os agrade. Pero tened presente que el vencido será condenado a muerte.

—Gracias, señor —dijo Enrique, arrodillándose ante landgrave.

—Id a buscar vuestro maestro y haced que esté dentro de un año. Él será el árbitro en la próxima lucha a vida o muerte.

Enrique se retiró y durante varios meses reinó la más completa tranquilidad en el castillo Wartburgo.

III

El maestro vencido

Faltaba poco para vencer el plazo acordado por el landgrave para que el maestro Klingsohr se encontrara en Wartburgo, cuando se supo en el castillo la llegada de éste a la próxima ciudad de Eisenach.

Los maestros cantores se regocijaron, pues ello suponía la proximidad del duelo poético con Enrique. Wolfram, por su parte, estaba más impaciente que ninguno, pues deseaba tratar al famoso Klingsohr y conocer su ciencia. No pudiendo aguantar más, un día se dirigió a Eisenach.

Al llegar a la casa donde se hospedaba el célebre maestro vio que muchos alumnos de canto se habían congregado junto a la puerta y hablaban del ilustre visitante.

Después de vencer no pocos inconvenientes, Wolfram entró en la casa y se hizo anunciar.

Un sirviente elegantemente vestido le abrió la puerta del aposento ocupado por Klingsohr. Al penetrar en él, el poeta suizo vio a un hombre de elevada estatura ataviado con un caftán de terciopelo de color carmesí con largas mangas y adornos de piel de marta. Su aspecto era majestuoso, y sus ojos parecían despedir rayos. En la pieza había profusión de libros e instrumentos de todas clases, y en un rincón, un viejo enano pálido, de unos tres pies de estatura, que, encaramado sobre un taburete ante un pupitre, escribía con una pluma de plata en una hoja de pergamino lo que le iba dictando el huésped, que no era otro que Klingsohr.

Cuando la mirada de éste se dirigió a Wolfram, el joven maestro cantor le dirigió un atento saludo en verso; le dijo que deseaba disfrutar de las bellezas de su arte, y le rogó que le contestara también un verso. El maestro midió de pies a cabeza con una mirada colérica y le contestó:

—¿Quién sois vos para interrumpirme con vuestras torpes estrofas y provocarme como si estuviéramos realizando un torneo poético?…¡Ah!… Sin dudas, sois Wolfram, el más ignorante de los cantores que en Wartburgo se califican así mismos de maestros.

Conteniendo a duras penas su indignación, contestó el joven:

—No está bien en un maestro como vos contestar de tal manera al saludo que respetuosamente os he dirigido. Estoy por creer que es cierto lo que se dice: que tenéis trato con los espíritus del infierno, pues sois orgulloso como ellos.

—No habléis de mismo relaciones con los espíritus, porque no sabéis de qué se trata. Pero, ya que lo queréis, acepto vuestro desafío. Cantaremos, pero no aquí, pues

esta habitación no se presta para esta clase de ejercicios. Además, quiero que bebáis conmigo un vaso de buen vino.

Al oír esto, el enano que escribía saltó al suelo desde su alto taburete con tal violencia que lanzó un gemido. Klingsohr, fastidiado, se dio vuelta y de un empujón lo mandó al interior de un armario, donde lo dejó encerrado con llave. En seguida acomodó los libros que estaban abiertos y diseminados a su alrededor. Cada vez que la tapa de un volumen caía sobre las hojas de pergamino se oía un lúgubre sonido parecido al suspiro de un moribundo. En los armarios y arcas resonaba un indefinible rumor y un pájaro grande revoloteaba por la habitación agitando sus doradas alas. La noche había llegado y el joven visitante empezó a sentir miedo. Entonces Klingsohhr extrajo de una caja una piedra que derramó por la pieza una claridad parecida a la del sol. Inmediatamente renació la calma; Wolfram ya no vio ni oyó nada de cuanto lo había asustado.

Entraron dos sirvientes trayendo un espléndido traje con el que vistieron a su patrón. Luego éste y Wolfram, se fueron a una taberna próxima.

Después de beber algunos vasos de vino, brindando por su reconciliación, los dos poetas entonaron diversas canciones. Desdichadamente para el joven, nadie estaba allí que pudiera ser juez del singular torneo, pues de ser así, le habría dado a él la palma. Tan inspirado estuvo en sus canciones que el mismo Klingsohr se confesó vencido.

—Pero no os vanagloriéis —le dijo—. Aunque me habéis ganado hoy, no ocurrirá lo mismo mañana. Os enviaré por la noche a un famoso cantor llamado Nasias, Luchad contra él y ¡ay, de vos, si os vence!

IV

La derrota de Nasias

Aunque los maestros, cuando se hallaban reunidos en la taberna, creían que nadie estaba escuchando su canto ni sus palabras, lo cierto era que los admiradores de ambos fueron testigos de lo ocurrido allí. Tanto los de un bando como los de otro consideraban imposible que Klingsohr se hubiera declarado vencido.

Los amigos de Wolfram aconsejaron a éste que abandonara la lucha, pues, sin duda, aquel Nasias que el viejo le iba a mandar sería el mismísimo demonio. El joven poeta no atendió ninguna de las sensatas indicaciones aguardó tranquilamente la noche en la pieza que le había prestado un amigo suyo que le había dado albergue.

Llegó la noche y nada anunciaba al extraño visitante. Las pesas del reloj subían unas y bajaban otras en forma pausada y medida. Pero al sonar la medianoche, un golpe de viento invadió la casa; voces discordantes dejaron oír una especie de gemido y gritos destemplados como los de las aves nocturnas se unieron al fúnebre concierto.

Wolfram había ya casi olvidado la anunciada visita. Por eso, al oír aquella batahola se estremeció, pero no tardó en reaccionar, recobrando la tranquilidad perdida.

Como a impulsos del viento, se abrió violentamente la puerta y apareció un hombre alto circundado de un vapor rojizo, que se quedó mirando al joven poeta con centelleantes ojos. Se trataba de una aparición espantosa. Tanto, que otro hombre que no hubiera tenido el temple de Wolfram se hubiera desmayado. Pero nuestro héroe consiguió mantenerse firme, y con voz clara y potente, preguntó:

—¿Qué venís a hacer?

—Soy Nasias —contestó el aparecido y vengo a luchar con vos en el arte del canto.

Esto diciendo, abrió su capa y dejó caer sobre la mesa numerosos libros que llevaba bajo el brazo.

Inmediatamente con modulaciones singulares. Wolfram lo escuchaba con los ojos bajos. Cuando el visitante terminó, empezó el joven poeta a entonar varias melodías nobles y piadosas, consagradas por entero a las cosas santas. Nasias al oír las alabanzas al cielo saltaba de un lado para otro. Parecía como si quisiera arrojar sobre la cabeza del joven los pesados libros que había traído consigo. A medida que el canto de Wolfram ganaba en brillo y vigor, se debilitaba el poder de la mirada del irascible contrincante, a la vez que su estatura iba disminuyendo hasta llegar a los dos pies. Entonces el joven maestro se levantó y en nombre de Jesucristo y de los santos, ordenó al espíritu infernal que se retirara.

—Eres un alumno vil e ignorante —gritó Nasias con voz enronquecida por la rabia y dando saltos de furor.

Luego bramó como una racha de viento y desapareció, dejando en la habitación un penetrante olor a azufre.

Wolfram, satisfecho de la victoria obtenida, abrió la ventana para que la brisa de la madrugada barriera las huellas dejadas por el diablo.

Por la tarde el poeta abandonó la ciudad rumbo al castillo de Wartburgo. En el camino encontró a dos nobles caballeros, ricamente vestidos y bien montados, que iban a la cabeza de un cortejo numeroso y brillante. Le informaron que el landgrave los mandaba a la ciudad para traer al maestro Klingsohr con el fin de que actuara de árbitro en el singular torneo que iba a realizarse.

El viejo maestro había pasado la noche en el balcón de su residencia observando el firmamento. Después de trazar sus líneas astrológicas, dijo a dos de sus discípulos que lo acompañaban:

—Esta noche ha nacido una hija de Andrés II, rey de Hungría. Esta princesa se llamará Isabel y, en premio a sus virtudes y a su piedad, un día será canonizada por el papa Gregorio IX. Y esta santa Isabel de Hungría será la esposa de Luis, hijo de Hermann, el landgrave de Turingia, protector de los maestros cantores.

Inmediatamente fue referida la profecía al noble señor de aquel estado, quien la recibió con intenso júbilo. A partir de entonces decidió tratar al célebre extranjero como un gran señor, haciéndolo escoltar como si fuera un príncipe, a su llegada al castillo, para intervenir en la justa.

Mientras tanto, la hora del torneo a vida o muerte se aproximaba. Wolfram creía que no se podía realizar porque Enrique todavía no se había presentado. Sin embargo, el landgrave estaba ya informado de su llegada. Mandó disponer un gran patio interior del castillo para el combate y ordenó que llamaran al verdugo de Eisenach, para que ejecutara al vencido.

V

El triunfo de Wolfram

En una de las salas del castillo hablaban como buenos amigos el landgrave de Turingia y el maestro Kinglsohr. Éste afirmaba haber visto claramente la constelación que anunciaba el nacimiento de Isabel y aconsejaba al noble caballero el envío inmediato al rey de Hungría en una embajada con encargo de solicitar la mano de la recién nacida princesa para el príncipe Luis, que entonces contaba once años de edad. El landgrave encontró acertado el consejo y empezó a ponderar la ciencia del maestro. Y éste le habló en términos tales que el duque lo invitó a abandonar el lugar de su residencia para ingresara en la corte de Wartburgo donde sería tratado de acuerdo con sus merecimientos.

El maestro agradeció el ofrecimiento, pero de ahí no pasó, pues, según dijo, le debía tantos favores al rey Andrés de Hungría, que consideraba una ingratitud abandonarlo. Además, no creía poderse llevar bien con los maestros cantores de Turingia. Y dijo más: dijo que no podría ser juez en el singular torneo, pues debía regresar de inmediato a su patria.

Y llegó el día del singular torneo.

En medio del patio destinado al efecto había dos sitiales tapizados de negro para los maestros cantores que iban a tomar parte. Detrás de esos asientos se veía el patíbulo, donde debía ser ejecutado el vencido.

El landgrave designó jueces del certamen a dos caballeros de la corte que eran muy versados en poesía y música.

Pero éstos y para el príncipe se había construído frente al lugar en que iban a actuar los contendores, una tribuna con ricos adornos. A continuación venían los estrados ocupado por las damas y demás espectadores.

Una inmensa multitud, formada en su mayor parte por gente del pueblo, llenaba el patio y se amontonaba en las ventanas y techos.

Al son de trompetas y címbalos, avanzó el landgrave con los árbitros del certamen, y fueron a sentarse en la tribuna de honor.

Los maestros cantores ocuparon inmediatamente sus correspondientes sitiales.

Sobre el catafalco, el verdugo y sus dos ayudantes esperaban tranquilamente el momento de cumplir su ingrata tarea.

El padre Leonardo, confesor del landgrave, se colocó junto al cadalso para asistir en sus últimos momentos al que debía pagar con la vida su derrota.

El silencio más profundo reinaba entre los concurrentes.

El mariscal del landgrave se adelantó hasta el centro del recinto y proclamó los

motivos del torneo.

El padre Leonardo levantó el crucifijo, y todos los maestros cantores, arrodillados y con la cabeza descubierta, juraron someterse a la voluntad de su señor.

El verdugo empuñó el hacha y proclamó que ejecutaría lo mejor y más rápidamente que pudiera al que resultara condenado en el singular y terrible encuentro.

Después de un toque de trompetas, el mariscal llamó tres veces a Enrique de Ofterdingen. Y éste, a quien nadie había visto regresar a la corte, se encontró de pronto junto al mariscal. Se inclinó ante el landgrave y con voz clara y potente dijo que había llegado para luchar con el maestro que se le indicara.

El mariscal se acercó a los maestros cantores llevando una urna de plata que contenía varios billetes en blanco menos uno. Cada participante tomó el suyo, tocándole a Wolfram el del signo indicador de que debía contender con Enrique. Se levantó con alegre decisión y al hallarse frente a su amigo experimentó un doloroso sentimiento al ver en su pálido rostro y en sus ojos brillantes una expresión parecida a la que había visto en el diabólico Nasias, vencido en una ocasión.

Enrique empezó a cantar, y Wolfram se estremeció: reconoció en la composición las palabras de música de Nasias. Cuando su contrincante terminó, tuvo que reunir todas sus fuerzas para poder contestarle como correspondía. Y lo hizo con un canto tan magnífico que provocó las aclamaciones de la multitud. Por orden del señor del castillo, Enrique cantó de nuevo y lo hizo de una manera tan admirable que entusiasmó a todos. El mismo Wolfram se sentía conmovido; pero divisando a la condesa Matilde en toda su belleza, tal como lo viera el primer día que la encontró en los jardines de la ducal mansión y observando que le dirigía una amorosa mirada, al llegarle a su vez el turno, cantó haciendo una descripción de la felicidad que experimentó cuando le tocó luchar contra el demonio. Puso tanto sentimiento y empleó tan lindas frases, que el pueblo, sin aguardar el fallo de los jueces,. Lo proclamó vencedor del torneo. El landgrave y los árbitros se levantaron confirmando la opinión general, resonaron las trompetas y el mariscal ciñó la corona en las sienes del triunfador.

El verdugo se preparó para ejecutar su terrible misión, pero apenas sus ayudantes quisieron apoderarse de Enrique, éste se convirtió en una nube negra y espesa que silbando desapareció en la atmósfera.

Ante semejante prodigio, se retiraron todos pálidos y conmovidos. Y cuando el asombro que provocara se hubo calmado, el landgrave reunió a los maestros cantores y le dijo:

—Ahora comprendo por qué Klingsohr no quiso ser árbitro. Ya sea Enrique el que acaba de cantar o algún diablo mandado en su reemplazo, lo cierto es que la lucha ha terminado en vuestro honor.

Algunos sirvientes que estaban vigilando la puerta del castillo cuando se realizaba el torneo dijeron que en el momento el que Wolfram venció a Enrique vieron a un

personaje parecido a Klingsohr alejarse del castillo montado en un caballo negro lleno de espuma.

VI

La salvación de Enrique y de Matilde

La condesa Matilde entró en los jardines del castillo, donde la siguió Wolfram. La hermosa viuda tendió al joven poeta las manos en señal de agradecimiento y le dijo:

—Os estoy muy reconocida. Me salvasteis del poder del demonio.

—¿Es posible? —exclamó Wolfram, asombrado.

—Sí, mi querido maestro y amigo. Una noche, cuando todavía me sentía atada a la influencia nefasta de Enrique, quise componer un canto, y observé con horror que tanto las palabras como la música contenían frases que parecían inspiradas por una potencia infernal. Ante mí apareció de pronto una figura terrible que, agarrándome con sus ardientes manos, intentó arrojarme a un abismo que se había abierto a mis pies. Pero en aquel preciso instante se oyó un dulcísimo canto a cuyo influjo la figura diabólica quedó reducida a la impotencia, alejándose de mí, pero llevándose el pergamino en el que yo había escrito la extraña composición. Dando un aullido terrible se arrojó al abismo. Aquel canto salvador era el vuestro, era el mismo que hizo huir al diablo. Por eso, mi querido maestro, os debo más que la vida: os debo la salvación del alma.

Aquella misma tarde, estando Wolfram sentado en su aposento, le entregaron carta de Enrique. En ella el amigo lo saludaba cariñosamente, anunciándole que su espíritu estaba ya libre de la influencia del infierno. Después de agradecerle sus palabras bondadosas, le manifestaba que tenía la esperanza de poderle dar en breve mejores noticias.

Tiempo después se supo que Enrique se encontraba en la corte del duque de Austria para el cual componía lindas canciones. Todo los maestros se alegraron de que hubiera renunciado a las falsas tentaciones y que, a pesar de los esfuerzos hechos por el infierno para atraerlo a sí, hubiera recobrado su alma religiosa.

Y así fue cómo Wolfram, con la pura inspiración de su canto y la amistad brotada de su noble corazón, logró la salvación de su amada y de su amigo y compañero.

[Historia de fantasmas]

Eine Spukgeschichte (1819)

Cipriano se puso de pie y empezó a pasear, según costumbre, siempre que su ser estaba embargado por algo muy importante y trataba de expresarse ordenadamente, y recorrió la habitación de un extremo a otro.

Los amigos se sonrieron en silencio. Se podía leer en sus miradas: «¡Qué cosas tan fantásticas vamos a oír!».

Cipriano se sentó y empezó así:

—Ya sabéis que hace algún tiempo, después de la última campaña, hallábame en las posesiones del coronel de P… El coronel era un hombre alegre y jovial, así como su esposa era la tranquilidad y la ingenuidad en persona.

«Mientras yo permanecía allí, el hijo se encontraba en la armada, de modo que la familia se componía del matrimonio, de dos hijas y de una francesa que desempeñaba el cargo de una especie de gobernanta, no obstante estar las jóvenes fuera de la edad de ser gobernadas. La mayor era tan alegre y tan viva que rayaba en el desenfreno, no carente de espíritu, pero apenas podía dar cinco pasos sin danzar tres contradanzas, así como en la conversación saltaba de un tema a otro, infatigable en su actividad. Yo mismo presencié cómo en el espacio de diez minutos hizo punto…, leyó…, dibujó…, cantó…, bailó, y que en un momento lloró por el pobre primo que había quedado en el campo de batalla y aún con lágrimas en los ojos prorrumpió en una sonora carcajada, cuando la francesa echó sin querer la dosis de rapé en el hocico del faldero, que al punto comenzó a estornudar, y la vieja a lamentarse: «*Ah, chè fatalità! Ah, carino, poverino*!». Acostumbraba a hablar al susodicho faldero sólo en italiano, pues era oriundo de Padua.

»Por lo demás, la señorita era la rubia más encantadora que podía imaginarse, y en todos sus extraños caprichos dominaba la amabilidad y la gracia, de manera que ejercía una fascinación irresistible, como sin querer. La hermana más joven, que se llamaba Adelgunda, ofrecía el ejemplo contrario. En vano trato de buscar palabras para expresaros el efecto maravilloso que causó en mí esta criatura la primera vez que la vi. Imaginaos la figura más bella y el semblante más hermoso. Aunque una palidez mortal cubría sus mejillas, y su cuerpo se movía suavemente, despacio, con acompasado andar, y cuando una palabra apenas musitada salía de sus labios entreabiertos y resonaba en el amplio salón, sentíase uno estremecido por un miedo fantasmal.

»Pronto me sobrepuse a esta sensación de terror, y como pudiese entablar conversación con esta muchacha tan reservada, llegué a la conclusión de que lo raro y lo fantasmagórico de su figura sólo residía en su aspecto, que no dejaba traslucir lo más mínimo de su interior. De lo poco que habló la joven se dejaba traslucir una dulce feminidad, un gran sentido común y un carácter amable. No había huella de tensión alguna, así como la sonrisa dolorosa y la mirada empañada de lágrimas no eran síntoma de ninguna enfermedad física que pudiera influir en el carácter de esta delicada criatura.

»Me resultó muy chocante que toda la familia, incluso la vieja francesa, parecían

inquietarse en cuanto la joven hablaba con alguien, y trataban de interrumpir la conversación, y, a veces, de manera muy forzada. Lo más raro era que, en cuanto daban las ocho de la noche, la joven primero era advertida por la francesa y luego por su madre, por su hermana y por su padre, para que se retirase a su habitación, igual que se envía a un niño a la cama, para que no se canse, deseándole que duerma bien. La francesa la acompañaba, de modo que ambas nunca estaban a la cena, que se servía a las nueve en punto.

»La coronela, dándose cuenta de mi asombro, se anticipó a mis preguntas, advirtiéndome que Adelgunda estaba delicada, y que sobre todo al atardecer y a eso de las nueve se veía atacada de fiebre y que el médico había dictaminado que hacia esta hora, indefectiblemente, fuera a reposar. Yo sospeché que había otros motivos, aunque no tenía la menor idea. Hasta hoy no he sabido la relación horrible de cosas y acontecimientos que destruyó de un modo tan tremendo el círculo feliz de esta pequeña familia.

»Adelgunda era la más alegre y la más juvenil criatura que darse pueda. Se celebraba su catorce cumpleaños, y fueron invitadas una serie de compañeras suyas de juego. Estaban sentadas en un bello bosquecillo del jardín del palacio y bromeaban y se reían, ajenas a que iba oscureciendo cada vez más, a que las escondidas brisas de julio comenzaban a soplar y que se acababa la diversión. En la mágica penumbra del atardecer empezaron a bailar extrañas danzas, tratando de fingirse elfos y ágiles duendes: «Oídme —gritó Adelgunda, cuando acabó por hacerse de noche en el boscaje—, oídme, niñas, ahora voy a aparecerme como la mujer vestida de blanco, de la que nos ha contado tantas cosas el viejo jardinero que murió. Pero tenéis que venir conmigo hasta el final del jardín, donde está el muro». Nada más decir esto, se envolvió en su chal blanco y se deslizó ligerísima a través del follaje, y las niñas echaron a correr detrás de ella, riéndose y bromeando. Pero apenas hubo llegado Adelgunda al arco medio caído se quedó petrificada y todos sus miembros paralizados. El reloj del palacio tocó las nueve: «¿No veis —exclamó Adelgunda con el tono apagado y cavernoso del mayor espanto—, no veis nada…, la figura… que está delante de mí? ¡Jesús! Extiende la mano hacia mí…, ¿no la veis?».

»Las niñas no veían lo más mínimo, pero todas se quedaron sobrecogidas por el miedo y el terror. Echaron a correr, hasta que una que parecía la más valiente, saltó hacia Adelgunda y trató de cogerla en sus brazos. Pero en el mismo instante Adelgunda se desplomó como muerta. A los gritos despavoridos de las niñas, todos los del palacio salieron apresuradamente. Cogieron a Adelgunda y la metieron dentro. Despertó al fin de su desmayo, y refirió temblando que, apenas entró bajo el arco, vio ante ella una figura aérea, envuelta como en niebla, que le alargaba la mano.

»Como es natural, se atribuyó la aparición a la extraña confusión que produce la luz del anochecer. Adelgunda se recobró la misma noche, de tal modo, que no se temieron consecuencias algunas, y se dio el asunto por terminado. ¡Y, sin embargo, qué diferente fue! A la noche siguiente, apenas dieron las nueve campanadas.

Adelgunda, presa de terror, en mitad de los amigos que la rodeaban, empezó a gritar: «¡Ahí está, ahí está! ¿No la veis? ¡Ahí está, enfrente de mí!».

»Baste saber que desde aquella desgraciada noche, apenas sonaban las nueve, Adelgunda volvía a afirmar que la figura estaba delante de ella, y permanecía algunos segundos, sin que nadie pudiese ver lo más mínimo, o por alguna sensación psíquica pudiese percibir la proximidad de un desconocido principio espiritual.

»La pobre Adelgunda fue tenida por loca, y la familia se avergonzó, por un extraño absurdo, del estado de la hija, de la hermana. De ahí aquel raro proceder, al que ya he hecho alusión. No faltaron médicos ni medios para librar a la pobre niña de una idea fija, que así llamaban a la aparición, pero todo fue en vano, hasta que ella pidió, entre abundantes lágrimas, que la dejasen, pues la figura que se le aparecía con rasgos inciertos e irreconocibles, no tenía nada de terrorífico, y no le producía ya miedo; incluso tras cada aparición tenía la sensación de que en su interior se despojase de ideas y flotase como incorpórea, debido a lo cual padecía gran cansancio y se sentía enferma. Finalmente, la coronela trabó conocimiento con un célebre médico, que estaba en el apogeo de su fama, por curar a los locos de manera sumamente artera (mediante ardides muy ingeniosos). Cuando la coronela le confesó lo que le sucedía a la pobre Adelgunda, el médico se rió mucho y afirmó que no había nada más fácil que curar esta clase de locura, que tenía su base en una imaginación sobreexcitada. La idea de la aparición del fantasma estaba unida al toque de las nueve campanadas, de forma que la fuerza interior del espíritu no podía separarlo, y tratábase de romper desde fuera esta unión. Esto era muy fácil, engañando a la joven con el tiempo y dejando que transcurriesen las nueve sin que ella se enterase. Si el fantasma no aparecía, ella misma se daría cuenta de que era una alucinación y, posteriormente, mediante medios físicos fortalecedores, se lograría la curación completa.

»¡Se llevó a efecto el desdichado consejo! Aquella noche se atrasaron una hora todos los relojes del palacio, incluso el reloj cuyas campanadas resonaban sordamente, para que Adelgunda, cuando se levantase al día siguiente, se equivocase en una hora. Llegó la noche. La pequeña familia, como de costumbre, hallábase reunida en un cuartito alegremente adornado, sin la compañía de extraños. La coronela procuraba contar algo divertido, el coronel empezaba, según costumbre, cuando estaba de buen humor, a gastar bromas a la vieja francesa, ayudado por Augusta, la mayor de las señoritas. Todos reían y estaban alegres como nunca.

»El reloj de pared dio las ocho (y eran las nueve) y, pálida como la muerte, casi se desvaneció Adelgunda en su butaca…, ¡la labor cayó de sus manos! Se levantó, entonces, el terror reflejado en su semblante, y mirando fijamente el espacio vacío de la habitación, murmuró apagadamente con voz cavernosa: «¿Cómo? ¿Una hora antes? ¡Ah! ¿No lo veis? ¿No lo veis? ¡Está frente a mí, justo frente a mí!». Todos se estremecieron de horror, pero como nadie viese nada, gritó la coronela: «¡Adelgunda! ¡Repórtate! No es nada, es un fantasma de tu mente, un juego de tu imaginación, que

te engaña, no vemos nada, absolutamente nada. Si hubiera una figura ante ti, ¿acaso no la veríamos nosotros?… ¡Repórtate, Adelgunda, repórtate!». «¡Oh, Dios… Oh, Dios mío —suspiró Adelgunda—, van a volverme loca! ¡Mirad, extiende hacia mí el brazo, se acerca… y me hace señas!». Y como inconsciente, con la mirada fija e inmóvil, Adelgunda se volvió, cogió un plato pequeño que por casualidad estaba en la mesa, lo levantó en el aire y lo dejó…, y el plato, como transportado por una mano invisible, circuló lentamente en torno a los presentes y fue a depositarse de nuevo en la mesa.

»La coronela y Augusta sufrieron un profundo desmayo, al que siguió un ataque de nervios. El coronel se rehizo, pero pudo verse en su aspecto trastornado el efecto profundo e intenso que le hizo aquel inexplicable fenómeno.

»La vieja francesa, puesta de rodillas, con el rostro hacia tierra, rezando, quedó libre como Adelgunda, de todas las funestas consecuencias. Poco tiempo después la coronela murió. Augusta se sobrepuso a la enfermedad, pero hubiera sido mejor que muriese antes de quedar en el estado actual. Ella, que era la juventud en persona, como ya os describí al principio, se sumió en un estado de locura tal que me parece todavía más horrible y espeluznante que aquellos que están dominados por una idea fija. Se imaginó que ella era aquel fantasma incorpóreo e invisible de Adelgunda, y rehuía a todos los seres humanos, o se escondía en cuanto alguien comenzaba a hablar o a moverse. Apenas se atrevía a respirar, pues creía firmemente que de aquel modo descubría su presencia y podía causar la muerte a cualquiera. Le abrían la puerta, le daban comida, que escondía al tomarla, y así, ocultamente, hacía con todo. ¿Puede darse algo más penoso?

»El coronel, desesperado y furioso, se alistó en la nueva campaña de guerra. Murió en la batalla victoriosa de W… Es notable, muy notable, que desde aquella noche fatal, Adelgunda quedó libre del fantasma. Se dedica por entero a cuidar a su hermana enferma, y la vieja francesa le ayuda en esta tarea. Según me ha dicho hoy Silvestre, el tío de las pobres niñas, acaba de llegar para consultar con nuestro buen R… acerca del método curativo que debe emplearse con Augusta. ¡Quiera el Cielo facilitar esta improbable curación!

Cipriano calló y también los amigos permanecieron en silencio. Finalmente, Lotario exclamó:

—¡Ésta sí que es una condenada historia de fantasmas! ¡Pero no puedo negar que estoy temblando, a pesar de que todo el asunto del plato volante me parece infantil y de mal gusto!

—No tanto —interrumpió Ottomar—, no tanto, ¡querido Lotario! Bien sabes lo que pienso acerca de las historias de fantasmas, bien sabes que estoy en contra de todos los visionarios.

Los autómatas

Die Automate (1814)

El Turco parlante había causado tal sensación que la ciudad entera estaba en movimiento; viejos y jóvenes, nobles y plebeyos acudían en masa desde bien temprano hasta bien entrada la noche para oír los oráculos que susurraban al curioso los labios secos de una extraordinaria figura que parecía un muerto viviente. Realmente, el autómata estaba configurado de tal modo que la persona que le viese notaba al punto la diferencia de su artificio con todos los artilugios que, a menudo, suelen mostrarse en ferias y mercados, así es que se sentía atraída.

En medio de una habitación provista de los elementos imprescindibles, hallábase una figura de tamaño natural, muy bien formada, vestida ricamente con un traje turco, sentada sobre un taburete de tres patas, que el artista solía quitar a petición de cualquiera que sospechase que pudiera haber alguna relación con el suelo. Tenía la mano izquierda puesta sobre la rodilla, y la derecha, por el contrario, estaba colocada sobre una mesita aislada. Como ya hemos dicho, la figura entera estaba muy bien construida, pero sobre todo la cabeza era de una rara perfección, y su fisonomía totalmente oriental y muy animada proporcionaba al conjunto una vida que escasamente suele encontrarse en las figuras de cera, cuando sus semblantes reproducen los seres humanos inteligentes.

Una ligera barandilla rodeaba la artificiosa figura e impedía que los presentes se acercasen, y únicamente podía aproximarse al artificio mecánico aquel que fuera a preguntar, o tratase de ver de cerca la estructura, siempre que el artista lo consintiese sin que se traicionase su secreto.

Cuando, según la costumbre, se le musitaba al Turco la pregunta en la oreja derecha, entonces éste volvía los ojos, y luego todo el cuerpo, hacia el que preguntaba. Se tenía, entonces, la sensación de sentir el aliento que salía de su boca, al tiempo que una suave respuesta realmente provenía de su interior. Cada vez que daba la respuesta, el artista metía una llave en el costado izquierdo de la figura, y haciendo mucho ruido daba cuerda a un aparato de relojería. A petición del interesado abría allí una ventanita, de modo que se podía ver en el interior de la figura un artístico engranaje con muchas ruedas, que no tenía la menor relación con el habla del autómata, aunque ocupaban tanto sitio que era del todo imposible que en el resto de la figura cupiese algún hombre, aunque fuese tan pequeño como el famoso enano Augusto, el que salía del pastel.

Después del movimiento de cabeza que solía acompañar la respuesta, solía el Turco, a veces, levantar el brazo derecho, y ora amenazaba señalando con el dedo, ora rechazaba la pregunta con la mano. En el caso de que sucediese esto, al volver a repetir la misma pregunta el interesado, recibía una respuesta ambigua o desagradable, y al moverse la cabeza y el brazo podía comprobarse cómo funcionaba el mecanismo, sin que interviniera para nada un ser humano.

La gente se devanaba la cabeza para saber de qué medio se valdrían para la comunicación, y registraban en vano las paredes, la habitación de al lado, los enseres, en fin, todo. La figura y el artista, cuanto más eran observados por los ojos de Argos

de los más hábiles mecánicos, más tranquilos permanecían. El artista hablaba y bromeaba desde los más alejados rincones de la habitación, con los observadores, y dejaba a la figura sola, como un ser independiente, que no tuviese ni necesitase la menor relación con él para sus movimientos y respuestas; es más, no podía evitar una cierta sonrisa irónica cuando volvían y remiraban por todos los lados el taburete y la mesita, y los golpeaban, incluso hasta llegaban a mirar al trasluz a la figura, observándola con gafas y lupas, hasta que cansados los mecánicos aseguraban que sólo el diablo sería capaz de decir algo acerca de aquel maravilloso mecanismo.

Todo fue en vano y la hipótesis de que el aliento que salía de la boca de la figura podría ser producido por un ventilador escondido, y de que el mismo artista fuese ventrílocuo y diese las respuestas, no tuvo aceptación, ya que el artista, en el mismo momento en que el Turco daba una respuesta, permanecía hablando en alto con un espectador.

No obstante la perfecta estructura que tenía la artificiosa figura y lo extraordinariamente enigmática que era, el interés del público habría decaído, si no fuera porque el artista había sido capaz de atraer al espectador por otro medio. Esto consistía en las mismas respuestas que daba el Turco observando, con penetrante mirada, la personalidad del que preguntaba, que unas veces eran secas, y otras ordinarias y burlonas, para transformarse en agudas y sabias, y más de una vez hasta extrañamente dolorosas. A menudo sorprendía con la proyección mística de su mirada en el futuro, pero lo más desconcertante era saber cómo había podido penetrar en el interior del que preguntaba. Añádase a esto que, a veces, cuando le preguntaban al Turco en alemán, y respondía en una lengua extranjera que le fuese familiar al que preguntaba, al hacerlo se veía que la respuesta no podía ser más concisa ni más precisa en ninguna otra lengua más que en la elegida.

En resumen, cada día que pasaba se hablaba más de las acertadas respuestas del sabio Turco, y no se sabía qué admirar más: si la misteriosa relación de aquel ser humano con la figura o la penetración de la individualidad del que preguntaba, y sobre todo el singular espíritu de las respuestas.

De todo esto se hablaba en la tertulia de la noche a la que acudían los dos amigos Luis y Fernando. Ambos confesaron, avergonzados, que todavía no habían visitado al Turco, no obstante ser de buen tono acudir a verle, para luego contar las milagrosas respuestas que recibían a esas preguntas capciosas.

—A mí me resultan sumamente desagradables —dijo Luis— todas estas figuras que no tienen aspecto humano, aunque, sin embargo, imitan a los hombres, y tienen toda la apariencia de una muerte viviente, o de una vida mortecina. Ya en mi más tierna infancia, yo echaba a correr llorando cuando me llevaban al gabinete de las figuras de cera, y todavía hoy no puedo entrar en uno de esos gabinetes sin que me sobrecoja un sentimiento horrible y siniestro. Tendría que gritar las palabras de Macbeth: «¿Qué miras con esos ojos que no ven?», cuando contemplo fijas en mí las miradas muertas, quietas y vidriosas de todos esos potentados y héroes famosos y

asesinos y criminales. Estoy convencido de que la mayoría de los hombres participan de este mismo sentimiento, aunque no en tan alto grado como yo, no tenéis más que ver cómo la multitud desfila en silencio ante el gabinete de figuras de cera y hablan en voz baja y no se oye una palabra siquiera; ya comprenderéis que no lo hacen por respeto a los personajes importantes, sino que se ven obligados a este *pianissimo* debido al efecto siniestro y misterioso que reina allí. En resumen, me causan una impresión fatal los movimientos mecánicos de estas figuras muertas que imitan a los vivos, y estoy convencido de que vuestro extraordinario e ingenioso Turco me va a obsesionar como si fuera un monstruo nigromante, sobre todo en mis noches de insomnio. Sin embargo, no voy a irme, prefiero escuchar todo lo que contáis de raro y extraño.

—Bien sabes —dijo Fernando, volviendo a tomar la palabra— que todo lo que acabas de decir acerca del tremendo poder imitativo de lo humano que tienen las figuras de cera que tan vivas parecen me ha llegado al alma. Sin embargo, por lo que respecta a los autómatas mecánicos, la cuestión es saber de qué modo el artista ha concebido la obra. Uno de los autómatas más perfectos que he visto en mi vida es el acróbata de Ensler, que da volteretas, pues así como sus poderosos movimientos realmente imponen, la forma repentina de sentarse en la cuerda y su amable inclinación de cabeza tienen mucho de burlesco, aunque nadie se ha sentido sobrecogido por el sentimiento de malestar que, por lo general, tales figuras inspiran a ciertas personas muy sensibles.

»Por lo que se refiere a nuestro Turco, mis reflexiones son otras. Según las descripciones de todos los que le han visto, esta figura tan notable tiene, sin embargo, algo subordinado, y la forma de mover los ojos y de volver la cabeza está hecha de modo que atraiga nuestra atención, aunque no poseamos la clave de su secreto. No sólo es posible, sino que es cierto que sale el aliento de la boca del Turco, la experiencia nos lo demuestra; ahora bien, de ello no se deduce que ese aliento proceda realmente de las palabras que profiere. No hay duda alguna de que existe un ser humano que, no obstante estar oculto a nuestras miradas, y estar fuera de nuestra percepción acústica y óptica, está en estrecha relación con el que pregunta, y él ve y le oye y responde a sus preguntas. El que nadie, ni siquiera nuestros más hábiles mecánicos, haya podido descubrir la pista de cómo se establecen esas relaciones es buena prueba de que la invención del artista creador es extraordinaria, y desde este punto de vista su creación merece nuestra mayor atención. Ahora bien, lo que a mí me parece maravilloso, y hasta cierto punto me atrae, es el poder espiritual de ese ser humano desconocido, que le capacita para penetrar en lo más profundo del interior del que pregunta, y le permite responder con tal fuerza y penetración y, a veces, con tan estremecedora ambigüedad, que pueden considerarse las respuestas como verdaderos oráculos, en el recto sentido de la palabra.

»A este respecto, he oído algunas cosas de varios amigos, que me han dejado asombrado, así es que ya no voy a resistir más los deseos que tengo de poner a prueba

a ese extraordinario y profético vidente de lo desconocido, y he decidido que mañana mismo, al mediodía, iré allí. Y a ti, querido Luis, te invito a que me acompañes y depongas el miedo que sientes ante estos muñecos vivientes.

Aunque Luis sentía gran preocupación, tuvo que ceder para que no le considerasen un tipo estrafalario, ya que muchos de los amigos insistieron en que no se apartase del divertido grupo, y al día siguiente formase parte de los que iban a sondear al Turco milagroso.

Así pues, Luis y Fernando fueron con un grupo de jóvenes muy alegres, que se habían propuesto acompañarles. El Turco, al que realmente no podía atribuírsele ninguna grandeza oriental, y cuya cabeza, como ya dijimos, estaba tan bien configurada, causó un efecto bastante ridículo a Luis, apenas hizo su entrada, y cuando el artista metió la llave en su costado y empezó a darle cuerda, le pareció el asunto de tan mal gusto y tan vulgar, que instintivamente exclamó:

—Vean, señores, vean, todos tenemos carne en el estómago, pero su Excelencia el Turco debe tener dentro todo un asador automático.

Como todos se echasen a reír, el artista, al que pareció no hacerle gracia la broma, dejó de dar cuerda. Bien fuese porque no le gustase al sabio Turco la jovial actitud del grupo, o bien fuese porque aquella mañana no estuviera de humor, lo cierto es que todas las respuestas que dio a la mayor parte de las agudas e ingeniosas preguntas fueron insustanciales, y sobre todo Luis tuvo la mala suerte de que el oráculo no le entendiese nunca y le diese respuestas equivocadas. Cuando, muy descontentos, ya parecían disponerse a dejar al autómata y al artista, evidentemente malhumorados, se le ocurrió a Fernando decir:

—En verdad, señores, que todos estamos muy descontentos con el sabio Turco, pero de seguro que la culpa es nuestra, pues probablemente nuestras preguntas no le agradaban al hombre. Fijaos cómo mueve la cabeza y levanta la mano (efectivamente, la figura lo hacía así), ¡parece confirmar mis palabras!… de pronto no sé cómo se me ha ocurrido hacerle una pregunta, que si me contesta acertadamente pondrá a salvo, de una vez para siempre, el honor del autómata.

Fernando se acercó a la figura y le susurró unas palabras al oído; el Turco levantó el brazo, como si no quisiera responder, Fernando no cejó, y entonces el Turco, volviendo la cabeza, se inclinó hacia él… Luis notó que, repentinamente, Fernando palidecía, aunque después de unos segundos, volvió a preguntar algo, y al instante recibió la respuesta. Con sonrisa forzada, Fernando dijo a la concurrencia:

—Señores, por lo que a mí respecta, puedo aseguraros que el Turco ha salvado su honor, pero como el oráculo debe ser un oráculo secreto, os suplico me dispenséis de deciros lo que he preguntado y lo que ha contestado.

Por mucho que hiciera Fernando para ocultar su emoción, sin embargo ésta se manifestaba claramente en los esfuerzos que hacía para aparentar tranquilidad y alegría, y como el Turco había dado acertada y extraordinaria respuesta, el grupo no se sintió invadido por la siniestra sensación que se había apoderado de Fernando.

Aunque la alegría anterior había cesado, y en vez de aquella conversación tumultuosa, sólo intercambiaban palabras sueltas, separándose todos en total armonía.

Apenas se quedó solo Fernando con Luis, comenzó a decir:

—¡Amigo mío! No voy a ocultarte lo que me ha dicho Turco. Me ha emocionado tanto que no puedo evitar el dolor que siento, hasta el punto que si el cruel oráculo se cumple, será causante de mi muerte.

Luis miró a su amigo, lleno de asombro y sorpresa, pero Fernando continuó:

—Bien sé que el ser invisible que establece la comunicación con nosotros por medio del Turco, de manera misteriosa, posee fuerzas suficientes para penetrar, con poder mágico, en nuestros más secretos pensamientos, y quizá es poder extraño tenga capacidad para ver claramente el germen del futuro, que yace en nuestro interior, en una especie de mística unión con el mundo exterior, de tal modo que pueda llegar a saber lo que nos suceda en días lejanos, lo mismo que a los hombres les es dado el triste don de poder predecir la hora justa de su muerte.

—Debes de haber preguntado algo muy notable —repuso Luis—, quizá consideres que en la respuesta ambigua del oráculo resida toda la importancia, y por eso lo que sólo el producto y el juego de una casualidad caprichosa hace que resulte impresionante tú lo atribuyes a una fuerza mística de ese hombre ingenuo que se manifiesta a través del Turco.

Entonces Fernando, tomando de nuevo la palabra, repuso:

—En este momento estás contradiciendo aquello en que solíamos estar de acuerdo, cuando nos referíamos al azar. Así que para que sepas todo, y puedas juzgar con acierto, te voy a contar algo de mi vida, que hasta ahora he callado.

»Hace ya muchos años que regresé de B. desde las posesiones que mis padres tenían en la Prusia Oriental. En K. me encontré con algunos jóvenes curlandeses, que precisamente también regresaban a B., así es que emprendimos juntos el viaje en la diligencia conducida por tres caballos de postas. Ya puedes imaginarte lo que sería viajar por el ancho mundo, estando en los primeros años de la vida, en plena efervescencia y con una bolsa bien repleta; la alegría de la vida brotaba de nosotros a borbotones, casi con salvaje desenfreno. Las ocurrencias más disparatadas eran recibidas jubilosamente, y todavía me acuerdo de que cuando llegamos hacia eso del mediodía a M. se nos ocurrió coger la silla extensible de la dueña de las postas, y sin tener en cuenta sus protestas, nos dedicamos a dar vueltas con el robo, fumando tabaco por toda la casa, y paseamos arriba y abajo entre un gran gentío, hasta que de nuevo el alegre sonido del cuerno del postillón nos volvió a llamar. Con el más jovial talante y la más estupenda disposición, llegamos a D., en cuya hermosa región teníamos pensado pasar algunos días. Cada día hacíamos una excursión diferente y entretenida; el primer día fuimos hasta finalizar la tarde a las montañas de Karl, y recorrimos toda la región circundante, y cuando regresamos a la hostería allí nos esperaba un oloroso ponche que habíamos encargado de antemano, y al que hacíamos honor, animados por el aire del lago, sin que nunca llegara a embriagarnos. Yo notaba

que me latía el pulso y me palpitaban las venas, y que la sangre, como un torrente de fuego, abrasaba mis nervios. Cuando, al fin, llegué a mi cuarto, me tiré sobre la cama, pero a pesar del cansancio, mi sueño fue más bien una dejadez somnolienta, a través de la cual seguía percibiendo mi entorno. Tuve la sensación de que hablaban en voz baja en la habitación de al lado, y finalmente pude oír la voz de un hombre que decía:

»—Ahora procura dormir bien, para que estés preparado a la hora.

»Una puerta se abrió y luego volvió a cerrarse, se hizo un profundo silencio, que pronto se vio interrumpido por el suave acorde de un *fortepiano*. Bien sabes ¡oh Luis! qué encanto encierran los acordes de la música cuando resuenan en la noche. Tuve la sensación, entonces, de que en aquellos acordes me hablaba la voz maravillosa de un espíritu. Me entregué a aquella placentera impresión, convencido de que a continuación oiría alguna fantasía musical, pero cuál no sería mi sorpresa cuando escuché la divina voz de una mujer que cantaba una conmovedora melodía, cuyas palabras eran:

Mio ben ricordati
s'avvien ch'io mora
quanto quest'anima
fedel t'amó.

Lo se pur amano
le fredde ceneri
nel urna ancora
t'adoreró!

»¿Cómo podré expresar el sentimiento que me embargó para mí desconocido, ni siquiera presentido, cuando oí la resonante melodía que iba en crescendo? Cuando aquella melodía tan singular y nunca oída… ¡ay!, que parecía expresar la dulce melancolía del amor más intenso, alcanzó el punto más alto de su cántico en claros acordes, como si los tonos resonasen tal campanas de cristal, y luego descendiese hasta lo más profundo del canto, hasta morir con el apagado suspiro de una queja desesperada, entonces sentí un estremecimiento delicioso, como si mi pecho vibrara por el dolor de un anhelo infinito, como si fuese a quedarme sin respiración, y como si yo mismo desfalleciera presa del indecible y celestial placer. No me atreví a moverme, toda mi alma y todo mi ser eran oídos.

»Mucho después de que los tonos cesasen, un torrente de lágrimas me anegó, rompiendo así con la tensión que amenazaba aniquilarme. Finalmente el sueño debió de apoderarse de mí, pues cuando me despertó el tono agudo del cuerno del postillón, brillaba la luz del sol en mi cuarto, y fue entonces cuando me di cuenta de que sólo en sueños había gozado aquella inmensa felicidad, la más alta dicha que a mi parecer, se

puede gozar en este mundo. Una hermosa y bella joven había entrado en mi cuarto; era la cantante que, dirigiéndose a mí, con voz dulcísima y maravillosa, me dijo:

»—¡Así es como has podido reconocerme, mi querido Fernando!

»«Yo ya sabía que sólo tenía que cantar para volver a revivir en ti, pues cada tono estaba en lo más profundo de tu pecho, y al verme debería volver a resonar».

»¡Qué indecible placer se apoderó de mí cuando vi que era la amada de mi corazón!, aquella que estaba grabada en mi alma desde mi más tierna infancia, de la cual me había privado un destino enemigo, y que ahora ¡oh ser afortunado!, volvía a recuperar. Así que mi intenso amor resonó justamente en aquella melodía de tan profunda nostalgia, y nuestras palabras, nuestras miradas se unieron en aquellos tonos espléndidos, que iban en crescendo y parecían desbordar como un torrente de fuego. Cuando desperté, tuve que reconocer que ningún recuerdo de tiempos anteriores tenía la menor relación con la maravillosa imagen de mis sueños —era la primera vez que veía a la hermosa muchacha.

»En el interior de la casa ya se oían voces…, de un modo mecánico me repuse y me apresuré a asomarme a la ventana; un hombre de edad, bien vestido, regañaba con el postillón, que parecía haber roto algo del elegante carruaje. Finalmente, cuando todo estuvo arreglado, el hombre gritó:

»—Todo está en orden, salimos.

»Me di cuenta, entonces, de que muy próxima a mi ventana estaba una jovencita, que se apresuró hacia el coche, pero como llevaba una gran capota, no pude verle el semblante. Cuando salió por la puerta de la casa, se volvió y me miró.

»¡Luis! Era la cantante… Era la imagen de mis sueños…

»La mirada de sus ojos celestiales se posó en mí y tuve la sensación de que penetraba en mi pecho como el rayo de un tono de cristal, y hasta sentí un dolor físico, de tal modo que todas las fibras de mi cuerpo y todos mis nervios se estremecieron, y sentí que me paralizaba un indecible placer. Rápidamente entró en el coche… el postillón tocó una alegre piececilla en tono burlesco… En un instante desaparecieron en un recodo de la calle. Como en sueños quedé apoyado en la ventana, los curlandeses entraron en la habitación para llevarme a una excursión que teníamos preparada. No pronuncié palabra alguna…, creyeron que estaba enfermo, ¡sentí que me era imposible comunicar algo de lo que me acababa de suceder! Hice todo lo posible para informarme de quiénes eran los forasteros que habían vivido junto a mí aunque tenía la sensación de que, a medida que brotaban la palabras de labios extraños, se desvelaba el dulce secreto de mi corazón. Decidí, desde ahora en adelante, no dejar entrever nada de la que sería la eterna amada de mi corazón, aun que no volviese a verla nunca más.

»¡Oh, tú, amigo de mi corazón! Tú sí que podrás comprender el estado en que me encontraba; no me reprendas; abandono todo para seguir las huellas de mi desconocida amada.

»En aquel estado de ánimo, la alegre compañía de los curlandeses me resultó muy

desagradable, así es que sin que se dieran cuenta, una noche me escapé, dirigiéndome a B., siguiendo la corriente de mis pensamientos. Ya sabes que desde muy pronto he dibujado perfectamente; en B., bajo la dirección de un diestro maestro, empecé a pintar miniaturas, en poco tiempo progresé tanto que pude realizar mi oculto objetivo, dibujar dignamente el retrato más fiel de la desconocida. Secretamente, con las puertas cerradas, pinté el retrato. Ninguna mirada humana la ha visto jamás, ya que hice que pintaran un retrato igual, del mismo tamaño, y yo mismo coloqué el retrato de la amada debajo, y desde entonces lo llevo sobre mi pecho desnudo.

»Por primera vez en mi vida te he hablado del momento más importante de mi vida, tú ¡oh, Luis! eres el único al que he confiado mi secreto… ¡Pero hoy siento que un poder extraño y enemigo ha penetrado en mi interior!… Cuando me acerqué al Turco le pregunté pensando en la amada de mi corazón:

»—¿Volveré a vivir en el futuro unos instantes semejantes a los que viví y fui tan feliz?

»El Turco, como ya recordarás, trató de no darme respuesta y finalmente, como yo no cejase, dijo:

»—Mis ojos están fijos en tu pecho, pero el oro reluciente que está enfrente ofusca mi vista…, ¡vuelve el retrato!…

»No tengo palabras para expresarte el sentimiento que se apoderó de mí, y qué estremecimientos sentí. Ya puedes imaginarte en qué estado de emoción me encontré. El retrato permanecía sobre mi pecho, vuelto, tal como el Turco había dicho; sin querer le di la vuelta y repetí la pregunta, entonces la figura con tono severo dijo:

»—¡Desgraciado! ¡En el mismo instante en que vuelvas a verla, la perderás!

Trató Luis, con palabras animosas, de consolar al amigo, que permanecía sumido en profundas reflexiones, cuando fue interrumpido por varios de los conocidos que les acompañaban. Pronto se extendió por la ciudad el rumor de la respuesta que había dado el sabio Turco, y todos se devanaban los sesos por saber qué desgraciada profecía había podido desconcertar de ese modo a Fernando, siempre tan despreocupado; asediaron a los dos amigos con preguntas, y Luis se vio obligado, para salvar a Fernando de las exigencias que mostraba, de inventarse una vulgar aventura, que halló buena acogida, precisamente porque estaba muy lejos de la realidad.

Aquel grupo de amigos que animó a Fernando a visitar al extraordinario Turco solía reunirse una vez a la semana, así es que en la primera reunión volvió a hablarse del Turco, y como consecuencia trataron de sacarle algo a Fernando acerca de aquella aventura que le había dejado en un estado tan decaído, aunque en vano él tratase de ocultarlo. Luis se daba cuenta del trastorno que sentía su amigo al ver amenazado por un poder extraño y maligno el secreto de un amor fantástico que guardaba celosamente en lo más profundo de su pecho; también él, como Fernando, estaba convencido de que la penetrante mirada de aquel poder que traspasaba el misterio tenía capacidad de revelar la misteriosa relación que existe entre el futuro y el

presente.

Aunque Luis creía en lo dicho por el oráculo, sin embargo, al conocer la despiadada y hostil revelación de un destino avieso que amenazaba a su amigo, concibió gran antipatía contra aquel ser humano escondido que se manifestaba a través del Turco. Frente a los innumerables admiradores de aquella obra de arte, se puso abiertamente en la oposición, y como alguien afirmase que en los movimientos naturales del autómata había algo especialmente imponente, lo que hacía que fuese mayor el efecto de las respuestas del oráculo, él, por el contrario, afirmó que encontraba algo ridículo en la forma que el honorable Turco tenía de girar las órbitas y de volver la cabeza, lo que dio lugar a que, debido a unas palabras de sorna que se le escaparon, el artista, que quizá era el mismo ser que obraba en el interior, se pusiera malhumorado, y como consecuencia, las respuestas que diera a continuación apenas si tuviesen sentido e interés alguno.

—Tengo que confesar —dijo Luis— que, nada más entrar, la figura me recordó por completo a un artístico cascanueces que me regaló un primo mío el día de Navidad, cuando era muy pequeño. El hombrecillo tenía un semblante de una seriedad extraordinariamente cómica, y por medio de una clavija que tenía en la cabeza, giraba los ojos, cuando cascaba una nuez dura, y al hacer esto, su figura entera se animaba como si estuviera viva, de una manera tan cómica, que yo me pasaba las horas enteras jugando con él, de forma que aquel enano entre mis manos se convertía en una figura viva.

»A partir de entonces todas las marionetas, por muy perfectas que fuesen me parecían como tiesas y sin vida, en comparación con mi maravilloso cascanueces. Mucho había oído hablar de los extraordinarios autómatas del Arsenal de Danzig, por lo que no dejé de acudir para verlos cuando hace unos años tuve ocasión de estar en Danzig. Apenas hube entrado en la sala, avanzó hacia mí un soldado teutónico y disparó su fusil al aire, y el disparo resonó en las amplias bóvedas, y aún hizo otros caprichosos juegos y divertimentos que realmente ya he olvidado, y que me sorprendieron, hasta que finalmente me condujeron a la sala en que el dios de la guerra, el temible Mavor, se encontraba rodeado de toda su corte.

»El mismo Marte en persona, vestido de manera grotesca, hallábase sentado en un trono adornado con armas de todas clases, rodeado de alabarderos y guerreros. Apenas nos acercamos al trono, dos soldados comenzaron a tocar sus tambores y los pífanos resonaron de un modo tan horrible, que era necesario taparse los oídos, a causa de aquel alboroto cacofónico. Hice notar que el dios de la guerra tenía una orquesta indigna de su Majestad, y me dieron la razón. Finalmente cesaron los tambores y los pífanos… y entonces los alabarderos comenzaron a volver la cabeza y junto con los guerreros, a marcar el paso, hasta que el dios de la guerra, después de haber girado los ojos numerosas veces, se levantó de su sitio y pareció que se dirigía hacia nosotros. Sin embargo, volvió a sentarse en su trono. Otra vez tocaron los tambores y los pífanos, hasta que de nuevo todo volvió a quedar como al principio, en

un silencio absoluto.

»Después de ver todos estos autómatas, dije para mis adentros, al marcharme:

»—¡Me gusta más mi cascanueces!

Todos se rieron mucho, aunque estuvieron de acuerdo en que las consideraciones de Luis eran más divertidas que verdaderas, pues, haciendo caso omiso del singular ser que la mayor parte de las veces respondía por el autómata, y también aunque no fuese posible descubrir la relación del ser oculto con el Turco, que, no sólo hablaba a través de él, sino que motivaba sus movimientos, había que reconocer totalmente que el autómata era una obra maestra de la mecánica y de la acústica.

El mismo Luis tuvo que reconocerlo, y todos elogiaron unánimes al artista extranjero. A todo esto, un hombre de edad que, por regla general, hablaba muy poco, y que hasta la fecha no se había mezclado en la conversación, se levantó de la silla, según tenía costumbre de hacer cuando quería decir dos palabras, que, por cierto esta vez tenían relación con el asunto, y comenzó a decir así, de manera muy cortés:

—Señores, permitidme que os diga lo siguiente: Con gran acierto elogiáis la rara obra de arte que tanto nos atrae; injustamente dais la denominación de artista a ese hombre vulgar, que en realidad no tiene participación alguna en lo que tiene de más perfecto la figura, ya que ésta es la obra de un hombre experimentado en todas las artes, que desde hace muchos años se encuentra entre los muros de nuestra ciudad, y todos nosotros le conocemos y le tenemos en alta estimación.

Quedaron todos muy asombrados, y asediaron con preguntas al viejo, que continuó diciendo:

—No es otro, sino el Profesor X. El Turco llevaba aquí dos días, sin que nadie hubiera tenido la menor noticia de él, cuando el Profesor X manifestó que todo lo referente a los autómatas le interesaba muchísimo. Apenas oyó un par de respuestas del Turco, que, tomando aparte al artista, le dijo al oído algunas palabras. Éste, palideciendo, cerró la habitación en que estaba, para estar a salvo de los pocos curiosos que hasta entonces allí se encontraban. Los carteles de anuncio desaparecieron de las esquinas de las calles, y no se volvió a saber más del sabio Turco, hasta que pasados catorce días, volvió a verse un anuncio y apareció el Turco con una nueva y hermosa cabeza, y en la disposición en que está en la actualidad, lo que para vosotros es un enigma indescifrable. Desde entonces todas las respuestas son ingeniosas y profundas.

»No cabe la menor duda de que todo esto es obra del Profesor X, ya que el artista durante todo el tiempo que no mostró a su autómata, diariamente estaba con el Profesor X, y por cierto durante varios días en el cuarto del hotel, donde también estaba la figura. Por otra parte, señores míos, ya tenéis conocimiento de que el propio Profesor X está en posesión de uno de los autómatas musicales más preciosos que se conocen, y que desde hace mucho tiempo mantiene correspondencia con el Consejero B. acerca de toda clase de artes mecánicas y mágicas. Todo esto es suficiente para demostrar que sólo a él se debe la capacidad de sorprender al mundo en el más alto

grado. Él, sin embargo, trabaja y crea en secreto, y sólo enseña su obra singular a quienes realmente se interesan por ella.

En efecto, todos sabían que la especialidad del Profesor X eran la física y la química, y aunque luego empezara a ocuparse de obras de arte mecánicas, ninguno del grupo pudo sospechar que tuviera influencia en el sabio Turco. Únicamente conocían de oídas el gabinete artístico que había mencionado el viejo.

Fernando y Luis, al escuchar el informe que dio el viejo acerca del Profesor X, y sobre su influencia y participación en el autómata extranjero, se sobresaltaron.

—No he de ocultarte —dijo Fernando— que entreveo una débil esperanza y posibilidad de hallar una huella del misterio que me atormenta tan cruelmente, si tengo la oportunidad de entrar en contacto con el Profesor X.

»Incluso hasta es posible que la suposición de que exista una relación maravillosa entre yo mismo y el Turco, o mejor dicho la persona escondida que le utiliza como órgano de sus sentencias proféticas, pueda servirme de consuelo y él llegue a atenuar el efecto de la impresión que me han hecho las espantosas palabras. Estoy decidido, con el pretexto de ver su autómata, a trabar conocimiento con este hombre misterioso, y como sus obras de arte, ya lo has oído, son musicales, creo que también será interesante que me acompañes.

—¡Cómo si no fuera bastante la oportunidad que tengo de prestarte ayuda y consejo en esta situación en que te encuentras! Precisamente hoy, al oír al viejo hablar de la influencia que el Profesor X ha tenido en la máquina automática, se me han pasado por la cabeza algunas ideas, y no voy a mentirte si te digo que sería muy posible que por un medio indirecto lograse saber algo que nos interesa mucho. Para tener la solución del enigma ¿no crees que podría haberse dado el caso de que la persona invisible hubiera visto el retrato que llevas en el pecho, y hubiera imaginado una afortunada combinación que tuviera todas las apariencias de ser acertada? Con el cruel vaticinio, quizá se vengase de nuestra petulancia, cuando nos burlamos de la sabiduría del Turco.

—Ya te he dicho —repuso Fernando— que ningún ser humano ha visto el retrato, a nadie le he contado el suceso aquel…, ¡así es que es imposible que el Turco se haya informado de todo por un procedimiento normal!… quizá sea más fácil estar próximos a la verdad por medio de un camino indirecto.

—Yo creo —dijo Luis— que nuestro autómata, por mucho que hayamos afirmado lo contrario, es uno de los más extraordinarios fenómenos que jamás se ha visto, y todo demuestra que la persona que dirige todo este artificio es poseedor de profundos conocimientos, más de los que pueden imaginar los papanatas que sólo admiran el prodigio. La figura no es más que una forma inventada para comunicarse, y no se puede negar que el aspecto y los movimientos del autómata son de lo más apropiado para fijar la atención en lo misterioso que encierra, y sobre todo para poner en tensión al que pregunta conforme a los deseos del que responde.

»Es un hecho comprobado que dentro de la figura es imposible que se esconda

ningún ser humano, así es que cuando creemos escuchar las respuestas de boca del Turco, sin duda alguna que se debe a un efecto acústico; ahora bien, cómo se efectúa esto, en qué posición se encuentra la persona que responde, qué le permite ver al que pregunta, ésa es la cuestión, que me parece un enigma; es posible que sólo dependa de unas buenas condiciones acústicas y mecánicas y de una agudeza extraordinaria, o mejor dicho, puede ser la consecuencia de la agudeza del artista que no ha desaprovechado ningún medio para embaucarnos.

»He de confesar que la solución de este misterio me interesa menos que saber los medios de los que se vale el Turco para penetrar y ver el alma del que pregunta, y, sobre todo, como tú muy bien has dicho antes, para adentrarse en lo más profundo de nuestro ánimo. Da la sensación de que el ser que responde, valiéndose de un medio desconocido, ejerce una influencia psíquica sobre nosotros, y es más, logra establecer una relación espiritual que se apodera de todo nuestro espíritu y domina de tal forma nuestra personalidad que, no obstante ser difícil que nuestro secreto se manifieste con claridad, logra provocar una especie de éxtasis, una relación intensa con este extraño principio espiritual que reside en nuestro interior, iluminándolo y haciendo que se manifieste.

»Este poder psíquico es el que hace vibrar las cuerdas que existen en nuestro interior, y que apenas vibraban y resonaban, y es entonces cuando percibimos claramente sus puros acordes; es posible que seamos nosotros mismos quienes nos demos la respuesta, al despertar esa voz interna mediante el extraño principio espiritual, y que los confusos presentimientos tomen forma en el pensamiento y se conviertan en sentencias de oráculo, de igual modo que, a menudo, durante el sueño, una voz extraña nos alecciona sobre algunas cosas que desconocemos o que están dudosas, y esta voz nos parece que procede de un ser extraño, cuando en realidad procede de nuestro interior y se manifiesta en palabras clarísimas.

»Por otra parte, es evidente que el Turco —y al decir esto, como es natural, me refiero al ser que se esconde dentro de él— no siempre tiene necesidad de establecer una relación psíquica con el que pregunta. Más de cien de los que preguntan son tratados superficialmente, como merece su personalidad, y a veces basta una ocurrencia cualquiera para que la agudeza natural o la viveza espiritual del ser que contesta llegue a la cumbre, aunque no sea excesivamente profunda la pregunta.

»Cuando el carácter del que pregunta es muy exaltado, el Turco se las arregla de tal modo que encuentra los medios de establecer esa relación psíquica que da la posibilidad de que la propia persona que pregunta se conteste a sí misma, desde su interior. La indecisión de que da muestras, a veces, el Turco al responder a las preguntas muy profundas quizá sea sólo un pretexto para ganar tiempo y poder lograr los medios de que se vale. Ésa es mi opinión, de todo corazón te lo digo, ya veis, pues, que el artificio no me resulta tan despreciable como hoy trataba de haceros creer…, quizá es que tomo la cosa muy en serio…, ¡sin embargo, no quiero ocultarte que, aunque estés de acuerdo conmigo, no habremos logrado nada para nuestra propia

tranquilidad!

—Te equivocas, amigo mío —repuso Fernando—, precisamente porque tus ideas concuerdan con las mías y con lo que yace oscuramente en el fondo de mi alma, me siento perfectamente tranquilo; ahora sé que esto es sólo cosa mía, y que mi secreto no será desvelado, pues mi amigo lo guardará fielmente, como algo sagrado. Sin embargo, voy a decirte ahora un detalle muy especial, que había olvidado. Cuando el Turco pronunció las palabras fatales, tuve la sensación de oír resonar la melodía: *Mio ben ricordati s'avvien ch'io mora*, en tonos entrecortados… y luego creí oír un largo acorde de aquella voz divina que escuché aquella noche.

—Entonces no quiero ocultarte —dijo Luis— que, precisamente cuando escuchaste la respuesta que te dio en voz baja, tenía yo, casualmente puesta la mano sobre la barandilla que rodea el artificio mecánico; sentí que mi mano se estremecía y yo también tuve la sensación de que algo musical, como una especie de cántico, inundaba la habitación. No presté apenas atención, pues, como bien sabes, mi fantasía está siempre henchida por la música, de aquí que puedan siempre confundirse mis sentidos, aunque sí me sorprendió vivamente observar la misteriosa relación que tenían aquellos tonos resonantes con el suceso de D., que te llevó a ver al Turco y a hacerle tu pregunta.

Fernando consideró como una prueba de la relación psíquica que existía entre él y su querido amigo el que también éste hubiese oído el mismo tono, y como siguiera meditando acerca del misterio de las relaciones psíquicas y del principio espiritual que daba resultados tan prodigiosos y vivos, finalmente se vio libre de la pesada carga que oprimía su pecho desde que recibiera la respuesta, y sintió valor para enfrentarse con el destino: «¿Acaso puedo perderla —se decía— si reina eternamente en mi pecho y su existencia se afirma de modo tan intenso, que sólo podrá perecer con mi vida?».

Con la esperanza de encontrar la solución a las suposiciones que ambos consideraban como verdaderas, fueron a ver al Profesor X. Se encontraron con un hombre muy anciano, vestido a la antigua, de aspecto simpático, cuyos ojillos grises miraban de un modo penetrante y molesto, y en cuyos labios se insinuaba una sonrisa sarcástica.

Cuando manifestaron su deseo de ver al autómata, les dijo:

—¡Vaya! ¿Son ustedes acaso aficionados a los artificios mecánicos o quizá diletantes? Entonces van ustedes a encontrar lo que no encontrarían en toda Europa, y ni siquiera en el mundo entero.

La voz del Profesor cuando hablaba de su artificio mecánico tenía algo muy desagradable, era voz de tenor, con una disonancia chillona del estilo de los charlatanes. Armando mucho ruido, sacó la llave y fue a abrir la suntuosa sala, elegantemente adornada. En medio de ella había un gran piano de cola, al lado del cual se hallaba la imponente figura de un hombre con una flauta en la mano; a la izquierda una figura de mujer estaba sentada ante un instrumento parecido a un piano,

detrás del cual había dos niños con un gran tambor y un triángulo. Al fondo pudieron ver los dos amigos la orquesta que ya conocían y a lo largo de las paredes numerosos relojes.

El Profesor pasó por delante de la orquesta y de los relojes, sin apenas rozar los autómatas; luego se sentó al piano de cola y empezó a tocar *pianissimo* el andante de una marcha. A la repetición, el flautista se puso la flauta en la boca y tocó el mismo tema, luego el muchacho, llevando el compás, tocó suavemente el tambor, mientras el otro agitó el triángulo muy ligeramente, de modo imperceptible. Al instante, la joven prorrumpió en acordes al tiempo que al tocar las teclas hacía sonar unos tonos parecidos a los de una armónica.

Cada vez iba animándose más la sala, los relojes, uno tras otro, marcaban con una precisión rítmica, el muchacho tocaba cada vez más fuerte el tambor, el triángulo resonaba en la habitación, hasta que finalmente la orquesta resonó a bombo y platillo un *fortissimo*, de tal modo que todo tembló y se estremeció, hasta que el Profesor dio un acorde final en su piano.

Los amigos dispensaron al Profesor los aplausos que parecía exigir con su astuta mirada, sonriente y llena de satisfacción, y ya se disponía a tocar otras producciones musicales del mismo estilo, y se acercaba a los autómatas, pero los dos amigos, como si se hubiesen puesto de acuerdo, dieron como pretexto al mismo tiempo un urgente negocio que les impedía permanecer más, abandonando, pues, al mecánico y a sus máquinas.

—¿No te parece que ha sido extraordinariamente artístico y bello? —preguntó Fernando, pero Luis le interrumpió muy encolerizado diciendo:

—¡Maldito Profesor… cómo nos ha engañado! ¿A ver, dónde está la solución que buscábamos? ¿Qué se ha hecho de la conversación que pensábamos mantener con él, para que el Profesor nos adoctrinase como a los discípulos de Sais?

—Bueno —repuso Fernando—, pero entretanto hemos tenido ocasión de ver unos artificios mecánicos, ¡y hasta incluso desde el punto de vista musical, ha sido interesante! Evidentemente el flautista es la famosa máquina de Vaucason, y el mecanismo que rige el movimiento de sus dedos es también el mismo que el de la figura femenina que sabe sacar esos acordados sonidos a su instrumento. Realmente el engranaje de las máquinas es extraordinario.

—¡Eso es precisamente lo que me vuelve loco! —repuso Luis—. Ya me han vapuleado y golpeado bien la música de todas esas máquinas, incluida la música que el Profesor ha tocado al piano, y la tengo tan metida en los huesos que será difícil que la olvide. Incluso la semejanza de los seres humanos con estas figuras sin vida, que imitan sus movimientos y sus acciones, me resulta algo horrible, siniestro e insoportable. Por supuesto que puedo imaginar la posibilidad de que estas figuras se muevan por medio de un mecanismo interior oculto que hasta les permita bailar artísticamente, y hasta darse el caso de que bailen con seres humanos y den vueltas y hagan reverencias, y hasta que el danzarín vivo enlace a la bailarina de madera y gire

con ella. Pero, dime, ¿crees tú que podrías resistir verlo más de un minuto sin que te sobrecogiera un terrible espanto? Añádase a esto que la música mecánica me parece algo infernal y espantoso, y que, en mi opinión, una buena máquina de hacer medias sobrepasa con mucho al más perfecto y hermoso reloj de sonería.

»¿Crees que es, acaso, solamente el aliento que sale de su boca, con el que sopla los instrumentos de viento, y los ágiles dedos articulados que hacen brotar los tonos de las cuerdas, con ese poderoso encanto que despierta en nosotros un inefable y desconocido sentimiento, lo que nos hace presentir un mundo espiritual en la lejanía, al que aspira todo nuestro ser ardientemente? ¿No será, más bien, que ese espíritu se sirve de aquel órgano físico que es el autómata, para que lo que existe en su interior salga a la luz del día y resuene de forma que todos puedan oírlo, despertando al mismo tiempo idénticas resonancias, y luego, en armoniosa música, descubran al espíritu ese reino maravilloso, de donde proceden los acordes como encendidos rayos?

»Por medio de válvulas, resortes, palancas, rodillos, y toda clase de piezas mecánicas para lograr efectos musicales, se hace esta absurda experiencia de tratar de lograr únicamente con objetos lo que puede lograrse por medio del espíritu, que rige hasta los más mínimos movimientos. El mayor reproche que se le hace al músico es que toca sin sentimiento alguno, por lo cual realmente perjudica al espíritu de la música, o mejor dicho, anula la música en la música, de lo que se deduce que siempre tocará mejor el músico más insensible que la máquina más perfecta, ya que es de suponer que en algún instante logre despertar una momentánea emoción, lo que, evidentemente, nunca sucederá con la máquina.

»Los esfuerzos del mecánico para imitar a los órganos humanos y lograr tonos musicales por medio de mecanismos me parece que son una especie de guerra declarada contra el principio espiritual, que resplandece aún más a medida que se le oponen estas fuerzas; de ahí que prefiera una máquina construida conforme a los principios mecánicos, bien sea la más perfecta o la peor, por ejemplo un organillo, que se vale de un mecanismo para poner en movimiento lo mecánico, antes que al flautista de Vaucason y a la tocadora de la máquina armónica.

—He de reconocer que estoy de acuerdo contigo —dijo Fernando—, pues has expresado en palabras, con gran claridad, lo que yo hace tiempo sentía, sobre todo hoy cuando fuimos a ver al Profesor. Aunque no vivo y siento la música como tú, y aunque no soy tan sensible a toda clase de faltas, sin embargo, siempre me ha desagradado mucho lo muerto y lo rígido de las máquinas musicales. Todavía me acuerdo, cuando era pequeño, del malestar que me provocó un gran reloj de arpa (en casa de mi abuelo), cuando tocaba una musiquilla al dar la hora. Es un lástima que estos hábiles mecánicos dediquen todos sus esfuerzos a estos odiosos juguetes, en vez de emplearlos en el perfeccionamiento de los instrumentos musicales.

—Es cierto —repuso Luis— sobre todo por lo que respecta a los instrumentos de tecla donde hay tanto que hacer, y que ofrecen un vasto campo a los mecánicos tan

diestros. Realmente es asombroso cuánto se ha progresado, por ejemplo en el piano de cola, en cuya estructura tanto influjo tienen el tono y la forma de tratarlo.

»Así pues, ¿no será, acaso, el mejor mecánico musical el que escuche los sonidos característicos de la Naturaleza, el que investigue los sonidos que pueblan los más heterogéneos cuerpos, para luego tratar de fijar esta misteriosa música en un órgano o instrumento que se adapte a la voluntad de los hombres y resuene a su contacto? Todos los ensayos que se han hecho para lograr sonidos y vibraciones por otros medios que los comunes, o sea mediante cilindros de vidrio y de metal, y por hilos de cristal, por barras de mármol, me parecen notables y dignos de consideración, y todos los progresos que se hacen en este sentido para profundizar en los secretos acústicos que yacen escondidos en toda la Naturaleza considero que más que ser un intento de ostentación o ansia de dinero tienden hacia la búsqueda de la perfección, mediante una invención lograda, lo cual es de alabar.

»De aquí resulta que, en tan poco tiempo, hayan surgido tantos instrumentos nuevos, con nombres nuevos y ostentosos, los cuales en seguida desaparecen, cayendo en el más absoluto olvido.

—La mecánica musical de que hablas —dijo Fernando— verdaderamente es muy interesante, aunque no acabe de comprender bien cuál sea el objetivo o la finalidad de todos los esfuerzos.

—Todo ello no tiene por objeto —repuso Luis— que el hallazgo del tono más perfecto; por mi parte creo que el tono es más perfecto conforme se aproximan a los misteriosos sonidos de la Naturaleza, que aún no han acabado de brotar de la tierra.

—Aunque yo no he profundizado en estos misterios —dijo Fernando—, te confieso que no te comprendo bien.

—Déjame que te lo explique un poco mejor —continuó diciendo Luis— tal como lo concibo.

»En los tiempos aquellos en que la raza humana vivía en santa armonía con la Naturaleza, y quiero servirme de la expresión de un inteligente escritor (Schubert en sus «*Ensayos sobre los aspectos nocturnos de las ciencias naturales*»), en la plenitud del don divino de la profecía y de la poesía, cuando la Naturaleza dominaba el espíritu de los hombres, y no a la inversa, y esta madre Naturaleza seguía alimentando desde lo más profundo de su existencia al hijo extraordinario que había engendrado; entonces también le acunaba con la sagrada música en eterno entusiasmo, y los maravillosos sonidos eran anuncio del secreto de su eterna actividad.

»Un eco de la misteriosa profundidad de aquellos tiempos es la legendaria creencia de la música de las esferas que, cuando yo era pequeño y leí por primera vez el sueño de Escipión, me llenaba de tan profundo recogimiento, que más de una vez en las silenciosas noches iluminadas por la luz de la luna me ponía a escuchar para ver si oía resonar los maravillosos acordes en las ráfagas del viento. Con todo, aún no han desaparecido de la tierra esos sonidos de la Naturaleza, de los que te acabo de

hablar, pues ¿qué otra cosa es esa música aérea o las voces diabólicas de Ceilán que mencionan algunos escritores y que tienen un influjo tan grande sobre el ser humano, y hasta los observadores más tranquilos, cuando la oyen, se sienten sobrecogidos por un profundo terror y una compasión inmensa, al oír los sonidos que emite la Naturaleza, imitando los quejidos y lamentos humanos? Para decir verdad, yo mismo pasé por una experiencia semejante en mi juventud, en la proximidad de Kurisches Hoff en Prusia Oriental. Era ya muy avanzado el otoño, cuando me detuve unos días en una granja de aquella región, y en el silencio de la noche, al soplar suavemente el viento, escuché con toda claridad apagados sonidos de órgano, y a veces el sonido vibrante de campanas lejanas. A menudo podía diferenciar claramente el fa y el do, y hasta escuchaba el mi bemol, de tal modo que el penetrante acorde de la séptima alcanzaba tonos de la más profunda queja, y estremecía mi pecho con el más terrible dolor, incluso con espanto.

»A medida que nacen, van en aumento y se expanden esos sonidos de la Naturaleza, vemos que hay algo que irresistiblemente se apodera de nuestro ánimo, y el instrumento de que se vale tiene el mismo efecto sobre nosotros. Creo que la máquina armónica es el instrumento que tiene mayor parecido con esos tonos; además, precisamente este instrumento que imita de modo tan extraordinario los sonidos que emite la Naturaleza y que obra un efecto tan poderoso sobre nuestro ánimo no se deja sentir cuando hay ostentación y superficialidad, sino únicamente cuando reina una sagrada sencillez. Desde este punto de vista también hay que considerar el instrumento recién inventado que se llama *armonium* que, en lugar de valerse de campanas, se vale de un misterioso mecanismo que, sólo con apretar las teclas y dar vueltas a un cilindro, hace vibrar y resonar las cuerdas. El que toca puede dominar, de este modo, mucho mejor que con la máquina armónica, los sonidos que nacen, aumentan y se expanden, y puede decirse que todavía no se ha encontrado un instrumento que haya llegado con mucho a lo que puede hacer el *armonium*.

—He oído hablar de este instrumento —dijo Fernando— y he de confesar que sus tonos me han impresionado vivamente, a pesar de que el artista no lo tocaba muy bien. Por lo demás, te comprendo, aunque no acabo de ver bien la relación que existe entre esos sonidos de la Naturaleza, de los que hablas, con la música que hacemos por medio de instrumentos.

—¿No pudiera suceder, acaso —repuso Luis—, que la música que yace en el interior de nuestro ser fuera diferente de la que se esconde en la Naturaleza como un profundo secreto, y que únicamente resonase a través del órgano de los instrumentos, como bajo la presión de un poderoso sortilegio, del que somos dueños? Pero, únicamente cuando el espíritu obra en toda su pureza psíquica, o sea en sueños, se rompe el hechizo, y entonces hasta podemos escuchar en los conciertos de instrumentos conocidos esos sonidos de la Naturaleza y hasta percibimos cómo se engendran en el aire y luego flotan ante nosotros y se difunden y resuenan.

—Estoy pensando en las arpas eólicas —dijo Fernando, interrumpiendo a su

amigo—. ¿Qué piensas de esa ingeniosa invención?

—El intento de hacer brotar sonidos y tonos de la Naturaleza —repuso Luis— me parece algo extraordinario y digno de admiración, únicamente creo que hasta ahora sólo se le ha ofrecido un mezquino juguete, que la mayor parte de las veces ella destroza en un momento de mal humor. He leído que están mucho mejor ideadas las arpas del viento que todas las arpas eólicas, que, al dejar pasar el viento, se convierten en una especie de juguete infantil. Las arpas del viento consisten en gruesos alambres tendidos en extensos espacios, que se ponen a vibrar al contacto con el aire, resonando poderosamente. Es aquí, sobre todo, donde un buen físico o un buen mecánico pueden encontrar un campo apropiado, es más, creo que con el avance que han experimentado las ciencias y la investigación, penetrando en los sagrados misterios de la Naturaleza, podremos llegar a percibir y ver a la luz del día las cosas que hemos presentido.

De pronto cruzó el aire un extraño sonido que, a medida que se hacían más poderosos sus acordes, recordaba el tono de una máquina armónica. Los amigos se sobrecogieron, y quedaron como pegados al suelo; luego, el mismo tono se convirtió en la melancólica melodía de una voz de mujer. Fernando, cogiendo la mano de su amigo, la apretó con una contracción sobre su pecho, pero Luis, temblando, musitó en voz baja: «*Mio ben ricordati s'avvien ch'io mora*». Se encontraban, entonces, a las afueras de la ciudad, a la entrada de un jardín rodeado de una alta empalizada y de árboles; justamente ante ellos estaba sentada sobre la hierba una niñita muy mona que, dando un salto, dijo: «¡Ay, qué bien ha vuelto a cantar la hermanita, voy a llevarle una flor, pues sé muy bien que, en cuando ve los claveles, canta mucho mejor y más tiempo!».

Se abalanzó, con un gran ramo en la mano, hacia el jardín, dejando la puerta abierta, de modo que los amigos pudieron mirar dentro. Pero cuál no sería su sorpresa, e incluso un escalofrío les recorrió el cuerpo, cuando vieron allí al Profesor X, que estaba en medio del jardín, a la sombra de un fresno. En lugar de aquella sonrisa irónica que predisponía en contra suya, su semblante denotaba una profunda melancolía y seriedad, y su mirada dirigida hacia el cielo parecía contemplar beatíficamente el presentido más allá, que se escondía entre las nubes, y del cual daban noticia aquellos maravillosos sonidos que traía el hálito del viento a través del aire. De pronto, se puso a caminar a grandes pasos arriba y abajo del sendero, y en todos sus movimientos había algo vivo y animado. Por doquier resonaban notas de cristal refulgente, entre los oscuros arbustos y entre la arboleda, y como en un torrente de llamas de fuego que se extiende, aquel maravilloso concierto penetraba en su ánimo, encendiendo deliciosos anhelos celestiales. Se hizo de noche y el Profesor desapareció tras de la empalizada, y los tonos fueron apagándose en un *pianissimo*. Entonces, en profundo silencio, los amigos se encaminaron hacia la ciudad. Como Luis fuese a despedirse de su amigo, Fernando, oprimiendo su brazo, le dijo:

—¡Ayúdame…, ayúdame…! ¡Tengo la sensación de que hay en mi interior una

fuerza extraña que remueve las cuerdas ocultas de mi ser y las hace resonar a su antojo hasta hacerme perecer! ¿Acaso esa odiosa ironía con que nos recibió el Profesor en su casa no era la expresión del principio enemigo, y, acaso, no ha tratado de despacharnos con sus autómatas, para evitar cualquier relación conmigo?

—Es posible que tengas razón —repuso Luis— pues yo también tengo el presentimiento de que en cierto modo, aunque para nosotros sea un enigma indescifrable, el Profesor tiene parte en tu vida, o mejor dicho, en la misteriosa relación psíquica que tienes con esa mujer desconocida. Quizá él mismo, en contra de su voluntad, sea como un principio enemigo y sirva para combatir estas relaciones vuestras, y de ahí que le resulten odiosas tus amistades, ya que te afianzan contra tu fuerza psíquica y su voluntad, y más que nada te reafirman en tu relación con ella.

Los amigos decidieron no ahorrar ningún medio de aproximarse al Profesor para desentrañar el enigma que afectaba tan profundamente la vida de Fernando. A la mañana siguiente una segunda visita al Profesor X les llevó más lejos, pues Fernando recibió, inesperadamente, una carta de su padre, en la que le decía que se dirigiese, sin pérdida de tiempo, hacia B., así es que en pocas horas éste salió apresuradamente en caballo de postas, no sin antes asegurar a su amigo que nada le podría detener, y que regresaría a J. pasados catorce días.

Interesante en alto grado le resultó a Luis que, después de irse Fernando de viaje, pudo enterarse, por medio de aquel anciano que anteriormente había hablado de la participación activa del Profesor X en el Turco, que el Profesor X hacía todos estos artificios mecánicos por pura afición y capricho, pues realmente el objetivo de todas sus investigaciones eran las ciencias naturales.

El anciano elogió, sobre todo, las invenciones del Profesor referentes a la música, aunque hasta ahora no se les había comunicado nada. Su laboratorio secreto era un hermoso jardín, próximo a la ciudad, y a menudo quienes paseaban por allá habían oído resonar extraños sonidos y melodías, como si el jardín estuviera habitado por hadas y espíritus.

Pasaron los catorce días, pero Fernando no regresó. Por fin, dos meses después, Luis recibió una carta desde B. cuyo contenido era el siguiente:

«Lee y asómbrate, y entérate de lo que quizá habrás sospechado después de haber visitado al Profesor X, como me supongo que habrás hecho. En el pueblo de R, mientras cambiábamos los caballos, permanecí insensible, contemplando el paisaje. He aquí que pasa un coche y se detiene justamente ante la iglesia que estaba abierta; desciende de él una damita vestida con sencillez, a la que sigue un hombre joven y apuesto, con uniforme de cazador ornado de galones; luego dos hombres descienden de un segundo coche. El dueño de las postas comenta:

»«Ésta es la pareja forastera que hoy casa el pastor».

»De un modo mecánico me dirijo hacia la iglesia y entro justamente cuando el clérigo va a darles la bendición y termina la ceremonia. Miro y veo que la novia es la cantante, ella me mira, palidece y se desmaya, el hombre que está detrás de ella es el

Profesor X.

»No sé más, no sé lo que sucedió después, ni tampoco cómo llegué hasta aquí, podrás saberlo por el Profesor X. Ahora siento en mi alma un bienestar y una alegría inusitados. El fatal oráculo del Turco era una condenada mentira, engendrada ciegamente a tientas, con falsas antenas. ¿Acaso la he perdido? ¿No será en el interior de mi ser eternamente mía? Tardarás mucho tiempo en saber de mí, pues me dirijo a K., y luego quizá vaya muy al Norte, hacia R».

Las palabras de su amigo sirvieron a Luis para ver claramente en qué estado de trastorno se encontraba su espíritu. Mucho más enigmático le resultó el resto, cuando se enteró de que el Profesor X no había abandonado la ciudad. «¿Y si fuera todo —pensó para sus adentros— el resultado del conflicto de extrañas asociaciones psíquicas que tienen lugar entre varias personas, y que una vez en nuestras vidas, atraen a su círculo algunos hechos independientes, de forma que los sentidos engañados lleguen a considerar las alucinaciones como ajenas a él? ¡Espero, sin embargo, que la alegría de la vida que yo siento en lo más hondo de mi ser quizá pueda servir de consuelo a mi amigo! El fatal oráculo del Turco se ha cumplido, y posiblemente, al cumplirse, ha desviado a tiempo el golpe aniquilador que le amenazaba».

—Y ahora, ¿qué? —dijo Otomar, cuando Teodoro se calló repentinamente—. ¿Esto es todo? ¿Ésta es la explicación que das? ¿Qué fue de Fernando, del Profesor X, de la bella cantante, del oficial ruso?

—¿No os he dicho de antemano que sólo era un fragmento lo que os iba a ofrecer? Aparte de eso, me parece que la historia del Turco parlante ya desde el principio fue esbozada de una manera fragmentaria. Quiero decir que la fantasía del lector o del oyente, al recibir poderosos impulsos, puede desplegarse luego a su voluntad. Pero, mi querido Otomar, si quieres quedarte tranquilo y saber cuál fue el destino de Fernando, recuerda la conversación sobre la ópera que leí hace poco. Es el mismo Fernando vivito y coleando el que aparece en escena, con todo su alegre ímpetu; lo que aquí ha sucedido pertenece a un período anterior de su vida, y sin duda alguna que todo le fue bien a este amante sonámbulo.

—A esto deberá añadirse —continuó diciendo Otomar— que a nuestro Teodoro desde siempre le ha gustado mucho avivar poderosamente nuestra fantasía con toda suerte de extravagantes historias, para luego interrumpirlas bruscamente. Llegará un día en que todos se quejarán de sus mixtificaciones. Hay que reconocer que desde hace tiempo toda su obra aparece de modo fragmentario. A veces, lee segundas partes sin preocuparse del principio ni del final, y en las representaciones sólo ve el segundo y el tercer actos, y así por el estilo.

—Aún conservo esta tendencia —dijo Teodoro—. No hay cosa que más me contraríe cuando leo un relato o una novela que ver el suelo en el que se edifica ese mundo fantástico, barrido al final, con una escoba histórica, que deja todo limpio, sin un granito, sin una mota de polvo, que no hay posibilidad alguna cuando se regresa a

casa de sentir ni siquiera deseos de mirar entre las cortinas. En cambio, el fragmento de una historia ingeniosa impresiona mi alma de tal modo que da pie a la fantasía para tomar impulso, y el goce es más duradero. ¡A quién no le habrá pasado eso con la joven morena de Goethe!… A mí, sobre todo, ese fragmento de Goethe, del maravilloso cuento donde relata lo de la mujercita que lleva al viajero en una cajita, ¡siempre me ha producido un placer indescriptible!

—Basta —dijo Lotario, interrumpiendo al amigo—, basta; no hablemos más del Turco parlante, con esto ya está la historia terminada.

Dux y Dogaresa

Doge und Dogaresse (1818)[75]

Con este nombre aparecía, en el catálogo de las obras de arte expuestas en septiembre de 1816 por la Academia de Berlín, un cuadro pintado por el esforzado y gallardo C. Kolbe, miembro de dicha academia, y que atraía a los observadores con un encanto especial, de manera que casi siempre había alguien parado delante de él.

Un *dux* con vestidos ricos y suntuosos avanza a lo largo de una balaustrada y a su lado va la dogaresa, vestida con igual boato. Él, un viejo de barba gris, rasgos de una extraña ambigüedad, que denotan vigor y debilidad, orgullo, arrogancia y mansedumbre en el rostro rojizo; ella, una mujer joven, con una tristeza nostálgica, un anhelo soñador en la mirada y en toda su estampa. Detrás de ellos, una mujer entrada en años y un hombre que sostiene una sombrilla abierta. A un lado, junto a la balaustrada, un muchacho hace sonar un cuerno en forma de caracol. En el mar, una góndola ricamente engalanada, con la bandera veneciana, y dos gondoleros en ella. Hacia el fondo se extiende el mar cubierto de cientos de velas y a lo lejos se divisan las torres y palacios de la magnifica ciudad de Venecia que surge de las aguas. Hacia la izquierda puede verse San Marcos; más en primer plano, San Giorgio Maggiore. Sobre el marco dorado del cuadro están grabadas estas palabras:

«¡Ah! Senza amare
Andare sul more
Col sposo del mare
Non puol consolare».

(¡Ay! Sin amar
Andar sobre el mar.
Con el esposo del mar
No me puede consolar).

Ante este cuadro se suscitó un día una discusión estéril sobre si el artista había querido representar allí sólo una imagen en la que apareciera la situación precisa a que aluden los versos: la de un viejo caduco que no puede satisfacer con el lujo y el esplendor los deseos de un corazón anhelante, o si en realidad había querido representar un hecho auténticamente histórico.

Cansados de la charla, los visitantes fueron abandonando uno tras otro el lugar, de modo que finalmente sólo quedaron dos amigos amantes del noble arte de la pintura.

«Yo no sé», comenzó a decir uno de ellos, «cómo alguien puede estropear todo el goce de la contemplación con tantas interpretaciones y sutilezas. Pero, aunque creo presentir acertadamente cuál es la situación de ese *dux* y esa dogaresa, lo que me atrapa de manera extraña es el brillo de la riqueza y del poder que resplandecen en todo el cuadro. Mira ese estandarte con el león alado, que flamea al viento como reinando sobre el mundo. ¡Oh, magnífica Venecia!». Y comenzó entonces a recitar el

acertijo de Turandot[76] sobre el león adriático: «*Dimmi qual sia quella terribil fera*», etc., etc. Apenas había terminado cuando terció una melodiosa voz varonil recitando la solución de Kalaf: «*Tu quadrupe fera*», etc. Un caballero de aspecto noble y distinguido, con una capa gris sobre los hombros, se había colocado detrás de los dos amigos sin que ellos lo advirtieran, y observaba el cuadro con ojos centelleantes. Iniciaron un diálogo y el extraño dijo entonces con voz casi solemne: «Es realmente un misterio: muchas veces se revela en el alma del artista un cuadro cuyos personajes; antes incorpóreos, ignotos, como niebla que se desliza por el espacio vacío, parecen cobrar vida precisamente en el alma del artista y encontrar allí su hogar. Y de pronto, el cuadro adquiere una relación con el pasado, o quizá también con el futuro y representa lo que realmente sucedió o ha de suceder. Es posible que el mismo Kolbe no sepa que pintó precisamente al *dux* Marino Falieri y a su esposa Annunziata en este cuadro». El desconocido hizo silencio, pero los dos amigos lo acosaron para que les revelara ese enigma, así como antes había recitado la respuesta al acertijo del león adriático.

«Si tienen paciencia, señores curiosos», dijo entonces el desconocido, «les contaré de inmediato la historia de Falieri y así sabrán lo que este cuadro representa. Pero ¿tendrán paciencia? Seré muy detallado, porque sólo así me agrada hablar de cosas que aparecen vívidas ante mis ojos como si yo mismo hubiese sido testigo de ellas. Pero bien podría ser ése el caso, porque todo historiador —y yo soy uno ahora — es una especie de espectro parlante del pasado».

Los dos amigos se dirigieron con el desconocido a una habitación apartada, donde éste inició sin más su relato de la siguiente manera:

Hace mucho tiempo (si no me equivoco fue en el mes de agosto de 1354), el valiente general genovés Paganino Doria, luego de derrotar a los venecianos, había tomado por asalto la ciudad de Parenzo. Sus galeras bien tripuladas cruzaban pues el golfo de Venecia como aves de rapiña hambrientas que van de un lado a otro con inquieta voracidad, mientras acechan la presa que esperan capturar con un golpe certero; y un pavor mortal se apoderó del pueblo y de la Signoria[77] de Venecia. Todos los hombres aptos tomaron las armas o los remos. En el puerto de San Nicolo[78], comenzaron a congregarse los contingentes. Se echaron árboles al agua, se hundieron barcos y se tendieron cadenas para impedir el paso del enemigo. Mientras que allí resonaban con estrépito las armas y las cargas que se arrojaban al mar caían produciendo un ruido atronador, se veía en el Rialto[79] a los agentes de la Signoria que secándose el helado sudor de la frente pálida, ofrecían intereses cada vez más altos por el dinero contante y sonante que por entonces también escaseaba en la república amenazada. Pero los cielos eternos e inescrutables determinaron que en el momento de máxima preocupación y penuria el hogar asediado perdiera a su fiel pastor. Agobiado por el peso del infortunio falleció el *dux* Andrea Dandulo[80], a quien el pueblo llamaba su querido condecito (*il caro contino*) porque siempre había sido amable y piadoso y nunca había cruzado la Plaza de San Marcos sin llevar

dinero y buen consejo para quien necesitara lo uno o lo otro. Suele suceder que aquel a quien agobia alguna desgracia siente cada golpe que se le asesta, y que en otras circunstancias casi no habría percibido, con doble intensidad. Así también, cuando las campanas de San Marcos anunciaron con tañidos lúgubres y sombríos la muerte del condecito, el pueblo perdió todo dominio y se dejó arrastrar por la desesperación y la pesadumbre. Había muerto el apoyo, la esperanza; ahora tendrían que someterse al yugo de Génova: así se oía gritar, aunque en realidad la muerte de Dandulo no era tan desastrosa en lo que respecta a los operativos militares que debían llevarse a cabo en aquellos momentos. Al buen condecito le gustaba la vida tranquila y pacífica; prefería seguir el curso de los astros antes que los retorcidos laberintos de la razón y la astucia del Estado; le gustaba más organizar la procesión para las celebraciones de Pascua que conducir una guerra. Ahora pues había que elegir un *dux* que dotado de un notable sentido de estratega y de una inteligente astucia política rescatara a Venecia, sacudida en sus mismos cimientos, del peligro amenazador de un adversario que había sido siempre más audaz.

Con este fin se reunieran los senadores, pero entre ellos no había sino semblantes sombríos, miradas aterradas, cabezas inclinadas al suelo y hundidas entre las manos. ¿Dónde encontrar a un hombre que pudiera tomar el timón sin guía y manejarlo con mano firme? El más antiguo de los consejeros, Marino Bodoeri, hizo oír finalmente su voz:

«Aquí, entre nosotros», dijo, «no lo van a encontrar. Pero vuelvan sus miradas a Avignon, a Marino Falieri, a quien enviamos con nuestro mensaje de felicitación para el Papa Inocencio[81] en el momento de su asunción. Él puede hacer algo ahora, él si puede. Elijámoslo *dux*, para que acabe de una vez con todas nuestras desgracias. Me dirán quizá que Marino Falieri tiene ya ochenta años, que su cabello y su barba se han vuelto canosos, que su aspecto despejado, su mirada ardiente, el brillo rojizo de su nariz y sus mejillas se deben más bien al buen vino de Chipre que a su fuerza interior, como quieren sus detractores; pero no los escuchen. Recuerden el coraje de que hizo gala Marino Falieri como Proveditore de la flota en el Mar Negro; tengan en cuenta cuáles pueden haber sido los méritos que movieron a los procuradores[82] de San Marcos a entregarle como feudo el rico condado de Valdemarino». Así recalcó valientemente Bodoeri los méritos de Falieri y supo prevenir cualquier objeción hasta que por fin todas las voces se aunaron para proclamar a Falieri nuevo *dux* de Venecia. Muchos siguieron hablando durante un buen rato acerca del carácter irascible y colérico de Falieri, de su ambición de mando, de su voluntad arbitraria, pero entonces se les respondía: «Justamente porque todo eso ya es cosa del pasado, es que elegimos al viejo Falieri, y no al joven que fue». Pero esas mismas críticas cesaron completamente cuando se dio a conocer al pueblo la elección del nuevo *dux*, que estalló en gritos de júbilo desatado. ¿No es acaso sabido que en un momento de tanto peligro, de tantas agitaciones y tensiones, toda decisión, si bien no es más que eso, aparece como una inspiración celestial?

Así sucedió pues que el buen condecito, con toda su piedad y mansedumbre, cayó inmediatamente en el olvido, y todos exclamaban: «¡Por San Marcos! Este Marino tendría que haber sido desde hace tiempo nuestro *dux*; entonces no estaría ese arrogante Doria molestándonos a cada rato». Y los soldados mutilados levantaban con dificultad sus brazos tullidos y exclamaban: «¡Ése es Falieri, el que derrotó a Morbassan[83]; el valiente general cuyas banderas victoriosas flamearon en el Mar Negro!». Y allí donde el pueblo se congregaba, siempre había quien hablara de las hazañas del viejo Falieri, y resonaban gritos de júbilo por los aires como si Doria ya hubiese sido vencido.

A esto se sumó que Nicolo Pisani, sabrá Dios por qué, en lugar de venir al encuentro de Doria habla seguido navegando tranquilamente con su flota hacia Cerdeña y decidió por fin regresar. Doria salió del golfo para recibirlo, y lo que en realidad fue consecuencia del acercamiento de la flota de Pisani, fue considerado por los venecianos un nuevo efecto de la terrible fama de Marino Falieri. Una especie de efusión fanática se apoderó entonces del pueblo y de la Signoria[84] respecto de la afortunada elección, y se decidió, para que todo fuera extraordinario, recibir al flamante *dux* como a un enviado del cielo, portador de gloria, de triunfos y de riquezas. La Signoria había enviado a doce nobles con un numeroso séquito hasta Verona, donde los enviados de la República volverían a manifestarle solemnemente a Falieri que había sido elegido jefe del estado de Venecia. Quince embarcaciones ricamente engalanadas, equipadas por el Podestá de Chioggia y puestas a las órdenes de su propio hijo, Taddeo Giustiniani, recibieron a continuación en Chiozza al *dux* con toda su comitiva, quien marchó luego como el más poderoso y victorioso de los monarcas hacia San Clemente[85] donde lo aguardaba la Bucentoro[86].

Justamente cuando Marino Falieri estaba por ascender a la Bucentoro —el tres de octubre al atardecer, cuando el sol ya empezaba a ocultarse— un hombre pobre y de aspecto miserable yacía sobre el duro piso de mármol reclinado contra las columnas de la Dogana. Algunos harapos de lienzo a rayas de color irreconocible, que parecían haber pertenecido al uniforme de marinero que usan los estibadores y remeros más comunes, le cubrían el cuerpo enjuto. No tenía más camisa que su piel, visible por todas partes; pero era tan blanca y tersa que ni la persona más noble podría haberse avergonzado si hubiese sido su propia piel. Así también la delgadez de su cuerpo sólo permitía apreciar mejor las perfectas proporciones de sus bien formados miembros. Y si finalmente se miraban aquellos rizos castaños desgreñados que ensombrecían la hermosa frente, los ojos azules sólo oscurecidos por su sufrimiento sin consuelo, la nariz aguileña, la delicada forma de los labios de aquel joven que no parecía tener más de veinte años, entonces se tenía la certeza de que algún destino adverso había arrojado a aquel extraño de buena cuna al estado más miserable.

Como ya se ha dicho, el joven yacía apoyado contra las columnas de la Dogana, y con la cabeza sobre el brazo derecho miraba fijamente y como sin ver hacia el mar. Podría suponerse que la vida lo había abandonado y que la lucha con la muerte lo

había convertido en piedra adhiriéndolo a la columna, si de vez en cuando no hubiera suspirado profundamente, tomó poseído por un dolor inefable. Era el dolor del brazo izquierdo, que extendido sobre el piso de piedra y envuelto en harapos manchados de sangre, parecía gravemente lastimado.

Todo estaba inmóvil y silencioso, incluso el estrépito de las fábricas; toda Venecia se había volcado al mar en mil góndolas y barcos para salir al encuentro del célebre Falieri.

Y así pues aquel pobre joven estaba solo y nadie lo ayudaba a calmar su dolor. Pero cuando su cabeza extenuada caía sobre las frías piedras y estaba a punto de perder el sentido, una voz ronca llamó varias veces seguidas, con tono quejumbroso: «¡Antonio, mi pequeño Antonio!». Antonio se incorporó entonces a medias y al volver la cabeza hacia las columnas de la Dogana, de donde parecía provenir la voz, dijo agotado, en tono casi imperceptible: «¿Quién me llama? ¿Quién viene a arrojar mi cadáver al mar? Porque pronto estaré muerto». Una vieja chiquita y decrépita se acercó entonces apoyándose en un bastón, tosiendo y jadeando, hasta el muchacho herido, y al inclinarse a su lado dejó escapar una risita repugnante. «Criatura tonta», murmuró entonces la vieja, «¿quieres morirte aquí? ¿Quieres morirte porque la dorada dicha se te escapa? Mira hacia allá; las llamas que arden en el anochecer son señales para ti. Pero tienes que comer, querido Antonio, comer y beber, porque es el hambre, nada más, el que te ha tumbado aquí, sobre las piedras frías… El brazo ya está sano y curado».

En aquella viejecita reconoció Antonio a la extraña mendiga que solía pedir limosna en las escalinatas de la iglesia franciscana, riéndose siempre con una risita ronca, y a la que él mismo, llevado por un impulso inexplicable, le había arrojado más de una vez algún *quattrino* ganado con sacrificio.

«¡Déjame en paz!», dijo, «¡déjame tranquilo, vieja loca! Ya sé que es el hambre, más que la herida, lo que me ha debilitado tanto y me hace sufrir. Hace tres días que no gano ni un solo *quattrino*. Quería llegar hasta el convento para que me dieran dos cucharadas, de la sopa de los enfermos, pero todos se han ido y nadie hay que se apiade de mí y me lleve en su barca. Por eso estoy aquí y ya nunca podré levantarme».

«Ji, ji», se reía la vieja, «¿por qué desesperar enseguida?, ¿por qué renunciar? Tienes sed, tienes hambre. Yo tengo un remedio para eso. Aquí hay unos lindos pescaditos secos comprados hoy mismo en la Zecca[87], y limonada, y un lindo pancito blanco. Come y bebe, hijito, y después veremos el brazo lastimado». Entretanto, la vieja había ido sacando pescados, pan y limonada de la bolsa que llevaba colgada a la espalda como una capucha detrás de la cabeza inclinada. No bien Antonio mojó sus labios ardientes y resecos con la bebida fresca, el hambre se le despertó con redoblada intensidad, y se comió vorazmente los pescaditos y el pan. Mientras tanto, la vieja le fue sacando los trapos con que tenía vendado el brazo herido, comprobando que estaba realmente muy golpeado, pero que la herida se

cicatrizaba muy bien.

«Pero ¿quién te ha golpeado de ese modo, hijito?», le preguntó la vieja mientras le ponía un menjunje que sacaba de un frasquito y entibiaba con su propio aliento. Antonio, recuperado ya y animado otra vez por el fuego de la vida, se había sentado. Con ojos centelleantes y levantando el puño derecho exclamó: «¡Ah! ¡Nicoló, ese pillo! Quería dejarme tullido, me envidia por cada miserable *quattrino* que me arroja alguna mano bondadosa. Tú sabes, vieja, que me gano la vida penosamente, ayudando a llevar las cargas desde los barcos hasta el almacén de los alemanes en el Fontego[88] —seguramente conoces ese edificio—». Cuando Antonio pronunció la palabra «Fontego», la vieja empezó a reírse con su risita repulsiva y siguió mascullando: «Fontego… Fontego… Fontego…». «¡Deja de reírte como una loca, vieja, si quieres que té cuente!», exclamó Antonio rabioso. La vieja se calló enseguida, y Antonio continué: «Con algunos *quattrinos* que me había ganado, me compré un jubón nuevo. Realmente tenía un aspecto gallardo, y me aceptaron tomó gondolero. Como estaba siempre contento, trabajaba con ganas y me sabía algunas lindas canciones, de modo que solía ganarme algún *quattrino* más que los otros. Pero entonces mis compañeros empezaron a envidiarme; me denigraron ante mi patrón que terminó por echarme, y a todas partes donde iba me gritaban: «¡Perro alemán! ¡Maldito hereje!». «Y hace tres días, cuando estaba ayudando a amarrar una embarcación en San Sebastián[89] me atacaron a golpes y pedradas. Me resistía muy bien, pero en un momento el malvado Nicoló me pegó con un remo en la cabeza y en el brazo y me tiró al suelo. Bueno vieja, ya no tengo más hambre gracias a ti, y siento que tu maravilloso menjunje me hace muy bien. Mira, ya puedo mover el brazo. ¡Ahora podré remar como antes!».

Antonio se había puesto de pie y movía con ímpetu su brazo herido. Pero entonces la vieja volvió a reírse, y saltando a su alrededor como si estuviera bailando, le dijo:

«¡Hijito, hijito mío! ¡Rema con valor! ¡Con valor! ¡Él viene! ¡Ya viene! El oro brilla con llamas claras. ¡Rema con valor! ¡Rema con valor! Pero sólo una vez más. ¡Una sola vez! ¡Después nunca más!».

Antonio no prestaba atención a lo que hacía la vieja, porque contemplaba absorto el maravilloso espectáculo que se desplegaba ante sus ojos. Desde San Clemente venía navegando la Bucentoro con el león adriático en la bandera que flameaba al viento; y al golpear el agua resonaban los remos como el aleteo de un inmenso cisne dorado.

Erguida su intrépida figura principesca, rodeado de mil góndolas y barcas, parecía dirigir un ejército jubiloso que hubiera levantado mil cabezas relucientes desde el fondo del mar. El sol del atardecer proyectaba sobre Venecia sus rayos ardientes y todo parecía estar en llamas. Pero mientras Antonio, que había olvidado todo su dolor, contemplaba extasiado el espectáculo, la luz fue adquiriendo lentamente un color sangriento. Un sordo zumbido cruzó los aires y resonó como un eco pavoroso

desde las profundidades del mar. La tormenta llegó rauda sobre las nubes negras y ocultó de pronto todo aquello en una densa penumbra mientras en el mar rumoroso las olas se hacían más y más grandes, semejantes a monstruos de espuma que silbaban y amenazaban con devorarlo todo. Como aves desbandadas iban las góndolas y barcas a la deriva. La Bucentoro, incapaz de hacer frente a la tormenta con su fondo plano, se tambaleaba de un lado a otro. En lugar del júbilo feliz de los clarines y las trompetas se oían entre la tormenta los gritos de pánico de los hombres en peligro.

Antonio estaba como petrificado contemplando el espectáculo. Muy cerca de él se oyó un ruido de cadenas; bajó la mirada: una pequeña canoa sujeta al muro se balanceaba sobre las olas. Una idea se le cruzó por la mente como un rayo. Saltó a la canoa, la desató, tomó el remo que estaba en su interior y salió al mar remando con valor en dirección a la Bucentoro. Cuanto más se acercaba tanto más claramente escuchaba los gritos de auxilio lanzados desde la nave: «¡Aquí, aquí! ¡Salven al *dux*!». Es sabido que las pequeñas canoas de los pescadores son justamente las más seguras y las más fáciles de maniobrar en el golfo cuando hay tormenta; así sucedió que de todas partes acudieron canoas para salvar al honorable *dux* Marino Falieri.

Pero en la vida sucede siempre que Dios asigna el éxito de alguna empresa arriesgada solamente a uno, de manera que todos los demás se esfuerzan inútilmente por alcanzarlo. Y esta vez le había sido asignado al pobre Antonio salvar al *dux* recientemente electo, de modo que sólo él consiguió llegar con su pequeña canoa de pescador hasta la Bucentoro.

El viejo Marino Falieri, que conocía bien los peligros del mar, saltó sin pensarlo un instante desde la lujosa pero traicionera Bucentoro a la pequeña canoa del pobre Antonio, que deslizándose ligera como un delfín sobre las mudas olas lo depositó en pocos minutos en la Plaza de San Marcos.

Con los vestidos empapados y el agua que le chorreaba por la barba gris fue conducido el viejo hasta la iglesia, donde la nobleza terminó con semblantes desencajados la ceremonia de la entrada triunfal. Tan alterado como la Signoria por los accidentes de aquel momento, a los que había que agregar además el hecho de que en el apuro y la confusión se hizo pasar al *dux* por entre las dos columnas donde generalmente se decapitaba a los delincuentes[90] el pueblo enmudeció en medio de la alegría y el júbilo, y el día que había comenzado como una fiesta terminó lúgubre y sombrío.

Nadie parecía acordarse del joven que había salvado al *dux*, y ni siquiera el mismo Antonio pensaba en eso, sino que agotado y semidesvanecido por el dolor que le causaba la herida reabierta, se había dejado caer contra las columnas del palacio ducal. Por eso se sorprendió realmente cuando ya casi de noche un alabardero del *dux* lo tomó de los hombros diciéndole: «Ven conmigo, amigo», lo llevó al palacio y lo introdujo en los salones del *dux*.

El viejo lo recibió afectuosamente y señalándole un par de bolsas que estaban

sobre la mesa le dijo: «¡Te has portado valientemente, muchacho! Toma estos tres mil cequines. Si quieres más, dímelo, ¡pero haz el favor de no dejarte ver nunca más ante mis ojos!». Al decir estas últimas palabras los ojos del viejo centellearon y la punta de la nariz se le puso más roja. Antonio no comprendió lo que el viejo pretendía pero no dejó que eso lo afectara y cargó como pudo las bolsas que creía haberse ganado con todo derecho.

Radiante en el esplendor del mando que acababa de alcanzar, observaba el viejo Falieri a la mañana siguiente por una de las ventanas ojivales del palacio al pueblo que se entretenía con toda clase de ejercicios militares. En ese momento entró a la habitación Bodoeri, fiel amigo del *dux* desde la juventud. Como éste, ensimismado y concentrado en su majestad, parecía no advertir su presencia, Bodoeri golpeó las manos y exclamó riendo en voz alta «¡Eh, Falieri!, ¿qué sublimes ideas están incubándose y germinando en tu cabeza desde que se ha asentado sobre ella el birrete ducal?».

Como despertando de un sueño saludó Falieri al viejo con forzada amabilidad. Sentía que después de todo era a Bodoeri a quien le debía aquel birrete, y esa conversación parecía recordárselo. Y como cualquier compromiso pesaba como una carga sobre su ánimo orgulloso y dominante, y no podía despachar al consejero más antiguo y al amigo de siempre como había hecho con el pobre Antonio, murmuró algunas palabras forzadas de agradecimiento y enseguida empezó a hablar de las medidas que había que adoptar contra los enemigos que se agitaban por todas partes.

«Eso y todo lo demás que el Estado exige de ti», lo interrumpió Bodoeri con una sonrisa astuta, «lo estudiaremos dentro de un par de horas en una reunión del Gran Consejo[91]. No he venido tan temprano para lucubrar contigo la manera de acabar con las osadías de Doria ni el modo de hacer entrar en razones al húngaro Luis[92], que codicia nuevamente nuestras ciudades marítimas de Dalmacia. No, Marino, pensaba solamente en ti, y particularmente en algo que no podrías adivinar: en tu boda».

«¡Cómo se te ocurre pensar en eso!» —le replicó el *dux*, levantándose sumamente disgustado y mirando por la ventana de espaldas a Bodoeri—. «Faltan varios meses para el Día de la Ascensión. Creo que para entonces habremos vencido ya al enemigo y obtenido victorias, honores, riquezas y un poderío deslumbrante para el león adriático del mar. La prometida inmaculada tendrá un digno esposo».

«¡Ah!», lo interrumpió Bodoeri con impaciencia, «¡te refieres a la extraña celebración del Día de la Ascensión, cuando arrojando a las aguas desde la Bucentoro el anillo dorado desposarás a las aguas del Adriático! Pero Marino, tú que conoces tan bien el mar, ¿no piensas acaso en otra prometida que no sea el agua fría y traicionera que imaginas dominar y que ayer mismo se levantó amenazadora contra ti? ¡Ah! ¡Cómo puedes querer descansar en los brazos de una novia que caprichosa y desenfrenada se enfureció no bien le acariciaste las heladas mejillas azules al deslizarte en la Bucentoro! ¿Alcanza acaso un Vesubio en llamas para entibiar el

pecho helado de una mujer falsa, siempre traidora, que se desposa una y otra vez y no acepta los anillos como cara prenda de amor; sino que arrastra y devora el tributo de sus esclavos? ¡Ni Marino! Yo pensaba que debías casarte con la criatura más hermosa de todo el mundo».

«Deliras», murmuró Falieri sin moverse de la ventana. «Yo, un viejo de ochenta años, agobiado de problemas y trabajo, que vivió soltero toda la vida y que ya casi no es capaz de amar…».

«¡Un momento!», —exclamó Bodoeri—. «¡No te difames tú mismo! ¿Acaso el invierno más rudo y más frío no extiende anhelante sus brazos hacia la encantadora diosa que lo atrae con las tibias brisas del este? Y cuándo la estrecha contra su pecho entumecido, cuando una pasión tierna corre por sus venas, ¿qué queda del hielo y de la nieve? Dices que tienes ochenta años; es verdad, ¿pero acaso la vejez se mide por los años? ¿No tienes tan erguida tu cabeza y caminas con pasos tan firmes como hace cuarenta años? ¿O sientes que tu vigor ha disminuido, que tienes que usar una espada más pequeña, que te cansas cuando corres, que apenas puedes subir jadeando las escalinatas del palacio ducal?».

«¡No, por todos los cielos!» —lo interrumpió Falieri apartándose violentamente de la ventana y dirigiéndose hacia su amigo—. «¡No siento nada de eso!».

«Entonces», —continuó Bodoeri—, «goza plenamente en la vejez de toda la felicidad terrena que aún te está reservada. Convierte en dogaresa a la mujer que he elegido para ti, y todas las mujeres de Venecia la venerarán como a las más bella y a la más virtuosa, así como los venecianos respetan en ti a su jefe, por tu valor, tu espíritu y tu fuerza».

Bodoeri comenzó entonces a pintarle la imagen de una mujer y supo combinar tan hábilmente los colores más vivos que al viejo Falieri empezaron a brillarle los ojos y todo su rostro fue adquiriendo un tono rojo subido, mientras el viejo aguzaba los labios como saboreando un vasito tras otro del ardiente vino de Siracusa.

«¡Ay!», —dijo por fin con una sonrisa de satisfacción—, «¿qué encanto de criatura es ésa de la que hablas?».

—«No estoy pensando sino en mi adorable sobrinita» —le replicó Bodoeri.

«¿Cómo?» lo interrumpió el *dux*. «¿Tu sobrina? Si cuando yo era Podestá de Treviso ella se casó con Bertucio Nenolo».

«¡Ah!», continuó entonces Bodoeri. «Tú estás pensando en mi sobrina Francesca, y yo en su hijita. Sabes que la guerra atrajo al mar al salvaje y huraño Nenolo. Agobiada por el dolor y la pesadumbre, Francesca se encerró en un convento romano y entonces yo me hice cargo de la pequeña Annunziata, a la que crié en total aislamiento en mi villa de Treviso».

«¡¿Qué?!», volvió a interrumpirlo Falieri con impaciencia. «¿Que me case yo con la hija de tu sobrina? ¿Cuánto hace que se casó Nenolo? Annunziata debe ser una criatura de no más de diez años. Cuando yo pasé a ser Podestá de Treviso ni se pensaba en la boda de Nenolo, y de eso han pasado…».

«Veinticinco años», lo interrumpió sonriendo Bodoeri. «¡Ay! ¡Qué rápido se te debe haber pasado este tiempo para que te equivoques así! Annunziata es una muchacha de diecinueve años, hermosa como la luz del sol, virtuosa, humilde; no sabe nada del amor porque casi nunca ha visto a un hombre. Te seguirá con un amor infantil y sumiso, sin condiciones».

«¡Quiero verla, quiero verla!» —exclamó el *dux* imaginando otra vez a la bella Annunziata que le había pintado Bodoeri.

Ese mismo día fue satisfecho su deseo; porque apenas había retornado el *dux* a sus aposentos tras la reunión en el Senado, el astuto Bodoeri, que tenía sus buenas razones para querer que su sobrina se convirtiera en dogaresa, le llevó al viejo *dux* la encantadora Annunziata con el mayor sigilo. Cuando el viejo Falieri vio a la angelical criatura se sintió tan turbado ante el milagro de tanta belleza que apenas pudo murmurar algunas palabras casi ininteligibles para pedirle que fuera su esposa. Annunziata, enterada ya por Bodoeri, se arrodilló tímidamente, ruborizada ante el principesco anciano. Tomó la mano del *dux*, la apretó contra sus labios y susurró: «¡Oh, señor! ¿Me concederá usted el honor de sentarme a su lado, en el trono ducal? Yo prometo respetarlo desde lo más hondo de mi alma y seré su esclava fiel hasta la muerte».

El viejo Falieri estaba extasiado; era tanto su gozo que no podía dominarse. Cuando Annunziata le tomó la mano sintió un estremecimiento en todos los miembros y luego comenzó a temblarle la cabeza y después todo el cuerpo, de modo que tuvo que sentarse rápidamente en el inmenso sillón. Parecía que el optimismo de Bodoeri sobre la vigorosa vejez del octogenario estaba a punto de ser desmentido. Bodoeri, claro está, no pudo evitar que una extraña sonrisa contrajera sus labios. La inocente y cándida Annunziata no se dio cuenta de nada y por suerte no había nadie más en la habitación.

Quizá porque el viejo Falieri, al pensar en presentarse ante él pueblo como prometido de una muchacha de diecinueve años, sentía lo incómodo de esa situación, o porque creía que no era conveniente incitar de esa manera a los venecianos, ya de por sí de espíritu burlón, y que seria mejor ocultar absolutamente su situación de prometido de la bella Annunziata, decidió, con la conformidad de Bodoeri, que la, boda se efectuara en el mayor secreto, y que algunos días después la dogaresa fuera presentada a la Signoria y al pueblo como la esposa del *dux*, llegada recientemente de Treviso, donde había permanecido durante la misión de Falieri en Avignon.

Dirijamos ahora nuestros ojos hacia aquel joven gallardo, pulcramente vestido, que con una bolsa de cequines en la mano va de un lado a otro por el Rialto, habla con judíos, con turcos, armenios y griegos, aparta luego su frente ensombrecida, sigue caminando, se detiene, se da vuelta y finalmente se hace llevar en góndola hasta la Plaza de San Marcos, donde comienza a caminar sin rumbo, con paso incierto y vacilante, los brazos cruzados, la mirada clavada en el suelo, sin darse cuenta, sin intuir que algunos murmullos, alguna ligera tosecilla que proviene de esta ventana o

de aquélla, de uno que otro balcón ricamente engalanado, son señales de amor que le están dirigidas. ¡Quién podría reconocer a primera vista en ese joven al Antonio que pocos días antes yacía en harapos sobre el piso de mármol de la Dogana!

«¡Hijito, mi hijito adorado, Antonio! ¡Buenos días, buenos días!». Así lo llamó la vieja mendiga que estaba sentada en uno de los escalones de la catedral de San Marcos, y a la que Antonio no había visto. No bien la oyó, se dio vuelta instantáneamente, metió la mano en la bolsa y sacó un puñado de cequines para ella.

«¡Oh, guárdate eso!», chilló la vieja sin dejar de reírse. «¿De qué me sirve a mí tu oro? ¿Acaso no tengo todas las riquezas? Pero si quieres hacer algo por mí, cómprame una caperuza nueva, porque la que tengo ya no me protege contra el viento y el mal tiempo. ¡Sí, sí, hazlo, hijito mío, mi hijito adorado! Pero no te acerques al Fontego, al Fontego».

Antonio se había quedado con la mirada fija en la cara amarillenta y demacrada de la vieja, en la que profundas arrugas se contraían de un modo extraño y siniestro; y cuando comenzó a aplaudir con las manos huesudas y arrugadas y a chillar con una tosecita quejumbrosa y esa risita repugnante, repitiendo: «No te acerques al Fontego», Antonio le gritó: «¿No puedes dejar de portarte como una loca, vieja bruja?». Apenas pronunciada esta palabra la vieja rodó escaleras abajo como tocada por un rayo. Antonio corrió hasta ella, la sujetó con ambas manos y evitó el golpe.

«¡Oh, hijito mío!», se lamentó entonces la vieja en voz baja y quejumbrosa. «¡Hijito, qué palabra espantosa has pronunciado! ¡Prefiero que me mates antes que oírte repetir una sola vez más esa palabra! ¡Ay, no te imaginas cómo me has lastimado! ¡A mí, que te llevo tan hondo en mi corazón! ¡Ay, no te lo imaginas!». La vieja se calló de repente, se tapó la cabeza con el pañuelo marrón oscuro que le colgaba sobre los hombros como una capa cortita, y empezó a sollozar con un dolor sin consuelo. Antonio se sintió extrañamente conmovido, tomó a la vieja del brazo y la llevó hacia arriba, al portal de la basílica de San Marcos, y allí la sentó en un banco de mármol.

«Me ayudaste mucho, vieja», comenzó a decirle sacándole el trapo de la cabeza. «A ti tengo que agradecerte en realidad mi buena fortuna, porque si no me hubieras ayudado cuando estaba a punto de morirme, hace rato que estaría ya en el fondo del mar; no habría salvado al viejo *dux* y no tendría tampoco estos lindos cequines. Pero aunque no hubiese sido así, siento que de todas maneras hay algo muy especial que me atrae hacia ti con todo mi ser, a pesar de que muchas veces me espantas cuando te portas como una loca y te ríes con esa risita horrible. Y cuando me ganaba la vida como estibador o remero, sentía que tenía que trabajar más para poder darte un par de *quattrinos*».

«¡Oh, hijito de mi corazón, mi Tonino!», exclamó la vieja levantando sus brazos arrugados de manera que se cayó el bastón ruidosamente y rodó lejos por el piso de mármol. «¡Oh mi Tonino! Yo sé bien, sé bien que hagas lo que hagas siempre estarás pendiente de mí con toda tu alma porque… pero silencio, silencio, silencio…».

La vieja se agachó con dificultad para recuperar su bastón; Antonio lo levantó y se lo alcanzó. «Dime hijito», le dijo entonces la vieja con la barbilla puntiaguda apoyada en el bastón y la mirada fija en el suelo. «¿No te acuerdas para nada de otros tiempos?, ¿de cómo vivías antes de que tuvieras que ganarte la vida como un pobre hombre?».

Antonio suspiró profundamente, se sentó al lado de la viejecita y comenzó así:

«¡Ay, madrecita! Demasiado bien sé que pertenezco a una familia que vivía en buena posición; pero quiénes eran mis padres, cómo llegué a separarme de ellos, de eso no tengo la menor idea. Recuerdo muy bien a un hombre grande, apuesto, que a menudo me tomaba en brazos, me besaba y me daba algún dulce. También me acuerdo de una mujer afectuosa y bonita que me vestía y me desvestía, me acostaba cada noche en una camita blanda y con la que me llevaba muy bien. Los dos me hablaban en una lengua extraña y melodiosa y yo-mismo balbuceaba alguna que otra palabra en esa lengua. Cuando remaba, mis compañeros, que no me querían, solían decirme que yo debía ser de origen alemán, por mi pelo, mis ojos y todo mi aspecto. Yo también lo creo. El idioma que hablaban aquel hombre y aquella mujer —el hombre era mi padre, estoy seguro— ese idioma era el alemán. El recuerdo más vívido de aquellos tiempos es la terrible imagen de una noche, cuando un grito espantoso me despertó de un profundo sueño. La gente corría por la casa, las puertas se abrían y cerraban con furia; tuve mucho miedo y empecé a llorar a gritos. Entonces entró precipitadamente al cuarto la mujer que me cuidaba, me arrancó de la cama, me tapó la boca, me envolvió con algunas mantas y salió corriendo conmigo en brazos. A partir de ese momento no recuerdo nada hasta que luego vuelvo a encontrarme en una casa lujosa ubicada en un barrio muy elegante. Se me aparece la imagen de un hombre (al que llamo «padre») gallardo, de aspecto noble y bondadoso. Tanto él como todos los de la casa hablaban en italiano. Durante varias semanas dejé de ver a ese señor, y un buen día invadió la casa gente extraña, de aspecto desagradable; hicieron mucho escándalo y pusieron todo patas arriba. Cuando me vieron preguntaron quién era yo y qué hacia allí. «Soy Antonio, el hijo del dueño de casa», les dije; se me rieron en la cara, me arrancaron la ropa y me arrojaron de la casa amenazándome con que me sacarían a golpes si me atrevía a volver por allí. Me fui llorando. A unos cien metros de la casa me salió al encuentro un hombre anciano que había sido sirviente de mi padre adoptivo. «Antonio, ven», me dijo tomándome de la mano, «pobre muchacho. Para nosotros dos esa casa siempre estará cerrada». «Tendremos que ver dónde nos ganaremos un pedazo de pan. El viejo me trajo aquí. No era tan pobre como parecía por su ropa andrajosa. Apenas llegado vi cómo sacaba dinero de su jubón descosido y andando de un lado a otro por el Rialto durante todo el día hacía a veces de mediador y otras de comerciante. Yo tenía que seguirlo constantemente y cuando hacía un negocio siempre pedía además alguna cosita para el *figliuolo*. Todo aquel a quien yo miraba a los ojos con verdadero descaro sacaba todavía gustoso algunos *quattrinos* que él guardaba con visible placer, asegurando,

mientras me acariciaba las mejillas, que estaba ahorrando para comprarme un nuevo jubón. Yo me sentía a gusto con el viejo, al que no sé por qué la gente llamaba papá Blaunas. Pero eso no duró mucho tiempo».

«Recuerdas aquella época de pánico, cuando un buen día empezó a temblar la tierra y las torres y palacios vacilaron en sus cimientos, y las campanas empezaron a sonar como batidas por los brazos de gigantes invisibles? Sólo han pasado siete años. Afortunadamente el viejo y yo nos salvamos. La casa donde estábamos se derrumbó al salir nosotros y quedó convertida en escombros. En el Rialto todo estaba como muerto. Pero este suceso terrible sólo anunciaba la llegada de otro monstruo que al poco tiempo empezó a exhalar su aliento venenoso sobre la ciudad y el campo. Se sabía que la peste, llevada primero del Levante a Sicilia, ya estaba causando estragos en Toscana. Hasta ese momento, Venecia se había librado de ella. Un día papá Blaunas estaba tratando con un armenio en el Rialto. Se pusieron de acuerdo y se estrecharon las manos. Papá Blaunas le había vendido algunas mercancías a buen precio y ahora le pedía, como siempre, alguna pequeñez para el *figliuolo*. El armenio, un hombre grande y robusto, de espesa barba rizada —todavía lo estoy viendo— me miró fijamente, me besó y me puso un par de cequines en la mano, que yo guardé apresuradamente. Fuimos en góndola hasta San Marcos. En el trayecto papá Blaunas me pidió los cequines, yo no sé por qué se me ocurrió decirle que tenía que guardármelos yo mismo, porque eso era lo que el armenio había querido. El viejo se enojó, pero mientras peleaba conmigo observé que su rostro, mientras decía toda clase de cosas sin sentido, iba tomando una repulsiva tonalidad amarillenta. Cuando llegamos a la plaza empezó a tambalearse como un borracho hasta que cayó muerto junto al palacio ducal. Con un grito de espanto me arrojé sobre el cadáver. La gente se iba amontonando pero no bien se oyó un grito aterrador: «¡La peste, la peste!», todos se dispersaron despavoridos. En ese momento la cabeza empezó a darme vueltas y perdí el sentido. Cuando me desperté estaba en una habitación grande, sobre un pequeño colchón tapado con un trapo de lana. A mi alrededor había unos veinte o treinta cuerpos miserables y pálidos sobre colchones iguales. Según supe más tarde, unos monjes que salían en aquel momento de la basílica de San Marcos se apiadaron de mí y viendo que todavía estaba vivo me metieron en una góndola y me hicieron llevar hasta la Giudecca, al convento de San Giorgio Maggiore[93], donde los benedictinos habían montado un hospital. ¡Cómo podría describirte el instante en que me desperté! La violencia de la enfermedad había borrado en mí todo recuerdo del pasado. Como si una chispa de vida se hubiera introducido de repente en una estatua inmóvil, muerta, así, del mismo modo, mi existencia se me antojaba momentánea y desvinculada de todo. Puedes imaginarte qué dolor, qué desconsuelo me provocaba esa vida, que no era más que una conciencia meciéndose sin apoyo en el vacío. Los monjes sólo pudieron decirme que me habían encontrado junto a papá Blaunas, que todos suponían que era mi padre. Poco a poco mi memoria fue concentrándose y así conseguí recordar algo de mi vida anterior, pero lo que te he contado, vieja, es todo lo

que sé, y no son más que imágenes sueltas, sin relación. «¡Ay! Esta soledad absoluta y sin consuelo no me deja disfrutar ninguna alegría».

«Tonino, mi querido Tonino», le dijo la vieja, «conténtate con lo que te brinda el presente luminoso». «Espera, vieja, todavía hay algo más que me acosa sin pausa, que tarde o temprano va a terminar conmigo y de lo que no puedo librarme. Un anhelo indescriptible, una nostalgia que me destroza por dentro, un deseo de algo que no sé qué es, que ni siquiera puedo imaginar, se ha apoderado de todo mi ser desde que recobré la vida en el hospital. Cuando era pobre y me acostaba de noche a dormir en algún sitio duro, agotado por el trabajo penoso, entonces llegaba el sueño y refrescando mi frente afiebrada con un suave susurro derramaba en mi interior toda la felicidad de algún momento dichoso. Ahora duermo sobre almohadas blandas y no me agota ningún trabajo, pero cuando despierto de un sueño o cuando en la vigilia se apodera de mí la conciencia de aquel instante, siento que mi pobre existencia solitaria sigue siendo igual una carga agobiante de la que quisiera desprenderme. Todo intento por recordar, por profundizar, es inútil; no puedo llegar a saber qué cosa maravillosa sucedió antes en mi vida, cuyas resonancias oscuras y ¡ay! indescifrables me colman de un placer tan intenso. Pero ¿no se convierte acaso esa felicidad en el dolor más vivo que me tortura hasta matarme cuando tengo que aceptar que he perdido toda esperanza de volver a encontrar o incluso a buscar aquel Edén? ¿Hay acaso huellas de lo que ha desaparecido sin dejar huellas?».

Antonio hizo silencio y suspiró profundamente. Durante todo el relato la vieja, arrastrada por el sufrimiento de Antonio, había ido repitiendo, como un espejo, todos los gestos que en el joven suscitaba el dolor.

«Tonino», comenzó a decirle entonces con voz quejumbrosa, «mi querido Tonino, ¿acaso vas a desesperar porque no puedes recordar algo maravilloso que sucedió en tu vida? ¡Niño tonto, tonto, presta atención! ¡Ji, ji, ji!». La vieja empezó a reír con su risita repulsiva y a saltar sobre el piso de mármol. Pasaron algunas personas. La vieja se agachó y le arrojaron limosnas. «Antonio, Antonio, ¡llévame hasta el mar!». Así chillaba la vieja. Y Antonio, sin saber cómo, casi involuntariamente, tomó a la vieja del brazo y se la llevó cruzando lentamente la Plaza de San Marcos. Mientras iba caminando la vieja murmuró en voz baja y tono solemne: «Antonio, ¿ves las oscuras manchas de sangre en el suelo?, pero de la sangre brotan rosas, rosas para la corona —para ti y tu pequeña amada—. ¡Oh, Señor de la vida! ¿Qué ángel delicioso de luz es aquel que se acerca a ti sonriendo con tanta gracia, con un brillo de estrellas? Los brazos blancos como azucenas se abren para abrazarte. ¡Oh, Antonio! ¡Criatura dichosa!, ¡sé valiente, sé valiente y cortarás los mirtos para la novia, para la viuda virgen en el dulce ocaso! ¡Ji, ji, ji! Mirtos cortados al anochecer, recién a medianoche florecerán. ¿Oyes acaso el susurro del viento nocturno? ¿El murmullo nostálgico y lastimero del mar? Rema con valor, mi hábil barquero. ¡Rema con valor!».

Antonio se sintió estremecido por un hondo pavor al escuchar las misteriosas palabras que la vieja mascullaba con una voz extraña, riéndose siempre con aquella

«risita».

Habían llegado a la columna del león adriático. La vieja quería seguir más adelante, siempre mascullando palabras indescifrables, pero Antonio, mortificado por el comportamiento de la vieja y porque los paseantes lo miraban, sorprendidos ante aquella mujer, se detuvo y le dijo en un tono rudo: «¡Aquí, en este escalón te vas a sentar, y déjate de decir tantas cosas, que vas a terminar por volverme loco! Es cierto que viste mis cequines en las imágenes llameantes de las nubes, pero justamente por eso, ¿qué es lo que decías de ángeles de la luz, prometida, viuda virgen, rosas y mirtos? ¿Quieres trastornarme y que algún impulso enloquecido me arrastre al abismo? Tendrás tu caperuza nueva, y pan, y cequines, todo lo que quieras, pero ¡déjame en paz!».

Antonio quería irse rápido pero la vieja lo sujetó de la capa y gritó con voz aguda: «¡Tonino, mi Tonino! ¡Mírame aunque sea una vez! Si no, me iré hasta el borde de la plaza y me arrojaré sin consuelo al mar». Para no atraer todavía más miradas sobre su persona, Antonio se quedó realmente quieto. «Tonino», siguió diciendo la vieja, «siéntate a mi lado. Esto me oprime al corazón; tengo que decírtelo. Siéntate a mi lado, por favor». Antonio se sentó en un escalón de espaldas a la vieja y sacó su libro de cuentas, cuyas páginas blancas testimoniaban el fervor con que llevaba sus negocios en el Rialto.

«Tonino», empezó a murmurar la vieja, «cuando miras mi cara arrugada, ¿no brilla en tu alma alguna lejana intuición de que pudieras haberme conocido hace mucho, mucho tiempo?».

«Ya te he dicho que hay algo que inexplicablemente me atrae hacia ti», le respondió Antonio, también en voz baja y sin darse vuelta, «pero no es tu cara fea y arrugada. Cuando miro tus extraños ojos oscuros y brillantes, tu nariz puntiaguda, tus labios azules, tu barbilla en punta, tu pelo gris y revuelto, y cuando oigo tu risita repugnante, tus palabras confusas, ¡ay!, entonces querría apartarme de ti con horror; y estoy por creer que utilizas medios diabólicos para retenerme así a tu lado».

«¡Oh, Señor de los cielos!», gimió la vieja dolorosamente, «¿Qué espíritu infernal te habrá metido esas ideas espantosas en la cabeza? ¡Oh Tonino, mi dulce Tonino!».

«La mujer que te cuidaba con tanta ternura cuando eras pequeñito y que aquella noche pavorosa te salvó de morir, sí, aquella mujer era yo».

Antonio se dio vuelta de repente, sorprendido por estas palabras, pero al ver la cara espantosa de la vieja gritó enfurecido: «¿Crees que vas a confundirme así, vieja maldita? Las pocas imágenes que me han quedado de mi infancia son vívidas y frescas. Aquella bondadosa señora que me cuidaba, ¡oh!, la tengo vivamente ante mis ojos. Tenía un rostro ovalado, de frescos colores, ojos de mirada tierna, cabello castaño oscuro, muy hermoso, manos delicadas, no debía tener más de treinta años. Y tú eres una viejita de noventa».

«¡Oh, por todos los santos!», sollozó la vieja. «¿Cómo podré hacer que mi Tonino crea en mí, en su fiel Margareta?».

«¿Margareta?», murmuró Antonio. «El nombre suena en mis oídos como una música lejana y olvidada. ¡Pero no es posible, no es posible!».

«Aquel hombre grande y apuesto», continuó la vieja más calmada, con la mirada baja y haciendo dibujitos en el suelo con el bastón, «aquel hombre que te llevaba en brazos, que te besaba y te ponía algún dulce en la boca, era realmente tu padre, Tonino. Y el idioma melodioso que hablábamos, tienes razón, era el alemán. Tu padre era un rico y afamado comerciante de Augsburgo. Su bella esposa murió cuando tú naciste. Entonces él se marchó a Venecia porque no soportaba vivir donde estaba enterrada tu madre, y me trajo a mí consigo, que era tu nodriza. Aquella noche espantosa tu padre murió, víctima de un halo nefasto que también a ti te amenazaba. Conseguí salvarte y te adoptó un noble veneciano. Como yo no tenía ningún recurso tuve que quedarme en Venecia. Desde mi infancia mi padre, un cirujano de quien se decía que practicaba también ciencias ocultas, me hizo conocer todos los misteriosos poderes salvíficos de la naturaleza. Andando por bosques y praderas aprendí a distinguir algunas hierbas curativas, algunos musgos insignificantes que había que cortar a horas determinadas, y también aprendí a mezclar la savia de distintas plantas. Pero a estos conocimientos se unía una disposición particular que me había otorgado el cielo con intención inescrutable. Como en un opaco espejo lejano, puedo ver muchas veces cosas que van a suceder, y una fuerza desconocida que no puedo resistir me obliga entonces a expresar frecuentemente de manera involuntaria y con palabras que a mí misma me resultan incomprensibles, aquellas cosas que veo. Al quedar sola en Venecia, sin ninguna ayuda, pensé ganarme la vida con aquellas artes. Curaba en poco tiempo los males más peligrosos. A ello se sumaba que mi presencia actuaba favorablemente sobre los enfermos, y muchas veces la caricia de mi mano aliviaba el dolor en pocos instantes. Mi fama se difundió pues rápidamente por toda la ciudad y me procuró así no poco dinero. Esto despertó la envidia de los médicos, los *ciarlatani* que venden sus pastillas y esencias en la plaza de San Marcos, en el Rialto, en la Zecca, y que envenenan a los enfermos en lugar de curarlos. Difundieron el rumor de que yo había hecho un pacto con el mismo Satanás y encontraron eco en el pueblo supersticioso. Al poco tiempo fui detenida y llevada ante el tribunal eclesiástico. ¡Oh, mi Tonino! ¡Con qué espantosas torturas procuraron arrancarme la confesión de aquel terrible pacto! Pero yo no cedí. Mis cabellos se pusieron blancos, mi cuerpo se arrugó como el de una momia; los pies y las manos me quedaron tullidas. Pero la tortura más horrible, la más ingeniosa y diabólica todavía no había llegado, y fue ésa la que me arrancó por fin una confesión que todavía hoy me hace estremecer. Me condenaron a morir en la hoguera, pero cuando el terremoto sacudió los cimientos de los palacios y los de la inmensa prisión, las puertas de la cárcel subterránea donde yo estaba encerrada se abrieron por sí solas y yo salí de allí casi sin fuerzas para caminar, como de una profunda tumba, entre ruinas y escombros. ¡Ay, Tonino! Dijiste que yo era una viejita de noventa años, pero apenas he pasado los cincuenta. Este cuerpo demacrado y huesudo, esta cara deforme, este pelo blanco,

estos pies tullidos, no son el resultado de los años sino de las torturas indescriptibles que en pocos meses transformaron a la mujer saludable en un verdadero monstruo. Y esta risita repulsiva me la provocó la última tortura —¡ay, cuando me acuerdo se me ponen los pelos de punta y todo mi ser se inflama, como encerrado dentro de una coraza ardiente—, y desde entonces me asalta como una convulsión que no puedo dominar. No te espantes más de mi, Tonino! ¡Ay!, tu corazón te lo dijo: cuando eras niño dormías sobre mi pecho».

«Mujer», dijo Antonio con voz queda, un poco atribulado, «siento que debo creerte. Pero ¿quién era mi padre?, ¿cómo se llamaba?, ¿a qué destino tremendo sucumbió aquella espantosa noche? ¿Quién fue el que se hizo cargo de mí?, ¿y qué sucedió en mi vida, que aún ahora domina todo mi ser sin que pueda evitarlo, como el hechizo de un mundo extraño y desconocido, en el que todos mis pensamientos se pierden como en un tembloroso mar nocturno? ¡Todo eso tendrás que decírmelo, mujer misteriosa, y entonces voy a creerte!».

«Tonino», le respondió suspirando la vieja, «es por tu bien que debo callar; pero pronto, pronto será el momento. El Fontego… el Fontego… ¡no te acerques al Fontego!».

«¡Oh!», exclamó Antonio furioso. «Tus oscuras palabras ya no me podrán retener con artes perversas. Estoy destrozado, tienes que hablar…».

«¡Espera!», lo interrumpió la vieja. «No me amenaces, ¿acaso no soy tu nodriza fiel, tu protectora?». Pero sin esperar a oír lo que la vieja quería decirle, Antonio se levantó y salió corriendo. De lejos todavía le gritó: «¡Tendrás tu caperuza nueva, y también todos los cequines que quieras!».

Constituía realmente un curioso espectáculo ver al viejo Marino Falieri con su joven esposa, él, fuerte y robusto, sí, pero de barba blanca, el rostro rojizo lleno de arrugas, la cabeza dificultosamente erguida y un andar patético; ella, la gracia en persona: piadosa ternura de ángel en un rostro de belleza celestial, un hechizo irresistible en la nostálgica mirada, nobleza y dignidad en la frente amplia y despejada, blanca como las azucenas y rodeada de oscuros rizos; una sonrisa dulce volaba de las mejillas a los labios mientras la cabecita se inclinaba en actitud de deliciosa humildad y su cuerpo delgado y esbelto, como flotando, se movía con agilidad: la imagen divina de una mujer de otro mundo. Bueno, seguramente conocen ustedes esas imágenes angelicales que tan bien supieron pintar los antiguos maestros. Así era Annunziata. ¿Podía evitarse acaso que todo aquel que la viera quedara extasiado, y todos los jóvenes ardientes de la Signoria se inflamaran de amor por ella, y mirando burlonamente al viejo juraran en lo más hondo de sus corazones convertirse a cualquier precio en un Marte para aquel volcán?

Annunziata se vio muy pronto rodeada de adoradores cuyas palabras lisonjeras escuchaba silenciosa y amable sin que se cruzara por su mente ningún mal pensamiento. Su alma pura y angelical no había concebido su relación con el viejo *dux* sino en el sentido de obedecer y respetar a su señor con la fidelidad incondicional

de una esclava sumisa. Él era bueno con ella, tierno incluso; la abrazaba contra su pecho helado, la llamaba su amorcito, le hacia los regalos más costosos; ¿qué otra cosa podía desear? ¿qué otros derechos podía tener sobre él? Por esa razón no podía abrigar ella la idea de que fuese posible engañar al viejo. Todo lo que quedaba fuera del limitado círculo de aquella relación, era un mundo extraño cuyos prohibidos límites estaban perdidos en una oscura bruma, invisibles, insospechados para la ingenua criatura. Por eso fracasaban todos los intentos. Pero a ninguno le quemaba tanto el amoroso fuego como a Michaele Steno. A pesar de su extremada juventud, ocupaba un puesto importante en el Consejo de los Cuarenta. Por eso y por su aspecto gallardo, Michaele Steno estaba seguro de la victoria. No le tenía miedo al viejo Falieri, que después de su casamiento pareció haber renunciado totalmente a aquellos bruscos arranques coléricos y a su salvajismo rudo e indomable. Se sentaba junto a la bella Annunziata, acicalado y adornado con los más suntuosos vestidos, sonriendo satisfecho y con una mirada bonachona en sus ojos grises, de los que de cuando en cuando se escapaba alguna lagrimita y desafiaba a que alguien pudiera preciarse de tener una esposa como la suya. En lugar de aquel tono despótico con que solía hablar a todo el mundo, balbuceaba ahora casi sin mover los labios, les decía a todos «querido» y aceptaba la más absurdas solicitudes. ¡Quién habría podido reconocer en este viejo reblandecido y enamorado al Falieri que en Treviso abofeteó al obispo en persona durante la fiesta de Corpus, en un arrebato de cólera[94]!, ¡o al general que derrotó al valiente Morbassan!

Esta creciente debilidad impulsó a Michaele Steno a acometer las empresas más descabelladas. Annunziata no podía comprender lo que Michaele quería de ella, persiguiéndola constantemente con palabras y miradas. Ella seguía mostrándose serena y afectuosa, y era eso justa mente, esa desesperanza que emanaba de aquella criatura cándida, reposada, lo que lo llevaba a la desesperación. Apeló a medios perversos. Consiguió enamorar a la doncellita de más confianza de Annunziata, la que finalmente le concedió visitas nocturnas. Así creyó tener abierto el camino a la habitación no profanada de Annunziata, pero el eterno poder de les cielos quiso que esa maldad astuta recayera sobre la cabeza de su malvado autor.

Sucedió que una noche el *dux*, que acababa de recibir la mala nueva de la derrota que Nicoló Pisani[95] había sufrido contra las fuerzas de Doria, recorría insomne las galerías del palacio ducal, sumido en profunda preocupación. Percibió entonces una sombra que pareció salir de las habitaciones de Annunziata y se deslizaba sigilosamente hacia las escaleras. Rápido corrió detrás: era Michaele Steno, que venía de ver a su enamorada. Una espantosa idea cruzó por la mente de Falieri, que gritando «¡Annunziata!», se precipitó sobre Steno con el puñal en la mano. Pero Steno, más fuerte y ágil que el viejo, lo esquivó y derribó con un certero golpe y bajó las escaleras gritando entre risas: «¡Annunziata, Annunziata!». El viejo se levantó y se dirigió a las habitaciones de Annunziata con el corazón desgarrado por todos los tormentos del infierno. Todo estaba tranquilo, silencioso como una tumba. Llamó a la

puerta; le abrió una doncella extraña; no la que acostumbraba dormir junto al cuarto de Annunziata.

«¿Qué desea mi señor a estas horas?», preguntó con voz tranquila y angelical Annunziata, que entretanto se había puesto una bata y salía de su cuarto. El viejo la miró fijamente, después levantó los brazos y exclamó «¡No, no es posible!».

«¿Qué no es posible, señor?», le preguntó Annunziata, turbada por el tono solemne y sombrío del viejo. Pero Falieri, sin responderle, se volvió a la doncella: «¿Por qué estás tú aquí y no Luigia, como siempre?».

«¡Ah!» le replicó la pequeña. «Luigia quería a toda costa cambiar esta noche su puesto conmigo; está durmiendo en la antecámara, junto a la escalera».

«¿Junto a la escalera?», exclamó Falieri con alegría, y se dirigió rápidamente hacia allí. Ante los insistentes golpes Luigia abrió la puerta y al ver el semblante furibundo y los ojos centelleantes de su señor cayó ante él de rodillas y reconoció su delito, del que no dejaban duda alguna un par de delicados guantes de hombre que habían quedado sobre la silla y cuyo perfume delataba a su elegante dueño.

Furioso ante la desfachatez inaudita de Steno, el *dux* le prohibió a la mañana siguiente que volviera a pisar el palacio ducal, so pena de ser desterrado de la ciudad, y también que se acercara de cualquier modo a él o a la dogaresa. Michaele Steno estaba rabioso por el fracaso de su bien concebido plan, y por la vergüenza de aquella proscripción que le impedía acercarse a su ídolo. Al ver ahora de lejos a la dogaresa que conversaba tierna y amable —porque ella era así— con otros jóvenes de la Signoria, la envidia y la violencia de su dolor le hicieron concebir la idea maliciosa de que la dogaresa, sólo lo había despreciado a él porque algún otro con más suerte le había ganado de mano, y tuvo la osadía de expresar públicamente sus pensamientos.

Tal vez llegaron esos desvergonzados rumores a oídos del viejo Falieri o quizá consideró el suceso de aquella noche como una advertencia del destino, o tal vez él mismo veía claramente el riesgo de aquella relación desigual con su esposa, a pesar de su serenidad, de su alegría y de la absoluta confianza en la inocencia de su mujer; el hecho es que su carácter se tornó huraño y atormentado por el demonio de los celos encerró a Annunziata en las habitaciones interiores del palacio ducal, y ya ningún hombre pudo verla. Bodoeri intercedió en favor de su sobrina nieta y se opuso con audacia al viejo Falieri; sin embargo, éste se rehusó a cambiar de actitud.

Todo esto sucedió poco antes del *Giovedi Grasso*[96]. Es costumbre que en las fiestas populares que tienen lugar ese día en la Plaza de San Marcos, la dogaresa ocupe su sitio junto al *dux* bajo el dosel que se arma en una galería frente a la pequeña plaza. Bodoeri se lo recordó y le dijo que sería absurdo que, oponiéndose a toda tradición y costumbre, excluyera a Annunziata de esa celebración; además, agregó, el pueblo y la Signoria iban a burlarse de él y de sus celos sin motivo.

«¿Acaso crees?», le respondió el viejo Falieri que se sintió repentinamente herido en su amor propio, «que yo soy un viejo tonto que tiene miedo de mostrar su joya más valiosa temiendo que pudieran robársela manos ladronas a las que no podría

contener con su espada? No,. viejo, te equivocas; mañana mismo voy a pasearme por la Plaza de San Marcos con Annunziata rodeada de un séquito majestuoso para que el pueblo vea a su dogaresa y el *Giovedi Grasso* recibirá el ramo de flores de manos del barquero más valiente que llegue hasta ella desde el aire».

Aludía aquí el *dux* a una costumbre antiquísima según la cual durante el *Giovedi Grasso*, un hombre ágil y valiente del pueblo sube por cuerdas tendidas desde el mar hasta la punta de la torre de San Marcos en un artefacto que parece un pequeño barquito; luego se arroja desde allí con la rapidez de un rayo hasta donde están sentados el *dux* y la dogaresa y le entrega a ella un ramo de flores que tendría que recibir el *dux* en caso de estar solo.

Al día siguiente hizo el *dux* lo que había manifestado. Annunziata lució los vestidos más suntuosos y Falieri se paseó con ella por la plaza de San Marcos, atestada de gente, rodeado de la Signoria, de pajes y de alabarderos.

El pueblo se atropellaba para ver de cerca a la bella dogaresa y el que lo conseguía creía haber visto el mismísimo paraíso, y en él a la más hermosa criatura angelical en todo su esplendor.

Los venecianos son muy particulares y así, pues, entre las aclamaciones más desmesuradas de delirante entusiasmo, se oían también todo tipo de burlas y estribillos bastante groseros referidos al viejo Falieri y a su joven esposa. Pero Falieri parecía no darse cuenta de nada y caminaba solemnemente al lado de Annunziata, sonriendo de oreja a oreja y sin que parecieran importarle las ardientes miradas dirigidas a su bella esposa.

Con gran esfuerzo habían conseguido los alabarderos despejar la entrada principal del palacio, de manera que cuando el *dux* llegó hasta allí con su esposa sólo había algunos grupitos de ciudadanos bien vestidos a los que no se podía prohibir el ingreso al palacio.

Sucedió entonces que mientras hacía su entrada la dogaresa, un hombre joven que estaba en un grupo pequeño junto a las columnas cayó desvanecido sobre el piso de mármol, exclamando: «¡Oh, Dios mío!». Inmediatamente todos se precipitaron sobre el muerto, de modo que la dogaresa no pudo verlo, pero al oír el grito una puñalada ardiente atravesó como un rayo su pecho, se puso pálida, vaciló y sólo las esencias aromáticas de las damas que se acercaron presurosas pudieron evitar que se desmayara. El viejo Falieri, perturbado por el accidente, mandó al joven y a su ataque al demonio y consiguió fatigosamente subir las escaleras con Annunziata —cuya cabecita estaba inclinada sobre el pecho con los ojos cerrados, como una palomita enferma— y llevarla hasta las habitaciones.

El pueblo, que se había ido introduciendo en el recinto del palacio, presenciaba entretanto un curioso espectáculo. Algunos quisieron levantar y sacar de allí al hombre joven, a quien se daba por muerto, pero en ese momento se acercó rengueando una vieja mendiga fea y harapienta que se abrió paso con sus codos puntiagudos entre la densa muchedumbre, y cuando por fin estuvo junto al joven

desvanecido, exclamó: «¡Déjenlo acostado, tontos, gente estúpida! ¡No está muerto!». Entonces se agachó, apoyó la cabeza del joven sobre su regazo y empezó a hablarle con las palabras más dulces mientras le acariciaba tiernamente la frente. Y al mirar la cara grotesca y repulsiva de la vieja inclinada sobre el rostro hermoso del muchacho, al observar el contraste de los rasgos delicados, inmovilizados en una palidez mortal, con el juego repugnante de los músculos que animaba las facciones de la vieja; al comprobar cómo volaban los sucios harapos sobre los ricos vestidos del joven y cómo los brazos negros, pardos y las manos huesudas temblaban sobre la frente, sobre el pecho del muchacho, nadie podía evitarse un íntimo estremecimiento. ¿No parecía acaso como si la imagen misma de la muerte tuviera al joven en sus brazos? Ésa fue la causa de que la gente fuera alejándose paulatinamente y sólo quedaron unos pocos cuando él abrió los ojos suspirando profundamente. Lo levantaron y lo condujeron, a pedido de la vieja, hasta el gran canal, donde una góndola los llevó hasta la casa que la vieja había indicado como la del joven. ¿Es acaso necesario decir que el joven era Antonio y la vieja la mendiga de la iglesia franciscana que decía ser su nodriza?

Cuando Antonio recuperó totalmente el conocimiento y vio junto a su cama a la vieja que acababa de suministrarle un brebaje fortificante, le dijo con voz apagada, mirándola larga y fijamente con ojos melancólicos y tristes: «¡Margareta, estás conmigo! ¡Qué bien! ¡Dónde podría encontrar una protectora más fiel que tú! ¡Ay, perdóname madrecita mía! Soy un niño tonto. ¿Cómo pude dudar un solo instante de tus palabras? Sí, tú eres aquella Margareta que me daba de comer, que me cuidaba y me mimaba. Siempre lo supe, pero los malos espíritus perturbaron mi mente. La he visto, es ella, es ella. ¿No te había dicho que algún oscuro hechizo duerme dentro de mí y domina mi ser sin que yo pueda evitarlo? ¡Se ha encendido ahora en la oscuridad para destrozarme un éxtasis inefable! ¡Ahora lo sé todo, todo! ¿No era acaso Bertuccio Nenolo mi padre adoptivo, el que me crió en una villa cerca de Treviso?».

«¡Ay, sí!», le respondió la vieja. «Claro que era Bertuccio Nenolo, el gran navegante a quien el mar devoró cuando se creía a punto de lucir sobre su cabeza una corona de laureles».

«¡No me interrumpas!», continuó Antonio. «Escúchame con paciencia. Bertuccio Nenolo me trataba bien. Yo tenía buena ropa, siempre estaba puesta la mesa si tenía hambre y podía vagar por bosques y praderas a mi antojo después de decir mis tres oraciones. Muy cerca de la villa había un oscuro bosquecito de pinos, fresco, lleno de aromas y de melodías. Cansado de saltar y de correr, una tardecita, cuando el sol ya empezaba a ocultarse, me acosté debajo de un árbol grande y me puse a mirar el cielo azul. Quizá fue el aroma de las hierbas el que me adormeció; mis ojos se fueron cerrando sin que me diera cuenta y caí en un sueño leve del que me despertó un ruido, como de un golpe, a mi lado». Me levanté de repente; una criatura de rostro celestial, un ángel, me sonreía con dulzura y me dijo con suave voz: «Ay, querido

niño, qué lindo dormías y qué tranquilo, y sin embargo estaba tan cerca de ti la muerte, la maligna muerte». Junto a mi pecho vi entonces una pequeña serpiente negra con la cabeza destrozada; la niña la había matado con una rama de nogal cuando estaba a punto de atacarme. Me estremecí entonces con un dulce temblor —bien sabía yo que muchas veces descienden del cielo los ángeles para salvar al hombre de la amenaza de algún enemigo maligno—. Caí de rodillas y levanté mis manos en ademán de plegaria. «¡Ah, eres un ángel luminoso que ha enviado el Señor para salvarme de la muerte!». Así dije, pero la dulce criatura me tendió sus brazos y murmuró, mientras un ligero rubor se deslizaba por sus mejillas: «¡Ay, querido niño!, yo no soy ningún ángel, solamente una niña, una criatura como tú». Entonces el temblor se convirtió en un éxtasis inefable que me colmaba como una suave luz. Me levanté, nos abrazamos y juntamos nuestros labios, sin hablar, llorando, sollozando con un dulce dolor indescriptible. Entonces una voz clara llamó por el bosque: «¡Annunziata, Annunziata!». «Ahora debo irme, querido niño, me llama mi madre», dijo la niña, y un dolor sin palabras atravesó mi pecho. «¡Te quiero tanto!», sollocé, y las lágrimas ardientes que ella derramaba cayeron quemándome las mejillas. «Te quiero con toda mi alma», exclamó ella y besó mis labios por última vez. «¡Annunziata!», volvió a oírse, y la niña desapareció entre los arbustos. ¿Ves Margareta?, ése fue el momento en que penetró en mi alma la intensa chispa del amor, que seguirá ardiendo dentro de mí y encenderá llamas siempre nuevas. Al cabo de unos pocos días me echaron de aquella casa. Como yo no cesaba de hablar de la criatura angelical que se me había aparecido en el bosque y cuya dulce voz creía oír en el susurro de los árboles, en el murmullo de las fuentes, en el rumor profundo del mar, papá Blaunas me dijo que la niña no podía ser sino la hija de Bertuccio Nenolo, Annunziata, que había venido a la casa de campo con su madre, Francesca, pero que se había marchado al día siguiente. «¡Oh Margareta! Aquella Annunziata… ¡es la dogaresa!».

Y al decir estas palabras se escondió Antonio entre los almohadones llorando con un dolor sin nombre. «¡Mi querido Tonino!», le dijo entonces la vieja. «¡Sé valiente! Vence ese dolor sin sentido».

¡Quién no desespera por amor! ¡Pero sólo para el enamorado florece también la dorada florecilla de la esperanza! No se sabe por la noche lo que traerá la mañana; lo que se vislumbra en el sueño se convierte luego en realidad en la vida. El castillo perdido entre las nubes brilla de pronto magnífico sobre la tierra. Mira, Tonino, tú no crees en mis palabras, pero mi dedo meñique —y no sólo él— me dice que la bandera luminosa del amor te saluda desde el mar flameando con alegría. «¡Paciencia, Tonino, paciencia!».

Así procuraba la vieja tranquilizar al pobre Tonino, y realmente sus palabras sonaban como amorosa música. Él no la dejó irse. La mendiga de la iglesia franciscana había desaparecido y en su lugar veíase a la ama de casa del señor Antonio, que cruzaba la plaza de San Marcos correctamente vestida para ir a hacer las

compras.

Y llegó el *Giovedi Grasso*. Sería celebrado con las fiestas más brillantes. En el centro de la plaza pequeña de San Marcos se construyó un tablado alto para unos fuegos de artificio especiales que iba a encender un griego conocedor de aquellos secretos. Al atardecer, el viejo Falieri se ubicó con su bella esposa en la galería, radiante en el resplandor de su gloria y vigilando todo a su alrededor con mirada majestuosa para que la fiesta despertara el asombro y la admiración generales.

Pero cuando iba a tomar asiento en el trono divisó a Michaele Steno, que estaba en la misma galería y se había ubicado de tal modo que podía mirar constantemente a la dogaresa, la que inevitablemente habría de verlo. Furioso, con un fervor desmedido, ordenó Falieri en tono categórico e imperativo que Steno fuera alejado inmediatamente de la galería. Michaele Steno alzó su puño amenazador contra el *dux* y en ese mismo instante entraron los alabarderos y lo obligaron a abandonar la galería mientras él, enfurecido y profiriendo las más horribles maldiciones, juraba vengarse.

Entretanto Antonio, que había perdido todo dominio de sí al ver a su amada Annunziata, atormentado por una pena indescriptible que le destrozaba el corazón, caminaba solo en la noche oscura por la orilla del mar. Pensaba que era preferible apagar aquel fuego ardiente en las olas heladas antes que morir lentamente torturado por un dolor sin consuelo. Estaba ya en el último escalón y se iba a arrojar al mar, cuando una voz le gritó desde una pequeña barca: «¡Eh! Buenas noches, señor Antonio». A la luz de los faroles de la plaza reconoció Antonio al alegre Pietro, uno de los camaradas de tiempos pasados, que lucía un deslumbrante sombrero con plumas y oropeles, chaleco nuevo a rayas de muchos colores y llevaba en la mano un hermoso ramo de flores perfumadas. «¡Buenas noches, Pietro!», le replicó Antonio. «¿A qué alta personalidad llevarás esta noche, que te has engalanado de esa manera?». «¡Ah!», le respondió Pietro con un salto que hizo vacilar la barca. «Señor Antonio, esta noche me voy a ganar tres cequines. Subiré hasta la torre de San Marcos y después bajaré como un rayo y le daré este ramo de flores a la bella dogaresa». «¿No es demasiado arriesgado?», le preguntó Antonio. «Bueno, uno puede romperse la crisma y además hay que pasar entre los fuegos artificiales. El griego dijo que estaba todo calculado y que nadie se quemaría un solo pelo, pero…». Pietro se estremeció. Antonio había bajado a la barca y recién ahora veía que Pietro estaba muy cerca de la máquina, junto a una cuerda que ascendía desde el mar. Otras cuerdas que servirían para alzar el artefacto se perdían en la noche.

«Escucha, Pietro», le dijo Antonio tras una pausa, «si pudieras ganarte hoy diez cequines sin poner en peligro tu vida, ¿lo harías?». «¡Claro que sí!», le dijo Pietro con una carcajada. «Bueno», continuó Antonio, «toma entonces estos diez cequines, cambia conmigo tus vestidos y déjame tu puesto. Yo voy a subir en tu lugar. ¡Por favor, mi buen amigo Pietro!».

Pietro movió pensativo la cabeza y dijo, con el dinero en la mano: «Es usted muy bueno, señor Antonio, por considerarme su amigo, a mí, un pobre diablo. Y además

es usted muy generoso. Realmente el dinero me hace falta, aunque bien vale la pena arriesgar la vida y darle yo mismo el ramo de flores a la bella dogaresa y escuchar su dulce vocecita. Mas por tratarse de usted, señor Antonio, ¡sea!».

Ambos se cambiaron rápidamente la ropa. Antonio apenas había terminado de arreglarse cuando Pietro exclamó: «¡Rápido, a la máquina, ya dieron la señal!».

En ese mismo instante el mar resplandeció como iluminado por mil relámpagos deslumbrantes y el aire y el tablado retumbaron con truenos broncos y vertiginosos. Antonio ascendió en medio de las llamas crepitantes con la velocidad de un rayo, bajó caro y salvo hasta la galería y se posó ante la dogaresa.

Ella se había puesto de pie y se acercó hasta él. Antonio sentía su respiración sobre las mejillas cuando le alcanzó el ramo de flores; pero en ese instante de éxtasis sin palabras, el dolor de aquella pasión desesperada lo capturó con sus brazos ardientes. Incapaz de pensar, enloquecido de dolor, de ansias, de placer, tomó la manó de la dogaresa, la besó con vehemencia y exclamó, sin poder ocultar aquel intenso sufrimiento sin consuelo: «¡Annunziata!». En ese preciso instante la máquina, como un instrumento ciego del destino, volvió a arrebatarlo del lado de su amada y lo llevó hasta el mar, donde completamente aturdido cayó en brazos de Pietro, que lo aguardaba en la barca.

Entretanto, en la galería del *dux* todo era inquietud y confusión. Se había encontrado, adherido al trono de Falieri, un papelito en el que estaban escritos estos versos en dialecto veneciano:

Il Dose Falier della bella mujer
I altri la gode e lui la mantien.
El dux Falieri una bella mujer tiene,
Los otros la gozan y él la mantiene.

El viejo Falieri se levantó furibundo y exclamó que el perverso que había osado ultrajar de esa manera a la autoridad sufriría la pena máxima. Al decir esto, miró a todos a su alrededor y sus ojos cayeron sobre Michaele Steno que estaba en la plaza, debajo de la galería, a la luz de los faroles. Ordenó inmediatamente a los alabarderos que lo detuvieran como autor de aquella ofensa. La orden del *dux*, que entregado a una ira sin freno ultrajaba los derechos de la Signoria y le arruinaba al pueblo la alegría de la fiesta, suscitó una exclamación de la concurrencia. La Signoria abandonó sus lugares y sólo se veía al viejo Bodoeri que se mezclaba entre la gente y hablaba con profunda indignación de la grave ofensa que se había cometido contra el jefe del estado, procurando orientar el odio hacia la persona de Michaele Steno.

Falieri no se había equivocado. Michaele Steno, arrojado por la fuerza de la galería del *dux*, había corrido hasta su casa y había escrito aquellas palabras maliciosas en un papel que puso luego en el asiento del *dux* cuando todas las miradas estaban dirigidas hacia los fuegos artificiales, de modo que nadie lo había visto.

Había pensado asestar así con astucia un duro golpe que debía herir certeramente tanto al *dux* como a la dogaresa. Michaele Steno confesó abiertamente su fechoría y culpó de todo ello al *dux*, que había sido el primero en ofenderlo.

La Signoria estaba desde hacía tiempo descontenta con un jefe que en lugar de satisfacer las aspiraciones del estado, probaba diariamente que aquel ánimo bélico y airado del que hacía gala el corazón helado del viejo, era como los fuegos de artificio, que se encienden violentamente, pero que luego se deshacen y desaparecen dejando sólo una oscura estela. A esto había que sumarle que la unión con su joven y bella mujer (se sabía ya que se había efectuado cuando él ya era *dux*) y los celos que manifestaba, hacían aparecer al viejo Falieri como un *vecchio Pantalone*[97], y no como el héroe de tantas hazañas. Era pues inevitable que la Signoria, alimentando en su interior un fermento venenoso, prefiriera dar la razón a Michaele Steno y no al *dux* gravemente ultrajado. El Consejo de los Diez dejó el asunto en manos de los Quarantie[98], institución a la que pertenecía Michaele Steno. Se resolvió finalmente que el acusado había sufrido bastante y que una proscripción de un mes era castigo suficiente para su contravención. Esto indispuso aún más al viejo Falieri contra la Signoria, que en lugar de defender su autoridad se rebajaba a castigar las ofensas que se le habían inferido como si fueran simples contravenciones.

Así como suele suceder con el enamorado que tocado por un rayo de felicidad pasa días, semanas y meses bañado por aquel dulce resplandor y envuelto en ensoñaciones celestiales, también Antonio vivía aún de aquel momento de éxtasis y apenas si podía respirar, embargado por una nostalgia dulce y dolorosa.

La vieja lo había reprendido bastante y no cesaba de murmurar y rezongar por aquella empresa arriesgada e innecesaria. Pero un día llegó a casa saltando de aquella manera misteriosa, como solía hacerlo cuando parecía sometida a algún fantástico hechizo. Reía sin prestar atención a lo que Antonio le decía o le preguntaba. Atizó el fuego en el hogar, puso encima un pequeño caldero, preparó un ungüento con ingredientes que extrajo de frasquitos de todo tipo y color, lo metió en un potecito y salió de la casa sin dejar de reír. Volvió tarde por la noche, se sentó en la mecedora tosiendo y jadeando y finalmente, como superando un profundo agotamiento, le dijo a Antonio: «Tonino, hijito mío, mi Tonino, ¿sabes de dónde vengo?, ¿a quién acabo de ver?».

Antonio la miraba con extraños presentimientos. «Bueno», le dijo la vieja con su risita, «acabo de verla a ella, a la querida palomita, a la dulce Annunziata».

«¡No me vuelvas loco, vieja!», gritó Antonio.

«¿Qué dices?», siguió ella. «Siempre estoy pensando en ti. Esta mañana, mientras compraba fruta en las galerías del palacio, escuché que la gente hablaba de la desgracia que le había sucedido a la linda dogaresa. Entonces empiezo a preguntar, y un tipo grande, pelirrojo y tosco, que bostezaba apoyado contra una de las columnas masticando un limón me dice: ¡Ay! En el dedito meñique de su manito izquierda clavó sus dientecitos un pequeño escorpión, y parece que le llegó a la sangre, ¡y ahora

mi patrón, el *dottore* Giovanni Bassegio está allá arriba y seguro que ya le cortó la manito con el dedito!, Apenas el tipo terminó de decir esto, se escucha un alboroto en la escalinata grande, y un hombrecito muy, pero muy chiquito baja las escaleras rodando, empujado por los alabarderos como una pelota, y cae entre gritos y gemidos a nuestros pies. La gente se amontona a su alrededor riéndose a carcajadas; el hombrecito trata de levantarse, pero no lo consigue; entonces se acerca el tipo pelirrojo, recoge a su *dottorcito* que sigue gritando hasta desgañitarse, y sale corriendo con él a toda carrera en dirección al gran canal, donde lo mete en una góndola y se aleja remando. Me imaginé que no bien el *Signor* Basseggio quiso poner el cuchillo en la linda manito, el *dux* lo hizo sacar a empujones. Pero seguí pensando. ¡Rápido, muy rápido! Ir a casa, preparar el ungüento, llevarlo al palacio ducal. Llegué a la gran escalinata, y me quedé parada allí con el frasquito en la mano. El viejo Falieri bajaba justamente en ese momento, me clavó la mirada y resopló: «¿Qué es lo que hace aquí esta vieja?». Entonces yo le hice una reverencia grande hasta el suelo, lo mejor que pude, y le dije que tenía un remedio para curar muy pronto a la linda dogaresa. No bien escuchó esto, el viejo me lanzó una mirada realmente pavorosa, se mesó la barba gris, me tomó de los hombros, me llevó hasta arriba y me metió en la habitación con tal ímpetu que estuve a punto de irme al suelo de narices. ¡Ay, Tonino! Allí estaba la dulce niña, acostada sobre almohadones y pálida como una muerta, sollozando y suspirando de dolor, y gimiendo en voz muy baja «¡Ay, estoy envenenada!». Yo me acerqué enseguida y le saqué ese tonto vendaje que le había puesto aquel doctorcito. ¡Oh, Señor de los Cielos! ¡La delicada manito… enrojecida, hinchada! Pero mi ungüento la refrescó, la alivió. «¡Esto sí que me hace bien, muy bien!», murmuró la palomita enferma. Entonces Falieri exclamó encantado: «¡Si me salvas a la dogaresa, vieja, te voy a dar mil cequines!», y salió del cuarto. Durante tres horas estuve allí sentada, teniendo su manito entre mis manos, acariciándola y cuidándola. Hasta que por fin despertó la dulce mujercita del ligero sueño en que había caído, ya sin ningún dolor. Después que le vendé de nuevo la mano, me miró con una expresión de alegría en sus claros ojitos. Entonces le dije yo: «¡Ay, mi señora dogaresa! También usted salvó una vez a un niño, al matar a la víbora que iba a morderlo mientras dormía». ¡Tonino! ¡tendrías que haber visto cómo se coloreó de repente su semblante pálido! Fue como si una luz crepuscular lo iluminara. ¡Cómo se encendieron sus ojitos! «¡Ay, si, señora!», dijo, «¡sí! Yo era una niña, fue en la casa de campo de mi padre… ¡Ah! Él era un niñito dulce y bueno».

«¡Cómo lo recuerdo todavía, desde aquel entonces nunca volví a ser feliz!». Entonces yo le hablé de ti, le dije que estabas en Venecia, que aún guardabas en tu corazón todo el amor y las delicias de aquel momento, que sólo por ver una vez más sus ojos celestes te habías arriesgado a efectuar aquel viaje peligroso por los aires, que fuiste tú el que le dio el ramo de flores el *Giovedi Grasso*. ¡Tonino, Tonino! Entonces exclamó como arrobada: «¡Lo sabía! Lo sentí cuando apretó mi mano sobre sus labios, cuando dijo mi nombre. ¡Ah! yo no sabía qué sensación me oprimía el

alma de manera tan extraña. Era placer, sí, pero al mismo tiempo era dolor. ¡Tráemelo! ¡Tráeme al dulce niño!».

Cuando la vieja dijo eso, Antonio cayó de rodillas y exclamó enloquecido: «¡Señor dé los cielos! No permitas que ahora, justo ahora, algún destino monstruoso se abata sobre mí. ¡No, no hasta que la haya vuelto a ver, hasta que la haya estrechado contra mi pecho!». Quiso que la vieja lo llevara en seguida, al día siguiente, a lo que ella se negó rotundamente, porque el viejo Falieri entraba a toda hora a ver a su esposa enferma.

Transcurrieron varios días; la dogaresa se había restablecido completamente gracias a la vieja, pero seguía siendo imposible llevar a Antonio. Ella consolaba al impaciente muchacho como podía, repitiéndole lo que hablaba de él con la dulce Annunziata que lo había salvado y a quien él amaba tan apasionadamente. Acosado por todos los sufrimientos de la nostalgia y del deseo, Antonio salía a remar o vagaba por las plazas. Sus pasos lo llevaban siempre, sin que él se diera cuenta, hacia el palacio ducal. En el puente, en los fondos del palacio frente a la prisión, se hallaba Pietro apoyado contra un remo de colores. En el canal, sujeta a una columna, se mecía una góndola pequeña, pero suntuosamente engalanada, sobre la que flameaba la bandera veneciana, y que se parecía notablemente a la Bucentoro.

No bien vio Pietro a su amigo de otros tiempos, lo llamó: «¡Eh, *signor* Antonio! Se lo saluda. ¡Sus cequines me trajeron buena suerte!». Antonio le preguntó de que buena suerte hablaba, y se enteró así de que Pietro conducía al anochecer nada menos que al *dux* y a la dogaresa a la Giudecca, donde el *dux* tenía una residencia, no lejos de San Giorgio Maggiore. Antonio se quedó mirando a su amigo, y después le dijo de golpe: «¡Camarada, puedes ganarte otros diez cequines, y más también si quieres! ¡Déjame reemplazarte! Yo llevaré al *dux*». Pietro le dijo que eso no iba a ser posible, porque el *dux* lo conocía bien y sólo confiaba en él. Por fin, cuando Antonio lo acosó con una furia que brotaba de su alma herida por mil penas de amor, cuando le juró enfurecido que saltaría a la góndola y lo arrojaría al mar, entonces Pietro exclamó sonriendo: «¡Ay, *signor* Antonio!, ¡*signor* Antonio! ¡Cómo lo han trastornado los bellos ojos de la dogaresa!», y aceptó que Antonio lo acompañara como ayudante; le diría al *dux*, a quien aquellos viajes siempre le parecían demasiado lentos, que la embarcación era pesada y que él se sentía muy débil. Antonio se fue corriendo y apenas había llegado de vuelta al puente vestido con ropas gastadas de marinero, la cara tiznada y un gran bigote sobre los labios, cuando bajó el *dux* con la dogaresa, ambos con suntuosos vestidos de colores. «¿Quién es ése?», preguntó el *dux* airado, y sólo las afirmaciones denodadas y los juramentos de Pietro, que insistía en que necesitaba por esa vez un ayudante, pudieron mover por fin al viejo a aceptar que también Antonio remara esa noche.

Suele suceder que, precisamente en el colmo de todo placer, de toda alegría, el alma, acaso fortalecida por la intensidad del combate, consigue dominarse y contener las llamas que pugnan por surgir de su interior. Así Antonio, muy cerca de la dulce

Annunziata, y sintiendo el roce de su vestido, logró ocultar su pasión manejando el remo con mano segura, y temiendo arriesgarse a más, apenas de vez en cuando miraba furtivamente a la amada.

El viejo Falieri sonreía con satisfacción mientras besaba y acariciaba las pequeñas manitos de Annunziata y pasaba su brazo por la delgada cintura. En medio del mar, con la plaza de San Marcos al fondo y toda Venecia con sus torres soberbias y sus palacios desplegada ante los navegantes, levantó el viejo la cabeza y dijo, mirando en torno con ojos orgullosos: «¡Ay, amorcito! ¿No es hermoso navegar sobre el mar con el señor del mar? Sí, mi amorcito, no tengas celos de la esposa que nos lleva sumisa sobre sus hombros. Oye el dulce rumor de las olas, ¿no son acaso palabras de amor que murmura al esposo que la somete? Sí, si, amorcito, tú llevas mi anillo en tu mano, pero ella, allá abajo, guarda en lo más hondo de su seno el anillo de bodas que yo le arrojé». «¡Ay, mi señor!» empezó a decir Annunziata. «¿Cómo podría ser esta agua fría y maligna tú esposa? Me estremezco sólo al pensar que te has desposado con el orgulloso y dominante mar». El viejo Falieri se reía y le temblaba la barba: «No te asustes palomita», le dijo entonces, «se descansa mucho, mejor en tus blandos brazos tibios que en el helado regazo de aquella esposa; pero es lindo navegar sobre el mar con el señor del mar».

En ese instante, comenzó a oírse una música lejana. Deslizándose sobre las olas del mar se acercaban más y más las melodías entonadas por una suave voz masculina que cantaba:

«¡Ah! senza amare
Andare sul orare
Col sposo del mare
Non puó consolare».

Otras voces se unieron y en un constante canto alternado repetían una y otra vez aquellas palabras, hasta que la canción murió entre el susurro del viento.

El viejo Falieri parecía no oír nada y continuaba explicándole detalladamente a la dogaresa en qué consistía la celebración que se llevaba a cabo el Día de la Ascensión, en que el *dux*, arrojando un anillo desde la Bucentoro, se desposaba con el mar. Le habló de las victorias de la República por las que en tiempos pasados se había ganado Istria y Dalmacia bajo el gobierno de Pietro II Urseolus[99] y le explicó que esa celebración había tenido su origen en aquella conquista.

Así como el viejo Falieri no prestaba atención a la melodía, la dogaresa tampoco oía nada de lo que el *dux* le contaba. Estaba allí sentada, y con todo su ser escuchaba las dulces voces que se deslizaban sobre el mar. Cuando, la canción terminó, se quedó con la mirada perdida, como alguien que al despertar de un profundo sueño intenta desentrañar las imágenes que lo seducían: «*Senza amare -senza amare- non pub consolare*», susurraba en voz muy baja, y en sus ojos celestiales brillaban lágrimas

como perlas, y profundos suspiros se desprendían de su pecho que palpitaba con íntima angustia.

Siguiendo con su relato y riendo satisfecho, el viejo cruzó con la dogaresa a su lado la balaustrada de su casa cerca de San Giorgio Maggiore, sin darse cuenta de que Annunziata, conmovida por extraños y confusos sentimientos, permanecía silenciosa a su lado con los ojos llenos de lágrimas vueltos hacia un lejano país.

Un hombre joven, vestido de marinero, sopló un cuerno en forma de caracol, y el sonido resonó a lo lejos en el mar. Ante esta señal se aproximó otra góndola. Entretanto se habían acercado un hombre con una sombrilla y una mujer, y con esa compañía se dirigieron al palacio el *dux* y la dogaresa. Aquella góndola llegó a la costa y de ella descendió Marino Bodoeri, acompañado de muchas otras personas, entre ellas comerciantes, artistas y también personas de las clases más bajas del pueblo, y todos siguieron al *dux*.

Antonio apenas pudo esperar hasta la noche siguiente; estaba seguro de, recibir un mensaje feliz de su amada Annunziata. Por fin volvió la vieja, se sentó tosiendo y jadeando en su sillón, golpeó las manos huesudas y arrugadas y exclamó: «¡Tonino, Tonino! ¡Qué ha pasado con nuestra palomita! Hoy, apenas entro, la veo acostada sobre su camita con los ojos cerrados, la cabecita apoyada sobre el brazo; no duerme ni está despierta; no está enferma ni está sana».

Me acerco a ella: «¡Ay querida señora dogaresa!», le digo, «¿qué cosa mala le ha sucedido? ¿Le duele quizá la herida recién cerrada?». Pero entonces me mira con unos ojos, Tonio, con unos ojos que yo nunca antes había visto; pero enseguida aquellos húmedos rayos de luna se ocultan tras las sedosas pestañas, como tras una nube oscura. Entonces solloza desde lo más hondo de su pecho y vuelve el dulce rostro pálido hacia la pared diciendo leve, levemente, pero con mucho dolor: «¡*Amare, amare, ah senza amare*!». Acerco una silla, me siento a su lado, empiezo a hablarle de ti. Ella se esconde entre las almohadas; respira cada vez más agitada hasta que se pone a llorar. Le digo que estuviste con ella en la góndola, que te llevaría a su lado enseguida, a ti, que te consumes de amor y de anhelo por ella. Entonces se levanta de repente, y llorando grita con violencia: «¡No, no, por Cristo y todos los santos, no puedo verlo! ¡No puedo! Te suplico que le digas que nunca, nunca más se acerque a mí. Nunca. Dile esto, dile que se vaya de Venecia, ¡que se vaya pronto!». «Pero entonces», la interrumpo, «entonces mi pobre Tonino se va a morir». Ella se hunde en el lecho como acometida por un dolor que no puede soportar y dice con la voz ahogada por las lágrimas: «¿Acaso no estoy muriendo yo también de la muerte más amarga?». En ese momento entró el viejo Falieri a la habitación y me indicó que me retirara.

«Me ha rechazado, me arroja al mar», gritó Antonio con desesperación. Entonces la vieja empezó a reír con su risita acostumbrada y le dijo: «¡Niño ingenuo, niño ingenuo! ¿Acaso no te ama la dulce Annunziata con toda la pasión, con todo el dolor que jamás ha acometido el corazón de una mujer? ¡Niñito tonto! Mañana, tarde en la

noche, deslízate hasta el palacio ducal. Me encontrarás en la segunda galería, a la derecha de la escalinata grande, y entonces veremos qué es lo que sucede».

Cuando a la noche siguiente Antonio ascendía tembloroso y anhelante la gran escalinata del palacio ducal, sintió como si fuera a cometer algún atroz delito. Y estaba tan aturdido que apenas si consiguió subir vacilando las escaleras. Necesitó apoyarse contra una columna, cerca de la galería que la vieja le había señalado. De repente se vio rodeado por un claro resplandor de antorchas, y antes de que pudiera abandonar su sitio estaba a su lado el viejo Bodoeri acompañado de algunos sirvientes con antorchas. Bodoeri miró fijamente al joven y luego dijo: «¡Ah! Eres Antonio, se te ha mandado llamar, ya lo sabía. Sígueme».

Antonio, convencido de que se había descubierto y frustrado el encuentro con la dogaresa, lo siguió no sin titubear. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando ya en una habitación apartada, Bodoeri lo abrazó y comenzó a hablarle del importante papel que se le había confiado y que esa misma noche debía desempeñar con valor y decisión. Su asombro se convirtió sin embargo en estupor, al enterarse de que hacia ya largo tiempo se estaba planeando una conjuración contra la Signoria, encabezada por el mismo *dux*. Supo que, de acuerdo a lo decidido en la casa de Falieri en la Giudecca, esa misma noche debía caer la Signoria y el viejo Marino Falieri habría de ser proclamado soberano *dux* de Venecia. Antonio miraba a Bodoeri sin decir palabra. Éste interpretó su silencio como una negativa a colaborar con aquella tremenda conjura y exclamó enfurecido: «¡Tonto cobarde! ¡No saldrás del palacio! ¡O tomas las armas con nosotros o mueres! Pero primero habla con este hombre».

Del fondo oscuro del cuarto surgió una persona alta, de aspecto distinguido. Apenas vio Antonio el rostro de aquel hombre al que sólo iluminaba la luz de las velas, cayó al suelo de rodillas y exclamó pasmado ante quien se le aparecía superando todo lo que el pobre Antonio pudiera haber imaginado: «¡Oh, santo Dios! ¡Mi padre Bertuccio Nenolo! Mi fiel protector».

Nenolo levantó al muchacho, lo estrechó en sus brazos y le dijo con voz suave: «Sí, soy yo, Bertuccio Nenolo, a quien tal vez creías en el fondo del mar. Hace poco tiempo pude huir de las prisiones del salvaje Morbassan. Soy yo, Bertuccio Nenolo, el que te adoptó en otro tiempo, y que no podía intuir que los imprudentes servidores que envió Bodoeri a tomar posesión de la casa de campo que había comprado, iban a echarte de allí. ¡Estás sorprendido! Claro. ¿Aceptarás tomar las armas contra una casta despótica cuya crueldad fue causa de la muerte de tu padre? ¿Sí? Ve al recinto del Fontego: es la sangre de tu padre la que todavía puede verse en las piedras del piso. Cuando la Signoria transfirió a los comerciantes alemanes el local que conoces con el nombre de Fontego, se prohibió a todo aquel a quien se le habían concedido almacenes, que retuviera las llaves al partir; tenía que dejárselas al Fontegaro[100]. Tu padre no había respetado esa ley, y eso ya lo hacía pasible de un severo castigo. Pero cuando abrieron sus almacenes, al regresar él, encontraron un cajón de monedas venecianas falsas entre sus mercaderías. En vano dijo que era inocente; seguro que

algún demonio maligno, quizás el Fontegaro mismo, había introducido allí la caja para que culparan a tu padre. Los jueces implacables, satisfechos con la prueba de que el cajón había sido hallado en los almacenes de tu padre, lo condenaron a muerte. Fue ejecutado en el patio del Fontego. Y tampoco tú existirías ahora si no te hubiese salvado la fiel Margareta. Yo era el mejor amigo de tu padre y te adopté; y para que no te delataras ingenuamente a la Signoria, nunca te dijimos su nombre. Pero ahora, ahora, Anton Dalbirger[101], ahora es el momento. «¡Toma las armas y venga la infamante muerte de tu padre en las cabezas de la Signoria!».

Poseído por el espíritu de la venganza, Antonio prometió fidelidad a los conjurados.

Es sabido que la afrenta que Bertuccio Nenolo había sufrido por parte de Dandulo, encargado de los armamentos navales, lo llevó a conjurarse con el ambicioso hijo político contra la Signoria. Ambos, Bertuccio y Bodoeri, bregaban para que se concediera a Falieri la dignidad ducal. De ese modo, ellos ascenderían.

Se pensaba (ése era el plan de los conjurados) difundir la noticia de que la flota genovesa estaba frente a las lagunas. Por la noche se haría sonar la enorme campana de San Marcos, y se convocaría a la ciudad para una defensa simulada. Ante esa señal, los conjurados, que eran muchos y estaban distribuidos por toda la ciudad, ocuparían la plaza de San Marcos y proclamarían al *dux* como único soberano de Venecia después de ajusticiar a los jefes de la Signoria.

Pero el cielo no quiso que este ataque criminal triunfara y que la organización básica del estado en peligro fuese destruida por el orgulloso y arrogante Falieri.

Las reuniones en casa de Falieri en la Giudecca no habían pasado inadvertidas para el Consejo de los Diez[102], pero había sido imposible obtener algún dato concreto.

A uno de los conjurados, de nombre Bentian, comerciante de pieles de Pisa, le remordió la conciencia y quiso salvar de la muerte a su amigo y compadre, Nicoló Leoni, que formaba parte del Consejo de los Diez. Al anochecer se dirigió a verlo y le suplicó que no abandonara su casa por nada del mundo. Leoni, que tenía sus sospechas, no dejó escapar al comerciante de pieles y lo forzó a revelar todo el plan. Junto con Giovanni Gradenigo y Marco Cornaro, convocó entonces al Consejo de los diez a una reunión en San Salvatore, y allí, en menos de tres horas, se tomaron las medidas necesarias para hacer fracasar la empresa de los conjurados.

A Antonio se le había encomendado dirigirse con una tropa a la torre de San Marcos para tocar las campanas. Al llegar, comprobó que la torre estaba ocupada por tropas del Arsenal que lo atacaron con alabardas cuando trató de acercarse. Asaltados por un terror repentino, los hombres de su contingente se desbandaron, y él mismo desapareció en la oscuridad de la noche. Oyó los pasos de un hombre que lo seguía muy de cerca, sintió que lo agarraban, y ya estaba por derribar a su perseguidor cuando a la luz de un repentino resplandor reconoció a Pietro. «¡Sálvate!», le dijo éste. «¡Sálvate en mi góndola, Antonio! La conjura ha sido descubierta. Bodoeri y

Nenolo están en poder de la Signoria. Los portones del palacio ducal están cerrados, el *dux* custodiado en sus habitaciones, vigilado como un delincuente por sus propios alabarderos desleales. ¡Vete, vete!».

Casi irreflexivamente se dejó introducir Antonio en la góndola. Voces sordas, ruido de armas, gritos aislados. Luego, con la tiniebla de la noche, todo quedó envuelto en un silencio angustiante.

A la mañana siguiente, el pueblo presenció anonadado un espectáculo que hizo helar la sangre en todas las venas. El Consejo de los Diez había dictado sentencia esa misma noche contra los jefes de la conspiración que habían sido capturados. Fueron ahorcados y sus cuerpos arrojados a la pequeña plaza junto al palacio desde aquella galería donde en otros tiempos el *dux* solía contemplar las fiestas populares; ¡ay!, donde Antonio había llegado volando hasta la dulce Annunziata; donde ella había recibido de sus manos aquel ramo de flores.

Entre los cadáveres se encontraban el de Marino Bodoeri y el de Bertuccio Nenolo. Dos días más tarde, el viejo Marino Falieri fue juzgado por el Consejo de los Diez y ejecutado frente a la escalinata de los gigantes[103] en el palacio ducal.

Antonio andaba por ahí como un sonámbulo; nadie lo detenía, porque nadie lo había reconocido como uno de los conjurados. Cuando vio caer la cabeza cana del viejo Falieri, se estremeció como si emergiera de una profunda pesadilla. Con una exclamación de horror desmesurado y gritando «¡Annunziata!» penetró en el palacio y se precipitó por las galerías. Nadie lo detuvo; los alabarderos se quedaron mirándolo, aturdidos todavía por lo terrible que acababa de suceder. La vieja le salió al encuentro, lo tomó de la mano y al momento entraron en el cuarto de Annunziata.

La pobre yacía desvanecida en su lecho; Antonio se precipitó hacia ella, cubrió sus manos con besos ardientes y la llamó con los nombres más dulces y tierno. Ella abrió entonces lentamente los ojos celestiales y vio a Antonio. Al principio fue como si tuviera que hacer memoria para acordarse, pero de repente se levantó, lo rodeó con ambos brazos y lo estrechó contra su corazón, lo cubrió con sus lágrimas ardientes y besó sus mejillas, sus labios. «¡Antonio, mi Antonio! Te quiero no sabes cuánto. ¡Si, aún existe el cielo en la tierra! ¡Qué significan la muerte de mi padre, de mi tío, de mi esposo, frente a la dicha de tu amor! ¡Huyamos de este horrendo lugar de crímenes!». Así le hablaba Annunziata, desgarrada por el dolor más amargo y el amor más ardiente. Entre mil lágrimas y besos se juraron los amantes eterna fidelidad y olvidaron los horribles sucesos de aquellos días espantosos. Apartando los ojos de la tierra, miraban ahora el cielo que el espíritu del amor les había develado.

La vieja dijo que lo más conveniente era huir a Chiossa. Antonio quería ir luego por tierra, y marchar en dirección opuesta hacia el norte, a su país. El amigo Pietro les consiguió una barca pequeña que los esperó en los fondos del palacio. Oculta tras un oscuro velo bajó Annunziata las escaleras al anochecer, acompañada de su amado y la vieja Margareta que había guardado valiosas joyas en su caperuza. Llegaron al puente sin ser vistos y se introdujeron en la embarcación. Antonio tomó los remos y salieron

velozmente hacia el mar.

El resplandor de la luna se mecía ante ellos sobre las olas como un feliz mensajero del amor. «Estaban en alta mar».

Entonces comenzó a oírse un extraño silbido que cruzaba los aires; sombras oscuras venían a colgarse como negros velos sobre el rostro brillante de la luna. El resplandor danzante, el dichoso mensajero del amor, se hundió en las negras profundidades con un lejano rumor de truenos. Se desató la tormenta y azuzó con furiosa violencia las nubes oscuras y densas. La barca se tambaleaba sobre las olas. «¡Oh, ayúdanos, Señor!», exclamó la vieja. Antonio, sin poder ya dominar los remos, abrazó a la dulce Annunziata que despertada por sus besos ardientes lo estrechó contra su corazón con toda la pasión del amor más intenso. «¡Oh, Antonio mío!». «¡Oh, mi Annunziata!», se decían sin importarles la tormenta que a cada instante era más intensa y terrible.

Y entonces el mar, la viuda celosa del decapitado Falieri, alzó sus olas de espuma como brazos gigantescos, arrebató a los amantes y los arrastró junto con la vieja hacia el abismo sin fondo.

Cuando el hombre de la capa terminó su relato, se levantó repentinamente y abandonó el cuarto con pasos rápidos y firmes. Los amigos lo siguieron con la mirada, maravillados y en silencio. Después volvieron a pararse ante el cuadro. El viejo *dux* les sonreía nuevamente con presunción necia y vana fatuidad; pero cuando miraron a la dogaresa, entonces vieron que las sombras de un dolor desconocido se deslizaban como un presentimiento por su frente de azucenas, y sueños nostálgicos de amor brillaban bajo sus pestañas oscuras y se posaban sobre sus dulces labios. Desde el mar lejano, desde las vaporosas nubes de velaban San Marcos, un poder enemigo parecía aumentar con muerte y destrucción.

Comprendieron claramente el significado profundo de aquel delicioso cuadro, pero cada vez que lo miraban volvían a sentir el inmenso dolor de la historia de Antonio y Annunziata, y sus almas se estremecían con un dulce temblor.

El tonelero de Nuremberg

Meister Martin der Küfner und seine Gesellen (1818)[104]

I

A principios de mayo del año 1580, el honorable gremio de toneleros de la ciudad libre de Nuremberg se reunía, según costumbre, para celebrar su fiesta anual. Poco antes de esta solemnidad había pasado a mejor vida el síndico de la corporación, y era preciso elegir un sucesor. Por unanimidad recayó la elección en maese Martín.

No había otro tan conocedor del oficio como él. Los toneles salidos de sus manos eran, a la par que sólidos, finamente acabados; y no tenía rival para montar una bodega según las reglas gremiales. Prosperaba de día en día su reputación, y cada vez eran más numerosos sus clientes entre la gente rica y distinguida; gracias al éxito que le favoreció en todas sus empresas, gozaba de una fortuna considerable para un hombre de su clase. Al hacerse pública la elección de maese Martín, el consejero Paumgartner, que presidía la asamblea, se puso en pie.

—Vuestra elección —dijo—, mis queridos amigos, es acertadísima. A nadie podía ser conferida tan merecidamente esta dignidad. Maese Martín goza del aprecio de todos, y los que le conocen dan testimonio de su destreza en la profesión. A pesar de sus riquezas, ha conservado los hábitos y el gusto del trabajo, y su conducta en todo es un modelo digno de elogio. Saludemos, pues, a nuestro querido maese Martín y felicitémosle por haber merecido la elección unánime, que es honra y galardón de toda una vida de honradez y de laboriosidad.

Terminado su discurso, el consejero Paumgartner dio unos pasos con los brazos abiertos hacia el recipiendario. Pero maese Martín, levantándose por pura cortesía y con gran dificultad a causa de su corpulencia y obesidad, devolvió sin más ceremonias la reverencia al Consejero, y se dejó caer de nuevo en el sillón, importándole poco al parecer los abrazos fraternales del señor Jacobus Paumgartner.

—Y, pues, maese Martín —le preguntó el Consejero—, ¿no está usted satisfecho de nuestra elección?

Él, echando atrás la cabeza y dándose en la panza golpecitos rítmicos con los dedos, pareció recogerse en medio del silencio de la asamblea, y tomó la palabra: —Digno señor Paumgartner, ¿cómo no me sentiría satisfecho de la justicia que se me hace? ¿Y dónde hallaríamos a un hombre tan hostil a sí mismo que desdeñara el premio legítimo de sus afanes? ¿Dónde se ha visto que se rechace al deudor que un día viene a nosotros dispuesto a saldar todos o parte de sus atrasos? ¿Cuál ha sido, mis queridos colegas —prosiguió, de cara a la asamblea— el motivo que os ha inspirado la idea de escogerme a mí? ¿Qué obligaciones deberé cumplir? Si para no desmerecer de esa distinción es preciso conocer al detalle los secretos del oficio, puedo alabarme de haber dado pruebas de ello al construir, sin ayuda del fuego, un tonel de dos cargas, una obra maestra que todos vosotros conocéis. Y si lo que hay que hacer para agradaros es tener buenos doblones y cosas preciosas, llegados a mi

casa y podréis saciar vuestras miradas en el placer de contar sacos de oro y vajillas de plata de un peso regular. Os abriré arcas y armarios. Si para halagar vuestra vanidad, el que habéis elegido ha de atraer el humilde respeto de la gente sencilla y la consideración de los prohombres, preguntad a la flor de los ciudadanos de nuestra Nuremberg, preguntad al obispo de Bamberg qué opinión tienen formada de maese Martín. No temo, gracias a Dios, ni comparación ni crítica.

Una vez hubo terminado, satisfecho de su discurso, maese Martín se repantigó en su sillón, con la cabeza echada atrás y tecleando una vez más sobre su panza dio alrededor unas miradas, que solicitaban los aplausos; luego, al ver que el auditorio guardaba silencio, excepto algunos accesos de tos que traducían con bastante claridad el descontento de algunos de los compañeros del gremio, añadió algunas frases para reconquistar los espíritus que acababa de zaherir con su orgullo.

—Os doy las gracias más sinceras —les dijo— por esta elección que os honra, ya que todos estáis poseídos del sentimiento de que la dignidad de síndico debía recaer en justicia sobre un hombre que ha realzado tan esplendorosamente la respetable corporación de toneleros. Todos sabéis que cumpliré celosamente los deberes que me atañen. Cada uno de vosotros hallará en mí a todas horas el consejo o la asistencia que necesite. Defenderé como propios los privilegios de todos; y para sellar el pacto de compañerismo que ha de unirnos os invito a un banquete de amistad que tendrá lugar el domingo. Mientras vaciamos alegremente unas botellas de añejo Johannisberg, concertaremos las medidas que sea preciso tomar para asegurar la protección de los intereses generales.

Esta amable improvisación causó un efecto maravilloso. Los rostros se pusieron radiantes y un coro de voces se levantó en ruidosas aclamaciones que ponían en las nubes la capacidad, los méritos y la libertad de maese Martín. Uno a uno se acercaron al nuevo síndico para abrazarle, y él soportaba impávido a unos y llegaba incluso a otorgar a otros el favor de estrecharle la callosa mano.

II

Al digno consejero Paumgartner le venía de paso la casa donde vivía el tonelero para llegar a la suya. Al ir a despedirse en el umbral de la casa de este último, maese Martín, quitándose el casquete de piel y haciendo una inclinación tan profunda como se lo permitía su obesidad, dirigió al Consejero estas palabras:

—¿No podría tener el honor de recibir por unos momentos en mi humilde domicilio a mi querido señor Consejero? Me sentiría dichoso de que me permitiera disfrutar un rato más su preciosa conversación.

—A fe mía, maese Martín, me sería muy grato hacer un alto en su casa. Pero, he de decirle que es usted excesivamente modesto al hablar de la suya. Como si no supiéramos que ese humilde domicilio, como lo llama, es el que ofrece un conjunto más vistoso de muebles y de objetivos valiosos, cuya rareza y elegancia son la envidia de los más acaudalados ciudadanos de Nuremberg. Apuesto a que no lo despreciaría un gran señor. No eran exageradas las alabanzas que el Consejero dedicaba a la morada de maese Martín. Ya al abrir la puerta, el zaguán, de refinada arquitectura, daba la impresión de un saloncito de fantasía. El pavimento de madera hábilmente combinado imitaba el mosaico; las paredes encuadraban pinturas no desprovistas de mérito y una serie de arcas talladas por los mejores artífices de la época se alineaban a lo largo de ellas.

A la hora en que vemos entrar a los dos personajes, el calor era sofocante y un aire caldeado oprimía el aliento. Maese Martín recibió a su huésped en una habitación dispuesta a modo de comedor, por donde circulaba el aire fresco, y en la cual se veían un mobiliario y unas vajillas que prometían espléndidos festines. Al entrar, la voz sonora del anfitrión llamó a Rosa, su hija única, que compareció diligente.

Las más bellas creaciones de Alberto Durero no habrían logrado un conjunto de gracias femeninas tan cumplido; imagínese un busto flexible y delicado como el tallo de un lirio blanco, unas mejillas en que las rosas se mezclaban al alabastro, unos labios dotados de todas las seducciones y una mirada llena de misteriosa melancolía, a la sombra de unos párpados orlados de pestañas de ébano con dulces reflejos de la luna de mayo, y esta descripción no os dará más que un tenue destello de todos los atractivos de aquel ser joven e interesante, con más de ángel que de mujer. Era la bella Margarita del Fausto rediviva, tal como la concibió el pintor Cornelius.

La encantadora Rosa hizo a su padre una reverencia infantil y le besó la mano con un respeto lleno de ternura. El rostro del anciano Paumgartner se cubrió de un cálido rubor, y del rescoldo ya casi apagado de su pasada juventud brotaron algunas chispas. El honrado Consejero se reanimó por un instante, a semejanza de un pálido reflejo de sol poniente que antes de desvanecerse tiñe con una última llamarada el paisaje otoñal.

—En verdad, maese Martín —exclamó— posee usted un tesoro que vale todos los que pueda reunir un hogar; si nuestras viejas barbas se estremecen de placer al contemplar sus encantos, ¿qué sensación no producirá entre la juventud? Aseguraría que su Rosa distrae a los jóvenes del vecindario de sus devociones en la iglesia, y que en las reuniones donde las muchachas mariposean, van a ella todas las galanterías y los ramos de flores. Apostaría a que para casarla con lo mejor de lo mejor de Nuremberg, mi querido maese Martín, no tendrá usted más cuidados que el de la elección del candidato.

Lejos de complacerse en las alabanzas del Consejero, maese Martín frunció el entrecejo, más bien descontento, y una vez hubo ordenado a su hija que sacara una botella de su mejor vino del Rin, dijo al entusiasta Paumgartner, que no dejaba de vista a Rosa mientras cumplía el mandato de su padre, encarnada como una cereza y con los ojos bajos: —Tiene usted razón, señor Consejero; he de reconocer que mi hija está dotada de una belleza notable, y he de añadir que posee otras cualidades muy dignas de aprecio. Pero no son estas cosas para habladas delante de una muchacha. En cuanto a la flor de los jóvenes de Nuremberg, no pienso en ella para elegir un yerno.

Rosa, que volvía a entrar en la habitación, puso sobre la mesa una botella y dos vasos soberbiamente tallados; los dos viejos tomaron asiento frente a frente, y maese Martín colmaba los vasos de su licor preferido, cuando resonó en la calle el trote de un caballo. Corrió Rosa para ver lo que era, y volvió anunciando a su padre que un viejo hidalgo, Enrique de Spangenberg, quería verle.

—Bendiga Dios este día —exclamó el tonelero—, ya que me trae el más noble y generoso de mis clientes. Se trata, sin duda, de algún encargo importante. El señor de Spangenberg es un hombre digno de que se le reciba bien. —Y al decir esto, el maestro tonelero salió al encuentro del visitante con toda la agilidad que le permitían sus viejas piernas.

III

El vino de Hochheim centelleaba en las facetas del cristal de Bohemia, y los tres personajes sintieron pronto correr por sus venas una renovada vitalidad, y se pusieron a contar sin escrúpulo historietas intencionadas, hasta tal punto que el busto de maese Martín, sacudido por ruidosas carcajadas, flotaba de acá para allá por encima de su enorme vientre, y que el consejero Paumgartner sentía desarrugar su rostro apergaminado.

Pronto volvió a entrar Rosa con una limpia y elegante canastilla de mimbre, de la que sacó unos manteles blancos como la nieve, puso la mesa en un santiamén y no tardó en aparecer una apetitosa cena. Ni Paumgartner ni Spangenberg lograban apartar los ojos de la admirable joven, la cual les invitó con la más dulce voz a compartir con su padre los manjares que ella en persona había guisado. Maese Martín, hundido en el sillón y con las manos juntas sobre el abdomen, la contemplaba con el orgullo de un padre idolátrico.

Cuando Rosa se disponía a retirarse discretamente, el viejo Spangenberg se levantó de su asiento con la prontitud de un joven, y cogiendo a la joven por el talle exclamó con los ojos empañados en lágrimas: —¡Ángel querido, criatura celestial!—. La besó dos o tres veces en la frente y volvió a acomodarse en su asiento, abismado en nostálgicas reflexiones.

Paumgartner propuso vaciar un vaso en honor de Rosa.

—Le digo, maestro —exclamó—, y seguramente el digno señor Spangenberg comparte mi opinión, que el cielo le ha concedido un bien imponderable en esta hija, que yo imagino a no tardar esposa de algún alto personaje, ciñendo una diadema de perlas, y llevada en una bella carroza ornada de ilustres blasones.

—No comprendo, señores —respondió maese Martín—, cómo insisten ustedes tanto en hablar de algo que a mí, que soy parte interesada, no me preocupa poco ni mucho. Rosa no ha cumplido aún los dieciocho años, y a esta edad una joven no debe pensar en dejar a su padre por un marido; cuando llegue el día, Dios sabe lo que le espera. Pero, de una cosa puedo responder, y es que ni noble ni hombre del común, aunque amontonara las mayores riquezas, tendrá el menor derecho a la mano de mi hija si antes no ha dado pruebas de la mayor pericia en la misma profesión que yo honro y cultivo desde hace medio siglo. Sólo le pediré, después de ello, que logre captarse el amor de mi hija, cuya inclinación no pretenderé forzar nunca.

Spangenberg y el Consejero miraban a maese Martín con los ojos encandilados.

—Así, pues —dijo uno de los dos, después de una pausa—, ¿su hija queda condenada a no unirse más que con un artesano tonelero?

—¡Así lo quiera Dios! —afirmó maese Martín.

—Pero —insistió Spangenberg—, si un maestro en otra profesión, o bien un

artista de reconocido mérito, le pedía su mano, y si ella le amaba, ¿qué decidiría usted?

—Joven, diría al petimetre —replicó el maestro hundiéndose más en su sillón—, enséñeme usted ante todo, como obra de examen, un hermoso tonel de dos cargas como el que en mis mocedades fabriqué con estas manos. Y si no se veía con arrestos para satisfacer a un deseo tan legítimo, no diré que le echase de mala manera de mi casa, pero sí le rogaría con todos los miramientos que no pusiera nunca más los pies en ella.

—No obstante —replicó Spangenberg—, si el enamorado le respondía humildemente que no está en sus manos ofrecerle una labor semejante, pero en cambio son obra suya los planos que han servido para la construcción de la casa magnífica que se levanta altivamente en la esquina de la Plaza del Mercado, no creo que una obra semejante le desmereciera de la mejor de cualquier otra profesión.

—Por Dios, mi digno huésped —exclamó el tonelero—, no se afane tanto para convertirme a unas ideas que no tienen por ahora ninguna utilidad, y a las cuales daría bien poco crédito llegado el momento. Quiero que el marido de mi hija ejerza mi misma profesión, y que la honre como yo la he honrado, porque sostengo que es la mejor de las profesiones. No todo consiste en poner el cerco a un tonel, sino también en saber acondicionar y mejorar los vinos que guarda. Para hacer un tonel según las reglas conviene calcular y medir atinadamente su cabida, y se necesita asimismo habilidad manual para juntar y afirmar sólidamente las duelas. Soy el más feliz de los mortales cuando oigo de cabo a cabo de una jornada los clip-clap, clip-clap del martillo de mis alegres oficiales. Y luego, terminada la construcción, en el acto de pulir el tonel, de darle elegancia, cuando ya sólo falta ponerle mi marca, no he de negar que estoy orgulloso de mi trabajo, como debe estar gozoso Dios de la creación. Ha hablado usted antes de la profesión de arquitecto; pero, cuando la casa está edificada, el primer palurdo que dormía encima de sus doblones puede adquirirla, asentarse en ella, y de lo alto de sus balcones burlarse del artista que pasa a pie por la calle. ¿Y qué le diremos al palurdo? Mientras que en nuestro oficio damos morada a la más generosa, la más noble de las criaturas. ¡Viva el vino y vivan los toneles! No sé ver nada superior.

—¡Aprobado! —dijo Spangenberg, vaciando su vaso—. Pero todos estos argumentos tan bellos y bien expuestos no bastan a demostrar que mi error sea tan grande, ni que usted tenga razón en absoluto. Supongamos que un hombre de raza ilustre, de principesca nobleza, se acerque para pedirle en matrimonio a Rosa… Hay horas en la vida, maese Martín, en que los cerebros más obstinados reflexionan dos veces antes de dejar escapar ciertas ocasiones que no vuelven a presentarse tan fácilmente.

—Pues, bien —exclamó secamente el tonelero, levantándose a medias, con el cuello erguido y la mirada encendida—, diría al gaznápiro de ilustre raza y de principesca nobleza: Caballero, si fuera usted constructor de toneles podríamos

hablar, pero…

—Pero —le interrumpió el rico hidalgo, que no se conformaba con perder el hilo de su idea— ¿si cualquier día algún joven y brillante gentilhombre se acercara a usted, rodeado de todo el esplendor que su riqueza y su categoría pueden dar de sí, insistiendo en hacer su mujer de la niña…?

—Le cerraría en las narices puertas y ventanas, triplicaría las cerraduras y le diría por el ojo de la llave: Llame a otra puerta, arrogante señor. No florecen para usted las rosas de mi jardín. No dudo de que mi bodega y mis ducados son muy a su gusto, y usted quisiera, a más de eso, hacer a mi hija el honor de llevársela. ¡Llame usted a otra puerta, galán…!

Estas palabras hicieron subir el rubor a la frente del viejo hidalgo. De codos sobre la mesa, pareció reflexionar unos instantes, y añadió luego en voz baja y caídos los párpados, con un asomo de emoción mal reprimida: —Maese Martín, en sus asuntos es usted difícil de convencer. Pero oigamos todavía su última palabra. Supongamos que el joven caballero de quien acabo de hablar fuera mi propio hijo, y que yo le acompañara ante usted para que formulase su petición. ¿También nos daría con la puerta en las narices y creería que nos atrae el cebo de su bodega y ducados?

—No permita Dios que tenga nunca de usted una idea semejante, mi digno señor —replicó el tonelero—. Les recibiría como ustedes merecen, y me pondría a las órdenes de tan respetables visitantes. En cuanto a mi hija, se lo repito… Pero ¿a qué perder tiempo, díganme, en semejantes problemas? Hemos olvidado el vino en discusiones que no tienen nada que ver ni con el momento ni con nuestros años. Les ruego que dejemos a un lado los yernos imaginarios y el porvenir de Rosa, y bebamos a la salud del hijo de usted, que es, según dicen, el mocito más elegante de Nuremberg.

Los dos interlocutores chocaron sus vasos con el del consejero Paumgartner, que desde hacía rato les había estado escuchando en silencio, y dijo Spangenberg, algo cohibido: —No vaya usted a creer maese Martín, que lo que acabamos de hablar deba ser tomado en serio; por mi parte no pasa de pura chanza, ya que, como usted comprenderá, mi hijo, a menos que enloqueciera de amor por alguna muchacha, ni puede ni debe elegir esposa que no sea de entre las más nobles familias. No era necesario acalorarse tanto en demostrar que a Rosa no le convendría, ni replicarme con tanta aspereza.

—Lo mismo digo yo —replicó vivamente el maestro tonelero—. Yo también bromeaba; en cuanto a la aspereza que usted me reprocha, no ha habido tal, y si me he mostrado demasiado orgulloso, le ruego que me lo perdone en atención a mi posición. Es el orgullo profesional. No hallaría usted en toda la comarca un tonelero de mi categoría, que profesa su oficio sin charlatanismo y sin preocuparse de las críticas. Y la mejor garantía de mis aptitudes es el contenido de esta botella que acabamos de vaciar, y que estoy dispuesto a hacer cambiar por otra llena.

Spangenberg le dejó sin respuesta. Parecía molesto, o engolfado en un íntimo

ensueño. El docto consejero Paumgartner intentó desviar la conversación. Pero como suele suceder después de una exaltada preocupación, los espíritus tensos en demasía se relajaron de pronto. De improviso, el anciano Spangenberg se levantó de la mesa, llamó a sus criados y salió de la casa sin un adiós y sin hablar de volver a ella algún día.

IV

A maese Martín le dolió verle partir de este modo, y al tiempo que Paumgartner iba también a retirarse le dijo: —¿Sabe usted que no sé explicarme por qué se ha molestado tanto el señor Enrique de Spangenberg?

—Querido Martín —respondió el Consejero—, es usted el hombre más bueno que conozco; y es natural que tenga apego a lo que le ha procurado honores y bienes de fortuna; pero cuide que este sentimiento no le desvíe alguna que otra vez. Ya esta mañana en la asamblea de los maestros de la corporación ha hablado usted de un modo que puede crearle enemigos. Por independiente que usted sea, ¿qué generosidad hay en rebajar a los otros? Y note también lo que acaba de suceder. No creo que pensara tomar en serio las palabras de Spangenberg, y no obstante, ¡con qué aspereza ha tratado de codiciosos y casi ventajistas a las personas de la nobleza que pudieran pensar en obtener la mano de la hija de usted! ¿No era preferible responderle lo que a la par que más cortés es más verídico, o sea que si él le hiciera una proposición tal vez usted se retractaría de sus cerrados prejuicios? Después de esto la despedida hubiera sido mucho más grata, y no por ello se comprometía usted a nada, ni quedaban vulnerados los que usted llama sus principios.

—Convengo en que he podido equivocarme, querido Consejero —dijo maese Martín—, pero no me negará que ese diablo de hombre me ha obligado a hablar más de la cuenta.

—Además —prosiguió Paumgartner—, ¿qué mosca le ha picado para que se empeñe usted en que ha de ser precisamente un tonelero el que se case con su hija? ¿No es herir las más sagradas leyes de la Providencia el poner condiciones a los más sinceros afectos de una joven? ¿No teme para usted y para su hija los peores resultados?

—Bien veo —respondió el tonelero moviendo la cabeza— que debí decirle la verdad desde el primer momento. ¿Ha creído usted que mi resolución de no aceptar para mi hija más marido que un tonelero se debe a un amor profesional exagerado? No; nada de eso. Hay un motivo oculto. Tome usted asiento, mi querido Paumgartner, y escúcheme mientras bebemos sin prisas el resto de la botella que Spangenberg ha abandonado en un arranque de mal humor.

Paumgartner no entendía nada de las atenciones de que se veía colmado y motivo tenía porque no se avenían con los hábitos del tonelero. Éste sin dejarle tiempo de analizarlo, empezó su relato:

—Otras veces le he contado cómo mi pobre mujer murió al dar a luz a mi Rosa. Vivía con nosotros, si puede llamarse vivir a la existencia que llevaba, una anciana abuela plagada de achaques, y para colmo de sus males paralítica. Un día Rosa dormía en los brazos del ama de leche, en el cuarto de la abuela, y yo contemplaba

aquella criatura tan querida, con sombría y muda melancolía, y miraba luego a la pobre paralítica. De pronto, la faz descolorida y arrugada de ésta se tiñe de leve púrpura y ella extiende los brazos, como si acabara de obrarse un milagro, y articula estas palabras: —¡Rosa, mi buena Rosa!—. La nodriza le pone delante la criatura, y figuraos mi sorpresa mezclada de miedoso asombro, al oír que la abuelita entona con voz clara y vibrante una canción a la manera de Hans Berchler, el mesonero del Espíritu de Estrasburgo:

«Tierna criatura de mejillas de rosa, que justifican tu nombre, escucha mi consejo. Deja a un lado el orgullo, no critiques a nadie y guárdate de los deseos vanos. Presta oído a mis palabras si quieres que la flor de la dicha se abra en el camino de tu vida y que Dios te otorgue su bendición».

Una vez terminada la canción y otras del mismo estilo, la abuela dejó en su cuna a la niña, y acariciándole la cabecita angelical con su mano demacrada y llena de arrugas, murmuró unas palabras que no pude comprender, aunque por la actitud adiviné que estaba rezando. Y volvió a caer en la modorra. Cuando la nodriza salía del cuarto con la niña, la abuelita daba el último suspiro, sin agonía.

—¡Qué historia más rara! —dijo Paumgartner, una vez maese Martín hubo dado fin a la anécdota—. Pero, explíqueme, se lo ruego, qué relación ve usted entre los cantos de la abuelita y el porvenir de Rosa, a la que usted se empeña en dar por esposa a un tonelero.

—No me dirá usted que no comprenda —exclamó el tonelero— que las virtudes modestas que pidió la abuela a Rosa, no se compaginan más que con un hogar de diestros y honrados trabajadores. La vieja hablaba también en sus canciones de la casita limpia, del aire perfumado y de unos angelitos con alas de fuego. No menos elegante que aquella casita limpia resulta el tonel que un oficial fabrica para lograr el grado de maestro; las ondas perfumadas son los vinos generosos que lo llenan; y cuando rebulle y fermenta el vino, las burbujas que suben del fondo a la superficie ¿no se le figuran a usted los angelitos de alas encarnadas? Créame, aquí está el sentido de las palabras misteriosas que mascullaba la abuela. Y como que me satisface la interpretación, he decidido que Rosa no podrá casarse más que con un tonelero.

—Pero ¿cree usted que basta interpretar a capricho unas palabras sin importancia, y resistirse en cambio a dejarse guiar por las inspiraciones oportunas de la Providencia? Mejor que nosotros sabe ella lo que puede hacernos felices. Lo más justo y juicioso, en mi opinión, sería dejar que el corazón de su hija diese con el hombre digno de ser su esposo.

—¡Música celestial! —exclamó maese Martín, dando un puñetazo sobre la mesa —. He dicho, y lo repito, que Rosa está destinada a ser la esposa del mejor tonelero que me sea dado descubrir.

El doctor Paumgartner se sentía movido a la réplica contra la obstinación singular del tonelero, pero tuvo el buen sentido de reprimirse. Al levantarse para salir, le dijo:

—Las horas galopan; dejemos nuestros vasos vacíos y nuestras discusiones, que no lo son menos.

Cuando asomaban a la calle, una mujer joven, acompañada de cinco muchachos, se acercaba. —¡Dios mío! —exclamó Rosa—. ¡Habrá muerto Valentín, y ahí vienen su mujer y los chicos! —¡Cómo! —exclamó maese Martín— ¡Qué espantoso desastre! Era el más hábil de mis oficiales y el más honrado que he conocido. Se lastimó con la doladera hace unos días. La llaga se enconó y probablemente la gangrena y la fiebre se habrán llevado al pobre muchacho en sus mejores años—. Y como la viuda deplorara la amenaza de la miseria que pesaba sobre los chicos, exclamó maese Martín: —Pero ¿puede usted imaginar que yo les abandone después que su marido ha muerto estando a mi servicio? No, buena mujer; no sucederá así mientras viva maese Martín y le conserve Dios su fortuna. Desde hoy les tengo como de familia. Mañana irá usted a establecerse con los chicos en mi taller, pasado el que llaman Portal de las Damas. Allí les veré todos los días. Será usted como ama de gobierno en lo mío, y yo cuidaré de la instrucción de sus hijos, de manera que lleguen a ser obreros inteligentes y capaces. El padre de usted, que en sus mejores años trabajaba muy bien, vive aún, y aunque hoy sus fuerzas no le permiten trabajar en grande, no dejará de ser útil en algo. Y sean todos ustedes bienvenidos.

Fue tal el gozo de la pobre viuda al oír estas proposiciones, que estuvo a punto de caer sin sentidos de la emoción. Maese Martín le estrechó las manos afectuosamente, mientras los muchachos, a los que Rosa colmaba de caricias, la rodeaban, asiéndose a sus vestidos. El consejero Paumgartner no pudo retener una gran lágrima mientras exclamaba: —Maestro, es usted un hombre único; sea cual sea el humor en que se le halla, no hay manera de enfadarse con usted.

Y se separaron.

V

Sobre un altozano verde, desde el cual la mirada se pierde en lejanía entre los horizontes floridos, ¿veis a ese joven bizarro, sentado, con las ropas sencillas de obrero, que nada quitan a su buen aspecto? Su nombre es Federico.

El Sol, medio hundido en la púrpura del atardecer, jaspea de tonos rosados el fondo del cielo. A lo lejos se proyectan en los aires las almenas dentelladas de la real ciudad de Nuremberg. El silencio reina en la campiña desierta, y se extienden cada vez más las sombras. El joven obrero, apoyado en su saco de viaje, parece interrogar con el alma en los ojos las profundidades del valle; mientras su mano arranca distraídamente los pétalos de unas margaritas, que se lleva el soplo de la brisa. Pero, poco a poco, aquellos ojos se velan y se ensombrecen, el pecho se agita, henchido por una secreta emoción y brotan gota a gota las lágrimas de sus párpados medio cerrados. Pero, de súbito, parece animarle algún nuevo pensamiento, porque yergue la cabeza, abre los brazos como para recibir a un ser querido, y su voz fresca y pura improvisa una de esas ingenuas endechas que los hijos de la vieja Alemania saben inventar con tanta gracia:

«Vuelvo a verte, mi dulce patria. No por estar lejos te ha olvidado mi corazón fiel. Celajes de púrpura que aureoláis los horizontes de mi patria, de vuestro seno parecen nevar hojas de rosa. Salta en mi pecho, corazón, pues cada paso me acerca más a la rosa de mis amores. Crepúsculo de oro, tálamo del cielo, dulces claridades vespertinas, sed los mensajeros que llevéis a la que amo las lágrimas del gozo y el beso de llegada. Y si acaso moría antes de verla, y mi rosa temprana os preguntaba qué ha sido de mí, le diréis que en su amor he amortajado mi corazón».

Después de cantar estas estrofas, Federico sacó de su mochila de viaje un pedacito de cera, que ablandó al calor del pecho, modeló una gentil rosa de cien hojas, y repitió todavía el canto a media voz mientras se ocupaba en su delicado trabajo, sin hacer caso de otro joven que se había detenido delante de él y seguía con mucho interés su labor.

—Oiga, amigo —dijo el recién llegado—, ¿sabe usted que es muy lindo lo que está modelando?

Federico levantó los ojos y los fijó en el caminante con expresión apacible.

—¿Cómo puede usted, querido señor —le dijo—, encontrar algún mérito en lo que es para mí un pasatiempo?

—¡Diablo! —insistió el desconocido—. Si llama pasatiempo a la obra que está modelando en estos momentos, con tan graciosa perfección, debe usted ser un artista de fama. Yo al menos me siento doblemente encantado por esta coincidencia, pues a la vez que me conmueve la deliciosa canción que entona usted tan bien, al estilo de Martín Haescher, admiro la destreza con que fija usted lo ideal de la forma. ¿Hasta

dónde va usted?

—Tengo a la vista el término de mi viaje —respondió Federico—. Vuelvo a mi patria, vuelvo a la ciudad de Nuremberg. Pero va a ponerse el Sol y he de buscar dónde cobijarme en la aldea cercana. Mañana la aurora me hallará sobre el camino de Nuremberg.

—Siendo así podemos acabar la jornada juntos —dijo el desconocido—. Compartiremos la habitación esta noche y mañana entraremos juntos en Nuremberg.

A estas palabras, Reinhold, que éste era el nombre del joven, se tumbó en el césped al lado de Federico y siguió haciéndole preguntas:

——¿No es usted artista platero? Por lo que le he visto modelar, podría suponerse que ordinariamente trabaja en oro y plata.

—Querido señor —respondió el aludido sin levantar los ojos que tenía fijos en el suelo desde hacía un momento—, ni soy digno del bello nombre de artista, ni capaz de llevar a cabo todo lo que usted supone; sepa que no soy más que un modesto trabajador, un tonelero, y que voy a Nuremberg ansioso de trabajar al lado de un maestro del oficio cuya fama se extiende por toda Alemania. Ni moldeo figuras ni las cincelo; dispongo los aros para los toneles, sencillamente.

—Pero —exclamó Reinhold— ¿me cree usted tan necio que desdeñe su profesión? Y ahora le diré —una confidencia vale otra— que yo también soy tonelero.

Federico midió con la mirada al personaje que así le hablaba; por las apariencias no se le hubiera creído un obrero; su calzón negro era de fino paño con unos acuchillados de terciopelo; llevaba al cinto una ancha daga, se tocaba con un sombrero adornado con una larga pluma. Hubiérase dicho que era un rico negociante, pero, por otra parte, había en toda su postura un no sé qué de excéntrico y decidido, que excluía semejante suposición. Atendiendo a las dudas de Federico, Reinhold sacó de su saco de viaje un delantal de tonelero y una doladera.

——Ya ves, amigo —dijo a Federico—, que no he mentido; soy, como tú, un sencillo obrero. Comprendo tu sorpresa al verme tan espléndidamente trajeado. Baste decir que vengo de Estrasburgo, donde los más modestos oficiales toneleros se tratan como príncipes. Si bien es cierto que antaño quise salirme del cauce para entregarme a la azarosa carrera de las artes, hoy, curado de esta fantasía, no veo nada por encima de mi profesión de tonelero, y he puesto en ella mis esperanzas para el porvenir. Pero ¿en qué estás pensando, compañero? Te veo triste y parece como si tus ojos temieran entrever el futuro. Hace poco cantabas con un acento melancólico, y yo, bajo el dominio de una fascinación rara, creía que tus suaves melodías salían de mi pecho para pasar al tuyo. Me parece ver tu corazón franco como un libro abierto delante de mí. Puedes confiar en mí sin reservas; y ya que ambos vamos a permanecer en Nuremberg, hagamos desde ahora un pacto de sólida amistad.

Federico echó los brazos al cuello de su nuevo amigo.

——Sí; cuanto más te veo —prosiguió—, más simpático me pareces. Una voz

secreta vibra en mí que parece responder al franco reclamo de tu amistad. Quisiera que tu espíritu y el mío se compenetraran, porque hay cosas que sólo el corazón comprende, y penas de cuyo alivio él solo posee el secreto. Escucha, pues, la historia de los escasos acontecimientos de mi vida. Desde la adolescencia había soñado en las glorias del artista; aspiraba a la dicha de igualar a Pedro Fischer o a Benvenuto Cellini en el arte de fundir y cincelar los metales. Mis ensayos de joven fueron presididos por el talento de Juan Helzschuer, el platero más célebre de mi patria. Le visitaba con frecuencia Tobías Martín, el tonelero, que llevaba consigo a su hija, la gentil Rosa. Me enamoré de ella, sin hallar explicación al misterio de este afecto. Salí de mi país y fui a Augsburgo para acelerar el progreso de mi aprendizaje, pero apenas me encontré lejos de la que se había posesionado de mi corazón y de mi pensamiento, con la imagen celeste de Rosa en los ojos, el trabajo se me hizo pesado, hastiador, y sólo pensaba en los medios para llegar a la felicidad soñada. Tuve noticia de que maese Martín había declarado a todos los vientos que únicamente al tonelero más hábil de la ciudad concedería su hija, y renuncié de una vez a mi vocación artística para convertirme en un obrero. Hoy vuelvo a Nuremberg para pedir a maese Martín que me acepte entre sus oficiales. Pero a medida que me acerco al término de mis ansias, pensando en Rosa, a quien los años transcurridos deben haber embellecido más, la timidez, el temor de que me desoigan luchan en mi alma, ya que ignoro si soy amado y si puedo esperar a serlo alguna vez.

Reinhold había escuchado la historia de Federico con silenciosa atención. Al cabo de la confidencia volvió a hablar, pero su fisonomía delataba una dolorosa ansiedad, que se esforzaba vanamente en combatir.

—¿Es cierto —dijo al fin— lo que me afirmas, de que Rosa no te ha dado nunca esperanzas?

——¡Nunca! —exclamó Federico—. Cuando partí de Nuremberg era muy niña. Pero puedo suponer sin jactancia que no le desagradaba. Cuando cortaba para ella las flores más hermosas del jardín de Holzschuer, me lo agradecía con una sonrisa angelical; pero…

—¡Por lo que dices —exclamó Reinhold— hay un rayo de esperanza! —Lo dijo en una explosión de vivacidad que hizo estremecer a su amigo. Se había erguido en toda su estatura, y la daga resonaba en el cinto y sus ojos relucían.

—¡Por Dios! —le interrumpió Federico—. ¿Qué te pasa? —Y delante de aquella figura poco antes tan dulce y ahora tan agitada, no pudo defenderse de un escalofrío de temor, y al retroceder un paso topó con el saco de viaje de Reinhold, haciendo resonar una mandolina que formaba parte del equipaje.

—¡Maldito compañero! —gritó Reinhold dirigiéndole una mirada fiera y amenazadora—. ¡Vas a romper mi mandolina! —Y sacando el instrumento empezó a pulsar las cuerdas tan bruscamente, que las puso en peligro de romperse. De pronto se produjo una reacción en sus movimientos; calmado de su fiebre, volvió a guardar la mandolina en el saco, se lo cargó a la espalda y tendió la mano a Federico—. Vamos,

hermano —le dijo afectuosamente—. Lleguemos pronto a la aldea. El canto es remedio infalible para ahuyentar a los fantasmas que podrían salimos al paso. Bajemos al valle y canta, canta… ¡Me complace tanto oírte!

El azul severo del cielo se veía sembrado de miríadas de estrellas de oro, y rozaba, las altas hierbas el rumoroso vientecillo nocturno.

Huían los arroyos murmurando a lo largo de las riberas, y las voces de la soledad se dilataban en gemidos de órgano bajo las bóvedas de los bosques.

Federico y Reinhold bajaron lentamente por el camino que llevaba a la aldea.

Cuando llegaron a la posada, Reinhold dio un abrazo a Federico, y lloró largo rato lágrimas ardientes.

VI

Cuando Federico despertó al día siguiente, no viendo en su lecho de heno al compañero, creyó que había emprendido solo el camino, cuando de pronto se le presentó Reinhold con el saco a la espalda y vestido de otro modo que la víspera. No lucía ya la flotante pluma en el sombrero, ni la daga corta y ancha en el cinto, y vestía una casaca de burgués, de corte muy ordinario.

—¿Qué, no te parezco ahora un buen y franco artesano, tal como yo quiero ser? —le dijo—. Me parece que para un enamorado has dormido muy a pierna suelta. El sol ha hecho ya una buena carrera. ¡Arriba, muchacho, ánimo y buenas piernas!

Absorto en sus planes, Federico respondió apenas a las palabras de Reinhold, electrizado por una alegría singular, que no paraba de hablar, arrojando al aire su sombrero y haciendo cabriolas como un loco. Ya fuera de la aldea, la melancolía de Federico se fue acentuando hasta que el muchacho, deteniendo el paso, exclamó: —De buena gana dejaría de andar. La tristeza me oprime a no poder más. Déjame descansar un poco a la sombra de estos árboles—. Y al decirlo se dejó caer sobre el musgo como aniquilado. Reinhold se sentó también y volvió al tema del día antes.

—Anoche —dijo— debí causarte extrañeza. Al hablarme de tu amor y de tus temores para el porvenir, sentía una agitación que a mí mismo no me explicaba; bullía mi cerebro y peligraba de enloquecer, si al encontrarte, como por milagro, tu canción no me hubiera calmado y consolado. Esta mañana me he levantado gozoso y con buenos ánimos; se han disipado los fantasmas, y he recobrado la calma y la serenidad de espíritu. Olvidado de todo lo demás, no veo sino la feliz casualidad que determinó nuestro encuentro, y me propongo ser fiel a la simpatía que experimenté por ti desde el primer momento. La amistad es un don del cielo y sus frutos no tienen precio. Y voy a contarte, a propósito de eso, una historia conmovedora que viví en Italia, en la época de mis estancias en aquel país. Escucha bien. Aconteció que un noble príncipe, amante de las artes y esclarecido protector del verdadero talento, había ofrecido un premio considerable a la mejor ejecución en pintura de un tema muy interesante, pero cuyos detalles estaban erizados de dificultades. Dos artistas jóvenes, unidos por una leal amistad, que habitaban y trabajaban en común, se presentaron al concurso. Para tentar el éxito reunieron sus mejores dotes en imaginación y en conocimientos prácticos. El mayor, que era el más hábil para el dibujo y la composición, hizo el boceto en un abrir y cerrar de ojos. Ante esa prueba de un espíritu dotado para la creación, el más joven se sintió descorazonado y hubiera tirado los pinceles si su amigo no le hubiera animado con enérgicos consejos. Cuando empezaba a pintar la tela, el más joven se desquitó desde el primer día con la finura de la pincelada y la ciencia del colorido, que llevaba tan lejos como pudiera exigirse al más experto artista. De esta asociación de dos talentos resultó que el más joven de

los dos amigos presentó al concurso un cuadro de exquisita perfección de línea, mientras el otro, por su parte, logró una maravilla de ejecución como nunca había realizado. Terminadas las dos obras, los dos artistas se abrazaron felicitándose a porfía por el buen éxito que mutuamente se prometían. Él más joven se llevó el premio. —¿Cómo puedo aceptar yo el laurel de oro? —exclamaba—. ¿Qué sería de mi obra personal sin los consejos y los retoques de mi amigo?—. Pero el mayor le respondía: —¿No me has ayudado tú con los más atinados consejos? En cada una de nuestras obras hemos reunido lo que poseíamos entre los dos de experiencia y de imaginación para llegar a un éxito común. El triunfo de uno de nosotros no es de ninguna manera una derrota para el otro. La gloria cubre siempre a dos amigos como nosotros con un mismo laurel. ¿Y no crees, Federico, que el pintor tenía razón? ¿Podrán nunca los celos tener acceso a las almas honradas?

—¡Claro que no! —exclamó Federico—. Por eso nuestra amistad nació en el mismo momento que nos reunió, y dentro de algunos días nos ocuparemos en los mismos trabajos y en una misma ciudad. ¿Quién sabe si a no tardar rivalizaremos, cuidando cada uno de fabricar, lo mejor que pueda, sin fuego, un magnífico tonel de dos cargas para ganar la categoría de maestro? Que Dios guarde de la rastrera envidia a aquel de los dos que obtenga el menor número de votos.

—¡Cómo! ¿Envidia? —replicó Reinhold, con alegre vivacidad—. Sólo pido que cada uno de nosotros preste ayuda a su compañero. Te advierto que en lo tocante a dibujo, conocimiento de las medidas y cálculo de la capacidad, hallarás en mí las más positivas instrucciones; además por lo que atañe a la elección de la calidad de la madera, descansa en mí; yo te guiaré en tu trabajo con verdadero celo, y no por el hecho de haber comunicado a un amigo los secretos de mi arte temeré que mi obra pueda resultar menos perfecta.

—¡Ah, querido Reinhold! —le interrumpió Federico— ¿a qué viene hablar en estos momentos de obra maestra y de rivalidades? ¿Acaso ha llegado la hora de disputarnos la bella Rosa?… ¡En mi pobre cerebro van revueltas las ideas!

—¿Pero, quién ha hablado de Rosa? —dijo Reinhold, soltando una carcajada—. Creo que estás soñando con los ojos abiertos. ¡Ea! Prosigamos adelante, que no hemos llegado todavía al término de nuestro camino.

Federico y su amigo volvieron a emprender la marcha. Pararon en la primera posada que hallaron en uno de los barrios extremos de la ciudad.

—Y ahora, ¿a quién ofrezco mis brazos? —dijo Reinhold—. A no ser que tú me hagas el favor de presentarme a maese Martín. Porque yo no tengo conocidos en la ciudad.

—¡Buena idea! —respondió Federico, faltándole tiempo para demostrar su gratitud—. Iremos los dos a hablar con él. A tu lado no sentiré tanto el miedo y no me turbaré como si fuera solo.

Después de acicalarse, salieron ambos de la posada, dispuestos a hacer una visita a maese Martín. Era domingo, y precisamente el día señalado por el rico tonelero

para celebrar con un banquete la categoría gremial a la que le habían elevado. Eran poco más o menos las doce cuando nuestros dos jóvenes andantes entraban en su casa, donde tintineaban los vasos y las vajillas, y alegraban el aire las ocurrencias de los convidados.

Mal momento para visitas —exclamó Federico.

—Al contrario —observó Reinhold—. En medio del júbilo que excita el vino generoso, los hombres son más tratables. Apostaría cualquier cosa a que maese Martín va a recibirnos muy bien.

Y efectivamente, el tonelero, al cual se habían anunciado, salió a recibirlos, sintiendo al parecer los efectos del vino en el andar, y con las mejillas rubicundas, y reconoció inmediatamente a Federico.

——¿Eres tú, buen muchacho? —exclamó—. ¡Bien, bien!… ¿Has aprendido ya la noble profesión de tonelero? Recuerdo que ese loco del señor Holzschuer, cuando yo le hablaba de ti, pretendía que habías nacido para cincelar figuras y balaustres como los tenemos aquí en la iglesia de San Sebaldo y en Augsburgo, en casa de Fugger. A mí ninguno de esos cuentos me causaba sensación, y te felicito por haber tomado la decisión más sana. ¡Mil veces bien venido! —Y al decir esto le dio un estrecho abrazo. El pobre Federico recobró el ánimo con esas muestras de afecto del tonelero, y se apresuró a aprovechar la ocasión para solicitar su admisión, y también la de su compañero en los talleres del maestro—. Una vez más celebro vuestra llegada —insistió el tonelero— ya que actualmente llueven encargos y los buenos operarios son raros. Descargaos de los sacos de viaje y acompañadme. El convite toca a su fin, pero algo queda y Rosa se encargará de trataros lo mejor que sepa. —Y entraron los tres en el comedor.

Rodeaban la mesa los venerables maestros del gremio de toneleros, en plena animación, bajo la presidencia del digno consejero Paumgartner. Estaban ya en los postres y borboteaba en tornasoles de oro el vino del Rin servido en grandes vasos. La conversación y las risas formaban un alegre coro que hacía retemblar los vidrios; pero al aparecer maese Martín entre los dos compañeros, que presentó a los concurrentes, todas las miradas fueron a ellos, y se hizo el silencio como por encanto. Reinhold paseaba a su alrededor una mirada segura, pero Federico con los ojos bajos, parecía turbado. El tonelero les colocó al cabo de la mesa, y aquel sitio, el más humilde un momento antes, se convirtió en envidiable lugar de preferencia al sentarse la linda Rosa entre los dos nuevos convidados, a los que cuidó de ofrecer los mejores vinos y los más delicados platos.

Al lado de aquella graciosa criatura, Federico lograba apenas contener su emoción, y con los ojos fijos en el plato lleno, porque no le era posible probar bocado, decía mentalmente un sinfín de cosas tiernas a la amada. Reinhold era muy distinto; vividor, seguro de sí mismo, sabía apreciar todas las gentilezas de la niña. Rosa no podía defenderse de un íntimo placer al oírle detallar los incidentes de sus viajes; le parecía ver surgir en formas reales las anécdotas que contaba de su vida.

Instintivamente su corazón se dejaba seducir por el encanto de aquel carácter excéntrico, y no tenía ni fuerza para retirar la mano que Reinhold había cogido varias veces, apretándola de un modo muy significativo.

Entretanto, instado por su amigo, Federico acabó por beber un vaso entero de vino del Rin. El calor de este líquido le subió a la cabeza y le soltó la lengua; animáronse sus venas y la sangre corría con más rapidez.

—¡Dios mío, qué feliz me siento! ¡Qué bienestar inefable! —La hija de maese Martin no pudo contener una sonrisa maliciosa—. Rosa —prosiguió Federico— ¿sería atrevido creer que se ha acordado de mí alguna vez?

—¿Cómo podía olvidarle? —respondió la joven—. Recuerdo los días de mi infancia, cuando le agradaba jugar conmigo, y he conservado cuidadosamente el cestillo de hilo de plata que me dio una vez por Nochebuena.

—¡Amada Rosa! —exclamó Federico, olvidado de todo lo demás. Sus ojos ardían, y sentía oprimido el pecho.

—Esperaba su vuelta con impaciencia —prosiguió Rosa—. Pero, lo que no sé imaginar ni comprender es cómo, habiendo ejecutado ya entonces obras tan acabadas, bajo la tutela de maese Holzschuer, haya podido abandonar la carrera de artista y transformarse en un simple oficial tonelero.

—¡Pero si lo hice por usted! —le interrumpió Federico con entusiasmo—. ¡Únicamente por usted me he sacrificado! —Apenas lo había dicho se sonrojó y se turbó como si hubiera soltado una afirmación extemporánea. Realmente había algo de imprudencia en el fondo de esta confesión a quemarropa. Ruborizada a su vez, Rosa que lo había comprendido muy bien bajó los ojos, y no se la oyó más hasta que una feliz coincidencia vino a sacarla de aquella embarazosa situación.

El señor Paumgartner, golpeando la mesa de roble con su cuchillo para que cesaran las conversaciones, anunciaba que maese Vollard, el más notable de los maestros cantores de la ciudad, iba a entonar una canción.

El aludido se levantó al punto, tosió, escupió, se sonó, se pavoneó, y con voz llena y sonora atacó un canto nacional compuesto por Hans Vogelgesang. Todos los comensales se sentían electrizados y el mismo Federico recobró el aplomo propio de la juventud. Luego que maese Vollrad hubo cantado diversas piezas, invitó a los concurrentes a que a su vez quisieran cantar. Reinhold fue por su mandolina, y después de unos suaves acordes se desplegó en este *Lied*:

> *«¿Dónde está la fuentecilla que da el buen vino? En las sombras de un tonel. De allí salen las ondas de oro que se transforman en el vino que rebulle en nuestros vasos. ¿Quién ha creado el precioso envase de amables chorros áureos? El arte del tonelero es su creador. ¡El tonelero se regocija al beber su vino, y son los compañeros del tonelero el vino generoso y el amor casto y puro!».*

Vivos aplausos cubrieron la voz del que cantaba, pero en todo el auditorio nadie parecía gozar como maese Martín; sin hacer caso del comentario lleno de celos de Vollrad, empeñado en sostener que el método de Reinhold participaba de las imperfecciones de Hans Müller, llenó el mayor de los vasos que había en la mesa y levantándolo exclamó:

—¡Acércate, buen compañero y alegre maestro cantor; bebe un trago en el vaso de maese Martín! —Reinhold obedeció y al volver a su sitio instó en voz baja a Federico para que diera a conocer también sus méritos, cantando lo que el día anterior le había cantado.

—¡Vete al diablo! —murmuró Federico, con un ademán de impaciencia.

Sin hacerle caso, Reinhold se levantó y anunció en voz alta:

—Venerables maestros y señores, aquí está mi querido amigo Federico, que domina mejor que yo un repertorio de baladas y canciones con las que os regalaría, si no fuera que el polvo del camino que acabamos de hacer le ha puesto algo ronco. Será, pues, si lo permiten, para la próxima reunión.

A estas palabras colmaron de atenciones y cumplidos a Federico, y algunos hubo entre aquella buena gente que pretendían, aún sin haberle oído, que su voz estaba muy por encima de los méritos de su amigo Reinhold. Maese Vollrad, después de embuchar un enorme vaso de vino, pretendió que el método de Reinhold se parecía demasiado al insulso género italiano y que el de Federico, en cambio, era fiel al tipo nacional alemán.

En cuanto a maese Martín, se había hundido en su sillón, con la cabeza echada atrás, según su hábito, y golpeándose mesuradamente la barriga con los dedos exclamó:

—Señores míos, verdaderamente ahí tenemos a mis oficiales, los alegres compañeros de mesa y de trabajo de maese Tobías Martín, el tonelero más afamado de Nuremberg.

Los asistentes no hallaron nada que rectificar a esta declaración, y después de ahogar en el fondo de sus vasos lo poco que les quedaba de razonamientos y de equilibrio en las piernas, se separaron con paso vacilante para dirigirse cuanto antes a la cama. A Federico y a Reinhold maese Martin les cedió en su casa un cuartito de muy buen ver.

VII

Al cabo de unas semanas de prueba, maese Martín había notado en Reinhold una aptitud poco común en el arte de medir y calcular con ayuda del compás y la escuadra, pero en cambio le veía poco dispuesto para el trabajo de taller, en el cual, en cambio, Federico se demostró infatigable. Ambos eran igualmente recomendables por su buena conducta, y de sol a sol hacían del trabajo un embeleso bordado de alegres canciones, de las cuales Reinhold tenía un rico repertorio. Cuando Federico, mirando de soslayo a Rosa, ponía en la voz un acento melancólico, Reinhold rompía a cantar un estribillo malicioso: «¡Ni un tonel es un laúd, ni un laúd es un tonel!». Y el viejo Martín, que no veía en ello mala intención, permanecía algunas veces un rato con el martillo en alto, sin descargar el golpe en la duela, y reía con su risa de hombre obeso. Pero la gentil Rosa, que comprendía algo más, sabía inventar mil y un pretextos para rondar por el taller.

Un día, maese Martín entró en su taller del Portal de las Damas con ademán compungido. Sus dos oficiales predilectos estaban ajustando un barril. Se paró con los brazos cruzados delante de uno de ellos.

—Mis buenos amigos —les dijo—, estoy satisfecho de vuestro comportamiento y de vuestra labor, y así y todo muy preocupado. Me escriben que las vendimias del Rin superarán este año todos los resultados obtenidos hasta la fecha; un famoso astrólogo ha presagiado la aparición de un cometa, cuyo calor está llamado a promover una fertilidad prodigiosa; los frutos de la vid se verán centuplicados; y el admirable meteoro no volverá a aparecer hasta pasados otros tres siglos. Imaginad la enormidad de trabajo de taller que esto representa. Para comenzar, el venerable obispo de Bamberg, el más fino catador de Alemania, me encomienda la construcción de un inmenso tonel. Solos, no podremos con tanto encargo como nos viene encima; por esto me veo precisado a tomar otro oficial que sea diestro, activo y celoso como vosotros mismos. Líbreme Dios de contratar a nadie de quien no tenga los mejores informes. ¡El tiempo apremia! ¿Qué vamos a hacer para quedar bien servidos? ¿Vosotros, no conoceríais algún otro oficial? Dondequiera que se encontrase le mandaríamos a venir, y en cuanto al jornal no me duelen prendas.

Apenas había terminado de decir estas palabras, se abrió ruidosamente la puerta del taller y compareció un joven de aventajada estatura, decidido y bizarro, que gritó con voz estentórea:

—¡Hola! ¿Es éste el taller de maese Martín?

—Éste es —respondió el maestro andando unos pasos al encuentro del forastero —. Pero, no es para entrar en él, mozo, a manera de un diablo dispuesto a arremeter contra todo y voceando de esta manera. Éste no es modo de entrar en las casas.

—¡Ah, ahí! —repuso el joven—. ¿Sería usted acaso maese Martín en persona?

Vientre hinchado, triple sotabarda, unos ojos que echan llamas y una nariz cubierta de granos… Exactamente como me lo han descrito. ¡Maese Martín le saludo con veneración!

—¿Y qué diablo pretende usted de maese Martín? —le preguntó el tonelero, de mala gana.

—Soy oficial tonelero de cierto mérito —repuso el joven— y ando en busca de trabajo.

Retrocedió unos pasos el tonelero, sorprendido al ver que un mozo de tan buen talante se presentaba precisamente cuando le era necesario. Le miró de pies a cabeza, y viéndole sano y vigoroso se apresuró a pedirle certificados de los maestros bajo cuyas órdenes hubiera trabajado.

—No los tengo ahora —replicó el joven— pero los pediré y creo que se los podré dar dentro de unos días. Interinamente espero que bastará que empeñe mi palabra de hombre honrado y de buen operario. —Y sin dar tiempo al maestro a hilvanar una respuesta, el nuevo oficial, dirigiéndose a un extremo del taller, dejó en el ángulo el sombrero y el saco de viaje, se puso en mangas de camisa, y ciñó su delantal de trabajo exclamando de un talante decidido:

—¡Vaya, maese Martin! ¿Con qué empezamos?

Sorprendido de esta entrada en funciones que parecía excluir hasta la posibilidad de una negativa, el tonelero reflexionó breve rato, y dirigiéndose de nuevo al forastero le dijo:

—Ya que tanta confianza tiene en sí mismo, compañero, dé pruebas de su aptitud ahora mismo. Empuñe la doladera y acabe de pulirme sobre este banco los aros para afirmar este barril.

El recién llegado se puso a la obra y pronto hubo ya terminado la pieza que era como la prueba del examen.

—¿Qué le parece a usted, maestro? —dijo con su jovialidad característica—. ¿Duda todavía de mis capacidades? Pero veamos un poco las herramientas de que se sirven por aquí. —Y lo removió todo, examinando cada objeto con ojos de hombre entendido.

—Maestro —exclamaba de vez en cuando—, hágame el favor de ese martillo… ¿No es más bien un juguete de sus chicos? Y esta doladera diminuta, ¿será para uso de aprendices? —Con mano vigorosa, hizo dar vueltas a un enorme martillo, del que Reinhold no hubiera podido servirse y que Federico levantaba con dificultad, y con no menos soltura se entretuvo en juegos malabares con la doladera de maese Martín. Por remate de proezas hizo bailar un par de grandes toneles con la misma facilidad que si jugara con unos chirimbolos, y luego, cogiendo con ambas manos una duela maciza que la garlopa no había adelgazado todavía, exclamó—: Es de buena madera de roble, pero quebradiza como el vidrio. —Y pasando de las palabras a la obra, rompió la duela contra el canto de una piedra de afilar.

—¡Por las reliquias de San Sebaldo, basta ya de pruebas, compañero! —exclamó

maese Martín—. No fuera caso que, dejándole hacer, me rompiera los fondos de este tonel de dos cargas y que destroza todo el taller. ¡Capaz sería de hundir la casa! ¡No pretenderá usted que vaya a pedir a guisa de doladera, la espalda de Rolando, el paladín, que se conserva en la Casa de la Villa de Nuremberg!

—¿Y por qué no si eso hubiera de complacerle? —respondió el joven, dirigiendo al tonelero una mirada llena de fuego; pero pronto bajó los ojos, y prosiguió, con voz más apacible—: Mi única idea ha sido, querido maestro, que tal vez pudiera necesitar para sus trabajos de mayor envergadura un obrero vigoroso; pero quizá pensará usted que he pasado los límites de lo permitido. Le ruego que me lo perdone y que me permita quedarme en su casa a trabajar con todo el rigor que quiera usted exigirme.

El tonelero Martín iba de sorpresa en sorpresa. La transición apacible del joven oficial le causaba una sensación indefinible. Los rasgos y los ademanes de aquel hombre eran trasunto de un alma honrada, que no dejaba lugar a dudas. Había en su fisonomía un parecido con la de alguien que en su pasado conoció y veneró, sin que el recuerdo llegara a concentrarse. Accedió por fin al ruego del joven, con la única condición de que respondieran de él los maestros en cuyos talleres había aprendido el oficio.

Mientras se estaba arreglando este asunto, Reinhold y Federico terminaban su barril y comenzaban a ponerle los aros. Para animarse al trabajo entonaron un Lied de Adán Puschmann. Pero Conrado, tal era el nombre del nuevo compañero, les increpó:

—¿Qué galimatías es ese? ¡Diríase un millón de ratones que invaden el taller! Si pretendéis cantar que al menos sea de manera que el canto estimule al trabajo. Voy a daros el ejemplo de lo que debiera ser. —Y con voz de trueno se puso a aullar una canción de cazadores que terminaba en gritos inarticulados que remedaban a la perfección ora los ladridos de una jauría que se lanza tras la pieza ora las exclamaciones de los cazadores, y con tal vigor que la casa trepidaba.

Maese Martín se tapaba las orejas, y los chicos de la señora Marta, la viuda de Valentín, abandonaban sus juegos y corrían a guarecerse debajo de un montón de viruta, y Rosa, que acertaba a entrar en la casa, temió una desgracia al oír aquellos gritos inauditos, cuya causa ignoraba. En cuanto Conrado se dio cuenta de la presencia de la hija del maestro cesó de cantar, y acercándose a ella con la más noble actitud y el acento más amable, le dijo:

—¡Oh, mi encanto, qué claridad celeste ha iluminado esta pobre cabaña de obreros al entrar usted en ella! A saber que estaba usted tan cerca me hubiera abstenido de herir sus oídos con mi canción salvaje. Y vosotros —prosiguió, dirigiéndose a Martín y a los dos compañeros— ¿no creéis que debemos imponer un momento de silencio a los martillos mientras esta joven querida permanece entre nosotros? Aquí no cabe más que la dulzura de su voz, y no deberíamos soñar en otra ocupación que la de atender a sus más mínimos deseos y obedecerlos humildemente.

Reinhold y Federico cambiaron unas miradas, que eran testimonio de cómo les descontentaba el requiebro. En cuanto a maese Martín soltó una de sus

acostumbradas carcajadas y respondió:

—¡Pardiez, Conrado! Me parece usted el pájaro más singular que jamás haya metido la pata en mi casa. Entra usted dispuesto a hacerlo polvo todo bajo su pie de gigante mal criado; a continuación nos vuelve locos con sus aullidos, y para colmo de locuras se dirige a Rosa como a una princesa, con el ademán y con el lenguaje de un gran señor. Creo que mejor que mi taller, le convendría una celda en el manicomio.

—Su hija querida —respondió Conrado sin que aquel reproche algo vivo pareciera hacerle mella—, su amada Rosa es, bien puedo decírselo, la criatura más graciosa y más noble del universo; quiera el cielo que no sea insensible a los homenajes del más galante heredero de alcurnia que un día u otro pondrá a sus plantas su amor y sus blasones.

Maese Martín se contenía con ambas manos los costados para no estallar, pero, a despecho de sus esfuerzos una risa homérica se apoderó de él, y se removía como un endemoniado sobre su banco de trabajo. Al recobrar la palabra, exclamó:

—Sin reparos, compañero, dedique a mi Rosa los nombres más preciosos que pueda imaginar; no seré yo quien lo impida, antes al contrario; pero lo que le recomiendo es que no deje holgar el martillo, que el trabajo apremia y la galantería debe ceder el paso.

La alusión llegó al alma de Conrado, que respondió con fingida frialdad:

—Tiene razón. —Y volvió a su labor.

Rosa se había sentado cerca de su padre, encima de un barril que Reinhold acababa de pasar por la doladera para hacerlo más elegante, y que Federico se había apresurado a acercar a la joven. El maestro rogó a sus dos oficiales predilectos que cantaran para Rosa la canción que tan rudamente había interrumpido Conrado; éste permaneció mudo, sin prestar atención a otra cosa que a su trabajo.

Una vez terminado el canto, el tonelero tomó nuevamente la palabra:

—El cielo os ha dotado de talento, compañeros; no sabéis hasta qué punto llega mi pasión por el canto. Antaño tomé muy en serio la profesión de maestro cantor, pero en pago de mis esfuerzos únicamente coseché pullas de toda ley, porque unas veces falseaba las claves o el compás, y otras, si bien cantaba afinadamente por casualidad, mezclaba unas con otras las melodías. Me satisface ver que lo hacéis mejor que vuestro patrono, y será para mí un gusto oír elogiar a los oficiales de Tobías Martín que han logrado un éxito en lo que para él ha sido un fracaso. El próximo domingo los maestros dan un concierto en la iglesia de Santa Catalina, ambos podríais tomar parte en él y hacer un papel de lucimiento, ya que una parte de la sesión se consagra a los cantores forasteros que tengan a bien cantar delante de una concurrencia selecta. Así, pues, mi señor Conrado —prosiguió maese Martín— si le es grato obsequiar a los oyentes con aquella canción salvaje, puede darse este gusto.

—¿A qué hacer burla de mí, querido maestro? —respondió Conrado, sin levantar los ojos— Cada cosa en su sazón; he aquí por qué he resuelto tumbarme sobre el césped aquel día, mientras dure la reunión de los maestros cantores.

Lo que el tonelero había previsto se cumplió. Reinhold subió a la tarima y cantó varias veces a satisfacción de todos. Y cuando llegó la vez de Federico, éste paseó por la asamblea una ancha mirada velada de melancolía, que llegó al corazón de Rosa, y con la voz graciosamente modulada entonó una canción de Enrique Frauenlob, que mereció nutridos aplausos, ya que los entendidos reconocieron unánimemente que el joven forastero les superaba a todos.

Al atardecer, cuando tocaba a su fin el concierto, maese Martín, transportado por el buen éxito de sus oficiales predilectos, les permitió acompañarle, al lado de su hija, a una pradera de las que ciñen la ciudad. Rosa andaba ágil y retozona entre los dos jóvenes; Federico, enorgullecido por los elogios que delante de ella le habían prodigado los maestros cantores, se permitió susurrar al oído dulces palabras, cuya intención amorosa no dejaba lugar a dudas, si bien ella hacía como si lo ignorara y se ocupaba, al parecer, de Reinhold, quien llevó la audacia o la desenvoltura hasta apoderarse como por azar de aquel brazo, el más lindo y bien torneado que haya existido jamás en un cuerpo femenino. Una vez en la pradera, término del paseo, se reunieron con otros grupos juveniles que hallaban diversión en un sinfín de juegos y de ejercicios en que el vigor físico decidía la victoria. El tonelero Martín, no menos curioso que los demás, se abrió paso a codazos para ver más de cerca al feliz vencedor, objeto de los interminables vítores de la concurrencia. Éste no era otro que Conrado, que se llevaba todos los trofeos en la carrera y en la lucha, y se demostraba el más certero entre los tiradores. En aquel mismo momento Conrado, elevando la voz, retaba a un combate a espada a los más hábiles de sus rivales. A todos venció Conrado, que de este modo se llevó todos los honores de la jornada.

Iba el sol a su ocaso y las llamas rosadas del crepúsculo se extendían en el horizonte como una barrera de oro. El tonelero, Rosa y los dos artesanos se habían sentado cerca del chorro de una fuente que regalaba al césped frescor y fertilidad. Reinhold se había puesto a relatar múltiples recuerdos de la brillante Italia, en tanto que Federico estaba pendiente de las miradas de Rosa, en silencioso recogimiento. Conrado había venido con el paso tardo del hombre que vacila y que recela algo.

—Vaya, Conrado, acérquese de una vez —le había gritado maese Martín—. Ha sido para usted una tarde de éxitos francos y halagüeños. Mi parabién. Me satisface ver distinguirse en todo a mis oficiales. Aquí tiene usted sitio: ¡Acérquese!

Lejos de sentirse halagado por esta cordialidad, Conrado dejó caer sobre su patrón una mirada orgullosa y displicente.

No es a usted a quien buscaba, y puede creer que no necesitaría permiso para sentarme a su lado si se me ocurriera. He vencido hoy a todos los que han querido competir conmigo, y ahora quiero suplicar a su hermosa hija que me otorgue como premio de mi victoria el ramo perfumado que adorna su pecho. —Y al decirlo puso humildemente la rodilla en el suelo delante de Rosa y la cubrió de una mirada ardiente—. Bella Rosa —le dijo luego— no me niegue este favor tan sencillo, pero precioso para mí.

La hija de maese Martín no pudo negarse a un ruego tan cortés.

—Es muy justo —le dijo— que un caballero de sus méritos obtenga algún recuerdo de la dama de sus pensamientos. Para usted es el ramo, pero ¡mire cómo se han marchitado ya las flores!

Conrado prendió en su sombrero aquellas flores después de cubrirlas de besos ardientes. El padre no parecía dar importancia a este primer tiento.

—Ea —dijo— basta de niñerías, que ya ha anochecido y es hora de que volvamos a casa. —Pasó él delante, Conrado enlazó su brazo al de la joven con una galantería que contrastaba singularmente con las maneras bruscas que le eran habituales, y Reinhold y Federico siguieron en último término con ademán desabrido, teñido de mal humor. Y los paseantes decían al verles—: ¡Fíjense, ahí va el acaudalado tonelero Tobías Martín y sus bravos oficiales!

VIII

Desde la aurora del día siguiente, la linda Rosa, sentada a un lado de la ventana de su cuartito, soñaba dulcemente en la tarde anterior. La labor de tapicería se le había caído de las rodillas, sus manos blancas surcadas de azuladas venas se habían juntado como para orar, y su cabeza graciosa se inclinaba sobre su pecho. ¡Quién diría por qué regiones vagaban sus recuerdos! Tal vez le parecía oír resonar las tiernas canciones de Reinhold y de Federico, o prefería acaso imaginar a sus pies el bizarro Conrado que le pedía de rodillas, con la mirada ardiente y la voz acariciadora, el premio de las victorias obtenidas en los juegos del día anterior. Dejaba de balbucear unas notas para susurrar unas sílabas entrecortadas, como de quien sueña.

—¿Quiere usted el ramo? —Un ojo perspicaz hubiera sorprendido en sus mejillas un reflejo de un rosa más subido que de ordinario y debajo de los párpados casi cerrados unos vagos destellos que hacían palpitar sus pestañas de ébano, y hubiera adivinado el secreto de los suspiros que henchían su fino corpiño. Pero, he aquí que la señora Marta, la viuda de Valentín, entró en el cuartito, y Rosa, sobresaltada en el ensueño de sus recuerdos, se apresuró a contarle detalladamente la fiesta de Santa Catalina, y el paseo al atardecer por entre las matas en flor.

Al cabo de la importante narración, la señora Marta le dijo, sonriente: —Quiero creer que eres dichosa, mi querida Rosa, de poder elegir entre los tres galanes.

—¡Por Dios! ¿Ha dicho usted tres galanes?

—¿Y por qué no? —insistía Marta—. ¿A qué tantos misterios a propósito de un asunto que salta a la vista? ¿Crees que pasa desapercibido el hecho de que los tres oficiales de maese Martín están prendados de ti con verdadera pasión?

—¡No me hable más de eso! —la interrumpió la joven, con los ojos bañados de llanto.

—Vamos, niña —repuso Marta, estrechando a Rosa en sus brazos—, no me ocultes la verdad. No puede haberte pasado por alto que los tres jóvenes se distraen del trabajo cuando apareces tú, y que sus martillos no dan en el clavo porque ponen en ti la mirada. ¿Acaso no sabemos que una muchacha se da cuenta en seguida de esas cosas? Bien sabes tú que Reinhold y Federico reservan sus más bellas canciones para las horas en que tú te sientas a trabajar al lado de tu padre. ¿Y no has notado tampoco el cambio que se ha obrado en Conrado, antes tan brusco y destemplado en sus modales? Cada mirada tuya hace a un hombre feliz, y a dos celosos. No me dirás que no sea agradable ver enamorados de ti a tres jóvenes, a cual más apuesto. Y si un día te acercaras a mí con miras y me dijeras: Aconséjeme, señora Marta ¿cuál de los tres merece mi mano y mis afectos?, ¿sabes lo que respondería, querida Rosa? Escoge tú misma y harás tu felicidad. Si fuéramos a discutir el mérito, Reinhold me es bastante agradable, Federico también y Conrado igualmente, aunque en cada uno

hallaríamos algún defecto. Cuando les veo de la mañana a la noche trabajando con tan buenos ánimos, pienso a pesar mío en mi pobre Valentín y me digo que, si no era más hábil que ellos en el oficio, se entregaba a él más seriamente. Sólo se ocupaba de manejar la doladera o de ajustar según el arte las duelas, mientras que los tres oficiales de maese Martín se me antojan una gente que se ha impuesto voluntariamente una tarea, y que acaricia un plan que yo no veo todavía claramente. Con todo, criatura, si quieres creerme tu preferido sería Federico. Entiendo que es generoso y noble como el oro, y también me parece el más sencillo y el más cercano a nuestro modo de ser en sus maneras, su lenguaje y su línea de conducta. Y además me cautiva el progreso lento, silencioso, de su tímido amor. Hay en él la incertidumbre y el candor de un niño. Se atreve apenas a dirigirte la mirada; se sonroja cuando le hablas. Estas cualidades, querida, valen más que otras que las exceden en brillantez; y he aquí por qué este muchacho me atrae.

Al oír hablar así a la señora Marta, no pudo contener Rosa dos grandes lágrimas que brillaban en sus ojos hacía un rato. Se levantó y se acercó a la ventana para apoyarse en su alféizar.

—Amo a Federico, es cierto —dijo con una graciosa mueca— pero ¿no es también digno de ser notado Reinhold?

—Tienes razón —exclamó la señora Marta—. Hemos de confesar que de los tres, es el de figura más aventajada. Nunca he visto otros ojos que centelleen como los suyos cuando te miran; pero hay un no sé qué de raro y de afectado en toda su persona que me causa un malestar indefinible. Me digo que un tal oficial hace demasiado honor al taller de maese Martín. Cuando habla diríase que hay música en lo que dice, y cada una de sus palabras te transporta más allá de la vida real; si intentas reflexionar sobre lo que acaba de decir, habrás de confesar que no has comprendido nada. Por lo que a mí atañe, le considero como a un ser de una naturaleza distinta de la nuestra, y hecho, en cierto modo, para vivir dentro de otras leyes. En cuanto a Conrado, el brusco Conrado, es una mezcla de pretensiones y de orgulloso que desdicen del delantal de cuero de un simple artesano. Cada uno de sus gestos es imperativo, como si tuviera el gobierno de la casa; y, efectivamente, desde que está aquí, el mismo maestro ha sentido los efectos de su ascendiente, hasta el punto de doblegar delante de él su voluntad de acero. Si olvidamos lo poco grato de su temple, es por lo demás el mejor de los hombres, y muy leal; llegaría a decir que prefiero su rudeza, su cerrilidad, a la exquisita elegancia de modales de Reinhold. Debe haber servido en la milicia, porque conoce muy bien el manejo de las armas y es capaz de unos ejercicios que no son propios de quien no hubiera sido hasta ahora más que un obscuro obrero… Pero me parece, querida Rosa, que te veo distraída, a cien leguas de lo que estoy diciendo. Vamos a ver. Tú, ¿cuál de los tres preferirías para novio?

—Es mucho preguntar —respondió la joven—. Todo lo que puedo decirle es que a Reinhold no le juzgo como usted hace.

Al oír esto la señora Marta se puso en pie, y moviendo la mano con gesto amable, resumió:

—Basta. Así, pues, será Reinhold el novio. Esto cambia todas mis ideas…

Le ruego —exclamó Rosa, acompañándola hasta el umbral—, le suplico que no haga suposición ninguna sobre lo dicho porque, ¿quién puede asegurar lo que será el mañana? Que la Providencia decida.

Desde hacía unos días una rara actividad animaba el taller del tonelero. Maese Martin se vio obligado, para atender a todos los encargos que iban llegando, a reclutar otros aprendices y jornaleros, y de la aurora a la noche los martillazos levantaban un ruido ensordecedor. Habíase confiado a Reinhold el cálculo de la capacidad del gran tonel encargado por Su Alteza el príncipe obispo de Bamberg. A esta labor de inteligencia y reflexión, Federico y Conrado le habían prestado el auxilio de la fuerza y destreza de sus brazos, y gracias a su celo se logró una ejecución tan perfecta que maese Martín no cabía en sí de gozo. Bajo su inspección los tres compañeros cuidaban de colocar los aros, y los martillos se enarbolaban y caían acompasadamente, mientras el anciano Valentín, el abuelo de los huerfanitos, pulía las duelas y la buena Marta compartía las horas entre las faenas caseras y la vigilancia de los chicos.

Era tal el ruido en el taller, que no habían notado los pasos del señor Holzschuer. El primero en darse cuenta de su entrada fue maese Martín, que se dirigió a él para preguntarle qué deseaba.

—Dos cosas —respondió Holzschuer—. Ante todo, ver a mi antiguo alumno Federico, al que encuentro trabajando de lo lindo, y luego rogar a usted, querido maestro, que mande construir para mi bodega un tonel de los más grandes. ¡Toma! Según veo, están terminando uno que me conviene. Diga el precio.

Reinhold que después de un corto descanso volvía a su labor, oyó las palabras del señor Holzschuer, y respondió, poniéndose en lugar del maestro.

—Abandone usted esta idea, querido señor; se trata de un encargo del respetable príncipe obispo de Bamberg, y nos lo ha pagado ya.

—En verdad, no me es permitido cedérselo —reafirmó maese Martín—. Basta fijarse en lo escogido, en lo acabado de la labor para comprender que el tonel irá a una bodega de príncipe. ¿No se ha fijado usted? No piense más en él, como ya le ha advertido mi compañero. Le prometo para después de la vendimia un tonel que siendo más sencillo le servirá lo mismo.

El viejo Holzschuer, amoscado por los pretextos del maestro Martín, le replicó bruscamente que su dinero valía tanto como el oro del príncipe obispo de Bamberg, y que ya sabría él proveerse en otro sitio y más ventajosamente, de unos toneles no menos bien fabricados. Al tonelero le costaba contener su cólera; forzado a callar en presencia del señor Holzschuer que gozaba en Nuremberg de una gran autoridad, devoró su despecho, y miró alrededor buscando un pretexto cualquiera para desahogarse, cuando Conrado, que no estaba muy atento a la conversación, empezó a

darle nuevamente al martillo, para ceñir las duelas con los aros. Volvió la cabeza maese Martín, y golpeando el pavimento con el pie, le increpó:

—¡Animal, estúpido! ¿Estás loco? ¿No comprendes que vas a romper el tonel más fino que haya salido de los talleres de Nuremberg?

—¡Oh! ¡Oh! —dijo Conrado—. Mi maestrillo se incomoda. ¿Y, por qué, si me diera la gana no puedo yo romper el famoso tonel? —Y volvió a sus violentos martillazos, de manera que, saltando el aro principal por culpa de un golpe descentrado, toda la máquina quedó desajustada.

—¡Pero condenado! —aulló maese Martín, rebosando rabia; y arrebatando de las manos del viejo Valentín una duela que éste estaba puliendo con el cepillo, descargó un rudo golpe sobre la espalda de Conrado, dejándole aturdido; pero después de esta primera impresión relampaguearon los ojos del joven, y rechinando los dientes exclamó con voz ronca:

—¡Toma!

Había cogido la doladera más grande que tenían en el taller y la lanzó con todas sus fuerzas contra el maestro. Federico tuvo escasamente tiempo para apartarse, y el acero afilado, cuyo choque hubiera abierto el cráneo del anciano, sólo le alcanzó el brazo. Brotaba sangre de la herida; el tonelero perdió el equilibrio, y dando un tumbo por encima del banco de uno de los aprendices dio con su cuerpo en el suelo.

Todos corrieron para sujetar a Conrado, cuyo furor se había exasperado delante del mal que acababa de hacer. Acrecentadas sus fuerzas por la cólera, se le veía dispuesto a quitarse de delante cualquiera resistencia; enarbolando la doladera ensangrentada iba a descargar un segundo golpe, cuando acudió Rosa, pálida como la muerte, al oír la barahúnda. Su aparición desarmó a Conrado, quien, arrojando lejos de sí la doladera, cruzó los brazos sobre el pecho y permaneció unos momentos inmóvil como una estatua. Después una íntima conmoción le hizo volver en sí, y dando de pronto un aullido desgarrador salió disparado. Nadie le persiguió.

Los que habían sido testigos de la escena ayudaron a ponerse en pie al herido, y reconocieron que, por suerte, la doladera sólo había rozado las carnes. El viejo Holzschuer, refugiado detrás de un montón de tablas, se decidió a reaparecer y soltó una diatriba contra los oficios que ponían en manos de la gente común instrumentos mortíferos, y aconsejó a Federico que abandonara el taller y volviera a su primer oficio, al arte de fundir y cincelar los metales. En cuanto a maese Martín, al volver en sí y ver que había salido del apuro con poco más que el susto, se limitó a lamentarse del perjuicio causado al tonel de Su Alteza el príncipe obispo de Bamberg.

Después del suceso, maese Martín y el señor Holzschuer se fueron en silla de manos, y Federico y Reinhold volvieron a pie a la ciudad. Por el camino, ya casi de noche, oyeron cerca de un seto una voz gemebunda, que les pareció reconocer y un alto espectro se levantó de una zanja, tan bruscamente, que los dos amigos retrocedieron asombrados. Era Conrado quien les salía al paso. Desolado de su acto y de los resultados irreparables que suponía para su porvenir, les dijo:

—¡Adiós, amigos míos! ¡Adiós! No me veréis más. Sólo os ruego que digáis a Rosa que la amo, y procurad que no maldiga mi memoria. Decidle que guardaré su ramo sobre el corazón toda mi vida. ¡Adiós, adiós, mis buenos camaradas! —Y desapareció campo a través.

—El pobre Conrado no parece mal hombre —dijo Reinhold a su amigo—. Pero hay en él algo raro y misterioso, y su conducta no puede juzgarse según las reglas de la moral ordinaria. Tal vez con el tiempo conoceremos el secreto que nos oculta.

IX

Desde aquella fecha reinaban en el taller de maese Martín el aislamiento y la tristeza. Reinhold había perdido su afición al trabajo y se pasaba horas enteras encerrado en su cuarto; maese Martín llevaba el brazo en cabestrillo y sólo de tarde en tarde abría la boca para maldecir al malvado forastero. Ni Rosa ni la señora Marta con sus chicos se atrevían a permanecer en el taller donde había tenido lugar aquella sangrienta escena. Y así como, al aproximarse el invierno, se oye algunas veces el hacha de un leñador solitario que rompe el silencio de los bosques, ahora se oía de sol a sol el martillo de Federico, que sin ayuda y lentamente iba dando remate al tonel para el obispo de Bamberg.

La melancolía y el abatimiento se cebaban en el alma del joven. Rosa no ponía los pies en el taller desde que Reinhold, bajo pretexto de enfermedad, permanecía en su habitación, y de esto deducía Federico que era su amigo el preferido de la joven. Anteriormente ya le había parecido observar que reservaba para él sus más graciosas sonrisas y sus mejores palabras. No cabía duda. Llegado el domingo, en vez de aceptar la invitación de maese Martín casi curado de la herida, a un paseo con Rosa por las afueras de la ciudad, salió solo, bajo el peso de todas las congojas de su pensamiento, hacia el collado donde por primera vez había visto a Reinhold. Se tumbó en el césped, y se dio a soñar en las decepciones de su vida. Las esperanzas se habían borrado una tras otra como estrellas errantes, y lloró sobre la pradera cuajada de flores, que se inclinaban bajo el rocío de las lágrimas, como apenadas de su dolor. Y luego, sin que pudiera explicarse cómo, los suspiros que la brisa se llevaba se convirtieron en palabras y se puso a cantar su pena, como hubiera podido cantar su gozo:

«¿Adónde has huido, estrella de mis esperanzas? ¡Cuán lejos estás de mí! Tu dulce brillo se ha borrado para alegrar otras miradas que te reclamaban. ¡Levantaos, tormentas nocturnas, menos terribles que las de mi corazón! ¡Sembrad a mi alrededor la tristeza y el luto! Mis ojos están anegados de lágrimas y sangra mi pobre corazón. ¿Por qué murmuráis tan tiernamente, olorosos bosques? Nubes de oro, velos del espacio, ¿a qué brillar con alegres destellos? ¡Ay, podréis derramar sobre mi tumba vuestros aromas y vuestras claridades! ¡La tumba es mi última esperanza porque en ella encontraré el sueño apacible de la eternidad!».

La voz de Federico iba reanimándose a medida que cantaba. Sintió en el pecho oprimido algún alivio, y su llanto era menos amargo. El viento de la noche susurraba en el follaje de los tilos jóvenes, los ecos misteriosos que circulan bajo los grandes bosques hacían llegar a su oído unos acentos dulces como palabras de un ser querido, y el horizonte ceñido de brumas de oro y púrpuras parecía instarle a que emprendiera las sendas de un porvenir más risueño. Federico se puso en pie, y volvió a bajar la

pendiente bordeada de flores que conducía a la ciudad. Ya más calmado, evocaba otro atardecer en que seguía el mismo camino al lado de Reinhold, haciendo protestas de amistad perdurable. Recordando también la historia que entonces le contó aquél, a propósito de los dos pintores italianos, la expresión de sus ojos cambió como por encanto. Una luz de dolorosa certidumbre bañaba su pasado. Se persuadía de que Reinhold había amado a Rosa, y que fue este amor lo que le había devuelto a Nuremberg, bajo el techo de la casa del tonelero. La narración de la rivalidad amistosa de los dos pintores por obtener el laurel de oro le parecía simbolizar la rivalidad amorosa de la cual Rosa sería el galardón. Las palabras de Reinhold le volvían a la memoria y cobraban un sentido que antes no se le había manifestado.

—Entre dos amigos —se dijo a sí mismo— no pueden prosperar ni el rencor ni la envidia. Será, pues, a ti, amigo cordial, a ti mismo a quien acudiré para saber si ha llegado la hora de que renuncie a toda esperanza.

Con estos pensamientos llegó Federico al umbral de la habitación de Reinhold. Pesaba un gran silencio en el espacio que el sol iluminaba con sus alegres rayos. Empujó la puerta, que estaba entornada, y entró, pero apenas había andado dos pasos quedó como clavado en el suelo, inmóvil como una estatua. Rosa, en la plenitud de sus encantos, le apareció magistralmente pintada en un retrato de tamaño natural; el tiento y la paleta apoyados en el caballete daban indicios de un trabajo reciente.

—¡Rosa! ¡Rosa! ¡Dios eterno! —suspiró Federico. En el mismo momento sintió que alguien le ponía la mano en la espalda. Era Reinhold.

—¿Qué opinas de este retrato? —le preguntó cariñosamente, con una sonrisa de felicidad.

—¡Eres un hombre muy superior a mí; eres todo un artista! —respondió Federico, abrazándole—. Ahora lo veo claramente. Tú mereces el premio que yo fui lo bastante loco para intentar disputarte. Porque yo tuve también un bello propósito de artista. Me había encariñado con la idea de fundir una estatuita de plata fina a la divina semejanza de Rosa. Ahora conozco lo insensato de mi orgullo. ¡Eres tú el único afortunado, el creador de la obra maestra! Repara cómo se anima su sonrisa con una vida celeste. ¡Los ángeles deben mirar así! Hemos luchado los dos para obtener lo mismo, pero son tuyos, Reinhold, el triunfo y el amor. A mí no me queda más remedio que abandonar este hogar y esta patria. Conozco que no he de ver nunca más a Rosa; no lo soportaría. ¡Perdóname, amigo! ¡Emprenderé hoy mismo mi triste peregrinación por el mundo, sin llevar conmigo nada más que mi amor y mi pobreza!

Con estas palabras Federico iba a salir, pero Reinhold se lo impidió con amistosa violencia.

——Tú no saldrás de aquí —le decía con afectuosa instancia—, porque todo puede resolverse de modo muy distinto de como tú imaginas. No he de ocultarte por más tiempo el secreto de mi vida. Bien ves tú que no he nacido para ser tonelero, y la vista de este cuadro te ofrece la prueba de que no soy de los últimos entre los pintores. En los primeros años de mi juventud recorrí las ciudades de Italia para

estudiar las obras de los grandes maestros. Mi talento desarrollado a base de una natural vocación, hizo que progresara rápidamente. Pronto vino a mí la fortuna del brazo de la gloria, y hasta el duque de Florencia me favoreció. En aquella época yo ignoraba todavía lo que ha producido el genio alemán, y hablaba sin conocimiento de causa de la frialdad, del desabrimiento de un Durero o de un Cranach, cuando cierto día un negociante en cuadros me puso delante una tela no muy grande del viejo Alberto: era una Madona, cuyo carácter sublime y cuya acabada ejecución me transportaron. En medio de mi entusiasmo comprendí en seguida que había algo mejor que la gracia amanerada del género italiano, y me decidí a recorrer los talleres de los pintores célebres de Alemania para iniciarme en los secretos de sus creaciones. A mi llegada a Nuremberg el primer objeto que impresionó mis ojos fue Rosa. Me pareció ver en la realidad a la bella Madona de Alberto Durero. Brotaba en mi alma un amor inmenso, como un incendio. Todo lo demás que en el mundo existía se borró de mi pensamiento, y me pareció que el arte, mi ocupación exclusiva hasta entonces, no tenía a partir de aquel momento otra misión que la de reproducir hasta el infinito los rasgos del divino objeto de mi pasión. Busqué los medios para introducirme en la morada de maese Martín. Me resultó de lo más difícil. Las astucias de que ordinariamente se valen los enamorados no hacían al caso. Iba a anunciarme abiertamente cerca de Tobías Martín y a pedirle la mano de su hija, cuando me enteré casualmente de que el honrado artesano había decidido formalmente que sólo aceptaría como yerno al más hábil tonelero de la comarca. No perdí el ánimo ante aquel obstáculo. Partí para Estrasburgo, donde aprendí el penoso oficio, dejando al cuidado de la Providencia la recompensa de mis esfuerzos. De lo restante tienes ya noticia. Una sola cosa me queda por revelarte, y es que no hace mucho, en un acceso de humor feliz, maese Martín me vaticinó que bajo sus auspicios llegaría a ser un famoso tonelero, y que le sería grato verme un día casado con su linda hija, que no me miraba con indiferencia, según él.

—¡Ah, bien lo veo, es a ti a quien ama! —le interrumpió Federico—. Para ella yo no soy más que un modesto obrero, y en cambio, ha adivinado en ti el artista.

—¡Vaya, querido hermano, estás delirando! —repuso Reinhold—; no tienes en cuenta que Rosa no se ha pronunciado hasta la fecha por ninguno. Sé muy bien que se ha portado conmigo afablemente, pero de esto al amor hay un buen trecho. Prométeme, hermano, que permanecerás aquí otros tres días, en perfecta calma. He dejado a un lado los toneles, pero es que desde que me ocupo de esta pintura, todo lo que me distrae de ella me fastidia, y me siento cada vez menos dispuesto a proseguir en las tareas abrumadoras de un obrero. Estoy decidido a echar a todos los diablos la doladera y el martillo. Dentro de tres días podré revelarte sinceramente las disposiciones de Rosa. Si me ama, continuarás tu ruta, y verás cómo el tiempo cura todas las penas, aun las que parten el corazón, como vulgarmente se dice. —Y Federico le prometió que esperaría.

Tres días más tarde, al anochecer, Federico volvía lentamente a la ciudad, después

de su jornada de trabajo. No sin inquietud evocaba algunas torpezas que le habían valido reprimendas de parte del maestro. Había notado también que éste parecía preocupado, como removido por una íntima tristeza, y había podido entresacar de sus conversaciones los términos «cobarde intriga»…, «bondad mal recompensada». Pero no le había dado a él en particular ninguna explicación, y Federico no sabía qué pensar de ello cuando encontró cerca de los portales de Nuremberg un hombre a caballo. Era Reinhold.

—¡Ah! —exclamó éste—. Llegas a propósito. He de decirte muchas cosas. —Y, poniendo pie a tierra y cogiendo con una mano la brida de su caballo, mientras con la otra estrechaba la de su amigo, echaron a andar por entre los campos. Lo primero de que Federico se dio cuenta fue que Reinhold llevaba el mismo traje que el día de su primer encuentro. El caballo, enjaezado como para una larga ruta, llevaba a la grupa la valija de las ropas.

—Considérate feliz, amigo —dijo Reinhold, con una voz de la que se traslucía un no sé qué de rudo y amargo—. Considérate feliz de manejar a tus anchas la garlopa y el martillo. Yo abandono desde estos momentos el reino de los toneles; acabo de despedirme de la bella Rosa y del respetable maestro, su padre…

—¡Cómo! —exclamó Federico, estremeciéndose como si el rayo hubiera estallado por encima de su cabeza—. ¿Te pones en marcha cuando maese Martín te acepta como yerno y cuando Rosa te ama?

—Una fantasía más de tu cerebro de hombre celoso —dijo Reinhold—. Sólo sé que Rosa me hubiera aceptado por obediencia a su padre o por temor de él, pero el corazón no entiende de imposiciones, y el de Rosa no late por mí. Si así no fuera, yo hubiera llegado a ser tan buen tonelero como cualquier otro: seis días de la semana cepillando, poniendo aros, calculando capacidades, y el séptimo dándome importancia y luciendo las gracias de mi esposa en un banco de la iglesia de Santa Catalina o de San Sebaldo y luego, al caer la tarde, paseando buenamente por el césped en flor.

—No hagas burla —repuso Federico— de las costumbres sencillas y apacibles. La dicha circula sin ostentación dentro de los cauces ordinarios.

—Tienes mil veces razón —replicó Reinhold—, pero no me interrumpas. He hallado la oportunidad de confesar a Rosa mi afecto, y sé que su padre consentiría nuestra unión. Al decírselo he visto asomar lágrimas a sus ojos, y he sentido el temblor de su mano dentro de la mía. Como evitando mi presencia, me ha respondido: —Señor Reinhold, yo obedeceré las órdenes de mi padre—. Me he guardado de hacerle más preguntas, porque una claridad súbita ha iluminado mi alma y he reconocido, afortunadamente, que el amor a la hija del tonelero era un puro sueño de mi entusiasmo. No amaba a Rosa, sino a un ser ideal de que ella me había ofrecido una copia que yo, con pasión de artista, no cesaba de crear de nuevo. He comprendido que estaba enamorado del retrato, de una visión, de una belleza fantástica, y he vislumbrado, con un sentimiento de asqueo de mí mismo, el lastimoso

porvenir que me esperaba cuando me habría cargado encima el título de maestro en el oficio y el peso de un hogar doméstico. Lo que yo amaba en la linda Rosa era una imagen celeste, adornada en mi interior de un destello divino, y que mi arte está llamado a vitalizar en las creaciones que sembraré a mi alrededor. El sino del artista es adelantarse al porvenir sin pararse en el camino para coger las flores. ¿Cómo podría yo renunciar a los triunfos del arte y pisotear los laureles que me promete? ¡Salve, tierra de las artes y del genio clásico, oh Roma, que me llamas en la lejanía! ¡Pronto volveré a verte!

Así llegaron los dos amigos a un sitio en que el camino se bifurcaba; Reinhold siguió el de la izquierda.

—¡Adiós! —dijo a Federico, abrazándole—. Adiós, amigo. Separémonos. ¿Quién sabe si será para siempre?

Reinhold montó en su caballo, lo espoleó, y sin volver la vista atrás dejó a Federico, que permaneció largo rato en aquel sitio clavados los ojos en la carretera desierta, y volvió luego a casa con el corazón oprimido, agitado por sordos presentimientos, sintiendo la semejanza de la separación con la muerte.

X

Al cabo de un tiempo, maese Martín, taciturno, daba la última mano al tonel del obispo de Bamberg. Federico, conmovido por la partida de Reinhold, trabajaba a su lado sin pronunciar una sola palabra. Por fin, el maestro arrojó el martillo, cruzó los brazos y dijo a media voz:

—Ya no tenemos a Reinhold; ha seguido el camino de Conrado. Era un pintor como hay pocos, pero tenía la pretensión de burlarme. ¿Quién adivinaría un zorro tal debajo de su aspecto tan franco? El pájaro ha abandonado el nido; que al menos Federico permanezca fiel: vale mucho para el trabajo y no es pretencioso. Quién sabe lo que puede suceder. Si llegaras a ser, muchacho, un hábil maestro en el oficio, y si supieras agradar a mi Rosa… veríamos, veríamos… Y al decir esto recogió el martillo y volvió a su tarea. Las palabras del viejo tonelero habían despertado en Federico una cálida emoción que recorría todo su ser, pero al mismo tiempo un indefinible descorazonamiento le quitaba toda esperanza. Rosa que no había puesto los pies en el taller desde hacía muchos días, compareció ahora, con el rostro bañado de una tristeza mal disimulada, con señales de lágrimas recientes.

—La causa de su llanto —se dijo Federico— es la partida de Reinhold. —Y esta idea le partía el corazón, y le impedía alimentar esperanzas.

Entretanto el tonel gigante se había terminado, y delante de su obra el tonelero sentía revivir la alegría de antaño.

—Sí, hijo mío —dijo a Federico, golpeándole amistosamente la espalda— si logras construir una pieza que se asemeje a ésta, y si agradas a Rosa, serás mi yerno, lo cual no te impedirá practicar el arte del canto y reunir así una excelente doble fama.

Como sea que de todas partes llovían encargos para su taller, maese Martín se vio obligado a reclutar dos nuevos oficiales de probada destreza, pero tocante a la conducta todos ellos eran unos verdaderos perdularios, bebedores y turbulentos en grado máximo. En el taller del tonelero resonaban ahora bromazos y canciones tan groseras que Rosa hubo de abstenerse de volver a él. Federico se sentía aislado. Al verla de paso algunas veces suspiraba, poniendo en la muy amada una mirada de fuego con la que parecía decir: «Ya no es la misma Rosa de los días de Reinhold, tan buena y encantadora». Pero la joven bajaba los ojos y su rubor parecía contestar: «Señor Federico ¿tiene algo que decirme?». Eran unos instantes no muy frecuentes en que el pobre joven quedaba sin voz y como petrificado y Rosa desaparecía como el relampagueo sin malicia de ciertas noches de verano que los ojos admiran fugazmente.

Maese Martín no cesaba de instar a Federico para que se dispusiera a preparar la obra que había de lograrle la categoría de maestro. Había seleccionado él mismo la

cantidad suficiente de tablones de roble sin venas ni nudos, que contaban más de cinco años al abrigo de la humedad o de la sequedad excesivas. Únicamente el anciano Valentín estaba autorizado para prestar ayuda a Federico. El pobre muchacho, ya hastiado de aquel oficio que le forzaba a codearse con los nuevos compañeros de taller, se desanimaba, le faltaba la seguridad en la empresa, cuyo fracaso disipa todas sus ilusiones de felicidad. Un vago instinto que no podía definir le repetía sin tregua que estaba condenado a sucumbir bajo el peso de su tarea, y de pronto se sentía avergonzado de haberse sometido a una labor manual que repugnaba a las delicadezas de su alma de artista. La desgracia de Reinhold no se borraba de su memoria. Para substraerse a la obsesión dolorosa de sus temores, fingía de vez en cuando una indisposición. Abandonaba el taller y corría a la iglesia de San Sebaldo, donde permanecía entregado horas enteras a la contemplación de las obras maestras del cincel del maestro Pedro Fischer.

—¡Dios eterno! —exclamaba—. ¿No es la suma felicidad en la tierra imaginar cosas tales y tener en sí la fuerza de realizarlas?

Y cuando, al salir de esos éxtasis, la realidad le amarraba a las duelas y los aros del taller del tonelero, cuando pensaba que sería Rosa el premio de un miserable tonel fabricado con más o menos ingeniosidad, sentía arder en su sangre la desesperación y temía perder la cabeza. En sueños le aparecía Reinhold y le ponía delante modelos inimitables, cuya realización hubiera inmortalizado a quien los echara en un molde. En esos maravillosos dibujos el motivo invariable era la figura de Rosa, en el marco de las más preciosas combinaciones de flores y de follaje, que parecían animarse, reverdecer y florecer, y el metal reflejaba como un límpido espejo la imagen de la joven adorada; Federico le tenía los brazos, dándole los nombres más cariñosos, pero cuando creía tenerla al alcance de las manos, el cuadro ficticio se disolvía como una bruma. Al despertar, el pobre Federico detestaba más todavía su triste porvenir de tonelero. Un día se le ocurrió ir a confiar sus cuitas al que fue su maestro, Juan Holzschuer. Encantado de ver de nuevo a su alumno predilecto, puso a disposición de Federico su taller para cincelar una obra de pequeñas dimensiones, para la que Federico venía reuniendo desde hacía tiempo el oro y la plata. Con tal fervor se entregó a la obra, que llegó a abandonar casi por completo el taller del famoso tonelero, y pasaron meses sin que se volviera a hablar de su obra maestra, llamada a rivalizar con el tonel del obispo de Bamberg. Pero amaneció un día, y maese Martín le dio tanta prisa que, quieras que no, tuvo que manejar de nuevo la doladera y el martillo. Ya en marcha la obra, quiso maese Martín examinar lo hecho pero se encendió en cólera a la vista de las piezas.

—¿Qué es eso? —exclamaba—. ¡Vaya chapucería, mi pobre Federico! Ni un aprendiz de tres días tallaría la madera de ese modo. ¿Qué diablo te ha movido la mano para echar a perder la mejor madera de roble que yo haya tenido desde hace mucho tiempo? ¿Y es ésta tu obra maestra…?

Federico no soportó los reproches exagerados del maestro. Echando las

herramientas al extremo opuesto del taller, exclamó:

—Bien, maestro, hemos concluido. ¡No; ni que me fuera la vida, ni que esto significara mi hundimiento en la peor miseria, no trabajaré en ello un día más! Renuncio a esta profesión abominable, para la cual no he nacido. ¡También yo soy artista! También yo amo con pasión, con delirio, a su hija. Por amor me conformaba a pasar por tan odiosa prueba. Ahora veo que he malogrado mi propia dicha y toda esperanza. Esto será mi muerte, pero moriré artista y dejaré algún recuerdo de mi existencia. Ahora mismo volveré a casa de mi digno maestro Juan Holzschuer, a quien en mala hora abandoné.

En los ojos del tonelero se encendieron unas llamas rojas cuando oyó a Federico oponerse con tal viveza a sus planes.

—¡Ah!, ¿tú también? —exclamó—. ¿También tú me engañabas? ¡Es mejor que lo confieses, tunante! ¡Fuera de aquí! ¡Fuera! —Y, sin darle tiempo de sincerarse, le agarró por las espaldas y le arrojó fuera entre grandes aplausos de oficiales y aprendices que habían sido testigos de la escena.

El anciano Valentín, juntando las manos, y con la frente pensativa, dijo a media voz:

—¡Ya me temía yo que en este muchacho había algo por encima de las cualidades de un obrero vulgar!

La señora Marta, tan encariñada con Federico, y los chicos, a quienes solía repartir golosinas, no se consolaban de su partida.

XI

El taller del tonelero parecía más triste que nunca, y los oficiales recién contratados no hacían sino aumentar las preocupaciones del maestro. Obligado a velar por los menores detalles, maese Martín pasaba el día atosigado, y la noche turbado por insomnios crueles.

—¡Ah, Reinhold…! ¡Ah, Federico…! —repetía—. ¿Por qué me habéis engañado de este modo? Yo no exigía más que unos obreros laboriosos y de honesta conducta. —Se le veía agotado, y estuvo a punto varias veces de sacrificar su oficio y resignarse a languidecer hasta perder la vida.

Una noche estaba sentado delante de su casa, engolfado en tristes cavilaciones, cuando vio llegar al señor Paumgartner acompañado de Juan Holzschuer. Adivinó que iban a hablarle de Federico. Paumgartner empezó a deshacerse en alabanzas del joven artista, y ambos acabaron encareciendo a cual más las excelentes facultades de Federico, al cual auguraban un brillante porvenir. Rogaron al tonelero que desistiera de sus prejuicios y que no dejara de conceder la mano de su hija a un joven que después de todo era capaz de hacerla dichosa y honrar a su suegro.

El tonelero les dejó hablar, y luego se quitó lentamente el gorro de piel y respondió con toda tranquilidad:

—Señores míos, su interés por lo que a ese mozo se refiere es tan grande, que bien he de perdonarles algo, siquiera para corresponder a la solicitud con que abogan por él. Pero no puedo, en principio, renunciar a mis designios. En lo que al casamiento atañe, no podrá haber nunca nada de común entre Federico y mi hija.

Como apoyara en cada sílaba al formular estas afirmaciones, Rosa se precipitó en la habitación, pálida, temblorosa, y puso sobre la mesa una botella del famoso vino de Hochheim y tres vasos.

—Entonces —repuso el señor Holzschuer— ¿he de dejar que ese pobre Federico se ausente, como en su desesperación ha resuelto? A pesar de todo, vea usted, querido maestro, esta labor de cincel que ha llegado a término en mi taller, delante de mí, y dígame, si se atreve, que no hay en el muchacho la pasta de un gran artista. Es un recuerdo de despedida que le ruega permita que dedique a su hija, si ella lo acepta. Pero ¡fíjese qué finura de trabajo! —Y el señor Holzschuer sacó del bolsillo una copa de plata deliciosamente labrada, y el tonelero, que se preciaba de ser hombre de buen gusto, se puso a examinarla por todos lados. Era realmente una pequeña obra maestra; la rodeaban ramos de vid y de rosal, y de cada rosa abierta surgía una figurita de ángel, cincelada con gracia perfecta; el fondo interior, chapado de oro, tenía por ornamento otras figuritas semejantes, y cuando se vertía en ella un chorro de vino dorado, los ángeles sonrientes parecían agitarse como para subir a la superficie—. He de reconocer que es una labor exquisita —dijo maese Martín— y me quedo con la

copa, supuesto que Federico acepte en buenos ducados el doble de su valor. —Al decir esto llenó la copa y la vació de un sorbo… y he aquí que la puerta se abrió en aquel momento, y Federico, casi desfigurado por el sufrimiento y las lágrimas vertidas, apareció, inmóvil, en el umbral de la sala. Su actitud era la de un reo que se dispone a escuchar el fallo. Fue Rosa quien primero se dio cuenta de su presencia; dio un grito desgarrador y cayó como muerta en sus brazos.

Al tonelero le había resbalado de los dedos la copa, y poniendo en Federico una mirada impertérrita, como si hubiera visto una aparición, dijo, levantándose, con la voz conmovida:

—¡Rosa! Dime, Rosa, ¿amas a Federico?

—Más que a mi vida —respondió la pobre criatura con la voz quebrada.

—Pues bien —dijo el tonelero no sin esfuerzo—, yo te perdono, muchacho… Abraza a tu prometida… ¡Sí, sí, a tu prometida!

Paumgartner y el viejo Holzschuer se miraban estupefactos, y prosiguió el padre en voz alta, pero como si hablara consigo mismo:

—¡Dios de los cielos, es así como debía llegar a cumplirse la profecía de la abuela! ¿No tenemos aquí en realidad limpia casita y los ángeles de alas fulgurantes? … ¿Y qué es esta copa sino un tonel en pequeño? Todo se cumple a maravilla, ya que así me es dado consentir sin forzar mi voluntad. ¡Debí haberlo visto antes!

Fulminado por el gozo, Federico tuvo apenas la fuerza de estrechar más fuertemente sobre su corazón a la linda Rosa.

—Mi querido maestro —exclamó, ya dueño de sí mismo— ¿será cierto que se digna aceptarme por yerno y me permite ejercer mi arte?

—Desde luego —respondió el viejo—. Se ha cumplido en ti la predicción de la abuela. Huelga ya el acabar tu obra de maestría.

—No, querido maestro —replicó Federico—. Permitidme que no renuncie a ella. Al contrario; estoy dispuesto a terminar mi tonel de dos cargas, que ofreceré a usted como testimonio de respeto a la profesión que usted hace ilustre y volveré luego a mis crisoles.

—Este buen pensamiento te honra —dijo maese Martín con entusiasmo— Termina, pues, tu obra maestra. El día que le des el último martillazo será el de tu boda.

Federico echó el resto en su obra, y el tonel inmenso que salió de sus manos fue el pasmo de todos los maestros del gremio.

El tonelero Martín llegaba al colmo de su júbilo profesional. Se fijó el día de la boda, y la pieza de prueba, colmada de vino generoso y adornada de guirnaldas de flores, fue colocada en el umbral de la casa. Los maestros toneleros, acompañados de sus familiares y conducidos por el digno consejero Paumgartner, y los maestros orfebres se reunieron en brillante cortejo para asistir a la iglesia de San Sebaldo. Al ponerse en marcha, un ruido de herraduras y unos acordes de música llegaban a la casa de maese Martín. Éste, corriendo al balcón, reconoció al señor Enrique de

Spangenberg al lado de un joven y brillante caballero, con el acero al cinto y la toca adornada de plumas flotantes y de piedras preciosas. Cabalgaba cerca del joven una dama de belleza admirable, y detrás de esos tres personajes iba un numeroso séquito de criados vestidos de distintos colores. Cesaron de tocar los instrumentos músicos, y el viejo Spangenberg, levantando la cabeza, exclamó:

—¡Eh! No es por su bodega que paso por aquí. Es por la boda de su hija. ¿Se dignará recibirme, querido maestro?

Algo confuso por el recuerdo que evocaban estas palabras, maese Martín bajó con toda la presteza que le permitían sus piernas y recibió con grandes saludos a su noble visitante. La hermosa dama y el caballero se apearon de sus caballos y entraron en la casa. Pero, apenas el honrado tonelero hubo puesto los ojos en el joven hidalgo, retrocedió tres pasos, vacilando.

—¡Cielos! —exclamó, juntando las manos—. ¡Es Conrado!

—El mismo —dijo el joven, sonriendo—. Soy Conrado, su oficial de otros días. Perdone, querido maestro, cierta herida cuyo recuerdo no se ha borrado de mi corazón. Aquel día hubiera podido matarle, porque me había tratado con rigor. —El tonelero le aseguró que fue una suerte que la doladera no hiciera más que rozarle la carne, y rogó luego a sus huéspedes que entraran en la sala, donde se hallaban reunidas para la ceremonia los novios y sus amistades. La presencia de la bella dama fue saludada con un murmullo de admiración. Todos se dieron cuenta de que era pasmoso su parecido a Rosa: hubiera podido tomárselas por gemelas.

Conrado se acercó muy galante a la hija del tonelero, y le habló con exquisita gracia en estos términos:

—Permita, querida joven, que Conrado participe hoy de su felicidad; dígnese decirle que olvida sus bruscos arranques de otros días, y que los perdona como ha hecho su padre. —Y como Rosa no acertara a contestar y maese Martín y los invitados se miraban aturdidos, el señor Spangenberg tomó la palabra para poner fin a la situación—: ¿No le parece un sueño? Sí, éste es mi hijo Conrado y ésta su encantadora novia, cuyo nombre es Rosa, el mismo de la linda hija de maese Martín. ¿Recuerda, querido maestro, aquel día en que conversando con usted al lado de una botella del mejor vino añejo, le pregunté si negaría la mano de su Rosa a todos, incluso a mi hijo? Tenía para ello mis razones. Ese casquivano enloquecía por ella, hasta el punto de que me obligó, para no desesperarle, a encargarme yo del asunto. Cuando, con intención de curarle, le describí el recibimiento que usted me había hecho, y le pinté su raro capricho en relación con el que debía ser su yerno, mi Conrado no halló mejor solución que colarse en el taller de usted para ver más de cerca a Rosa con el designio de substraerla el mejor día a su tutela. Tuvo usted la suerte de que un golpe de duela en las espaldas rompiese las alas a aquel amor. Me felicito de ello. Mi hijo, para no ser del todo infiel a su primera inclinación, se ha prendado de una noble heredera que lleva el nombre de Rosa, como la hija de usted, y además tiene con ella un gran parecido.

En este punto la noble joven se acercó a Rosa, le puso un collar de perlas de gran valor, y sacando del seno un saquito de flores marchitas:

—Tome usted —le dijo—, éste es el ramo que ofreció usted un día a Conrado y que él ha guardado con cariño. ¿No le molestará a usted que me lo haya dado? Según me dijo es de lo más preciado que poseía. —Las pálidas mejillas de la hija del tonelero se tiñeron de púrpura.

—¡Ah, noble dama —dijo a media voz—, es usted la única a quien el joven hidalgo debía amar! Estoy segura de que la conoció antes de pensar en mí. Lo que pudo hacerme merecedora de su atención durante corto tiempo era solamente que mi nombre era el mismo de usted, y que algunos de mis rasgos eran parecidos a los suyos. Era el recuerdo de usted lo que en mí buscaba. Pero, no le guardo rencor.

Al disponerse el cortejo a salir de la casa del tonelero Martín, un apuesto joven que vestía con elegante soltura rico traje de corte italiano, se echó en brazos de Federico:

—¡Reinhold! ¡Mi Reinhold! —exclamó el novio, y los dos amigos se abrazaron. Martín y su hija participaban de este gozo.

—¿No te dije —exclamó el artista— que la dicha resurgiría al golpe de tu martillo? Llego a tiempo de compartir contigo el júbilo y te traigo mi regalo de boda.

Comparecieron dos criados, y descubrieron a los ojos maravillados del concurso una pintura magnífica que representaba a maese Martín con Reinhold, Federico y Conrado trabajando en el tonel destinado al príncipe obispo de Bamberg, en el acto de aparecer Rosa en medio de ellos.

—He aquí tu obra maestra —dijo Federico con la sonrisa en los labios—. La mía queda abajo, colmada de vino. Pero otra veréis todavía si tenéis paciencia.

—Me he enterado de todo —repuso Reinhold y te juzgo más dichoso que yo. Sé fiel a tu arte, que se aviene mejor que el mío con la vida sosegada y los hábitos sedentarios de una buena pareja. ¡La dicha, amigo mío, ha de buscarse únicamente por cauces razonables!

En el festín nupcial, Federico se sentó entre las dos Rosas, y frente a él maese Martín, que tenía a sus lados a Conrado y Reinhold. A los postres, el consejero Paumgartner llenó la copa de plata cincelada, obra de Federico, y bebió el primer sorbo en honor de maese Martín y de sus animosos oficiales. Y luego la copa dio la vuelta entre los convidados, que festejaron hasta la aurora los ricos licores de la excelente bodega del maestro entre los maestros toneleros.

El huésped siniestro

Der unheimliche Gast (1819)[105]

La tormenta bramaba y el vendaval presagiaba el inminente invierno, arrastrando negras nubes que vertían estrepitosos torrentes de lluvia y granizo.

Cuando el reloj de pared dio las siete, la coronela de G. se dirigió a su hija Angélica y dijo:

—Hoy vamos a estar solas; el mal tiempo espanta los amigos. Me contentaría con que mi esposo estuviese de vuelta.

Un instante después hizo su entrada el caballero Moritz de R. Le seguía el joven jurisconsulto que animaba el círculo con su humor ingenioso e inagotable, y que todos los jueves acostumbraba visitar la casa de la coronela, de manera que, según hacía notar Angélica, aquel círculo íntimo no tenía nada que envidiar a una sociedad más numerosa.

Hacía frío en el salón; así que la coronela atizó el fuego de la chimenea y aproximó la mesa de té.

—Señores —dijo—, no voy a creer que estos dos caballeros, que han venido desafiando la tormenta y el vendaval con un heroísmo verdaderamente caballeresco, vayan a conformarse con nuestro insípido y flojo té. Así, pues, que *mademoiselle* Margarita les prepare una buena bebida nórdica que servirá para contrarrestar el mal tiempo.

La francesa Margarita, que no sólo por el idioma, sino por otras cualidades, era acompañante de la señorita Angélica, apareció e hizo lo que le ordenaban.

El ponche humeaba, el fuego crepitaba en la chimenea, y todos fueron a sentarse muy juntos alrededor de la mesita. Escalofriados y estremecidos, aun cuando hacía poco habían recorrido la sala hablando alegremente, como si un silencio momentáneo les sobrecogiese, dejando así percibir extrañas voces que las ráfagas de la tormenta traían con sus ululantes silbidos.

—No cabe duda —dijo al fin Dagoberto, el joven jurisconsulto— que el otoño, la tormenta, el fuego de la chimenea y el ponche contribuyen a despertar en nuestro interior temores siniestros.

—Pero que son muy agradables —le interrumpió Angélica—. Yo, por mi parte, no conozco sensación más grata que el ligero escalofrío que recorre mis miembros cuando, el cielo sabe cómo, con los ojos muy abiertos, lanzo una mirada rápida a través del extraño mundo de los sueños.

—Sin duda —repuso Dagoberto—, así es. Este agradable escalofrío nos sobrecoge precisamente ahora, y después de la mirada que hemos lanzado sin quererlo al mundo de los sueños nos sentimos un poco silenciosos. Gracias a que todo ha pasado y que ya hemos vuelto de ese mundo de los sueños a la bella realidad que nos ofrece esta magnífica bebida.

Al decir esto se levantó e, inclinándose amablemente hacia la coronela, apuró el vaso que tenía delante.

—Dime —dijo Moritz—, dime: si tanto tú como la señorita Angélica, y yo mismo, consideramos que es dulce ese escalofrío y ese estado de ensoñación, ¿por

qué no permanecer allí más tiempo?

—Permíteme, amigo mío, que te haga notar —repuso Dagoberto— que no se trata de esa ensoñación, en la que se pierde tan gustosamente el espíritu como en un juego raro y complicado. El auténtico escalofrío que produce la tormenta, la chimenea y el ponche no es sino el primer síntoma de ese estado incomprensible y misterioso que está en lo más profundo de la naturaleza humana, frente al cual el espíritu se rebela en vano. Me refiero al terror, al miedo a los fantasmas. Todos sabemos que el mundo siniestro de los aparecidos sólo se manifiesta por la noche y que sale de su oscuro cobijo preferentemente si hace mal tiempo, emprendiendo así su errante peregrinación, de suerte que no es de extrañar que en estas circunstancias seamos testigos de alguna visita espantosa.

—Bromeáis, Dagoberto —dijo la coronela—, y aunque no niego que el temor infantil que a veces sentimos esté fundado en nuestra naturaleza, más bien creo que radica en el recuerdo de aquellos cuentos e historias absurdas con que nuestras nodrizas y sirvientas nos entretenían en la infancia.

—¡No —repuso Dagoberto con vivacidad—, no, respetable señora! Esas historias, que tanto nos encantaron en nuestra niñez, no resonarían con tanta intensidad en nuestra alma si en nuestro mismo interior no existiesen cuerdas que vibrasen resonantes. No puede negarse el mundo misterioso de los espíritus que nos rodea y que a menudo se nos manifiesta con maravillosas visiones y extraños sonidos. El escalofrío del miedo, del terror, brota de un impulso de nuestro organismo terreno. Es el gemido del espíritu encarcelado que se manifiesta de este modo.

—Sois un visionario —dijo la coronela—, como todos los hombres de viva fantasía. Aunque esté de acuerdo con vuestras ideas y crea realmente que le es permitido al mundo desconocido de los espíritus manifestarse con sonidos y aparecer ante nosotros en forma de visiones, no comprendo por qué la Naturaleza ha hecho que los vasallos de ese reino misterioso parezcan ser enemigos nuestros, de modo que sólo causan terror y espanto enormes.

—Quizá —repuso Dagoberto—, quizá sea el castigo de una madre hacia unos hijos que han rehuido sus cuidados y su tutela. Me refiero a aquella edad dorada, cuando el género humano vivía en íntima unión con toda la Naturaleza y ningún miedo ni terror nos sobrecogía precisamente porque en la paz profunda, en la divina armonía del ser, no existía ningún enemigo que nos pudiera producir este pavor. Hablo de esas voces extrañas de los espíritus, pues si no, ¿cómo se explica que todos los sonidos de la Naturaleza, cuyo origen conocemos de sobra, puedan parecemos gemidos quejumbrosos y llenar nuestro pecho del más profundo terror? Lo más notable de estos sonidos de la Naturaleza es la música o las llamadas voces diabólicas de Ceilán, a las que hace referencia Schubert en sus «*Consideraciones de los aspectos nocturnos de la ciencia de la Naturaleza*». Estas voces de la Naturaleza se dejan oír en las noches calladas con sonidos semejantes a voces humanas quejumbrosas, que ora parecen venir de muy lejos, ora resonar próximas. Causan tal

efecto en el ser humano que hasta los más tranquilos y razonables observadores no pueden menos de sentirse horrorizados.

—Es cierto —dijo Moritz, interrumpiendo al amigo—, es verdad. Nunca estuve en Ceilán ni en los países vecinos y, sin embargo, oí un sonido tan terrorífico que no sólo yo, sino todos los que lo oyeron, experimentaron ese sobrecogimiento que ha descrito Dagoberto.

—Me agradaría mucho —repuso éste— que nos relataras cómo sucedió aquello y al mismo tiempo podrías convencer a la señora coronela.

—Ya sabéis —comenzó Moritz— que estuve en España al servicio de Wellington para combatir a los franceses. Vivaqueé durante toda la noche a campo descubierto con una división de caballería española e inglesa antes de la batalla de Vitoria. Era la víspera y estaba tan cansado de la marcha que me sentía rendido y me había adormilado cuando me despertó un gemido. Me incorporé, pensando que se encontraba a mi lado alguien herido y que había escuchado los quejidos de su agonía; pero sólo oí roncar a mis compañeros.

»Apenas los primeros rayos del amanecer despejaron las densas tinieblas, me incorporé para ver quién de los tendidos estaba herido o agonizando. Era una noche tranquila; sólo, suavemente, comenzaba a dejarse sentir un vientecillo matinal que agitaba el follaje. Por segunda vez oí un largo gemido que atravesó el aire, como si resonase desde la lejanía. Parecía como si los espíritus de los caídos en el campo de batalla se incorporasen y gritaran su dolor hacia la amplia bóveda celeste. Sentí que temblaba y me sobrecogió un terror profundo e indecible. ¡Los gemidos que había oído proferir a gargantas humanas no eran nada en comparación con estos sonidos desgarradores! Mis camaradas se despertaron desconcertados, como enloquecidos. Por tercera vez resonó el espantoso gemido hendiendo el aire. Nos quedamos paralizados y hasta los caballos, inquietos, se encabritaron, pateando. Muchos españoles cayeron de rodillas rezando en voz alta. Un oficial inglés aseguró que ya había visto en otras regiones del Sur este fenómeno, que se producía en la atmósfera, y su origen era eléctrico, lo que era prueba de que iba a cambiar el tiempo. Los españoles, inclinados a lo maravilloso, creían escuchar las poderosas voces de los espíritus sobrenaturales, que eran anuncio de algo tremendo que iba a suceder. Encontraron confirmada su creencia cuando, al día siguiente, la batalla retumbó terrorífica.

—¿Tenemos que ir a Ceilán o a España —dijo Dagoberto— para escuchar esos extraordinarios sonidos quejumbrosos de la Naturaleza? ¿Acaso no podemos sentir el mismo pavor oyendo el sordo tronar de la tormenta, el ruido del granizo al caer, los gemidos y el ulular del viento? ¡Vaya! Dediquemos alguna atención a la loca música y a las mil espantosas voces que brotan de esta chimenea o a la cancioncilla fantasmal que comienza a cantar la tetera.

—¡Magnífico! —exclamó la coronela—. ¡Magnífico! Dagoberto, relega a la tetera los fantasmas que nos atemorizan con sus espantosos ayes.

—No creas que se equivoca nuestro amigo —interrumpió Angélica—. Los extraños silbidos y chisporroteos de la chimenea realmente me estremecen, y la cancioncilla que canta la tetera de modo tan quejumbroso me parece tan siniestra que voy a apagar la lamparilla para que termine de una vez.

Angélica se levantó y, al hacerlo, se le cayó el chal. Rápidamente, Moritz se agachó para recogerlo, entregándoselo a la joven. Ella posó en Moritz la clara mirada de sus ojos azules y él, tomando su mano, imprimió con ardor en ella los labios.

En el mismo instante, Margarita se estremeció como tocada por una descarga eléctrica; el vaso de ponche, que acababa de llenar e iba a ofrecer a Dagoberto, cayó al suelo y se hizo mil pedazos. Sollozando se arrojó a los pies de la coronela, acusándose de ser una necia y pidió permiso para irse a su cuarto. Todo lo que allí habían referido, aunque en parte no lo comprendiese, le había causado espanto, y ahora su terror, al hallarse frente a la chimenea, era indecible, sentíase enferma y quería irse a acostar. Después de decir esto, besó la mano a la coronela y la humedeció con sus abundantes lágrimas.

Dagoberto sintió gran violencia por todo lo sucedido y creyó necesario dar otro giro a la conversación. Arrodillándose a los pies de la coronela, suplicó con voz llorosa que concediese su gracia a la pecadora que había osado romper el valioso vaso que contenía aquel líquido capaz de animar la lengua de un jurisconsulto y de calentar un corazón helado. Respecto a la mancha que había dejado el ponche sobre la alfombra, juraba que, al día siguiente por la mañana, vendría a frotar con un cepillo, al tiempo que sus pasos y vueltas y piruetas, durante la hora que durase el trabajo, dejarían chico a un maestro de baile.

La coronela, que al principio había dirigido miradas sombrías a Margarita, se sonrió ahora al escuchar las ingeniosidades de Dagoberto. Riendo, le tendió ambas manos y dijo:

—Levántate y seca tus lágrimas. ¡Habéis logrado que os conceda la gracia desde mi severa silla de juez! Margarita, tienes que agradecerle sus ingeniosas ocurrencias y su heroico sacrificio referente a la mancha del ponche, porque debido a ello no tendré en cuenta tu gravísima culpa. Pero no te voy a dejar sin castigo. Ordeno que, sin más melindres, permanezcas en la sala y obsequies a nuestro invitado con ponche, aún más diligente que antes, y que le des un beso a tu salvador en señal de tu profundo agradecimiento.

—Así que la virtud no queda sin recompensa —dijo Dagoberto con gran patetismo cómico, en tanto que cogía la mano de Margarita—. ¡Creedme —dijo—, creedme, hermosa mía!, ¡aún quedan en la tierra jurisconsultos que se sacrifican incondicionalmente por la inocencia y el derecho! ¡Bueno! ¡Y ahora obedezcamos a nuestro juez y cumplamos su juicio, ya que no hay medio de apelación!

Al decir esto imprimió un ligero beso en los labios de Margarita, y volvió a colocarse en su sitio. La muchacha, ruborizada, se echó a reír, aunque todavía tenía lágrimas en los ojos.

—¡Qué tonta soy —dijo en francés—, qué tonta soy! ¡Haré todo lo que me diga la señora coronela! Voy a estar tranquila, serviré el ponche y oiré hablar de los fantasmas sin asustarme.

—¡Bravo, niña —gritó Dagoberto—, bravo! Mi heroísmo te ha entusiasmado, ¡y a mí la dulzura de tus labios! Mi fantasía tiene nuevas alas y me siento obligado a sacar lo espantoso del *regno di pianto* para nuestra diversión.

—Creo —dijo la coronela— que deberíamos callarnos y dejar de hablar de esos fatales seres siniestros.

—Por favor —interrumpió Angélica—, por favor, mamá; escucha a nuestro amigo Dagoberto. Tengo que confesar que no hay nada que me guste más que oír estas historias tan bonitas de fantasmas, que me producen escalofríos de miedo.

—¡Cuánto me alegro —gritó Dagoberto—, cuánto me alegro! ¡Nada es más encantador que una jovencita que tiene miedo, y por nada del mundo me casaría con una mujer a la que no aterrorizasen los fantasmas!

—Tú —dijo Moritz— nos asegurabas, querido amigo Dagoberto, que teníamos que precavernos de aquel pavor o ensoñación que nos sobrecoge cuando el primer terror fantasmal nos domina. ¿Quieres decirnos por qué?

—Parece ser que nadie permanece en aquella agradable y pavorosa ensoñación que se produce al primer contacto. A continuación le sobrecogen miedos mortales, un terror que pone los pelos de punta, pues, al parecer, aquella primera sensación agradable es el atractivo de que se vale el siniestro mundo fantasmagórico. Ya hemos hablado de cómo se explican aquellos sonidos de la Naturaleza y de su efecto tremendo sobre nuestros sentidos. A veces percibimos extraños sones, cuyo origen nos resulta indescifrable, y despiertan en nosotros un profundo terror. Por muy poderoso que sea el pensamiento de que pueda ser un animal oculto, una corriente de aire o cualquier ruido que se produzca de manera natural, es en vano. Todos sabemos por experiencia que cualquier ruido que se produce durante la noche, si suena en pausas medidas, ahuyenta el sueño y aumenta la angustia interior, hasta tal punto que ofusca el mismo sentido. Hace algún tiempo, yendo de viaje, tuve que detenerme en una posada, donde el posadero me preparó una habitación grande muy agradable. A mitad de la noche desperté bruscamente. La luna lanzaba sus claros rayos a través de la ventana sin visillos, de modo que podía ver todos los muebles y hasta el más pequeño detalle del cuarto. Parecía estarse oyendo el sonido de una gota de agua al caer en un recipiente metálico. ¡Escuché! A pausas, en intervalos medidos, oía el mismo ruido. Mi perro, que yacía acostado a los pies de la cama, gruñó y se agitó, gimiendo en la habitación. Sentí como si me recorriesen el cuerpo corrientes heladas, y de mi frente cayeron frías gotas de sudor. Pese a todo, sobreponiéndome con valentía, grité, salté de la cama y me dirigí al centro de la habitación. La gota vino a caer delante de mí, como si me traspasase, yendo a dar en el metal, que produjo un ruido tintineante. Sobrecogido por un profundo espanto, corrí hacia la cama y me escondí bajo el cobertor, medio desvanecido. Parecía como si el sonido se reanudase

poco a poco, resonando en el aire. Caí en profundo sueño, del que desperté a la mañana siguiente. El perro, que se había acurrucado junto a mí, saltó alegremente apenas me vio despierto, como si se le hubiese quitado el miedo. Entonces se me pasó por la cabeza que quizá yo fuese el único para quien resultase desconocida la causa natural de aquel extraño sonido; así que conté a mi posadero toda la aventura, que todavía estremecía mis miembros de pavor. Realmente, pensé, él me aclarará todo, aunque había hecho mal en no avisarme.

»El posadero palideció y me pidió, por lo que más quisiera, que no dijera a nadie lo que había sucedido en aquel cuarto, pues corría el peligro de perder su modo de ganarse la vida. Más de un viajero —dijo— ya se había quejado de aquel ruido, que se escuchaba en las noches más claras. El posadero había revisado todo concienzudamente, incluso el entarimado y el cuarto contiguo, sin haber podido encontrar lo más mínimo que pudiera causar el espantoso sonido. Desde hacía casi un año no se había vuelto a oír nada, de modo que creyó verse libre de los malos espíritus. Pero he aquí que, con gran espanto suyo, veía que aquel siniestro ser volvía a las andadas. Ya nunca más volvería a meter a ningún huésped en aquella maldita habitación.

—¡Ay! —exclamó Angélica, temblando como si tuviese fiebre—. ¡Qué espantoso, es verdaderamente espantoso! Yo me hubiera muerto de haberme sucedido algo semejante. También a mí me ocurre que a veces, en medio del sueño, despierto súbitamente, sobrecogida por un miedo indecible, como si me hubiera sucedido algo aterrador. Y, sin embargo, no tengo ni la menor idea del motivo ni el menor recuerdo de aquel sueño, más bien me parece como si despertase de un estado inconsciente y casi mortal.

—Yo también conozco ese estado —añadió Dagoberto—. Quizá tenga relación con ese poder de las extrañas influencias psíquicas a las que nos entregamos involuntariamente. Lo mismo que los sonámbulos no se acuerdan de su estado de sonambulismo, quizá esa espantosa angustia sea como una especie de resonancia de aquel poderoso encanto, cuyo origen nos es desconocido, pero que nos atrae.

—Aún recuerdo muy vivamente —dijo Angélica— cómo hace unos cuatro años, la noche que cumplía los catorce, me desperté en un estado tal que el espanto me tuvo paralizada durante algunos días. En vano me esforcé por acordarme del sueño que tanto me había aterrorizado. Recuerdo claramente que muchas veces le hablé a mi buena madre de aquel sueño, sin poder recordar su contenido.

—Este raro fenómeno psíquico —repuso Dagoberto— tiene relación con el principio magnético.

—Cada vez estamos complicando más la conversación —dijo la coronela— y nos perdemos en cosas cuyo solo pensamiento me resulta insoportable. Le ruego, Moritz, que cuente en seguida algo divertido y gracioso para que terminemos de una vez con las siniestras historias de fantasmas.

—De muy buena gana —repuso el aludido—, de buena gana obedeceré vuestro

mandato si antes me permitís recordar un acontecimiento horrible que desde hace un rato tengo en la punta de la lengua. En este momento me posee de tal forma que sería vano cualquier esfuerzo para tratar de hablar de otras cosas más divertidas.

—Bien —repuso la coronela—, descargad todo lo horrible que os domina. Mi esposo llegará de un momento a otro; así que entonces volveremos a enzarzarnos en alguna otra polémica o hablaremos con entusiasmo de hermosos caballos, aunque sólo sea para romper la tensión que me ha producido todo este asunto de fantasmas, ¿a qué he de negarlo?

—Durante la última campaña —comenzó Moritz— conocí a un general, ruso de nacimiento, apenas de treinta años. Trabé con él estrecha amistad, ya que el destino quiso que durante largo tiempo estuviéramos juntos frente al enemigo. Bogislav, que así se llamaba el general, tenía todas las cualidades para hacerse acreedor al mayor respeto y afecto. Era de gran estatura y noble presencia, ingenioso, de digno semblante varonil, rara cultura, la bondad misma y, por añadidura, valiente como un león. A menudo se alegraba mucho con la bebida, pero de pronto le sobrecogía el pensamiento de algo horrible que le había sucedido y que había dejado rastros de profundo dolor en su semblante. Entonces se callaba y, abandonando la compañía de la gente, paseaba solitario de un lado a otro.

»Si estábamos en campaña, cabalgaba de avanzadilla en avanzadilla y sólo cuando era presa del agotamiento se entregaba al sueño. Añádase a esto que a menudo, sin necesidad alguna, se arrojaba a los mayores peligros, como si buscase en el campo de batalla la muerte, la cual parecía evitarle, ya que en las más duras refriegas no le tocaba ni una bala, ni un mandoble, no obstante lo cual era evidente que una pérdida irreparable o algún hecho imprevisto había destrozado su existencia.

»Estando en tierras francesas, habíamos tomado al asalto una fortaleza, en la que permanecimos un par de días con el fin de que tuvieran un descanso las tropas agotadas. Las habitaciones donde se había alojado Bogislav estaban sólo a dos pasos de las mías. Durante la noche me despertó un ligero ruido, como si golpeasen la puerta de mi cuarto. Escuché con atención, oí mi nombre, y reconociendo la voz de Bogislav me levanté y abrí. ¡Ante mí estaba él en camisón de dormir, con el candelabro encendido en la mano, pálido como la muerte, temblando todo su cuerpo, incapaz de proferir palabra!

»—Por todos los cielos, dime, ¿qué sucede, qué te pasa, querido Bogislav? —exclamé mientras le conducía medio desvanecido a una silla, después de lo cual le di a beber dos o tres vasos de un vino fuerte, que precisamente estaba sobre la mesa; luego cogí sus manos entre las mías y le consolé a mi manera, ya que no conocía el motivo de aquel espantoso estado en que se encontraba.

»El general se recuperó poco a poco, suspiró profundamente y empezó a decir con voz débil:

»—¡No! ¡No! ¡Me volveré loco si la muerte, que deseo con toda mi alma, no me abre los brazos! ¡A ti, mi querido Moritz, te confiaré mi horrible secreto! Ya te conté

una vez que hace varios años estuve en Nápoles. Allí vi a una joven, hija de una de las familias más notables, de la que me enamoré con ardor. Aquella criatura angelical correspondió totalmente a mi afecto y sus padres consintieron en que se estrechasen los lazos que serían causa de mi felicidad.

»«Era ya el día de la boda cuando apareció un conde siciliano que, interponiéndose entre nosotros, conquistó a mi novia. Traté de hablar con él y no hizo sino burlarse de mí. Nos batimos y le atravesé el cuerpo con mi espada. Corrí presuroso hacia mi novia. La encontré bañada en lágrimas y, llamándome maldito asesino, a mí, su amado, me echó de su lado. Dando muestras de horror, gemía desconsolada y se desvaneció cuando toqué su mano, como si un escorpión la hubiese tocado. ¿Quién sería capaz de describir mi espanto? A los padres les resultó incomprensible la transformación de la hija, que nunca había escuchado las pretensiones del conde».

»“El padre me atendió en su palacio y trató cuidadosamente de que abandonase Nápoles antes de que me descubriesen. Perseguido por las furias, cabalgué de un tirón hasta San Petersburgo. ¡Mi vida está destrozada, no por la infidelidad de mi amada, sino por un hombre secreto! ¡Desde aquel infortunado suceso de Nápoles me persigue el horror, el espanto del infierno! A menudo durante el día, con más frecuencia durante la noche, escucho gemidos de moribundo, ora desde la lejanía, ora muy cerca de mí. Es la voz del conde asesinado, que me estremece hasta lo más hondo. Cuando suenan los cañonazos más fuertes y se oye el tiroteo y el fuego de los mosquetes en medio de las batallas, oigo muy próximo a mí el horrible quejido, ¡de modo que en mi pecho despierta la rabia, la desesperación y la locura!”.

»Precisamente aquella noche, cuando lo estaba contando, un gemido sofocado, que se prolongaba como si viniese de la puerta, hizo que Bogislav y yo nos sobrecogiéramos de espanto. Daba la sensación de que alguien que estaba en el suelo, gimiendo y suspirando, se arrastraba hacia nosotros con ritmo inseguro. Entonces, Bogislav se levantó rápidamente de la silla y como si nuevas fuerzas le animasen, gritó con voz tonante y los ojos fuera de las órbitas: «¡Muéstrate, condenado, si es que puedes; ya verás lo que voy a hacer de ti y de todos los espíritus infernales que están a tus órdenes!». Entonces, el general y yo oímos un potente golpe…

Y en el momento en que Moritz, el narrador, decía estas palabras, se abrió la puerta de la sala donde estaban con un estrépito terrible.

Entró un hombre vestido de negro de la cabeza a los pies, el semblante pálido y la mirada seria y muy fija. Acercóse a la coronela, dando muestras de los más nobles modales del mundo elegante, y pidió que le perdonasen por llegar tan tarde, pero una visita inesperada, con gran disgusto suyo, le había impedido llegar a tiempo. La coronela, incapaz de recuperarse del terror que le había causado la entrada, balbuceó algunas palabras que poco más o menos significaban que el extraño podía tomar asiento. Acercó su silla junto a la coronela, frente a Angélica, sentóse y paseó su mirada en torno del círculo de los reunidos. Nadie se atrevió a decir palabra; parecía

que todos estaban como paralizados. Entonces el extraño personaje comenzó a disculparse nuevamente por haber llegado con retraso y por haber hecho una entrada tan impetuosa. No era culpa suya, sino del criado, que al entrar en la sala había cerrado de golpe la puerta.

La coronela, tratando de vencer con esfuerzo el siniestro sentimiento que la dominaba, le preguntó con quién tenía el gusto de hablar. El extraño hizo como que no oía la pregunta, pendiente como estaba de Margarita, que parecía haberse transformado, riendo con estrépito, bailoteando delante del extraño, y que charlando a medias en francés, le dijo se estaban divirtiendo mucho con historias de fantasmas y que precisamente cuando él entró, el caballero que contaba la historia estaba a punto de hacer que apareciera uno.

La coronela pensó que no era cortés preguntar el nombre a quien parecía ser un invitado y tampoco hizo nada para impedir que Margarita siguiera mostrando una conducta improcedente. El extraño puso fin a la charla de la muchacha francesa al dirigirse a la coronela y tratar de entablar conversación sobre algún asunto sin importancia. Ésta respondió y Dagoberto trató de inmiscuirse en la conversación, que finalmente fue fragmentándose en diálogos diferentes.

Entretanto, Margarita tarareaba algunos estribillos de canciones francesas y se movía como si ejecutase nuevos pasos de una gavota, mientras que nadie se atrevía a moverse, pues todos se sentían oprimidos, ya que a todos les había sentado como un mazazo la presencia del extraño, y cuando miraban el semblante, blanco como la muerte, del huésped siniestro, se les helaban las palabras en los labios. Sin embargo, nada raro había en el tono, en los gestos y en la conducta de este hombre de mundo experimentado. El fuerte acento extranjero con que hablaba alemán y francés dejaba adivinar que no era ni alemán ni francés.

Por fin respiró la coronela cuando oyó ruido de jinetes ante la casa y se escuchó la voz del coronel.

Un instante después entró éste en la sala. Nada más ver al extraño, se apresuró a exclamar:

—¡Bienvenido a mi casa, querido conde! ¡Muy bienvenido!

Y volviéndose a la coronela dijo:

—El conde de *** es uno de mis amigos más queridos y más fieles: lo conocí en el Norte y volví a verle en el Sur.

La coronela, perdido ya todo el miedo, con amable sonrisa, echó la culpa a su esposo por no haberle avisado, de modo que no le chocase haber sido recibido de forma tan extraña por sus amigos. Luego contó al coronel que se habían pasado toda la tarde hablando de fantasmas y que precisamente cuando Moritz contaba una historia espeluznante y decía las palabras: «… y entonces se oyó un ruido espantoso», la puerta de la sala se abrió, entrando el conde.

—¡Dios bendito! —exclamó la coronela riéndose—. ¡Dios bendito! ¡Le hemos tomado, querido conde, por un fantasma! Parece como si Angélica mostrase todavía

las huellas del terror en su semblante y que aún no se hubiese recuperado del susto; incluso Dagoberto perdió su alegría. Decidme, conde, ¿no llevaréis a mal que os hayamos tomado por un fantasma, por un aparecido?

—¿Acaso —repuso el conde con extraña mirada—, acaso hay en mi conducta algo fantasmal? Se habla ahora mucho de hombres que pueden ejercer un influjo psíquico sobre otros, por lo que causan un efecto siniestro. Quizá yo sea uno de esos que poseen tal poder.

—Bromeáis, querido conde —le interrumpió la coronela—, aunque es cierto que ahora perseguimos los más extraños secretos.

—Sí, es cierto —repuso el conde—; ahora se da crédito a toda clase de cuentos infantiles y raras imaginaciones. Hay que precaverse contra esta extraña epidemia. Sin embargo, como he interrumpido al señor capitán en el punto más interesante de su relato, le suplico que refiera el final, ya que ninguno de sus oyentes querrá quedarse sin oír el desenlace.

Al capitán le pareció el conde no sólo un personaje siniestro, sino, además, antipático. Encontró que en sus palabras había algo de burla, toda vez que se sonreía de modo diabólico al pronunciarlas; así es que repuso, echando llamas por los ojos y en un tono altivo, que temía alterar con sus cuentos infantiles la alegría que se había desatado al entrar el conde en aquel círculo tan serio y que, por tanto, prefería callarse.

El conde hizo como que no tomaba en consideración las palabras del capitán. Jugueteando con la tabaquera de oro que tenía en la mano, se volvió hacia el coronel para preguntarle si la alegre dama era francesa de nacimiento.

Se refería a Margarita, que continuaba tarareando por la sala. El coronel se acercó a ella y le preguntó en voz baja si se había vuelto loca. Margarita fue a sentarse aterrorizada junto a la mesa de té. El conde tomó la palabra y fue contando diversas cosas que habían acaecido en corto espacio de tiempo. Dagoberto apenas podía pronunciar palabra. Moritz iba poniéndose cada vez más rojo y sus ojos lanzaban chispas, como si esperase la señal para atacar. Angélica parecía sumida en la labor que había empezado y no levantaba la vista. Todos evitaban mirarse llenos de desconfianza.

—Eres un hombre feliz —exclamó Dagoberto cuando se encontró a solas con Moritz—, no dudes más: Angélica te ama ardientemente. Hoy he visto en su mirada que está completamente enamorada de ti. Pero el diablo, que todo lo amaña, me parece que ha sembrado cizaña entre la mies floreciente. Margarita arde en su loca pasión. Te ama con toda la fuerza de un dolor inmenso que desgarra su pecho. La loca conducta de que ha dado pruebas hoy, no es sino la mejor muestra de un ataque furioso de celos. Cuando Angélica ha dejado caer el chal y tú se lo alcanzaste, besando su mano, las furias del infierno hicieron presa de la pobre muchacha. Y tú eres culpable de eso. Has extremado tus galanterías con la hermosa francesa. Ya sé que sólo piensas en Angélica, que todas las reverencias y elogios que haces a

Margarita van dirigidos a aquélla, pero los falsos rayos que le has lanzado han incendiado su alma. La pena es que, en realidad, no sé cómo va a terminar la cosa y si tendremos que ver horribles sucesos y situaciones espantosas.

—¿Yo con Margarita —repuso el capitán— cuando Angélica me ama, como decís? Entonces, aunque lo dudo, seré feliz y poco me importan todas las Margaritas que hay en el mundo y todas sus locuras. Pero un temor invade ahora mi ánimo. Este siniestro conde extranjero que ha hecho su entrada de modo tan misterioso, ¿no parece interponerse entre nosotros? Tengo la impresión de que a cualquier sitio que se vuelva va a hacer que suceda una desgracia, conjurada por él mismo desde lo más profundo de la noche. ¿Has notado con qué frecuencia su mirada se posa sobre Angélica y cómo sube un leve color a sus pálidas mejillas para luego desaparecer? Este monstruo ha hecho caso omiso de mi amor, por eso las palabras que me ha dirigido han sido tan burlonas, pero te aseguro que no pienso aguantarlo, aunque me cueste la vida.

Dagoberto dijo que el conde parecía un individuo fantasmal, al que no había que perder de vista, aunque quizá, detrás de esta apariencia, se escondiese menos de lo que se figuraban y que la sensación siniestra que causaba fuese debida a la tensión en que se encontraban cuando entró.

—Recibamos —repuso Dagoberto— a todos los seres desconcertantes con ánimo templado, con invariable confianza. No hay poder maléfico que haga doblar la cabeza al que se muestra poderoso y con ánimo entero.

Tiempo después, el conde, que visitaba cada vez con más frecuencia la casa del coronel, llegó a hacerse imprescindible. Todos coincidían en reconocer que el reproche de ser siniestro que le habían hecho recaía ahora sobre ellos.

—Acaso —decía la coronela—, acaso, ¿no podía él, con muchísima razón, tenernos por gente siniestra con nuestros pálidos semblantes y nuestra extraña conducta?

El aludido desplegaba en su conversación una rica gama de conocimientos y, no obstante ser italiano y expresarse con acento extranjero, era capaz de hacer una exposición perfecta. Sus relatos tenían un fuego irresistible, tanto que incluso Moritz y Dagoberto, que en un principio mostraron su enemistad al extraño, cuando éste hablaba y exteriorizaba en su bien formado semblante una sonrisa amable, llegaron a olvidar su enfado y, como Angélica, estaban pendientes de sus labios.

La amistad del coronel con el conde había llegado a un punto tal que éste le consideraba como uno de los hombres más nobles que había conocido. La casualidad les puso en contacto con el Norte, donde el segundo ayudó al primero con todo desinterés en una situación apurada en la que hubiera podido perder para siempre no sólo el dinero y los bienes, sino la fama y el honor. El coronel, que agradecía al conde en lo más hondo de su ser todo lo que le debía, estaba pendiente de él por completo.

—Ha llegado el momento —dijo el coronel un día a su esposa, cuando ambos se encontraban solos—, ha llegado el momento de que te diga el motivo de que el conde

se encuentre aquí. Ya sabes que él y yo hace más de cuatro años que nos conocimos, y fuimos estrechando nuestra amistad de tal modo, que llegó un momento que nuestros cuartos estuvieron muy próximos. Sucedió que el conde, una mañana al entrar en mi habitación vio sobre la mesa la pequeña miniatura de Angélica, que siempre llevo conmigo. Conforme la miraba, su excitación iba en aumento. Incapaz de articular palabra, se quedó mirándola fijamente sin poder apartar los ojos de ella, hasta que, al fin, exclamó admirado que nunca había visto una mujer tan hermosa, tan encantadora, y que nunca había sabido qué era el amor, pero ahora le incendiaba el corazón con llamas vivísimas. Bromeé acerca del efecto maravilloso del retrato, llamé al conde nuevo Calaf, y le deseé suerte, pues sin duda Angélica no sería ninguna *Turandot*. Finalmente le di a entender de un modo indirecto que ya no era ningún joven para inflamarse con una pasión tan romántica y enamorarse de un retrato. Me juró con firmeza, dando muestras de verdadero arrebato, cosa propia de su nación, que amaba apasionadamente a Angélica, y que yo, si quería impedir que se hundiese en la sima de la desesperación, debía permitirle pretender la mano de mi hija.

Y el coronel terminó diciendo:

—Por eso se encuentra aquí, y por eso ha venido a nuestra casa. Está convencido de haberse ganado la inclinación de Angélica y ayer me hizo una petición formal. ¿Qué me dices del asunto?

La coronela no supo qué contestar, porque las últimas palabras de su esposo la estremecieron.

—Por Dios —exclamó—, ¿entregar nuestra Angélica a ese conde tan extraño?

—¿Extraño? —repuso el coronel ceñudo—. ¿Un extraño el conde a quien debo el honor, la libertad y quizá hasta la vida? Te confieso que, en efecto, su edad madura no concuerda con nuestra joven palomita, pero es un hombre noble y además rico, muy rico.

—Y ¿sin preguntarle nada a Angélica? —interrumpió la coronela—. ¿Sin preguntarle nada a Angélica, que quizá no sienta la menor inclinación por él, aunque éste se lo imagine en su loca fantasía de enamorado?

—¿Acaso te he dado alguna vez motivo —dijo el coronel, levantándose de un salto de la silla, y mirando furioso a su esposa— para pensar que soy un padre tiránico y loco que trata de emparejar de indigna manera a su adorada hija? Pero ya estoy harto de vuestra sensibilidad novelesca y de vuestras ternezas. Hay que ver qué cosas tan fantásticas se imaginan al casarse una pareja. Angélica es toda oídos cuando el conde habla, le mira muy favorablemente, se ruboriza cuando él besa su mano, que ha dejado entre las suyas. Así es como se expresa la inclinación de una joven inexperta, a la que un hombre hace feliz. No es necesario que sea un amor novelesco, ese que tantas veces ronda vuestra imaginación.

—Creo —le interrumpió la coronela—, creo que el corazón de Angélica no es libre, aunque ella ni siquiera lo sepa.

—¿Cómo? —exclamó enfadado él.

Y ya iba a salir precipitadamente, cuando en aquel instante se abrió la puerta y apareció Angélica con una sonrisa celestial, de la más pura inocencia. El coronel, abandonando su enfado y su mal humor, fue hacia ella, la besó en la frente y cogiéndola de la mano la condujo hacia una silla, yendo a sentarse a su lado. Luego se puso a hablarle del conde, alabando su noble figura, inteligencia, y sensibilidad; después preguntó a Angélica si le era soportable. Ella respondió que, al principio, le había resultado muy extraño y hasta le pareció siniestro, pero que luego supo dominar este sentimiento, y que ahora ¡hasta le mira con agrado!

—¡Oh, gracias sean dadas al Cielo! —gritó el coronel lleno de alegría—. ¡Vas a ser mi consuelo, mi salvación! El conde S., este noble caballero, siente por ti profunda adoración y pretende tu mano, si no se la niegas.

Apenas había pronunciado el coronel estas palabras, cuando Angélica, exhalando un gemido, cayó desvanecida. La coronela la tomó en sus brazos, al tiempo que lanzaba una mirada significativa a su esposo, quien contemplaba en silencio a la pobre criatura, pálida como una muerta. La joven se recuperó; un torrente de lágrimas brotó de sus ojos, y comenzó a gritar con voz desgarradora:

—¡El conde, el horrible conde! ¡No, no, jamás!

Con toda suavidad su padre le preguntó una y otra vez por qué motivos le parecía tan horrible. Angélica confesó que precisamente en el mismo instante en que el coronel le había dicho que el conde la amaba, había recordado de pronto aquel espantoso sueño que había tenido la noche en que cumplía sus catorce años y del que había despertado atemorizada, sin poder recordar lo más mínimo de ninguna imagen.

—Me hallaba —refirió Angélica— recorriendo un jardín muy agradable, entre los arbustos y las flores. De pronto me encontré ante un árbol maravilloso con hojas muy oscuras y flores enormes, extrañas y olorosas, parecidas a las del saúco. Parecía como si el árbol me hiciese señas, invitándome a acercarme a su sombra. Como atraída por invisible e irresistible fuerza, me tumbé en el césped bajo el árbol. Era como si se oyesen extraños sonidos a través del aire, como si un soplo de viento estremeciese el árbol, que se diría lanzaba temerosos suspiros. Sentí, entonces, una pena indescriptible y una profunda compasión agitó mi pecho. Yo misma no supe por qué. ¡Un rayo ardiente pareció atravesar mi corazón, desgarrándole! Pero el grito que traté de proferir no brotó; tan angustiado estaba mi corazón, que sólo pudo convertirse en un ahogado suspiro.

»El rayo que traspasó mi corazón no era sino la mirada de unos ojos varoniles que me contemplaban desde un oscuro matorral. En el mismo instante, los ojos estuvieron ante mi presencia y una mano blanca trazó un círculo en torno mío. Y los círculos fueron haciéndose cada vez más estrechos, como si fueran un hilo de fuego, de tal forma que al final no podía moverme, envuelta en aquella tela de araña. Hay que añadir que la espantosa mirada de aquellos horribles ojos penetraba hasta mi interior y se apoderaba de todo mi ser; el solo pensamiento de depender de un tenue hilo, me

causa una angustia de muerte. El árbol inclinó las flores hacia mí y entonces se oyó la voz agradable de un joven que decía: «¡Angélica yo te salvaré, yo te salvaré!». Pero…

El relato fue interrumpido cuando anunciaron al capitán de R. que venía a hablar con el coronel. Nada más oír el nombre de aquél, Angélica le llamó, de nuevo las lágrimas brotaron a raudales de sus ojos, y con una voz que expresaba un profundo dolor, y la pena de amor que se alberga en un pecho, exclamó:

—¡Moritz, ay, Moritz!…

El capitán al entrar oyó estas palabras y vio a Angélica bañada en lágrimas, que le tendía los brazos. Fuera de sí, quitándose la gorra militar que cayó al suelo, se arrodilló a los pies de Angélica, y como ésta, desvanecida por el placer la pena, cayese en sus brazos, la estrechó contra su pecho. El coronel observó el grupo, mudo de asombro.

—Me figuraba —susurró la madre en voz baja—, me figuraba que se querían, pero no sabía nada.

—Capitán de R. —exclamó furioso el coronel—, ¿qué tiene usted que ver con mi hija?

Moritz, recuperándose, dejó con suavidad en la silla a la desvanecida Angélica, recogió la gorra del suelo, y dando un paso hacia el coronel, con el semblante rojo como la grana y la mirada baja, aseguró, por su honor, que amaba profundamente a Angélica, pero que hasta este instante nunca se habían dicho la más mínima palabra, y que ni la menor confesión de sus sentimientos había brotado de sus labios. Dudaba que Angélica le correspondiese. Era en este momento, por vez primera, cuando experimentaba una felicidad celestial, y ahora esperaba que el noble y cariñoso padre no le rechazase, si le suplicaba bendecir un lazo que estrecharía un amor puro y ardiente.

El coronel midió al capitán y luego a Angélica con mirada sombría; luego se paseó por la habitación con los brazos cruzados, como alguien que ha tomado una decisión. Al fin se detuvo ante la coronela, que sostenía en sus brazos a Angélica, mientras la consolaba.

—Vamos a ver —dijo conteniendo su ira—. ¿Qué relación tiene un necio sueño con el conde?

Angélica, entonces, se arrojó a sus pies y besándole las manos, que regó con sus lágrimas, le habló con la voz ahogada por el llanto.

—¡Padre mío! Padre querido, aquellos espantosos ojos que me traspasaban eran los ojos del conde, y su mano fantasmal es la que me rodeó con la tela de araña de fuego. ¡Pero la voz juvenil que me consolaba y que me llamaba desde las flores aromáticas del árbol maravilloso era la de Moritz, mi Moritz!

—¡Tu Moritz! —gritó el coronel volviéndose tan bruscamente que Angélica estuvo a punto de caer al suelo. Luego musitó en voz baja, para sus adentros—: «¡Fantasías infantiles, un amor oculto que sacrifica la sabia decisión del padre frente

a las pretensiones de un noble caballero!».

Siguió como antes, paseándose en silencio de un extremo a otro de la habitación. Finalmente, dirigiéndose a Moritz, dijo:

—Capitán de R., bien sabéis lo que os aprecio, para mí nada sería más grato que teneros por yerno, pero he dado mi palabra al conde de S., al que estoy todo lo obligado que un hombre puede estarlo. No creáis, sin embargo, que soy un padre tiránico y obstinado. Corro a ver al conde y le descubriré todo. ¡Vuestro amor es como un desafío, quizá me cueste la vida, pero sea lo que sea, me rindo! ¡Esperad aquí a que vuelva!

El capitán aseguró, lleno de entusiasmo, que él prefería cien veces la muerte antes que el coronel sufriese el menor peligro. Éste, sin darle respuesta, salió apresuradamente. Apenas hubo abandonado la estancia, los enamorados se arrojaron en brazos el uno del otro en la plenitud de su dicha, jurándose felicidad eterna. Luego, Angélica afirmó que nada más oír al coronel la pretensión del conde, sintió en lo más hondo de su alma cuánto amaba a Moritz, y que prefería morir a ser esposa de otro. Tenía la sensación de saber desde hacía mucho tiempo que Moritz la amaba. Luego, ambos recordaron aquel instante en que descubrieron su amor, y, al recordarlo, se sintieron tan felices que olvidaron por completo la ira y la obstinación del coronel; tan gozosos estaban que parecían niños felices.

La coronela, que ya había observado este amor naciente, y que aprobaba de todo corazón la inclinación de Angélica, les dio palabra de hacer todo lo posible para que su esposo cesase de insistir en un enlace que a ella misma la espantaba.

Apenas había pasado una hora, cuando la puerta se abrió y, con asombro de todos, entró el conde de S. Le seguía el coronel con mirada brillante. El conde se acercó a Angélica, cogió su mano y la miró con amarga y dolorosa sonrisa. Angélica se estremeció, y próxima a desvanecerse, dejó oír un murmullo:

—¡Ah, esos ojos!

—Palidecéis —comenzó a decir el conde—, palidecéis, señorita, como cuando por vez primera entré en vuestro círculo. ¿Verdaderamente os parezco un espantoso fantasma? ¡No! No os asustéis, Angélica, nada temáis de un hombre inofensivo, que os ha amado con todo el ardor, con todo el fuego de un corazón juvenil, y que era lo bastante necio para pretender vuestra mano, cuando ya vuestro corazón era de otro. ¡No! Ni siquiera mi vista os recordará los tristes instantes que os he proporcionado. ¡Pronto, quizá mañana, me volveré a mi patria!

—¡Moritz, Moritz! —exclamó Angélica arrojándose en brazos del amado.

El conde se estremeció, sus ojos brillaron con fuego inusitado y sus labios temblaron, profiriendo un sonido inarticulado. Volvióse hacia la coronela con una frase indiferente, y gracias a eso pudo dominar sus sentimientos.

El coronel no cesaba de decir:

—¡Qué nobleza, qué hombre tan superior! ¿Quién podrá igualar a este hombre? ¡Es mi gran amigo!

Luego estrechó contra su pecho al capitán, a Angélica y a la coronela, asegurando sonriente que no quería saber nada del complot que habían tramado contra él y esperaba que, en el futuro, no sufrirían más bajo la mirada de ojos fantasmales.

Como ya era mediodía, el coronel invitó al capitán y al conde a comer con él. Se envió a buscar a Dagoberto, que al punto acudió muy complacido y lleno de alegría. Al ir a sentarse a la mesa vieron que faltaba Margarita. Vinieron a decir que se había encerrado en su cuarto, y que, sintiéndose enferma, no podía acudir.

—No sé —dijo la coronela— qué es lo que le sucede desde hace algún tiempo, tiene un humor caprichoso, llora y ríe sin motivo, y su extraña imaginación la conduce a los extremos.

—¡Tu felicidad —susurró Dagoberto al oído del capitán—, tu felicidad es la muerte de Margarita!

—Visionario —repuso al instante éste—, visionario, no turbes mi felicidad ni estropees mi paz.

Nunca como ahora sintióse el coronel tan alegre, nunca tan feliz la coronela, que tanto se había preocupado por su hija, y ahora se quitaba de encima esta preocupación. Añádase a esto que Dagoberto rebosaba de satisfacción, y que el conde, olvidado de las heridas que le había causado la reciente pena, ponía todo su ingenio en la conversación, de tal modo que parecía como si en torno de la feliz pareja se tejiese una bella corona de flores.

Comenzaba a atardecer; el vino, de la mejor calidad, resplandecía en los vasos y todos bebían y brindaban alegremente por la pareja de novios, cuando he aquí que, suavemente, se abrió de improviso la puerta del salón contiguo, dando paso a Margarita que, con paso vacilante, vestida con camisón blanco, y los cabellos sueltos, parecía pálida y descompuesta, como muerta.

—Margarita, ¿qué broma es ésta? —exclamó el coronel, sin atender a lo que decía.

Ésta, dirigiéndose al capitán, y apoyando su mano helada sobre su pecho, imprimió un tenue beso en su frente, murmurando con voz ahogada:

—¡Que el beso de quien va a morir traiga felicidad al alegre novio!

Y cayó desvanecida al suelo.

—¡Qué desgracia —musitó Dagoberto al conde—, está locamente enamorada del capitán!

—Lo sé —repuso el conde—, y ha llevado la cosa tan lejos que incluso ha tomado veneno.

—¡Dios mío! —exclamó asustado Dagoberto, yendo de un salto al sillón donde habían sentado a la pobre Margarita.

Angélica y el coronel se apresuraron a rociarle la frente con agua bendita. Cuando Dagoberto se acercó, precisamente en aquel instante, ella abría los ojos. La coronela dijo:

—Tranquilízate, hija mía, te habías sentido mal, pero ya todo ha pasado.

A lo que Margarita repuso con voz ronca y ahogada:

—¡Sí, pronto pasará todo…, me he envenenado!

Angélica y la coronela dieron un grito y el coronel exclamó furioso:

—¡Por todos los diablos! ¿Estás loca? ¡Que llamen a un médico en seguida! ¡Que traigan al primer médico bueno que encuentren!

Los sirvientes y el mismo Dagoberto se apresuraron a ir en su busca.

—¡Alto —exclamó el conde, que había permanecido quieto y tranquilo, hasta haber vaciado la copa colmada de su vino predilecto, un ardiente vino de Siracusa—, alto!… Si Margarita ha tomado veneno no es necesario que venga ningún médico, pues en este caso yo sé muy bien lo que hay que hacer. Dejadme que la vea…

Y acercándose a Margarita, que yacía desmayada, agitado su cuerpo por calambres nerviosos, se inclinó hacia ella. Todos vieron cómo sacaba una cajita de su bolsillo, tomaba algo entre los dedos y le frotaba suavemente la región cervical y el epigastrio. Luego, dejándola, se volvió hacia los demás y dijo:

—Ha tomado opio, pero podré salvarla valiéndome de los medios de que dispongo.

Por mandato del conde, Margarita fue transportada a su habitación, donde sólo él permaneció a su lado. La doncella de la coronela, entretanto, había encontrado el frasquito que contenía las gotas de opio, que le habían sido prescritas a la coronela, y que la insensata había vaciado.

—El conde —dijo Dagoberto con tono irónico—, el conde verdaderamente es un hombre prodigioso. Ha adivinado todo. Nada más ver a Margarita, supo al instante que había tomado veneno, y desde el primer momento adivinó de qué clase era.

Pasada una media hora, el conde entró en la sala asegurando que Margarita estaba por completo fuera de peligro. Echando una mirada de reojo a Moritz, añadió que además esperaba haber acabado de una vez con la raíz del mal. Deseaba ahora que la doncella permaneciese al lado de Margarita, e incluso él mismo pasaría la noche en la habitación contigua, de forma que si sucediese algo, estaría presto para ayudarla. Con el fin de estar preparado, sólo pidió que dispusiesen en su estancia un par de vasos de buen vino.

Después de esto, volvió a sentarse a la mesa con todos los caballeros, pues Angélica y la coronela, muy afectadas por el suceso, se habían ausentado.

El coronel manifestó gran enfado por la maldita broma que les había gastado aquella loca, pues era así como juzgaba la conducta de Margarita. Moritz y Dagoberto se sintieron muy incomodados e intranquilos. Tanto más cuanto que el conde, al observar su estado, se mostraba más alegre y regocijado, aunque había algo siniestro en su alegría.

—Este conde —dijo Dagoberto a su amigo, cuando se dirigieron a su casa— me resulta un ser verdaderamente siniestro. Parece como si su conducta encerrase algo misterioso.

—¡Ay —repuso Moritz—, siento mi pecho agitado y los más negros

presentimientos oprimen mi corazón, pues me parece que una desgracia amenaza mi amor!

Esa misma noche el coronel fue despertado por un correo urgente. A la mañana siguiente entró muy pálido en la estancia de la coronela, y dijo con fingida tranquilidad:

—¡Otra vez hemos de separarnos, querida mía! La guerra empieza de nuevo. Anoche recibí la orden. En cuanto esté preparado, quizá esta misma noche, tendré que salir con el regimiento.

La coronela, asustada, rompió a llorar. El coronel trató de consolarla, diciéndole que estaba convencido de que esta campaña terminaría con gloria, como la anterior, y que estuviese alegre, pues no sucedería ninguna desgracia.

—Entretanto —añadió—, mientras combatimos al enemigo y se firma la paz, puedes trasladarte a nuestras posesiones. Os daré un acompañante que os hará olvidar la soledad y el apartamiento de vuestra obligada estancia. El conde S. irá con vosotros.

—¿Cómo? —exclamó la coronela—. ¡Por Dios bendito! ¿Que el conde va a venir con nosotros? ¿El novio despreciado? ¿El intrigante italiano que oculta en su interior la rabia, dispuesto a lanzarla fuera en la primera ocasión? No sé por qué, pero desde ayer tengo siempre presente su figura y me resulta más odioso que nunca.

—¡Calla! —le interrumpió el coronel—. ¡Son insufribles las fantasías, las imaginaciones de las mujeres! ¡No comprenden la grandeza de alma de un hombre valeroso! El conde ha permanecido toda la noche, tal como digo, en la habitación contigua a la de Margarita. Ha sido el primero en saber la noticia de la nueva campaña. Su regreso a la patria ahora es imposible. Quedó tan sorprendido que le ofrecí que permaneciese en nuestras posesiones. Después de negarse reiteradas veces, se decidió por fin, y me dio su palabra de honor de protegeros, y de hacer todo lo que estuviese en su mano para acortar el tiempo de nuestra separación. Ya sabes todo lo que le debo; mis posesiones son ahora un refugio para él, refugio que no puedo negarle.

La coronela, al oír esto, no supo qué responder. El coronel no dijo más. A la noche siguiente, dieron la señal de partida y, con indecible dolor, se separaron los enamorados.

Pocos días después, Margarita, totalmente recuperada, emprendió el viaje en compañía de la coronela y de Angélica hacia las posesiones. El conde les acompañaba con numerosos servidores.

Éste, durante los primeros días, se dejaba ver poco ante las damas, siendo su conducta muy amable; únicamente aparecía cuando exigían su presencia, de otro modo, permanecía en su habitación o daba paseos solitarios.

Al principio pareció que la campaña era favorable a los enemigos, luego se libraron combates gloriosos. El conde fue siempre el primero en recibir los mensajes de victoria y todas las noticias acerca del destino del regimiento que mandaba el

coronel. En las batallas más cruentas, ni el coronel ni el capitán habían recibido ningún balazo o mandoble, y todas las cartas lo confirmaban. Así que el conde, siempre que aparecía ante las damas, semejaba un mensajero de victoria y de la felicidad. De tal forma que su conducta daba muestras de la más pura inclinación hacia Angélica, tal como si fuera un padre cariñoso, atento sólo a su cuidado. Ambas, la coronela y Angélica, tuvieron que confesarse que el coronel había juzgado rectamente al amigo, y que el prejuicio que sentían contra él era producto de una ridícula imaginación. También Margarita parecía curada de su loca pasión, y de nuevo era la francesa alegre y parlanchina.

Una carta del coronel a la coronela, y otra del capitán a Angélica, ahuyentaron los últimos restos de preocupación. La principal plaza fuerte de los enemigos había sido tomada y se había firmado la paz. Angélica se sentía plenamente feliz; siempre era el conde quien, con gran animación, relataba los audaces hechos de armas del valiente Moritz, y anunciaba la dicha que esperaba a la bella prometida. Al decir esto, un día tomó entre las suyas la mano de Angélica, la oprimió contra su pecho, preguntándole si seguía aún resultándole tan odioso como antes. Ruborizándose, avergonzada, con lágrimas en los ojos, Angélica repuso que nunca le había odiado, sino que había amado con todo su corazón a Moritz, por lo cual veía con horror toda otra pretensión. Muy serio y solemne, el conde dijo entonces:

—Considéreme, Angélica, como si fuera un amigo fiel y paternal —y al decir esto depositó un ligero beso en su frente, que ella, pobre niña, soportó, como si fuera su propio padre, que acostumbraba a besarla de tal modo.

Todos esperaban que en breve volviese el coronel a su patria, cuando he aquí que llegó una carta, cuyo contenido daba cuenta de una gran desgracia. El capitán, al pasar por un pueblo, acompañado de un criado, sufrió el asalto de unos campesinos armados que, después de malherirle, le llevaron consigo. La alegría que hasta entonces había llenado la casa se convirtió de pronto en horror, profunda pena y enorme desconsuelo.

En la mansión del coronel había un gran revuelo. Ricos criados de librea subían y bajaban las escaleras, los carruajes entraban en el patio del palacio con los invitados, a los que recibía él, cubierto el pecho por las condecoraciones ganadas en la última campaña. En una estancia del piso superior se encontraba Angélica vestida de novia, en la plenitud de su belleza y de su juventud, junto a la coronela.

—Querida hija —dijo ésta—, tú misma has escogido con entera libertad como esposo al conde de S. Tu padre, que tanto deseaba antes esta unión, ahora no ha insistido, tras la muerte del desgraciado Moritz. Sí, tengo la sensación de que comparte el mismo sentimiento doloroso que ahora no debo ocultarte. Me resulta incomprensible que hayas olvidado tan pronto a tu Moritz. La hora decisiva se acerca. Has concedido tu mano al conde; consulta a tu corazón, aún es tiempo. ¡No vaya a ser que el recuerdo del ausente sea como una negra sombra en tu clara vida!

—Nunca —exclamó Angélica, mientras lágrimas como perlas brotaban de sus

ojos—, nunca olvidaré a mi Moritz, y nunca amaré tanto como he amado en otro tiempo. ¡El sentimiento que experimento hacia el conde es muy diferente! ¡Todavía no sé cómo éste ha sido capaz de ganar mi afecto!… ¡No!…, no le amo, no puedo amarle tal como amaba a Moritz, pero siento como si no pudiera vivir sin él, y como si sólo pudiese pensar a través suyo. Una voz interior me dice continuamente que debo ser su esposa, y que no existe para mí más vida que estando a su lado… Y sigo esta voz interior, que considero como un lenguaje secreto del presentimiento.

La doncella entró trayendo la noticia de que Margarita había desaparecido muy temprano y no se la encontraba. Un poco después, el jardinero trajo una cartita para la coronela, que Margarita le había entregado, con el encargo de dársela cuando hubiese terminado sus labores y llevase las flores al palacio.

La esquelita que leyó la coronela decía así:

> *«Ya no me volveréis a ver más. Un cruel destino me lleva lejos de vuestra casa. Os suplico, a vos que siempre habéis sido como una madre para mí, que no me sigáis ni me forcéis a regresar. El segundo intento de darme la muerte resultará mejor que el primero. Que Angélica goce la felicidad que a mí me ha sido negada. Sed dichosos. Olvidad a la infeliz Margarita».*

—¿Qué es esto? —exclamó la coronela—. ¿Se ha propuesto esta loca destruir nuestra paz? ¿Es que siempre tiene que hacer lo mismo cuando estás a punto de dar la mano al esposo? Que vaya donde quiera esta desagradecida, a quien he cuidado como si fuera una hija, que vaya donde quiera, nunca más volveré a preocuparme de ella.

Angélica rompió a llorar, al recuerdo de su perdida hermana, y la coronela le suplicó entonces que no prestase atención a una loca en momentos tan decisivos.

Ya estaban todos reunidos en el salón grande, cuando sonó la hora de encaminarse a la capilla, donde un cura católico debía unir a la pareja. El coronel condujo a la novia y todos quedaron asombrados ante su belleza, realzada por la sencilla elegancia de su traje. Se esperaba al conde. Transcurrió un cuarto de hora, y luego otro, y no aparecía. El coronel se encaminó a su habitación. Un servidor dio la noticia de que el conde, después de vestirse, se había sentido repentinamente indispuesto y se dirigió al parque para dar un paseo con el fin de tomar el aire, prohibiéndole al criado que le siguiese.

Éste confesó que, no sabía por qué, la conducta del conde le preocupaba y le había pasado por la cabeza que algo espantoso le iba a suceder. Tras esto dijo que, como el conde iba a regresar de un momento a otro, debía llamarse inmediatamente a un famoso médico que se encontraba entre los invitados. Acompañado del criado, el médico aludido se encaminó al parque en busca del conde. Se dirigió por el paseo principal hacia una plazoleta rodeada de tupidos arbustos, que según recordaba el coronel, era el sitio favorito de aquél. Allí estaba totalmente vestido de negro, con la estrella de la orden refulgiendo sobre su pecho, los brazos plegados y sentado en un

banco. Se apoyaba en el tronco de un saúco floreciente, y los miraba con mirada fija. Todos sintieron un estremecimiento al verle, pues la mirada sombría de aquellos ojos, que parecían vacíos, era espantosa.

—¡Conde S.! ¿Qué ha sucedido? —exclamó el coronel, pero no obtuvo respuesta, no se movía, no respiraba.

El médico se abalanzó hacia él, le quitó la casaca, el cuello, la camisa y le frotó la frente. Volviéndose hacia el coronel dijo con voz sofocada:

—Son vanos todos los remedios…, está muerto… El ataque le ha sorprendido precisamente aquí.

El criado prorrumpió en gritos. El coronel, sobreponiéndose al tremendo espanto que sentía, con valor varonil, le rogó que se apaciguara:

—Podemos causarle la muerte a Angélica si no procedemos con cautela —dijo.

Apenas hubo dicho esto el coronel, levantaron el cadáver y lo llevaron a un pabellón solitario, cuya llave guardaba aquél, dejándolo bajo la vigilancia del criado. Luego se encaminó con el médico hacia el palacio.

Sin saber la conducta a seguir, se preguntaba si debía ocultar a Angélica la fatal noticia o comunicársela con serenidad. Cuando entró en el salón, encontró un gran desconcierto y revuelo. Al parecer, Angélica se encontraba en alegre conversación, cuando de pronto, cerrando los puños, cayó desmayada. La habían transportado a la estancia contigua, donde reposaba en el sofá. Su rostro no denotaba palidez, no estaba desfigurado, incluso las rosas de sus mejillas estaban más frescas y floridas que nunca, y una expresión indescriptible de apacible felicidad, algo como celestial, se extendía por su semblante. El médico, después de observarla atentamente, afirmó que no existía el menor peligro y que la joven, de manera incomprensible, se encontraba en un estado magnético. No se atrevía a despertarla violentamente y contaba con que ella misma despertaría.

Mientras, se oía un murmullo entre los invitados. La repentina muerte del conde debía de haberse dado a conocer. Todos se fueron alejando, y, poco después, se oyó rodar los carruajes.

La coronela, inclinada sobre Angélica, oía su respiración. Parecía decir palabras, que nadie podía comprender. El médico no permitió que desvistieran a Angélica, ni siquiera que le quitasen los guantes; cualquier contacto podía serle fatal.

De pronto, Angélica abrió los ojos, miró a lo alto y dijo con voz aguda:

—¡Él viene! ¡Él viene!

Y levantándose del sofá, con toda la fuerza de que era capaz, se abalanzó hacia la puerta de la sala, escaleras abajo.

—¡Está loca! —exclamó la coronela espantada—. ¡Oh Dios mío, se ha vuelto loca!

—¡No, no —la consoló el médico—, no es locura, sino algo insólito que va a suceder!

Y siguió corriendo tras la joven.

Vio cómo Angélica, saliendo por la puerta del palacio, se dirigía hacia el ancho camino con los brazos extendidos, corriendo como flecha disparada, de tal forma que la rica túnica ondeaba al viento y la cabellera suelta era juguete de la brisa. Un jinete, que cabalgaba a su encuentro, saltó del caballo y la abrazó, estrechándola contra su pecho. Dos jinetes más se detuvieron, descabalgando. El coronel, que había seguido apresuradamente al médico, permanecía asombrado ante el grupo, frotándose la frente, como tratando de despejar sus pensamientos.

Era Moritz que estrechaba a Angélica; a su lado estaban Dagoberto y un caballero joven y apuesto con un rico uniforme de general.

—¡No! —exclamaba Angélica una y otra vez, estrechando al amado—. ¡No! ¡Nunca te he sido infiel, mi adorado Moritz!

Y Moritz respondía:

—¡Ya lo sé!… ¡Ya lo sé! ¡Ángel mío! ¡Te había atraído con artes satánicas!

A lo que fue añadiendo más cosas mientras conducía a Angélica al palacio, en tanto los demás permanecían callados. Ante la puerta del palacio, el coronel suspiró profundamente, al parecer sobreponiéndose, y exclamó, mirando a todos, como si esperase respuesta:

—¡Qué aparición, qué prodigio tan grande!

—Pronto explicaremos todo —dijo Dagoberto, al tiempo que presentaba al coronel al forastero como el general ruso Bogislav de S., amigo íntimo del capitán.

Cuando llegaron a las habitaciones de palacio, Moritz preguntó, sin tener en cuenta el asombro y el espanto de la coronela:

—¿Dónde está el conde S.?

—Entre los muertos —repuso con voz sofocada el coronel—. Hace un instante ha sufrido un ataque.

Angélica se estremeció.

—Sí —dijo—, lo sabía. En el mismo instante que murió tuve la sensación de que un cristal se quebraba en mi interior, y caí en aquel extraño estado. He debido ahuyentar aquel sueño espantoso, pues cuando recobré el sentido, ya no tenían ningún poder sobre mí aquellos ojos terribles; la tela de araña se rompió y me sentí libre. ¡Me inundó la felicidad, vi a Moritz…, a mi Moritz… Venía… Y yo volé a su encuentro!

Y al decir esto se abrazó al amado, como si temiese perderlo de nuevo.

—Alabado sea Dios —dijo la coronela, elevando su mirada al cielo—. Me habéis quitado un peso que casi me aplastaba; estoy libre de ese miedo indecible que me sobrecogió en el instante que Angélica debía entregar su mano al infeliz conde. Siempre he tenido la sensación de que mi querida hija, al tomar el anillo nupcial, se desposaba con un siniestro poder.

Como el general de S. pidiese ver el cadáver, le condujeron junto a él. Cuando quitaron la tela que cubría al difunto, y pudo contemplar el semblante del conde, contraído en un gesto crispado, se estremeció y exclamó:

—¡Es él, Dios mío, es él!

Angélica se había desmayado en brazos del capitán. La dejaron reposar y el médico dijo que nada era más beneficioso que este sueño que volvería a traer la calma a su espíritu y a su cuerpo, después de tanta excitación, con lo cual se iba a librar sin duda de alguna enfermedad amenazadora.

Ninguno de los invitados se encontraba ya en el palacio.

—Ahora es el momento —dijo el coronel—, ahora es el momento de descifrar todos los extraños secretos. Dime, Moritz, ¿qué ángel del cielo te ha vuelto a la vida?

—Ya sabéis —empezó a contar Moritz— de qué modo tan traicionero me derribaron en la región de S., después de firmada la paz. Herido de un disparo, caí del caballo. Ni siquiera sé cuánto tiempo estuve sin conocimiento. Cuando desperté de mi oscura inconsciencia, tuve la sensación de que viajaba. Era noche cerrada. Muchas voces susurraban a mi alrededor. Hablaban en francés. ¡Así, pues, estaba herido y en poder del enemigo! Sólo pensar esto me llenó de pavor, y volví a perder el conocimiento. Tengo la vaga idea de que estuve en un estado del que solamente me queda el recuerdo de algunos momentos de un dolor de cabeza intensísimo. Una mañana desperté con plena conciencia. Me encontré en una cama limpia, casi podría decir lujosa, con cortinas de seda guarnecidas de grandes borlas y flecos. La estancia entera estaba adornada con tapetes de seda y sillas y sillones con rica guarnición de oro a la manera gótica. Un desconocido me miraba, inclinándose sobre mí. Con fuerza tiró del cordón de la campanilla. Pocos minutos después se abrió la puerta y entraron dos hombres, uno de los cuales, el de más edad, iba vestido a la manera antigua y llevaba la cruz de San Luis. El joven se acercó a mí y, tomándome el pulso, dijo al mayor en francés: «Ha pasado el peligro… ¡Está salvado!». Luego me presentó al mayor como el caballero de T., en cuyo palacio me encontraba. Éste venía de viaje, en el preciso momento en que los criminales campesinos me acababan de atacar y herir, con intención de asesinarme. Logró liberarme y me trasladó a su propio coche, llevándome a su palacio, muy lejos de toda comunicación de los caminos transitados por militares. En él, un hábil cirujano, que estaba a su servicio, realizó con éxito la difícil cura de la profunda herida de mi cabeza. Me dijo que amaba a mi país, que, en los amenazadores tiempos de la Revolución, le había enseñado mucho bueno, así es que se alegraba de poder serme útil. Todo lo que aquel palacio pudiera servir para mayor comodidad mía y me reportara alivio estaba a mi servicio. Además, bajo ningún concepto consentiría que me fuese antes de que mis heridas estuviesen fuera de peligro, y hasta que desapareciese la inseguridad de los caminos. Por lo demás, sentía mucho la imposibilidad de dar a mis amigos noticias del lugar donde me encontraba.

»El caballero era viudo, sus hijos estaban ausentes, de modo que habitaba el palacio únicamente en compañía del cirujano y de una numerosa servidumbre. No me cansaría de referir con pormenores cómo fui curándome en manos del hábil cirujano, cómo el caballero se encargó de hacer agradable aquella vida mía de ermitaño. Su conversación era notable y su mirada muy profunda, lo que no suele ser corriente

entre los de su nación. Hablaba de arte y de ciencia, aunque evitaba siempre decir nada de los recientes acontecimientos. Puedo afirmaros que mi único pensamiento era Angélica, y que todo mi ser se consumía sólo de pensar en el dolor que podía sentir a causa de mi muerte. Continuamente pedía al caballero que procurase enviar cartas mías al cuartel general. Pero hacía un gesto negativo con la mano y me consolaba, diciendo que en cuanto estuviera curado, sucediese lo que sucediese, prometía llevarme a mi patria. De sus manifestaciones deduje que la guerra había comenzado de nuevo y con ventaja para la Alianza, lo que ocultaba piadosamente.

(La mención de algunas cosas fue más que suficiente para afianzar las sospechas que ya abrigaba Dagoberto).

—Estaba yo libre de fiebre, pero una noche, sin saber cómo, caí en un estado de ensoñación verdaderamente incomprensible, que todavía me estremece y me deja un recuerdo fatídico. Veía a Angélica, pero sucedía como si su figura se desdibujase temblorosa y en vano yo trataba de retenerla. Otro ser se interponía, se apoyaba en mi pecho, penetraba en el interior de mi corazón, de tal modo que la extraña sensación de placer me dejaba sin respiración. A la mañana siguiente, por casualidad, recayó mi mirada sobre un retrato que estaba frente a mi lecho y que hasta entonces no había visto. Me estremecí profundamente, pues era Margarita, que me contemplaba con sus vivos ojos negros. Pregunté al sirviente de dónde provenía el retrato y a quién representaba. Me dijo que era la sobrina del caballero, la marquesa de T., y que el retrato siempre había estado colgado allí, y que si no lo había visto hasta ayer era porque, precisamente ayer, lo había retirado para quitarle el polvo. El caballero lo confirmó. Así, pues, siempre que despierto o en sueños pensaba en Angélica, encontraba a Margarita ante mi vista. Mi propio yo me parecía lejano, un poder extraño regía mi ser, y dominado por el terror que me sobrecogía, me daba cuenta de que no podía dejar de pensar en Margarita. Nunca olvidaré el malestar y el trastorno que me producía esta horrible situación.

»Una mañana que estaba asomado a la ventana refrescándome con las dulces auras de la brisa matinal, oí resonar en la lejanía música de trompetas… Al reconocer la alegre marcha de la caballería rusa, el corazón pareció querer saltárseme del pecho y tuve la sensación de que espíritus favorables me llamaban y sus voces amables me proporcionaban consuelo, tendiéndome la mano hacia una nueva vida y haciendo todo lo posible para sacarme del féretro en que me tenía encerrado un poder enemigo. Raudos como centellas, algunos jinetes entraron cabalgando por el patio del palacio. Miré hacia abajo: «¡Bogislav!… ¡Bogislav!», grité lleno de entusiasmo. El caballero entró, pálido, desconcertado por la llegada inesperada de aquellos huéspedes, vacilante. Sin consideración de ninguna clase, me precipité en brazos de Bogislav.

»Con asombro me enteré de que se había firmado la paz hacía mucho tiempo y que gran parte de las tropas emprendían el regreso. Todo esto me lo había ocultado el caballero, manteniéndome como encarcelado en el palacio. Nadie, ni siquiera Bogislav, era capaz de adivinar el motivo de esta conducta, pero todos tenían

presentimientos de que algo extraño había en juego. El caballero, desde aquel mismo instante, dejó de ser el mismo y entró en una especie de decaimiento. Nos aburría con sus caprichos y pequeñeces; si yo, con el más puro sentimiento de gratitud, refería con entusiasmo cómo me había salvado la vida, él sonreía maliciosamente y parecía un lunático.

»Después de un descanso de veinticuatro horas, Bogislav emprendió la marcha y yo me uní a él. Estábamos muy contentos de dejar atrás el antiguo burgo, que nos daba la sensación de una prisión siniestra. Pero ahora continúa tú, Dagoberto, que te corresponde referir los extraños sucesos que tuvieron lugar.

—¿Cómo dudar —comenzó a decir Dagoberto— de la maravillosa capacidad de presentimiento que tiene el ser humano? Nunca creí en la muerte de mi amigo. El espíritu, que en sueños nos habla de un modo tan evidente en nuestro interior, me decía que Moritz vivía y que estaba preso por lazos misteriosos que alguien le había tendido. El enlace matrimonial de Angélica con el conde me destrozaba el corazón… Cuando después de algún tiempo regresé y vi a Angélica en aquel estado, he de confesarlo, me llenó de pavor, pues tenía la sensación de ver un horrible secreto en un espejo mágico, os lo aseguro. Así es que decidí recorrer el país hasta encontrar a mi amigo Moritz. Nada os diré de la satisfacción, de la alegría que experimenté cuando en A., en suelo alemán, encontré a Moritz y con él al general de S-en. Todas las furias del averno despertaron en el pecho de mi amigo, cuando se enteró del enlace de Angélica con el conde. Pero todas las maldiciones, todas las quejas desgarradoras y todos los reproches cesaron cuando le comuniqué ciertas sospechas y hasta le aseguré que en sus manos estaba destruir de una vez este poder maligno. El general de S-en se estremeció al pronunciar yo el nombre del conde, y una vez que por orden suya le describí su semblante y figura, exclamó con fuerza: «¡Sin duda alguna es él, él mismo!».

—Sabed que —interrumpió el general Bogislav—, sabed que el conde S.-i, hace ya de esto muchos años, estando en Nápoles y valiéndose de medios satánicos, robó su amada a un caballero que se encontraba a sus órdenes. ¡Sí, y en el mismo instante que yo atravesé su cuerpo con mi espada, un artificio demoníaco nos separó para siempre a mi amada y a mí! Mucho después me enteré de que la herida que le había causado no era peligrosa, que pretendía la mano de mi amada y, ¡ay!, que precisamente el mismo día que iba a celebrarse la ceremonia había muerto ella a causa de un ataque.

—Dios justo y poderoso —exclamó la coronela—, ¿no le habrá amenazado el mismo destino a mi querida hija? Pero ¿cómo he podido presentir esto?

—Señora —repuso Dagoberto—, es como si la voz de un espíritu que presintiera todo os hubiese dicho la verdad.

—¿Y la horrible aparición —continuó diciendo la coronela— a que Moritz hacía alusión aquella tarde cuando entró el conde de S.-i de aquel modo tan siniestro?

—Tuve la sensación —dijo Moritz al reanudar el relato— de una ráfaga

espantosa, como el hálito de la muerte, y me pareció que una figura pálida y fantasmal de imprecisos perfiles cruzaba la estancia. Hice un esfuerzo de voluntad para dominar mi espanto. Conservé el conocimiento suficiente para darme cuenta de que Bogislav se había quedado como muerto. Cuando volvió en sí, gracias a la ayuda de un médico, al que llamamos, me tendió la mano diciendo: «Pronto, mañana, terminarán mis sufrimientos». Y así sucedió, tal como lo había previsto, pero de modo muy diferente, pues la divina Providencia lo había decidido así. A la mañana siguiente, en medio de un combate terrible, un trozo de metralla le alcanzó en el pecho y cayó del caballo. El trozo de metralla partió en mil trozos el retrato de la infiel que siempre llevaba en el pecho y desde entonces mi amigo Bogislav nunca más en su vida volvió a sentir inquietud ni angustia.

—Es cierto —repuso el aludido—, incluso el pensamiento de mi amada sólo me produce ese dulce dolor que tanto bien hace a veces. Ahora seguirá contándoos Dagoberto lo que nos sucedió.

—Nos apresuramos a irnos de A. —prosiguió éste—. Hoy por la mañana, al amanecer, nos encontramos en la pequeña ciudad de R, a seis millas de este lugar. Decidimos descansar algunas horas y luego cabalgar hasta aquí. Qué sorpresa sería la nuestra cuando encontramos en la hostería a Margarita, cuyo semblante pálido denotaba la locura. Echándose a los pies del capitán, abrazó llorando sus rodillas; dijo que se consideraba una malvada criminal, digna de recibir cien veces la muerte, y suplicó que la matase allí mismo. Moritz se apartó de ella con profundo horror y se alejó corriendo.

—En efecto —corroboró éste a su amigo—, en efecto, cuando vi a Margarita a mis pies vinieron a mi memoria todos los sufrimientos padecidos durante mi espantosa enfermedad en el palacio y sentí que una ira desconocida me dominaba. Estuve casi a punto de atravesar el pecho de ella con la daga, pero logré dominarme y me alejé.

—Yo, entonces —continuó Dagoberto—, levanté a Margarita del suelo, la llevé a la estancia contigua y logré calmarla, al tiempo que pude enterarme, por sus entrecortadas palabras, de lo que había presentido. Luego me dio la carta que el conde le había entregado a medianoche. ¡Y aquí la tenéis!

Dagoberto sacó la carta, la desdobló y leyó lo siguiente:

«¡Huid, Margarita! ¡Todo está perdido! ¡Se acerca ese hombre odioso! Toda mi ciencia nada puede frente a ese negro destino que va a vencerme, cuando ya estaba en la cima.

¡Margarita! Os he iniciado en secretos que aniquilarían a cualquier ser vulgar que intentase saberlos. Dueña ya de una fuerza espiritual, de una voluntad de acero, sois una aventajada discípula del experimentado maestro. Me habéis ayudado mucho. Gracias a vos pude dominar a Angélica y dominar lo más profundo de su ser. Quise concederos la felicidad que tanto anheláis y comencé a trazar los peligrosos círculos, esas operaciones, de los que yo mismo me horrorizo. ¡En vano!… ¡Huid, de lo

contrario pereceréis! Hasta el momento culminante trataré de atacar al enemigo. Pero justo en ese momento me sorprenderá una muerte súbita… Moriré solo. Cuando llegue el momento me iré paseando hacia el árbol maravilloso, a cuya sombra a menudo os refería los prodigiosos secretos que domino. ¡Margarita!, renunciad para siempre a estos secretos. La Naturaleza, esta madre cruel, contraría a sus hijos desnaturalizados, arroja de sí a los espías curiosos que tratan de levantar su velo y les lanza un juguete brillante, tan atractivo que dirigen su fuerza destructiva contra ellos mismos. Yo había estrangulado a una mujer justamente en el preciso instante que trataba de abrazar en plenitud amorosa. Esto paralizó mi fuerza y todavía, loco de mí, creía en la felicidad terrena. Adiós, Margarita. Volveos a vuestra patria. Id con el *chevalier* de T., que cuidará de vos… ¡Adiós!».

Cuando Dagoberto hubo terminado de leer la carta, todos se estremecieron.

—Así, pues, me veo forzada a creer —comenzó a decir lentamente la coronela— en cosas contra las que se rebela lo más íntimo de mi ser. Pero lo que ciertamente me resultaba muy extraño era cuan presto se había olvidado Angélica de Moritz y se había vuelto hacia el conde. No se me ha escapado que continuamente se encontraba en un estado de exaltación enorme, que me tenía muy preocupada. Recuerdo que la inclinación de Angélica comenzó a manifestarse del siguiente modo: ella me decía que casi todas las noches soñaba con el conde y que eran sueños muy agradables.

—Cierto —continuó Dagoberto—, Margarita me confesó que por orden de aquél todas las noches se acercaba a Angélica y pronunciaba a su oído el nombre del conde, suave, suavemente, con voz agradable. Incluso que el mismo conde muchas veces, a mitad de la noche, abría la puerta, entraba y durante algunos momentos clavaba su penetrante mirada en Angélica, que estaba dormida, alejándose luego. Ahora que acabo de leer esta significativa carta, ¿me permitís un comentario? Tengo la certeza de que se ha valido de toda clase de armas secretas para ejercer un efecto psíquico en los caracteres y que esto lo lograba gracias a una fuerza especial que le había concedido la Naturaleza. Estaba en relación con el *chevalier* de T. y pertenecía a esa escuela invisible que cuenta con algunos miembros en Francia y en Italia, y que procede de la antigua escuela de P-scheu. Por este motivo, el *chevalier* de T. mantenía encerrado en su palacio al capitán y ejercía sus artes encantatorias sobre él. Podría daros pruebas de los medios secretos de que se valía el conde para dominar el principio psíquico y, por lo que me descubrió Margarita, podría referiros muchas cosas de esa ciencia, que no me es desconocida, pero cuyo nombre no puedo decir por temor a no ser comprendido…; en fin, dejemos esto por hoy.

—¡Oh, para siempre! —dijo la coronela muy exaltada—. No quiero saber nada más de ese reino desconocido, donde habitan el espanto y el terror. Gracias a la divina Providencia, ha salvado a mi amada hija, nos hemos librado del huésped siniestro, que en tan mal momento entró en nuestra casa.

Se decidió que al siguiente día volverían a la ciudad. Sólo iban a quedarse la coronela y Dagoberto para cuidar del entierro del conde.

Hacía ya mucho que Angélica era esposa feliz del capitán. Sucedió, pues, que en una noche tempestuosa de noviembre, la familia, en compañía de Dagoberto, estaba reunida en la misma sala, junto a la chimenea encendida, igual que aquella vez que el conde de S.-i entró, abriendo la puerta de manera fantasmal. Como entonces, silbaban y ululaban extrañas voces que el viento huracanado transmitía por las chimeneas.

—¿Os acordáis —preguntó la coronela con mirada brillante—, os acordáis?

—¡No quiero historias de fantasmas! —exclamó el coronel.

Pero Angélica y Moritz comenzaron a comentar lo que experimentaron aquella noche y cómo entonces sintieron cuánto se amaban, así es que no cesaban de mencionar los menores detalles de lo entonces ocurrido, haciendo referencia a la pura luz de su amor y al dulce estremecimiento de pavor que despertó en sus pechos la llegada del huésped siniestro, y de aquellas voces fantasmales que parecían anunciar algo más pavoroso aún.

—¿No te parece, amor mío —dijo Angélica—, como si los extraños rumores de la tormenta, que ahora se oyen, temblasen con voz amiga de nuestro amor?

—Es cierto —repuso Dagoberto—, es cierto, y hasta los silbidos y el zumbar de la tetera no resultan ya tan horribles como nos lo parecían antes, sino que semejan una graciosa canción de cuna musitada por el geniecillo del hogar.

Angélica escondió su semblante, ruborizado como una rosa, en el pecho del felicísimo Moritz. Éste pasó el brazo en torno de la bella amada y dijo suavemente:

—¿Será posible que exista una felicidad mayor que ésta?

Mademoiselle de Scudéry

Das Fräulein von Scuderi (1817)

En la calle de Saint Honoré se levantaba la casita en que vivía Magdalena de Scudéry, conocida por sus versos llenos de donaire y por la consideración que mereció de Luis XIV y de la Maintenon.

Ya avanzada la noche —en el otoño de 1680— se oyeron en la puerta recios y vehementes golpes que resonaron en todo el vestíbulo. Bautista, que en el reducido tren de casa de la señorita ejercía a la vez de cocinero, criado y portero, había ido al campo con permiso de su ama para asistir a la boda de una hermana, de manera que la única que velaba en la casa aquella noche era la Martiniére, la camarera de la señorita. Oyó las repetidas llamadas, y se le ocurrió en seguida que, ausente Bautista, quedaba en la casa con la señorita sin auxilio ninguno. Se agolpaban en su mente los casos de violencia, de asalto de morada, los robos y los homicidios que en aquel entonces sufría París, y dio por cierto que algún grupo de perturbadores, enterados de las circunstancias de la casa, era el que alborotaba y esperaban solamente que la puerta se abriera para llevar a cabo algún intento perverso contra su dueña. Temblorosa, atemorizada y maldiciendo a Bautista, a su hermana y a la boda, se quedó quieta en su habitación, mientras continuaban resonando los golpes dados a la puerta, y en medio de ellos le pareció oír llamar una voz: —¡Abrid! ¡Os lo pido por Cristo! ¡Abrid!—. Con creciente temor se apresuró la Martiniére a coger el candelabro, con la vela encendida y se precipitó al vestíbulo. La voz del que llamaba se hizo más inteligible: —¡Por el amor de Cristo, abridme!—. Es evidente que un bandolero no habla de este modo —pensó la Martiniére—. Es tal vez una persona que busca refugio en la casa de mi señorita, a quien sabe inclinada a hacer buenas obras. Pero seamos precavidas. Abrió una ventana y preguntó al que estaba abajo quién era el que en plena noche se atrevía a llamar tan ruidosamente, despertando a todos; hizo las preguntas ahuecando la voz y dándole el tono más varonil posible. Al resplandor de los rayos de la Luna, que rasgaban ahora unas nubes obscuras, descubrió la presencia de una figura alta, envuelta en una capa de color gris claro, y con el ala del sombrero al nivel de los ojos.

—¡Bautista, Claudio, Pedro! —empezó a llamar la Martiniére, para que el que estaba abajo se enterara—. ¡Levantaos y ved al mentecato que va a hundirnos la puerta! —Pero el de abajo respondió con una voz blanda, casi suplicante:

—¡Ay, Martiniére, amada señora!, bien la conozco, por más que se esmere en fingir otra voz. Sé que Bautista está en el campo y que ha quedado sola en la casa con la señorita. No tema nada. Ábrame confiadamente. He de hablar con su señorita sin perder un minuto.

—¿Pero, se figura —replicó la camarera— que va a darle audiencia sin más ni más, en plena noche? Usted ignora que está durmiendo hace rato y que por nada la despertaré del primer sueño, que es el más dulce, y el que tanto necesita a su edad.

—Estoy enterado —replicó el que estaba abajo— de que su ama acaba de dejar en estos momentos el manuscrito de su novela llamada «Celia», en el que trabaja tan afanosamente, y que ahora está escribiendo unos versos que se propone leer mañana

en el círculo de la marquesa de Maintenon. La conjuro, señora Martiniére, a que tenga compasión y me abra la puerta. Sepa que de ello depende el salvar de la perdición a un desgraciado; que dependen de este momento en que me es preciso hablar con su ama el honor, la libertad y la misma vida de un hombre. Piense que la cólera de su ama pesaría eternamente sobre usted si se enterara de que fue usted la que echó tan sin razón al desgraciado que venía a pedirle asistencia.

—Pero —dijo la camarera— ¿por qué venir a hablar de la misericordia de mi señorita a una hora tan intempestiva? Volved mañana por la mañana.

El que abajo esperaba replicó en estos términos:

—¿Qué le importan al destino, devastador y pronto como la luz del rayo, el día ni la hora? ¿Es lícito aplazar la misericordia cuando la salvación depende del instante? Déme entrada y nada tema del mísero que, sin amparo, abandonado de todos, perseguido, acosado por un destino singular, viene a mendigar a su señora que le salve del peligro. —Martiniére oyó cómo su interlocutor, al pronunciar estas palabras sollozaba con profunda pena; su acento era el de un joven, que dulcemente se filtraba en el corazón. Y la camarera se sintió tan conmovida, que sin más vacilaciones fue a buscar las llaves.

Apenas hubo abierto, la figura envuelta en su capa gris se precipitó al interior y atravesó el vestíbulo, instando con voz desgarradora a la Martiniére: —¡Lléveme a su señora!—. Atemorizada, la camarera levantó el candelero, cuyo resplandor se proyectó sobre la cara del joven, lívida como la de un muerto. Presa del terror, la Martiniére estuvo a punto de dar con su cuerpo en el suelo, cuando el forastero abrió la capa y de entre los pliegues del vestido a la altura del pecho sacó un puñal. El hombre la miraba con ojos centelleantes y repetía cada vez con mayor vehemencia: —¡Lléveme a su señorita, le digo!—. La Martiniére vio entonces todo el peligro que corría aquélla a quien honraba a la vez como dueña y como segunda madre fiel y abnegada; y esta idea despertó en su ánimo una energía de la que ella misma no se había creído capaz. Cerró rápidamente la puerta de la habitación, que su señora había dejado entreabierta, y poniéndose delante dijo con enérgica decisión: —Realmente, su conducta desalmada en este hogar desmiente el tono suplicante con que ahora mismo se lamentaba. Tengo un desengaño al ver que no es usted merecedor de la compasión que en mala hora ha despertado en mí. Ahora mi señorita no puede recibirle y no lo hará. Si no le mueve una intención malvada, la luz del día no debe avergonzarle; por lo tanto, vuelva usted mañana y exponga su demanda. Ahora salga usted de esta casa—. El hombre lanzó un gemido, miró fijamente a la Martiniére con expresión trágica, y echó mano al puñal. En lo más íntimo, la camarera encomendó su alma al Señor, pero permaneció firme mirándole a los ojos y apretó más la espalda contra la puerta que daba acceso a las habitaciones de su ama.

—¡Déjeme hablar con su señora, le digo! —insistió el visitante.

—Haga lo que quiera —replicó la Martiniére— que yo no abandonaré mi sitio. Puede llevar a cabo el delito que ha empezado, pero encontrará la muerte afrentosa en

la plaza de la Gréve, como sus malvados camaradas.

—¡Ah! —gritó el joven—. Tenéis razón, la Martiniére: mi aspecto y mis armas son de un ladrón y un asesino. ¡Pero, mis camaradas no han sido juzgados; no lo han sido! —y diciendo esto le centelleaban los ojos, y apretando el puñal se acercó a la pobre mujer, poseída por un miedo mortal.

—¡Jesús! —exclamó, esperando el golpe fatal. Pero en el mismo instante se oyó en la calle un rumor de armas y herraduras, que anunciaban la proximidad de la ronda montada.

—¡La ronda!… ¡La ronda! ¡Socorro! ¡Socorro! —gritó la Martiniére.

—Mujer perversa, quieres mi perdición… Todo se acabó… Todo… Toma: entrega esto a la señorita, hoy mismo, mañana si quieres —mientras murmuraba esto en voz baja, el intruso había arrebatado el candelero de manos de la camarera, matado la luz y le había puesto en las manos un cofrecito—. ¡Por la salud de tu alma da este cofrecillo a la señorita! —le dijo, y salió corriendo de la casa.

La Martiniére se había desplomado; se levantó a duras penas, y anduvo a tientas hacia su aposento, en el que extenuada, incapaz de pronunciar ni una palabra, se dejó caer en un sillón. Oyó luego el ruido de la llave que había dejado en la cerradura de la puerta de la calle. Acababan de cerrarla y se oyeron unos pasos leves e inseguros que se acercaban a la habitación. Inmóvil en un rincón, sin fuerzas para levantarse esperaba lo peor; pero cuál fue su sorpresa cuando al abrirse la puerta, reconoció al resplandor de la lámpara al honrado Bautista. El color de su rostro era cadavérico, parecía completamente desencajado.

—Por todos los santos del cielo, señora Martiniére, dígame, ¿qué ha pasado en esta casa? ¡Qué miedo! ¡Qué espanto! No sé lo que fue, pero lo cierto es que algo poderoso me arrancó a mí de la fiesta de la boda. Llego a la calle, pensando: —La señora Martiniére tiene el sueño ligero y me oirá si llamo a la puerta suavemente y me abrirá—. Y de pronto veo que se acerca una numerosa patrulla, gente a pie y a caballo, armados hasta los dientes, y me detienen, y no quieren soltarme. Pero, por suerte mía, Desgrais, el teniente de la «Maréchaussée», que bien me conoce, figura entre ellos, y exclama al tiempo que me ponen la linterna bajo las narices: —¡Vaya! ¿Adónde vas a estas horas de la noche, Bautista? Anda a tu casa y guárdala tan bien como puedas. Aquí no estás seguro. Esta misma noche pensamos hacer una buena presa—. No puede figurarse, señora Martiniére, cómo me han llegado al corazón estas palabras. Y luego, llego al umbral, y un hombre embozado sale precipitadamente de la casa, en el mismo instante que entraba yo, con un puñal desenvainado en la mano, me empuja y echa a correr… y la puerta de entrada está abierta, con la llave en la cerradura… ¿Qué significa todo eso?

Ya libre del terror, la Martiniére contó a Bautista lo sucedido. Juntos se fueron al vestíbulo y hallaron el candelabro en el suelo, tal como quedó cuando el forastero lo arrojó en su huida.

—Me parece clarísimo que se preparaba un robo y quién sabe si el asesinato de

nuestra señorita —dijo Bautista—. Según me cuenta usted, el hombre sabía que estaban solas usted y la señorita y que ella estaba todavía escribiendo. Seguramente era uno de los bribones malditos que se introducen en las casas astutamente para informar a los otros de lo que pueda ser útil a sus planes diabólicos. En cuanto al cofrecito, señora Martiniére, entiendo que es conveniente echarlo al Sena, donde el agua sea más profunda. ¿Quién nos responde de que al abrirlo no suceda a nuestra buena señorita algún percance en que le vaya la vida? Dios sabe si caería muerta como sucedió al viejo marqués de Tournay al abrir una carta que le entregara un desconocido.

Después de larga deliberación acordaron aquellos leales servidores contar a *Mademoiselle* de Scudéry, cuando se levantara, todo lo sucedido y también darle el misterioso cofrecito para que lo abriera con todas las precauciones. Analizadas las circunstancias de la aparición del sospechoso forastero, creyeron que podía andar en el juego algún singular misterio, que ellos no eran quién para juzgar, antes bien estaban obligados a confiar a su ama lo sucedido y dejar que ella descubriera la verdad.

* * *

No carecían de fundamento las sospechas de Bautista. En aquel tiempo París era escenario de las más pavorosas fechorías, y el más diabólico de los descubrimientos venía a facilitar los medios para ejecutarlas.

Glaser, un boticario alemán, el mejor químico de su tiempo, se ocupaba —como es frecuente entre los de su ciencia— en experimentos de alquimia. Se proponía hallar la piedra filosofal. Se asoció con él un italiano llamado Exili. Pero, a éste la alquimia le servía de pretexto: lo que le interesaba y aprendió con celo fue a combinar, cocer y sublimar las materias venenosas que con tan buenas esperanzas manejaba Glaser, y logró al fin la preparación de un veneno sutil, sin olor ni sabor, que podía matar en el acto, o bien matando lentamente no dejaba rastro en el cuerpo humano, y burlaba todo el conocimiento de los médicos, los cuales, no sospechando el veneno, tenían que atribuir la muerte a una causa natural. A pesar de sus precauciones, Exili no pudo evitar el hacerse sospechoso de la venta de venenos, y le llevaron a la Bastilla. Encerraron después en el mismo cuarto al capitán Godin de Sainte-Croix, el cual había vivido largo tiempo con la marquesa de Brinvilliers en relaciones que fueron la vergüenza de la familia, y finalmente, como sea que el marido se mostrara insensible al delito de su esposa, el padre de ésta, Dreux d'Aubray, que ocupaba un cargo importante en París, consiguió separar a la pareja delincuente por medio de un mandato de arresto contra el Capitán. Pasional él, sin carácter, con una piedad ficticia, e inclinado desde joven a toda especie de vicios; envidioso, vengativo hasta la fiereza, nada podía servir mejor al Capitán que el diabólico secreto de Exili, que le daba el poder de aniquilar a sus enemigos. Sainte-

Croix se convirtió en el más aplicado discípulo de Exili y no tardó en igualarle; de manera que al salir de la Bastilla se hallaba capacitado para continuar trabajando solo.

La Brinvilliers, una mujer degenerada, se transformó en monstruo por obra de Sainte-Croix. Instigada por él, envenenó a su padre, al que en la vejez prodigaba malvadamente hipócritas cuidados; envenenó luego a sus dos hermanos, y por fin a su hermana. Al padre con ánimo vengativo y a los otros en perspectiva de la rica herencia. La historia de toda una serie de envenenamientos nos da el ejemplo de cómo crímenes de esta clase llegan a ser una pasión irresistible. Sin otra finalidad que la satisfacción de un apetito, como el químico que hace experimentos, las víctimas fueron a menudo personas cuya vida o cuya muerte eran indiferentes al envenenador. La muerte repentina de una serie de pobres asilados en el Hótel-Dieu despertó más tarde la sospecha de que los panes que la Brinvilliers, bajo capa de misericordia, solía repartir allí todas las semanas, encerraban un veneno. Y es cosa probada que contenían veneno los pasteles de pichón que ofrecía a sus invitados. Víctimas de esos diabólicos banquetes perecieron el caballero Du Guet, y otras personas. Sainte-Croix, su asistente La Chaussée y la Brinvilliers lograron envolver largo tiempo bajo impenetrables velos sus escalofriantes delitos. Pero el eterno poder determinó que los delincuentes, por mañas que emplearan, fueran juzgados ya en la tierra.

Eran tan sutiles los venenos que preparaba Sainte-Croix, que si durante su manipulación el polvo —*poudre de succession* lo llamaban los parisienses— quedaba al descubierto, una sola aspiración bastaba para caer muerto al instante. Contra este riesgo, Sainte-Croix usaba una máscara de delgado cristal durante sus operaciones químicas. Un día se le cayó la máscara cuando se disponía a agitar el polvo transvasado en un frasco, y al aspirarlo se desplomó en una muerte instantánea. No conociéndosele herederos los tribunales se apresuraron a sellar sus bienes. Encerrado en una caja se halló todo el diabólico instrumental de que disponía el malvado Sainte-Croix, y además las cartas de la Brinvilliers, que no dejaban duda acerca de sus delitos. Se refugió ésta en Lieja, bajo el techo de un convento. Allí se presentó un día Desgrais, agente de la «Maréchaussée», bajo el disfraz de sacerdote. Logró entrar en relación con aquel ser horrible, la Brinvilliers le dio cita en un jardín solitario de los alrededores, y apenas apareció, los esbirros de Desgrais la rodearon, y el disfrazado enamorador se transformó de pronto en el agente de la «Maréchaussée», la obligó a subir a un coche que esperaba junto al jardín, y el coche, rodeado de los esbirros, salió directamente hacia París. La Chaussée ya había sido decapitado anteriormente y la Brinvilliers tuvo igual muerte. Después de la ejecución fue quemado su cadáver y aventadas las cenizas.

Los parisinos respiraron. El monstruo que dirigía el arma homicida impunemente contra enemigos o amigos no era ya de este mundo. Pero pronto se descubrió que el ingenio malvado de Sainte-Croix había caído en manos de unos sucesores. Como un invisible fantasma, se introdujo el crimen en los círculos más íntimos como sólo

pueden formarlos el parentesco, el amor y la amistad, y escogía rápido y seguro sus desdichadas víctimas. El que hoy gozaba de buena salud, vacilaba al día siguiente, débil y enfermo, y no podía salvarle de la muerte toda la ciencia de los médicos. La riqueza, un cargo ventajoso, una mujer hermosa o tal vez demasiado joven bastaban para que el afortunado fuera perseguido a muerte. La más horrible desconfianza rompía los lazos sagrados. Temblaba el marido ante la esposa, y el padre ante el hijo, y la hermana temía al hermano. Quedaban intactos encima de la mesa el guisado o el vino ofrecidos por el amigo a los amigos, y donde reinaban antes la alegría y el placer, se cruzaban ahora miradas enfurecidas en busca del asesino disimulado. Veíanse padres de familia ansiosos, comprando víveres en sitios apartados, y guisándolos ellos mismos en cualquier bodegón, temerosos de alguna traición diabólica que recelaban en el hogar. Así y todo, resultaban a veces inútiles las más escrupulosas precauciones.

Para encauzar el desorden que ganaba más terreno cada día, el Rey nombró un tribunal especial, exclusivamente destinado a la investigación y al juicio de aquellos misteriosos delitos. Era la llamada «Cámara Ardiente», que celebraba sus sesiones no lejos de la Bastilla, bajo la presidencia de La Regnie. Durante mucho tiempo, por celo que pusieran en el asunto, sus afanes resultaron estériles. Fue reservado a Desgrais el descubrimiento de los más recónditos rincones del crimen. Vivía en el suburbio de Saint Germain una anciana llamada Voisin, dedicada a los conjuros y a la adivinación de la suerte. Asistida por sus compañeros Le Sage y Le Vigouréx, logró meter el miedo en el cuerpo aun a personas que no podríamos llamar débiles ni crédulas. Pero, iba más lejos. Discípula de Exili, como Sainte-Croix, elaboraba al igual que aquél el sutil veneno que no dejaba rastro, prestando apoyo en esta forma a hijos malvados, ávidos del patrimonio o a mujeres destacadas que codiciaban otro esposo más joven. Desgrais penetró en el secreto, la mujer confesó su culpa, y la «Cámara Ardiente» la condenó a la hoguera en la plaza de la Gréve. Se encontró en su domicilio una lista de todas las personas que se habían acogido a sus servicios, y de aquí que no sólo se sucedieran las ejecuciones, sino que crecieran también las graves sospechas acerca de personas de alto rango. Así, corrió la voz de estar en tratos con la diabólica mujer, la duquesa de Bouillon y la condesa de Soissons, cuyos nombres constaban en la lista; y no escapó a igual acusación el mismo Francisco Enrique de Montmorency y Boudebelle, duque de Luxemburgo, par y mariscal del reino. También a éste persiguió la temible «Cámara Ardiente». Se presentó por propia iniciativa para ser arrestado en las prisiones de la Bastilla, donde el odio de Louvois y de la Regnie le tuvo encerrado en una mazmorra de seis pies de ancho. Pasaron meses antes no se puso en claro que el único delito del Duque se limitaba a haberse prestado una vez a que Le Sage hiciera su horóscopo.

No se puede negar que la ciega oficiosidad del presidente La Regnie llevó a alardes de fuerza abusivos y a ciertas atrocidades. El tribunal se convirtió en un instrumento de terror. La más leve sospecha acarreaba severos encarcelamientos, y a

menudo era la arbitrariedad la que decidía la condena de un hombre a muerte. El aspecto antipático y el ánimo maligno de La Regnie contribuyeron a que pronto le odiaran aquellos mismos que él debía amparar o vengar. Al ser preguntada en un juicio la duquesa de Bouillon si había visto al diablo, respondió: —¡En este momento me parece verle!

Mientras la sangre de culpables y sospechosos chorreaba en la plaza de la Gréve, y por fin se hacían cada día más raros los envenenamientos, se presentó una desdicha en otra forma que sembró una vez más el pánico. Una banda de criminales parecía haberse propuesto acaparar todas las joyas. La rica alhaja recién comprada desaparecía pronto de modo incomprensible, por bien guardada que estuviera. Pero lo peor era que cualquiera que con ella se adornara no podía salir de noche si no estaba dispuesto a correr el riesgo de que en una encrucijada, o al adentrarse en una calle mal iluminada, le robaran, o tal vez le asesinaran. Los que víctimas de una agresión escapaban con vida aseguraban que habían caído sin sentidos bajo un súbito golpe en la cabeza, y que al volver en sí se había dado cuenta del robo y de que se hallaban en un sitio distinto de aquel en que habían sido agredidos. Las víctimas sin vida que se descubrían casi todas las mañanas en la vía pública o en los interiores presentaban la misma herida; una puñalada en el corazón, de la que el agredido caía sin poder dar un paso más ni pronunciar una sílaba siquiera.

Como si estuvieran conjurados con los espíritus, conocían los bribones el sitio, la hora y las circunstancias con toda precisión. A menudo un desventurado no llegaba a la casa donde le esperaban, y otras veces caía en el mismo umbral de la mansión de la amada, que tropezaba horrorizada horas después con el cadáver ensangrentado.

En vano Argenson, director de Seguridad, ordenaba arrestos bajo la menor sospecha y La Regnie rabiaba en busca de confesiones que le aclararan el asunto. El rastro de los criminales no aparecía. Sólo tenía alguna eficacia la precaución de salir armado hasta los dientes y de hacerse acompañar con luces; así y todo, en algunos casos, mientras el criado era acosado o herido, el señor caía asesinado y las joyas desaparecían.

Es digno de notar que a pesar de las muchas investigaciones en las tiendas de joyería, recorridas barrio por barrio, no se recobrara ni una sola de las alhajas robadas, ni se lograra orientación ninguna.

Llegaba al colmo la cólera de Desgrais al ver que sus astucias no podían nada. El barrio de la ciudad donde él se hallaba parecía estar a salvo, mientras en los restantes el robo y el homicidio estaban al acecho de preciosas víctimas.

Desgrais tuvo la idea genial de multiplicarse en varías figuras; esas varias personificaciones de Desgrais eran tan semejantes en el andar, el ademán, el habla, la figura y el rostro, que ni los mismos esbirros hubieran sabido puntualizar cuál de aquellos Desgrais era el auténtico. Él, entre tanto, con riesgo de la vida se introducía, sin nadie que le acompañara, en las madrigueras más inverosímiles, y seguía de lejos a aquél o al otro de quienes sospechaba que podían llevar una joya. Pero aquél a

quien él vigilaba no era atacado. Al parecer los criminales se habían enterado de tales medidas, y Desgrais estaba desesperado.

Una mañana se presentó Desgrais al jefe de Seguridad La Regnie, pálido, descompuesto, fuera de sí.

—¿Qué pasa? ¿Qué noticias hay? ¿Están sobre la pista? —le preguntó, sin darle tiempo a hablar.

—¡Ah, señor mío! —empieza Desgrais, balbuceando de ira—. ¡Ah, señor mío! Ayer por la noche cerca del Louvre, el marqués de La Fare fue asaltado en mi presencia.

—¡Cielos y tierra! —gritaba gozoso La Regnie—. ¡Ya es nuestro!

—Déjeme concluir —le interrumpe Desgrais con una sonrisa amarga—. Permítame que puntualice lo que pasó… Yo, de pie, junto al Louvre… Siento en el pecho las penas del infierno. Y los diablos se burlan de mí… Descubro cerca de mí la figura de un transeúnte; su paso es vacilante, y vuelve la cabeza como para ver si alguien le sigue. No se da cuenta de mi presencia. A la luz de la luna reconozco al marqués de La Fare. No era cosa inesperada verle pasar por allí; yo sabía hacia dónde se escurría… Apenas se ha alejado de mí diez, doce pasos, salta otra figura, como si brotara del suelo, que derriba al Marqués y se precipita inmediatamente sobre el cuerpo tendido. Instintivamente, en medio de la sorpresa del instante, que pone en mis manos la suerte del homicida, doy un grito, intento salir del escondrijo, pero me enredo en la capa y doy en tierra. En éstas, el hombre se ha escabullido en alas del viento y yo porfío, me levanto, corro detrás de él, y en medio de mi carrera doy el toque de alarma… Oigo en la lejanía los silbatos de la ronda al contestarme y pronto se anima el cuadro: tintineo de armas, fragor de herraduras a los cuatro vientos.

—¡Aquí! ¡Aquí!… ¡Desgrais!… ¡Desgrais!… —Resuenan las voces por las calles… Y mis ojos no cesan de perseguir al que corre delante de mí a la luz de la luna y que, para despistarme, corre ora en una dirección ora en otra. Al llegar a la calle Nicasie parece que ha perdido fuerzas, y yo templo las mías y redoblo la velocidad… Sólo me aventaja de unos quince pasos.

—¡Ya es suyo! —prorrumpe La Regnie—. Le echa la mano… Llegan los esbirros —grita La Regnie entusiasmado, con los ojos centelleantes, mientras coge el brazo de Desgrais como si fuera el del mismo asesino.

—¡Quince pasos! —prosigue Desgrais con la voz velada y el aliento cortado—. A quince pasos de mí brinca aquel hombre, y propiamente desaparece en las sombras como si el muro se abriera de pronto para darle paso y se cerrara de nuevo.

—¿Desaparece a través de una pared? ¡Está usted loco! —grita La Regnie, retrocediendo dos pasos.

—Puede usted llamarme loco —continúa Desgrais, pasándose la mano por la frente, como para ahuyentar malos pensamientos—. Puede llamarme su señoría desatinado y visionario, pero ha sucedido tal como le cuento. Yo quedo como petrificado al pie de la pared… Pero llega una ronda sin aliento y con ella el marqués

de La Fare, que vuelve a estar allí, en pie, con la espada en la mano. Encendemos las antorchas, palpamos la pared en todos sentidos ni un vestigio de puerta o de ventana, ni la menor rendija, sólo un sólido muro de piedra del palacio, que se apoya en el de una casa en la que viven inquilinos, sobre los que no pesa la menor sospecha. Ya ve usted con qué exactitud me han quedado grabados los detalles. Es el mismo diablo el que hace burla de nosotros.

Circuló por todo París la historia de Desgrais. Las cabezas estaban atiborradas de magia, conjuros y pactos con el diablo, encarnados en la anciana Voisin, Le Vigoureux y el tan discutido sacerdote Le Sage. Y como está en nuestra naturaleza, persistente a través de las edades, que la inclinación a lo sobrenatural, a lo prodigioso, llegue a vencer sobre el juicio, se prestó fe nada menos que a la idea de que, tal como lo había dicho Desgrais —por más que lo dijera en el calor de la iracundia— el diablo protegía en realidad a los malvados que le habían vendido sus almas. Como puede suponerse, era bastante lo que bordaban encima de la historia de Desgrais. Se imprimió y divulgó a todo viento la narración, encabezada con un grabado al boj, en el que aparecía una horripilante figura del diablo sumergiéndose en la tierra a los pies del atemorizado Desgrais. No hacía falta más para intimidar a la gente y descorazonar a los esbirros, que salían ahora temblando para sus rondas nocturnas, no sin llevar colgados al cuello unos amuletos, y rociados de agua bendita.

Argenson que vio el fracaso de la «Cámara Ardiente», se presentó ante el Rey para proponerle la creación de un tribunal que con más amplias atribuciones siguiera el rastro de los delincuentes y les castigara. El Rey, persuadido de que ya eran amplios en demasía los poderes otorgados a la «Cámara Ardiente» y conmovido por el horror de las innumerables ejecuciones llevadas a cabo bajo la influencia de La Regnie, se desentendió del plan. Se escogió otro medio para interesar al Rey. En las estancias de la Maintenon, donde el Rey solía pasar las tardes y algunas veces trabajaba rodeado de los ministros hasta muy avanzada la noche, le fue entregada una poesía en nombre de los galanes amenazados, en la que se lamentaban de que al intentar poner en práctica lo que dicta la galantería, haciendo presente a la amada de unos regalos obligados, corrieran el riesgo de pagarlo con la vida. Es honor y placer dar la sangre por la amada en la lucha entre caballeros, pero una cosa muy distinta es verse expuesto a la acometida solapada del asesino, contra la cual no hay armas que valgan. Que Luis, estrella polar de todo amor y galanía, se dignara con su luz rasgar la noche obscura y desenmascarar el negro misterio que se amparaba en ella. El divino héroe que había derribado a sus enemigos no se negaría ahora a desnudar el acero resplandeciente, y nuevo Hércules contra la hidra de Lerna, nuevo Teseo en lucha con el Minotauro, vencería al monstruo temible que devoraba tal placer amoroso y teñía siniestramente toda alegría convirtiéndola en pena profunda y en luto sin consuelo. Si bien se trataba de un asunto muy serio, no escaseaban en la poesía presentada a Luis XIV las galas narrativas al describir el camino del enamorado hacía la amada, y cómo el miedo mata en germen el placer de la más bella aventura galante.

Además de la gracia particular de los giros, el final se desplegaba en ampuloso panegírico en honor de Luis XIV. Todo esto era infalible para que el monarca leyera con visible complacencia la poesía. Sin quitar los ojos del papel, se volvió del lado donde estaba la Maintenon, leyó una vez más en voz alta, y le preguntó luego con la sonrisa en los labios, qué opinaba de los deseos de los arriesgados amantes. La Maintenon, fiel a su seriedad, y tiñéndose como siempre de un cierto tono pacato, opinaba que tales devaneos y aventuras no eran dignos de particular salvaguardia, sin que eso obstara a que los abominables delincuentes fueran merecedores de medidas especiales con vistas a su total desaparición. No quedó contento el Rey con esta ambigua respuesta; dobló el papel, y se disponía a entrar en el cuarto inmediato, donde trabajaba el secretario de Estado, cuando volvió al azar la mirada hacia *Mademoiselle* de Scudéry, que se había sentado en una butaca no lejos de la Maintenon. A ella se dirigió el Rey, dejando asomar de nuevo en su boca y mejillas la sonrisa que se había apagado, y desplegando de nuevo el manuscrito, dijo en un tono de voz suave: —La Marquesa parece ignorar las galanterías de nuestros enamorados y esquiva la respuesta. Pero usted, señorita, ¿qué opina de esta súplica poética?—. La Scudéry se levantó respetuosamente y mientras un pasajero rubor, como púrpura vespertina, cubría sus mejillas de ordinario pálidas, dijo con una leve inclinación y bajando los ojos:

Un amant qui craint les voleurs
n'est point digne d'amour.

El Rey, sorprendido del espíritu caballeresco de estas breves palabras, que echaban al suelo todo aquel poema, exclamó con resolución: —¡Por San Dionisio, que tiene razón, señorita! No dictaré ninguna disposición ciega que caiga sobre los inocentes como sobre los culpables para proteger la cobardía. Que Argenson y La Regnie hagan lo suyo.

* * *

Todos los horrores de la época parecían hablar por boca de la Martiniére cuando, a la mañana siguiente, narraba con vivos colores a su señorita lo que había acontecido aquella noche y ponía en sus manos, temblorosa y vacilante, el cofrecito misterioso. Tanto ella como Bautista, el cual, desde un rincón, muy pálido, desfogaba sus temores y su encogimiento atormentando al gorro de noche entre los dedos, encarecieron a la señorita que, por toda la corte celestial, no abriera el cofrecillo, a no ser con todas las precauciones debidas. La Scudéry, sospesando y observando en la mano el enigmático presente, dijo sonriendo: —¡Veis fantasmas los dos! Los malvados asesinos que corren por ahí fuera y que, como decís vosotros mismos, espían el interior de las casas, saben tan bien como yo y como vosotros que no soy

una mujer rica, que no hay en mi casa tesoro ninguno por el que valga la pena matar. Si de mi vida se trata, ¿qué puede importarle a nadie la muerte de una persona de setenta y tres años que nunca ha perseguido a nadie, a no ser a los picaros y agitadores que ella misma creó en sus novelas? ¡Una persona que compone versos mediocres, incapaces de despertar la envidia, y que no dejará en el mundo otro bien que el ajuar de una vieja soltera que visita la corte de tarde en tarde, y un par de docenas de libros bien encuadernados con sus entalladuras doradas! Y tú, Martiniére, ya puedes cargar la mano en la descripción del intruso, que yo no creeré nunca que viniera con malos fines.

—Entonces…

La Martiniére había dado tres pasos atrás y Bautista caía casi de rodillas, con un ¡ay! ahogado, al tiempo que la señorita apretaba un botón de acero y que la tapa del cofrecito se levantaba ruidosamente. ¡Y cuál no sería la sorpresa de la Scudéry! Centelleaban dentro del cofrecito dos brazaletes de oro con rica pedrería y una gargantilla. Sacó el aderezo del cofrecito, y mientras ponderaba la admirable labor de la gargantilla, la Martiniére ojeaba los ricos brazaletes y no se cansaba de decir que ni la misma Montespán poseía joyas semejantes.

—¿Pero qué significa esto? ¿A qué viene? —decía *Mademoiselle* de Secudéry. Inmediatamente se dio cuenta de una hojita de papel en el fondo del cofrecillo, que seguramente descifraría el enigma. Dirigió al cielo sus ojos y se dejó caer casi desvanecida en el sillón. La Martiniére y Bautista corrieron asustados a socorrerla.

—¡Qué ignominia! —exclamaba ella con una voz que el llanto ahogaba—. ¡Qué vergüenza! ¡Que tenga que ocurrirme esto a mi edad! ¿Es que cometí el pecado de obrar con tanta ligereza como si fuera una chiquilla irreflexiva? ¿Es posible, Dios mío, que unas palabras dichas medio en broma hagan caer en la sospecha de un pacto nefando a la que ha sido fiel a la virtud y a sus creencias desde la infancia? —Apretándose los ojos con el pañuelo sollozaba y gemía de tal manera que la Martiniére y Bautista, desconcertados, no sabían cómo consolar en aquel trance a su buena ama.

La Martiniére había recogido del suelo la hojita, cuyo texto era éste:

«Un amant qui craint les voleurs
n’est point digne d’amour.

Vuestro espíritu agudo, señora, ha salvado de una fiera persecución a los que, usando del derecho del más fuerte, nos apoderamos de unos tesoros destinados a ser ignominiosamente disipados. Aceptad, por favor, en prueba de nuestro agradecimiento, estas joyas. Son lo más valioso que de mucho tiempo acá hemos podido obtener, y si bien sois merecedora, honorable dama, de joyas mucho más preciosas, os las ofrecemos suplicando que nos otorguéis vuestra amistad y un amable recuerdo.

—¿Cómo es posible —exclamó *Mademoiselle* de Scudéry, ya medio recobrado el ánimo— llevar a tal punto la desfachatez y la provocación?

Un sol esplendoroso animaba el rosa subido de las cortinas de seda de la ventana, y teñía de rojo las luces de los brillantes puestos al lado del cofrecillo abierto. La dama se cubrió la cara horrorizada para evitar la vista de aquel aderezo quizá húmedo de la sangre de las víctimas, y ordenó a la Martiniére que lo retirara. Ésta metió en el cofrecillo los brazaletes y la gargantilla, y después de cerrarlo pensó que lo más acertado sería entregar aquellas joyas al jefe de Seguridad y exponerle puntualmente la escena de la angustiosa aparición del joven, y cómo le hizo llegar a manos el cofrecillo.

Mademoiselle de Scudéry se puso en pie y empezó a andar lentamente por la habitación, coordinando las ideas para resolver el asunto. Mandó luego a Bautista que fuera por una silla de manos, y a la Martiniére que la vistiera. Estaba decidida a visitar sin perder tiempo a la marquesa de Maintenon, que a tales horas sabía ella que estaba sola en sus habitaciones, y salió llevando el cofrecillo que contenía las joyas.

La Marquesa no pudo disimular su pasmo al ver tan pálida, descompuesta y con paso alterado a la que, a pesar de su edad, era la encarnación del aplomo, el donaire y la amabilidad.

—Dígame por Dios, ¿qué sucede? —fueron sus primeras palabras a la dama, que, angustiada, fuera de sí, lograba apenas tenerse en pie. La hizo sentar la Marquesa, y por fin, dueña otra vez de su voz, refirió la Scudéry qué consecuencias había tenido la insana agudeza con que se le ocurrió corresponder a la súplica de los arriesgados amantes. Cuando la Marquesa se hubo enterado punto por punto del suceso, dio su opinión: *Mademoiselle* de Scudéry se había dejado impresionar excesivamente por la singularidad del caso. El oprobio de una ralea semejante no podía nunca caer sobre un ánimo sano y noble. Formulado este juicio pidió a la dama que le permitiera ver las joyas. Le dio Scudéry el cofrecillo abierto, y la Marquesa no pudo reprimir, al verlas, una exclamación de admiración. Sacó del cofrecillo la gargantilla y los brazaletes y acercándose a la ventana se recreaba en ver jugar en ellas la luz del día, o poniéndolas más cerca de los ojos no se cansaba de alabar la preciosa labor del orfebre en sus más finos detalles.

—¿No cree usted, señorita —dijo, volviéndose de pronto a la dama—, que estos brazaletes y esta gargantilla sólo es capaz de labrarlos Rene Cardillac?

Era entonces Rene Cardillac el orfebre parisino que sabía más de su oficio, a la vez que uno de los hombres más ingeniosos y la criatura más singular de su tiempo. De talla más bien pequeña, ancho de espaldas y fuerte de músculos, pasaba de los cincuenta años, pero su fuerza y agilidad eran las de un joven. De aquel vigor que bien podríamos llamar excepcional daban también señal su pelo rojizo, naturalmente rizado y su rostro enjuto. Si no hubiera sido conocido en todo París como hombre

desinteresado y sin doblez, siempre pronto a prestar ayuda, la singular expresión de sus ojos verdes, pequeños y hundidos, pudiera haberle hecho sospechoso de astucia y malquerencia. Como queda dicho, era Cardillac en su oficio el más hábil, no solamente en París, sino tal vez entre todos sus contemporáneos. Conocedor a fondo de la naturaleza de las piedras preciosas, sabía tratarlas y combinarlas de manera que una gema que había parecido insignificante resultaba magnífica al salir del taller de Cardillac. Recibía los encargos con manifiesto entusiasmo, y eran ventajosos sus precios hasta lo inverosímil si consideramos lo valioso de su trabajo. Una vez encargada la joya, no tenía punto de reposo y se le veía trabajar de día y buena parte de la noche en su taller. Algunas veces, ya terminada casi la labor, le desagradaba la forma, le entraban dudas acerca de la disposición de los materiales, o a propósito de un detalle insignificante, y hallaba motivo en ello para echar en el crisol todo lo labrado y fundirlo de nuevo. Así cada joya se convertía en la más depurada obra maestra, que dejaba pasmado al cliente. Pero era difícil obtener la entrega; recurría a cien pretextos para hacer esperar una semana tras otra, un mes tras otro, al que había dado el encargo, y en esta situación de nada servía ofrecerle el doble de lo pactado. Cuando al fin no tenía más remedio que ceder a la presión del cliente y entregar la alhaja, no podía reprimir las señales exteriores de la más honda aflicción y aun de la cólera que hervía en su ánimo. Si por acaso la obra era excepcional, y su coste subía a millares por lo rico de la pedrería o por el refinamiento en el labrado del oro, era capaz de correr de un lado a otro como un demente, maldiciendo su trabajo y todo lo que le rodeaba; pero bastaba que alguien fuera a su encuentro gritando:

—¡Por Dios, Rene Cardillac, no se negará a hacer una gargantilla para mi prometida; algo no visto! —o bien—: Necesito unas pulseras… —y Cardillac se detenía, le brillaban los ojillos y preguntaba, frotándose las manos—: Vamos a ver. —El cliente señalaba una cajita—: Tengo aquí unas piedras, nada de particular, pero en sus manos…

Cardillac no le daba tiempo de terminar la frase, le quitaba la cajita de las manos, sacaba la pedrería que, realmente, no valía mucho, la exponía a la luz y exclamaba entusiasmado:

—¿A eso llama cosa ordinaria? ¡De ninguna manera! Déjelo en mis manos. ¡Qué preciosidad! Y si no le viene de un puñado de luises, voy a añadir un par de piedrecitas que le alegrarán los ojos como la luz del mismo Sol. A usted le confío todo, maestro Rene —decía el cliente— y pago lo que me pida por su labor. —Sin hacer distinción entre un ciudadano del común o un señor de la corte, maese Rene le echaba los brazos al cuello sin rodeos, le estrujaba, en un abrazo, se declaraba dichoso y prometía tener a punto su obra dentro de ocho días; se precipitaba luego en su taller, y se ponía al trabajo con verdadera furia, y a los ocho días la obra de arte estaba terminada. Pero he aquí que al comparecer el que la había encargado, gozoso y dispuesto a pagar la joya al precio fijado, nunca muy caro, y llevársela, Cardillac se manifestaba disgustado y le trataba rudamente, casi provocativo:

—Recuerde, maestro, que mañana es mi boda.

—¿Y qué me importa a mí su boda? Vuelva dentro de un par de semanas.

—Pero ¿no está aquí la joya? La pago y he de llevármela.

—Pues yo le digo que no la doy por terminada a mi gusto y no puedo entregársela hoy.

—Y yo le digo que si no me la da hoy mismo, a pesar de que estoy dispuesto a pagarle el doble de lo concertado, no debe extrañarle que acuda a Argenson para que le mande sus esbirros.

—¡Así le atormente Satanás con un centenar de tenazas candentes, y cargue sobre la gargantilla tres quintales para que se ahogue la novia!

Y con semejantes amenazas Cardillac hundía la joya en la faltriquera del novio, le agarraba por un brazo y le echaba con tal ímpetu que le hacía rodar escalera abajo, y reía luego con una risa diabólica al ver por la ventana al pobre joven que salía a la calle cojeando y sangrando por la nariz.

Otra cosa incomprensible era que no pocas veces, en medio del entusiasmo de un nuevo encargo, miraba de pronto al cliente, dando muestras de auténtica excitación, conjurándole entre sollozos y ruegos conmovedores, y en nombre de la Virgen y de todos los santos, a que le permitiera abandonar la labor encomendada. Algunas personas muy bien vistas en la corte, y merecedoras de la pública consideración, habían ofrecido en vano elevadas sumas para poseer siquiera la más sencilla muestra del talento de Cardillac. Éste, alguna vez, se postraba a las plantas del Rey y le suplicaba que le permitiera negarse a la petición. Con la misma actitud evitaba un encargo cualquiera que le llegara de la Maintenon, y con muestras de abominación y de terror soslayó el encargo de la misma consistente en una sortija adornada con los emblemas del arte, que destinaba a Racine.

—Apostaría —dijo la Maintenon— a que si mando llamar a Cardillac para averiguar a quién fue destinado el aderezo, saldrá con una excusa cualquiera para no comparecer. Tal vez tema un encargo y no esté dispuesto a trabajar para mí. Sin embargo de algún tiempo acá parece haberse enmendado de su extravagancia y su testarudez; oigo decir que trabaja con más ahínco que nunca y que entrega la labor sin demora, aunque disgustado y sin mirar la cara.

La Scudéry, a quien interesaba también mucho que aquellas joyas pasaran a manos de su dueño legítimo, opinó que era acertado llamar inmediatamente a aquel hombre raro, diciéndole que no se trataba de un encargo, sino para que diera su juicio sobre unas joyas. Dando curso a la idea, la Marquesa mandó buscar a Cardillac, y como si éste estuviera ya en camino, a los pocos momentos entraba en la estancia.

Al notar la presencia de la Scudéry dio muestras de confusión, y como hombre a quien lo inesperado sorprende y olvida las conveniencias sociales, se inclinó profundamente delante de la honorable dama, y no se le ocurrió hasta después saludar a la Marquesa. Ésta, señalando el cofrecillo, que resplandecía encima de la mesa cubierta de un tapete verde obscuro, le preguntó si aquellas joyas eran obra suya.

Cardillac las miró apenas, y mientras fijaba sus ojos en la Marquesa se apresuró a colocar en el cofrecillo las pulseras y la gargantilla y lo apartó luego impetuoso.

—En verdad —dijo, mientras resbalaba por su cara rubicunda una sonrisa de rencor—, es preciso reconocer muy mal el trabajo de Rene Cardillac para creer que algún otro orfebre sea capaz de labrar joyas como éstas. ¡Claro que son obra mía!

—Entonces —prosiguió la Marquesa— digo, ¿a quién iban destinadas?

—A mí solo —repuso Cardillac—. Podrá parecer raro —continuó, mientras las dos damas le miraban asombradas, la Marquesa recelosa, y angustiada *Mademoiselle* de Scudéry—, podrá parecerle raro, señora marquesa, pero así es. Seleccioné mis mejores piedras únicamente por amor a la belleza de la obra y trabajé lleno de gozo con más cuidado que nunca. Hace poco tiempo que el aderezo desapareció de mi taller de un modo incomprensible.

—Demos gracias a Dios —exclamó la de Scudéry, brillando en sus ojos la alegría; y levantándose del sillón con la prontitud y la agilidad de una muchacha, se acercó a Cardillac y le puso las manos sobre los hombros—. Maestro Rene —le dijo —, recobre lo que le pertenece y le fue robado por unos malvados. —Y a continuación le describió todo lo sucedido con aquellas joyas. Cardillac oyó el relato con los ojos bajos, sin una frase, limitándose a monosílabos de exclamación, ora con los brazos en la espalda, ora acariciándose la barbilla y las mejillas.

Cuando la Scudéry dio por terminado el relato, luchando con los pensamientos que había despertado en él, sin que diera con la solución, Cardillac se frotó la frente, suspiró, se pasó la palma de la mano por los ojos como para retener las lágrimas, y cogiendo el cofrecillo que la dama le presentaba, puso lentamente una rodilla en el suelo y dijo:

—A usted, noble y digna dama, destinó la suerte este aderezo. Ahora me doy cuenta de que al labrarlo pensaba en usted, que trabajaba para usted. No se niegue a aceptar y a llevar esas joyas como lo mejor que ha salido de mis manos de mucho tiempo acá.

—Ea, maestro Rene —exclamó la de Scudéry, ya en tono de broma—. ¿Sienta bien a mi avanzada edad adornarme con piedras preciosas? ¡Cómo pudo ocurrírsele obsequiarme con un aderezo tan costoso! ¡Vaya, vaya, maestro! Si fuera yo hermosa como la marquesa de Fontanges y persona rica no lo rehusaría; pero no sientan estas pompas a unos brazos marchitos, no ese brillante aderezo a una garganta tapada.

Entre tanto Cardillac se había puesto en pie y hablaba como fuera de sí, con los ojos extraviados, y forzando a la Scudéry a tomar el cofrecillo:

—Sea bondadosa conmigo, señorita, y acepte las joyas. ¡Usted no sabe qué profunda veneración profeso a su virtud y a sus relevantes méritos! Acepte mi modesto regalo como muestra del anhelo que me mueve a probarle mi respeto. —La marquesa de Maintenon, venciendo las vacilaciones de la señorita Scudéry, tomó el cofrecillo de las manos de Cardillac.

—¡Por Dios, señorita! No hace usted más que hablar de lo avanzado de su edad.

¿Qué tienen que ver los años y su peso con nosotras: usted y yo? ¿No procede usted por ventura como una joven fácil al rubor, que de buena gana alargaría la mano para tomar la dulce fruta que le ofrecen si las manos y los dedos pudieran ignorarlo? No desdeñe la ofrenda que le hace el experto maestro Rene, y que otros mil no pueden obtener con todo el oro y todas las súplicas.

La Maintenon consiguió que *Mademoiselle* de Scudéry se hiciera cargo del cofrecillo. Cardillac se postró una vez más, y besó la orla del vestido y las manos de la Scudéry, gimiendo, suspirando y llorando. Dio un salto, y salió precipitadamente, como loco, dando con las sillas y la mesa, haciendo vibrar a su paso las porcelanas y los cristales.

—Por Dios, ¿qué le sucede al buen hombre? —exclamó *Mademoiselle* de Scudéry al ver una escena tan chocante. Pero la Marquesa soltó una risa clara.

—Es evidente, señorita —dijo—, que el maestro Rene está locamente enamorado de usted y, como es de protocolo en la galantería, comienza a poner sitio a su corazón con ricos presentes. —Y forzando la broma pidió a su amiga que no se mostrara cruel con el desesperado amante; y ésta, dando suelta al buen humor que había despertado halló motivo para extenderse en un sinfín de agudas ocurrencias. Pretendió que, si las cosas llegaban a tal punto, se daría por vencida y no tendría más remedio que dar al mundo el inaudito ejemplo de una novia de setenta y tres años, de abolengo irreprochable, que se casa con un orfebre. La Maintenon se declaraba dispuesta a ser ella quien trenzara la corona de la novia, y la aleccionara sobre los deberes de una ama hacendosa.

Como *Mademoiselle* de Scudéry se levantara para despedirse de la Marquesa, dejando ahora las bromas, dijo muy seria al coger el cofrecillo:

—Le aseguro, señora marquesa, que no me adornaré nunca con esas joyas. Sean cuales fueren las circunstancias, es una realidad el hecho de que estuvieron en manos de aquellos malhechores diabólicos, que atrevidos como el mismo demonio, roban y asedian tal vez en alianza con él. Me horroriza la sangre que parece brillar en esas joyas deslumbrantes. Además, he de confesar que la conducta de Cardillac tiene para mí una ambigüedad rara y angustiosa. Me parece sospechoso. No puedo evitar el presentimiento siniestro de que detrás de todo eso se esconde un secreto terrible y abominable, y cuando repaso los hechos escena por escena me pierdo buscándolo en vano, y no acierto a ver cómo sea posible que acto tan perverso tenga relación con el honrado maestro Rene, que es modelo de buenos y religiosos cuidados. En fin, no me atreveré, como he dicho, a ponerme estas joyas.

La Marquesa la trató de escrupulosa en extremo; pero al pedirle su amiga que, profundizando en la conciencia, respondiera sinceramente qué haría ella en un caso semejante, respondió la Marquesa, formal y convencida: «Antes que ponerme esas joyas las echaría al Sena».

El caso del maestro Rene dio el tema a la de Scudéry para unos versos llenos de gracia que leyó al Rey en la velada siguiente, en las habitaciones de la Maintenon. A

costa de maese Rene, y venciendo el escalofrío del terror, supo pintar con vivos colores en aquella poesía el cuadro regocijante de la setentona novia del orfebre. Baste decir que el Rey no cesaba de reír, juraba que Boileau-Despreaux había sido superado y que la poesía de *Mademoiselle* de Scudéry era la más chispeante de cuantas jamás se hubieran escrito.

Habían pasado unos meses cuando quiso el azar que la Scudéry atravesara el Pont-Neuf en el coche de cristales de la duquesa de Montansier. El estilo de los graciosos coches de cristales era todavía una novedad, tanto que, al aparecer por las calles uno de ellos, los transeúntes se arremolinaban a su alrededor. Así sucedió con los mirones del Pont-Neuf, que rodearon el coche en que iba la Scudéry, haciendo difícil el trote de los caballos. De pronto, la dama oyó injurias y blasfemias y se dio cuenta de que un hombre se abría paso bruscamente repartiendo codazos y puñadas hasta llegar a la portezuela del coche, que abrió con impetuosa decisión. Echó un papel en el regazo de la dama, y repartiendo de nuevo golpes y empujones, y no sin recibirlos a su vez, desapareció lo mismo que había venido. La Martiniére, que acompañaba a su dueña, dio un grito de espanto al ver al hombre en la portezuela, y cayó desvanecida contra el respaldo del asiento. En vano tiró la dama del cordón para llamar la atención del cochero, el cual fustigó como un endemoniado los caballos, que se encabritaban con la espuma en la boca, y por fin hacían retumbar el puente en un trote nervioso. La Scudéry sacó el frasquito de las sales en socorro de la camarera, que acabó abriendo los ojos, y con el cuerpo tembloroso y crispados los brazos, asiéndose a los de su ama, murmuraba, reflejando en su pálido rostro el temor y la angustia: —¡Virgen santa!, ¿qué pretendería ese hombre siniestro? ¡Era él! ¡Sí, el mismo que en aquella noche de espanto le entregó el cofrecillo!—. La dama calmó a su pobre camarera, diciéndole que no había sucedido nada malo, y que lo que importaba ahora era saber lo que contenía el papel. Lo desplegó y el texto era como sigue:

> *«¡Un azar funesto, que usted podría remediar, me empuja al borde de un abismo! La conjuro a usted como un hijo a su madre, a quien está unido por los lazos del más tierno amor, para que envíe a maese Rene Cardillac, con cualquier pretexto, por ejemplo para recomponerlas, las pulseras y la gargantilla que recibió por mi mediación; considere que de ello dependen el bien o tal vez la vida de usted. Si no lo cumple dentro del día de mañana entraré en su casa, y me suicidaré delante de usted».*

—Ahora tengo la seguridad —dijo la dama— de que si bien ese hombre misterioso pertenece a la partida de malvados ladrones y asesinos, no me desea en particular ningún daño. Si aquella noche hubiera podido hablar conmigo quién sabe qué siniestra relación de circunstancias se me hubiera aclarado, de la que no puedo tener ahora la menor idea. Sea como sea, yo cumpliré lo que se me pide en esta hoja,

siquiera sea para desprenderme de esas joyas, que me parecen un talismán del propio diablo. Cardillac, fiel a su inveterada costumbre, no las soltará de nuevo tan fácilmente. Decidió presentarse al día siguiente en el taller del orfebre con el cofrecillo; pero no parecía sino que todos los talentos de París se hubieran conjurado aquella mañana para asediarla con versos, obras de teatro y anécdotas. Apenas La Capelle acababa de dar fin a una escena dramática, y aseguraba con aires de zorro que eclipsaría a Racine, cuando apareció éste y le revolcó con un patético período, hasta que Boileau proyectó sus focos sobre el obscuro cielo de lo trágico, ya cansado de oír hablar eternamente de la columnata del Louvre, por donde intentaba llevarle el arquitectónico doctor Perrault.

En esto, dieron las doce del día. La Scudéry estaba citada por la duquesa de Montansier y se vio forzada a aplazar para el día siguiente la visita al maestro Rene Cardillac. Un singular desasosiego la apenaba. Continuamente la perseguía la figura de aquel joven y parecía pugnar para cobrar forma en su espíritu un velado recuerdo. Aquel rostro, aquellos rasgos los había visto ya antes. En su ligero sueño la turbaron angustiosas visiones, y le remordía haber obrado con indiferencia casi delictiva al no tender la mano al desdichado que bordeaba el abismo y le pedía auxilio. Como si hubiera estado en su mano desviar un acontecimiento terrible, un crimen irremediable, a la mañana siguiente ordenó que la vistieran y salió en coche provista del cofrecillo. En dirección a la calle Nicaise, donde habitaba Cardillac, había una insólita afluencia de gente, que entre gritos y alboroto se agolpaba frente a la casa del orfebre. Contenidos a duras penas por la guardia montada, intentaban forzar el paso y unas voces airadas clamaban: —¡Amarradle! ¡Hacedle pedazos a ese maldito asesino! —. De pronto aparece Desgrais, rodeado de numerosos agentes, que le abren camino entre la compacta multitud. Salta la puerta y ante el populacho indignado aparece un hombre encadenado. No bien la dama ha tenido tiempo de hacerse cargo del cuadro, llega a sus oídos un grito de desesperación. —¡Adelante! ¡Adelante!— grita al cochero, fuera de tino. Éste hace dar una vuelta habilidosa y rápida a los caballos, se abre paso entre los grupos y se para delante del portal de la casa de Cardillac. Aquí la Scudéry ve a los pies de Desgrais a una joven hermosa como la luz del día. Despeinada y a medio vestir, con un miedo terrible y la aflicción en el rostro, rodea con ambos brazos sus rodillas. —¡Es inocente! Os digo que es inocente— clama en el tono desgarrador que nace del sufrimiento mortal. Desgrais y sus esbirros porfían en vano para arrancarla de allí.

Un muchacho rudo y robusto agarra con sus manos groseras a la desdichada, arrebatándola de las rodillas de Desgrais, y la suelta con tal fuerza, que la infeliz criatura rueda por los escalones y da con su cuerpo como muerto en la calle. La Scudéry ya no puede contenerse más: —Decidme, en nombre de Dios, ¿qué ha sucedido, qué significa todo eso?— les increpa, abriendo la portezuela del coche, y apeándose en medio del grupo. La gente cede respetuosamente paso a la digna dama. Al ver cómo un par de mujeres compasivas levantan a la joven, la obligan a sentarse

y le frotan la frente con un líquido balsámico, la dama se acerca a Desgrais, y repite con energía su pregunta.

—¡Un horror! —le responde Desgrais—. Han hallado a Rene Cardillac muerto de una puñalada esta mañana. Oliverio Brusson, su oficial, es el asesino; le han llevado a la cárcel ahora mismo.

—¿Y la joven? —preguntó la Scudéry.

—Es Madelon, la hija de Cardillac. El asesino era su novio. De aquí su llanto, sus continuos gemidos y sus protestas de que Oliverio es del todo inocente. En el fondo está enterada del asunto, y he de mandarla también a la «Conciergerie». —Al decir esto, Desgrais lanzó a la joven una mirada de malvado regocijo que hizo estremecer a la Scudéry. Recobraba el aliento la muchacha, pero incapaz de hablar o de hacer el menor movimiento, permanecía tendida en el suelo, con los ojos cerrados, y no acertaba nadie en si era preferible llevarla a la casa o asistirla allí mismo hasta que abriera los ojos. La Scudéry, profundamente conmovida, miraba con ojos arrasados de lágrimas a la angelical criatura y consideraba con horror a Desgrais y a sus agentes.

Se oyeron sordos rumores en la escalera. Bajaban el cadáver de Cardillac. La dama, decidida, exclamó: —Me llevo conmigo a la muchacha, y usted, Desgrais, ya cuidará de lo demás—. Un rumor de aprobación recorrió el gentío. Las mujeres levantaron del suelo a la joven, y cien manos se tendieron para ayudarlas; como flotando en el espacio fue llevada al coche, mientras brotaban de los labios las bendiciones dirigidas a la digna señora que arrebataba la inocencia al tribunal del crimen.

Serons, el médico más famoso de París, fue el que consiguió con sus cuidados sacar a Madelon de la modorra y la inmovilidad en que había permanecido varias horas. *Mademoiselle* de Scudéry completó lo que el médico había comenzado, proyectando las luces benignas de la esperanza en el alma de la muchacha, hasta que la impetuosa corriente de las lágrimas la hubo aliviado. A intervalos, cuando lograba dominar su dolor lacerante, contó la joven, entre hondos sollozos, el caso tal como había sucedido:

A media noche la había despertado un suave llamar a la puerta de su habitación y la voz de Oliverio que la instaba a levantarse en seguida, porque su padre estaba muñéndose. Había saltado de la cama y abierto la puerta, azorada. Oliverio pálido y descompuesto el semblante, andaba delante ella, llevando una luz y andando con paso inseguro. En el taller estaba tendido el padre, con los ojos inmóviles, en el estertor de la agonía. Madelon se había abrazado a él, y fue entonces cuando se dio cuenta de la camisa ensangrentada. Cariñosamente, Oliverio la había apartado del moribundo, para lavar con un bálsamo la herida de la parte izquierda del pecho. Momentáneamente, Cardillac pareció reanimarse un poco; había cesado el estertor y miró a su hija y luego a Oliverio con el alma en los ojos, cogió la mano de la muchacha, la juntó con la de Oliverio, y así unidos las estrechó entre las suyas.

Callaban ambos de rodillas junto a la cama del padre, y éste se incorporó, dando una voz aguda, para caer de nuevo de espaldas y entregar su alma a Dios con un hondo suspiro.

Ambos rompieron en sollozos y lamentos, y Oliverio refirió cómo, a instancias de su patrón, le había acompañado en un paseo nocturno, durante el cual éste había sido agredido en su presencia, y dijo que él mismo, con gran esfuerzo, había llevado el pesado cuerpo a casa, sin sospechar que la herida fuera mortal. Al romper el día, los vecinos, alarmados por el ruido y el llanto de la noche, habían visto el cadáver, y de rodillas junto a él a Madelon y Oliverio, desolados. Cundieron los rumores, y al cabo de poco penetró en la casa la «Maréchaussée», y se llevaron a la cárcel a Oliverio, como autor de la muerte de su amo.

En este punto del relato, Madelon describió de un modo emocionante la virtud, la lealtad y la religiosidad de su amado Oliverio, y cómo había honrado siempre a su maestro cual si fuera su propio hijo, y cómo Cardillac le había correspondido con creces, y estaba dispuesto, a pesar de su pobreza, a hacer de él su yerno, reconociendo su habilidad y su lealtad. Todo esto rebosaba del alma de Madelon, y como resumen afirmó que aun cuando Oliverio hubiera apuñalado a Cardillac ante sus ojos, ella lo atribuyera más bien a una alucinación satánica que a un hecho real, porque no podía ser capaz Oliverio de un delito tan horrible.

Conmovida la dama en lo más íntimo por los pesares de Madelon, inclinada a creer a ciegas en la inocencia del desdichado Oliverio, apeló a todas las pruebas, y se confirmó lo que la muchacha había relatado acerca de las relaciones domésticas entre maestro y oficial. Los inquilinos y la gente del vecindario estaban conformes en que Oliverio había sido modelo de moralidad, religiosidad y laboriosa conducta, y en que nadie conocía de él nada malo; pero, al referirse al terrible suceso se encogían de hombros, conviniendo en que algo incomprensible había en ello.

Ante la «Cámara Ardiente» Oliverio negó —así lo supo *Mademoiselle* de Scudéry — con la más sincera firmeza y franqueza evidente, asegurando que su maestro había sido atacado en la calle, en su presencia, y había sido apuñalado, pero que él le había llevado todavía vivo a casa, donde expiró al cabo de poco, todo lo cual coincidía con el relato de Madelon.

La Scudéry quiso oír una y otra vez hasta las más detalladas circunstancias del fatal suceso. Escrutaba escrupulosamente acerca de la posibilidad de alguna riña entre el maestro y su oficial, o si tal vez éste no era del todo ajeno a los arranques de cólera que a veces acometen como una locura ciega aun a los más apacibles, provocando actos que parecen excluir todo libre albedrío. Pero bastábale oír con qué entusiasmo hablaba Madelon de la felicidad doméstica en que los tres vivían para ahuyentar de su mente cualquier sombra de sospecha sobre el culpado de homicidio. Examinándolo todo minuciosamente y partiendo del supuesto de que Oliverio fuera el asesino de Cardillac a pesar de que todo hablaba a favor de su inocencia, la Scudéry no hallaba en el reino de lo posible ningún móvil que hubiera podido inducirle a tal acción, que

sólo tendía a destruir su felicidad.

—Es pobre, pero hábil en su oficio —se decía—. Se ha captado la simpatía del más famoso maestro; ama a su hija y el maestro favorece esta inclinación; las perspectivas de bienestar, de felicidad, para toda una vida no pueden ser más risueñas. Pero, aun aceptando que excitado a la ira por Dios sabe qué motivos llegara a agredir mortalmente a su bienhechor, a su padre, sería incomprensible la hipocresía con que se condujo realmente después. Convencida de la inculpabilidad de Oliverio, *Mademoiselle* de Scudéry se propuso salvar al inocente muchacho al precio que fuera.

Le pareció lo más aconsejable, antes de acudir a pedir gracia al mismo Rey, dirigirse al jefe de Policía La Regnie, exponerle todas las circunstancias que abonaban la inocencia de Oliverio, y suscitar así en su alma un íntimo convencimiento favorable al acusado, que hallaría en los jueces un eco bienhechor.

La Regnie recibió a la dama con las altas atenciones a que le daba derecho el ser honrada por el mismo Rey. Oyó con calma todo lo que le manifestaba a propósito de las circunstancias abominables del crimen, así como las de la vida de Oliverio y de su carácter. Una sonrisa fina, casi maliciosa, fue la única manifestación aparente de que no hacía oídos sordos a las protestas rociadas de lágrimas, al encarecimiento de que el juez, lejos de ser el enemigo del acusado, prestase atención a todo lo que pudiera alegarse en su favor. Cuando calló *Mademoiselle* de Scudéry, secando sus últimas lágrimas, ya exhausta, tomó la palabra La Regnie.

—Dice muy bien con su nobleza de alma, señorita, que, impresionada por el llanto de una joven enamorada, crea usted todo lo que ella le expone, al punto de hacérsele imposible concebir la idea de semejante crimen, pero otro cantar es el del juez, acostumbrado a arrancar el antifaz de la osada hipocresía. No entra en mis obligaciones el informar a cualquiera que me lo pida de la marcha de un proceso criminal. Señorita, yo cumplo mi deber y me importa porque la «Cámara Ardiente» no conoce más castigo que la sangre y el fuego. Pero no quisiera, señora mía, que usted me viera como a un monstruo de dureza y de crueldad; permítame, pues, que, en pocas palabras, le ponga claramente ante los ojos el delito sangriento del joven maleante que —gracias sean dadas al cielo— ha caído en manos de la justicia. Su mismo espíritu perspicaz será luego el que renuncie a una benevolencia que la honra a usted, y que a mí no me sentaría bien. Veamos con calma. Una mañana Rene Cardillac aparece asesinado de una puñalada. No tiene más compañía que la de su oficial Oliverio Brusson y la de una hija. En el cuarto de Oliverio se encuentra, entre otros objetos, un puñal teñido de una sangre reciente, que se adapta perfectamente a la herida.

Oliverio dice: —Cardillac ha sido agredido en mi presencia por la noche.

—¿Será que intentaban robarle?

—No sé.

—¿Ibas con él y no has podido defenderle del ataque del asesino, ni agarrar a

éste, ni pedir socorro?

—El maestro andaba a unos veinte pasos delante de mí y yo le seguía.

—Pero ¿por qué razón a tanta distancia?

—Así lo quería el maestro.

—¿Qué es lo que le llamaba a la calle a tales horas?

—No podría decirlo.

—Él no acostumbraba salir después de las nueve de la noche. —En este punto Oliverio enmudece, se inmuta, estalla en sollozos, y se hace firme, invocando lo más sagrado, en que Cardillac salió aquella noche, como ha dicho y que encontró en ella la muerte.

—Y ahora fíjese usted bien, señorita, se ha demostrado hasta llegar a la más completa convicción, que Cardillac no salió de casa aquella noche. Lo que pretende Oliverio, de que salió con él, es una impostura descarada. La puerta de la casa tiene una sólida cerradura, que hace un ruido inconfundible al abrir o al cerrar, y el ala de la puerta rechina escandalosamente en sus goznes, circunstancia que hemos comprobado experimentalmente, convenciéndonos de que el ruido se oye desde el piso más alto de la casa. Hay más; en el piso bajo, inmediato a la puerta de la calle, vive el anciano Claudio Patru con una sirvienta, una persona de unos ochenta años, pero sana y dispuesta. Oyeron ambos cómo Cardillac, fiel a su costumbre bajaba la escalera aquella noche, al punto de las nueve, cerraba la puerta y ponía la barra muy ruidosamente, y cómo subía luego, rezaba en voz alta la oración de la noche y finalmente cerraba la puerta de su dormitorio. El nombrado Claudio padece del insomnio propio de la ancianidad. Tampoco lograba conciliar el sueño aquella noche. Alrededor de las nueve y media la anciana sirvienta encendió la luz y se sentó a la mesa cerca de su amo, con un viejo libro que leía mientras el viejo, abismado en sus pensamientos, tan pronto se sentaba en el sillón como se levantaba y daba unos pasos, esperando con el cansancio cobrar el sueño. Hasta ese punto todo había permanecido tranquilo. Pero, un poco más tarde de las doce se oyeron pasos precipitados, el golpe de un cuerpo pesado que caía, y unos gemidos ahogados inmediatamente después. Ambos fueron presa de un extraño miedo. El terror del acto horrible que acababa de cometerse invadió la estancia. Y la luz de la mañana aclaró lo que había comenzado en las tinieblas…

—Pero, por lo más santo —le interrumpió la Scudéry— ¿cómo puede usted imaginar, después de las circunstancias que ampliamente le he expuesto, una acto infernal tan fuera de juicio?

La Regnie carraspeó, y luego repuso:

—Cardillac no era pobre… Poseía piedras preciosas de gran valor…

—Pero, todo esto ¿no pasaba a la hija? —observó la Scudéry—. ¿Ha olvidado usted que Oliverio iba a ser yerno de Cardillac?

—Tenía tal vez el compromiso de repartirse el botín o asesinaba por cuenta de otros… —dijo La Regnie.

—¿Repartir?… ¿Asesinar?… —interrogó la dama asombrada.

—Sepa, señora mía —prosiguió el jefe de Seguridad— que Oliverio ya hubiera regado con su sangre la plaza de la Gréve si su acto fuera independiente del tenebroso secreto que hasta hoy flota amenazador sobre París. Es evidente que Oliverio pertenece a la pandilla siniestra que, burlando todas las investigaciones de la justicia, todos sus afanes, ha logrado cometer tantas fechorías con seguridad y escapado al castigo. A través de él todo se aclarará, es preciso que se aclare. La herida de Cardillac es idéntica a la de todos los que han sido asesinados y robados por las calles o en sus moradas. Pero lo más significativo es que desde que Oliverio está en la cárcel han cesado los asesinatos y los robos. Hay la misma seguridad de noche que de día en las calles. Prueba suficiente para inferir que Oliverio capitaneaba tal vez a los asesinos. No quiere declarar todavía, pero existen medios para hacerle hablar forzando su voluntad.

—¡Y Madelon! —exclamó la dama—. ¡La más leal, la más inocente de las criaturas!…

—¿Quién me asegura —dijo La Regnie con una sonrisa venenosa— que no tiene parte en la banda? No son para su padre las lágrimas, sino para el bribón que ha entrado en el juego.

—¿Cómo puede hablar así?…

—¡Bah! —prosiguió La Regnie—. Recuerde el caso de la Brinvilliers. Tendrá usted que perdonar si tal vez dentro de poco tiempo me veo obligado a apoderarme de su pupila y conducirla a la «Conciergerie».

La Scudéry sintió un escalofrío al oír esa sospecha horrible. Le parecía como si delante de aquel hombre temible no pudieran quedar en pie ni la lealtad ni virtud ninguna, y como si espiara el homicidio en el fondo de los pensamientos más recónditos. Se levantó.

—Sea usted humano —fueron las únicas palabras que logró sacar de la garganta. Respiraba con fatiga y sentía el corazón oprimido.

Al bajar la escalera, hasta la que la había acompañado el jefe de Seguridad, con ceremoniosa gentileza, se le ocurrió una idea singular, sin ella misma explicárselo: —¿Me sería permitido ver al desdichado Oliverio Brusson?—. El jefe la observó algo desconcertado de pronto; pero, recobrando luego aquella sonrisa repelente tan suya, dijo: —Si puede más en usted, señora mía, la voz del sentimiento que lo que nuestros ojos han comprobado, si no le es odioso el cuadro de todos los grados de la abyección, se le abrirán dentro de unas horas las puertas de la «Conciergerie», y verá cara a cara a ese Oliverio, cuyo destino tanto le interesa.

Mademoiselle de Scudéry no podía verdaderamente convencerse de la culpabilidad del joven. Todo le iba en contra y ningún juez en la tierra hubiera obrado de otro modo que La Regnie ante tan decisivas realidades. Pero el cuadro de una felicidad doméstica, tal como Madelon lo había pintado con los más vivos colores ante sus ojos borraba cualquier sospecha de maldad, de modo que la Scudéry prefería

aceptar un enigma inexplicable a creer en algo que repugnaba a su conciencia.

Tomó la resolución de oír de nuevo por el mismo Oliverio todo lo sucedido en aquella noche fatal, y penetrar en lo posible el secreto que tal vez quedaba oculto a los jueces, porque el ocuparse de ello les parecía de poca importancia. En llegando a la «Conciergerie» la acompañaron a un aposento grande e iluminado, y poco después oyó un tintinear de cadenas. Oliverio Brusson fue conducido allí. No bien le vio encuadrado en el marco de la puerta, la Scudéry desfalleció, y al recobrar el sentido Oliverio había desaparecido. Exigió con vehemencia que la acompañaran inmediatamente al coche. No soportaría estar un momento más entre aquellas paredes, morada de la infamia. A la primera ojeada había reconocido en Oliverio al joven que en el Pont-Neuf le echó por la portezuela del coche la carta suplicante, el mismo que le había traído el cofrecillo de las joyas. No había duda: la sospecha horrible de La Regnie se confirmaba. Oliverio Brusson formaba parte de la pandilla de criminales y seguramente había matado también al maestro.

¿Y Madelon? *Mademoiselle* de Scudéry, como nunca afligida bajo la garra del poder demoníaco en que antes no creía, llegó a dudar de toda apariencia de verdad y dio curso a la horrible sospecha de la complicidad de Madelon y de su participación en aquel delito sangriento. Como suele suceder en nuestro espíritu cuando surge ante él una imagen y busca ansiosamente los colores más vivos para pintarla, la Scudéry encontró en las circunstancias del hecho abundante materia para mantener aquella sospecha. Muchos indicios que hasta ahora había apreciado como pruebas de la inocencia y de la pureza, los veía como síntomas ciertos de criminalidad y de estudiada hipocresía. Aquella pena desgarradora y aun las lágrimas podían proceder no precisamente del miedo a ver derramar la sangre del amado, sino del temor de caer ella bajo la mano del verdugo. Con el propósito de librarse de la serpiente que hasta entonces había abrigado en su seno, bajó del coche y entró en la casa. Madelon se echó a sus pies. Un ángel del Señor no hubiera levantado sus ojos celestes con mayor sinceridad, ni juntado más piadosamente las manos sobre el pecho inquieto para implorar auxilio y consuelo. Poniendo en la voz toda la gravedad y la calma de que era capaz, le dijo la dama: —Anda. No llores por el asesino al que espera el justo castigo por sus abominaciones. Y que la Virgen Santa te guarde de sentir sobre ti misma el peso de un homicidio.

—¡Ahora veo que todo está perdido! —gritó Madelon, y con un alarido desesperado rodó al suelo. La dama la dejó al cuidado de su camarera y se retiró.

Con el alma herida, aislada de todo lo terrenal, hubiera querido no vivir ya en un mundo amasado con el engaño infernal. Acusaba al destino de haberse befado de ella, manteniendo y robusteciendo su fe en la virtud y la lealtad, para aniquilar ahora, en su vejez, la bella ilusión que había sido luz de su existencia.

Oyó cómo la Martiniére se llevaba a Madelon, que se lamentaba entre suspiros: —¡Ah, ella también! Los infames la engañan… ¡Miserable de mí! ¡Desgraciado Oliverio!—. Esos acentos movieron el corazón de *Mademoiselle* de Scudéry y

renacieron en su interior la fe ciega en la inculpabilidad de Oliverio y la esperanza de vislumbrar algún secreto. Movida por los más encontrados sentimientos, fuera de sí, exclamaba: —¿Qué espíritu infernal me ha enzarzado en esa historia abominable que acabará con mi vida?—. En este momento entraba en la habitación Bautista, pálido y aterrado, anunciando la visita de Desgrais. Desde el repugnante proceso de la Voisin, se consideraba la presencia de Desgrais en una casa como presagio de una acusación. De aquí el terror de Bautista.

—¿Qué te pasa? —le preguntó la dama—. ¿No es cierto que el nombre Scudéry constaba en la lista de la Voisin?

—¡Jesús Dios! —respondió Bautista, temblando—. ¿Por qué decís tales cosas señora? ¡Pero, Desgrais, ese terrible Desgrais, no sabe esperar y dice que la ha de ver ahora mismo!

—Bien —dijo la dama—. Que ese hombre tan temido entre en seguida, que yo no le temo.

—El jefe de Seguridad —dijo Desgrais apenas traspasado el umbral—, el Presidente La Regnie me delega, señora mía, para hacerle una petición, que no le haría si no le fueran conocidos su virtud y sus ánimos, y si no estuviera en manos de usted el medio último para sacar a la luz del día un enojoso delito de sangre, y si usted misma no hubiera ya participado en ese proceso que la «Cámara Ardiente» ha visto, y que a todos nos corta el aliento. Oliverio Brusson está medio loco desde que la vio a usted en la «Conciergerie». Así como parecía dispuesto a reconocer su culpa, vuelve ahora a jurar por lo más sagrado que es totalmente inocente del asesinato de Cardillac, aunque está dispuesto a sufrir la muerte, si la mereciera. Observe, señora, que esta última afirmación se refiere sin duda a otros delitos que tiene sobre la conciencia. Pero no se le puede arrancar ni una palabra más, y ni siquiera la amenaza de la tortura ha tenido la menor eficacia. Nos ruega con vehemencia que le permitamos tener una conversación con usted. Sólo a usted está dispuesto a hacer una confesión. Dígnese, pues, ver a Brusson, señora, para oír lo que declare.

—¡Cómo! —exclamó ella, indignada—. ¿He de ser yo quien sirva de instrumento al tribunal? ¿Pretenden que profane la confianza de ese desgraciado para llevarle al patíbulo? ¡No, Desgrais! Ni aunque Brusson fuera un malvado asesino, ¿cómo podría yo jamás engañarle tan vilmente? Su secreto, en confesión, quedaría encerrado en mi pecho como un sagrado depósito.

—Tal vez —replicó Desgrais, con una sutil sonrisa— mudará usted de opinión una vez haya escuchado al reo. Un día aconsejó usted al jefe de Seguridad que procediera humanamente. Ahora él da muestras de esa humanidad, accediendo al capricho de Brusson, como último recurso, sin apelar a la tortura, para la cual el reo está más que en sazón. —La Scudéry se estremeció, y Desgrais siguió diciendo—: Tenga en consideración, señora mía, que evitaremos entrar de nuevo en aquella mansión que tan mal impresionada la dejó. Sin turbar el silencio de la noche, Oliverio Brusson, como cualquier persona en libertad, será conducido a presencia de usted.

Sin que le espíen, aunque vigilado, podrá hablar con usted sin reservas. De que la seguridad de usted queda garantizada y nada ha de temer, respondo yo con mi vida. Habla de usted con verdadera devoción. Jura que lo que le precipita a la muerte es el destino funesto que ha decidido que no pudiera hablar anteriormente con usted. Una vez le haya hablado, de usted depende declarar lo que usted quiera de lo que Brusson le confíe. ¿Quién podría obligarla a más?

Meditabunda, con la mirada puesta en el suelo, sintiéndose obligada a obedecer a un más alto poder que le confiaba la confesión de un secreto terrible, y como prisionera de los lazos mágicos en los cuales había caído, se decidió de pronto, y dijo dignamente:

—Dios me concederá el tino y la firmeza que necesito… Traed a Brusson. Estoy decidida a hablar con él.

Como tiempo atrás al presentársele Brusson con el cofrecillo, se oyó llamar a la puerta de la casa de *Mademoiselle* de Scudéry. Abrió Bautista, ya enterado de aquella visita nocturna. La dama se estremeció al oír los pasos leves y el sordo rumor que le permitieron colegir que los guardias que habían traído a Brusson se repartían por los corredores de la casa.

Por fin se entreabrió la puerta del cuarto. Entró Desgrais y detrás de él Oliverio Brusson. No llevaba grilletes ni ataduras, y vestía correctamente.

—Éste es Oliverio Brusson, señora —dijo Desgrais inclinándose respetuosamente y salió de la habitación.

Brusson se arrodilló delante de la dama, y levantó ambas manos en actitud suplicante. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Pálida y sin articular una palabra, le miraba la dama y en las facciones y el dolor, resplandecía una expresión pura de lealtad y sinceridad de ánimo. Cuanto más detenía la mirada en el rostro de Brusson, más vivamente evocaba la dama el recuerdo borroso de alguna persona muy querida, y olvidaba toda sospecha de que el que estaba de rodillas delante de ella pudiera ser el asesino de Cardillac.

—Bien, Brusson. Dígame lo que sea —le pidió en un tono de la más piadosa benevolencia. Sin levantarse, suspiró él en lo más hondo de sus tristezas, dijo luego —: ¡Noble y venerable señora! ¿Tan totalmente se ha borrado de su alma mi recuerdo? —Observándole con más empeño, la Scudéry le respondió que, en efecto, descubría en sus rasgos un parecido con alguna persona amada, y que únicamente a este parecido debía agradecer que ella hubiera vencido la repulsión por el criminal y le escuchara con calma en aquellos momentos.

Brusson, herido por estas palabras, se puso rápidamente en pie, y mirando sombríamente al suelo, retrocedió un paso y dijo con voz velada:

—¿Ha olvidado usted completamente a Ana Guiot y a su hijo Oliverio, el niño que tantas veces meció sobre las rodillas?

—¡Dios todopoderoso! —exclamó *Mademoiselle* de Scudéry cubriéndose la cara con ambas manos y echando atrás la cabeza sobre el sillón. Motivos tenía para

sentirse turbada. Ana Guiot, hija de un hombre de la clase media venido a menos, se había criado en casa de la Scudéry, la cual le había prodigado cuidados maternales. Ya mayor, tuvo un pretendiente llamado Claudio Brusson. Era el joven un experto relojero, que se ganaba holgadamente la vida en París, y Ana sintió por él un afecto sincero que mereció la aprobación franca de la que la cuidó de niña. Supo entenderse la joven pareja y vivían felices en la calma doméstica, felicidad que vino a afirmar todavía más el nacimiento de un muchacho precioso, vivo retrato de su madre.

Mademoiselle de Scudéry hizo del pequeño Oliverio un ídolo y horas, hasta días enteros, se lo quitaba a la madre para acariciarle y cuidarle, de tal manera que el pequeño se acostumbró a ella con quien se encontraba tan bien como con su propia madre. Habían pasado tres años del nacimiento cuando la envidia profesional de sus colegas determinó que el trabajo del buen relojero decreciera cada día más, y llegó a un punto que apenas le producía para alimentarse él y los suyos. Le entró la nostalgia de su bella Ginebra natal, y la familia salió para aquella ciudad sin hacer caso del incondicional apoyo que la Scudéry les garantizaba. Ana escribió todavía un par de cartas a la que tantos cuidados le había prodigado, y luego vino el silencio, lo que hizo suponer a *Mademoiselle* de Scudéry que tal vez las dichas del hogar de Brusson habían borrado el recuerdo de tiempos pasados.

Veintitrés años se cumplían ahora desde que Brusson había salido de París.

—¡Qué horror! —exclamó la dama, ya recobrado el ánimo.

—¿Eres tú, Oliverio? ¡El hijo de mi Ana!…

Dueño de sí mismo, tranquilamente, Oliverio respondió:

—¡Claro está, señora mía, que no podía imaginar usted nunca que aquel niño que usted acariciaba como la más tierna de las madres, aquel niño a quien mecía y regalaba con golosinas prodigándole los nombres más cariñosos, tendría que verse, una vez llegado a la juventud, en presencia de usted, acusado de un crimen horrible! No soy irreprochable; la «Cámara Ardiente» podría acusarme legalmente de algún delito, pero, tan cierto como he de morir bien con Dios, aunque fuera a manos del verdugo, ni yo maté al desdichado Cardillac, ni tuve parte en su muerte. —Al decir esas palabras Oliverio experimentaba una conmoción como si la tierra se hundiera a sus pies. Silenciosamente, *Mademoiselle* de Scudéry le señaló un sillón, sobre el cual, con gesto cansado, se sentó Oliverio.

Y dijo:

—No me ha faltado tiempo para prepararme a esta entrevista, que considero como el último favor del cielo que se reconcilia conmigo, y captar toda la calma y la presencia de espíritu necesarias para narrarle la historia de mi terrible, de mi inaudita desgracia. Otórgueme la piedad de escucharme tranquilamente, por mucho que el descubrimiento de un secreto, que seguramente no pudo sospechar, la sorprenda y llegue a horrorizarla… ¡Ojalá mi pobre padre no hubiera salido nunca de París! En mi recuerdo borroso de Ginebra veo a mis padres y me veo a mí en el llanto, oigo sus lamentaciones, y me doy muy bien cuenta de cómo más tarde viví los azares de

nuestra miseria. Mi padre se vio burlado en todas sus esperanzas. Apesadumbrado, murió al punto en que había logrado verme como aprendiz en un taller de orfebrería. Mi madre hablaba mucho de usted en aquel entonces y estaba dispuesta a referirle todas sus cuitas, pero le faltó el ánimo como suele suceder a los que viven en la indigencia. La falsa vergüenza, que tantas veces roe el alma de los desheredados, le impidió dar curso a su propósito. Pocos meses después de la muerte de mi padre murió también ella.

—¡Mi pobre Ana! —exclamó la de Scudéry dominada por el pesar.

—¡Doy gracias a Dios de que no haya de presenciar la muerte de su hijo querido a manos del verdugo, cubierto de ignominia! —Estas palabras las dijo Oliverio en voz muy clara y fijando en la altura los ojos extraviados. Afuera se oyeron rumores de inquietud y pasos en diversas direcciones—. ¡Oh, oh! —dijo Oliverio con una sonrisa amarga—. ¡Desgrais despierta a su gente como si yo pudiera escapar de aquí! … Prosigamos. Mi maestro me trataba con severidad, sin tener en cuenta que yo trabajaba como ninguno y mi labor acabó por superar la suya. Sucedió un día, que un cliente vino a nuestro taller para adquirir un aderezo. Yo estaba trabajando en una gargantilla preciosa y el cliente, con rostro amable, golpeándome la espalda y resiguiendo con la mirada mi trabajo, me dijo: —Amigo, es una labor excelente. En realidad, no sé quién pudiera mejorarla a no ser Rene Cardillac, que es sin duda alguna el mejor orfebre del mundo. Junto a él tendrías que trabajar; te recibiría con palmas en su taller, porque sólo tú puedes ponerte a su lado y únicamente de él puedes todavía aprender algo—. Estas afirmaciones no cayeron en saco roto. Yo no aguanté más en Ginebra: parecía que me empujaban hacia fuera. Logré desentenderme de mi amo y llegué a París. Rene Cardillac me recibió fríamente, casi diría con rudeza. Yo insistí hasta lograr que me confiara un encargo de poca monta; era una sortija. Cuando le presenté la obra fijó en los míos sus ojos pequeños y centelleantes, como si quisiera penetrar en mis intenciones más profundas.

—Eres un oficial listo, bien dispuesto —me dijo—. Te pagaré bien; confío en que quedarás contento de mí. Y Cardillac hizo honor a su promesa. Pasé un tiempo cerca de él sin haber visto a Madelon, que estaba en el campo según creo, en casa de una tía de Cardillac. Volvió al fin. ¡Poder eterno del cielo qué cambio se hizo en mí al ver su figura angelical! ¿Ha existido nunca un ser que haya amado como yo?… Y ahora… ¡Oh, Madelon! —Cortó sus palabras la pesadumbre, y tapándose la cara con ambas manos, prosiguió una vez vencidos los sollozos:

—Madelon me miraba con buenos ojos. Entraba a menudo en el taller y yo adivinaba su afecto. Por mucho que el padre vigilara, nuestros furtivos apretones de mano eras señales de un pacto que Cardillac parecía ignorar. Mi intención era captarme ante todo su favor, llegar a la maestría en mi oficio y pedir entonces la mano de Madelon.

Una mañana, al ir a ponerme a mi labor, Cardillac se enfrentó conmigo, luciéndole en los ojos sombríos la cólera y el desprecio:

—Ya no necesito de tu arte —comenzó—. Sal de la casa ahora mismo y que no te vea nunca más. ¡No te debo explicaciones, pero has de saber que está puesta demasiado alta la dulce fruta que pretendes alcanzar, pobre arrapiezo!

—Quise hablar, pero él me cogió con mano dura y me obligó a pasar la puerta de un empujón, dando con mi cuerpo en el suelo, e hiriéndome en la cabeza y en un brazo.

Abandoné la casa furioso, con el alma desgarrada, hasta que en un suburbio lejano de París, el de Saint Martín, encontré a un conocido que me acogió en su buhardilla. Pero no hallaba reposo. Salía de noche y me escurría, rondando la casa de Cardillac, forjándome la idea de que Madelon oiría no sé cómo mis quejas y suspiros y que encontraría manera de asomarse a la ventana para hablarme en secreto. En mi cerebro se cruzaban los más desesperados planes, de cuya realización esperaba convencerla. Junto a la casa de Cardillac, en la calle Nicaise, se levanta una pared alta con una hornacina y una estatua medio destruida, empotrada en ella. Junto a esta estatua me encontraba yo una noche, mirando hacia arriba, acechando las ventanas de la casa que dan al patio que la pared encierra. De pronto, me doy cuenta de que hay luz encendida en el taller de Cardillac. Son las doce de la noche. Cardillac no solía velar nunca a esta hora; se acostaba puntualmente a las nueve. Siento los latidos de mi corazón. Presiento algún mal, pero tengo la esperanza de poder entrar. Desaparece la luz. Me arrimo a la estatua dentro de la hornacina. De pronto doy un salto atemorizado, porque he sentido que la estatua se mueve como si tuviera vida. Al reflejo pálido de la noche me doy cuenta de que la piedra gira lentamente sobre su base, y detrás de ella se escurre una obscura forma humana, que empieza a andar calle abajo con paso ligero. Me acerco de un brinco a la escultura. Vuelve a estar en su sitio de antes, formando parte de la pared. Instintivamente, como impelido por una fuerza interior, voy siguiendo las pisadas del que se aleja. Al pasar bajo una capillita de la Virgen, aquella forma humana vuelve la cabeza, y el reflejo de la luz de la lámpara se proyecta sobre su rostro. Es Cardillac. No sabría describir el miedo, el horror, ni el irresistible hechizo que me empuja hacia su figura espectral de sonámbulo. No tengo por tal al maestro, sin contar con que no estamos en luna llena, época en que semejante hechizo suele privar del sueño. Desaparece por fin Cardillac en las sombras, pero al oír un carraspeo breve, que no puede ser más que el suyo, conozco que ha entrado en un determinado soportal. ¿Qué significa todo eso? ¿Qué designio le mueve? —me pregunto, lleno de estupor, mientras me oculto a favor de la sombra de las casas—. Al cabo de un rato veo acercarse a un hombre que anda canturreando, tocado de un flamante penacho y con tintineantes espuelas en los tacones. Como el tigre sobre su presa se precipita Cardillac desde su rincón encima del hombre, que se desploma instantáneamente con el estertor de la muerte en la garganta. Salto, dando un alarido de terror hasta donde está Cardillac.

—¿Qué es esto, maestro? —grito yo.

—¡Maldito! —ruge Cardillac.

Y echa a correr y desaparece con la rapidez del rayo. Sin tino, andando a duras penas, me acerco al que está tendido en el suelo y me arrodillo junto a él, por si hay esperanza de salvarle; pero todo indicio de vida ha desaparecido. Sobrecogido de mortal terror, apenas me he dado cuenta de que la «Maréchaussée» me rodea.

Alguien da voces: —¡Ea, muchacho!, ¿qué estás haciendo? ¡Otro que ha caído!… ¿Senas tú también de la pandilla?… ¡Anda! ¡Anda!…—. Mientras se cruzan esas exclamaciones, me sujetan y yo casi no acierto a balbucear que está lejos de mí cometer un acto semejante, y que me dejen en paz. Uno de los de la ronda me acerca a la cara la linterna y dice soltando la risa: —¡Pero si es Oliverio Brusson, el que trabaja con el honrado maestro Cardillac…! ¡Cómo va a matar hombres por esas calles!… ¡Vaya ocurrencia! ¿Es propio de asesinos lamentarse sobre el cadáver y entretenerse para dejarse prender?… ¿Cómo ha sido, mozo?… Cuenta sin temor. —Y cumplí lo que me pedían—. Muy cerca de mí —dije— saltó un hombre encima del que allí está tendido, le dio el golpe mortal y al oír mis gritos emprendió la fuga, rápido como el rayo. Y yo me inclinaba ahora sobre el caído por si había esperanzas de salvarle—. No hijo, mío— dice uno de los que han levantado el cuerpo. La herida, como de ordinario, es una puñalada al corazón—. ¡Demonio! —dice otro—. Lo mismo que el caso de anteayer. Llegamos tarde—. Y se alejaron llevándose el cadáver.

No sabría explicar mis sensaciones; era como el despertar de un sueño fatídico, o como si fuera a salir del sueño para asombrarme de la fantasmagoría… ¡Cardillac, el padre de mi Madelon, un malvado asesino!… Sin fuerzas caí sobre las gradas de un soportal. Alboreaba. Un sombrero de oficial ornado de un penacho precioso, yacía sobre el pavimento. El delito sangriento de Cardillac cometido a mi vista, en el sitio que ahora ocupaba yo, medio echado en el suelo, me parecía evidente, claro, como la nueva luz de la mañana. Y huí de aquel sitio, horrorizado.

Vuelto a mi buhardilla, aturdido, como demente, oigo abrir la puerta. Es Rene Cardillac.

—En nombre de Cristo ¿qué quiere de mí? —le grité.

Sin dar importancia a mi actitud ni a mis palabras, anda unos pasos hacia mí, con una sonrisa reposada y afable que acrecienta mi íntima repulsión. Coge un taburete medio roto y se sienta a mi lado. Yo no tengo ánimos ni para incorporarme en la yacija sobre la cual me he dejado caer.

—Ea, Oliverio —comienza—, ¿cómo te va?… ¡Pobre muchacho!… Me precipité torpemente cuando te mandé salir de mi casa. Te echo de menos muchas veces. Precisamente estos días voy a ponerme a un trabajo que no podré realizar sin tu ayuda. ¿Qué me dices de venir a trabajar de nuevo en mi taller? ¡Callas! Sí; bien lo sé. Te ofendí. Quise darte a entender que estaba airado contigo a propósito de tus ambiciones respecto a mi Madelon. Pero luego ha madurado en mí la idea y estoy convencido de que con tu destreza, tu laboriosidad y tu lealtad, no puedo desear en el mundo mejor yerno que tú. Ven, pues, conmigo y procura merecer como esposa a

Madelon.

Las palabras de Cardillac me desgarraban el corazón y su maldad me hacía temblar. No acerté a formular una respuesta.

—¿Titubeas? —prosiguió él en un tono áspero, mientras me perforaba con sus ojillos centelleantes—, ¿titubeas?… No te digo que sea hoy mismo; tal vez tienes otras cosas que te ocupen. Tal vez… una visita a Desgrais. ¿O quizá quieres ser presentado a Argenson o a La Regnie? Cuidado, muchacho, que las garras que pretendes echar contra otros no te prendan a ti mismo y te despedacen.

En este punto mi ánimo sublevado no puede menos que desahogarse de pronto en palabras, y replico que aquellos que tengan algo común con los nombres que acaba de pronunciar, a causa de las atrocidades que hayan cometido, se entiendan con ellos. Yo no tengo nada que ver con eso. Y Cardillac prosigue: —Hablando con propiedad, Oliverio, el trabajar en mi taller te honrará. Soy reputado el más famoso orfebre de la época, y considerado en todas partes, tanto por mis dotes artísticas como por mi lealtad e intachable conducta. Cuenta que cualquier calumnia contra mí caería de rechazo sobre la cabeza del calumniador. Y por lo que se refiere a Madelon, puedo asegurarte que a ella sola debes agradecer mi condescendencia. Te ama con una vehemencia que no hubiera sospechado en un ser delicado como es ella. No bien saliste de mi casa se echó a mis pies, abrazó mis rodillas y me confesó entre lágrimas que no podía vivir sin ti. Yo pensé que todo era imaginación, como suele suceder a las muchachas inexpertas que darían la vida por la primera cara simpática que les mira sonriendo. Pero en mi Madelon es una realidad. Languidecía, estaba enferma, y si yo quería disuadirla de sus quimeras no hacía más que repetir tu nombre. ¿Qué tenía yo que hacer si no quería dejarla en la desesperación? Ayer noche le dije que le daba mi consentimiento y que te llamaría hoy. En una noche parece haber florecido como una rosa y te espera transportada de amor.

Que el eterno poder celestial me perdone, pero ni yo mismo podría decir cómo me encontré de pronto en casa de Cardillac, en presencia de Madelon, que sollozaba, y estrechándome en sus brazos repetía mi nombre y hacía protestas de su afecto, mientras yo, en el colmo del embeleso, juraba por la Virgen y todos los santos no separarme de ella nunca más.

Conmovido al recuerdo de este momento decisivo, Oliverio se vio obligado a hacer una pausa.

Mademoiselle de Scudéry, horrorizada por la criminalidad de un hombre que ella había considerado hasta entonces como encarnación de la virtud y la honradez, exclamó: —¡Qué espanto! ¡Así, pues, Rene Cardillac formaba parte de la pandilla de asesinos y ladrones que hace de la ciudad una madriguera inmunda!

—No se hable de pandilla, señorita —dijo Oliverio—. No existe tal pandilla. Era Cardillac, él solo, quien escogía las víctimas y caía encima de ellas con una asiduidad malvada. A esta circunstancia, la de no tener compañeros, es debida la impunidad con que logró llevar a cabo sus fechorías, y la dificultad en seguir una pista… Pero,

permita que acabe y sabrá los secretos del que fue a la vez el más malvado y el más desdichado de los hombres… Desde aquel día, cualquiera puede imaginar la situación en que me hallaba respecto a mi maestro. El paso estaba dado y no era posible retroceder. A menudo me parecía ser cómplice de los asesinatos de Cardillac, y únicamente el amor de Madelon me hacía olvidar la íntima congoja que me torturaba. En mis horas de trabajo en el taller, al lado del viejo, no podía mirarle a la cara, y casi no pronunciaba ni una palabra en presencia de aquel hombre abominable, que de día parecía poseer todas las virtudes de un padre cariñoso y de un buen ciudadano, y se envolvía en los velos de la noche para llevar a cabo sus crímenes; Madelon, la criatura piadosa, limpia de conciencia como un ángel, le profesaba una verdadera devoción. Me sentía traspasado el corazón al pensar que cuando el malvado fuera descubierto, ella, despertada a la realidad, sufriría la más cruel desesperación, víctima inocente de las infernales astucias de su padre, y esto bastaba para hacerme enmudecer aunque para ello tuviera que sufrir la pena que merecía el criminal.

—Si bien me enteraba de los sucesos por las conversaciones de la gente, el móvil de los delitos de Cardillac y el modo de realizarlos eran para mí un enigma. La solución no se hizo esperar. Un día noté en Cardillac, que generalmente y excitando mi repugnancia solía bromear y reír mientras trabajaba, una seriedad y un retraimiento que empañaban su ordinario buen humor. De pronto echó a un lado la joya en la que estaba trabajando con tal violencia que las perlas rodaron sobre la mesa, se puso en pie y me habló con vehemencia:

—Oliverio —me dijo—, entre nosotros dos las cosas no pueden quedar así; la posición es insostenible. Lo que escapó a la fina astucia de Desgrais y de sus esbirros, el azar lo ha puesto en tus manos. Me has visto en mis actividades nocturnas, a las que mi nefasto destino me empuja, sin que yo pueda resistir. Y también a ti la mala estrella te impulsó a seguir mis pasos, te escondió en las sombras y dio a tus pisadas una tal ligereza silenciosa, que yo mismo, que en la noche más obscura veo tan bien como si tuviera ojos de tigre y percibo el menor ruido, incluso el volar de un mosquito, no me di cuenta de tu presencia aquella noche. Tu mala estrella te ha hecho volver a mi lado. En tu situación ya no puedes traicionarme. Has de saberlo todo.

—¡Nunca seré tu compañero, hipócrita, malvado! —Estas palabras estuve a punto de replicarle, lleno de ira y repugnancia, pero la misma indignación que en mí promovían sus palabras me agarrotaba la garganta, y un sonido inarticulado fue mi sola contestación.

Cardillac volvió a sentarse en su sitio de trabajo; se secó el sudor de la frente, y como si le conmoviera un recuerdo del pasado, comenzó: —Hay sabios que dan gran importancia a las raras impresiones a que están sujetas las mujeres encinta, y hablan del asombroso influjo de esas impresiones vivas e involuntarias en el que va a nacer. De mi madre me contaron una singular historia. En el primer mes del embarazo de que yo debía nacer contemplaba junto con otras mujeres una brillante fiesta cortesana que se dio en el Trianon. Se le fueron los ojos hacia un caballero vestido a la

española, con una joya radiante colgada del cuello. Como fascinada por el brillo de la alhaja, mi madre no acertaba a quitar de ella la mirada. Todo su ser codiciaba aquella piedra irisada que le parecía un bien más que terrenal. Ya unos años antes, siendo mi madre todavía soltera, aquel caballero había puesto sitio a su virtud, pero fue rechazado con horror. Mi madre le reconoció, pero esta vez le pareció que el resplandor de la pedrería convertía al caballero en un ser de la más elevada naturaleza y un compendio de toda hermosura. Diose cuenta el caballero de las miradas de fuego de mi madre, y figurándose que esta vez sería más afortunado que antaño, buscó la ocasión de alternar con ella y logró apartarla de los conocidos y llevarla a un sitio desierto, y allí por la fuerza, la estrechó vehementemente entre sus brazos. Entretanto mi madre se había apoderado de la joya que el caballero llevaba colgada sobre el pecho, pero en el mismo instante, el caballero, arrastrando a mi madre en la caída, se desplomó exánime. Probó en vano mi madre de desprenderse de los brazos crispados del cadáver, que fijaba en ella los ojos que ya no veían, y al reclamo de sus agudos gritos acudieron los paseantes y la arrancaron de los brazos del pérfido caballero. Esas impresiones postraron a mi madre en el lecho. Se temió por su vida y por la mía; pero se restableció y el parto fue lo feliz que cabía esperar. Pero los terrores de aquel momento aciago recayeron sobre mí. Había asomado mi mala estrella y sus destellos prendieron en mi ser, poseído desde el vientre de mi madre de una de las pasiones más insanas. Ya en la niñez estimaba por encima de todo los diamantes y el oro. Esta inclinación fue considerada como un capricho de niño, pero pronto se manifestó con mayor trascendencia y de niño aun robaba oro o joyas donde las viera al alcance de la mano. Distinguía instintivamente, como el más experto, lo que era falso y lo que era de ley. Mi codicia innata tuvo que doblegarse bajo los castigos severos de mi padre. Escogí la profesión de orfebre para poder vivir en medio de los objetos de oro y las piedras preciosas. Sólo esto me atraía. Trabajaba con pasión y fui pronto el primero en el oficio. Siguió a éste un período, en el cual mi pasión innata, tanto tiempo sofocada, surgió en todo su vigor, devorándolo todo. Apenas había terminado y entregado una obra, caía en una inquietud, que se cebaba en mi sueño, en mi salud y en el goce de vivir. Día y noche la persona para la cual había trabajado se presentaba ante mis ojos, adornada con mis joyas y una voz susurraba a mis oídos:

—Esta joya es tuya. Tómala, recóbrala… ¿De qué le sirven a un muerto los diamantes? Me di por fin a las artes del robo. Tenía entrada en la mansión de los poderosos y no tardé en sacar provecho de cada oportunidad; no había cerradura que resistiera a mi ingeniosidad y pronto volvía a ser mía la joya salida de mis manos… Pero no se calmaba con esto el desasosiego. Aquella misma voz fatal se dejaba oír, provocándome: —¡Ah! ¡Ah!… ¡Un muerto luce tu joya!—. Un odio inexplicable se proyectaba de mí hacia aquellos para quienes había labrado una joya. Sí. Se agitaba en el fondo de mis entrañas un furor homicida contra ellos que me hacía temblar a mí mismo… En medio de estas circunstancias, compré la casa donde vivo. Cerramos tratos con el propietario en este mismo cuarto, y para celebrarlo descorchamos una

botella sentados en esta misma habitación. Ya muy avanzada la noche, a punto de despedirme, el vendedor me habló en estos términos: —Maestro Rene, es hora de que le ponga en el secreto de un detalle de esta casa—. Acercándose a un armario empotrado en la pared, empujó la tabla del fondo, penetró en un cuarto, y se agachó para levantar una trampa. De allí, bajando por una escalerilla estrecha y empinada, llegamos frente a una portezuela, que el dueño abrió, y salimos al patio. Empujó entonces un hierro que había en un punto determinado de la pared y una parte de ésta giró inmediatamente sobre sí misma, dejando un hueco a través del cual un cuerpo humano podía escurrirse cómodamente hasta la calle.

—Oliverio —me dijo en aquel punto el maestro—, cuando quieras te enseñaré esta obra de ingenio, que seguramente idearon los frailes del convento que antiguamente hubo aquí para entrar y salir secretamente. Se trata de una plancha de madera revocada por fuera, a la cual se adapta una columna estatuaria también de madera, pero que imita la piedra, y el conjunto gira sobre unos goznes ocultos.

No sé qué siniestras ideas me embargaron a la vista de aquella instalación, como premeditada para ocultar unos hechos que eran todavía un misterio para mí. Había entregado, no hacía mucho tiempo, un aderezo precioso a un caballero de la corte, aderezo que yo sabía que iba destinado a una bailarina de la Ópera. Me sentía atormentado, por doquiera me acompañaba el espectro de la muerte, y Satán murmuraba algo a mi oído. Volví a entrar en la casa y sudando de angustia me revolvía en la cama; imaginaba al caballero que en posesión de la joya, iba a ofrecérsela a la bailarina. Salté furiosamente de la casa, me embocé en la capa y bajé por la escalerilla secreta, atravesé el muro que sale a la calle Nicaise… Veo acercarse aquel caballero… Es él… Le salto encima; él da un grito, pero, agarrándole fuerte por la espalda, le hundo el puñal en el corazón… ¡La joya es mía!… Consumado el hecho experimenté un descanso, una satisfacción como nunca hubiera sentido. El espectro había desaparecido y callaba la voz de Satán. ¡Ahora sabía lo que mi mala estrella exigía de mí, y me era forzoso ceder o perecer!… ¿Comprendes ahora mi proceder y mi ansia, Oliverio? No porque me vea arrastrado a hacer lo inevitable debes creer que haya renunciado a los sentimientos de piedad, de compasión, que están en la naturaleza del hombre. Tú sabes la violencia que he de hacerme para entregar un trabajo y cómo me niego a trabajar para aquellos cuya muerte no quiero. Pero como si el espectro que me acongoja exigiera sangre, he de usar el puñal contra el poseedor de la joya, y ésta vuelve a mis manos.

Una vez terminado este largo relato de su vida, maese Cardillac me llevó al sótano y me brindó el espectáculo de la colección de sus joyas, ante las cuales desmerecerían las del mismo Rey. Cada alhaja llevaba su etiqueta, en la cual constaba el nombre del que hizo el encargo y en qué fecha había sido recobrada por medio del homicidio, hurto o robo.

—El día de tu boda, Oliverio —me dijo a continuación— prestarás juramento puesta la mano sobre la imagen de Cristo crucificado de que a mi muerte toda esta

riqueza será aniquilada, convertida en polvo, por los medios que a su hora te daré a conocer. No quiero que ninguna criatura humana, y menos aún Madelon y tú, entre en posesión de lo que fue adquirido por medio del crimen.

Preso en el laberinto de los delitos, roído por el amor y la repugnancia, por el gozo y el horror, se me podía comparar en aquellos momentos al condenado a quien un ángel llama hacia arriba con una dulce sonrisa, al mismo tiempo que Satán le tiene fuertemente asido entre las garras candentes, convirtiéndose así la amorosa sonrisa del ángel, reflejo de la bienaventuranza, en la más cruel de sus torturas. Pensé en la huida, en el homicidio… ¡Pero, Madelon!… Censúreme, noble dama, condene mi flaqueza, mi incapacidad para vencer la pasión que me atenaza a la delincuencia. ¿No voy a pagarlo con una muerte afrentosa?

Un día volvió Cardillac a su casa de un humor excepcionalmente alegre. Acarició a su hija, me dedicó las más amables sonrisas, bebió durante la comida una botella de vino añejo, lujo que únicamente se permitía en las festividades o celebraciones, y no cesaba de cantar o de reír. Su hija nos había dejado solos, y me disponía yo a entrar en el taller, pero Cardillac se opuso: —¡Quita, muchacho! No se hable hoy de trabajo y bebamos un sorbo más a la salud de la dama que descuella entre todas las de París por sus bondades—. Después de chocar los vasos y él vaciar el suyo, me dijo: —Dime, Oliverio, ¿no te gustan estos versos?

Un amant qui craint les voleurs
n'est point digne d'amour.

Y me contó lo que en las habitaciones de la Maintenon había sucedido entre usted y el Rey, y aseguró también que a nadie había venerado tanto como a usted y que las altas virtudes que la adornaban eran capaces de eclipsar su mala estrella, de tal modo que, aun viéndola lucir una de sus joyas, el espectro maligno, sugeridor de pensamientos delictivos, no podría ya nada en él.

—Oye, Oliverio —me dijo— la decisión que he tomado. Me comprometí hace mucho tiempo a labrar y engastar las piedras de mi colección para unos brazaletes y una gargantilla destinados a Enriqueta de Inglaterra. Es una de mis labores más perfectas y me desgarraba el corazón pensar que me había de separar de mi obra predilecta.

No dudo de que estás enterado de la desgraciada muerte de esa princesa, asesinada. La alhaja quedó en mis manos y quiero ofrecerla como prueba de respeto y gratitud, en nombre de la perseguida banda, a *Mademoiselle* de Scudéry. Así presento al mismo tiempo la prueba elocuente de su triunfo a *Mademoiselle* de Scudéry, y avergüenzo a Desgrais y a los que le asisten… Y serás tú quien le llevarás este regalo —. Al pronunciar Cardillac el nombre de usted, señorita, me pareció que se descorrían unos velos negros y aparecía el cuadro feliz y ricamente colorido de mi infancia. Sentía el alma bañada de consuelo y veía un rayo de esperanza que

ahuyentaba los espíritus de las tinieblas. Cardillac debió darse cuenta de la impresión que me habían causado sus palabras y debió interpretarlo a su manera.

—Mi plan parece ser de tu agrado —me dijo—. Puedo asegurarte que en lo más hondo de mi alma se levanta una voz muy distinta de la que exige víctimas y convierte a uno en animal de presa nunca satisfecho. ¡Cuántas veces me he extrañado de mí mismo! Un miedo íntimo, el temor de un algo realmente espantoso, cuyos escalofríos llegan a un pasado remoto, me sobrecoge con violencia. Entonces me parece como si lo que mi mala estrella lleva a cabo no pudiera tenérsele en cuenta a mi alma inmortal, que no participa en ello. En un estado de ánimo semejante decidí labrar una preciosa corona engastada de diamantes para la Virgen de la iglesia de San Eustaquio; pero cada vez que me ponía a la obra me asaltaba con más fuerza aquel temor incomprensible. Ahora me parece como si hiciera devotamente la ofrenda a la misma virtud, a la misma santidad, pidiéndole su poderosa intercesión, en la persona de *Mademoiselle* de Scudéry, a la que ofrezco la joya de mayor belleza que haya labrado en toda mi vida.

Una vez enterado del orden doméstico de usted, me instruyó Cardillac de la hora y de la forma en que debía poner en sus manos el aderezo, que encerró en un rico cofrecillo. Yo me sentía lleno de dicha, ya que el cielo me señalaba, por mediación del criminal Cardillac, el camino para salvarme del infierno en que estaba sufriendo una horrible tortura. Contra el parecer de Cardillac, me proponía presentarme a usted, decidido a echarme a sus pies en calidad de hijo de Ana Brusson, y de pupilo de usted cuando niño, y descubrirle todo lo sucedido. Estaba seguro de que, conmovida por la desdicha inconmensurable de la inocente Madelon, guardaría usted el secreto. Su espíritu clarividente hallaría seguramente medios más eficaces, que yo no acertaba a concretar, para salvar a Madelon y salvarme a mí, desviando la maldad de Cardillac. De esto estaba yo seguro en lo más hondo de mi conciencia, con una convicción comparable a la fe en el consolador socorro de la Virgen Santísima. Bien sabe usted, señora, que aquella noche mi propósito fracasó. No perdí la esperanza de ser más afortunado otra vez. En esto cayó Cardillac en un descorazonamiento absoluto. Se escurría de un lado a otro, turbado, con la mirada perdida en el vacío. Murmuraba; sus manos inquietas parecían luchar para deshacerse de alguna fuerza contraria, y su espíritu parecía torturado por contradictorios pensamientos. Le vi una mañana entera en ese estado; por fin se sentó a la mesa de trabajo, se levantó al poco rato con enfado, se acercó a la ventana y como si hablara con el espacio dijo con voz grave y sombría: —¡Quisiera que Enriqueta de Inglaterra hubiera lucido mis joyas!—. Estas palabras me aterrorizaron, conociendo que su espíritu errabundo era solicitado una vez más por el espectro abominable del crimen y que la voz de Satán volvía a hablarle al oído. Y vi la vida de usted amenazada. Sólo podría salvarse en el caso de que Cardillac recobrara las joyas. Crecía a cada instante el peligro. Entonces salí a encontrarla a usted en el Pont-Neuf, me acerqué a su coche y le eché por la ventanilla la carta, conjurándola a que devolviera sin demora a Cardillac el aderezo. Usted no

compareció, y creció mi temor hasta la desesperación, cuando al día siguiente Cardillac estuvo hablando sin cesar de aquellas joyas preciosas que le habían obsesionado durante la noche. No hay duda de que se refería a las que estaban en manos de usted, y me pareció seguro que meditaba algún crimen para la noche inmediata. Mi deber era salvarla a usted, a toda costa. Cuando, después de la oración de la noche, el maestro se encerró como de costumbre, bajé por una ventana al patio, me escurrí a través de la parte movediza del murallón y me aposté no muy lejos, en el sitio más sombrío. No tardó en aparecer Cardillac, escurriéndose a lo largo de la calle, y yo seguí sus huellas. Iba en dirección a la calle de Saint Honoré… Yo sentía latir mi corazón. De pronto noté que Cardillac había desaparecido. Decidí apostarme a la puerta de su casa. Como otro día, cuando la casualidad me hizo espectador del asesinato cometido por Cardillac, veo ahora acercarse canturreando a un oficial, que pasa cerca, sin darse cuenta de mi presencia. Pero, en el mismo instante, una figura negra de un salto se echa encima de él. Es Cardillac. Intento evitar el crimen, dando voces, al tiempo que me acerco a ellos y me doy cuenta de que no es el oficial sino Cardillac quien yace en la agonía. El oficial suelta el puñal, desenvaina la espada y se acerca a mí pronto a la lucha, creyéndome cómplice de Cardillac, pero no tarda en convencerse de que, sin hacerle caso, estoy examinando al herido, que tiene todavía un último aliento de vida. Después de apoderarme del puñal, me cargo el cuerpo a la espalda y con dificultad lo llevo hasta el taller, por el corredor secreto. Lo restante ya lo conoce usted, noble señora, y de todo ello puede deducir que mi único delito consiste en no haber delatado al padre de Madelon a los tribunales, dando así fin a sus fechorías… Estoy limpio de todo crimen sangriento y no hay tortura que fuera capaz de hacerme declarar los delitos de Cardillac. No quiero que, a despecho de la voluntad eterna que ha ocultado a la hija los hechos sangrientos del padre, sean éstos vengados revolviendo un cadáver que yace bajo tierra. No. Que la amada de mi alma me llore como caído sin culpa y el tiempo aliviará su pena; ¡pero esta pena sería invencible si ella llegara a enterarse de los actos abominables de un padre tan amado!

Calló Oliverio y brotó de sus ojos un torrente de lágrimas. Postrado delante de la Scudéry, le suplicó: —Estoy seguro de que reconoce usted mi inocencia. Tenga piedad de mí, y dígame ahora qué es de Madelon—. La dama llamó a la Martiniére y al poco rato Madelon corría hacia Oliverio y le echaba los brazos al cuello. —Estoy segura de que todo va bien, me lo dice el verte aquí, ya sabía yo que la más noble de las damas te salvaría—. No se cansaba Madelon de repetir estas palabras, y Oliverio olvidaba su desgracia y se sentía libre y venturoso, ajeno a todo lo que antes le amenazaba. Era conmovedor oírles contar lo que habían padecido el uno por el otro. Y volvían a abrazarse y lloraban del prodigio de verse de nuevo reunidos.

Si *Mademoiselle* de Scudéry no hubiera tenido ya antes el convencimiento de la inculpabilidad de Oliverio, se hubiera convencido ahora, al contemplarles en la bienaventuranza, unidas las almas, olvidando el mundo que les rodeaba, sus lástimas y sus penas inenarrables.

—¡No! —se decía—. Únicamente un corazón limpio es capaz de una felicidad tal en el olvido.

Los rayos del alba se quebraban en la ventana. Desgrais dio unos golpecitos a la puerta de la habitación para recordar a Brusson que era tiempo de que saliera con él, ya que a una hora más avanzada se expondrían a la pública curiosidad. Y los enamorados tuvieron que separarse.

Los presentimientos funestos que embargaban el ánimo de *Mademoiselle* de Scudéry desde la primera entrada de Oliverio en su morada, ahora tomaban cuerpo en forma pavorosa. Veía inocente al hijo de su querida Ana, y así y todo envuelto en un asunto a consecuencia del cual no era de pensar que pudiera salvarse de una muerte infamante. Y ella rendía homenaje al heroísmo del joven, que se resignaba a morir bajo el peso de delitos ajenos antes que descubrir un secreto cuya revelación acarrearía la muerte de su adorada. En todo el reino de lo posible no halló ningún medio para substraer el pobre muchacho al severo tribunal. Tenía conciencia así y todo de que no debía ahorrar ningún sacrificio para evitar la injusticia que clamaba al cielo y estaba a punto de cumplirse. Imaginaba soluciones, planes, que rayaban en la quimera, y los desechaba luego con la misma prontitud con que los había concebido, y cada vez más se desvanecían las últimas sombras de esperanza. Pero la infantil confianza incondicional de Madelon, que la hacía hablar como una iluminada del amado que sería declarado inocente dentro de poco, y la abrazaría como esposa, renovaba la fe de *Mademoiselle* de Scudéry. Para hacer algo positivo escribió una extensa carta a La Regnie, en la que le decía que Oliverio Brusson le había manifestado de un modo que no dejaba lugar a dudas su completa inocencia en la muerte de Cardillac, y que únicamente la decisión heroica de que su secreto fuera enterrado con él le impedía confesar al tribunal lo que no solamente le libraría de la sospecha de que había asesinado a Cardillac, sino también de que perteneciera a la odiosa banda de criminales.

Mademoiselle de Scudéry había puesto en juego todo su caudal de pasión ardiente y de aguda elocuencia para ablandar el duro corazón de La Regnie, quien al cabo de pocas horas respondía a la carta con otra en la que le decía cómo se alegraba de que Oliverio Brusson se hubiera justificado plenamente cerca de su noble protectora. En cuanto a lo que se refería a la heroica decisión de llevarse a la tumba un secreto relacionado con el hecho en cuestión, lamentaba que la «Cámara Ardiente» no pudiera hacer honor a este silencio y antes bien procuraría romperlo con los medios más enérgicos. Así, pues, confiaba en que dentro del plazo de tres días estaría en posesión de dicho secreto, que aclararía los raros sucesos.

Mademoiselle de Scudéry no ignoraba lo que quería significar el terrible La Regnie al mencionar aquellos medios que quebrantarían el heroísmo de Brusson. Ya no cabía duda de que la tortura se celebraría en el desdichado. La Scudéry llegó, en medio de ansias mortales, a la decisión de que para dar tiempo al tiempo lo mejor era consultar a un abogado. A la sazón el más famoso de París era Pierre Arnaud

d’Andilly. Sus profundos conocimientos y su perspectiva corrían parejas con su nobleza y su moral. *Mademoiselle* de Scudéry se dirigió a él y le expuso todo lo que era posible sin vulnerar el secreto de Brusson, creyendo que D’Andilly se interesaría por el inocente; pero vio defraudada su esperanza del modo más áspero. D’Andilly la había escuchado del principio al fin con mucha calma, y luego había dicho, con la sonrisa en los labios, plagiando a Boileau: *Le vrai peut quelquejois n’étre pas vraisemblable*.

Quiso demostrar a la Scudéry que las más sorprendentes razones de sospecha contra Brusson abonaban el proceder de La Regnie, quien, lejos de merecer el dictado de cruel y precipitado se portaba con perfecta legalidad; más todavía, no podía obrar de otra manera sin faltar a los deberes de un juez. Y él mismo, D’Andilly, no se arriesgaba, ni con la más brillante defensa, a salvar de la tortura al sospechoso. Esto únicamente era posible al mismo Brusson, ya confesando sinceramente toda la verdad, ya al menos por medio del detallado informe de las circunstancias que rodeaban al asesinato de Cardillac. Sólo después de esto habría ocasión de intervenir favorablemente.

—Me postraré a los pies del Rey —dijo la de Scudéry—. Imploraré su perdón. —Estaba fuera de sí y el llanto medio ahogaba sus palabras.

—No lo haga —dijo el abogado—. ¡Por Dios no dé este paso, señora! Ahorre este desesperado recurso, pues si fracasara habría usted perdido para siempre el favor del Rey. Éste no indultará nunca a un reo de este tipo. Sería exponerse al más amargo reproche del pueblo. Queda la posibilidad de que Brusson halle manera de hacer olvidar la sospecha, sea descubriendo el secreto, sea en otra forma. Entonces se podría recurrir a la benevolencia real, porque el Rey podría justificar una clemencia razonable. De grado o por fuerza, *Mademoiselle* de Scudéry hubo de aceptar la opinión del experto D’Andilly. Cavilando entre penas y preguntándose en nombre de la Virgen y de los santos qué debía hacer para salvar al desdichado Oliverio, la encontró la noche en su habitación, cuando entró la Martiniére anunciando al conde de Miossens, coronel de la Guardia Real, que deseaba hablarle con urgencia.

—Perdone, señorita —dijo el visitante inclinándose con dignidad militar— si vengo a molestarla tan a destiempo. Nosotros, los soldados, somos así. Con unas pocas palabras me haré perdonar. Es Oliverio Brusson quien me delega.

La Scudéry, en la expectación de lo que le quedaba por saber, exclamó anhelante: —¡Oliverio Brusson, el más desdichado de los hombres! ¿Qué tiene usted que ver con él?

—Ya sabía yo —dijo Miossens, sin dejar de sonreír— que el nombre de su protegido lograría que usted prestara oído a lo que vengo a decirle. No hay nadie que no esté convencido de la culpabilidad de Brusson. Usted señora, naturalmente, no participa de esta convicción y defiende la opinión contraria, la cual no tiene más apoyo que la protesta misma del acusado. Mi caso es muy distinto. Nadie puede estar enterado como yo de la inocencia de Brusson respecto a la muerte de Cardillac.

—¡Hable, hable pronto! —gritó la de Scudéry con la luz de la esperanza en los ojos.

—Soy yo —dijo Miossens recalcando sus palabras—, yo mismo, quien derribó al viejo orfebre en la calle de Saint Honoré.

—¡Válgame los santos!, ¿usted? ¿Ha dicho que usted mismo? —exclamó la dama.

—Y yo le aseguro, señora —prosiguió Miossens—, que estoy orgulloso de mi acto. Sepa que era Cardillac el malvado, el hipócrita bellaco, que al amparo de la noche asesinaba y robaba sin que nadie pudiera cazarle. Ni yo mismo sabría explicar cómo se despertó en mí la íntima sospecha contra el viejo villano cuando, mostrando una rara inquietud, me entregó el aderezo que le había encargado y quiso saber a quién lo destinaba, y luego sonsacó astutamente a mi ayuda de cámara a qué hora solía yo hacer mis visitas a una determinada dama… De tiempo acá me había llamado la atención que las desdichadas víctimas de la más repugnante codicia presentaban todas una herida igual. Esto me llevó a la convicción de que al criminal le era familiar el golpe instantáneo y mortal de necesidad, y que contaba con ello. Si le fallaba el golpe, la lucha pasaba a ser de igual a igual, y esto me movió a precaverme en una forma tan sencilla que no comprendo cómo no se les ocurriera antes a otros que, como yo, se hubieran salvado del golpe. Me procuré una cota que me cubría el busto por debajo de la ropa, una coraza de acero. Cardillac me sorprendió por la espalda y me sujetó con una fuerza de titán; pero su bien dirigido puñal resbaló esta vez en el acero y en el mismo instante yo le clavé el puñal de que iba provisto.

—¿Y guardó silencio? ¿No denunció el caso a los tribunales?

—Permítame, señorita, que le haga notar —dijo Miossens— que semejante denuncia, si no me perdía inmediatamente, me hubiera enredado en el más abominable de los procesos. ¿Imagina usted que La Regnie, que husmea en todas partes el delito, me hubiera creído al acusar yo de criminal a Cardillac, considerado como modelo de probidad y de virtudes? ¿Qué hubiera sido de mí si la espada de la justicia se hubiese vuelto contra mi buena intención?

—¡Imposible! —exclamó la de Scudéry—. ¡Una persona de su linaje, de su cargo!…

—¡Ah! —prosiguió Miossens—, acordémonos del mariscal de Luxemburgo, a quien el capricho de hacerse echar el horóscopo por Le Sage le hizo sospechoso de ser envenenador y le llevó a la Bastilla. ¡No, por San Dionisio! No fío ni una hora de libertad ni la punta de mi oreja al fogoso La Regnie, el cual de buena gana nos degollaría a todos.

—Pero, en cambio —le interrumpió *Mademoiselle* de Scudéry—, empujáis hacia el cadalso al inocente Brusson.

—Inocente… —replicó Miossens— ¿llama usted inocente, al compañero del malvado Cardillac? ¿Al que le secundaba en sus fechorías? ¿Al que ha merecido la

muerte cien veces? ¡Ah, no! Le aseguro mi noble señora, que su sangre no correrá injustamente. Si ahora le descubro las verdaderas circunstancias del caso es suponiendo que usted, sin ponerme en las manos de la «Cámara Ardiente», sabrá de un modo u otra sacar provecho de mi revelación en favor de su protegido.

Encantada la de Scudéry al ver tan decisivamente confirmado su convencimiento de la inocencia de Brusson, no tuvo reparo en confesar al Conde que ya conocía los crímenes de Cardillac, y todo lo sucedido, y a la vez instarle a que fuera con ella a hacer una visita a D'Andilly, a quien se proponía, bajo juramento de discreción, confesar toda la verdad. D'Andilly aconsejaría lo que convenía hacer.

Una vez la Scudéry hubo narrado los hechos a D'Andilly, éste quiso enterarse de los más insignificantes detalles. Muy en particular preguntó al conde Miossens si fue Cardillac quien le atacó y si podría reconocer a Oliverio Brusson como al que se llevó a cuestas el herido.

—Además de haber reconocido muy bien al orfebre a la luz de la luna, respondió Miossens, he visto también el puñal que hirió a Cardillac y que La Regnie tiene en su poder. Es el mío; se distingue por el fino labrado de la cruz. El joven se hallaba solamente a un paso, de modo que pude precisar cada uno de sus rasgos, pues había perdido el sombrero. En fin le reconocería al punto si le viera.

D'Andilly callaba con la mirada fija en el pavimento. Luego dijo: —Si seguimos los procedimientos legales es evidente que Brusson no podrá escapar de las manos del verdugo. Por respeto a Madelon no quiere delatar a su padre como asesino. Y más vale que no declare, porque aun suponiendo que llegara a probarlo revelando el sitio de la salida secreta, y aunque el tesoro de joyas volviera a las manos que las pagaron, esto mismo le llevaría a la muerte por complicidad. Y sucedería lo mismo si el conde Miossens explicara a los jueces el suceso en que pereció el orfebre.

El conde Miossens —opino— debe dirigirse a la «Conciergerie», pide una entrevista con Oliverio Brusson y reconoce en él a la persona que se llevó el cuerpo de Cardillac. Va luego a encontrar a La Regnie, y le expone: —En la calle de Saint Honoré vi a un hombre que caía al suelo herido de muerte violenta. Yo estaba en pie muy cerca del cadáver cuando otro hombre acudió de pronto, se inclinó y cargó sobre su espalda el cuerpo, al ver que todavía estaba vivo. He reconocido aquel hombre en Oliverio Brusson—. El relato da lugar a un nuevo interrogatorio a Brusson, y a una entrevista con Miossens. Resumiendo, se aplazan las torturas, y siguen las indagaciones. Es la hora oportuna para presentarse al Rey. A la clarividencia de usted, señora, a su agudeza de espíritu queda confiada la realización de esta parte del programa. Yo estimo que sería oportuno descubrir al Rey todo el secreto. La declaración del conde Miossens vendría a reforzar las de Oliverio Brusson. Las investigaciones privadas en la casa de Cardillac no serían tampoco estériles. No una sentencia, sino una decisión del mismo Rey, dictada por una voz interior, ha de constituir la base para que donde el juez debe castigar dicte el fallo la clemencia.

Siguió puntualmente Miossens lo que D'Andilly había aconsejado y sucedió en

realidad lo que éste preveía. Ahora llegaba el momento de acudir al Rey, y éste era el punto más difícil, ya que el monarca sentía contra Brusson tal repugnancia, que le consideraba el ladrón y asesino abominable que tanto tiempo tuvo en la angustia a todo París, y en cuanto se le recordaba aquel ruidoso proceso, su cólera no tenía límites. La Maintenon, fiel a su principio de no hablar al Rey de cosas desagradables, se negó a toda mediación, de modo que el destino de Oliverio quedó en manos de *Mademoiselle* de Scudéry. Tras largas meditaciones ésta tomó una decisión. Se puso un vestido de seda negro, se adornó con el rico aderezo labrado por Cardillac, se cubrió con un velo igualmente negro y así se presentó en las habitaciones de la Maintenon, precisamente a la hora en que el Rey solía estar allí. La noble figura de la dama, a quien todos honraban, era de una majestad que no podía menos que despertar profundo respeto aun entre el público distraído, acostumbrado a frecuentar antesalas. Todos le abrieron paso, y el mismo Rey se levantó admirado y se acercó a ella. Las luces de los ricos diamantes de la gargantilla y de los brazaletes parecían deslumbrarle.

—¡Virgen santa! —exclamó—. ¡Éstas deben ser las joyas de Cardillac! —Y, dirigiéndose luego a la Maintenon, añadió con una sonrisa amable—: Vea, señora marquesa, lo bien que le sienta a nuestra hermosa novia el luto por su prometido.

—Señor, —replicó la Scudéry, como si siguiera la broma—. No le sentaría a una novia apenada un atavío tan brillante. No; nada tengo que ver con el orfebre y no me acordaría más de él, a no ser porque vuelve y vuelve a mi mente la visión horrible de su cuerpo muerto a mano airada.

—¿Cómo?… ¿Vio usted al pobre diablo asesinado?

En pocas palabras la Scudéry describió, sin mencionar para nada a Brusson, cómo la casualidad la había llevado frente a la casa de Cardillac, precisamente a poco de haber sido descubierto el atentado. Habló del dolor loco de Madelon, de la profunda impresión que le produjo la actitud de aquella criatura angelical y cómo salvó a la desdichada de las manos de Desgrais, entre los alaridos de aprobación de la gente. Pintó a lo vivo y con creciente pasión las escenas con La Regnie, con Desgrais, con el mismo Brusson. Transportado por el vigor vital que ardía en la descripción de la Scudéry, el Rey no se acordaba ya de que el tema en cuestión era el odioso proceso del abominable Brusson, y sin contestar palabra alguna sólo desahogaba en exclamaciones entrecortadas su íntima emoción. Y antes de que tuviera tiempo de reflexionar sobre lo inaudito que acababa de escuchar, incapaz de poner en orden las ideas, la Scudéry se había echado ya a sus pies implorando clemencia para Oliverio.

—¡En qué raro asunto se ha metido, señorita! —exclamó el Rey, invitándola a que se sentara—. ¡No salgo de mi sorpresa! ¡Qué horrible historia! ¿Quién puede demostrar la verdad de este espantoso relato de Brusson?…

—¿No bastan —prorrumpió la Scudéry— el relato de Miossens, las indagaciones en la casa de Cardillac, y el íntimo convencimiento y la pureza de alma de Madelon, que han suscitado igual virtud en el desdichado Brusson?

El Rey, que iba a contestar, volvió la cabeza al oír un ruido en la puerta. Louvois, que trabajaba en la sala inmediata, le miró intrigado. El Rey se levantó y siguiendo a Louvois salió de la habitación. La Scudéry y la marquesa de Maintenon consideraron peligrosa esta interrupción porque el Rey podía haber sido sorprendido y se guardaría de caer por segunda vez en la trampa. Pero al cabo de unos minutos compareció de nuevo el Rey, paseó nerviosamente por la sala, y con los brazos cruzados a la espalda se puso delante de la dama y dijo en voz baja, sin mirarla: —Quisiera ver a Madelon —…

—Señor —respondió la de Scudéry—, ¡con qué gracia colmáis a la pobre criatura! Dichosa acudirá a postrarse a vuestros pies.

Y con estas palabras, tan ágil cuanto sus envaradas faldas le permitían, se asomó a la puerta para anunciar que el Rey se dignaba recibir a Madelon Cardillac. Presintiendo esta gracia, *Mademoiselle* de Scudéry había venido con Madelon, que esperaba al lado de la camarera de la Marquesa, con un breve memorial en las manos dictado por D'Andilly. Al poco rato estaba a los pies del Rey. El miedo y la consternación, el tímido respeto, el amor y la pena nacían bullir la sangre en todas las venas de la desdichada y sus mejillas se teñían de púrpura. Como perlas rodaban las lágrimas desde sus sedosas pestañas hasta su pecho terso como los lirios. Ante la imponderable belleza de aquella criatura angelical, el Rey parecía asombrado. La levantó con delicadeza y luego hizo un movimiento como si fuera a besar la mano que tenía entre las suyas. Se apartó y contempló a la graciosa criatura, cuya mirada brillante de lágrimas delataba la más profunda emoción.

—¿No tiene un parecido sorprendente con La Valliére esta muchacha? —susurró la Maintenon al oído de *Mademoiselle* de Scudéry—. El Rey saborea dulces recuerdos. Ha ganado usted la partida.

Por mucho que la Maintenon procurara hablar en voz baja, el Rey pareció haberla oído; la sangre le había subido a la cara, su mirada era vaga, y una vez leída la súplica que Madelon le presentaba dijo en tono benévolo: —Quiero creer que tú, amable criatura, estás convencida de la inculpabilidad de tu amado, pero no desoigamos lo que opina sobre este punto la «Cámara Ardiente»—. Y con un leve movimiento de la mano despidió a la que se deshacía en lágrimas. *Mademoiselle* de Scudéry se dio cuenta con zozobra de que el recuerdo de La Valliére había hecho mella en su juicio, por insignificante que aquel nombre pareciera de pronto en labios de la Maintenon. ¿Sacrificaría en aras de la belleza, o bien le sucedía lo que al despertado bruscamente de un sueño, al ver desvanecidas las formas mágicas que creyó reales? Tal vez no veía ahora a su La Valliére, sino a Sor Luisa de la Misericordia, el nombre nostálgico que ésta llevaba en el convento de carmelitas. Lo único que quedaba a su alcance era esperar con calma las decisiones del Rey.

Entretanto se había hecho pública la declaración del conde Miossens ante la «Cámara Ardiente». Como la gente es propensa a dejarse llevar con facilidad de un extremo a otro, el mismo a quien maldecían como al más temible de los criminales, y

al que amenazaban con despedazar antes que llegara al cadalso, era ahora considerado como una víctima inocente de una bárbara justicia. Los vecinos no se acordaban hasta ahora de su conducta virtuosa, de su gran amor a Madelon, de su fidelidad y de su abnegación total para con el viejo orfebre. Agrupábanse con frecuencia al pie del palacio de La Regnie, dando voces: —¡Devuélvenos a Oliverio Brusson! ¡Es inocente!—. Y apedreaban las ventanas, obligando a La Regnie a buscar el amparo de la «Maréchaussée» para que le librara de las iras del pueblo.

Pasaron días sin que la Scudéry tuviera la menor noticia del proceso. Acudió desesperada a la Maintenon, que le dijo que el Rey guardaba silencio sobre el asunto y que no era aconsejable recordárselo. Al preguntar la Maintenon, con una sonrisa singular a la Scudéry qué se había hecho de la Villiére, la dama se convenció de que en lo más íntimo de la orgullosa mujer se agitaba un enojo por determinadas circunstancias que pudieran transportar al sentimental monarca a un terreno en el cual ella no dominaba. No podría contar, pues, con la Maintenon.

Finalmente, con la ayuda de D'Andilly, logró sacar en claro que el Rey había tenido una larga entrevista privada con el conde Miossens y también que, poco después, Bontems, el ayuda de cámara en quien el Rey tenía mayor confianza y en cuyas manos ponía importantes encargos, había estado en la «Conciergerie» para hablar con Brusson y, finalmente, que el mismo Bontems, en compañía de otras personas, había entrado en la casa de Cardillac y permanecido en ella largo rato. Claudio Patru, inquilino del piso bajo, aseguraba que durante toda aquella noche oyó rumores, y que seguramente Oliverio estaba entre los reunidos, pues había reconocido perfectamente su voz. Era evidente que el mismo Rey había ordenado unas investigaciones para coordinar las circunstancias del asunto, pero resultaba incomprensible la tardanza de la decisión. La Regnie procuraría por todos los medios no soltar la presa que tenía entre los dientes, y esta disposición echaba a perder en germen toda esperanza.

Había pasado alrededor de un mes cuando la Maintenon mandó citar a *Mademoiselle* Scudéry, anunciándole que el Rey deseaba verla en sus habitaciones.

La dama sentía hasta la garganta los latidos del corazón, y sabía que iba a decidirse la suerte de Oliverio. Así se lo comunicó a Madelon, que rezaba fervorosamente a la Virgen y a los santos para que se dignaran despertar en el Rey el convencimiento de la inocencia de Oliverio.

Pero el Rey parecía haber olvidado el asunto y, como tantas veces, se entretenía en animados diálogos con la Maintenon y *Mademoiselle* de Scudéry, y no soltaba siquiera una palabra que hiciera referencia al pobre Brusson. Por fin, compareció Bontems, se acercó al Rey y le comunicó algo en voz tan baja que las dos damas no se enteraron de nada. La Scudéry estaba inquieta. El Rey se levantó, se acercó a ella y brillándole los ojos le habló así: —La felicito, señorita; su protegido, Oliverio Brusson, está en libertad.

Derramando lágrimas, incapaz de formular una frase, *Mademoiselle* de Scudéry

quiso echarse a los pies del Rey, que se lo impidió. —¡Vaya, vaya, señorita! Haría usted buen papel como abogado y me gustaría que patrocinara usted mis pleitos. Por San Dionisio, que nadie en la Tierra resistiría a su elocuencia. Pero —prosiguió con mayor seriedad— ¿quién no saldría sano y salvo de cualquiera acusación ante la «Cámara Ardiente» o ante todos los tribunales del mundo si lo tomase bajo su amparo la virtud personificada?—. Por fin *Mademoiselle* de Scudéry recobró el habla y se prodigó en ardientes protestas de gratitud. El Rey la interrumpió para advertirle que en su propia casa la estaba esperando un agradecimiento mayor todavía que el que pudiera exigirle él, ya que seguramente en aquellos momentos el feliz Oliverio estaba abrazando ya a su Madelon.

—Bontems —concluyó el Rey— le dará mil luises, que en mi nombre entregará usted a la muchacha como dote. Que su Brusson, que no merece tanta felicidad, se case con ella; pero luego que abandonen París. Ésta es mi voluntad.

* * *

La Martiniére salió a recibir a su ama con apresurados pasos, y detrás de ella Bautista, radiantes de gozo los dos, y dando voces de júbilo: —¡Aquí está! ¡Libre! ¡Qué buena pareja!—. Oliverio y Madelon se echaron a los pies de *Mademoiselle* de Scudéry. —Me decía el corazón que usted, y sólo usted, podía salvar a mi novio— exclamaba Madelon. —La fe en usted, madre mía, estuvo siempre arraigada en mi alma, a pesar de todo— exclamaba Oliverio; y ambos besaban las manos a la dignísima dama derramando cálidas lágrimas. Y volvían a los abrazos y hacían protestas de que el gozo más que terrenal de aquellos momentos les compensaba de las penas indecibles de los días pasados, y juraron no separarse nunca el uno del otro hasta que les llegara la muerte.

Al cabo de pocos días se celebró su unión ante el altar. Aun cuando la voluntad del Rey no hubiera sido ésta, Oliverio había pensado abandonar París, donde todo le recordaba la época horrible de las fechorías de Cardillac y donde una casualidad cualquiera podía revelar el secreto, ahora en poder de varias personas, y malignamente destruir para siempre la felicidad de su vida. Inmediatamente después de la boda salieron para Ginebra, acompañados de las bendiciones de la Scudéry. Allí, ricamente instalado con el dote de Madelon, y poseedor Oliverio de una rara destreza en su oficio, así como de las virtudes que hacen el buen ciudadano, su vida transcurrió felizmente y sin angustias. Vio cumplidas las esperanzas que su padre había visto frustradas, hasta que la muerte le alcanzó.

Al cabo de un año de haber salido Brusson de París, apareció una declaración pública, firmada por Harlay de Chauvelon, arzobispo de París, y por el abogado del Parlamento, Pierre Arnaud d’Andilly. Explicaba su contenido cómo un pecador arrepentido, bajo secreto de confesión, entregaba a la Iglesia un rico tesoro de joyas robadas. Todos aquellos que hasta el fin del año 1680, y señaladamente por medio de

asalto criminal en la vía pública, hubieran sido desposeídos de alguna joya, debían presentarse en el despacho de D’Andilly, y en el caso de que la descripción que hicieran del objeto que les había sido robado coincidiera exactamente con la alhaja recobrada, y si no cabía duda respecto a la legitimidad de la reclamación, le sería devuelta. Muchos que figuraban en la lista de Cardillac no como asesinados, sino aturdidos únicamente por la agresión del alucinado orfebre, se presentaron un día tras otro al abogado del Parlamento, y no sin sorpresa recobraron las joyas que les habían sido robadas. El resto pasó al tesoro de la iglesia de San Eustaquio.

Afortunado en el juego

Spieler-Glück (1819)

Piermont fue más visitado que nunca en el verano de 18… De día en día iba en aumento la llegada de ricos y nobles extranjeros, lo que hacía rivalizar a toda clase de especuladores. Así, pues, los banqueros del faro tuvieron buen cuidado en amontonar gran cantidad de oro reluciente, con el fin de atraer a la caza más noble que, como diestros cazadores, pensaban hacer suya.

¿Quién no sabe que en la temporada de baños en los balnearios, en que nadie sigue sus antiguas costumbres, todos se entregan, sin premeditación, a una gran ociosidad, a una holganza placentera, a la que resulta irresistible el atractivo y el encanto del juego? Vense, entonces, personas que jamás tocaron una carta acercarse a la banca como jugadores acérrimos, y sobre todo, por lo menos en el mundo elegante, es de buen tono encontrarse todas las noches en la mesa de juego y jugarse algún dinero.

Un joven barón alemán, a quien llamaremos Sigfredo, era el único que parecía no hacer caso de este encanto irresistible. Cuando todos se apresuraban hacia la mesa de juego, privándole de la posibilidad de entretenerse con la conversación, que tanto le gustaba, se dedicaba a dar paseos solitarios, siguiendo el curso de su fantasía, o permanecía en su aposento con un libro en la mano, o bien ejercitándose en algún ensayo literario y poético.

Sigfredo era joven, independiente, rico, de noble figura y modales elegantes, de tal modo que todos le querían y lisonjeaban, y gozaba de éxito entre las mujeres.

Añádase a esto que en todo lo que emprendía parecía favorecerle una estrella singular. Se contaban toda suerte de aventuras amorosas, que para otro cualquiera hubieran tenido consecuencias funestas, y que para él tuvieron un desenlace feliz y de facilidad increíble.

Los ancianos que conocían al barón tenían la costumbre de hacer mención de su buena suerte y solían contar la historia de un reloj, historia que le había sucedido en sus años juveniles.

Sucedió, según decían, que Sigfredo, siendo menor de edad, hizo un viaje, y encontrándose en apuros económicos para poder seguir, tuvo que vender su reloj de oro, ricamente guarnecido de brillantes. Se vio obligado a vender, por muy poco dinero, este valioso reloj; como diese la casualidad que en el mismo hotel se alojase un joven príncipe que, precisamente, buscaba una joya semejante, obtuvo un precio mayor de lo que valía.

Había transcurrido un año y ya Sigfredo se había transformado en un hombre dueño de sí mismo, cuando en otro lugar leyó en el periódico que se rifaba un reloj. Compró una papeleta, que apenas si costaba nada, y… ganó el reloj guarnecido de brillantes que había vendido. Poco después lo cambió por una sortija de gran valor. Durante algún tiempo entró al servicio del príncipe G., que a su partida le regaló como recuerdo, en prueba de su aprecio, el mismo reloj de oro guarnecido de brillantes y una rica cadena.

Esta historia dio lugar a que volviese a hablarse de la antipatía de Sigfredo por las

cartas y su total negativa a tocarlas, aunque su manifiesta buena suerte podía predisponerle hacia ellas, y todos estuvieron de acuerdo en que el barón, no obstante sus buenas cualidades, era un avaro, muy medroso y cobarde para exponerse a la menor pérdida.

Aunque la conducta del barón desmentía estas sospechas de avaricia, no lo tuvieron en consideración, y como siempre suele acontecer que la mayoría de la gente se obstina en añadir un *pero* a la reputación de un hombre de mérito, y este *pero* siempre puede encontrarse, aunque sólo sea en su imaginación, todos quedaron muy satisfechos con la explicación de la antipatía de Sigfredo por el juego.

Pronto supo Sigfredo lo que de él afirmaban, y como era de condición liberal y magnánimo, y nada odiaba y despreciaba más que la tacañería, decidió, para confundir a sus calumniadores, aunque su aversión al juego era mucha, librarse de aquella molesta sospecha, perdiendo dos o más cientos de luises de oro.

Con esta intención se acercó a la mesa de juego, dispuesto a perder una gran suma de dinero; pero también en el juego le favorecía la fortuna, como acostumbraba en todas sus empresas. En todas las cartas que elegía, ganaba. Los cálculos cabalísticos de los más consumados jugadores fallaban ante la buena suerte del barón. Bien cambiase las cartas, bien conservase las mismas, siempre salía ganando. El barón ofrecía el espectáculo de un jugador despechado, porque le eran favorables las cartas, y por más sencilla que fuese la explicación de su conducta, todos se miraban asombrados y pensativos, dando a entender que, dada la inclinación del barón por lo insólito, se había vuelto loco, pues en verdad era una locura lamentarse de su propia suerte.

La misma circunstancia de haber ganado una considerable cantidad obligó al barón a seguir jugando, pues con toda probabilidad a su ganancia seguirían las pérdidas, conforme a su propósito inicial. Pero tampoco se realizó esta suposición suya, y continuó inmutable la suerte del barón.

Casi sin darse cuenta, cada vez más, fue apoderándose del barón el fatal placer del juego del faro, que era de extrema sencillez.

Ya no se enojaba contra su fortuna, el juego ocupaba toda su atención, y pasaba noches enteras dedicado a él. El barón se vio obligado a reconocer lo que le habían dicho sus amigos acerca de la seducción del juego, ya que no era la ganancia lo que le atraía, sino el juego en sí mismo.

Una noche, cuando el banquero acababa una talla, levantó Sigfredo la vista y vio a un anciano frente a él, que le miraba fijamente con aire triste y serio. Cada vez que el barón levantaba la vista de los naipes, se encontraba con la mirada sombría del desconocido, así que no podía evitar sentir una impresión penosa, que le angustiaba.

Tan pronto como el juego terminó, el desconocido salió de la sala. A la noche siguiente, de nuevo volvió a colocarse frente al barón, mirándole fijamente con mirada sombría y siniestra. El barón permaneció sin inmutarse; pero cuando a la noche siguiente volvió a encontrarse el barón con la mirada del desconocido, que

despedía fuego, no pudo contenerse y le dijo:

—Caballero, le ruego que cambie de lugar, aquí estorba usted mi juego.

El desconocido se inclinó, sonriendo dolorosamente, y sin decir palabra alguna abandonó la mesa de juego y la sala.

A la noche siguiente, de nuevo volvió a colocarse el desconocido frente al barón, nuevamente clavando en él su mirada ardiente.

Esta vez el barón, más furioso que la noche anterior, le dijo:

—Caballero, si le divierte a usted mirarme, le ruego que escoja usted otro sitio y otra ocasión, pero en este momento…

Un ademán señalando la puerta sustituyó las duras palabras que el barón estaba a punto de pronunciar. Y como en la noche anterior, el desconocido, con idéntica sonrisa dolorosa, abandonó la sala.

La agitación del juego, junto a la del vino que había bebido, incluso la escena con el desconocido, impidieron dormir a Sigfredo. Ya empezaba a amanecer cuando volvió a aparecérsele la figura del desconocido. Veía de nuevo el rostro con sus facciones contraídas por el pesar, la profunda mirada de sus ojos sombríos, que le miraban fijamente, y a pesar de su pobre traje no podía dejar de reparar en su noble aspecto, que demostraba su rango distinguido.

Al mismo tiempo consideró la dolorosa resignación con que el desconocido acogió sus duras palabras, de tal modo que se reprochó a sí mismo, con amargura, la violencia con que le había expulsado de la sala.

—¡No —exclamó Sigfredo—, he sido injusto, muy injusto con él! ¿Tengo yo, acaso, los modales de un grosero para ofender a un ser sin el menor motivo?

El barón llegó a persuadirse de que aquel hombre al mirarle de aquel modo sólo cedía a la sensación horriblemente penosa del contraste chocante que suponía ver al barón amontonando oro en su juego insolente, mientras él luchaba con la más amarga necesidad. Decidió, pues, dirigirse al desconocido al día siguiente, y darle una explicación.

La casualidad quiso que precisamente la primera persona con que se encontró en el paseo fuese el desconocido.

El barón se dirigió a él, disculpando con insistencia su conducta de la noche anterior, y concluyó pidiendo perdón al desconocido. Éste dijo que no tenía nada que perdonarle, pues hay que considerar la condición del jugador cuando está en pleno juego, y que, por lo demás, él mismo se culpaba de haber permanecido obstinado en el mismo lugar, que estorbaba el juego del barón, provocando sus duras palabras.

El barón añadió aún más: dijo que a menudo se presentaban situaciones en la vida que oprimían al hombre de la más noble condición, dando a entender que estaría dispuesto a entregarle el dinero que había ganado, y más si necesitaba, para favorecerle.

—Caballero —contestó el desconocido—, usted me cree necesitado y no lo estoy, y aunque soy más bien pobre que rico, poseo más de lo que exige mi sencillo modo

de vida. Además, podéis comprender que yo, aunque creyeseis haberme ofendido, y por eso quisierais reparar vuestra falta ofreciéndome dinero, no podría aceptarlo como hombre de honor, incluso aunque no fuese noble.

—Creo comprenderle a usted —contestó el barón— y estoy dispuesto a daros la satisfacción que me exijáis.

—¡Oh, cielos! —repuso el desconocido—. ¡Qué desigual sería el desafío entre nosotros dos! Estoy convencido de que tanto usted como yo no consideramos el desafío como una pelea de niños, y menos creemos que un par de gotas de sangre, como las que gotean a veces de un pequeño rasguño de un dedo, puedan lavar la mancha del honor. Sin embargo, hay circunstancias que pueden hacer imposible la existencia simultánea en la tierra de los hombres, aunque uno viva en el Cáucaso y otro en el Tíber, pues apenas si hay distancia mientras se concibe la idea de la existencia del enemigo. Entonces sí que el desafío es una necesidad, pues decide quién de los dos debe ceder su lugar al otro en este mundo. Entre nosotros dos —como he dicho anteriormente— el desafío es innecesario, porque mi vida no se valora tan alto como la vuestra. Si yo le matase a usted, destruiría un mundo de las más bellas esperanzas; si fuese yo la víctima, en cambio, habríais dado fin a una de las más tristes y amargas existencias, llena de los más terribles remordimientos. Lo principal es que no me tengo absolutamente por ofendido. ¡Usted me rogó que me fuese… y me fui!

Estas últimas palabras fueron pronunciadas por el desconocido con un tono que traslucía su íntima mortificación.

Esto motivó que el barón volviese a disculparse, diciéndole que, sin saber por qué, la mirada le había impresionado tanto como si penetrase en su interior, tanto que apenas si la podía soportar.

—¡Ojalá fuese verdad —dijo el desconocido— que mi mirada penetrase en vuestro interior, y le diese a conocer a usted el inminente peligro en que se encuentra! Con el corazón alegre y con la confianza propia de vuestra juventud, estáis al borde del abismo, un paso más y caeríais sin posible salvación. En una palabra: está usted camino de ser un apasionado jugador y de arruinarse.

El barón aseguró al desconocido que se equivocaba totalmente. Luego le contó con todo pormenor cómo había llegado a la mesa de juego, y afirmó que carecía del espíritu del juego, que únicamente deseaba la pérdida de doscientos luises de oro, y que cuando esto sucediese, dejaría en el acto de apostar. Hasta ahora la suerte le había favorecido.

—¡Ah —exclamó el desconocido—, precisamente esta suerte es la más pérfida seducción y la más funesta tentación diabólica! ¡Justamente esta suerte que os acompaña, barón! La manera en que os habéis acercado al juego, vuestra conducta como jugador, todo delata el interés que poco a poco irá en aumento…, todo…, todo me recuerda vivamente el cruel destino de un desgraciado que, en muchos momentos, también empezó como usted.

»¡Éste es el motivo por el que no puedo apartar la vista de usted, y por el que apenas si he podido retener las palabras que han dejado traslucir mis ojos! ¡Oh! ¿No ve usted cómo los demonios le tienden las garras para arrastrarle al Infierno? Hubiera querido gritar… Deseaba trabar amistad con usted, y por lo menos ya lo he logrado… Escuche usted la historia del infeliz del que le he hablado, y entonces se convencerá de que no es una fantasía mía el peligro de que le veo amenazado y del que le aviso.

Ambos, el desconocido y el barón, se sentaron en un banco solitario del paseo, y entonces el desconocido empezó su relato de este modo:

—Las mismas brillantes cualidades que usted posee, señor barón, poseía el caballero de Menars, por lo que era objeto de la admiración y el respeto de los hombres, así como el favorito de las damas. Por lo que respecta a la riqueza, la suerte no le favorecía tanto como a usted. Apenas poseía nada, y gracias a un género de vida muy económico podía aparecer en sociedad en las condiciones que exigía ser descendiente de una familia importante. Como la más mínima pérdida podía haberle sido fatal y haber trastornado su modo de vida, no se permitía el juego, bien es verdad que tampoco sentía inclinación por él, así es que al prescindir del juego no hacía ningún sacrificio. Por otra parte, todo lo que emprendía era coronado por el éxito, así es que se hizo frase proverbial la felicidad del caballero de Menars.

»Una noche, en contra de su costumbre, se dejó persuadir y visitó una casa de juego. Los amigos con los que entró no tardaron en enfrascarse en él.

»Absorto en sus pensamientos, sin participar en el juego, el caballero paseaba a lo largo de la sala, yendo de un lado a otro, tan pronto observando la mesa de juego como al banquero que amontonaba el oro que le llegaba de todas partes. De pronto, un viejo coronel reparó en el caballero de Menars y exclamó en voz alta:

»—¡Por todos los diablos! Aquí tenéis al caballero de Menars, tan feliz como siempre, mientras nosotros no ganamos nada. ¡No está ni de parte del banquero ni de los jugadores! ¡Se acabó, ahora tiene que apostar por mí!

»El caballero quiso excusarse de su escasa habilidad y de su absoluta ignorancia del juego, pero el coronel se empeñó y el caballero de Menars tuvo que sentarse a la mesa de juego. Allí le sucedió lo mismo que a usted, señor barón, todas las cartas le eran favorables, de tal modo que pronto hubo ganado una importante suma para el coronel, que no cabía en sí de contento por haber puesto a prueba la buena suerte del caballero de Menars.

»Esta suerte, que sorprendió a todo el mundo, no hizo el menor efecto en el caballero; incluso no pudo comprender cómo con esto aumentó su aversión hacia el juego, tanto que al otro día, considerando los efectos del esfuerzo y de la fatiga de la noche pasada que se reflejaban sobre su cuerpo y su espíritu, decidió seriamente nunca más volver a poner los pies en una casa de juego.

»Se afianzó su decisión a causa de la conducta del coronel que, de nuevo con las cartas en la mano, atribuyó con insensatez su evidente mala suerte al caballero de Menars. Exigía, con insistencia, que el caballero apostase por él cuando jugase, o por

lo menos que estuviese a su lado, y así con su presencia desterrase a los malos demonios que le arrebataban las cartas y la suerte de las manos.

»Es bien sabido que en ningún sitio reinan mayores supersticiones como entre los jugadores.

»Finalmente, sólo con una solemne negativa, y declarando que antes preferiría batirse con él que jugar a su favor, pudo el caballero convencer al coronel, no muy amigo de duelos, de que dejara de importunarle. El caballero maldijo su anterior condescendencia ante aquel viejo loco.

»Como era de esperar, la historia del juego del caballero corrió de boca en boca y se tejieron toda clase de misteriosas y enigmáticas circunstancias en torno al suceso, que presentaban al caballero como a un hombre que estaba en relación con los poderes sobrenaturales. Pero como el caballero, a pesar de ser afortunado en el juego, seguía sin tocar una carta, aumentó la consideración acerca de la firmeza de su carácter y el aprecio de que gozaba.

»Había ya transcurrido un año, cuando el caballero se encontró en la más penosa y apurada situación, debido al retraso del cobro de la pequeña suma de la que dependía su subsistencia. Se vio obligado a descubrirle su situación a su más fiel amigo que, sin pérdida de tiempo, le dio la cantidad que necesitaba, y al mismo tiempo le dijo que era el hombre más estrambótico que había conocido.

»—Existen señales del destino que nos muestran el camino de buscar y encontrar nuestra salvación, pero sólo de nuestra indolencia depende que no atendamos ni escuchemos estas señales.

»El supremo poder que regula nuestras vidas te ha dicho al oído muy claramente:

»—Si quieres tener dinero y bienes, vete y juega, si no seguirás siendo pobre y necesitado, y siempre estarás en total dependencia.

»Sólo entonces se dio cuenta de la extraordinaria suerte que le había favorecido en el juego del faro, y tanto despierto como en sueños se le aparecieron naipes y naipes, y oía las monótonas palabras del banquero: *gagneperd*, y el tin tin de las monedas de oro.

»—Es verdad —se dijo en su interior—, una sola noche como aquélla me saca de la miseria, y me libra de la penosa circunstancia de ser gravoso a mis amigos; es mi deber escuchar y seguir las señales que me hace el destino.

»El amigo que le había aconsejado que jugase le acompañó a la casa de juego, y además le prestó veinte luises de oro para que pudiese comenzar y apostar.

»Si el caballero había sido afortunado apostando por el viejo coronel, esta vez la suerte le fue doblemente favorable. Escogía las cartas a ciegas, sin elegir, y las iba colocando, aunque en realidad no era él quien regía el juego, sino la mano invisible del poder sobrenatural, unida a la casualidad, que posiblemente era la casualidad misma. Cuando concluyó el juego, había ganado mil luises de oro.

»Al día siguiente despertó el caballero como si estuviera atontado. Las monedas de oro que había ganado estaban dispersas cerca de él, sobre una mesa. En el primer

momento le pareció estar soñando, se frotó los ojos, cogió la mesa y la acercó. Cuando, al fin, recordó lo que había sucedido y tocó las monedas de oro, cuando complacido las hubo contado una y otra vez, entonces sintió por primera vez todo su ser penetrado por el hálito fatal del placer del despreciable Mammon, que destruía la pureza de sus sentimientos, tanto tiempo intacta.

»Apenas pudo esperar que llegase la noche para acercarse de nuevo a la mesa de juego; tampoco entonces le faltó la fortuna, así es que en pocas sesiones, durante las cuales jugaba todas las noches, ganó una considerable suma de dinero.

»Hay dos clases de jugadores. Para algunos el juego mismo, como juego, sin considerar las ganancias, es una fuente de un placer secreto e indescriptible.

»Los singulares encadenamientos del azar, que cambian a lo largo del extraño juego, dan lugar a que se muestre el dominio de un poder superior, y esto es precisamente lo que incita a nuestro espíritu a tocar sus alas, y a intentar penetrar en el oscuro reino y en el obrador fatal de ese poder, para contemplar cómo se gestan sus obras. Yo he conocido a un hombre que pasaba noches y días enteros haciendo la banca, solo en su habitación y apostando contra él mismo; a mi parecer, ése era un verdadero jugador.

»Otros únicamente miran la ganancia y consideran el juego como un modo de enriquecerse rápidamente. A esta clase de jugadores pertenecía el caballero, y de esta suerte confirmó el aserto de que la verdadera pasión del juego es un sentimiento innato en cada individuo.

»Por eso mismo, pronto encontró el caballero que era muy estrecho el círculo en que se movía para apostar. Con la considerable suma que había ganado, estableció una banca, y como la suerte seguía favoreciéndole, en poco tiempo su banca fue la más rica del país. Como era de esperar, siendo el banquero más rico y afortunado, acudieron a él la mayoría de los jugadores.

»La desarreglada y licenciosa vida del jugador pronto corrompió las cualidades espirituales y corporales que tan apreciado y respetado habían hecho que fuera el caballero. Dejó de ser el amigo fiel, el compañero alegre y confiado, el caballeroso y galante adorador de las damas. Desapareció su amor a las artes y a las ciencias, y se extinguió su deseo de conocimiento y estudio. En su rostro pálido como la muerte, en sus ojos hundidos y brillantes, ardía el oscuro fuego que expresaba la desastrosa pasión que le tenía encadenado. ¡No era la pasión del juego, no, era un ansia desenfrenada de riqueza, que el propio Satanás había encendido en su corazón!… En una palabra: ¡era el banquero más perfecto que se había visto jamás!

»Una noche, sin que la pérdida fuese grave, el caballero vio que la suerte le era menos favorable que antes. Se acercó a la mesa de juego un hombrecillo viejo, seco y pobremente vestido, incluso de mal aspecto, y con mano temblorosa cogió una carta y apostó una moneda de oro. Muchos de los jugadores miraron al viejo con profundo asombro y no disimularon su desprecio, pero el viejo ni se alteró lo más mínimo, ni pronunció una sola palabra.

»El viejo perdió…, perdió una apuesta tras la otra, y cuanto más perdía, más se regocijaban los demás jugadores. Pues bien, cuando el viejo, que cada vez doblaba sus apuestas, apostó de una vez quinientos luises de oro a una sola carta, y en el mismo instante los perdió, uno de los jugadores exclamó, riéndose:

»“—¡Suerte, *signor* Vertua, mucha suerte, no pierda los ánimos, continúe jugando, y ya veréis cómo al final haréis saltar la banca con una enorme ganancia!”.

»El viejo lanzó al burlón una mirada de basilisco y luego desapareció corriendo, para volver pasada una media hora con los bolsillos repletos de oro. Y sin embargo, el viejo no pudo intervenir en el último corte de naipes, por haber perdido todo el oro que había traído.

»El caballero que, a pesar de su desarreglada conducta, todavía conservaba cierto decoro, que pretendía hacer valer en los salones de su banca, sintió gran enojo, por la burla y el desprecio con que se había tratado al viejo. Por este motivo, cuando el anciano hubo salido, se dirigió seriamente al jugador que se había burlado y a otros dos jugadores más que se habían destacado por sus muestras de desprecio.

»—Bien, caballero —exclamó uno de ellos—. Es que acaso no conoce usted al viejo Francesco Vertua. Pues si le conociera, lejos de quejarse usted de nuestra conducta, la aprobaría. Habrá usted de saber que este Vertua, napolitano de nacimiento, que vive desde hace quince años en París, es el más vil y sórdido avaro, y el más detestable usurero del mundo. Los sentimientos humanos le son ajenos, vería hasta a su mismo hermano retorcerse a sus pies en la agonía de la muerte, y aun cuando pudiese salvarle, no soltaría ni un solo luis de oro. Le abruman las maldiciones y las amenazas de una multitud de individuos, de familias enteras a las que ha hundido en la miseria, a causa de sus satánicas especulaciones. Todos los que le conocen, le odian, y cada uno de ellos desea que un espíritu vengativo le castigue y acabe con su vida, tan manchada de oprobio.

»“—Jamás ha jugado, al menos desde que está en París, y así no le debe extrañar a usted nuestro asombro, cuando vimos al avaro acercarse a la mesa de juego. Al mismo tiempo nos regocijamos por sus cuantiosas pérdidas, pues la verdad es que hubiera sido duro, muy duro, que la suerte hubiese favorecido a semejante malvado. ¡Lo que sí es cierto, caballero, es que la riqueza de su banca ha deslumbrado a ese viejo loco! Pensaba desplumarle a usted, pero ha sido al revés, él es el que ha salido desplumado. Lo que resulta incomprensible es lo que le ha llevado a Vertua, el espíritu de la avaricia, a apostar tan alto en el juego. ¡Bueno, el caso es que ya no volverá más y quedaremos libres de él!”.

»Sin embargo, esta suposición no se realizó, pues a la noche siguiente ya estaba Vertua de vuelta, en la banca del caballero, donde apostó y perdió una suma mucho mayor que la del día anterior. Con todo, permaneció tranquilo y hasta sonreía a veces, con una amarga sonrisa irónica, como si estuviera seguro de que pronto todo cambiaría. Pero, como un enorme torrente, iban en aumento cada noche las pérdidas del anciano, al final de las cuales se calculó que había pagado al banquero treinta mil

luises de oro.

»Pasado cierto tiempo, volvió de nuevo a la sala de juego, cuando éste ya estaba muy adelantado, se colocó a cierta distancia de la mesa, pálido, con la mirada fija en las cartas que iba tirando el caballero. Finalmente, cuando el caballero volvió a barajarlas, y presentó la baraja para cortar, el viejo exclamó con una voz tan estridente «¡Alto!» que todos se estremecieron y miraron hacia atrás. Entonces el viejo, abriéndose paso hasta el caballero, le dijo al oído, con voz sorda:

«—¡Caballero!, mi casa de la calle de Saint Honoré con todos sus muebles, mi vajilla de plata y de oro, mis joyas tasadas en ochenta mil francos, ¿las acepta usted como apuesta?

»—Bueno —respondió el caballero fríamente, sin volverse hacia el viejo, y empezó a cortar.

»—La sota —dijo el viejo, y a la primera tirada había ya perdido la sota. El viejo vaciló y se apoyó en la pared, inmóvil y paralizado como una estatua. En adelante nadie se ocupó de él.

»Terminado ya el juego, cuando los jugadores se dispersaban y el caballero con sus *croupiers* recogía en una caja el dinero ganado, el viejo Vertua, como un fantasma, salió de su rincón y acercándose al caballero le dijo con voz hueca y apagada:

»—¡Una palabra aún, caballero, una sola palabra!

»—Y bien, ¿qué hay? —repuso el caballero, mientras sacaba la llave de la caja, mirando con desprecio al viejo de pies a cabeza.

»—He perdido toda mi fortuna —continuó el viejo— en vuestra banca. Caballero, ya nada, nada me queda, ni siquiera sé dónde podré descansar mañana y dónde calmaré mi hambre. Caballero, a usted recurro. Présteme usted la décima parte de la cantidad que me ha ganado a fin de volver a empezar mis negocios y que pueda sobreponerme a esta horrible miseria.

»—En qué está usted pensando —respondió el caballero—, en qué está usted pensando, *signor* Vertua, ¿no sabe usted que un banquero no debe jamás prestar dinero de sus ganancias? Esto iría contra la regla, de la que no me aparto lo más mínimo.

»—Tiene usted razón, caballero —respondió Vertua—. Tiene usted razón, mi petición era absurda…, exagerada…, la décima parte. ¡No, présteme usted la vigésima parte!

»—¡Le repito —dijo el caballero, enojado— que no presto absolutamente nada de lo que gano!

»—Es cierto —dijo Vertua, mientras que su semblante palidecía cada vez más y fruncía el ceño con mirada sombría—. Yo tampoco lo hubiera hecho en otro tiempo…, pero ahora conceda usted una limosna al mendigo…, dadle cien luises de oro de la cantidad con que la ciega suerte le ha favorecido.

»—¡Es verdad —dijo el caballero con gran enfado— que sabéis atormentar a la

gente, *signor* Vertua! Ya le digo a usted que no obtendréis de mí ni ciento, ni cincuenta, ni veinte, ni siquiera un luis de oro. Tendría yo que estar loco para concederle el menor socorro, para que volviese a empezar su infame oficio. El destino le ha abatido a usted en el polvo, como a un gusano venenoso, y sería un crimen volver a levantarle. ¡Váyase usted y permanezca arruinado como se lo tiene merecido!

»Cubierto el rostro con ambas manos, cayó al suelo el viejo Vertua dando un gran suspiro. El caballero ordenó a su criado que llevase la caja al coche, y luego dijo con voz enérgica:

»—¿Cuándo me entregará usted su casa y todos los efectos, *signor* Vertua?

»Al instante Vertua se levantó del suelo, y dijo con voz firme:

»—¡Ahora mismo, en este mismo instante, caballero! ¡Venga usted conmigo!

»—Bien —repuso el caballero—, podemos ir juntos en mi coche hasta su casa, que dejará usted mañana para siempre.

»Durante todo el camino ni Vertua ni el caballero pronunciaron una sola palabra. Cuando llegaron ante la casa en la calle de Saint Honoré, Vertua tiró de la campanilla. Una mujer vieja salió a abrirle y exclamó al ver a Vertua:

»—¡Oh, Dios Santo! ¡Por fin llegáis, *signor* Vertua! ¡Ángela estaba mortalmente inquieta por usted!

»—¡Callad —repuso Vertua—, quiera el cielo que Ángela no haya oído esta malhadada campanilla! ¡No debe enterarse de que he llegado!

»Y en diciendo esto, le quitó de las manos el candelabro con las velas encendidas y alumbró al caballero, yendo él delante hacia las habitaciones.

»—Me he resignado a todo —dijo Vertua—. ¡Caballero, sé que me odiáis y que me despreciáis! Tanto usted como otros os complacéis con mi ruina, pero usted no me conoce. Habéis de saber que en otros tiempos fui un jugador como usted y que la fortuna me fue tan favorable como ahora a usted, que recorrí media Europa, deteniéndome donde hallaba más rico el juego, con la esperanza de una ganancia considerable, y que todo el oro afluía a mi banca incesantemente como lo hace hoy en día en la vuestra.

»“Yo tenía una esposa bella y fiel, a la que abandonaba, y ella se sentía desgraciada, a pesar de estar rodeada de lujo y de riqueza. Sucedió un día, en Génova, donde yo tenía establecida mi banca, que un joven romano perdió en mi banca todo su patrimonio. Lo mismo que yo os suplico hoy, él me suplicaba que le prestase dinero, por lo menos para poder regresar a Roma. Y se lo negué con una sonrisa sardónica, y entonces presa de rabia y de desesperación, se abalanzó sobre mí con un estilete que llevaba y me lo clavó en el pecho”.

»“Trabajo les costó a los médicos salvarme, pero mi enfermedad fue larga y penosa. Mi mujer me cuidó, me consoló y me sostuvo cuando mi ánimo estaba a punto de perecer, pero cuando mi curación fue total, me sentí aún penetrado de un sentimiento que cada vez se apoderaba más de mí y que hasta entonces no había

conocido. Al jugador le son ajenos todos los afectos humanos, de tal modo que yo no sabía siquiera lo que era el amor y la tierna adhesión de una mujer amante”.

»“Los remordimientos destrozaban mi alma cuando consideraba qué ingrato había sido mi corazón contra mi esposa, al pensar en la vida criminal que le había ofrecido. Yo veía aparecer a todos los fantasmas vengadores, cuya felicidad y existencia había destruido con una atroz indiferencia, y oía cómo sus voces roncas y sepulcrales me reprochaban las calamidades y culpas innumerables de que había sido yo la causa. ¡Sólo mi mujer lograba, entonces, calmar mi indecible desesperación y desterrar el horror que me sobrecogía!… Hice la promesa de no volver a tocar nunca más una carta. Me retiré, y librándome de los lazos que me retenían, y resistiendo los ruegos de mis *croupiers*, que no querían renunciar a mí y a mi fortuna, compré cerca de Roma una pequeña casa de campo, lugar al que huí con mi mujer, ya completamente curado. ¡Ay, sólo un año pude gozar de la felicidad, de la paz y de la calma, que había ignorado siempre!”.

»“Mi mujer me dio una hija y murió pocas semanas después. Presa de la desesperación, acusé al cielo y me maldije a mí mismo y a mi infame vida, de la que se vengaba el poder eterno, arrebatándome a mi mujer, el único ser que me había salvado, y en quien había hallado consuelo y esperanza”.

»“Como el criminal que teme el horror de la soledad, me sentí instigado a dejar la casa de campo y venirme a París”.

Ángela estaba floreciente y era el vivo retrato de su madre, yo la adoraba, por ella quise no sólo conservar mi fortuna, sino aumentarla. Es cierto que he prestado dinero a un alto interés, pero es una infame calumnia el acusarme de ser un usurero fraudulento. ¿Quiénes son los que me acusan de esto? Unos jóvenes locos, que me molestan de continuo, para que les preste una cantidad, que en cuanto la obtienen la malgastan como algo sin valor.

»“Pero este dinero no es mío, es de mi hija, y yo soy únicamente el administrador de sus bienes, lo que hago con absoluta seriedad”.

»“No hace mucho que salvé a un joven de la ruina y de la infamia, prestándole una suma considerable. No pronuncié una sílaba para exigirle la restitución, pues sabía que era muy pobre y que tardaría en cobrar su herencia. Cuando llegó el caso, reclamé la restitución de la deuda. ¿Queréis creerme, caballero, que aquel malvado, que me debía su existencia, se atrevió a negarme la deuda y me trató de miserable avaro cuando judicialmente le exigí que me pagase?…”.

»“Muchos otros rasgos semejantes podría contarle que me han endurecido y hecho insensible para la prodigalidad y la bajeza. ¡Aún más! Podría decirle a usted que más de una vez he secado lágrimas, y que muchas oraciones por mí y por mi Ángela han subido al cielo, pero todo esto lo consideraría usted como falsa palabrería y alarde, y además no haríais caso alguno, ¡porque usted también es un jugador!”.

»“Creí haber apaciguado a los poderes divinos, ¡vana ilusión!, puesto que le fue permitido a Satanás que me tentase más funestamente que nunca. ¡Oí hablar de

vuestra suerte, caballero! Todos los días sabía que este o aquel jugador se había convertido en un mendigo apostando en vuestra banca, entonces tuve la idea de probar la suerte en el juego, que nunca me había abandonado, apostando contra la vuestra, para poner un término a vuestras ganancias. Desde entonces esta idea, que no podía proceder sino de una extraña locura, no me dio tregua ni descanso. Así es como me dirigí a vuestra banca, y así fue como me cegué por esta horrible fascinación, hasta que mi fortuna…, mejor dicho la de Ángela, pasó a manos de usted. ¡Ahora todo se acabó! ¿Permitirá usted que mi hija se lleve sus vestidos?”.

»—El guardarropa de vuestra hija no me pertenece —contestó el caballero—. También puede usted llevarse las camas y los muebles que necesite. ¿Qué quiere usted que haga yo con todos estos trastos? Pero tenga usted cuidado de que no se lleven ninguno de los objetos de valor que me pertenezcan.

»El viejo Vertua miró fijamente durante un par de segundos al caballero; luego un torrente de lágrimas inundó su rostro y anonadado por el dolor y la desesperación cayó de rodillas a sus pies, exclamando, con las manos cruzadas, suplicante:

»—¡Caballero, si aún le queda a usted algún sentimiento de humanidad en el corazón…, apiádese…, tenga piedad!… No de mí, sino de mi hija, de mi Ángela, de este ángel inocente a quien precipita usted a la miseria. ¡Oh, compadézcase usted de ella! ¡Préstele usted a ella, a mi Ángela, la vigésima parte de sus bienes, de los que usted le ha despojado! ¡Oh, estoy seguro de que os compadeceréis!… ¡Oh, Ángela, hija mía!

»Y en diciendo esto, el anciano sollozaba, lloraba e invocaba con voz desesperada el nombre de su hija.

»—Esta escena teatral de mal gusto empieza a aburrirme —dijo el caballero, indiferente y enojado, y en aquel instante se abrió la puerta y una joven se precipitó vestida con un peinador blanco, con los cabellos sueltos, reflejada la muerte en su semblante, dirigiéndose hacia el viejo Vertua, al que levantó y abrazó, exclamando:

»—¡Oh, padre mío…, padre mío…, lo he oído todo…, todo…! ¿Que lo ha perdido usted todo?… ¿No tenéis, acaso, a vuestra Ángela? ¿Para qué necesitamos los bienes y el dinero? ¿Acaso Ángela no sabría cuidar de usted y alimentarle?

Oh, padre mío, no se envilezca usted más ante este monstruo despreciable. ¡No somos nosotros, es él quien queda pobre y miserable, en medio de sus vanas riquezas, porque permanece en un abandono cruel e inconsolable, sin un corazón amante en toda la tierra que pueda apretarle contra su pecho y en el que pueda confiarse cuando desespere de la vida! ¡Venga usted, padre mío…, abandonemos esta casa, apresurémonos a huir para que este hombre abominable no pueda cebarse en su desesperación!

»Vertua cayó casi desmayado en un sillón, Ángela se arrodilló a sus pies, le cogió las manos y se las cubrió de besos, le acarició, enumerando al mismo tiempo, con infantil prolijidad, todos sus méritos y conocimientos, con los que pensaba alimentar a su padre, suplicándole con ardientes lágrimas que desterrase toda pena, ya que

ahora la vida tendría a sus ojos su verdadero precio, pues en vez de dedicarse al placer, la consagraría a su padre, dedicándose a coser, a cantar y a tocar la guitarra.

»¿Qué pecador endurecido hubiera podido permanecer indiferente al contemplar a Ángela resplandeciente con celestial belleza, y al oírle consolar a su padre con voz dulce y celestial, y al ver el amor más puro que manaba de lo profundo de su corazón, así como la virtud más inocente?

»Así le sucedió al caballero; se sintió presa de remordimientos y angustias infernales. Ángela se le apareció como un ángel divino exterminador, que con su brillo despejaba el velo de niebla que hasta ahora le había ofuscado, y vio con toda claridad su mezquina y hedionda desnudez.

»Así es que del fondo de aquel infierno, cuyas llamas ardían en el interior del caballero, brotaba un rayo puro y brillante que semejaba el resplandor y la beatitud celeste, pero el brillo de esta luz hacía aún más espantosa su pena indecible.

»El caballero, hasta ahora, nunca había amado. En el momento en que vio a Ángela, sintió una pasión irresistible, y al mismo tiempo le sobrecogió un dolor tan grande que le sumió en absoluto desaliento. ¿Acaso podía esperar algo el hombre que se había presentado con el carácter del caballero ante aquella hija del cielo, ante la pura y la maravillosa Ángela?

»El caballero quiso hablar, pero no pudo hacerlo, fue como si un repentino calambre hubiera detenido su lengua. Por fin, haciendo un esfuerzo para rehacerse, balbuceó tembloroso:

»—*Signor* Vertua…, oiga usted…, yo no le he ganado a usted nada…, absolutamente nada…, aquí está mi cajita…, suya es… ¡No basta!… Aún le debo a usted más…, yo estoy en deuda con usted… Tome usted…, tome…

»—Oh, hija mía —exclamó Vertua, pero Ángela se levantó y dirigiéndose al caballero le miró con una mirada orgullosa y le dijo con acento tranquilo y severo:

»—Caballero, sepa usted que hay algo que vale más que el oro y las riquezas: ¡los sentimientos que le son a usted desconocidos; pero que alivian nuestras almas con un consuelo celestial y que nos hacen rechazar sus ofrecimientos y sus regalos con desprecio! ¡Guarde usted las riquezas de Mammon, sobre las que pesa la maldición fatal que le perseguirá como el jugador réprobo y desalmado!

»—¡Sí! —exclama el caballero fuera de sí, con mirada salvaje y con acento terrible—. Sí, maldito…, yo quiero ser maldito y precipitado en lo más profundo de los infiernos, ¡si jamás esta mano llega a tocar un solo naipe!… Y si después de esto usted, Ángela, me rechaza de su lado, usted será quien causará mi inevitable pérdida… ¡Oh, no sabéis nada…, no podéis comprenderme…, me tendríais por loco! … Pero ya lo verá usted, y me creerá cuando me vea tendido a sus pies, levantada la tapa de los sesos… ¡Ángela! ¡De usted depende mi vida o mi muerte!… ¡Adiós!

»En diciendo esto, el caballero se precipitó fuera del aposento, presa de la mayor desesperación. Vertua había adivinado lo que sucedía en su interior, y trataba de hacer comprender a la bella Ángela que determinadas circunstancias podían hacer necesario

aceptar la dádiva del caballero.

»Ángela se mostró horrorizada al oír a su padre. No podía comprender cómo jamás el caballero pudiese alcanzar otra cosa que su desprecio. Pero el destino que guía los corazones, sin ellos mismos saberlo, y a veces contra su voluntad, dio por resultado algo enteramente contrario a todas las previsiones.

»Al caballero le pareció como si de repente hubiese salido de un horrible sueño; se veía al borde del abismo infernal, y en vano tendía los brazos hacia la figura celestial y radiante que se le había aparecido no para salvarle…, ¡no!, sino para recordarle su condenación.

»Para asombro de todo París, desapareció la banca de la casa de juego del caballero de Menars, y como no se le volviese a ver más, corrieron los más extraños e infundados rumores. El caballero evitaba toda sociedad, pues su amor se manifestaba como un pesar sombrío y profundo. Sucedió un día que paseando taciturno por los jardines de la Malmaison, se encontró al viejo Vertua con su hija…

»Ángela, que siempre pensó que la vista del caballero sólo le podía inspirar horror y desprecio, se sintió singularmente conmovida cuando vio ante sí al caballero pálido como un muerto, confuso, en una actitud respetuosa, apenas atreviéndose a levantar los ojos del suelo. Ángela sabía muy bien que el caballero desde aquella noche fatal había renunciado al juego, y que había cambiado completamente su modo de vida. *Ella*, ella sola había obrado esto, había salvado al caballero de la perdición. ¿Qué podía lisonjear más su vanidad de mujer?

»Sucedió, pues, que cuando Vertua y el caballero hubieron intercambiado sus saludos, Ángela le preguntó con el tono de una suave y benéfica compasión:

»—¿Qué le sucede a usted, caballero de Menars, se encuentra usted enfermo? En verdad que debería usted procurarse un médico.

»Hay que imaginar que las palabras de Ángela iluminaron al caballero como una consoladora esperanza. En el mismo instante se transformó. Irguió la cabeza y de sus labios manó aquella apasionada locuacidad, que anteriormente arrastraba todos los corazones. Vertua le recordó que fuese a tomar posesión de la casa que había ganado.

»—¡Sí —dijo el caballero entusiasmado—, sí, *signor* Vertua, iré! Mañana iré a su casa, pero permitidme que no nos pongamos acordes tan pronto en las condiciones, cuando se necesitan tantos meses para un acto semejante.

»—Está bien, caballero —repuso Vertua sonriendo—, creo que con el tiempo podremos hablar de otras cosas que ahora están muy lejos de nuestra mente.

»Como es de suponer, el caballero, muy consolado, recuperó la amabilidad que le caracterizaba, antes de que fuera presa de la pasión ruinosa y desordenada. Hizo muy frecuentes visitas a casa de Vertua, y Ángela parecía cada vez más inclinada hacia aquel ser del que se consideraba ángel tutelar, hasta que, por fin, convencida de que le amaba, le prometió su mano, con gran alegría del viejo Vertua, quien desde aquel momento juzgó ya como terminado el asunto de su fortuna perdida contra el caballero.

»Ángela, la feliz prometida del caballero de Menars, se encontraba un día sentada frente a la ventana, sumida en mil pensamientos amorosos, llenos de felicidad, como suelen ser frecuentes en los que se van a desposar, pero he aquí que acertó a pasar delante de ella un regimiento de cazadores tocando sus alegres trompetas, que marchaba para la campaña de España. Ángela contemplaba con piedad aquella gente destinada a ser víctima de aquella funesta guerra, cuando he aquí que un joven, volviendo con viveza las riendas de su caballo, lanzó una rápida mirada a Ángela, que cayó desmayada en su silla.

»¡Ay!, el cazador que marchaba también a una muerte cierta no era otro que el joven Duvernet, el hijo del vecino, el compañero de su infancia, que venía a verla casi todos los días, hasta que dejó de hacerlo cuando apareció el caballero de Menars. En la mirada quejosa del joven, donde se leía la sentencia de su muerte, Ángela se dio cuenta por primera vez no sólo de cuánto la había amado, sino de que también ella misma, sin saberlo, le amaba, y que sólo había sido deslumbrada y fascinada por la seducción que se desprendía del caballero. Fue entonces cuando comprendió los tímidos suspiros del joven, sus atenciones silenciosas y sin pretensión alguna, y entonces únicamente comprendió su verdadera inclinación y las palpitaciones de su corazón cuando llegaba Duvernet y cuando oía su voz.

»—¡Ya es muy tarde…, está perdido para mí! —se dijo Ángela en su interior. Y tuvo el valor de luchar contra el penoso sentimiento que la desgarraba, y la energía de su voluntad la sacó vencedora.

»Sin embargo, no dejó de percibir la penetrante mirada del caballero que algo había sucedido, pero poseía demasiada delicadeza para procurar descubrir un secreto que Ángela creía deberle ocultar, y se contentó, para conjurar el poder de la fuerza amenazadora, con apresurar la ceremonia de su matrimonio, cuya celebración llevó a cabo con mucho tacto y con gran consideración por el estado y la situación en que se encontraba su bella prometida, de tal modo que ésta no pudo por menos de apreciar la perfecta amabilidad del esposo.

»El caballero dispensó a Ángela toda clase de atenciones, satisfaciendo hasta sus menores deseos y haciéndola objeto de su mayor consideración, así como de su amor más puro, y logró que el recuerdo de Duvernet se borrase por completo de su mente.

»La primera nube que enturbió su felicidad fue la enfermedad y la muerte del viejo Vertua. Desde aquella noche en que había perdido todos sus bienes en la banca del caballero, Vertua no había vuelto a tocar siquiera un naipe; pero en los últimos momentos de su vida el juego parecía absorber exclusivamente todas sus facultades. Mientras el sacerdote que había venido para darle en los últimos momentos el consuelo de la religión le hablaba de cosas espirituales, el anciano, acostado y con los ojos cerrados, murmuraba entre dientes: «*Perd… gagne…*», al tiempo que con sus manos temblorosas por las convulsiones de la agonía hacía los movimientos de barajar, cortar y tirar los naipes. En vano Ángela y el caballero se inclinaban hacia él, le llenaban con los nombres más tiernos, pues parecía no oírles. Con un profundo

suspiro, «*gagne*», exhaló su último aliento.

»En medio de su profundo dolor, Ángela no pudo impedir sentir un estremecimiento de terror, al pensar en aquella siniestra muerte. La imagen de aquella espantosa noche, en que vio por primera vez al caballero bajo el aspecto de un jugador enfurecido y frenético, acudió de nuevo ante sus ojos, y le inspiró la idea de que quizá el caballero se quitaría la máscara de ángel para presentársele con sus verdaderos rasgos de demonio y recobrar su anterior vida. Pronto, en verdad, los presentimientos de Ángela se realizaron.

»Aunque al caballero le había aterrorizado el género de muerte del viejo Francesco Vertua, que despreciando en las ansias de la muerte los socorros de la Iglesia persistía en la idea de su antigua vida pecadora, sin embargo, sin saber cómo sucedió, volvió a sentir la pasión del juego más viva que nunca, de tal modo que cada noche soñaba estar sentado en la banca recogiendo nuevas riquezas.

»Así como Ángela, embargada por el recuerdo de la primera aparición del caballero, se mostraba retraída en su actitud, llena de amor y de confianza, que le eran familiares respecto a su marido, en el alma del caballero también penetró la desconfianza hacia Ángela, cuyo retraimiento y reserva atribuía a aquel secreto que le había ocultado. Esta desconfianza engendró el descontento y el mal humor, que se hicieron manifiestos con frecuencia, y ofendieron a Ángela. Por un singular efecto psíquico simultáneo, Ángela sintió reanimarse en su corazón la imagen del infeliz Duvernet, y con ella el sentimiento penoso de aquel amor destruido para siempre que había florecido en su juvenil corazón.

»Finalmente, la incomprensión entre los esposos fue creciendo de tal modo que el caballero, aburrido de la sencillez de su vida, hallándola insípida, sintió deseos ardientes de volverse a presentar en el mundo.

»La mala estrella del caballero comenzó a reinar entonces. Lo que había empezado como fastidio y cansancio interior fue acabado por un malvado que en otro tiempo había sido *croupier* en la banca del caballero, quien, cediendo a sus pérfidas insinuaciones, acabó por encontrar su conducta pueril y ridícula. No podía comprender cómo por culpa de una mujer había podido abandonar un mundo que le parecía la única cosa digna de ser vivida.

»Poco tiempo después, la banca del caballero de Menars brillaba por el oro más que nunca. La suerte no le había abandonado, las víctimas se sucedían una tras otra y las riquezas se amontonaban en su mesa. Pero rota, destruida y aniquilada, de mala manera, la felicidad de Ángela podía compararse a un corto y hermoso sueño. El caballero la trataba ahora con indiferencia, ¡incluso con desprecio! A veces pasaban semanas y meses enteros sin que siquiera se viesen; un viejo mayordomo se ocupaba de los asuntos de la casa y los criados eran reemplazados según el humor del caballero, de tal modo que Ángela, como una extranjera en su casa, no hallaba en ninguna parte el menor consuelo. A menudo, cuando en sus noches de insomnio oía detenerse ante la puerta el coche del caballero, y oía cómo mandaba sacar la pesada

caja con palabras secas y duras, y luego oía cómo se cerraba la puerta de su alejado aposento, entonces manaba de sus ojos un torrente de lágrimas, y en su profunda pena pronunciaba más de cien veces el nombre de Duvernet, suplicando a la Providencia que pusiese fin a su existencia, llena de tantos pesares.

»Sucedió, un día, que un joven de buena familia, después de haber perdido todos sus bienes en la banca del caballero, se mató, disparándose un tiro en la sien, en la misma sala de juego, de modo que sus sesos y su sangre salpicaron a los jugadores, que retrocedieron horrorizados. Sólo el caballero conservó su sangre fría, y viendo que todos se iban a marchar, preguntó si se debía dejar el juego sólo porque un loco no hubiera sabido guardar las reglas ni dominar sus impulsos.

»El suceso causó gran sensación. Y la conducta inconcebible del caballero indignó hasta a los jugadores más empedernidos. Todos se volvieron contra él. La policía suprimió la banca. Se le acusaba de hacer falso juego, y su inaudita suerte justificaba la verdad de estas acusaciones. No pudo demostrar su inocencia, de modo que la multa que tuvo que sufrir le arrebató una gran parte de sus riquezas. Se vio insultado y despreciado; y fue entonces cuando volvió a los brazos de su mujer que, a pesar de sus malos tratos, volvió a acoger al pecador arrepentido, pues el recuerdo de su padre, que había abjurado de los errores del juego, le dejaba entrever un rayo de esperanza, y la edad madura del caballero era un motivo más para creer en una posible conversión.

»El caballero con su mujer abandonó París y se estableció en Génova, lugar donde había nacido Ángela. En los primeros tiempos el caballero hizo una vida bastante retirada. Trató en vano de restablecer aquellas tranquilas relaciones hogareñas del pasado con Ángela, que su mal demonio había destruido. No pasó mucho tiempo sin que una interior inquietud le llevase en busca de distracciones. Su mala reputación le había seguido desde París a Génova; a pesar de la irresistible tentación que tenía de volver a poner banca, no se atrevió a hacerlo…

»Por esta época, la banca más rica de Génova la tenía un coronel francés, que se había retirado del servicio a causa de heridas muy graves. Con envidia y odio a la vez, se presentó el caballero ante esta banca, pensando que su acostumbrada buena suerte le acompañaría y vencería a su rival.

»El coronel saludó al caballero con alegría, y le dijo que desde aquel instante la lucha tendría más valor, ya que la participación del afortunado caballero de Menars haría que el juego fuese más interesante.

»En efecto, los naipes le fueron favorables al caballero en los primeros cortes. Pero confiando en su invencible suerte, «*Va banque*», y en un momento perdió una cantidad muy considerable.

»El coronel, que solía permanecer impasible tanto en su buena como en su mala fortuna, recogió el dinero del de Menars dando muestras de una excesiva alegría.

»Desde aquel instante se eclipsó la suerte del caballero. Jugaba cada noche y cada noche perdía, hasta que todos sus bienes se consumieron y únicamente le quedaron

dos mil ducados en letras de cambio.

»El caballero se pasó todo el día corriendo de un lado para otro para poder vender este papel, siendo ya muy tarde cuando volvió a su casa; llegada la noche, cuando ya se disponía a salir con las últimas monedas de oro en el bolsillo, Ángela le salió al encuentro, pues presentía lo que iba a suceder, y bañada en lágrimas, echándose a sus pies, le suplicó por la Virgen y todos los santos celestiales que renunciase a esta funesta empresa que les precipitaría en la ruina.

»El caballero la levantó, la abrazó dolorosamente enternecido y le dijo con voz sofocada:

»—¡Ángela, mi querida Ángela! No puedo remediarlo, es menester que siga mi destino. ¡Pero mañana…, mañana habrán cesado todas tus penas, pues te juro por el supremo poder que nos gobierna que hoy será la última noche que juegue!… Tranquilízate, mi dulce amiga…, duerme…, sueña en los días felices, en una vida más dichosa que pronto gozarás…, ¡y esto me traerá la suerte!

»En diciendo estas palabras, el caballero besó a su esposa y salió precipitadamente.

»En dos cortes el caballero perdió todo,… todo. Permaneció inmóvil junto al coronel, con la mirada fija, como estupefacto, sobre la mesa de juego.

»—¿No apuesta usted más, caballero? —preguntó el coronel, barajando para el próximo corte.

»—Lo he perdido todo —respondió el caballero, intentando permanecer tranquilo.

»—¿Es que ya no le queda a usted nada? —preguntó el coronel al corte siguiente.

»—¡Soy un mendigo! —exclamó el caballero con voz temblorosa, en la que denotaba la rabia y su dolor, siempre con la vista fija en la mesa de juego, y sin darse cuenta de que los jugadores iban sacando ventaja al banquero.

»El coronel volvió a jugar tranquilamente.

»—Sin embargo, tiene usted una mujer muy hermosa —dijo en voz baja el coronel, sin mirar al caballero, barajando los naipes para otro corte.

»—¿Qué ha querido usted decir con esto? —exclamó el caballero, enojado.

»El coronel siguió su juego, sin contestar al caballero.

»—¡Diez mil ducados! ¡O… Ángela! —dijo el coronel medio vuelto de espaldas, mientras daba a cortar las cartas.

»—¡Está usted loco! —exclamó el caballero, quien, sin embargo, habiendo recobrado su sangre fría, se dio cuenta de que el coronel perdía continuamente.

»—Veinte mil ducados contra Ángela —dijo el coronel en voz baja, cesando por un momento de barajar.

»El caballero permaneció silencioso, el coronel siguió jugando y casi todas las cartas le fueron contrarias.

»—¡Vale! —dijo el caballero al oído del coronel, cuando éste empezaba de nuevo un corte y puso la sota en la mesa de juego.

»Al primer golpe, ya había perdido la sota.

»Se hizo atrás el caballero, rechinando los dientes, y fue a apoyarse en una ventana, con la desesperación y la muerte impresa en su semblante.

»Terminó el juego, y el coronel se acercó al caballero, y burlonamente le dijo:

»—Bien, ¿y ahora?

»—¡Ah! —exclamó el caballero fuera de sí—. Usted me ha convertido en un mendigo; pero será menester que usted esté loco para suponer que me ha podido ganar a mi mujer. ¿Estamos acaso en las islas de las colonias? ¿Es acaso mi mujer una esclava, sujeta a la vana arbitrariedad de un dueño infame que puede venderla o jugársela? Sin embargo, efectivamente, hubiera usted tenido que pagarme veinte mil ducados si la sota hubiera ganado, por lo tanto, carezco del más mínimo derecho de oponerme si mi mujer quiere dejarme para seguirle a usted. ¡Venga usted conmigo, y verá que mi mujer le rechaza horrorizada, y con desesperación, ya que en el caso de tener que seguirle sería una amante sin honor!

»—Usted será quien se desespere, sí, usted mismo, caballero —repuso el coronel con acento sardónico—, cuando Ángela le abandone, pues es usted un hombre vicioso y perdido que ha ocasionado su desgracia… ¡Desespérese usted cuando la vea arrojarse en mis brazos, y cuando sepa usted la consagración de nuestro enlace, y la felicidad que coronará nuestros mejores deseos! ¡Usted me considera loco!… ¡Oh!, caballero, yo únicamente quería ganar el derecho de imponer a usted mis pretensiones, pues, ¡ah!, yo sé que su mujer me ama a *mí*, y que me ama apasionadamente…, ¡sabed que yo soy Duvernet, el hijo del vecino, que se crió con Ángela, unido a ella por un ardiente amor, y separado de ella por vuestras satánicas seducciones!

»“¡Ah! Sólo cuando mi marcha al ejército se dio cuenta Ángela de lo que yo significaba para ella, y cuando yo lo supe, ¡era ya tarde! ¡Un espíritu maléfico me inspiró la idea de que lograría arruinarle a usted en el juego…, le seguí a usted hasta Génova y ya lo he logrado!… ¡Ahora vayamos a ver a su mujer!…”.

»El caballero permaneció como anonadado, como si mil rayos ardientes le hubieran herido. Finalmente se le había revelado aquel secreto fatal, y entonces comprendió cuán desgraciada había hecho a la pobre Ángela.

»—Ángela, mi mujer, decidirá —dijo con voz sorda el caballero, y siguió al coronel, que se precipitó a acompañarle.

»Cuando entraron en la casa, y el coronel fue a poner la mano en el picaporte del aposento de Ángela, el caballero le rechazó con fuerza y le dijo:

»—Mi mujer está durmiendo, ¿quiere usted turbar su apacible sueño?

»—Hum —repuso el coronel—. ¿Acaso Ángela ha gozado un momento de descanso desde que usted le ha hecho padecer tan innumerables angustias?

»El coronel se disponía ya a entrar cuando el caballero, postrándose a sus pies, exclamó con cruel desesperación:

»—¡Tenga usted misericordia! ¡Ya que me ha reducido usted a la mendicidad, al

menos déjeme usted mi mujer!

»—También estaba así el viejo Vertua ante usted, hombre perverso e insensible, sin que hubiese podido enternecer su corazón de piedra. ¡Sufra usted, pues, la venganza del cielo!

»Así habló el coronel, y de nuevo encaminó sus pasos hacia el aposento de Ángela.

»El caballero se abalanzó hacia la puerta, la abrió, corrió las cortinas, exclamando:

»—¡Ángela, Ángela! —se inclinó hacia ella, le tomó una mano, y quedándose de repente como paralizado, exclamó con voz terrible—: ¡Mire usted!… ¡Ha ganado el cadáver de mi mujer!

»Aterrado, el coronel se acercó a la cama…, ninguna señal de vida… Ángela estaba muerta…, muerta…

»Entonces el coronel levantó el puño cerrado contra el cielo, lanzó un sordo aullido y se precipitó fuera de la casa. ¡Jamás se supo nada de él!

Así terminó el desconocido su relato, y abandonó la banca de la sala de juego antes de que el barón, profundamente impresionado, pudiera decir algo.

Pocos días después se encontraron al desconocido en su habitación, víctima de una apoplejía. Permaneció sin habla hasta el momento de su muerte, que tuvo lugar pocas horas después. Por sus papeles supieron que, a pesar de que hasta entonces se había dado a conocer con el nombre de Baudasson, no era otro sino aquel infeliz caballero de Menars.

El barón comprendió que esto era una señal del cielo, ya que cuando estaba al borde del abismo le había puesto al caballero de Menars en su camino para salvarle, y prometió resistir todas las añagazas de la engañosa fortuna en el juego.

Hasta ahora ha cumplido su palabra.

Signor Formica

Signor Formica (1819)

El famoso pintor Salvator Rosa llega a Roma y es atacado por una grave enfermedad. Lo que le sucedió durante la enfermedad.

Por lo general suele hablarse muy mal de las personas célebres, bien lo merezcan o no, y eso es lo que le sucedió al excelente pintor Salvator Rosa, cuyos cuadros llenos de vida, ¡oh querido lector!, te habrían complacido siempre que los hubieras visto.

Al extenderse la fama de Salvator por Nápoles, Roma, Toscana y toda Italia, todos los pintores trataron de imitar su estilo para gustar al público, pero al mismo tiempo no faltaron individuos que sembraron toda clase de malignos rumores para ensombrecer su gloria y fama de artista. Aseguraban que Salvator en una época anterior de su vida había pertenecido a una banda de ladrones y que de este infame trato procedían las salvajes y siniestras figuras, fantásticamente trajeadas, de sus cuadros, así como los sombríos y desérticos lugares, las *selve salvagge*, como diría Dante, donde solía refugiarse, que reproducía en sus paisajes. Pero el principal crimen que se le imputaba era el haber formado parte de la sangrienta conspiración de Massaniello. Se contaba lo sucedido con todo lujo de detalles.

Aniello Falcone, el pintor de batallas, uno de los mejores maestros de Salvator, entró en ira y deseo desenfrenado de venganza al haberle matado los soldados españoles a un pariente suyo. No le costó mucho reunir una partida de jóvenes resueltos, la mayor parte pintores, a los que dio armas y el nombre de Compañía de la Muerte. En efecto, esta pandilla justificó su nombre esparciendo el horror y la devastación, recorriendo el día entero la ciudad de Nápoles y matando sin compasión a cuantos españoles encontraba, y ¡aún más! penetraban en los lugares sagrados y asesinaban sin compasión a los infelices contrarios que con miedo mortal buscaban allí asilo.

Durante la noche se reunían en casa de su jefe, el sanguinario y enloquecido Massaniello, a quien pintaban a la rojiza luz de las antorchas, de modo que en muy poco tiempo circularon por Nápoles y sus alrededores centenares de estos retratos.

Se decía que Salvator Rosa había tomado parte en estas escenas sangrientas, y no menos sediento de muertes durante el día que aplicado al trabajo durante la noche. Es cierto lo que dice de él un célebre crítico de arte, creo que Taillason. Dice que en sus obras está impreso el carácter de un orgullo salvaje, de una extraña energía de pensamiento y de ejecución. La Naturaleza no se le presenta verde y amena, con campos floridos, bosquecillos olorosos y arroyos murmuradores, sino horrible y agreste, rocas gigantescas amontonadas, orillas del mar peligrosas y escarpadas, y selvas tenebrosas e intransitables; no es el suave murmullo de las hojas ni el soplo del

viento vespertino, no, lo que se oye, sino el rugido del huracán, y el estrépito de la catarata.

Cuando se contemplan los desiertos que pinta y los seres de extraño y salvaje aspecto que bien solos o en grupo vagan por ellos, vuelven a asaltarnos de nuevo los estremecedores pensamientos. Aquí se cometió un horrible asesinato, nos decimos, allí fue arrojado por aquel precipicio su cadáver ensangrentado, y muchas más cosas. Puede que todo esto sea verdad, y que Taillason esté en lo cierto cuando afirma que el Platón de Salvator y hasta el mismo San Juan en el desierto anunciando el nacimiento del Salvador del mundo semejan a unos salteadores; aun dando esto por cierto, como digo, no se podría juzgar al maestro por sus obras y deducir que por haber pintado tan vivamente lo terrible y lo salvaje tuviese también que ser él un desalmado y un bárbaro.

Por lo general, quien más habla de la espada es quien peor la maneja; quien concibe en su interior la atrocidad de las más sanguinarias maldades y las describe con la pluma y el pincel, paleta en mano, con total veracidad, es incapaz de ejecutarlas. ¡Basta ya! No doy el más mínimo crédito a todos los rumores que nos presentan al buen Salvator como un bandido y asesino sin escrúpulos, y deseo, querido lector, que participes de mis sentimientos. De no ser así temo que desconfiarías de todo lo que voy a contarte del maestro, porque el Salvator de mi relación debe parecerte un hombre en la plenitud de su vida ardiente y entusiasta, al tiempo que dotado de un carácter franco y generoso, capaz de dominar la amarga ironía que en todos los hombres dotados de profundo talento inspira la clara contemplación de la vida. Por lo demás, es bien sabido que Salvator era tan buen poeta y músico como pintor. Su genio interior se manifestaba así resplandeciente.

Vuelvo a decir que no creo que Salvator tomase parte en las atrocidades sangrientas de Massaniello; creo, por el contrario, que el horror de aquella época espantosa le hiciera huir de Nápoles a Roma, a donde llegó fugitivo al tiempo que acababa de ser derribado Massaniello.

Vestido de manera vulgar, con una pequeña bolsa con un par de cequíes en su faltriquera, entró sigilosamente por la puerta, nada más hacerse de noche. Sin saber de qué manera, se encontró en la plaza de Navona, donde en una época más feliz había vivido en una casa cerca del palacio Pamfili. Inquieto y desasosegado, levantó la vista hacia las grandes ventanas que brillaban y refulgían como espejos a los rayos de la luna.

—¡Ah! —exclamó tristemente— ¡cuántos lienzos tendré que pintar para poder poner mi taller allá arriba!

De repente se quedó como paralizado y se sintió decaído y desarmado enteramente, como jamás lo había estado.

—¿Podré, por ventura —murmuró entre dientes y dejándose caer en los escalones de piedra del palacio—, podré vender suficientes lienzos pintados al gusto de los necios?… Hum, me parece que he llegado al cabo.

El viento frío y cortante de la noche soplaba por las calles. Salvator sintió la necesidad de buscarse un cobijo. Se levantó penosamente y fue tambaleándose hacia el Corso, y dobló hacia la calle Bergognona. Allí se detuvo delante de una casita que tenía dos ventanas amplias, y en la que vivía una pobre viuda con sus dos hijas. Ésta misma le había hospedado por poco dinero la primera vez que vino a Roma, desconocido y sin fama, y en esta viuda pensó nuevamente para encontrar alojamiento conforme a las escasas posibilidades con las que se encontraba en aquel momento.

Llamó, pues, confiado, a la puerta, repitiendo varias veces su nombre. Finalmente, oyó como la vieja penosamente despertaba de su sueño. Se arrastró renqueando hacia la ventana y empezó a regañar al bribón que la inquietaba en medio de la noche, diciendo que su casa no era un mesón y cosas por el estilo. Hubo muchas preguntas y respuestas, hasta que reconoció por la voz a su antiguo huésped, y cuando Salvator le explicó quejumbrosamente cómo había huido de Nápoles y que no encontraba alojamiento en Roma, entonces exclamó la vieja:

—¡Ah, por Cristo y todos los santos de la corte celestial! ¿Es usted, *Signor* Salvator? ¡Muy bien! ¡El cuarto que usted ocupaba arriba y que da al patio aún está desocupado y la vieja higuera ha llegado ya con las ramas y hojas hasta la ventana, de modo que podrá usted sentarse y trabajar como si estuviera en un hermoso y fresco pabellón! Cuánto se alegrarán de verle mis hijas, *Signor* Salvator. ¿Sabe usted que Margarita está muy alta y guapa? ¡Ahora ya no podrá mecerla en sus rodillas! Y su gatita hace tres semanas que murió por haberse tragado una espina. En verdad que el sepulcro es nuestra herencia. A propósito, ¿se acuerda usted de la vecina gorda, de aquella que se reía tanto y a la que a menudo pintaba usted en caricatura? Pues ha de saber que se ha casado con aquel joven, el *Signor* Luigi. Bueno ¡*nozze e magistrati seno da Dio destinati*! El matrimonio viene del cielo, según digo yo.

—Pero *Signora* Caterina —dijo Salvator interrumpiendo a la vieja— por todos los santos, déjeme usted entrar y luego me contará lo de la higuera, lo de sus hijas, lo de la gata y lo de la vecina gorda. ¡Estoy muerto de frío y de cansancio!

—¡Oh, que impaciente viene! *Chi va piano, va sano, chi va presto, more lesto*. Vayamos poco a poco, digo yo. Pero usted está cansado y tiene frío; ¡vamos, rápido las llaves, las llaves!

Pero antes fue preciso que la vieja despertase a sus hijas y luego que lentamente, muy lentamente, encendiese el fuego. Finalmente abrió la puerta al pobre Salvator, que apenas pisó el umbral cayó al suelo desvanecido a causa del cansancio y la enfermedad. Por fortuna, el hijo de la viuda, que vivía en Tívoli, se hallaba aquella noche en su casa, le hicieron dejar su cama al enfermo, y él de muy buena voluntad se la cedió al amigo de la casa.

La vieja quería muchísimo a Salvator, le consideraba, a su parecer, superior a todos los pintores del mundo, y todo lo que hacía le encantaba. Quedó fuera de sí al ver el lamentable estado en que se encontraba e inmediatamente quiso echar a correr

al convento próximo en busca de un confesor, para que viniese a conjurar al espíritu maligno, con cirios benditos o con cualquier valioso amuleto. Por el contrario, el hijo dijo que sería mucho mejor encontrar a un buen médico, por lo que se fue corriendo a la plaza de España, donde vivía el famoso Doctor Splendiano Accoramboni, que en cuanto supo que el pintor Salvator Rosa yacía enfermo en la calle Bergognona, se dispuso a trasladarse al punto junto al paciente.

Salvator yacía sin sentido, con fiebre altísima. La vieja había colgado a la cabecera de la cama dos imágenes de santos y oraba con fervor; las hijas, bañadas en llanto, se esforzaban de cuando en cuando en hacer tragar al enfermo algunas gotas refrigerantes de limonada, que ellas mismas habían preparado, mientras que el hijo, sentado a la cabecera, le secaba el sudor frío de la frente. Había ya amanecido cuando se abrió ruidosamente la puerta y entró el célebre Doctor *Signor Splendiano Accoramboni*.

Si Salvator no hubiese estado enfermo de tanto peligro y la situación no fuese tan dolorosa, creo que las dos mozas, alegres y burlonas como eran, se hubieran echado a reír a carcajadas al ver el extraño aspecto del Doctor, en vez de retirarse tímidas y medrosas en un rincón. Merece la pena que describamos el aspecto del hombrecillo que apareció al amanecer en casa de la *Signora* Caterina en la calle Bergognona. A despecho de todas las disposiciones para tener una elevada talla, el Doctor Splendiano Accoramboni apenas alcanzaba la estatura de cuatro pies. Sin embargo, en sus años juveniles, la proporción de sus miembros era muy elegante y antes de que su cabeza, algo deforme en su origen, hubiese adquirido un inmenso volumen, debido a sus enormes carrillos y a una doble barba prodigiosa, antes de que su nariz se hubiese ensanchado debido a las repetidas tomas de tabaco de España, y antes de que su barriguita hubiese tomado tan desmedida prominencia, debido al abundante pasto de macarrones, el traje de abate que entonces llevaba le sentaba a las mil maravillas. Podíasele muy bien llamar un hermoso hombrecillo, por lo que las damas romanas le llamaban su «*caro puppazetto*», su querido muñequito.

Ahora, realmente, todo había pasado, y un pintor alemán, al ver atravesar la plaza de España al Doctor Splendiano Accoramboni, dijo, no sin razón, que parecía como si un mocetón hubiese dejado caer su cabeza sobre el cuerpo de una marioneta de polichinela, quien se veía después obligado a llevarla continuamente, como cosa propia.

Esta particular y menguada figura iba envuelta en una prodigiosa cantidad de damasco de Venecia, cortado en forma de bata, ceñida bajo el pecho con un ancho cinturón de cuero, del cual colgaba un florete de tres varas, y encima de su peluca blanca como la nieve llevaba puesto un birrete alto, que recordaba al obelisco de la plaza de San Pedro. La susodicha peluca, semejante a una madeja enredada, le caía hasta las posaderas, de modo que podía tomársele por el capullo donde se esconde el gusano de seda.

El célebre Splendiano Accoramboni observó primero con sus grandes y

resplandecientes anteojos al enfermo Salvator, y luego a la *Signora* Caterina, a la cual llamó aparte para decirle:

—Aquí yace —dijo en voz baja— el valioso pintor Salvator Rosa, medio moribundo en vuestra casa, *Signora* Caterina. Dígame usted ¿cuándo ha llegado? ¿Ha traído muchos y hermosos cuadros?

—¡Ah, mi buen doctor! —contestó la señora Caterina—. Esta misma noche ha llegado el pobre, y por lo que respecta a los cuadros, no sé nada; pero abajo hay una gran caja que Salvator, antes de que perdiera el conocimiento, me ha encomendado. Creo que es un hermoso cuadro, que habrá pintado en Nápoles.

La señora Caterina decía una gran mentira, pero luego sabremos qué motivos tenía para engatusar así al Señor Doctor.

—Bien, bien —dijo el Doctor, sonriendo y acariciándose la barba; luego se acercó al enfermo con toda la gravedad que le permitía su largo florete, que tropezaba de continuo con todas las sillas y mesas del aposento, le tomó la mano y le tentó el pulso, en tanto suspiraba y resoplaba, de modo que contrastaba extrañamente con aquel silencio profundo y religioso que guardaban todos los presentes.

Luego enumeró más de ciento veinte enfermedades con sus nombres latinos y griegos, que Salvator no tenía, y luego recitó otras tantas que hubiera podido tener, y terminó diciendo que no podía pronunciarse acerca de la enfermedad de Salvator hasta que no hubiera pasado cierto tiempo y encontrado los remedios adecuados para su curación. Dicho esto se marchó con la misma gravedad con que había venido, dejando a todos inquietos y asustados.

Ya abajo el Doctor pidió que le enseñasen la caja de Salvator. La señora Caterina le enseñó una en la que había metido algunos abrigos usados de su difunto esposo, así como otros tantos zapatos viejos. El Doctor, dando algunos golpecitos en la caja, dijo con satisfacción:

—¡Ya veremos, ya veremos!

Pasadas algunas horas volvió el médico con un hermoso nombre para la enfermedad de Salvator y algunos grandes frascos llenos, de un olor nauseabundo, ordenando que se lo hiciesen tomar al instante al enfermo. Costó mucho trabajo, pues el enfermo mostraba gran aversión y repugnancia hacia aquella medicina, que parecía estar hecha en el Aqueronte. Pero ya fuese que la enfermedad a la que había dado nombre se hacía verdadera y hubiese llegado a su mayor apogeo o que la poción que le había dado Splendiano obrase con violencia en sus entrañas, lo cierto es que el enfermo de día en día y de hora en hora iba empeorando, y a pesar de que el Doctor Splendiano Accoramboni aseguraba que cuando se apaciguasen todas las funciones vitales él daría a la máquina como a un péndulo de un reloj el impulso del movimiento más activo, lo cierto es que todos dudaban del restablecimiento de Salvator y sospechaban que el Doctor quizás había dado tanta fuerza al péndulo que lo había roto enteramente.

Un día que Salvator, al parecer, no podía ni siquiera menearse, acometido de un

fuerte ataque de fiebre, de repente saltó de la cama y apoderándose de los frascos de medicinas los arrojó furioso por la ventana. Al Doctor Splendiano Accoramboni, que precisamente en aquel momento entraba en la casa, le cayeron un par de frascos en la cabeza, que le llenaron abundantemente la peluca, el rostro y la gorguera de un negro contenido. El Doctor entró rápidamente en la casa gritando:

—Sí, el *Signor* Salvator se ha vuelto loco, está delirando, no hay arte que pueda curarle, dentro de diez minutos se morirá. ¡Dadme el cuadro, señora Caterina, dadme el cuadro, es el escaso pago de mis servicios! ¡Dadme el cuadro, he dicho!

Pero cuando la señora Caterina abrió la caja y el Doctor Splendiano vio los viejos abrigos y los zapatos rotos, empezaron a girar sus ojos como un par de ruedas de fuegos artificiales; rechinó los dientes, pataleó y, mandando a todos los diablos al pobre Salvator, a la viuda y a toda la casa, huyó de la habitación a la velocidad de una bala disparada de un cañón.

Salvator, pasado el paroxismo rabioso de la alta fiebre, cayó de nuevo en un estado semejante a la muerte. La señora Caterina llegó a creer que era llegada su hora, así que se apresuró a ir en busca del padre Bonifacio, para que administrara los sacramentos al moribundo. Cuando el padre Bonifacio vio al enfermo, él, que estaba acostumbrado a conocer las características señales que la cercana muerte imprime en el rostro de los hombres, conoció que ninguno de estos síntomas tenía el desmayado Salvator, y que aún había posibilidades de salvación, que iba a poner inmediatamente en práctica, con la sola condición de que el Doctor Splendiano Accoramboni, con todos sus nombres griegos y frascos infernales, no volviera a poner los pies allí. El buen padre emprendió, pues, buen camino, y pronto veremos que cumplió lo que había prometido.

Salvator despertó de su desmayo y tuvo la sensación de que estaba acostado en un bello y oloroso vergel, puesto que encima de su cabeza se entrelazaban ramas y hojas verdes. Sintió que le invadía una especie de calor vital bienhechor; únicamente tenía como entumecido el brazo izquierdo.

—¿Dónde estoy? —exclamó con débil acento.

Entonces un joven de buen parecer, que estaba de pie junto a su cama y en el que hasta entonces no había reparado, se arrojó de rodillas, y cogiéndole de la mano derecha, se la besó y regó con su llanto, exclamando una y otra vez:

—¡Oh, mi buen señor!… ¡Oh, mi gran maestro!… ¡Todo va bien! ¡Ya está usted a salvo! ¡Ya está curado!

—Pero decidme… —repuso Salvator.

Pero el joven le interrumpió, suplicándole que no se fatigase hablando pues se hallaba sumamente débil y le dijo que él le contaría lo que había sucedido.

—Mire —comenzó a decir el joven— mire usted, mi querido maestro, debía de estar usted muy enfermo cuando llegó de Nápoles, pero su situación no era de peligro de muerte y unos remedios sencillos hubieran curado al momento a su naturaleza vigorosa, a no haber sido por la desgraciada ocurrencia de Carlos, que con la mejor

intención del mundo echó a correr a casa del médico más cercano y tuvo usted la desgracia de caer en manos del maldito Doctor Pirámide, que tomó todas las medidas para enterrarle.

—¿Cómo? —exclamó Salvator echándose a reír con todas sus fuerzas a pesar de la debilidad de su estado—. ¿Qué dice usted?… ¿El Doctor Pirámide?… ¡Ja, ja! Aunque mi enfermedad era grave, bien veía a aquel pequeñajo envuelto en damasco, que me condenó a beber aquel infame e infernal brebaje. Llevaba en la cabeza el obelisco de la plaza de San Pedro y seguramente por esto le llamarán el Doctor Pirámide.

—¡Oh, Dios Santo! —dijo el joven riendo también con todas sus fuerzas—. Seguramente el Doctor Splendiano Accoramboni se le habrá presentado con su gorro de dormir, con el cual se le ve brillar todas las mañanas en la ventana de la plaza de España, semejante a un meteoro de mal agüero. Pero no es a causa de su gorro por lo que merece el apelativo de Doctor Pirámide, sino por otra razón muy diferente… El Doctor Splendiano es un gran amante de los cuadros y realmente posee una colección de pinturas muy selecta, que ha logrado de un modo muy simple. Atiende a los pintores enfermos con celo y astucia. Especialmente a los extranjeros, a los que, en cuanto han comido macarrones en demasía o un vaso más de lo conveniente de vino de Siracusa, sabe atraer con sus lazos, les encaja alguna enfermedad a la que da un pomposo nombre y luego los cura.

Como paga por la curación se hace prometer un cuadro, que suele recoger de la herencia del pintor extranjero que ha enterrado ya en la Pirámide de Cestio, ya que sólo algunas naturalezas muy robustas pueden resistir sus poderosos remedios. El *Signor* Splendiano escoge siempre lo mejor de los cuadros del pintor, y no hay que decir que a veces también se lleva otro. El cementerio contiguo a la Pirámide de Cestio es el campo que siembra y cultiva el Doctor Splendiano Accoramboni, y por eso se llama Doctor Pirámide.

La señora Caterina, con la mejor intención, había hecho creer al Doctor que usted había traído a Roma un cuadro muy hermoso, así es que puede imaginarse con qué celo preparaba sus bebidas.

Por suerte, usted en un acceso de fiebre arrojó los frascos a su cabeza y afortunadamente él le abandonó, y todavía fue una suerte más que la señora Caterina fuese a buscar al Padre Bonifacio, creyendo que estaba usted moribundo, para que le administrara los santos sacramentos. El Padre Bonifacio, que sabe algo de medicina, juzgó atinadamente cuál era su estado y vino a buscarme.

—¿Así que también usted es médico? —preguntó Salvator con voz baja y quejumbrosa.

—No —repuso el joven, cubriéndose de rubor su rostro—, no, mi querido y buen maestro, no soy médico como el Doctor Splendiano Accoramboni, sino un cirujano. Creí morir de terror… y también de alegría cuando el Padre Bonifacio me dijo que Salvator Rosa estaba en cama casi moribundo. Me apresuré a venir aquí, le abrí a

usted la vena del brazo izquierdo y se salvó. ¡Le trasladamos a este aposento fresco y ventilado, donde ahora se encuentra! Mire usted en torno suyo, aquí está el caballete que dejó usted al marcharse; allí hay un par de dibujos que la señora Caterina guarda como reliquias. Ya está vencida su enfermedad, gracias a los sencillos medicamentos que le ha preparado el Padre Bonifacio, y gracias a sus buenos cuidados pronto estará repuesto… ¡Y ahora permítame que le bese la mano, esta mano creadora que da vida a los más escondidos secretos de la Naturaleza! Permítame que el pobre Antonio Scacciati demuestre el entusiasmo que desborda de su corazón y dé al cielo ardientes gracias porque le ha permitido salvar la vida al grande, al excelente maestro, al sublime pintor Salvator Rosa.

Nada más decir esto, el joven se postró de rodillas, cogió la mano de Salvator y se la besó, cubriéndola de ardientes lágrimas, como la vez anterior.

—No sé —dijo Salvator tratando trabajosamente de ponerse en pie—, no sé, querido Antonio, qué especial impulso le lleva a demostrarme tanta veneración. Usted, según dice, es un cirujano, y esta profesión parece que se empareja mal con el arte, ¿no es así?

—Cuando se encuentre más repuesto, querido maestro —contestó el joven bajando la vista—, le contaré muchas cosas que ahora abruman mi corazón.

—Hágalo —dijo Salvator— con entera confianza, puede hacerlo porque jamás mirada alguna de hombre me ha hecho tanta impresión como la de usted, ni me pareciese más sincera. Cuanto más le miro, se me hace más evidente que sus rasgos tienen cierta semejanza con los del joven divino… ¡me refiero al Sanzio!

Los ojos de Antonio brillaron centelleantes… y en vano trató de buscar palabras para contestar.

En aquel mismo instante la señora Caterina entró en compañía del Padre Bonifacio, que le presentó a Salvator una bebida perfectamente preparada, que le gustó mucho más al enfermo que el aqueróntico licor del Doctor Pirámide Splendiano Accoramboni.

Antonio Scacciati se ve muy honrado por medio de Salvator
Rosa. Confía los motivos de su continua tristeza a Salvator, que
le consuela y le promete ayuda.

Sucedió lo que había pronosticado Antonio. Los remedios sencillos y saludables del Padre Bonifacio, los atentos cuidados de la buena señora Caterina y de sus hijas, la suave influencia de la primavera naciente, todo contribuyó a que la naturaleza robusta de Salvator se repusiese, y que pronto estuviese dispuesto a ocuparse de su arte, empezando a diseñar algunos valiosos dibujos que luego trasladaría al lienzo.

Antonio no salió, por decirlo así, del cuarto de Salvator, y miraba muy atento cuando éste esbozaba un cuadro, y más de una vez daba su juicio, mostrando que conocía los secretos del arte.

—Escuche usted, Antonio —le dijo un día Salvator—. Entiende usted tanto de arte, que creo que no se ha contentado sólo con mirar con buen juicio, sino que también habrá manejado el pincel.

—Recuerde —dijo Antonio—, recuerde usted, mi querido maestro, que cuando se reponía de aquel profundo desmayo que le había sobrecogido, le hablé de muchos secretos de mi corazón. ¡Ahora ha llegado el momento de que le confíe todo! Pues bien, a pesar de ser Antonio Scacciati el cirujano que os sangró, sin embargo pertenezco enteramente al arte, al que me quiero dedicar sin reserva, dejando de lado este maldito oficio.

—¡Oh! —exclamó Salvator— ¡Oh! Piense, Antonio, lo que va a hacer. Es usted un diestro cirujano, y posiblemente no pasará de ser un pintor mediano, porque, perdóneme, aunque tenga muy pocos años, sin embargo es ya mayor para empuñar el carboncillo, y más cuando la duración de la vida humana no basta para adquirir algunos conocimientos de la verdad, y sobre todo la capacidad de la práctica.

—¡Vaya! —repuso Antonio sonriendo lentamente—. Vaya, mi querido maestro; ¿cómo habría tenido ahora la loca idea de dedicarme al difícil arte de la pintura, si no me hubiera ya dedicado a ella desde mi infancia, si, por un favor del cielo, a pesar de los obstinados esfuerzos de mi padre para apartarme de todo lo que significase, no hubiera estado en la proximidad de famosos maestros? Sepa usted que el gran Aníbal se interesó por el pobre niño abandonado y que con razón me puedo llamar discípulo de Guido Reni.

—Bien —dijo Salvator, un poco seco, como algunas veces solía hacer—, bien, amigo Antonio, ya que ha tenido grandes maestros, no obstante su cirugía, habrá sido

un gran discípulo. Ahora bien, lo que no comprendo es cómo siendo fiel partidario del suave y elegante Guido Reni, al que habrá querido imitar en todas sus obras, como es costumbre en los discípulos, puede hallar atractivo en mis cuadros, y considerarme como un maestro.

Al oír las palabras de Salvator, que tenían un tono zumbón, el rostro del joven se ruborizó.

—Déjeme que pierda toda la timidez que me impide muchas veces hablar, déjeme hablarle francamente tal como se me vaya ocurriendo. Mire, Salvator, nunca he venerado y admirado tanto a un maestro como a usted, Salvator. En sus obras lo que más admiro es la grandeza sobrenatural de sus ideas. Usted descubre los más profundos misterios de la Naturaleza, interpreta los maravillosos jeroglíficos de sus rocas, de sus árboles, de sus cataratas; usted oye sus sagradas voces. Usted entiende su lenguaje y posee la facultad de descubrir lo que le dicen. Sí, descubrir, porque éste es el nombre que debo dar a su pintura atrevida y enérgica. El hombre con sus solos actos no os basta. Usted mira al ser humano sólo en el círculo de la Naturaleza, y como un complemento necesario de la escena y del pensamiento. Por eso, Salvator, es usted grande en sus extraordinarios y adornados paisajes. Para el cuadro histórico, sin embargo, pone límites a su imaginación.

—Eso, Antonio —interrumpió Salvator al joven—, eso dicen los envidiosos pintores de historia, que me abandonan al paisaje como a un único plato para que no les coma su comida. ¿Acaso entiendo yo algo acerca de las figuras y en lo que tiene relación con ellas?… Pero estas ridículas maledicencias…

—No se enoje usted, mi querido maestro —prosiguió Antonio—, yo nunca repito nada a ciegas, y menos aún podré dar crédito a los juicios de nuestros pintores aquí en Roma ¡Quién no admirará el atrevido dibujo, la maravillosa expresión de sus figuras! Fácilmente se ve que usted no trabaja con modelos rígidos o con maniquíes muertos; se nota enseguida que se sirve de usted mismo con modelos vivos, pues cuando usted pinta o dibuja tiene delante del espejo la figura que va a reproducir en el lienzo.

—¡Vaya, Antonio! —exclamó Salvator riéndose—. ¡Supongo que más de una vez habrá usted mirado furtivamente en mi taller, sin saberlo yo, para adivinar tan bien lo que en él pasa!

—Podría ser, ¿no? —respondió Antonio—, pero ¡permítame que siga! Los cuadros que produce su poderoso genio, no quisiera criticarlos mezquinamente, como se esfuerzan en hacer los pedantes pintores. En realidad lo que se suele llamar paisaje no debe aplicarse a sus cuadros históricos en el sentido más profundo. Parece, a veces, como si aquella roca, aquel árbol, como si fuera una figura gigantesca, mirase con severidad, y lo mismo sucede con aquel grupo de hombres, tan extrañamente vestidos, que parecen piedras movedizas y maravillosas; toda la Naturaleza animada por una resonancia armónica proclama la sublime idea de su imaginación ardiente. Así es cómo he contemplado sus cuadros y, gracias a ello, mi admirado y noble maestro, he logrado un profundo conocimiento del arte.

No crea, sin embargo, que caeré en una pueril imitación, tanto más cuanto admiro la libertad y el atrevimiento de su pincel. Confieso que el colorido de la Naturaleza me parece muy diferente al que veo en sus cuadros. Ahora bien, si el discípulo, para ejercitarse en la práctica, debe seguir el estilo de éste o de aquél maestro, así que empiece a andar por sí solo ¡debe esforzarse en pintar la Naturaleza tal como él mismo la concibe!

Esta mirada auténtica, esta unidad consigo mismo, es únicamente lo que puede crear un carácter y algo verdadero. Guido era de esta opinión y el turbulento Preti, al que como sabéis llamaban el Calabrés, un pintor que como ningún otro había profundizado en su arte y siempre me estaba advirtiendo que me apartase de toda imitación servil ¡Ahora, Salvator, ya sabe por qué le honro y le venero sin ser su imitador!

Salvator había tenido constantemente la vista fija en la del joven mientras hablaba, y cuando acabó le estrechó cordialmente contra su pecho.

—Antonio —le dijo— acaba usted de decir palabras muy sabias y profundas. A pesar de ser tan joven, por lo que atañe a la inteligencia del arte, es usted muy superior a nuestros maestros ya viejos y famosos que desbarran sobre su pintura, sin profundizar jamás. En verdad que oyéndole hablar de mis cuadros tengo la sensación de haberme comprendido mejor a mí mismo. Veo que usted cree que para imitar mi género no es suficiente llenar una paleta de colores negros y embadurnar el lienzo de colores chillones o colocar un par de figuras contrahechas de aspecto siniestro sobre la tierra embarrada, y decir que ya con eso tienen un Salvator completo. Usted es digno de todo mi aprecio, y desde este momento tiene usted en mí el más fiel amigo. ¡A usted me entrego con toda mi alma!

No cabía en sí de gozo Antonio al ver que el maestro le demostraba tanto aprecio y amistad. Salvator manifestó vivos deseos de ver las obras de Antonio, quien le guió al momento al taller.

Ciertamente que Salvator esperaba ver obras más que medianas de aquel que tan acertadamente había hablado sobre el arte y que parecía estar inspirado por un genio particular, y sin embargo los magníficos cuadros de Antonio le sorprendieron extraordinariamente. Encontró en todos ellos ideas atrevidas, dibujo correcto y fresco colorido. El gusto que mostraba por los pliegues de los ropajes, la singular elegancia de las extremidades, la suma gracia de las cabezas, todo anunciaba al digno discípulo del gran Reni, y aún más, Antonio huía de los excesos de su maestro, quien acostumbraba muchas veces a sacrificar la expresión a la belleza. Se veía que Antonio aspiraba a alcanzar la energía de Aníbal, sin haberla podido alcanzar. Salvator fue examinando, con gravedad y silencio, uno por uno, todos los cuadros de Antonio, y luego le dijo:

—Oiga usted, Antonio, no puede ser de otro modo. Usted ha nacido verdaderamente para el noble arte de pintar, pues no solamente la Naturaleza le ha dotado del espíritu creador, fuente de inagotables riquezas y que inflama las más

sublimes ideas, sino que también le ha concedido el raro talento de sobrepujar en poco tiempo todas la dificultades de la práctica.

Mentiría, adulándole, si le dijera que ha superado a sus maestros, y que posee la gracia maravillosa de Guido con la energía de Aníbal; pero sí es cierto que sobrepasa usted a nuestros maestros y a los pintores que alardean en la Academia de San Luca, como los Tiarnis, los Gessi, los Sementa, y todos los demás, sin exceptuar a Lafranc, que sólo sabe pintar frescos. Sin embargo, Antonio, ¡yo en su lugar lo pensaría mucho antes de abandonar la lanceta y empuñar los pinceles! Comprendo que resulte raro lo que digo, pero atienda mis razones… Estamos en un mal momento para el arte, o, mejor dicho, creo que el diablo ataca continuamente a nuestros artistas. Ahora bien, si no se halla usted dispuesto a sufrir toda clase de afrentas, porque cuanto mayor sea su arte, más desdenes y desprecios sufrirá, a medida que aumente y se extienda su fama verá que atacan mil maléficos envidiosos, que se agruparán en torno suyo con aire de amigos para perderle a usted mejor, si no se halla usted dispuesto a sufrir todo esto, ¡renuncie usted a la pintura!

¡Recuerde usted la suerte de su maestro, el gran Aníbal, a quien tanto persiguió en Nápoles una infame turba de compañeros en el arte, de modo que no pudo jamás obtener ningún trabajo importante, y que siempre se vio despreciado por todos, lo que le acarreó su prematura muerte!

¿Recuerda usted lo que le sucedió a nuestro Dominichino cuando pintaba la capilla de San Genaro? Aquellos malditos pintores —y por prudencia no nombraré a ninguno, ni siquiera a los bribones Ribera y Belisario— ¿no sedujeron a su criado para que mezclase ceniza en la cal? Así impedían la resistencia de la pared y la pintura no tenía ningún soporte. Medite usted bien todo esto y piense si se halla con suficientes fuerzas para resistir todo esto, pues de lo contrario desmayarían sus fuerzas y, faltándole valor para producir, se perdería también el talento.

—¡Oh, Salvator! —contestó Antonio— casi ya no tengo que temer más desprecios en el arte de la pintura que los que he sufrido en el oficio de cirujano. Usted ha quedado complacido con mis cuadros y usted ha dicho, seguramente bien convencido de ello, que algún día sería capaz de crear algo mejor que muchos de San Luca, y sin embargo éstos son precisamente los que me miran por encima del hombro y dicen despectivos:

—¡Mira ahí el cirujano que quiere ser pintor!

¡Precisamente por eso estoy decidido a abandonar un oficio que cada día aborrezco más! ¡En usted, mi digno maestro, es en quien pongo toda mi esperanza! ¡Sus palabras tienen un gran poder para mí y usted puede con una sola palabra destruir a mis envidiosos enemigos y señalar el lugar que debo ocupar!

—Mucha confianza tiene usted en mí —repuso Salvator—, pero, desde que estamos tan de acuerdo acerca del arte y he visto sus obras, creo que nadie mejor que usted para emprender con más gusto la lucha.

Salvator volvió a examinar los cuadros de Antonio y se quedó parado delante de

uno que representaba a la Magdalena a los pies del Salvador, al que especialmente elogió.

—Veo que no ha seguido, al representar esta Magdalena, el estilo tradicional. La Magdalena de usted no es una joven grave, sino una niña encantadora, tal como la había creado Guido. Tiene un encanto especial su bello semblante; usted lo ha pintado con inspiración, y, si no me equivoco, el original de esta Magdalena vive y se encuentra aquí en Roma. ¡Confiéselo usted, Antonio! ¡Usted está enamorado!

Antonio bajó los ojos y dijo con voz baja y temblorosa:

—¡Nada se oculta a su mirada penetrante, mi querido maestro! Puede ser lo que dice, pero no me riña por ello. Éste es mi cuadro favorito, y lo he guardado todo el tiempo como un sagrado secreto sin que nadie pudiera verlo.

—¿Qué dice usted? —interrumpió Salvator al joven—, ¿ninguno de nuestros pintores ha visto este cuadro?

—Así es —respondió Antonio.

—Pues bien —continuó Salvator, cuyos ojos brillaban de alegría—, si es así, esté usted seguro de que lo vengaré de sus envidiosos y arrogantes enemigos y que le haré obtener el honor que usted merece. Confíeme usted su lienzo, llévemelo en secreto y por la noche a mi casa, que yo me ocuparé de lo demás. ¿Quiere hacerlo?

—De todo corazón —respondió Antonio— y también desearía confiarle los infortunios de mi amor; pero no me atrevo a hacerlo en el mismo día en que nos hemos comunicado nuestros sentimientos artísticos. Más tarde recurriré a sus consejos y le suplicaré que me ayude con sus acciones a lograr mi amor.

—Unos y otros están a disposición de usted aquí y en cualquier lugar, siempre que sea necesario.

Al salir se volvió Salvator y dijo sonriéndose:

—Escuche usted, Antonio, cuando usted me descubrió que era pintor, el recuerdo de su semejanza con Sanzio me impresionó mucho. Me parecía ver ya en usted uno de esos jóvenes locos que tienen algún parecido con éste o aquél maestro y se arreglan la barba y el pelo a su modo y siguen su misma profesión, imitando el estilo, en contra de su propia naturaleza. Ninguno de los dos hemos pronunciado el nombre de Rafael, pero créame usted, ¡en sus cuadros he creído encontrar las huellas evidentes de los pensamientos divinos que las obras del más grande pintor de la época nos han transmitido!

Usted ha comprendido a Rafael, y no me contestaría como Velázquez, quien, preguntándole yo el otro día lo que pensaba de Sanzio, me contestó que Tiziano era el mejor pintor, pues Rafael no comprendía bien el color de la carne. Este pintor español pinta bien las carnes pero no el espíritu, ¡y con todo en San Luca le llevan en palmitas porque un día pintó unas cerezas que los gorriones picotearon!

Llegó el día en que los académicos de San Luca se reunieron en su iglesia para juzgar las obras de los pintores que solicitaban ser admitidos. Allí fue donde Salvator hizo colocar el cuadro de Scacciati. Los pintores involuntariamente se vieron

arrebatados por el vigor y la gracia de aquella pintura, y todos se deshacían en elogios cuando Salvator dijo que había traído aquel cuadro de Nápoles, como legado de un joven pintor muerto recientemente.

Poco tiempo después toda la ciudad de Roma acudía a admirar el lienzo del joven y desconocido pintor difunto.

Todos estuvieron de acuerdo en que desde los tiempos de Guido Reni no se había visto un cuadro que se le pudiese comparar, y aun llegó a tanto el entusiasmo que se consideró a la encantadora Magdalena en grado superior a todas las composiciones que del mismo género hiciera Guido.

Entre la multitud de espectadores que siempre se reunían en torno al cuadro de Scacciati, Salvator reparó un día en un hombre tan singular por su aspecto como por sus extraños gestos. Era ya algo entrado en años, alto, flaco como un huso, de semblante pálido, con una nariz larga y puntiaguda y una barbilla alargada que terminaba en una pequeña y afilada barba, y unos ojos grises y relucientes.

Sobre una espesa peluca rubia llevaba un sombrero muy elevado, adornado con un soberbio plumero; vestía capita morada bordada y con una infinidad de botones relucientes, guantes con costuras y franjas de plata, un largo espadín a la cintura y unas medias grises dibujando los angulosos huesos de las rodillas y ajustada con cintas amarillas iguales a los lazos de sus zapatos.

Esta extraña figura permanecía de pie como extasiada delante del cuadro, se ponía de puntillas, se agachaba, daba brincos hacia atrás y hacia adelante… gemía y suspiraba… y cerraba los ojos con tal violencia que se le saltaban las lágrimas, y luego los abría tanto para contemplar inmóvil la encantadora Magdalena, mientras murmuraba con acento claro y lánguido como la voz de un eunuco:

—¡*Ah, carissima… beneditissima… ah, Marianna… Mariannina… bellísima*!, etc.

Salvator, curioso en extremo de tales figuras, se aproximó al viejo y trató de trabar conversación con él acerca del cuadro que tanto le entusiasmaba. Haciendo caso omiso de Salvator, el viejo empezó por maldecir su pobreza, que no le permitía comprar un cuadro por el cual daría un millón para guardarlo lejos de las miradas satánicas que pudieran contemplarlo. Luego brincó de nuevo a derecha y a izquierda y dio las gracias a la Virgen y a todos los santos por haber fallecido el infame pintor autor de aquel celestial cuadro que excitaba su desesperación y su rabia.

Salvator dedujo que el hombre debía estar loco o que era un desconocido académico de San Luca.

Toda la ciudad de Roma se ocupaba del maravilloso cuadro de Scacciati; no se hablaba de otra cosa y esto por sí solo podía bastar para demostrar la excelencia de la obra. Como de nuevo los pintores se reunieran en la Iglesia de San Luca para votar acerca de la recepción de nuevos candidatos, Salvator Rosa preguntó de improviso si el pintor autor de la Magdalena a los pies del Salvador habría sido digno de ser admitido en la Academia.

Todos los pintores, hasta el mismo caballero Josepini, que era crítico sobremanera, acordaron unánimes que un maestro de tanto mérito honraría a la Academia, y con graves y altisonantes discursos, deploraron su muerte, por la que en el fondo daban gracias al cielo como aquel viejo loco. Y llegaron tan lejos en su entusiasmo que decidieron hacer académico en la tumba al joven arrebatado al arte prematuramente por la muerte y hacer celebrar misas en la Iglesia de San Luca por la salvación de su alma. Y rogaron a Salvator que les dijese exactamente los nombres, edad y patria del difunto. Entonces Salvator, levantándose, dijo en voz alta:

—¡Vamos, señores, el honor que ustedes quieren conceder a un muerto ya sepultado, es mejor que lo apliquen a un vivo que anda entre ustedes! Sepan que la Magdalena a los pies del Salvador, el cuadro que con mucha justicia han proclamado como superior a todo cuanto se ha producido en estos últimos tiempos, no es obra de un pintor napolitano muerto, como fingí para que vuestro juicio fuese más libre…, aquel cuadro, esa obra maestra que Roma admira, ¡es obra de Antonio Scacciati, el cirujano!

Los pintores miraban a Salvator mudos y aterrados, como si les hubiera herido un rayo. Aquél, después de haberse regocijado un buen rato con su desconcierto, continuó diciendo:

—Señores, ustedes no quisieron al pobre Antonio porque era cirujano, y yo, por el contrario, he juzgado que un cirujano sería muy útil en la digna Academia de San Luca, ¡aunque no fuera más que para componer los miembros de las figuras estropeadas que algunas veces salen de los talleres de algunos de sus pintores! Ahora, pues, no retarden ustedes el hacer lo que deberían haber hecho hace mucho tiempo, admitir al diestro pintor Antonio Scacciati en la Academia de San Luca.

Los académicos se tragaron la amarga píldora que les diera Salvator, mostraron gran contento de que Antonio hubiese mostrado tanto talento y le nombraron con mucha ceremonia miembro de la Academia.

Apenas se supo en Roma que Antonio era el autor del maravilloso cuadro, que le llegaron de todas partes elogios y ofertas y la ejecución de importantes trabajos. Así fue como el joven, por la diestra habilidad de Salvator, se vio de repente sacado de su obscuridad y llegado a los mayores honores, ya en el comienzo de su carrera artística.

Antonio estaba en la cumbre de la felicidad y de la delicia. De ahí que Salvator se quedase asombrado cuando unos días después el joven se presentase en su casa, triste, pálido y desfigurado, rabioso y desesperado.

—¡Ah, Salvator! —dijo Antonio—. ¿De qué me sirve que me haya ensalzado tanto, más de lo que podía suponer, siendo objeto de alabanzas y honores, y de tener ante mí la perspectiva de la más deliciosa existencia de artista, ya que soy infinitamente desgraciado, cuando precisamente el cuadro al que debo, después de usted, mi querido maestro, la victoria, es el que ha decidido irrevocablemente mi desgracia?

—¡Calle! —respondió Salvator— ¡no eche usted la culpa al arte y a su cuadro!

No creo en absoluto en ese espantoso infortunio que tan asustado le tiene. Usted está enamorado y si los asuntos no marchan como usted desearía, ya marcharán. Los enamorados son como los niños que lloran y se lamentan en cuanto se les tocan sus muñecas.

Deje usted de lamentarse, que no puedo soportarlo. Siéntese usted y cuénteme tranquilamente en qué estado están sus relaciones con su encantadora Magdalena, la historia de sus amores, y dígame dónde está la piedra en la que tropieza, pues la quitaremos, cuente con mi ayuda. Cuanto más arriesgadas sean las acciones que tengamos que emprender, tanto más me complaceré en ellas. En realidad, la sangre vuelve a hervir en mis venas y la larga dieta que he pasado me estimula a emprender alguna loca aventura. Vamos, Antonio, empiece usted a contar, pero con tranquilidad y sosiego, sin decir ¡Oh! y ¡Ay, dolor! y ¡Ay de mí!

Antonio se sentó en la silla que le señaló Salvator, junto a su caballete, en el que trabajaba, y empezó de esta manera:

—En la calle de Ripetta, en la casa alta, cuyo gran balcón saliente se ve después de haber pasado la Porta del Popolo, vive el más extravagante personaje que habita en Roma. ¡Un viejo solterón que posee todos los males de su estado, pues es vanidoso, avaro y presumido, haciéndose el jovenzuelo enamoradizo! Es alto, flaco como una estaca, va vestido con un abigarrado traje español, lleva peluca rubia, sombrero puntiagudo, guantes bordados y espada al cinto…

—¡Alto, alto ahí! —exclamó Salvator interrumpiendo al joven—; ¡permitidme unos momentos, Antonio!

Y mientras hablaba, dio la vuelta al cuadro que en aquel momento estaba pintando, y con el carboncillo en la mano pintó en el reverso con cuatro trazos al extraño y viejo hombrecillo, que tan ridículamente se había comportado contemplando el cuadro de Antonio.

—¡Válgame Dios! —exclamó Antonio, saltando de su silla y riéndose con todas las fuerzas que le permitía su desesperación—. ¡Válgame Dios! Pero si es el *Signor* Pasquale Capuzzi, de quien acabo de hablar. ¡Vedle ahí en carne y hueso!

—Ya ve usted —dijo Salvator tranquilamente— que conozco al sujeto que probablemente será su malicioso rival; pero prosiga usted.

—El *Signor* Pasquale Capuzzi —prosiguió Antonio— es muy rico y, como ya dije anteriormente, un asqueroso avaro y un completo majadero. Lo mejor que tiene es que ama las artes, especialmente la música y la pintura; pero es tan extravagante en sus gustos, que ni aun en esto se le puede contentar. Se cree el mejor compositor del mundo y, como cantor, la capilla papal no posee quien le iguale. Ésta es la razón por la que mira por encima del hombro al anciano Frescobaldi, y cuando los romanos se extasían con el mágico prestigio de la voz de Ceccarelli, dice que Ceccarelli entiende tanto de canto como una bota de montar, y que únicamente él, Capuzzi, posee el arte de hechizar a la gente. Así es que, como el primer cantor del Papa lleva el título de Odoardo Ceccarellli di Merania, le gusta mucho a nuestro Capuzzi cuando se le llama

Signor Pasquale Capuzzi di Senigaglia. Pues en Senigaglia, al decir de la gente, dentro de una barquilla de pesca, le dio a luz su madre, aterrada al ver en la superficie del agua una foca, y éste será, sin duda el motivo por el que tendrá tanta analogía con este animal.

En sus años juveniles logró que le pusiesen en escena una ópera que fue horriblemente silbada, lo que, sin embargo, no bastó para curarle de su furia por escribir detestable música; y hasta llegó a jurar, cuando oyó la ópera de Francesco Cavalli *Le Nozze di Teti e di Peleo*, que el maestro de capilla le había robado las más sublimes ideas de sus inmortales obras, lo que le ha valido algunos palos y hasta cuchilladas.

Tiene también la manía de cantar arias, y con este objeto atormentar a una pobre guitarra, que suspira y gime en concordancia con sus horribles aullidos. Su fiel Pílades es un pobre eunuco, medio enano, y a quien en Roma llaman Pitichinaccio. A estos personajes se junta… ¿Quién diría usted? Pues nada menos que el Doctor Pirámide, que emite unos sonidos como los de un asno melancólico, y sin embargo se cree que canta como un excelente bajo que puede desafiar a Martinelli en la capilla pontifical. Estos sobresalientes cantantes se reúnen todas las noches, se colocan en el balcón y cantan los motetes de Carissimi, de modo que todos los perros y gatos de la vecindad estallan en un griterío lastimero, y los hombres maldicen el infernal trío y lo mandan a todos los diablos.

En casa de este loco *Signor* Pasquale Capuzzi, a quien ya conocéis por mi descripción, tenía mi padre entrada libre porque le arreglaba la peluca y la barba. Cuando mi padre murió ocupé yo su plaza y Capuzzi estaba muy satisfecho con mis servicios, bien porque mejor que nadie le retorcía sus bigotes, bien porque me contentase con unos miserables *quattrinis* que me daba como salario por mi trabajo. Él, sin embargo, pensaba recompensarme magníficamente porque cada vez que le arreglaba la barba no dejaba de cantarme un aria de sus composiciones, destrozándome los oídos, aunque me divertía mucho ver sus locas contorsiones, motivo por el cual siempre volvía a acudir.

Un día subo tranquilo a casa de mi parroquiano, llamo, entro, abren… y sale a mi encuentro una joven… ¡un ángel de luz!… ¡Ya conocéis a mi Magdalena… era ella! Me quedé parado, como clavado en el suelo. ¡No se preocupe Salvator! No diré ningún ¡Oh! y ¡Ay! Diré únicamente que nada más ver aquella maravillosa criatura me sentí abrasado del amor más vivo y apasionado. El viejo, sonriéndose, me dijo que la joven era hija de su hermano Pedro, muerto en Senigaglia, que se llamaba Marianna, y que no tenía madre ni hermanos; en calidad de tío y de tutor él la había recogido en su casa. Ya puede usted suponer que desde aquel día la casa de Capuzzi fue para mí un paraíso. Sin embargo, a pesar de haberme valido de mil medios, jamás logré ver a solas un instante a Marianna. Pero sus miradas y algunos suspiros ahogados y algún apretón de manos no me dejaron dudar de mi dicha.

El viejo penetró mi secreto, lo que no era difícil. Me dijo que no le gustaba nada

mi conducta respecto a su sobrina y me preguntó qué deseaba. Le confesé francamente que amaba a Marianna con toda mi alma, y que mi mayor dicha sería unirme a ella. Dicho esto, Capuzzi me miró de arriba a abajo, soltó una irónica carcajada y declaró que jamás hubiera creído que tan altas miras cupieran en la cabeza de un pobre rapabarbas.

La cólera estuvo a punto de ahogarme y le dije que ya sabía quién era yo, no un pobre rapabarbas, sino un hábil cirujano y que, además, en el arte de la pintura era un discípulo fiel del gran Aníbal Caracci y del incomparable Guido Reni. El infame Capuzzi me contestó con otra carcajada más fuerte, diciendo con abominable falsete:

—Oiga, mi buen rapabarbas, mi diestro *Signor* Cirujano, mi maravilloso Aníbal Caracci, mi dorado Guido Reni, ¡salga usted de aquí por todos los diablos y que no le vuelva a ver más poner aquí los pies!

En diciendo esto, el viejo loco, rompedor de piernas, me agarró con intención de abrir la puerta y arrojarme escaleras abajo. ¡No! Esto era demasiado. Furioso, cogí a mi vez al viejo loco y le tiré al suelo, donde empezó a patalear; corrí escaleras abajo y atravesé la puerta, que quedó definitivamente cerrada para mí.

En ese estado estaban las cosas cuando usted llegó a Roma y cuando el cielo hizo que el buen padre Bonifacio me condujese a su presencia. Ahora, desde que, merced a su habilidad, he sido admitido en la Academia de San Luca, lo que en vano había ambicionado hasta ahora, desde que la ciudad de Roma me llena de elogios y honores, me he dirigido al viejo tutor y he aparecido de repente en su cuarto como un espectro amenazador. Tal fue el efecto que produjo en él, que retrocedió al verme, pálido como un difunto, y, temblando en todos sus miembros, fue a esconderse detrás de una gran mesa.

Con acento firme y sereno, le dije que yo no era un rapabarbas, y un cirujano, sino un pintor célebre y académico de San Luca, de nombre Antonio Scacciatti, a quien, sin duda, no negaría la mano de su sobrina Marianna. Tendría que haber visto la rabia que se apoderó del viejo. Aullaba y se retorcía los brazos como si estuviera poseído del diablo; gritaba que yo atentaba contra su vida, que era un asesino sin escrúpulos, que le había robado a su Marianna copiándola en un cuadro, que ahora para desesperación y suplicio se mostraba a las miradas profanas y ávidas de todo el mundo, … su Marianna, …su vida, …su esperanza… Pero que tuviera buen cuidado porque pondría fuego a mi casa para quemarme junto a mi cuadro.

Luego se puso a vociferar con gran violencia, gritando:

—¡Fuego! ¡Asesino! ¡Ladrones! ¡Socorro!

Me apresuré a salir corriendo de la casa. El viejo loco Capuzzi está perdidamente enamorado de su sobrina, la persigue, y no cesará hasta lograr la dispensa para forzarla a contraer el enlace monstruoso. Toda esperanza está perdida.

—Yo no lo creo así —dijo Salvator riéndose—. Creo, más bien, que sus cosas van por buen camino. Marianna le ama a usted; de eso está convencido y ya no se trata más que de robársela al viejo y loco Pasquale Capuzzi. Para esto me digo: ¿qué no

harán dos jóvenes como nosotros, emprendedores y diestros? ¡Animo, Antonio! En vez de gemir y lamentarse, enfermo de amor, y desmayarse, vale más ponerse a pensar activamente en la salvación de Marianna. Ya verá usted, Antonio, como nos la vamos a llevar en las mismas narices del viejo majadero. ¡No hay locura que no se deba hacer para semejantes empresas! Pero al mismo tiempo voy a tomar informes de Pasquale Capuzzi y de su modo de vida. No debe usted dejarse ver, así es que permanezca en su casa y venga a verme mañana muy temprano para combinar el plan del primer ataque.

Mientras decía esto, Salvator limpiaba los pinceles, luego se echó su capa y se apresuró hacia el Corso, mientras que Antonio, muy consolado y con un suave rayo de esperanza en el pecho, regresó hacia su casa tal como se lo había aconsejado Salvator.

El *Signor* Pasquale Capuzzi hace su aparición en la habitación de Salvator Rosa. Lo que sucedió entonces. Diestra operación de Rosa y Scacciati conduce a buen fin.

Antonio se asombró no poco cuando al otro día por la mañana Salvator le describió minuciosamente el género de vida de Capuzzi, que ya había investigado.

—La pobre Marianna —dijo Salvator— se ve ahora horriblemente atormentada por este viejo loco. Él suspira y hace de enamorado el día entero, y, lo que es peor, para ganar su corazón, le canta todas las arias imaginables de amor, que él ha compuesto o supone haber compuesto. Además de esto, está locamente celoso, hasta tal punto que no permite que la pobre niña sea servida por una criada por temor de las intrigas amorosas a que podría prestarse la sirvienta. En vez de ella se le presenta todas las mañanas y todas las tardes un pequeño monstruo horrible, de ojos hundidos y mejillas marchitas y pálidas, que desempeña el papel de sirvienta ante la encantadora Marianna, y este fantasma no es otro que el enano Pitichinaccio, que se ve obligado para este menester a vestirse de mujer. Si Capuzzi sale, cierra cuidadosamente todas las puertas y además manda hacer guardia a un maldito mozo, que en otro tiempo fue un bravo, alistado entre los esbirros, y que ahora vive en el sótano de la casa de Capuzzi. Entrar en la vivienda, por ahora me parece imposible, pero, sin embargo, querido Antonio, le prometo a usted que mañana por la noche se introducirá usted en el cuarto de Capuzzi y podrá ver a su Marianna, aunque esta vez será en presencia de Capuzzi…

—¿Qué dice usted? —exclamó Antonio entusiasmado—, ¿qué dice usted, Salvator, que mañana por la noche veré realizarse lo que ahora me parece imposible?

—Calma —continuó diciendo Salvator—, calma, Antonio, meditemos con sosiego los medios de ejecutar el plan que he trazado. En primer lugar es preciso que sepa usted que estoy en relación directa con el *Signor* Pasquale Capuzzi, sin haberlo sabido antes. Aquella miserable espineta que está allí tirada en aquel rincón pertenece al viejo, y por ella debo pagarle el exorbitante precio de diez ducados.

Cuando empecé a curarme, deseé oír música, que es mi diversión y consuelo favorito, y le pedí a mi anfitriona que me procurase un instrumento como esta espineta. La señora Caterina me dijo que en la calle de Ripetta vivía un viejo caballero que deseaba vender una hermosa espineta. Me enviaron el instrumento. No me informé ni del precio ni del dueño. Sólo ayer por la mañana me enteré por casualidad de que ésta era del señor Pasquale Capuzzi. La señora Caterina se había

dirigido a un conocido que vive en casa de Capuzzi y en el mismo piso, ¡por lo que podéis deducir de dónde me han venido todas estas buenas noticias!

—¡Muy bien! —exclamó Antonio—, ya tenemos abierto el camino, su anfitriona…

—Me imagino —le interrumpió Salvator—, lo que va a decir, Antonio; cree que la señora Caterina le dará paso para ver a su Marianna. Pero no es así, la señora Caterina es muy habladora e incapaz de guardar el menor secreto, y en nuestro asunto no nos sirve.

Escuche usted con atención; cada noche, cuando el eunuco ha concluido su oficio de sirvienta, el *Signor* Pasquale Capuzzi lo lleva en brazos a su casa, con riesgo de sudar sangre y de que se le rompan las piernas, pues a semejante hora el medroso Pitichinaccio no pondría los pies en el suelo. Así, mientras que…

En aquel instante llamaron a la puerta de Salvator, y con gran asombro de ambos entró el *Signor* Pasquale Capuzzi, en toda su magnificencia.

No bien miró a Scacciati se quedó paralizado, abrió desmesuradamente los ojos, jadeando como si le faltase la respiración.

Entonces Salvator, apresurándose hacia él, tomándole las dos manos, exclamó:

—¡Oh, mi digno *Signor* Pasquale, qué honrado se siente con su presencia este miserable taller! ¡Seguramente es su amor al arte lo que le conduce hasta aquí! ¿Querrá usted ver mis obras más recientes, tal vez encargarme alguna? Hable usted, mi buen *Signor* Pasquale, ¿en qué puedo servirle?

—¡Quisiera hablar con usted —tartamudeó Capuzzi—, mi buen *Signor* Salvator! Pero a solas, cuando estéis a solas. Permitidme, pues, que me retire y ya volveré en ocasión más oportuna.

—Nada de eso —dijo Salvator deteniéndole con fuerza—. No se irá usted.. No podía usted llegar en mejor ocasión, porque tan insigne partidario del noble arte de la pintura como es usted, un amigo de los artistas distinguidos, tendrá no poca alegría si le presento al primer pintor de nuestra época, Antonio Scacciati, cuyo maravilloso cuadro de la Magdalena a los pies del Salvador ha excitado en toda Roma la admiración y el entusiasmo. Estoy seguro de que usted mismo estará deseando conocer al autor de aquella obra maestra.

Un violento temblor se apoderó del anciano, el estremecimiento de la fiebre le helaba, y lanzaba sus miradas inflamadas de cólera contra el pobre Antonio. Sin embargo, éste se acercó al anciano, le saludó con amabilidad y dijo que se sentía feliz por hallarse en relaciones con el *Signor* Capuzzi, a cuya protección se encomendaba y cuyos raros conocimientos, tanto en pintura como en música, eran ya conocidos no sólo en Roma sino en toda Italia.

El que Antonio se comportase como si le viera por primera vez y le dirigiese palabras tan lisonjeras tranquilizó inmediatamente al viejo. Hizo un esfuerzo por sonreír, se atusó el bigote cuando Salvator le dejó las manos libres, tartamudeó algunas palabras ininteligibles y se dirigió a Salvator para tratar de la cuestión del

pago de los diez escudos de la espineta vendida.

—¡Mi buen señor —respondió Salvator—, luego arreglaremos esta pequeñez! Pero antes permítame que le enseñe este cuadro que acabo de esbozar, y además un vaso de noble vino de Siracusa.

A continuación Salvator puso el esbozo de su cuadro en el caballete, le acercó una silla al anciano y le presentó una copa grande y soberbia en la que lucía el noble vino de Siracusa.

El viejo bebió gustosamente un vaso de buen vino ya que no tenía que pagar por él, y además con la esperanza de cobrar diez ducados por una espineta estropeada y mala; sentado, en fin, ante un cuadro soberbiamente escogido y cuya maravillosa belleza sabía muy bien apreciar, parecía encontrarse muy a gusto. Manifestó su contento con una graciosa sonrisa, medio cerrando sus ojillos, y, acariciándose la barba y el bigote, murmuró:

—¡Delicioso, exquisito! —sin que se pudiese adivinar si lo que le extasiaba era el vino o el cuadro.

Así que Salvator vio al viejo tan contento, le dijo de repente:

—A propósito, mi buen señor, me han dicho que tiene usted una sobrina hermosísima, llamada Marianna, ¿no? Y que todos los jóvenes de Roma se apresuran a ir corriendo a la calle de Ripetta y rivalizan y casi se rompen el cuello a fuerza de tanto mirar a los balcones de su casa, para ver a la bella Marianna y ser objeto de una mirada de sus ojos celestiales.

Al momento desapareció del rostro del viejo la amable sonrisa y la alegría que le había prestado el vino. Con la vista fija, dijo con voz sombría y alterada:

—¡Ahí puede verse la corrupción de esta juventud licenciosa! Sus miradas satánicas se dirigen a las doncellas, infames seductores; ¡le aseguro, mi buen señor, que mi sobrina Marianna es una niña, una tierna niña, apenas separada de su ama!

Salvator habló de otras cosas y el viejo se tranquilizó. Pero en el momento en que sus facciones volvían a denotar calma y cuando ya estaba sosegado e iba ya por segunda vez a llevarse el vaso a sus labios, Salvator dijo:

—Dígame, mi buen *Signor*, esta sobrina de dieciséis años, la bella Marianna, ¿tiene en efecto, el cabello castaño y la mirada angelical y radiante como la celestial Magdalena de Antonio? Eso dicen todos.

—No lo sé —repuso el viejo con un tono más agrio que antes—, no lo sé, pero dejemos de hablar de mi sobrina. ¿Es que acaso no tenemos otro tema más interesante de conversación en el noble arte con que está trabajado este cuadro?

Sin embargo, Salvator, cada vez que el viejo se disponía a llevarse la copa a los labios, comenzaba a hablarle de la bella Marianna, hasta que finalmente saltó furioso de la silla, tiró la copa sobre la mesa con tanta violencia que, por poco, la rompe, y gritó con voz chillona:

—¡Por el negro e infernal Plutón, por todas las furias, que se me vuelva veneno este vino! ¡Ya, ya veo que está de acuerdo con este bueno de *Signor* Antonio para

burlarse de mí! Pero les va a costar caro. ¡Págueme usted inmediatamente los diez ducados que me debe y quédese con todos los diablos con su camarada el Rapabarbas Antonio!

Salvator le gritó, poseído del mayor furor:

—¿Cómo? ¿Y se atreve usted a tratarme así en mi casa?

¿Yo, tener que pagar diez ducados por esta caja podrida, que los gusanos han roído hasta los huesos, dejándola sin tono alguno? Ni diez ducados, ni cinco…, ni tres…, ni un solo ducado vale su espineta…, ni siquiera un *quattrino*. ¡Fuera con esta cosa desvencijada!

Y en diciendo esto Salvator daba puntapiés a la espineta, cuyas cuerdas resonaban dando quejidos.

—¡Ah! —rechinó entre dientes Capuzzi— aún hay leyes en Roma, ¡a la cárcel, a la cárcel! Yo le haré meter en lo más lóbrego del calabozo —y como un torbellino trató de salir apresuradamente por la puerta.

Salvator le cogió con ambos brazos, le sentó en un sillón y con voz cariñosa le dijo al oído:

—¡Oh, mi querido *Signor* Pasquale!, ¿no se da usted cuenta de que estoy bromeando? Voy a darle a usted no diez, sino treinta ducados por su espineta.

Y volvió a repetir: «Treinta ducados bien contados», hasta que Capuzzi acabó por decir con voz desfallecida:

—¿Qué está usted diciendo, mi buen señor? ¿Treinta ducados por la espineta y sin repararla?

Entonces Salvator aseguró al viejo que su espineta dentro de una hora valdría treinta o cuarenta ducados y que el *Signor* Pasquale podría cobrarlos siempre que quisiera.

El viejo lanzó un suspiro y, recobrándose, murmuró:

—¿Treinta ducados…, cuarenta ducados?

Y luego añadió:

—¡Pero que conste que me ha enfadado mucho, *Signor* Salvator!

—Treinta ducados —repitió Salvator—, treinta ducados, treinta ducados —mientras el viejo permanecía enojado, hasta que el viejo dijo, por fin, satisfecho:

—Mi buen señor, si recibo por mi espineta treinta o cuarenta ducados, ¡todo quedará olvidado y perdonado!

—Sin embargo, antes de cumplir mi promesa —comenzó a decir Salvator—, tengo que imponer a usted una condición, que usted, *Signor* Pasquale Capuzzi di Senigaglia, podrá fácilmente cumplir. Usted es el mejor compositor de Italia y además el cantor más perfecto que existe. Extasiado oí la gran escena de la ópera de *Le nozze di Teti e Peleo*, que el infame Francesco Cavalli le robó a usted tan descaradamente, dando el trabajo por suyo. Si mientras me ocupo en recomponer la espineta, se dignase usted cantar el aria, no podría hacer nada que me diese más gusto.

El viejo torció la boca con la expresión de la sonrisa más dulce y dijo, guiñando sus grises ojillos:

—Bien se conoce que usted es un excelente músico, mi buen *Signor*, pues tenéis gusto y sabéis apreciar mejor el talento que estos desagradecidos romanos. ¡Escuche, escuche usted el aria de las arias!

En diciendo esto, el viejo se puso de puntillas, extendió los brazos, cerró los ojos, pareciéndose a un gallo que va a cantar, y luego se puso a chillar con tal fuerza que las paredes resonaban, de modo que apareció al instante la señora Caterina con sus dos hijas, persuadida de que aquellos horribles gritos anunciaban alguna desgracia…

Asombradas, permanecieron en el umbral viendo al viejo dando gritos, y así formaron el público ante el increíble virtuoso Capuzzi.

Entretanto Salvator había recogido la espineta, le quitó la tapa, tomó la paleta en la mano y con mano segura, dando rápidas pinceladas sobre la tabla de la espineta, pintó la más maravillosa pintura que pueda imaginarse. La idea principal era la escena de la ópera de Cavalli *Le nozze di Teti*, pero a través de esta escena, con aspecto enteramente fantástico, había una multitud de personajes. Entre ellos estaban Capuzzi, Antonio, Marianna fielmente retratada en el cuadro de Antonio, Salvator, la señora Caterina y sus dos hijas, perfectamente semejantes, sin exceptuar al Doctor Pirámide, y todo estaba tan razonablemente y artísticamente concebido que Antonio se quedó extasiado al ver tanta imaginación y habilidad.

El viejo no se limitó a la escena que Salvator quería escuchar, sino que cantó, o mejor dicho, se desgañitó. Sin cesar, transportado por su frenesí musical, cantaba una endiablada aria tras otra, intercalando espantosos recitativos. Esto debió durar unas dos horas, al cabo de las cuales cayó en un sillón sin aliento y amoratado el rostro. En aquel mismo instante había concluido Salvator su croquis y dado tanta vida a sus figuras que, a cierta distancia, parecía un cuadro del todo acabado.

—¡He cumplido mi palabra, y aquí está la espineta, mi buen *Signor* Pasquale! —dijo Salvator suavemente al oído del viejo.

Éste volvió en sí, como de un profundo sueño, mirando hacia arriba. Al momento se fijó en la pintada espineta, que tenía justamente enfrente. Abrió los ojos desmesuradamente, como si viera un milagro, se encasquetó el sombrero puntiagudo sobre la peluca, tomó bajo el brazo el palo y dando un salto cogió la espineta, arrancó la tapa de las charnelas, la levantó en alto por encima de su cabeza y echó a correr como un endemoniado, bajó las escaleras de cuatro en cuatro y se fue huyendo de la casa, mientras la señora Caterina y sus dos hijas se reían a carcajada limpia.

—El viejo avaro —dijo Salvator— sabe que no tiene más que llevar la tapa al Conde Colonna o a mi amigo Rossi para recibir a cambio cuarenta ducados o tal vez más.

Los dos pintores, Salvator y Antonio, se pusieron de acuerdo para el plan de ataque que ejecutaron para la noche siguiente. Pronto sabremos lo que emprendieron estos dos campeones y el éxito de su tentativa.

Llegada la noche, el *Signor* Pasquale, después de haber cerrado con llaves y cerrojo su vivienda, llevó, como de costumbre, al monstruoso eunuco a su casa. El enano maullaba y murmuraba durante todo el camino, quejándose de que a Capuzzi no le bastaba que se volviese tísico, a fuerza de cantar sus arias y de quemarse las manos de tanto cocer macarrones, sino que, además, lo empleaba en un servicio que sólo le valía puntapiés y violentos bofetones que le daba Marianna cada vez que intentaba acercarse a ella.

El viejo le consolaba lo mejor que podía, prometiéndole proveerlo mejor de azúcar, y como el enano no dejaba de quejarse, le dijo que le haría un pequeño traje de abate de un viejo vestido de felpa negra, que más de una vez había mirado con ávidos ojos. El enano exigió, además, una peluca y una espada. Discutiendo acerca de esta última petición llegaron a la calle Bergognona, en la que justamente vivía Pitichinaccio, y cuatro casas más allá estaba la vivienda de Salvator.

El viejo depositó con precaución al enano en el suelo, abrió la puerta y ambos subieron por la tortuosa y estrecha escalera parecida a la de un pobre gallinero. Pero apenas habían llegado a la mitad del primer tramo, que se oyó un estrépito horrible y la voz ronca de un borracho que invocaba a todos los diablos del infierno pidiendo que le indicasen la salida de aquella casa.

Pitichinaccio se pegó a la pared y en nombre de todos los santos suplicó a Capuzzi que siguiera avanzando. Pero, apenas Capuzzi había subido dos escalones, que el hombre que estaba en lo alto de la escalera cayó rodando, y arrastró como un torbellino a Capuzzi, que, atravesando la puerta, fue a parar en medio de la calle. Allí quedaron tendidos, Capuzzi debajo y el borracho encima, como si fuera un saco. Capuzzi gritaba con voz lastimera pidiendo auxilio.

Como pasaran por allí dos hombres, a duras penas pudieron liberar al *Signor* Pasquale de su peso; cuando lo pusieron de pie, el borracho se alejó tambaleándose y blasfemando.

—¡Jesús, *Signor* Pasquale!, ¿qué le ha sucedido? ¿Cómo es que sé encuentra en mitad de la calle a estas horas de la noche? ¿Ha sucedido alguna desgracia en vuestra casa?

Éstas eran las preguntas de Antonio y Salvator, pues no eran otros los dos hombres.

—¡Ha llegado mi última hora! —suspiraba Capuzzi—. Este demonio infernal me ha roto todos los miembros, y ni siquiera puedo moverme.

—¡Veamos, veamos! —dijo Antonio palpándole el cuerpo al viejo, y de repente le punzó con tanta fuerza en la pierna derecha que Capuzzi lanzó un grito.

—¡Válgame Dios! —gritó Antonio asustado—. ¡Válgame Dios! Mi buen *Signor* Pasquale, se ha roto la pierna derecha por el lugar más delicado. Si no se le cura pronto, corre usted peligro de muerte o se quedará inválido para siempre.

Capuzzi dejó oír un desesperado gemido. —Tranquilícese usted, mi buen señor —le dijo Antonio—, aunque en la actualidad sea pintor, no he olvidado mi antigua

profesión de cirujano. Vamos a trasladarle a la vivienda de Salvator y yo le vendaré inmediatamente.

—Mi buen señor Antonio —gemía Capuzzi—, usted me quiere mal, bien lo sé.

—¡Vaya! —le interrumpió Salvator—. Ahora no se trata más de enemistades, está en peligro y eso basta para que el buen Antonio despliegue todos los recursos de su arte para curarle. ¡Eche usted aquí una mano, amigo Antonio!

Entre los dos levantaron al viejo, que gritaba quejándose de los indecibles dolores que le causaba el pie roto, y lo llevaron con sumo cuidado a casa de Salvator.

La señora Caterina dijo que ya había presentido alguna desgracia y que por eso no se había acostado. Cuando vio al viejo y supo lo que le había sucedido, le reprochó su modo de vivir y obrar.

—¡Oh, *Signor* Pasquale, sé muy bien a quien llevaba usted a su casa! Usted cree que por tener en casa a su sobrina ya se puede usted pasar sin una criada de nuestro sexo, y abusa usted vergonzosamente, injuriando al Padre Eterno, de ese pobre Pitichinaccio, al que viste de camarera. Pero sepa usted que: *ogni carne ha il suo osso*, cada carne tiene su hueso, cada oveja con su pareja. Si quiere tener una doncella en su casa es preciso que se sirva de mujeres ¡*Fate il passo secondo la gamba*, conforme el caudal, el gasto! No pida usted a Marianna lo imposible, no la tenga usted encerrada como en una cárcel, *asino punto convien che trotti*, quien va de viaje, caminar debe; tiene usted una sobrina muy hermosa y debe usted conformar a ella su modo de vivir, o sea hacer lo que ella quiera; pero es usted un hombre testarudo y poco galante y, aún más, está usted enamorado y celoso, a pesar de su edad.

Perdone usted que le haya dicho todo esto, pero: *chi ha nel petto fiele, non puo sputar miele*, la boca dice lo que rebosa el corazón, habiendo en el pecho hiel, no escupe la boca miel. Si escapa usted de ésta con vida, pues a su edad todo es de temer, habrá sido esto una buena advertencia para que deje a su sobrina en libertad de casarse con el apuesto joven, a quien tengo bien conocido…

Todo esto fue dicho con un torrente de palabras, mientras Salvator y Antonio desnudaban al viejo y lo metían en la cama. Las palabras de la señora Caterina penetraban en su pecho como agudos puñales, y cuando iba a contestar, Antonio le hizo comprender que corría peligro en hablar y que debía apurar el cáliz. Finalmente Salvator envió a la señora Caterina, tal como había indicado Antonio, a buscar agua helada.

Salvator y Antonio quedaron convencidos de que el sujeto apostado en la casa de Pitichinaccio había cumplido su cometido. Fuera de algunas manchas azuladas, Capuzzi no había recibido contusión alguna de aquella caída tan terrible al parecer.

Antonio aplicó el vendaje al pie derecho, de forma que no se podía mover, y luego lo envolvió en paños mojados en agua helada para combatir la inflamación, de modo que Capuzzi tiritaba como si tuviera el frío de la fiebre.

—Mi buen *Signor* Antonio —suspiraba el viejo— dígame, ¿qué me sucede? ¿Es que voy a morir?

—Tranquilícese usted —repuso Antonio— tranquilícese usted, *Signor* Pasquale, ya que ha resistido la primera cura con firmeza y sin desmayar, el peligro ha pasado; sin embargo, su estado requiere mayores cuidados, el cirujano no puede perderle a usted de vista un solo instante.

—¡Ay, Antonio! —gimió el viejo— ¡bien sabe usted cuánto le quiero y cuánto aprecio su talento! ¡No me abandone usted! Déme su mano. ¿No es verdad, mi querido hijo, que no me abandonará usted?

—Aunque ya no soy cirujano y he renunciado para siempre a este oficio odioso, sin embargo, sólo por usted, *Signor* Pasquale, haré una excepción y me encargaré de su cura, sólo con la condición de que usted me devolverá su confianza y su amistad. Fue usted muy duro conmigo.

—¡Calle! —susurró el viejo— ¡calle, no hable de eso, amigo Antonio!

—Su sobrina —siguió diciendo Antonio—, al ver que no vuelve a casa, estará muy angustiada. Usted se encuentra ya en disposición y con fuerzas bastantes, así es que, en cuanto amanezca, le trasladaremos a su casa. Allí volveré a ajustarle las vendas, le prepararé la cama donde vaya a reposar y le diré a su sobrina todo lo que debe hacer para procurar su completa curación.

El viejo lanzó un profundo suspiro, cerró los ojos y permaneció durante algunos instantes callado. Luego, alargando la mano a Antonio, le atrajo hacia sí y le dijo en voz baja:

—¿No es verdad, mi buen señor, que todo lo de Marianna fue una broma, una graciosa ocurrencia, una de tantas que se les ocurren a los jóvenes?

—¡No piense usted, no piense usted ya en ello —respondió Antonio—, *Signor* Pasquale! Es cierto que su sobrina me llamó la atención; pero ahora tengo otras cosas en la cabeza, y con franqueza le confieso que usted ha cortado en seco mis locas pretensiones. Creí estar enamorado de su Marianna, y realmente sólo veía en ella el bello modelo de mi Magdalena. ¡De ahí que en cuanto hube terminado mi cuadro, me resultó indiferente!

—Antonio —exclamó el viejo— Antonio, ¡que el cielo te bendiga! Eres mi consuelo, mi vida, mi alivio. ¡Cómo sé que no ama usted a Marianna, ahora se me ha quitado todo el dolor!

—En verdad, *Signor* Pasquale, en verdad que si no conociese a usted como un sujeto grave y sensato, como conviene a sus años, creería que está locamente enamorado de su sobrina de dieciséis años.

El anciano volvió a cerrar los ojos, y gimió y se lamentó, quejándose de que aumentaban sus malditos dolores.

Comenzó a amanecer y la luz de la mañana penetró por la ventana. Antonio dijo al viejo que ya era hora de llevarle a su casa a la calle Ripetta. El *Signor* Pasquale contestó con un profundo suspiro quejumbroso. Salvator y Antonio le levantaron de la cama, envolviéndole con una ancha capa que trajo la señora Caterina que había pertenecido a su esposo. Pero el viejo les pidió por todos los santos de la corte

celestial que le quitaran los paños empapados en agua helada que le habían puesto sobre su pobre cabeza calva, y que le volviesen a poner su peluca y su sombrero con plumas. También le suplicó a Antonio que le arreglase los bigotes para que Marianna no se asustase al verle.

Delante de la casa aguardaban dos portadores con una litera. La señora Caterina, siempre sermoneando al viejo y ensartando refranes, bajó una serie de mantas, en las que envolvieron al viejo, que fue llevado a su casa, escoltado por Salvator y Antonio.

En cuanto Marianna vio a su tío en aquel lastimero estado, lanzó penetrantes gritos y derramaron sus ojos un torrente de lágrimas; y sin reparar en su amado, que venía acompañándole, cogió las manos del anciano, se las besó, deplorando la espantosa desgracia que le había acontecido. Tal era la profunda compasión que la buena niña sentía por el viejo que la atormentaba y la perseguía con su locura amorosa. Pero en el mismo instante se manifestó la verdadera naturaleza femenina, porque bastó una sola mirada significativa de Salvator para hacérselo comprender todo a las mil maravillas. Entonces fue cuando lanzó una furtiva mirada al dichoso Antonio, al tiempo que se ruborizaba, y no puede ponderarse la sonrisa seductora, victoriosa y llena de malicia que asomó por entre sus lágrimas.

Lo cierto es que Salvator encontró a la joven más encantadora y maravillosamente hermosa de lo que se había imaginado, incluso en el cuadro de la Magdalena, y mientras estaba casi celoso de la dicha de Antonio, comprendió la necesidad, costase lo que costase, de arrancar a la pobre Marianna de manos del maldito Capuzzi.

El *Signor* Pasquale, al verse tan tiernamente recibido por su bella sobrina, olvidó sus dolores. Sonrióse ligeramente, se mordió los labios haciendo temblar los bigotes, y lanzó suspiros y maullidos, no de dolor, sino de puro amor.

Antonio arregló la cama artísticamente, y después de haber acostado en ella a Capuzzi, le apretó de nuevo las vendas en torno al pie izquierdo, de modo que el viejo tuvo que permanecer acostado como un muñeco de madera. Salvator se retiró, dejando a los amantes entregados a su felicidad.

El viejo estaba sepultado en un montón de almohadas, y por añadidura Antonio le había rodeado la cabeza con un paño empapado en agua, de modo que no podía oír nada en absoluto de los cuchicheos de los dos amantes, que por primera vez se confiaron el secreto de sus corazones y se juraron con lágrimas y tiernos besos una eterna fidelidad. El viejo no podía ni sospechar lo que sucedía junto a él, pues Marianna le preguntaba a cada minuto cómo se hallaba y hasta le dejó que se llevase a la boca su pequeña mano blanca.

Hacia el mediodía Antonio salió con el pretexto de ir a buscar algunas medicinas para el viejo, pero realmente para pensar en los medios de agravar la situación del paciente y deliberar con Salvator lo que debían hacer.

Nueva intriga tramada por Salvator Rosa y Antonio Scacciati contra el *Signor* Pasquale y sus compañeros, y lo que se relata a continuación.

A la mañana siguiente volvió Antonio a presentarse en casa de Salvator, furioso y entristecido.

—¿Qué tal va todo? —preguntó Salvator— ¿Por qué está tan apesadumbrado? ¿Qué le sucede a usted ahora que tiene la felicidad de poder estar todo el día junto a su amada, verla, besarla y abrazarla?

—¡Ay, Salvator —contestó Antonio—, se acabó mi felicidad, el demonio me persigue! Ha sido descubierta nuestra astucia y de nuevo nos encontramos en guerra abierta con el maldito Capuzzi.

—¡Tanto mejor —dijo Salvator—, tanto mejor! Pero, dígame, Antonio, ¿qué ha sucedido?

—Figúrese usted —comenzó a decir Antonio— figúrese usted, Salvator, que ayer, al regresar a la calle Ripetta, después de haber estado ausente no más de dos horas, al volver con las medicinas vi al viejo completamente vestido a la puerta de su casa. Detrás de él estaba el Doctor Pirámide y el maldito esbirro, y entre sus piernas algo deforme, con vestido multicolor, que me pareció ser aquel pequeño aborto de Pitichinaccio.

En cuanto el viejo me vio, empezó por amenazarme con el puño, blasfemando e injuriándome y diciendo que me rompería los huesos si por casualidad volviese a pasar por delante de su puerta.

—¡Váyase al diablo, infame barbero! —exclamó— usted ha creído poder engañarme con sus trapacerías y mentiras, como si fuera usted Satanás en persona ha perseguido a la pobre e inocente Marianna, tratando de enredarla en sus diabólicas redes! ¡Pero, espere un poco! ¡Antes gastaré hasta mi último ducado para evitar que se salga con la suya! Y su digno patrón, el *Signor* Salvator, el asesino, el ladrón, escapado de la horca, que vaya a reunirse con su capitán Massaniello. ¡Yo lo haré desterrar de Roma, sin que me cueste nada!

De esta suerte desbarraba el viejo, y como el condenado esbirro, instigado por el Doctor Pirámide, se disponía a lanzarse contra mí, y viendo que el pueblo curioso comenzaba a arremolinarse en torno, ¿qué otra cosa pude hacer sino abandonar el campo velozmente? En mi desesperación no pude venir a verle, por miedo a que se burlase de mis desconsoladas quejas. ¡Ya veo que ahora apenas puede contener la

risa!

En cuanto Antonio se calló, Salvator soltó la carcajada.

—¡Ahora —exclamó— es cuando empieza a ser graciosa la cosa! Voy a explicarle a usted, mi querido Antonio, con todo pormenor, todo lo que pasó en casa de Capuzzi, cuando usted se fue. Apenas acababa usted de salir de la casa, cuando el *Signor* Splendiano Accoramboni, sólo Dios sabe cómo, al enterarse de que su amigo del alma Capuzzi se había roto aquella misma noche la pierna derecha, compareció allí escoltado con toda pompa por un cirujano.

Al ver el vendaje y el extraño tratamiento del *Signor* Pasquale, sospecharon algo. El cirujano le quitó las vendas y descubrió lo que nosotros sabíamos mejor que otro alguno, es decir, que el pie izquierdo del digno Capuzzi no estaba dislocado ni roto, ni siquiera el menor huesecito. Lo que sucedió después es fácil de adivinar.

—Pero —dijo Antonio muy sorprendido— dígame, querido maestro, dígame de qué modo puede usted saber tan de fijo todo lo que pasa en casa de Capuzzi.

—Ya os he dicho —respondió Salvator— que en la vivienda de Capuzzi, y precisamente en el mismo piso, vive una conocida de la señora Caterina. Esta señora es viuda de un mercader de vinos y tiene una hija, la cual visita a menudo a mi pequeña Margarita. Las jóvenes tienen un especial instinto que las hace buscar sus iguales, y pronto Rosa —que así se llama la hija de la viuda— y Margarita descubrieron una rendija abierta para dar aire a una alacena, que da a un aposento obscuro cercano a la alcoba de Marianna. Marianna se dio cuenta de los rumores y cuchicheos de las dos jóvenes y de la rendija, así que pronto encontraron el remedio y la vía para poderse comunicar a sus anchas. Cuando el viejo duerme la siesta, ellas aprovechan el rato charlando.

Ya se habrá dado usted cuenta de que Margarita es la preferida de la señora Caterina y mía, y que no es tan reservada y fina como su hermana Anna, sino al contrario, alegre, divertida y charlatana. Sin decirle nada acerca de vuestro amor, le he dicho que se entere de todo lo que sucede en casa de Capuzzi por medio de Marianna. Cumple muy bien su cometido y si me he reído de las penas de usted es porque puedo consolarle, y para demostrarle que estamos en una situación inmejorable. Tengo que contarle a usted una infinidad de excelentes noticias.

—Salvator —exclamó Antonio, brillándole los ojos— ¡qué esperanzas me da usted! ¡Bendita sea la rendija de la alacena! Voy a escribir a Marianna… Margarita se encargará de la carta…

—¡Nada de eso, Antonio —interrumpió Salvator— nada de eso! Margarita va a sernos muy útil, sin necesidad de ser mensajera de su amor. Además, la casualidad, que a veces es maligna, podría hacer caer sus billetes en manos del viejo, lo que traería malas consecuencias para la pobre Marianna, que en este momento está a punto de tener al viejo enamorado bajo sus pies.

Atienda bien lo que voy a decirle que sucederá. La acogida que Marianna le hizo al viejo cuando le trajeron a su casa le ha trastornado por completo. Está convencido

de que Marianna ya no le ama a usted, cree que ella le ha cedido por lo menos la mitad de su corazón, de modo que ahora se trata de conquistar su otra mitad.

Marianna desde que ha probado vuestros besos es tres veces más experta, astuta y prudente. No sólo ha convencido al viejo de que no ha tenido parte alguna en la faena que le hemos hecho, sino que condena nuestra conducta y desprecia totalmente cualquier intriga que urdiésemos para llegar a ella.

El viejo se ha precipitado demasiado y en el colmo del entusiasmo juró satisfacer el primer deseo de su adorada Marianna. A propósito de esto, Marianna únicamente ha pedido a su *zio carissimo* que la lleve al teatro del *Signor* Formica de la Porta del Popolo.

Al oír esto, el viejo se ha quedado un poco desconcertado; ha tenido largos conciliábulos varias veces con el Doctor Pirámide y con Pitichinaccio; finalmente ambos, el *Signor* Pasquale y el Doctor Splendiano, han decidido llevar a Marianna a este teatro. Pitichinaccio tiene que ir vestido de mujer, a lo que ha consentido, a condición de que el *Signor* Pasquale le regale, además de un traje de terciopelo, una peluca, y después del espectáculo le lleven a casa en brazos, un rato él y otro rato el Doctor Pirámide. Puestos de acuerdo, mañana el precioso terceto junto con la hermosa Marianna se dirigirán al teatro del *Signor* Formica de la Porta del Popolo.

Al llegar a este punto es necesario explicar qué era el Teatro de la Porta del Popolo y quién era el *Signor* Formica.

Muy tristes quedaban los vecinos de Roma, principalmente en la temporada de Carnaval, cuando los *impresarii* de los teatros no acertaban a elegir sus representaciones, cuando el primer tenor o el primer bajo del Teatro de la Argentina había perdido la voz por el camino o el *Primo Uomo da Donna* del Teatro Valle estaba en cama a consecuencia de un resfriado, en una palabra, cuando su principal diversión, que los romanos esperaban encontrar, faltaba, el *Giovedi grasso*, perdidas ya todas las esperanzas.

Precisamente a consecuencia de un Carnaval así de triste —apenas era pasada la Cuaresma— un tal Nicolo Musso abrió un teatro frente a la Porta del Popolo, en el que prometió que no se representarían más que bufonadas improvisadas. El anuncio estaba redactado con maña y talento, lo que hizo que los romanos estuviesen predispuestos a la empresa de Musso, pues, no obstante su pasión por las representaciones dramáticas, aceptaban toda clase de alimento, por inferior que éste fuese.

La disposición del teatro, o, mejor dicho, la pequeña barraca, no daba muy buena idea de que la condición del empresario fuese espléndida. No había orquesta ni palcos. En lugar de éstos se había construido al fondo una galería en la que brillaban las armas de la casa de Colonna, señal de que el Conte Colonna había tomado bajo su protección a Musso y a su teatro. El tablado estaba rodeado de tapices colgados que, según las necesidades de la escena, representaban bosques, salas, calles: éste era todo el escenario.

Añádase a esto que los espectadores debían contentarse con estar sentados en incómodos taburetes de madera, de tal modo que algún espectador al entrar criticase al *Signor* Musso, que llamaba Teatro a una miserable barraca.

Pero apenas los dos primeros actores que entraron en la escena pronunciaron las primeras palabras, el público prestó atención y ésta fue creciendo a medida que avanzaba la pieza, convirtiéndose la atención en aplauso, el aplauso en admiración y la admiración en enormes entusiasmos, que se manifestaban en risas, aplausos y numerosos bravos.

En efecto, no podía verse cosa más perfecta que las improvisadas representaciones de Nicolo Musso, en las que brillaba la gracia, la agudeza y la verdad en satirizar tan agudamente la locura de aquella época. Todos los actores representaban su papel de una manera incomparable; sin embargo, Pasquarello era quien más atraía los aplausos, por su mímica incomparable, por el talento en imitar las voces, los andares y el gesto de las personas conocidas, con su inagotable vivacidad y por la originalidad de sus creaciones.

El actor que representaba al papel de Pasquarello y que se llamaba *Signor* Formica estaba dotado de un talento excepcional y con frecuencia su voz y sus movimientos tenían algo tan extraño que los espectadores se morían de risa o sentían un escalofrío de terror. A su lado otro actor representaba el papel del Doctor Graziano, cuya voz y modo de gesticular y decir las cosas más divertidas era incomparable. Este Doctor Graziano lo representaba un viejo bolonés llamado María Agli.

Al poco tiempo de empezar las representaciones, acudían ya al pequeño teatro de Musso todas las personas más cultas de Roma, y todas hablaban del *Signor* Formica, y tanto fuera como dentro del mismo teatro se oían sin cesar estas palabras:

—¡*Oh, Formica*!… ¡*Formica benedetto*!… ¡*Oh, Formicissimo*!

Se consideraba a Formica como una aparición sobrenatural, y más de una vieja que había estado a punto de reventar de risa, si alguno osaba hacer la menor observación acerca del arte de Formica, de pronto se ponía seria y decía solemnemente:

—¡*Scherza coi fanti è lascia star i santi*!

Y esto era a causa de que el *Signor* Formica fuera del teatro era un misterio impenetrable. Nadie le veía en ningún sitio y por más indagaciones que se hicieron, todas fueron infructuosas. Nicolo Musso guardaba el más estricto secreto acerca del *Signor* Formica.

Éste era el Teatro que con tanto empeño deseaba ver Marianna.

—Iremos a atacar de frente al enemigo —dijo Salvator—, su regreso del teatro a la ciudad será la ocasión más propicia.

Comunicó a Antonio un plan que era muy aventurado y audaz, pero Antonio lo recibió con alegría porque esperaba arrancar a su Marianna del indigno Capuzzi. Además le agradaba sobre todo que Salvator diera una buena lección al Doctor

Pirámide.

Venida ya la noche, Salvator y Antonio tomaron sus guitarras y se dirigieron a la calle Ripetta, con intención de poner rabioso al viejo Capuzzi y de dar una serenata a la hermosa Marianna. Salvator tocaba y cantaba maravillosamente y Antonio tenía una voz de tenor por lo menos igual a la del mismo Odoardo Ceccarelli.

Salió el *Signor* Pasquale al balcón injuriando a los cantantes para que se callasen; los vecinos, que se habían asomado a las ventanas atraídos por las bellas canciones, le gritaron que ya que tanto mortificaba él sus oídos con sus infernales cantilenas, les dejara ahora gozar de aquella buena música y que él se tapase los oídos si no quería oír los cánticos.

Así el *Signor* Pasquale, para martirio suyo, tuvo que soportar que Salvator y Antonio se pasaran casi toda la noche cantando canciones que ora tenían las más dulces palabras de amor, ora ridiculizaban la locura del viejo enamorado. Pudieron distinguir claramente a Marianna asomada a la ventana y al *Signor* Pasquale que le suplicaba amablemente, pero inútilmente, que no se expusiera a la humedad de la noche.

A la noche siguiente se vio caminar hacia la Porta del Popolo a la más lucida compañía que hasta entonces saliera de la calle Ripetta. Todos los ojos estaban fijos en ellos y se preguntaban si el Carnaval había dejado restos de máscaras. El *Signor* Pasquale Capuzzi vestía un rico traje español, acuchillado, de vistosos colores, y colocada en su sombrero puntiagudo llevaba una enorme y fina pluma. Caminando con sus zapatos puntiagudos, como si fuera pisando huevos, llevaba del brazo a la bella Marianna, que sólo dejaba ver su hermoso talle, pues cubría su cara un espeso velo. Junto a ella marchaba el Doctor Splendiano Accoramboni con su gran peluca que le cubría media espalda, de suerte que de lejos parecía una gigantesca cabeza andando sobre dos piernecitas de enano. Detrás de Marianna, medio arrastrándose, seguía el pequeño monstruo Pitichinaccio, con un vestido rojo de mujer y toda la cabeza cubierta de flores de la manera más ridícula.

Aquella noche el *Signor* Formica se excedió a sí mismo, y por primera vez cantó algunas canciones imitando, al mismo tiempo que el gesto, la voz de muchos cantores conocidos. El *Signor* Pasquale Capuzzi sintió que renacía en su interior la afición al teatro, que había llegado a rayar en locura en su juventud, besó repetidas veces la mano de Marianna, jurando que no pasaría una sola noche sin que fuesen al teatro de Nicolo Musso. Ensalzó hasta las nubes al *Signor* Formica y rivalizó con sus estrepitosos aplausos con todos los demás.

El *Signor* Splendiano no se mostraba tan entusiasmado y no dejaba de aconsejar a Marianna y a Capuzzi que moderasen sus risas. Nombró de corrida más de veinte enfermedades que podían resultar de tanta carcajada, pero Marianna y Capuzzi ni siquiera le escuchaban.

Pitichinaccio, en cambio, se sentía muy desgraciado. Se había tenido que sentar detrás del Doctor Pirámide, que le impedía ver con su enorme pelucón. No veía

absolutamente nada del escenario, ni de los actores, y para colmo de males no dejó de ser atormentado por dos malignas señoras colocadas junto a él, que le llamaban hechicera y hermosa *Signora*, y le preguntaban si a pesar de ser tan joven, ya estaba casada, y si tenía hijos, quienes seguramente serían unas encantadoras criaturas, etc., etc… Al pobre Pitichinaccio le caían gotas de sudor frío por la frente y gemía y lloraba maldiciendo continuamente su miserable existencia.

Cuando terminó la representación, esperó el *Signor* Pasquale a que hubiesen salido todos los espectadores.

Apagóse la última luz, en la que el señor Splendiano encendió una pequeña antorcha, cuando Capuzzi con sus dignos amigos y Marianna emprendieron el camino de regreso lentamente y con precaución. Pitichinaccio lloraba y gritaba, de modo que Capuzzi, a su pesar, tuvo que tomarle en brazos, mientras daba el derecho a Marianna. El Doctor Splendiano iba delante con su pequeña antorcha, que alumbraba tan mezquinamente que sólo servía para demostrar más la lobreguez de la noche.

Todavía estaban algo distantes de la Porta del Popolo cuando, de pronto, se les echaron encima varias figuras embozadas en grandes capas. En aquel mismo instante la antorcha que llevaba el Doctor en la mano cayó al suelo y se apagó. Capuzzi y el Doctor se quedaron mudos. De repente se esparció una claridad rojiza en torno a los embozados y cuatro rostros pálidos como la muerte contemplaron al Doctor Pirámide con ojos privados ya de movimiento.

—¡Ay de ti, ay de ti, ay de ti, Splendiano Accoramboni!

Así gritaron con voz sorda y sepulcral los espantosos fantasmas; luego uno gimió y dijo:

—¿Me conoces, me conoces, Splendiano? ¡Soy Cordier, el pintor francés que enterraste la semana pasada, y me llevaste a la tumba con tus medicinas!

Luego, el segundo dijo:

—¿Me conoces, Splendiano? Soy Küfher, el pintor alemán, al que envenenaste con tus drogas infernales.

Luego el tercero dijo:

—¿Me conoces, Splendiano? Soy Liers, el flamenco, a quien asesinaste con tus píldoras y engañaste a su hermano llevándote los cuadros.

Luego el cuarto exclamó:

—¿Me conoces, Splendiano? Soy Ghigo, el pintor napolitano al que mataste con tus polvos.

Y a continuación los cuatro dijeron:

—¡Ay de ti, ay de ti! ¡Splendiano Accorambonií! ¡Maldito Doctor Pirámide! Tienes que descender a la tierra con nosotros. ¡Vamos, vamos, marcha! ¡Ale, ale!

Y diciendo esto se precipitaron todos a la vez sobre el pobre Doctor, levantándole en brazos, llevándoselo como un torbellino. A pesar del terror que experimentó el *Signor* Pasquale al ver que se llevaban de aquella suerte a su amigo Accoramboni, demostró un extraordinario valor. Pitichinaccio, con su guirnalda de flores, había

escondido la cabeza dentro de la capa de Capuzzi y se había asido con tanta fuerza a su cuello que ningún esfuerzo era suficiente para hacerle soltar la presa.

—Vuelve en ti —decía Capuzzi a Marianna cuando hubieron desaparecido los fantasmas y el Doctor Pirámide—. ¡Vuelve en ti, ven conmigo, mi dulce y tierna palomita! Mi buen amigo Splendiano ha desaparecido. Que el buen médico San Bernardo, a quien debieron tantas almas su eterna salvación, le asista y se compadezca de él.

Cuando estos pintores vengativos, a los que ha enviado a la Pirámide de Cestio, le retuerzan el cuello, ¿quién cantará ahora el bajo en mis canciones?, y además, el sinvergüenza de Pitichinaccio me aprieta de tal modo la garganta que, sin contar con el susto que me ha causado el rapto de Splendiano, me siento incapaz de entonar una nota limpia y clara hasta dentro de seis semanas. ¡No te asustes, tú, Marianna mía! ¡Dulce esperanza mía! ¡Todo ha pasado ya!

Marianna le aseguró que ya estaba repuesta de su terror y únicamente pidió a Capuzzi que le dejase andar sola, para que él con más libertad pudiese desembarazarse del incómodo enano. Pero el *Signor* Pasquale apretó aún más el brazo de la joven, decidido a no soltarla por nada del mundo, ni a dejarle dar un paso sola, en tan profunda oscuridad.

En el mismo momento en que el *Signor* Pasquale, ya algo tranquilizado, se disponía a continuar su camino, vio levantarse a su lado como brotados de lo más profundo de la tierra cuatro espantosos diablos cubiertos con cortas capas rojas, que le miraban con ojos centelleantes silbando y aullando horriblemente.

—¡Eh, eh!… ¡Pasquale Capuzzi! ¡Viejo loco! ¡viejo enamorado! ¡Somos tus camaradas, somos los diablos del amor, y venimos para llevarte al infierno, a las llamas del infierno junto a tu compañero Pitichinaccio!

Gritando de esta suerte, los demonios se lanzaron sobre el viejo Capuzzi, que cayó al suelo junto a Pitichinaccio, dando ambos unos bramidos y unos chillidos tan penetrantes como lo hubiera hecho una cuadrilla de asnos apaleados.

Marianna se había soltado con fuerza de los brazos del viejo y se había apartado a un lado. Entonces, uno de los cuatro diablos se fue hacia ella y abrazándola cariñosamente le dijo con voz dulce y amorosa:

—¡Ah, Marianna!… ¡Marianna mía! ¡Por fin ya lo hemos logrado! ¡Mis compañeros se llevarán al viejo lejos de aquí, para que nosotros podamos huir!

—¡Mi Antonio! —dijo en voz baja, suspirando, Marianna.

Pero de repente viose alumbrada la escena por unas antorchas y Antonio recibió un golpe en el hombro. A la velocidad del rayo se volvió, empuñó la espada y se arrojó contra el individuo que se disponía a herirle con su daga. Vio, al mismo tiempo, como sus tres amigos se defendían contra un gran número de esbirros.

Logró poner en fuga a su adversario y luego acudió en ayuda de sus amigos. Por muy valerosos que fuesen, la lucha, sin embargo, era desigual; los esbirros, indudablemente, hubieran ganado a no ser porque, de repente, dos hombres gritando

se pusieron del lado de los jóvenes, derribando uno de ellos al esbirro que más cerca de Antonio peleaba. En pocos instantes la pelea quedó decidida en contra de los esbirros. Algunos de éstos que no estaban gravemente heridos huyeron, echando a correr gritando hacia la Porta del Popolo.

Salvator Rosa (pues no era otro quien auxilió a Antonio y derribó al esbirro) quería dirigirse inmediatamente hacia la ciudad en persecución de los esbirros, en compañía de Antonio y de los jóvenes pintores, enmascarados como diablos.

Pero María Agli, que le había acompañado y que, a pesar de su avanzada edad, había mostrado mucho valor en la lucha, observó que esto no era prudente, ya que, conocedores del asunto, los soldados de la guardia de la Porta del Popolo les arrestarían a todos. Así es que se fueron a casa de Nicolo Musso, quien les recibió con alegría en su pequeña y modesta casa, no muy distante del teatro.

Los pintores se quitaron sus máscaras de diablo y sus capas pintadas de fósforo, y Antonio que, a excepción del golpe inofensivo que había recibido en el brazo, no tenía herida alguna, hizo gala de sus habilidades quirúrgicas, vendando a Salvator, a Agli y a sus jóvenes compañeros, pues todos tenían heridas, aunque sin peligro alguno.

Este golpe de mano preparado con tanta audacia habría tenido buen éxito si Salvator y Antonio no se hubiesen olvidado de una persona que lo echó todo a perder. Michele, antes bravo y ahora esbirro, que habitaba en el bajo de la casa de Capuzzi y en cierto modo hacia las veces de su criado, por orden del viejo lo había estado siguiendo hasta el teatro, pero a cierta distancia porque a Capuzzi le daba vergüenza que le vieran en compañía del zarrapastroso. Michele, que no tenía miedo ni de la muerte ni del diablo, dándose cuenta de que algo raro había, echó a correr hacia la Porta del Popolo y, dada la alarma, volvió con todos los esbirros que halló reunidos, justamente en el momento en que los falsos diablos atacaban al pobre Capuzzi y se disponían a llevárselo, así como habían hecho con el Doctor Pirámide los primeros fantasmas.

No obstante el ardor del combate, uno de los jóvenes había reparado que un sujeto, con Marianna en brazos, había llegado a la puerta de la ciudad, y que el *Signor* Pasquale echó a correr con increíble rapidez, como si tuviera azogue en las piernas. Con la luz de las antorchas también había distinguido un bulto pegado a su cuello, que no podía ser otro que el desgraciado Pitichinaccio.

Al día siguiente fue hallado el Doctor Splendiano junto a la Pirámide de Cestio, acurrucado y hundido en su peluca, como si fuera un blando y mullido nido. Cuando le despertaron hablaba sin sentido y fue muy difícil convencerle de que se hallaba aún en este mundo y precisamente en Roma, y cuando finalmente fue conducido a su casa, dio gracias a la Virgen y a todos los santos por haberle salvado, arrojó por la ventana todas sus tinturas, esencias, ungüentos y polvos, y quemó sus recetas, prometiéndose a sí mismo curar a sus pacientes solamente con imposición de manos y fricciones, como en otros tiempos un famoso médico, que también era santo, y cuyo

nombre no recuerdo, lo había hecho con gran éxito. Porque los pacientes se morían tranquilamente como los pacientes de los otros doctores y ya antes de morir veían el cielo abierto y todo lo que el santo les decía que debían ver.

—¡Yo no sé —dijo al otro día Antonio a Salvator—, yo no sé qué coraje es el mío desde que ha corrido mi sangre! ¡Muerte y condenación para el infame Capuzzi!… ¿Sabe usted Salvator que estoy resuelto a entrar a la fuerza en casa de Capuzzi? ¡Golpearé al viejo y, si se resiste, raptaré a Marianna!

—¡Magnífica idea! —exclamó Salvator riéndose— ¡Magnífica idea! ¡Muy bien pensado! Estoy seguro de que ya habrá usted pensado en el medio de transportar a su Marianna por los aires hasta la Plaza de España, a fin de evitar que le prendan y ahorquen antes de llegar a aquel sitio… No, mi querido Antonio, no hay nada que hacer con la violencia, pues ya puede usted pensar que el *Signor* Pasquale está alerta, dispuesto a rechazar cualquier agresión. Además de que nuestra aventura ha causado ya mucho ruido, y las carcajadas que ha hecho soltar nuestro modo de tratar al Doctor Splendiano y a Capuzzi han puesto en guardia a la población despertándola de su plácido sueño, y ahora van a acecharnos con todos los pobres medios de que pueden disponer. *De la astucia hemos empezado a valernos*. No, Antonio, sigamos empleando la astucia para lograr la fuerza. *Con arte e con inganno se vive mezzo l'anno, con inganno e con arte si vive l'altra parte*. Así lo dice la *Signora* Caterina y tiene razón.

Realmente me dan ganas de reírme cuando pienso que nos hemos comportado como jóvenes irreflexivos, cosa que me apesadumbra mucho, porque al fin tengo más edad que usted. Dígame, Antonio, si nuestro golpe hubiera tenido éxito y usted hubiera podido realmente raptar a su Marianna, dígame, ¿adónde hubiera huido, dónde la hubiera tenido escondida, cómo habría hecho para desposarse apresuradamente, de manera que el viejo no hubiera podido estorbarlo?

¡Dentro de pocos días podrá usted raptar a su Marianna!; Nicolo Musso y Formica lo saben todo y con ellos he combinado un plan que no podrá fallarnos. ¡El *Signor* Formica le ayudará!

—¿El *Signor* Formica? —contestó Antonio con indiferencia y casi con desdén—. ¿El *Signor* Formica? ¿De qué me puede servir a mí este farsante?

—¡Oh, oh! —exclamó Salvator— le ruego que tenga usted respeto para el *Signor* Formica. ¿Acaso no sabe usted que Formica es una especie de mago que posee la ciencia de los más maravillosos secretos? ¡Repito que el *Signor* Formica nos ayudará! También el viejo María Agli y el excelente Doctor Graziano Bolognese están metidos en nuestro complot y tienen un papel muy importante. En el teatro Musso, Antonio, es donde raptará usted a su Marianna.

—Salvator —dijo Antonio—, usted me entretiene con engañosas esperanzas. Usted dice que el *Signor* Pasquale está prevenido contra todo ataque abierto. ¿Cómo será posible que después de lo que le ha pasado se decida de nuevo a aparecer en el teatro de Musso?

—No es tan difícil como usted piensa lograr que el viejo vuelva al teatro. Mucho más difícil será lograr que no se haga acompañar de sus acompañantes. Pero sea lo que sea, usted lo que debe hacer ahora, Antonio, es prepararse para huir de Roma en el momento propicio. Irá usted a Florencia, donde ya le precederá su fama de artista, y para que su llegada no se vea sin recursos ni protectores, yo me ocuparé de todo. Descansaremos ahora algunos días y luego veremos lo que habremos de hacer. ¡Espere un poco, Antonio, tenga esperanza! ¡Formica nos ayudará!

Nuevo ataque contra el *Signor* Pasquale. Antonio Scacciati lleva a cabo felizmente su empresa en el Teatro de Nicolo Musso y huye a Florencia.

El *Signor* Pasquale sabía muy bien quién le había preparado la trampa en la que habían caído él y el pobre Doctor Pirámide ante la Porta del Popolo y es fácil imaginarse cuán furioso estaba contra Antonio y contra Salvator Rosa, a quien, como era en realidad, miraba como al cabecilla de aquella trama.

Se afanaba en consolar a la pobre Marianna, que se había puesto enferma, no del susto como ella decía, sino del pesar, porque el condenado Michele y los esbirros la habían arrancado de los brazos de su Antonio. Sin embargo, Margarita le traía continuamente noticias de su enamorado y ponía toda su esperanza en el emprendedor Salvator. Con impaciencia esperaba de un día a otro que sucediese algún acontecimiento imprevisto y su enojo recaía enteramente sobre el viejo, quien se sentía discriminado y pusilánime, no obstante su loca pasión y el diabólico amor que ocultaba en su pecho.

Así que cuando Marianna, agotados ya todos los medios de martirizarle que estaban en su mano, permitía que con sus secos labios llegase a besarle la blanca mano, el viejo juraba en el exceso de su dicha que no se cansaría de cubrir de ardientes besos los zapatos del Papa, hasta que le concediese la dispensa necesaria para contraer matrimonio con su sobrina, el compendio de toda la gracia y la belleza.

Marianna evitaba sacarle de esta ilusión, puesto que la confianza en que le dejaba apoyaba sus esperanzas, y creía que sería más fácil escapar cuanto más seguro estuviera él de poseerla con lazos indisolubles.

Había ya pasado algún tiempo cuando, un día, a eso de las doce, Michele subió las escaleras apresuradamente y anunció al *Signor* Pasquale que un caballero que estaba abajo, y al que no había abierto la puerta a pesar de sus muchos golpes, deseaba hablar con el *Signor* Pasquale Capuzzi, pues sabía que habitaba en aquella casa.

—¡Por todos los santos de la corte celestial! —gritó el viejo encolerizado— ¿no sabes, imbécil, que no recibo a ningún desconocido en mi casa?

—¡Este caballero —dijo Michele— habla muy finamente y tiene muy buenos modales, y se llama Nicolo Musso!

—Nicolo Musso —dijo Capuzzi para sus adentros—, Nicolo Musso, el del Teatro de la Porta del Popolo, ¿qué querrá de mí?

En diciendo esto, cerró con precaución todas las puertas y bajó la escalera con Michele para hablar con Nicolo abajo, en la calle, delante de la casa.

—Mi buen *Signor* Pasquale —dijo Nicolo inclinándose ante él—, ¡cuánto me alegra que se haya usted dignado a saludarme! ¡Cuántas gracias debo darle! Desde que los romanos le vieron en mi teatro, usted, cuyo gusto y talento son tan conocidos, usted, que es tenido como modelo de sabios virtuosos de la música, se dobló mi fama y mis ingresos. ¡Me dolió muchísimo cuando supe de unos infames malvados atacaron a usted y a sus compañeros al regresar a casa! ¡Por todos los santos de la corte celestial, le ruego que esta infamia, que ha suscitado la reprobación general, no le inspire ningún rencor contra mí y mi teatro! ¡No me prive usted de sus visitas!

—Mi buen *Signor* Nicolo —repuso el viejo sonriendo—, tenga usted la seguridad de que ningún teatro me ha complacido tanto como el suyo. ¡Vuestro Formica, vuestro Agli son dos actores incomparables! ¡Pero piense usted en el miedo que ha estado a punto de causar la muerte de mi amigo el *Signor* Splendiano Accoramboni, e incluso a mí mismo! Sin embargo, no es de su teatro de lo que yo me quejo, sino del camino que a él lleva. Si usted lo pone en la Plaza del Popolo o en la calle Babuina o en la calle Ripetta, no faltaré una sola noche, pero ante la Porta del Popolo ningún poder humano me hará pasar la noche.

Nicolo suspiraba como si estuviera afectado por el más vivo pesar.

—Esto es muy duro para mí —dijo— quizá más duro de lo que usted puede imaginar, *Signor* Pasquale. ¡Ay! ¡En usted es en quien he fundado todas mis esperanzas y venía a implorar su ayuda!

—¿Mi ayuda? —preguntó el viejo, asombrado—. ¿Mi ayuda, *Signor* Nicolo? ¿En qué puedo ayudarle?

—Mi buen *Signor* Pasquale —repuso Nicolo, llevándose el pañuelo a los ojos, como si se secase las lágrimas—, usted habrá observado que mis actores mezclan en las representaciones algunas arias en sus papeles. Yo había pensado, para darles más importancia, tomar una orquesta y finalmente formar una especie de ópera, a pesar de la prohibición. Usted, *Signor* Capuzzi, es el mejor compositor que tenemos en Italia y sólo por la increíble ligereza de los romanos, por envidia y por la perfidia de los demás maestros, es posible que en los teatros se representen obras que no sean las de usted y yo venía a suplicarle de rodillas, *Signor* Pasquale, que me concediese usted sus inmortales obras para ejecutarlas lo mejor posible en mi modesto teatro.

—¡Oh, mi buen *Signor* Nicolo! —dijo el viejo con el rostro radiante—, ¿por qué hemos de estar hablando en medio de la calle? Tómese usted la molestia de subir algunos escalones un poco altos. Entremos en mi habitación.

Apenas llegado Nicolo al aposento, el viejo sacó un paquete polvoriento de papeles con notas, lo deshizo, tomó su guitarra y empezó a dar los más espantosos aullidos, que él llamaba cantar. Nicolo gesticulaba frenéticamente, suspiraba…, gemía…, y gritaba a cada paso:

—¡*Bravo*!… ¡*bravissimo*!… ¡*benedittissimo* Capuzzi!…, hasta que cayó al suelo

como movido por un delirio fascinador, y se abrazó con tanta furia a las rodillas del viejo, que éste dio un brinco exclamando con acento del más agudo dolor:

—¡Por todos los santos de la corte celestial! ¡Déjeme usted, *Signor* Nicolo, que me va usted a matar!

—¡No —exclamó Nicolo—, no! *Signor* Pasquale, no me levantaré si antes no me cede usted esta divina composición que acaba usted de cantar, para que Formica mañana pueda cantarla en mi teatro.

—Es usted un hombre de gusto —dijo Pasquale gimiendo—, un hombre de juicio. ¿A quién mejor que usted podría confiar yo mis arias? Lléveselas usted todas… pero ¡suélteme usted! ¡Lo que siento es que no podré escuchar mis divinas obras maestras! ¡Suélteme usted, *Signor* Nicolo!

—¡No —contestó Nicolo, siempre de rodillas y teniendo fuertemente abrazadas las descarnadas canillas del viejo—, no, *Signor* Pasquale, no le soltaré a usted hasta que me prometa venir mañana a mi teatro! ¿Teme usted, acaso, un nuevo ataque? ¿Ignora usted que los romanos, después de haber oído sus arias, le llevarán a su casa en triunfo y con antorchas encendidas? ¡Y en el caso de que esto no sucediera, yo mismo y mis fieles compañeros nos encargaríamos de escoltarle hasta su casa!

—¿Usted mismo —preguntó Pasquale— me escoltaría con sus compañeros? ¿Cuántos son entre todos?

—Unas diez personas estarán a sus órdenes, *Signor* Pasquale. ¡Decídase usted, escuche mis súplicas!

—¡Formica —decía entre sí Pasquale— tiene una voz muy buena! ¡Cómo ejecutaría mis arias!

—Decídase usted —volvió a decir Nicolo, apretando de nuevo las piernas del viejo.

—¿Me promete usted —preguntó el viejo— que no tendré obstáculo alguno para volver a mi casa?

¡Empeño en ello mi honor y mi vida! —contestó Nicolo dando otro apretón más fuerte a sus piernas.

—¡Basta! —gritó el viejo—. Iré pasado mañana a su teatro.

Entonces Nicolo se levantó brincando de alegría y abrazó de tal modo al viejo que suspiraba y jadeaba como si se ahogase.

En aquel mismo instante apareció Marianna. El *Signor* Pasquale intentó hacerla volver atrás lanzándole una mirada furiosa, pero ella, haciendo como si no le hubiera visto, se dirigió directamente a Musso, y le dijo como enojada:

—En vano, *Signor* Nicolo, pretende usted atraer a su teatro a mi querido tío. Ya se ha olvidado usted del infame atentado que llevaron a cabo aquellos desvergonzados que intentaron raptarme, y que estuvo a punto de costarle la vida a mi tío y a su digno amigo Splendiano y hasta a mí misma. Jamás consentiré que se exponga de nuevo a tal peligro. Deje usted de insistir, *Signor* Nicolo. ¿No es verdad, queridísimo tío? Usted se quedará tranquilamente en casa, sin volver a arrostrar los peligros nocturnos,

ni las emboscadas de los traidores de la Porta del Popolo.

El *Signor* Pasquale se quedó como si le hubiera herido un rayo. Contempló a su sobrina de hito en hito, hasta que por fin con melosas palabras le fue explicando con todos los miramientos posibles que el *Signor* Nicolo se obligaba a tomar las medidas necesarias para evitar el menor peligro al regreso.

—Yo insisto en lo dicho —dijo Marianna— y ruego a usted, querido tío, que no vaya al teatro de la Porta del Popolo. Perdone usted, *Signor* Nicolo, no hablaría así en vuestra presencia, pero tengo un negro presentimiento. Ya sé que usted es amigo de Salvator Rosa, y también de Antonio Scacciati; ¿quién me dice que no está usted de acuerdo con nuestros enemigos y engaña a mi tío, quien estoy segura que no visitará el teatro sin mí, para hacerle caer desprevenido en alguna otra emboscada?

—¡Qué sospecha! —exclamó Nicolo con enojo—. ¡Qué horrible sospecha, *Signora*! ¿Tan mal piensa usted de mí? ¿Tengo tan mala fama, que me cree usted capaz de tan negra traición? Pero si en realidad piensa usted así y desconfía del auxilio que le prometo, hágase usted escoltar por Michele, que es el que le salvó de las manos de los ladrones. Michele, acompañado de algunos esbirros, podrá esperarle fuera del teatro, porque seguramente no querrá usted que llene mi sala con ellos.

Marianna miró fijamente a los ojos de Nicolo y luego dijo seria y solemne:

—¿Qué está usted diciendo? ¿Que Michele y los esbirros nos acompañen? Ahora bien veo que sus intenciones son buenas y que mis sospechas eran infundadas. ¡Perdone usted mis palabras irreflexivas! ¡No puedo remediar sentir miedo y temor por mi querido tío y aún vuelvo a rogarle que no se exponga dando un paso tan peligroso!

El *Signor* Pasquale había escuchado todo el discurso con una extraña expresión que demostraba claramente su lucha interior. Al llegar a este momento no pudo contenerse más y se arrojó a los pies de su bella sobrina, y cogiéndole las manos se las llenó de besos y, derramando copiosas lágrimas, exclamó fuera de sí, lleno de alegría:

—¡Divina, adorable Marianna, ahora se elevan las llamas que devoran mi corazón! ¡Este temor, esta angustia, es la prueba y la confesión más dulce de que me amas!

Y continuó suplicándole para que desterrase todo temor y fuese con él a oír cantar en el teatro la más hermosa obra musical que jamás hubiera compuesto el más divino compositor.

Nicolo, por su parte, no cesó de suplicarle hasta que Marianna se confesó vencida y prometió que, dejando todo temor, acompañaría a su querido tío al Teatro de la Porta del Popolo. El *Signor* Pasquale estaba encantado, parecía estar en la gloria. Estaba convencido de que Marianna le amaba; esperaba oír cantar en un teatro su música y coger los laureles que durante tanto tiempo había ansiado. ¡Por fin iba a ver cumplidos sus más dulces sueños! Ahora quería tener por testigos de su resplandeciente éxito a sus fieles amigos, o sea, que el *Signor* Splendiano y el

pequeño Pitichinaccio fuesen con él al teatro como la primera vez.

Además de su rapto por los espectros, el Doctor Splendiano, dormido en la Pirámide de Cestio, sumergido en su peluca, había tenido un sinfín de lúgubres visiones. De repente, todos los muertos del cementerio habían resucitado extendiendo los brazos hacia él, maldiciendo en voz alta todos los polvos y esencias, cuya funesta influencia les atormentaba aún en la tumba.

A consecuencia de estas impresiones, aunque no podía negar que había sido víctima de la violencia de algunos bribones, el *Signor* Splendiano seguía estando melancólico y, aunque apenas era inclinado a las supersticiones, ahora veía fantasmas por todas partes y estaba atormentado por negros presentimientos y malos sueños.

Pitichinaccio estaba convencido de que eran verdaderos diablos, que habían salido de las llamas del infierno, los que le habían agredido a él y al *Signor* Pasquale y lanzaba horribles gritos al recordar aquella horrorosa noche. Eran vanas todas las protestas del *Signor* Pasquale, que afirmaba que no eran otros sino Antonio Scacciati y Salvator Rosa, disfrazados con máscaras de diablo, porque Pitichinaccio, llorando a lágrima viva, juraba que, a pesar de su susto, había reconocido la voz y el ser del diablo Fanfarell, que le había pinchado en el vientre, en el que se veían aún manchas azuladas y moradas a fuerza de pellizcos.

Ha de imaginarse el trabajo que le costó al *Signor* Pasquale convencer a ambos, al Doctor Pirámide y a Pitichinaccio, para que volvieran a acompañarlo. Splendiano se decidió el primero en cuanto logró que un monje de San Bernardo le diese un saquito lleno de almizcle bendito, cuyo olor no podían resistir ni los muertos ni los diablos, y con el cual se creía armado contra todas las tentaciones y ataques.

Pitichinaccio no pudo resistir a la promesa de recibir una caja de pasas, con la condición de que le dejaría el *Signor* Pasquale vestirse su nuevo traje de abate, en vez de traje de mujer, que, según él, era lo único que había atraído a los demonios. Iba, pues, a suceder lo que más temía Salvator, quien aseguraba que no podría llevarse el plan a efecto mientras el *Signor* Pasquale y Marianna no fuesen solos al Teatro de Nicolo, sin sus fieles acompañantes.

Ambos, Antonio y Salvator, verdaderamente se devanaban los sesos tratando de encontrar el modo de separar a Splendiano y Pitichinaccio del *Signor* Pasquale; pero ya no tenían tiempo para preparar ningún golpe de mano, porque la representación del Teatro de Nicolo debía efectuarse la noche del día siguiente. Pero el cielo, que, evidentemente, se sirve de los instrumentos más extraños para castigar a los locos, intervino en favor de los dos enamorados, y se valió para esto mismo de Michele, cuyo aturdimiento logró lo que Salvator y Antonio no hubieran podido lograr.

Aquella misma noche, en la calle Ripetta y frente a la casa del *Signor* Pasquale, se oyeron de repente unos gritos lastimeros y tal cantidad de lamentos, juramentos e injurias que todos los vecinos se despertaron sobresaltados y algunos esbirros que venían de perseguir a un asesino que se había refugiado en la Plaza de España, creyendo ser otro asesinato, acudieron presurosos con antorchas.

Al llegar al lugar donde suponían que se había cometido el crimen, se encontraron al desgraciado Pitichinaccio en el suelo y a Michele apaleando al Doctor Pirámide, al tiempo que el *Signor* Pasquale, furioso, atacaba espada en mano a Michele.

En torno se veían varios fragmentos de guitarra.

Muchas personas se interpusieron, impidiendo el paso, tratando de evitar que actuase el viejo, que de otro modo hubiera traspasado a Michele de parte a parte. Michele, a la luz de las antorchas, se quedó helado, con los ojos asombrados, al ver quién era, como la estampa viva de la furia, sin razón alguna. Luego, lanzó, por fin, un aullido espantoso y, arrancándose los cabellos, pidió gracia y misericordia.

Ninguno de los dos, ni el Doctor Pirámide ni el viejo, habían recibido graves heridas, pero ambos estaban tan magullados que no se podían menear, viéndose precisados a trasladarles a su casa.

El *Signor* Pasquale fue causa de esta desgracia. Ya sabemos que Salvator y Antonio habían dado a Marianna una hermosa serenata; pero había olvidado decir que, para desesperación del viejo celoso, ésta se repetía todas las noches.

El *Signor* Pasquale, cuyo enojo contra los cantores trataban de contener los vecinos, hizo la tontería de dirigirse a las autoridades, a fin de que prohibiese a los dos jóvenes cantar en la calle Ripetta. La autoridad le dijo que jamás se había oído decir en Roma que se hubiese impedido a cualquiera cantar y tocar la guitarra en cualquier lugar que fuese, por lo que semejante petición no era razonable. Entonces el *Signor* Pasquale decidió terminar este asunto y prometió a Michele una buena cantidad de monedas si el primer día que volviesen apaleaba a los cantores.

Compró Michele, enseguida, un formidable garrote, y todas las noches se ponía de guardia detrás de la puerta. Pero aconteció que Salvator y Antonio juzgaron conveniente suspender sus serenatas en la calle Ripetta durante los días anteriores al golpe que preparaban, para que el viejo se tranquilizara. Marianna había dicho inocentemente que, aunque odiase a Antonio y a Salvator, había escuchado complacida las serenatas, porque no había nada más hermoso que la música que se eleva hacia el cielo durante la noche.

El *Signor* Pasquale, recordando estas palabras, en el colmo de la galantería, como enamorado caballero, proyectó sorprender a su adorada con una serenata, compuesta por él mismo, que ensayó con sumo cuidado con sus dos íntimos amigos.

Así pues, en la misma noche del día en que esperaba celebrar en el Teatro Nicolo Musso su mayor triunfo, salió a hurtadillas y fue en busca de sus compañeros, que ya estaban prevenidos. Pero, apenas habían sonado las primeras notas de las guitarras, que Michele, a quien no había informado el *Signor* Pasquale, muy contento de poder ganar la suma prometida, salió de su escondite y empezó a apalear, sin compasión, a los músicos, de lo que se siguió lo que ya sabemos.

Que ni el *Signor* Splendiano ni Pitichinaccio, que estaban en el lecho cubiertos de vendajes, pudieron acompañar al *Signor* Pasquale al Teatro de Nicolo, está fuera de dudas. Sin embargo, el *Signor* Pasquale, por su parte, no quiso renunciar a la

satisfacción de oír su partitura, a pesar de que también le dolían algo los hombros y la espalda, a causa de los palos recibidos.

—Ahora que la casualidad —dijo Salvator a Antonio— ha quitado el obstáculo que considerábamos insuperable, sólo falta que se aproveche usted con habilidad del momento favorable para raptar a su Marianna del Teatro de Nicolo. Todo le saldrá tan bien que desde ahora le doy la enhorabuena como novio de la hermosa sobrina de Capuzzi, que pronto será su esposa. ¡Le deseo que sea feliz, aunque siento un involuntario estremecimiento cuando pienso en su matrimonio!

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Antonio sorprendido.

—Llámelo usted quimera —contestó Salvator— y locas preocupaciones, o como quiera llamarlo, Antonio, no importa. Yo amo, sin duda, a las mujeres, pero incluso aquella de la que estuviese enamorado hasta la locura, aquélla por la que yo diera mi vida y todo lo que poseo, me haría estremecer si pensase que me había de unir con ella por medio del matrimonio.

La inescrutable naturaleza de las mujeres se burla de todas nuestras armas… Aquella que creíamos que se nos había entregado en cuerpo y alma con completa abnegación es la primera en engañarnos, y con frecuencia los más dulces besos destilan el más mortal veneno.

—¿Y mi Marianna? —preguntó Antonio, turbado.

—Perdóneme, Antonio —prosiguió Salvator— pero ¡hasta su Marianna, que es la personificación de la dulzura y de la gracia, me ha demostrado qué peligrosa es la misteriosa naturaleza de la mujer! Recuerde usted el comportamiento de esta niña inocente e inexperta cuando llevamos a su casa al tío, supuestamente herido, y cómo a una sola mirada mía comprendió todo y representó su papel, como usted mismo me dijo, con gran maestría. ¡Y todo esto fue poco en comparación con lo que sucedió en la visita que Musso hizo al viejo! La más fina astucia, la más impenetrable ficción, en una palabra, toda la imaginable destreza de una mujer del gran mundo no igualaría el artificio de que la joven Marianna hizo uso para engañar al viejo.

No podía obrar ella más astutamente para allanar las dificultades que debíamos superar para el logro de nuestra empresa.

En la lucha en que estamos con este loco de atar… todo artificio es permitido… ¡así pues, querido Antonio, no se atormente usted con mis quiméricas imaginaciones, sea usted muy feliz con Marianna!

Si un monje cualquiera hubiera acompañado al *signor* Pasquale, cuando éste se puso en marcha con su sobrina para ir al Teatro de Nicolo Musso, todo el mundo hubiera pensado que la extraña pareja era llevada al patíbulo, pues abría la marcha Michelle, de aspecto feroz, armado hasta los dientes, y le seguían el *Signor* Pasquale y Marianna, con veinte esbirros más.

Nicolo recibió al viejo con su dama a la entrada del Teatro con toda solemnidad, y enseguida los condujo a los asientos de preferencia que les habían reservado, muy cerca del escenario.

El *Signor* Pasquale se sintió muy halagado por este honor que le hacían y miró con orgullo a su alrededor, y aumentó más su placer y contento cuando advirtió que todos los sitios próximos a Marianna estaban ocupados únicamente por mujeres. Detrás de las decoraciones de la escena había un par de violines y un contrabajo que estaban afinando; el corazón del viejo latía lleno de ansiedad y se estremeció hasta la médula de los huesos, herido como por una descarga eléctrica, cuando repentinamente resonó el estribillo de su aria.

Se adelantó Formica en traje de Pasquarello, y cantó…, ¡cantó, con la misma voz y las mismas contorsiones que Capuzzi, la más detestable de todas las arias!… El teatro pronto resonó con las estrepitosas risotadas de los espectadores delirantes, que exclamaban:

—¡Ah, Pasquale Capuzzi!… ¡Compositor, virtuoso celebérrimo! ¡bravo!… ¡bravíssimo!

El viejo, que no se daba cuenta de que las risas eran burlonas, estaba en el mayor grado de su alegría.

Concluida el aria, se pidió silencio; a continuación el Doctor Graziano, esta vez presentado por el mismo Nicolo Musso, entró en escena tapándose los oídos y gritando a Pasquarello que se callase de una vez y dejase de gritar y dar aquellos alaridos.

El Doctor preguntó a Pasquarello dónde había aprendido aquel modo de cantar y quién le había enseñado aquella detestable aria.

Pasquarello respondió que no comprendía cómo el Doctor podía hablar así, suponía que a él le sucedía lo mismo que a los romanos, que no tenían el menor gusto por la música y desconocían los más raros talentos; que el aria era del mayor virtuoso y que él tenía la suerte de estar a su servicio y que al mismo tiempo recibía lecciones de canto y música.

Entonces Graziano, tratando de adivinar, fue nombrando uno tras otro a todos los virtuosos y compositores célebres, pero a cada nombre Pasquarello sacudía con desdén la cabeza.

Finalmente Pasquarello dijo que el Doctor manifestaba su ignorancia, puesto que ni siquiera conocía al más ilustre compositor contemporáneo. Éste no era sino el *Signor* Pasquale Capuzzi, quien le había hecho el honor de tomarlo a su servicio. ¿No veía acaso que Pasquarello podía ser amigo y servidor del *Signor* Pasquale?

Entonces el Doctor Graziano, soltando la carcajada, dijo que cómo era posible que Pasquarello dejase de servirle a él, al Doctor Graziano, que le daba buen sueldo y buena comida y además hacía la vista gorda por algún *quattrino* que le faltaba, para irse a servir a casa del más loco de todos los locos que jamás hubiese comido macarrones, en casa de aquella máscara de carnaval de todos los colores que deambulaba por las calles como un gallo mojado después de la lluvia, en casa de aquel tonto que presumía de sabio, de aquel miserable avaro, de aquel viejo pusilánime enamorado, cuyos desagradables rebuznos, a los que daba el nombre de

canto, apestaban la calle Ripetta, etc., etc.. Muy enojado, Pasquarello contestó que sólo la envidia hablaba por boca del Doctor, pero que él hablaba con el corazón en la mano (*col cuore in mano*), que el Doctor ni siquiera era el hombre capaz de juzgar al *Signor* Pasquale Capuzzi di Senegaglia —que hablaba con el corazón en la mano— y que el Doctor era poseedor de todas las ridiculeces que había atribuido al excelente *Signor* Pasquale, y que hablaba con el corazón en la mano. Que él mismo había visto con frecuencia que más de seiscientas personas se habían reído del Doctor Graziano a carcajada limpia, etc., etc..

Finalmente Pasquarello hizo un extenso panegírico de su nuevo señor, el *Signor* Pasquale, atribuyéndole todas las virtudes imaginables, y acabó con la descripción de su persona, al que describió como modelo de gracia y amabilidad.

—¡Bendito seas, Formica! —decía el *Signor* Capuzzi para sus adentros—. ¡Bendito seas, Formica, que te has propuesto hacer completo mi triunfo echando en cara a los romanos toda su envidia e ingratitud y enseñándoles claramente *quién soy yo*!

—Ved aquí a mi amo en persona —exclamó en aquel momento Pasquarello—, y se vio entrar al *Signor* Pasquale Capuzzi, en cuerpo y alma, semejante hasta en los movimientos, semblante, andares y vestimenta, al *Signor* Capuzzi, que estaba sentado en el patio, de modo que éste mismo, sobrecogido de terror, soltó la mano de Marianna, y se la pasó por la nariz y por la peluca, como para persuadirse de que no soñaba o veía doble, sino para asegurarse de que verdaderamente se encontraba en el Teatro de Nicolo Musso y si debía creer en semejante milagro.

El Capuzzi del teatro abrazó al Doctor Graziano con gran afabilidad y le preguntó cómo se encontraba. El Doctor repuso que tenía buen apetito, que su sueño era tranquilo, para servirlo (*per servirlo*), pero que su bolsa estaba vacía. Precisamente el día anterior, en honor de su amada, se había gastado los últimos ducados en comprarse un par de medias de color rosa, y justo ahora iba a ir a casa de un banquero para ver si le podía prestar treinta ducados.

—Pero ¿cómo hacéis eso —dijo entonces Capuzzi— pasando delante de vuestro mejor amigo, sin decirle ni una palabra? ¡Aquí tenéis, mi buen señor, aquí tenéis los cincuenta ducados!

—Pasquale, ¿qué estás haciendo? —dijo a media voz el Capuzzi de la sala.

El Doctor Graziano se puso a hablar de letras de cambio y de intereses, pero el *Signor* Capuzzi dijo que de un amigo como el Doctor no pretendía nada.

—Pasquale, ¿has perdido la cabeza? —exclamó el Capuzzi de la sala a media voz.

—¡Pasquale, estás loco…, poseído del demonio! —gritó Capuzzi desde abajo. Pero le mandaron callar.

Pasquarello elogió doblemente a Capuzzi y llegó a hablar del aria compuesta por Capuzzi, y con la que él, Pasquarello, esperaba encantar a todo el mundo.

Capuzzi, el del teatro, tocó amigablemente por la espalda a Pasquarello y le dijo

que a él, que siempre había sido fiel servidor, podía confiarse y decirle la verdad: que nunca había entendido nada del arte de la música y que las canciones de las que hablaba, como todas las demás arias, no las había compuesto, sino que las había robado de las *canzone* de Frescobaldi y de los motetes de Carissimi.

—¡Mientes, miserable! —gritó Capuzzi, desde la sala, levantándose de su asiento.

Le hicieron callar de nuevo y la señora que estaba sentada a su lado le hizo volver a sentarse.

—Ya es tiempo —continuó diciendo el Capuzzi del teatro— de pensar en otras cosas más importantes. Mañana daré un gran banquete y Pasquarello tendrá que estar muy atento para traer lo necesario.

Luego sacó una lista de los más delicados platos y de los más caros, que fue leyendo en alto; a cada uno Pasquarello fue poniendo precio y a medida que los iba leyendo recibía el dinero.

—¡Pasquale!… ¡Loco! ¡Que no tienes juicio!, ¡Bellaco! ¡Derrochador! —gritaba Capuzzi interrumpiéndoles, y su cólera iba en aumento a medida que iban aumentando también los gastos del extravagante almuerzo.

Concluida la lista, Pasquarello preguntó qué motivo le obligaba al *Signor* Pasquale a dar una fiesta tan espléndida.

—Es que mañana —contestó el Capuzzi del teatro—, mañana es el día más feliz de mi vida. Has de saber, mi buen Pasquarello, que celebro la boda de mi querida sobrina Marianna. ¡Le he concedido su mano al apuesto joven, al excelente pintor Antonio Scacciati!

Apenas el Capuzzi del teatro hubo acabado de pronunciar estas palabras, que Capuzzi, fuera de sí, frenético, con rabia infernal reflejada en su enrojecido semblante, se levantó y dirigiendo sus puños contra su sosias, le dijo con voz chillona:

—¡Esto no lo harás, no lo harás, villano Pasquale! ¿Es que pensabas entregar a tu Marianna, perro? ¿La querías lanzar en los brazos de un condenado mendigo?… ¿a la dulce Marianna, a tu vida…, a tu esperanza…, a tu todo? ¡Ah, vete…, vete, loco de atar, vete y no te me acerques! ¡Mira que con estas manos te daré tales golpes que se te quitarán las ganas de comidas y bodas!

Pero Capuzzi, el de la escena, imitando la actividad y el furor de Capuzzi, el de la sala, respondió gritando mucho más, con voz chillona:

—¡Que los diablos te lleven al infierno, maldito Pasquale, loco, viejo tonto enamorado, asno vestido de arlequín, ten cuidado que no te quite la vida para dar fin a las vergonzosas maldades que cobardemente atribuyes al honrado, al bueno y venerable Pasquale Capuzzi!

Luego, en medio de los más horribles juramentos y maldiciones del Capuzzi de la sala, el Capuzzi de la escena empezó a contar una tras otra sus infames acciones.

—¡Prueba siquiera —gritó finalmente el Capuzzi de la escena— prueba siquiera, Pasquale, viejo mono enamorado, a estorbar la dicha de estos dos jóvenes que el cielo

ha criado el uno para el otro!

Al mismo tiempo se vio aparecer en el teatro a Marianna y a Antonio abrazados.

Aunque el viejo tenía las piernas muy débiles, la rabia le dio fuerza y agilidad. De un brinco se plantó en la escena y con al espada en la mano se lanzó contra el que creía ser Antonio. Pero sintió que le detenían, cogiéndole por detrás. Un oficial de la guardia pontificia le tenía cogido y le decía severamente:

—¡Tenga usted en cuenta, *Signor* Pasquale, que está en el Teatro de Nicolo Musso! Sin querer, hoy ha representado usted un papel muy divertido. Aquí ya no encontrará usted ni a Antonio ni a Marianna.

Las dos personas que Capuzzi había tomado por Antonio y Marianna se le habían acercado con los demás, y Capuzzi se encontró delante de unos rostros completamente desconocidos. Se le cayó la espada de las temblorosas manos, suspiró profundamente como si despertara de un profundo sueño, se pasó la mano por la frente y abrió los ojos. Presintiendo todo lo que había pasado, con una voz terrible que hacía temblar las paredes, comenzó a gritar:

—¡Marianna! —Pero ella no podía ya oír su grito, pues Antonio había sabido escoger muy bien el momento en que Pasquale, olvidándose de todo lo que le rodeaba, y aun de sí mismo, regañaba con su sosias; se había acercado a Marianna, y con ella había huido por una puerta lateral, donde le esperaba un *vetturino* con su coche. Partieron inmediatamente en dirección a Florencia. ¡No! —volvió a gritar el viejo—. ¡No está! ¡Ha huido! ¡Ese bribón de Antonio me la ha robado! ¡Vamos, corramos! ¡Tened piedad de mi palomita! ¡Ah, qué víbora!

En diciendo esto, el viejo quiso echar a correr. Pero el oficial le retuvo con fuerza y le dijo:

—¿Se refiere usted a aquella hermosa joven que estaba sentada al lado de usted? Si es ésa, hace mucho tiempo que ha desaparecido, mientras discutía usted inútilmente con el actor que tanto se parece a usted. Si no me engaño, ha salido con el joven Antonio Scacciati. No se preocupe, se harán todas las gestiones necesarias para encontrarla y se la devolverá a usted. En cuanto a usted, *Signor* Pasquale, ¡me veo precisado a arrestarle por el escándalo que ha causado y por el ataque criminal que ha intentado en la persona de este actor!

El *Signor* Pasquale, pálido como un difunto, e incapaz de pronunciar una sola palabra, fue conducido por los mismos esbirros que debían protegerle contra los espectros y diablos enmascarados, y así fue cómo la misma noche en que esperaba celebrar su triunfo se hizo víctima de la vergüenza y desesperación reservada a los viejos enamorados.

Salvator Rosa deja Roma y se dirige a Florencia. Fin de la historia.

Todo lo de este mundo está sujeto a continuas variaciones y nada es más caprichoso que el sentimiento de los hombres, que gira continuamente como la rueda de la diosa Fortuna. Tal vez se ve hoy muy colmado de honores el que ayer se vio objeto de la más amarga crítica, y mañana se ensalzará hasta las nubes al que hoy se pisotea.

Nadie había en toda Roma que no se burlase del viejo Pasquale Capuzzi, por su sórdida avaricia, por su loco amor, por sus tiránicos celos, y que no desease al mismo tiempo la libertad de su víctima, la pobre Marianna. Pero en el momento en que Antonio logró robar a su amada, todas las burlas y sarcasmos hacia el viejo loco se trocaron en compasión, al verle andar por las calles de Roma cabizbajo y desconsolado. Además, una desgracia no viene nunca sola.

Sucedió, pues, que el *Signor* Pasquale, después de la fuga de su Marianna, perdió también a sus dos amigos, pues Pitichinaccio se ahogó con una almendra que quiso imprudentemente tragar cuando hacía un gorgorito; y el Doctor Splendiano Accoramboni fue víctima de una falta de ortografía, que recayó sobre él mismo. Los palos que recibió de Michele le sentaron tan mal que fue presa de una gran fiebre. Por este motivo decidió curarse con una medicina que había inventado, para la cual, pidiendo pluma y tintero, escribió la receta, pero por descuido escribió un signo diferente y aumentó indebidamente la dosis de una sustancia venenosa. Apenas hubo tragado la poción cuando cayó sobre la almohada y expiró, demostrando de este modo maravilloso con su propia muerte el gran efecto de la última poción que había preparado.

Como ya hemos dicho, aquellos que al principio se divirtieron a expensas del viejo y habían deseado un buen éxito a las tentativas de Antonio, sentían ahora una profunda compasión por el viejo, y recaía el mayor odio no contra Antonio, sino contra Salvator, a quien miraban, y con mucha razón, como el promotor de aquella empresa.

Los enemigos de Salvator, que siempre eran muchos, no dejaban de atizar el fuego.

—Ved ahí —decían— al criminal cómplice de Masaniello, que toma parte y protege todas las empresas de bandidos; ¡su presencia en Roma un día u otro llegará a ser una amenaza!

Realmente la banda de los envidiosos que se habían conjurado contra Salvator logró frenar su fama. Viéronse salir de su taller muchos cuadros nacidos de su ardiente fantasía, maravillosamente pintados, pero a su vista los supuestos conocedores se alzaban de hombros, diciendo que las montañas eran demasiado

azules, que los árboles eran demasiado verdes, o que las figuras eran demasiado largas, o demasiado cortas, criticando todo lo que no tenía tacha, y tratando de disminuir por todos los medios posibles los grandes méritos de Salvator.

Especialmente le perseguían los académicos de San Luca, que no le podían perdonar la intrusión del cirujano, y llegaban al punto de denigrar los deliciosos versos que Salvator escribió durante aquellos días, insinuando que eran producto de vergonzoso plagio y no fruto original.

Por todos estos motivos, Salvator no lograba rodearse de aquel esplendor con el que en otros tiempos había brillado en Roma, y en lugar del soberbio taller al cual venían a visitarle las más grandes personalidades de Roma, permaneció en casa de la señora Caterina, bajo las ramas verdes de su higuera, y justamente esta sencillez muchas veces le consolaba y le daba tranquilidad. Pero la malevolencia y la envidia de sus enemigos atormentaba demasiado a Salvator y sentía como una enfermedad secreta, que procedía de la ira y de la melancolía, que desgastaba sus mejores energías.

En este estado de ánimo ejecutó dos grandes cuadros que pusieron en conmoción a toda la ciudad de Roma. Uno representaba la caducidad de todas las cosas, y en la figura principal, una mujer de ligeras costumbres que llevaba reflejado en el semblante el signo de su condición infame, todos reconocieron a la amante de un cardenal. En el otro cuadro estaba representada la diosa de la Fortuna que distribuía todos sus ricos dones, y su mano derecha derramaba capelos cardenalicios, tiaras episcopales, monedas de oro y cruces de distinción sobre corderos que balaban, asnos que rebuznaban y otros viles animales, mientras que hombres de noble figura, cubiertos de harapos, miraban hacia lo alto en espera de recibir algún don.

Salvator había desahogado su rencor dibujando cabezas de animales que tenían algunos rasgos de algunos personajes eminentes. Puede suponerse cómo aumentó el odio y las persecuciones contra él.

La señora Caterina le avisó con lágrimas en los ojos y le dijo que había reparado que al anochecer gentes sospechosas rondaban la casa y parecían espiar todos sus pasos.

Salvator comprendió que ya era hora de dejar Roma, así es que se despidió con dolor de las únicas personas que quería, de la señora Caterina y de sus encantadoras hijas. Recordando las repetidas invitaciones del Duque de Toscana, se fue a Florencia. Allí fue generosamente recompensado por todas las ofensas que se le habían hecho en Roma y recibió todos los honores y toda la fama que se merecía. Los regalos del Duque y los altos precios que le daban por sus cuadros le pusieron pronto en estado de ocupar una gran casa y de amueblarla con magnificencia.

En ella se reunían en torno a él los poetas y los sabios más célebres de la época; basta recordar que entre ellos estaban Evangelista Toricelli, Valerio Chimantelli, Battista Ricciardi, Andrea Cavalcanti, Pietro Salvati, Filippo Apolloni, Volumnio Bandelli y Francesco Rovai. Se ejercitaban allí el arte y la ciencia unidos en

armoniosos lazos, y Salvator Rosa supo dar a sus reuniones un carácter fantástico que animaba y estimulaba los espíritus.

Así, el salón del comedor parecía un bosquecillo encantado, con flores y arbustos perfumados y fuentes murmuradoras, y hasta los alimentos que eran traídos a la mesa por pajes con trajes extraños y originales tenían un aspecto insólito como si vinieran de un lejano país fabuloso. Estas reuniones de poetas y de sabios en casa de Salvator Rosa recibió el nombre de Accademia de Percossi.

Mientras que Salvator dedicaba su espíritu, de este modo, al arte y a las ciencias, consagraba su afecto a su amigo Antonio Scacciati, que compartía una feliz e independiente vida de artista con la hermosa Marianna. A veces recordaban al viejo y engañado *Signor* Pasquale y todo lo que había sucedido en el Teatro de Nicolo Musso.

Antonio preguntó a Salvator cómo se las había arreglado para lograr que no sólo Musso, sino el excelente *Signor* Formica y Agli se hubiesen interesado por su suerte; Salvator dijo que todo era muy natural pues, como Formica había sido su mejor amigo en Roma, había cumplido con mucho gusto en escena todo lo que Salvator le había ido indicando. Por otra parte Antonio le dijo que, no obstante lo que le había hecho reír la escena que le había llevado a lograr su felicidad, deseaba de todo corazón reconciliarse con el *Signor* Pasquale, renunciando por completo a la dote de Marianna que el viejo conservaba aún, ya que con su arte ganaba suficiente dinero para vivir.

En cuanto a Marianna, no podía contener sus lágrimas al pensar que el hermano de su padre no le perdonaría jamás, ni aun en la hora de su muerte, la partida que le había jugado, y esta idea del odio de Pasquale ensombrecía el esplendor de su felicidad.

Salvator consoló a ambos, a Antonio y a Marianna, diciéndoles que el tiempo arreglaba cosas mucho más difíciles y que la casualidad podía llevar al viejo a una reconciliación con menos riesgo para ellos del que hubieran corrido permaneciendo en Roma o volviendo a esta ciudad.

Ya veremos que al decir esto, Salvator estaba inspirado por un espíritu profético.

Pasado cierto tiempo, un día Antonio apareció en el taller de Salvator, pálido como la muerte y casi sin respirar.

—¡Salvator —exclamó—, Salvator, amigo mío, protector mío!… ¡Estoy perdido si usted no me socorre! Pasquale Capuzzi está aquí y ha logrado una orden de prisión contra mí como raptor de su sobrina.

—Pero —dijo Salvator— ¿qué puede ahora el *Signor* Pasquale hacer contra ustedes? ¿Acaso su unión no está ya consagrada por la Iglesia?

—¡Ay! —repuso Antonio, desesperado—, ni la bendición de la Iglesia me puede defender. El Cielo sabe por qué medios el viejo ha podido llegar hasta el sobrino del Papa. En una palabra, éste le ha tomado bajo su protección y le ha dado esperanzas de que el Santo Padre anulará el matrimonio de Marianna, y que a él le procurará una

dispensa para poderse casar con su sobrina.

—¡Ah —exclamó Salvator—, todo lo comprendo ahora! Seguramente el odio que me tiene el sobrino del Sumo Pontífice es una amenaza para usted. Sepa usted que este altivo y brutal rústico me sirvió de modelo para uno de mis animales del cuadro de la Fortuna. Él sabe, como también lo saben todos los romanos, que yo fui el que organizó el rapto de Marianna, y como no puede vengarse de mí, le persigue a usted.

Querido Antonio, aunque no le tuviese a usted por mi más íntimo y mejor amigo, el mal paso en que le he metido bastaría para decidirme en favor de su causa, pero ¡por Dios Santo, no sé cómo arreglármelas para jugarles una mala pasada a todos sus enemigos!

Mientras decía esto, Salvator, que había seguido pintando, dejó a un lado la paleta y los pinceles y, apartándose del caballete, cruzándose de brazos, empezó a pasear por la estancia, mientras Antonio permanecía absorto, con los ojos fijos en el suelo, hasta que finalmente Salvator se detuvo delante de él, y le dijo sonriendo:

—Escuche, Antonio, yo no puedo hacer nada ahora contra sus poderosos enemigos; pero hay alguien que puede ayudarles y les ayudará. Éste es el *Signor* Formica.

—¡Ah! —dijo Antonio—, no os burléis de un infeliz que se ve privado de todo socorro.

—¿Ya vuelve usted a desesperarse? —exclamó Salvator de muy buen humor, riéndose a carcajadas—. Ya se lo he dicho, Antonio. ¡El amigo Formica le ayudará en Florencia, tal como le ayudó en Roma! Vuélvase tranquilo a casa, consuele a su Marianna, y espere con confianza el desenlace de todo esto. Espero que se halle usted dispuesto a seguir las instrucciones del *Signor* Formica, porque precisamente se encuentra aquí.

Antonio se lo prometió con toda su alma, y sintió que renacía de nuevo en su ser la esperanza y la confianza. Sumamente sorprendido quedó el *Signor* Pasquale cuando recibió una solemne invitación de la Academia de’Percossi.

—¡Ah —exclamó—, se ve que aquí en Florencia aprecian y estiman más los méritos y los datos excepcionales de Pasquale Capuzzi de Senigaglia!

Así pues, la idea del arte y de los honores borró la aversión que hubiera sentido por una reunión a cuyo frente se encontraba Salvator Rosa.

Cepilló más que nunca el suntuoso vestido español, puso una pluma nueva al sombrero puntiagudo, así como también cintas nuevas a los zapatos, y adornado de esta suerte el *Signor* Pasquale, reluciente como un escarabajo, hizo su aparición en casa de Salvator. La magnificencia de qué se vio circundado, junto con el recibimiento que le hizo Salvator, que vino a su encuentro ricamente vestido, le inspiraron respeto, y, como suele suceder siempre a los espíritus mezquinos, que, primero henchidos de arrogancia, se encorvan y arrastran por el polvo así que sienten una superioridad cualquiera, Pasquale se comportó con humildad y respetuosamente delante de aquel mismo Salvator que tanto se empeñó en Roma en hacer perseguir.

De todas partes recibía atenciones el *Signor* Pasquale y se le pedía con gran interés que diese su opinión, se le elogiaba por sus méritos y dedicación al arte, de tal modo que se sintió como inspirado y habló juiciosamente como jamás se hubiera podido esperar de él. Si a esto se añade que jamás en su vida se le había ofrecido una comida semejante y que nunca había bebido unos vinos tan exquisitos, no debe maravillarnos que su contento aumentase por momentos, y que olvidase, no sólo los agravios de Roma, sino también el penoso asunto que le traía a Florencia.

Los académicos acostumbraban después de la comida a hacer alguna representación cómica improvisada, así que aquella tarde el dramaturgo Filippo Apolloni propuso a todos aquellos que por lo común tomaban parte en ellas terminar la fiesta con alguna de estas diversiones.

Salvator salió al momento, para hacer todos los preparativos necesarios, y al cabo de muy poco rato las plantas que se encontraban en un extremo del comedor empezaron a moverse, los ramos frondosos se abrieron y apareció un pequeño teatro con algunos sitios para los espectadores.

—¡Por todos los santos de la corte celestial! —exclamó Capuzzi, asustado—. ¿Dónde estoy? ¡Pero si éste es el teatro de Nicolo Musso!

Sin hacer caso de su exclamación, Evangelista Toricelli y Andrea Cavalcanti, sujetos graves y de aspecto serio e imponente, le cogieron del brazo y le condujeron a un asiento muy cerca del escenario, colocándose uno a cada lado.

Apenas se habían acomodado que apareció en escena Formica vestido como Pasquarello.

—¡Maldito Formica! —chilló Pasquale abalanzándose desde su asiento hacia el teatro y amenazando con los puños.

Las severas miradas de Toricelli y de Cavalcanti le impusieron silencio y moderación.

Pasquarello lloraba y se lamentaba, maldiciendo su suerte que no le proporcionaba más que miseria y desgracias, y jurando que ya no sabía cómo hacer para reírse, y asegurando que llegaría a matarse dándose de puñaladas, si no fuese porque no podía resistir la vista de la sangre, o que se arrojaría al Tíber, si le fuese posible dejar de nadar en el agua.

En esto, he aquí que entró el Doctor Graziano y preguntó a Pasquarello la causa de su aflicción. Pasquarello le dijo si no sabía lo que había sucedido en casa de su amo el *Signor* Pasquale Capuzzi di Senigaglia y si no estaba enterado de que un infame, un malvado, había raptado a su sobrina Marianna.

—¡Ah! —murmuró Capuzzi—, ya lo adivino, *Signor* Formica. ¡Ahora quiere usted excusarse conmigo! ¡Quiere que le perdone! ¡Veremos, veremos!

El Doctor Graziano le expresó su condolencia y dijo que aquel malvado debía de haber sido muy diestro para escapar a todas las pesquisas de Capuzzi.

—¡Oh, oh! —contestó Pasquarello—, no crea usted, Señor Doctor, que el pícaro de Antonio Scacciati haya podido escapar del *Signor* Pasquale Capuzzi, que goza de

la protección de tantos amigos poderosos; Antonio ha sido arrestado, su matrimonio ha sido anulado y Marianna ya está de nuevo en poder de Capuzzi.

—¿Que ya la tiene? —gritó Capuzzi fuera de sí—, ¿que ya la tiene el buen Pasquale? ¿Ya tiene a su palomita? ¿Está este bandido de Antonio encarcelado? ¡Oh, bendito *Signor* Formica!

—Toma usted parte muy activa en la representación, *Signor* Pasquale —dijo Cavalcanti poniéndose muy serio—. Deje usted que hablen los actores y no les interrumpa, pues les distrae.

El *Signor* Pasquale, avergonzado, volvió a sentarse donde tan bruscamente se había levantado.

El Doctor Graziano preguntó qué más había sucedido.

—Una boda —contestó Pasquarello—, una boda se ha celebrado. Marianna se ha arrepentido de lo que ha hecho, el *Signor* Pasquale ha obtenido del Sumo Pontífice la tan deseada dispensa y se ha casado con su sobrina.

—¡Sí, sí, —murmuró Pasquale Capuzzi para sus adentros, centelleándole los ojos de placer—, sí, sí, mi querido Formica, se ha casado con la dulce Marianna el felicísimo Pasquale!

Sí, bien sabía él que su palomita le amaba y que sólo Satanás fue quien la sedujo.

—Pues bien —decía el Doctor Graziano—, ya está todo en orden y no hay motivo para afligirse.

Pero Pasquarello volvió a suspirar y sollozar con más fuerza que antes, y finalmente acabó por desmayarse como rendido por un atroz dolor.

El Doctor Graziano corrió de una parte a otra lamentándose de no llevar encima ningún botecito de sales, escudriñó en todos sus bolsillos y sacó, por fin, una castaña asada que puso a Pasquarello debajo de la nariz.

Éste volvió en sí, dando fuertes estornudos y les suplicó que perdonasen lo delicado de sus nervios, y luego explicó que Marianna, después de su matrimonio, cayó en una profunda melancolía repitiendo el nombre de Antonio y tratando al viejo con horror y desprecio. El viejo, cegado por su loca pasión y por sus celos, no dejaba de perseguirla con su odioso amor.

Al llegar aquí, Pasquarello contó una infinidad de locuras del *Signor* Pasquale, que todos le atribuían en Roma. El *Signor* Capuzzi se movía y removía en su asiento y murmuraba entretanto:

—¡Maldito Formica…! ¡Mientes!… ¿Qué demonio te inspira?

Solo Toricelli y Cavalcanti, que no apartaban los ojos de él, impidieron que estallase su cólera.

Pasquarello concluyó diciendo que la infeliz Marianna había muerto en la flor de la edad, al no poder resistir el profundo dolor y los mil tormentos que le causaba el maldito viejo.

En aquel mismo instante se oyó un *De profundis* entonado por voces roncas de bajo y aparecieron en escena algunos hombres vestidos con largos trajes negros,

llevando un féretro abierto… En éste veíase el cadáver de la bella Marianna envuelto en un sudario blanco. El *Signor* Pasquale Capuzzi, con el más profundo dolor, le seguía vacilante y, golpeándose el pecho, gritaba con la más profunda desesperación.

—¡Oh, Marianna, Marianna!

Apenas el verdadero Capuzzi reparó en el cadáver de su sobrina, prorrumpió en lastimeros sollozos, y ambos Capuzzi, el de la escena y el de la sala, gritaban y sollozaban dando gritos que desgarraban el corazón.

—¡Oh, Marianna!… ¡Oh, Marianna!… ¡Qué desgraciado soy!… ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Imaginad lo que sería ver el féretro abierto con el cadáver de la hermosa niña, rodeada de hombres vestidos de luto, la fúnebre salmodia del *De profundis*, a Pasquarello y al Doctor Graziano con las máscaras cómicas, que expresaban su aflicción con los más ridículos ademanes, y finalmente los dos Capuzzi que sollozaban y se lamentaban desesperados! En realidad todos aquellos que asistían al extravagante espectáculo, aunque estaban presos de una risa irresistible al ver a los extravagantes viejos, no podían remediar sentir un siniestro estremecimiento.

De repente se oscureció el teatro, se oyó el ruido de los truenos y la luz de los relámpagos y desde el fondo del escenario salió una figura pálida, semejante en las facciones a Pedro, el padre de Marianna, hermano de Capuzzi, muerto en Senigaglia.

—¡Maldito Pasquale! —gritó el fantasma con acento espantoso— ¿qué has hecho de mi hija? ¿Qué has hecho de mi hija? ¡Maldito seas! ¡Condenado asesino de mi hija! ¡En el infierno encontrarás tu recompensa!

Al oír estas palabras el Capuzzi de la escena cayó desplomado como herido por un rayo y al mismo tiempo el Capuzzi de la sala cayó también de su asiento desmayado. Las plantas volvieron a cerrarse y desapareció el escenario al tiempo que desaparecían Marianna y Capuzzi y el pavoroso fantasma de Pedro. El *Signor* Pasquale Capuzzi permaneció sumido en un desmayo tan profundo que costó mucho trabajo hacerle volver en sí.

Finalmente se recobró con un profundo suspiro, extendió delante de sí los brazos como si quisiera rechazar el objeto de su terror, y exclamó con voz sorda:

—¡Pedro, por piedad, déjame!

Luego, derramando un torrente de lágrimas, dijo, mientras sofocaba los sollozos:

—¡Ah, Marianna, mi querida y hermosa Marianna!… ¡Mi Marianna!

—Sea razonable, *Signor* Pasquale, sea razonable. Solamente ha visto muerta a su sobrina en las tablas. Ella vive, está aquí y dispuesta a pediros perdón por el imprudente paso que ha dado sin reflexionar, movida por su amor y quizá por el proceder poco sensato de usted.

Entonces, desde el fondo de la sala, avanzó Marianna seguida de Antonio Scacciati y se precipitaron a los pies del viejo, al que habían sentado en un sillón. Marianna, con una gracia incomparable, le tomó las manos, lo regó con sus lágrimas ardientes, lo cubrió de besos y pidió perdón por ella y por Antonio, con quien estaba ya casada por la Iglesia.

La cólera encendió de pronto la palidez mortal del rostro del viejo, sus ojos relampaguearon por la rabia y exclamó con voz ahogada:

—¡Ah, maldito!… ¡Serpiente venenosa que, por mi desgracia, he alimentado en mi seno!

En esto, el viejo y grave Toricelli se colocó con dignidad delante de Capuzzi y le dijo que ya acababa de ver en escena qué suerte le esperaba a Capuzzi, privándole de toda esperanza si osaba continuar en sus funestos proyectos respecto a la paz y la felicidad de Marianna y de Antonio. Enseguida le pintó con los más vivos colores la locura de los viejos enamorados que atraen hacia sí las más horribles desgracias que pueden acontecer a hombre alguno, el ser causa de la pérdida del amor que pudiera gozar y ser luego objeto de las flechas mortales que le lanzasen el odio y el desprecio.

Entretanto la bella Marianna exclamaba con una voz que llegaba al corazón:

—¡Oh, mi querido tío, yo le honraré y le querré como a un padre! ¡Me causaría usted la muerte separándome de Antonio!

Y todos los poetas que rodeaban al viejo exclamaron unánimes que era imposible que un hombre dedicado al arte como el *Signor* Pasquale Capuzzi di Senigaglia, que un artista tan refinado como él no quisiera perdonar, visto que hacía de padre de la más encantadora de todas las mujeres, y no quisiera acoger con alegría como yerno a un gran artista como Antonio Scacciati, honrado y estimado por toda Italia.

Era evidente que el viejo no podía ocultar la lucha que se libraba en su interior. Suspiraba, gemía y se tapaba el rostro con las manos, y mientras Toricelli le dirigía los más persuasivos discursos, Marianna le rogaba con la mayor ternura, mientras el resto de los presentes se deshacían en elogios de Antonio Scacciati, cuyos vestidos resplandecientes y las ricas cadenas que llevaba demostraban que era verdad todo lo que el viejo oía decir acerca de la reputación del artista.

Desapareció, por fin, el último rasgo de enfado del semblante de Capuzzi, se levantó con ojos brillantes y, abrazando a Marianna, exclamó:

—¡Sí, te perdono, hija mía; te perdono también, Antonio! ¡Lejos de mí turbar vuestra felicidad! Tiene usted razón, *Signor* Toricelli; Formica me ha hecho ver en escena todas las penas y desgracias que me habría ocasionado mi proyecto. ¡Estoy curado, enteramente curado de mi locura!

Pero ¿dónde está el *Signor* Formica? ¿Dónde está este médico maravilloso para poderle dar las gracias por mi curación? El terror que me ha sabido inspirar ha cambiado mi alma.

Pasquarello se adelantó. Antonio lo abrazó, exclamando:

—¡Ah, *Signor* Formica, a usted le debo la vida, todo! ¡Quítese usted esa máscara, muéstreme su rostro para que ya no sea por más tiempo un misterio para mí!

Pasquarello se quitó el gorro y la máscara complicada que le ocultaba el rostro natural, aunque no impedía la mímica, y en Formica y en Pasquarello reconocieron a Salvator Rosa.

—¡Salvator! —exclamaron sorprendidos Marianna, Antonio y Capuzzi.

—Sí —dijo aquel hombre extraordinario—. Soy Salvator Rosa, a quien los romanos no quisieron reconocer como pintor y como poeta y a quien sin saberlo prodigaron durante todo un año frenéticos aplausos, sin darse cuenta de que el Formica del miserable teatro de Nicolo Musso, que todos los días satirizaba y en voz alta castigaba su mal gusto, fuese el mismo Salvator, de quien no soportaban ni los versos ni los cuadros con las mismas ideas. Sí, Salvator Formica, amigo Antonio, es quien ha venido en su ayuda.

—Salvator —dijo entonces el viejo Capuzzi—, Salvator Rosa, tanto como le he odiado como impar enemigo, también he admirado su arte, pero ahora le quiero como a mi mayor amigo y le ruego que interceda usted por mí.

—Hable usted —repuso Salvator—, hable usted mi buen *Signor* Pasquale. Dígame en qué puedo servirle, y esté usted seguro de que procuraré por todos los medios cumplir sus deseos.

Entonces volvió a verse en el rostro de Capuzzi la dulce sonrisa que había desaparecido desde el rapto de Marianna. Tomó la mano de Salvator y le dijo al oído:

—Mi querido *Signor* Salvator, usted tiene mucho poder sobre Antonio, ruéguele en mi nombre que me permita pasar el resto de mis días junto a él y a mi amada hija Marianna, y al mismo tiempo que admita una cuantiosa dote que quiero añadir a los bienes de su madre. Pero con la condición de que no tomará a mal que de cuando en cuando bese su pequeña y blanca mano y… que todos los domingos me arregle los bigotes para ir a misa, pues él sabe hacerlo como nadie.

Apenas pudo Salvator contener la risa al oír al singular viejo; pero, antes de que pudiera responder, Antonio y Marianna abrazaron al viejo y le juraron que no se creerían perdonados hasta que viviesen juntos bajo el mismo techo, para no separarse jamás. Antonio añadió que se encargaba de arreglar su bigote del modo más elegante, no sólo los domingos, sino cada día, lo que acabó de llenar de alegría al viejo.

Entretanto habían preparado una suntuosa cena en la que todos tomaron parte con la mayor alegría.

Al despedirme de ti, querido lector, deseo de todo corazón que al leer la maravillosa historia del *Signor* Formica hayas sentido el mismo placer y alegría que ahora sienten Salvator y sus amigos.

Bárbara Roloffin

Barbara Roloffin (1819)

En el año 1551, se vio paseando por las calles de Berlín, a la hora del atardecer y durante la noche, a un hombre de buen aspecto y noble continente, con un jubón guarnecido de martas cibelinas, calzones muy anchos y zapatos abiertos, la cabeza cubierta de una amplia gorra de terciopelo con pluma roja.

Sus modales eran corteses y amables, saludaba caballerosamente a todo el mundo, con preferencia a las señoras y señoritas, a las que se dirigía amablemente con floridos discursos.

—Señora —decía a las damas encopetadas—, dignaos dar órdenes a vuestro humilde servidor y confiarle vuestros deseos para que al punto pueda ponerse a vuestro servicio.

Luego, dirigiéndose a las jóvenes, decía:

—¡El cielo os dé un marido digno de vuestra belleza y virtudes!

Con igual benevolencia trataba a los hombres, por lo que no era nada extraño que aquel extranjero fuese muy apreciado y que todos acudiesen en su auxilio cuando se encontraba detenido por algún torrente callejero y no sabía cómo atravesarlo. Pues si bien era alto y bien formado, cojeaba de un pie, por lo que se veía precisado a apoyarse en su cayado. Pero si alguien le daba la mano, de un salto se alzaba como a dos metros del suelo, yendo a parar algunas veces doce pasos más allá de su lugar de partida.

Esto admiraba no poco a la gente, y más de uno se rompió una pierna al ayudarle, pero el extranjero se disculpaba diciendo que en otro tiempo, cuando no era cojo, había sido maestro de danza del rey de Hungría, y ahora bastaba con que le ayudasen un poco a saltar para que se apoderase de él el deseo del baile y, muy en contra suya, se veía forzado a dar saltos en el aire. La gente se contentaba con esta explicación y hasta se divertía cuando tenían ocasión de ver a un juez, a un cura o a cualquier otra persona honorable, dando brincos con el extranjero.

Sin embargo, aunque parecía tan divertido y de tan buen humor, la conducta del extranjero a veces tenía extrañas contradicciones, pues sucedía que algunas veces por la noche recorría las calles llamando a las puertas. La gente que abría, quedaba sobrecogida de terror al verle con blancos ropajes de difunto, lanzando lastimeros gemidos y sollozos. Aunque al día siguiente se disculpaba, asegurando que era necesario hacer eso para recordar a los buenos burgueses que somos de carne mortal y que nuestra alma es inmortal, por lo que siempre deberían de estar precavidos. Al decir esto, solía llorar, lo que conmovía mucho a sus oyentes.

Asistía también a todos los entierros, y seguía al difunto con mucha reverencia, dando muestras de tanta aflicción que sus gemidos y sollozos le impedían tomar parte en los cánticos religiosos. No obstante el pesar y la aflicción que demostraba en otros casos, cuando se trataba de las bodas de sus paisanos, que tenían lugar en el Ayuntamiento, sus demostraciones de alegría y contento también eran notables; cantaba continuamente con voz bien timbrada, tocaba la cítara y bailaba horas enteras con la novia y con otras jóvenes, apoyándose en su pierna sana y disimulando la

pierna enferma, y siempre dando muestras de la mayor corrección. Sin embargo, lo que más agradaba a los recién casados de la presencia del extranjero es que acostumbraba a hacer muy ricos regalos, como cadenas y brazaletes y otros objetos valiosos.

Pronto fueron conocidas en Berlín la virtud, la liberalidad y los méritos de este personaje, y su fama llegó a oídos del gran elector, el cual consideró que un hombre tan valioso como el extranjero debería adornar su corte, por lo que envió a alguien a preguntarle si admitiría con gusto un empleo.

El extranjero contestó por escrito, en un pergamino de vara y media de largo, con caracteres encarnados, dando humildemente las gracias por el honor, pero rogando que se le concediese el favor de dejarle gozar su pacífica vida de paisano. Había escogido vivir en Berlín, mejor que en otras ciudades, porque en ningún sitio había encontrado a hombres tan amables, tan fieles y tan educados ni con tanta inclinación a la vida animada, conforme a su gusto.

El elector y sus cortesanos admiraron la elegante y hermosa letra del extranjero y se dieron por satisfechos.

Sucedió en aquel mismo tiempo, que la esposa del consejero Walther Lütkens quedó embarazada por primera vez. La vieja comadrona, Bárbara Roloffin, predijo que la bella y sana señora daría a luz un hermoso niño, por lo que el consejero Walther Lütkens se llenó de alegría y de esperanza.

El extranjero, que había asistido a la boda de Lütkens, acostumbraba visitarle de vez en cuando; de tal modo que un día al atardecer, cuando entró inesperadamente, se encontró de pronto con Bárbara Roloffin.

No bien la vieja Bárbara lo hubo visto, dio un sonoro y prolongado grito de alegría y se tuvo la sensación de que desaparecían sus arrugas, se coloreaban sus mejillas y pálidos labios como si volvieran a recobrar la juventud y la belleza, que se habían alejado de ella mucho tiempo ha.

—¡Ay, señor caballero! Pero ¿sois vos el que estoy viendo? ¡Sed bienvenido, os saludo reverentemente! —exclamó Bárbara Roloffin, al tiempo que caía a sus pies.

El caballero le contestó con acento enojado, echando chispas por los ojos; pero nadie entendió lo que habló con la vieja, sino ella, que, volviendo a palidecer y a arrugarse, se fue a esconder a un rincón.

—Querido señor Lütkens —dijo en seguida el extranjero al consejero—, cuidad de que no suceda en vuestra casa alguna desgracia y que el parto de vuestra esposa se desarrolle felizmente. La vieja Bárbara Roloffin no es tan práctica como pensáis. La conozco desde hace tiempo y sé que más de una vez ha descuidado a la parturienta y al niño.

Este extraño suceso afectó en gran manera al señor Lütkens y a su esposa, que concibieron sospechas respecto a Bárbara Roloffin, al verla tan transformada en presencia del extranjero e incluso pensaron si ejercería malas artes. Por lo cual la prohibieron volver a pisar el umbral de la casa y buscaron otra comadrona.

Este modo de obrar encolerizó mucho a la vieja Bárbara Roloffin, que dijo que el señor Lütkens y su esposa se arrepentirían amargamente de la injusticia que le hacían.

Poco tiempo después, dicho señor Lütkens vio destruidas sus esperanzas y convertidas en profundo pesar, al ver que su esposa daba a luz, en vez del niño que había anunciado Bárbara Roloffin, un horrible monstruo, con la piel de color oscura, dos cuernos, ojos saltones y grandísimos, nariz pequeña, boca enorme, lengua blancuzca y cuello escasísimo. La cabeza quedaba entre los hombros, el cuerpo era hinchado y rugoso, los brazos apenas si llegaban a sus riñones y tenía muslos largos y flacos.

El señor Lütkens gemía y se lamentaba:

—¡Justo cielo! —decía—. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Podrá este niño seguir jamás las huellas de su padre? ¿Se ha visto alguna vez un consejero con la piel oscura y dos cuernos en la cabeza?

El extranjero consolaba al pobre señor Lütkens lo mejor que podía.

—Una buena educación —decía— puede mucho.

A pesar de la forma y figura del recién nacido, que podrían considerarse heterodoxas, aseguraba que los grandes ojos miraban con gran inteligencia y que en su frente, entre los cuernos, había espacio para una buena dosis de sabiduría. Si el niño no podía llegar a ser consejero, llegaría a ser un gran sabio, a quien no le afectaría la fealdad; sino, por el contrario, le haría más estimado.

Era muy natural que en su interior el señor Lütkens atribuyese su desgracia a la vieja Bárbara Roloffin, sobre todo cuando se enteró de que, durante el parto de su esposa, estuvo sentada en el umbral de la casa. Además, la señora Lütkens le aseguraba llorando que, durante los dolores, siempre había tenido presente el odioso rostro de Bárbara Roloffin, sin poder librarse de esta visión.

Poco fundamento tenían las sospechas del señor Lütkens para motivar una acusación. Pero quiso el cielo que, poco tiempo después, se descubriesen todos los crímenes de la vieja.

Sucedió que pasados algunos días, a eso del mediodía, se desencadenó una tormenta, acompañada de un viento tempestuoso. Las personas que transitaban por las calles vieron cómo Bárbara Roloffin, que acudía a un parto, era llevada por los aires, pasando por encima de techos y campanarios, siendo después hallada indemne en una pradera de las inmediaciones de Berlín.

Desde entonces ya no se dudó más de las artes maléficas de la vieja Bárbara Roloffin. El señor Lütkens presentó su denuncia y la vieja fue encarcelada.

Al principio negó obstinadamente todo, hasta que, al aplicarle tormento, no pudiendo resistir los dolores, confesó que estaba en tratos con Satanás desde hacía tiempo y que ejercía las artes maléficas. También dijo que había embrujado a la señora de Lütkens y sustituido con un monstruo horrible al niño que llevaba en su seno, y que en otra ocasión, con otras dos brujas de Blumberg, a las que hacía poco el galán diabólico ahogó, había dado muerte y hervido a varios niños cristianos para

provocar la carestía en el país.

La sentencia que los jueces pronunciaron contra ella y que no se hizo esperar, fue la de ser quemada viva en la plaza del Mercado Nuevo.

Cuando llegó el día de la ejecución, condujeron a la vieja Bárbara, entre una inmensa multitud, a la plaza y la hicieron subir donde estaba preparada la hoguera. Le ordenaron que se quitase las hermosas pieles que llevaba, lo que se negó a hacer, y tanto insistió que los corchetes se vieron obligados a atarla al poste vestida tal cual estaba.

Ya se había pegado fuego a la hoguera por los cuatro costados cuando se vio al extranjero que, como un gigante por encima de toda la multitud, lanzaba hacia la vieja fulgurantes miradas.

Densas nubes de humo se iban ya levantando y las llamas comenzaban a prender en el vestido de la mujer, cuando ésta, con voz estridente y terrible, gritó:

—¡Satanás…, Satanás…, cumple el pacto que hemos firmado! ¡Socórreme, Satanás, socórreme! ¡Todavía no ha concluido mi tiempo!

De repente, el extranjero desapareció y, del lugar que ocupaba, salió un enorme y negro murciélago, que con gran ruido se lanzó entre las llamas, remontándose en seguida por los aires con el vestido de pieles de la vieja, mientras la hoguera, derrumbándose con estrépito, se apagaba.

El pueblo estaba poseído de terror y de espanto. Todos veían claro ahora que el magnífico extranjero no era otro que el diablo en persona, que pensaba ejercer sus malas artes entre los vecinos de Berlín, por haberse portado durante tanto tiempo con tanta benevolencia y piedad, y que esto había llegado a tal extremo que incluso engañó al consejero Lütkens con sus mañas infernales y a otros muchos hombres sabios y damas inteligentes.

¡Tan grande es el poder del demonio que sólo la gracia divina puede protegernos de sus malignos lazos!

Vampirismo

Vampirismus (1821)

—Ahora que habláis de vampirismo, me viene a la mente una historia cruel que hace tiempo leí o escuché. Creo que más bien lo último, pues ahora que recuerdo, el narrador insistió mucho en que el relato era verdadero y nombró la familia condal, y el solar donde ocurrió el suceso. Si la historia se ha publicado y la conocéis, interrumpidme, pues no hay nada más fastidioso y aburrido que escuchar cosas conocidas de antiguo.

—Me parece notar que nos vas a ofrecer algo horroroso y tremendo; así es que, por lo menos, piensa en San Serapio y procura ser lo más breve posible, para que Vincenzo tenga la palabra, pues, según veo, está impaciente por referirnos el cuento que nos prometió.

—¡Calma, calma! —exclamó Vincenzo—. Nada mejor deseo para mí que Cipriano tienda un tapiz negro que sirva de fondo a la representación mímico-plástica de mis alegres, pintorescas y saltarinas figuras. Empieza, Cipriano amigo, muéstrate seco, terrorífico, incluso espeluznante, más que el vampírico lord Byron, al que por cierto no he leído.

—El conde Hipólito —comenzó Cipriano— había regresado ya de sus largos viajes, para hacerse cargo de la rica herencia de su padre, fallecido tiempo ha. El palacio solariego estaba situado en una de las regiones más bellas y agradables del país, y las rentas que le proporcionaban sus posesiones bastaban para el costoso embellecimiento del mismo.

»Todo lo que el conde había visto a lo largo de sus viajes de más bello y atractivo y suntuoso quería verlo de nuevo levantarse ante sus ojos. Cortesanos y artistas se reunían en torno a él y acudían a su llamada, de modo que pronto comenzaron las obras del palacio, y el diseño de un amplio parque de gran estilo, en el que se hallarían incluidas iglesia, cementerio y parroquia, formando parte del artístico jardín. El conde dirigía todos los trabajos, pues tenía conocimientos suficientes para ello. Se entregó en cuerpo y alma a estas ocupaciones, de modo que transcurrió un año sin que se le ocurriese (según le aconsejó su anciano tío) dejarse ver a los ojos de las jóvenes, para escoger como esposa a la más bella, a la mejor y a la más noble.

»Una mañana que se encontraba precisamente sentado ante la mesa de dibujo, haciendo el proyecto de un nuevo edificio, se hizo anunciar una vieja baronesa, lejana pariente de su padre. Hipólito recordó al oír el nombre de la baronesa, que su padre sentía una indignación intensísima contra esta mujer, e incluso que hablaba de ella con repugnancia, y a todas cuantas personas trataban de acercarse a ella les aconsejaba que se alejasen, aunque sin explicar jamás los motivos del peligro. Cuando se le preguntaba al conde, solía decir que había ciertas cosas sobre las que más valía callar que hablar. Con más razón, cuanto que en la residencia corrían turbios rumores de un extraño e insólito proceso criminal, en el que estaba implicada la baronesa, que separada de su marido y expulsada de su alejado lugar de residencia, sólo gracias a la intervención del príncipe se veía libre de encarcelamiento.

»Muy molesto se sintió Hipólito por la proximidad de una persona a la que su

padre aborrecía, aunque los motivos del aborrecimiento le fuesen desconocidos. La ley de la hospitalidad, que era privativa de toda esta región, le obligaba a recibir la desagradable visita. Jamás una persona había causado al conde una impresión tan antipática en su apariencia —aunque en realidad no fuese odiosa— como la baronesa.

»Nada más entrar, traspasó al conde con una mirada de fuego, luego entornó los párpados y se disculpó de su visita, casi con expresión humilde. Se quejó de que el padre del conde, poseído por extraños prejuicios, a los que le habían inducido sus enemigos maliciosamente, la había odiado hasta la muerte, de modo que, aunque languidecía en la mayor pobreza, y se avergonzaba de su estado, nunca había recibido la menor ayuda. Al fin, como inesperadamente se hubiera visto en posesión de una pequeña suma de dinero, le había sido posible abandonar su residencia y huir hacia un pueblo muy alejado de aquella región. Antes de emprender el viaje no había podido resistir el impulso de conocer al hijo del hombre que le había profesado un odio tan injusto e irreconciliable, aunque a su pesar le reverenciase.

»Fue el conmovedor tono de verdad con que habló la baronesa, lo que emocionó al conde, cuanto más que lejos de mirar el desagradable semblante de la vieja, hallábase absorta su mirada en la contemplación de la adorable, maravillosa y encantadora criatura que la acompañaba.

»Calló ésta y el conde pareció no darse cuenta: permanecía abstraído. La baronesa pidió que la disculpase, pues al entrar sintióse desconcertada, y se le olvidó presentar a su hija Aurelia. Sólo al oír esto recuperó el conde la palabra, y juró, enrojeciendo totalmente, lo que sumió en la mayor confusión a la adorable joven, que le concediesen enderezar lo que su padre había ejecutado por error, y les suplicó que, conducidas por su propia mano, entrasen en el palacio.

»Para confirmar estas palabras tomó la mano de la baronesa, pero la respiración y el habla se le cortaron, al tiempo que un frío enorme le recorría el cuerpo. Sintió que su mano era apresada por unos dedos rígidos, helados como la muerte, y le pareció como si la enorme y huesuda figura de la baronesa —que le contemplaba con ojos sin visión— estuviese envuelta en la espantosa vestimenta de un cadáver.

»—¡Oh, Dios mío, qué desgracia está sucediendo en este momento! —gritó Aurelia, y empezó a gemir con una voz tan quejumbrosa, que su pobre madre repentinamente fue presa de un ataque convulsivo, de cuyo estado, como de costumbre, solía salir unos instantes después, sin necesidad de valerse de ningún medio. Con gran trabajo se desprendió el conde de la baronesa, y como tomase la mano de Aurelia y depositase en ella un ardiente beso, sintió que el dulce deleite del amor y el fuego de la vida retornaban a invadir su ser.

»Próximo a la edad madura, sintió el conde, por primera vez, todo el poder de la pasión, de tal modo que le resultó muy difícil esconder sus sentimientos, y como Aurelia le manifestase su agrado de manera ingenua, se encendió en él la esperanza. Apenas pasaron unos cuantos minutos cuando la baronesa despertó de su desmayo e, ignorante de lo que había sucedido, aseguró al conde que estimaba la invitación de

permanecer algún tiempo en el palacio, y que olvidaba para siempre todo el mal que su padre le había causado. Así fue como, repentinamente, cambió el hogar del conde, hasta el punto que llegó a pensar que, por un especial favor, el destino le había llevado hasta allí a la persona más ardientemente adorada de todo el universo, para concederle la mayor felicidad de que puede gozar un ser humano.

»La conducta de la baronesa fue idéntica, permaneció silenciosa, seria, incluso reservada, y mostró siempre que había ocasión favorable, un dulce talante y hasta una inocente alegría en el fondo de su corazón.

»El conde, que ya se había habituado al extraño semblante cadavérico y a su figura fantasmal, atribuyó todo esto a su enfermedad, así como la tendencia a una intensa exaltación, de la que daba muestras —según le había dicho su gente— durante los paseos nocturnos que efectuaba por el parque, en dirección al cementerio.

»El conde se avergonzó de que los prejuicios de su padre le hubiesen prevenido tanto contra ella y trató de vencer el sentimiento que le sobrecogía, siguiendo los consejos de su buen tío que le indicaba librarse de una relación que tarde o temprano le perjudicaría.

»Convencido del intenso amor de Aurelia, pidió su mano y figuraos con qué alegría la baronesa aceptó, viéndose transportada de la mayor indigencia al seno de la felicidad. La palidez y aquel aspecto que denotaba un interior extremadamente desasosegado, fue desapareciendo del semblante de Aurelia. La felicidad del amor resplandecía en su mirada y daba a sus mejillas un tono rosado.

»La mañana del día que se iba a celebrar la boda, un acontecimiento sobrecogedor vino a contrariar los deseos del conde. Encontraron a la baronesa inerte en el parque, caída en el suelo, con el rostro en tierra, no lejos del camposanto, y la transportaron al palacio, precisamente cuando el conde se levantaba dominado por el sentimiento de su felicidad inminente. Pensó que la baronesa había sido atacada por su acostumbrado mal; sin embargo, fueron vanos todos los medios de que se sirvieron para volverla a la vida. Estaba muerta.

»Aurelia no se entregó a los desahogos propios de un intenso dolor, y muda, sin derramar una lágrima, parecía haberse quedado como paralizada después del golpe recibido. El conde, que temía por su amada, con gran cuidado y suavidad se atrevió a recordarle su situación de criatura sola, de modo que ahora más que nunca era necesario aceptar el destino y proceder convenientemente acelerando la ceremonia de la boda que se había diferido a causa de la muerte de la madre. A esto, Aurelia, echándose en los brazos del conde, gritó, al tiempo que derramaba un torrente de lágrimas, con una voz que desgarraba el corazón: «¡Sí, sí, por todos los Santos, por mi bien, sí!». El conde pensó que este vehemente desahogo era debido a la consideración bien amarga de que se encontrase sola, sin patria, y no supiese adónde ir, e incluso a las consideraciones sociales que le impedían permanecer en el palacio.

»El conde se ocupó de que una dama honorable le hiciese compañía hasta que el matrimonio se celebró, sin que ningún suceso desgraciado interrumpiese la

ceremonia, e Hipólito y Aurelia alcanzaron la cumbre de su felicidad. Mientras todo esto sucedía, Aurelia se había mostrado siempre en un estado de gran excitación. No era el dolor por la pérdida de su madre lo que la desasosegaba, sino una sensación de miedo mortal que parecía atenazarla continuamente.

»En mitad de los más dulces transportes amorosos, sentíase sobrecogida de terror, palidecía como una muerta y abrazaba al conde, derramando lágrimas, como si quisiera asegurarse bien de que un poder invisible y enemigo no la llevase a la perdición. Entonces gritaba: «¡No, nunca, nunca!».

»Una vez que se encontró casada con el conde pareció que el estado de excitación cesaba y que se veía libre del miedo que la sobrecogía. Esto no impidió que el conde adivinase que algún secreto fatídico se escondía en el seno de Aurelia, pero, ciertamente, le pareció inoportuno preguntarle acerca de ello, en tanto que persistiese la excitación, y ella misma se mantuviese callada. Hasta que un día se atrevió a insinuarle la pregunta de cuál era la causa de su desasosiego. Entonces Aurelia afirmó que suponía un inmenso bien para ella desahogar por entero su corazón en su amado esposo. No poco se sorprendió el conde cuando se enteró de que únicamente la fatal conducta de la madre era el motivo del malestar de Aurelia. «¿Hay algo más espantoso —gritó Aurelia— que odiar a la propia madre y tener que aborrecerla?». De aquí se deduce que tanto el padre como el tío no estaban dominados por falsos prejuicios y que la baronesa había engañado al conde con una premeditada hipocresía.

»Como un signo muy favorable, el conde consideró que la malvada madre se hubiese muerto el mismo día que se iba a celebrar su boda, y no tenía ningún reparo en decirlo. Aurelia, en cambio, dijo que precisamente desde el día de la muerte de su madre se sentía dominada por los más lúgubres y sombríos presentimientos, que no podía evitar sentir un miedo espantoso a que los muertos saliesen de sus tumbas y la arrancasen de los brazos de su amado para llevarla al abismo.

»Aurelia recordaba (según refería), confusamente, los tiempos de su niñez, cómo una mañana, cuando acababa de despertarse, oyó un tumulto espantoso en la casa. Las puertas se abrían y cerraban, se oían voces extrañas. Cuando finalmente se hizo la calma, la doncella tomó a Aurelia de la mano y la llevó a una gran estancia donde estaban muchos hombres reunidos, y en el centro de la habitación sobre una gran mesa yacía un hombre que jugaba a menudo con Aurelia, que le daba golosinas, y al que solía llamar papá. Extendió las manos hacia él y quiso besarle. Los labios que en otro tiempo estaban cálidos ahora estaban helados, y Aurelia, sin saber por qué, prorrumpió en sollozos. La doncella la condujo a una casa desconocida, donde estuvo durante mucho tiempo, hasta que apareció una señora y se la llevó en un coche. Era su madre que la trasladó a la Corte. Aurelia debía tener ya dieciséis años cuando apareció un hombre en casa de la baronesa, al que ésta recibió con alegría, denotando la confianza e intimidad de un amigo querido desde hace tiempo. Cada vez venía más a menudo, y cada vez era más evidente que su casa se transformaba y ponía en

mejores condiciones. En lugar de vivir como en una cabaña y vestirse con pobres vestidos y alimentarse mal, ahora vivían en la parte más bella de la ciudad, ostentaban lujosos vestidos y comían y bebían con el desconocido, que diariamente se sentaba a la mesa y participaba en todas las diversiones públicas que se ofrecían en la Corte. Únicamente Aurelia permanecía ajena a las mejoras de su madre, que, evidentemente, se debían al extranjero. Se encerraba en su cuarto cuando la baronesa departía con el desconocido y permanecía tan insensible como antes.

»El desconocido, aunque era ya casi de cuarenta años, tenía un aspecto fresco y juvenil, poseía una gran figura y su semblante podía considerarse varonil. No obstante, le resultaba desagradable a Aurelia porque, a menudo, su conducta —aunque trataba de comportarse educadamente— le parecía vulgar, torpe y plebeya.

»Las miradas que empezó a dirigir a Aurelia le causaron inquietud y espanto, incluso un temor que ella misma no sabía explicar. Hasta el momento, la baronesa no se había molestado en dar alguna explicación a Aurelia acerca del desconocido. Ahora mencionó su nombre a Aurelia, añadiendo que el barón era muy rico y un pariente lejano. Alabó su figura, sus rasgos, y terminó preguntando a Aurelia que qué le parecía. Aurelia no ocultó el aborrecimiento que sentía por el desconocido; la baronesa le lanzó una mirada que le produjo un terror indecible y luego la regañó acusándola de ser necia. Poco después, la baronesa se conducía más amablemente que nunca con Aurelia. Le regaló hermosos vestidos y ricos adornos que estaban de moda, y la dejó participar en las diversiones públicas. El desconocido trataba de ganarse el favor de Aurelia, de tal modo que se hacía todavía más odioso. Fue fatal para su tierno espíritu juvenil que la casualidad le deparase ser testigo de todo esto, lo que motivó que sintiese un odio tremendo hacia el desconocido y la corrompida madre. Como pocos días después el desconocido, medio embriagado, la estrechase en sus brazos, de modo que no dejase lugar a dudas de sus aviesas intenciones, la desesperación le dio fuerzas varoniles, de forma que le propinó tal empujón al desconocido que lo tiró de espaldas, tuvo que huir y se encerró en su cuarto.

»La baronesa explicó a Aurelia fríamente y con firmeza que el desconocido mantenía la casa y que no tenía el menor deseo de volver a la antigua indigencia, y que, por consiguiente, eran vanos e inútiles los melindres. Aurelia debía ceder a los deseos del desconocido, que amenazaba abandonarlas. En vez de compadecerse de las súplicas desgarradoras de Aurelia, de sus ardientes lágrimas, la vieja comenzó a proferir amenazas y a burlarse de ella, agregando que estas relaciones le proporcionarían el mayor placer de la vida, así como toda clase de comodidades, y dio muestras de un desaforado aborrecimiento hacia los sentimientos virtuosos, por lo que Aurelia quedó aterrada. Viose perdida, de modo que la única salvación posible le pareció una rápida huida.

»Aurelia se había hecho con una llave de la casa, y envolviendo algunas cosas indispensables para su fuga, se deslizó a medianoche, cuando vio a su madre profundamente dormida, hasta el vestíbulo iluminado débilmente. Con sumo cuidado

trataba de salir, cuando la puerta de la casa chocó violentamente y retumbó a través de la escalera. En medio del vestíbulo, haciendo frente a Aurelia, apareció la baronesa vestida con una bata sucia y vieja, con el pecho y los brazos descubiertos, el pelo gris despeinado, moviéndose airada. Y detrás de ella el desconocido, que gritaba y chillaba: «¡Espera, condenado Satanás, bruja endemoniada, que me las vas a pagar!», y arrastrándola por los pelos, empezó a golpearla de un modo brutal en mitad del cuerpo, envuelto como estaba en su gruesa bata.

»La baronesa empezó a proferir gritos de terror. Aurelia, casi desvanecida, pidió auxilio, asomándose a la ventana abierta. Dio la casualidad que precisamente pasaba por allí una patrulla de guardias, que entraron al instante en la casa: «¡Cogedle! —gritaba la baronesa a los guardias, retorciéndose de rabia y de dolor—. ¡Cogedle y agarradle bien! ¡Miradle la espalda!».

»En cuanto la baronesa pronunció su nombre, el jefe de la patrulla exclamó jubilosamente: «¡Ajá! ¡Al fin te cogimos, Urian!», y con esto le agarraron y le llevaron consigo, no obstante resistirse. A pesar de todo lo sucedido, la baronesa se había percatado de las intenciones de Aurelia. De momento se conformó con agarrarla violentamente del brazo, arrojarla al interior de su cuarto y cerrarlo bien, sin decir palabra. A la mañana siguiente, la baronesa salió y regresó muy tarde por la noche, mientras Aurelia permanecía en su cuarto encerrada como en una prisión, sin ver ni oír a nadie, de modo que pasó el día sin que tomase comida ni bebida. Así transcurrieron varios días. A menudo la miraba la baronesa con ojos encendidos de ira, y parecía como si quisiera tomar una decisión, hasta que un día encontró una carta, cuyo contenido pareció llenarla de alegría: «Odiosa criatura —dijo la baronesa a Aurelia—, eres culpable de todo, aunque te perdono, y lo único que deseo es que no te alcance la espantosa maldición que este malvado ha descargado sobre ti». Luego de decir esto se mostró muy amable, y Aurelia, ahora que ya aquel hombre se había alejado, no volvió a pensar más en la huida, por lo que le fue concedida mayor libertad.

»Pasado ya algún tiempo, un día que Aurelia estaba sentada sola en su cuarto, oyó un gran tumulto en la calle. La doncella salió y volvió diciendo que era el hijo del verdugo que iba detenido, después de ser marcado por robo y asesinato, y que al ser conducido a la cárcel se había escapado de entre las manos de los guardianes. Aurelia vaciló, asomándose a la ventana, dominada por temerosos presentimientos; no se había engañado, era el desconocido que, rodeado de numerosos guardianes, iba aherrojado subido en una carreta. Le conducían camino de la ejecución de la condena y de la expiación de sus faltas. Casi estuvo a punto de desmayarse en su sillón, cuando la espantosa y salvaje mirada del hombre se cruzó con la suya, al tiempo que con gestos amenazadores levantaba el puño cerrado hacia su ventana.

»Era costumbre de la baronesa estar siempre fuera de casa, aunque regresaba para hablar con Aurelia y hacer consideraciones acerca de su destino y de las amenazas que se cernían sobre ella, presagiando una vida muy triste. Por medio de la doncella

que había entrado a su servicio el día después del suceso de aquella noche, y a la que habían tenido al corriente de las relaciones de la baronesa con aquel pícaro, se enteró Aurelia de que todos los de la casa compadecían a la baronesa por haber sido engañada tan vilmente por un delincuente tan despreciable.

»Bien sabía Aurelia que la cosa era de otro modo, y le parecía imposible que los guardias que poco antes habían detenido a este hombre en casa de la baronesa no supieran de sobra la buena amistad de la baronesa con el hijo del verdugo, ya que al apresarle, la baronesa había proferido su nombre y había hecho alusión a la marca de su espalda, que era la señal de su crimen. De aquí que, incluso, la misma doncella a veces expresase con ambigüedad lo que se decía por todas partes, y que insinuase que los jueces estaban haciendo averiguaciones, de forma que hasta la honorable baronesa estuviese a punto de sufrir arresto, debido a las extrañas declaraciones del malvado hijo del verdugo.

»De nuevo se dio cuenta la pobre Aurelia de la situación tan lamentable en que se hallaba su madre, y no comprendió cómo podría después de aquel horroroso acontecimiento permanecer un instante más en la residencia.

»Finalmente, viose obligada a abandonar el lugar, donde se sentía rodeada de un justificado desprecio, y a dirigirse a una región alejada de allí. El viaje la condujo al palacio del conde, donde sucedió lo que ya hemos referido.

»Aurelia se sintió extremadamente feliz, libre de las tremendas preocupaciones que tenía, pero he aquí que quedó aterrada cuando al expresarle su madre el favor divino que le concedía este sentimiento de bienaventuranza, ésta, echando llamas por los ojos, gritó con voz destemplada: «¡Tú eres la causa de mi desgracia, desventurada criatura!, pero ya verás, toda tu soñada felicidad será destruida por el espíritu vengador, cuando me sobrecoja la muerte. En medio de las convulsiones que me costó tu nacimiento, la astucia de Satanás…», y aquí se detuvo Aurelia, se apoyó en el pecho del conde y le suplicó que le permitiese callar lo que la baronesa había proferido en su furor demencial. Hallábase destrozada, pues creía firmemente que se cumplirían las amenazas de los malos espíritus que poseían a su madre.

»El conde consoló a su esposa lo mejor que supo, no obstante sentir él mismo escalofríos que le recorrían el cuerpo. Hubo de confesarse a sí mismo, cuando estuvo tranquilo, que el profundo aborrecimiento de la baronesa, aunque hubiese fallecido, arrojaba una negra sombra sobre la vida, que le había parecido tan clara.

»Poco tiempo después se notó un marcado cambio en Aurelia. Como la palidez mortal de su semblante y la mirada extenuada denotase enfermedad, pareció como si Aurelia ocultase un nuevo secreto en el interior de su ser, que se mostrase inquieto, inseguro y temeroso. Huía incluso hasta de su marido, se encerraba en su cuarto, buscaba los lugares más apartados del parque, y cuando se la veía, sus ojos llorosos y los consumidos rasgos de su semblante denotaban que sufría una pena profunda. En vano el conde se esforzaba por conocer los motivos del estado de su esposa. Del enorme desconsuelo en el que finalmente se sumió, la sacó un famoso médico, al

insinuar que la gran irritabilidad de la condesa, a juzgar por los síntomas, posiblemente denotaba un cambio de estado, que haría la dicha del matrimonio. Este mismo médico se permitió, como se sentase a la mesa del conde y de la condesa, toda clase de alusiones al supuesto estado en que se hallaba la condesa.

»La condesa parecía indiferente a todo lo que escuchaba, aunque de pronto prestó gran atención, cuando el médico comenzó a hablar de los caprichos tan raros que a veces tenían las mujeres que estaban en estado, y a los que se entregaban sin tener en consideración la salud y la conveniencia del niño.

»La condesa abrumó al médico con preguntas, y éste no se cansó de responder a todas ellas, refiriendo casos asombrosamente curiosos y divertidos de su propia experiencia: «También —repuso— hay ejemplos de caprichos anormales, que llevan a las mujeres a realizar hechos espantosos. Así la mujer de un herrero sintió tal deseo de la carne de su marido, que no paró hasta que un día que éste llegó embriagado, se abalanzó sobre él con un cuchillo grande y le acuchilló de manera tan cruel que pocas horas después entregaba el espíritu».

»Apenas hubo pronunciado el médico estas palabras, la condesa se desmayaba en la silla donde estaba sentada, y con gran trabajo pudo ser salvada de los ataques de nervios que sufrió a continuación. El médico se percató de que había sido muy imprudente al mencionar en presencia de una mujer tan débil y nerviosa aquel terrible suceso.

»Sin embargo, pareció que aquella crisis había ejercido un influjo bienhechor en el ánimo de la condesa, pues se tranquilizó, aunque como de nuevo volviese a enmudecer y a convertirse en una extraña criatura solitaria, con un fuego intenso que brotaba de sus ojos, adquiriendo la palidez mortal de antes, el conde nuevamente volvió a sentir pena e inquietud acerca del estado de su esposa. Lo más raro de él, era que la condesa no tomaba ningún alimento, y sobre todo que demostraba tal asco a la comida, especialmente a la carne, que más de una vez se alejó de la mesa dando las más vivas muestras de aborrecimiento.

»El médico se sintió incapaz de curarla, pues ni las más fuertes y cariñosas súplicas del conde, ni nada en el mundo podía hacer que la condesa tomase ninguna medicina.

Como transcurriesen semanas y meses sin que la condesa probase bocado, y pareciese que un insondable secreto consumía su vida, el médico supuso que había algo raro, más allá de los límites de la ciencia humana. Abandonó el palacio con un pretexto cualquiera, y el conde pudo darse cuenta de que la enfermedad de la condesa parecía muy sospechosa al acreditado médico, y denotaba que la enfermedad estaba muy arraigada, sin que hubiese medio de curarla. Hay que suponerse en qué estado de ánimo quedó el conde, no satisfecho con esta explicación.

«Justamente por esta época un viejo y fiel servidor tuvo ocasión de descubrir al conde que la condesa abandonaba el palacio todas las noches y regresaba al romper el alba. El conde se quedó helado. Ahora es cuando se dio cuenta de que desde hacía

bastante tiempo, a eso de la medianoche, le sobrecogía un sueño muy pesado, que atribuía a algún narcótico que la condesa le administraba para poder abandonar sin ser vista el dormitorio que compartía con él.

»Los más negros presentimientos sobrecogieron su alma; pensó en la diabólica madre, cuyo espíritu quizá revivía ahora en la hija, en alguna relación ilícita y adulterina, y hasta en el malvado hijo del verdugo. A la noche siguiente iba a desvelársele el espantoso secreto, único motivo del estado misterioso en que se hallaba su esposa.

»La condesa acostumbraba ella misma a preparar el té que tomaba el conde y luego se alejaba. Aquel día decidió el conde no probar una gota, y como leyese en la cama, según tenía por costumbre, no sintió el sueño que le sobrecogía a medianoche como otras veces. No obstante se acostó sobre los cojines, e hizo como si durmiese. Suavemente, con gran cuidado, abandonó la condesa el lecho, se aproximó a la cama del conde e iluminó su rostro, deslizándose de la alcoba sin hacer ruido.

»El corazón le latía al conde violentamente, se levantó, se echó un manto y siguió a su esposa. Era una noche de luna clara, de modo que, no obstante lo veloz de su paso, se podía ver perfectamente a la condesa Aurelia, envuelta su figura en una túnica blanca. La condesa se dirigió a través del parque hacia el cementerio y desapareció tras el muro.

»Rápidamente, corrió el conde tras ella, atravesó la puerta del muro del cementerio, que halló abierta. Al resplandor clarísimo de la luna vio un círculo de espantosas figuras fantasmales. Viejas mujeres semidesnudas, con el cabello desmelenado, se hallaban arrodilladas en el suelo, y se inclinaban sobre el cadáver de un hombre, que devoraban con voracidad de lobo. ¡Aurelia hallábase entre ellas! Impelido por un horror salvaje, el conde salió corriendo irreflexivamente, como preso de un espanto mortal, por el pavor del infierno, y cruzó los senderos del parque, hasta que, bañado en sudor, al amanecer se encontró ante la puerta del palacio. Instintivamente, sin meditar lo que hacía, subió corriendo las escaleras, y atravesó las habitaciones hasta llegar a la alcoba. La condesa yacía, al parecer entregada a un dulce y tranquilo sueño. El conde trató de convencerse de que sólo había sido una pesadilla o una visión engañosa que le había angustiado, ya que era sabedor del paseo nocturno, del cual daba trazas su manto, mojado por el rocío de la mañana.

»Sin esperar a que la condesa despertase, se vistió y montó en su caballo. La carrera que dio a lo largo de aquella hermosa mañana a través de los arbustos aromáticos, de los que parecía saludarle el alegre canto de los pájaros que despertaban al día, disipó las terribles imágenes nocturnas; consolado y sereno regresó al palacio.

»Como ambos, el conde y la condesa, se sentasen solos a la mesa, y como de costumbre ésta tratase de salir de la estancia a la vista de la carne guisada, dando muestras del mayor asco, se le hizo evidente al conde, en toda su crudeza, la verdad de lo que había contemplado la noche anterior. Poseído del mayor furor se levantó de

un salto y gritó con voz terrible: «¡Maldito aborto del infierno, ya sé por qué aborreces el alimento de los hombres, te cebas en las tumbas, mujer diabólica!». Apenas había proferido estas palabras, la condesa, dando alaridos, se abalanzó sobre él con la furia de una hiena y le mordió en el pecho. El conde dio un empujón a la rabiosa mujer y la tiró al suelo, donde entregó su espíritu en medio de las convulsiones más espantosas. El conde enloqueció.

RECOPILADOS PÓSTUMAMENTE (en «Letzte Erzählungen» (1825)

La marquesa de la Pivardière

Die Marquise de la Pivardiere (1821)

Un hombre de clase baja llamado Barré había logrado llevar a su novia, al anochecer, al bosque de Boulogne, y allí, después de haber abusado de ella, como estaba celoso de otro, la mató, dándole de cuchilladas.

La joven, que vendía frutas, debido a su extraordinaria belleza y a la honestidad de su conducta, era conocida por el nombre de la bella Antoinette. Así es que todo París hablaba del crimen de Barré, y tampoco se habló de otra cosa en la reunión que solía tener todas las tardes en su casa la duquesa de Aiguillon, más que del espantoso asesinato de la pobre Antoinette.

La duquesa se extendía en observaciones morales, y exponía con gran elocuencia cómo el funesto abandono de la enseñanza y de la religiosidad en el pueblo bajo, engendraba el crimen, al que permanecían ajenos el espíritu y el carácter de las clases elevadas.

El conde de Saint-Hermine, que siempre fue el alma de las reuniones, aquella tarde permanecía reservado, y la palidez de su semblante denotaba que algún suceso desagradable le había trastornado. No pronunció palabra en toda la tarde, pero cuando la duquesa terminó de hacer sus comentarios moralizadores, comenzó:

—Perdón, mi honorable señora. Barré lee perfectamente, escribe con una caligrafía perfecta, incluso sabe de cuentas; añádase a esto que toca, y no mal, el violín; y por lo que respecta a la religión, en su vida ha probado una onza de carne los viernes, con regularidad oye su misa, y todavía más: la mañana del día que cometió el asesinato, se confesó. ¿Qué podéis objetar a su formación y a su religiosidad?

La duquesa dijo que el conde, con sus cáusticas observaciones, quería dar rienda suelta a su irritación, que hoy le privaba de su acostumbrado buen humor y agrado. Continuaron hablando de lo mismo, y como un joven caballero comenzase a describir con todo pormenor las circunstancias del crimen de Barré, el conde de Saint-Hermine, impaciente, se levantó de su asiento, y con tono terminante exigió que le expulsasen de la tertulia si continuaba con esa conversación, que le atenazaba el pecho y le hería profundamente, produciéndole un dolor que precisamente trataba de curar, distrayéndose en la reunión. Le rodearon todos, insistiendo para que confesase el motivo de su tristeza:

—No llaméis tristeza al sentimiento que hoy me domina y me hace aparecer malhumorado. Perdonadme que manifieste un justo dolor al no poder soportar que se hable del crimen de Barré, en cuanto os diga que estoy profundamente conmovido. Un caballero, al que yo más apreciaba, el más bravo y valiente de mi regimiento, el más fiel de todos, el marqués de la Pivardière, ha aparecido hace tres noches asesinado en su lecho.

—¡Cielos! —gritó la duquesa—. ¡Qué nuevo crimen tan espantoso! ¿Cómo es posible que haya sucedido esto? ¡Pobre infeliz marquesa! —Nada más profirió la duquesa estas palabras todos se olvidaron del marqués asesinado para compadecer a la marquesa, y agotaron los elogios de la encantadora y espiritual dama, cuyas virtudes y buen sentido eran modelo, y en otro tiempo con el nombre de Demoiselle

de Chauvelin, fue el adorno de los mejores círculos de París.

—¡Pues esta espiritual y virtuosa mujer —dijo el conde con el tono de la más profunda amargura—, el adorno de los mejores círculos, es la que ha matado a su esposo, con ayuda de su confesor, el malvado Charost!

Mudos de horror se quedaron todos mirando al conde, quien inclinándose profundamente ante la duquesa, que estaba a punto de desmayarse, abandonó el salón.

Francisca Margarita Chauvelin había perdido a su madre en la primera infancia y su educación estuvo enteramente en manos de su padre, un hombre muy inteligente, pero severo y de gran austeridad. El caballero Chauvelin estaba convencido de que era posible lograr que las mujeres tuvieran conocimiento de sus propias debilidades, de modo que así podrían combatirlas. Su austeridad evitaba en todo lo posible el encanto de las mujeres, que se engendra al considerar subjetivamente la situación en que les coloca la naturaleza: y precisamente en esta consideración está el origen de todas las manifestaciones de su carácter, que hace que en un mismo instante nos parezcan antojadizas, limitadas, mezquinas, y al mismo tiempo irresistiblemente nos atraen. El caballero estaba convencido de que para lograr su objetivo, sobre todo debía librar a la joven de la influencia femenina; de aquí que procurase alejar de su hija todo lo que fueran gobernantas, y supo arreglárselas para que no tuviera ninguna compañera de juegos que hablase con ella de vestidos, ni compartiese con ella los pequeños secretos de los bailes. Procuró, además, que los servicios en los que por fuerza Francisca tuviera que valerse de manos femeninas, le dieran una idea horrible de lo femenino.

Cuando Francisca llegó a esos años, de los que más adelante hablaremos, disparó las flechas de su ironía contra los dulces encantos del amor, ese sentimiento que domina a la mujer y la deforma, cuanto más a una joven que cae en sus redes.

Fue una suerte para Francisca que las teorías del caballero fueran erróneas. Cuanto más se esforzaba en dar al carácter femenino de Francisca la dureza del carácter varonil, que desprecia el juego de la vida porque la comprende y, por eso, es simple espectador, menos lograba destruir la gracia y encanto, sin duda herencia de la madre, pues cada vez resplandecía con más fuerza, aunque él erróneamente las consideraba fruto de su sabia educación, sin pensar que precisamente estaba logrando lo contrario y proporcionándole las armas más peligrosas.

Francisca no podía considerarse hermosa, pues los rasgos de su rostro no eran bastante regulares; pero la aguda y ardiente mirada de sus bellos ojos, la encantadora sonrisa que alegraba su boca, su noble figura con la armoniosa proporción de todos sus miembros, la gracia superior de sus movimientos, todo esto daba un inefable atractivo a la apariencia externa de Francisca. Añádase a esto que la enorme cultura que su padre le había dado, y que en otra mujer hubiese destruido la esencia de su feminidad, sin darle una compensación, a ella, en cambio, le sirvió para entender mejor las cosas y no negarlas, y hasta la ironía, quizá heredada de su padre, habíase

convertido, al transmitirse a su ser, en burla graciosa y divertida, de tal forma que, como no podía menos de suceder, cuando su padre, conforme a las exigencias de la vida, la presentó en el llamado gran mundo, se convirtió en el ídolo de todos los círculos. Figuraos con qué entusiasmo se reunían en torno de la bella e inteligente Francisca los jóvenes y los hombres mayores. Haciendo frente a sus pretensiones, se oponían siempre los firmes principios que el caballero de Chauvelin había inculcado a su hija. Si algún hombre, al que la naturaleza hubiese dotado de todos los atractivos para agradar a las mujeres, se acercaba a Francisca, y parecía como si su corazón fuese a inclinarse, entonces súbitamente se interponía ante sus ojos el ridículo espantajo de la mujer enamorada, que su padre había descrito, y el terror y el miedo ante esta monstruosidad mataba en ella el sentimiento del amor, apenas se había engendrado.

Como resultaba imposible llamar a Francisca orgullosa, seca o fría, empezó a pensarse que tendría algunas relaciones amorosas secretas, y con gran curiosidad todos esperaban el desenlace, pero fue en vano. Francisca permanecía soltera cuando alcanzó la edad de veinticinco años. Por entonces falleció el caballero y Francisca, su única heredera, tomó posesión del señorío de Narbonne.

La duquesa de Aiguillon (ya la hemos conocido al principio de esta narración) creyó necesario, bien fuese para bien o para mal de Francisca, ocuparse de sus relaciones, pues no creía que una muchacha de veinticinco años fuese capaz de aconsejarse sola. Acostumbraba a realizar todo ceremoniosamente, reunió un grupo de damas para pedirles opinión acerca de lo que debería hacer Francisca y, finalmente, llegaron a la conclusión de que, en última instancia, debía casarse.

La duquesa tomó sobre sí la pesada carga de convencer a la joven, enemiga del matrimonio, y se alegró de antemano del triunfo de su convincente elocuencia. Se dirigió a la Chauvelin, y trató de demostrarle en una conversación que le costó no pocos quebraderos de cabeza, que debía ceder a las exigencias de la vida, deponiendo su testarudez, su sequedad, disponiéndose abiertamente, sin desconfianza, al sentimiento del amor, y concediendo su mano a un hombre que fuese digno de ella.

Francisca oyó a la duquesa con una sonrisa tranquila, sin interrumpirla ni una sola vez. No poco se extrañó la duquesa cuando Francisca le explicó que era de su misma opinión, pues pensaba que en su estado, la posesión de tan grandes bienes exigía la administración de su herencia, lo que podía conseguirse mediante un matrimonio con un hombre de su misma clase. Habló del matrimonio como de un negocio, y dijo que pronto podría decidirse todo, pues quizá entre sus pretendientes escogería al que le pareciese más razonable y prudente.

—Señorita —exclamó la duquesa—. Señorita, ¿es posible que su carácter comunicativo esté cerrado al bello sentimiento que hace feliz a los mortales? ¿Es que, acaso, no habéis amado nunca?

Francisca aseguró que nunca había estado en ese caso, y desarrolló la teoría de su padre acerca del sentimiento que la naturaleza, irónicamente, como un principio

malo, había colocado en el pecho de los humanos, sentimiento que destruía la fuerza originaria del espíritu de los hombres, y que no conducía sino a la degeneración y a toda clase de tonterías ridículas.

La duquesa se puso fuera de sí al oír estos horribles principios y comenzó a regañar a Francisca, diciéndole que sus teorías eran perversas y diabólicas, contrarias a la naturaleza verdadera de la mujer, y que podrían destrozar su vida.

Finalmente cogió la mano de la señorita y le dijo, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas:

—¡No, querida niña, no, no es posible; te engañas, te quieres mostrar peor de lo que realmente eres; a ti te son ajenos los principios de un hombre terco y rígido, que siempre se mostró contrario a la vida!… Has amado y tratas de luchar de un modo artificioso contra tus propias inclinaciones. ¡No es posible que haya nadie en cuyo corazón, aunque esté revestido de acero, no se hayan clavado las flechas del amor!

Francisca estaba a punto de responder a la duquesa, cuando súbitamente, como un rayo, le acometió un pensamiento. Ruborizándose, y luego palideciendo como una muerta, miró fijamente al suelo, exhaló un profundo suspiro, agitó su pecho y comenzó a decir así:

—Sí, a decir verdad, sí ha habido en mi vida un momento en que me sorprendió un sentimiento como una fuerza poderosa, sentimiento que aprendí a aborrecer y aún aborrezco.

—¡Pobre de ti! —exclamó la duquesa—. ¡Pobre de ti! ¡Pero habla!

—Había ya pasado de los dieciséis años —refirió Francisca—, cuando mi padre, noble señora, me introdujo en vuestro círculo. Hice lo posible para vencer mi timidez y comportarme conforme a mi humor. Todos me consideraron encantadora, aunque hoy yo consideraría que era excesivamente alegre, y pude enorgullecerme de ser la más festejada reina de la sociedad.

—¡Lo erais, lo erais! —interrumpió la duquesa a la señorita.

—Sólo sé —continuó la joven— que todo lo que decía encontraba aplauso en esta sociedad, y que en profundo silencio todas las miradas estaban pendientes de mí, y que yo, avergonzada, cerraba los ojos. Una vez me pareció como si oyese en torno mío que susurraban mi nombre: ¡Francisca! Instintivamente miré a mi alrededor y mis miradas recayeron en un joven que hasta entonces había pasado desapercibido, pero un fuego desconocido brilló en sus ojos, que me traspasó como si fuera un puñal ardiente… y se apoderó de mí un dolor increíble…, tuve la sensación de que me desvanecía muriéndome, pero esa muerte era la más dulce delicia del cielo. Incapaz de pronunciar palabra, sólo pude suspirar embargada por una dulce pena… Las lágrimas brotaron de mis ojos. Creyeron que me había puesto enferma repentinamente, me llevaron a una estancia próxima, me desabrocharon y emplearon los medios usuales para librarme de aquella tremenda situación… Presa de una angustia espantosa, sí, casi con desesperación, terminé por asegurar que todo había pasado y que de nuevo me encontraba bien… Deseaba volver a la reunión… Mis ojos

le buscaban, le encontraron… ¡No le *veo* más que a *él*! Tiemblo cuando pienso que se me puede acercar, aunque el solo pensamiento es el placer más dulce que jamás he experimentado… Mi padre debió de notar la excitación, quizá tratase de saber cuál era la causa y rápidamente me sacó de la reunión… Era yo tan joven que no me di cuenta de que se había apoderado de mí el maligno principio destructor, ese principio contra el cual me había prevenido tanto. Sin embargo, sólo la fuerza con que se ejercitó sobre mí fue suficiente para hacerme ver perfectamente qué cierto era lo que había dicho. Libré un duro combate, pero vencí, desapareció la imagen del joven, volví a estar contenta y libre y me atreví de nuevo a entrar en vuestra sociedad, honorable señora; pero no volví a ver más al temido joven. El destino o, mejor dicho, aquel maligno principio de la vida no sucumbió a mi triunfo: una dura lucha me esperaba. Pocas semanas habían pasado y estaba yo asomada a la ventana y miraba a la calle, a la hora del tardecer. De pronto vi al joven aquel, que me miró, me saludó y justamente descabalgó delante de la puerta de mi casa… ¡Pobre de mí…, con redoblada fuerza se apoderó de mí aquel poder espantoso! Viene, te busca… este pensamiento, delicioso, desesperante…, me roba el sentido… Cuando desperté de mi desmayo, estaba desvestida en mi sofá, mi padre se encontraba a mi lado con un frasquito de nafta en la mano. Me preguntó qué me sucedía, si había pasado algo especial. Había abierto la puerta de mi habitación, luego la había cerrado, como oyese pasos por la escalera y le pareciesen de hombre… Cuando volvió fue grande su sorpresa y su terror cuando me encontró desmayada en el suelo… Yo no quería, no podía decirle nada, pero creí advertir que adivinaba mi secreto; ejerció su cáustica ironía contra la fiebre nerviosa que estuvo a punto de llevarme al sepulcro, atribuyendo los insidiosos desmayos a la funesta fiebre del amor. Se lo agradecí mucho, pues me ayudó a vencer por segunda vez, victoria que me pareció más gloriosa que la primera.

La duquesa la abrazó y la besó y felicitó con todo su corazón a la señorita. Aseguró que ahora todo saldría magníficamente, no dio importancia a las batallas libradas, y le preguntó si llevaba un diario donde apuntase a las personas que asistían a sus reuniones, y si los describía, pues se podría reconocer fácilmente al joven que había despertado el amor de Francisca, con lo cual se lograría la pareja amorosa a la que habían separado los aborrecibles principios de un rígido padre.

Francisca, por el contrario, aseguró que el joven, después de transcurridos diez años, ya sería un hombre, y si realmente no estaba casado y aspiraba a su mano, no se podría casar con él, pues el recuerdo de aquellos fatales instantes trastornaría su vida.

La duquesa la llamó tonta, y le dijo que si era ya muy tarde para el reconocimiento, no por eso saldría perjudicada.

La señorita dijo que si ya había persistido su sentimiento durante diez años, consideraba imposible un cambio. No se dio mucha prisa para elegir el marido que tanto necesitaba, pues pasaron más de tres años y aún estaba sin casar.

—Es tan rara que puede esperarse de ella lo más raro —dijo la duquesa de

Aiguillon, y tenía razón, pues nadie hubiera podido suponer que Francisca concediese su mano al marqués de la Pivardière, como en realidad sucedió.

El marqués de la Pivardière era uno de los pretendientes de Francisca que parecía tener menos posibilidades de lograr su mano. De estatura normal, de aspecto seco, de inteligencia mediana, su puesto en sociedad no era muy brillante. La vida le resultaba indiferente, porque en su juventud la había malgastado, y esta indiferencia, que a veces se convertía en desprecio, muy a menudo era burla cortante. Además pertenecía a esa clase de caracteres indecisos que no hacen nada malo, a menos que les apremie mucho, y nada bueno, a menos que se ponga a mano y no haya que pensarlo demasiado.

Francisca creía encontrar un parecido con su padre en los modales y en la conducta del marqués, y esto hacía que se sintiera atraída hacia él.

El marqués, suficientemente listo para darse cuenta por dónde iban las cosas, y tratando de hacerla suya, decidió estudiarla cuidadosamente y grabar en su memoria todo lo que Francisca exteriorizaba acerca del matrimonio, para luego exponerlo como sus propias convicciones.

Esta aparente concordancia de opiniones y de gustos hizo que Francisca considerase que el marqués era el único entre todos sus pretendientes cuyo punto de vista acerca de la vida era el acertado, de modo que nunca exigiría nada de ella que no pudiese dar. Incluso la circunstancia de que él no se hubiera mostrado como un amante apasionado, sino frío y seco, decidió la elección de Francisca e hizo que el marqués, acosado por los acreedores, se convirtiera en el dueño del señorío de Narbonne.

Cuanto más motivo había para pensar que la discordia surgiría en su matrimonio, vino a demostrarse lo contrario. El marqués, iluminado por el brillo de su encantadora esposa, era otro. El hielo de su alma pareció haberse derretido. No obstante la resistencia a creerlo hubo que reconocer que el marqués de la Pivardière era un hombre muy agradable, y que la marquesa, fiel a sus principios, era muy feliz en su compañía.

El marqués, después de haber vivido unos meses en París, se estableció con su esposa en el señorío de Narbonne, donde ambos llevaban una vida plácida y agradable, aunque hemos de reconocer que entre ellos reinaba una total indiferencia, ya que no se exigían nada el uno al otro. Este estado de cosas no cambió lo más mínimo cuando la marquesa le dio a su esposo una hija.

Habían transcurrido ya varios años, cuando la guerra de 1688 dio lugar a la movilización de los nobles del llamado *Arrière-ban*[106], de forma que el marqués, en virtud del llamamiento al servicio de este *Arrière-ban*, se veía obligado a pasar temporadas fuera del palacio de Narbonne.

Bien pudiera ser que este servicio le resultase molesto, bien pudiera ser que sintiese deseos de evadirse de una vida monótona y que incluso sus relaciones con la marquesa le aburriesen y le desagradasen; lo cierto es que hizo lo posible por

encuadrarse en el Ejército y logró entrar en un escuadrón del Regimiento de Dragones de Saint-Hermine, donde permanecía alejado de su casa… A un cuarto de hora del palacio de Narbonne se encontraba la abadía de Miseray, regida por la orden de los agustinos. Uno de estos religiosos administraba a la vez la capilla del palacio de Narbonne y este servicio le obligaba a decir misa todos los domingos en la capilla. Este religioso de alto linaje, era el confesor del señor de Narbonne.

Sucedió, pues, que la marquesa en vez de ir a la iglesia de Jeu, la verdadera iglesia parroquial de Narbonne, acudía a oír misa a la iglesia de la abadía, donde acostumbraba a confesarse. Una mañana, día de fiesta, que la marquesa se hallaba en el jardín, tocaron las campanas de la abadía con un son grave y solemne. La marquesa se sintió sobrecogida por una tristeza que hacía tiempo no sentía. Era como si el pasado volviese a revivir, cual un sueño, y algunas figuras, algunos momentos, insinuasen que la vida se le había escapado de las manos en toda su belleza y plenitud. Un extraño dolor, que apenas ella misma comprendía, oprimió su pecho, y sin saber cómo brotaron lágrimas de sus ojos. Creyó encontrar en la oración alivio a la pena que le desgarraba. Se encaminó a la abadía, y cuando empezó el servicio sagrado, se acercó, como atraída por una fuerza irresistible, al confesionario, que solía ocupar el capellán de la iglesia del palacio de Narbonne.

En el momento en que el sacerdote daba la absolución se echó a temblar al oír su voz, y estuvo a punto de desmayarse al ver a través de la reja del confesionario el semblante del religioso, de una palidez cadavérica, en cuyos ojos secos brillaba un rayo de luz.

«¡No, no es un ser humano, es un espíritu salido de las profundidades que viene a destrozar mi vida!». Eso se dijo la marquesa cuando regresó, exánime, al palacio. Un miedo terrible la sobrecogió al recordar claramente haber confesado al religioso fantasmagórico que en su primera juventud, aunque inocente, había matado a un joven, luego había sido infiel a su marido, crímenes estos que, en realidad, ni siquiera se le había pasado por la cabeza llevar a cabo. Asimismo, recordaba que al confesar su pecado, el religioso había prorrumpido en un sollozo desgarrador, y al darle la absolución le había dicho que el Cielo le había perdonado ya hacía mucho, pero que por lo que se refería a la infidelidad a su marido, tenía que expiar aún su falta con una fuerte penitencia, y con gran arrepentimiento, no obstante lo cual la ley del mundo podría alcanzarla. Todo el misterioso suceso le pareció como el sueño angustioso y terrible de una demente. Posteriormente se dirigió a la abadía, pues quería saber quién era el confesor que había confesado aquella mañana en vez del capellán.

Le informaron que el capellán, enfermo desde hacía dos días, había sido sustituido; y que el religioso que esa mañana la había confesado, también estaría al servicio de la capilla del palacio de Narbonne, y que el próximo domingo diría misa: «¿Es posible —se dijo la marquesa— que un trastorno accidental, que un ataque de nervios, me haya hecho decir estas tonterías? Mi fantasma toma cuerpo; voy a verlo… y me avergonzaré de mis necedades…».

Cuando, el domingo por la mañana, el religioso que ejercía el servicio del capellán entrase en la estancia de la marquesa y la saludase con una suave inclinación, diciendo: «¡Alabado sea Jesucristo!», la marquesa, después de mirarle fijamente, se echó a sus pies, gritando fuera de sí:

—¡Ay de mí…, tú eres, tú eres el joven que maté en mi primera juventud!

—Calmaos, señora marquesa —dijo el religioso con calma, mientras levantaba a la marquesa y la conducía a un sillón—, os suplico que dominéis vuestro dolor, que… quizá desgarra vuestro pecho, pues el arrepentimiento no puede sustituir lo que está irremediablemente perdido.

—¡No creáis que estoy loca —dijo la marquesa con voz temblorosa—, noble señor! ¡Vuestro pálido semblante, vuestro cabello encanecido…, sin embargo, lo sois, sé que sois aquel joven que vi por vez primera en casa de la duquesa de Aiguillon, que despertó en mi pecho aquella deliciosa y ardiente pena, que nunca más volveré a sentir!… ¡Ay de mí!… ¡Qué me sucede, que al volver a vernos, siento la misma pena que me desgarra! Pero ¡no!… Es todo pura imaginación… Locura. No podéis ser aquel joven…, ¡no es posible!

—Sí —interrumpió el religioso a la marquesa—, sí soy aquel joven, aquel desgraciado Charost que dejasteis en la mayor desesperación. Os reconocí nada más os acercasteis al confesionario y comprendí que aquella extraña confesión era producto de la locura, y los suspiros que se escaparon involuntariamente de mi pecho, las lágrimas ardientes que derramaban mis ojos, fueron el último tributo que pagué en recuerdo de un dolor terrenal. Hasta hoy he conservado la carta que me escribisteis, que desgarró mi corazón y me causó el dolor más profundo que he sentido; la he roto antes de volver a veros, convencido de que esta última prueba no era necesaria.

—¿Cómo —dijo la marquesa—, cómo? ¿Habláis de una carta que recibisteis?… Nunca os he escrito. Sólo os vi en casa de la duquesa de Aiguillon y luego cesaron los encuentros. ¿Qué secretos son ésos?

—Es posible —repuso el religioso, con sonrisa serena—, es posible que el tiempo transcurrido, más de veinte años, haya apagado ya el recuerdo de aquella enfermedad que me sumió en la desesperación, quizá también el recuerdo de cómo sucedió todo. Yo no había amado nunca; cuando vi por vez primera a la señorita de Chauvelin, sentí que me dominaba totalmente el sentimiento del amor, con toda la fuerza que es capaz de ejercer sobre un joven sensible… Temblando de alegría me di cuenta de la inquietud de la señorita, y vi cómo me dirigía sus miradas con tímido amor, y al mismo tiempo me evitaban. ¡Sí!… No había duda, ¡podía pensar que había logrado la mayor felicidad de mi vida!… El viaje de mi padre, el presidente Charost, a su residencia de Chatillon-sur-Indre me alejaba de París. Pero ¿cómo iba yo a poder vivir lejos de mi amor?… Con gran trabajo logré el permiso de mi padre para volver a la ciudad. Hice indagaciones para saber dónde estaba la vivienda de la señorita; mis primeros pasos cuando llegué fueron para encaminarme allí. Vi, entonces, a mi amada asomada a la ventana. ¡Qué delicia, qué placer celestial cuando al verla noté que se

escondía como atemorizada! ¡Arriba…, arriba…, tenía que postrarme a sus pies y declararle mi amor, con toda mi alma!… Este pensamiento no me dejó tomar ninguna precaución. Nadie en el umbral; me las arreglé para hallar la estancia de la señorita. Al verme, aquella que pensé que me amaba, gritó con una voz que me sobresaltó mortalmente: «¡Fuera, fuera, desgraciado!», agitando sus manos, dando pruebas del mayor aborrecimiento… Oí pasos que se acercaban; y volví a encontrarme en mi propia casa, a la que había regresado mecánicamente. Ésta es la hora en que no puedo decir todavía cómo salí de la casa del caballero Chauvelin, si encontré a alguien, si alguien me habló, o qué sucedió… Ahora, con más calma, creo que padecí un error. Escribí a Francisca, le expuse con todo el ardor posible el sentimiento de mi poderoso amor, el desconsuelo que sentía, y le supliqué con las expresiones más conmovedoras que me dijera qué fatalidad había determinado el profundo aborrecimiento que me demostraba. Al día siguiente recibí la respuesta, la carta aquella que me robó todas las esperanzas. Francisca me rechazaba con burlas despiadadas. Afirmaba que estaba muy lejos de sentir contra mí aborrecimiento, ya que apenas me conocía, y que, como temía a los locos, me rogaba que le ahorrara mi presencia. Como yo estaba entonces como trastornado, el miedo que ella expresó fue lo que yo tomé por odio y aborrecimiento. Cada palabra de la desdichada carta destrozaba mi corazón… Abandoné París y vagué de un lado a otro sin volver a Chatillon. Por fin encontré el reposo, y de ello os dará muestras el hábito que visto.

La marquesa le juró por lo más sagrado que jamás había recibido una carta de Charost, de modo que no había podido contestarla. Aquella carta, con seguridad, debía de haber caído en manos del caballero de Chauvelin, que le había respondido en lugar de su hija.

La marquesa, entonces, se vio asaltada por una idea que jamás había pasado por su cabeza. Se le ocurrió pensar que su padre, cuyo carácter siempre le había inspirado el mayor respeto y cuya sabiduría siempre le había parecido la única norma de pensar y de obrar, realmente, siempre había sido el mal principio o espíritu que la había engañado, destruyendo una posible y hermosa felicidad. Su vida entera le pareció una equivocación, y como una fosa oscura y triste en la que se había enterrado sin salvación posible. Un dolor aniquilador traspasó su pecho. Charost comprendió perfectamente a la marquesa y se esforzó en consolarla por medio del consuelo de la religión, que expresó con palabras edificantes. Afirmó que reconocía y alababa la Divina Providencia que había destruido su felicidad terrena, para purificar y limpiar su espíritu y hacerle digno de una relación que en la tierra le proporcionaría una felicidad celestial. La Divina Providencia le había elegido para guiar a aquella que en otro tiempo amó apasionadamente, camino del Cielo.

—¿Qué —le interrumpió la marquesa—, qué queréis decir?…

—Siendo vuestro confesor —dijo Charost, con serena dignidad—, yo creo, señora marquesa…, o dejadme que os llame Francisca…, que lograré vencer el dolor terreno que ahora destroza vuestra vida. Vuestro esposo me concederá gustosamente

ocupar el lugar del capellán en vuestro palacio; ya que recordará muy bien a Silvain François Charost, del que fue compañero en su juventud…

Charost tenía razón; confortaba con sus consuelos, alivió el ánimo de la marquesa, así es que pronto hizo su aparición una alegría que jamás había experimentado en su vida.

Con frecuencia, siempre que eran necesarios los servicios del capellán, acudía Charost al palacio de Narbonne, y como su vivo espíritu era propicio al contento, sin sobrepasar nunca los límites de la dignidad, muy pronto se convirtió en el alma del pequeño círculo que solía reunirse en el palacio. Este círculo estaba formado principalmente por el caballero Preville con su esposa, un señor de Cangé, la dama Dumée con su hijo y un señor Dupin, todos vecinos de la marquesa.

La marquesa no dejó de escribir a su marido que el capellán del palacio había muerto y que el agustino Charost desempeñaba, entretanto, el servicio religioso, y que decidiese si Charost, que afirmaba haber sido compañero suyo en los tiempos juveniles, continuaba en el puesto.

La marquesa siempre trataba de este asunto en todas las cartas que escribía al marqués; por lo regular, todas las cartas que recibía el marqués estaban fechadas, y tenían el lugar de procedencia donde se encontraba el regimiento del conde de Saint-Hermine; ninguna de estas cartas contenía respuesta alguna a la pregunta que ella le había hecho, de modo que ella consideró que el marqués, que sin duda alguna recibía sus cartas y jamás se quejó de que silenciase algo, si no contestaba a esta cuestión era porque prescindía de los asuntos domésticos. Así es que el marqués no escribió ni una palabra acerca de Charost y del puesto de capellán.

La cosa era más diferente de lo que la marquesa creía y hasta pudiese suponer… Vignan, procurador del Parlamento de París, le escribió que un teniente de la policía de Auxerre se había dirigido a él para preguntarle dónde se encontraba el marqués de la Pivardière, pues había permanecido una larga temporada en Auxerre y ahora una joven de allí exigía su presencia, debido a ciertas relaciones.

La marquesa, hasta el momento, no había tenido la menor idea de la estancia de su marido en Auxerre; ninguna de sus cartas estaba fechada en este lugar. Estas circunstancias, así como las relaciones que había sostenido con la joven, inquietaron a la marquesa. Hizo averiguaciones y se enteró de que el marqués desde hacía mucho tiempo había abandonado el servicio y se había retirado a Auxerre. Allí había entablado relaciones amorosas con la hija de una posadera, llamada Pillard, que le había gustado tanto que decidió representar un doble papel, el de marqués de la Pivardière y el de Huissierd Bouchet. Había tomado este nombre y se había alojado en la posada del padre de su amada, a la que prometió casarse, seduciéndola después. Más tarde, Pillard logró enterarse del verdadero nombre del seductor…

El sentimiento de un profundo dolor, la amargura enfermiza que se apoderó de la marquesa cuando el despreciado Charost se le apareció y su padre le expulsó de la habitación, ahora se volvía contra el marqués. Le consideraba como la persona

destinada a llevar a cabo lo que su padre había comenzado: es decir, destruir su vida. Olvidó que su propio erróneo juicio le había conducido a sus brazos.

La amargura se convirtió en odio cuando la marquesa se convenció de que había sacrificado la felicidad de su existencia a cambio de una vida desdichada. Menos vivamente hubiera sentido la marquesa esta injusticia si Charost no hubiese salido de la oscuridad… ¿Puede una mujer desterrar de su corazón a su primer amor? ¿Puede el amado desfigurarse de forma que no sea siempre el amado?

Hay que hacer saber que en sus relaciones con Charost no había que pensar ni por un solo momento que traspasase los límites de su devoción, y que jamás se le pasó por la cabeza nada indigno, y que no se despertaron en el interior de la marquesa otros anhelos diversos a los que yacían, desde antiguo, en lo más íntimo de su ser, respecto al hombre amado.

Pero estos deseos de una felicidad antes no presentida le hicieron ver que era imposible conseguirla, de modo que su desconsuelo por esta pérdida irreparable aumentó su odio contra el marqués. Este odio se manifestaba de la manera más viva a cada instante; afirmaba que estaba muy lejos para ejercer sus derechos contra el corrompido esposo, y que no le podría suceder desgracia mayor que regresara el marqués, y que estaba dispuesta a valerse de cualquier medio para alejarle del palacio de Narbonne. Charost esforzábase en vano en calmar el ánimo de la marquesa, excitado por el amor y el odio, o por lo menos trataba de templar los ataques violentísimos de su cólera.

El marqués de la Pivardière se había alejado secretamente de Auxerre, en parte porque estaba harto de sus relaciones con Pillard, en parte porque le faltaban medios para llevar el tren de vida a que estaba acostumbrado. Veíase perseguido por los acreedores, de modo que consideró necesario regresar al palacio de Narbonne para procurarse dinero.

En su viaje, que hacía a caballo, llegó a Bourdieux, un pueblecito a siete horas de distancia del palacio de Narbonne. Estando desayunando en la posada, se encontró un hombre del pueblo de Jeu, llamado Marsau, que conocía al marqués, y se asombró de verle tan cerca de su hogar. El marqués dijo que al atardecer pensaba sorprender a su esposa. Al oír esto Marsau frunció el semblante de un modo tal que al marqués le chocó, e imaginó algo malo. Marsau, un hombre malvado y perverso, le refirió sin reservas, en respuesta a sus preguntas, que un nuevo capellán, el agustino Francisco Charost, estaba ahora de servicio en el palacio de Narbonne, que diariamente, a la misma hora, confesaba a la marquesa, y que si iba, el marqués sorprendería a la marquesa en plena oración. Al oír el nombre del confesor, el marqués pareció herido por un rayo. Charost nunca pudo suponerse que el de la Pivardière, que simulaba ser su amigo, conocedor de su secreto, que justamente él, aconsejase al caballero de Chauvelin cómo debía aniquilar al que trataba de ser amante de su hija; que el de la Pivardière tratase tanto en pedir la mano de la marquesa, y terminase traicionándola, y siendo el causante de que la desesperación del pobre desgraciado le empujase al

claustro, perdida toda esperanza. El marqués, que había vivido en relaciones criminales, con mayor facilidad creyó en la infamia de la marquesa, cuanto más que sabía qué impresión le había causado en otro tiempo el joven Charost.

Sentíase ultrajado por el mismo que le había puesto en peligro de no lograr su objetivo. Dominado por la ira, gritó:

—¡Ah! ¡Yo sabré encontrar a ese cura hipócrita! ¡Mi vida contra la suya!

La casualidad quiso que precisamente cuando el marqués pronunciaba estas palabras, se encontrase allí una doncella del palacio de Narbonne. Esta doncella, de la que se decía ser hija del marqués, había oído, a menudo, que el regreso de su marido sería una gran desgracia, así es que aterrorizada, echó a correr al palacio y refirió a la marquesa lo que había visto y oído.

Era justamente el día de la Asunción de la Virgen, la fiesta de la capilla de Narbonne; Charost había celebrado por la mañana misa solemne y por la tarde vísperas, y como aquel pequeño círculo de vecinos, a los que nos hemos referido, estuvieran reunidos en torno a la marquesa, ella pidió al capellán que se quedase.

Aunque la noticia había impresionado mucho a la marquesa, tuvo suficiente dominio de sí misma para no decir nada a nadie, y menos dejar adivinar algo al religioso, no obstante estar amenazada su vida. De aquí que, con todo sigilo, llamase a dos hombres, en cuyo valor y fidelidad confiaba. Uno acudió armado con un fusil, el otro con un sable, y la marquesa los encerró en un gabinete que daba al comedor.

Ya estaban sentados a la mesa, y la marquesa esperaba que el marqués no llevase a cabo sus amenazas, pero he aquí que de repente apareció en la sala.

Todos se levantaron con demostraciones de alegría por la vuelta del marqués. Principalmente Charost, que no se cansaba de asegurar lo agradecido que le estaba al destino, que le había conducido junto al viejo amigo, al que jamás había olvidado. Sólo la marquesa permaneció en su asiento y no se dignó lanzar una mirada al marqués.

—¡Pero —le dijo en voz baja la señora de Preville—, pero, Dios mío, señora marquesa! ¿Es ese el modo de recibir a un marido al que hace tanto tiempo que no se ha visto?

—Yo —dijo el marqués, al tiempo que lanzaba una mirada cáustica al religioso —, yo soy el marido; es verdad, pero me está pareciendo que ya no soy su *amigo*.

Nada más decir esto, el marqués, silencioso, se sentó a la mesa. Puede suponerse que los amigos, después de este suceso, en vano se esforzaron en alegrar la reunión. Sobre todo Charost parecía muy impresionado, y su semblante enrojecía de modo desacostumbrado en él. Miraba al marqués con miradas extrañas; el marqués hacía como que no lo notaba y bebía y comía apresuradamente. La desazón aumentaba minuto a minuto, de modo que se separaron cuando dieron las once. El señor de Preville invitó al marqués para que comiera con él tres días después, y el marqués aceptó. La marquesa quedó a solas con el marqués, permaneció obstinadamente en un silencio huraño y hostil. El marqués le preguntó, adoptando un tono orgulloso y

soberbio, si merecía una acogida tan fría y despectiva.

—¡Vete —repuso la marquesa—, vete a Auxerre, y pregunta a esa ramera con la que vives desde hace tiempo, profanando el honor y la felicidad, por la causa de mi enojo!

El marqués quedó anonadado cuando vio que la marquesa estaba informada de sus relaciones, lo que no hubiera supuesto jamás, y temió que si la marquesa se dejaba llevar de su cólera, pidiese la separación, con lo que perdía la posesión del palacio de Narbonne, única fuente de ingresos. Se esforzó en convencer a la marquesa de que él no había estado nunca en Auxerre y que todo lo que le habían dicho era una horrible y falsa calumnia; entonces ella se levantó de su sitio y gritó, mientras le traspasaba con una mirada espantosa:

—Desgraciado, hipócrita, pronto sabrás de qué es capaz una mujer como yo ante estas infamias.

Después de haber pronunciado estas palabras amenazadoras, se alejó dirigiéndose a la estancia donde dormía su hija de nueve años, y se encerró con ella. El marqués fuese a la habitación donde en otro tiempo dormía con su esposa, dejó que un criado llamado Hybert le desnudase y se acostó en la cama. A la mañana siguiente había desaparecido, sin dejar rastro alguno. Todos los vecinos se quedaron profundamente asombrados ante la incomprensible desaparición del marqués. La marquesa no hizo demostración alguna, y afirmó que le importaba poco de qué modo se había alejado el marqués, y que esperaba no volver a verle en el resto de sus días. Luego se supo que el marqués había dejado su caballo, su capa y sus botas de montar, de forma que era imposible que se hubiera alejado mucho. La doncella de la marquesa, Margarethe Mercier, se expresó de una manera ambigua acerca de la desaparición del marqués aquella noche; poco a poco fue extendiéndose un sordo rumor de haber acaecido un crimen, y se culpó a la marquesa del asesinato de su esposo. Como Hybert, que había espiado tras de la puerta del comedor, oyese la conversación del marqués con su esposa y escuchase las palabras amenazadoras de la marquesa, fue insinuando al oído de cada cual que el marqués verdaderamente había muerto.

Todos los que habían estado en casa de la marquesa la noche fatal y se habían extrañado de su conducta, no tuvieron inconveniente en reconocer lo que en otro tiempo consideraron una calumnia: que la marquesa sostenía relaciones infames con Charost. Únicamente el señor de Preville y su esposa no podían convencerse de que la marquesa fuese capaz de una acción tan espantosa. Éstos aprovecharon la ocasión de que la pequeña Pivardière, de nueve años, viniese a su casa, como era costumbre, para jugar con la niña del señor de Preville, de su misma edad, para hacer averiguaciones acerca de los extraños sucesos de aquella noche, velados por la más completa oscuridad. Cogiendo aparte a la niña, le preguntaron con precaución si aquella noche en que había desaparecido su padre, no había notado nada raro.

La pequeña contó, sin reserva alguna, que su madre aquella noche la había llevado a una habitación muy alejada y le había ordenado que durmiese allí, lo que

nunca había sucedido. Durante la noche se había despertado al oír un ruido muy grande, y había oído una voz quejumbrosa que gritaba: «¡Dios justo…, tened piedad…, compadeceos de mí!». Muerta de miedo había querido salir de la habitación, pero encontró la puerta cerrada. Luego todo volvió a quedar en silencio. Al día siguiente había visto gotas de sangre en el suelo del cuarto donde su padre dormía, y a su propia madre lavar pañuelos ensangrentados.

¿Podía pensarse que una niña inocente no dijese la verdad, e imaginase cosas de este calibre? El señor de Preville hizo que la niña repitiese estas cosas delante de personas dignas de crédito y fuera de toda sospecha, y ambos, él y su esposa, así como en otro tiempo se inclinaron a aseverar la inocencia de la marquesa, ahora se sintieron profundamente disgustados por haber sido engañados de una manera tan indigna.

El real procurador general de Chatillon-sur-Indre, informado de todo esto, acusó a la marquesa de la muerte de su marido. Un juez, llamado Bonnet, fue encargado de hacer las averiguaciones, encaminándose finalmente al pueblo de Jeu, en campaña de un escribiente judicial. La marquesa, a la que no se le ocultaba la amenaza que se cernía sobre ella, emprendió la huida en compañía de la doncella llamada Margarethe Mercier, con lo que confirmó la horrible sospecha que había despertado. Otra doncella de la marquesa, de nombre Catherine Lemoine, manifestó que había estado presente en la muerte de su señor. La habían amordazado, así como a Margarethe Mercier, a la que hallaron en Romorantin, donde la marquesa la había abandonado. Ambas refirieron, de igual manera, la cruel acción, con toda clase de pormenores, de modo que no quedó duda alguna de la verdad de sus declaraciones.

Cuando la marquesa (así decía la declaración) se hubo convencido de que el marqués dormía, hizo lo posible para alejar a todos los de la casa y condujo a su hija a una habitación del piso superior, encerrándola en ella. Al sonar las campanadas de las doce, llamaron a la puerta del palacio. La marquesa ordenó a la Mercier que encendiese la luz y abriese. Así lo hizo y entró el agustino Charost, seguido de dos hombres, uno armado de un fusil y otro con un sable.

—Ya es tiempo —dijo la marquesa a Charost, y todos, sin hacer ruido, se encaminaron a la habitación del marqués. Uno de los hombres levantó la cortina del lecho. Él se hallaba cubierto hasta la barbilla con la colcha y dormía profundamente. Como el hombre descubriese la colcha, se despertó, poniéndose de pie. En el mismo instante el otro disparó su fusil e hirió al marqués, aunque no mortalmente.

Cubierto de sangre, en medio de la estancia, se puso de rodillas y suplicó que le perdonasen la vida.

—¡Terminad! —gritó la marquesa a los hombres.

El marqués, preso de desesperación, dijo:

—Cruel mujer, ¿no te conmueves? Es necesaria mi sangre para calmar tu odio. No me verás más, cedo en todo, pero no me quites la vida.

—¡Acabad con él! —gritó de nuevo la marquesa, mientras sus ojos despedían

relámpagos infernales. Los tres, Charost y los dos hombres, se lanzaron sobre el marqués y le dieron varias puñaladas. Cuando al fin le dejaron, agonizaba; entonces, la marquesa arrancó el sable de la mano a uno de los asesinos y golpeó en el pecho al marqués y así dio fin a su lucha con la muerte. Precisamente en aquel instante entró Catherine Lemoine, a la que habían enviado al caserío de la granja, y vio la acción de la marquesa. Quiso gritar de terror, pero la marquesa ordenó a los hombres que la amordazasen; éstos respondieron que no era necesario, pues al primer grito que profiriese la chica, la degollarían. Después de esto, los dos hombres se llevaron el cadáver. Durante su ausencia, la marquesa hizo limpiar cuidadosamente el cuarto, mientras ella misma traía cenizas y transportaban al sótano la cama manchada de sangre y las sábanas.

Dos horas después volvieron los hombres. La marquesa les obsequió, e incluso ella misma comió y bebió con ellos, y luego se fue con Charost. También aquel Hybert, que había divulgado el rumor de que el marqués había sido asesinado, entró en la habitación. Confesó que se había despertado al oír un disparo, lo que le hizo pensar que el marqués había sido asaltado por ladrones. Y por eso había corrido a la habitación. Nada más abrió la puerta, la marquesa le salió al encuentro y le amenazó con matarle en el acto si no se alejaba. Más tarde tuvo que jurar a Charost que mantendría silencio acerca de todo lo que había visto y oído aquella noche. También Hybert fue amordazado, pudo escaparse y no se le volvió a ver.

Charost, acusado de haber participado en el cruel asesinato del marqués de la Pivardière, fue encarcelado con aprobación del vicario episcopal. Apenas le encarcelaron, la marquesa de la Pivardière salió de su escondite y se entregó a la Justicia.

Únicamente una debilidad momentánea —aclaró—, sólo el miedo de ser objeto de algún ultraje, le había llevado no a huir, sino a esconderse en casa de su amiga la marquesa de Auneuil. No creía tener que demostrar su inocencia, pues si consideraban su vida entera y su forma de pensar, era una locura creerla capaz de una acción tan atroz. No tenía nada que temer de las minuciosas investigaciones que se hicieran. Al contrario, esperaba que se deshiciese el tejido de maliciosas calumnias o errores, y se creía libre de culpa, considerando que no era necesaria su presencia. Pero otra cosa era respecto al confesor, el agustino Charost, acusado de cómplice. Ella tenía que compartir la misma suerte de aquél cuyas virtudes eran la mejor defensa contra aquel odioso crimen. En su gloriosa inocencia, gozaría de la satisfacción de su libertad recuperada, así es que no temía más la cárcel.

Charost elevó al cielo su mirada, sonriendo dulcemente, cuando volvieron a acusarle de lo mismo. Sin hacer excesivas protestas de su inocencia, le bastó decir que tenía el convencimiento de que la acusación de que era víctima, era una invención infernal que consideraba como una nueva prueba a que le sometía el Cielo, por lo que la acataba humildemente.

No obstante, las declaraciones de las doncellas, que estaban de acuerdo en todos

los pormenores del evidente crimen, ambos, la marquesa y Charost, persistieron y porfiaron en su inocencia. Esta firmeza, esta conducta serena y sosegada que demostraron durante los innumerables interrogatorios, sirvió a los jueces sólo para convencerles de que la marquesa y Charost eran los más redomados hipócritas.

Participaban de la misma opinión de los jueces todos los que en otro tiempo habían reverenciado a la marquesa, incluso el pueblo. Como los jueces se encontrasen en el palacio de Narbonne para confiscar todo, irrumpió una turba de gentes que destrozó ventanas, puertas y enseres, dejando el palacio asolado, hecho una ruina. Fueron vanos los esfuerzos para encontrar el cadáver del marqués de la Pivardière, y en este dato se basaban todos los defensores de los acusados para afirmar que todas las declaraciones de los testigos no eran pruebas suficientes en el juicio contra la marquesa y Charost. Esto dio ocasión a que los jueces, que con gran celo proseguían las investigaciones del crimen, hiciesen excavar los alrededores próximos al palacio, a fin de ver si por allí estaba enterrado el cadáver. A Bonnet también se le había metido en la cabeza que los asesinos habían enterrado el cadáver del marqués en las inmediaciones.

Por entonces se extendió un extraño rumor. Incluso se dijo que cuando Bonnet estaba cavando para buscar el cadáver, el marqués en persona se le apareció y con voz espantosa le había llamado, diciéndole que no continuase excavando la tierra, pues el Cielo no le había concedido la gracia del descanso. Luego (añadió) el espíritu del marqués, con palabras horribles, había acusado a la marquesa y a Charost del asesinato. Muerto de terror, Bonnet había escapado…

Es posible que tuviese alguna relación con la aparición del marqués, no sabemos; pero lo cierto es que Bonnet enfermó gravemente y murió poco tiempo después.

El tribunal de Chatillon creyó necesario carear a la marquesa con Charost. La marquesa hizo su aparición ante el estrado con la serenidad y la calma que le eran habituales; pero cuando trajeron a Charost, se arrojó a sus pies llorando desesperada y gritó con una voz que desgarraba el corazón:

—¡Padre mío…, padre mío! ¿Por qué me castiga el cielo así, de modo tan espantoso?… ¿Existe arriba una bienaventuranza que compense de todas estas penalidades?… ¿Vos acusado por mi culpa de un crimen? ¿Y por mi culpa llevado a una muerte infame? ¡No, nunca! Tiene que ocurrir un milagro… Ante el tribunal se abrirá, sobre vos, la gloria del Cielo…, y limpio de culpa ascenderéis, mientras el pueblo os adora de rodillas.

—¡Calmaos —dijo Charost, esforzándose en levantar a la marquesa—, calmaos, señora marquesa! ¡Es una dura prueba la que me envía el Cielo! No digáis que muero por vos, ¡no!, pues el mismo destino quizá nos dé la muerte a ambos. ¿Es que, acaso, vos no estáis tan libre de culpa como yo?

—¡No, no —gritó la marquesa con vehemencia—, no, no, yo muero culpable! ¡Oh, padre mío! ¡Tenéis razón, la justicia del mundo caiga sobre la asesina!

El tribunal creyó ver en las palabras de la marquesa una confesión de su crimen, y

nuevamente trató de que dijese toda la verdad para evitarse el martirio de las torturas.

Entonces la marquesa repitió de nuevo, recobrando súbitamente su serenidad y su aplomo, que era inocente y que no tenía la menor idea de cómo había desaparecido el marqués.

Charost aseguró, asimismo, con frases conmovedoras, que la marquesa era tan libre de culpa como él, y que, si respecto a otra cosa, suponía que existiese una falta, ésta no merecía la censura del mundo.

Estas manifestaciones le parecieron al tribunal muy ambiguas y sospechosas. Decidieron emplear la tortura.

La marquesa, horrorizada, enmudeció, parecía la imagen de la muerte.

Charost dijo que si su debilidad le llevaba a declararse culpable de algún crimen, antes de hacer esta declaración, quería advertir de antemano que era falsa.

Iban ya a llevarse a ambos, a la marquesa y a Charost, cuando se oyó un rumor, las puertas de la sala se abrieron y entró… el que todos habían creído asesinado, ¡el marqués de la Pivardière! Después de echar una rápida mirada a la marquesa y a Charost, se acercó al estrado y explicó a los jueces que había creído que lo mejor era que vieran que no estaba muerto, y para eso se presentaba personalmente al tribunal.

Al mismo tiempo, alargó el acta rubricada por el juez de Romorantin, en la que se reconocía por más de doscientas personas que él era el verdadero marqués de Pivardière. Durante la festividad de San Antonio, precisamente a la hora de vísperas, había entrado en la iglesia de Jeu; su aparición había aterrorizado a todos los feligreses que, al reconocer al marqués, que creían muerto, le habían tomado por un fantasma. Los agustinos de Miseray por su parte, lo mismo que las nodrizas reconocen a sus hijos, dijeron que él era verdaderamente el marqués.

Éste, a petición de los jueces, refirió con todo pormenor de qué manera se había escapado del palacio.

Aquella noche fatal, el marqués no pudo conciliar el sueño debido a la inquietud y la excitación que sentía. Cuando las campanadas del reloj dieron las doce, oyó que golpeaban las puertas del palacio, y que voces conocidas gritaban: «¡Señor marqués…, señor marqués, venimos a salvaros de un peligro que os amenaza!». Levantóse y encontró ante la puerta a Francois Marsau, de Jeu, con dos hombres armados, uno de un fusil y el otro de un sable. Marsau dijo al marqués que unos alguaciles venían con la orden de arrestarle y encarcelarle, a causa de la demanda de Pillard por romper la promesa de matrimonio, y que únicamente una rápida fuga podría salvarle.

El marqués, muy excitado por el suceso de la tarde, viose perdido; le atemorizó el castigo severísimo por el intento de su doble matrimonio; viose abandonado, expulsado por la marquesa, y en aquel mismo instante decidió huir. Su caballo estaba tullido; la capa, las botas de montar, sus pistolas, todo podía resultar un impedimento para una fuga rápida. Siguió a pie a Marsau y a los dos hombres, que prometieron defenderle de cualquier ataque. Felizmente llegó a Jeu en completa seguridad; aunque

antes de salir de palacio, estando en la habitación, mientras el marqués recogía lo indispensable, se le disparó el fusil a uno de los hombres; el marqués oyó pasos que se acercaban y la puerta de su habitación se abrió. El marqués la cerró precipitadamente y salió huyendo. El palacio quedó en silencio.

El marqués caminó incansablemente por la región sin encontrar un cobijo seguro. En uno de sus recorridos llegó a Flavigny y allí se enteró de que la marquesa y Charost habían sido acusados de haberle dado muerte. Impresionado por esta noticia, decidió regresar a su casa haciendo caso omiso del peligro, para combatir la odiosa acusación. También esperaba que al salvar a la marquesa de la infamia y de la muerte, sus relaciones mejorarían.

No lejos del palacio de Narbonne se encontró a Bonnet, que estaba cavando para encontrar el cadáver del marqués. El marqués le llamó y le dijo que no buscase en la tierra lo que andaba por el suelo, y le pidió que firmase un acta dando fe de su existencia. En vez de hacer esto, Bonnet subió a su caballo y salió huyendo a toda velocidad. El escribiente del tribunal siguió su ejemplo y sólo los dos campesinos de Narbonne que iban con Bonnet para excavar resistieron la prueba y reconocieron a su señor. Cuando el marqués vio, lleno de espanto y terror, que el palacio de Narbonne era una ruina se encaminó a Jeu, pidió a Romarantin el acta de su reconocimiento y se fue a Chatillon para presentarse ante el tribunal.

Era de esperar que el regreso del marqués pusiera un punto final a las acusaciones contra la marquesa y su confesor, pero no fue ése el caso, y no podía serlo. Añádase a esto que las declaraciones de ambas muchachas eran de peso, y, sobre todo, la conducta de la marquesa era muy extraña. Sin sorprenderse, sin asombrarse, observaba al presunto marqués con una mirada penetrante, y con una sonrisa sarcástica dejaba adivinar todo lo que pasaba por su mente. Hacía pensar que conocía de antemano a la persona que representaba ser el marqués de la Pivardière, y que estaba tan excitada como la figura que en todo su aspecto, habla y modales era semejante al marqués.

De modo diferente se comportó Charost, que al ver al presunto marqués comenzó a rezar elevando los ojos al Cielo, con las manos cruzadas.

El tribunal hizo que encarcelasen a la marquesa y a Charost y por medio de minuciosas y precisas diligencias trató de averiguar algo sobre el presunto marqués de la Pivardière, no obstante lo que afirmaba el acta del juez de Romorantin. Todavía estaba vivo el recuerdo de un impostor que, valiéndose de su semejanza con un tal Martin Guerre, se hizo pasar por éste, y tres años después engañó a toda la ciudad, e incluso a la propia mujer y a los niños de Guerre, hasta que éste regresó y reveló el engaño, que el criminal pagó con la muerte.

El tribunal hizo comparecer al presunto marqués ante las dos doncellas encarceladas, la Mercier y la Lemoine, y ambas estuvieron de acuerdo en afirmar que aquella persona no era el verdadero marqués de la Pivardière, aunque tenía un gran parecido. ¡Nuevos motivos de sospecha contra la marquesa y Charost!

Sería muy cansado enumerar todas las medidas que adoptó el tribunal para investigar si en realidad era el marqués de la Pivardière la persona que había aparecido. Baste mencionar que se hicieron las oportunas diligencias en Valence. Allí vivían, en un monasterio de monjas ursulinas, dos hermanas del marqués y también la abadesa del monasterio le había conocido desde la más temprana juventud. Estas tres personas no tuvieron la menor duda de que él era el marqués en persona, después de que pasaron juntos tres semanas, y él contó los más menudos pormenores de su juventud.

Añádase la certeza de que era exactamente igual la letra del presunto marqués, con todas sus peculiaridades, que conocían sólo sus amigos más íntimos, y los testimonios de peso que dieron más de trescientas personas.

Era más que suficiente. En consecuencia, y según todas las reglas del Derecho, el tribunal decidió que la confrontación de la persona del marqués estaba perfectamente hecha.

La marquesa y Charost no habían sido acusados de la muerte de cualquier persona, sino del asesinato del marqués de la Pivardière; por lo tanto, si se demostraba que el marqués vivía, aquella acusación era falsa. Si eran ciertos estos decisivos argumentos, el tribunal declaraba en libertad a las personas acusadas.

Pero si las acusaciones eran falsas, las personas que habían declarado, deberían ser juzgadas como falsos testigos. Esto motivó un juicio contra Catherine Lemoine y Margarethe Mercier.

¡Les acusaba de malicia y crueldad, y, sin embargo, eran inocentes! La Mercier se despertó aquella noche al oír los golpes dados en la puerta del palacio. Se levantó, despertó a la Lemoine y ambas vieron por la ventana cómo tres personas penetraban por la puerta del palacio, una de ellas con un fusil y otra con un sable. Pudieron ver todo esto gracias a la luz que alumbraba al abrirse la puerta. Luego oyeron ruido en la estancia del marqués, una voz quejumbrosa y luego un disparo; después todo quedó en silencio. Se atrevieron a salir y se encontraron a Hybert que estaba muy excitado, fuera de sí, y que las empujó a su habitación para que no las matasen. A la mañana siguiente Hybert les confesó que al oír el disparo, había corrido a la habitación del marqués, intentando entrar en ella. Le habían empujado, cerrando la puerta de golpe. Tuvo tiempo de ver en el cuarto a la marquesa y a Charost, y vio cómo el marqués estaba en el suelo nadando en sangre. Era cierto que habían asesinado al marqués, y aquellos dos hombres se preparaban para llevarse el cadáver. Si decían una sola sílaba, todos estarían en gran peligro, pues les considerarían cómplices del asesinato. La Lemoine había visto cómo la marquesa aquella tarde había hablado con dos hombres armados; recordaron el odio que exteriorizó la marquesa contra el marqués, y luego, de pronto, la inexplicable desaparición del marqués; era, por tanto, natural lo que Hybert pretendía haber visto, por lo que los tres estaban firmemente convencidos de que la marquesa y Charost habían asesinado al marqués y hecho desaparecer el cadáver. Sólo aquél, que aparecía vivo, como un perfecto actor, era capaz de anular el

efecto de la acción espantosa a gentes como Hybert, la Lemoine y la Mercier; de aquí provenían las ambiguas y sospechosas declaraciones que dieron lugar a los rumores en contra de la marquesa y de Charost, y motivaron las acusaciones.

Bonnet era apasionado en grado sumo (lo que no debe ser nunca ningún juez). Estaba lleno de prejuicios, predispuesto en contra y, por añadidura, estaba enemistado con la familia del agustino Charost. Bonnet partía del convencimiento de que la marquesa tenía relaciones amorosas con Charost; él creía que como llegase el marqués inesperadamente, y su comportamiento hubiese atizado con más ardor el odio de la marquesa, ésta decidió valerse de todos los medios posibles para asesinar al marqués, lo que se llevó a efecto. Era imposible que esta acción se llevase a cabo sin conocimiento y participación de los criados; todos ellos tenían que estar al corriente del hecho.

Bonnet no había tenido empacho en amenazar a la Mercier y a la Lemoine con la muerte si no confesaban todo, y les preguntó lo que quiso. El método suyo era así muy cómodo.

«¿No viste tú misma —preguntaba, por ejemplo, Bonnet—, no has visto tú misma cómo Charost se abalanzó sobre el marqués?». «No, señor —respondía la interpelada —, no lo vi».

«¡Confiesa —bramaba Bonnet—, o te cuelgo en el acto!». «¡Sí, sí —decía la pobre chica, dominada por el miedo—, Charost se abalanzó sobre el marqués!», etc.

Muchas personas que habían hablado en la prisión con la Lemoine y la Mercier comentaban que ambas doncellas se quejaban del proceder de Bonnet y deseaban ser interrogadas por otro juez para poder decir la verdad: que únicamente sospechaban haberse cometido el asesinato. La que tuvo más fuerza fue la declaración de Bertin, el escribiente, cuando confesó que Bonnet se conducía del modo que decían las doncellas, y que, en cierta ocasión, como la Mercier no quisiera confesar algo que se le había metido en la cabeza sacó un cuchillo del bolsillo y le amenazó con cortarle los dedos si no lo hacía. ¡Aún más!… Los carceleros y las carceleras de la prisión donde estaban las doncellas debían repetir continuamente, siguiendo órdenes de Bonnet, que serían colgadas si se retractaban de algo de lo que hubieran dicho. Esto motivó que no se hubieran atrevido a reconocer al marqués cuando regresó.

También fue muy curioso que la pequeña Pivardière, que reconoció en el acto a su padre, asegurase que no sabía cómo había podido decir todas aquellas cosas al señor de Preville cuando la interrogó. Le preguntaron de un modo tan tremendo que le había dado miedo, aunque en realidad era cierto que aquella noche había dormido en otra habitación.

Todo París, donde no se habló más que del crimen de la marquesa, festejó ahora su triunfo, y justamente aquellos que la habían condenado más despiadadamente, sin pensar en la más remota posibilidad de su inocencia, se volcaron en elogios. El conde de Saint-Hermine, que había llorado al marqués de la Pivardière como hombre valeroso y honrado, ahora que vivía le acusaba de ser un tunante que no se libraría del

castigo de la Justicia.

La activa duquesa de Aiguillon se encargó de ser portadora de las felicitaciones del mundo elegante parisino, y de invitarla de nuevo al círculo donde tanto brilló antaño.

Encontró a la marquesa sumida en profunda aflicción y con la calma indiferente de que da muestras una total renuncia.

—¿Qué decís? —exclamó la duquesa sorprendida, cuando la marquesa afirmó que no moriría inocente, hasta que expiase su crimen con la muerte.

—Yo no creo —respondió la marquesa, y en sus ojos relampagueó un fuego intenso—, yo no creo, señora duquesa, que podáis comprender un crimen, si no va contra las leyes humanas. ¡Ay, yo le amo…, le amo aún, lo mismo que cuando se me apareció, como un mensajero del Cielo para reconciliarme con la Divina Providencia! ¡Este amor, sólo este amor, es mi crimen!

Muchos, muchísimos no entendieron a la marquesa. Tampoco la entendió la duquesa, así es que no quedaron poco sorprendidos los parisinos al tener noticia de que la marquesa, lejos de entrar en el bullicio mundanal, pensaba retirarse el resto de sus días a un convento.

La marquesa realmente tomó esta decisión, sin hacer el menor esfuerzo para volver a ver al marqués. Tampoco Charost volvió a verla, y, aureolado por el esplendor de su inocencia y devoción, regresó a la abadía de Miseray.

El marqués de la Pivardière entró de nuevo en el ejército y, poco tiempo después, en una refriega contra unos contrabandistas, halló la muerte.

«Datura fastuosa». El bello estramonio

Datura fastuosa. Der schöne Stechapfel (1821)

I

El invernadero de cristal del profesor Ignacio Helms. —El joven estudiante Eugenio. —Margarita y la vieja profesora. —Combate y decisión

En el invernadero del profesor Ignacio Helms, hallábase el joven estudiante Eugenio y observaba las bellas flores rojas de la regia Amarilis (*Amarillys reginae*), que acababan de abrirse precisamente aquella misma mañana.

Era el primer día tibio de febrero. Claro y apacible brillaba el puro azul de un cielo sin nubes, y el sol resplandecía a través del invernadero. Las flores que aún dormían en sus cunas verdes, parecían moverse como en un sueño premonitorio, y agitaban sus suaves hojas, mientras que los jazmines, las resedas, las inmarcesibles rosas, los sauquillos, las violetas, en su florido despertar, llenaban la casa con los aromas más dulces y agradables. Algunos pajarillos se atrevían a volar tímidamente, apenas salidos del cálido nido, y picoteaban en los cristales, como si ansiosos quisieran atraer la bella y pintoresca primavera encerrada en la casa de cristal.

—¡Pobre Helms! —se dijo Eugenio con profundo dolor—, ¡pobre viejo Helms, ya no verás más toda esta hermosura, toda esta belleza! Tus ojos se han cerrado para siempre, y ahora reposas bajo la fría tierra. Pero no, no, no, yo estoy seguro que estás entre tus amadas criaturas, que tan fielmente cuidaste, y que tanto temías que muriesen. Ninguna ha muerto, y es ahora cuando comprendes su vida y su amor, que apenas antes presentías.

En aquel instante llamaron a la puerta, y la pequeña Margarita entró apresuradamente con la regadera, pasando entre las flores y las plantas.

—¡Margarita, Margarita! —gritó Eugenio—. ¿Qué estás haciendo? Me parece que riegas las plantas a una hora que no les conviene y que vas a estropear lo que tan cuidadosamente estoy cultivando.

La pobre Margarita estuvo a punto de dejar caer de sus manos la regadera llena de agua.

—Querido Eugenio —repuso, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—, no me regañéis, no os enfadéis conmigo. Ya sabéis que yo soy una criatura sencilla e ignorante, y me parece que las pobres plantas y las matas que están aquí en casa sin rocío y sin lluvia, van a secarse, así es que tengo que darles de beber y de comer.

—Golosinas —la interrumpió Eugenio—, nada más que golosinas, Margarita, golosinas perjudiciales que las enferma y les causa la muerte. Ya sé que tu intención hacia las flores es buena, pero te faltan conocimientos botánicos, y, a pesar de mis enseñanzas, no te esfuerzas en aprender la ciencia tan conveniente a todas las

señoritas, sí, imprescindible, pues a veces una joven no sabe a qué clase y orden pertenece una rosa olorosa con la que se adorna, y eso, la verdad, está muy mal. Vamos a ver, Margarita, ¿qué clase de flores son las que hay en aquellas macetas, que pronto van a florecer?

—¡Oh, sí —exclamó Margarita alegremente—, son mis queridas campanillas!

—¿Lo ves —repuso Eugenio—, lo ves, Margarita, que ni siquiera sabes dar nombre a tus flores predilectas? *Galanthus nivalis* debes decir.

—*Galanthus nivalis* —dijo Margarita en voz baja, con medrosa timidez—. ¡Ay, querido Eugenio —exclamó—, qué bien suena y qué agradable, pero me parece como si no fueran mis campanillas! Bien sabéis, como ya os he dicho, que yo soy una niña…

—¿Todavía lo eres, Margarita? —le interrumpió Eugenio.

—Es verdad —repuso Margarita, enrojeciendo por completo—, cuando ya se tienen catorce años, ya no se puede contar uno entre los niños.

—Y, sin embargo —dijo Eugenio, sonriendo—, no hace tanto que la muñeca nueva…

Rápidamente se volvió de espaldas Margarita, se puso a un lado e hizo como si se ocupase de las macetas que estaban en el suelo, arrodillándose.

—No te enfades, Margarita —dijo Eugenio suavemente—. Quiero que seas siempre la niña buena, devota y amable que el papá Helms quitó a su malvada parienta, y que ha criado en compañía de su mujer, como si fuera su propia hija. Pero, bueno, ¿querías decir algo?

—¡Ay! —contestó Margarita en voz baja—. ¡Ay, querido señor Eugenio!, es una tontería que se me ha pasado por la cabeza, pero como lo deseáis, os lo voy a confesar. Cuando nombrasteis a mis campanillas de un modo tan elegante, me acordé de la señorita Rosita. Ella y yo, como bien sabéis, señor Eugenio, éramos uña y carne, y jugábamos cuando… éramos niñas, muy a gusto. Pero un día, de esto debe de hacer un año, Rosita se puso muy seria, y en su conducta se mostró muy extraña, y me dijo que ya no tenía que llamarla más Rosita, sino señorita Rosalinda… Así lo he hecho, pero desde aquel instante se ha ido alejando y alejando de mí, y he perdido a mi querida Rosa. Me parece que me va a pasar lo mismo con mis queridas flores, como empiece de repente a nombrarlas con nombres tan raros y orgullosos.

—Hum —dijo Eugenio—, algunas veces tus palabras expresan cosas extrañas y maravillosas. Se entiende lo que quieres decir, y se comprende lo que has dicho, pero a la poderosa ciencia botánica todo esto no le perjudica nada, y así como llamas a tu Rosita señorita Rosalinda, ciertamente que debes de saber el nombre de tu flor predilecta, tal como la llaman en el mundo científico y erudito. ¡Aprovéchate de mi ciencia! Ahora, querida Margarita, vamos a ver los jacintos. Pon el *Og roi* de Buzan, y el *Goria solis* más a la luz del sol. De la *Péruque quarrée* parece que no va a salir nada. El *Emilius Graf Bühren*, que en diciembre estaba tan floreciente, ahora está marchito y me parece que no va a durar mucho; pero el Pastor Fido está precioso. ¡El

Hugo Grotius ya lo puedes regar bien, pues está en pleno crecimiento!

Mientras Margarita, que había vuelto a ruborizarse cuando Eugenio la llamó encantadora y buena niña, se disponía con alegría y viveza a ejecutar lo que le ordenaba, entró la profesora Helms en el invernadero de cristal. Eugenio le hizo notar qué hermosa era la flora primaveral, y elogió preferentemente la *Amaryllis reginae* floreciente, que el pobre profesor estimaba más que la *Amarillys formossisima*, y de aquí que la cuidase con especial cariño, en recuerdo de su querido amigo y maestro.

—Querido Eugenio —dijo la profesora conmovida—, tenéis un alma sensible y delicada, y mi difunto esposo os apreciaba y os quería como un padre, más que a cualquiera de los discípulos que han venido por aquí. Ninguno ha comprendido tan bien a mi Helms, ninguno ha estado más unido a él que usted, y ninguno ha penetrado en el conocimiento y peculiaridades de su ciencia como usted. «El joven Eugenio —acostumbraba a decir Helms— es un joven fiel y devoto, por eso le gustan las plantas, las flores y los arbustos que prosperan risueños bajo su cuidado. Un carácter arisco, perverso y enemigo, es como Satán, que siembra hierbas malas, que crecen silvestres y matan con su aliento ponzoñoso a las criaturas de Dios», pues llamaba criaturas de Dios a sus flores.

A Eugenio se le saltaron las lágrimas:

—Sí, querida y respetada profesora —repuso—, seré fiel y trataré de perseverar en el piadoso amor, dedicado a la conservación del bello templo de mi maestro, de mi padre, mientras haya en mí un soplo de vida. Si me lo permitís, profesora, me gustaría, según solía hacer el profesor, venirme a la habitación más próxima al invernado de cristal, y así lo tengo todo a la vista.

—Precisamente por eso —repuso la profesora—, me duele pensar que muy pronto toda esta belleza y hermosura de las flores ha de tener un fin. Como bien sabéis, yo entiendo del cuidado de las plantas y de las flores, pues nunca fui ajena a la ciencia de mi esposo. Pero ¡Dios Omnipotente!, ¿cómo una mujer mayor como yo podrá ocuparse tan activamente de todo esto como un hombre joven y experto aunque no le falte deseo y gusto para ello? Así es que es necesario que nos separemos, querido señor Eugenio.

—¿Cómo? —gritó Eugenio horrorizado—. ¿Queréis echarme, señora profesora?

—¡Vete! —dijo entonces la profesora a Margarita—, vete, querida Margarita, y tráeme el chal grande, que siento un poco de frío.

Cuando Margarita salió, la profesora se puso muy seria y dijo:

—Qué afortunado sois, señor Eugenio, pues dais muestras de ser ingenuo e inexperto. Como joven en extremo noble no podréis comprender lo que estoy obligada a deciros.

»Apenas habéis cumplido los veinticuatro años, yo podría muy bien ser vuestra abuela, y pienso que esta relación, sin duda, santificaría nuestra vida en común. Pero la ponzoñosa flecha de la maliciosa calumnia no perdona ni siquiera a las matronas, cuya vida es irreprochable, y no faltarán hombres arteros que, aunque parezca

ridículo, censuren vuestra estancia en mi casa, dando pábulo a malvadas murmuraciones y a bromas de mal gusto. Aún más que a mí, la maldad le atacará a usted, por lo cual siento mucho deciros, querido Eugenio, que es necesario que abandonéis mi casa. Por lo demás, yo os ayudaré en vuestra carrera como si fuerais mi hijo, y lo haré con gusto, aunque mi Helms no lo indicase expresamente.

Eugenio se quedó mudo, pasmado. No podía comprender cómo su estancia allí, alejado de la profesora, podía resultar escandalosa y pudiera dar materia a comentarios maliciosos. Pero el firme propósito de la profesora de que abandonase la casa que había sido el círculo donde había transcurrido toda su vida, en la que vivían sus amigos, el solo pensamiento de separarse de sus flores adoradas, a las que dedicaba tantos cuidados, le dominó por completo, con intensa fuerza. Eugenio pertenecía a esa clase de hombres sencillos a los que les basta y hace feliz un pequeño círculo, interesado en la ciencia y en el arte, y que se ocupan sólo de los bellos objetivos que dominan su espíritu; era de aquéllos a los que un reino pequeño, en el que se encuentra a gusto, le parecía un oasis fructífero, en medio de los inmensos y estériles desiertos, que así le parecía el resto de la existencia, y a los que no se atrevía siquiera a penetrar considerándolos peligrosos. Es bien sabido que esta clase de hombres, en cierto modo, por su manera de pensar, siempre permanecen como si fueran niños, que son como incapaces y torpes, y aunque aparecen envueltos en el manto rígido de cierta mezquina pedantería, con que les cubre la ciencia, en el fondo parecen egoístas e insensibles. No faltan las burlas que se permite la incomprensión, segura siempre de una fácil victoria. Pero en lo más íntimo de tales hombres arde la santa llama de un conocimiento superior: permanecen ajenos al torbellino tan atractivo del mundo, y la obra a la que se dan con total entusiasmo y entrega es el medio de que se valen para acercarse al eterno poder de la existencia, y su vida silenciosa e inofensiva es un continuo servicio en el eterno templo del Espíritu Universal… Así era Eugenio.

Cuando Eugenio salió de su aturdimiento y recuperó la palabra, afirmó con energía que no temía nada, y que como se viese obligado a abandonar la casa de la profesora, su carrera habría terminado; porque arrojado de su verdadero hogar, jamás podría trabajar en paz y con tranquilidad. Juró a la profesora con las expresiones más conmovedoras, que si no le admitía como hijo, no le echase a los yermos desolados, pues eso le parecerían otros lugares.

La profesora pareció esforzarse en buscar una solución.

—Eugenio —dijo, finalmente—, hay un medio para que podamos quedarnos en casa tal como estáis ahora. ¡Sed mi esposo!

Como Eugenio se quedara asombrado mirándola, añadió:

—No es posible que un carácter como el vuestro interprete mal lo que digo; por lo tanto, no quiero ocultar el deciros que la proposición que os hago no es una ocurrencia repentina, sino el resultado de una madura reflexión. Desconocéis por completo las cosas de la vida, y no creo que podáis tener experiencia en poco tiempo.

Necesitáis alguien que os conduzca en el círculo estrecho de la vida, y que os alivie de los pesados fardos de la existencia cotidiana, que os cuide hasta en los más mínimos detalles, para que libremente podáis dedicaros a la ciencia. Nadie puede hacer esto mejor que una madre amante y cariñosa, y esto es lo que voy a ser en el verdadero sentido de la palabra, aunque ante el mundo aparezca con el nombre de esposa. Aunque nunca se os haya pasado por la cabeza la idea del matrimonio, querido Eugenio, tampoco debéis pensar que la bendición de un sacerdote va por eso a alterar nuestras relaciones, pues únicamente esta bendición me consagrará como vuestra madre y a usted como a un hijo mío. Y con qué paz y tranquilidad, querido Eugenio, os hago ahora esta proposición. A muchos de este mundo les parecerá extraña, aunque yo estoy convencida de que si la aceptáis no habrá en ello la menor rareza.

»Todo lo que el mundo exige para hacer feliz a una mujer será ajeno a usted, y la tensión y las incomodidades que producen todas estas exigencias, y que le podrían importunar y hacerle sentir las dificultades de la vida real. Por eso, la madre debe sustituir a la esposa.

Margarita entró con el chal y se lo dio a la profesora.

—No quiero —dijo la profesora— ninguna decisión precipitada. Decídase usted cuando lo haya meditado bien. Por hoy ni una palabra más. Hay una regla que dice que antes de decidir una cosa hay que consultarla con la almohada.

Nada más decir esto, abandonó la profesora el invernadero de cristal y se llevó a Margarita.

La profesora tenía razón, jamás se le había pasado por la cabeza a Eugenio nada que se relacionase con el matrimonio, y precisamente por eso la proposición de la profesora le había desconcertado, porque de pronto ante sus ojos se le aparecía una nueva imagen de la vida. Cuando se puso a considerar la cosa, nada le pareció mejor ni más estupendo que la Iglesia bendijese esta unión que le proporcionaría a él una buena madre, y a ella le otorgaría un hijo.

De muy buena gana le hubiera comunicado su decisión inmediatamente a la buena mujer, pero como le había pedido que permaneciera callado hasta el día siguiente, hizo lo posible por disimularlo, a pesar de que su mirada y todo su ser daba muestras y delataba a la profesora lo que sentía en su interior.

Conforme el consejo de la profesora, como decidiese consultar la cosa con la almohada, en medio del delirio del adormecimiento, vio un rayo de luz, una ensoñación, cuyas figuras parecían desvanecerse de su memoria. En la época en que era amanuense del profesor Helms en su casa, a menudo venía una sobrinita —una jovencita preciosa—, pero que apenas llamaba su atención. Recordaba que ella se ausentó una temporada y cuando regresó de nuevo fue para contraer matrimonio con un médico del lugar, y ya no recordaba más.

Cuando vino la joven y se celebró la boda con el joven doctor, el viejo Helms hallábase enfermo y no podía abandonar su estancia. La bondadosa joven dijo que

después de la ceremonia iría con el novio a su casa para solicitar que diese su bendición a la pareja. Sucedió que Eugenio entró en la habitación en el instante preciso en que la pareja de novios se arrodillaba ante el viejo. No le pareció la joven aquella sobrinita que había visto en la casa tantas veces, sino que la novia se le apareció como un ser superior y angelical. Iba vestida de raso blanco. La rica tela ceñía su esbelto cuerpo y luego se extendía en amplios pliegues. El seno se adornaba de valioso encaje, y sus cabellos castaños artísticamente trenzados se adornaban con una corona de mirto. De su semblante irradiaba algo así como la bienaventuranza de los santos, y toda la gracia del cielo parecía haberse derramado sobre ella. El viejo Helms estrechó a la novia entre sus brazos, lo mismo hizo la profesora, y acompañó al novio, que abrazó a la angelical novia con gran vehemencia, dando muestras del mayor deleite.

Eugenio, que pasaba desapercibido, y al que nadie hacía caso, no supo bien cómo sucedió. Sintió un frío helador, y luego un calor ardiente por todos sus miembros, su pecho traspasado por un dolor indecible, y con todo, pensó que nunca se había sentido mejor. «Y si la novia se acercase a ti, ¿por qué no habrías de estrecharla contra tu pecho?». Este pensamiento, que cruzó por su mente como una descarga eléctrica, le pareció como un enorme placer, pero el miedo indecible que amenazaba aniquilarle, sólo tenía par con el ardiente anhelo, el deseo vehementísimo de que esto sucediese, y su ser se derretía en un placer dolorosamente aniquilador.

Entonces fue cuando el profesor cayó en la cuenta de que estaba allí, y le dijo:

—Mira, Eugenio, ya tenemos a nuestra pareja feliz. Felicitad a la señora del doctor. Es lo propio.

Eugenio fue incapaz de pronunciar palabra, pero la bella novia se acercó a él, le ofreció la mano con gentileza; Eugenio la cogió, sin saber qué hacer, y la llevó a sus labios. Pero sintió que iba a desvanecerse, hizo un gran esfuerzo para mantenerse derecho, no entendió nada de lo que la novia le dijo, y nuevamente cuando la pareja salió de la estancia se encontró con que el profesor Helms le regañaba y le echaba en cara su incomprensible cortedad, y el haberse quedado como mudo y como un ser inerte, sin participar en nada, como si no tuviera sentimientos.

Parecerá extraño, pero Eugenio estuvo casi dos días después como atontado y sonámbulo, pasado lo cual, aquel acontecimiento se diluyó en su interior como si hubiese sido un confuso sueño. La figura de la maravillosa y angelical novia, tal como la había visto en la estancia del profesor Helms, de repente se le apareció con gran viveza y fuerza, y aquel indecible dolor que sintió en otro tiempo, de nuevo le oprimió el pecho. Pero le pareció como si esta vez él mismo fuese el novio, que la bella abría los brazos, que él la abrazaba y la estrechaba contra su pecho, y como en la intensidad del mayor deleite quisiera desprenderse de ella, se sintió encadenado y oyó una voz que decía: «Loco, ¿qué vas a hacer? No estás en tus cabales, has vendido tu juventud, la primavera del amor y del placer nunca más florecerá para ti, pues envejecerás en brazos del helado invierno».

Con un grito de horror despertó del sueño, pero le parecía como si todavía viese a la novia, y detrás de ella estuviese la profesora, y tratase de cerrarle los ojos con sus dedos helados, para que no pudiera mirar más a la bella y gentil desposada. «¡Fuera, fuera! —gritó—. ¡Todavía no he vendido mi juventud, no me he entumecido en los brazos del helado invierno!». Y al mismo tiempo que ardía en él un ferviente anhelo, sentía vivamente un profundo aborrecimiento hacia la unión con la vieja profesora sesentona.

Eugenio apareció al día siguiente como si estuviera algo trastornado; la profesora le preguntó qué tal se encontraba y como se quejase de dolor de cabeza y de cansancio, ella misma le preparó una bebida fortificante y le prodigó cuidados y atenciones, como si fuese un niño mimado enfermo.

Eugenio dijo para sí: «¿Y voy a ser capaz de corresponder a este amor maternal y a esta fidelidad con la más negra ingratitud, en trastorno ilusorio, alejándome de ella, de mis mayores alegrías y de mi propia vida? Y todo esto por un sueño, que no tiene consistencia alguna, probablemente engaño de Satanás, indigno placer de los sentidos, que me llevará a la perdición. ¡Cómo no he de pensarlo y reflexionar! ¡Está decidido, mi decisión está tomada!». Esa misma noche la vieja profesora, que tenía casi sesenta años, se convirtió en la novia del joven señor Eugenio, que por entonces todavía era un estudiante.

II

El punto de vista de un joven mundano. —La maldición del ridículo. —Desafío a causa de la novia. —Ausencia de música nocturna y celebración de la boda. —Mimosa púdica

Eugenio estaba justamente ocupado en cortar algunas hierbas cuando entró Severo, el único amigo con el que tenía trato. Cuando Severo vio a Eugenio abismado en su trabajo, se plantó ante él y soltó una imponente carcajada. Lo mismo habría hecho otro cualquiera que hubiera sido menos sensible a las rarezas que el jovial y divertido Severo.

La vieja profesora, con toda su buena intención, había puesto a la disposición del novio el guardarropa del pobre profesor, y le había manifestado que le gustaría mucho que Eugenio hiciese uso de los buenos y cómodos trajes, aunque no saliese a la calle con estas ropas pasadas de moda.

Hallábase Eugenio vestido con la amplia y gruesa bata del profesor, sembrada de flores de diferentes formas y colores, y con un gorro en la cabeza en cuyo frente estaba bordado un florido *Lilium bulbiferum* (azucena de fuego), y con su carita juvenil, vestido de máscara parecía un príncipe encantado.

—Dios te proteja y te ayude —exclamó Severo cuando dejó de reír—, me parece como si hubiese fantasmas y el bueno del profesor, salido de su tumba, se pasease entre sus flores como un arbusto de flores raras. Dime, Eugenio, ¿cómo has llegado a esta mascarada?

Eugenio afirmó que no veía nada raro en su aspecto. La profesora en sus relaciones actuales, le permitía utilizar las batas del difunto profesor que eran más cómodas y que estaban hechas de unas telas tan buenas que era ya difícil encontrar algo igual. Todas las flores y las hierbas estaban copiadas minuciosamente del natural, y aún más en el legado del profesor había algunos gorros rarísimos que podían servir perfectamente como *Herbarium vivum*. Éstos sólo los utilizaría con muchísimo respeto en algunas festividades especiales. La misma bata que llevaba era extraordinariamente rara y bella, porque el difunto profesor con su propia mano y con tinta fija había puesto el nombre al lado de cada flor y de cada hierba, como podía comprobar Severo, mirando de cerca la bata y el gorro, de forma que aquella bata podía servir a los discípulos curiosos incluso de magnífico estudio.

Severo cogió con la mano el gorro que Eugenio le ofrecía y comprobó que había una lista de nombres, escritos con fina escritura, por ejemplo: *Lilium bulbiferum, Pitcarnia angustifolia, Cynoglossum omphalodes, Daphne mezereum, Gloxinia maculata* y otros… Severo estuvo a punto de prorrumpir en carcajadas, pero de

repente se puso muy serio, miró a su amigo fijamente a los ojos y le dijo:

—¡Eugenio! ¿Es posible? No, es imposible, no puede ser más que un estúpido rumor y una burla, que te desacredita a ti y a la profesora. Ríete, Eugenio, ríete a carcajadas, ¡dicen que te vas a casar con la vieja!

Eugenio se asustó un poco, luego, entornando los ojos, afirmó que era verdad lo que decían.

—Así que el destino —exclamó Severo— me ha traído muy oportunamente para arrancarte del abismo de perdición a cuyo borde te encuentras. Dime de qué locura incurable estás poseído para entregarte en la mejor edad de tu vida por un puñado de dinero.

Según solía sucederle a Severo, en esta ocasión fue exaltándose a medida que hablaba atropelladamente hasta terminar profiriendo maldiciones contra la profesora…, contra Eugenio, y hasta comenzaba a proferir groseros juramentos estudiantiles, cuando Eugenio, con gran trabajo, logró tranquilizarlo, hacerle callar y hasta que le escuchase. Pues precisamente el fogoso acaloramiento de Severo había permitido reponerse a Eugenio. Le expuso, tranquilamente, con toda claridad, la naturaleza de sus relaciones, no ocultó cómo se había desarrollado la conversación, y finalmente terminó preguntándole si realmente creía que la unión con la profesora iba a arruinar su felicidad.

—¡Pobre amigo mío —dijo Severo, que ya se había tranquilizado—, pobre amigo, en qué red de equívocos te has metido! Quizá logre desenredar los nudos y librarte de los lazos, y entonces apreciarás el valor de la libertad. ¡Debes irte de aquí!

—¡Nunca! —exclamó Eugenio—. Mi decisión es firme. Eres un ser mundano que, desgraciadamente, no comprendes y que pones en duda la bondad y la fidelidad del amor maternal con el que la más noble de todas las mujeres quiere guiarme a través de la vida, a mí, eterno niño, que soy como un menor.

—Escucha —dijo Severo—, Eugenio, ¿de modo que tú mismo te consideras un menor? A veces, verdaderamente lo eres, y esto me da la experiencia de la superioridad que me conceden los años, ya que soy un poco mayor que tú. No consideres que es pedantería precipitada, si te digo que desde tu punto de vista no puedes ver completamente claro en este asunto. No creas que albergo la menor animosidad hacia la infeliz profesora, pero no solamente va contra tu felicidad, sino contra ella misma, debido a su gran error. Es cierto, según se afirma, que las mujeres lo pueden todo, a excepción de poder ponerse en la situación de otro. Lo que ellas mismas sienten les sirve de norma para todos los temperamentos, y la configuración de sus ideas les parece el prototipo de cómo deben juzgar y discriminar lo que se encierra en el interior de los demás. Todo lo que conozco de la vieja profesora, tanto de su persona como de sus actos, me dice que no es capaz de pasión, que es mujer flemática, lo que conserva muy jóvenes tanto a las muchachas como a las mujeres mayores, pues en verdad, para la edad que tiene, ella se conserva muy tersa y muy bien.

»Como el viejo Helms era también la calma en persona, sabemos que conforme a sus costumbres ordenadas y sencillas, ambos tenían un carácter bondadosísimo, y que el matrimonio era una pareja feliz y tranquila, pues el esposo nunca ponía peros a la sopa y la esposa no mandaba fregar el estudio a hora inoportuna. Este eterno andante del dueto matrimonial cree la profesora que podrá proseguirlo contigo, apaciblemente, pues considera que tú tienes la flema suficiente para no entrar en el mundo de golpe con un alegro. Si todo sigue lo mismo dentro de la bata botánica, en calma y en silencio, en resumidas cuentas dará lo mismo quien esté dentro: el profesor Helms o el joven estudiante Eugenio. No hay duda alguna de que la vieja te cuidará, te mimará, y hasta me atrevo a asegurar que seré el primer invitado a tomar contigo una taza de moka, de las que prepara la buena mujer, y que verá con buenos ojos que fume contigo una pipa del más fino Varina que ella misma habrá preparado y que yo te encienda el tabaco sacado de los trozos selectos que el difunto había picado él mismo y preparado. Pero ¿y cuando en medio de esta calma, que a mí por lo menos me parece el yermo del más desesperante y desconsolador vacío, y cuando en medio de esta calma, de repente irrumpa el torrente de la vida?

—¿Quieres decir —interrumpió Eugenio a su amigo— cuando sucedan desgracias, enfermedades?

—Quiero decir —continuó Severo— cuando a través del cristal de esta ventana miren un par de ojos y el fuego de sus rayos derrita la costra que cubre tu interior y el volcán estalle en medio de llamas abrasadoras.

—No te entiendo —gritó Eugenio.

—Y entonces —continuó Severo, sin hacer caso a Eugenio— ninguna bata botánica podrá protegerte de sus rayos, pues caerá en pedazos de tu cuerpo, aunque sea de amianto. Y, es más, prescindiendo de lo que pueda suceder a causa de esta unión absurda, recaerá sobre ti la peor de todas las maldiciones, la maldición que destroza y mata hasta las más pequeñas flores de la vida, la maldición del ridículo.

El semblante de Severo se contrajo, surcado de arrugas irónicas, y ya tenía en la punta de la lengua una palabra ingeniosa, cuando la profesora con aire amable y bondadoso, y el respetable porte de una noble matrona, entró en la habitación, y con pocas palabras que brotaban cordiales de su interior bondadoso, llena de afabilidad, saludó al amigo de su Eugenio. La ironía desapareció como por ensalmo y la burlesca chanza, y, en un instante, Severo tuvo la sensación de que en la vida existían seres y relaciones apenas presentidas por el vulgo.

Digamos entre nosotros que la profesora, para empezar, tenía la costumbre de saludar a todos con gran amabilidad, y que su espíritu en verdad era bondadoso y fiel, a la manera de las matronas de Alberto Durero, pues la profesora tenía una gran semejanza con estas matronas.

Así que Severo se tragó la palabra ingeniosa que tenía en la punta de la lengua, y no volvió a tener deseos de burlarse cuando la profesora le invitó, ya que era la hora del atardecer, a tomar el café con Eugenio y a fumarse una pipa.

Severo dio gracias al Cielo cuando se vio en la calle, pues la amabilidad de la buena mujer, el encanto especial de la afable señora que se extendía por todo su ser, le había fascinado de tal modo, que incluso vacilaba en sus más íntimas convicciones. Sí, a pesar de sus pronósticos, sabía que Eugenio sería feliz en sus paradójicas relaciones con la vieja, y esto le resultaba insoportable y hasta odioso.

¡Bien! Suele suceder en la vida que un mal presentimiento sobrecoge en el último instante, y esto le sucedió pocos días después, en que la maldición del ridículo, a la que había aludido Severo, hizo su efecto. La extraña situación de novio en que se encontraba Eugenio era de todos conocida, así que cuando a la mañana siguiente entró en el único colegio que solía visitar, todos le miraron con semblante risueño. Aún más, cuando las clases terminaron, los estudiantes formaron doble fila en la calle, y el pobre Eugenio tuvo que pasar por en medio, mientras gritaban: «¡Enhorabuena, señor novio, saluda a tu dulce y encantadora novia! ¡Eh, que resuenen los violines y las flautas, etc., etc!».

A Eugenio se le subió la sangre a la cabeza. Cuando llegó a la calle, le gritó un chico ordinario que estaba en la fila: «Saluda a tu novia, la vieja…», y soltó una palabrota, pero en el mismo instante se despertaron todas las furias de la cólera y la rabia de Eugenio, y con el puño cerrado descargó un puñetazo en el rostro de su contrario, al que derribó al suelo. Éste se rehizo rápidamente y descargó varias veces el grueso bastón contra Eugenio, hasta que el presidente de la Comunidad, dirigiéndose a ellos, gritó, regañándoles:

—¡Alto! ¿Sois, acaso, chicos de la calle que os apaleáis en pleno mercado? ¡Que se vaya al diablo si Eugenio se casa y quién sea la novia! Marcelo ha ultrajado a la novia, en plena calle, en nuestra presencia, de modo tan plebeyo que tiene que lavar la injuria aquí mismo. Y sabe Marcelo lo que tiene que hacer, y si alguien piensa lo contrario que se entienda conmigo.

El presidente cogió a Eugenio del brazo y le acompañó a su casa:

—Eres un chico valiente —dijo a Eugenio—, no podías obrar de otro modo. Pero vives tan callado, tan retirado, que se te tomaría por un ratón. No podrás defenderte en el duelo, te falta valor y tampoco tienes práctica; el fanfarrón de Marcelo es uno de nuestros mejores espadachines, de modo que al tercer asalto te derribará. Esto no puede ser, te propongo sustituirte, y yo defenderé tus cosas, quédate tranquilo. —El presidente dejó a Eugenio, sin recibir respuesta.

—¿Ves? —dijo Severo—. ¿Ves como ya empiezan a cumplirse mis profecías?

—¡Oh!, calla —exclamó Eugenio—, la sangre me hierve en las venas, no me conozco, estoy destrozado. ¡Dios del Cielo! ¿Qué espíritu perverso ha encendido en mi interior esta cólera salvaje? ¡Te digo, Severo, que si hubiera tenido un arma en la mano, habría matado a aquel infeliz en ese instante! ¡Jamás hubiera podido suponer que pudiera darse en la vida una infamia igual!

—Ya empiezan las amargas experiencias.

—Déjate, déjate de sabidurías mundanas. Ya sé que hay huracanes que de pronto

estallan y destrozan en un instante lo que con gran trabajo se ha ido construyendo a lo largo de la vida. Me parece como si hubieran destrozado mis más bellas flores y estuvieran muertas a mis pies.

Un estudiante, en nombre de Marcelo, entró para señalar el duelo a la mañana siguiente. Eugenio prometió estar en el lugar determinado a la hora convenida.

—Tú, tú que jamás has tenido un florete en la mano, ¿quieres batirte? —preguntó Severo asombrado; pero Eugenio le aseguró que ningún poder evitaría que él mismo defendiese sus asuntos, como le correspondía, y que el valor y su decisión sustituirían lo que le faltaba de destreza. Severo le hizo ver que en los duelos, según se había visto otras veces, el más valeroso solía ser vencido por el más débil. Eugenio permaneció firme en su decisión, añadiendo que estaba más versado en el florete de lo que podía suponerse.

Severo le estrechó con alegría entre sus brazos y exclamó:

—El presidente tiene razón, eres un valiente, pero no irás a la muerte, yo te secundaré y protegeré mientras pueda.

La palidez de la muerte se extendía por el semblante de Eugenio cuando llegó al lugar del desafío, aunque sus ojos resplandecían con un fuego intenso y abrasador, y en su actitud se transparentaba la firmeza, la calma y la decisión.

No poco se asombró Severo, y hasta el presidente, cuando Eugenio dio muestras de ser un buen espadachín, pues su contendiente no pudo abatirle al primer encuentro. Al segundo encuentro dio una estocada a Marcelo en el pecho que le derribó.

Eugenio debía huir, pero no quiso moverse del lugar, sucediese lo que sucediese. Marcelo, al que tenían por muerto, se recuperó e se incorporó, y cuando el médico dictaminó que sería muy posible que se salvase, Eugenio, en compañía de Severo, abandonó el lugar del desafío y se dirigió a su casa.

—Amigo mío —exclamó Severo—, ayúdame a salir del sueño en que me encuentro, pues me parece soñar cuando te miro. En vez de un Eugenio pacífico, veo ante mis ojos un hombre potente, que esgrime el florete como el experto presidente y que posee la misma seguridad e impasibilidad que él.

—¡Oh, amigo mío! —repuso Eugenio—, quiera el Cielo que tengas razón, ojalá todo sea una pesadilla. Pero no, el torbellino de la vida me ha arrebatado, y quién sabe contra qué escollos me golpearán los oscuros poderes y si quedaré herido de muerte sin poder salvarme en mi Paraíso, que siempre consideré inaccesible a los tenebrosos espíritus indomables.

—Y dime —añadió Severo—, ¿qué son estos tenebrosos espíritus indomables que pueden destruir ese Paraíso, sino los errores que nos hacen aparecer la vida como algo claro y alegre? Eugenio, por lo más sagrado, abandona el propósito que te llevará a la perdición. Me refiero a la maldición del ridículo, que cada vez la sentirás más y más. Eres valiente, decidido, y es de prever que no es imposible que para defender del ridículo tus relaciones con la vieja tengas que volver a batirte por segunda vez, a causa de la novia. Considera que cuanto más valor tengas y más

firmeza, más fuerte será la lejía que te arrojen. Todo el brillo de la heroicidad estudiantil palidecerá ante el absoluto filisteísmo con que la vieja novia te adornará.

Eugenio suplicó a Severo que no volviera a hablar más acerca de algo que tenía decidido firmemente, y luego respondió a sus preguntas, diciéndole que su habilidad en la esgrima se la debía al difunto profesor Helms, que era un estudiante a la antigua usanza y conocía los usos y costumbres estudiantiles. Casi todos los días solía practicar la esgrima durante media horita con el viejo, por lo que había conseguido cierta habilidad, sin tocar jamás el suelo.

Eugenio supo por Margarita que la profesora había salido y que no había vuelto al mediodía, sino que regresaría por la noche, ya que tenía muchas cosas que hacer en la ciudad. Esto le extrañó un poco, pues la profesora no acostumbraba a abandonar la casa durante tanto tiempo, por lo cual era inusitada su conducta.

Abismado en la importante obra botánica que tenía más a mano, estaba Eugenio en el cuarto de estudio del profesor Helms, que iba a ser suyo, y había olvidado casi por completo los tremendos acontecimientos de aquella mañana. Acababa de anochecer cuando se detuvo un carruaje delante de la casa, y al punto entró la profesora en la habitación de Eugenio. No poco se asombró cuando vio que venía de la ciudad, adonde solía ir sólo en las grandes festividades. El pesado vestido, con amplios pliegues, de damasco negro, la pequeña cofia antigua, la rica pulsera de perlas, así como los brazaletes, y el resto del atuendo, daban a la figura de la profesora un aspecto soberbio e imponente.

Eugenio dio un salto de la silla y al entrar la inusitada aparición no supo cómo, pero entraron los desgraciados acontecimientos del día, y exclamó dolorosamente, desde lo más profundo de su ser: «¡Dios mío!».

—Ya sé todo —dijo la profesora en tono de fingida calma, con el que trataba de ocultar la profunda agitación de su alma—, sé todo lo que ha sucedido ayer, querido Eugenio; no quiero, no puedo censuraros. También mi Helms tuvo que batirse una vez, cuando era su novia. Me enteré diez años después de casada, y mi Helms era un joven tranquilo, temeroso de Dios, que jamás deseó la muerte a nadie. Pero no puede ser de otro modo, y jamás he podido comprender por qué no puede ser de otro modo. Pero las mujeres no pueden comprender muchas cosas del reverso de la vida porque son mujeres y su honor les impide comprenderlo, aunque se dan cuenta a veces del peligro de los escollos a los que se acerca el hombre, ¡audaz piloto!… ¡Pero aquí se trata de otra cosa!… Ya ha pasado el tiempo del placer de la juventud…, las chillonas imágenes de la vida han palidecido… y ya no se comprende la vida, pues la vejez ya no contempla más que la eterna luz y el puro azul del Cielo, elevándose hacia las nubes, lejos de todo lo terrenal…

»¡Ah! Cuando mi Helms se batió por mí, tenía yo dieciocho años floridos, me decían hermosa y me envidiaban. Y usted…, usted se bate por una matrona, por unas relaciones que el mundo no comprende y que la mezquina incredulidad escarnece. No, no puede ser, de ninguna manera. ¡Le devuelvo su palabra, querido Eugenio!

Hemos de separarnos.

—¡Jamás! —gritó Eugenio, echándose a los pies de la profesora, y llevándose sus manos a los labios—. ¿Cómo no voy a verter hasta la última gota de sangre por mi madre? —Y juró a la profesora, mientras derramaba lágrimas ardientes, mantener lo que había prometido, es decir, que la bendición de la Iglesia le convirtiese en un hijo suyo—. ¡Desdichado de mí —exclamó súbitamente—, quizá a estas horas se haya destruido mi esperanza y mi felicidad! Acaso Marcelo esté muerto y yo dentro de unos instantes vaya a la prisión.

—¡Tranquilizaos —dijo la profesora, y una sonrisa encantadora iluminaba el cielo de su rostro—, tranquilizaos, querido hijo mío! Marcelo está fuera de peligro; la estocada, afortunadamente, ha sido superficial y no ha dañado ninguna noble parte. He pasado varias horas con vuestro digno rector. Él ha hablado con el presidente, con los padrinos, y con varios estudiantes que estaban allí presentes. «No es una riña vulgar —dijo el noble anciano—, Eugenio no podrá borrar el ultraje sino así, y Marcelo no podía obrar de otro modo. Hasta ahora no he sabido nada, y saldré al encuentro del menor rumor…».

Eugenio se puso a dar gritos de alegría, y aprovechándose de este momento en que el cielo dispensaba tamaña felicidad al entusiasmado joven, la profesora cedió a las súplicas para que la boda se celebrase lo antes posible.

Cuando llegó la noche, después de haberse celebrado la ceremonia de la boda por la mañana y con el mayor recato, se oyó un murmullo sordo por la calle en que estaba la casa de la profesora, y se escucharon cuchicheos y ruidos. Eran los estudiantes que se habían reunido allí. Echando llamas por los ojos, Eugenio corrió en busca de su florete. La profesora, blanca como el papel, fue incapaz de proferir palabra. Se oyó una voz ordinaria que profería desde la calle: «Si queréis voy a ayudaros en la limpia casita que le habéis preparado al novio, aunque mañana nadie se atreverá a bailar conmigo un baile, si es que se tiene de pie».

Los estudiantes se deslizaron uno tras otro. Eugenio, que miraba a través de la ventana, vio claramente a la luz de las linternas a Marcelo, que hallábase en medio del empedrado, y que no se marchó hasta que el último estudiante abandonó el lugar.

—No sé lo que le sucede a nuestra Margarita —dijo la profesora cuando los dos amigos del viejo Helms, que habían sido testigos del enlace, se hubieron marchado—, no sé por qué llora con una pena tan inconsolable. Quizá crea la pobre niña que no nos vamos a ocupar de ella. ¡No! Mi Margarita será siempre mi querida hijita. —Y al decir esto, la profesora estrechó en sus brazos a Margarita.

—Sí —dijo Eugenio—, Margarita es nuestra encantadora hija, y ya veréis qué bien va a saberse la botánica. —Tras decir esto, la atrajo hacia sí, lo que hasta la fecha nunca había hecho, e imprimió un beso en sus labios. Margarita se desmayó, perdido el conocimiento, en sus brazos.

—¿Qué tienes —exclamó Eugenio—, qué tienes, Margarita? ¿Eres como una *Mimosa*, que te estremeces en cuanto alguien te toca?

—La pobre niña debe estar enferma, el aire frío y húmedo de la iglesia no le ha sentado bien —dijo la profesora, frotándole las sienes con colonia. Margarita abrió los ojos, exhalando un profundo suspiro, y tuvo la sensación de que súbitamente una espina le había atravesado el corazón. Luego todo pasó…

III

Vida tranquila en familia. —Salida al mundo. —El español Fermino Valies. —Advertencias de un amigo razonable

Apenas sonaban las cinco campanadas y se desvanecía el último bello sueño matinal de los magníficos ejemplares de las plantas tan bien conservadas, Eugenio abandonaba su lecho, se vestía la bata botánica del profesor, y estudiaba hasta que sonaba una campanillita. Esto sucedía a las siete en punto y era la señal de que la profesora se había levantado y vestido, y de que el café estaba preparado en su gabinete. Eugenio se dirigía a la habitación, y después de dar los buenos días a la profesora y de besarle la mano, a la manera en que los niños buenos saludan a su madre, cogía la pipa, que estaba bien rellena, sobre la mesa, y con el papel que le daba Margarita la encendía. Tras una agradable conversación que duraba hasta las ocho, Eugenio bajaba al jardín o al invernadero, si el tiempo y la estación lo permitía, donde permanecía ocupado en sus estudios botánicos hasta las once. Luego se vestía y, a las doce en punto, se sentaba a la mesa, donde le esperaba una sopa humeante. La profesora se alegraba enormemente cuando Eugenio hacía notar que el pescado tenía el grueso adecuado, y si el asado era sustancioso y tierno, etc.

—¡Igual que mi Helms, igual —exclamaba la profesora—, que solía elogiar mis guisos, lo que es muy raro en los maridos, que todo les gusta menos la comida casera! Sí, querido Eugenio, tenéis el mismo buen carácter de mi difunto.

Y entonces explicaba con pormenor cómo había sido la sencilla vida del difunto Helms, que la profesora relataba con gran locuacidad, y que Eugenio conocía de sobra, aunque siempre le emocionaba, y más de una vez se terminó la sencilla comida de esta pequeña familia bebiendo las últimas gotas de vino en memoria del profesor. La cena era semejante al almuerzo. Eugenio continuaba con sus estudios, hasta que a las seis la familia volvía a reunirse. Eugenio enseñaba un par de horas a Margarita, en presencia de la profesora, unas veces ciencias y otras idiomas. A las ocho se cenaba, y a las diez se retiraban a descansar. Así transcurría un día absolutamente igual a otro, y sólo el domingo era excepción. Eugenio, al mediodía, vestido de domingo con el chaqué del profesor, de un color un poco extraño y un corte más extraño aún, se dirigía a la iglesia en compañía de la profesora y de Margarita, y al mediodía, después de comer, si el tiempo lo permitía, hacían un viaje de recreo hacia un pueblecito no lejos de la ciudad.

Así transcurría la sencilla vida monacal, en la que Eugenio sentíase muy a gusto, entregado en cuerpo y alma. Pero la enfermedad consume el interior del ser humano cuando el espíritu, haciendo caso omiso de su propio organismo, comete el error de

contrariar las aspiraciones de la vida. Podría llamarse propiamente enfermedad la autarquía hipocondríaca en la que vivía Eugenio, atenido a su propio trabajo, que le robaba poco a poco su ingenua alegría y hacía que todo lo que estuviera fuera del estrecho círculo suyo le pareciese frío y ordinario. Como no saliera nunca de la casa, a excepción hecha de los domingos, en compañía de su esposa-madre, perdió el contacto con todos sus amigos; evitaba las visitas, incluso la de Severo, pues la presencia de su amigo le angustiaba de tal modo que hasta dejó de verle.

—Lo que te sucede es que has muerto para nosotros. Y si despertases sería para morir. —Así habló Severo la última vez que vio al amigo perdido, que ni siquiera se molestó en meditar el sentido de las palabras que había proferido.

Las huellas de la enfermedad se mostraban en su semblante, de una palidez cadavérica. Se había apagado el fuego de la juventud en su mirada, hablaba el lenguaje mortecino de los asmáticos, y cuando se le veía enfundado en el vestido dominguero del difunto profesor, podría creerse que el viejo trataba de sacar al joven de su chaqué para él mismo volver a meterse. En vano indagaba la profesora si el joven, por el que empezaba a temer, se sentía enfermo corporalmente, y si necesitaba un médico; por el contrario, él afirmaba que nunca se había sentido mejor.

Estaba Eugenio sentado un día entre el follaje, cuando la profesora entró, se sentó frente a él y le observó en silencio. Eugenio, ensimismado en su libro, apenas pareció darse cuenta de su presencia.

—Esto —dijo pensativa la profesora— nunca lo hubiera pensado ni creído, ni tampoco querido.

Eugenio se levantó casi asustado al oír el tono extraño y severo con que la profesora profirió estas palabras.

—Eugenio —dijo la profesora de una manera más suave y dulce—. Eugenio, cada vez os retiráis más del mundo, y es vuestra manera de vivir lo que está destrozando vuestra vida. Yo, ya podéis imaginar, que no voy a censurar la soledad monacal en que os encerráis en casa por causa mía y de la ciencia, pero creedme, no debe ser así. Lejos de mí está el pensar que ofendáis los mejores años de vuestra vida a unas relaciones que no interpretáis bien, sacrificándoos. Eugenio mío, debéis salir a la vida, que, sin duda, no será peligrosa para vuestro manso carácter.

Eugenio aseguró que aborrecía todo lo que no fuera el círculo familiar, que era su única patria, que se sentía incómodo e inquieto entre los hombres, y que además no sabía cómo empezar para salir de su soledad. La profesora, mostrando de nuevo su acostumbrada afabilidad, le dijo que el profesor Helms, aunque había dedicado toda su vida al estudio, con todo, en sus años juveniles, diariamente, acudía a un café, donde se reunía con otros estudiosos y escritores, y donde preferentemente solían acudir los forasteros. Así es como permanecía en relación con el mundo, y estaba en contacto con la vida, y, a menudo, gracias a algunas de estas conversaciones, su ciencia se había enriquecido. Eugenio debía hacer lo mismo.

Si la profesora no hubiese intervenido, difícilmente Eugenio habría salido de su

clausura.

El café a que la profesora se refería, era ciertamente un lugar de reunión del mundo literario, y, por añadidura, el lugar que acostumbraban a visitar los forasteros, de modo que en las últimas horas de la tarde se agitaba una multitud abigarrada en los salones.

Hay que imaginarse qué sensación tan extraña sentiría el monacal Eugenio la primera vez que se encontró en medio de este bullicio. Pero sintió que la cortedad desaparecía, cuando vio que nadie le prestaba atención. Cada vez más despreocupado, llegó hasta tener la osadía de pedirle a un camarero desocupado un refresco. Se acercó a la sala de los fumadores, sentóse en un rincón, con el fin de fumar una pipa, que era su mayor placer, mientras escuchaba las diversas conversaciones. Así es como llegó a serenarse, y como el bullicio y el alegre jaleo del lugar le agradasen por extraña manera, exhaló el humo placenteramente en azules nubecillas. Junto a él tomó asiento un hombre cuyo aspecto y semblante denotaban que era extranjero. Estaba en la plenitud de la edad varonil, era más bajo que alto, estaba bien configurado y cada uno de sus movimientos era rápido y elástico, y su semblante era sumamente expresivo. Le resultaba imposible entenderse con el camarero, y cuanto más se esforzaba, más furioso y frenético se ponía, y el alemán que apenas farfullaba era cada vez más incomprensible. Finalmente exclamó en español:

—Este hombre me mata con su estupidez.

Eugenio entendía el español muy bien, y lo hablaba perfectamente. Prescindió de su cortedad, se acercó al forastero y se brindó como intérprete. El forastero le miró con una mirada penetrante. Luego aseguró, y su rostro expresaba una amistosa amabilidad, que consideraba una especial suerte encontrar a alguien que hablase su lengua vernácula, que tan escasamente solía hablarse, no obstante ser la más soberbia que existía. Elogió el hablar de Eugenio y terminó diciendo que debían sellar esta amistad, nacida por especial favor del destino, y la mejor manera de hacerlo era beber un vaso de vino ardiente y espirituoso, originario de su país natal.

Eugenio enrojecía cada vez más como un niño vergonzoso, y cuando hubo bebido un par de vasos de jerez, que el forastero encargó, sintió que un calor muy agradable invadía su interior y se encontró muy a gusto escuchando la viva y alegre conversación del forastero.

Le rogaba que no le tomase a mal —comenzó diciendo el forastero, después de haber contemplado a Eugenio un instante en silencio— que le confesase que, cuando le vio por vez primera, le asombrase su aspecto. Su semblante juvenil, toda su cultura, estaba en extraña contradicción con su estrafalario vestido a la antigua, aunque, como es de suponer, tendría motivos bien fundados para desfigurarse de este modo.

Eugenio enrojeció de nuevo, lanzó una mirada furtiva a sus mangas color canela con los botones dorados en las vueltas, y sintió vivos deseos de atacar a todos los que

se encontraban en el salón, especialmente al forastero, vestido de negro, conforme a la última moda, con fina camisa de un blanco deslumbrante, y con brillantes en la pechera, que era la elegancia en persona.

Sin esperar la respuesta de Eugenio, el forastero continuó hablando, y dijo que no estaba en sus principios preguntar a alguien por su vida, aunque Eugenio le inspiraba tal interés que se veía obligado a confesarle que desde el primer momento le había tenido por un joven desgraciado, por un sabio perseguido por el infortunio. Su semblante enflaquecido y pálido daba muestras de ello, así como la vestimenta antigua, que sin duda era el regalo de algún antiguo Mecenas, vestimenta que se veía obligado a usar al carecer de otra. Añadió que quería y podía ayudarle, le consideraba un compatriota, y le suplicaba que, dejando a un lado mezquinas consideraciones, le abriera su corazón y se confiase a él, pues sería su mejor amigo. Eugenio enrojeció por tercera vez, pero dominado por el amargo sentimiento casi colérico de que era el desgraciado chaqué del viejo Helms lo que tenía la culpa de este malentendido, que inducía a error no sólo al forastero, sino también a todos los presentes. La cólera le desató la lengua y desahogó su corazón. Refirió al forastero sus relaciones, habló de la profesora con el entusiasmo que le inspiraba su amor infantil por aquella mujer, le aseguró que era el hombre más feliz de la tierra y que deseaba que el estado actual durase siempre.

El forastero, después que le hubo escuchado atentamente, habló en tono serio y profundo:

—Yo también viví en otro tiempo solitario, más solitario que usted, y creí que en aquella soledad que otros consideraban desconsoladora, el destino ya no tenía nada que ofrecerme. Entonces las olas del mar de la vida me arrastraron a un torbellino, y estuve a punto de precipitarme en el abismo. Sin embargo, salí del fondo, buen nadador, me alcé y navegué alegremente sobre la corriente plateada, y ya nunca más volví a temer las profundidades desesperantes, que el movimiento de las olas oculta. Sólo en las alturas se comprende la vida, cuya primera exigencia es que se goce totalmente. Así es que brindemos por los claros y alegres goces de la existencia y vaciemos nuestros vasos.

Eugenio brindó, sin haber entendido bien al forastero. Las palabras que pronunciaba en un español sonoro, resonaban con una música extraña en su interior. Sentíase atraído por el forastero, aunque no sabía bien por qué.

Del brazo abandonaron lo dos amigos el café. En el mismo instante en que se separaban en la calle, apareció Severo, que se quedó asombrado al contemplar a Eugenio.

—Dime —exclamó Severo—, dime, por todos los Cielos, ¿qué significa esto? ¿*Tú* en el café? ¿Tú amigablemente con el forastero? ¡Y encima parece que estás excitado, exaltado, como si hubieses bebido más de un vaso de vino!

Eugenio le refirió cómo la profesora le había aconsejado que acudiese al café, y cómo había hecho amistad con el forastero.

—¡Qué vista tiene la vieja profesora! —gritó Severo—. ¡Qué agudeza para la vida! En realidad ve que el pájaro puede volar y le deja que se ensaye. ¡Qué mujer más lista, qué inteligente!

—Te suplico —repuso Eugenio— que te calles y no hables de mi madre, que no desea más que mi felicidad y mi contento, y gracias a su bondad he tenido la ocasión de conocer al hombre más estupendo que hasta ahora he conocido.

—¿El hombre más estupendo? —interrumpió Severo a su amigo—. Por lo que a mí respecta, no me fío lo más mínimo de él. Añádase a esto que es español y secretario del conde Ángelo[107] Mora, que ha venido hace poco y ha alquilado la bella casa de campo que está a la entrada de la ciudad y que perteneció, como ya sabes, al banquero Overdeen, que está arruinado. Así es que ya sabes todo lo que hay que saber acerca de él.

—No se me ocurrió por lo más remoto preguntarle por su nombre ni por su puesto.

—¡Oh, gran Eugenio, esto sí que es verdadero cosmopolitismo! El chico en cuestión se llama Fermino[108] Valies, y estoy seguro de que es un pícaro, pues siempre que le veo noto que tiene un cierto airecillo, y siempre me lo he encontrado en sitios que… ¡Ten cuidado, en guardia, inocente hijo de profesor!

—Me doy cuenta —dijo Eugenio de muy mal humor— de que te has propuesto molestarme y hacerme enfadar con tus juicios desagradables, pero no me irás a desviar, pues solamente pienso hacer caso a la voz que me habla desde mi interior, y en la que confío y a la que sigo.

—Quiera el Cielo —repuso Severo— que tu voz interior no sea un falso oráculo.

Eugenio no se explicaba cómo desde el primer instante de su amistad había podido confiar al español lo más íntimo de su ser, y aunque lo había atribuido a la poderosa influencia de la situación en que se encontraba, ahora que la imagen del forastero permanecía grabada en su alma, tuvo que reconocer que era misteriosa y extraña la manera verdaderamente mágica en que había descubierto su ser a un extranjero, y era por esto el motivo de la rara desconfianza que Severo abrigaba contra el español.

Al día siguiente, como Eugenio volviese al café, le pareció que el forastero le esperaba con impaciencia. Según le dijo, consideraba mal no haber correspondido a la confianza de Eugenio y no haberle contado su vida. Se llamaba Fermino Valies, era español de nacimiento y por aquel entonces secretario del conde español Ángelo Mora, con el que se había reunido en Augsburgo, para venir con él aquí. Todo esto ya lo sabía por un amigo suyo llamado Severo, le repuso Eugenio. Las mejillas del español enrojecieron súbitamente y casi al punto desapareció el rubor. Luego dijo con una mirada hiriente y con un tono casi sarcástico:

—No creí que la gente, que no me interesa, me hiciera el honor de conocerme. Aunque creo que difícilmente su amigo le habrá podido decir algo de mí que yo no pueda decirle.

Fermino Valies confesó a su amigo, sin ocultarle nada, que, apenas salido de la infancia, engañado por las malas artes de sus poderosos parientes, entró en un convento e hizo los votos, aunque luego en su interior se rebelase contra lo que había hecho. Pues bien, sintiendo la amenaza del peligro de languidecer en un eterno e indecible martirio durante toda su vida, no había podido resistir el impulso de liberarse, y aprovechando una ocasión favorable que le brindaba el destino, se había escapado del convento. Con gran viveza, con los colores más brillantes describió Fermino la vida en aquella rígida orden, regla inventada por la locura y el fanatismo más grande, que le pareció mucho más horrible cuando salió al mundo y vio qué rico y variado era, como no hubiera podido imaginar ni siquiera el aventurero más imaginativo.

Eugenio se volvió a hallar en el círculo mágico, creyó ver en el espejo mágico del sueño un mundo nuevo lleno de figuras resplandecientes, y sin darse cuenta sintió vivos deseos de pertenecer a este mundo. Se dio cuenta de que la admiración que demostraba y las preguntas que instintivamente hacía despertaban una sonrisa en el español que a él le hacía enrojecer. ¡Entonces le sobrevino el pensamiento de que en su edad varonil había permanecido como un niño!

Como era de suponer, el español, día tras día, fue adquiriendo mayor dominio sobre el inexperto Eugenio… Cuando daba la hora acostumbrada, Eugenio se apresuraba hacia el café, donde permanecía cada vez más tiempo, y aunque no se lo confesaba, sentía tener que volver a la desierta morada suya, desde aquel mundo alegre en que estaba. Fermino diestramente supo agrandar el pequeño círculo en el que se movía con su amigo. Fue con Eugenio al teatro, y con frecuencia terminaban la jornada en algún restaurante, donde con ardientes bebidas aumentaba la excitación en que se encontraba Eugenio, hasta la alegría desenfrenada.

Muy avanzada la noche, regresaba a su casa, se tiraba sobre el lecho, no para dormir tranquilamente como antes, sino en medio de agitados sueños, que le ofrecían imágenes que en otro tiempo le hubieran horrorizado. Cansado y agotado, incapaz de trabajo científico se sentía a la mañana siguiente, y en cuanto daba la hora a la que solía ver al español, se apoderaban de él los espíritus de la vida disipada, que irresistiblemente le arrastraban. Y justamente a la hora en que salía para el café, Eugenio se asomaba a la habitación de la profesora, según costumbre, para despedirse rápidamente:

—¡Entrad, Eugenio, entrad. Tengo que hablar contigo! —dijo la profesora. En el tono con que pronunció estas palabras había una seriedad tan desacostumbrada que Eugenio se quedó parado, con repentina consternación.

Entró en la habitación. No pudo soportar la mirada de la vieja en que alternaban por igual el profundo disgusto y la dignidad ofendida. Con gran firmeza y calma la profesora hizo ver al joven cómo estaba siendo seducido hacia un tipo de vida muy alejada de la honorabilidad, las buenas costumbres y el orden, que a corto o largo plazo le conduciría a la perdición.

Bien pudiera ser que la vieja, conforme a las costumbres antiguas de tiempos más piadosos, se excediese en su largo sermón condenatorio, exigiendo demasiado a la conducta juvenil; es posible que el sentimiento de injusticia que de primeras el joven experimentó se convirtiese después en amargo despecho, motivado por el convencimiento del castigo. Como suele suceder siempre que los reproches no penetran en el interior y rebotan sobre el pecho del culpable sin efecto alguno.

Cuando la profesora terminó su sermón condenatorio, pronunció estas frías palabras, casi despectivas:

—Bueno, váyase usted, haga usted lo que quiera. —Y otra vez con fuerza se le volvió a pasar a Eugenio por la cabeza que todavía en su edad adulta seguía siendo un niño. «¡Pobre escolar, ya es hora de que te escapes de la férula!», decía una voz en su interior. Y entonces echó a correr.

IV

El jardín del conde Ángelo Mora. —Deleite de Eugenio y dolor de Margarita. —La amistad peligrosa

Cuando un ser atormentado por sentimientos contradictorios se encuentra de mal humor, se encierra en sí mismo. Eso le sucedía a Eugenio, que, al encontrarse ante el café, en lugar de entrar, instintivamente se alejó, corriendo en busca del aire libre.

Sucedió que se encontró ante la verja de un jardín, del que brotaban aromas balsámicos. Cuando miró dentro se quedó parado, profundamente sorprendido. Parecían tener un encanto especial los árboles y las plantas de las zonas más variadas y lejanas, que ostentaban sus formas lujuriosas y colores extraños en la más pintoresca variedad, tal como deberían brotar en su suelo natal. En los amplios senderos, que recorrían el bosque mágico, crecía una vegetación exótica, arbustos de los que Eugenio sólo sabía el nombre, conforme a los dibujos, e incluso flores que, cultivadas en su invernadero, contemplaba aquí en tal cantidad y perfección que nunca hubiera podido suponer. Desde el sendero central pudo contemplar una gran plazoleta, en cuyo centro había una fuente de mármol con un tritón que lanzaba rayos de cristal a lo alto. Pavos reales se mostraban ufanos, y los faisanes se bañaban en el fuego del atardecer.

No lejos de la puerta de la verja de entrada florecía una *Datura fastuosa* (el bello estramonio) con sus soberbias y grandes flores aromáticas, en forma de bocina, en tan hermoso esplendor que Eugenio, avergonzándose, pensó en el aspecto mezquino que tenía esta misma planta en su jardín, y eso que era la planta favorita de la profesora.

Disipado su mal humor, pensó Eugenio: «¡Ah! ¡Si mi buena madre pudiera tener una Datura así en el jardín!». Traídos por la brisa del atardecer, resonaron los dulces acordes de un instrumento desconocido que se oían entre la lejana vegetación mágica; resplandecientes brotaron los maravillosos y celestes tonos de una voz femenina. Era una de esas melodías que sólo pueden brotar de lo más hondo del pecho, obra del entusiasmo del amor nacido en el Sur, era una romanza española que cantaba la desconocida.

El joven se vio sorprendido por un inefable y dulce dolor y una tristeza intensísima, y por el fuego de un anhelo ardiente; la embriaguez de los sentidos le transportó a un mundo mágico de ensoñaciones y presentimientos. Había caído de rodillas y tenía la cabeza apoyada contra los barrotes de la verja.

Los pasos que se acercaron a la puerta de la verja le asustaron, y se alejó precipitadamente, para no ser sorprendido por extraños en el estado en que se encontraba.

A pesar de que ya había anochecido, Eugenio vio, al llegar a su casa, que Margarita todavía estaba en el jardín cuidando las plantas. Sin mirarle, le dijo en voz baja, tímidamente:

—Buenas noches, señor Eugenio.

—¿Qué te sucede? —exclamó Eugenio, pues le chocó la extraña ansiedad de que daba muestras la joven—. ¿Qué te sucede, Margarita? ¡Mírame!

Margarita le miró, pero en aquel mismo instante le cayeron dos claras lágrimas de los ojos.

—¿Qué te sucede, querida Margarita? —repitió Eugenio, cogiendo la mano de Margarita, pero al hacer esto, pareció como si un dolor repentino traspasase a la muchacha. Todos sus miembros temblaron, el pecho se agitó y prorrumpió en fuertes sollozos. Un extraño sentimiento, como de compasión, traspasó al joven.

—Por Dios —dijo Eugenio con dolorosa conmiseración—, por el Cielo, ¿qué tienes? ¿Qué te sucede, querida Margarita? Estás enferma, muy enferma. ¡Ven, siéntate, confíame todo!

Al decir esto, Eugenio llevó a la joven a un banco del jardín y volvió a repetirle, estrechándole la mano:

—¡Confíame todo, mi querida Margarita!

Como el amanecer rosado del alba, se extendió una encantadora sonrisa, a través de las lágrimas de la joven. Suspiró profundamente, pareció que su dolor desaparecía para dar paso a un sentimiento de indescriptible placer, de dulce tristeza.

—Soy tonta —musitó en voz baja, con los ojos cerrados—, soy muy simple, ¡y todo es pura imaginación, pura imaginación! Aunque, para decir verdad —exclamó en voz más alta, saltándosele nuevamente las lágrimas—, es cierto, ¡es cierto!…

—Tranquilízate —dijo Eugenio trastornado—, tranquilízate, querida Margarita, cuéntame todo lo malo que te ha sucedido, y que te ha alterado de un modo tan tremendo.

Por fin, Margarita habló. Refirió que en ausencia de Eugenio, un hombre desconocido había entrado de pronto en el jardín por la puerta que se le había olvidado cerrar, y muy solícito había preguntado por él. El hombre tenía algo raro en todo su aspecto, y miraba con ojos tan ardientes y extraños que sintió un frío helador por todo su cuerpo, y tuvo tal miedo y espanto que apenas pudo moverse. Luego el hombre se expresó con palabras tan raras, pues no parecía que hablara alemán, que apenas pudo entenderle, preguntó por esto, por aquello, y luego preguntó…, y aquí Margarita, súbitamente, se calló y las mejillas se le pusieron como azucenas de fuego. Como Eugenio insistiese para que contase todo, ella refirió que el extranjero le preguntó si le gustaba Eugenio. Con toda su alma ella respondió:

—¡Oh, sí! ¡Muchísimo!

El extranjero se aproximó mucho a ella y la traspasó con una mirada odiosa, de forma que tuvo que cerrar los ojos. ¡Y más aún! Con gran descaro y desvergüenza le dio unos golpecitos en las mejillas, que le ardían de miedo y angustia, diciéndole:

—Hermosa pequeña envidiosa, sé buena, pórtate bien —y se había reído tan maliciosamente que el corazón empezó a palpitarle.

En aquel momento la señora profesora se asomó a la ventana y el extranjero le preguntó si era la señora esposa del señor Eugenio, y como ella respondiese que era su madre, él gritó burlonamente:

—¡Eh! ¡Qué bella mujer! ¿Estás celosa, pequeña? —Y volvió a reírse maliciosamente y con picardía, como no había visto jamás a ningún hombre reírse, y después de haber mirado fijamente a la señora profesora, se alejó rápidamente del jardín.

—Pero —dijo entonces Eugenio— en todo esto, querida Margarita, no veo nada para que te entristezcas de un modo tan tremendo.

—¡Oh, Dios mío! —interrumpió Margarita—. ¡Oh, Dios del Cielo!, cuántas veces me ha dicho la madre que el diablo vaga por el mundo en figura humana, que siembra hierbas malas entre los trigales, y que deja culebras venenosas. ¡Oh, Dios mío! El extranjero era el diablo en persona, él…

Margarita se detuvo, Eugenio se había dado cuenta de que el forastero que había sorprendido a Margarita en el jardín no podía ser otro que el español Fermino Valies, y entendía muy bien lo que Margarita quería decir.

No poco sorprendido, preguntó tímidamente si era verdad que desde hacía algún tiempo él había cambiado.

Entonces Margarita desahogó todo lo que tenía encerrado en su pecho. Le dijo al joven que ahora, cuando estaba en casa se mostraba triste, reservado, perezoso y que a veces tenía un aspecto tan serio y tan triste que apenas se atrevía a hablarle. Que ya no le daba lecciones por las tardes, que era lo que a ella le gustaba más en el mundo. Que ya no sentía alegría cuando estaba entre sus hermosas plantas y flores… ¡Ay!, y que ayer no había echado ni siquiera una mirada a las maravillosas balsaminas florecientes, que ella sola cuidaba tan bien, y en fin que ya no era el mismo buen… Un torrente de lágrimas ahogó a Margarita.

—¡Tranquilízate, déjate de imaginaciones, encantadora niña! —Nada más pronunció Eugenio estas palabras, su mirada se detuvo en Margarita, que se había levantado del banco en el que estaba sentada, y, de pronto, como si se hubiese disipado la niebla mágica que le cegaba, se dio cuenta por vez primera de que ya no era niña, sino una joven de dieciséis años, en la plenitud de su gracia y con el atractivo de una maravillosa juventud. Se sorprendió extrañado y no supo continuar. Por fin, recobrándose, dijo en voz baja:

—Tranquilízate, mi buena Margarita, todo cambiará —y se fue del jardín escaleras arriba. Aunque el dolor de Margarita hubiese despertado en él cierto aborrecimiento contra el forastero, sin embargo continuaba su enfado con la profesora, a la que consideraba culpable de la pena y el disgusto de Margarita.

Cuando entró en el cuarto de la profesora y ésta trató de hablarle, la interrumpió, haciéndole reproches muy fuertes, le dijo que había metido en la cabeza de la joven

muchas tonterías acerca de su amigo el español Fermino Valies, al que no conocía, y pensaba no conocer jamás, ya que la medida del juicio de una vieja mujer de profesor era muy pequeña para poder medir la grandeza de algunas figuras.

—¡Qué lejos ha llegado! —gritó la profesora, con tono doloroso, elevando los ojos al cielo, mientras cruzaba las manos.

—No sé —dijo Eugenio—, no sé lo que pensáis, pero yo no he ido tan lejos como para pactar con el diablo.

—¡Sí! —exclamó la profesora, elevando la voz—. ¡Sí! ¡Estás en las garras del demonio, Eugenio! El Malo se ha apoderado de ti, y extiende sus garras para precipitarte en la sima de la eterna condenación. ¡Eugenio! Apartaos del demonio y de sus obras, es vuestra madre quien os lo pide, os juro que…

Con amargura, Eugenio interrumpió a la profesora:

—¿Tengo yo, acaso, que enterrarme entre estos muros? ¿Tengo yo que sacrificar la poderosa vida de la juventud, viviendo sin amigos? ¿Acaso son obra del diablo los inocentes placeres que ofrece el mundo?

—No —exclamó la profesora, palideciendo, al tiempo que se desplomaba sobre una silla—. No, no, pero…

En aquel instante entró Margarita y preguntó a la profesora y a Eugenio si querían la comida, que estaba dispuesta.

Se sentaron a la mesa en silencio, hostiles, sin proferir una palabra, absortos en los pensamientos contrarios que les embargaban…

A la mañana siguiente recibió Eugenio un billete de Fermino Valies, cuyo contenido decía:

«Ayer estuvo usted ante la verja de nuestro jardín. ¿Por qué no entró usted? No nos dio tiempo de verle, para invitarle a entrar. ¿No le parece que es como un pequeño Edén para un botánico? Hoy al anochecer le esperamos ante la misma verja.

»Su amigo sincero,

FERMINO VALIES».

Según noticias de la cocinera, el billete lo había traído un hombre horrible, negro del todo, al parecer un criado moro del conde.

Eugenio sintió que su corazón palpitaba sólo de pensar que iba a entrar en el Paraíso de tan mágico encanto. Creyó oír los tonos celestes que brotaban del follaje y su pecho palpitó apasionadamente de deseo. Se disipó su mal humor y se transformó en júbilo. Al sentarse a la mesa contó dónde había estado, y refirió cómo el jardín del banquero Overdeen, que poseía ahora el conde Ángelo Mora, había cambiado por completo, transformándose en un jardín botánico verdaderamente maravilloso. Haciendo gala de su bondad, esa misma tarde su amigo Fermino Valies iba a dejarle

entrar, y allí iba a tener ocasión de ver la Naturaleza de verdad, pues hasta ahora sólo la conocía por descripciones y dibujos. Habló detenidamente de aquellos árboles y plantas de zonas tan alejadas y exóticas, dijo los nombres, y mostró su asombro porque hubieran podido aclimatarse aquí, lejos de su clima natal.

Luego habló de los árboles, de los arbustos, de las plantas, y aseguró que todo lo que había en este jardín era extremadamente raro y singular, pues, por ejemplo, él nunca en su vida había visto una *Datura fastuosa* como la que florecía en el jardín. El conde, sin duda, debía de tener algún secreto poder mágico, pues no se comprendía cómo en tan poco tiempo desde que el conde había llegado hubiera podido conseguirlo. Luego se refirió al tono celestial de aquella voz femenina, que resonaba entre las frondas y agotó todas las descripciones del placer que había sentido.

Eugenio notó, en medio de su alegría y de su deleite, que él solo hablaba, y que la profesora y Margarita permanecían calladas y reservadas.

Cuando la comida terminó, la profesora, levantándose de su silla, dijo muy seria y resignada:

—¡Hijo mío, os encontráis en una situación muy peligrosa y amenazadora! El jardín, que describís con tanto entusiasmo, y cuyas maravillas atribuís a los poderes mágicos del desconocido conde, desde hace muchos años tiene la misma apariencia y aspecto extraño —pues reconozco que lo es—, y es obra de un jardinero, gran artista extranjero, que estuvo a las órdenes de Overdeen. Estuve allí un par de veces con mi querido Helms que consideraba todo muy artístico, pero sentía encogérsele el corazón cuando contemplaba la violencia a que había sido sometida la Naturaleza, mezclando lo exótico con plantas diferentes, en una mezcla contradictoria.

Eugenio contaba los minutos: por fin, se fue el sol y pudo ponerse en camino.

—¡La puerta de la perdición está abierta, y el servidor está dispuesto a recibir a la víctima! —gritó la profesora iracunda, dando muestras de dolor. Eugenio aseguró que volvería sano y salvo del lugar de perdición.

—El hombre que había traído el billete del extranjero era completamente negro y horrible —dijo Margarita.

—Puede ser que sea el mismo Lucifer —dijo Eugenio, sonriendo—, o ¿quién sabe si un ayuda de cámara suyo? Margarita, Margarita, ¿todavía te dan miedo los deshollinadores?

Margarita bajó los párpados ruborizándose, y Eugenio se alejó rápidamente.

Eugenio apenas salía del asombro que le producía el esplendor y la magnificencia botánica que había en el jardín del conde Ángelo Mora.

—¿No es verdad —dijo por fin Fermino Valies—, no es verdad, Eugenio, que existen tesoros que tú no conocías? Aquí todo es distinto del jardín del profesor.

Hemos de hacer notar que el lazo estrecho que unía a los amigos les llevó a usar el tú fraternal.

—¡Oh —dijo Eugenio—, no me hables del mezquino y pobre lugar donde vegetan miserablemente plantas enfermizas!… ¡Oh, qué hermosura, estas plantas…,

estas flores!… ¡Poder quedarme aquí, vivir aquí!

Fermino dijo que si Eugenio quería conocer al conde Ángelo Mora, lo que de muy buena gana le facilitaría él, aquel deseo suyo sería satisfecho, siempre que pudiera apartarse lejos de la profesora, por lo menos el tiempo que el conde permaneciese allí.

—Claro —añadió Fermino con un tonillo burlón—, claro que esto no es posible. ¿Cómo será posible que un recién casado como tú, amigo mío, que todavía goza la felicidad del amor, pueda perder un instante de estos placeres?… Hoy he visto a tu esposa. En verdad que para su edad es una mujercita agradable y tersa. Es asombroso cuánto tiempo arde la antorcha del amor en el corazón de algunas mujeres. Dime, ¿qué tal te encuentras cuando te abraza tu Sara, tu Ninon? Ya sabes qué imaginación tan ardiente tenemos los españoles, así es que no puedo pensar en tu matrimonio sin inflamarme. ¿No estás celoso?

La aguda y mortal flecha del ridículo se clavó en el pecho del joven. Se acordó de las advertencias de Severo, y se dio cuenta de que si hablaba de sus relaciones con la profesora volvería a ser objeto de las burlas del español. Con todo, vio de nuevo, en su interior de joven inexperto, que un sueño engañoso y falso le había robado la vida. Permaneció en silencio, aunque el rojo ardiente que cubría su semblante mostró al español el efecto de sus palabras.

—Aquí se está muy bien —prosiguió Fermino Valies, sin esperar respuesta de su amigo—, aquí se está magníficamente, es cierto, pero no digas que tu jardín es triste y aburrido. Precisamente ayer vi en tu jardín algo que supera las plantas, los árboles y las flores del mundo entero. Ya te puedes suponer que me refiero a ese ángel de jovencita que vive contigo. ¿Qué edad tiene la pequeña?

—Dieciséis años —balbuceó Eugenio.

—¡Dieciséis años! —repitió Fermino—. ¡Dieciséis años! Hoy en día la mejor edad. En realidad, cuando vi a la muchacha, se me aclaró todo, querido señor Eugenio. Verdaderamente vuestro hogar es idílico, todo en paz y en gracia de Dios, la buena mujer está contenta cuando el hombrecito tiene buen humor… ¿Así es que dieciséis años? ¿Y la muchacha todavía es inocente?

Toda su sangre le hirvió ante la pregunta desvergonzada del español.

—Un ultraje infame —dijo muy furioso al español—, una mancha que no puede ensuciar la inocencia tan inmaculada como el cielo que nos contempla.

—¡Bueno, bueno! —dijo Fermino echando al joven una mirada maliciosa—. ¡Bueno, bueno, no te enojes, mi joven amigo! El espejo más claro y transparente también refleja muy vivamente las imágenes de la vida y estas imágenes…, pero noto que no te gusta que hablen de la pequeña, así es que me callo.

Cierto es que se reflejaba en el semblante de Eugenio la molestia que todo esto le causaba. Sí, le resultaba muy desagradable este Fermino, y desde lo más íntimo de su ser algo le decía que Margarita había adivinado, y tenía razón, cuando decía que Fermino se le había aparecido como un ente satánico.

En el mismo instante se oyeron melodiosos acordes que resonaban entre el follaje, y se oyó aquella voz que el día anterior había enardecido el pecho del joven con deliciosa y dulce tristeza.

—¡Oh, Dios del Cielo! —dijo el joven, permaneciendo como paralizado.

—¿Qué sucede? —dijo Fermino, pero Eugenio no respondió, sino que oyó el cántico, perdidamente absorto en el delicioso placer que le producía. Fermino le contempló con una mirada que trataba de penetrar en su interior. Cuando, por fin, los cánticos acabaron, Eugenio suspiró profundamente y como si toda la dulce tristeza de su pecho oprimido quisiera salir, brotaron las lágrimas de sus ojos.

—¡Parece —dijo Fermino sonriendo— que el cántico te ha conmovido mucho!

—¿De dónde vienen estos tonos celestiales? —exclamó Eugenio entusiasmado—. Ningún pecho mortal puede albergarlos.

—Es verdad —exclamó Fermino—, es cierto. Es la condesa Gabriela, la hija de mi señor, que conforme a la costumbre de su país, canta romanzas, acompañándose de la guitarra, y se pasea por las alamedas del jardín.

De improviso apareció la condesa Gabriela con la guitarra al brazo, de entre el oscuro follaje, de modo que, súbitamente, se encontró ante la vista de Eugenio.

Hay que decir que la condesa Gabriela era bella. Su opulenta figura, la triunfal y fogosa mirada de sus grandes ojos negros, la gracia atractiva de su ser, el timbre sonoro de su voz de plata, todo denotaba que había nacido bajo el cielo alegre del Sur. Tales encantos bien podían ser peligrosos, pero más peligroso aún resultaba para el inexperto joven aquella indescriptible expresión que tenía en su semblante y en todo su ser, y que expresaba el abrasador fuego del amor que ardía en su seno. A tal expresión se añade el arte secreto de escoger vestido, de adornarse, que tenía la apasionada mujer y que daba por resultado un todo armónico, y dejaba traslucir los encantos fascinadores.

Si en este sentido la condesa Gabriela era la misma diosa del amor, hay que confesar que su aparición causó la impresión de un rayo a Eugenio, excitadísimo de antemano por sus cánticos.

Fermino presentó el joven a la condesa como un nuevo amigo, que entendía y hablaba perfectamente el español, y, por añadidura, que era un perfecto botánico, por lo que aquel jardín le proporcionaría un gran placer.

Eugenio balbuceó algunas palabras incomprensibles, en tanto que la condesa y Fermino cambiaban miradas significativas entre sí. Gabriela miró fijamente al joven, que estuvo a punto de caer desmayado.

La condesa dio su guitarra a Fermino y se colgó del brazo del joven, mientras le decía graciosamente que también ella sabía un poco de botánica, y que era algo entendida acerca de algunas plantas, y luego añadió que Eugenio debía volver a recorrer el jardín.

Temblando de dulce ansiedad se paseó el joven con la condesa, y su pecho poco a poco fue liberándose de la opresión, cuando la condesa le preguntó acerca de aquella

extraña planta, y él pudo oírle dando sus explicaciones científicas. Sentía el aliento de la condesa que le rozaba la mejilla; el eléctrico ardor que recorría su cuerpo le henchía de un placer indecible. No desconocía, en medio de su entusiasmo, que súbitamente se había transformado en otro ser.

Cada vez más espesos y negros eran los velos con los que la noche cubría el bosque y la floresta. Fermino recordó que era la hora de ir a buscar al conde a sus habitaciones. Eugenio fuera de sí, con gran vehemencia, llevó la mano de la condesa a sus labios y echó a correr, como llevado por el viento, embargado su pecho por un sentimiento de felicidad que jamás había sentido.

V

La imagen del sueño. —El regalo fatídico de Fermino.
—Consuelo y esperanza

Fácil es comprender que la agitación en que se encontraba Eugenio no le dejase dormir. Como al fin, al romper el alba, conciliase el sueño, que realmente más que dormir podría llamarse estado de ensoñación, entre la vigilia y el sueño, tuvo la visión de aquella novia que volvió a aparecérsele ornada con el deslumbrante esplendor y gracia de otros tiempos, cuando la vio en sueños, aunque esta vez la lucha interna de nuevo se libró en su interior con más fuerza.

—¿Cómo es posible —dijo la aparición con voz dulce— que te alejes de mí? ¿Crees que has perdido la felicidad del amor? ¡Mírame! El aroma de las rosas y los mirtos floridos adornan la cámara nupcial. ¡Ven, amado mío, mi dulce novio! ¡Ven a mi pecho!

Confusamente, como una brisa ligera, aparecieron los rasgos de Margarita a través del sueño, pero cuando se acercó, con los brazos abiertos para abrazar a la joven, vio que era la condesa Gabriela.

En la furia de su amor ardiente y apasionado, Eugenio quiso abrazar aquella visión celestial, pero se sintió paralizado, de modo que permaneció completamente quieto y la visión fue palideciendo, mientras exhalaba suspiros de desesperación y angustia. Del interior del joven brotó un grito de espanto.

«¡Señor Eugenio, señor Eugenio, levántese! ¡Está usted soñando una pesadilla!», así gritaba una voz. Eugenio salió del estado de ensoñación y el sol le dio en el semblante. Era la muchacha que le llamaba y le decía que el señor extranjero, el español, había estado en casa, había hablado con la señora profesora, que estaba ahora en el jardín; por cierto, muy preocupada por el sueño tan grande de Eugenio, que le hacía suponer que se hallaba enfermo. El café ya estaba preparado en el jardín.

Eugenio se vistió apresuradamente y descendió, tratando de calmar la excitación en que le había sumido el sueño fatal.

No poco asombrado se quedó Eugenio cuando vio a la profesora en el jardín inclinada sobre una espléndida *Datura fastuosa* y aspirando el dulce aroma de las grandes flores trompetiformes.

—¡Eh! —exclamó al ver a Eugenio—. ¡Dormilón! ¿Sabéis que vuestro amigo ha estado aquí para hablaros? Bueno, a fin de cuentas he sido injusta con el extranjero, dando crédito a mis suposiciones. Piensa, querido Eugenio, que ha traído del jardín del conde esta Datura fastuosa, sólo porque os ha oído decir que me gustan mucho estas flores. Así es que en aquel Paraíso os habéis acordado de vuestra madre,

¡querido Eugenio! ¡Tenemos que cuidar mucho a esta bella *Datura*!

Eugenio no sabía qué pensar acerca de la conducta de Fermino. Estuvo a punto de pensar que Fermino, con la obsequiosidad que demostraba, había querido desagraviarle por la burla inmerecida que se había permitido acerca de sus relaciones.

La profesora le dijo que el extranjero le había vuelto a invitar a que hoy visitase su jardín. La gran afabilidad que aquel día mostró hacia él la profesora obró como un bálsamo saludable sobre el desconcertado joven. Le pareció que el sentimiento que experimentaba por la condesa era de una especie tal que no tenía nada que ver con las relaciones comunes de la vida. No podía llamarle amor a este sentimiento, pues no tenía nada que ver con los goces terrenos; se dio cuenta de que este sentimiento se le había desvelado a través de los sutiles pensamientos que causaban delicia a sus sentidos, no obstante haber sido otra la que se lo había revelado en aquel sueño fatal.

Así que, lo que nunca había sucedido, se mostró alegre y contento, y la vieja estuvo muy ajena a todo, sin darse cuenta de la extraña agitación que expresaba esta alegría. Sólo Margarita, la niña que adivinaba todo, se dio cuenta de que el señor Eugenio se había transformado en otro cuando la profesora dijo que otra vez era el mismo.

—¡Ay! —dijo la pequeña—, no es el mismo de antes, y si está tan amable es para que no le preguntemos lo que desea ocultar.

Eugenio encontró a su amigo en la habitación del invernadero donde estaban las plantas, ocupado en filtrar diversos líquidos, con los que llenaba redomas.

—Trabajo —exclamó al ver al joven—, trabajo en lo tuyo, aunque de modo diferente, como tú no has hecho nunca.

Luego le explicó que sabía unas secretas preparaciones de sustancias que beneficiaban el crecimiento y la belleza de los árboles, de las plantas y de los arbustos, lo que explicaba que en su jardín todo creciese y prosperase fantásticamente. Luego abrió Fermino un pequeño cajón, en el que Eugenio vio una gran cantidad de redomas y de pequeñas cajitas.

—Aquí —dijo Fermino— puedes ver una colección de raros secretos, cuya acción te parecerá fabulosa.

»Bien sea un jugo, bien unos polvos, mezclados en agua o con tierra, pueden hacer que florezcan con mayor hermosura y belleza las plantas y las flores.

»Por ejemplo —continuó Fermino—, deja que echemos un par de gotas de este jugo en el agua de tu regadera, con la que riegas la *Rosa centifolia*, y te quedarás asombrado cuando veas la magnificencia con que se despliegan los capullos. Aún tiene un efecto más maravilloso la acción de estos polvos que parecen polen. Derramados en el cáliz de una flor, se mezclan con el polen y aumentan el aroma, sin cambiar su naturaleza. En muchas flores, por ejemplo, en la *Datura fastuosa*, es recomendable el uso de estos polvos, aunque hay que utilizarlos con especial precaución. Una pizca de estos polvos, la cantidad que está disuelta en esta redoma, bastaría para causar la muerte instantánea al hombre más fornido, con la apariencia

de un ataque de nervios, de manera que no se podría pensar en huella alguna de envenenamiento. Tomad, Eugenio, os regalo estos polvos misteriosos. Los ensayos que hagáis con ellos no serán un fracaso, pero tened cuidado y pensad lo que os he dicho del poder mortal de estos coloreados y olorosos polvitos, en apariencia inofensivos.

Al tiempo que decía esto, Fermino le dio a Eugenio una pequeña redoma azul que guardó distraídamente, pensando en la condesa Gabriela en su jardín. Baste decir que la condesa, una mujer llena de amor y de sensualidad, dominaba el arte de la más exquisita coquetería que dispensa el anhelo de goce, y sabe despertar y mantener la sed continua del deseo que no se satisface, de tal modo que su conducta inflamó al joven en ardiente ansiedad amorosa. Únicamente le parecían vida las horas en que veía a Gabriela, y su casa le parecía una prisión odiosa y oscura, así como la profesora un espíritu malvado y perverso que le tenía encadenado.

No se daba cuenta de la furia silenciosa y profunda que consumía a la profesora, ni las lágrimas que derramaba Margarita cuando entraba sin dignarse echar una mirada y no daba respuesta a una palabra amistosa…

Así pasaron algunas semanas, y Fermino una mañana se hizo anunciar en casa de Eugenio. Había algo en todo su ser que denotaba que sucedía algo anormal.

Después de algunas palabras indiferentes, miró al joven fijamente en los ojos, y le habló con un tono extraño y seco:

—Eugenio, tú amas a la condesa y todos tus deseos y esfuerzos tienden a poseerla.

—¡Desgraciado! —gritó Eugenio fuera de sí—. ¡Desgraciado, con la mano que tocas mi pecho estás dando muerte y aniquilando mi Paraíso! ¿Qué digo? ¡No, sacas al iluso del sueño enloquecedor! Amo a Gabriela, la amo como ningún hombre la ha amado, pero este amor me conduce a la perdición.

—No te comprendo —dijo Fermino con frialdad.

—¡Tú posees —continuó Eugenio—, tú posees algo! ¡Ah, el pobre mendigo tiene que mendigar la más bella piedra preciosa del rico Perú! ¡Un infeliz como yo, que se encuentra en la más desdichada situación de una vida errada, que nada posee, si no es el ardiente anhelo y una inconsolable desesperación, y tú…, tú…, Gabriela!

—Yo —prosiguió Fermino— no sé, Eugenio, si tus miserables relaciones son las que te hacen tan apocado. Un corazón que ama debe ser valeroso y audaz, y atreverse a lo más alto.

—No despiertes —interrumpió Eugenio al amigo—, no despiertes mentidas esperanzas, que puedan aumentar mi desgracia.

—¡Hum! —repuso Fermino—. No sé si se pueden llamar mentidas esperanzas o desgracia terrible cuando uno es correspondido con la mayor intensidad con que es capaz de abstraerse de amor un pecho de mujer.

Eugenio se levantó precipitadamente.

—¡Quieto! —exclamó Fermino—. Desahógate con toda clase de exclamaciones

cuando haya terminado de hablar y me haya ido, pero ahora escúchame.

—Es seguro —continuó Fermino— que la condesa Gabriela te ama, y, ciertamente, con el fuego abrasador que arde en el pecho de una española. Vive solamente para ti, y todo su ser te pertenece. Así que no eres un pobre mendigo, ni tampoco un ser perdido a lo largo de una vida errada en medio de la desgracia; no, eres inmensamente rico en el amor de Gabriela, estás ante las puertas de un Edén resplandeciente que se te abre. No creas que tu estado impedirá la unión con la condesa. Hay ciertas relaciones que el orgulloso conde español, aun debido a su alto estado, ve con muy buenos ojos, de modo que le gustaría mucho tenerte como yerno.

»Yo, querido Eugenio, declararía estas relaciones, y ahora te diré algo para librarte de las comidillas secretas, pero mejor es que me calle. Tanto más cuanto que hoy un nubarrón negro y amenazador se cierne sobre el cielo de tu amor. Puedes imaginarte que yo he callado celosamente tus relaciones a la condesa, y me resulta inexplicable cómo la condesa ha podido enterarse de que estás casado, y además con una mujer de más de sesenta años. Ha desahogado su corazón conmigo y está deshecha por la desesperación y el dolor. Tan pronto maldice el momento en que te vio por vez primera y te maldice a ti, tan pronto te da los nombres más cariñosos y confiesa lo ilusorio de su amor. No quiere verte más, ha dicho que…

—¡Dios santo! —gritó Eugenio—. ¿Hay acaso una muerte más cruel?

—Eso ha dicho —prosiguió Fermino sonriendo maliciosamente—, eso ha decidido en los primeros instantes de sus celos. Pero, como de costumbre, hoy verás a la condesa Gabriela a medianoche. A esa hora se abren las flores de los cirios en nuestro invernadero que, como tú sabes, empiezan a marchitarse cuando sale el sol. Así como el conde no puede soportar el aroma penetrante de estas flores, en cambio a la condesa Gabriela le encantan, o mejor dicho: el temperamento de Gabriela que se inclina a lo fantástico, cree ver en la maravilla de esta planta el misterio del amor y de la muerte, ya que durante la noche el rápido florecimiento alcanza su plenitud y al mismo tiempo tiene lugar su rápido marchitarse. La condesa da rienda suelta a su profundo dolor, a su desesperación en el invernadero, donde voy a esconderte. ¡Piensa en los medios de liberarte de tus cadenas, y de escaparte de esta cárcel! ¡Te dejo entregado a tu amor y a tu buena estrella! ¡Tú me das más compasión que la condesa, y por eso trataré con todas mis fuerzas de conducirte a la felicidad!

Apenas Fermino dejó al joven, entró la profesora.

—Eugenio —dijo con la seriedad profunda y grave de una matrona—. Eugenio, esto no puede seguir así entre nosotros.

Un pensamiento iluminó como un rayo la mente del joven, haciéndole ver que los lazos no eran eternos y que el fundamento de una separación judicial radicaba en la diferencia de años.

—¡Sí —gritó triunfante en su burla—, sí, señora profesora, tenéis razón, no puede seguir así entre nosotros! Maldita sea una relación nacida de una locura absurda, y que me arrastra a la perdición. ¡Separación, divorcio!

La profesora palideció como una muerta, y las lágrimas brotaron de sus ojos.

—¿Cómo —dijo con voz temblorosa— es posible que a mí, que te he aconsejado cuando abandonaste la paz de tu alma para arrojarte en el torbellino del mundo, a mí, a tu madre, quieras entregarme a las burlas y al ridículo de los malos? ¡No! Eugenio, no debes, ¡no puedes hacer esto! ¡Satanás te ha cegado! ¡Vete! Hasta aquí hemos llegado: que desprecies y quieras separarte de la madre que te ha cuidado y ha velado por ti, cuando únicamente ella buscaba tu bienestar permanente. ¡Ay, Eugenio, ningún juez mortal podrá separarnos! ¡En cambio, bien podrá suceder que pronto el Padre Eterno me llame de este valle de lágrimas y dolor! Cuando descanse en la tumba, olvidada del hijo, entonces goza de tu libertad y de la felicidad que te proporcionen los engaños de este mundo mortal.

Un torrente de lágrimas ahogó la voz de la profesora, que se alejó secándose los ojos con el pañuelo.

No estaba tan empedernido el corazón del joven que no le traspasase el dolor mortal de la profesora. Se dio cuenta de que cada paso hacia la separación le causaría un dolor capaz de causarle la muerte, y que a costa de esto no puede lograrse la libertad. Se resignaría, perecería. «¡Gabriela!», exclamó una voz en su interior, y volvió a renovarse su rabia profunda contra la vieja, haciendo eco en su alma.

Capítulo último

Era una noche oscura y sofocante. Se oía el respirar de la naturaleza, y como serpientes de fuego cruzaban los relámpagos el horizonte lejano. Toda la zona del jardín del conde estaba totalmente invadida por el maravilloso olor del cirio florecido. Ebrio de amor y de anhelante deseo estaba Eugenio ante la puerta de la verja; al fin apareció Fermino, abrió y le introdujo en el invernadero, débilmente iluminado, donde le escondió en un rincón oscuro. No pasó mucho tiempo sin que apareciera la condesa Gabriela, acompañada de Fermino y el jardinero. Se pusieron al lado del floreciente *Cactus grandiflorus* y el jardinero habló prolijamente acerca de la planta maravillosa y del trabajo que se tomaba para cuidarla. Por fin, Fermino pudo llevarse al jardinero.

Gabriela estaba como sumergida en dulces sueños, suspiró profundamente y dijo en voz baja: «¡Si yo pudiera vivir o morir como estas flores! ¡Eugenio!».

Entonces el joven salió de su escondite y se arrojó a los pies de la condesa.

Ésta lanzó un grito de terror y quiso huir. Pero la desesperación y la furia del amor hizo que el joven la abrazase, y también ella le abrazó con sus brazos de lirio, sin una palabra…, ni un ruido…, ¡sólo besos ardientes!

Se oyeron pasos, la condesa estrechó con fuerza al joven contra su pecho:

—¡Sé libre…, sé mío…, tú o la muerte! —musitó, y, apartando con suavidad al joven, huyó por el jardín.

Fermino encontró al amigo como inconsciente, ciego de felicidad.

—¿No te lo había dicho? —dijo Fermino cuando por fin Eugenio despertó—. ¿No te lo había dicho? ¿Se puede ser amado con más intensidad y más ardientemente que tú lo eres? Sin embargo, después de estos instantes del entusiasmo, del éxtasis del amor, tengo que cuidarme de tus necesidades terrenales. Aunque a los enamorados parece bastarles el goce amoroso, permíteme que antes de que se haga de día, y te vayas de aquí, tomes un refrigerio.

Eugenio siguió mecánicamente a su amigo, como en sueños, que le condujo al cuartito donde la otra vez le encontró ocupado con sus operaciones químicas. Saboreó algunos de los alimentos bien sazonados que le sirvieron, y le supo todavía mejor el ardiente vino que le procuró Fermino. Gabriela, sólo Gabriela, como es de suponer, fue el tema de la conversación que ambos sostuvieron, Fermino y Eugenio. Todas las esperanzas de la más dulce felicidad amorosa ardieron en el pecho del joven.

Amanecía y Eugenio se levantó para irse. Fermino le acompañó hasta la puerta de la verja. Al despedirse, Fermino le dijo:

—Acuérdate, amigo mío, de las palabras de Gabriela: «Sé libre, sé mío», y toma una decisión que te conduzca a tu objetivo. Obra rápido. Pues pasado mañana, al romper el alba, partimos.

Al decir esto, Fermino cerró la puerta de la entrada y se alejó por un sendero.

Medio muerto, apenas si pudo moverse del sitio. ¡Irse, irse, y él no poder seguirlos! Aniquiladas todas sus esperanzas por este repentino golpe, echó a correr con la muerte en el corazón. Su sangre hervía en sus venas cada vez más impetuosamente; cuando regresó a su casa las paredes parecía que se le venían encima. Tuvo que bajar al jardín. Contempló la bella y floreciente *Datura fastuosa*, sobre cuyas flores cada mañana la profesora tenía la costumbre de inclinarse para oler su aroma balsámico. De pronto le acometieron los pensamientos del Infierno; Satanás se apoderó de él, cogió la pequeña redoma que Fermino Valies le había dado y que llevaba consigo, y volviendo el rostro espolvoreó el cáliz de la *Datura fastuosa*. Tuvo la sensación de que todo a su alrededor ardía con un fuego brillante y abrasador; lanzó lejos de sí la redoma y echó a correr, y corrió tanto, hasta que cayó agotado en el bosque cercano. Su estado se asemejaba al de un sueño confuso. Entonces habló en él la voz del Malo: «¿Qué deseas, qué quieres? ¡Ya has hecho todo, he aquí tu triunfo! ¡Eres libre! ¡Vete con ella, vete a gozar lo que has ganado y cuyo precio es tu salvación, porque tuya es la inefable delicia de la vida!».

—¡Soy libre, es mía! —gritó Eugenio en voz alta, levantándose del suelo y echando a correr al jardín del conde Ángelo Mora.

Era el mediodía y encontró la puerta de la verja cerrada, y nadie acudió a su llamada.

Tenía que verla, y cogerla en sus brazos, y gozar toda su inmensa felicidad, el precio de su adquirida libertad. La fuerza de las circunstancias le dio destreza suficiente para trepar por los altos muros. El jardín estaba en un silencio de muerte, y los senderos estaban solitarios. De pronto le pareció a Eugenio oír un susurro en el pabellón, al que se acercaba.

«¡Si fuera ella!». La dulce ansiedad del deseo más ardiente le ofuscaba el pensamiento. Deslizóse y fue acercándose, y miró por la puerta de cristales y vio a Gabriela, en nefando amor, en brazos de Fermino.

Rabioso, como un animal salvaje herido de muerte, embistió contra la puerta, que se rompió en pedazos, y en el mismo instante se desmayó sobrecogido por un desvanecimiento, y cayó al suelo sobre el umbral de piedra del pabellón.

«¡Echa a ese loco de ahí!», oyó resonar en sus oídos; sintió que le cogían en volandas y le sacaban por la puerta, que resonó al cerrarse. Se agarró convulsivamente a la puerta, profiriendo juramentos y maldiciones contra Fermino, contra Gabriela. Luego se oyeron risas en la lejanía y le pareció oír una voz: «¡*Datura fastuosa*!».

Los dientes le castañetearon y Eugenio repitió: «¡*Datura fastuosa*!», y súbitamente un rayo de esperanza entró en su alma. Se levantó precipitadamente, corrió a toda prisa en dirección a la ciudad para llegar a su casa. Por las escaleras se encontró a Margarita, que se asustó al ver el aspecto espantoso en que venía. Los cristales rotos le habían cortado la cara, la sangre le caía por la frente, por lo que tenía

la vista nublada y la expresión de la más tremenda excitación, que dominaba todo su ser. La infeliz niña no fue capaz de proferir palabra cuando Eugenio cogió su mano y con voz colérica preguntó:

—¿Ha estado la madre en el jardín…? Margarita —dijo una vez más, con angustia mortal— Margarita, ten compasión de mí, habla, dime, ¿ha estado la madre en el jardín?

—¡Ay —repuso Margarita—, por fin! ¡Ay, querido señor Eugenio…, la madre…, no ha estado en el jardín! Cuando iba a ir se sintió mal. Se encontró tan enferma que permaneció arriba y se echó en la cama.

—¡Loado sea Dios —gritó Eugenio, cayendo de rodillas y elevando las manos—, Dios alabado, que tienes piedad con los condenados!

—Pero —dijo Margarita—, pero, querido Eugenio, ¿qué cosa tan espantosa te ha sucedido? —Sin responder, bajó Eugenio al jardín, y, lleno de furia y rabia, arrancó la planta de la tierra y esparció las flores por el suelo.

Encontró a la profesora dulcemente adormecida. «¡No —se dijo a sí mismo—, no, el poder infernal está roto, el arte de Satanás nada puede contra esta santa!». Luego salió de su habitación y el mismo agotamiento le calmó.

Pero al punto se le apareció la imagen espantosa de aquella mentira infernal, que le conducía a una perdición irremediable. No de otro modo creyó poder expiar su infamia, sino con la muerte voluntaria. Pero antes descargaría su furia, su furia terrible.

Con la calma apagada y sorda que precede a las tormentas desencadenadas, y que acostumbran a desatar las decisiones más espantosas, salió, se compró un par de pistolas, pólvora y plomo, cargó las armas, se las metió en el bolsillo y se encaminó al jardín del conde Ángelo Mora.

La puerta de la verja estaba abierta. Eugenio no vio que estaba rodeada de policías, intentó entrar y le cogieron.

—¿A dónde vas? ¿Qué vas a hacer? —dijo Severo, pues era él el que había cogido a su amigo.

—¿Llevo la marca de Caín en la frente? —dijo Eugenio con el tono seco y de renuncia y desesperación—, ¿crees tú que esquivo el camino de la muerte? —Severo cogió al amigo del brazo y se alejó, diciéndole:

—No me preguntes, querido Eugenio, cómo sé todo. Me he enterado de que te han hecho caer con artes infernales en los más peligrosos lazos, sé que una mentira satánica te ha enloquecido y que te quieres vengar del infame pícaro. Pero tu venganza llega muy tarde. Precisamente los dos, el presunto conde Ángelo Mora, con su amable ayudante, el que fue en otro tiempo monje español Fermino Valies, han sido detenidos, y ya están en camino hacia la corte de Madrid. En la fingida hija del conde se ha reconocido a una bailarina italiana que se encontraba, el último carnaval, en el teatro de San Benedetto, en Venecia.

Severo dejó a su amigo unos instantes para que se tranquilizase, y ejerció sobre él

el dominio que ejercen estos serenos temperamentos. Al oír las suaves amonestaciones que le decían que la herencia mortal del hombre consiste en no poder resistir, a veces, a las malas tentaciones, y que a veces el Cielo salva de manera maravillosa, y que en esta salvación puede hallarse la expiación y el consuelo, se despertó, en medio de la desesperación, la conciencia aletargada del joven. Un torrente de lágrimas brotó de sus ojos. Dejó que Severo le quitase las pistolas de los bolsillos y que disparase al aire.

La profesora permanecía enferma en el lecho. Sonrió suavemente a ambos amigos y luego le dijo a Eugenio:

—No me engañaron mis presentimientos. El Señor, que todo lo ilumina, te ha librado del Infierno. ¡Todo te lo perdono, querido Eugenio, te lo perdono!…, pero Dios del Cielo, ¿puedo yo hablar de perdón, si yo misma debo acusarme…? ¡Ay!, todavía a mi edad, debo reconocer que el hombre mortal está ligado a lo terreno con lazos de los que no puede desprenderse.

»¡Sí, Eugenio, es una infamia absurda no hacer caso a las exigencias de la vida, tal como brotan de la naturaleza de nuestra existencia, y creer por soberbia que somos superiores! ¡Tú no, Eugenio, sino yo, soy culpable y tengo que expiarlo, y llevar con resignación la burla de los malos! ¡Eres libre, Eugenio!

Pero el joven se arrodilló ante la cama, desgarrado por el arrepentimiento más amargo y juró, mientras besaba la mano de la profesora, cubriéndola de besos y lágrimas, que nunca se separaría de la madre, y que en la santa paz de aquella casa esperaba encontrar el perdón de sus pecados.

—Sois mi hijo —dijo la profesora con una suave sonrisa celestial—, ¡pronto, lo siento así, pronto daréis gracias al Cielo!

Es de notar que el religioso español le había tendido los mismos lazos a Severo, y así como el infeliz Eugenio había caído en ellos, Severo, que era más listo y razonable, había sabido librarse muy bien. Afortunadamente una casualidad favorable hizo que Severo recibiese noticias de la Corte acerca del presunto Ángelo Mora y su acompañante. Ambos, el conde y Fermino, no eran sino emisarios secretos de la Orden de los jesuitas, y conocido es el principio de esta Compañía[109], procurarse agentes y simpatizantes en el mundo entero. Eugenio, al principio, había llamado la atención del religioso, debido a su conocimiento de la lengua española. Cuando el jesuita, tras una amistad más íntima, se dio cuenta de que podía manejar al infeliz e inexperto joven, que mantenía unas relaciones tan forzadas y contradictorias, consideró que era el más conveniente para formarlo conforme a los fines de la Compañía. Es bien sabido que la Compañía se vale de extrañas mixtificaciones para lograr adictos; nada ata más que el crimen, y, por tanto, pensaba, con razón, hacerse dueño del joven, despertando en él con fuerza la pasión del amor, dormida en su pecho, que le conduciría a una acción infame.

Poco después de todo lo sucedido, la profesora fue sintiéndose cada vez peor. Igual que el difunto Helms, al tiempo que los árboles y las plantas se despojaban de

sus hojas, fue adormeciéndose suavemente en los brazos de Margarita y de Eugenio. Mas he aquí que al ir a enterrar a la profesora, se le vino a la mente a Eugenio el pensamiento de su malvada y odiosa acción. Sin embargo, aunque la acción hubiera quedado sin efecto, Eugenio se acusó de ser el matador de su madre, y sintió que su interior se desgarraba por las furias del Infierno. Sólo su fiel amigo, Severo, pudo finalmente librarle de la desesperación. Consumido por la pena, permaneció encerrado en su habitación, sin ver a nadie, y apenas sin probar más bocado que lo necesario para evitar la consunción.

De este modo pasaron un par de semanas, hasta que un día Margarita entró vestida de viaje, y con voz temblorosa dijo:

—¡Vengo a despedirme, querido señor Eugenio! Los parientes que tengo en la pequeña ciudad a tres millas de aquí volverán a recibirme. Que le vaya… —No pudo terminar.

Del pecho del joven brotó un dolor inmenso, al tiempo que brillaba súbitamente la llama del más puro amor.

—Margarita —exclamó—, Margarita, si me dejas me muero de dolor y de remordimientos. ¡Margarita…, sé mía!

¡Ah!, con qué felicidad el corazón de Margarita le había amado sin saberlo. Medio desvanecida por un dulce temor, por un placer celestial, la muchacha se apoyó en el pecho del joven.

Severo entró y dijo serio y solemne: —Eugenio, has encontrado el ángel de luz que devolverá la paz a tu alma, y desde ahora serás feliz para siempre.

La ventana esquinera de mi primo

Des Vetters Eckfenster (1822)

A mi pobre primo le pasa lo mismo que al conocido Scorron[110]. Al igual que éste, tampoco mi primo puede valerse de sus pies a causa de una pertinaz enfermedad. Así, pues, con ayuda de una muleta firme y del brazo vigoroso de un lisiado huraño al que le gusta hacer de enfermero, mi primo va de la cama al sillón acolchado y del sillón a la cama.

Pero mi primo tiene algo más en común con aquel francés que dotado de un humor superior a lo común del ingenio francés ocupa un sitio incuestionable dentro de la literatura de ese país, a pesar de lo escaso de sus obras. Al igual que Scorron, mi primo también escribe, y posee también un espíritu notablemente vivaz y un humor extraordinario y singular.

Pero para el buen nombre del escritor alemán, hay que hacer notar que jamás ha considerado necesario condimentar sus pequeños platos picantes con asafétida para hacerles cosquillas en el paladar a sus lectores alemanes, a quienes no les apetece en absoluto. Le basta el condimento noble, que alimenta al mismo tiempo que da buen sabor. La gente lee con gusto lo que él escribe; se dice que es bueno y entretenido. Yo de eso no entiendo nada:

Me solazaba y o con la conversación amena de mi primo, y prefería escucharlo a leer sus libros. Pero justamente esa inclinación irreprimible hacia el arte de escribir ha tenido para mi primo nefastas consecuencias.

La terrible enfermedad no logró impedir el raudo rodar de la fantasía que seguía trabajando en su interior creando siempre cosas nuevas. Así pues solía contarme, todo tipo de historias graciosas que ideaba a pesar de su inmenso dolor. Pero el demonio maligno de la enfermedad le había destruido el camino que tenía que seguir el pensamiento hasta aparecer configurado en el papel. No bien se proponía mi primo escribir alguna cosa, no sólo los dedos fracasaban en la tarea, sino que la idea misma desaparecía, se esfumaba. Así pues, mi primo cayó en la más negra melancolía.

«¡Prima!», me dijo una vez con un tono de voz que me asustó. «Todo está terminado para mí. Se me ocurre que soy como aquel viejo pintor trastornado por la locura que se pasaba los días ante un lienzo enmarcado alabando ante quienes iban a visitarlo las incomparables bellezas del magnífico cuadro que acababa de pintar. ¡Se acabó, se acabó la vida activa, creadora, que fluye de mí para configurarse en una forma exterior y consagraciarse con el mundo! Mi espíritu se recluye en su celda».

Desde entonces mi primo ya no se dejó ver por nadie. El viejo lisiado huraño nos echaba desde la puerta gruñendo y refunfuñando como un fiero perro guardián.

Tengo que aclarar que mi primo vive en un piso bastante alto, en habitaciones bajas y pequeñas. Eso es típico de poetas y escritores. ¿Qué importa el techo bajo? La fantasía levanta vuelo de todos modos y se construye una cúpula alta y alegre que llega hasta el cielo azul. Así pues, la estrecha habitación del poeta es como aquel inmenso jardín de diez pies cuadrados encerrado entre cuatro paredes: no es amplia ni es larga, pero tiene una altura considerable.

Además, la casa de mi primo está ubicada en la parte más bonita de la ciudad,

frente a la inmensa feria rodeada de lujosas construcciones y en cuyo centro brilla el magnífico edificio del teatro, de genial arquitectura. La casa de mi primo está justo en una esquina, y desde la ventana de un pequeño gabinete abarca de una sola mirada todo el espectáculo de la inmensa feria.

Y justamente era día de feria cuando abriéndome paso entre el abigarrado gentío caminaba yo por la calle desde la que ya de lejos puede divisarse la ventana esquinera de mi primo. No me sorprendió poco ver en aquella ventana el conocido gorro rojo que éste solía usar en sus viejos tiempos; y ya más cerca, pude observar también que lucía una suntuosa bata de Varsovia y fumaba en su pipa turca de los domingos. Le hice señas con el brazo, con el pañuelo; logré que me viera y me saludó cordialmente. ¡Cuántas esperanzas!

Subí las escaleras con la velocidad de un rayo. El lisiado me abrió la puerta. Su cara parecía por lo común un guante mojado lleno de arrugas y apergaminado, pero algunos rayos de sol lo habían alisado un poco transformándolo en una careta pasable. Dijo que el señor estaba sentado en la mecedora y que se le podía hablar.

El cuarto estaba limpio, y en el biombo había adherido un cartel donde estaban escritas en grandes caracteres estas palabras:

«Et si male nunc, non olim sic erit».

Todo era señal de nuevas esperanzas y renovada fuerza vital.

«¡Ah!» exclamó mi primo cuando entré al gabinete. «¡Por fin llegas, primo! ¿Sabes? Realmente tenía ganas de verte. Pues a pesar de que te importen un pito mis obras inmortales, de todos modos te aprecio mucho porque eres un espíritu vivaz al que se puede entretener, aunque uno no sea entretenido».

Sentí que me ruborizaba al escuchar el sincero cumplido de mi primo.

«Tú crees», continuó sin prestar atención a mi bochorno, «que estoy en franca mejoría, o incluso tal vez completamente restablecido. ¡De ningún modo! Mis piernas son vasallos desleales que se han rebelado contra la cabeza de su señor y no quieren tener nada que ver con el resto de mi estimado cadáver. Eso significa que no puedo moverme de mi sitio y ando con mucha gracia de un lado a otro en esta silla de ruedas, mientras mi viejo lisiado me silba las marchas más melodiosas de sus años de guerra, como acompañamiento. Pero esta ventana es mi consuelo. Aquí volvió a revelarse para mí la vida más variada, y me he reconciliado con su hacer sin pausa. ¡Ven aquí, primo! Mira hacia afuera».

Me senté frente a mi primo en un pequeño taburete que cabía justo delante de la ventana. La vista era en verdad extraña y sorprendente. Toda la feria parecía una masa única y abigarrada de gente, y daba la impresión de que si se arrojaba sobre ella una manzana, jamás podría llegar al suelo. Los colores más diversos resplandecían a la luz del sol dispuestos como en pequeñas manchitas. Se me ocurría que todo era como un inmenso cantero de tulipanes mecidos por el viento, y para mis adentros

tuve que aceptar que el panorama era realmente bonito pero aburrido, si bien podía producir cierto vértigo a personas excitadas, similar a la agradable sensación que provoca la cercanía del sueño. En ello residía para mí el placer que procuraba a mi primo aquella ventana, y se lo hice saber abiertamente.

Pero mi primo se llevó las manos a la cabeza, y entre nosotros se suscitó este diálogo:

MI PRIMO: ¡Primo, primo! Bien veo ahora que no arde en ti ni la más mínima chispa de talento literario. Te falta el requisito principal para poder seguir alguna vez los pasos de tu digno primo inválido, esto es: un ojo que realmente mire. Aquella feria no ofrece para ti nada más que el espectáculo de una muchedumbre colorida y caótica que se mueve sin ningún sentido. ¡Ja, ja, amigo!, para mí se despliega allá el escenario más variado de la vida burguesa, y mi espíritu —como un bizarro Callot, o un moderno Chadowiecki— realiza un boceto tras otro cuyos trazos son a menudo bastante audaces. ¡Arriba, primo! Voy a ver si consigo enseñarte por lo menos los rudimentos del arte de ver. Mira hacia abajo, a la calle. Aquí tienes mi lente. ¿Ves esa mujer de atuendo un poco extravagante, con una enorme canasta en su brazo, que en intenso diálogo con el vendedor de cepillos parece estar concertando negocios domésticos diversos a los referidos al alimento del cuerpo?

YO: Ya la he visto. Tiene un pañuelo de estridente color limón atado a la cabeza como un turbante, y su rostro, al igual que toda su persona, indican claramente que es francesa. Posiblemente se quedó después de la última guerra y está haciendo su agosto aquí.

MI PRIMO: No está mal. Seguro que el hombre tiene que agradecer una buena ganancia a alguna rama de la industria francesa, y con ello su mujer podrá llenar bien su canasta con los mejores productos. Ahora se mete entre el gentío. Trata de seguir su intrincado recorrido sin perderla de vista; el pañuelo amarillo te servirá de guía.

YO: ¡Ah! ¡Cómo parte en dos a la masa ese punto amarillo ardiente! Ahora está cerca de la iglesia, ahora está comprando algo en los puestos… se fue… ¡oh!, la he perdido… no… allá atrás aparece de nuevo, en el puesto de aves; toma un ganso desplumado, lo toca con mano de experta.

MI PRIMO: ¡Bien! Fijar la vista es requisito indispensable para una buena percepción. Pero en vez de tratar de enseñarte de manera aburrida un arte que es casi imposible aprender, déjame que te muestre un montón de cosas divertidas que suceden ante nuestros ojos. ¿Ves esa mujer que allá en la esquina se abre paso con los codos aunque la congestión no es muy grande?

YO: ¡Qué figura estrafalaria! Un sombrero de seda que desafía con su informalidad caprichosa cualquier dictado de la moda: las plumas de colores se mecen al viento… una túnica corta de seda cuya tonalidad retorna a la nada originaria, encima un chal bastante decente, el borde del vestido amarillo le llega hasta los tobillos, medias azules amarronadas, zapatos abotinados; y detrás de ella una criada elegante con dos canastas, una red de pescar y una bolsa de harina… ¡Dios

me ampare! ¡Qué miradas furibundas lanza aquella persona sedosa! ¡Con qué rabia se introduce por donde hay más gente! ¡Cómo toca todo, verdura, fruta, carne! ¡Cómo mira, y mete la mano, y discute y no compra nada!

MI PRIMO: A esa persona que nunca falta en los días de feria la he bautizado el ama de casa furibunda. Se me ocurre que ha de ser la hija de un burgués rico, quizá de un conocido jabonero, cuya mano y anexos ha conquistado no sin esfuerzos un pequeño secretario privado. El cielo no la ha dotado de gracia ni de belleza, pero según dicen los vecinos, era la muchacha más casera y ahorrativa de todo Berlín. Y realmente, es tan ahorrativa y hace economías diariamente de manera tan espantosa que el pobre secretario está totalmente consternado, y él mismo querría irse al demonio. A toda hora se toca con timbales y trompetas todo el registro de notas de las compras, los encargos, las reventas y las múltiples necesidades de la casa, y así pues la economía doméstica del secretario privado es como un mecanismo de relojería a cuerda que toca constantemente una sinfonía enloquecida compuesta por el mismo diablo. Más o menos cada cuarto día de feria acompañan nuevas tríadas.

¡*Sapienti sat*! Mira… pero ¡oh, oh, ese grupo que se está formando merecería ser eternizado por el lápiz de un Hogarth! ¡Mira, primo, hacia la tercera entrada del teatro!

Yo: Un par de viejas sentadas en sillitas bajas, todos sus trastos extendidos ante ellas en un cesto voluminoso… una de ellas vende trapos de colores, mercadería para engañar a ojos estúpidos, y la otra tiene un arsenal de zoquetes azules y grises, lana para tejer, etc. Se acercan una a la otra, se susurran algo al oído. Una de ellas toma una tacita de café; la otra, absorbida por el tema de la conversación, parece haber olvidado la ginebra que recién iba a tomarse. ¡Un par de fisonomías realmente llamativas! ¡Qué manera de gesticular con los brazos flacos y huesudos!

MI PRIMO: Esas dos mujeres siempre se sientan juntas, y a pesar de que sus mercaderías no dan pie a ninguna competencia y por lo tanto tampoco a ningún tipo de envidia profesional, hasta hoy se han mirado siempre con malos ojos, y si no me falla mi diestro conocimiento de la fisonomía, se han lanzado mutuamente indirectas maliciosas y sarcásticas. ¡Oh, mira, mira, primo! Son cada vez más carne y uña. La, que vende trapos comparte una tacita de café con la que vende medias. ¿Qué significa eso? ¡Ya lo sé! Hace pocos minutos se acercó a la canasta, traída por los trapos de colores, una muchachita de no más de dieciocho años, linda como la luz del sol, cuyo aspecto y modales dejaban traslucir educación y pudorosa pobreza. Había visto un pañuelo blanco con un borde de colores que quizás en ese momento le hacía buena falta. Regateó un poco; la vieja puso en juego todas las artes de la astucia mercantil mientras extendía el pañuelo y dejaba que los colores brillaran al sol. Llegaron a un acuerdo. Pero cuando la pobre sacó las pocas monedas del pañuelo en que las tenía envueltas, el dinero no le alcanzaba. Con las mejillas ardientes y lágrimas en los ojos, la muchacha se alejó tan rápido como pudo, mientras la vieja, con una carcajada burlona, doblaba otra vez el pañuelo y lo metía en la canasta. Durante este episodio

deben haberse suscitado expresiones notables. Pero la otra diabla conoce a la pequeña y sabe bosquejar la triste historia de una familia empobrecida como una crónica de frivolidades y quizá también de delitos que divierte a la tendera engañada. Seguramente ésta retribuía con una taza de café alguna calumnia grosera.

YO: En todo lo que dices, querido primo, puede que no haya ni una pizca de verdad, pero cuando miro a las dos mujeres, todo me resulta tan verosímil gracias a tu animada descripción, que tengo que creerlo, me guste o no.

MI PRIMO: Antes de alejarnos de los muros del teatro, echemos todavía un vistazo a aquella mujer gorda y cordial, de mejillas rebosantes de salud, que con una tranquilidad y una calma estoica está sentada en una sillita de paja, con las manos metidas bajo el delantal, y que sobre lienzos blancos tiene extendida una gran variedad de cucharas, cuchillos y tenedores bruñidos, loza fina, platos y soperas de porcelana de forma algo anticuada, tazas de té, cafeteras, artículos de punto y qué se yo cuántas cosas más, de manera tal que sus mercancías, probablemente rejuntadas en pequeñas subastas, configuran un verdadero *orbis pictus*. Ella escucha las ofertas del comprador sin un gesto, y sin importarle que la venta se haga o no. Vende al mejor postor y saca la mano de debajo del delantal para tomar el dinero del cliente, que se sirve por sí mismo lo que ha comprado y se lo lleva. Es una vendedora paciente y sensata con buenas perspectivas en su negocio. Cuatro semanas atrás todo lo que tenía para vender era más o menos media docena de medias finas de algodón e igual cantidad de vasos. Cada vez que se abre la feria, su negocio crece, y el hecho de que no se traiga una silla mejor y siga como siempre con las manos bajo el delantal, indica que posee un espíritu prudente y no adopta una actitud de soberbia a causa de su buena fortuna.

¡No sé por qué se me ocurre de pronto una idea tan burlesca! Ahora mismo estoy pensando que un diablillo malicioso se ha acurrucado bajo la silla de la vendedora —al igual que el que en la página de Hogarth se esconde bajo la silla de la beata— y, envidioso de su buena fortuna, le serrucha con disimulo y perfidia las patas de la silla. ¡Plum! La vendedora se cae sobre sus vasos y porcelanas y se acabó el negocio. Eso sería literalmente una bancarrota.

YO: En verdad, querido primo, ya me has enseñado a observar mejor. Mientras dejo que mi mirada se deslice por entre el hormigueo colorido de la gente, me saltan a la vista una y otra vez jóvenes muchachitas que acompañadas de cocineras pulcramente vestidas con canastos amplios y relucientes, andan por la feria haciendo las compras. El atuendo a la moda de las muchachas, todo su aspecto, no deja lugar a dudas: pertenecen por lo menos a lo más distinguido de la burguesía. ¿Qué hacen ellas en la feria?

MI PRIMO: La explicación es sencilla. Desde hace unos pocos años se ha hecho costumbre que incluso las hijas de los más altos funcionarios vayan a la feria para aprender en la práctica lo que dentro de la economía doméstica se refiere a la compra de provisiones.

YO: Es realmente una costumbre loable que seguramente producirá notables beneficios en la conducción del hogar.

MI PRIMO: ¿Te parece? Yo opinó lo contrario. ¿Qué otra finalidad puede tener el hecho de hacer las compras uno mismo, sino cerciorarse de la calidad de la mercadería y conocer los precios reales de los productos de la feria? Las cualidades, aspecto y características de una buena verdura, de un buen trozo de carne, etc., aprende a distinguirlas el ama de casa muy de otra manera, y el ahorro de esos pocos centavitos, que ni siquiera es tal, porque la cocinera acompañante se ha puesto de acuerdo en secreto con los vendedores, no compensa en absoluto las desventajas que puede traer aparejadas la visita a la feria. Jamás expondría por unos pocos centavos a mi hija al riesgo de escuchar alguna obscenidad, o de tener que aguantarse, metida entre la gentuza, la respuesta indecorosa de alguna mujer o de algún tipo vulgar. Y luego, por lo que toca a las especulaciones de ciertos jovenzuelos que suspiran de amor montados a caballo y vistiendo capas azules, o a pie con sayales amarillos de cuello negro, la feria es… ¡Pero mira, primo, mira! ¿Qué te parece la muchacha que viene por allí, cerca de la bomba de agua, acompañada de una cocinera bastante vieja? ¡Toma mi lente, primo, toma mi lente!

YO: ¡Ah! ¡Qué criatura! La gracia, la gentileza personificadas, pero baja los ojos, como avergonzada. Cada paso que da es vacilante, temeroso; permanece tímida junto a su acompañante, que empuja a la gente para abrirle paso. La voy siguiendo, la cocinera se detiene ante los cajones de verdura, regatea, empuja a la pequeña para que se acerque; ella, mirando para otro lado, saca rápido el dinero de su bolsita y paga, contenta de desligarse pronto del asunto. No se me va a escapar porque tiene un chal rojo… parece que no encuentran lo que buscan; por fin, por fin se detienen ante el puesto de una mujer que vende verdura fresca en bonitos canastos. Toda la atención de la deliciosa criatura se centra en un canasto lleno de hermosas coliflores, ella misma elige una y se la pone a la cocinera en la cesta… ¡¿Qué?!, ¡qué desvergonzada!… Sin más trámite la cocinera saca la col del canasto, vuelve a ponerlo en el cajón de la verdulera y escoge otro, mientras sacude impetuosamente la cabeza ornada con una cofia diciendo que no, y deja ver que recrimina a la pequeña que por primera vez había querido elegir algo por su cuenta.

MI PRIMO: ¿Qué te parece que puede sentir esa niña, a quien quieren imponerle una tarea doméstica totalmente opuesta a sus tiernas inclinaciones? Conozco a la deliciosa niña: es la hija de un alto consejero de hacienda; una criatura natural, libre de toda afectación, animada de un verdadero sentido femenino y dotada de esa inteligencia siempre alerta, y el delicado tacto que caracteriza a las mujeres de ese tipo.

¡Ah, primo! Esto es lo que yo llamo una feliz coincidencia. Aquí viene doblando la esquina la contraparte exacta de aquella imagen. ¿Qué te parece esta muchacha, primo?

YO: ¡Ah, qué figura esbelta y encantadora! Joven, ágil, mira a todo el mundo con

ojos resueltos, despreocupados. En el cielo siempre brilla el sol, en el aire hay siempre alegres melodías. ¡Cómo se abre paso con osadía, sin ninguna timidez, por entre la abigarrada masa de gente! La criada que la sigue con la canasta no parece mayor que ella, y entre ambas reina cierta cordialidad. La damisela luce bonitos vestidos, el chal es de última moda, el sombrero hace juego con todo su arreglo matinal, como también el vestido, de corte muy sentador… Todo muy bonito y muy correcto. ¡Oh!, ¿qué veo? La señorita lleva zapatos blancos de seda… ¡Viejas zapatillas de baile en la feria! En general, cuanto más observo a la muchacha, tanto más noto algo muy particular que no podría definir. Es cierto; al parecer está haciendo las compras con ferviente interés; elige y elige, regatea, conversa, gesticula, todo con tanta vitalidad que raya casi en la excitación; pero se me ocurre que busca algo más que provisiones.

MI PRIMO: ¡Bravo, bravo, primo! Tu mirada se va aguzando según veo. Mira: a pesar de su atuendo a la moda, la agilidad de sus movimientos, las zapatillas de baile en la feria te tendrían que haber revelado que la pequeña damisela pertenece al cuerpo de baile, o por lo menos al teatro. Qué es lo que está buscando es algo que tal vez pronto descubriremos. ¡Ah! Eso es. Mira la calle querido primo, un poco hacia la derecha, y dime a quién ves en la vereda, delante del hotel, donde casi no hay gente.

YO: Veo a un joven alto y flaco con un corto sayal amarillo de cuello negro y botones bruñidos. Tiene puesta una pequeña gorra roja con bardados de plata; por debajo desbordan bonitos rizos negros, casi demasiado abundantes. El pequeño bigote negro subraya no poco la expresión de su semblante pálido, de delicadas facciones masculinas. Lleva un portafolios bajo el brazo (indudablemente, un estudiante camino al colegio, pero se ha quedado ahí como petrificado, con la mirada inmóvil, fija en la feria, y parece haber olvidado el colegio y todo lo que lo rodea.

MI PRIMO: Así es, querido primo. Todo su, pensamiento está pendiente de nuestra pequeña actriz. El momento ha llegado; se acerca al puesto de frutas, donde se exhiben las mercancías más apetitosas, y parece preguntar por frutas que casualmente no hay. Es del todo imposible que una mesa bien servida carezca de frutas. Nuestra pequeña comediante tiene pues que terminar sus compras para el almuerzo de su casa en la frutería. Una manzana redonda de rojas mejillas se le desliza con picardía de entre los deditos: el de amarillo se inclina, la recoge… Una leve y graciosa reverencia de la pequeña hada del teatro y ya la conversación se ha iniciado; consejos mutuos y ayuda en la harto difícil elección de las naranjas, completa el encuentro y la relación iniciada seguramente ya antes, en tanto que inmediatamente se organiza la deliciosa cita que sin duda se repite y se varía de mil maneras.

YO: ¡Que el estudiante siga cortejando y eligiendo naranjas! No me interesa en absoluto, y menos aún cuando en la esquina del teatro, donde vende sus flores la florista, ha vuelto a aparecer aquella criatura angelical, la hija del consejero de hacienda.

MI PRIMO: No me gusta en absoluto mirar hacia el lado de las flores, querido primo, y por una razón muy especial. La vendedora, que por lo común tiene los más hermosos ramos de claveles, rosas y otras flores menos conocidas, es una muchacha muy bonita y amable que aspira a cultivar su espíritu. En cuanto tiene un momento libre, lee con avidez libros que, por su encuadernación, pertenecen al ejército literario de Kralowski, que difunde victorioso la luz de la educación espiritual hasta los últimos rincones de la Resistencia. Una florista lectora es un espectáculo irresistible para un escritor ameno. Así fue que un día, hace mucho tiempo, al pasar frente al puesto de la florista (que vende flores todos los días, y no sólo cuando hay feria), me detuve sorprendido al ver a la lectora. Estaba sentada entre un denso follaje de geranios en flor con un libro abierto sobre la falda, sosteniendo la cabeza entres las manos. En ese instante, el héroe debía de estar en evidente peligro, o por lo menos en un momento culminante de la acción, porque las mejillas de la muchacha ardían y sus labios temblaban; parecía completamente aislada del mundo. Primo, voy a confesarte sin miramientos la singular debilidad de un escritor. Estaba como atado a ese sitio; iba de un lado a otro. ¿Qué estará leyendo la muchacha? Ese pensamiento no me dejaba en paz. Mi espíritu de escritor se conmovió y me hacía cosquillas el pensamiento de que pudiera ser una de mis obras la que transportaba así a la muchacha al fantástico mundo de mis ensoñaciones. Por fin cobré ánimo, me acerqué y le pregunté cuánto costaba un ramo de claveles que estaba algo alejado. Mientras ella iba a buscarlo, dije yo: «¿Qué lee usted, señorita?» y tomé el libro que ella había dejado. ¡Oh, cielos! Era realmente una obrita mía,… La muchacha trajo las flores y me dijo el precio. ¡Qué flores ni qué ramo! En aquel momento la muchacha era para mí un público mucho más valioso que todo el elegante mundo de la Resistencia. Agitado, conmovido por los más dulces sentimientos autorales, le pregunté con aparente indiferencia qué opinaba del libro.

«¡Ah, mi estimado señor!», replicó la muchacha. «Es un libro muy gracioso. Al principio uno se hace un poco de lío, pero después es como si se estuviera dentro».

Para mi no poca sorpresa, me relató la muchacha mi cuento con tal claridad que era evidente que debía haberlo leído varias veces; volvió a decir que era un libro muy gracioso, que algunas veces la había hecho reír mucho y otras veces le había dado ganas de llorar. Me aconsejó que en caso de que yo no lo hubiese leído todavía, fuera a buscarlo esa tarde a lo del señor Kralowski, porque justamente ella iba a devolverlo. Entonces debía llegar el golpe de efecto: Con la mirada baja, con una voz comparable por la dulzura a la miel hiblea, con la sonrisa radiante de autor pleno de gozo, le susurré: «Aquí, dulce criatura, aquí está el autor del libro que tanto la divierte, ante usted, en carne y hueso». La muchacha abrió grandes los ojos, y se quedó mirándome muda, con la boca abierta. Interpreté esto como la expresión del inmenso asombro, del alegre susto ante la repentina aparición entre los geranios del genio sublime cuya capacidad creativa ha engendrado una obra como esa. Quizá, pensé al ver que la muchacha no cambiaba su expresión, quizá no cree en absoluto en la feliz casualidad

que ha traído a su lado al famoso autor de… Procuré entonces probarle por todos los medios que el autor del cuento y yo éramos una y la misma persona, pero era como si se hubiese quedado petrificada, y de sus labios no brotaba más que: «Mm - ah -o sea que - como». Mas ¡cómo podría describirte lo ultrajado que me sentí en aquel momento! Resulta que a la muchacha no se le había ocurrido jamás que los libros que leía tenían que ser escritos previamente. El concepto de escritor, de poeta, le era absolutamente desconocido, y en realidad creo que si hubiera preguntado un poco más, habría manifestado la ingenua creencia infantil de que Dios hace crecer los libros como los hongos. Totalmente abatido volví a preguntarle cuánto costaban los claveles. Entretanto, a la muchacha debió habérsele ocurrido alguna otra oscura idea acerca de la elaboración de los libros, porque mientras yo contaba el dinero, me preguntó con toda candidez y naturalidad si yo hacía todos los libros en lo del señor Kralowski. Me fui de ahí con mis claveles más rápido que una flecha.

YO: ¡Primo, primo! A eso lo llamo yo una condenada vanidad de autor. Pero mientras me contabas tu trágica historia, no quitaba los ojos de mi adorada criatura. Sólo en el puesto de las flores le dejó el insolente demonio cocinero elegir con toda libertad. La huraña institutriz de la cocina había apoyado la pesada canasta en el suelo, y se hallaba entregada, con otras tres colegas, al inefable placer de la conversación, cruzando a veces los brazos gordos, o poniéndose en jarras, según parecía exigirlo la retórica externa del diálogo, y creo a pies juntillas que debía de ser muy sabroso. Mira un poco qué hermoso ramillete ha elegido aquel ángel adorable; lo hace llevar por un chico robusto. ¿¡Qué!? No, no, eso ya no me gusta tanto: en el camino va comiendo cerezas que saca de la canastita. ¿Cómo se conciliará el delicado paño de batista que seguro la recubre por dentro, con la jugosa fruta?

MI PRIMO: Al apetito juvenil del momento no le importan las manchas de cereza, que se pueden quitar con oxalato de potasa y otros recursos caseros muy eficaces. Y justamente esa libertad recobrada a la que se abandona, librándose de los tormentos de la maligna feria, es expresión de la naturalidad infantil. Pero desde hace un buen rato estoy observando a aquel hombre que es para mí un enigma indescifrable: el que está parado contra la segunda bomba de agua, junto al coche desde el que una campesina vende mermelada de ciruelas barata que saca de una enorme barrica. Pero antes, primo, observa un poco la agilidad de la mujer, que armada con una larga cuchara de madera, despacha primero las ventas grandes de libra, media libra y cuarto, y recién entonces reparte con la velocidad de un rayo a los golosos que le tienden sus cartuchos, y alguno que otro también la gorra, esa cucharada que saborean inmediatamente como si fuese la más espléndida colación matinal. ¡Caviar del pueblo! Al ver a la vendedora que distribuye hábilmente la mermelada con su cuchara de madera, me viene a la memoria algo que escuché cuando era chico: que en una boda de ricos campesinos todo había sido tan espléndido que el delicioso arroz con leche espolvoreado con azúcar, canela y clavo de olor, había sido repartido con un rastrillo. Los dignos comensales no tenían más

que abrir tranquilamente la boca para recibir su porción, y así todo marchaba como en el país de Cucaña. Pero primo, ¿descubriste al hombre del que te hablaba?

YO: ¡Por supuesto! ¿Quién cuernos será ese personaje extravagante? ¡Un hombre de por lo menos seis pies de alto, flaco como un espárrago, que para colmo está ahí parado, tieso como una estaca, y que tiene una joroba en la espalda! Por debajo del sombrerito de tres picos aplastado asoma la cocarda de una red que luego se adhiere a la espalda haciéndose amplia. La capa gris de corte anticuado se ajusta al cuerpo sin un solo plieguecito, cerrada por delante de arriba hasta abajo con botones, y recién cuando el hombre empezó a caminar junto al carro pude notar que lleva pantalones y medias negras, y enormes hebillas de metal en los zapatos. ¿Qué habrá en esa caja cuadrada que lleva con tanto cuidado bajo el brazo izquierdo, y que tanto se parece al cajón de un ropavejero?

MI PRIMO: Enseguida lo sabrás; obsérvalo atentamente.

YO: Abre la caja… el sol brilla dentro… reflejos luminosos… la caja está forrada de metal… se saca el sombrero y se inclina casi con reverencia ante la mujer de la mermelada… qué rostro tan original y expresivo… labios finos y apretados… nariz aguileña… grandes ojos oscuros… cejas espesas y muy arqueadas… frente amplia… cabello negro… el *toupet en coeur* con ricitos almidonados sobre las orejas… Le extiende la caja a la campesina que se la llena sin más de mermelada, y se la devuelve con un saludo amable… Tras volver a inclinarse ante la mujer, el hombre se aleja… se dirige al barril de los arenques… abre una gaveta de su caja, introduce algunos pescados que compró, y vuelve a cerrar la gaveta… Un tercer compartimiento está destinado al perejil y un cuarto a las especias, según veo. Ahora atraviesa la feria en distintas direcciones con un andar solemne, hasta que vuelve a detenerlo el abundante surtido de aves desplumadas expuestas sobre un mostrador. También aquí hace unas cuantas reverencias antes de empezar las compras, conversa largo y tendido con la mujer, que lo escucha amablemente, apoya con cuidado su caja en el suelo y toma dos patos que mete con toda comodidad en la faltriquera. ¡Cielos! También un ganso (al pavo sólo le echa amorosas miradas, pero no puede evitar hacerle una caricia con el dedo índice y el mayor), luego levanta rápido su caja, saluda a la mujer inclinándose con desmesurada cortesía y se aleja apartándose con violencia del objeto que tienta su avidez… Ahora va directamente hacia los puestos de carne, ¿será un cocinero que tiene que preparar un banquete? Compra una pierna de ternera que va a parar también a la faltriquera… Por fin ha terminado con sus compras. Toma ahora la Charlottenstrasse con un aire tan solemne y extraño que parece un hombre llegado de algún lejano país.

MI PRIMO: Ya me he roto bastante la cabeza con este extraño personaje. ¿Qué te parece mi hipótesis, primo? El hombre es un viejo profesor de dibujo que se ha ganado la vida dando clase en escuelas mediocres, y quizá todavía lo haga. Amasó una buena fortuna con todo tipo de ingeniosas empresas; es avaro, desconfiado, espantosamente cínico, y solterón. Sólo venera a un dios el estómago. Todo su placer

consiste en comer bien, se entiende que solo y en su cuarto; no tiene servidumbre. Él mismo hace las compras. En los días de feria, como has podido comprobar, adquiere las provisiones para cuatro días, y él mismo se prepara la comida en la cocinita que está pegada a su cuartucho; luego devora todo con un apetito casi salvaje, ya que con su método el cocinero acierta siempre con los gustos del señor. También habrás observado, querido primo, con qué habilidad ha adaptado una vieja caja de dibujo convirtiéndola en canasta para hacer las compras.

YO: ¡Fuera con ese hombre repelente!

MI PRIMO: ¿Por qué repelente? También tiene que haber tipos como ése, dice un hombre de mucha experiencia, y no le falta razón, porque la variedad no es nunca lo suficientemente variada. Pero si tanto, te disgusta el hombre, querido primo, puedo proponerte otra hipótesis respecto de quién es y qué hace. Cuatro franceses, parisienses para más dato —un profesor de lengua, un profesor de esgrima, un profesor de danza y un pastelero—, llegaron a Berlín por la misma época en sus años mozos, e hicieron aquí su buena fortuna, como no podía ser de otro modo (al revés de lo que sucedía a fines del siglo pasado). Desde el momento en que se conocieron en el coche que los llevaba a Berlín, los cuatro se hicieron íntimos amigos, carne y uña, y después de cada jornada se reunían por las noches como verdaderos viejos franceses; así, mientras cenaban frugalmente, conversaban con animación. Las piernas del profesor de baile se entumecieron; con los años, los brazos del profesor de esgrima perdieron su vigor; los rivales del profesor de lengua lo vencieron haciendo gala del más moderno dialecto de París, y las ingeniosas creaciones del pastelero fueron superadas por confiteros más jóvenes, formados por los gastrónomos más extravagantes de París.

Entretanto, cada uno de los miembros del cuarteto fiel había amasado su buena fortuna. Entonces los cuatro se mudaron a una casa amplia, muy bonita aunque un poco apartada; abandonaron sus ocupaciones, y convivían así fieles a la antigua usanza francesa, entretenidos y sin problemas, porque supieron evitar hábilmente las preocupaciones de aquella época desafortunada. Cada uno tiene su tarea, mediante la cual beneficia y deleita a la comunidad: el profesor de baile y el de esgrima visitan a sus viejos alumnos que, por haber ejercido una práctica de gran jerarquía, son oficiales ya retirados de alto rango, chambelanes y mayores de la corte, etc., y así reúnen las novedades del día para tener siempre tema en sus conversaciones. El profesor de lengua revuelve las tiendas de antigüedades y rescata más y más obras francesas, de aquéllas cuya lengua y estilo aplaudió la Academia. El pastelero se ocupa de la cocina; él mismo hace las compras y también prepara la comida, tarea en la que lo ayuda un viejo criado francés. Además, se ocupa de lavar los platos un muchacho rubicundo que los cuatro fueron a buscar a los Orphelins Francais cuando murió la vieja francesa sin dientes que, de institutriz, había descendido a fregona. Allá va el pequeño llevando en un brazo un canasto con panecillos, y en el otro uno lleno de lechuga. Así pues, he transformado al repelente profesor alemán de dibujo en

un simpático pastelero francés, y creo que esta nueva personalidad le sienta muy bien.

YO: Esta invención honra a tu talento literario, querido primo. Pero desde hace ya algunos minutos me saltan a la vista aquellas grandes plumas que surgen por encima del abigarrado gentío. Por fin aparece la persona entera, cerca de la bomba de agua: una mujer grande, delgada, de aspecto agradable —el abrigo de pesada seda color rosa es flamante, el sombrero, de última moda, el lazo que lo adorna, de hermosas puntillas, los guantes, de cabritilla blanca—. ¿Qué habrá llevado a una dama tan elegante, posiblemente invitada a un *déjeuner*, a meterse entre la gente de la feria? ¿Cómo? ¿También ella está haciendo compras? Se detiene y le hace señas a una vieja sucia y harapienta —viva imagen de la miseria en la hez del pueblo— que la sigue renqueando dificultosamente con un canasto medio destartalado en el brazo. La dama elegante le hace señas en la esquina del teatro, para darle una limosna al soldado ciego que está allí contra el muro. Se quita con dificultad el guante de la mano derecha. ¡Dios santo! se asoma un puño rojo que todavía conserva forma masculina. Pero sin elegir mucho, la dama le pone al ciego una moneda en la mano y se va rápido hasta el medio de la Charlottenstrasse, donde empieza a caminar con paso majestuoso, y sin preocuparse ya por su mísera acompañante enfila por la Charlottenstrasse hacia los tilos.

MI PRIMO: La mujer ha dejado la canasta en el suelo para descansar. De una ojeada podrás ver todo lo que aquella dama elegante ha comprado.

YO: Es en realidad bastante peculiar. Un repollo, un montón de papas, algunas manzanas, un pancito, algunos arenques envueltos en papel, un queso de oveja que no tiene aspecto muy apetitoso, un hígado de carnero, un pequeño rosal, un par de chinelas, un calzador, ¡qué diablos!

MI PRIMO: ¡Basta, basta con la de rosa, primo! Observa atentamente al ciego aquel a quien la frívola hija de la perversión acaba de darle una limosna. ¿Hay acaso una imagen más conmovedora del dolor humano inmerecido, de la resignación más devota consagrada a Dios y a la propia suerte? Apoyado contra el muro del teatro, las manos huesudas, flacas, dobladas sobre un bastón colocado a un paso delante de él para que los imprudentes no lo atropellen al pasar, el rostro de palidez cadavérica erguido, la gorra de reservista encasquetada sobre los ojos. Allí permanece inmóvil en el mismo sitio desde la mañana temprano hasta que la feria termina.

YO: Pide limosna, y sin embargo los soldados ciegos, lisiados de guerra, gozan de especial atención.

MI PRIMO: Te equivocas. Ese pobre hombre es el criado de una mujer que vende verdura en la feria, y que pertenece a la clase más baja de las verduleras, porque las más distinguidas se hacen llevar la verdura en carros. Este ciego trae cada mañana de feria los cajones llenos de verdura, como si fuera una bestia de carga, y a tal punto viene cargado, que el peso casi lo derriba; sólo con dificultad consigue mantenerse en pie y caminar con pasos vacilantes ayudándose con el bastón. La mujer grandota y robusta a quien sirve, o que quizá sólo lo usa para que le lleve la verdura hasta la

feria, apenas si se molesta en tomarlo del brazo y ayudarlo a llegar hasta donde está ahora. Allí le quita los cajones de la espalda; ella misma se los lleva, y deja al ciego ahí parado sin preocuparse por él en lo más mínimo hasta que la feria termina, y entonces vuelve a cargarle los cajones vacíos o semivacíos.

Yo: Es notable que a un ciego se lo reconozca inmediatamente aunque no tenga los ojos cerrados y ninguna otra señal revele su ceguera, por la postura erguida de la cabeza, tan propia, que parece denota un empeño constante por ver algo en la noche que los rodea.

MI PRIMO: Para mí no hay nada tan conmovedor como un ciego que con la cabeza erguida parece mirar a lo lejos. Ha caído ya para el pobre la última tarde de la vida, pero su ojo interior ya procura descubrir la luz eterna que brilla para él desde el más allá, plena de fe y de esperanza. Pero me estoy poniendo demasiado serio. El reservista ciego me procura cada vez que hay feria un verdadero tesoro de observaciones. Notarás, querido primo, cuán vivamente se expresa con este pobre hombre la compasión de los berlineses. A menudo pasan a su lado largas hileras de gente, y nadie deja de darle una limosna. Pero todo reside en el modo de dársela. Observa durante un rato, querido primo, y cuéntame lo que ves.

YO: Aquí vienen justamente tres, cuatro, cinco criadas grandotas y rudas; los canastos excesivamente cargados casi les lastiman los brazos gordos y un poco azulados; tienen motivo para apurarse, así se libran de tanto peso. Y sin embargo cada una de ellas se demora un instante, mete la mano en la canasta y le pone al ciego una moneda en la mano sin mirarla siquiera. Ese gasto es inevitable y está ya incluido en el presupuesto del día de feria. ¡Muy bien!

Ahí viene una mujer cuyo atuendo, y todo su aspecto, indica claramente que es rica y vive bien: se detiene ante el lisiado, saca su monedero, busca y busca; ninguna moneda le parece bastante pequeña para el acto de caridad que se ha propuesto realizar - llama a la cocinera - resulta que también a ella se le acabaron los centavitos - tiene que pedir cambio a las verduleras -, por fin aparece el centavo para la dádiva - entonces le golpea al ciego la mano, para que se dé cuenta de que le van a dar algo - él abre la palma - la caritativa señora le pone la moneda y le cierra el puño para que no se le vaya a perder el espléndido regalo.

¿Por qué caminará aquella simpática niña de un lado a otro con pequeños saltitos, acercándose cada vez más al ciego? ¡Ah! Le ha puesto una moneda en la mano con tal rapidez, que seguramente no lo ha notado nadie más que yo, que la tengo en el foco de la lente; seguro que no era un centavito lo que le dio.

Ese hombre alegre, cebado, de capa marrón, que viene caminando tan tranquilo por allá es seguramente un rico burgués. También él se para delante del ciego y le habla largo y tendido, impidiendo que otra gente se acerque y le dé limosnas; por fin saca una gran bolsa verde de dinero del bolsillo, la desata no sin trabajo, y hurga entre las monedas con tanto ímpetu que se oye hasta aquí. «*Parturiunt montes*!». Pero realmente quiero creer que ese noble amigo del hombre, conmovido por la imagen de

la miseria, saca el último centavo.

Con todo, me parece sin embargo que no es poco lo que recauda el ciego en los días de feria, y lo que me sorprende es que reciba todo sin dar la menor señal de agradecimiento. Sólo un movimiento casi imperceptible de los labios indica que dice algo, que ha de ser gracias, pero eso solamente de vez en cuando.

MI PRIMO: Ahí tienes la expresión más absoluta de total resignación: ¿de qué le sirve al ciego el dinero? No puede usarlo. Sólo en manos de otro, en quien debe poner toda su confianza, cobra éste su valor. Puede ser que me equivoque, pero me parece que la verdulera a la que le lleva los cajones es un mal bicho que maltrata al pobre ciego, aunque posiblemente sea ella la que recaude todo el dinero que él recibe. Cada vez, cuando trae de vuelta los cajones, rifle con el ciego y lo hace en mayor o menor grado, según le haya ido con sus ventas. El rostro mortalmente pálido del ciego, su aspecto demacrado, sus harapos, permiten sospechar que su situación es bastante miserable, y sería asunto de un filántropo activo investigar esta relación más en detalle.

YO: Al echar una ojeada sobre toda la feria veo que los carros de harina, que parecen carpas cubiertos con esas lonas, ofrecen un espectáculo pintoresco porque constituyen para la mirada un refugio a cuyo alrededor el variado gentío se configura en grupos definidos.

MI PRIMO: También conozco la contraparte de los carros blancos de harina, de los enharinados mozos del molino y las muchachas de rosadas mejillas, cada una de ellas una bella molinera.

En verdad que, con mucha pena, echo de menos a una familia de carboneros que solía armar su puesto junto al teatro, derecho frente a mi ventana, y que parece haber sido trasladada ahora al otro lado. El conjunto está compuesto por un hombre grandote, robusto, de rostro expresivo y rasgos enérgicos, fuerte, casi brutal en sus movimientos, en fin: tina fiel imagen de aquellos carboneros que suelen aparecer en las novelas. En realidad te digo que si me encontrara con ese hombre en un bosque solitario me daría miedo, y nada valoraría más en el mundo que una disposición amistosa de su parte hacia mi persona. A este hombre se contrapone como segundo miembro del grupo, en violento contraste, un tipo de no más de cuatro pies de alto con una curiosa joroba, que es la gracia en persona. Bien sabes, primo, que hay gente de aspecto muy singular: a primera vista se da uno cuenta de que son jorobados, pero al mirarlos más de cerca no se puede precisar dónde tienen realmente la joroba.

YO: Eso me recuerda la cándida frase de un ingenioso militar que estuvo en tratos por cuestiones de negocios con un engendro de esos, y para quien lo indescifrable de la caprichosa constitución del hombre aquel era un verdadero enigma. «Este tipo», dijo una vez, «tiene una joroba; pero dónde la tiene, el diablo lo sabrá».

MI PRIMO: La naturaleza tenía pensado hacer de mi pequeño carbonero un hombrón de como siete pies de altura, por lo que dejan ver sus manos y pies gigantescos, casi te diría los más grandes que he visto en mi vida. Este hombrecito,

vestido con una capa de cuello enorme, está moviéndose constantemente; salta y camina de un lado a otro con una agilidad desagradable; una vez está aquí, al momento, allá, y se empeña en hacer el papel del galán, del primo amoroso de la feria. No deja pasar a una mujer —a menos que sea una aristócrata— sin seguirla y decirle piropos que de seguro han de ser muy del gusto de los carboneros, acompañándolos de movimientos, gestos y muecas inimitables. A veces lleva la galantería a tal punto, que mientras habla pasa con suavidad su brazo por las caderas de la muchacha y alaba —gorra en mano— su belleza, ofreciéndole sus servicios de caballero. Lo curioso es que las muchachas no sólo consienten eso, sino que además lo aprueban sonrientes, e incluso parece que les gustan esas galanterías. Ese tipo posee sin duda una buena dosis de gracia natural, un notable talento para lo cómico y la capacidad de manifestarlo. Es el *pagliazzo*, el mequetrefe del barrio, que domina el bosque donde mete bulla. Sin él no puede haber bautismos ni fiestas de bodas, ni bailes en la posad, ni banquetes. La gente se divierte con sus bromas y las festeja durante todo el año. El resto del grupo, dado que las mujeres —si las hay— y los niños se quedan en casa, consta de otras dos mujeres de constitución robusta y aspecto sombrío y huraño, notablemente resaltado por la carbonilla que se les adhiere a las arrugas de la cara. La afectuosa fidelidad de un enorme perro lobo con el que la familia comparte cada bocado durante la feria, me indica además que en el puesto de los carboneros debe reinar un aire patriarcal y franco. El chiquito tiene la fuerza de un gigante, y por eso es en el grupo el que se encarga de llevar las bolsas vendidas de carbón hasta las casas de los compradores. Muchas veces he visto cómo las mujeres lo cargaban con unas diez canastas grandes que iban amontonándole sobre la espalda, y él se marchaba a grandes trancos, como si no le pesaran en absoluto. Visto desde atrás, ofrecía el aspecto más cómico que pudiera concebirse. Naturalmente, del pequeño no se veía ni un ápice; era sólo un inmenso saco de carbón con patitas. Como si algún animal fabuloso, una especie de canguro fantástico anduviera a los saltos por la feria.

Yo: ¡Mira, mira, primo! Allá, al lado de la iglesia, se está armando una pelea. Seguramente dos verduleras han entrado en conflicto a causa del dichoso *meum y tuum*, y parece que se están lanzando exquisitos improperios. La gente se amontona - un círculo compacto rodea a las dos mujeres - las voces son más y más estridentes - cada vez manotean con más vehemencia en el aire y arremeten con más fuerza - enseguida van a empezar a puñetazo limpio - la policía se abre paso - ¡oh!, veo de pronto entre las dos furibundas un montón de gorros relucientes - las madrinas consiguen apaciguar en un momento los ánimos acalorados - la pelea terminó -sin ayuda de la policía-; las mujeres regresan calmadas a sus cajones de verdura - la gente que sólo a gritos manifestaba su apoyo por una u otra en momentos drásticos, se va dispersando.

MI PRIMO: ¿Te das cuenta, primo, que ésta fue la única pelea que se suscitó en la feria durante todo el tiempo que hemos estado junto a esta ventana, y que

finalmente fue sofocada por el pueblo mismo? Incluso una discusión seria y peligrosa es aplacada por la gente de la feria que se mete entre los contrincantes y los separa. El otro día, se había parado entre los puestos de carne y fruta un tipo grandote, zaparrastroso, de aspecto descarado y rudo, que de repente empezó a provocar al peón de la carnicería que pasaba por ahí. Sacó sin más trámite el garrote que llevaba a la espalda como un arma y trató de golpear al muchacho; seguramente lo habría derribado allí mismo, si el chico no lo hubiese esquivado hábilmente, metiéndose después en su tienda. Pero una vez allí se armó de una poderosa cuchilla de carnicero y trató de arremeter contra su agresor. Todo hacía pensar que la cosa acabaría en un asesinato y que tendría que intervenir la justicia del crimen. Pero las vendedoras de fruta, mujeres robustas y bien alimentadas, se sintieron de pronto impulsadas a abrazar al peón con tanto afecto y tanta fuerza, que éste no pudo moverse de su sitio. Estaba ahí parado, blandiendo su cuchilla, igual que en aquella frase patética del salvaje Pirro, «como una fiera humana pintada, inerme entre la fuerza y la voluntad, no hacía nada». Entretanto, otras mujeres —vendedoras de cepillos, de calzadores y otras cosas— habían rodeado al otro sujeto, y así dieron tiempo de llegar a la policía, que se llevó a aquel tipo —un expresidario, si no me equivoco.

YO: O sea que reina en el pueblo un sentido del orden y de su mantenimiento que sin lugar a dudas ha de reportar grandes ventajas para todos.

MI PRIMO: Mis observaciones me han llevado a confirmar, querido primo, mi opinión de que el pueblo berlinés ha evolucionado notablemente desde aquella época desdichada en que el enemigo invadió con osadía y arrogancia nuestra tierra, procurando en vano someter aquel espíritu que pronto volvió a resurgir con fuerza renovada, como un resorte. En una palabra: el pueblo se ha civilizado, y si algún lindo día de verano te diriges hacia las tiendas y observas a la gente que se embarca para Moabit, comprobarás que incluso las mujeres más vulgares y los jornaleros procuran ser corteses en cierto modo, lo cual resulta muy agradable. A la masa le ha sucedido lo mismo que al individuo que ha visto muchas cosas nuevas, que ha tenido experiencias diferentes, y que con el *nil admirari* ha suavizado sus costumbres. Antes, el pueblo de Berlín era rudo y brutal. A un extranjero, por ejemplo, le resultaba prácticamente imposible preguntar por una calle, una dirección, o por cualquier otra cosa, sin recibir una respuesta burlona o grosera, o una información falsa. El pillo berlinés que aprovechaba la menor ocasión, el mínimo pretexto —quizás un traje algo llamativo, o un accidente grotesco— para burlarse de manera alevosa, ya no existe. Porque esos chicos vagabundos que venden cigarros ante los portones, que ofrecen el «*fidelen Hamburger avec du feu*», esos bellacos que terminan sus vidas en Spandau o en Straussberg, o como hace todavía poco uno de ellos, en el cadalso, no son en absoluto lo que era el auténtico pillo berlinés que —es gracioso decirlo— no era vagabundo sino aprendiz de un amo, y poseía a pesar de toda su impiedad y corrupción, un cierto *point d'honneur* y una notable gracia natural.

YO: Querido primo, déjame que te cuente en pocas palabras cómo el otro día me faltó el respeto uno de esos bellacos. Paso por delante de la puerta de Brandeburgo, y empiezan a seguirme y a importunarme unos carreteros de Charlottenburgo. Uno de ellos, un muchacho de no más de dieciséis o diecisiete años, lleva a tal punto la insolencia, que me agarra del brazo con su mano mugrienta. «¡No me toque!», le digo irritado. «Pero Señor», me replica el muchacho con toda parsimonia, clavándome una mirada hosca, «¿por que no voy a tocarlo? ¿acaso no es usted una persona decente?».

MI PRIMO: ¡Ja, ja, ja! Esa sí que es una broma, pero brotada del pozo hediondo de la depravación. Los chistes de las fruteras berlinesas, entre otros, eran mundialmente famosos y hasta se les hacía el honor de calificarlos de shaskespeareanos, sin pensar que, vistos más de cerca, su originalidad y su fuerza consistían sólo en el desvergonzado descaro con que servían la mugre más infame como si se hubiese tratado de platos famosos. La feria era el campo de batalla de discusiones, riñas, estafas y robos, y ninguna mujer honesta habría podido atreverse a hacer las compras por su cuenta sin exponerse a sufrir todo tipo de insultos y ultrajes. Porque no era sólo que los vendedores arremetieran contra los de su clase y contra todo el mundo, sino que además muchos venían expresamente a promover peleas para pescar en el río revuelto. Ése era el caso de la gentuza rejuntada de todas partes del mundo que formaba en aquel tiempo los regimientos. Mira querido primo, cómo ahora por el contrario la feria ofrece el cuadro más ameno de bienestar y tranquilidad. Ya sé que los entusiastas rigurosos y los ascetas superpatrióticos se irritan ante esta creciente educación de las costumbres del pueblo, porque piensan que con ello también se pule y así se pierde lo popular. Yo por mi parte estoy plenamente convencido de que un pueblo que trata tanto a compatriotas como a extranjeros con cortesía, y no con rudeza o desprecio burlón, de ningún modo pierde por eso su carácter. Con un ejemplo muy evidente que manifiesta la verdad de mi afirmación quedaría yo muy mal, en verdad, ante estos fanáticos.

El gentío se había ido dispersando y la feria iba quedando vacía. Las verduleras montaban sus cajones en los carros o se los llevaban por su cuenta —los carros de harina ya se marchaban—; las jardineras se llevaban las flores sobrantes en grandes carretillas; la policía se ocupaba activamente de mantener el orden y en especial de dirigir el tránsito de los carros. Ese orden no habría sido alterado, de no ser porque a un muchacho campesino cismático se le había ocurrido descubrir su propio pasaje de Bering a través de la plaza, seguirlo, y orientar su intrépida carrera por entre los puestos de fruta derecho hacia la puerta de la iglesia alemana. Eso provocó gritos y molestias al conductor del carro, demasiado genial.

«Esta feria, dijo mi primo, es también ahora una imagen fiel de la vida siempre cambiante. Una actividad intensa, la necesidad del momento, reúnen a la masa humana; en pocos instantes todo queda desierto; las voces que se confundían en un estrépito confuso han enmudecido, y cada sitio abandonado expresa demasiado vivamente el terrible “ha sido”».

Un reloj dio la hora; el lisiado huraño entró en la habitación y dijo con el rostro contraído que el señor podría abandonar ahora la ventana y almorzar, porque de lo contrario la comida volvería a enfriarse.

«¡Pero ¿todavía tienes apetito, primo?!», le pregunté. «¡Oh, sí!», me respondió con una sonrisa triste, «ya verás».

El lisiado lo llevó al comedor. La comida servida constaba de un frugal plato sopero lleno de caldo, un huevo pasado por agua y medio panecillo.

«Un solo bocado más», dijo mi primo en voz baja y lastimera, apretándome la mano, «el mínimo trocito de la carne más tierna me provoca dolores terribles y me quita todo coraje y la última chispa de buen humor que de vez en cuando quiere encenderse en mí».

Mirando entonces la hoja sujeta en el biombo, estreché a mi primo contra mi corazón.

«Sí, primo» exclamó con una voz que llegó hasta lo más hondo de mi alma colmándola de desgarradora tristeza, “sí, primo”:

«Et si male nune, non olim sic erit».

¡Pobre primo!

ERNST THEODOR AMADEUS HOFFMANN (Königsberg, 24 de enero de 1776 - Berlín, 25 de junio de 1822). Escritor, jurista, dibujante y caricaturista, pintor, cantante (tenor) y compositor musical alemán, que participó activamente en el movimiento romántico de la literatura alemana.

Conocido como E. T. A. Hoffmann, su nombre de nacimiento era Ernst Theodor Wilhelm Hoffmann, pero adoptó el de Amadeus en honor del compositor Wolfgang Amadeus Mozart.

Notas

[1] Hoy actual Kaliningrado, enclave ruso entre Polonia y Lituania, anexionado tras la II Guerra Mundial. <<

[2] Los jardines de los baños de Linke, en la orilla derecha del Elba, eran uno de los sitios más frecuentados por los habitantes de Dresde. <<

[3] Se le llamaba el niño de la suerte al que le tocaba el haba que solían tener las tortas de Reyes que se comían el 6 de enero. El agraciado era nombrado rey y elegía una reina y un reino, etc. <<

[4] *Kümmeltürke*, el estudiante que no salía de los alrededores de su pueblo y no vivía independiente. <<

[5] *Das Donauweibchen*, una ópera llamada también *Saalnixe*, comicorromántica, de F. Kauer, letra de K. F. Hensler. <<

[6] En la ciudad nueva; antes, un jardín particular, y público en tiempos de Hoffmann.
<<

[7] Grupo de casas con jardín y anejos, en la parte vieja de la ciudad. <<

[8] Christoph Friedrich Nicolai (1733-1811), en su obra *Beispiel einer Erscheinung mehrerer Phantasmen*, 1799. <<

[9] Karl Heinrich Graun (1701-1775), cantante de ópera, nombrado maestro de capilla en Berlín después del advenimiento de Federico el Grande. Compuso numerosas obras, llegando a alcanzar gran renombre en las de música religiosa. <<

[10] Conradi era el nombre de un tabernero muy conocido en Dresde, que después estuvo en la Seestrasse. <<

[11] En la ciudad vieja, no lejos del mercado antiguo. <<

[12] Antiguamente se fabricaban pelucas con pelos finísimos de cristal. <<

[13] Pintores flamencos los dos: Rembrandt Harmenszoon van Rijn (1606-1669) y Pieter Brueghel (1564-1638), llamado «Brueghel del Infierno» por las escenas que pintara. <<

[14] *Bhagavad-Gita, el Amor Santo*, o *el Amor de la Divinidad*, es el título de una poesía filosoficorreligiosa hindú inspirada en un episodio de la gran epopeya *Mahabharata*. <<

[15] Un instituto de Humanidades de Dresde. <<

[16] Loco. <<

[17] Fuera de aquí, Satanás. <<

[18] Operetas de Wenzel Müller, letra de Perinet (1793 y 1794). <<

[19] Con la firma y el sello del príncipe. <<

[20] El Augustusbrücke de Dresde tiene una cruz de piedra en el quinto arco, que el 31 de marzo de 1845 fue derribado por una crecida. <<

[21] El protagonista de un libro cabalístico, *Le comte de Gabalis, ou Entretiens sur les sciences secrètes, par N. de Montfaucon, abbé de Villars*, publicado en París en 1670, en Amsterdam en 1715 y en Londres en 1742.

Swedenborg, teósofo (1688-1772) que aseguraba haber tenido visiones y revelaciones de los espíritus y fue el fundador de un nacionalismo fantástico. <<

[22] Restaurante en el antiguo jardín zoológico de Berlín. <<

[23] Federica Augusta Coradina Bethmann (1766-1815), una de las actrices más notables de Alemania, que trabajó en Berlín desde 1788 y llegó a ser la preferida del público. <<

[24] *Der geschlossene Handelsstaat*, la obra de Juan G. Fichte que apareció en Tubinga en el año de 1800. <<

[25] *Fanchon, das Leiermädchen*, de la obra francesa de Kotzebue y Himmel (1804), muy en boga en tiempos. <<

[26] Una de las cinco obras maestras del caballero Cristoph Willibald Gluck (1714-1787), escrita en 1774. <<

[27] Ariosto: *Orlando furioso*. <<

[28] Reino del llanto. En la *Divina Comedia*, de Dante, descripción del infierno. <<

[29] Noche y día sin descanso. El aria conocida. <<

[30] ¡Qué alegría! <<

[31] No esperes si no me matas. <<

[32] Que atrae a los animales pequeños dejándolos inmovilizados con la mirada. <<

[33] ¡Qué espectáculo, oh dioses, se presenta a mi vista! <<

[34] Tu nido de engaños. <<

[35] Habla como un libro. <<

[36] Mientras tengan vino. Principio del aria tan conocida del champagne. <<

[37] Ariosto: *Orlando furioso*. <<

[38] Uno de los *Serapionsbruder*. <<

[39] La mesa está ya preparada. <<

[40] Deja, amor mío, aún un año para que mi corazón se serene. <<

[41] Quizá algún día el Cielo tenga lástima de mí. <<

[42] No me llames ídolo mío. <<

[43] En árabe, algo así como el reino de las hadas. <<

[44] Julia, es Julia Marc. <<

[45] Berger, Ludwig Berger (1777-1839), el maestro de Mendelssohn. <<

[46] Mieris, Franz von Mieris el Viejo (1635-1681). <<

[47] Octaviano, Kaiser Octavianus, pieza de Ludwig Tieck del año 1804. <<

[48] Thiermann, nombre del propietario del almacén de vinos y productos italianos situado en la Jägersstrasse 56. <<

[49] Eilfer, el famoso vino del año 1811, tantas veces mencionado en la literatura alemana. <<

[50] Enrique, el príncipe Enrique, en la segunda parte de *Enrique IV* de Shakespeare. Acto II, escena 2. <<

[51] La descripción de este personaje corresponde exactamente al grabado de la portada da la primera edición de *Peter Sehlemihl*, y que era en realidad un retrato de Adalbert von Chamisso. <<

[52] Boucher. Los hermanos Boucher eran dueños de un invernadero y florería en la Lehmgasse 11 (actualmente Blumenstrasse). <<

[53] Enolen (no Ensler) era un profesor de la Academia de Ciencias que proyectaba fantasmagorías y exponía aparatos mecánicos en la Französische Strasse 42. <<

[54] Philipp era Philipp Veit (1893-1877) hijastro de Friedrich Schlegel, por el matrimonio con éste de su madre Dorotea. En 1814 pintó el cuadro de la princesa de Prusia. <<

[55] «*La extraña historia de Peter Schlemihl*», transmitida por Adalbert von Chamisso y publicada por Friedrich Barón de la Motte Fouqué. Nüremberg, J. L. Schrag, 1814. <<

[56] Peter Schlemihl había adquirido, sin saberlo, las botas de siete leguas, y, para poder disminuir la velocidad de su paso, calzaba sobre ellas un par de chinelas. <<

[57] Mathie era el propietario de la posada donde Hoffmann se hospedó en Berlín en septiembre de 1814. <<

[58] Raskal es el criado de Peter Schlemihl que lo traiciona y se casa con su novia. <<

[59] *La historia del reflejo perdido* fue concluida el 6 de enero de 1815. <<

[60] Dapertutto. Su significado es por todas partes. <<

[61] La redoma de Dapertutto contenía seguramente ácido prúsico o cianhídrico. La ingestión de una mínima dosis de este líquido (inferior a una onza) provoca los efectos descritos. Hora, «Archiv für mediz. Erfahr.», 1813, mayo-dic., pág. 10. (*Nota del autor*). <<

[61a] El nocturno es una pieza musical, para piano, inspirada por la noche. Para ejemplos, los que dejaron Chopin o Schumann. Pero su significado no sólo se limitó a lo musical, sino que conforman un estado de ánimo, un modo de entender la vida, filosófica, psicológica y artísticamente. El término fue adaptado también a lo pictórico y a lo literario.

Los Nocturnos de Hoffmann (*Nachtstücke* o piezas nocturnas) fueron una colección de relatos publicados en dos partes. La primera apareció en 1816 e incluía "*El hombre de la arena*", "*Ignacio Denner*", "*La iglesia jesuita de G...*" y "*El sanctus*". La segunda, aparecida en 1817, contenía "*La casa vacía*", "*El mayorazgo*", "*El voto*" y "*El corazón de piedra*".<<

[61b] Sigmund Freud incluyó un análisis de *El Hombre de Arena* en un célebre ensayo llamado *Lo Siniestro (Unheimlich)*. Curiosamente, Jacques Lacán también mencionó a *El Hombre de Arena* en su estudio sobre la Angustia. Ambos sabios coinciden en un aspecto fundamental: los dos leyeron el relato.

El Hombre de Arena sostiene una larga tradición folclórica, encarnada en ese espantoso ser escandinavo, *Der Sandmann*, cuyo placer consiste en arrojar arena a los ojos de los niños que no se acuestan temprano. El mérito de E.T.A. Hoffmann es tomar esta leyenda y trasladarla a la mente alucinada de su personaje principal, Nathaniel.

La obsesión de Nathaniel adquiere varios vehículos a través del relato, pero las formas ominosas del *Hombre de Arena*, su paso lento, arrastrando los pies a través de los pasillos, tal vez sacudiendo la bolsa que cuelga de su cintura, llena de ojos sin párpados, mirando estúpidamente a la nada; absorbe gran parte de aquella obsesión. Pero no todo es alucinatorio, Nathaniel ha sufrido en la infancia un episodio imborrable, un encuentro con *El Hombre de Arena*, cuya realidad no será evidenciada hasta el final del relato.

En el cuento se ahonda en cómo lo familiar se torna extraño. Lo siniestro aparecería cuando desaparecen los límites entre fantasía y realidad; cuando lo que creíamos fantástico se nos muestra como real; significaría el símbolo habitando el lugar de lo simbolizado. Para representar éstas sensaciones Hoffmann puso en escena a un autómata, una mujer mecánica y sin vida, pero que animada es capaz de obnubilar los sentidos del protagonista hasta el punto de enamorarlo locamente. Historia escalofriante y quizás la más conocida de su autor, toca un tema, la no diferenciación de lo vivo/no vivo que, casi imperceptiblemente nos acerca a los miedos más antiguos e intrínsecos del ser humano, a lo que está ahí pero no sabemos si está o no.

A pesar de que *El Hombre de Arena* es un cuento de terror relativamente breve (unas 25 páginas), en su estructura coexisten muchos personajes, todos ellos necesarios; y algunos con un delicado toque filológico, apreciables aunque sea sólo por su forma estética: Por un lado está el fiel Siegmund, amigo del protagonista, cuyo nombre significa Protección. Olimpia, una autómata que haría las delicias de cualquier machista, y Coppola, personaje aterrador y sórdido, y cuyo nombre italiano evoca las cuencas oculares. <<

[61c] El tema del cuento es lo imposible de transformar un ideal en algo real, es decir, algo idealizado. Cuando se consigue (o se cree conseguir) desaparece, al menos ya no se presenta con la misma fuerza que antes. El protagonista del relato llega al extremo de necesitar hacer desaparecer lo real (lo que ha hecho desaparecer su ideal) para poder volver a idealizarlo. Un tema inquietante, y de alguna forma una parte realmente siniestra del ser humano. <<

[62] En algunas traducciones bajo el título «*La puerta tapiada*». <<

[63] En algunas traducciones bajo el título «*Antonia canta*». <<

[64] Los Amati de Cremona eran unos constructores de violines famosos en el siglo XVII. <<

[65] Ariosto: *Orlando furioso*. <<

[66] Giuseppe Tartini (1692-1770), violinista italiano, notable autor de la *Sonata del diablo*. <<

[67] Nicolo Pucitta, compositor italiano cuya primera ópera se representó en 1802. <<

[68] Marcus Antonio Portugal «Portogallo» (1762-1830), el famoso y prolífico compositor portugués. <<

[69] Leonardo Leo (1694-1746), compositor que supo dar una expresión muy inspirada a sus himnos. <<

[70] Giambattista Martini (1706-1784), llamado generalmente Padre Martini, notable historiador musical y maestro del contrapunto. <<

[71] Antiguamente se fabricaban pelucas de hilos finísimos de cristal. <<

[72] Thorn, ciudad del antiguo reino de Prusia célebre por sus alajús (*Pfefferkuchen*), unos bollos hechos con una pasta de almendras, nueces, pan rallado y tostado, miel y especia, que tienen un olor y un sabor muy marcados. <<

[73] Escaramuza y Pantalón eran máscaras cómicas de la antigua comedia italiana. <<

[74] Quizá sea en recuerdo de la triste historia del emir Fakr-Eddin, conocido con el nombre de Facardinb, que fue víctima de los celos del sultán Amurat IV, en el siglo XVII. <<

[75] El relato fue escrito a fines de 1817. Hoffmann mismo señala la fuente: Johann Friedrich Le Bret, «*Staatsgeschichte der Republik Venedig*» (1773) donde aparece la historia de Marino Falieri. Hoffmann trabaja sobre los elementos dados y les convierte en acción y personajes. Si bien al comienzo expone detalladamente la situación política a fin de lograr el clima buscado, a medida que el relato avanza. <<

[76] Acertijo de *Turandot*, tomado de la obra homónima de Carlo Gozzi, autor dramático veneciano (1720-1806), precursor del teatro romántico. Esa obra fue traducida al alemán por Schiller, y más tarde dio asunto a óperas de Weber, Busoni y Puccini. <<

[77] *Signoria*. Consejo que había ido adquiriendo cada vez mayor poder, y que actuaba junto al *dux*. <<

[78] San Nicoló. Puerto ubicado al sur de Venecia. <<

[79] Rialto. El puente más importante de Venecia, centro de la parte más antigua de la ciudad. <<

[80] Dandulo, Andrea Dandolo (Hoffmann sigue a Le Bret en la ortografía), fue *dux* de Venecia entre 1342-1354. <<

[81] Inocencio. Es Inocencio IV (1352-1354). <<

[82] Procuradores. Eran los nueve funcionarios principales en el estado de Venecia. El Proveditore era uno de ellos. <<

[83] Morbassan, general de las fuerzas del Emir de Jonia. <<

[84] Cuando Hoffmann habla de la *Signoria*, se refiere en general a la nobleza. <<

[85] San Clemente. Isla situada al sur de Venecia. <<

[86] Bucentoro. Lujosa embarcación del Estado de Venecia, en la que el *dux* efectuaba cada año, en el Día de la Ascensión, la ceremonia de su boda simbólica con el mar. <<

[87] Zecca. Sitio junto a la Piazzeta, a orillas de la laguna, donde más tarde se construyó la vieja moneda. <<

[88] Fontego. Fondaco dei Tedeschi, en las proximidades del Rialto, casa de comercio que desde el siglo XIII fue asignada a los comerciantes alemanes. <<

[89] San Sebastián. Frente a la isla Giudecca, al sudoeste de Venecia. <<

[90] Se trata de las dos columnas de granito traídas de Oriente en 1180, que están en la Piazzeta. Hoffmann toma este dato casi literalmente de Le Bret. <<

[91] El Gran Consejo. Institución creada a fines del siglo XII, a partir del Consejo de los Sabios, que detentaba en Venecia el máximo poder. <<

[92] Luis el Grande, de Hungría (1342-1382). En 1381 obligó a los venecianos a pagarle tributo. Según Le Bret, los genoveses lo habían incitado en sus pretensiones sobre Dalmacia. <<

[93] San Giorgio Maggiore no está en la Giudecca sino en una isla vecina. <<

[94] Este detalle, como así también otros rasgos de Marino Felieri, están tomados de Le Bret, que señala asimismo el carácter apasionado e irascible del *dux*. Pero sobre la base de esos datos, Hoffmann elabora un personaje notable en el que se da con efectiva naturalidad y trazos de humor la oposición entre esa pasión interior y la debilidad de la vejez. <<

[95] Pisani. La derrota de Pisani, que aquí se menciona al pasar, es objeto de un extenso desarrollo por parte de Le Bret, pero a Hoffmann sólo le interesa, como otros tantos detalles históricos, para motivar algún hecho relevante para su relato. Así, en este caso, la derrota de Pisani justifica el insomnio del *dux* y consecuentemente el descubrimiento de Steno en las habitaciones del palacio ducal. <<

[96] *Giovedi Grasso*. El jueves anterior al martes de Carnaval. <<

[97] *Vecchio Pantalone*. Personaje de la comedia del arte: el viejo enamorado a quien burlan amantes más jóvenes. <<

[98] Quarantie. El Colegio o Consejo de los Cuarenta, tribunal supremo de la justicia civil. <<

[99] Pedro II Urseolus. *Dux* entre 991-1009, fundador del poderío naval de Venecia. <<

[100] Fontegaro. Encargado del Fontego. <<

[101] Anton Dalbirger. El nombre de este personaje ficticio fue adaptado por Hoffmann sobre la base de un Antonius Dalebinder, alemán mencionado por Le Bret como uno de los primero hombres que Bertuccio Nenolo incorpora a la conjura. <<

[102] Consejo de los Diez. Tribunal supremo para delitos políticos, así llamado por los diez senadores que lo constituían, aparte del *dux* y seis consejeros. <<

[103] Escalera de los gigantes. Fue construida recién a fines del siglo XV. Anacronismo que también figura en Le Bret. <<

[104] La traducción literal del título sería: «*Maese Martín el tonelero y su socio*». <<

[105] En algunas traducciones bajo el título «*El espectro enamorado*». <<

[106] Por el nombre de *Arrière-ban* se conoce en Francia el llamamiento de los nobles a la guerra. <<

[107] *Sic* en el original. <<

[108] *Sic* en el original. <<

[109] Estos párrafos y los siguientes corresponden a la leyenda negra que por esta época había en torno a la Compañía de Jesús. <<

[110] Paul Scarron (1610-1660), escritor satírico francés; destacan, entre sus obras, la comedia «*Typhon*» y «*La novela cómica*». Pasó la mayor parte de su vida con dolencias reumáticas. <<